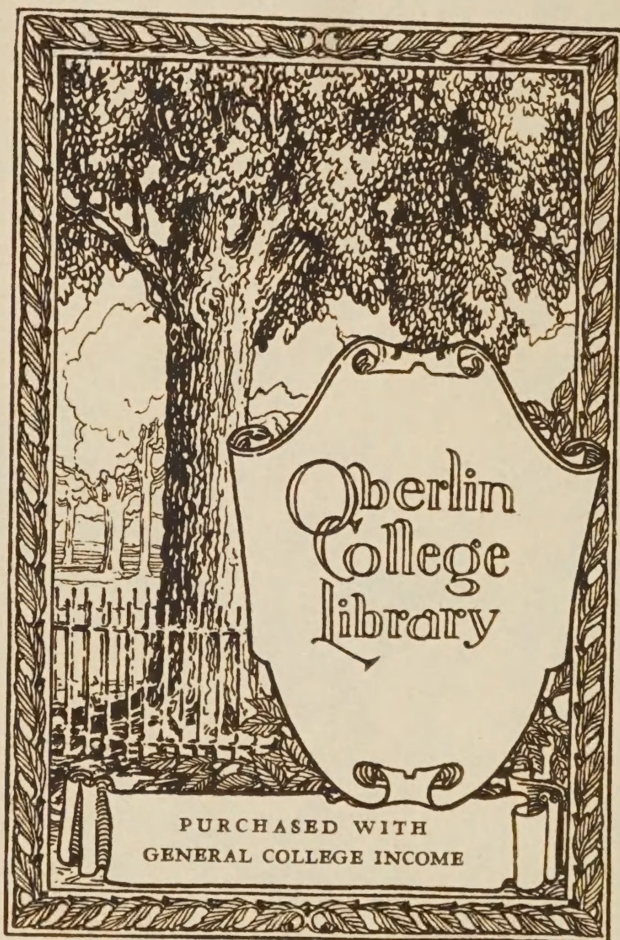
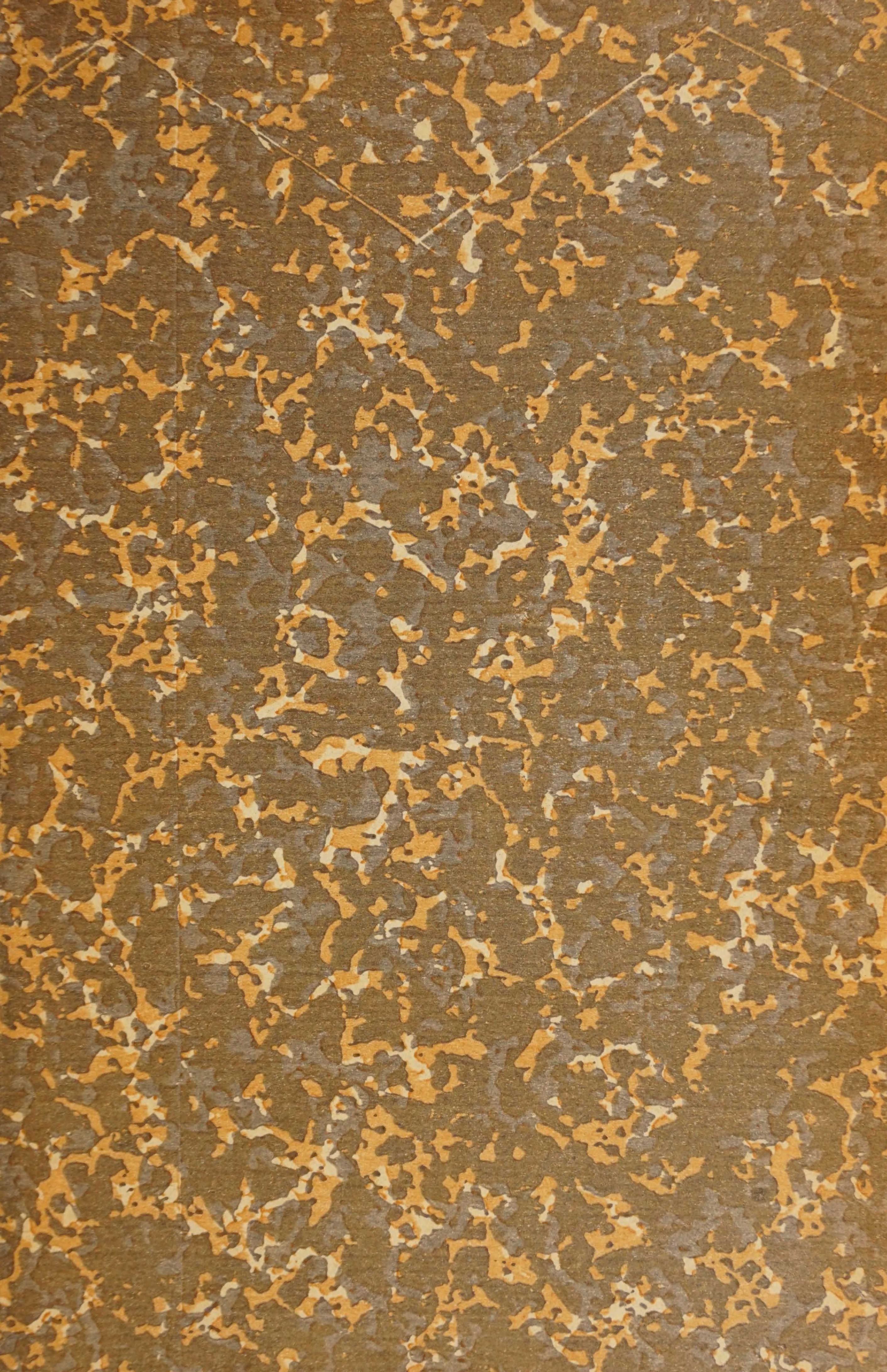

Oberlin College Library
PURCHASED WITH
GENERAL COLLEGE INCOME



DON MIGUELITO CAPA-ROTA

POR

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ



·FELIPE GONZALEZ ROJAS· EDITOR·

FELIPE GONZÁLEZ ROJAS, EDITOR

DON MIGUELITO CAPARROTA

EL CÉLEBRE

MARQUÉS LADRÓN

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

D. MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZALEZ

Se arregló lo de Caparrota
y le ahorcaron.

TOMO I

MADRID

ADMINISTRACIÓN: CALLE DE RODRÍGUEZ SAN PEDRO, NÚMERO 9.

Teléfono número 1880.

CAPITULO PRIMERO

De cómo puede hacerse un robo sacrílego en Jueves Santo

Era la noche del Jueves Santo del año de 1817.

En la Iglesia de las Dueñas del Espíritu Santo, de Sevilla, se celebraban con gran pompa los maitines ó las tinieblas.

El templo estaba todo colgado de morado, y el monumento resplandecía como una pirámide de fuego.

En la parte superior brillaba un bello tabernáculo dorado, con ángeles arrodillados á su pie, y entre los millares de luces del monumento, se veían numerosos ramilletes de flores contrahechas, pero admirables.

Se veía claro por aquel monumento, que aquella era una iglesia de monjas: tanto primor y tanta delicadeza se notaban en él.

No había en el templo ni una sola luz más que las innumerables que en el monumento resplandecían, lo que producía un efecto de decoración enérgico y magnífico.

El templo estaba completamente lleno de una multitud piadosa y recogida.

Las monjas cantaban el *Miserere mei dómine*, con voces gangosas las unas, tolerables las otras, y las menos, frescas, argentinas y sonoras.

El órgano debía ser tocado por una criatura á la cual se le saliese el sentimiento hasta por la punta de los dedos, porque su armonía encantaba: tan lánguido, tan dulce, tan melodioso, tan suspirante era.

Parecía el órgano una voz del cielo.

Al oír aquel órgano se sentía un punzante deseo de conocer á la organista.

No podía hacer cantar de tal manera al órgano sin tener un alma de ángel, ni generalmente Dios da alma de ángel á una fea, porque Dios, que es la armonía, lo hace todo armónico.

Descendiendo de las regiones del coro, donde se ocultaba la misteriosa criatura que sabía de tal manera dar á un órgano la voz de un ángel, lo más notable que nuestros lectores hubieran podido reparar en la iglesia, era un hombre, al que no podía llamarse ni joven ni viejo, que tanto podía tener veinticinco años como treinta y cinco, y aún cuarenta, cuyo aspecto era de todo punto distinguido y cuyo traje revelaba á uno de los que entonces se llamaban petimetres, corrupción de la frase francesa *petit maitre*, que traducido con propiedad al castellano, quiere decir señorito.

Hoy se llama á los que entonces se llamaba petimetres, elegantes.

Pues bien, este elegante de aquel tiempo lo era verdaderamente.

Llevaba el pelo cortado por detrás de la cabeza, y rizado

sobre la frente, dejando ver sólo dos dedos de ella, y el nacimiento únicamente de las patillas, constituyendo dos patillas muy pequeñas; el resto de la barba cuidadosamente afeitado; el cuello de la camisa alto y cuadrado; una gran corbata de raso negro, alta y con lazo enorme; chaleco de riquísimo casimir con botones de camafeos, de un color claro, entre naranjado y pardo; en los bolsillos de este chaleco las dobles y gruesas cadenas de oro de dos relojes con dijes; frac azul con botón dorado; pantalón negro muy ajustado, con portezuela ó trampilla, y botas muy lustradas.

Sobre el traje llevaba una especie de carrik de tres esclavinas, con gran cuello vuelto y abombado, guantes blancos, y en la mano un gran sombrero de castor pelado, de ala enorme, y mucho más ancho en su copa que en su base.

Pasando á la fisonomia de este individuo, era problemática, sobre todo aguda y un tanto punzante, y sarcástica sin ser grosera, y á vuelta de todo esto, perfectamente distinguida como la de un hombre que ha recibido una gran educación, pero marcándose el sabor del señorito de provincia.

A pesar de lo epigramático, de lo móvil, de un no sé qué de acometedor que aquel semblante tenía, aparecía bello y simpático, aunque era un tanto demacrado. Sobre todo, los ojos eran hermosísimos, grandes, negros y poderosos.

Algunas veces, aquellos ojos, como expresando un recóndito pensamiento, dejaban ver una mirada sesgada y siniestra: una de esas miradas que hacen daño, pero rápida y casi imperceptible.

Era menos que de mediana estatura, y por su actitud, por un no sé qué inexplicable, daba la idea de la agilidad, de la decisión y de la fuerza.

Gran número de las personas, que yendo á correr las estaciones, salían y entraban en el templo, al pasar junto á la pila de agua bendita de la derecha, cerca de la cual estaba este caballero, le saludaban como á una persona muy conocida, y él contestaba dando á su lado la expresión que convenía, según que era la persona que le había saludado, alta dama, señorita delicada y elegante, caballero estirado, hombre de la clase media, artesano, ó á veces un gitano ó gitana, sin dejar de entrar en cuenta algunos individuos no muy fácil de traducir á la inteligencia vulgar.

Las relaciones, pues, de este caballero eran una colección completa, que recorría desde lo más alto hasta lo más bajo de la esfera social.

Empezaba el *miserere* cuando empezamos nuestro relato.

De improviso aquel órgano encantador cesó, sucediendo bruscamente el silencio á la armonía, y se oyó un grito agudo de mujer, semejante al que una mujer delicada puede arrancar el terror.

Cesó inmediatamente después el canto de las religiosas.

Se vió un súbito resplandor tras la reja del coro alto, y desesperadas voces de ¡fuego! ¡fuego! partieron de él.

La multitud que en el templo estaba, se levantó despavorida, se arrojó sobre la cancela, y hubo seres estropeados, casi aplastados y aun sofocados.

La cancela era fuerte, y la gente había cerrado las puertas que se abrían para adentro.

El individuo del cual hemos hecho la descripción, había ganado el saliente de una pilastra, y colocádose en el ángulo que esta pilastra formaba con la verja de una capilla.

En su mirada había entonces algo terrible, algo de una impaciencia colérica; parecía como que le irritaba aquel

apiñado gentío que se apretaba contra la cancela, que formaba una impenetrable masa humana y que no le dejaba salir: porque indudablemente aquel individuo tenía un gran interés en salir, á juzgar por la expresión de su semblante y de su mirada.

Pero aquel interés no era en ninguna manera miedo al incendio: reconocía indudablemente otra causa, y una causa muy grave.

Pero como no hay cancela, por fuerte que sea, que no ceda á la presión de una multitud aterrada, crujieron las maderas, rechinaron los goznes, y al fin las puertas se rajaron, se balancearon, se abrieron, y apenas sujetas por los hierros superiores, fueron un obstáculo franqueable, pero terrible para la multitud sobre la cual golpeaban.

Al fin la multitud evacuó el templo, y entonces nuestro individuo salió rápidamente, ganó la calle, torció por la primera esquina, se metió por la primera callejuela, avanzó, y al llegar á una alta tapia, á lo largo de la cual, la callejuela se continuaba, se detuvo junto á un grupo de tres hombres que sujetaban una escala, cuyo otro extremo se aferraba en lo alto de la tapia.

—¿Y aún no han salido?—exclamó con voz ronca, terrible, imperativa, amenazadora aquel individuo.

—Válgame Dios, señor marqués, — dijo con ese ceceo y esa entonación particular de los gitanos, uno de los tres hombres,—usía se cree que no hay más que decir esto quiero y ya está.

—Se ha dado la alarma,—exclamó el llamado marqués, —acudirá muy pronto gente á apagar el incendio, y todo puede echarse á perder.

—¡Vaya un incendio, señor marqués! — dijo otro al pa-

recer también gitano,—cuatro estopas mojadas en aguarrás y metidas en el órgano. ¡Si viera usía lo que ha sido menester para eso! En fin, usía no tiene con qué pagarnos nuestro trabajo; pero calle usía que la escala se menea y se pone tirante; ya está ahí la señorita, y antes de que haya acudido gente, ¡que! si Garbanzuelo y Ratacoja son dos mozos que no los merece Andalucía. Vamos, señor marqués, eche usía á correr que detrás nos vamos nosotros con la señorita para meternos donde usía se meta.

El marqués miró con ansia á lo alto de la escala, donde aparecía un grupo, informe, entre el cual, merced á que la noche era bastante clara, se destacaba un largo objeto blanco.

El marqués emprendió rápidamente la marcha á lo largo de la callejuela. y poco después, cinco hombres le seguían casi á la carrera, llevando en peso y desmayada á una joven, cuyo traje era un hábito de novicia.

CAPITULO II

De cómo las dueñas del Espíritu Santo se encontraron con que lo que las habían robado era un alma en un hermoso cuerpo.

No tardaron en sobrevenir gentes, entre las primeras, algunas autoridades, el corregidor, el alcalde mayor, el capitán general, y como es cosa indispensable, los voluntarios realistas, con sus casacas inconmensurables, sus morriones enormes, sus correas sucias y sus fusiles mohosos, en chancleta la mayor parte; el provisor, el vicario, el secretario del arzobispo; los oficiales de albañilería, de cerrajería, de carpintería y de cañería, que al oir el toque de fuego acudían, como era su obligación, y gran número de vecinos que iban á socorrer á las buenas madres, que se quemaban ó que podían quemarse, porque nadie sabía lo que pasaba en el convento, sino que en él había fuego.

No tardaron en aparecer las monjas, sin cuidarse de echarse el velo, escapadas por la portería, despavoridas, trémulas, agonizando de terror.

Pero el incendio no debía ser gran cosa, porque no se

veía humo, y para ver el fuego era necesario entrar en la iglesia y mirar al coro.

Esto era, sin embargo, peligroso, si no se tomaba por la derecha, porque por la izquierda caían chorros de cinc derretido, provinieante de los tubos ó pitos del órgano incendiado.

La iglesia era la que se iba llenando de humo; pero á todas luces, el fuego estaba circunscrito al coro.

Subieron á él los obreros, desplomaron á hachazos el órgano; una bomba que había entrado en la iglesia apagó completamente el fuego, y se vió que nada había que temer ya, porque el incendio había sido completamente extinguido.

Pero quedaba otro asunto gravísimo.

Las gentes que habían acudido por la callejuela, habían tropezado con la escala que pendía de la tapia, y esta tapia correspondía á la huerta del convento de dueñas del Espíritu Santo.

Esta coincidencia pareció una prueba á las autoridades que allí se encontraban, de que el incendio no había sido casual, sino intencionado y preparado de antemano, con objeto sin duda de aterrar á las madres reunidas en el coro, obligarlas á que se lanzasen á la calle buscando su salvación, para robar entretanto y escapar con el robo, merced al tumulto.

Las dueñas del Espíritu Santo no eran religiosas así como se quiera de tres al cuarto ó de medio pelo, como otras que vivían de lo que trabajaban y de cuatro bienes ruinecillos de la comunidad; eran, por el contrario, señoras que tenían que probar nobleza por los cuatro ó por los ocho, y aún creemos que por los diez y seis lados para entrar

en aquella aristocrática clausura, y las cuales no se podía nombrar sin decir: la señora doña Purificación, ó la señora doña Tránsito, ó la señora doña Santísimo Sacramento.

Las familias ricas que desde *in illo tempore* habían encontrado allí sus hijas y muchas viudas desconsoladas que se habían encerrado con su duelo entre aquellas santas paredes, habían creado en sucesivas, continuas y fuertes donaciones, una enorme propiedad al convento, que le vino muy bien á Mendizábal cuando se vendieron en beneficio del Estado, los bienes de manos muertas.

Las señoras dueñas del Espíritu Santo de Sevilla, se trataban, pues, muy bien, como que eran ricas; y más que monjas, venían á ser señoras recluídas, sujetas á unos votos indisolubles y á una inrrompible clausura; pero fuera de ésto, allí todo era delicado, cómodo y aristocrático.

Era público, pues, que no pudiendo gastar las dueñas, por bien que se cuidasen, ni aun la décima parte de sus enormes rentas, en las cajas del convento debía haber sumas cuantiosas y en buenas onzas de oro mejicanas, porque los aficionados á hacer suyo lo ajeno, habían indagado y sabido que el administrador ó gerente de la comunidad, cambiaba todos los años por el tiempo en que las rentas se cobraban, inmensas y tentadoras cantidades de plata en onzas de oro.

Más de una vez se había intentado robar el convento, y por lo tanto, se creyó que se trataba de un robo, y no se engañaban; solamente que los ladrones, en vez de llevarse un tesoro de dinero, se habían llevado un tesoro viviente.

La priora, la comulgadora, la tesorera, la sacristana y la portera, todas las madres graves, en fin, que formaban lo que podía llamarse el capítulo, precedidas por heroicos

volutarios realistas, que avanzaban con las bayonetas caladas, muchas de ellas en verdad sin punta, y casi todas miserablemente torcidas, acompañados del capitán general, y del provisor, y del vicario, y del secretario del arzobispo, y del corregidor, y del alcalde mayor, y de muchas personas notables que habían acudido, y seguidas de un fuerte pelotón de los susodichos realistas voluntarios, penetraron en el convento cuando supieron que nada absolutamente tenían que temer del incendio, y se lanzaron á la celda prioral, donde en un cuarto, cuya puerta estaba afianzada con tres cerraduras y tres cerrojos y tres candados, había un grande armario de nogal con barras y visagras de hierro, que venía á ser la caja, una caja inconmensurable; y franqueada que fué la puerta mediante las tres llaves, de la priora, de la comulgatera y de la sacristana, en lo cual las santas madres invirtieron no sabemos cuanto tiempo, porque estaban tan turbadas que no acertaban con los ojos de las cerraduras, y abierto que fué el armario, no con menos turbación ni menos empleo de tiempo, se halló que en el repleto armario, que causó la envidia de todos los circunstantes, no faltaba ni un talego: aquello no había sido violado.

Pero faltaba otro importantísimo lugar que registrar.

Este lugar era aquel en que se guardaba el tesoro sagrado del convento: los cálices, los copones, las paces, las custodias, las cruces, en fin, todo lo que el servicio del altar requiere, y que era rico, aun de un gran valor artístico, porque allí desde el buen rey don Fernando el Santo, conquistador de Sevilla, el convento había recibido preciosas obras de orfebrería, de aquellas inimitables que se hacían en la Edad Media.

El sagrado tesoro estaba también intacto.

Los ternos de riquísimo brocado, las albas y los paños del altar de precioso encaje, todo estaba allí.

Se registraron las celdas una por una, se miró debajo de las camas, se inspeccionaron los sótanos, se llenó medio mundo de telarañas en el reconocimiento de los desvanes, se bajó al panteón, se probó si algún nicho había sido falseado por algún ladrón para esconderse allí, y nada, nada absolutamente se encontró.

Afirmaban algunas madres, que decían haber visto algo, que tanto había habido ladrones en el convento, como que se habían metido en el coro, y que eran muchos, muchísimos.

El miedo de las madres multiplicaba sin duda el bulto de los ladrones.

¿Pero qué se habían llevado?

El robo no resultaba.

¿Para qué habían entrado en el convento si no habían robado?

Y que habían entrado y habían penetrado hasta lo más profundo de él, se probaba, primero por la doble escala que había quedado pendiente de la tapia por la parte de afuera, y por lo parte de adentro, y por las madres que aseguraban haber visto ladrones en el coro.

A nadie se le ocurría que aquel hubiese sido un robo de amor, y la alhaja robada, la más hermosa, la más espiritual, la más encantadora de las novicias; pero cuando al fin se llegó á revisar la comunidad por si alguna monja despavorida había ido á parar sin saberlo á los quintos infiernos, se encontró que faltaba Milagritos, la hermosa niña hija del señor conde de los Cabrales.

Entonces se comprendió todo, y las maldiciones y las abominaciones cayeron sobre Milagros.

¡Ella! no había duda, ella había sido la que había pegado fuego al órgano, para que en medio del terror que este suceso debía causar, pudiesen llegar hasta ella y llevársela los emisarios de don Miguelito, el marqués de Casa-Vaquera, que todo el mundo sabía había encaprichado de tal manera á Milagros, que había obligado á su padre á meterla en el convento de las dueñas, para evitar que don Miguelito de Villegas y Vallehumbroso, marqués de Casa-Vaquera, acabase de volverla el seso y aconteciese algún escándalo que deshonrase el último blasón de los Cabrales, por la pasión de su malvado primo, porque eran primos, aunque lejanos, la Milagritos y don Miguelito.

Dejemos, pues, á las monjas escandalizándose, al corregidor y al alcalde mayor tomando medidas gubernativas y judiciales; al subdelegado de policía echando cálculos, y á los alguaciles papando el aire por las calles, como avantos en busca de la madrigera donde el malvado don Miguelito escondía á la desenfrenada Milagros, y pasemos á otro capítulo para poner en antecedentes necesarios á nuestros lectores.

CAPÍTULO III

Cómo puede cubrirse con un cuento un crimen.

Don Miguelito, á quien la ilustre universidad de la tuna de Sevilla, que tiene sus escuelas en la Encarnación, en Triana, en la Cestería, en la Macarena y en San Bernardo, no había dado aún el glorioso dictado de Caparrota, era un hijo de la desgracia, no porque al nacer le hubiese robado la fortuna sus bienes, que se los dió cuantiosos, á la par que un nombre ilustre, sino porque nació sin padres, y dió en las manos de un tutor que era lo que por regla general son todos los tutores, sálvese el que pueda, monstruosos chupones de la fortuna de sus pupilos.

Parecía como que una maldición había presidido al nacimiento de don Miguelito.

Tenía éste, en el momento en que le hemos visto robando audazmente por medio de algunos pícaros una novicia de su convento, veintiocho años apenas bien cumplidos.

Pues bien; veintiocho años, y algunos meses antes, una

noche, ya después de mediada, algunos vecinos de la calle de Vizcaínos, y particularmente algunos buenos mozos, que pelaban la pava con sus prendas, aprovechando la soledad propia de la hora y las tinieblas de la noche, oyeron de improviso entre el silencio, el estampido pavoroso de una arma de fuego, y un aún más pavoroso de gemido de alguien que en aquel gemido hubiese dado su eterno adios á la vida.

Aquel disparo y aquel gemido parecían provenir de una gran casa antigua, casi siempre cerrada y misteriosamente habitada, á lo que se sabía únicamente, por dos viejos: el uno amo y el otro criado, ambos como de sesenta años, largos ambos, y flacos, y severos y atraviliarios ambos, que no había más que pedir.

Llamábase el amo don Silvestre y el criado Juan Nepomuceno.

Esto era todo lo que de ellos se sabía en la vecindad, por explicaciones brevísimas que el Juan Nepomuceno había hecho en la tienda de comestibles, en la carnicería y en algunas otras tiendas, donde acudía para el gasto de la casa.

Apretándole más, todo lo que se pudo adelantar fué que dijese, ó más bien que explanase, el nombre de su amo, y algunos pequeños datos acerca de él.

Se llamaba su amo don Silvestre de Pontevedra: era indiano, nieto ó viznieto de un capitán de infantería español, que había ido á mejorar su hacienda á América.

Don Silvestre de Pontevedra era muy rico, y á esto se reducían todas las mayores noticias que se habían podido arrancar á Juan Nepomuceno, añadiéndose á esto lo que todo el mundo en la vecindad sabía, que el indiano había comprado aquella casa hacía un año, la había hecho amue-

blar con gran lujo, á juzgar por los muebles, tapicería y demás que habían visto entrar los vecinos, y que una vez dispuesta la casa, se había mudado á ella de noche, sin que nadie le viese.

Ahora bien; los vecinos y los enamorados, que oyeron el disparo y el gemido que le siguió, ya fuese por anchura de cuajo, ya por esa deliciosa pereza que es una de las cualidades más envidiables de los andaluces, ya porque temiesen que la justicia los marease, cometieron la *guasa* de no dar parte de lo que habían oído, y de no acordarse más de ello, ni aun murmuraron, porque les pareció la cosa gorda, y nadie creyó conveniente manifestar que se habían de tal cosa apercibido.

Unicamente alguno de los amartelados dijo:

—¿Has oído tú, chiquilla?

—Sí que he oído, hijo mío.

—¿Y qué te parece?

—A mí nada.

—Pues ni á mí; lo que á mí me interesa, es que no le guiñes el ojos cuando le veas al hijo del sacristan.

Pasó así este misterioso y sombrío incidente, y á los ochos días aquella casa tan cerrada se abrió.

Aparecieron sus salones iluminados, llegó con gran pompa el viático con palio, y una larga fila de pobres con blandones encendidos, y altar y todo cuanto se requiere cuando se vá á administrar á una persona rica.

Se fué el viático, y empezaron á venir coches y más coches, todos de gente gorda, cuya gente fué metiéndose en la casa, muy engalanadas las señoras, y muy espetados los caballeros.

Acudieron los mozos del café del Romano, que en la

misma calle estaba, cargados de garrafas y licores, y una multitud de lacayos, que habían salido no se sabía de dónde, sobrevinieron agobiados cada cual con un bandejón de dulces, y todo esto tan contradictorio, el viático y la fiesta traían en confusiones á los vecinos, que alargaban la gaita, y procuraban sacar por el olor lo que aquello era, y cundió mucho más la curiosidad y el escándalo á lo somurmujo, cuando vieron entrar cargados con violón, y trombón, y sacabuche, y violines, y flautas, una larga fila de músicos escuálidos, que todos olían á clérigo, porque aquello era no menos que la capilla de la catedral; y llegó al colmo la curiosa ansiedad de los vecinos cuando oyeron el aristocrático minué, que se dejaba oír, aunque apagado, saliendo por las cerradas é iluminadas vidrieras de los siete grandes balcones de la casa de don Silvestre de Pontevedra.

Aquello duró hasta las diez de la noche, hora en que se fueron retirando los señores que á casa del indiano habían acudido, se apagaron las luces que en las vidrieras se trasparentaban, se cerró la puerta, y todo quedó en el más profundo silencio.

Los vecinos, que estaban ya para estallar, invadieron el café del Romano, y preguntaron ansiosos á los mozos, qué era lo que habían visto.

Estos, antes de responder, quemaron la sangre con ponderaciones indeterminadas á los preguntones, y al fin dijeron que lo que únicamente había sucedido, era que una señorita hermosa como diez mil soles, se había casado con el señor marqués de Casa-Vaquera.

—Pero, señor,—decía alguna morena más viva que una pimienta,—¿cómo se tiene boda y jolgorio en una casa donde hay un enfermo que se está muriendo y al que es menes-

ter darle su majestad para que vaya como es debido á buscarle las vueltas á San Pedro.

A esto los mozos del café se encogieron de hombros.

—Pero hombre,—decía un mocito,—¿ustedes no han visto allí á ninguna persona enferma ó siquiera amarilla?

—¡Toma! el señor marqués,—dijo uno de los mozos.

—¡Vaya!—decía una que conocía largamente al marqués de Casa-Vaquera,—pues no hace ocho días que yo ví á don Ignacio y estaba fresco y bonito como una rosa.

—¡Pues ahí verás,—contestaba el mozo,—lo que es esta noche está más amarillo y más feo que un nabo cocho.

—No somos nada, señor,—decía una vieja santiguándose.

Y de este cambio de preguntas y respuestas no se sacó otra cosa en limpio, sino que los salones de la casa del indiano estaban puestos con un lujo que metía miedo, que el marqués tenía puesto su uniforme de gentil-hombre de su majestad con ejercicio, que estaba muy pálido y parecía muy enfermo, y que no se había levantado del sillón en que estaba, que don Silvestre de Pontevedra estaba muy sério y muy grave, muy vestido de negro y muy de etiqueta, acudiendo á todas partes, haciendo los honores de la casa, y que la desposada, que era una diosa, no se había separado ni un momento de su marido, y estaba pálida, triste, casi llorosa y como desesperada. Por último, que lo principal de Sevilla había asistido á la boda y había habido largamente dulces y refrescos, y licores y todo lo que Dios crió, y se había bailado mucho por lo fino.

Esto abrió más las ganas de noticias de todos los vecinos, y por la mañana, cuando Juan Nepomuceno fué á la compra, llevó consigo dos robustos galopines ó pinches de

cocina prevenidos con grandes cestas, y compró largamente, como no había comprado nunca.

—¿Y para qué tanto, compadre?—le dijo el carnicero, que fué el primero á quien llegó.

—¿Para qué ha de ser sino para la familia?—contestó el criado.

—Compadre, ¿y qué familia, si ayer no llevó usted más que una libra de vaca y otra de carnero, y dos sesadas y cuatro criadillas?

—Hombre, para el señor, para el señorito, y para la señorita y para la servidumbre.

—¡Ah! sí, es verdad,—dijo dejándose caer el carnicero, —que anoche hubo boda en su casa de usted, compadre. ¿Pero de dónde ha salido esa señorita, que no sabíamos que la hubiese?

—De la América,—contestó Juan Nepomuceno, que á pesar de lo atraviliario de su carácter y de lo hombre de pocas palabras que era, contestaba sin dificultad, como si le hubiese gustado hablar del negocio.

—¿De la América, compadre?

—Sí señor, de Buenos-Aires; la señorita se llama doña Guadalupe, y es hija del señor, y tiene diez y siete años, y diez y siete millones de dote.

—¡Atiza!—dijo el carnicero.—Ande usted, compadre, ande usted, que me va á mí gustando la historia; lo que es esos diez y siete millones me han hecho á mí la boca agua, y de gusto le voy á pesar á usted lo mejor del solomillo de esta vaca. Venga usted, compadre, ¿por qué se quedó por allá la señorita?

—Mire usted, tio Calceta,—así se llamaba el carnicero, que era un gitanazo como un demonio;—el señor es rico,

pero no tanto, ni con mucho, como lo era su hermana doña Margarita, que en paz descanse, y ha de saber usted, tio Calceta, que mi amo sabía que tenía aquí en España, en Andalucía, unas alcabalas y yo no sé qué cosas, qué patronatos, qué bienes, en fin, que no eran de despreciar, y para entrar en posesión de ellos tenía que venirse á Sevilla, y á Sevilla se vino con algunos taleguitos de peluconas para ayudar su derecho; y éste era tan claro, que un señor marqués, con quien tenía que pleitear, transigió, y se arreglaron; y yo creo que hubo de tratarse como primera cláusula la transacción, que el señor conde del Pulgoso se casaría con la señorita. Por eso mi amo se quedó en Sevilla, y compró la casa que tenemos, y la amuebló y la preparó para cuando viniese la señorita y se hiciese la boda.

—¿Y se ha esperado un año su amo de usted para decirle á su hija que venga, ó es que se echa un año en llegar desde Buenos-Aires aquí?

—Le diré á usted, tio Calceta; era el caso que doña Margarita, la hermana del señor, estaba si me muero hoy, si me muero mañana, y no era cosa de que la señorita se viniese, y los otros parientes engañasen á doña Margarita, y la señorita Guadalupe perdiese diez y siete millones por casarse aquí con un medio conde.

—Vaya, cada cual sabe lo que se hace,—dijo el tio Calceta;—pero se me ocurre á mí una dificultad, compadre.

—¿Y qué dificultad se le ocurre á usted, tio Calceta?

—Hombre, que la señorita no se ha casado con el conde del Pulgoso, y ha hecho muy bien, porque la hubieran llamado la pulgosa, y hubiera estado muy feo. ¿Pero cómo es que se ha casado así tan de improviso con el señor mar-

qués de Casa-Vaquera, que decía todo el mundo que era incasable?

—Las cosas, tio Calceta,—dijo Juan Nepomuceno.

—Pues, por supuesto que las cosas,—replicó el jitano; —pero vamos á ver esas cosas si no hay inconveniente.

—Hombre, que le vino al marqués de Casa-Vaquera una carta de Montevideo de un pariente suyo, encargándole una visita para mi amo, y el señor marqués vino á cumplir el encargo, y vió el retrato de cuerpo entero de la señorita, que el amo se trajo por ver todos los días, aunque fuese pintada, á la señorita, ya que no podía verla en carne y hueso; y en cuanto que el señor marqués vió el retrato de la señorita Guadalupe, le entró la basca y el mareo. y se le apretó y se le ensanchó el corazón, tan sin dejar tiempo el apretón al estirón y el estirón al apretón, que se puso malo, y fué menester untarle en las narices y en las sienes para que volviera en sí, y luego darle thé y tenerle algún tiempo arropado para que entrara en calor y se pudiera volver á su casa.

—Pues hombre, ¿es algún monumento de Semana Santa nunca visto ni oído, ó alguna cosa del otro mundo la señorita Guadalupe para que así al verla le diera la pataleta al señor marqués de Casa-Vaquera, que dicen que dice que á él no hay mujer que le choque, y que era menester que Dios le diera un puntapié á un angel y lo echara á la tierra para que él se enamorara, y aún así si Dios quería.

—Pues ahí verá usted, tio Calceta; al otro día de haber visto el señor marqués á la señorita Guadalupe, sin esperar á que mi amo le pagara la visita, vino y se echó á sus piés llorando, y le dijo que si no se casaba con la señorita se iba á morir; y mi amo entró en cuentas, y le pareció mejor

marido el marqués que el conde, y mejor título y más decente el de Casa-Vaquera que el de Pulgoso, y le dijo al marqués que sí, y al conde de Pulgoso lo sosegó dándole unos maravedís para que consintiese en quitar la cláusula de la transación, que obligaba á mi amo á casar con él á la señorita; y como la señorita había escrito diciendo que su tía se había muerto, dejándola toda su hacienda, el amo la escribió diciendo que se viniera con la primera familia con señora que se embarcara para España, y la señorita escribió avisando el día en que se embarcaba, y hace ocho días, el señor marqués y mi amo se fueron á Cádiz á esperar á la señorita, que de un día á otro debía llegar, y ya la señorita había llegado y estaba esperando á su padre. Y mire usted, tio Calceta, como no hay pintor nacido que pinte á aquella bendición de Dios tal como ella es, y usted se convencerá de ello, porque el día que usted la vea se va usted á quedar encogido y ronco de susto; si malo se puso el señor marqués cuando vió el retrato de la señorita, cuando la vió se puso en las últimas y de tal manera, que han tenido que venirse á escape de Cádiz y activar el matrimonio todo lo posible: donde hay dinero todo se consigue; y como el señor marqués está tan malo y tan débil por la maletía y la cancamurria que le ha entrado desde el punto y hora en que vió á la señorita Guadalupe, y como los cristianos no pueden casarse, si son buenos cristianos, sin confesar y comulgar, vea usted ahí por qué ha venido antes de la boda el santo viático, y no hay ni más ni menos, y el cuento se acabó.

—¡Y á mí qué?—dijo de una manera extemporánea el tío Calceta.

—¿Por qué dice usted á mí qué, compadre?—dijo avis-

pándose de un movimiento involuntario de sorpresa Juan Nepomuceno.

—Hombre, digo á mí qué, hermano, como quien dice: y á mí qué me importa que ese prodigio, esa gracia de Dios, se haya casado con otro y no conmigo? Porque me ha puesto usted los dientes largos, compadre.

El á mí qué del gitano, tenía significación muy distinta.

El era uno de los vecinos que ocho días antes, después de la media noche, había oido el tiro y el gemido que habían resonado en casa del indiano.

Para él, aquello era claro: el marqués había recibido el tiro, se moría, le casaban *in articulo mortis*, y enjaretaban una historia para tapar el negocio.

El á mí qué del tío Calceta quería decir: ¿por qué me he de meter yo en camisa de once varas, y comprometerme abriéndole los ojos á la justicia? Anda, allá se las compongan, y al que le interese que se despavile.

En efecto; no había ni una sola palabra de verdad en el relato de Juan Nepomuceno, que, contra su carácter, se hacía charlatan y comunicativo con esa hipérbole, esa untuosidad y ese lenguaje extremoso, que hace que los americanos se parezcan tanto á los andaluces; pero la historia era otra, como se verá á continuación.

CAPÍTULO IV

En que el marqués, huyendo de un peligro, se encuentra con el ángel que necesitaba para enamorarse

El marqués de Casa-Vaquera era un hermoso joven, de aquellos que suele producir Sevilla, capaces por su belleza de causar envidia á una mujer.

Era verdaderamente noble, rico, franco, generoso, campechano, y de muy buen corazón; pero la echaba de valiente y de don Juan Tenorio, y aunque decía, como se lo hemos oido al tío Calceta, que él para enamorarse necesitaba se cayese un ángel del cielo junto á él, esto no pasaba de ser fanfarronada, porque era lo más blando de corazón que podía darse para las mujeres, á poco que tuviesen algún atractivo.

Tenía veinticinco años, y no le había llegado la hora de enamorarse de veras; pero si era fanfarrón en lo referente á su independencia respecto á las mujeres, su ostentación de corazón duro para el peligro no era una fanfarronada; por el contrario, bajo este punto de vista, el marqués era

excesivo, y aún podía decirse que tenía mala sangre.

Provocaba por quítame allá esas pajas, y á poco son bailaba, y cuando no estaba preso le andaban buscando, y de más de cuatro lances graves no había salido sino por su dinero.

Se perecía por las aventuras, cuanto más negras mejor, se perecía porque las mujeres le quisiesen de miedo, ó mejor dicho, por valiente, y tenía mucho, en fin, de la afición instintiva de la fiera por la sangre.

Era todo lo que se llama un *buen mozo*, ó un *guapo* en aquella tierra de Dios y de María Santísima, que tantos buenos mozos y tantos guapos ha criado.

Por lo demás, era en la forma y en las acciones un completo caballero, y sabía permanecer en su puesto sin rebajarse ni una pulgada, tratando con toda clase de gentes, desde lo más ínfimo á los más alto.

Muchas veces decía á algunos de los de mala estofa que conocía demasiado:

—Hombre, es lástima que el respeto que yo tengo á la memoria de mis padres, me quite un gusto. Cuando yo oigo hablar de los niños de Ecija y de otros que han hecho lo que han querido sin respetar nada, me lleva el diablo. Yo sería un caballista del todo; pero en fin, un ladrón es siempre un ladrón, y un ladrón es un sinvergüenza, y para que sepan que uno es valiente, no hay que echarse al camino.

Como se vé, el marqués de Casa-Vaquera propendía al robo, al caballeo, al peligro del camino, y si no había llevado á la práctica su inclinación, había sido, como él decía, por miramiento á la memoria de sus padres y á su honor; pero por lo mismo que no podía probar su valor po-

niéndose frente la justicia y los migueletes y el mundo entero, desfogaba, siendo el espanto y pesadilla de todos los que la echaban de valientes, y el cuidado de los que verdaderamente lo eran.

En cuanto él oía una guitarra que sonaba á fiesta y jaleo, allá se metía, amargaba la fiesta, le quitaba la novia al que la tenía más hermosa, ó se metía con la novia del más valiente, aunque fuera la más fea, y ya estaba la gresca armada; y no así como se quiera, sino hasta tal punto, que se armaba un decalzaperros que ponía en conmoción todo un barrio, y hacía acudir á los realistas y á la guarnición y si el marqués escapaba sin ser preso, tenía que andar por algún tiempo á salto de mata hasta que se arreglaba su negocio.

Hacía más de seis meses que el indiano se había dejado ver en la casa misteriosa de la calle de Vizcainos con su único criado, y al parecer compañero en la casa, Juan Nepomuceno, cuando una noche, el marqués de Casa-Vaquera, que salía ya tarde de visitar á una soberbia moza, maestra de la fábrica de tabacos, y reina, sin contradicción de las cigarreras y de toda la gente de gracia y navaja en liga, y al pasar por Gradas muy embozado en la capa, porque la noche era un tanto fresca, oyó guitarreo y canto, y se encontró con que delante de la puerta del Perdón de la catedral, y como si se hubiesen propuesto dar música á aquella bellísima puerta, que es un tan bello prólogo del patio de los naranjos, se había detenido el enorme grupo de cantadores y tocadores.

El marqués se acercó, se terció la capa y dijo:

—Ea, caballeros, ya estamos echando para arriba ó para abajo, que lo hacen ustedes tan mal, que á mí me parece

que la Giralda se incomoda, y yo no permito se incomode ninguna dama, y mucho menos siendo tan alta y tan buena moza.

Contestáronle con una rechifla los intimados, que, ó por su desdicha no conocieron la voz del marqués (al marqués le conocía todo el mundo en Sevilla), tal vez porque el marqués había ahuecado su voz para darla más autoridad, ó si le conocieron se creyeron bastantes para no tener que temerle, y así debía ser, porque uno dijo:

—Ea, era menester que esto se acabase de una vez, y se va á acabar esta noche.

Pero lo que se acabó muy pronto fué la resistencia de aquellos quince ó veinte guapos, porque el marqués echó mano á una antigua espada de gavilanes, que era su eterna compañera, de cuatro dedos de ancha y cinco palmos de larga, con una taza en que podía guisarse toda la gazofia de un convento de franciscanos, y á este quiero, á este no quiero, tajo al uno, cintarazo al otro, pinchazo al de más allá, y todo esto gentilmente y como quien se divierte, los sobó, los estropeó, los domó y los puso en fuga, salvo dos ó tres que se quedaron procurando levantarse sin poder conseguirlo en el campo de batalla, donde se habían quedado algunos sombreros y algunas guitarras hechas astillas, y una que otra capa; y el marqués se encaminó hacia la calle del Postigo del Carbón, donde había dado cita para hablar con él por la reja otra buena moza.

Pero un alcalde de barrio que con una patrulla de voluntarios realistas venía por Gradas, y que poco antes, mientras duraba la zalagarda, había desembocado por la calle de Placentines, se arrojó al marqués, y al grito de favor al rey, quiso cercarle y prenderle; pero el marqués no

era hombre á quien se prendía fácilmente, y la emprendió con la patrulla y con el alcalde, como la había emprendido con los rondadores.

Los realistas hubieran querido bien hacer fuego; pero llevaban los fusiles, no diremos que limpios, pero sí sin cargar, porque suponiendo sin duda que los realistas eran gente pacífica, no les habían dado municiones.

Ensayaron los míseros una carga á la bayoneta; pero si antes habían rodado las guitarras, entonces las bayonetas, y aun los fusiles, y aun los realistas, rodaron; se hizo la patrulla un puñado de moscas, quedaron sobre el campo las armas y los morriones, y aun no se sabe cómo, una cartuchera y el alcalde, que era un peluquero rico de la calle de la Sierpe, y que porque se cuidaba bien y tenía buen diente, había llegado á una obesidad muy semejante á la de un fraile jerónimo, y por más que el pobre hombre quiso correr, apenas si consiguió andar de prisa; y el marqués, ciego y furioso, sin reparar en que un valiente no debe ensañarse con un fugitivo, y mucho menos cuando no puede serlo á causa de su gravedad específica, le dió una tunda impía, sin moverle á compasión el grito herido, el alarido espantoso, chillon é inaudito que el pobre del peluquero soltaba cada vez que el marqués le apretaba un cintarazo y le cruzaba de la espalda al pecho.

—Toma, para que te metas en lo que no puedes, tocino, —le decía el marqués apretándole la mano.—Si te creerás tú que prender al marqués de Casa-Vaquera es lo mismo que llenarle de bucles la cabeza á la jirafa de la alcaldesa mayor.

En fin, al cuarto ó quinto lampreazo, el alcalde se vino al suelo, por cuya razón el marqués le dejó, dándose por

satisfecho, y se fué á pelar la pava con su gitana, la que le había citado á la reja en la calle del Postigo del Carbón.

Encontróse una ronda de alguaciles del alcalde mayor, que sobrevino poco después á la entrada de Gradas por la parte del frontispicio de la catedral, al pobre peluquero, inmóvil, boca arriba y resollando como un buey acansinado que se muere; hallaron más allá cinco fusiles sin bayonetas y siete bayonetas sin fusiles, tres enormes morriones, rajado uno hasta la mitad, como una sandía, y una cartuchera desvencijada y aplastada con su vieja correa.

Más adelante hallaron dos mástiles de guitarra, astillas pertenecientes á instrumentos de la misma clase, un guitarro hendido, cuatro sombreros, á todas luces de pícaro, y dos medias capillas, cercenadas y roidas, y con cada agujero, que bien podía pasar por ellos el encierro de los toros.

Se repararon también sobre el enlosado de Gradas, en aquel lugar, algunas manchas de saugre; se recogió una horrenda navaja *santo olio*, cachicuerna, de aquellas que causaban á su poseedor, si se las ocupaba la justicia, diez años de presidio y retención en Ceuta ó en Melilla.

Pero todos los tunantes, aun los que habían sido malheridos, habían logrado escapar y hacerse noche.

¿Quién podía ser, ó quienes, el autor ó los autores de aquello? Porque aquello para un solo hombre era mucha obra.

—Como no haya sido el marqués de Casa-Vaquera,—dijo un alguacil.

—¡Poder de Dios!—exclamó el alcalde mayor, á quien su celo había hecho salir aquella noche de ronda, como acostumbraba á hacerlo dos noches al mes.—Que el señor marqués debía saber que hoy era día quince, y que el quin-

ce y el primero rondo yo toda la noche, y más respeto ha debido tener á la persona del rey nuestro señor, que yo represento.

El alcalde mayor cuidaba de que todo el mundo supiese cuales eran los días en que él rondaba, para no encontrar obstáculos ni inconvenientes, á causa de el temor que debía sentir la gente dura y maleante de ponerse en el caso de ser presos, cometiendo el desacato de resistir á una autoridad tal como el señor alcalde mayor, que además, de lo respetable, llevaba toda una jauría de alguaciles de los más malos del oficio, que era todo cuanto había que decir, y cosido á la capa su escribano, dispuesto á enredar al aire libre en los renglones que sobre el papel que consigo llevaba escribiese al guapo mejor plantado y de más picardías y de más gávilos, y de tal manera, que no pudiese salir del enredo sino yendo á presidio.

Irritóle, pues, extraordinariamente al alcalde mayor, que era un caballero de muchas campanillas de mucho peor génio, que el marqués de Casa-Vaquera no hubiera respetado aquella noche en que él debía andar por la calle en son de justicia; esto suponiendo que el marqués hubiera sido el autor de aquel desavío.

Había que averiguar esto.

Se levantó al alcalde de barrio, que apenas pudo tenerse de pié; pero se pretendió en vano hacerle que hablase, porque el alcalde balbuceaba algunas palabras ininteligibles, y luego se echaba á llorar, y de balbuceo en llanto, aquello no se acababa nunca.

El pobre hombre estaba espasmodizado y no había podido recobrar todavía el habla.

Llevósele á su casa, se le dieron bebidas, friegas y an-

tiespasmódicos, todo en presencia del alcalde mayor y del escribano, atento á todo para librar testimonio.

Apenas el alcalde de barrio, gracias á los remedios, pudo hablar, cuando dijo con voz mezquina, cicatera y cobarde:

—¡Justicia de Dios y del rey, señor alcalde mayor; que ese mal hombre me ha muerto!

—¿Y quién es ese mal hombre?—preguntó el alcalde mayor, que hasta entonces había estado sentado en el brasero par á par con la peluquera, que era una moza de muy buenos bigotes.

—¿Quién ha de ser,—exclamó el estropeado,—más que el señor marqués de Casa-Vaquera?

—Hombre, pues me alegro mucho,—dijo el alcalde mayor,—porque ya tengo al marqués entrecogido en un proceso de desacato y resistencia á la justicia, y ya veremos si este negocio lo arregla con sus dineros allá en Madrid.

—El marqués arreglará todo lo que quiera,—exclamó quejumbronamente el alcalde de barrio,—porque el diablo le acompaña, y eso que usía no sabe hasta dónde ha llegado el desacato del señor marqués: como que cuando me apretaba me decía:

»—Toma peluquín peluquero, si creerás tú que es tan fácil meterle mano al marqués de Casa-Vaquera, como llenarle de rizos la cabeza de llueca pelada, á la jirafa de la alcaldesa mayor.

Como se vé, en su saña y en su sed de venganza, el peluquero hacía una segunda edición corregida y aumentada de lo que había dicho el marqués de Casa-Vaquera; y lo mismo fué oír el alcalde mayor que el marqués había dicho que su mujer tenía cabeza de llueca pelada, y que era una

jirafa, cuando se levantó como una sierpe, haciendo rodar la silla en que había estado sentado, y exclamó todo demudado y colérico, blandiendo la larga y gruesa caña de Indias, con enorme puño de oro y borlas negras, que representaba su enorme jurisdicción de jefe administrativo y judicial, no solamente en Sevilla, sino en su reino, autoridad formidable que había reemplazado á la más formidable aún de los antiguos asistentes que resumían todas las jurisdicciones posibles, la militar, la judicial y la administrativa, é excepción de la eclesiástica.

Llamar jirafa y llueca calva á la conjunta compañera de un tal personaje, era cosa que no podía caber en cabeza humana, como no fuera en la del marqués de Casa-Vaquera, que había dado altas muestras de estar dejado de la mano de Dios.

—Pues, ó pierdo yo el sér y fundación de lo que soy, ó la tierra se sube al cielo, ó el cielo se viene abajo, ó de esta hecha, y sin que le valga la bula de Meco, planto en presidio para toda su vida á ese desvergonzado de marqués de Casa-Vaquera. Ahora veremos si sus dineros le valen en Madrid.

Y el alcalde mayor, ansioso de tomar venganza de la injuria que se le había hecho en la persona de su muy cara y respetable esposa, se disparó con toda su negra comitiva, dejando al pobre peluquero aguantando los resultados de la paliza.

El alcalde mayor hubiera desempedrado las calles de Sevilla, según correteó por ellas, si las calles de Sevilla hubieran estado empedradas, y los resoplidos de su furor hubieran apagado los faroles del alumbrado público, si alumbrado público hubiera habido.

Aquello, hasta el amanecer, había sido una fiera suelta en Sevilla, seguida de otras veinte ó treinta fieras menores; pero ni rastro del marqués encontró, porque el marqués olió el chuvasco, vió que era una temeridad meterse con la tremenda ronda del alcalde mayor, y como que la Lolita, con quien pelaba la pava, le adoraba, le abrió silenciosamente la puerta, á punto que asomaban por lo alto de la calle las linternas de la ronda del alcalde mayor, que por el número de las linternas conoció el práctico marqués que de la ronda del alcalde mayor se trataba, y le amparó y abrigó cariñosamente, y aunque exponiéndose á que el gitano su padre, que era muy malo, despertase y hubiese la de Dios es Cristo, tuvo escondido toda la noche al marqués, y al amanecer se escurrió por las tapias del huerto á casa de un vecino, con media docena de onzas que el marqués le había proporcionado, y el marqués tuvo un buen penco, en el que escapó de Sevilla, y desde afuera envió exploradores, y se enteró de que el alcalde mayor le había levantado una cantera demasiado grave para que no tuviese que precaverse cuidadosamente, y apretar bien la mano con todas sus relaciones en Madrid, y hacer una larga y dolorosa sangría á su hacienda.

Pero Sevilla estaba sorda y como sin sombra sin el marqués, y el marqués no podía pasarse sin Sevilla.

La cosa tardaba en arreglarse en Madrid, porque el alcalde mayor era mal enemigo, y había puesto pies en pared, y para ir á Sevilla el marqués tenía que esperar la noche, y disfrazarse, y andar con más ojos que Argos.

Una noche que el marqués iba deprisa por la calle de los Gímios, paralela á la de Vizcainos, el marqués sintió de improviso pasos por la una parte y por la otra de la calle,

y harto conocedor, no pudo dudar de que aquellos eran pasos de gente de justicia.

Había que escapar, y como no fuese por el aire, no había otro escape posible.

El marqués arrojó en torno suyo una mirada desesperada, y se convenció de que estaba cabalmente entre las tapias de dos jardines.

Pero por encima de la tapia del de la izquierda caía una rama de árbol, y aunque estaba á bastante altura la punta de aquella rama, el marqués hizo un formidable esfuerzo, dió un salto fenomenal, logró cojer la punta de la rama, y con esa agilidad y esa fuerza que desarrolla el instinto de conservación, se engargoló, se izó y logró ganar el caballete de la tapia, y quedar oculto entre el follaje del árbol antes de que hubiesen podido verle los que por un lado y otro de la calle avanzaban, que á tardar un poco en esquivarse el marqués, indudablemente le hubiesen visto, porque el marqués, siempre imprudente y temerario, se había atrevido á entrar en Sevilla en una noche de luna clarísima.

Las dos rondas se encontraron al fin, y desde su escondite, el marqués vió que los alcaldes respectivos hablaban con un gran interés y miraban con asombro á todas partes, como no comprendiendo que la pieza que habían creído tan bien acorralada hubiese podido escapárseles.

Esto demostró al marqués que le vendían algunos de los que él creía de su mayor confianza, y que aquella noche se había puesto de una manera segura á la justicia sobre su pista.

—No puede haber sido más que el Garatuso,—dijo el marqués.—Pues yo le aseguro al Garatuso que me las ha de pagar, y con costas.

Después de haber conferenciado un largo espacio los dos alcaldes, de haber examinado prolijamente el sitio, y de haber tomado muchas medidas, convinieron, vista la altura de ambas tapias, que sin ser un pájaro, ó por lo menos un cigarrón, á estar allí el marqués cuando ellos se acercaron cada cual por su lado, no hubiera podido escapárseles, lo que demostraba: ó que se les había puesto mal sobre la pista, ó que ellos la habían perdido.

Al fin se retiraron contrariados y mohinos, y el callejón se quedó completamente libre.

El marqués vió entonces que sólo por un milagro había podido encaramarse hasta allí, y de tal manera parecía esto, que no podía intentarse sin locura saltar de la tapia al suelo, aunque fuese deslizándose por la rama, sin exponerse á una peligrosa caída.

Aventurarse así sin más ni más en una casa extraña, que, á juzgar por la grandeza y la belleza de su jardín era una casa principal, era exponerse á que el dueño de aquella casa fuese severo y quisquilloso, conociese la mala fama del marqués y le obligase, para salvarse, á otro lance escandaloso y negro, que lloviendo sobre mojado, echase á perder los arreglos, que ya iban tocando á buen término en Madrid, gracias á una nueva y dolorosa dentellada que el marqués había dado á su hacienda, ya harto empeñada y ruinosa.

Pero se hacía de todo punto necesario tomar un partido, y el marqués, al que nunca abandonaba su audacia, se deslizó por el tronco del árbol hasta llegar á un paseo sombroso que daba la vuelta alrededor del jardín.

Sintió entonces una especie de fruición el marqués, porque era apasionado por lo bello, y el jardín era bellísimo, más que por el arte, por la naturaleza.

Sus viejos árboles formaban una especie de oasis campestre enclavado entre el apiñado caserío de Sevilla, y de tal manera determinaba la ilusión, que una vez dentro del jardín, se sentía un efecto semejante al que se experimentaría en un claro, fresco y odorífero de una inmensa selva.

Sólo al fondo se veía la fachada de la casa, infinitamente más ornamentada por aquella parte que por la parte de la calle de Vizcainos, hasta el punto de que parecía uno de aquellos blancos palacios campestres de Italia, que se llaman villas, y que se destacan con un efecto encantador sobre el fondo verde oscuro de una espesura.

La yedra y la madreselva pasaban del un tronco al otro tupiendo el follaje, y la luz de la luna, penetrando acá y allá de una manera caprichosa, con tonos más ó ménos determinados, causaba cambiantes de luz y penumbras de un efecto hechiceramente fantástico.

Murmuraba una fuente, susurraban las hojas al blando soplo de un ligero vientecillo, y las hortalizas, las flores y las yerbas aromáticas, exhalaban un perfume que embriagaba levemente, completando la influencia que aquel delicioso jardín ejercía sobre el marqués.

Nuestros lectores han comprendido que aquel era el jardín de la casa del indiano don Silvestre de Pontevedra.

El marqués no conocía á aquel sugeto, porque el indiano no salía de su casa sino por breve tiempo por la tarde, y después de un ligero paseo y volvía á encerrarse.

No era tampoco la calle de Vizcainos la más frecuentada por el marqués, que prefería las Siete Revueltas y la plaza de San Francisco, cuando no las abandonaba por Triana, ó por la Macarena, ó por San Bernardo.

Había necesidad de reconocer el jardín por ver si tenía

algún escape, y el marqués avanzó por un sendero orlado á derecha é izquierda de altos y espesos evónimos, especie de laurel enano, de hoja pequeña, mórbida y fresca, de espeso follaje y de un verde delicado.

Al salir de aquel sendero, el marqués de detuvo de improviso y se le heló la sangre.

Se había encontrado de repente, tocándola casi, con una mujer; mejor dicho, con una aparición celeste.

Era una joven muy joven, pálida, de una hermosura melancólica y extoaordinaria, blanca como el nácar más límpido, y con una magnífica cabellera negra y hondeada que la caía en desórden sobre los hombros.

Vestía un traje claro de muselina bordada, que dejaba comprender sus magníficas formas, y era alta, esbelta, maravillosa; en una palabra la señorita Guadalupe, de quien tan ponderativamente había hablado Juan Nepomuceno con el tio Calceta el carnicero.

Y en verdad en verdad, que no podían llamarse ponderaciones los encarecimientos de la belleza de Guadalupe, que dejaba comprender por su expresión y por la pureza de su límpida mirada, que la belleza de su alma era tan grande como la de su cuerpo.

Sintióse el marqués poco ménos turbado y poco ménos enfermo á los pocos instantes de contemplación de Guadalupe, que lo que había supuesto Juan Nepomuceno al decir que á la sola vista del retrato de la señorita Guadalupe, el marqués se había puesto malo, y que había sido menester darle á oler vinagre y hacerle thé, y arroparle para que entrara en calor y pudiese volver á su casa.

Por su parte, Guadalupe, había sentido una impresión no menos poderosa, porque ya hemos dicho que el marqués

era hermoso hasta el punto de poder dar envidia á una hermosa mujer.

Cuando el amor ó la admiración del enamoramiento le salía por los ojos al marqués, que parecía siempre distinguido y noble á pesar de lo matón, se trasfiguraba, se espiritualizaba, se poetizaba y fluía en él una absorvente fuerza simpática, irresistible.

Guadalupe, cuya primera impresión había sido de terror cambió intantáneamente aquel sentimiento, en un sentimiento de sorpresa dulcísima, de alegría del alma, y sintió que se dilataba su ser.

El marqués por su parte se sentía transformado.

Hubo un momento en que los dos jóvenes permanecieron contemplándose con una avidez singular, mudos y envolviéndose mútuamente el uno en la mirada del otro.

—Gracias á Dios,—dijo el marqués quitándose el sombrero y dejando más al descubierto la hermosura de su cabeza.

Y exhaló un profundo suspiro, y envolvió en una mirada, que era una caricia irresistible, á Guadalupe, que aturdida por aquella mirada, bajó los ojos y se enrojeció de tal manera, que á pesar de que la luz de la luna empalidece, el marqués no pudo menos de apercibirse del delicioso rubor de la joven

Sí, delicioso, porque aquel rubor patentizaba una inmaculada pureza, una absoluta pureza de cuerpo y alma.

El marqués asió una mano á Guadalupe, que no la supo retirar.

—Sí, gracias á Dios,—exclamó el marqués, lanzando un nuevo y más encendido suspiro,—porque al fin se ha caído del cielo el angel que yo necesitaba para enamorarme.

Guadalupe alzó de nuevo la mirada, y el marqués enloqueció.

Había visto en aquella mirada el paraíso, la gloria, lo eterno, lo infinito, lo abrasador, lo inefable, lo divino, lo que nunca había visto ni soñado ver.

Y de una manera involuntaria, instintiva, necesaria, fatal, le flaquearon las piernas, cayó de rodillas, más que por demostrar una adoración, porque entonces no tenía acción propia, porque le faltaron las piernas, y con una hambrienta necesidad de espansión, trasportado fuera de sí, besó con delirio la mano de Guadalupe.

Al sentir aquellos ardientes besos y aquellas lágrimas, porque el marqués lloraba, que la felicidad arranca lágrimas como las arranca la amargura, Guadalupe volvió al fin en sí. Todo aquello, desde el encuentro hasta los besos de la mano, había sido cosa de algunos segundos.

Desasió sus manos de las del marqués, y se retiró precipitadamente.

El marqués se levantó, la siguió, la alcanzó á punto en que iba á entrar en la casa, y la dijo:

—O me escucha usted, ó me mato.

—¡Ah, no, no!—dijo Guadalupe con esa voz irresistible de niña que empieza á convertirse en voz de mujer.—Yo no puedo, yo no debo, yo no quiero. Váyase usted.

—¡Ah, por Dios!—exclamó el marqués.—Yo agonizo, yo me muero, yo estoy loco. Oigame usted, alma mía, ó aquí mismo me mato.

—¡Ay si le sintieran á usted!—exclamó con la voz verdaderamente trémula y asustada Guadalupe.

—Pues es menester que no me sientan, niña de mis entrañas, porque si me sienten estoy perdido.

—Pues váyase usted,—dijo Guadalupe.

—Es que yo no me puedo ir.

—¿Que no se puede usted ir, y ha podido usted venir?

—Pues vea usted ahí, corazoncito mío: yo he entrado aquí no sé cómo, pero tampoco sé cómo irme.

—Pues yo quiero que se vaya usted.

Todo era infantil en Guadalupe.

Todo, menos lo magnífico de la hermosura.

—Pues si usted lo quiere,—dijo el marqués,—para que vea usted que usted es la reina de este corazón que se abrasa, será menester hacer lo que usted quiere, aunque me rompa el alma. Pero dígame usted, luz de mis ojos, si yo la obedezco á usted humildemente ¿será usted tan buena que vendrá usted al jardin mañana á estas horas?

Guadalupe guardó silencio.

El marqués conoció que Guadalupe luchaba entre un deseo y un temor.

—Dígame usted que sí, hija de mi alma,—exclamó el marqués;—mire usted que estoy muy malito, y que si usted no me quiere me voy á morir.

—Es que no me atrevo,—contestó Guadalupe,—y luego no sé si podré salir al jardin mañana á estas horas.

—Usted haga lo que pueda, gloria de Dios, que lo que es yo estoy aquí en el jardin, por encima del cielo, mañana á las doce de la noche.

—¿Pero no oye usted que se vaya?—dijo Guadalupe.

—¿Pero estará usted mañana en el jardin?

—Bueno, sí, estaré,—dijo Guadalupe después de una ligera vacilación.

Y luego escapó, y se metió por una puerta orlada por una madreselva.

Quedóse estático el marqués.

—Me quiere,—dijo,—y me quiere de veras, porque á pesar de que debe haberme creido un jitano (el marqués estaba disfrazado de jitano chalán), se ha atortolado, y se ha enamorado, y se ha vuelto loca por mí, como yo me he vuelto loco por ella; y eso que es indudablemente una señorita, y muy rica á lo que parece. Mañana volveré con mi propia piel, y será otra cosa. Vamos á ver ahora cómo salimos de aquí sin detrimento de la persona, que no me parece muy fácil.

El marqués atravesó el jardín.

Buscó el árbol por el cual se había deslizado, trepó á su cruz con poca dificultad, porque el tronco era nudoso y tortuoso, se agarró á la rama que se inclinaba sobre la calle, y encomendándose á Dios, porque aunque calavera deshecho era buen cristiano, se deslizó á lo largo de la rama, y cuando llegó casi á su extremo, se balanceó y dejó ir al suelo con la serenidad y la agilidad de un buen gimnasta.

El choque fué rudo, pero lo soportó el marqués, y sin dar un solo paso en vago, se desterció la capa, se compuso el cinturón, que se le había soslayado un tanto, se arregló la espada, se embozó, se encaló á lo guapo el ancho castoreño torero, muy semejante al que usan los picadores, y resuelto á acuchillarse si era necesario con el alcalde mayor y con su ronda, y con todas las rondas y con todos los alcaldes del mundo, se fué á la calle del Postigo del Carbón, silbó, tosió, y despertándose Lola sorprendida, porque no le esperaba, bajó á la reja, y se estuvo en dulce conversación con el marqués hasta el amanecer, hora en que el marqués salió por el Postigo del Carbón, recién abierto; llegó á un

ventorrillo que había cerca del río, se entró en él, sacó su caballo, montó, y se alejó al galope.

Guadalupe y el marqués fueron el uno para el otro, en las horas que trascurrieron hasta la media noche, el objeto de una insoportable impaciencia.

—¡Oh! ¡siempre la desgracia mía!—exclamó Guadalupe. —¡Un gitano, señor, un gitano! ¡Y yo no sé cómo se me ha metido en el alma y en tan poco tiempo, y cuanto más quiero echarle, más en el alma se me mete!

El marqués por su parte decía:

—Me parece á mí que soy hombre al agua, y que de estos amores va á resultar algo que me va á cambiar de arriba á abajo.



CAPÍTULO V

De como el marqués de Casa-Vaquera encontró medio de entrar y de salir en la casa del indiano.

El marqués había atravesado como una exhalación el puente de barcas y el barrio de Triana.

Había tomado enseguida y al gran galope, el camino de San Juan de Aznalfarache.

Allí se ocultó en una pequeña casa rodeada de una huertecilla á la orilla del río, donde vivía un antiguo criado de su casa, y donde tenía su abrigo seguro cuando llovía récio.

Cristóbal y su mujer, antigua criada también de la casa del marqués, eran ya de años y tenían una cáfila de hijos.

El mayor era ya hombre y estaba casado.

El menor apenas si tenía catorce años, y era un pillete, á quien sus padres no podían meter por vereda, y que cada día se presentaba descalabrado ó estropeado por consecuencia de alguna riña con los gitanillos de Triana; pero siempre firme y siempre dispuesto á emprenderla de nuevo,

y á sufrir la paliza que por cada una de sus descalabraduras le propinaba su padre.

Se llamaba este característico engendro, Nicolasito Cienfuegos.

Pero sus relaciones no le conocían por otro nombre que el de *Tiritaña*.

El marqués se había ya valido de Tiritaña en otras ocasiones, y en cuanto le dieron de almorzar y descansó de la fatiga, más del alma que del cuerpo, de aquella noche, la más trascendental de su vida, entrecogió á solas á Tiritaña, y le dijo:

—Vas á escurrirte por la sombra y á largarte á Sevilla, niño, y á plantarte en la calle de los Gimios, allí abre bien los ojos y te enteras. Verás dos tapias, una más alta que otra, y más fuerte la una que la otra. Por encima de ésta tapia más alta, como al comedio, verás una rama de nogal que se inclina hácia el suelo. Tomas bien la medida del sitio y te largas á la calle Vizcainos, ¿lo entiendes? y te enteras cual es la casa que á corresponde aquel jardín; pero con mucho aquel y mucha picardía.

—Vaya, bueno,—dijo Tiritaña,—como si fuera cosa de dar un salto.

—¡Muchacho!—exclamó asombrado el marqués y con algún sobresalto por sus tendencias al bandidaje, que resistía al ver que algo semejante al bandidaje se le acercaba. —¿Apostamos á que ya eres tú espolique?

—¡Toma!—contestó con una serenidad irritante el chaval,—mi padre no me da cuartos, y un hombre sin dinero ó no puede ir á ninguna parte, ó en todas partes tiene que hacer el sin vergüenza y el hartizo.

—Pues mira no te rompa yo por el espinazo, bribón, ó

se lo digo á tu padre para que te retuerza el pescuezo, deshonra de tu familia.

—¿Pues qué, vuecencia no quiere dar un salto, señor marqués?

—Hombre, es verdad,—dijo el marqués;—pero si yo quiero dar un salto es por una buena moza.

—Como si no fuera *afanar* quitarle una buena moza á su padre, ó á su marido, ó á su madre viejecita.

—También es verdad, muchacho.

—Pues para eso,—dijo Tiritaña,—es menester tener tanto pesqui como para saber dónde está el gato de un ricote. Y vuecencia descuide, que sin que nadie huela siquiera lo que se trae entre manos yo me enteraré. Pero vengan *metales*, porque sin metales no se puede averiguar nada.

Aflojó una onza el marqués á Tiritaña.

—Eso no me sirve á mí,—dijo muy sério el muchacho.

—Hombre ¿y de dónde sacas tú que esta pelucona es falsa?—dijo el marqués.

—Yo no digo eso; lo que digo, es que si yo voy á cambiar esa onza á cualquier parte, como soy muchacho, y no tengo yo pelo de tener una onza, me pescan y me meten *casa de abuela;* y si voy casa de la tía Caratusa, que es de confianza, va á querer darme cinco cuartos por la onza. Vuecencia vea si tiene por ahí en algún rincón de los bolsillos dos pesetas, que con eso me basta á mí para enterarme de todo lo que pasa en Sevilla, convidando á medio mundo.

—Pues me has aplastado, tunante, y ya veo que sabes más que yo. Toma cinco pesetas y este duro, chiquillo, y oye. Es menester que vayas á casa, y le digas á Sebastián, que con disimulo saque una maleta, y en la maleta mi uni-

forme grande de gentil-hombre, una capa de grana, y se venga á buscarme en seguida. Ea, y andando, y á ver cómo te portas, Tiritaña.

El muchacho se separó del marqués, le cogió las vueltas á su madre, y escapó para Sevilla.

Aún no había pasado hora y media cuando Sebastián llegó con la maleta.

El marqués se encerró con él.

—Ha llegado la hora, Sebastián,—le dijo,—de que me sirvas, y salga lo que salga; y si vas á presidio ó te ahorcan, yo me encargo de tu madre, de tu mujer y de tus hijos.

—Vuecencia mande,—dijo tranquilamente Sebastián, que era un hombre como de cuarenta años, y al parecer alentado, de resolución y de sangre negra.

—Pues mira, necesito una escala fuerte y larga, que alcance á una tapia como de cinco varas de altura, y cuatro desesperados salidos del infierno con trabucos y cuchillos, para lo que sea menester, y salga lo que salga, y aunque de resultas de lo que salga tenga que echarme al caballeo.

—Muy bien, señor,—dijo Sebastián sin hacer una sola observación ni alterarse en lo más mínimo por lo que acababa de decir su amo, ni más ni menos que si hubiera dicho lo más natural del mundo.

—Pues manos á la obra,—dijo el marqués;—esta noche á las ánimas me esperais á la entrada del barrio de Triana, provistos de todo lo que te he dicho, y tú ármate bien, Sebastián.

—Pues, por supuesto,—dijo Sebastián, siempre tranquilo é inalterable.

Dos horas después volvió Tiritaña, y en cuanto se encontró solo con el marqués, le dijo:

—Vuecencia se equivoca, á no ser que vuecencia se halla enamorado de dos carcamales largos y estrechos, á los que se les puede ensartar en una aguja de zurcir.

—¿Estás tú seguro de eso, Tiritaña?—dijo el marqués.

—Como si me lo hubiera comido ó bebido, el jardín es de la casa de un indiano que se llama don Silvestre de Pontevedra; hace ocho meses, esa casa estaba desalquilada, y no la quería nadie, porque decían que la casa tenía duende. Y ahora caigo; puede ser que lo que á vuecencia le ha parecido una buena moza sea el duende, que se haya querido divertir con vuecencia y hacerle la mamola.

—Pues nada; puede ser, chiquillo,—dijo el marqués, que era un tanto supersticioso;—pero duende ó mujer, ángel ó demonio, yo no he de parar hasta que me quiera.

—Pues los vecinos no han visto ni sombra de mujer en la casa, que está siempre cerrada y triste, que no parece si no que habitan en ella todas las desdichas del mundo.

El marqués examinó completamente á Tiritaña, y se convenció de que el muchacho había tenido muy buenos informes.

Resultaba, pues, que la incomparable niña que él había encontrado en el jardín, vivía allí de una manera misteriosa, sin que los vecinos conociesen su existencia.

El misterio que rodeaba á aquella divinidad estimuló más y más al marqués, que no la olvidaba un momento, que á cada momento la recordaba con más delirio y con más amor, y que pasó algunas horas de intranquilidad y de impaciencia harto penosas hasta que cerró bien la noche.

Vistióse entonces su uniforme de gala de gentil-hombre, y se perfumó y se aliñó, de la misma manera que si hubiera ido á entrar de servicio en la cámara de su majestad.

Se robozó en la capa, montó á caballo, y partió á escape para Triana, donde á la entrada encontró á Sebastián envuelto en una manta jerezana y tapado con su sombrero gacho, así como otros cuatro bultos de aspecto duro que le acompañaban.

El marqués hizo señas á Sebastián de que le siguiese con su gente, y se dirigió á Sevilla.

Se metió por la puerta del Arenal, y en la calle de las Harinas llamó á una casa, que era otro de sus escondites, y se metió en ella con sus satélites.

A las once y media, el marqués, á pié, seguido por su escolta, se encaminaba á la calle de los Gimios.

A las doce menos cuarto se establecía la escala, y el marqués subía, la recogía, dejándola en la cruz del árbol, y descendía al jardín, mientras que Sebastián y los otros cuatro se ocultaban á alguna distancia del lugar del escalamiento, en un casuco en que ya había hablado para el efecto Sebastián.

CAPÍTULO VI

De como el amor por más que se oculte, no puede estar oculto por mucho tiempo.

El marqués encontró el jardín tan solitario como la noche antes.

Pero más bello, porque tenía para él un nuevo encanto: el recuerdo de Guadalupe.

Parecía que la luna alumbraba más, que el murmullo de la fuente era más cadencioso, más dulce y melancólico el zumbido de las hojas, y más fresca, más deliciosa la fragancia de las flores y de las plantas.

El marqués se ocultó completamente en una espesura, al lado de la puerta por donde la noche anterior había desaparecido Guadalupe.

Y si hubiera tardado un solo momento más en ocultarse, no hubiera podido lograrlo: Guadalupe le hubiera sorprendido.

El marqués consultó uno de sus relojes, y vió que eran apenas las doce menos cuarto.

Guadalupe no se hacía esperar.

Por el contrario, se adelantaba un cuarto de hora á la cita.

Esto halagó de una manera imponderable al marqués y aumentó su enamoramiento.

El amor, cuanto más vehemente es, es más avaro.

El marqués pensó en cerciorarse, por lo que se impacientase Guadalupe hasta qué punto ésta se había impresionado por él.

Guadalupe examinó el jardín y no viendo al marqués, se sentó con un movimiento en que había una marcada impaciencia, en un banco de madera que junto á la fuente había.

Poco después se levantó, se inclinó y se puso á jugar distraída en el agua de la fuente.

El marqués no creyó debía exagerarse.

Lo que había visto le bastaba.

Su amor le amaba como él la amaba.

Salió, pues, silenciosamente, se colocó detrás de la joven procurando terciarse la capa de manera que quedase al descubierto su riquísimo uniforme.

—¡Quién fuera agua!—dijo el marqués con voz dulce y apasionada.

La joven se irguió con sobresalto.

Se volvió, y al ver al marqués completamente transformado, con su sombrero de tres picos, galoneados con plumas, una batería de bucles empolvados, su brillante uniforme, su banda de Carlos III y la gran placa de la misma orden, y á más de ésto, pendiente del cuello, de una cinta roja, una encomienda de Calatrava, gentil, distinguido y hermoso, se quedó absorta, embobada, y exclamó después de algunos minutos de silencio:

—Pero ¡Dios mío! ¿Usted no es gitano?

—No, entrañas mías,—contestó el marqués;—yo soy el marqués de Casa-Vaquera, gentil hombre del rey, y tu esposo alma de mi alma.

—Todo menos mi esposo,—contestó la joven;—eso no puede ser.

—¿Es usted casada? Pero no, no, imposible: no puede ser; tiene usted tanta cara de casada como yo de obispo.

—No, no soy casada,—dijo Guadalupe,—pero soy la mujer más desventurada de la tierra: yo soy esclava.

—Pues, qué ¿no es usted hija del rico indiano don Silvestre de Pontevedra?

—Sí; pero mi padre me aborrece; mi padre me trata de una manera que yo no comprendo; mi padre me tiene como si hubiera muerto.

—¿No tiene usted madre, hija de mi vida?—preguntó don Miguelito.

—¡Mi madre!—dijo conmoviéndose Guadalupe;—yo no he conocido á mi madre; mi madre murió hace mucho tiempo. Yo me he criado en el convento de las Claricas de Montevideo, y no he salido de allí hasta que mi padre me ha sacado para traerme á España y meterme en este encierro.

—¿Y usted no sabe nada de la historia de su familia?—preguntó el marqués.

—Nada,—contestó Guadalupe.

Y guardó silencio, é inclinó la hermosa cabeza sobre el pecho.

—Pues es necesario,—dijo el marqués,—que esto concluya; y en cuanto se arreglen ciertos negocios que me impiden presentarme á su padre, yo me presento, y se la pido á usted por mujer.

—Usted no hará eso,—dijo Guadalupe,—porque usted no querrá, si es verdad como dice que me ama, que mi padre me encierre con más rigor.

—Descuide usted, vida mía, que cuando llegue el caso, yo le buscaré las vueltas á su padre de usted de tal manera, que dirá que sí con toda la boca, y le vendrá muy ancho.

Nuestros lectores saben las razones que impedían al marpués frecuentar al indiano ni á nadie.

Necesitaba que bajase de la córte su indulto por las fechorías de aquella noche, en que había ofendido gravemente el amor propio y la soberbia del alcalde mayor, por las palabras que había dicho al peluquero, alcalde de barrio, y que el alcalde había sabido por la declaración de aquel.

El marqués había empezado por obtener, á fuerza de oro el desistimiento del peluquero de la demanda; pero no había podido recavar que el formidable alcalde mayor doblase la hoja en cuanto á la cuestión de desacato.

En el proceso constaba con todas sus letras, que el marqués de Casa-Vaquera, al mismo tiempo que injuriaba de hecho y de una manera gravísima á la justicia en la persona de un alcalde de barrio, había incurrido en un escandaloso desacato llamando á la alcaldesa mayor, á quien alcanzaban todos los privilegios respetos y exenciones que á su marido se debían, vieja jirafa, y asegurando que la cabeza de la alcaldesa era una cabeza de llueca calva.

Pero en la córte empezaron por reirse de la cólera del alcalde mayor, y si no se envió el real indulto en el momento al marqués, fué porque los agentes, los intermediaros de aquel indulto, aprovecharon la ocasión de explotar el compromiso del marqués, y para explotarlo mejor, ponde-

raron las dificultades; pero ya empezaba á tener buenas noticias el marqués.

—Yo sé que es imposible,—dijo Guadalupe,—que mi padre conceda á usted mi mano; además, que para que usted se la pida es necesario revelarle que nos conocemos. Esto produciría para mí terribles consecuencias.

—¿Pero qué misterio hay en esto, vida mía?

—Usted acaba de decirlo: un misterio, y por lo mismo yo no puedo explicárselo á usted; sólo puedo decirle que mi padre me ódia, y á veces, este que yo tengo por ódio, se convierte en un amor insensato, en una especie de locura. Yo no aborrezco á mi padre, aunque me hace sufrir de una manera insoportable, sino que le compadezco, porque creo que el desdichado está loco.

—Pero, ángel mío ¿de tal manera está usted encerrada, que yo no pueda alegar que la he visto á usted, aunque no haya sido más que por el resquicio de una ventana?

—¿Usted ha examinado bien este jardín?—dijo Guadalupe.

—Sí; es un hermosísimo jardín, la altura y espesura de cuyos árboles no deja ver las casas vecinas.

—¿Y no ha reparado usted en lo alto y en lo grueso de la tapia, y en que el postigo que esta tapia tenía ha sido tapiado?

—Es verdad,—dijo el marqués.

—Pues bien; hé aquí mi cárcel florida; por la puerta por donde entré anoche, y por donde he aparecido esta noche, se da en una escalera de caracol; esta escalera lleva á un cuarto compuesto de cuatro habitaciones. Yo no tengo más espacio que esas cuatro habitaciones, cuyas ventanas dan al jardín y el jardín. La única puerta de comunicación de estas

habitaciones con el resto de la casa, es muy fuerte y está siempre cerrada, por ella no pasa más que un criado que tenemos que se llama Juan Nepomuceno: es un hombre que me trata muy bien y que parece amarme; pero que obedece ciegamente á mi padre. En cuanto á mi padre, desde que llegamos á Sevilla, que ya hace más de ocho meses, yo no lo he visto nunca de día, ni más que algunas raras veces de noche y de una manera muy extraña, encontrándole sentado junto á mi lecho contemplándome mientras dormía; y si me he apercibido de él, ha sido porque he despertado por acaso ó fatigada por un sueño penoso.

—¿Y está usted segura, niña de mi vida,—dijo el marqués.—de que ese señor es su padre?

—¡Oh! Segurísima: desde que tengo uso de razón le conozco como tal, y las madres de Santa Clara de Montevideo, como tal le conocían.

—Eso no es una prueba,—dijo el marqués.

—Para mí, mi padre es mi padre,—exclamó Guadalupe, que aunque inocente, tenía una gran inteligencia y había comprendido al marqués.

—¿Y á qué atribuye usted, hijita mía, que su padre de usted al sacarla del convento se la haya traído á usted á España?

—Mi padre no hubiera podido recluirme en Montevideo ni en Buenos-Aires, porque tenemos allí muchos parientes. Es la única explicación que puedo darme de nuestra venida á España al ver la reclusión á que me ha condenado mi padre.

—Pues mire usted, paraíso, por encima de su padre de usted nos vamos á querer los dos, y cuando Dios ha querido que á pesar de todas las precauciones de su padre de usted

nos hayamos conocido, es porque Dios quiere que nos queramos. Yo era un hombre desesperado antes de conocerla á usted; yo lo metía todo á barato, y no parecía sino que, aburrido de la vida, buscaba siempre la ocasión de que me rompiesen la cabeza. A mí me han gustado muchísimas mujeres; pero como la quiero á usted con todo mi corazón y con toda mi alma, y con todas mis entrañas, no he querido á ninguna, ni creía que hubiese en el mundo mujer á quien yo pudiese querer de esa manera. Por usted me voy á quitar de locuras, me voy á volver el hombre más tranquilo y más bueno del mundo: no quiero vivir más que para usted, para adorarla á usted y para que usted me adore; y como yo no podría pasar más de veinticuatro horas sin verla á usted y sin morirme, es menester que usted me diga que puesto que tiene usted libertad para bajar por la noche al jardín sin que nadie se aperciba, porque la creen á usted muy segura, que todas las noches, hasta que Dios quiera que sea otra cosa, nos veremos aquí.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Guadalupe.—¿Y si mi padre viene, como alguna vez lo hace, á contemplarme mientras duermo, y se encuentra conque yo no estoy en mi cuarto, y baja al jardín y nos ve juntos?

—Entonces, paloma mía, será lo que Dios quiera.

—¡Oh! mi padre es terrible,—exclamó Guadalupe,—mi padre viene de españoles; pero tiene en las venas sangre india, como la tengo yo, y más que él, porque mis abuelas fueron indias y mi madre fué india también; ¡oh! las indias son muy hermosas y enamoran mortalmente.

—Ya se conoce, niña de mis entretelas,—exclamó el marqués,—porque usted, que es casi enteramente india, me tiene á mí agonizando.

—Yo también me intereso mucho por usted,—dijo cándidamente Guadalupe.

—¿A qué andar con medias palabras?—dijo el marqués. —En el mismo punto y hora nos conocimos, y lo mismo que yo estoy muerto por usted, usted puede estar muerta por mí. Si es así, dígamelo usted con todas sus letras.

Guadalupe vaciló.

Pero miró de una manera tal al marqués, que escusaba toda explicación.

—Vaya, hija mía,—dijo el marqués,—basta; pero yo quisiera que tú me dijeras, diosa: yo te amo como tú me amas; yo estoy loca por tí como tú estás loco por mí; yo me moriría si pasara mucho tiempo sin verte, como tú te morirías si no me vieras en veinticuatro horas.

—Yo no entiendo el amor,—dijo Guadalupe;—pero si lo que siento es amor, no puedo sentir más. Pero oiga usted, yo soy india, yo tengo el corazón terrible; si usted no me ama como yo le amo, váyase usted y no vuelva; tal vez así podré vivir, viviré; pero si yo creo en el amor de usted, es decir, si creo que usted siente por mí lo que yo siento por usted y luego sufro un desengaño, moriré, yo no le he hecho á usted mal alguno, no me haga usted pasar una agonía peor que la muerte, porque si sólo se tratase de morir, yo estoy desesperada, la vida me importa poco; pero se me desgarraría el corazón, sufriría un infierno si tuviese un día la prueba de que usted no me amaba.

—En fin,—dijo el marqués;—esto estaba de Dios; yo estoy loco de alegría, y no me cambio por nadie. Mañana y pasado mañana, y luego y siempre vendré á verte.

—¡Oh! ¡Dios mío!—exclamó Guadalupe.—Pero esto es una locura, una temeridad; mi padre llegará á apercibirse.

—Y bueno; cuanto antes mejor; así acabaremos de una vez; tu padre se verá obligado á casarte conmigo.

—¡Ah! ¡quién sabe!—dijo extremeciéndose Guadalupe.—No, no; lo mejor, lo más prudente, es que cortemos esta desventura en sus principios; váyase usted, y no vuelva más; pero acuérdese usted siempre de mí, porque yo siempre me acordaré de usted.

Dijo con tal vehemencia, con tal pasión sus últimas palabras Guadalupe, que el marqués exclamó:

—¡Para que yo me vaya! ni hecho pedazos. Necesito que me jures, cielo mío, que mañana estarás aquí, porque si cuando entre yo aquí no te encuentro, y te espero y no vienes, me mato.

—¡Ah, no, Dios mío, no!—exclamó Guadalupe juntando las manos.—¿Pero qué hacer? Esta es una temeridad: yo no viviré, aterrada siempre, temiendo que mientras usted esté á mi lado, aparezca mi padre...

—¿Pues tienes más que venirte conmigo, esposa mía?—exclamó el marqués.—Mira, la escala de que yo me valgo para entrar aquí, es bastante fuerte para sostenernos á los dos.

—¡Ah, no, jamás!—exclamó Guadalupe, extremeciéndose de una manera más poderosa;—mi padre nos buscaría irritado, ciego de cólera, sediento de venganza.

—Pues nos vamos á la fin del mundo, donde tu padre no pueda encontrarnos, y en paz.

—Mi padre moriría desesperado, y yo no quiero que mi padre te mate ni que mi padre muera.

—¿Y qué hacer?—exclamó el marqués.—¿Cómo se va á componer esto? Si se mira á una parte, negro, si se mira á otra parte, más negro aún.

—Oye,—exclamó Guadalupe.—El terror me hiela la sangre á cada momento que pasa; á cada momento me parece que mi padre va á entrar en mi aposento, y que al no encontrarme en él, va á bajar al jardín. Vete por Dios.

—Pero hombre,—dijo el marqués;—mañana será lo mismo.

—No,—dijo Guadalupe:—Mañana habré yo tomado las únicas precauciones que puedo tomar, que es cerrar por dentro la puerta de la primera de las habitaciones de mi cuarto. Escucha lo que haremos. Procura estar á las doce en la calle adonde da esa tapia, y no escales la tapia, sino cuando por encima de ella haya tirado yo á la calle una piedra.

—Bien ¿y qué?

—Esto será señal de que no hay peligro. Entonces entras, y mira, ven acá.

Y Guadalupe se levantó del banco donde se habían sentado, y llevó al marqués hasta el fin de la fachada de la casa, sobre el jardín, por la parte de la izquierda.

—Por esta reja,—dijo Guadalupe,—puedes subir á ese balcón; en el aposento á que ese balcón corresponde estaré esperando yo, asegurada ya la puerta del primer aposento de mi cuarto. Si mi padre sobreviene, al encontrar la puerta cerrada llamará; entonces tú te salvarás por ese balcón, que habrá quedado abierto, que yo cerraré en cuanto tú hayas salido, para ir en seguida á abrir la puerta á mi padre. Si mi padre lo extraña, diré que he tenido un mal sueño, que he creído que me asesinaban ladrones, y que por precaución he afianzado la puerta por dentro. Ahora, vete; estamos en peligro, yo te lo aseguro.

—Pues, mira, figúrate que han pasado veinticuatro ho-

ras, y que esta noche es mañana por la noche: vete, cierra por dentro la puerta, y abre el balcón.

—¡Ah, no, no, por Dios!—exclamó Guadalupe.—Ten lástima de mí, déjame, déjame; se me va la cabeza, sufro, vete.

—¡Ah! Yo me volveré loco si me separo de tí, cuando todavía tenemos tanta noche por delante.

—¿Me amas con toda tu alma, con toda tu voluntad?—exclamó Guadalupe.

—¿No ves que me estoy muriendo?—exclamó el marqués.

—Vete, vete,—exclamó Guadalupe;—vete, y no vuelvas más. Yo no puedo, yo no debo, yo no quiero.

El marqués, en un arrebato de pasión, que ciertamente no era fingido, echó mano á su espada, y la desenvainó.

—¿Qué vas á hacer?—exclamó Guadalupe, abrazándose á él.

—¿Me amas?—exclamó el marqués desesperado, con un acento infinito.

—¡Sí! sí!—exclamó Guadalupe.—Yo te amo no sé por qué, yo te adoro; tú eres mi alma, mi Dios; yo no quiero que tú mueras.

—Pues, bién,—dijo el marqués;—vete, cierra la puerta, y abre el balcón.

—Tú lo quieres,—exclamó Guadalupe con acento solemne.—Me sentencias y te sentencias; pero yo no quiero que mueras: si mueres, quiero morir contigo.

Y separándose violentamente de los brazos del marqués, se encaminó á la puerta.

El marqués se quedó al pie del balcón, dudando, anhelando, devorado por una pasión incontrastable, sobrenatural.

Ambos eran tales, tan hermosos, tan apasionados, tan jóvenes relativamente, ella india, él andaluz, que la violenta pasión que los unía era lo más natural del mundo.

El marqués oyó al fin, después de algunos minutos de espera, crujir levemente las puertas de cristales del balcón.

Un momento después, él, ansioso, enamorado, trepando por la reja, entraba por aquel balcón.

No volvió á aparecer sino cuando los primeros albores del día empezaron á esclarecer el espacio.

El marqués atravesó el jardín, trepó al árbol, echó abajo la escala, descendió.

Sebastián y los otros cuatro estaban desde hacía más de una hora al pié de la tapia.

La escala fué desaferrada, y el marqués y sus hombres se alejaron.

Llegó el marqués á la casa donde había dejado su caballo, y á cuya puerta los cuatro pícaros buscados por Sebastián se separaron de éste y del marqués, y se fueron.

El marqués recogió su caballo, tomó á la grupa á Sebastián, salió por el Postigo del Carbón, que acababa de abrirse, atravesó el puente y el barrio de Triana y llegó á su escondite de San Juan de Aznalfarache.

De orden de su padre, Tiritaña le esperaba.

El marqués se encerró en su aposento con Sebastián.

—Es necesario,—le dijo,—que sin que lo sienta la tierra, compres en tu nombre una de las dos casas que por la derecha ó por la izquierda tienen lindantes sus jardines con el jardín por donde yo he entrado. Soy feliz, Sebastián: no vivo más que para la esposa de mi alma; para convertirme era necesario un milagro de Dios, y Dios ha hecho ese milagro por medio de un angel. No quiero comprometer á ese

angel; no quisro dar lugar, repitiendo mis escalamientos desde la calle, á que nadie me sorprenda; podría acontecer una gran desgracia. Quiero entrar en ese jardín todas las noches, no por la calle, sino por otro jardín inmediato.

—Y los dineros, señor?—dijo Sebastián.

—Yo te daré una orden para don Miguel.

Don Miguel era el administrador general del marqués.

—Don Miguel dice, señor,—exclamó Sebastián,—que aunque lo estrujen no puede procurar ni mil reales más á vuecencia.

—Siempre dice lo mismo don Miguel,—contestó tranquilamente el marqués;—y acaba cuando me ha hecho transigir con una usura cada vez más crecida, por prestarme, valiéndose de un testaferro, una mezquina parte del dinero que me ha robado. Dí á don Miguel que yo no reparo en los réditos del dinero, y que te dé hoy mismo la cantidad que sea necesaria para pagar una de esas dos casas que comprarás: es necesario que al mediodía tengas las llaves, y que esta tarde se vaya el inquilino: á la noche la casa ha de estar libre.

—¿Y si no quiere irse, señsr? ¿Si se decide á marearme y hasta á ponerme pleito?

—Dale dinero y conténtale. Sobre todo, dile que se va á echar la casa abajo desde mañana, y que él no querrá mudarse, pero que tú vas á meter mañana los albañiles para que empiecen á demoler.

—Se hará lo que se pueda, señor; pero considere vuecencia que me da muy poco tiempo para tantas cosas.

—Si mañana no está comprada esa casa y vacía por la noche, te despido, Sebastián.

—Corriente, señor; pero eso va á costar un dineral.

—Ni una dificultad más, Sebastián, ó te rompo un hueso.

—Muy bien, señor.

—Vete ahora mismo á despertar á don Miguel; así tendrás más tiempo.

—Como si lo viera,—dijo Sabastián,—don Miguel va á cobrarse el madrugón; pero en fin, si esto ha de servir para que vuecencia siente la cabeza y se quite de aventuras, me alegro.

—Vete, digo.

Sebastian se fué.

A la noche siguiente, á las once y media entraban Sebastian y el marqués por el postígo del jardín contiguo á la casa del indiano situado á la izquierda de la fachada de esta, correspondiente al jardín.

Sebastian había hecho milagros. Había prevenido á don Miguel que había empezado por cerrarse á banda.

Entonces Sebastián dijo:

—Usted hará lo que quiera, don Miguel; pero no le doy á usted veinticuatro horas de vida. El señor me ha dicho que le mata á usted como un conejo sino está usted preparado para entregarme á las doce del día el dinero que yo le pida de parte del señor.

Esta intimación fué decisiva.

Regañando, murmurando y aun blasfemando, don Miguel prometió estar dispuesto para entregar á Sebastián la cantidad que éste le indicase; pero concluyó diciendo:

—El terrible esfuerzo que será necesario hacer será el último posible. Después de esto, si el señor marqués vuelve á pedirme dinero y con intimaciones tales como las que usted me ha hecho, Sebastián, yo me pongo en fuga.

—Salgamos hoy del apuro,—dijo Sebastián;—mañana será otro día.

A seguida, Sebastián se acostó para dormir tres horas, porque no era aquella á propósito para tratar con nadie, y estaba rendido, porque había pasado lealmente la noche en vela por el marqués.

A las nueve se levantó, se vistió, y sin almorzar se fué á la calle de Vizcainos y se puso á examinar las dos casas colindantes á la del indiano, para sacar por su aspecto cual sería la más barata y la más fácilmente adquirible.

Se decidió por la de la derecha, y preguntó en la vecindad quién era el dueño de aquella casa y dónde vivía.

Dijéronle que era un viejo viudo y avaro, y que vivía en la misma casa.

Sebastian se alegró; se salvaba la dificultad del inquilino.

Se personó en la casa, que era ruín, y se encontró con un viejo de aspecto mísero y de mirada recelosa, que mantuvo la puerta entornada sin dejar pasar á Sebastián.

—Veamos á ver qué es lo que usted tiene que decirme,—preguntó de un modo grosero.

—Yo voy á casarme, señor mío,—dijo Sebastián.

—¿Y qué me importa á mí eso?—contestó el viejo.

—A la que ha de ser mi mujer le gustan mucho los jardines.

—¿Y qué me importa eso á mí?—dijo el viejo de mucho peor humor. creyendo que Sebastián era un tuno que se divertía con él, ó tal vez otra cosa peor.

—Es que yo le compro á usted su casa, si usted quiere vendérmela, por el jardín.

—El jardín no es muy grande,—contestó el viejo, variando ya de tono.

—Con tal de que quepan en él mi mujer y un rosal, es bastante grande: mi mujer se muere por las rosas.

—Yo le tengo mucho cariño á esta casa, y para que yo la vendiese sería necesario se me pagase el gusto y la gana; soy franco; no quiero que usted se llame á engaño.

—Usted diga cuanto quiere, y yo iré enseguida por el dinero y por un escribano para formalizar la venta.

—Pues cuatro mil ducados; ni un ochavo más, ni un ochavo menos,—respondió el viejo, que mantenía todavía la puerta entornada.

—Pues quede usted con Dios,—dijo Sebastián.—A las doce estoy aquí.

—¿Pero no quiere usted ver la casa, señor mío?—dijo el propietario, convenciéndose ya de que Sebastián no era ni un ladrón ni un echadizo.

—A mí me basta,—dijo Sebastián,—con que la casa tenga un jardín como un pañuelo: qué quiere usted, caprichos de las mujeres y debilidades de los hombres para con ellas, cuando las queremos tanto como yo quiero á la mía.

—No se puede tener mujer,—contestó el viejo.

—¡Ah! Espere usted,—dijo Sebastián,—que se me olvidaba. Yo compro también los muebles, y hasta las sartenes y hasta el gato.

—Bueno, bien,—dijo el viejo:—yo le venderé á usted los muebles: las sartenes no, porque no las hay, ni nada que huela á menaje de cocina, porque yo no como en casa; ni el gato, porque no le tengo.

—Hace usted bien, los gatos comen. ¿Y qué muebles tiene usted?

—Una cama, dos sillas y una mesa.

—¿Y cuánto quiere usted por todo eso?

—Cien ducados.

—Corriente. Entonces se entiende que la casa vale cuatro mil cien ducados.

—Convenidos; pero no entra en cuenta mi baul, ni mi ropa.

—Por supuesto, hombre, eso no son muebles; eso es equipaje. Se entiende que usted se irá con su baul y con los dineros de la venta en cuanto se haya hecho la escritura.

—Por supuesto, hombre.

—Pues hasta el mediodía,—dijo Sebastián.

—Hasta el mediodía,—contestó el viejo.

Sebastián se fué inmediatamente á buscar al administrador general de su amo, y le dijo:

—Se necesitan ocho mil doscientos ducados, y para no andar con picos, nueve mil.

—El señor cree,—dijo don Miguel,—que yo tengo á mi disposición alguna mina de oro. En fin, bueno; pero cuando se va perdiendo el crédito porque no se atiende bien á las obligaciones, las exigencias de los prestamistas crecen. Esos nueve mil ducados nos cuestan cuatro mil quinientos, que me veré obligado á cargar en las cuentas.

—Bueno, bien,—dijo Sebastián.—Los otros treinta mil ducados que hicieron falta se recargaron con un treinta por ciento; esto se recarga con un cincuenta, ¡y no hay una mala cuerda para los judíos, usureros y canallas!

—Ya, ya,—dijo don Miguel.—Lo que más me repugna de esto, es tener que sufrir como hombre de bien estas exigencias.

—Pero, en fin, ¿dónde está el dinero, don Miguel?

Don Miguel sacó un mediano talego, y lo dió á Sebastián, que se lo metió debajo del brazo.

—¿No cuenta usted, Sebastián?

—¿Pues no ha contado usted ya, don Miguel?

—Sí, hombre, sí.

—Pues con eso basta.

Sebastián se fué á su cuarto, partió el dinero en dos taleguillos, dejó el uno en su baul, y con el otro se fué á buscar un escribano.

A las doce y media Sebastián había tomado posesión de la casa.

La reconoció.

Era un conjunto de cinco ó seis zaquizamíes ruinosos.

La cama consistía en un catre con una aspillera llena de hojas de maíz.

Las sillas cojas, y con los asientos hundidos y agujereados.

La mesa negra y asquerosa, y en cuanto al jardín, estaba completamente inculto; pero tenía un no sé qué de belleza selvática.

—¿Y á qué llama grande ese alcotan que se ha ido?—dijo Sebastián,—si aquí se pueden correr cañas y sortijas. Mejor; aquí nos podemos venir los amigos de día, porque al señor no le hace falta la casa más que de noche, y así se disimulará.

Cuando Sebastián fué á dar parte del buen desempeño de su encargo á su amo, le dijo:

—Una vez puestos á pedir dinero ¿á qué era andarse cortos? He pedido á don Miguel otro tanto de lo que hacía falta, y vuecencia tiene á su disposición cuatro mil quinientos ducados en buenas onzas de oro.

—Pues guárdalos, Sebastián, que pueden hacer falta,—dijo el marqués.

—A riesgo de que vuecencia quiera romperme la cabeza, porque me atrevo á dar consejos á vuecencia, cuando vuecencia no me los pide, yo aconsejaría á vuecencia, que ya que se ha convertido; que se ha decidido á abandonar las aventuras y á quitarse de ruidos, empieze á poner orden en su hacienda, y para ello, lo mejor que vuecencia puede hacer es despedir al ladrón de don Miguel.

—Por despedido, Sebastián vuélvete, reconoce bien la casa que has comprado, y que yo te regalo, y mira por donde se puede escalar mejor el jardín inmediato. Tenlo preparado todo, y ven á buscarme esta noche.

Aquella noche á las nueve y media, como hemos dicho, entraban en el jardín de la casa recientemente adquirida, por el postigo, el marqués y Sebastián.

Sebastián llevó á su amo hasta el lugar donde estaba puesta y atirantada con fuertes piquetes, asegurados en el suelo, la escala.

—Al otro lado, señor, tocando la tapia,—dijo Sebastián,—hay un arbol, que no parece sino que le han hecho para servir de escalera.

—Gracias, Sebastián,—dijo el marqués;—ahora salte á la calle, ponte al pié de la tapia del jardín de la casa de mi esposa, y cuando sientas que de dentro del jardín, por encima de la tapia cae una piedra, ven y avísame.

Sebastián fué á colocarse en el lugar indicado por su amo, y volvió instantáneamente.

—Señor, la piedra,—dijo.

Esto significaba que Guadalupe se impacientaba, que se adelantaba cerca de media hora, y que suponiendo la misma impaciencia en el marqués, le creía ya esperando.

El marqués trepó inmediatamente por la escala, llegó á

los alto de la tapia, y descendió al jardín por el arbol.

Avanzó con precaución, llegó al pié del balcón indicado, y lo encontró abierto.

Subió, y no volvió á salir hasta poco antes del amanecer.

A la noche siguiente, la piedra de Guadalupe no fué ya á la calle, sino al jardín, donde esperaba Sebastián, y no á las once y media, sino á las once en punto.

Y así pasaron próximamente cuatro meses.

O el indiano no había sentido necesidad de contemplar á Guadalupe dormida, ó había encontrado cerrada la puerta, y había retrocedido.

Esto era, en efecto.

A la primera noche que, al ir á abrir silenciosamente la puerta el indiano, la encontró cerrada una especie de pavor se apoderó de él.

—Habrá adivinado Guadalupe...—dijo;—pero yo no puedo entrometerme á interrogarla acerca de esto. Y bien, mejor; yo estaba ya ciego y desesperado.

Y se retiró.

Al cabo de quince días volvió, y como encontrase de nuevo afianzada por dentro la puerta, se retiró, y no volvió más en el espacio de cerca de cuatro meses.

Los amantes eran tan felices como podían serlo; pero cada día que pasaba se iba determinando más y más una situación que hacía de todo punto necesario tomar un partido definitivo.

Guadalupe continuaba negándose á huir con el marqués, así como aqueste, que, indultado ya por el rey de su último exceso, podía andar libremente por Sevilla, se presentase al indiano y le pidiese la mano de Guadalupe, arrostrando todas las consecuencias.

Cualquiera de estas dos proposiciones aterraba á Guadalupe, que se anegaba en lágrimas, y decía que el marqués no la amaba.

Al marqués se le derretían las entrañas, y cedía.

Guadalupe, á quien, atendidas las circunstancias, podía considerarse como esposa ante Dios del marqués, había verdaderamente regenerado, convertido, salvado á éste.

Se asombraban los que le conocían de verle tan morigerado, tan retraido, tan curado, en una palabra, cuando se le creía incurable, y sobre todo, de que hubiese puesto orden en la aministración de su casa.

Esto procuraba una paz de la conciencia, á que no estaba acostumbrado, al marqués, y que le parecía deliciosa.

Inmediatamente después que el marqués se encontró dueño de Guadalupe, se propuso averiguar en cuanto le fuese posible el misterio que envolvía la historia de la joven, y para ello, al día siguiente de la compra de la casa que cubría las entradas y las salidas del marqués en la del indiano, el marqués escribió una larga carta á un primo suyo que servía, como perteneciente á su estado mayor, al virey de Buenos-Aires.

Le contó sin embajes la historia, y le suplicó se informase en cuanto le fuese posible de la de don Silvestre de Pontevedra.

El marqués esperaba la contestación de su primo, alentando la esperanza de que su primo averiguase algo que pudiese servirle á él de prenda contra el indiano.

Por prudencia y por amor el marqués había guardado el secreto acerca de este paso que había dado respecto á Guadalupe; pero la contestación no venía, aun no era tiempo, y la situación se hacía insostenible.

Un día Juan Nepomuceno, que hacía ya algún tiempo observaba mientras la servía, á Guadalupe; pero de una manera tal que Guadalupe no comprendía que era observada, dijo á su amo.

—Señor, yo siento mucho decir á usted que cuando se trata de la mujer, todas las precauciones son inútiles.

—¿No crees segura esta casa, Juan Nepomuceno?—contestó el indiano.

—No, no es eso, señor, sino que tengo aprensiones.

—¿Aprensiones de que?

—De nada,—contestó Juan Nepomuceno;—puedo equivocarme, y mi equivocación causar algún grave disgusto, teniendo en cuenta la violencia del carácter de usted.

La lealtad de Juan Nepomuceno, que era un indio mucho más acentuado que su amo, llegaba hasta el heroismo.

No quería llegase un momento en que don Silvestre tuviese ni aun sombras de duda acerca de si le había hecho traición ó no.

Don Silvestre miró de una manera terrible á Juan Nepomuceno, y le dijo:

—Cuando no se quiere hablar no se empieza: tú has empezado, habla. Si son aprensiones tuyas, yo las sujetaré á la prueba ó participaré de ellas.

—Usted, señor, se amontona, se encoleriza, se vuelve una fiera.

—Estás haciendo lo bastante para que suceda todo eso, Juan Nepomuceno,—dijo el indiano.—Ya me conoces: habla ó no respondo de mí.

Pero Juan Nepomuceno había sabido lo que había hecho.

Había preparado al indiano, y preparándole, había parado el golpe.

—¿Quiere usted, señor,—dijo Juan Nepomuceno,—darme no más que veinticuatro horas para que yo pueda convencerme de si lo que pienso son aprensiones mías ó no?

—Tienes las veinticuatro horas. Son las doce, mañana á las doce has de hablarme claro,—le dijo el indiano.

—Vaya, señor, veo que usted va echando algo de calma,—dijo Juan Nepomuceno.

—¿Qué quieres, hombre? los años, las desgracias, los sufrimientos; tú sabes si yo tengo razón para estar desesperado.

—Aunque usted no hubiera tenido nunca el corazón tan grande,—dijo Juan Nepomuceno,—hubiera sido mucho mejor.

—Es que, Juan, tengo yo también aprensiones: creo que he sido muy injusto con la madre de Guadalupe.

—¿Y quién duda, señor, que aquello fué un crímen del Cachivambo? Pero ya se ve, usted monta en cólera y atropella por todo, y luego se arrepiente usted cuando ya es tarde.

—Pero á lo menos he tenido el placer de despedazar al Cachivambo.

—¡Pues! tígre contra tígre; ¿pero á qué es hablar de eso? Afligirse, desesperarse y tener miedo, porque la conciencia... pero en fin, al diablo los malos recuerdos. Yo espero, señor, que usted será hoy otro del que era hace diez y siete años.

—Vete, vete, déjame en paz, Juan Nepomuceno; no vuelvas á hablarme hasta mañana al mediodía.

Juan Nepomuceno guardó, en efecto, silencio hasta el día siguiente.

—Mis aprensiones son ya evidencias,—dijo Juan Nepomuceno.

—¿Evidencias de qué?—contestó inmutándose el indiano.

—Primeramente, señor,—dijo Juan Nepomuceno,—yo voy á hincarme de rodillas y á encomendarme á Dios.

—Déjate de eso,—contestó el indiano,—cuyo semblante iba tomando una expresión espantosa, no hay necesidad; te prometo escucharte con calma por terrible que sea lo que me digas.

—No me fío, señor.

—Te lo juro por la terrible memoria de la madre de Guadalupe,—dijo el indiano,—por Guadalupe misma.

—Eso es distinto, señor. Pues bien, voy á decir de una vez todo lo que tengo que decir, y lo que tengo que decir debe convencer á usted, señor, de que no hay quien se oponga á la voluntad de Dios, y que es necesario bajar humildemente la cabeza ante la voluntad de Dios.

—Bien, bien,—dijo con una impaciencia amenazadora el indiano;—dí de una vez lo que tienes que decirme.

—Pues Dios me saque con bien, señor. Lo que yo tengo que decir es que se hace de todo punto indispensable casar á la señorita.

Y apenas dijo Juan Nepomuceno estas palabras, tomó rápidamente distancia para ganar la puerta.

Don Silvestre había dejado ver una tal trasformación, una tal conmoción en su semblante y en todo su ser, que Juan Nepomuceno, no creyéndose seguro se apresuró á ponerse en situación de emprender la fuga á tiempo.

—Te he jurado contenerme por la memoria de mi mujer,—dijo el indiano,— y yo no he pensado en faltar á mi juramento. Importa poco que hayas visto aparecer en mí la tempestad; esta tempestad no descargará en tí ni en Guadalupe.

—Ni en nadie,—dijo Juan Nepomuceno.

—¿Pero quién es? ¿Quién es ese hombre que según tú dices, hace necesario el casamiento de la señorita?

—No lo sé, señor.

—¿Qué no lo sabes?

—Yo no se más, señor, sino que un hombre ha saltado esta noche las tapias del jardín desde otro jardín inmediato, y que luego ha entrado por el balcón en el gabinete de la señorita.

—Pues bien dijo el indiano, que con asombro de Juan Nepomuceno, no había estallado al oir sus últimas palabras,—tú no has visto nada; tú estás loco, ó sueñas, ó eres un bribón: la señorita no recibiría jamás á un hombre de tal manera; la conozco bien; tiene una sólida instrucción moral y unas protectoras creencias religiosas. Quiero creer mejor que te se ha resentido la cabeza.

—Señor, señor,—exclamó Juan Nepomuceno, mucho más espantado por la calma de su amo que lo que se hubiera espantado por su cólera;—acuérdese usted de la noche de la hacienda de los Palmares, acuérdese usted de lo que le dijo el miserable bandido Cachivambo cuando espiraba bajo las rodillas de usted no tengamos después otro remordimiento.

—Te digo que te engañas, que sueñas, que estás loco, que has visto visiones. Vete.

—¡Señor!

—Vete.

—Pues bien, señor, yo me lavo las manos; yo he cumplido con mi deber, y he procurado atajar el mal, para que no se hiciese mayor, cuando le he conocido.

—¡Vete digo!—repitió el indiano.

Juan Nepomuceno salió murmurando:

—¿Y qué hacer? Al fin había de llegar el momento; yo creía que la edad y los malos recuerdos... Pero ¡bah! condición y figura, hasta la sepultura. Si yo me atreviese, si yo avisase á la señorita, si la señorita escapase... Pero, no, no: esto mataría al amo: y luego, luego la señorita no corre peligro, y el novio de la señorita... ¿Y qué me importa á mí el novio de la señorita? ¡Quién había de creer que no viendo nadie á la señorita, siendo tan altas las tapias!... Nada, nada, donde entra el sol entra el conquistador, y aunque se las meta en un arca y se cierre el arca con siete llaves, el diablo encuentra un resquicio. En fin, es necesario velar, estar prontos, esto es lo mejor. En un caso extremo, yo soy más joven que el amo, y más vigoroso. En fin, ya veremos. Esta noche, de centinela en el jardín.

CAPÍTULO VII

De como las fieras no se domestican jamás.

Aquella fué una noche solemne, terrible.

El marqués de Casa-Vaquera había recibido al fin contestación á la carta que había escrito á su primo de Buenos-Aires.

Aquella carta era muy grave.

Con ella en el bolsillo, escaló la tapia.

El marqués pasó al jardín del indiano, y entró, como siempre por el balcón, en el aposento de Guadalupe; pero sucesivamente, habían acortado la hora los amantes.

No era ya las once la hora de la cita, sino las nueve; ¿Qué más daba?

Al oscurecer, hora en que daba de cenar Juan Nepomuceno á Guadalupe, ésta tenía la seguridad de que nadie vendría, á no ser que ella llamase tirando del cordón de una campanilla, colocado junto á su lecho.

Guadalupe no era en manera alguna desatendida, sólo

que como el indiado no tenía ni podía tener confianza más que en Juan Nepomuceno, antiguo y leal criado que conocía toda su historia, Guadalupe no podía estar servida más de cerca y de una manera más conveniente por mujeres.

Juan Nepomuceno se multiplicaba, era excesivamente cuidadoso, y Guadalupe estaba perfectamente servida.

Nada le faltaba más que la libertad.

Estaba acostumbrada además, á la soledad del convento donde se había criado, convento cuya regla era muy rígida, y donde las silenciosas monjas parecían espectros.

Guadalupe había encontrado mucho más tolerable su clausura en España que la que había sufrido en América.

Además, desde que había conocido y amado al marqués de Casa-Vaquera, aquel aposento, aquel jardín, se habían convertido para ella en un eden.

Con la seguridad de la soledad de sus noches, desde que oscurecía, los dos amantes habían avanzado la hora de sus citas.

Cuando el marqués entró en el jardín, ya estaba esperando Juan Nepomuceno.

¿Por qué éste no salió de la espesura en que se ocultaba y advirtió al marqués?

Juan Nepomuceno tenía sus motivos.

La noche anterior había espiado, y había descubierto.

Juan Nepomuceno no había podido menos de apercibirse del contento, de la felicidad de Guadalupe, y á medida que pasaba el tiempo, había llegado á convencerse de que había amante de por medio.

El amante debía penetrar en la casa; de otra manera no podía conocerle Guadalupe, y que Guadalupe amaba y

era amada, había llegado á ser una evidencia para Juan Nepomuceno.

Y no solamente esto, sino que aquellos amores no podían estar por mucho tiempo ocultos.

Por lo mismo advirtió, como ya lo hemos visto, á su amo.

Pero como no podía concretar sus revelaciones, se tomó aquellas veinticuatro horas de término, y la noche del día en que hizo su primera revelación al indiano, se puso en acecho en el jardín desde el oscurecer, y vió que á las nueve de la noche un hombre entraba, por las tapias del jardín inmediato, en el jardín, y luego, por un balcón, en el aposento de Guadalupe.

En cuanto el marqués entró, el balcón se cerró.

Juan Nepomuceno trepó silenciosamente por la reja, llegó al balcón, se metió en él sin causar el más leve ruído, y aplicó el oído á la vidriera.

Sus sospechas se confirmaron por una prueba.

Guadalupe amaba y era amada, y el hombre de su amor era un marqués, y aquel marqnés tenía un criado que se llamababa Sebastián, y había comprado la casa inmediata.

Esto había resultado de los incidentes de la conversación de Guadalupe y el marqués.

Juan Nepomuceno no esperó á saber más; se retiró del balcón, y salió del jardín.

Era todavía temprano, apenas las diez.

Juan Nepomuceno, que tenía en la misma calle una especie de coima, mulata liberta, buena moza y de grande ingenio, y terriblemente apasionada de su indio, se fué á casa de ésta, murmurando por el camino:

—Clara es muy curiosa, y averigua lo temporal y lo

eterno; es de la vecindad, y conoce la vida y milagros de todos los vecinos, y como es tan mocetona y tan viva, y tan llamativa, no hay vecino que, si no la ha pretendido, no la haya dicho algún chicoleo. Clara debe conocer á ese señor Sebastián, ayuda de cámara de ese señor marqués.

A Clara la sorprendió agradablemente el que su indio fuese á visitarla de noche, lo que no acontecía nunca.

Durante el día, Juan Nepomuceno no dejaba de ir y venir á verla, aprovechando las salidas que hacía, ya para servir á su señor, ya á su señorita; pero jamás había ido de noche.

En cuanto oscurecía, Juan Nepomuceno se encerraba hasta el día siguiente.

Juan Nepomuceno preguntó á clara si conocía al inquilino del número 12 de la calle de Vizcaínos, Clara contestó echándose á reir:

—¡Valiente pícaro! En mi vida he conocido un moscón como él; no iré yo á misa sin tener la seguridad de que venga á pegárseme y á ponderarme lo que me adora, y á ofrecerme su blanca mano. Yo le echo con mil de á caballo, pero como si no le echase; á la otra vez que salgo á la calle, vuelve á pegárseme.

—¿Y cómo se llama ese hombre?—preguntó Juan Nepomuceno.

—Mira, niño,—le contestó la guachindanguita,—no vayas á metérteme en alguna simpleza, cachorro mío, y déjame á mí ese chinito, que ya se yo tenerle bien á raya.

—Es que á mí no se me ha ocurrido tener celos de tí,—dijo tranquilamente Juan Nepomuceno,—y si ese compadrito te quiere, peor para él, porque estará pasando la pena negra.

—Y si no te importa ¿por qué me has preguntado por él?

—Porque necesito saber quién es su amo,—contestó Juan Nepomuceno;—tú debes saberlo, y yo no sé más sino que su amo es un señor marqués.

En efecto, en la conversación de Guadalupe y el marqués, que había sorprendido Juan Nepomuceno, sólo había oído estas palabras, que Guadalupe, con su vehemencia de criolla, había mezclado en la conversación:—¡Marqués mío! ¡Marqués de mi alma!

—¿Y qué te importa á tí el señor marqués de Casa-Vaquera?—preguntó la mulata á Juan Nepomuceno mirándole con una fijeza extraordinaria;—yo no sé que tú puedas tener nada que ver con ese señor; pero si tienes algo que ver guárdate, ó toma bien tus medidas; mira que el marqués de Casa-Vaquera es un demonio, y que solo con oir su nombre, se echan á temblar hasta las piedras en Sevilla.

—¡Bah!—dijo Juan Nepomuceno;—yo no tengo nada que ver con el señor marqués, ni el señor marqués me importa nada, ni á tí te importa nada saber por qué te he hablado yo de ese señor; y quédate con Dios, chinita, que yo no puedo estar mucho tiempo fuera de mi casa.

Juan Nepomuceno tenía perfectamente sometida á su voluntad á Clara, y aunque la curiosidad de ésta se excitó vivamente con aquella conversación, no insistió pero no podía explicarse á qué asunto Juan Nepomuceno se ocupaba del marqués de Casa-Vaquera.

Clara ignoraba absolutamente que en casa del amo de su Juan Nepomuceno hubiese mujer alguna.

El indio era prudente y leal.

Volvióse Juan Nepomuceno al jardín y permaneció en acecho toda la noche.

El marqués salió poco antes del amanecer, y escaló la tapia.

Apenas había amanecido, Juan Nepomuceno se arrojó á la calle, diciendo:

—Para tener buenas noticias de todos los que son en Sevilla buenos mozos, no hay como irse á la Encarnación.

En la Encarnación, esto es, en la plaza del gran mercado, dieron á Juan Nepomuceno tales y tan terribles noticias del marqués, que Juan Nepomuceno entró en miedo á pesar de su brava sangre iudia; así es, que la noche del día en que había tenido una grave explicación acerca de Guadalupe con su amo, Juan Nepomuceno se puso de centinela en el jardín, armado de dos enormes pistolones, y no se atrevió á advertir al marqués.

No sabía como el marqués podía tomarlo, y no quería, ni matar al marqués, por no causar la desesperación de Guadalupe, ni quería que el marqués le matase á él, porque su mulata no se desesperase.

Dejó, pues, entrar tranquilamente al marqués en el aposento de Guadalupe.

¿Por qué no había advertido de lo terrible que era el marqués Juan Nepomuceno á su amo?

Don Silvestre era mucho más terrible que todo lo terrible que se decía del marqués de Casa-Vaquera.

Revelarle que éste era el amante de Guadalupe hubiera sido precipitar una situación terrible.

—Nada, nada,—decía Juan Nepomuceno, escondido entre una espesura de arrayanes;—es que este negocio es malo, y ha salido, como no podía menos de salir, de través. Yo he hecho lo que he debido porque yo, ante todo, debo ser leal á mi amo, y haré todo lo que pueda para im-

pedir que este negocio salga por donde es muy posible que salga, aunque yo me vuelva mico. Sería necesario ser un santo y poder hacer milagros.

Por su parte, el indiano se había puesto en observación y lo había preparado todo.

En un tabique que correspondía al gabinete de Guadalupe, había hecho, valiéndose como de una especie de barrena, de la punta de un agudo puñal, una perforación que no podía notarse por la otra parte.

Sin embargo, aquella perforación era bastante para que el indiano pudiese ver y oír.

Desde el oscurecer, don Silvestre despidió á Juan Nepomuceno hasta el otro día, y se encerró en su cuarto.

Luego fué á pegarse al tabique que había perforado.

Esperó en una situación terrible hasta las nueve de la noche; pero su espera dió lugar á su reflexión.

—Y bien,—decía,—yo no tengo derecho á martirizarla si es que ya ama, que sí amará cuando ha llegado á tal punto. Es necesario que por el mismo amor que la tengo, me conforme con la voluntad de Dios; ¡pero si se hubiera engañado Juan Nepomuceno; si no hubiese juzgado más que por unas graves apariencias!... Guadalupe es piadosa, virtuosa, altiva, tal vez unos amores del alma, tal vez unos amores dignos... Y aunque eso fuera, aunque de nada tuviera Guadalupe que acusarse, si el hombre á quien ama es digno de ella, ¿qué hacer? Apurar el sacrificio, aceptarle como una expiación, casarla.

Es inconcebible el padecimiento espantoso que sufría don Silvestre, las vacilaciones terribles que le combatían acerca del partido que debía tomar en vista de la prueba que por sí mismo obtuviese; y así, combatido por una furio-

sa tempestad del alma, esperó, viendo á través del agujero á Guadalupe, que se sentaba junto á una mesa, entretenía el tiempo leyendo, pero distraída, dejando conocer una viva impaciencia.

Hacía mucho tiempo que el indiano no la había visto.

Los obstáculos que había puesto á la puerta Guadalupe le habían retraído, se había creído adivinado.

Guadalupe le parecía de tal manera crecida en hermosura como no la había soñado él nunca, y es que el amor acaba la obra del embellecimiento de la mujer.

Al fin, Guadalupe cerró el libro, se levantó vivamente y corrió al balcón.

Un hombre acababa de entrar; un hombre elegante, joven, bellísimo, apasionado, en una palabra, el marqués de Casa-Vaquera.

Una oleada de sangre subió á la cabeza del indiano, que no pudiendo soportar el espectáculo que ante sí tenía, se abandonó á un acceso de frenesí; pero se contuvo.

—No, no,—dijo pasándose la mano por la frente,—dice bien Juan Nepomuceno; es necesario evitar otro remordimiento. ¡Mi cabeza! ¡mi alma! ¡oh! es necesario dominar la locura que empieza á apoderarse de mí, casarlos, casarlos, hacerlos felices, quién sabe, tal vez la felicidad de Guadalupe hará la mía, si es que yo puedo ser ya felíz.

Volvió á mirar de nuevo; la tempestad se apoderó de él, pero de nuevo; la refrenó.

No podía darse estado más espantoso que aquel en que don Silvestre se encontraba: era necesario un valor sin límites para dominar aquella situación, y sin embargo, la situacian estaba dominada.

Don Silvestre miraba y escuchaba alternativamente; pero

llegó un momento en que no miró, en que no dejó de escuchar con una atención infinita, procurando no perder una sola palabra.

El marqués había sacado una carta y había dicho á Guadalupe:

—Aquí está el secreto de tu vida. Si tú tienes algo que ver con ese hombre, es la necesidad de vengar á tu pobre madre. Ese hombre no es tu padre, ese hombre es un miserable.

Guadalupe lanzó un grito ahogado de dolor y de sorpresa.

—Oye, oye,—la dijo el marqués abriendo la carta.

—Situacióu resuelta,—dijo de una manera sombría el indiano,—es necesario que yo apele á todo mi valor, veamos, veamos.

Y volvió á escuchar forzando toda su atención.

Guadalupe estaba como enmudecida por la sorpresa.

—Oye,—la dijo el marqués,—mira lo que mi primo, el que está en Montevideo, me contesta á una carta que le escribí pidiendole informes acerca del hombre á quien creíamos tu padre.

—Lee, lee,—dijo con ánsia Guadalupe.

«Mi querido primo Juan:—dijo el marqués leyendo.—No puedes figurarte cuanto ha sido el contento que me ha dado tu carta. Respecto á lo que en ella me preguntas, puedo contestarte extractando para tí un proceso secreto que existe en el archivo de este vireinato. El virey me quiere mucho, y él mismo me ha procurado el proceso que tengo á la vista.

«Voy á decirte en pocas palabras lo que te importa saber:

»Había, hace diez y ocho años, en los alrededores de Montevideo, siendo el azote el terror de las gentes que vi-

vían en el campo, un terrible indio, una fiera á quien llamaban el Cachivambo; había parecido de improviso, viniendo allá del interior, de las praderas del Plata, donde dominan aun las pieles rojas.

»Era un indio magnífico, un gran jefe; le había vencido otro gran jefe y había escapado; necesitaba para volver á emprender la guerra, y con una audacia sin límites se había lanzado á la parte civilizada del Río la Plata, llegando hasta Montevideo.

»En vano las milicias y los soldados perseguían al Cachivambo; no se le encontraba jamás; si se conocían sus señas era por los relatos de los que milagrosamente habían escapado de su furor, y si se sabía su nombre era porque cuando despedazaba á sus víctimas, decía sonriendo de placer y dejando ver una dentadura de tigre:

»—Cachivambo es un gran jefe: él tiene innumerables cabelleras de sus enemigos.

»El virey se desesperaba.

»Cada día venían nuevas noticias de incendios, de robos, de asesinatos, de horrores inauditos, causados por el Cachivambo.

»Todas las haciendas próximas á Montevideo, exceptuando las de la parte oriental habían sido abandonadas.

»Sus habitantes, huyendo de la fiera, se habían refugiado en la ciudad; pero por la parte oriental, algunas haciendas agrupadas formaban un caserío, una especie de población rural, cuyo número de habitantes era respetable, y ejercían éstos una tal y tan cuidadosa vigilancia, que por aquella parte el Cachivambo no se había atrevido ni aun á intentar sus hazañas.

»En esta parte había y hay una magnífica hacienda,

llamada de las Palmas, perteneciente á un indio riquísimo, criollo más bien, puesto que su ascendencia en la rama directa era española.

»Era un admirable sujeto, honrado, leal, franco, generoso, y no se le conocía otro defecto que el de dejarse arrebatar, cuando se impacientaba, á terribles accesos de cólera.

»Esto se creía el resultado de una enfermedad ingénita en él; pero pasaba la cólera, y quedaba el mejor hombre del mundo.

»Su talento y sus riquezas le daban una gran influencia en el país, hasta el punto de que el virey se creía obligado á visitarle, lo cual era todo lo que se puede decir.

»Ya sabes tú que un virey en América es más que el rey en España.

»Don Silvestre de Pontevedra, que así se llama la persona de quien me pides informes, se había casado con una magnífica criolla, de español y de india, parienta suya, aunque lejana.

»Doña Isabel y don Silvestre se adoraban, y hubieran sido los séres más felices de la tierra si Dios les hubiera dado hijos.

»La hermosura de doña Isabel era tal, que se había hecho famosa, y todos envidiaban al felicísimo don Silvestre de Pontevedra.

»El Cachivambo nubló esta felicidad, ó por mejor decir, trajo sobre ella una horrible desgracia.

»A pesar de la vigilancia que ejercían los de la parte oriental, una noche doña Isabel se sintió acometida de repente dentro de su mismo cuarto por un hombre atlético, y completamente dominada por él antes de haber despertado.

»Doña Isabel era no menos terrible que su marido.

»Luchó desesperada algunos minutos, logró al fin desasirse del indio, se entabló una segunda lucha, lucha de la desesperación contra el amor, y en la que el gran jefe indio excusaba cuidadosamente maltratar á doña Isabel.

»Esta pudo alcanzar un arma de su marido, de las que en el dormitorio había, y disparó sobre el Cachivambo.

»Este se sintió mal herido; temió, si no escapaba pronto, que la debilidad por la pérdida de la sangre le entregase, y á pesar de esto, tal era la pasión insensata del Cachivambo por doña Isabel, que sin tomar venganza de la herida que había recibido, escapó, arrojándose por una ventana á tiempo que llamados por el disparo acudían los esclavos de la servidumbre inmediata de doña Isabel.

»—¡Seguidle!—exclamó doña Isabel;—¡es el Cachivambo! ¡no puede ser otro indio!

»Doña Isabel conservaba aún en la mano la pistola con que había disparado el tiro sobre el Cachivambo.

»Los esclavos se lanzaron uno tras otro por aquella misma ventana por donde el Cachivambo había escapado, y que le había indicado doña Isabel.

»No había quedado el más leve rastro de sangre, lo que hizo creer á doña Isabel que el furor la había hecho errar el tiro.

»Sin embargo, había herido de lleno al indio bajo la clavícula izquierda, y si la sangre no había manchado el pavimento había consistido en que el indio, al sentirse herido, se había apretado de tal manera la herida con su robusta mano, que esta había hecho el oficio de un vendaje inmejorable.

»Doña Isabel había guardado un profundo secreto acerca

de la violencia que había ejercido sobre ella, sorprendiéndola dormida, el Cachivambo.

»Había confiado en que Dios la ayudaría para que aquel secreto no se revelase por sí mismo.

»Llena de espanto, sin embargo, doña Isabel escribió á su marido, que se hallaba en Buenos-Aires, llamándole con un pretexto á la hacienda de las Palmas; pero aquel pretexto no pareció bastante á don Silvestre, á quien asuntos de gravísimo interés retenían en Buenos-Aires.

»Doña Isabel insistió con más empeño, con más encarecimiento; pero el descuidado don Silvestre continuó estimando más importantes sus negocios de Buenos-Aires, que aquellos de que le hablaba su mujer.

»Don Silvestre no volvió á Montevideo sino dos meses después de la terrible aventura de doña Isabel con el Cachivambo.

»En el primer momento, doña Isabel había recomendado á sus esclavos, que no habían podido alcanzar al Cachivambo, guardasen secreto acerca de lo que había acontecido.

»Nada, pues, se había sabido de aquella hazaña de nuevo género del Cachivambo, porque hasta entonces éste había asesinado, robado é incendiado; pero no había atentado nunca á las mujeres.

»Doña Isabel era muy desgraciada.

»Dios no había querido proteger su secreto: la ciega y terrible naturaleza no había tenido piedad.

»Doña Isabel se encontraba en cinta.

»Cuando llegó su marido, tuvo bastante valor y bastante sangre fría para recibirle alegremente, para no alarmarle.

»Algunos días después de la llegada de su marido, como

éste la dijese que le era de todo punto necesario volver á Buenos-Aires, ella le dijo:

»—Pues por esta vez no te vas solo.

»A don Silvestre se le habían hecho muy duros cuatro meses que había estado separado de su mujer y se prestó con alegría á que ésta le acompañase.

»Apenas estuvieron en Buenos-Aires, doña Isabel se encerró con su marido y le dijo:

»—Yo no he mentido jamás, Dios lo sabe; tú no puedes dudar tampoco de que mi alma entera es tuya; cree, pues, como si el mismo cielo te hablase, en la verdad de lo que voy á decirte.

»Y doña Isabel reveló lo que le había acontecido y la situación en que se encontraba á don Silvestre.

»La sorpresa, el dolor, la desesperación, salvaron de un primer acceso de furor á doña Isabel.

»Esta pudo ejercer su mágica influencia sobre su marido, que al fin, habiéndose apoderado la reflexión de él, débil ante la hermosura y el encanto de doña Isabel, contestó:

»—Esta es una desgracia de que yo no puedo ni debo hacerte en manera alguna responsable; todo se reduce á que yo te vengue y me vengue.

»Pero á pesar de que don Silvestre había desplegado, para tranquilizar á su mujer, toda su sangre fría, todo su disimulo, toda su sagacidad de indio, doña Isabel no quedó tranquila.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!—exclamó Guadalupe, que había escuchado suspendida, coartada, helada la sangre hasta aquel momento.—¡Qué horrible es la desgracia que nos envuelve! ¡Sobre nosotros hay una maldición!

—¿Y por qué, corazón mío?—exclamó el marqués.—¿Qué tienes tú que ver con ese hombre?

—¡Hija de un indio, asesino y ladrón!—exclamó Guadalupe con un acento profundo, aterrador, en que se revelaba toda la desesperación de su alma.

—Tú has sido bautizada,—dijo el marqués,—como hija legítima de don Silvestre de Pontevedra y de doña Isabel Casanova: esto es lo importante; lo otro cae por encima. Créeme tú, todos somos hijos de un hombre y de una mujer. Además, tu madre fué una buena y virtuosa señora, y á su marido hay necesidad de disculparle. En fin, la verdad es que no podemos vacilar por más tiempo, que es necesario que yo te saque de la situación en que te encuentras, y para ello no hay otro medio sino el de que esta misma noche salgas de aquí conmigo para no volver más.

—¡Ah, no, no! Lo que haría ese hombre sería terrible, y además, Juan; yo me he acostumbrado á mirarle como mi padre, yo le amo como si verdaderamente lo fuera, y lo es en efecto: él me ha dado su nombre, él me ha educado.

—Escucha, escucha,—dijo el marqués;—la carta de mi primo no ha acabado todavía; cuando acabe, veremos si piensas del mismo modo.

El marqués continuó:

»Pasó el tiempo sin que nada alterase en la apariencia el amor de los dos esposos.

»Don Silvestre anunció alegremente á todos sus amigos en Buenos-Aires, que al fin su mujer le daba sucesión, y en el término preciso doña Isabel dió á luz una niña.

»La cuestión de fechas no hizo pensar á nadie.

»Aquella cuestión se cubrió, porque no se anunció el

nacimiento de Guadalupe sino dos meses después de haber tenido lugar.

»Don Silvestre había pagado á peso de oro á las personas que habían coadyuvado á encubrir la verdad.

»Don Silvestre, para hacer más posible el secreto, se había llevado á su mujer en tiempo oportuno á una hacienda de Buenos-Aires, á donde volvió para bautizar á la que llamaba su hija.

»Notóse sin embargo, que al poco tiempo de la vuelta de doña Isabel á Buenos-Aires, ésta empezaba á empalidecer.

»Aquella palidez fué como el presagio de una enfermedad terrible, que en muy poco tiempo, llevó á la tumba á doña Isabel.

»Un día una vieja esclava se presentó al virey, y le reveló que ella había sido nodriza de don Silvestre, que le amaba como si hubiera sido su hijo; pero que á pesar de esto, el remordimiento y el miedo de la cólera de Dios la llevaban á hacer una grave revelación al virey.

»La esclava parecía como demente, y el virey se previno.

»La oyó, y supo estremeciéndose, la revelación de que don Silvestre de Pontevedra había matado, envenenando por medio de la misma esclava que hacía la revelación, á su esposa.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó casi agonizando Guadalupe.

—Deja, deja,—continuó el marqués.

»La esclava no había sabido negarse; en primer lugar, don Silvestre la había dicho que su mujer le había deshonrado y había matado su felicidad, teniendo un amante; que esto había sido secreto, y que él no había querido hacer pública su deshonra y matar secretamente á doña Isabel

antes de que diese á luz el fruto de su adulterio, porque aquella criatura era inocente, y no quería arrojar sangre inocente sobre su conciencia; que por lo mismo había callado, había fingido para con su mujer que creía lo que ella había inventado para encubrir su crímen viéndose perdida, y que para todo el mundo había fingido una buena armonía con su mujer; pero que pudiendo castigar ya únicamente á la culpable, se había resuelto á castigarla.

»La esclava añadió que por el amor que tenía á don Silvestre, á quien había criado, creyendo verdad lo que le decía, se había irritado también contra doña Isabel, había consentido en matarla, y para ello la había dado un jarabe compuesto del jugo de ciertas yerbas; pero que, con sorpresa suya, poco tiempo después de la muerte de doña Isabel, don Silvestre la había buscado desconsolado, desesperado.

»Don Silvestre había recibido una carta del Cachivambo.

»Has matado á tu mujer,—le decía,—porque los malos espíritus se han apoderado de tu alma. Tu mujer no te había engañado. Yo, vagando errante y desconocido alrededor de la Hacienda de las Palmas, la ví y la amé; la amé como la Antílope ama á su selva y su corriente, como el día al sol, como la madre al hijo; la amé y cegué, y fué mía, porque lo que el Cachivambo quiere, es; el grande espíritu le ayuda. Yo la amaba, y la amo aún. Tú, al matarla, has matado mi alma. Ven, ven: yo te espero; mañana á la noche me encontrarás en la Cruz de los Castellanos; yo te mostraré la cicatriz de la herida que tu valiente y noble esposa me causó, defendiendo tu amor y tu honor».

»Esta carta, primo Juan, existe original en el proceso que tengo á la vista.

»Don Silvestre fué terrible; acudió á la cita del indio, y le mató.

»El virey vió en aquello un caso gravísimo y extraordinario, un acontecimiento en que entraba por mucho la desgracia. Tú conoces al virey: es un hombre severísimo, que en materias de honor no transije.

»El me ha dicho, hablándome de esto:

»—Don Silvestre hizo, como hombre de honor, lo que debió hacer; su esposa no fué culpable, pero lo fué no matándose á sí misma en el momento en que se vió deshonrada, como aquella admirable Lucrecia la romana.

»Esto, como ves, era un resultado de las exageradas creencias del honor del virey, que hizo se instruyese secretamente un proceso, llamó á don Silvestre para pedirle él mismo declaración, y se encontró con un hombre aterrado, lleno de remordimientos, desesperado, que empezó por decirle que para él la muerte, cualquiera que fuera la manera de dársela, sería una felicidad.

»El virey pesó todo esto: lo que del proceso había resultado; la declaración explícita que le había hecho don Silvestre y le dijo:

»—Os basta con la desgracia que habéis sufrido, y yo, que creo que el honor no tiene ni más ni menos, y que es uno y solo, no os encuentro culpable. Este secreto se queda profundamente guardado, entre el alcalde que ha instruido sagazmente el proceso, entre vos y yo. El alcalde guardará el secreto, porque es tan hombre de honor como vos y como yo; vuestra mujer debió morir sin decir á nadie más que á Dios por qué moría.

»—Nada, primo Juan, nada; el virey, considerado desde el punto de vista de su rigorismo, está loco; es casi mila-

groso que en vez de mandar archivar entre los papeles secretos del vireinato, el proceso, me la mandase quemar. Es cuanto tengo que decirte acerca de don Silvestre de Pontevedra, añadiendo que hace cerca de un año sacó á Guadalupe, que pasa por su hija, y de cuya hermosura se hacen grandes ponderaciones, del convento de Claricas de Buenos-Aires, y se la llevó á España. Si has conocido á esta señora, y por ella me has pedido estos informes, á juzgar por lo que aquí se dice de ella, te envidio, primo Juan.

»Por lo demás, sabe cuanto te quiere y cuanto desea abrazarte, tu primo

Cristóbal».

—¿Y vacilarás todavía?—exclamó el marqués mirando con ansia á Guadalupe, que estaba helada, blanca é inmóvil como una estatua.—¿No crees que tú corres el peligro de sufrir la misma suerte que sufrió tu madre?

Hubo una larga y grave disputa.

Guadalupe no sabia qué partido tomar.

Al conocer el misterio de su origen, había comprendido perfectamente, la pasión satánica que por ella se había apoderado de aquel hombre, á quien hasta entonces había creído su padre.

Un terror invencible coartaba su voluntad.

No se atrevía á quedarse, ni se atrevía á irse.

Pero al fin, las súplicas del marqués, su furor, su desesperación, la decidieron, y dijo:

—Pues bien; sea lo que quiera, yo te sigo.

Don Silvestre había oído hasta entonces en una situación imposible de describir.

Había vacilado también.

No había sabido qué hacer.

Había permanecido, como sujeto por una incontrastable fatalidad, escuchando.

Había podido contenerse tantas veces cuantas su cólera y su desesperación se habían sublevado.

Pero al ver que Guadalupe se había resuelto á huir con el marqués, no pudo ya contenerse.

Toda su cólera, todo su furor, todos sus celos, todas sus violentas pasiones, en fin, se sublevaron indómitas.

Don Silvestre era en aquellos momentos, no un hombre, sino una bestia brava sedienta de exterminio.

Corrió á su aposento, tomó un par de pistolas, bajó como una exhalación al jardín, y se lanzó á colocarse al pié del balcón por donde habían salido los amantes.

En aquel momento el reloj de la catedral daba las doce de la noche.

Juan Nepomuceno acudió desolado; pero llegó tarde.

Había aparecido en el balcón el marqués, é inmediatamente don Silvestre disparó sobre él.

El marqués lanzó un grito de muerte, y cayó de espaldas.

Esta era la verdad de la historia.

Aquellos habían sido el tiro y el gemido que habían oído algunos de los habitantes de la calle de Vizcainos.



CAPITULO VIII

De cómo llegó á su mayor edad el marqués don Miguelito

Pero aconteció un fenómeno, que por lo que ya hemos revelado del carácter de don Silvestre, no sorprenderá á nuestros lectores.

Inmediatamente después de la explosión de la cólera sobrevino la reacción del sentimiento.

Don Silvestre se arrepintió, demasiado tarde, de haber tenido valor para contenerse, para dominarse hasta el fin.

Y apenas había caido dentro de la estancia el marqués, cuando don Silvestre, trepando por la reja, saltó dentro del aposento, seguido á poca distancia por el leal Juan Nepomuceno.

Guadalupe, que procuraba desesperada socorrer al marqués, al sentir al indiano y á Juan Nepomuceno, no se aterró, sino que se alzó terrible.

Toda su sangre india se revelaba en ella.


Lit - Felipe Gonzalez Rojas - Editor

—¡Mátame,—dijo,—como has matado á mi padre y á mi esposo!

—Mátame,—dijo,—como has matado á mi padre y á mi esposo.

—¡El marqués! ¡el marqués!—exclamó completamente transformado don Silvestre;—ante todo, es necesario socorrer al marqués.

El marqués vivía, pero estaba desmayado.

Los indios son uuos grandes curanderos.

Juan Nepomuceno, indio de pura raza, lo era.

El se encargó de la curación del marqués y del cuidado de Guadalupe, porque apenas la pobre joven había dirigido sus terribles palabras al indiano, cayó desmayada.

—Yo no sé, yo no sé,—dijo Juan Nepomuceno, que estaba todo aturdido, mientras que don Silvestre acudía aterrado al socorro de Guadalupe;—pueda ser que el marqués se salve, aunque lo creo difícil por lo que veo: está atravesado de parte á parte. Yo tengo la culpa y no la tengo: con esta fiera de señor mío no se sabe qué hacer; con tal que al tiro no acuda la justicia.....

Y á todo esto, rasgaba las sábanas del lecho, y acudía á coger la sangre al marqués.

No podía llamarse á nadie.

La situación era lo más difícil que podía darse.

Guadalupe había vuelto en sí, pero en un peligrosísimo estado de delirio.

—Con tal de que no tengamos que abrir dos sepulturas en el jardín...—murmuraba Juan Nepomuceno.

—Dios no querrá, Dios no querrá,—decía desesperado don Silvestre, sosteniendo en sus brazos á Guadalupe.—Dios me librará de un nuevo dolor. Los casaremos, los casaremos. ¡Oh!... Yo no sé; yo debo estar loco. Hay momentos en que yo no soy mío; y después, apenas si me acuerdo con-

fusamente de lo que ha pasado por mí durante estos accesos de cólera, como si bubiera sido un sueño.

—Ya, ya,—repetía Juan Nepomuceno;—es mucha fiera este señor mío. En fin, por el momento la justicia no sobreviene.

Al día siguiente, al levantar el apósito Juan Nepomuceno, dijo:

—Tenemos hombre; pero quedará delicado: la bala no ha interesado ninguna parte esencial; ha entrado por el esternon y ha salido por la espalda sin interesar ni el espinazo ni las costillas. ¡Oh, milagro! Y puesto que usted tiene aquí, señor, los papeles de la señorita legalizados, el casamiento cuanto antes, el casamiento. Hay necesidad de legitimar el nacimiento de una criatura inocente.

—Pero,—dijo el indiano,—¿es de todo punto necesario hacer el casamiento al instante?

—Puede esperarse unos días, y entre tanto prepararlo todo.

La dolencia de Guadalupe había perdido de todo punto su carácter peligroso.

El marqués estaba en el completo uso de su razón.

Y tal era la gravedad de aquella historia, que perdonó con toda su alma, así como Guadalupe, á don Silvestre.

Toda aquella historia, desde su principio, era una desgracia, una obra de la fatalidad.

El marqués y Guadalupe tenían el alma generosa.

A más de esto, creían obligar á Dios á que los favoreciese, perdonando.

El marqués pidió se llamara á Sebastián, respondiendo de su lealtad y de su discreción.

Sebastián por su parte, después de haber oído el disparo

y el grito, y de ver que su señor no volvía, no sabía qué hacerse.

La cosa era demasiado grave para que no hiciese necesaria la mayor prudencia.

Era preciso, ante todo, indagar, saber lo que había sido de su señor.

Sebastián pasó en la mayor ansiedad todo el día.

No se había atrevido durante él á hacer una excursión en el territorio enemigo.

Pero en cuanto cerró la noche, se lanzó á una exploración hábil y cautelosa.

Poco á poco fué ganando terreno, y como viese luz á través de las cortinillas de las vidrieras del aposento de Guadalupe, trepó por la reja al balcón, y llegó tan á tiempo, que pudo escuchar las seguridades que acerca de él daba su amo, y la orden que el indiano daba á Juan Nepomuceno de ir á buscarle.

—No hay necesidad de que usted se incomode, compañero,—dijo Sebastián;—aquí estamos todos; no tiene usted más que abrir la vidriera.

Sebastián entró, y su concurso fué muy útil.

Se necesitaban medicamentos, bálsamos y otras cosas, que convenia no se viesen entrar en la casa del indiano.

La ayuda de Sebastian era en aquellos momentos inapreciable.

Sin pérdida de tiempo, Sebastián volvió á su casa, salió de ella, y como entre sus conocimientos tenía toda clase de gentes, se proveyó, casa de un albañil de dos palanquetas, y aquella misma noche, en ménos de dos horas, trabajando por la una parte Juan Nepomuceno, y por la otra Sebastián, se abrió en la tapia un boquete espacioso, lo bastante para

que se pudiese pasar cómodamente por él, y que ponía en comunicación los dos jardines.

Por Sebastián se hizo todo lo que era preciso.

Y no esto solo.

Sebastián corrió con todo lo necesario para preparar el casamiento de su amo, que, según él decía, había ido á esperar á su esposa á Cádiz.

Sebastián había sido el autor de la historia que Juan Nepomuceno había contado al tío Calceta para justificar aquellas extrañas é imprevistas bodas, precedidas por el viático, que tanto habían sorprendido á la vecindad.

A los ocho días de haber sido el marqués herido, pudo sin peligro ser vestido y colocado en un sillón en la gran sala principal.

Se habían tomado los dichos á los novios.

Se había dado por el arzobispo el mandamiento cerrado para un casamiento.

El cura de la parroquia había confesado á los contrayentes, les había dado la Eucaristía, y después los había casado en medio de una expléndida fiesta, á que habían acudido, como relaciones del marqués, todos los nobles de Sevilla.

Después de esto, la casa del indiano se había abierto, y había empezado á ser extraordinariamente concurrida por lo más brillante de la sociedad sevillana.

Guadalupe encantaba.

Ya se comprendía que su mágica influencia hubiese convertido al marqués.

Habían vuelto para él todas las simpatías.

Y aun aquel mismo tremendo alcalde mayor había transigico, y se había olvidado de que el marqués había llamado á la noble alcaldesa jirafa y llueca pelada.

El marqués se había restablecido, poro no tan satisfactoriamente como hubiera sido de desear.

Continuaba pálido, y se quejaba de fatiga, por más que hubiese vuelto á su antiguo vigor.

Un mes después de las bodas, el marqués y Guadalupe se trasladaron á Cádiz.

Todo aconsejaba este viaje.

Por más que quisiesen dominarse, el indiano, Guadalupe y el marqués, no vivían bien juntos.

Hay situaciones que si se salvan en un momento supremo, vuelven á determinarse, porque no pueden dejar de ser.

Por más que las circunstancias y el carácter, y aun la terrible enfermedad que padecía el indiano, le disculpasen, Guadalupe no podía olvidarse de que era el matador de sus padres, y de que ella misma había estado á punto de ser víctima con el marqués, de don Silvestre.

La enfermedad del marqués, que asustaba á Guadalupe, reconocía por causa al indiano.

De común acuerdo, se separaron, y partieron los esposos para Cádiz.

Tres meses después, el indiano recibía una carta de Guadalupe, que decía:

«Maldito seas.»

No decía más la carta.

El indiano se informó.

El marqués de Casa-Vaquera había muerto á consecuencia de un vómito de sangre.

Dos meses más adelante, el indiano recibió una noticia terrible.

Guadalupe había muerto al dar á luz un niño.

Este niño no era otro que don Miguelito, el que más adelante había de llamarse Caparrota.

Juan Nepomuceno temió algo espantoso.

La noticia de la muerte de Guadalupe había hecho tal impresión en don Silvestre, que Juan Nepomuceno se aterró, y creyó que no había seguridad alguna al lado del indiano, ni más ni menos que no puede tenerse seguridad encerrándose con un león.

A pesar de esto, el leal Juan Nepomuceno se resignó á todo, y aun pensó en salvarse por la fuga.

Pero muy pronto, con gran desesperación suya, quedó libre de todo temor.

Al entrar una mañana en el cuarto de su amo le encontró ahorcado.

Lo que no había hecho la justicia de los hombres lo había hecho la justicia del cielo, sirviéndole de juez la conciencia del indiano, y su remordimiento de verdugo.

Juan Nepomuceno dió parte de esto á la justicia.

Se encontró una carta de don Silvestre, en la que manifestaba que á nadie se culpase de su muerte, que él se había dado á causa de desgracias.

Se encontró también un testamento otorgado en favor de su sobrino don Miguel de Villegas y Pontevedra, su nieto, por el que le instituía su heredero universal.

Don Miguelito venía al mundo millonario, ilustre, pero huérfano á causa de las desgracias de sus padres, y heredando por completo los magníficos ojos negros de su madre, y su terrible sangre india.

No podía darse una herencia más funesta.

Por otra parte, había heredado también todas las malas propensiones de su padre, y todo su carácter aventurero,

de lo cual había escapado por milagro sin echarse á bandido.

Don Miguelito era un fruto perfecto, y para colmo de desgracias, su padre le había dejado por tutor, para cuando naciera, á un viejo pariente, en unión de su madre, hombre hipócrita y lleno de vicios, que su hipocresía ocultaba, el conde de la Oropéndola.

Crióse don Miguelito sin que nadie le fuese á la mano en voluntariedades.

Su tutor le acostumbró, cuando ya era crecido, á los despilfarros.

Don Miguelito no conocía el valor del dinero, ni podía sufrir ningún género de contrariedad.

Su gran riqueza heredada consistía en las haciendas que le había dejado en América su falso abuelo, pero que él creía su abuelo legítimo.

A causa de la inmensa distancia á que estaban aquellos bienes, el conde de la Oropéndola obtuvo una autorización para venderlos, y en pocos años el gran capital que su venta produjo había sido derretido.

Quedaba, sin embargo, rico por su vinculación don Miguelito.

Pero esta vinculación, á causa del conde de la Oropéndola, había quedado de tal manera empeñada, que casi era nula.

Cuando el conde de la Oropéndola murió, entraba en su mayor edad don Miguelito, y entraba en ella casi pobre, aunque con apariencia de rico.

CAPÍTULO IX

En que vuelve á entrar por sí mismo en escena don Miguelito

Acabada la historia de los padres de nuestro héroe, empecemos con su historia propia, mucho más interesante que la anterior.

No tenía más que algunos lejanos parientes por parte de su padre.

Por parte de su madre, si los tenía no conocía á ninguno, ni nunca había tenido noticia de ellos.

A pesar de los enormes despilfarros de su tutor, le había quedado bastante para cubrir las aparienceas de su posición.

El marqués de Casa-Vaquera era siempre el marqués de Casa-Vaquera.

Abandonado por su tutor desde que había empezado á tener uso de razón, al cuidado de los criados, éstos, desde niño, le había llevado á los lugares á que ellos concurrían.

No hay que decir que siendo estos criados andaluces,

sevillanos, de la cáscara amarga, educados en la escuela del difunto marqués de Casa-Vaquera, don Miguelito fué educado por ellos de una manera admirable.

Apenas si el niño consagraba una hora ó dos al día á los maestros que iban á enseñarle á su misma casa, porque el conde de la Oropéndola, su tutor, era presuntuoso, y no quería que su pupilo fuese á la escuela á rozarse con pelones de poco más ó menos.

Cierto es que don Miguelito no se puso en la escuela en alternativa con la gente común.

Pero el conde, cuidadoso de esto por vanidad, no reflexionaba en que eran mucho peores las alternativas en que ponían los criados al joven marqués.

Esto no se sabía.

Los criados guardaban este secreto por lo que les convenía, y don Miguelito por lo que le gustaban las partes á donde los criados le llevaban.

Se salía de casa en coche.

Pero el coche se quedaba muy pronto acá ó allá, donde les convenía al cochero y al lacayo.

El ayo y los dos ayudas de cámara, que eran de la misma estofa, se llevaban á don Miguelito á correrla.

El jolgorio, la broma, el jaleo, el baile, el canto y el juego eran contínuos.

El señorito llevaba siempre dinero, del cual nadie le pedía cuentas.

Muy niño aún don Miguelito, conocía cuanto había de conocer en el mundo.

Pero conservaba su altivez porque todos los pícaros que le rodeaban le adulaban, y no le bajaban nunca de señor marqués y excelencia, y se hacía lo que el niño quería,

aunque al niño se le ocurriese desear una cosa poco menos que imposible.

El amor empezó muy temprano para don Miguelito, amores de gitanas, de cigarreras, de hembras de rompe y rasga, que podían ser todo lo que se quiera, pero que tenían el corazón apasionado y gustaban de don Miguelito, porque don Miguelito, á los quince años, no solamente era bonito, sino arriscado y atrevido, y tenían que andar de prisa los criados y sus amigos, que formaban siempre una escolta alrededor del marquesito, para que éste no anduviese á puñaladas con el lucero del alba.

La educación era magnífica, y el niño la aprovechaba.

No había mujer que al niño le entrase por el ojo, que no se viese asediada por aquel pequeño Tenorio, por la turba multa que le rodeaba, ansiosa siempre de servirle para sacarle.

No había gitanería que el marquesito no frecuentase.

Le conocían hasta las piedras en Triana, en la Macarena, en la Barqueta y en San Bernardo, en la Cestería y en los Humeros.

En cuanto al matadero, el marqués acudía á él todos los días.

Todos los días se toreaba, por darle gusto, en los corrales alguna res brava, y don Miguelito se había hecho un banderillero de primer orden.

Y ya en las corridas de toretes metía el brazo, y daba unos volapiés que ni el señor Juan León, ni Curro Montes, ni el mismo Cúchares, hubieran podido hacer otro tanto.

A medida que el niño crecía, sus fechorías se iban haciendo más graves.

No había ya medio de que los criados le sacasen de los

atolladeros en que se metía, porque á los dieciséis años, don Miguelito declaró sériamente á su tutor, que él no necesitaba ya para nada llevar al ayo y á los ayudas de cámaras cosidcs á la casaca, que era ya grande y sabía andar solo.

Los criados sintieron esto mucho, porque se les acababa la explotación de la bolsa del marquesito; pero hubieron de tener paciencia, porque don Miguelito se había echado á volar por su cuenta, y al primero de los criados que le insinuó, por seguirle sacando, que su tutor podía llegar á saber los pasos en que andaba, le dió una paliza y le dijo:

—Esto es por el atrevimiento de haberme tú venido con cuentos y haciéndome el *bu* con mi tutor; por lo demás, lo mismo se me dá á mí de mi tutor, que de tí, que del moro Muza. Ea, y fuera bultos de enmedio, porque si ahora te he dado una vuelta de sopapos, otro día te rompo una espinilla, ó te parto por el espinazo, bribón. Conque es decir, que cuando á vosotros os tenía cuenta la vida que me habéis hecho traer, todo estaba muy bién; y ahora que por ese lado no podéis robarme, todo esto muy mal, galopines.

De tal manera había sentado la mano don Miguelito á su ayuda de cámara de confianza, al que había sido su principal mentor, que éste no quedó con ganas de hacer al marquesito más advertencias, y los demás escarmentaron en su cabeza.

Quedó, pues, solo don Miguelito enmedio de las borrascas en que se metía.

Estas borrascas no eran así como se quiera, sino de de órdago, como dicen los del pueblo de Madrid.

Allí donde había un cante ó un jaleo, allí estaba don Miguelito, gastando, triunfando, bailando, alborotando, metiéndolo todo á barato, y acometiendo siempre á la me-

jor moza de la fiesta, que generalmente se dejaba querer, porque el marquesito era bonito y apasionado, y se las tenía firmes con el mismo demonio, y no había cosa que le atajara.

Se armaba á cada paso una camorra de mil diablos, hasta que al fin las camorras se acabaron, porque todo el mundo empezó á tomarle asco al feroz marqués, que en metiendo mano á una tizona que llevaba siempre debajo de la capa, más larga que él, había que alquilar balcones para verle.

Todo esto hubiera sido pasable, parque estaba dentro de la esfera de las calaveradas; pero había cosas que no podían pasarse sin un jarabe, y de las cuales salía una y otra vez bien don Miguelito por milagro.

Ya había empezado á hacerse un corifeo de círculos de bandidos, tahures y mala gente, lo que venía á ser lo mismo.

Su tutor, ni podía darle todo lo que necesitaba para sus vicios, ni don Miguelito quería que su tutor, con sus contínuas exigencias, llegase á sospechar el género de vida en que andaba metido.

A todo esto, don Miguelito, por ante el buen mundo, conservaba hipócritamente una experiencia inmejorable.

Sus fechorías no empezaban hasta una hora avanzada de la noche, en que se acababan las tertulias.

Don Miguelito se retiraba, como todo el mundo á las diez; se metía en su casa por la puerta principal, cenaba con su tutor, se iba á su cuarto, cambiaba de traje, se armaba hasta los dientes, y por una escalerilla que daba al jardín, y por el postigo de éste, se salia á la calle, donde ya le esperaban algunos de sus satélites.

Y no era siempre á un jaleo ó á visitar á una hembra de buen empaque á lo que salía cerca de la media noche el marquesito: con mucha frecuencia se hablaba de robos considerables, ya al marqués tal, ya al conde cual, ya á este señor, ya al otro.

Don Miguelito conocía todas las entradas y salidas de las principales casas de Sevilla.

Bajo este concepto, era precioso para sus buenos amigos, los caballeros de la garra.

Pero no se crea que don Miguelito era simplemente el planeador de estos robos.

El era el capitán de la banda, puesto ganado bizarramente por el terror que á los buenos mozos causaba ya de antíguo don Miguelito; no se crea tampoco que estos bandidos eran conocidos como tales, ni que tenían mala facha.

No se trataba de los caballistas que andan por el camino y por el campo á todo su poder, diciendo con su sola facha adonde se presentaban: aquí estoy yo; eran bandidos de poblado, y de gran poblado, tal como la inmensa Sevilla, encubiertos bajo una buena apariencia.

El uno era zapatero, el otro sastre, el otro barbero, el otro estudiante, muchos de ellos hijos de buena casa, y todos ellos alegres, chistosos y decididores y simpáticos, y buenos muchachos en la apariencia.

Solía mezclarse con ellos algún gitano resentido, que hacía á pelo y á lana, y á piel y á pluma, es decir, que tanto andaba al camino como se escurría por la sombra, en el laberinto de las callejuelas de la gran Sevilla, en busca de gangas.

Don Miguelito, como jefe, no tomaba una parte material en las operaciones.

Preparado un golpe de mano, esperaba su ejecución en la tienda del montañés más inmediata, casi siempre acompañado de alguna real hembra, que era asimismo de la banda, y amparado por el montañés, que en estos negocios mediaba.

Dado el golpe, allí se llevaban los resultados.

Don Miguelito se guardaba su parte, y entregaba el resto á su teniente, para que se encargase de las otras particiones.

Si acontecía una desgracia en la faena, se daba cuenta de ella de la manera más indiferente del mundo, ya fuese el muerto de los del domicilio robado, ya de los ladrones.

Siempre representaba un muerto la desgracia, porque don Miguelito tenía muy bien instruídos á los suyos.

—Los muertos no hablan,—decía;—al que cae se le remata, y se sacan dos cosas: primero, que el atún que se queda en el sitio no puede hablar; y luego, que se hace una obra de caridad despenando á un hombre mal herido.

Si el lance salía mal, y alguno de los operarios se quedaba entre las garras de la justicia, este operario moría por Dios; y si era necesario, iba á la horca sin denunciar á sus consortes, como en nuestro lenguaje jurídico se llama á los cómplices.

El nombre, pues, de don Miguelito no sonaba jamás.

Ni el alcalde mayor ni ningún otro ministro de justicia le conocían sino como al honorable marqués de Casa-Vaquera, cuya conducta pública se hacía más y más respetable, al par que se hacía más infame su conducta privada.

Se hablaba mucho de la primera; pero no podía hablarse de la segunda, porque estaba envuelta en el misterio, y bien guardado éste por los cómplices de don Miguelito.

Esta vida de crímen no había empezado para don Miguelito sino á los veinticuatro años; pero por su educación, había sido admirablemente preparado para ella.

Tenía, además, vicios en la sangre.

Como nuestros lectores saben, era nieto de un bandido feroz por parte de su madre, y de su padre había heredado aquella propensión que su padre tenía al robo y al bandidaje, propensión dominada por el difunto marqués, pero trasmitida en la generación á su hijo.

Porque el hombre trasmite por la generación su ser entero.

Don Miguelito era un ser extraño.

Tenía tanto de bueno como de malo, de generoso como de infame, de altivo como de abyecto, de compasivo como de cruel, según en la situación y en la disposición de ánimo en que se encontraba.

No era tampoco uno de estos andaluces alegres, vivos, decidores, chispeantes, que parece han nacido para no conocer jamás la formalidad, y que cuando lloran afligidos por una amargura, hacen reir por lo ponderativo y por lo original de sus exclamaciones.

Don Miguelito era serio, melancólico, triste, hombre de pasión y de corazón concentrado, firme de voluntad, capaz de todo por llegar al logro de su deseo, altivo y soberbio por la conciencia de su nacimiento y por la certidumbre de su valor.

Era hombre peligroso para las mujeres.

El corazón le salía á la mirada en el momento en que una mujer le enamoraba.

Y el corazón que dejaba ver era decidido y valiente.

Podía decirse que para las mujeres, fuese cual fuese su

educación, su situación y su fortuna, don Miguelito era fascinador.

Esto había dado por consecuencia el hastiarle de la mujer, el tranquilizarle cuando se sentía fuertemente impresionado por unos ojos.

Don Miguelito sabía por experiencia que aquello pasaría al primer vislumbre de favor de la mujer amada.

Esto era para don Miguelito una desgracia.

Tenía sed de amor, y la satisfacción de su amor era imposible.

Porque su amor empalidecía, se gastaba, se borraba, se convertía en una enfadosa cosa vulgar, y aun si se quiere despreciable, en el momento en que vencía.

Don Miguelito había nacido para la lucha.

Allí donde no había lucha, no había nada que le interesase.

Paso á paso por el contínuo trato de toda su vida, á causa de los criados, con gente ínfima, se había ido acostumbrando á todo, y sus propensiones al mal se habían ido desarrollando de una manera formidable.

Su altivez luchó con su tendencia al robo; su humanidad con su tendencia á la destrucción; su generosidad con la infamia.

Si su prodigalidad hubiera tenido tesoros para alimentarse, tal vez don Miguelito se hubiera salvado del crímen vulgar.

Pero se vió muy pronto privado de dinero, que su tutor no podía darle, y que él no podía pedirle, como ya hemos dicho.

Le acosaban las sugestiones de los que le rodeaban, que le conocían bien.

Al cabo, apretado por la necesidad de dinero, don Miguelito se decidió.

Había nacido para jefe.

En el momento en que se decidió organizó su banda.

Un año antes, don Miguelito, pasando una noche por una calle de Triana, junto á un hombre que pelaba la pava. oyó una voz de mujer, lo más gachona, lo más querenciosa, lo más sonora, lo más fresca, lo más suspirante que podía darse.

Aquella voz llegó hasta el fondo de las entrañas de don Miguelito, que sin encomendarse á Dios ni al diablo, se detuvo, y arrimándose á la reja, exclamó:

—¿Cuándo has venido tú, chiquilla, que yo no te conozco, cuando conozco á todas las del barrio?

—¡Jesús, qué susto, señor!—contestó con acento burlón la joven.

El novio no daba señales de incomodarse, es decir, se aguantaba por la buena, porque había conocido á don Miguelito, y no le hacía gracia exponerse á que don Miguelito le abriese algún ojal ó le rompiese algo.

—¡Vaya, pues está buena!—exclamó la joven;—yo creía que estaba hablando con un hombre y ahora salimos conque estaba hablando con un trapo viejo.

—¡Qué cosas tienes Aurorilla!—dijo el novio;—ya se ve, como tú viniste ayer, no sabes que el amigo que te habla es don Miguelito.

—¿Y á mí qué?—exclamó la otra;—pues qué ¿acaso ese don Miguelito ó ese demonio tiene aquí en Triana el estanquillo de las mujeres?

—¡Vaya una sal, vaya una gracia y vaya un aquél!—dijo don Miguelito,—para que yo me quede sin hablar con-

tigo, gloria. Mira, tú, Sotana, anda vete á beberte á nuestra salud unas cañitas casa del tio Cascajo, y como señal del traspaso que me haces de esta moza.

—Oiga, usted, so trasto,—exclamó la joven,—¿conque usted se llama Sotana? ¿Y por qué no me lo había usted dicho, gallina? Ea, eche usted á andar y lárguese usted y no vuelva usted más ni á mirarme á la cara, porque sino, me salgo por la reja y de una puntera le pongo á usted en Sanlúcar, que yo no he nacido para que me quieran sacristanes ni sin vergüenzas.

—¿Ha visto usted que gracia, señor marqués?—dijo Sotana.—Vaya, quédese usted con Dios, que yo me voy muy á gusto, y que usted la deseche con otra de terciopelo.

Sotana, que era un *peluquero*, y que llevaba una onza que el marqués le había dado, fué muy contento, diciendo para sí:

—De veras que la Aurorilla es toda una onza; pero por donde ha venido ella vendrá otra, y san se acabó.

—¿Y usted que hace, hombre?—dijo la Aurorilla, viendo que todavía quedaba un bulto delante de la reja.

—Deja que pueda respirar, mujer, que desde que te oí el metal de la voz me quedé sin alma, y estoy en las últimas.

—¿Será cosa de traerle á usted una vinagrada, hombre?

—Lo que es cosa es de que tengas lástima de mí, paraíso, y que me dejes que yo abra mi linterna y te vea; pero, eso sí, si yo te incomodo, dímelo, y me voy ahora mismo al puente de barcas á tirarme al río.

—Vaya, hombre, que no le dará á usted tan fuerte,—dijo, ya con gachonería y visiblemente conmovida la joven.

—O me sacas de penas, ó me hago pedazos,—contestó el marqués.

—Vaya, hombre, no diga usted eso, que me está usted asustando,—contestó seriamente la joven.

Porque el marqués adolecía de accesos de pasión cuando se sentía vivamente apasionado, y la voz de aquella criatura le enamoraba como no le había enamorado nada.

Si ella le hubiera conocido, hubiera procurado no amarle.

—Mire usted,—dijo ella, ya de una manera lánguida y sentida;—ó usted está loco, ó es verdad que por el aquél de mi voz se le ha ido á usted la cabeza á pájaros, y yo no quiero que por mí le suceda ninguna desgracia á quien bien me quiera. Usted no sabe el favor que yo voy á hacerle con dejarle á usted que me mire, dándome en la cara con la luz de una linterna, como si yo fuera prenda de reconocimiento y de contrabando, porque yo no he perdido todavía la vergüenza ni pienso perderla ¿usted sabe? pero le veo á usted tan atosigado, hombre, que aunque me cuesta trabajo, digo que sí.

—¡Ay, diosa!—dijo el marqués,—que tengo miedo de verla á usted, porque tan hermosa me la estoy figurando á usted y tan rica y tan niña, que me parece que aunque usted sea una maravilla me voy á llevar chasco.

—Pues mejor,—dijo Aurorilla,—así se quedará usted en paz y me dejará usted también.

—Vamos despacio, niña, y antes de vernos las caras expliquémonos. ¿Cuántos años tienes tú?

—Catorce he cumplido por San Matías.

—¿Y de dónde eres tú?

—De la provincia de Múrcia.

—¿Y de qué casta?

—*Gachí* para servir á Dios y á usted.

—¿Y qué es tu padre?

—Chalán.

—¿Y á qué ha venido á Sevilla?

—Por muletas.

—¿Y tienes tú madre?

—No, señor, ¡pobrecita! me quedé sin ella hace dos años, porque mi padre, sobre si mi madre se puso el morrión de un sargento de provinciales, ó no se lo puso, nada, tonterías, la dió una soba, que cuando Dios vino á verla se la llevó, y al sargento de provinciales le cortó la vena del pescuezo, que no dijo Jesús; y usted no sabe el dinero que nos costó el tapar aquello, y lo que yo tuve que ponerme en veinte uñas con el escribano que quería ser mal pariente de mi padre, para tener un motivo para interesarse por él.

—¿Pero, por supuesto, que no hubo tal parentesco?—se apresuró á decir el marqués.

—Sosiéguese usted, hombre, si yo le importo á usted algo,—dijo Aurorilla,—que lo que es yo, hasta la presente, y en buena hora lo diga, no tengo más parientes que mi padre, para que vaya usted á tener celos de mis parentescos; pero nos hemos quedado perdiditos, perdiditos, señor; y si no fuera porque mi padre es un hombre muy buscavidas, sabe Dios lo que hubiera sido de nosotros.

—Y oye tú, niña ¿es verdad que hasta ayer no has venido tú á Sevilla?

—De veritas, señor; así Dios me salve, y por su salucita de usted.

—Muchacha ¿y cómo te has agarrado ya á lo peor que en Triana hay, á ese trasto de Sotana?—preguntó don Miguelito.

—¿Y qué quiere usted? El que no sabe es como el que no ve. Ayer, en cuanto llegamos al mesón, como mi padre quiere estar algún tiempo en Sevilla, y los mesones cuestan un ojo de la cara, se salió á buscar casa; y como la gitanería vive aquí en Triana, encontró este cachimán, compró en el Rastro dos camas, dos sillas y una mesa, y aquí nos vinimos, y como yo soy muy limpia, porque á la mujer que no es limpia que la peguen un tiro, pillé el cántaro, y me fuí á la fuente para fregotear esto. En el camino me encontré á ese hombre, que yo no sabía como se llamaba, que si yo hubiera sabido que llamándose Sotana se había atrevido á hablarme, por el atrevimiento le pinto un jabeque.

—¿Conque tú pintas jabeques, cariño, y tan chiquita?

—Descuídese usted, y ya verá usted lo que chiquita y todo soy yo; chiquita de años; cuando usted me vea...

—De manera, que para medir no es menester ver.

—Si á usted le pica una avispa, hermano y le hace á usted dar un salto, confórmese usted; no haberse arrimado á la avispa.

—¡Jesucristo y qué hembra!—exclamó el marqués;—¡caramba si eres tú buena hembra, chiquilla!

—De eso estaba yo persuadida, señorito,—dijo Aurorilla,—que si nos metemos en calores, y mi padre quiere, y vamos á paseo juntos, voy á tener que llevarlo á usted de la mano.

—Vaya, mujer, que no será eso tanto,—dijo don Miguelito.

—Lo que es ocho dedos sobre su marca de usted, ya los tengo.

—Gracias, mujer, por la comparación; pero no hay que ofenderse, porque tú te has metido también en la cuenta.

¿Quieres que no hablemos más de Sotana, ni de casulla ni del diablo?

—Haga usted cuenta que yo no he conocido á ese pendón. Pero oiga usted: ¿tiene usted todavía miedo de que yo le parezca á usted más fea de lo que usted se ha figurado?

—Como decías que te daba vergüenza, mujer.

—¡Vaya, y qué guasa!—exclamó Aurorilla;—¿usted no entiende que lo que yo quiero es verle á usted la *fila*? Porque, de veras, me va usted haciendo un poquito de hoyo; ¿qué quiere usted? aunque me ofendí, me chocó el desparpajo conque se acercó usted á la reja. Conque saque usted la linterna, y veámonos las caras.

—¿Y si yo no te gusto, chiquilla.

—Le enviaremos á usted á un santero para que lo componga y lo cambie en una imagen. Pera oiga usted, si se ha de asustar usted de verme, más vale que no saque usted la linterna, no sea que le de á usted un patatús.

—¡Ay, María Santísima!—exclamó el marqués,—y en qué mala hora he pasado yo por aquí.

—Oiga usted,—dijo Aurorilla;—despáchese usted y saque la linterna ó no la saque, que hablando ahora con formalidad, tiene usted que irse enseguida, porque mi padre, que ha ido á un negocio, no debe ya tardar en volver, y no quiero yo que vuelva y me encuentre hablando con un hombre, y me dé una vuelta, y de las resultas venga Dios por mí, como vino por mi madre.

—Calla,—dijo el marquesito,—que me parece que eso sucede.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Aurorilla.

Y cerró la reja.

En aquel momento, un bulto se había echado encima

del marqués, y éste había tenido que decirle, para contenerle:

—¡Eh! alto ahí, que se puede usted clavar.

Pero el bulto no se contuvo.

El marqués se vió obligado á saltar de costado y ponerse enmedio de la calle.

El bulto se fué encima.

El marqués no era hombre que dejaba el campo, y tiró una estocada á aquel bulto.

—¡Ay madrecita mía del Cármen!—exclamó en el momento el herido,—¡que me han matado!

—Eso no puede ser,—dijo el marqués,—porque yo no he tirado á matarte.

—Es verdad,—exclamó el otro;—yo no había reparado en ello; ha sido un pinchazo en una nalga; pero no le hace, estoy muy malito; se me va mucha sangre.

—Anda, hombre, anda, te meteremos en tu casa, y entre tú y yo te curaremos.

—¿Y usted qué tiene que ver con mi hija?

—Toma, que es mi novia.

—¿Y usted quién es?

—Don Miguelito el marqués.

Este era el nombre de guerra de don Miguelito.

Esta revelación fué de un efecto mágico.

—¿Y por qué vuecencia no ha hablado antes?—exclamó el jitano.—Así como así, yo no había venido á Sevilla más que para ampararme de vuecencia.

—Pues á tu casa, y á curarte, y á que tu hija salga de cuidado, que debe estar asustada.

El jitano se fué á la puerta de su casa, y la abrió con una llave que sacó de su faja.

Entraron.

La casa estaba á oscuras.

Aurorilla se había metido vestida en la cama, y se había tapado hasta la cabeza.

—Vaya, mujer,—la dijo su padre,—levántate, y ven, y enciende luz, que con quien estabas pelando la pava no le hace, y yo soy muy gustoso, y vengo herido y necesito curarme.

—Luz tengo yo,—dijo el marqués.

Y sacó su linterna sorda.

CAPÍTULO X

De cómo el amor puede llegar hasta la locura algunas horas después de haberse conocido los dos enamorados

Entonces, de entre aquella oscuridad que acababa de desvanecerse, salió una forma esbelta, gentil: una mujer encantadora, á quien prestaba mayor encanto lo pintoresco de su traje: traje de gitana, corpiño negro con adornos rojos, falda corta de volantes, peinado en trenzas, abultado, la corona y el marco de ébano, de un semblante moreno, límpido, encendido, en el cual brillaban dos grandes y poderosos y lucientes ojos negros; la raya del peinado diagonal, la peineta inclinada, las arracadas enormes, pesadas, de oro y perlas, el collar de corales, con su indispensable relicario; las cadenas de oro y plata, que se mezclaban en aquella encantadora garganta, hé aquí lo que se le presentó al marqués, que se sintió completamente acabado de impresionar.

La voz había empezado la obra, y la figura la había concluido.

Aurorilla tenía razón: era más alta que el marqués lo ménos ocho dedos.

Don Miguelito había visto muchas gitanas, pero ninguna tan genuina como Aurorilla.

Era un tipo oriental, completamente asiático, y de los tiempos antiguos.

Había allí algo de la enérgica y admirable estatuaria de Menfis y de Babilonia.

Hubiera podido tomarse á Aurorilla por una reina asiria.

Y todo esto dificultado por una gracia infinita, iluminado por una juventud extrema, esto es, por una extraordinaria fuerza de vida, mórbida, voluptuosa, inmejorable, la hermosura en todas sus manifestaciones; y á la par de esto, una gran energía y una gran pureza.

Don Miguelito, heredado sin duda de su abuelo el Cachivambo, tenía en su semblante, en sus formas, un sabor primitivo, enérgico, que tenía más de un punto de contacto con el tipo de Aurorilla.

En cuanto á su padre, era un gitano como de treinta y cinco años, alto, tal vez demasiado alto, magnífico, de un estilo asiático tan acentuado como el de su hija, y cuyos ojos negros eran tan grandes y tan poderosos como los de Aurorilla, sólo que tenían mucho de duro, y de sesgado, y de malévolo; verdaderos ojos de bandido de mala sangre.

Parecía imposible que don Miguelito, con su mediana estatura, hubiese podido dominar y herir á aquel hombre, en quien se revelaban á un tiempo el valor, y un valor feroz, y la agilidad y la fuerza; pero á todo hay quien gane, y don Miguelito á sus veinte años tenía ya una fama formidable entre toda la gente cruda de los arrabales de Sevilla;

se le creía invencible: estaba rodeado ya de ese prestigio, que es la fuerza de todos los jefes, particularmente de todos los capitanes de bandidos.

Sin este prestigio, no podrían dominar como dominan á la gente desalmada que los sigue.

No tienen, para hacerse respetar y obedecer, más ley que la de su propia fuerza; y esta fuerza no sería suficiente si no la ayudasen una gran inteligencia, una gran fuerza de voluntad, una grande actividad y una grande energía.

Don Miguelito tenía todo esto.

Era un granito de pimienta.

Así se explicaba que el tío Gamboa, á quien no sabemos por qué llamaban tío como no fuese por respeto, porque aún no era viejo, hubiese reconocido la superioridad de don Miguelito.

—Vamos á ver si yo te curo,—dijo éste.—A ver si enciendes tú tu candil en mi linterna, chiquilla: métete con el candil en el cuarto donde esté la cama de tu padre, y cuélgalo por el garavato de manera que se vea bien.

—Esto, en resumidas cuentas,—dijo el tío Gamboa,—no es mucha cosa; ya no sale tanta sangre. Mira tú, Gamboilla, tráete para acá vinagre y sal, hija, que así me curo yo estas cosas.

—¿Pero quién le ha hecho á usted eso, padre?—dijo Aurora la Gamboilla con un verdadero interés, mirando de soslayo y con ansiedad á don Miguelito.

—¿Y qué sé yo quién ha sido?—dijo el tío Gamboa.

—Pues mire usted no haya sido este señor Caparrota.

—No me pongas malos nombres, niña, no me vaya á quedar con él.

—Pues sí, señor Caparrota,—dijo Aurorilla,—como que

la tiene usted partida de un *viaje* que cabe por la raja el encierro de los toros. Y ya que no quiere usted malos nombres, se va usted á quedar con el que yo le he puesto, y se va usted á llamar Caparrota.

—Pues vaya, reina, como tú quieras,—dijo don Miguelito.

Este fué el orígen que tuvo el apodo de Caparrota con que más tarde se dió á conocer de una manera tan terrible, el excelentísimo señor don Miguel de Villegas y Pontevedra, marqués de Casa-Vaquera.

—¿Pero qué estás haciendo ahí, chiquilla?—dijo el tío Gamboa.—¿No oyes que á mí me está haciendo falta sal y vinagre y un trapo con que apretarme la herida?

—Deje usted, padre, que encienda el candil en la linterna de Caparrota,—dijo Aurorilla.

—Pues mira,—exclamó el marqués arrimando su linterna para que la muchacha encendiera el candil;—si alguna vez necesito tomar un nombre de guerra, tomo el de Caparrota.

—Muchas gracias, señor,—dijo Aurorilla.

Y se metió por una puerta, llevándose el candil encendido.

—Pero calla tú, buen mozo,—dijo el marqués reparando en que por encima de la faja del gitano salían unos dijes de reloj.—¿Tendremos ahora que tú has hecho un visita á mi casa y á mi cuarto sin que nadie te dé licencia y sin que nadie te sienta?

—¿Por qué dice vuecencia eso, señor marqués?—saltó con un tanto de sobresalto el gitano.

—Porque este reloj es mío,—exclamó don Miguelito tirando rápidamente de los dijes, sacando tras ellos una ca-

dena corta colgante de reloj, y adherido á ella, un grande y magnífico reloj guarnecido de brillantes.

—Pues no sé cómo pueda ser de usted ese reloj,—dijo el tio Gamboa;—porque malos mengues me lleven si yo he entrado esta noche en ninguna casa ni sé donde vuecencia vive.

—Pues este reloj es mío.

—¡Jesús! ¿Qué es lo que usted dice, Capitarrota?—exclamó la Gamboilla, que acababa de aparecer con un jarro de vinagre, sal en el puño y unos trapos.—¿Usted dice que mi padre le ha robado?

—No, mujer, no,—dijo el marqués, que encontró un medio para ocultar á la Gamboilla que él era el que había herido á su padre.—A mí me ha robado otro este reloj, porque el que se metió conmigo cuando yo atravesaba el Puente de Barcas, y se me echó encima, y sin duda entonces, por asegurarme, me tiró el *viaje* con que me rasgó la capa, no era tu padre; pero el tunante me robó en el encontrón que se dió conmigo.

—¿Y se le escapó á usted?

—Por el aire,—dijo el marqués.—De otra manera no se hubiera llevado el reloj.

—Pues mire vuecencia qué casualidad,—exclamó el gitano:—iba yo entrando por el Puente de Barcas hace un ratillo, cuando pasaba un hermano del pecado mortal con su farol.

—¿Y á qué vienen ahora el hermano del pecado mortal y el farol?—dijo Aurorilla.

—Vienen á que,—contestó el gitano,—si no hubiera pasado el hermano del pecado mortal con el farol, no hubiera yo visto una cosa que relucía en el suelo, ni la hubiera re-

cogido, y la cosa que relucía era el reloj que el señor marqués tiene en la mano, y que ahora resulta ser suyo.

—¿Y á qué vienen esos *bulos*?—dijo la Gamboilla.—Para decir que usted ha *afanao* ese reló, no es menester andar con tantos *arrequives*.

—Que malos *jeres* me cojan si yo he *afanao* esa alhaja; pero en fin, ya que está en manos de su dueño, me alegro, porque yo tenía escrúpulos de conciencia. Y dame eso y el candil, que yo voy á meterme en mi cuarto y á curarme.

El gitano tomó el vinagre y la sal, y los trapos y el candil, y se metió en su cuarto y cerró la puerta, sin cuidarse de dejar sola á su hija con el marqués.

—Ahora sí que voy á verte á mi gusto, ¡gloria de Dios! —exclamó éste inundando con la luz de su linterna, la cabeza, la garganta y los hombros de Aurorilla.—¡Jesucristo, no me mires así que me dan mareos! ¡Ay, niña, que yo no sabía lo que era querer hasta ahora!

—¡Ay, señor marqués, que me parece á mí que me va entrando la misma enfermedad que á usted!

—Pues, chiquilla, hasta la eternidad.

—Mire usted lo que usted dice, que la eternidad es muy larga, y de aquí á allá puede usted ver á otra que le robe á usted los sentidos más que yo.

—¡Mentira, imposible!—dijo el marqués.—Dios te ha hecho á tí de encargo, y en cuanto te ha hecho ha roto el molde. ¡María Santísima! Tu padre es un ladrón, pero no, que tú...

—¿Y qué robo yo?

—Vaya, no es menester que lo diga; ya sabes tú que me has robado el corazón.

—No señor, eso no es verdad, porque no se roba lo que se paga.

—¿Y con qué me has pagado tú mi corazón?

—Con el mío.

—¿De veras, gitana?

—De veras, Caparrota.

—¿Y no te se dá nada de que yo le haya metido á tu padre un pinchazo?

—Como no ha sido más que un pinchazo, no hay que hablar. Pues no, que si mi padre se mete un poquito más, le parte á usted por la mitad.

—A mí no hay quien me mate, reina, ni quien me toque siquiera á la piel.....

—Calle usted,—le interrumpió Aurorilla;—no diga usted eso, que me mete á mí miedo solamente el pensar que el boquete que tiene usted en la capa, se lo ha podido hacer á usted mi padre en la barriga. Bien es verdad que si mi padre le hubiera matado á usted, no hubiera entrado usted en casa y no habría caso.

—¿Pues qué, no estabas tú ya algo metidilla conmigo por lo que habíamos hablado por la reja?

—¡Ay, Caparrota, hijo mío! que yo hablo con cualquiera, y porque tengo buen corazón y soy buena, parece que yo me intereso; pero la angurría que á mí me ha dado es desde que le he visto á usted á la luz del candil, que se me pareció que le había visto á usted en sueños y que le quería ya á usted sin saberlo; vaya, hombre, no me mire usted así que ya tengo bastante, y si usted dice que hasta la eternidad, yo también.

—¿Y tu padre, chiquilla? ¿Cómo vamos á salir de la dificultad de ser tú gitana y yo castellano? ¿Cuándo se ha visto

que un gitano consienta en que un castellano se case con una hija ó con una parienta suya?

—¡Ay, Capitarrota! que mi pobre padre anda muy corrido y muy asustado y hasta de su misma sombra tiene miedo, y la verdad es que nos hemos venido de Múrcia á Sevilla huídos, escapándonos en una tabla; porque sobre si mi padre se encontró unas muletas y las vendió ó no las vendió, le armaron un descalzaperros, que si no toca soleta, á estas horas está en el *estaribel*, y de allí no le sacan sino para hacerle cadete de Ceuta. Por eso no tiene nada de extraño que el pobre le haya *afanado* á usted su reloj, porque los cuatro cuartos que traíamos los gastamos en estos mueblajos, y en acabándose no tenemos sobre qué caernos muertos. Y no vaya usted á creer que yo le digo á usted que le quiero porque usted nos ampare, que lo que es la Gamboilla roba, pero no se vende, y su corazón no es prenda que se da á usura, sino de balde y entero. Y no hay que hablar, porque aunque sea usted más marqués que el santo de los marqueses, si los marqueses tienen santo, mi padre y usted y yo somos de la misma madera, y me parece á mí que vamos á andar juntos mucho camino y bueno. Si se lo he conocido á usted en los ojos, y creo que por eso me ha enamorado usted. Si usted ha nacido ladrón, y aunque usted no quiera ha de venir usted á dar en su sino; me parece á mí que ya ha dado usted, porque le quiero, y yo no puedo querer más que á un buen mozo, digo, y que sea mejor mozo que mi padre, que es cuanto hay que decir.

—Hasta la eternidad, niña,—dijo el marqués.

Y se apoderó de una mano de Aurora, que ésta no le disputó.

—Pues hasta la eternidad, hijo mío,—dijo suspirando

Aurorilla.—Pero oiga usted, ¿adóndo iba usted por aquí?

—A meterme por una ventana en la casa del sacristán.

—Pues mire usted, figúrese usted que no hay tal ventana por el mundo, y no quiero saber quién es esa mujer, ni que usted me vuelva á hablar de ella, y san se acabó y no hay más que decir.

—Yo estoy loco de contento,—exclamó el marqués.

—Y yo también,—dijo Aurorilla.—¡Jesús, si nos hemos encontrado los guardias con los metedores! Y eso me lo tenía dicho mi padre:—«Chiquilla, tú no te has casado ya porque no hay un cristiano que á tí te enamore, y tú no te vas á enamorar hasta que conozcas á un hombre que sea más valiente que yo».—Y mire usted, ya está, y tenía razón mi padre. Pero diga usted, hermanito, ¿es de veras que mi padre le ha quitado á usted ese reloj?

—No, hija mía, no; este reloj le tenía yo en una papelera de mi cuarto.

—Pues mi padre ha estado entonces en su cuarto de usted; vamos, si solamente en pensar que á mí me puede faltar algo, el pobre se vuelve loco.

—Pues si ha entrado en mi cuarto, algo más debe haberse encontrado.

—¿Ha acabado usted, padre?—dijo Aurorilla llegando á la puerta del cuarto del tío Gamboa.

—Sí, hija, sí,—contestó éste;—ya sabes tú que estas cosas las hago yo muy pronto.

—¿Y se puede pasar? ¿Está usted ya acostado?

—Sí, hija, sí.

—Pues entonces vamos á entrar Caparrota y yo.

Y empujó la puerta.

El jitano se había metido en el lecho, y estaba tapado hasta las narices.

—Padre,—le dijo Aurorilla,—es menester que ahora mismo le entregue usted á Caparrota lo que se ha encontrado en su casa.

—Cuando digo yo que ni siquiera sé dónde vive el señor marqués,—exclamó impaciente el jitano.

—Mire usted, padre, aquí no hay marqués ni duque, y hasta el usted que yo le estoy dando á éste está demás, porque aquí todos somos unos, ¿usted sabe? El me quiere y yo le quiero. Yo no digo que nos apresuremos, que las cosas hay que pensarlas y tienen mucho que ver, y antes de meterse una mujer á un hombre casándose con él, tiene que pensarlo.

—¿Pero tú estás loca, muchacha?—exclamó el tío Gamboa.—¿Cómo quieres tú que un señor marqués se case con una jitana?

—Mire usted, padre, yo no estoy loca; pero Capitarrota tiene para mí yo no sé qué, que vamos, me parece que dentro de poco él y yo no vamos á ser dos, sino uno; y créame usted, padre, que yo adivino; y ¿sabe usted lo que éste quisiera? como si le leyera el pensamiento: que estuviera aquí ya el cura; y si yo le digo ahora que se ponga en cuatro piés y me pasee, lo hace, porque sí, que le conozco yo; y yo no estoy loca, porque tengo yo mucha alma; pero lo que es él, aunque tiene el alma muy grande, está loco por mí; y ya ve usted, padre, que es menester no tener vergüenza para robarse los unos á los otros siendo tan allegados; y ahora mismo, por mis ojitos, le va usted á dar á Caparrota todo lo que usted le haya quitado.

—Vaya, hombre, será menester decirlo todo para que se

acabe esta cuestión,—exclamó el jitano.—Yo me he encontrado ese reloj en la calle del Postigo del Carbón, cuando me venía desesperado porque no había podido encontrar nada; pero es el caso que me lo encontré en un prójimo, y que el prójimo se ha quedado allí pataleando.

—¿Este reloj quitado á uno que andaba por la calle del Postigo del Carbón? Pues es Bartolo, uno de mis ayudas de cámara, que tiene la coima en la calle del Postigo del Carbón, y que sin duda para verla ha tenido la necedad de llevar uno de mis relojes. Ya se ve, yo todo lo tengo abierto y abandonado. Pero no le hace; así nos hemos conocido, y yo sé que tú eres un buen mozo, Gamboa. No tenemos nada más que hablar, y por lo tanto, buenas noches, y descansa que yo me voy á pelar la pava con tu hija.

—Eso sí que no,—dijo Aurora,—que yo acabé de pelar la pava en este mundo, y lo que tú vas á hacer, Caparrota, es irte á tu casa y acostarte, y descansar, y mañana, de día y con sol, te vienes por aquí y hablaremos.

—Como quieras, mujer,—dijo don Miguelito,—que tienes razón, que yo no quiero más que lo que tú quieres, aunque me cueste trabajo y pena y martirio.

—Pues eso ha de ser siempre, porque sí.

—Mira, ¿quieres hacerme un favor, Aurora?

—¿Y qué es?

—Guárdate ese reloj, yo te lo regalo.

—Que no. ¿Para qué quiero yo eso, una prenda señalada, que es un compromiso? Y luego, que teniéndolo tú lo tengo yo, porque todo lo que tú tienes es mío.

—¡Ay, que es verdad!—exclamó el marqués.

—Pues á la calle, y hasta mañana.

Don Miguelito, que había vencido al padre, obedeció como un cordero á la hija, y salió.

Este fué el extraño principio del conocimiento de don Miguelito, cuando todavía no era ladrón ni pensaba serlo, con el que más tarde fué su teniente, el terrible tio Gamboa.

Este era ya un ladrón veterano, por decirlo así.

Había estado muchas veces en las garras de la justicia, y otras tantas veces se había escapado.

Había caballeado y llenado de sus fechorías los reinos de Valencia y Murcia, y había hecho algunas excursiones por el reino de Granada; pero la fortuna no le había favorecido nunca, y se había pasado al reino de Sevilla, donde nadie le conocía, con la intención de meterse entre la buena gente y ver si podía levantar una partida.

Su hija Aurora, desde muy niña, le había ayudado en sus robos en poblado.

Como era tan hermosa y tenía tan buena gracia, cuando iba vendiendo cestas y cordones de pelo y libritos de los Evangelios para los niños, en todas partes la recibían, la agasajaban y la acariciaban, y la gitanilla lo examinaba todo, se introducía, adquiría confianza, estudiaba las entradas y salidas, y por las noticias que su hija le había dado acerca de los lugares, el tio Gamboa había hecho muchos robos de consideración.

La Gamboilla era una perla.

Nadie sospechaba de ella, y era lo más lista y lo más inteligente del mundo para ayudar á su padre.

Las gitanas se hacen mujeres muy pronto, y viejas muy tarde.

Pertenecen á una raza privilegiada en cuanto á la fuerza de vida.

A los diez años, Aurorilla era ya una polla deliciosa, desarrollada, magnífica, y la buscaron tenaces, ya el vicio, ya el amor.

Aurorilla coqueteaba ó se defendía; pero nunca se enamoraba, y divirtiéndose y coqueteando, sin fijarse en nadie, llegó pura de cuerpo y alma hasta el conocimiento del marqués.

Sin el coqueteo de Aurorilla con el peluquero Sotana, el marqués no hubiera podido enamorarse de su voz, conocerla y correr la aventura de que hemos dado cuenta á nuestros lectores.

Tal vez sin conocer á Aurorilla, don Miguelito, por más que le hubiesen inclinado á ello sus naturales propensiones, no hubiera sido ladrón.

Aurorilla tenía, como casi todos los gitanos, ese pasmoso don de ver hasta el fondo del alma de las personas á quienes tratan.

Hay algo de extraño que no puede explicarse en los individuos de esa raza proscripta; raza que nos parece una rama desgajada de la india, á causa de alguna revolución allá en tiempos remotísimos.

Aurorilla empezó á adivinar al marqués oyéndole; cuando le vió, acabó de adivinarle, le comprendió, y por un fenómeno de atracción, se enamoró de él.

En cuanto al marqués, no se conocía.

Salió aturdido de casa del tio Gamboa.

Le parecía Aurora una delicia absoluta, un sér sobrenatural, una maga.

Sin embargo, procuró arrojar de sí aquella impresión.

—Esta será como todas,—dijo:—algunos días de fiebre: luego pasará; lo mejor es no volverla á ver.

Pero el marqués sentía dentro de sí la irresistible fuerza de atracción que sobre él ejercía Aurora.

—¿Y adónde voy yo?—dijo cuando hubo pasado el Puente de Barcas.—Las puertas están ya cerradas. ¿Y cómo pasarme la noche al sereno? ¡Bah! la sacristancilla me está esperando.

Pero con terror conoció el marqués que la sacristancilla, que una hora antes le enamoraba, había llegado á repugnarle.

—Si me habrá á mí hechizado esa *gachí*,—exclamó el marqués.—De verdad, que aunque quisiera ir á ver á la sacristancilla, no podría: yo no tengo ya ni alma ni voluntad más que para mi morena... ¡Jesús mio, qué ojos! ¡qué boca de rosa! ¡qué garganta! Es necesario que yo me quite esto de la cabeza. Y que el alma mia no quiere nada menos que casarse conmigo. Un casamiento con una gitana ¡con la hija de un ladrón! Nada, nada; á ver á Inesilla, y dejémonos de bromas.

Y el marqués se volvió resuelto á olvidarse de Aurora, pero no lo conseguía.

Parecía como que Aurora estaba desde lejos leyendo en su alma, y para que no se le escapara, se hacía sentir de él con más fuerza de seducción y de encanto.

El marqués estaba atortolado.

Se metió por Triana, que estaba profundamente silencioso y de todo punto desierto, y estuvo dando vueltas á la ventura.

El frío de la noche empezaba á incomodarle; pero le incomodaba mucho más el persistente recuerdo de Aurora, á cada momento más incitante, y la especie de esclavitud á que se veía sujeto.

El amor cogía completamente desprevenido al marqués, y le irritaba.

Aurora era para él una inmensidad; le asombraba, le aturdía, le enlanguidecía, le embriagaba todo á un tiempo.

Había pasado apenas media hora desde que había salido de la casa del gitano, y se le figuraba que había pasado una eternidad.

Le latían las sienes, se sentía dominado por un malestar insoportable.

Inesilla había desaparecido completamente de su memoria.

—¡Bah!—dijo.—Pues de alguna manera he de pasar yo la noche; hace frío, y se me va la cabeza. Si me quiere, como dice, que salga á hablar conmigo; y si no sale, á quitarse de ruidos; esto es ya demasiado; pues no falta más sino que yo me esclavice á una mujer. ¡Por vida de Sotana! él tiene la culpa; como yo no pueda quitarme este tartajo de encima, lo desuello.

El marqués se fué á la casa del gitano, se acercó á la reja, y llamó sin recato alguno á las maderas.

Al segundo llamamiento respondió allá de lo interior del casuco, aquella dulcísima voz que tanto le enamoraba.

—¡Allá vá, allá vá!—dijo la voz de Aurora, no irritada, sino cariñosa.

Poco después se abrió la reja.

—¿Tú me esperabas, niña?—exclamó el marqués.

—Que sí,—contestó Aurora,—y si no hubieras venido no vuelvo á mirarte á la cara.

—¿Pues y quién te entiende, gitanilla mía?

—De modo y manera, dijo Aurora,—que cuando á uno le interesan las cosas, hace las pruebas que necesita. Si tú

pudieras obedecerme á mí cuando yo te dijera, apártate de mí, yo no te querría.

—¡Ay, Jesucristo!—exclamó el marqués.

—¿Has visto al diablo, Caparrota?

—Tú me vas á perder, Aurora.

—Nos perderemos juntos. ¡Válgame Dios, y qué cosas hace su Divina Majestad! Si me hubieran á mí dicho que me iba yo á enamorar así en una hora ó en hora y media, hubiera sido menester que Dios me lo hubiera dicho, y que yo hubiera estado muy segura de que era Dios quien me lo decía. Nada, dijo mío, yo no entiendo esto, pero es verdad. Cuando yo te ví los ojos y como me mirabas, me clavé como si me hubieran pegado un tiro.

Y Aurora se echó á llorar.

El marqués acabó de volverse loco.

Había alentado la duda de que Aurora hubiese sido una bribona, que hubiese querido apoderarse de él engañándole; pero el llanto de Aurora la salía del alma y tenía una elocuencia infinita.

—¿Por qué lloras?—preguntó el marqués, cogiéndola las manos.

—Porque antes era libre como el aire,—contestó Aurora sin dejar de llorar,—y ahora soy esclava. ¿Hay quién crea esto? ¿Puede ser esto?

—Pues si á llorar fuéramos,—ya debía yo haber soltado el trapo. ¡Qué, hombre, si ya no tienes que perderme: si ya me has perdido! No digas que tú eres mi esclava, porque eso no es verdad; que tu esclavo soy yo. ¡Jesús! cuando yo salí, me embocé y dije: No vuelvo más; esto no me tiene cuenta: si la vuelvo á ver me pierdo, y ya ves tú, he vuelto y me he perdido, porque yo sé lo que tú quieres, Aurora.



—¿Por qué lloras?—la preguntó el marqués.

—Pues mira, sabes tú más que yo, hijo mío, porque yo no sé otra cosa, sino que soy muy desgraciada.

—Esto es grande, hombre,—dijo don Miguelito.—¿Con que tú me has hechizado á mí, yo te he hechizado á tí, porque aquí debe haber un hechizo; tú me quieres y yo te quiero, y dices que eres desgraciada?

—Sí, señor, sí; porque para que nos casemos, sabe Dios lo que es menester, porque ¿cómo te vas tú á casar con una gitana? Y de verdad, hijo mío, antes que ser tuya sin ser tu mujer, me ahorco; porque el hombre que siendo mozo no se casa con la mujer que quiere, la desprecia; y el que desprecia á una mujer, no la quiere, ¿entiendes tú?

—Mucho que sí, que es verdad,—dijo don Miguelito:—y el que quiere á una mujer con toda su alma como te quiero yo á tí no puede sufrir que nadie tenga que decir nada de la mujer á quien quiere: hombre, que no, y yo quisiera tener para tí siete almas, siete mil, y dártelas todas: ¿y á mí qué? Pido la real licencia, y si no me la dan, me la tomo y me caso contigo, y te hago marquesa, y te llevo á Madrid, y te paseo por todas partes, y el que se quiera tratar con nosotros que se trate, y el que no, que no se trate, que en teniéndote yo á tí, tengo todo cuanto tengo que tener. ¡Qué, si esto es una brujería; si estamos hablando como si hiciera siete siglos que nos conociéramos!

Aurora se echó á llorar de nuevo, y de una manera más desconsolada.

—¡Jesús!—dijo.—¿Quieres que hagamos una cosa, hijo mío?

—¿Y qué, Aurora?

—Mira, salirme yo contigo, irnos al puente, abrazarnos y tirarnos al río.

—¿Pero por qué, mujer, por qué?—preguntó el marqués.

—¡Ay, hijo de mi alma! Porque no nos podemos casar siendo tú marqués, y llevándome á todas partes...

—Te digo que me has vuelto loco, y que yo no me paro en nada; que me has gastado hasta las entrañas; que te has quedado conmigo; que yo no he visto en todos los días de mi vida una criatura que me parezca tan hermosa, ni un alma que más se iguale con la mía. En fin, que has sorbido y me has tragado. Primero me mareó tu voz, y después tu hermosura me dió el cachete, ¿y á mí qué? En siendo yo feliz, que digan lo que quieran.

—No puede ser,—exclamó Aurora.

Y su llanto creció.

—¿Crees tú que yo no me quiero casar contigo porque eres gitana, y porque tu padre es ladrón? Si tu padre está comprometido, yo le sacaré para adelante.

—¡Ay, bien mío,—exclamó Aurora;—que la verdad es que nosotros nos hemos venido á Sevilla, donde nadie nos conoce, temblando, porque mi padre está sentenciado á muerte en rebeldía, y yo á diez años de galera!

—¿Pues, y qué habeis hecho?—exclamó el marqués.

—Que nos metimos en casa de una vieja muy rica, y la maldita chillaba, y yo la tuve sujeta por los brazos mientras mi padre la ahogaba.

Esta revelación hubiera hecho dar un salto atrás de tres leguas á otro cualquiera que no hubiera sido Miguelito Caparrota; pero había tal fondo de ferocidad ingénita en su alma, que aumentó la locura que había contraido por Aurora.

—Ya ves tú, hermanito,—dijo ella;—aunque te vuelvas mico, no puedes tú gobernar eso.

—Bueno ¿y qué?—dijo don Miguelito.

—Nada; que lo mejor sería lo que ya te he dicho: que nos fuéramos al río y nos tiráramos á él, porque yo no entiendo esto; pero el diablo se me ha metido á mí en el cuerpo, que no puede ser otra cosa, y me muero por tí.

—Pues consuélate, alma mía,—dijo el marqués,—porque tú eres para mí Satanás.

—No me digas eso, que me asustas.

—Estaría de Dios ó del infierno,—exclamó el marqués; —estas ideas que yo he tenido siempre... Bueno, bien, Aurora; dentro de ocho días nos casamos.

—¿Y cómo saco yo mis papeles?

—Nos casará un cura, y con eso no podrás decir que Dios no nos ha casado; nos casaremos en secreto; tú serás mía, yo tuyo, y lo que sea de tí será de mí.

—¡Ay, corazón, que la vida en que vas á meterte es mala; una vida que acaba en la horca!

—Bueno ¿y qué le hemos de hacer? Ya procuraremos que no nos cojan.

—Mira, vete, y olvídate de mí.

—Que no, que ya he querido olvidarte y no he podido.

—Pues mira, hijito, que sea lo que Dios quiera; pero no podemos estar mucho tiempo sin irnos á otra parte; es la única defensa que tenemos: andar perdidos por el mundo, por donde no nos conozcan.

—En Sevilla os estareis, y bien seguros,—dijo el marqués,—que yo conozco aquí á todos los tunantes, y todos me rinden parias, y no tienen más gusto que servirme. En fin, bueno; esto había de suceder alguna vez. Mi tutor y yo nos hemos dado tal prisa á gastar mi hacienda, que toda está empeñada, y yo sin dinero no estoy. Ya ves tú si tu padre me puede servir á mí.

—¡Ay, Caparrota! Si yo no te quisiera me alegraría; pero no me puedo alegrar: yo sé bien lo que son estas cosas, tan joven como me ves, te lo digo y te lo redigo, lo mejor es que dejes á estos desveuturados y que no te acuerdes de que me has conocido.

—¿Sabes que se me figura una cosa, Aurora?—dijo el marqués.

—Lo que á tí te se figura es que yo estoy loca y que me he arrepentido, y que te digo esto para que te espantes y te vayas; pues mira, escribe á Murcia pidiendo informes del gitano Antonio Rodríguez, álias Gamboa, y de su hija, y ya verás: no te dirá nadie que yo soy una mala mujer, eso no, que yo me he podido librar de la galera con querer al escribano, y aunque no me hubiera escapado, á la galera hubiera ido antes que deshonrarme.

Era esta una extraña manera de considerar el honor.

Una criminal manchada con el robo y el asesinato, se creía aun con honra.

Don Miguelito había encontrado por casualidad el resbaladero de su destino en una mujer que había sido para él una irresistible tentación.

En efecto, Aurora era hermosísima, tentadora, embriagadora, y á más de esto, existía entre ambos una misteriosa é incontrastable simpatía, una fuerza magnética, irresistible.

Don Miguelito permaneció toda la noche, hasta que amaneció, hablando con aquella desdichada criatura, tan miserable como hermosa, y envenenándose el alma más y más.

Solo cuando ya pudo suponer que las puertas estarían abiertas, se separó de ella completamente loco.

A la blanca luz del alba, esa luz que tanto favorece á las niñas hermosas y enamoradas que han pasado mala noche en vela en la reja, la hermosura de Aurora le había parecido sobre natural.

Iba, no á reposar, sino á buscar un lugar seguro para ocultar al tío Gamboa y á la Gamboilla.

Dos horas después los dos estaban donde no era fácil que la justicia diese con ellos.



CAPÍTULO XI

Bandidaje oculto.

Esta pasión violenta é inverosímil por el breve espacio en que se había desarrollado, este fenómeno del amor, llegó hasta el frenesí cuando la unión funesta de aquellos dos sérez terribles se consumó por un casamiento secreto é irregular, á que se prestó uu desdichado clérigo indigno de su ministerio.

Se casaban como podían; pero en fin, se casaban.

Don Miguelito, una vez puesto en la pendiente, no tardó, como ya lo hemos indicado, en llegar á todas las consecuencias de aquella monstruosa alianza.

Y era el caso que los tunantes se asombraban de ver tan morijerado á don Miguelito, puesto que veían que para él habían llegado á ser las mujeres objetos que miraba con una absoluta indiferencia.

No estaban en el secreto más que algunos muy allega-

dos que lo guardaban, y no sabían que don Miguelito tenía en su Aurora todo un universo de amor.

Don Miguelito parecía el hombre más feliz de la tierra, y concurría mucho menos á las orgías de gente baja que antes frecuentaba.

Se le encontraba rara vez de noche entre sus antiguos conmilitones.

Parecía más grueso y más bello.

Las gentes de su clase, sus relaciones, que nada sabían de sus desórdenes, encontraban en él algo que no podían explicarse.

Su mismo tutor se asombraba: apenas si don Miguelito le pedía dinero, y sin embargo, don Miguelito tenía más dinero que nunca.

Algunos robos nocturnos de casas ricas, robos practicados con tal habilidad, que no habían podido ser ni aun sospechados sus autores, habían empezado á aterrar á Sevilla.

La policía aguzaba por todas partes los ojos y los oídos, excitada por su jefe el subdelegado de la provincia, á quien excitaban los robados, que eran personas de consideración.

Si se hubiera dicho que el marqués de Casa Vaquera era el primer fautor de aquellos robos, facilitando los planos de las casas donde se hacían, y dando instrucciones acerca de los medios de penetrar en ellas, esta acusación se hubiera tomado como una grosera calumnia, que por su propia enormidad no hubiera perjudicado en nada á don Miguelito.

Y sin embargo, entonces, antes y ahora ha habido, y hay, y habrá en lo sucesivo, miserables ocultos bajo una alta posición, en el goce de una gran respetabilidad, planistas y cómplices de ladrones, cómplices encubiertos de

asesinatos audaces, fautores de todo género de infamias.

Las caretas sociales ocultan todo género de crímenes y de bajezas, y rara vez estos grandes criminales se ven al descubierto ante la justicía.

Los criminales subalternos, que son sus instrumentos, callan hasta en el patíbulo, por una especie de lealtad que no se comprende en tales miserables, porque al fin la lealtad es una gran virtud.

El sér humano es monstruoso en sus contradicciones: su corazón un abismo, su pensamiento un misterio infinito, indescifrable.

Los sentimientos más antitéticos se encuentran á cada paso coexistiendo en un mismo cerebro, en un mismo corazón.

Esto da lugar á hipótesis terribles.

¿Es que la locura desnivela, en la mayor parte de los séres humanos, la razón y el sentimiento?

La experiencia parece demostrarlo; pero esto no se razona, y por consecuencia no se explica.

¿Se sabe cuál es el límite misterioso en el cual cesa la razón y la locura empieza? ¿Se sabe acaso de una manera fija qué es la razón y qué es la locura?

No hay una regla fija; por todas partes aparece la excepción, que es la negación de la regla.

El hombre no se conoce á sí mismo, y con frecuencia los fenómenos de su sentimiento le sorprenden y le asombran.

A veces le parece un sueño insensato lo que ayer creía una verdad evidente.

Lo absurdo no existe: todo cuanto puede suponerse respecto á la actividad humana, ha existido, existe, por repugnante y por violento que parezca.

La suposición no llega jamás á lo terrible de la verdad, y las aberraciones más incomprensibles se demuestran á cada paso en hechos consumados.

Don Miguelito, pues, se ocultaba bajo la torpeza de la inteligencia vulgar.

No se observaba, no se profundizaba, no se pasaba de las apariencias.

¿De dónde sacaba don Miguelito para sostener su lujo, cada día creciente?

A poco que se hubiera investigado, se hubieran encontrado sus rentas empeñadas, se hubiera dado con los usureros, que se negaban á dar dinero á su tutor por falta de garantías.

La casa, sin embargo, se mantenía asombrando á los mismos usureros, y aun por la parte del jardín se habían hecho construcciones importantes.

Nosotros sabemos que aquellas construcciones se habían hecho para disimular una habitación secreta que ponía en comunicación la casa del marqués con otra casa colindante, siempre cerrada y misteriosa.

En aquella casa vivía Aurora, reducida á la misma situación que en otro tiempo la madre de don Miguelito.

Hay paralelos que son terribles.

Aurora estaba satisfecha, se sentía feliz en su reclusión.

Tenía á su don Miguelito, y esto la bastaba.

Su don Miguelito se mostraba cada día más apasionado por ella, y esto colmaba su felicidad.

En la misteriosa casa donde vivía Aurora se iba apilando oro, oro producto del robo; ¿pero qué importaba?

La cantidad era ya respetable; pero se quería aún más: una cantidad bastante para que produjese una renta, me-

diante la cual se pudiese vivir con lujo y tranquilamente en el extranjero.

Entonces no se conocían los tratados internacionales de extradición.

El que lograba pasar la frontera de la nación, cuyas leyes había infringido, podía considerarse impune.

Faltaba muy poco para llegar á aquel objeto; pero un acontecimiento terrible é inesperado, desesperando al marqués, dió al traste con el proyecto.

Aurora murió al dar á luz á una niña muerta.

Don Miguelito probó una desesperación incalculable, y su ferocidad se desarrolló de una manera espantosa.

Vió en aquella pérdida un castigo de la Providencia, un suplicio de su alma, y se reveló contra lo eterno, contra lo infinito; concibió un odio á muerte contra la humanidad, como si la humanidad hubiera sido responsable de su desgracia.

Dios había tenido compasión de Aurora: la había matado de improviso, y sin darla tiempo de que se apercibiese, cuando era completamente feliz.

Se la enterró, con su hijo, en el jardín de la misteriosa casa en que habitaba.

Aquellas dos casas, la pública del marqués, y la secreta de Aurora y de su padre, eran la gran casa de la calle de Vizcainos en que había vivido el indiano, y la contigua que había comprado Sebastián, el ayuda de cámara del padre de don Miguelito, para facilitar las entradas secretas de éste en el jardín del indiano.

En la una había tenido lugar la trajedia del indiano; en la otra tuvo lugar la trajedia del corazón de don Miguelito.

En los momentos de su furor y de su desesperación, se repitieron con más frecuencia los misteriosos robos que aterraban á Sevilla.

El tio Gamboa continuaba siendo el segundo de don Miguelito, su teniente, el encargado de ejecutar los trabajos que don Miguelito imaginaba.

Este había salido un genio para el robo.

Sus planes no fracasaban jamás.

Una banda de ocho foragidos experimentados y bravos, contribuía, bajo las inmediatas órdenes del tio Gamboa, á la ejecución de los robos.

El tio Gamboa había sentido mucho á su hija Aurora; pero ¿qué hacer? Dios ó el diablo se la habían quitado.

El marqués no tenía culpa alguna, como no fuera la culpa del amor.

Pero como el tio Gamboa era hombre duro, acabó por consolarse de la pérdida de su hija, como se había consolado de la pérdida de su mujer.

Por otra parte, le convenía de una doble manera seguir en buenas relaciones con su yerno.

En primer lugar, él le tenía bien oculto, y en segundo lugar, le procuraba buen trabajo.

No se pensaba ya en salir de España. ¿Y para qué? Sólo se había pensado en esto á causa de Aurora; por sacarla de aquella reclusión que había sido tan adorada para ella, como que en ella la había acompañado casi contínuamente don Miguelito.

El no se separaba de ella sino para preparar los primeros elementos del trabajo, para irse introduciendo por medio de sus relaciones en esta ó en la otra casa, ó para ir conociendo más y más aquellas en que ya estaba introducido.

El capital de don Miguelito crecía, y relativamente el de sus consocios, ó más bien el de sus subordinados.

No se pensaba, pues, en abandonar aquel bandidaje oculto, sino más bien ir pasando con él de una ciudad á otra.

Cuando ya hubiese sido bastante explotada Sevilla, dedía explotarse Madrid, sucesivamente Barcelona, Cádiz, Granada, esto es, las grandes ciudades donde pudiese usarse de los mismos medios ocultos que en Sevilla.

Solo en un caso extremo pensaba el marqués en la posibilidad de arrojarse al camino; mientras este caso extremo no llegase, él debía continuar apareciendo por ante la sociedad un santo.

CAPÍTULO XII

De lo mucho que un alguacil hizo en muy poco tiempo.

Uno de los mejores medios de que don Miguelito se valió, era las doncellas de las señoras de las casas que visitaba.

Las doncellas de las casas ricas ocupan una posición que las permite saberlo todo, particularmente en aquellos tiempos, y con las buenas y francas, y sencillas andaluzas, don Miguelito tenía un grande ojo; conocía al momento si la doncella, en cuestión, era abordable ó no.

Si no era abordable por sí misma, lo era indudablemente para servicios, respecto á su ama ó á sus señoritas.

Siempre había un lacayo ú otro doméstico cualquiera, paisano ó amigo, más ó menos íntimo de la doncella.

El marqués se atraía el lacayo, le daba reservadamente una cita para alguna botillería retirada, y allí se explicaba con él sobre seguro, porque don Miguelito no daba golpes en vago, y antes de hablar con una persona le había comprendido el carácter.

Por lo que hizo, respecto á una docella de la marquesa de Casariegos, se puede ver lo que haría respecto á todas.

La marquesa de Casariegos era una gran señora viuda, joven aún, y muy hermosa, tan apetecible, como que no había tenido hijos; de manera, que para algunos, su cualidad de viuda la hacía más preciosa todavía.

Acosábanla pretendientes; pero doña Angeles decía á todos con mucha gracia, que ella les agradecía con todo su corazón el favor que la hacían eligiéndola para compañera, pero que le había ido tan bien con su buen difunto, que había hecho á Dios un voto solemne de no volverse á casar.

La marquesa de Casariegos no había venido á vivir en Sevilla, sino después de cumplido el luto por su marido, un luto de dos largos años; y como si la pérdida de su marido hubiese hecho dolorosa para ella la permanencia allí donde le había conocido, le había amado, y con él se había casado, dejó el Puerto de Santa María para trasladarse á Sevilla y establecerse en ella; para lo cual, seis meses antes de que su luto se cumpliese, su apoderado general se fué á Sevilla, compró una gran casa cerca de la plaza de San Francisco, la reformó, la amuebló, la arregló, en fin, como convenía á la noble y rica marquesa de Casariegos.

Se había procurado con un tacto discreto que la casa no aventajase en lujo á las otras casas grandes de Sevilla, para evitar rivalidades, y celos, y motivos de calumnias, que pueden perjudicar en gran manera á una señora joven, viuda, y tan interesante como doña Angeles.

El mismo día en que se cumplía su luto, la marquesa de Casariegos, muy escoltada por criados y migueletes, se trasladó á Sevilla, acompañada sólo de su primera doncella y de su ama de gobierno.

Gran parte de la servidumbre estaba ya en Sevilla, y el resto debía llegar al día siguiente de la llegada de la marquesa.

Contaba ésta veinticinco años, y estaba en todo el esplendor de su hermosura.

Baste decir, para hacerse cargo de lo hermosa que era, que en Cádiz, donde había pasado algunas temporadas con su marido, había causado los celos y la envidia de las más bellas mujeres, allí donde se encuentran las mujeres más hermosas del mundo.

Añádase á esto que doña Angeles hacía versos, y no malos; que con la guitarra en la mano asombraba; que cantaba como un ruiseñor; que no había gitana que la igualase en bailar el ole y menear la pandcreta; que era alegre como unas sonajas, y sabía echar las cartas, y buscar el horóscopo de las personas, de manera que no se equivocaba jamás.

Podrá alguno creer, por esto último, que lo de echar las cartas, y buscar el horóscopo, y decir la buena ventura, era una maca, una tacha de doña Angeles; pero el que eso diga conoce muy poco la tierra de María Santísima.

Allí han dejado los árabes esas supersticiones y otras muchas, y como la sangre es allí ardiente y apasionada, es muy general que las hembras andaluzas, aun las más encopetadas, estén siempre andando con la baraja, las unas al descubierto, las otras más recatadamente, echándose á sí mismas las cartas, y pretendiendo leer lo porvenir en el libro de las cuarenta hojas.

Fuera de Andalucía, esta cosa es ya un poco gris y un poco defavorable para la mujer que la usa, porque fuera de Andalucía, solamente cierta clase de mujeres se valen de

tales medios, aunque no faltan señoras, y muy altas, que hacen la fortuna de alguna bribona echadora de náipes, y bruja y ensalmadora, para salir de celos y de ansiedad de amor, ó para confirmarse en ellos.

Pero doña Angeles hacía estas cosas inocentemente y por costumbre.

En Andalucía está recibido, como hemos dicho, y á más de esto se tiene una gran fe en ello.

Un día antes de ir á Sevilla doña Angeles, se echó las cartas para ir descubriendo terreno acerca de si Sevilla la sería próspera ó adversa, y por siete veces la salió un hombre moreno, de espada y de justicia.

Las cartas son muy vagas en sus pronósticos, de suerte que las brujas que usan de ellas, valiéndose de interpretaciones, llegan siempre á justificar lo que han predicho.

La manifestación de las cartas puede tomarse en sentido físico ó en sentido moral.

Cuando sale un hombre moreno, éste hombre moreno puede muy bien ser rubio y blanco como la nieve, si la manifestación de las cartas ha sido moral.

Lo moreno entonces quiere decir que el hombre tiene el corazón duro y la sangre negra; que es un hombre, en fin, tirado para adelante y buen mozo.

De manera que el hombre moreno, de espada y de justicia, podía ser físicamente rubio, militar, y por algún concepto, hombre de justicia.

Pero un hombre que fuese al mismo tiempo militar y cosa de justicia, no podía ser más que el alcalde mayor, que como los antiguos asistentes, ya lo hemos dicho, unía en sí la jurisdicción política, administrativa, judicial y militar: esto, tomada aquella septuple y grave manifesta-

ción de las cartas en sentido directo, no en sentido moral.

Lo que en sentido moral significaba lo moreno, ya lo hemos dicho; lo de hombre de espada venía á ser un significativo, no de militar, sino de valiente, y de valiente noble y caballero en uso de espada; y en lo de hombre de justicia podía significar un hombre que anduviese en pleitos, ó procesado, ó en el caso de serlo por la justicia.

De manera que nuestros lectores, que conocen ya bastantemente á don Miguelito, ven que la predicción de las terribles cartas podía aplicarse á él, que era hombre duro, de sangre negra, esto es, moreno, valiente por su aliento y noble por su casa, esto es, hombre de espada, y criminal, y miserable lo bastante para que un juez lo sentenciase á ser colgado en la horca hasta que muriese, esto es, hombre de justicia.

El que á una mujer le salga un hombre en las cartas, no quiere decir, según las interpretaciones de las doctoras en este extraño género de ciencia, única y solamente que aquel hombre haya de amar á la mujer á quien le sale, ó ser amado por ella.

Esta es una de las fases de la predicción, y en la que más creen las mujeres; pero hay otras muchas fases.

Un hombre que le sale á una mujer en las cartas, puede influir en ella de mil maneras distintas, perjudicándola ó favoreciéndola por cualquiera de los infinitos medios de la actividad humana y más ó menos gravemente; pero la marquesa tomó aquello en su sentido directo, y de tal manera, que gravemente preocupada por la septuple manifestación, y porque después en otras varias echaduras las cartas nada dijeron embrollándose y contradiciéndose, que la marquesa no pudo menos de preguntar á un conocido suyo, que tenía

grandes relaciones en Sevilla, de qué color era el alcalde mayor.

Valiéndose para esto de muchos rodeos y de más de un rasgo de ingenio para no ser adivinada, y supo que el alcalde mayor era no solamente moreno, sino prieto y aún aceitunado; que era muy caballero y bravo y terrible como un león, y que frisaba ya en los cuarenta; pero que estaba muy fresco y era todavía un buen hombre; es decir, bien parecido y bien puesto; porque teniendo en cuenta el lenguaje de los andaluces, guapo no significa bonito, sino valiente y quimerista; y cuando se dice buen mozo, no se dice hombre alto y robusto, sino hombre de entrañas y de puños, y capaz de cualquier empresa.

Para ponderar una mujer, se la llama buena mujer, ó buena hembra cuando se trata de la figura, y lo mismo respecto al hombre.

A un hombre hermoso y bien plantado se le llama un buen hombre.

Así es, que el diablo que entienda el *patois* de los andaluces como no se haya criado entre ellos.

—¿Y qué es *patois*?—dirán nuestros buenos lectores de la tierra de Dios, que son muy escamones.—Ese caló no le conocemos nosotros.

Patois en francés es lo que jerga provincial en castellano.

Doña Angeles partió muy preocupada para Sevilla, pensando que ella tenía negocio cortado no menos que con el alcalde mayor, que para que la predicción se hiciese más grave, se había quedado viudo, sino en el mismo día, en la misma semana que doña Angeles.

Con esta preocupación llegó la buena hembra á Sevilla y esperó con ansiedad á que el señor alcalde mayor que

como era natural se había relacionado con lo principal de Sevilla fuese á visitarla.

Cuando sucedió esto, doña Angeles dijo para sí:

—Aunque lo mande Dios, y esto sea mucho decir, no puedo yo querer á un hombre tan *patoso* y tan *jartizo*. ¡Válgame Dios con el buen señor, que no ha hecho otra cosa más que hablarme de ladrones y de que tenga mucho cuidado no sea que me roben, metiéndome miedo y dándome tres patadas en la mismita boca del estómago! Pues no, como se interese por mí y se venga á mí con un acetrazo, lo descalabro de una mala razón.

En Andalucía, los marqueses y las marquesas, los perros y los gatos y todo el mundo habla de esta manera, á la buena de Dios, según el dialecto de la tierra; y cuando hablan en confianza, tirar el acetre á una mujer ó darla un acetrazo, es declararla un hombre su atrevido pensamiento.

Pero el alcalde mayor ni aun siquiera se le ocurría echar mano al acetre para tirárselo á la marquesa.

Pero como al pasar por la antesala viese á la Pajarita de las Nieves, se quedó estático, confuso, turulato y con un pie en el aire como un grullo.

Expliquémonos.

La Pajarita de las Nieves era Remeditos, la primera doncella de doña Angeles, porque no es posible que haya en Andalucía una persona que no tenga mote.

La Pajarita de las Nieves era la criatura más comestible y más *chupenda* que darse puede; traviesa como ella sola, viva, ligera, que parecía que no tocaba con los piés al suelo, por lo que la habían sobrenombrado la Pajarita de las Nieves.

Tenía además otras mil y quinientas buenas cualidades

que ya iremos conociendo en el discurso de nuestro relato.

Y de tal manera el alcalde mayor, que era hombre práctico en el conocimiento del corazón humano por los signos fisonómicos, como hombre empleado hacía mucho tiempo en el ejercicio de la justicia, conoció de tal manera estas buenas cualidades de la Pajarita de las Nieves, que á pesar de su gravedad y de su alto y augusto cargo, se quedó confuso, medio atontado y casi espirante; pero don Mariano de Rivadagua, marqués de la Pampera, alcalde mayor de Sevilla, era un generoso corcel de batalla de estos que pueden tropezar, pero que difícilmente pueden caer.

Repúsose del tropezón que se había dado en Remeditos; pero tal y tan grave había sido este tropezón, que la muchacha no pudo menos de reparar en que el alcalde mayor había tropezado, y hasta qué punto había sido grave el tropezón.

La Remeditos empezó ya á pensar en cómo echaba á paseo al portero de estrados, que andaba en compromisos de casamiento con ella, porque entre el portero de estrados de una marquesa y un alcalde mayor, á más de esto marqués, y á más de esto riquísimo, no había medio de vacilar, aunque el alcalde mayor hubiera sido viejo y feo, que no lo era, y el portero ó lacayo de estrado un Apolo.

Y como la Remeditos no tenía secretos para su ama, y su ama no tenía entonces visita, entróse en su gabinete, y sentándose frente á ella, sobre la alfombra, junto á la chimenea, la miró con sus grandes ojos de gacela, y la dijo:

—¿Sabe usía que no hemos entrado con mal pié en Sevilla? Si usía necesita para algo á la *alcaldesa mayora*, puede mandar usía con toda satisfacción.

—¿Pero qué estás tú diciendo ahí, chiquilla,—contestó

doña Angeles,—si el alcalde mayor no tiene alcaldesa, porqué es viudo el hombre?

—Pues ahí llaman,—contestó sonriendo con la guasa más perfecta del mundo la Pajarita de las Nieves.—Si su excelencia no fuera viudo, no podría yo ofrecer á usía los servicios de la *alcaldesa mayora.*

—Oye tú, muchacha ¡tienes tú algo que ver con el alcalde mayor?

—No señora, no,—dijo la Remeditos;—quien tiene que ver mucho en mí, según que me ha estado mirando y retratando lo menos cinco minutos, es el señor alcalde mayor; y eso que no sabe todavía bien su excelencia lo que tiene que ver en mí.

—Tú estás loca, Remedios.

—El que está loco á estas horas es el alcalde mayor. Calle usía; pues si le temblaban al pobre señor las piernas, que si hubiera tenido campanillas en ellas, hubiera usía creído que se le iban á meter en el gabinete todos los tiros de mulas del mundo; y me miraba que me comía, y se había puesto blanco. Mire usía que para ponerse blanco el señor alcalde mayor, que es esclarecido como una morcilla, ya le ha tenido que pasar algo.

—Que no te me pierdas, Remedios,—exclamó la marquesa.

—¿Perderme dice usía? Para ganarme me ha echado Dios al mundo; y como su excelencia acabe de volverse loco y no se venga por la puerta principal, por mi salucita le suelto el perro. Y además, señora, que usía sabe que yo no soy así un trapo cualquiera, sino una señorita, que no ha dejado de serlo por servir á usía, porque á usía no le pueden servir dignamente más que señoras. Usía sabe quie-

nes fueron mis padres, y que yo soy tan noble como el rey.

—Todo eso está muy bien, hija,—contestó la marquesa; —y cosas más grandes ha hecho el amor; pero, en fin, ven acá, que te voy á echar las cartas, y veremos á ver lo que sale.

Las cartas volvieron á dar el hombre moreno de espada por cuantas veces las echó á la Pajarita de las Nieves, con tan pocas variantes, que siempre dominaba el hombre moreno y la espada.

—Pues hija,—exclamó doña Angeles,—yo me eché las cartas á mí misma cuando nos vinimos del Puerto, porque quería yo saber con qué pie iba á entrar en Sevilla, y me salió siete veces este hombre moreno y de espada. ¿Y cómo va á ser esto? ¿ha de ser para tí y para mí el alcalde mayor? pues yo no le quiero.

—Ni yo tampoco.

—Tú es distinto,—dijo la marquesa;—para tí sería una gran boda.

—Entendámonos, señora: yo no le quiero con el corazonzito; pero si él se casa conmigo, ser alcaldesa mayor y marquesa... vaya, eso es distinto; esas cosas no se dejan ir.

—Que no te me pierdas, Remeditos,—repitió la marquesa.

—¡Perderme! ¡aunque parece!—exclamó la Pajarita de las Nieves;—y luego, que quién sabe; tanto puede quererme el señor alcalde mayor, que á mí se me pegue el cariño, porque dicen que el amor es pegajoso.

—¿Qué sabes tú de eso, chiquilla, si tú no has querido á nadie todavía?—exclamó la marquesa, que estaba al corriente de la historia del corazón de su doncella.

—Pues por eso digo que dicen, porque yo no lo sé, porque si yo lo supiera, no diría que lo decían, que ya me lo

sabría yo por mi propia persona. ¡Ay, señora de mi alma, y cómo se quedó mirándome y temblando el señor alcalde mayor, que no parecía sino que le sucedía algo! Y cuando ha visto á usía, ¿no se echó también á temblar su merced?

—A mí me ha tratado con mucho respeto ese caballero, Remeditos,—dijo con cierto tonillo de altivez la marquesa.

—Pues qué, señora,—dijo la Pajarita de las Nieves,—¿echarse á temblar por una mujer es faltarla al respeto? Eso no se puede remediar; eso da de improviso, y eso es, digo, me parece á mí, eso es porque se le paró la sangre cuando me vió el señor alcalde mayor.

—¡Pues no eres tú presumida que digamos! chiquilla,—exclamó con impaciencia la marquesa.—Me parece á mí que te ha hecho más hoyo de lo que parece el alcalde mayor; no te se cae de la boca, hija, y los ojos te están bailando el bolero. No te me pierdas, Remeditos; y anda, anda, vete á planchar, que ya es tarde.

Remeditos se separó de su ama, murmurando:

—Sin envidia que tiene porque ese señor se ha echado á temblar cuando me vió, y no se echó á temblar cuando la vió á ella, como si yo tuviera la culpa. Y debe ser mentira de que la salía en las cartas á ella también el hombre moreno y de espada: es que la señora es vanidosa; pero no le hace, es muy buena. Con tal de que no me tome entre ojos... bueno... bien... ya veremos por dónde sale esto.

Al alcalde mayor le sucedió que, por más que quiso desechar de sí los malos y peligrosos pensamientos que la Pajarita de las Nieves le había inspirado, no sacó en limpio otra cosa sino enamorarse más, y tanto dió y vino en aquellas imaginaciones, que al fin sucumbió, y después de pensarlo mucho, llamó á uno de los alguaciles de su ron-

da, que era un *peje* que se perdía de vista y le dijo:

—Ven acá, Oreja y media, que tengo que decirte.

Oreja y media, avispado porque no sabía lo que tenía que decirle el alcalde mayor, y porque no tenía la conciencia muy tranquila, se metió con el alcalde mayor en su despacho y esperó poco ménos que temblando, á que el tremendo don Mariano hablase.

Este señor, siempre que se dirigía á sus subordinados, y aun á los que no lo eran, se mostraba tieso é impasible, de manera que Oreja y Media no había podido sacar nada en limpio por el semblante del alcalde mayor.

—La naturaleza humana es flaca y débil,—dijo el alcalde mayor.

Oreja y Media se puso frío: temió que supiese alguna de sus picardías su jefe.

—El demonio,—continuó el alcalde mayor,—anda dando siempre vueltas alrededor de las criaturas, arañándolas el corazón y mordiscándolas el alma; y en cosas se piensa en que no se creería haber pensado nunca.

—¡Ah! pues eso no es por mí,—dijo para sus adentros Oreja y Media,—porque yo no me espanto de nada. Y luego añadió en voz alta: En fin, y dispense usted el atrevimiento, á mí me parece que á usia le pasa algo muy gordo.

El alcalde mayor soltó un enorme suspiro.

—Oreja y Media, hijo mío,—le dijo;—tú eres hombre de mundo y de trastienda, y no te espantas de nada.

—¿Y de qué me he de espantar yo, señor alcalde mayor, si yo sé que un hombre, por esto, y por lo otro, y por eso otro, y por lo de más acá y lo de más allá, se vuelve de repente del revés, y de tal manera, que no se conoce á sí mismo, ni se puede tentar la ropa; sobre todo, las mujeres,

señor; ellas son el diablo que Dios ha echado al mundo para perder á los hombres.

El suspiro que el alcalde mayor había soltado, había dicho claramente al alguacil Oreja y Media que lo traía atortolado y confuso, y necesitado de ayuda al alcalde mayor, era una mujer.

—En efecto, hijo,—exclamó don Mariano,—el demonio nunca duerme, y hace quince días que me está dando guerra. Mi confesor, á quien he consultado, me ha mandado rezar unas oraciones milagrosas y hacer ciertas penitencias; pero el diablo, hijo mío, erre que erre. ¿Y cómo me caso yo, Señor, con una doncella de servir, ni cómo puedo yo querer á una doncella, sino para hacerla mi esposa?

—De modo y manera,—dijo Oreja y Media, alentándose,—que con querer usía á esa pobre, ya la hace usía una obra de caridad; porque quien bien quiere bien da, y con hacer una obra de caridad, se hace todo cuanto hay que hacer; y por otra, ya sabe usía que reyes y caballeros muy cristianos y casados han tenido mancebas, y usía sabe mejor que yo, que ha visto muchos pleitos y muchos procesos, que hay leyes para la mancebía y la barraganía, y que los hijos de las barraganas y de las mancebas tienen sus derechos, y si fuera reprobado tener barragana ó manceba, aunque el hombre sea clérigo ó casado, la ley no daría derechos á las mancebas, ni á las barraganas, ni á los hijos habidos en ellas.

—Tienes razón, Oreja y Media: esas leyes de las Siete Partidas y de la Novísima Recopilación, están vigentes; pero en desuso, hijo mío, en desuso: hoy se piensa de otra manera que como se pensaba en aquellos buenos tiempos, en que comprendía que el hombre no es de piedra, y no había hipocresía. Yo no quiero escándalos.

—¿Escándalos? Lo que no se sabe no puede escandalizar, señor, ya está soltando usía el nombre de esa individua, que si es corta, y si es larga porque es larga, yo se la cazo á usía y se la traigo sin que la tierra lo sienta.

—Te estoy viendo alguacil de cámara y portero de estrados, y que se yo cuantas cosas, Oreja y Media, algunas como esta te se caerán en el bolsillo.

—Dios eternice á usía y le dé muchísima salud para hacer bien á los pobres,—dijo Oreja y Media, guardando una mejicana que le había dado el alcalde mayor;—pero venga el nombre de esa personita, que debe ser un encanto de los cielos, cuando de tal manera ha puesto á usía.

—Mira, Oreja y Media, que nadie huela esto, porque si llega á olerse te envío al Peñón de la Gomera.

—Ni Dios, señor alcalde mayor, que es todo cuanto hay que decir,—exclamó Oreja y Media.—Usía va á ver lo que yo hago. ¿Pero cómo se llama, señor, cómo se llama?

—Yo no lo sé, hijo, yo no lo sé.

—Pero usía sabrá donde tiene la camita esa liebre.

—Casa de la señora marquesa de Casariegos, que hace un mes llegó á Sevilla, del Puerto de Santa María, y vive en Siete Revueltas; y esa criatura es su doncella ó una de sus doncellas; medianita de cuerpo, regordeta y blanca, muy colorada, con los cabellos castaños y rizados, y los ojos así entre verdes y azules y negros y garzos.

—Vamos, ojos de gitana, ya estoy; una moza *barí*. Usía descuide, que yo no necesito más señas, y cuando usía se levante de dormir la siesta, llámeme usía que ya traeré yo noticias, y por supuesto buenas, usía verá.

—Anda, hijo, anda, sobre todo sigilo.

—Descuide usía, señor alcalde mayor.

Oreja y Media escapó, se lió en su capilla, y se fué á dar vueltas por las Siete Revueltas, y no paró hasta que *pesquisó* una vieja mendiga que salía de casa de la marquesa.

La siguió, y cuando hubo vuelto la primera esquina, se puso delante de ella enseñándole la vara, y la dijo:

—¡A la cárcel!

—¿Y por qué voy yo á ir á la cárcel?—contestó con voz chillona la vieja.

—Por brujería y mendicidad sospechosa,—exclamó Oreja y Media;—y sobre todo, porque el señor alcalde mayor ha mandado se eche mano á los mendigos que no sean de confianza.

—Pues yo tengo quien salga por mí, y quien me abone y me fie,—chilló la vieja;—y no tiene su merced, señor ministro, más que venirse conmigo aquí cerquita, á la casa de la señora marquesa de Casariego, que me conoce bien, —me remedia, y sabe lo buena que yo soy.

—Apuesto á que tú vas á casa de esa marquesa,—dijo Oreja y Media,—á echar las cartas y á hacerla brujerías.

—¿Y de eso qué se le da á su merced?—exclamó la vieja, que había visto cambiar de tono al alguacil.—Apostaríamos á que su merced tiene algún pensamiento por la señora marquesa. Otras cosas habría más negras que la pez, porque su merced es gracioso y bonito, y la señora marquesa viuda, que no se puede consolar.

Se dió un estirón á la capa y á la ropilla Oreja y Media, tosió de cierto modo, lanzó una mirada dormida de soslayo á la vieja, y lleno de una fatuidad que merecía una paliza, la dijo:

—¿Y tiene buenos bigotes esa señora marquesa?

—Un terroncito de azucar con sal,—exclamó la vieja; y

un copito de algodón entre rosas; veinticuatro años, y la gracia de Dios y de María Santísima; y con una sangrecita...

—¿Y *avilla* mucho *parne* esa señora?—preguntó Oreja y Media, pasándose la mano por la barba.

—¡Ay, hijo mío, la mar!—exclamó la vieja.

—¿Pues por qué no nos hemos de tragar la mar tú y yo? —dijo Oreja y media.—Echa, echa á andar, comadrita, que te voy á meter en el bodegón de la vuelta, y te voy á llenar el cuerpo de callos y morcilla; pero echa adelante, y espérame allí un rato, que no quiero yo que se repare, porque los negocios delicados hay que hacerlos con delicadeza.

—Pues, por supuesto, hijo,—contestó la vieja.

Y salió muleteando.

—Cuando decía yo,—murmuraba aquella bruja,—que á la señora marquesa le salía un moreno de espada, ahí le tenéis, y tunante y bonito que no hay más que pedir.

Oreja y Media, entre tanto, daba la vuelta por el otro lado para hacer la desecha, y decía:

—No se sabe dónde está la suerte de las criaturas. El alcalde mayor enamorado de la doncella, y yo enamorándome ya del ama, y metida en el cuento una bruja, que sin duda las trae revuelto el seso al ama y á la doncella. Con menos tendría yo para hacer una catedral.

Y acabó de dar la vuelta, llegó á una puerta desvencijada y negra, bajó seis escalones, y se encontró en una especie de sótano, que era un bodegón.

La vieja estaba sentada al extremo de una de las largas mesas.

No había nadie más que la bodegonera y un chiquillo pequeño y muy gracioso, que jugaba con un gatillo.

Cantaban los pucheros en el fogón, el niño reía, el gato mayaba, y la bodegonera cantaba.

—A ver, aquí nostrama,—dijo Oreja y Media,—un jarro de vino con colmo, y callos con chorizo.

—No hay más que patitas de carnero con tomate,—dijo la bodegonera,—y morcilla de lustre con tomate, y coles con tocino.

—Pues venga primero una fuente de coles con tocino, y luego morcilla y patas, y pan de flor, hijita mia, que tiene usted la cara de sol, y es usted muy buena.

—¡Mal rayo!—exclamó la bodegonera, haciendo un mohin de desprecio, porque la vieja no la había entrado por el ojo.

Sirvió inmediatamente.

La vieja se puso á comer con ansia.

Oreja y Media se aplicó á la morcilla de lustre con tomate.

Se entabló un diálogo en voz baja entre la bruja y el alguacil, del cual la bodegonera no podía coger ni una palabra.

—Vamos á ver,—dijo Oreja y Media;—si tú me enredas con la marquesa, te engarzo en oro.

—A partir,—contestó la bruja,—comiéndose con sus ojillos grises á Oreja y Media.

—¿Qué es eso de partir?—contestó éste, rascándose la extremidad de su media oreja, porque era el caso, que en una escena de celos, una gitana, con la que Oreja y Media había tenido dares y tomares, le había comido la mitad de la oreja.—¿Con que dices que á partir?—exclamó;—¿y cómo van á entenderse esas particiones?

—Si á tí te quiere la marquesa, me has de querer tú á

mí,—contestó la bruja.—Esta es una partición, y la otra partición es que de lo que tú le chupes á la marquesa, te chupe yo á tí la mitad.

—Pues no me tiene cuenta,—dijo Oreja y Media,—al que se le revolvió el estómago solamente de pensar en unos amoríos con aquel engendro.

—Corriente,—contestó la bruja,—te quedarás sin ser marqués.

—Vamos andando,—dijo Oreja y Media;—se irá lo uno por lo otro. ¿Pero tienes tú seguridad de que me querrá á mí esa gloria?

—¡Ay, hijo mio! esa gloria no piensa más que en el hombre moreno y en el hombre de espada, y con poco que yo trabaje te la atortolo.

—Bueno,—dijo Oreja y Media;—vamos andando; me va pareciendo bien el trato.

Y luego pensó para sí:

—Te retuerzo el pescuezo en cuanto no me hagas falta, imagen del diablo.

—¿Dónde te encontraré yo mañana, hijo mio?—preguntó la bruja,—porque para mañana ya tendré yo andado mucho camino.

—Pues mañana, aquí.

—¿Y á qué hora?

—A las cuatro de la tarde.

—Pues yo te diré dónde tienes que ponerte para ver á la marquesa, y aun para hablarla.

—Bueno, hija mia.

—Pero será menester que me *arries* algun *parne*, buen mozo, para que yo pueda dormir esta noche en una posada y tratarme bien, que ya estoy de dormir en el cotarro, y

en el suelo, y sin cenar, pobrecita de mí, que veo todas las noches la procesión de las ánimas, y me dan cólicos de hambre.

—Venga usted acá, morenita,—dijo Oreja y Media, dirigiéndose á la bodegonera;—cámbieme usted ese ojito de buey.

Y la dió la onza que poco antes le había dado el alcalde mayor.

A la vieja se le encandilaron los ojos, y la bodegonera no se mostró ya tan hosca.

Metióse para adentro, sin duda para sacar del arca la vuelta.

—Oye tú, alma mía,—dijo Oreja y Media á aquella arpía.—No se trata solo de nosotros y de la marquesa, sino de cierta doncella de la marquesa, blanca y regordeta, con los cabellos castaños y rizados.

—¿Pues y á cuántas quieres tú, maldito?—exclamó la vieja.

—Yo no te sé decir,—contestó Oreja y Media,—si querré ó no querré á la doncella, que todo pudiera ser, y que esto conviniera, porque habría una boca más para chupar y dos manos más para agarrar.

—También tienes razón, hijo mío; pero la Pajarita de las Nieves va á ser muy difícil, porque la Pajarita de las Nieves está enamorada, y de un tal pájaro, que me parece á mí que no va á haber emboque, y se corre peligro, porque el pájaro que quiere á la Remeditos es de rapiña y de alto vuelo.

—Vamos, tiene desgracia el alcalde mayor.

—¡Ah, ya, sí!—dijo la bruja.—Pues ahora caigo, en por qué la Remeditos me dijo hace quince días la echara las

cartas á ver si le salía un alcalde mayor, y le salió; pero no volvió á decirme nada, y yo le conocí en lo quebrado del color y en lo triste, que andaba enamorada, y la apreté las clavijas, y al fin me dijo que sí; que ella quería á un señor, que se moría por él, que era el primer hombre á quien había querido, y que de tanto quererle le iba ya faltando el resuello, y tan bien la metí en los dedos, que al fin vomitó, y me dijo:

»—Doña Escolástica, guárdeselo usted, porque esto es muy reservado: mi cariño es el marqués de Casa-Vaquera, don Miguelito.

—¡Zambomba!—exclamó el alguacil.

Y se sacudió los dedos y se los sopló.

—Calcula tú,—continuó la vieja,—si tengo yo razón en decir que la Remeditos quiere á un ave de rapiña y de alto vuelo, y no quiero yo decir por esto que el señor marqués robe otra cosa que corazones.

—El señor marqués de Casa-Vaquera,—dijo el alguacil,—es un hipócrita, que ya sabemos por dónde anda á las altas horas de la noche, y con quién se acompaña, y que trae de cabeza á todas las mozas de aparejo redondo que le gustan; pero lo que es en público, el señor marqués parece un santo, tan decoroso y tan gran señor. Bueno, me parece bien. ¿Y qué se va á hacer ahora el alcalde mayor, que está que se le acaba el resuello por esa cristianita?

—Cállate, hijo, que para todo hay remedio en este mundo, menos para la muerte.

—Vamos,—dijo la bodegonera, apareciendo y trayendo el cambio en toda clase de monedas de cobre y de plata.—Aquí tiene usted cuatro duros en calderilla, y cinco en me-

dias pesetas, y tres en pesetas, y cuatro en duros; no ha podido ser de otra manera, hijo mío.

—¡Ay, qué boquita de mieles! Vuélvamelo usted á decir, que me ha gustado, mocita.

—Cállese usted, hombre, no lo oiga el jitanito y le pegue á usted un palo que no pare usted de correr en tres semanas,—dijo la bodegonera.

—¿Y á qué hora no está en casa ese traga hombres?

—A todas las horas del día, que el pobrecito anda por ahí vendiendo tenazas y sartenes, y desollándose vivo por mí y por el *chorré*.

—Vaya, pues tome usted de ahí la cuenta, pedacito de cielo.

—Seis *riales*, buen mozo.

—Pues allá van esos dos pesos para que usted se compre una tumbaga para esas manos de rosa y manteca.

—Muchas gracias, buen mozo; ya sabe usted que esta casa es muy de usted.

—Agradeciendo, encanto. Mira tú, guárdate esa calderilla, que yo todavía no me he convertido en animal de carga, y á ver si alzas el párpado.

La vieja echó las garras al cobre, y envuelta con él se llevó alguna que otra peseta.

Oreja y Media se guardó entretanto el resto del cambio.

—Ea, ya te estás largando,—dijo Oreja y Media á la bruja,—que tengo yo que decirle cuatro palabras á esta señora para nuestro negocio. Mañana, á las cuatro de la tarde, aquí, que es mejor que en ninguna parte, que esta criaturita tiene cara de ser muy amable.

—Ya sabe usted, fortunita,—contestó la bodegonera,—que en todo lo que se le pueda servir, al reló.

—Pues hasta mañana á la tarde, que traeré buenas noticias,—contestó la vieja.

Y salió muleteando.

—Pues no ha hecho usted más que hundirme los tímpanos de la sesera,—dijo el alguacil, mirando con los ojos dormidos á la bodegonera y castañeteando la lengua.

—Pues mire usted que á mí se me ha agerrado usted un poquito al alma; y no lo digo por nada, sino porque es verdad.

—¿Y el jitanillo tiene buen genio?

—Calle usted, hombre, ¿pues no ve usted que tengo ye el pañuelo negro al cuello?

—Pues va de viudas,—dijo Oreja y Media.

—Que quiere usted; el pobrecito me dejó unos cuartos que había ganado con muchísimo trabajo, Dios lo sabe, y con esos cuartos yo puse este medio tabanque, y no me va mal; pero á una mujer sola todo el mundo se atreve, y no parece sino que una tiene el corazón en la frente, que todo el mundo se lo quiere agarrar; y á mí me parece usted buen hombre, y si usted no es casado, podíamos entrar en trato; y digo esto, porque he visto que al ver mis *clisos* le ha entrado á usted un poquito de basca.

—¡Pues si son los ojillos más ricos del mundo, mujer! Oiga usted ¿y usted tiene estómago?

—Hombre, más que una loba cuando llega el caso.

—¿Y usted no es celosa?—preguntó Oreja y Media á la bodegonera.

—¿Y por qué he de ser yo celosa, si yo le hechizo y usted en cuanto me dé la gana, y se muere usted en tres días si yo quiero?

—Mucha verdad,—dijo Oreja y Media,—y ya me tiene

usted medio hechizado; pero con eso no vienen parpallas como la que usted acaba de cambiarme.

—De suerte, que cuando á los celos se les echa oro, ¿usted sabe? se pueden ir pasando, aunque yo soy mala para querer; pero en fin, ya se buscará un atajo. Yo no quiero más que saber una cosa. ¿Le he caído yo á usted en gracia?

—De medio á medio.

—Pues mire usted, múdese usted á casa, porque malditos sean los inconvenientes.

—Pues bueno, cojo la palabra; me voy á salir del cuarto que tenemos los alguaciles solteros del señor alcalde mayor y á traerme el arca. ¡Me *jundo*! ¡Vaya una moza *barbi*! Oiga usted, señora; yo soy el amo.

—Pues, por supuesto, hombre; el que es amo mío es amo de mi casa.

—Pues oiga usted, ya está usted llevando el chaval casa de una vecina, y vistiéndose de tiros largos, y apagando el fuego, no sea que la casa se nos arda mientras estemos fuera, que en diciendo que yo le diga al señor alcalde mayor una razón que está aguardando, por aquí me vuelvo, y nos vamos á correrla.

—Que sí,—dijo la gitana.

—¿Y usted cómo se llama, niña?

—Carmen.

—Verdaderamente que es usted bonita como la Vírgen del Carmen, mujer, porque mire usted que en tan poquito tiempo, con cuatro pases de muleta, habérmela dado á mí por todo lo alto y meterme las uñas, ya es obra.

—Mocito, todavía está usted á tiempo ¿lo dejo todo como está, ó me avío?

—Avíese usted, mujer, que yo no me vuelvo nunca

atrás de lo que digo. Ea, y para volver más pronto, me voy enseguida; de aquí á luego.

Oreja y Media, hecho un brazo de mar, salió, y se fué en un vuelo casa del alcalde mayor, que todavía no se había echado á dormir la siesta.

—Pues va mejor de lo que yo creía, señor,—le dijo Oreja y Media;—mañana á esas horas tendrá usía una razón, y buena; pero la onza ha volado.

—Sírveme bien, Oreja y Media, y por eso no quede; toma otra media docena para que no tengas que andarme pidiendo á cada paso.

Oreja y Media tomó las seis onzas, haciendo una genuflexión, y salió á escape.

El alcalde mayor durmió aquella tarde la siesta mejor que otras veces.

Estaba tranquilo.

CAPITULO XIII

Una comida de buena gente.

Oreja y Media, esto es, Curro Lascano, que así se llamaba este alguacil ambíguo, iba viento en popa, creyéndose el hombre más afortunado de la tierra.

No sabía, sin embargo, el cuitado alguacil donde se metía.

Le perdía su amor propio, como ha perdido el suyo á tantos otros héroes, grandezas y eminencias políticas.

¿Qué más podía desear?

Enamorando á una bodegonera, había conseguido un bodegón, que él pensaba convertir en fonda.

Tenía á la vista un *encalomo* con una marquesa, de donde podía resultar que pasase fácilmente de fondista á marqués; y aun podía suceder que también agarrase algo de aquella doncella de quien tan enamorado estaba, y que podía muy bien ser alcaldesa; pero aquella tenía un hueso y una raspa; y el hueso, y bien duro de roer, lo era don

Miguelito el marqués, amante, según había dicho la bruja, de la doncella.

Y la raspa que tenía atravesada en el tragadero y que no podía pasar Oreja y Media, era la bruja.

Pero ¿qué importaba esto? en el bodegón debía haber ó pozo ó sótano, dos lugares lo más apropósito para que en ellos se perdiese la bruja.

Parece, á primera vista extraño que un ministro de justicia, pudiese pensar en crímenes y en desórdenes.

Pero entre los bandidos y los ministros de justicia, vulgo alguaciles, había mucho de común.

Con gran frecuencia su oficio no se diferenciaba sino en el nombre.

En fuerza de tratar con todo género de pícaros, los alguaciles se hacían los pícaros más pícaros del mundo.

Se les endurecían las entrañas, y eran capaces de desnudar á un santo.

Oreja y Media se fué al casuco que él y otros compañeros suyos tenian alquilado, cogió al paso un mozo de cordel, le cargó con el arca, la cama y una silla, que era todo lo que poseía Oreja y Media, y se fué á casa de la Carmen, echando cuentas por el camino.

Mientras llega, expliquemos como el marqués había llegado á ser amante de la Pajarita de las Nieves.

Sucedió que don Miguelito fué, como era de rigor, á visitar á la señora marquesa de Casariegos.

Aconteció esto el día después de la visita del alcalde mayor.

Don Miguelito se encontró en la antesala, y por casualidad, con la Pajarita de las Nieves, de la misma manera que el corregidor se había encontrado con ella el día anterior.

Por esta vez no fué el hombre quien retrocedió y tembló, sino la mujer.

Estaban solos.

Don Miguelito era audaz; comprendió la impresión que había hecho en la muchacha, gustóle ésta, pasó por su cerebro una idea diabólica, se acercó á la muchacha, y antes que ésta se recobrase, la cogió una mano y la rodeó la cintura.

—Vaya, suelte usted; ¡qué barbaridad!—exclamó Remeditos.

—No te suelto hasta que me des una palabra, chiquilla,—la dijo el marqués.

—Pero esto es atroz;—exclamó la muchacha;—¿qué palabra quiere usted que yo le de?

—La de pelar esta noche la pava conmigo.

—¿Y para qué?

—Tengo que decirte, hija mía; conque ya lo sabes, á las doce en punto estoy yo en la calle. Doy por recibida la palabra de que bajarás á la reja; conque anda con Dios.

Remeditos, en cuanto la soltó el marqués, escapó encendida como un pavo, y con el dardo en el alma.

El marqués estuvo inmejorable en la forma en su visita con la marquesa.

Sostuvo, pues, admirablemente la reputación que tenía de fino y de juicioso.

La marquesa le acogió muy bien, y se declaró su amiga.

Cuando se fué y Remeditos volvió al lado de su ama, ésta notó que la muchacha tenía señales de haber llorado, y que estaba pálida, y que de tiempo en tiempo se ponía súbitamente encarnada.

—A tí te ha pasado algo, Remedios,—dijo la marquesa; —no me lo niegues, porque lo estoy viendo.

—Es que he tenido un mal sueño, señora,—dijo la Pajarita de las Nieves;—he soñado que me cogían ladrones.

—¡Ay! yo también he soñado eso,—exclamó la marquesa;—pero no hay cuidado, hija, porque dicen que para que los sueños se cumplan, es menester que el que los ha tenido no se los cuente á nadie.

Como Remeditos quería que se cumpliese su sueño con el marqués, se guardó por lo mismo muy bien de contar á la marquesa su verdadero sueño.

Remeditos estuvo inquieta toda la tarde, y por la noche se acostó temprano diciendo que tenía jaqueca.

Y no mentía.

Pero la jaqueca no la impidió estar con mucho cuidado respecto al reloj de la catedral.

Cuando oyó las doce menos cuarto, se incorporó en la cama.

—¿Y por qué no he de ir yo,—dijo,—á hablar con ese señor, que es tan amable y tan alegre y tan hermoso? ¡Y marqués! Vaya, pues ahí están las ocasiones para desperdiciarlas. No sea como el otro que fué á la Habana creyendo que allí se ataban los perros con longaniza, y al desembarcar se encontró por casualidad una onza, y la dió con el pié, y la despreció, y no volvió á ver otra onza en todos los días de su vida. ¡Válgame Dios! ¡qué inquietud y qué desasosiego! ¡qué ojitos los de ese señor! ¡Ay! ¿si será verdad que me han de coger los ladrones? Pues aunque me cojan, que si no me voy á ahogar.

Y se vistió, y hecha ya casi un volcan de amor, se es-

currió á oscuras por la silenciosa casa, bajó y se acercó á una reja en el punto en que daban las doce.

Remedios abrió la reja de manera que no sonase mucho; pero sí que sonase lo bastante para que lo oyese el marqués.

Inmediatamente el marqués estuvo en la reja.

Y cuando al amanecer, la Pajarita de las Nieves se subió á su cuarto, no tenía ya duda de que la habían cogido los ladrones.

En su lenguaje figurado, decía una verdad Remedios.

Ciertamente al marqués le había gustado la muchacha; pero su verdadero objeto había sido y era hacerse de ella un instrumento para llevar á cabo un robo de consideración casa de la marquesa.

He aquí cómo habían entrado en amoríos la Pajarita de las Nieves y don Miguelito.

La trama de la tela de la vida sucesiva de don Miguelito, se iba tegiendo de día en día más tupida.

En menos tiempo que hemos necesitado para poner en antecedentes á nuestros lectores acerca de las relaciones de don Miguelito y de la Pajarita de las Nieves, llegó Oreja y Media á casa de Carmen y dió fondo en ella con su arca, su cama y su silla.

La Carmen había ya dejado su principillo casa de una vecina, había apagado el fogón, había cerrado la puerta y estaba de tiros largos.

Al verla se le encandilaron más y más los ojos á Oreja y Media.

La Carmencita se le presentaba no así como quiera, sino muy retebién, con corpiño y basquiña de alepín de la reina negro, pañuelo de seda de la India en los hombros, manti-

lla de raso con blondas, peinada como una diosa, con grandes arracadas de perlas, una gargantilla de muchos hilos de perlas con broches de diamantes, las manos llenas de tumbagas, abanico de filigrana dorado, medias de seda de color de carne caladas y zapato de tabinete descotado con galgas.

—¡Sin rumbo y sin caliá!—exclamó Oreja y Media, mirando con todo el poder de sus ojos á la Carmencita.

—¿Pues qué se había usted creido, hombre? ¿No le había yo dicho á usted que el difunto trabajó el pobre muy bien para mí y para el *chorré?*

—¿Y se ha quitado usted el luto, gitana?

—Pues hombre, yo no creo que ninguna viuda vaya á sus bodas con el luto del otro; se le reza al difunto el último Padre Nuestro y la última Ave-María, y á penar con el vivo; calle usted, hombre, ¿no sabe usted que el muerto al oyo y el vivo al bollo?

—No me mire usted así, retrechera,—exclamó Oreja y Media meneando la cabeza y con los ojos entornados y la boca entreabierta,—porque me pone usted en las últimas.

—Vaya, hombre, pues coja usted un jarro y váyase usted á la espita, y llénelo usted y beba usted para se le pase la sofocación.

—Oiga usted, moza,—exclamó tomando un aire de seria importancia Oreja y Media,—¿por qué no ha de ser usted la que llene el jarro y me sirva á mí?

—Por esto,—exclamó la Carmen.

—¡Jesucristo!—exclamó Oreja y Media, llevándose la mano derecha al carrillo derecho donde le había aplicado una amorosa bofetada la encantadora Carmen;—y oiga usted, moza, ¿usted las gasta así?

—Desde el principio se hacen los panes tuertos ó dere-

chos.—dijo la Carmen;—y á mí no me viene nadie con sobarbadas; y ahí tiene usted la muestra para que se entere usted. Cuando yo barría y fregaba y hacía las cosas gordas, era porque el otro no estaba en la casa, ¿usted entiende? porque yo mando, ¿usted oye? y con mucho poder ¿usted sabe? y para que usted se entere, yo no miraré á un hombre á la cara ni me dejaré decir ojos negros tienes; el día en que usted me coja en una cosa de mala hembra, ó vea usted que soy puerca ó mal hablada, me mata usted, que yo estaré quieta; en todo lo demás yo tengo los calzones; y si apaña así, bueno; queriéndole á usted con toda mi alma, y si no se lleva usted sus bártulos y yo me descobijo, y usted se marcha á su casa y yo me quedo en la mía.

—Voy á llenar el jarro, gloria de las glorias, reina de mis ojos; de rodillas, hombre, la sirvo yo á usted, y lamo la tierra que usted pise. ¡Qué, hombre, si con esta bofetada tan rica que usted me ha dado, me ha acabado usted de deshacer el corazón! palabra, mocita.

—Siga usted, prenda,—¿es usted un mandria?

—¡Mandria yo! ¡Mandria Oreja y Media! no me diga usted otra vez que soy mandria, porque si me lo vuelve á decir, me va usted á parecer fea, y la voy á arrimar á usted una patada que la voy á descoyuntar.

En efecto; Oreja y Media, que era feroz, se había puesto pálido y verde y lívido al oirse llamar mandria.

—Vamos, bien, buen mozo,—dijo sonriendo con toda su alma la Carmen;—me parece que vamos á hacer negocio. Tome usted ese pañuelo, y límpiese usted la boca, que la tiene usted llena de espuma, y á mí la espuma me da asco.

—¿Quién me habrá traido á mí aquí, señor?—exclamó

Oreja y Media limpiándose la boca con el pañuelo de seda que le había dado Carmen.

—Ande usted cristiano, ande usted, llene usted el jarro, —dijo ella,—que á mí se me ha puesto la boca amarga, y á usted debe habérsele puesto también.

—Vaya, pues tome usted el pañuelo, alma.

—Guárdelo usted, corazón.

—¡Ay!... Me hago pedazos,—exclamó Oreja y Media.

Oreja y Media llenó el jarro de espumoso vino de Montilla, y lo presentó á Carmen.

—Venga de ahí,—dijo ella.

—No señora, que quiero yo beber por donde usted haya tenido puestos esos labios de coral, y de rosa, y de miel, y de gloria, para que me sepa mejor.

—Vaya, pues si es *voluntá*, venga.

Carmen se aplicó el jarro por el pico á los labios, y luego se lo dió á Oreja y Media.

—Vaya, mujer; esto es querer quemarme á mí la sangre y tentarme la paciencia,—dijo con la voz un poco tomada Oreja y Media.—¡Si no hay una gota!

—¿Pues no está allí el tonel lleno?

—También es verdad.

Oreja y Media se aquietó de nuevo, y llenó otra vez el jarro.

—Quítele usted la espuma, niña, pero en mi manita, que no quiero que me la vuelva usted á dar.

—Vaya, hombre; y luego dirá usted que no le doy gusto.

Y tomó un sorbo.

—Ahora es la mía,—dijo Oreja y Media bebiendo por la piquera.—Salud, señora Carmen. Ea, cuando usted guste, que estoy yo que rabio por lucirla á usted.

—Creo que nos luciremos los dos,—dijo la Carmen.

—Yo no lo he dicho por tanto.

—Usted debe tener fama, porque me parece usted hombre de poder.

—Oiga usted, morena, en diciendo que se dice el alguacil Oreja y Media, hasta la Giralda se echa á temblar, y el Giraldillo se pone á dar vueltas, y no para en tres días.

—Pronto veremos si eso es vedad, mocito. Y oiga usted, todavía es tiempo; que no tengamos luego cuestiones. Usted para mí ahora no es más que un pretendiente, aunque viva usted en mi casa ¿usted entiende? y me tiene usted que tratar con más respeto que si yo estuviera bendita, hasta que nos casemos, que no he nacido yo para ser la moza de nadie; mejor me estoy sola en el mundo.

—Pues el que se vuelva atrás, Carmen de mis ojos, perro judío; yo le doy á usted mi palabra, y aquí está mi mano.

—En la iglesia,—contestó la Carmen,—y eche usted á andar, que me va usted á llevar á la calle de la Sierpe á la comedia, y luego, cuando todos los gatos son pardos, nos iremos por ahí, que tenemos que hablar.

—Pues hasta maldito sea el que inventó las comedias,—dijo Oreja y Media;—¿la primera vez que nos tratamos quiere usted emplearse en otra cosa que en oirme á mí?

—Hombre, si era por probar; ¿qué más comedia necesito yo que usted? Vámonos á Triana á merendar al parador de los Huevos.

—Eso ya me parece bien,—dijo Oreja y Media.

—Vaya, pues salga usted, eche usted la llave, y guárdela usted.

Y Carmen salió.

Oreja y Media cerró, guardó la llave, se terció la capa, y presentó su brazo á la Carmen.

—¡De bracete, hombre!—exclamó Carmen.—Ea, quite usted allá, que me puedo quebrar, y no me ha hecho Dios á mí para esas finuras. ¿Usted quiere que se rían de nosotros? Ea, vaya usted junto á mí como Dios manda, y san sacabó.

—Tiene usted razón, fortunita; por todas partes está usted al pelo.

—Pues bueno, no me pase usted á mí la mano por el pelo, porque se puede usted quemar.

—¿Sabe usted, morena, que tiene usted unos andares, que yá?

—Hombre, no haga usted mojigangas por la calle, ó deme usted la llave, y vaya usted con Dios.

—¡Ay, qué fatiga!—exclamó Oreja y Media.—No se puede resollar con esta mujer.

—Pues todavía no lo sabe usted todo, hermoso.

—Que no se quede usted conmigo, comadre.

—Hombre, ¿y qué culpa tengo yo de que me parezca usted retebonito y retesandunguero?

—¡Ay, Jesús mío! Esto es ahogarse; á esta mujer la voy yo á estropear.

—Ya vendrá el tio Paco con la rebaja; veremos si siempre dice usted lo mismo. ¿De dónde es usted, mozo bueno?

—De Mairena.

—Buena tierra de caballerías.

—Gracias por el favor; otra vez me dará usted otra cosa. ¿Y usted de dónde es? ¿Dónde la echaron á usted al mundo para asustar á la gente?

—Del barrio de San Bernardo.

—¡Sevilla y de San Bernado! ¡Atiza! Ya decía yo.

—Porque se puede, compadre,

—¿Y es usted jitana legítima?

—Hombre, usted está tonto: ¿no sabe usted que todas las del barrio de San Bernardo tenemos los ojos jitanos? ¿Y no sabe usted que las jitanas no pueden ver á los castellanos?

—Mire usted, compañera, no me meza usted á mí; si usted es gachí, porque es usted gachí, y si es usted castellana, porque es usted castellana.

—Pues castellana, hijo mío, y de buenos padres, y castellano el difunto, y de buenos hechos.

—Ya me está usted jorobando á mí con los buenos hechos del difunto; y hágame usted el favor de quitarse hasta de la memoria el recuerdo del difunto, como se ha quitado usted del pescuezo, de ese pescuezo de nácar que Dios le ha dado á usted, el luto que llevaba por él. Mire usted, es malo querer á una viuda, porque se tienen celos del otro.

—Es usted más torpe que un guardia walona, hombre. ¿Usted cree que cuando una mujer de mi *aquel* ha querido una vez puede volver á querer más?

—¿De veras, gloria mía, usted no quería al otro?

—Compadre, el día que me dijeron que le habían matado los migueletes, no bailé, porque no hubiera estado bien visto, y me unté los ojos con cebolla para lagrimear, y me puse un pañuelo negro al cuello porque no dijera el mundo; yo no he querido á nadie, ni quiero á nadie más que á mi hijo.

—¿Y yo, señora?

—A usted voy á quererlo, ó empieza á figurárseme que le voy á querer á usted.

—¿Pues no dice usted que yo le parezco muy retebonito?

—¡Ay qué *gilandó* de hombre! es menester decírselo á usted todo. ¿Pero no está usted viendo en las ojos que me muero por usted, que estoy loquita por usted?

—Pero usted se lo dice todo, criatura; á mí me va á dar un tabardillo.

—Si lo estoy á usted queriendo, hombre, desde hace un siglo; si yo le conozco á usted, porque todo Dios conoce en Sevilla al alguacil Oreja y Media, y he pasado trescientas mil veces á su lado de usted, y usted no me ha hecho caso ni me ha visto; y ya se ve, yo decía: No está bien que una mujer le diga á un hombre su atrevido pensamiento; anda con Dios, no sería ese mi sino. ¿Y usted no ha reparado, hombre, en que cuando usted entró con aquella vieja corredora de ladrones, yo no he hecho más que gruñir y regañar, porque es claro que usted no venía con aquella vieja más que á alguna cosa de faldas?

—Calle usted, hermanita, que tiene usted cortada una tela... Y no se puede usted quejar, porque al fin y al cabo, se ha quedado usted conmigo en cuanto nos hemos hablado; pero sería lástima que por sus celos de usted, porque usted debe ser muy celosa, se eche á perder un buen negocio.

—Yo no tengo celos,—dijo con desdén Carmen;—y será fantasía; pero se me figura á mí que el hombre que yo quiera no puede querer á otra, ni mirar á otra á la cara.

—Mucho qué sí, que es verdad; y se deben venir los hombres á usted como las moscas á la miel, porque tiene usted una garganta, hija...

—Sí, pero es que yo no soy de miel más que para una mosca.

—¡Bonita!

—Oiga usted; me ha dado sed. Vamos á meternos aquí,

en este montañés, tomaremos unas bocas y unas cañitas, que yo no me espero á llegar á Triana; nos meteremos en lo más hondo y le contaré á usted mi vida. Usted verá.

—¡Que viva lo bonito! ¡vaya un poder! Usted siempre la misma,—exclamó el dueño de la tienda de montañeses en cuanto entró Carmen.

—¡Calla! ¿Conque aquí somos conocidos?—dijo con un cierto acento el alguacil.

—Sí señor, compadre,—dijo el montañés, que no tenía de montañés más que tener una casa de montañeses:—usted no me conoce á mí, pero yo le conozco á usted. Vamos, y sea enhorabuena, porque es un milagro que Carmencita se deje acompañar de un hombre.

—Este mozo es mi marido, tio Carcañales,—dijo Carmen;—digo, como si lo fuera, porque mañana vamos á la vicaría, se corren las amonestaciones, y para dentro de ocho días, la boda.

—Pues por muchos años, señores, y en albricias vaya una cañita y una boquita. Pero deje usted, Carmencita, que á usted le gustan más los percebes, y los tengo fresquitos, vivitos, de hoy por la mañana. ¿Y cómo va el tabanque, Carmencita?

—No puede ir mejor.

—¿Se traga *loben*, eh?

—Y mucho; algo más que por acá.

—¿Sabe este buen mozo con quién se casa?—dijo el tio Carcañales.

—No, pero lo va á saber, y por eso, en chupando yo este percebe, y en tomando yo una cañita, vamos á irnos allí, al último cuarto. Cuando lo sepa, me va á querer más.

—Vaya, hombre, tome usted esa caña, y beba usted con nosotros á la salud de todos, y no esté usted espantando; si usted no sabe lo que usted es, hombre; si quien lo va á usted á hacer hombre soy yo. ¿No es verdad, tio Carcañales, que es una lástima que todo este hombre no se emplee bien?

—Vaya, pues no entiendo una palabra,—dijo Oreja y Media.—Por la salud de todos.

—Y el amigo,—dijo Carmen:—¿ha venido por aquí?

—Anoche estuvo, y anda ahora con un gran negocio entre manos,—dijo el tio Carcañales.

—¿Y qué amigo es ese?—exclamó Oreja y Media.

—Un amigo que anda con un palmo de narices por los pedazos de Carmencita. Pero no se avispe usted, hombre, ni sea usted asustadizo, que lo que tiene usted al ladito es oro puro.

—Déjele usted, déjele usted, tio Carcañales,—exclamó Carmen,—que si yo no hubiera visto que está más seguro para mí que un ratón en la boca de un gato, ni yo hubiera salido á la calle con él, ni hubiera hablado con él dos palabras, ni hubiera yo hecho lo más pequeño para ponerle así como usted lo ve, como los santos de Francia, con los ojos claros y sin luz. ¿Ve usted este?—y le puso una mano en el hombro.—Pues de este se van á escribir más hazañas que del Cid Campeador.

—¡Buen chicote, eh!

—Sobre la jaquita, y con dos encaros, me parece á mí que va á estar: todo un real *hembro*.

—¡Calla! ¿conque es eso?—exclamó sin asombrarse Oreja y Media.

—Sí, hombre, sí.

—Es lástima que no se emplee usted bien, hijo mío. ¿Usted ve cómo se menea el hombre, tio Carcañales?

—De modo y manera,—dijo Oreja y Media,—que el oficio en que más se gana es el mejor.

—Ahora sí que va un cañaveral por mí,—exclamó el tio Carcañales.

—Pero adentro, adentro, compadre,—dijo Carmen;—deje usted en el despacho al mozo, que tenemos que hablar.

—Pues andando. Oye tú, Eusebio, ven al último cuarto y pon la mesa, y tráete para allá pescadillas y percebes y bocas, y media docena de botellas de manzanilla, y tráete también cigarros. Esto va por mi cuenta, á la buena vista y á la buena entrada en la cofradía.

—Ande usted, tio Carcañales, que el día de la boda se va á hundir la casa.

Y llevándose consigo á Oreja y Media, que estaba aturdido, siguió al tio Carcañales.

Como ven nuestros lectores, aquella tienda de montañeses era una caverna.

Cuando entraron en un aposento al fondo de la tienda, la Carmen se volvió de repente á Oreja y Media, y le dijo:

—¿Usted no ha oído hablar nunca de Cachitos?

—¡Por vida de un zapatero de viejo!—exclamo Oreja y Media;—pues ¿quién no ha oído hablar del caballista Cachitos?

—Pues oiga usted, todo ese pedazo de hombre, se echaba á mis pies como un perro, y fregaba y barría, y hacía todo lo que era menester cuando estaba alguna vez en casa; porque yo no valgo nada, yo no puedo levantar un cañamón del suelo; pero tenía hechizado á aquel lobo, porque sí; y le tendré hechizado á usted, y será usted un rey. Y

creo que aquí ya no hay secretos: yo soy la viuda de un ladrón. Empecé á aficionarme de usted, cuando oí sus valentías de usted, porque para mí no sirve un hombre que no es guapo; le conocí á usted y me enamoré, y lo he cogido á usted hoy por casualidad y lo he mareado; pero usted no se casa conmigo hasta que sea usted ladrón y tenga usted sangre en las uñas, que sea menester lavárselas á usted con jabón y un estropajo.

—Pues me alegro,—dijo Oreja y Media,—y no hay más que hablar: venga tela, que no faltará quien la corte.

—Pues ya hay tela y buena,—dijo el tio Carcañales:—no mire usted de reojo á Eusebio, señor Oreja y Media,—añadió,—que Eusebio es también un buen mozo; y sino, no estaría aquí; porque aquí es menester ver, oir y callar y meter mano cuando hace falta.

—¡Ay, tio Carcañales, que todo eso es fiambre,—dijo la Carmen,—y yo tomaría de buena gana algo caliente!

—Vaya, pues que la hagan á la señora Carmen unas sopas de pescado con huevos é hígados, como las sabe hacer la Agueda, y luego unas raciones de lengua estofada. Ea, y vete á la tienda, que la Agueda nos servirá. Vaya un percebito, Carmencita, mientras vienen la sopa. Ande usted, buen mozo. ¡María Santísima, si estoy muy contento! ¡Y el marqués y el tio Gamboa, que no sabían que hacerse, cuando la cosa está ya en su punto; porque les ha sucedido una desgracia!

—¡Hombre! ¿y qué desgracia les ha sucedido?

—Poca cosa; por una cuestión, por una peseta falsa, le han pegado al Despavilador en la Macarena, en la taberna de Mogicones, tres viajes, que no ha dicho Jesús.

—Y es verdad,—dijo Oreja y Media,—que yo acudí allá

con el alcalde mayor, y el tal tenía tres puñaladas en el pecho, que no había dos dedos de una á otra.

—Pues mejor ocasión, hermanito,—dijo la Carmen,—no se puede presentar; así no perderemos tiempo y nos podremos casar pronto: en el lugar del Despabilador se va á poner usted.

—¿Y qué lugar es ese?

—Levantar el negocio, y si es menester *tender*.

—De veritas, jitana, es usted una hechicera; ni siquiera se me ha puesto el menor inconveniente para hacer eso que usted dice.

—Si lo sabía yo, tio Carcañales,—dijo Carmen;—si lo tiene en la sangre y le sale á los ojos.

—Y entonces, ¿por qué le habla usted de usted y le hace penar, mujer? Ea, darse las manos que los voy yo á casar á ustedes, y con la zocata.

—Poco á poco, tio Carcañales,—dijo Carmen,—que usted no es cura; y no me ofenda usted á mí, porque no. Hablarle de tú, bueno; que ya el tú se me sale á mí del alma, y lo merece por lo dcciléon que es conmigo. Anda, chiquillo, á tu salud.

—A la tuya. Pero oiga usted, tio Carcañales,—añadió Oreja y Media,—envíe usted por un médico que yo me voy poniendo malo, y se me va volviendo el juicio. Si supiera esto el alcalde mayor.

—A cada puerco le llega su San Martín,—dijo la Carmen;—mire usted que estará de ver, tio Carcañales.

—Ya, ya, y de menos nos hizo Dios,—dijo el tio Carcañales.

—Pues lo mejor es lo que más gusta, que lo tome usted por arriba, que lo tome usted por abajo,—dijo la Carmen,—y el alcalde mayor debe tener cada jara...

—Aquí está la muestra,—dijo Oreja y Media, soltando sobre el mantel las seis onzas que aquella misma tarde le había dado el alcalde mayor.

—¡Calla!—exclamó Carmen.

—Guárdatelas, chiquilla, y que veneno te se vuelvan, y eres lo que más quiero en el mundo si no me las ha dado por su propia mano el alcalde mayor, como la otra que cambié en tu casa cuando entré á convidar á la vieja.

—¿Y para qué te ha dado las siete onzas el alcalde mayor?—dijo Carmen, guardando las seis que sobre la mesa estaban.

—Para que aquella vieja maldita embruje á una tal Remeditos, que es doncella de la señora marquesa de Casariegos.

—¡Calla!—exclamó el tio Carcañales;—pues si esa Remeditos es la moza que ahora priva con el marqués, y la tiene ya *jonjabada* y por eso hace falta un *amulabaor*, habiendo palmado como ha palmado el Despabilador.

—Pues chiquilla,—dijo Oreja y Media,—por lo que veo, para nada nos hace falta la bruja: ¡la maldita que me había puesto por condición que la quisiera!

—¿Sí?—dijo Carmen,—¿aquel demonio? pues á la trampa con ella.

—Mañana irá á tu casa á las cuatro.

—Pues déjala por mi cuenta.

—La sopa,—dijo una muchacha morena, apareciendo con una inmensa sopera humeante.

—Ea, pues á calentarse el estómago, Carmen; y que como comemos juntos hoy comamos juntos cien años, y después en la gloria. Es lástima que el marqués no ande de día más que por otra parte; pero en fin, no hay que impacientarse:

á las diez y media darán por aquí una vuelta el marqués y el tio Gamboa, antes de que el marqués se vaya á hablar con la Remeditos.

—¿Con que si?—dijo Oreja y Media;—¿con que todas esas tenemos? ¿Conque don Miguelito el marqués es todo un hombre? Pues nadie lo hubiera dicho: nosotros los alguaciles que lo sabemos todo, sabíamos que al marqués le gustaban las buenas mozas y la broma, y que de noche muy tarde se salía por esa Sevilla á divertirse; pero no habíamos olido otra cosa.

—Pues si vosotros oliérais todo lo que hay, ¿cómo habíamos de vivir los pobres?—dijo la Carmen;—hermanito, la gente buena muere por Dios, y sino puede echar polvos de oro en la salvadera del escribano, para que cuando éste echa los polvos sobre las declaraciones, lo negro se vuelva blanco, aguantan el palo y callan como postes. ¿Quién se ha de figurar que en el bodegón de la Carmencita se trabaja que es un contento, y que allí entra más gente buena que en la cárcel? ¿ni quién ha de creer que en los montañeses del tio Carcamales y en otras partes se hace cada negocio como un templo? Y si á tí te se ha dicho esto es porque te se ha conocido, *gachó*, y se tiene confianza en tí, porque sí, porque lo llevas en la cara y lo estás diciendo á voces, ¡quiá! tú vas á dejar pequeño al difunto; y mira tú que Cachitos rayaba muy alto.

—No hay que hablar aquí de muertos, que se puede indigestar la comida, Carmen,—dijo el tio Carcañales.

—¡Quiá!—dijo la Carmen,—yo mareaba á Cachitos; pero no le quería, y le ayudaba porque al fin tenía un hijo suyo y los hijos tiran mucho, y todo les parece poco á las madres para los hijos; pero si para casarse conmigo hubiera espe-

rado Cachitos á que yo le hubiera querido, ya podía haberse esperado sentado para no cansarse. El se creía que yo estaba loca por él; pero era que ya no tenía remedio y yo hacía de tripas corazón, porque al fin, yo he sido siempre una mujer decente, tio Carcañales, y un marido es siempre un marido, y yo, sin ofenderme á mí misma no podía mirar á otro; pero cuando yo conocí que aquella bestia brava era para mí un cordero, ya sabe usted lo que yo le hacía hacer á todo aquel hombre.

—Lo mismito que le hará usted hacer á éste, Carmencita.

—Si yo quisiera, sí; pero no quiero porque le quiero. Mire usted, lo primero que yo he querido en este mundo ha sido mi hijo, quitando á mis padres, que claro está que los tenía que querer; pero querer á un hombre, yo no he querido hasta ahora, y por lo mismo, en todo lo que sea de razón, él será el amo de la casa y yo le serviré de rodillas, porque ese será mi gusto, ea, y nada más y en paz.

—Pues compadre,—dijo el tio Carcañales,—diga usted que le ha tocado la lotería á terno y ambo, porque se lleva usted la mejor moza, y la más valiente y la más hacendosa y la de más *pesqui* de toda la Andalucía. Ea, una cañita á su salud, compadre, y vamos á meterle mano á este estofado de lengua, que ni para el rey que fuera.

Se chocaron las cañas y se vaciaron.

—Tio Carcañales,—dijo Carmen,—á la fin y á la postre usted no sabe quien yo soy: usted no sabe sino que hace cinco años, cuando acababa de venir al mundo mi Currillo, una noche me trajo Cachitos aquí, porque usted quería conocerme.

—¡Toma! y me quedé espatarrado cuando la ví á usted, señora Carmen, y se me pasaron ganas de decirla á usted

envido; pero como sabía que usted no había de decir *quiero*, me aguanté por la buena. Desde entonces hemos vivido en muy buena correspondencia y nos hemos ayudado en los negocios lo que hemos podido. ¿Qué me importaba á mí lo que usted había sido antes de casarse con Cachitos?

—Tío Carcañales, yo era entonces una chavala, como que no tenía más que diez y nueve años, y me aguantaba con mi suerte, que era muy mala, y no daba el brazo á torcer, porque en el mundo se rien y se divierten con los que lloran, y yo no quería que nadie se divertiese y se regodease á mi costa; pero he derramado más lágrimas de noche, cuando Cachitos andaba por esos mundos de Dios, y el pobrecito de mi hijo dormía á la calorcita mía, que agua lleva el Guadalquivir. Yo tengo que contarle á éste mi vida para que no tenga celos, para que sepa que él es el primer hombre que yo he querido en este mundo, y ya que está usted ahí no le hace, que usted es de confianza. Pues ha de saber usted que yo era una pobre muy pobre, hija de un matachín, que con el jornal que ganaba en el matadero, apenas tenía para mantenernos á mi madre y á mí, y el pobrecito se puso enfermo, y de trabajar enfermo se puso más enfermo y se lo tuvieron que llevar al hospital: allí se murió el sin ventura, sin ver ni á su mujer ni á su hija.

Cuando nosotras fuimos á verle al hospital, nos encontramos conque en su número había otro enfermo; se lo habían llevado al pobre.

Mi madre se sobrecojió de tal manera que la dió un mal, y mal fué que se tuvo que quedar en el hospital, y del hospital no salió sino muerta.

Me quedé yo sola en el mundo á los quince años, y como no tenía sobre que caerme muerta y era menor de edad,

me metieron en el hospicio, ¿usted sabe? en el hospicio; como sí dijéramos en el infierno, porque desde el primero hasta el último de los empleados, todos quisieron que yo los quisiera. Sí señor, sí, escandalícese usted, pero es verdad: y yo, que nunca he sido cobarde, me hice la tonta, fuí muy dócil y muy sumisa y muy trabajadora, y aceché una ocasión y me escapé, y no paré de correr hasta que estuve fuera de Sevilla, camino de Córdoba.

Yo no sabía donde iba; pero cuanto más andaba más me alegraba, porque me ponía más lejos del hospicio.

¿Usted sabe? En la Cruz del Campo, más allá de los Caños de Carmona, y cuando iba ya oscureciendo, y por cierto con muy mala noche, con un viento y un agua que ya, alcancé á un jorobado tullido y renco y manco; ¡vaya un tío! que iba montado en un borriquillo.

Aquel pobre hombre lloraba si tenía que llorar, y daba daba *gipido* que partía el corazón; y no hacía más que decir:

—¡Hijita mía! ¡hijita de mi alma! ¿por qué Dios te ha matado á tí y no me ha matado á mí?

Aquel hombre, ni sentía el ventarrón que hacía ni la lluvia que caía á cántaros, y el borriquillo, con las orejas gachàs, se acobardaba, y apenas si andaba el pobre bicho.

A mí me dió una lástima que se me ablandaron las entrañas.

Me acerqué á él, y le dije:

—Oiga usted, buen hombre, si usted se ha quedado sin hija, yo me he quedado sin padre, y yo le ayudaré á usted, y le consolaré si usted quiere.

—¡Pobre criatura!—dijo aquel pobre hombre mirándome.—¿Y por qué vas tú á estas horas sola por el camino y con la noche que hace?

—Me he escapado del hospicio, porque me perseguían los empleados.

—¡Bendito sea Dios!—dijo el mendigo, que mendigo era. —¡Y gente tan mala y tan sin entrañas hay en este mundo! Pues bueno, mujer,—continuó,—aunque no sea más que porque Dios me lo pague en mi pobre hija, y la dé la gloria, yo te ampararé, sirviéndote de padre; pero míralo bien, porque yo soy pobre, muy pobre; yo no soy de esos mendigos que tienen dinero, porque aunque mi hija y yo ganábamos muy bien, porque dábamos mucha lástima, ella estaba enfermita la pobrecilla, y yo tuve que comprar este borriquito para que nos llevara á los dos, y en cuidarla para que me viviera más, gastaba todo lo que ganábamos. El alma mía estaba ética, y se ha muerto anoche en un casuquito que teníamos en los Caños de Carmona; esta mañana se la han llevado á enterrar, y á mí se me cayó la casa encima, porque estaba acostumbrado á verla allí, y no la veía, y me he salido para morirme por esos mundos de Dios.

—Vaya, pues yo no estoy enferma,—le dije,—y yo cuidaré de usted, y nos iremos á Córdoba ó á otra parte, y ya verá usted si ganamos dinero.

—La buena alma de mi hija te envía,—dijo el pordiosero. —¿Pero para qué quiero yo ya vivir sin mi niña?

—Vaya, buen padre,—le contesté yo;—pues qué ¿no le depara á usted Dios otra hija?

—También es verdad,—dijo el tio Cristobal, que así se llamaba;—y ya que los dos estamos solos en el mundo, y somos tan desgraciados, y Dios nos ha juntado, yo haré por tí lo que pueda.

Aquella noche paramos en un ventorrillo fuera de ca-

mino, y anduvimos juntos seis meses, yendo de pueblo en pueblo, y ganando muchos dineros.

Parecía que el tio Cristobal se iba consolando y queriéndome á mí como si fuera su hija. Y yo le quería también mucho, porque el pobre hombre era muy bueno, y tan caritativo, que cuando encontraba otro pobre más pobre que él, que él los conocía muy bien y sabía el que lo necesitaba y el que no, le socorría.

Al tio Cristobal se le murió su mujer cuando nació su hija, y crió á su hija con todas las penas del mundo.

Era albañil.

Un día, cuando la niña tenía ya ocho años, el tio Cristobal se cayó de lo alto de un andamio, y se quedó tullido, jorobado, cojo, manco y renco; en fin, parecía una araña; pero tenía muy buena cara ¿qué había de hacer el pobre? Se echó á pedir limosna con su niña, y la pobrecita niña, que siempre había sido muy delicada, no llegé á los doce años.

Cuando yo me escapé del hospicio y me encontré al tio Cristobal, era delgadilla, negruzca, y estaba como enteca, porque la miseria enruina, pero fuerte, eso sí; y con el trotar contínuo por los caminos, y el ir de acá para allá, y el comer bien, porque se ganaba para ello, dí un estirón, y me despeloté y eché otro pelo, y me hice, en fin, una mocetona.

Antes era bonitilla, eso sí, y lo que más le gustaba á todo el mundo eran mis ojos; pero con la fatiga y el andar siempre al aire libre, me puse como me veis ahora, sin quitar ni poner, y eso que todavía no había cumplido los diez y siete años.

El tío Cristobal se había puesto también mejor; pero tenía muy mala suerte.

Una noche de verano, que andábamos entonces de no-

che, porque de día no se podía resistir el mucho calor que hacía, nos encontramos cerca de la venta de Eritaña con unos buenos mozos que iban en sus jaquiias.

Yo no me asusté, porque nos habíamos encontrado caballistas muchas veces, y no nos habían hecho nunca daño, sino que más bien, condolidos de ver á un viejo estropeado con una muchacha, y tan pobres, nos habían dado una buena limosna.

Ya sabe usted, tio Carcañales, que á los caballistas no les duele el dinero.

—Vaya, padre,—le dije al ver que se acercaban;—buen encuentro tenemos, caballista son; lo que es sin media docena de pesos no nos quedamos, porque parecen de rumbo.

—Dios quiera que no sea Cachitos, que anda por esta tierra,—dijo el tío Cristobal.—Cachitos es muy malo.

—¿Y quién ha de ser malo con nosotros, padre?—le dije yo.

—Un hombre tan dejado de la mano de Dios como Cachitos,—contestó con la voz temblona el tío Cristóbal.

De repente, uno de los caballistas apretó á la jaca, y se nos echó encima.

—¡Eh, tú bribón!—dijo,—á ver cuantas onzas llevas cosidas en los remiendos.

—¿No te decía yo que Dios quisiera que no tropezáramos con Cachitos?—exclamó el tío Cristobal.

—¿Y qué tienes tú que decir de Cachitos araña vieja?—dijo el caballista echando furioso mano á uno de los encaros que llevaba colgados del aparejo.

—¡Ay por Dios, no mate usted á mi padre!—grité yo, agarrándome á una pierna de aquel hombre.

Hacía una luna muy clara; y al verme Cachitos, que él era, dijo:

—¡Jesús! ¡Y esta hembra es la querida de ese sapo!

Y volteando por encima de mí su encaro, mató de un tiro al tio Cristobal.

—¿Y tú te has casado con ese hombre?—dijo meneaudo la cabeza Oreja y Media, y con muestras de disgusto.

—Tú te callas y oyes, y no interrumpas á nadie para decir tonterías, porque eso no está fino. Eche usted para acá esa pescadilla, tio Carcañales, y lléneme usted la caña para pasar este mal recuerdo de mi vida.

—Cachitos no tenía más falta que el ser muy malo,—dijo el tio Carcañales,—y así fué su muerte, que Dios le castigó, y los migueletes cuando le mataron le martirizaron.

—Todo pued) ser,—dijo Carmen;—pero no hay que nombrar la soga en casa del ahorcado; mire usted que nosotros tampoco somos buenos.

—De suerte,—dijo el tio Carcañales,—que cuando las cosas se vienen rodadas y no se puede pasar por otro punto, ¿qué se le ha de hacer? A los obispos, como no echan más que bendiciones, no les pasan las cosas que nos pasan á nosotros; pero Cachitos mataba por matar, y eso no lo manda Dios. Vaya, siga usted, señora Carmen, y usted perdone por haberla interrumpido.

—Tal cólera y tal desesperación me entró por lo que había hecho aquel hombre, que le mordí en un muslo, y mire usted que con la señal se ha ido á la sepultura.

Aquel hombre echó pie á tierra, me agarró furioso, me metió en el olivar, y sin que yo me pudiera valer, me deshonró.

—O usted se casa conmigo,—le dije,—ó usted me mata.

Ví que aquel maldito bajaba los ojos y temblaba.

¿Y qué había yo de hacer, tio Carcañales? ¿Adónde iba yo sola, sin honra?

De desesperada me atreví á todo, y no me se dió nada por nada, aquel hombre tenía que matarme ó ser mi marido porque sí, y mi marido fué, que con mirarle ya no más, aquel hombre se dejaba manejar como un cordero, y no hube más; que yo le hice enterrar al pobre tio Cristobal, que lo enterró con sus propias manos; y luego me llevó á Archidona, que era su tierra, y se gastó su dinero, y nos casaron.



¿Y qué había yo de hacer? Yo le tenía horror y odio; pero al fin era mi marido.

Me trajo á Sevilla, y me puso el bodegón que ahora tengo.

El me pegó su oficio, y no me pesa, porque mire usted, tio Carcañales, si las gente del mundo fueran todas buenas, yo no hubiera tenido que escaparme del hospicio, y allí me hubieran enseñado, y me hubieran hecho mujer, y puede ser que me hubiera casado con un hombre de bien; pero no hay caridad tio Carcañales: á los pobres contra una esquina, y á perder las pobres niñas que no tienen amparo, y que por pobrecitas andan rodando por el mundo.

¿Le parece á usted poca la cosa que á mí me sucedió para que yo no le tomase odio á todo lo que anda para adelante? Desengáñese usted tio Carcañales, no hay más que lobos y corderos: á los corderos se los comen los lobos, y yo no quise que me comieran. Cuartos, tio Carcañales, cuartos, que el que tiene cuartos tiene todo lo que quiere.

Cachitos me enseñó, Cachitos me hizo mujer, y si hoy soy rica, aunque todo el mundo cree cuando entra en mi bodegón que es menester darme una peseta, á Cachitos se lo debo; y todo el mundo creía que yo estaba loca por Cachitos; y todo el mundo cree que yo he sentido mucho á Cachitos; y hasta ahora usted no ha sabido la verdad, tio Carcañales, que cuando á Cachitos lo mataron y yo lo supe, por poquito no me dá un mal de alegría.

—Vaya, señora Carmen, bueno,—dijo Carcañales;—cada cual sabe como tiene el alma, y es una tontería creer que son felices los que parecen alegres y que son desventurados los que están tristes. En fin, agua pasada no muele molino; usted tiene un establecimiento que es una mina de oro aunque parece una zahurda; á la fin y á la postre se ha enamorado usted de un buen mozo y está usted contenta;

conque muchos años de vida y mucha felicidad. ¿Pero usted sabe como tomará don Miguelito el que usted se haya enamorado de un hombre cuando usted le ha echado la cerradera y le ha quitado todas las esperanzas?

—Don Miguelito sabe quien soy yo, tio Carcañales, y luego, que don Miguelito es un caprichoso, que le da el avenate y enseguida se le pasa. Y en resolución, sino le gusta que no le guste, que no nos hemos de quedar aquí con la gana de lo que queremos porque don Miguelito se enoje ó no se enoje; y yo no sé que nunca haya cabido nadie por la boca de otro; y en fin, al que se deje robar que le roben, que á mí no.

—Don Miguelito se guardará muy bien de meterse en nada,—dijo Oreja y Media,—porque me parece á mí que si yo le echo la zarpa encima no queda ni señal.

—Eso si que no,—dijo Carmen;—tú no sabes lo que te dices; si solamente por guapo se hubiera de querer á un hombre, yo me hubiera muerto por don Miguelito, porque es el guapo de los guapos; parece que tiene consigo á todos los demonios, porque solo con mirar él á un hombre cuando se pone serio, le hiela la sangre y le dan calambres, y lo deja inútil y hecho un trapo; que lo diga si no el tio Carcañales, y eso que el tio Carcañales es de los duros, que asi viejo y todo como lo ves no hay quien le tosa; pero á todo hay quien gane, hijo, y por la presente, quien le gana á todo el mundo en guapería es don Miguelito.

—Que sí,—dijo el tio Carcañales,—y basta que lo diga yo; pues hombre, si el tio Gamboa, que es más malo que una tormenta, le tiene un miedo que no puede con él; nada, con el capitán Caparrota no hay que meterse.

—Es verdad,—dijo Carmen;—conque así no me des tú

un sentimiento, niño; tú no tienes por qué ni para qué indisponerte con el capitán, que no se mete tampoco con nadie sino se meten con él; que conoce á los buenos mozos, y los honra y los estima; deja tú rodar la bola, que si á don Miguelito no le gusta que yo te quiera, no te dirá á tí una palabra, sino á mí, y yo me las compondré con él.

—Es verdad eso,—dijo el tio Carcañales,—y yo no conozco á nadie que se pueda bandear con don Miguelito más que usted señora Carmen.

—¿Y usted sabe por qué es eso, tio Carcañales?

—Me alegraría saberlo; porque mire usted que yo le he dado muchas vueltas á esto, y he dicho: ¿Por qué la señora Carmen sopetea cuanto quiere á don Miguelito, y le buchea, y don Miguelito ni se pica ni se corre?

—Pues es porque yo tengo más ojos que él,—dijo Carmen.

—Más hermosos sí, y tantos como él; pero más no.

—Vaya, hombre,—dijo Carmen,—podía usted haberse guardado lo de hermosos, porque ya sabe usted que á mí no me gusta que me requiebren.

—Vaya, pues usted perdone, señora, que yo no esperaba esta salida de pavana,—dijo el tio Carcañales irritado por el acento agresivo de Carmen.

—No sea usted quedón conmigo,—dijo Carmen,—porque mire usted que echo á un lado la porquería de la amistad, y le planto á usted la botella en la jeta.

—¡A mí usted?—exclamó el tio Carcañales, de tal manera, que Oreja y Media se cargó y se puso de pie pálido de cólera.

Pero sucedió una cosa extraña: el tio Carcañales se puso pálido, tembló y se dejó caer sobre la silla.

La mirada que fijaba en él Carmen era indescribible:

una mirada fija, penetrante, dura, amenazadora, terrible, luminosa, de la cual fluía una expresión de exterminio.

Oreja y Media, que había mirado á Carmen, se aturdió también.

Carmen se echó á reir, y su mirada volvió á ser dulce y tranquila.

—Vaya, tio Carcañales,—dijo,—diga usted ahora que el capitán tiene más ojos que yo.

—Calle usted, señora, calle usted,—exclamó el tio Carcañales,—que me pareció á mí que me estaba mirando el demonio, y me entró la basca.

—Y eso que ya se ve poco,—exclamó la Carmen,—porque está oscureciendo, y que ha sido fingido: si llega á ser verdad, de la huída va usted á dar contra la pared. Yo no necesito tener fuerzas ni tener armas; yo no sé en qué consiste; pero el otro me lo decía:—«Cuando te pones pálida y te enfureces, chiquilla, no hay quien pueda contigo: te se vuelven los ojos de basilisco, y parece que te vas á comer á uno.»—Oiga usted, tio Carcañales, esto es la cólera, porque si viera usted qué tripitas se me ponen á mí cuando me encolerizo... me cuesta estar mala. Y repare usted que todos los hombres bravos, cuando se ponen pálidos, espanta como miran, que no parece sino que tienen la muerte en los ojos. ¿Pues cómo puede usted creer que si Dios no me hubiera dado á mí esa virtud, hubiera yo podido tener tan manso al otro?

—Vaya, hija, es que tiene usted ojos de leona, y le pido á usted por favor que no me mire usted otra vez así, porquese me figura que cuando mira usted así, hace usted mal de ojo.

—Ea, pues vaya una caña, tio Carcañales, para que se

le pase el susto. Y lo dicho, chiquillo, tú deja estar las cosas, que tu Carmen sabe lo que ha de hacer. Vaya, pida usted unos polvorones para acabar de comer, tio Carcañales, y luego una copita de anisao para la sosiega; y como ya no hay nada más que hablar hasta que venga el marqués, éste y yo nos vamos á dar una vuelta para que nos haga buen asiento la comida que ha estado muy buena.

—Pues ya sabe usted que cuando usted quiera repetir, no tiene usted más que mandar, y yo mismo voy por los polvorones y por unas pasitas y unas almendras de lo rico. Oye tú, Eusebio, trae para acá una botella de anisado de Chinchón y tres cortadillos.

Carmen y Oreja y Media se quedaron solos.

—¿Creerás tú,—dijo Oreja y Media,—que tengo la cabeza hecha un bombo, y que me está zumbando así alrededor ese don Miguelito?

—Mira, chiquillo, haz lo que yo te digo, y todo te saldrá bien. Don Miguelito es un basilisco; no te metas con él: y además de eso, niño, que todos los compañeros le tienen por Dios y le ayudan. Conque *sonsi*, que viene el tio Carcañales: á comernos los postres y á bebernos el aguardiente y á la calle, que quiero yo pasearme contigo á la luz de la luna.

El tio Carcañales puso sobre la mesa un plato con algunos de esos ricos mantecados sevillanos que se llaman polvorones, y otro con pasas de Málaga y almendras.

Eusebio sirvió una botella de aguardiente y tres cortadillos.

—¿Y dice usted, tio Carcañales, que el marqués estará aquí con el tio Gamboa de diez y media á once?

—Sí, mujer, porque como hay que buscar uno que haga

las veces del difunto Despabilador, me lo han encargado á mí, y vendrán á saber la razón.

—Bueno. pues dígales usted que hay un mozo que vale un mundo para el oficio, y que ese mozo es mi marido; ¿usted entiende?

—Vaya si entiendo, señora Carmen?

—Pues hasta luego.

—Hasta luego.

—Ya sabe usted, buen mozo, que esta casa es muy de usted, y que aquí tiene usted todo lo que le haga falta, y un compañero y un amigo.

—Al tanto me ofrezco, amigo mío,—dijo Oreja y Media.

Los dos amantes salieron de la tienda, y tomaron por la calle de la Mar para salir al río.

CAPITULO XIV

En que se ve la ingeniosa manera de preparar un robo audaz.

—Oye tú, Carmen,—dijo Oreja y Media, que iba cabizbajo y pensativo;—¿qué era lo que hacía el Despabilador?

—¿Si saldremos ahora,—dijo Carmen,—con que después de tanto como hemos hablado, tengo yo que enviarte á paseo?

—Hombre,—dijo Oreja y Media,—las cosas que son naturales es menester mirarlas como cosas naturales; yo soy un novato en el oficio que voy á tomar y quisiera yo saber...

—Si tu eres un lobito, niño; y si tú no fueras un lobito, no me hubiera yo confiado á tí, ni me hubiera enamorado tampoco de tí.

—Bueno; pero todas las cosas al principio cuestan trabajo: así que uno se acostumbra es distinto.

—Respóndeme á esta pregunta: Si tú supieras que dentro de una casa había un taleguito de onzas de oro y te daban

el plano de aquella casa y te abrían la puerta, dime tú, ¿te quedarías tú sin entrar por el taleguito de onzas de oro?

—Que si quieres,—dijo con toda su alma Oreja y Media.

—Y dí tú, cariñito; si cuando tú estuvieras abriendo el cofre ó la mesa ó el escritorio donde estuviera el taleguito y te se echara encima una persona de la casa, ¿qué harías tú?

—¡Toma! pues ya, eso sí,—dijo de una manera decidida Oreja y Media.

—Pues para eso, niño, se necesita un hombre de hígados, y eso era lo que hacía el Despabilador.

—Bueno, pues corriente,—dijo Oreja y Media.

—Si lo sabía yo, *gachó*,—exclamó la Carmen.

—Oye, niña ¿por qué le llamaban el Despabilador á ese que mataron anoche?

—Porque era enterrador de San Gil, y cuando se quedaba un muerto depositado de noche en la iglesia, él se quedaba velando para despabilar los cirios.

—¡Valiente sugeto!

—Estaba acostumbrado á ver muertos, y le importaba muy poco hacerlos.

—Una moza como tú es lo que hay que tener en el mundo,—dijo Oreja y Media con un entusiasmo fuera de toda comparación.—¡Vaya un alma! Eso es lo que se llama tener poder.

—Y lo que se llama saber, porque todavía la justicia no ha tenido que ver conmigo. Saben que soy la viuda de un caballista; pero no me han cogido en lo negro de una uña, ni me cojerán.

—Pues mira, Carmen, á mí me gustaría mucho más el camino.

—No seas tonto, chiquillo; eso se queda para lo último: tú no sabes las fatigas que se pasan caballeando. No te digo que alguna vez no sea menester, porque tanto va el cántaro á la fuente, que al fin se rompe, y don Miguelito ni teme ni debe.

—¡Calla! ¿Es don Miguelito el que hace todos esos robos que tienen alborotada Sevilla?

—Pues por supuesto, hombre: ¿quién había de ser?...

—¡Ay, si lo supiera el alcalde mayor!... que cree que don Miguelito es un santo, y no se descuida en pagarle las visitas, y le recibe que no hay más allá, cuando don Miguelito se las devuelve...

—Don Miguelito es todo un hombre, y es necesario que seais amigos. El mandará en tí, porque es el capitán, y mandará en tí el tio Gamboa, porque es el teniente; ¿y á tí qué? En cumpliendo con tu obligación, adelante. Para que tú lo entiendas: la capitana soy yo; aunque no se diga, porque yo soy los pies y las manos del marqués, y el marqués no hace nada sin aconsejarse conmigo, y hago de él lo que quiero, ni más ni menos que con el otro; sólo que don Miguelito no es mi marido. No me entra por el ojo: es muy boquirubio; le gustan todas las mujeres, y algún día una mujer le ha de perder; y luego es muy señorito y muy serio. Yo he podido cojerle, pero no me hace gracia.

—Oye tú, Carmen,—dijo Oreja y Media, que continuaba profundamente distraído;—¿y tendré yo que dejar mi vara de alguacil?

—¡Qué, hombre, no! tú sigues donde estás, que un día le llegará su vez al alcalde mayor, y nos servirás de mucho.

Además, que todos los de la compañía siguen en sus oficios: el marqués es marqués, el tio Gamboa es chalán, el tio Carcañales montañés, el Despabilador ya no es nada; pero antes seguía enterrando y despabilando, y Malamuerte continúa de zapatero de viejo en la Cestería, y yo en mi bodegón, ¿por qué no has de continuar tú siendo alguacil?

—Conque ¿cuántos somos, gloria?

—Pues somos, el capitán uno, el teniente dos, el tio Carcañales, Malamuerte y tú cinco, y yo seis. Después de éstos, hay muchísimos espías, espoliques, registradores, confidentes: tú no sabes. Es menester tener avisos de todo; y los traperos, y los estercoleros, y los esportilleros de la Encarnación, y los pordioseros, nos sirven á las mil maravillas; luego, pon tú muchos alguaciles que tienen cuidado de avisarnos cuando hay peligro... Todo esto cuesta, hijito mío; y para ponernos ricos nosotros, que somos los principales, hay que trabajar mucho.

—Oyes tú, ¿y cómo se hacen los altos?

—El marqués nunca va; pero sin el marqués no se podria trabajar tanto. Tiene una suerte con las mujeres, que mete miedo: las acecha, las ronda, las regala, las enamora, le meten en las casas, y el marqués estudia, y sabe por dónde se puede entrar y salir; saca el plano, y entonces los otros cuatro hombres, es decir, el teniente y los tres muchachos, ponen manos á la obra. Se espera una noche oscura, y si es de truenos y relámpagos, y lluvia y ventisca, mejor; como se sabe cuál, en entrando en la casa, es el camino seguro, se abre la puerta con una ganzúa, ó se salta la tapia de un huerto, ó se escala un balcón, y se cortan los cristales ó las maderas con berbiquíes. El que tenga la plaza del Despabilador, entra el primero; otro se queda en la

entrada pasa avisar al de adentro, si hay peligro, y tres en la calle de trecho en trecho. Si se hecha encima el sereno, el primero que le ve corre donde esté el otro, y arma una pelotera con él, y el otro acude á poner paz, y la pelotera se hace más grande. Cuando el sereno se acerca, aprietan á correr, y el sereno los sigue; le extravían, y los de adentro, que han oído la zalagarda, escapan cuando no hay nadie en la calle. Don Miguelito espera siempre en los alrededores; y si puede en una tienda de montañeses, mejor. Estas cosas se hacen muy pronto, porque se va á tiro hecho, y de mil maneras distintas. En fin, ya aprenderás, que no eres torpe.

—Torpecillo, sí,—dijo Oreja y Media.—Y óyete tú, ¿qué es lo que ahora se tiene entre manos?

—La marquesa de Casariegos, que es muy rica,—dijo la Carmen.

—Ya, el ama de Remeditos. Y oye tú, ¿sigo yo ayudando al alcalde mayor en su asunto con la Remeditos?

—Hombre, pues por supuesto. Cuando se haga el negocio con la marquesa, el marquesito hará la procesión del niño perdido, y dejará á la Remedios mirando al cielo. ¿Y qué ha de hacer la Remedios desesperada? Hacer caso del alcalde mayor, si es que no lo hace antes de que la deje don Miguelito; en fin, lo que ha de ser, don Miguelito lo dispondrá.

—Pero, oye tú, en todos los robos que han pasado, que han sido muchos, ¿no ha habido ninguna muerte? ¿Qué era lo que hacía el Despabilador?

—Pues qué, ¿no lo has entendido todavía, hombre? Poner el *atraque*, y atar al *atracado* de manera que no se pueda mover. Yo te enseñaré á hacer bien el *atraque* y á

ponerlo, y en cuatro lecciones eres maestro. Se necesita un hombre sereno y fuerte, y tú tienes las dos cosas. ¡Qué, hombre, si no hay peligro, si el escape siempre es seguro, si lo principal es hacer bien el plan!

—Oye tú, y si tuviéramos mañana mucho dinero, ¿por qué no escurrir el bulto y vivir tranquilos?

—¡Bah! El dinero nunca pesa: cuanto más mejor. Tú déjate guiar, y no te duelan prendas: estás en buenas manos. ¡Ay qué noche tan hermosa, y qué hermoso Guadalquivir!—exclamó tranquilamente aquella miserable.

—Pues tú eres más hermosa que la noche y que el Guadalquivir,—dijo el aspirante á bandido.

Y ambos infames continuaron paseando y hablando á lo largo del río, hasta que dieron las diez de la noche en la Giralda.

Entonces se volvieron á la casa del tio Carcañales.

Al día siguiente, á las cuatro de la tarde, la bruja consabida llegó al bodegón de la Carmen.

Entró, pero no salió.

Nadie reparó en esto.

Poco después de haber llegado la bruja, llegó Oreja y Media.

Venía completamente cambiado; tenía un no sé qué que olía á bandido.

En la entrevista de la noche anterior con el marqués y con el tío Gamboa, había sido completamente aceptado.

Don Miguelito no había hecho cuestión, ni aun remotamente, del casamiento de la Carmen con Oreja y Media.

Se había dicho á éste que estuviese preparado.

Oreja y Media estaba á las doce en punto de la noche aposentado ya en un cuarto del bodegón de la Carmen.

Esta se retiró al suyo.

Cuando Oreja y Media se presentó por la tarde, la Carmen le dijo:

—Ya tenemos quitado de enmedio el estorbo de la bruja. ¡Mala hembra! Por la compnerta ha ido á dar en el pozo, y esta noche la sacaremos y la enterraremos en el sótano.

Oreja y Media no hizo el menor movimiento de repugnancia.

Con razón se había enamorado de él la Carmen, porque Oreja y Media tenía el alma de bandido lúgubre.

Los ladrones de primer órden de población son infinitamente más feroces que los ladrones en cuadrilla y en despoblado.

Están por todas partes rodeados de gente, y necesitan dar el golpe por sorpresa y de seguro.

El bandido en despoblado rara vez se ve obligado á matar, y puede muy bien no ser feroz.

El ladrón en poblado se ve con mucha frecuencia obligado á ser asesino.

Son de una misma raza, pero de muy distinto género; de tal manera, que los caballistas llaman con desprecio á los ladrones de poblado rateros.

Don Miguelito había nacido con una incontrastable propensión al bandidaje, y solo por un resto de conciencia y por una sombra de respeto al nombre de sus padres, una vez habiendo sucumbido á su propensión, no la había satisfecho completamente lanzándose al camino; pero le repugnaban, aunque las practicaba, las que los caballistas llamaban raterías.

El camino, la jaca, la cuadrilla, la vida aventurera de

peligro y de combate y la reputación de caballista célebre, atraían poderosamente á don Miguelito.

No faltaba más que un acontecimiento que le obligase, descubriéndole, á lanzarse al camino para defenderse de la justicia.

Cachitos había sido otra cosa muy distinta de lo que era don Miguelito; don Miguelito no había asesinado aún, ni aún había matado, y le repugnaba la sangre cuando no le excitaba la cólera.

Era feroz; pero feroz en el momento del combate y frente á frente.

Cachitos, como había dicho el tio Carcañales, había matado por placer de matar. Ya hemos visto una muestra de su ferocidad en el relato de Carmen, cuando la muerte repugnante del desventurado tio Cristóbal.

Carmen, casada de una manera tan extraña con Cachitos, había sufrido una desesperación sin consuelo y había contraído ódio á todo: era, además, avara, sentía el loco afán de la riqueza y atropellaba por todo para llegar á ella; pero no era cruel por inclinación.

Cachitos la había educado en su escuela y había adquirido la sangre fría del crímen.

Era una de esas miserables mujeres que se ocultan en la sociedad bajo el pretexto de una industria cualquiera, y cuyo establecimiento es un antro.

En Madrid hay algo de eso, y los que conocen bien á Madrid podrían señalar algunas agencias de robo y asesinato ocultas por un establecimiento público.

El cometido que en aquella sociedad de robo desempeñaba la Carmen era difícil y comprometido.

En su casa se tramaban la mayor parte de los robos de

consideración que se hacían en Sevilla, y á su casa, además, se iba á vender lo que se hurtaba por las calles, en las puertas de las iglesias, en los jubileos, en las procesiones, en todas partes, en fin, donde había aglomeración de gente.

La Carmen compraba muy barato á los rateros sus objetos robados, y los revendía por medio de otros agentes que concurrían á su casa á pretexto del bodegón.

Sabíase esto sobradamente; es decir, lo de que Carmen compraba por una décima parte de su valor objetos robados para revenderlos en seguida por la mitad de su precio.

Y decimos que se sabía públicamente, porque no había en la vecindad ninguno que lo ignorase; pero esto no se extrañaba, ¿ni por qué se había de extrañar? Carmen hacía muy bien en comprar aquellas cosas, puesto que tenía dinero para comprarlas.

Cualquiera de sus vecinos hubiera hecho lo mismo.

Aunque esto constituía un delito y grave, aunque lo sabían escribanos y alguaciles, se callaban porque Carmen tenía siempre para estos señores, cuando se dignaban ir á visitarla particularmente, un buen jarro de excelente vino de Montilla y un duro, y además, unos ojos que por verlos se podía dar cualquier cosa.

Estas gentes que compran objetos robados son ellos mismos ladrones, porque entre comprar una alhaja á precio ínfimo y robarla, hay muy poca diferencia; se parte con el ladrón que ha hecho lo vulgar, lo gordo de la faena.

Además de que todo el mundo conocía esto, era cosa pública y notoria que la Carmen era viuda del tremendo caballista Cachitos, y que mientras Cachitos había vivido, le había ayudado grandemente, avisándole cuando salía de Sevilla gente con dinero y el camino que llevaban.

Pero en España ha habido siempre un encantador descuido acerca de la ejecución de las leyes, aun en aquellos tiempos en que los alcaldes ahorcaban por quítame allá esas pajas.

Mientras se llevase en el bolsillo la carta de seguridad, y no se le encontrase al que de noche andaba á ciertas horas con armas prohibidas, ni fuese un vago; mientras no se hiciese muerte ó se diese grave escándalo; mientras, en fin, la justicía no cogiese *infraganti*, en caliente ó por soplo, las cosas iban admirablemente para los pícaros.

Se comete y se cometía en España un robo enorme, una fechoría, un asesinato de esos que dan escándalo, y alarman y asustan; la justicia, en el primer momento, se apretaba y se aprieta la golilla, y expedía los agentes que tenía á su disposición con fuertes recomendaciones de descubrir y sacar del centro de la tierra á los criminales; se publicaban edictos y emplazamientos y conminaciones; se trabajaba un si es no es durante tres días; pero si á los tres días no se había cogido al criminal, la justicia, cansada de aquel esfuerzo, volvía á acostarse y á dormirse dulcemente: necesitaba como los cazadores tumbones que los gazapos la saliesen de entre los pies, y aun así, muchas veces erraba el tiro, y el gazapo tomaba distancia y se burlaba de ella.

Nosotros recordamos los últimos tiempos de los alcaldes y de los oidores y de toda la balumba del antiguo régimen, como un sueño; de los frailes, de los rosarios nocturnos; de las cofradías, en fin, de todas aquellas cosas que pasaban aún durante nuestra infancia; y más tarde, atando cabos, hemos recordado que en aquellos hermosos tiempos en que no había más ley que el rey, en que las clases estaban tan deslindadas que se aislaban en sí mismas, en que el fraile

lo infestaba todo, y los conventos de monjas absorvían la tercera parte del género femenino, en que todo el que tenía una jurisdicción era una omnipotencia, la inmoralidad era infinitamente mayor que en nuestros tiempos, con la diferencia de que en parte estaba más solapada, se veía menos; y decimos en parte, porque había muchas cosas que se veían más; lo que más se veían eran el robo, el asesinato y el homicidio.

Aquello era cosa (nos referimos á Andalucía, donde nosotros vivíamos) de cometerse dos ó tres homicidios por semana, casi un robo nocturno á domicilio por día, y una rapiña continua en las iglesias y en los sitios donde se reunía gente.

La prostitucion andaba más desenfrenada si se quiere que hoy, porque no era posible ir de noche sin escándalo por los sitios más públicos.

Hacía ya mucho tiempo que no se azotaba; pero en cuanto á ahorcar, cada mes había un divertido espectáculo de este género, lo que era ahorcar muy poco, atendida la dulce manera de aplicar la ley de aquellos alcaldes, que en cuanto en un homicidio había la más pequeña circunstancia agravante, se dejaban de repulgos, y colgaban.

Tenían aquellos buenos y tiesos señores, la mayor parte de los cuales no se reían jamás, la manía de ahorcar, diez años de presidio y retención; esto es, la cadena perpétua, ó por lo menos ilimitada, la pescaba un prójimo por cualquier cosa, y como se prodigaban los crímenes penados con horca en poblado y despoblado.

Por lo mismo, y teniendo en cuenta la práctica judicial de entonces, que se ahorcaba muy poco, ó lo que es lo mismo, que quedaban impunes la mayor parte de los delitos,

puesto que no había más que dos alternativas: ó ser ahorcado irremisiblemente siendo habido, ó quedar impune no siendo habido.

En la casa del autor se sufrió un robo de consideración con escalamiento y fractura, y los ladrones, no solamente no pudieron ser habidos, pero ni aun sospechados: hubimos de contentarnos con una cuerda anudada que quedó pendiente de un balcón del segundo piso. Esto fué en la madrugada del día de San Miguel del año 30, madrugada tempestuosa.

Sólo notamos un ligero estremecimiento en un balcón del primer piso, que correspondía al dormitorio del que escribe estas líneas.

Era sin duda cuando los ladrones escalaban.

El racionero Palacios, maestro de capilla de la catedral, un buen hombre á quien nos parece estar viendo todavía con su sotana un tanto raída y su sombrero un tanto ajado, nos dijo que había sentido algo, que había echado mano á la escopeta (el maestro Palacios era muy cazador), pero que cuando se asomó al balcón no vió nada.

Yo no recuerdo haber visto más que uno ó dos pájaros de justicia, que reconocieron las habitaciones donde se había cometido el robo; nuestro padre se gastó algunos doblones, y hasta hoy.

Los rateros gozaron el robo tranquilamente, y lo habían hecho despacio.

Un collar de perlas de imitación que había sido de una hermana nuestra que murió siendo niña, había quedado abandonado, y mordida una perla, lo que quería decir que los ladrones eran inteligentes. Se habían llevado, sin embargo, el broche y la cruz de oro.

La impunidad, lo repetimos, era escandalosa.

Se sabía que en el rincón de vagos de Granada y en la mayor parte de los baratillos de la plazuela de las Pasiegas y de la calle de la Cárcel Baja se vendían los objetos robados; pues bien, jamás la justicia investigó, ni registró, ni aun se dejó sentir en ninguna de estas cavernas.

¿Era descuido de los agentes superiores de la ley, ó corrupción de los agentes inferiores, que medraban con el robo, que, en una palabra, recibían de los ladrones por callar?

Esto continúa.

Las platerías donde se compran objetos robados se conocen; otra multitud de puntos donde se hace semejante tráfico se conocen también: son notorias fortunas hechas de esta manera.

¿Qué importa? Adelante.

La policía en España es ciega, ó no tiene ni piés ni manos.

Nada, pues, tenía de extraño, que la Carmencita ejerciese casi públicamente su industria en Sevilla, allá por los años de 1817, sin que nadie la inquietase; y más aún siendo apreciada y aún tan querida del vecindario, porque la Carmen era joven, graciosa, simpática, atrayente, alegre y muy hacendosa, porque tenía su bodegón siempre muy limpio, y lo que ella guisaba podía comerlo sin inconveniente el arzobispo.

Además, considerada bajo el punto de vista de sus costumbres, como mujer, era intachable y no se la había conocido ni un solo devaneo. Item, practicaba como buena cristiana, y era caritativa con los pobres: ¿qué importaba lo demás?

En el bodegón se vendía bien y se ganaba, y la Carmen podía muy bien haber tenido á lo menos una criada para que la fregase los platos; sin embargo, vivía sola y nadie había pasado de lo que podía llamarse la tienda.

Muchas gentes creían gitana á la Carmen, y áun ésta se hacía pasar por tal, á causa de su moreno denso y suave de lo encendido de su fisonomía, y sobre todo, de lo poderoso, de lo luciente, de lo insinuante, de lo inteligente y de lo vivo de sus grandes ojos negros, que no se podían resistir cuando dejaban caer sobre otra persona una mirada rápida, una de esas miradas que en un segundo se comprende lo han fijado todo.

Vista de trapillo, de diario, con un traje de percal usado, peinada de prisa, con una peineta ordinaria de medio lado y descubierto el brazo hasta el codo, parecía pobre aunque limpia; pero cuando iba á la iglesia, al teatro ó á paseo con sus amigas los días de fiesta por la tarde, no había señora que vistiese con más lujo que ella: eran los trapitos de cristianar que se guardaban en el fondo del arca.

Entonces Carmen, repeinada con gargantillas de perlas ó de corales, con arracadas, con cintillos, era una moza que paraba la sangre á cualquier mozo crudo.

¿Cómo se había de meter la justicia con un tal cariño?

Si se penetraba en su casa, cuya mayor parte la constituía el despacho, se encontraba un callejón al fin del cual, á la izquierda, había otro callejón corto.

A la derecha había dos cuartos: en el uno dormía la Carmen con su hijo, en el otro cuarto había un lecho dispuesto para si era necesario recibir en altas horas á algún huésped, y en la izquierda había otro cuarto mayor que servía de bodega y de despensa; esto era todo.

Aquel callejón corto que se abría á la izquierda del fin del callejón de entrada tenía por pavimento una trampa.

Aquella trampa estaba siempre asegurada con una clavija, á fin de que el pequeño de Carmen no se cayese.

Vamos á explicarnos: aquella era una trampa de balanza.

En el momento en que una persona ponía los pies en ella ó era empujada sobre ella, la trampa cedía, se inclinaba, y la persona empujada caía á un pozo que se encontraba perpendicularmente debajo.

Si se queria bajar sin peligro, se inclinaba la trampa, se descendía por unos mechinales que había en la pared á un lado y otro que servían cómodamente de estribos, se salvaba el brocal del pozo, y se entraba en un extenso y oscuro sótano.

En un ángulo de él, enterrado superficialmente y cubierto por esteras y toneles desvencijados, había un azadón y una espuerta; chismajos y cacharros inútiles se veían acá y allá, y por todas partes ornamentaban aquel antro, grandes colgaduras de telas de araña.

En honor á la verdad, y repitiendo que Carmen no era cruel por temperamento, sino por necesidad, debemos decir que se había hecho muy poco uso de la trampa, del pozo y del azadón. Tal vez, solas dos personas habían probado el terrible secreto del bodegón de la Carmen.

Un año antes, un alguacilote había dado en ir todas las noches á cenar al bodegón y á dar conversación á la Carmen.

Esta se bandeaba con él como podía, y corría con gran paciencia el tiempo; pero el amor del alguacil iba subiendo tan alto, y la secatura y el mal humor de Carmen se iban acentuando de tal manera, que el alguacil creyó llegado el

momento de imponer condiciones á la tirana de su alma, y hubo de amenazarla de una manera tan grave, que la Carmen se puso verdaderamente en alarma.

El alguacil sabía acerca de Carmen todo cuanto habia que saber, á excepción, por desgracia suya, de lo de la trampa.

—¡Vaya un modo de comprometer á las mujeres!—dijo la Carmen,—y sin hacerse cargo de que una tiene un marido más malo que una tormenta de truenos, y que aunque á una le guste un buen mozo como usted, hay que estarse con el padre quieto. En fin, cuando usted me amenaza á mí queriéndome tanto, es porque está usted ya loco, y hay que agradecerle á un hombre el que se vuelva loco por una, y premiárselo, ó no tener buen corazón. Váyase usted ahora, que es ya tarde, y no hay necesidad de que los vecinos, que están siempre atisbando para enterarse de lo que no les importa y murmurar, vean que yo he cerrado la puerta quedándose usted dentro. Van á dar las ánimas, y sabe usted que á las ánimas hay que cerrar, porque sino nos valdan de una multa, y véngase usted luego entre doce y una con recato, y no llame usted, que yo estaré con cuidado.

El alguacil vió el cielo abierto, y salió diciendo para sí:

—¡Es mucho el poder que tiene un ministro de justicia!

A las doce de la noche, Carmen, que se había acostado vestida, se levantó, quitó la clavija de la trampa; dejó abierta la puerta del pasillo, y se fué á la de la calle, que como sabemos, estaba más alta que el piso del bodegón cinco escalones.

La Carmen oyó que arañaban de una manera seca, como si lo hubieran hecho con la punta de un cuchillo.

—Bueno es saberlo,—dijo para sí Carmen;—el *gachó* es receloso, y viene prevenido.

Carmen se engañaba; el alguacil venía con el corazón ancho, que no le cabía en el pecho, y hecho un horno de amor. La Carmen abrió silenciosamente la puerta.

—Vaya,—dijo en voz baja;—entre usted, y no haga usted ruido.

El alguacil bajó los escalones sin encontrar á nadie, y á poco sintió que la puerta se cerraba quedito.

—¿Dónde está usted, hembra buena?—dijo el alguacil.—¿Por qué no enciende usted luz?

—Porque la luz se ve por las rendijas,—contestó Carmen ya en la puerta del pasadizo.—Véngase usted para acá, hombre, hacia donde hablo yo,—añadió Carmen.

El alguacil avanzó siguiendo la dirección de la voz, y al fin dió con la puerta.

—¿Pero dónde está usted, señora?—dijo el alguacil.

—Por aquí, señor Lesmes, por aquí,—dijo la Carmen en voz más alta ya en el fondo del pasadizo.—Ande usted sin miedo, que todo es derecho.

El alguacil avanzó algo más deprisa con las manos por delante, y tropezó con Carmen.

—¡Ay, alma mía!—dijo.

—Deje usted, hombre, deje usted; eche usted á la izquierda.

Un momento después se oyó un áspero rechinamiento, un grito horrible, la caida de un cuerpo, é instántaneamente un sonido sordo, especial, como el choque de aquel cuerpo en agua; luego nada.

La Carmen fué á la puerta del pasillo, y la cerró; hizo en su cuarto luz, tomó de un rincón un palo, que tenía en la punta un gancho, volvió al fondo del pasadizo, y apareció la trampa inclinada, perpendicular, terrible.

La Carmen se puso de rodillas, junto al borde de aquel boquete, alumbró, y un área luminosa marcó en el fondo sobre el agua el reflejo de la luz.

La Carmen cogió con el gancho una anilla que la trampa tenía en su extremidad inferior, la levantó, la puso á nivel con el pavimento, y la aseguró con la clavija.

Luego se volvió á su cuarto, se desnudó, se acostó, y se durmió tranquilamente.

Por la mañana se levantó tan sonrosada, tan fresca y hermosa como una mujer que ha dormido bien y no tiene cosa que la aflija.

Aún no hacía un cuarto de hora que había abierto (ella abría siempre entre dos luces) cuando se la presentó un trapero viejo; le echó un cortadillo de aguardiente, y cuando fué á pagar el trapero, le dijo:

—Eso no es hoy nada; al contrario, tome usted esa peseta, tio Perrin, y dígale usted á la Luciérnaga que se le avise á mi pariente, que es menester que esté aquí mañana á la noche, que le tengo que decir.

—Bueno, señora Carmen; será usted servida.

—Vaya, otro cortadillo, tio Perrin.

—Muchas gracias, señora Carmen; salud.

El trapero se fué con el estómago confortado, y muy contento con la pesetilla.

A la noche siguiente, á las diez, sonó un largo silbido, un silbido poderoso, silbido de ladrón, al extremo de la calle.

La Carmen acudió á la puerta, la abrió y la tuvo entornada.

Poco después empujaron la puerta, y entró un hombre.

—¿Qué se ocurre, niña? ¿Cómo estás, hermosa? Ven acá vida mía.

Se oyeron algunos besos entre la oscuridad.

El que acababa de entrar era el amo de la casa, Cachitos.

—¡Qué ha de haber, chiquillo!—contestó la Carmen;—que hace un mes que no te veo, y es menester que una mujer no quiera á su marido para que se esté á gusto un mes sin verle.

—También te traigo quinientas onzas como quinientos soles, Carmencita,—dijo el bandido metiéndose en el cuarto de su mujer en el cual había luz.

—¿Has venido solo, Curro?—dijo Carmen, mientras Cachitos, que había levantado á su hijo se lo comía á besos.

—Sí, mujer; los otros se han quedado al lado de Alcalá.

—¿Y dónde te has dejado el caballo?—le preguntó la Carmen.

—En el ventorrillo de Punteta.

—Pues, ¿sabes?—dijo Carmen;—me ha salido un encalomo.

—Vaya, bueno,—contestó el Curro;—¿á qué vendrá eso?

—A que era un encalomito tan pegajoso y tan rico, que he tenido que echarle á que tome el fresco al pozo.

—¡Ah, ya!...—dijo el bandido.—¿Y cuando fué eso?...

—Antes de anoche.

—¿Y quién era?

—El señor Lesmes el alguacil,—exclamó la Carmencita.

—Dios le tenga en su santa gloria. ¡Lo que vales, chiquilla, lo que vales! Tú tienes la culpa de que á mí me vaya entrando la basca. No me apaño, mujer: tengo siempre tus ojos metidos en el alma, y hasta que te veo no vivo. ¿Qué te parece, niña? Tenemos lo bastante para este pimpollo; yo ya estoy cansado, y haríamos muy bien en irnos á Portugal.

—Quítate allá, tonto,—dijo Carmen.—Un hombre con cuarenta años, en lo mejor de su vida, y con una suerte loca, quitarse así de ganar dinero... Yo también siento mucho no estar siempro á tu lado, niño, y paso la pena negra; pero si á nuestro chiquitín le podemos dejar ocho, ¿por qué lo hemos de dejar cuatro?

—Cuando te digo que me va entrando la basca y que se me van metiendo tonterías en la cabeza... No hay quien me quite que á mí me va á pasar pronto una desgracia.

—Aprensiones.

—¡Sí; apresioncillas!... Tú no sabes nada, porque yo no te digo, porque no estés con cuidado; pero el alcalde de Dos Hermanas, el marqués de Cantales, se ha venido de Madrid, donde ha estado tres años por un pleito de las Mil y Quinientas, y como ya no tiene nada que hacer, ha cogido las jaquitas con diez hombres que ha escogido, y los paga á peso de oro, y mira, niña, que no me lo puedo quitar de encima al marqués; y no es eso sólo, sino que el marqués ha ofrecido por mi cabeza mil ducados al que me coja, y el capitán Berrendo, ya sabes tú, aquel capitanazo que tiene el pelo rubio y los bigotes negros, anda con sus migueletes que bebe los vientos detrás de mí, porque el marqués de Cantales le ha dicho que si me coje le regala un cortijito y escribe á Madrid para que le hagan comandante.

—¿Y no es más que eso, hijo mío?—dijo la Carmen.

—¿Y te parece poco, chiquilla?

—Tan poco, que con una onza de plomo se arregla el negocio. ¿Tienes más que esperar con toda esa alma que Dios te ha dado en una emboscada al marqués, y despacharle?... Acabado el perro se acabó la rabia; y al capitán Berrendo le vendrá muy bien tomar el seguro que tú le das.

—¿Si creerás tú que el marqués se descuida y se pone en sitio donde se le pueda despachar? Pues á fe que no sabe nada el alma mía ni es atroz. El otro día me cogió á Peniche, y yo no te lo escribí, porque no te asustaras, hija, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, le ahorcó de un roble, se llevó el cuerpo al ventorrillo de Pigricienta, y allí lo descuartizó y frió los cuartos, y los puso en los Cuatro caminos: conque anda, anda. Los muchachos tienen una *gindama* que no pueden con ella, y el mejor día me entregan.

—Mata al primero que te parezca mejor, y al primer motivo, por pequeño que sea, y vete con los otros á la sierra, que entre tanto, yo buscaré quien despache al señor marqnés.

—Ya había yo pensado en eso, Carmen,—dijo Cachitos. —¿Por qué no te vas tú á engatusar al marqués que no te conoce, y á ver si te lo traes á Sevilla, porque él es muy enamoradizo, y le echas por la trampa.

—Oye tú, Curro: ni por tí, ni por Dios padre, ni por mi hijo, engatuso yo á nadie. No seas sin vergüenza, hijo.

—De suerte, mujer, que yo no digo...

—Quite usted allá, hombre,—dijo Carmen,—que quien quiere bien á su mujer y tiene vergüenza, el aire que pasa junto á ella le estorba.

—Vaya, mujer, que das tú unos cambiazos...

—Pues ya se ve que sí, que no sufro yo que me toque á mí al alma ni á mi marido, y larga ha de ser la penitencia, por la poca *lacha* que has tenido cuando me has dicho que vaya yo á engatusar á nadie. ¡Por vida del hombre de Dios! ¡Y se habrá creído este trasto que á mí no hay más que faltarme al respeto!

—Vaya, mujer, no te amontones, que cuando te amontonas me echo yo á temblar.

—Es que usted no me ha dicho nunca lo que me ha dicho ahora, y cuanto más pienso en ello más me aprieta. ¿Con que, es decir, que usted quiere que vaya á decir al marqués que estoy enamorada de él para que el marqués se encariñe y venga á que yo le eche por la trampa? Vaya, hombre, bien; estamos completos; deje usted dormir á ese niño, que lo está usted incomodando, y á sacar en seguida del pozo al señor Lesmes, y á enterrarle, y luego se marcha usted, y no vuelva usted á mirarme más en todos los días de su vida.

—¿Sabes que ya se me va *ajumando* á mí el pescado, Carmen?—dijo Cachitos.

—¿Eh? ¿qué decía usted?—le preguntó Carmen, fijando en él una terrible mirada.—Vuélvalo usted á decir, hombre, que no he entendido bien.

El bandido se extremeció.

Carmen le fascinaba, le dominaba.

—Vaya, mujer,—dijo;—contigo no se puede hablar, porque cuando no quieres entender las cosas es que no quieres y se acabó. ¿Pues había yo de decirte á tí que te enredaras con el marqués de Cantales para engañarle y matarle? ¿Pues no sabés tú demasiado que lo que hay para mí grande en el mundo eres tú? O yo no me he explicado bien, ó tú no me has entendido, mujer.

—Pues bueno,—dijo Carmen;—sea el santo que fuere, *ora pro nobis*. Penitencia ha de haber y larga.

—Como tú quieras, mujer, tendremos paciencia.

—Al marqués de Cantales se le despachará sin que yo tenga que engatusarle, ¿usted entiende? A ver si se le quita á usted la *gindama* que le ha entrado. Y si usted no se

puede manejar con el capitán Berrendo, ya arreglaremos por acá al capitán. Esto de lástima, porque al fin y al cabo es usted padre de mi hijo. Conque vamos andando y á sacar ese atún y enterrarle, y luego se echa usted á dormir en el otro cuarto, y por la mañanita á la calle y hasta el verano.

—Vaya, mujer, lo que tú quieras.—contestó lleno de tristeza y aun pudiéramos decir que de desesperación el bandido.

Decididamente Carmen ejercía sobre él un dominio absoluto.

Tomó el belón y precedió á Cachitos que la siguió como un cordero.

La trampa caía poco después; alijerado de los botines, de las zapatos y de las medias descendió al fin del pozo.

Llevaba en la mano una larga cuerda.

El pozo no tenía en su fondo agua más que para cubrir escasamente á una persona; pero esta agua bastaba para que la persona que caía al fondo, ya lastimada, ya gravemente dolorida, imposibilitada de todo punto de levantarse por el cañón del pozo, se ahogase.

Cachitos se metió en el agua y pudo alcanzar el cadáver del alguacil, que no estaba en el fondo, sino medio á flote á causa de la tumefacción, que había empezado á determinarse.

Cachitos le ató con la cuerda por debajo de los brazos, y á seguida subió de nuevo valiéndose de los agujeros practicados en las paredes del pozo y trayendo consigo la cuerda.

Una vez arriba, entre Carmen y él subieron el cadáver y le arrastraron al sótano, en medio del cual le dejaron.

El cadáver estaba horrible, enlodado, hinchado, repugnante.

Carmen y Cachitos aparecían tan serenos, tan indiferentes como si se hubiesen ocupado de otra faena cualquiera.

Entre los dos quitaron de un rincón del sótano los toneles desvencijados y las esteras viejas que allí había, y dejaron descubierto el terreno.

A seguida Cachitos se puso á abrir una sepultura, y entre tanto, la Carmen que no había podido registrar antes al alguacil, se ocupó en esta operación, quitándole un antiquísimo reloj de plata, cinco ó seis pesetas y algunos cuartos, la petaca y la navaja.

No llevaba el hombre más, porque no había que meter en cuenta un su pañuelo, pedernal y un pegullón de yesca.

En cuanto á las ropas no merecían la pena.

—¿Con que sí?—dijo Cachitos.—¿Conque es decir que tú ya no me quieres?

—A hacer penitencia, hermano,—dijo Carmen, que después de haber despojado al alguacil, había ido á sentarse sobre un tonel viejo cerca del lugar en que trabajaba Cachitos, descalzo de pie y pierna.—Cuando usted haya hecho lo bastante para que yo le perdone, entonces veremos; pero entre tanto, yo no tengo que ver nada con los sinvergüenzas y con los cobardes.

Cachitos suspiró y continuó trabajando.

Cuando la sepultura tuvo como unos tres piés de profundidad, dijo:

—Vamos, hemos echado hora y media y tengo las manos que me brotan sangre, porque yo no he nacido para cavador. Si tú me hubieras ayudado á sacar la tierra se hubie-

ra acabado más pronto. En fin, ¿te parece que ya está bastante hondo?

—Con menos había bastante,—dijo con el acento ágrio y frío y despreciativo la Carmen.

—Vaya, pues podías habérmelo dicho, mujer,—dijo Cachitos.

—Estaba distraída, pensando en la mala suerte que Dios me ha dado. Ea, vamos, acabemos, que tengo sueño.

Y se levantó y se fué á donde estaba el cadáver.

Le asieron entre los dos y le arrojaron en la sepultura.

Cachitos la llenó de tierra, y luego arrojó encima las esteras viejas y los toneles.

Subieron.

Cachitos levantó la trampa y la afianzó.

Aquel crímen había quedado cubierto por el misterio.

Carmen fué inflexible con Cachitos.

Le relegó al otro aposento, y por la mañana, antes de que amaneciese, Cachitos salió.

Carmen no le volvió á ver más.

Algunos días después, la llevaron la noticia de que el alcalde de Dos Hermanas y el capitán de migueletes Berrendo, habían cogido mal herido á Cachitos y le habían matado de la manera más cruel del mundo.

Delante de sus conocimientos, Carmen se fingió triste, desesperada, pero en el fondo de su alma se alegró.

Siempre había aborrecido de muerte á Cachitos, y había tenido fuerza de voluntad bastante para engañarle, para hacerle creer que estaba locamente enamorada de él.

¿Y qué hombre enamorado no se cree amado á poco que se lo finja la mujer que ama?

Carmen había conservado su corazón vírgen, y no había

amado aún cuando se enamoró del períncIito Oreja y Media.

Ya sabemos que había tenido que sufrir en silencio su amor, porque por más que se había puesto al paso de Oreja y Media, éste no había reparado en ella; que fué necesaria una casualidad para que aquellos dos seres que habían nacido para unirse se uniesen. El empeño del alcalde mayor por la Pajarita de las Nieves, que había dado por resultado la rondadura de Oreja y Media á la casa de la marquesa de Casariegos, y por consecuencia de esta rondadura la inteligencia de la vieja mendiga con Oreja y Media, y la entrada para entenderse con la bruja en aquel bodegón, en donde él no esperaba encontrar los grandes amores de su vida, que de tal manera no debían transformarle.

Oreja y Media y Carmen eran lo más apropósito el uno para el otro.

Nunca dos bandidos tan formidables, tan fríos, tan indiferentes para el horror del crímen se habían unido, ni tampoco dos que ocultasen bajo una forma tan agradable y tan simpática lo negro de su alma.

Para sacar del pozo el cadáver de la vieja, se esperó á la noche.

Entre tanto, Oreja y Media se fué á casa del alcalde mayor, que le esperaba con ánsia.

El buen señor no vivía, no reposaba: Remeditos le había cogido el alma, y le tenía agonizando.

—Y bien; ¿qué noticias me traes?—dijo temblando de ansiedad en cuanto vió á Oreja y Media.

—Muy buenas, señor,—contestó el alguacil.—La vieja la encontró rebelde, porque, á lo que parece, la niña tiene novio.

—¿Que tiene novio?—exclamó sintiendo el aguijón de los

celos el corregidor, y dispuesto á armarle una zancadilla al favorecido mortal novio de la encantadora Remedios, fuese quien fuese, y ponerle, en cuanto le fuese posible, fuera de combate.—¿Y quién es su novio?

—Eso es lo que no se sabe,—dijo Oreja y Media;—pero la bruja le ha hecho cuatro salutaciones, la ha dado yo no sé qué medicina, engañándola bajo pretexto de que su novio la querría más, y apenas ha tomado el bebedizo esa señorita, cuando se ha abrasado de amor por usía; pero con una singularidad, que dice que, por más que ella se interese por usía, ella no puede ser de usía sino legítimamente, y que para eso tiene usía que pedírsela á su ama y hacer las cosas en regla, y levantarla á alcaldesa mayora, y que sino, aunque se muera de enamorada, ni aun consentirá en hablar con usía.

Oreja y Media no hacía otra cosa que repetir, palabra por palabra, las instrucciones que había recibido de don Miguelito y del tio Gamboa, en la entrevista que la noche anterior habían tenido él y Carmen con ellos, en la tienda de montañeses del tio Carcañales.

El alcalde mayor se había quedado helado, confuso, aturdido.

El no podía figurarse que una muchacha colocada en una situación servil pudiese tener las pretensiones de casarse con un personaje de su calibre, y por otra parte, en la rectitud de conciencia, comprendía que la virtud de la mujer no reconoce rangos, y que toda joven honesta tiene el derecho de exigir de aquél que la solicita una situación honrosa y legítima; ¿pero cómo se lanzaba él á dar el grave escándalo de casarse con una doncella de servicio?

Lo más prudente era tener paciencia y dejarlo; pero el

diablo del amor se había apoderado de tal manera del alma del alcalde mayor, que le parecía mucho más duro renunciar á Remeditos que casarse con ella, por durísimo que esto fuese.

El alcalde mayor no supo qué contestar, y se puso á dar vueltas por su gabinete tan amilanado, tan mezquino, tan fuera de sí, que daba lástima de verle; y no por lástima, sino conociendo que el alcalde mayor no se atrevía á decir nada, y que estaba cogido, Oreja y Media le dijo:

—No hay que desesperarse, señor, ni creer que se ha acabado el mundo, porque este es el regateo, y teniéndose firme, se sacará la tela más barata. Déjelo usía á mi cuidado, que si el primer bebedizo ha hecho que de repente esa señorita se olvide de su novio y se enamore de usía, otro bebedizo hará que se baje de sus pretensiones y se contente con venir á ser ama de gobierno de la casa de usía, lo cual será harina de otro costal.

—Si tú consigues eso,—exclamó el alcalde mayor,—te doy de oro tanto como peses.

Decididamente, ó el alcalde mayor estaba loco, ó una mujer cuando se mete bien en el alma de un hombre, es para él inapreciable.

El alcalde mayor, sorbido el seso por sus amores, no había pensado en que Oreja y Media pesaba lo menos seis arrobas.

—Por mi parte, señor,—dijo Oreja y Media,—yo soy tan leal para usía, y le quiero tanto que me doy por bien pagado con ayudar á que usía sea feliz; pero esa maldita de esa bruja no piensa más que en el dinero, y cuando yo la dije que usía iba á poner muy mala cara cuando supiera que la señorita no quería hablar con usía sino con la con-

dición de que usía se comprometiese á casarse con ella, me dijo:

«—Es que yo, con el bebedizo que la he dado he podido cambiarla el corazón de manera que se lo quite á su novio y se lo de al señor alcalde mayor; pero para sacarla del alma la virtud que Dios ha puesto en ella, se necesita otro bebedizo más fuerte, y tan caro de hacer, que yo no sé si el señor alcalde mayor querrá dar el dinero que hace falta».

Yo la dije que vuestra señoría estimaba en más su felicidad que todo el dinero del mundo, y que dijese lo que hacía falta; y entonces ella me dijo, que en lo menos que se podía arreglar la cosa era en cincuenta onzas.

—Pues por eso no quede,—dijo el alcalde mayor yendo á su gabeta y sacando de un esportillo, que llenó el ojo de Oreja y Media, tan lleno estaba de onzas de oro, cincuenta y se las entregó á Oreja y Media.

El negocio se iba haciendo extraordinariamente productivo.

El alcalde mayor era robado de la manera más dulce del mundo, porque jamás había dado con tanto gusto dinero.

Los dulces ojos, sobre todo, la dulce garganta de la Pajarita de las Nieves, tenían perdido á aquel buen señor que, aunque hombre de leyes, era sencillo y supersticioso: ¿y cómo no creer en las brujas y en los hechiceros, cuando nuestros antíguos códigos establecen sériamente penas para una tal clase de gentes, y no estaba muy remoto el tiempo en que la inquisición quemaba por los delitos de brujería y de hechicería?

Además, en nuestras provincias meridionales quedan aún muy arraigadas supersticiones dejadas allí por los árabes; pueblo cuya viva imaginación tendía á lo maravilloso.

Para don Mariano de Rivadaguas, marqués de la Pampanera y alcalde mayor de Sevilla, los hechizos, los sortilegios, los milagros por la intervención de la mágia negra y de la mágia blanca, y otra multitud de cosas en las cuales no cree hoy una persona medianamente educada, eran artículo de fé; y aún hoy mismo se ve con asombro que gentes que no se atreven á emprender ningún negocio en martes y que no asistirán á ningún acto de la vida en que tomen parte trece personas.

Lo de buscar un aviso de lo porvenir en los naipes; lo de creer en las ligaduras ó la virtud de esta ó la otra bebida para amar ó aborrecer, es también muy común, no solamente en nuestra buena tierra meridional sino en todas las naciones aún las más civilizadas.

La creencia en el mal de ojo; en los augurios faustos ó infaustos; en la desgracia que anuncia el graznido de la corneja, el aullido nocturno del perro y el encontrarse un tuerto al salir de casa; y que una mariposa blanca que vuela alrededor de vuestra cabeza os anuncia una carta deseada; de que el verterse el salero en la mesa es una señal de desventura, ó el verterse el vino el anuncio de una alegría; coge á casi todo el mundo, y una broma ingeniosamente ideada ó un manejo para un interés cualquiera, pueden hacer creer con la mayor facilidad del mundo que en una casa hay duendes.

Las campesinas de España, á poco que se sientan indispuestas y no entiendan el malestar que las acomete, se creen poseídas por el diablo y se van al cura para que les saque los males del cuerpo.

Nuestros aldeanos creen en los aparecidos, y en que el cura va al encuentro de estos provenientes del otro mundo

con el sacristán armado de caldereta é hisopo, y acompañado de un vecino que lleva una larga guadaña, y que cuando llegan al lugar donde el aparecido se aparece, hace alrededor de sí y del sacristán y del de la guadaña un círculo en la tierra con el agua bendita y evoca al aparecido, que enseguida se aparece y empieza á dar vueltas como un lobo alrededor de un redil, echando fuego por los ojos y castañeteando los dientes como un condenado que es, y que en este tiempo el de la guadaña procura cortarle el cordón bendito que lleva á la cintura y que le impide entrar en el infierno; y que cuando la guadaña coje el cordón y le corta el condenado da un tronido formidable que se oye á muchas leguas de distancia.

Los fuegos fátuos producidos por el calor ó por la putrefacción de alguna res muerta, les parecen almas del otro mundo; y no hay pueblo en que no se acuerden del fantasma que anduvo en tal ó cual tiempo; y aún hay quien cree que cuando el que ayuda á la misa cambia el misal por delante del sacerdote, suceden muertes y desgracias en el pueblo.

No hay que tomarlo á broma, se cree en todo esto; no pretendais disuadir de su creencia al supersticioso porque se irritará contra vos y os creerá impío y mal hombre; y es que el ser humano tiende á la superstición, es que su fantasía vuela hácia lo infinito, hácia lo inesplicable, hácia lo portentoso, hácia lo fantástico, hácia lo poético.

El alcalde mayor de Sevilla creía, pués, en toda esta balumba de sueños, y dió las cincuenta onzas á Oreja y Media, completamente persuadido de que el bebedizo que, mediante aquellas cincuenta onzas, haría la hechicera, le facilitaría sus amores con aquel diablo de muchacha que le había vuelto loco.

Todo se reducía á que él la dotase y reconociese como naturales los hijos que pudiesen venir, lo cual no tenía nada de repugnante, puesto que reyes católicos como don Fernando V, como don Carlos V, como Felipe II, como Felipe IV y como otros tantos, habían reconocido sin inconveniente alguno hijos bastardos; y dado el que las leyes vigentes del reino reconocían los derechos de los hijos naturales, y aun de los bastardos, y permanecía vigente, aunque en desuso, lo que las leyes determinaban en cuanto á los derechos de las barraganas de los clérigos.

Así, pués, no faltaba á su honor ni á su conciencia el bueno del alcalde mayor por amancebarse con una joven, con la cual, por razón de clase, no podía casarse.

Oreja y Media no terminó aún.

—Tengo que decir una cosa á vuestra señoría,—añadió rascándose su media oreja,—y es que me he enamorado.

—¿Y qué tiene eso de extraño, ni por qué has de sentir tú embarazo por decirme que quieres á una mujer?

—Es que hay mujeres de mujeres, señor,—dijo Oreja y Media,—y si yo hubiera podido tenerme firme, hubiera echado á paseo el querer que se me ha agarrado en el corazón.

—Pues harás muy mal en no sobreponerte si te has enamorado de una mala mujer.

—No, no, señor; es una mujer muy honrada, que hasta que me ha querido á mí, no ha querido á nadie más que á su marido.

—¿Cómo, pícaro,—exclamó el alcalde mayor,—á decir-

(1) **NOTA IMPORTANTE.** Por un error tipográfico en el pliego 29, que es el último del cuaderno anterior, saltó la numeración de las páginas desde el folio 233 al 334; es decir, que en las páginas 334 á 336 es donde va equivocada la numeración, pues deben ser 234, 235 y 236.

Advertido el error, desde el presente pliego vuelven las páginas á llevar su verdadero número, empezando, como es consiguiente, con el folio 237. El buen sentido del lector le hara ver que en el texto no hay omisión.

me tal cosa te atreves? Tú estás amenazado sin duda de una demanda de adulterio, y quieres que yo te saque en palmas; pues te engañas, porque á ella la planto para toda su vida en las Arrecogidas, y á tí te envío por diez años y retención á presidio.

—Yo no creo,—dijo Oreja y Media,—que casarse con una viuda sea adulterio.

—Y entonces, si esa mujer es viuda y honrada, ¿por qué dices tú que debías haber echado á paseo el querer que por ella te se ha metido en el cuerpo?

—¡Ay, señor alcalde mayor,—exclamó Oreja y Media, —que por haberse usía enamorado de la señorita Remedios me he enamorado yo de la señora Carmen!

—¿Pero qué es, en fin, lo que te sucede, hombre?

—¡Ay, señor alcalde mayor, que la señora Carmen no quiere menos que casarse conmigo, y yo no tengo razón de clase que oponerla como usía á la señorita Remedios!

—Ni veo motivo,—exclamó escandalizado el alcalde mayor,—para que tú te ensoberbezcas y no quieras casarte con una viuda honrada.

—Es que ella, señor alcalde mayor, es viuda de un ladrón.

—¿Pero ella ha sido ladrona?

—No, señor, porque si lo hubiera sido, usía la hubiera castigado; á ella la engañó el malvado de Cachitos, porque ella, cuando se casó con él, no sabía que era caballista.

—Por último,—dijo el alcalde mayor,—si tú la quieres y estás loco por ella, ¿en qué reparas? Y sobre todo, ¿qué tengo yo que ver con estas cosas tuyas para que así me estés quemando la sangre y tomándote licencias, que este es el mal que tiene el verse obligado á hacer confianza de gente baja, á la que se da el pie y se toma la mano?

—Máteme Dios en este mismo punto,—dijo Oreja y Media,—si yo, ni por pienso, he querido faltar al respeto á usía; pero es el caso, que como al tal Cachitos le costaba poco trabajo el tener dinero, había acostumbrado á su mujer á gollerías, y ella dice que no se casa conmigo si yo no la doto, y que con el sueldo de un alguacil no tiene ella para empezar.

—Acabáramos,—dijo el alcalde mayor;—por ahí debías haber empezado, y haberme dejado de cuentos. ¿Qué dote quiere esa mujer?

—Quinientos doblones,—señor alcalde mayor,—dijo Oreja y Media.

—Pues mira, se pone el precio por doblones como si fuera una yegua; tanto da; cuenta con esos quinientos doblones.

—Y quiere además el ajuar: á mí me da grima decir estas cosas á usía; pero hágase cargo usía de que yo no estoy en mí.

—Pues mira, cásate cuanto antes, y ponme la cuenta.

—Muchas gracias, señor, usía es mi padre; pero es el caso que la Carmen quiere además, porque las mujeres son caprichosas, lo que usía tal vez no querrá hacer, porque como ella es la viuda de un ladron, y á más de eso bodegonera, y usía es tan gran señor y de tantas campanillas...

—Acabemos. ¿Qué es lo que quiere esa mujer?—exclamó alarmado el alcalde mayor.

—Pues quiere pue usía sea el padrino de la boda.

No le supo bien esto al alcalde; pero se le figuró que si no complacía á Oreja y Media, éste no iba á servirle bien en su negocio, y que tal vez su negocio iba á echarse á perder, y se apresuró á decirle:

—Hombre, no, yo no tengo inconveniente, porque todo el que sepa que ella es viuda de Cachitos se figurará que yo no lo sé; con que puedes decirla que sí, que yo seré el padrino.

—Bueno, muchas gracias, señor; agradecido de usía hasta las entretelas; pero es que la Carmen dice...

—¿Todavía más?

—La Carmen dice que no le gusta que yo sea alguacil, ni ella quiere seguir siendo bodegonera, porque si es bodegonera lo es por necesidad, para mantener una criaturita que tiene, y dice que si vuestra señoría no me hace su ayuda de cámara y á ella segunda ama de gobierno, no se casa conmigo, ni que la de todo el oro del mundo. Caprichos, señor, caprichos, y yo estoy sudando, porque veo que estoy abusando de vuestra señoría.

—Pues mira, eso último no me cuesta á mí ningún trabajo; así, agradecidos de mí, me cuidareis bien.

—Ya ve usía; y siendo la primera ama de gobierno la señorita Remedios...

—Bien, hombre, bien, cásate cuanto antes; en esta semana vienen dos días de fiesta, de suerte que pronto podeis estar casados; y yo me alegraría mucho que cuando vosotros os acomodáseis en casa, se acomodase también Remeditos.

—Pues, por supuesto, señor alcalde mayor; y todos cuidaremos de tal manera de usía, que usía estará en la gloria.

—Mira si tienes algo más que decirme.

—No señor, no, y siento haberme visto obligado á decir á usía tanto.

—Pues vete, y vuelve cuanto antes á traerme una buena razon.

Oreja y Media salió completamente satisfecho de sí mismo.

La infamia que se preparaba no había podido ni aun sospecharla el débil alcalde mayor.

Los vicios producen funestas consecuencias, y por consecuencia de un amor reprensible, el alcalde mayor se veía amenazado.

No bastaba el robo perfectamente preparado ya de la marquesa de Casariegos, se había concebido el audaz proyecto de robar al alcalde mayor, y para esto había sabido preparar hábilmente su introducción y la de Carmen en la casa del alcalde mayor, Oreja y Media.

Había nacido predestinado, y en cuanto le buscó el crimen, encontró en él uno de sus hijos predilectos.

En adelante veremos que si Oreja y Media no se hizo célebre, fué porque don Miguelito oscurecía á todo el que estaba á su alrededor.

CAPITULO XV

En que continúa el interesante relato empezado en el capítulo anterior

Oreja y Media volvió ya bien entrada la noche, cerca de la hora de cerrarle, al bodegón.

Al bajar los escalones, un movimiento de cólera y de celos le acometió.

Había visto en el mostrador, hablando de una manera tirada con Carmen, un bulto; pero se tranquilizó al momento.

Aquel bulto era el tio Gamboa, el teniente de don Miguelito.

—¿Pues no me ha dado usted un sinsabor del díablo antes de conocerle, compadre,—dijo Oreja y Media,—que no creí sino que me estaba usted *jonjabando* á mi mujer?

—Soy ya viejo y feo,—dijo el tío Gamboa,—y me estoy ya con el padre quieto, muchacho. Yo estaba aquí hablando con la tuya de una cosa importante. Ella dice que tiene confianza en tí, y yo la decia que lo veremos, porque no es

lo mismo decir vienen toros á verlos venir, y la cosa se ha cortado de manera que esta noche es el gran negocio. Oiga usted, señora, hágame usted el favor de cerrar la puerta, vámonos para dentro, donde no puedan oirnos más que las paredes.

—Le he dicho á usted que sí,—dijo Carmen, dando la vuelta al mostrador,—y usted verá cómo el mozo cumple.

—A usted la ciega la pasión, señora Carmen.

—Hombre, ni tanto ni tan calvos: á mí me gusta lo que me gusta; pero yo no pierdo el sentido por lo que me gusta, más que cuando quiero y cuando no hay cuidado. Vamos, ya está cerrada la puerta; vámonos para dentro; ¡qué, tío Gamboa! si usted no sabe lo que es tener alma, ni lo sabrá usted hasta que me vea usted en el *redondel*. Vaya, pase usted; métase usted allí por la segunda puerta de la derecha, y no vaya usted á tirar hácia la izquierda, porque podría pasarle á usted una desgracia, y yo le estimo á usted más que todo eso. Pasa tú, chiquillo, que voy á cerrar esta puerta por si acaso.

Pasaron los dos bandidos y se metieron por la última puerta.

Carmen entró poco después, puso el velón sobre una mesilla, y dijo:

—Siéntense ustedes en la cama, que yo me sentaré en esta silla; y no he traído vino, porque detrás de un trago viene otro, y cuando hay que trabajar es menester que la gente tenga la cabeza bien serena.

—También es verdad, señora Carmen, usted se pone en todo.

—Pues, por supuesto hombre. ¿Y dice usted que esta noche es lo de la marquesa?

—Sí señora.

—¿Y la cosa merece la pena?

—¡Vaya, señora Carmen! que la Remeditos dice que las alhajas que tiene en su dormitorio en una gaveta, la marquesa, valen lo menos dos millones de reales; y que el dinero no merece la pena, porque la marquesa nunca tiene más que para el gasto corriente de la casa. Por lo mismo, el tiro es á las alhajas, y para llegar donde están las alhajas, que es en un gabinetito sin salida, hay que pasar por junto á la cámara de la marquesa. En fin para que ustedes se enteren, aquí está el plano: venga usted acá para que se entere usted bien; y tú también entérate, que tú eres el que tienes que hacer el negocio.

Y el gitano se levantó, se acercó á la mesa, se hincó de rodillas, porque la mesa era muy baja, y desarrolló sobre la mesa un pequeño plano.

—¿Usted entiende de estas cosas, señora Carmen?—dijo el tio Gamboa,—¿usted sabe que esto es la distribución de una casa?

—Vaya hombre, sí, ande usted,—dijo Carmen.

—Esto que usted ve, es el jardín,—dijo el tío Gamboa, —esta raya la tapia; esta aberturita colorada que hay en la tapia, un postigo. ¿Usted ve este reguerito de puntitos colorados?

—Sí, hombre, sí.

—Es el sitio por donde se tiene que ir; fíjate bien en ello, niño. Por aquí por estos puntos se llega á la casa; ya sabes, aquí está la escala; vaya si entiendo yo de esto, por pasos: ¿ves tú todo derecho del postigo veinte pasos, y luego torciendo á la izquierda, otros veinte pasos hasta llegar á la puerta que da al jardín?

—Oiga usted, tío Gamboa, y ¿esta puerta estará abierta?

—No, señora; pero como yo entraré hasta esa puerta con el *gachó*, y llevo yo este rico paletín, abriré esa puerta como si fuera la de mi casa.



Y el gitano sacó una ganzúa y la volvió á guardar apenas la hubo mostrado.

—¿Y usted se va á quedar aquí tío Gamboa?—dijo la Carmen.

—Sí señora, por lo que pueda suceder: desde aquí, tienes tú que entrar solo, *chavó*: todas las puertas desde aquí están francas. Mira, esto, por donde siguen los puntitos colorados es una escalera, y esto otro un corredor; ¿ves tú aquí? en esta habitación, los puntitos colorados se parten en dos ramales; tú, primeramente, sigues

todo derecho y te metes en este cuarto; ¿ves tú aquí? en medio de este cuarto se paran los puntos colorados: esto cuadrado que hay aquí es una cama, y en esa cama estará acostada la Remeditos que se dejará que la ates con la cuerda que te se dará, y que la tapes la boca con un pañuelo que te se dará también. Así que hayas atado á la Remeditos y la hayas tapado la boca, te vuelves aquí, donde empieza el otro ramalito de puntos y pasas por esta puerta, y luego por esta otra puerta, y ya estás en el dormitorio de la marquesa. Antes de entrar cierras la linterna sorda que te se dará, porque en el dormitorio de la marquesa hay una mariposa encendida, y como la puerta es una mampara y hay alfombra, puedes, con poco cuidado que pongas entrar sin hacer ruido, y te tuerces hacia la izquierda para que te tapen las colgaduras de la cama, y luego acechas, y si la marquesa duerme, te arrojas sobre ella y la tapas la boca antes de que pueda dar un grito, y enseguida la atas, y si es menester... ya me entiendes. Cuando la marquesa no pueda gritar, buscas en el bolsillo de su vestido, que estará junto á la cama, un arito de acero en que hay unas llaves pequeñas; la más larga es la de la gabeta de la marquesa, que está mismitamente donde se acaban los puntos colorados; la abres. En la gabeta, entre los dos cuerpos, en el de arriba y en el de abajo, hay, entre chicos y grandes, treinta y tres estuches; los echas en un saco que te se dará y te sales por donde mismo has venido, aquí paz y después gloria. Conque, señora, Carmen, usted se ha enterado, ¿no es verdad?

—¡Vaya!

—Pero explíqueme usted ahora la operación, que bueno es asegurarse.

Carmen explicó claramente la manera de cometer el robo.

—Vuélvamelo usted á explicar,—dijo el gitano.

—Hombre, pues no parece sino que usted cree que tenemos la cabeza llena de miajones,—dijo Carmen.

—No se ofenda usted, fortunita,—dijo el tio Gamboa,—que las cosas delicadas hay que tratarlas delicadamente.

—Vaya, bueno,—dijo Carmen,—á ver si es esto.

Y volvió á explicar.

—Muy bien, señora. Vamos ahora á otra cosa. Oreja y Media, todavía estás á tiempo; ¿tú te atreves?

—¡Vaya si me atrevo!—contestó Oreja y Media;—¡y por dos millones de reales! ¡Jesucristo!

—¿Te dará miedo cuando te veas en el lance?

—Hombre, que no.

—Mira, yo por tí lo digo; porque si se arma escándalo, y veo que la cosa anda mala, yo tengo tiempo para escurrirme y para avisar á los otros, que estarán al cuidado en la calle, y si á tí te cojen, tú la pagas, y por el pescuezo, que no es menos.

—Hombre, cuando yo le digo á usted que sí,—exclamó Oreja y Media.—Me está á mí pareciendo que usted no se atrevería, según las dificultades que pone.

—Si por casualidad no te hubiera encontrado á tí,—dijo el tío Gamboa,—como los otros no sirven, yo lo haría; pero yo me estaré donde me debo estar, para salvarte á tí, si es necesario, que importa mucho que no se coja á nadie, porque por los que cogen suele saberse quiénes son los que no se han cogido. Oye tú, aprendiz; si la marquesa grita de manera que tú crees que la puede oir alguien, no te detengas, ni hagas ninguna barbaridad; escúrrete enseguida.

—¡Qué ha de gritar la marquesa!—dijo Oreja y Media.

—Bueno; pero si grita, al instante fuera del *cacho*, chi-

quillo; mira tú que la marquesa es valiente y que tiene el sueño muy ligero; es bueno que sepas todo.

—Casi casi estoy yo por ir,—dijo la Carmen.

—Quíte usted allá, señora, que los faldamentos de las mujeres, para estos casos son un inconveniente. Lo que hay que hacer esta noche es muy poca cosa; lo hace cualquier novato, con tal de que tenga hígados. Si fuera una cosa más difícil, iría yo ó don Miguelito mismo, que tiene más alma que todas las cosas; pero en fin, esto no es nada, y con eso servirá para que éste se acostumbre, que á estas cosas se acostumbra un hombre la primera vez. Conque á las doce de la noche nos vendremos por aquí.

—¿Y no fuera mejor que se fueran ustedes por casa del tio Carcañales? porque le diré á usted; como yo he recibido á éste en mi casa, y los vecinos lo han olido, y saben que yo no he recibido nunca á nadie están avispados, y si éste se fuera ahora con usted á casa del tío Carcañales, no tendrían que reparar en nada.

—Pues tambien dice usted bien, señora Carmen, y nos vamos á ir enseguida: quiero decir, que yo enseñaré á éste casa del tio Carcañales, cómo se pone un atraque en un santiamen, y no tiene usted que meterse en eso, y le explicaré una y otra vez el plano hasta que se lo sepa de memoria. Ea, y vámonos, muchacho.

—Mira, Oreja y Media, que no bebas ni una gota, hijo, —exclamó ávidamente la Carmen.

—Descuida tú, mujer.

—Y oiga usted, tio Gamboa: ¿están ustedes seguros que la Remeditos no se volverá atrás, que no le entrará la *jindama*, y lo echará todo á perder? Mire usted, tio Gamboa, que los hombres no se crían en maceta.

—Tenemos tan segura á la Remeditos, como si la tuviéramos en la mano; usted no sabe, cariño, lo que es don Miguelito para sorberle el seso á una mujer y embrujarla.

—A la fin y á la postre,—dijo la Carmen moviendo la cabeza,—me gustarían á mí mucho más las jaquitas y el camino: en el camino se ven los bultos de frente, y media docena de mozos crudos se pasean por todas partes.

—De todo tiene la viña del Señor,—dijo el tio Gamboa; —y esto es muy rico cuando se hace bien. En fin, á mí no se me daría mucho de lo otro; pero don Miguelito dice que no hay necesidad; y sobre todo, que cuando se trabaja en poblado se gana más, porque no hay que pagar más que á la gente que trabaja, y no que de la otra manera, hay que darle dinero á medio mundo para estar medio seguros. En fin, si se le hace á usted duro que su buen mozo ande en esto, con dejarlo, en paz; sólo que como ustedes saben lo que saben, sería menester que se callasen mucho.

—No señor, no, no es eso.—dijo la Carmen;—¿pero por qué no se ha de hablar? Vayan ustedes con Dios, y cuando la cosa esté hecha, avisarme; con enviar á uno de los muchachos á que de un trancazo en la puerta y pase de largo, basta; así descanso yo. No vengas tú, chiquillo, quédate en casa del tío Gamboa.

—¿Pero nos vamos ó no?—preguntó el gitano.

—Espérese usted, hombre, que le tengo yo que dar un recadito á ésta; es un regalo que me ha dado para ella el señor alcalde mayor.

—¡Hola, hola! ¿Va eso bien?—dijo el tío Gamboa.

—¡Vaya! El alcalde mayor me ha dado estas cincuenta onzas para mi Carmenr.

—Bueno,—dijo el tío Gamboa;—á toda ley, eso debía

partirse, pero en fin, ningún perro lamiendo engorda; y me gusta, hombre, que no hayas andado con tapujos.

—Cuando le digo yo á usted,—exclamó la Carmen,—que es muy leal y muy hombre... En lo tocante á partir, también yo digo lo mismo; ningún perro lamiendo engorda, y yo no he de salir de rica ni de pobre con cincuenta onzas más ó menos, y no quiero que se diga.

—Guárdeselas usted, señora Carmen, que merece usted eso y mucho más,—exclamó el gitano,—y se la estima á usted mucho. Y si no fuera usted prenda de un compañero, yo la diría á usted algo, y no se aguantaría Caparrota.

—¿Y quién es Caparrota?—exclamó Oreja y Media.

—Vaya, muchacho,—exclamó el gitano;—tú todavía no te has enterado bien; cuando se dice el capitan, ó don Miguelito, ó el marqués, ó Caparrota, hazte cuenta que se dice una misma persona.

—¡Ah! ya.

—Y mira que ese nombre se lo puso mi hija, la pobrecita hija mía, que me ha dejado desesperado en este mundo; y fué porque cuando nos conocimos, yo le rompí al marqués la capa de un corte. Verdad es que él me metió un pinchazo que me hizo ver estrellas; y mi hija, que se casó con el marqués, aunque nadie supo que era marquesa, no le llamaba más que Caparrota, y á mí, porque no se me olvide nunca mi hija, y me parece siempre que la estoy oyendo, le digo muchas veces al marqués Caparrota, y los muchachos lo han oido, y con Caparrota se ha quedado; y aunque ahora mny pocos, los muchachos y yo solos, le llamamos don Miguelito Caparrota, se me figura á mí que con el tiempo va á tener que decírselo á todo el mundo. En fin,

vivir para ver. ¿Con que las cosas con el señor alcalde mayor van bien?

—¡Vaya si van! El alcalde mayor tomará de ama de gobierno á la Remeditos, y será padrino de mi boda con ésta, y á ésta la dota en mil y quinientos doblones, y cuando nos casemos nos iremos á casa del señor alcalde mayor, ésta de segunda ama de gobierno; ¿por qué no ha de tener dos amas de gobierno el señor alcalde mayor? y yo de ayuda de cámara, porque me quito de alguacil. Con que vea usted si el negocio va bien, y si yo soy franco y leal como usted ve.

—Hombre, también te toca para empezar un negocio de los ricos; tienes suerte, muchacho. En fin, vámonos.

—Espérese usted; para que usted vea que aquí no se le oculta nada, en la casa hay una trampa, debajo de la trampa un pozo, y en el pozo está ahogada una vieja, que fué la primera con quien yo me embarbeté para tratar el negocio del señor alcalde mayor con la Remeditos, y que estorbaba.

—Vaya, hombre, bien, me gusta; un buen muchacho y su mujer no deben tener nada tapado para su capitán y para su teniente. Me parece que nos vamos á llevar todos muy bien.

—Me parece que sí,—dijo Oreja y Media. Y la duda que usted tiene de si yo gasto buena sangre cuando es menester, se le va á usted á quitar esta noche. Niña, yo, cuando vine, pensé ayudarte á sacar ese harapo viejo del pozo, y á enterrarle...

—Anda, anda tú á lo que más importa,—dijo la Carmen,—que la vieja pesa dos onzas, y yo me entretendré en sacarla y taparla mientras tú estás en lo otro. Ea, y buena suerte, y hasta la vista; vengan ustedes, que los voy á echar á la calle.

Un momento después salían los dos bandidos.

—Me parece á mí,—dijo Carmen cerrando la puerta,—que ese gachó no va á ser mucho tiempo teniente de Caparrota. ¿Pues no quiere el indino entrar á la parte con mi Oreja y Media? La fortuna que yo soy prudente, y no quiero echar á perder un buen negocio. En fin, me parece que sabiendo y todo que hay trampa en casa, á ese buen mozo lo achispo yo y lo consiento, y va al pozo. Vamos ahora á sacar la bruja.

CAPÍTULO XVI

De cómo fué el bautismo de sangre de Oreja y Media.

El tio Gamboa y Oreja y Media se encaminaron á casa del tio Carcañales.

Por el camino no hablaron nada importante.

Cuando llegaron, aún no había ido el marqués, esto es, Caparrota; nos iremos acostumbrando á llamarle así, puesto que este es el nombre con que más se le conoce.

El tio Gamboa y Oreja y Media se encerraron en una habitación interior, y el jitano se puso á instruir á Oreja y Media, que le escuchaba con una gran atención.

Aprendió primero de memoria el camino que debía recorrer una vez en casa de la marquesa, y por último, después de algunas lecciones de atraque, llegó á ponérsele perfectamente al tio Gamboa, y no solamente á éste, sino que también á la dueña de la casa, con la cual se hizo un verdadero ensayo, colocándose la señora Pepa en la cama, haciéndose la dormida, y yéndose á ella y sorprendiéndola Oreja y Media.

Todo había salido admirablemente, y no parecía sino que Oreja y Media había estado toda su vida haciendo aquello.

—Pues como lo hagas de verdad,—dijo el jitano,—lo mismo que lo haces de mentirijillas, y con tanto cuajo y con tanta serenidad, te digo yo á tí que se ha ganado mucho con que despabilen al Despabilador. Ven acá ahora, muchacho, para que aprendas cómo se ata á una persona de manera que no se pueda mover.

Luego, el tio Gamboa dió una linterna de hierro, de resorte, una linterna sorda á Oreja y Media, y le enseñó cómo debía manejarla.

Por lo que se vé, la casa del tio Carcañales no era más que en la apariencia una casa de montañeses: debajo de aquella apariencia estaba la escuela de robo y asesinato; una caverna, en fin.

Poco después de las diez y media, y cuando ya estaba terminada la rápida instrucción de Oreja y Media, cuando ya se había hecho la completa transformación de éste en bandido perfecto, llegó don Miguelito.

Venía elegantísimo.

Había estado aquella noche en la tertulia de los marqueses de Campo-Largo, á donde concurría lo más rico y lo más bello de Sevilla.

Parecía imposible á primera vista, que un joven de una apariencia tal, fuese el terrible Caparrota, el capitan de los bandidos invisibles que de tal manera traían consternada á Sevilla.

El marqués se dirigió á Oreja y Media, y le dijo:

—Yo tengo muy buen ojo, y veo en tí una de las lumbreras de la santa hermandad de *cógelo-todo*. Muchacho, tú

eres todo un hombre, y me parece á mí que con el tiempo se va á escribir mucho de tí; por esto, y solo por esto, te he dejado en quieta y pacífica posesión de la Carmen, que me ha gustado un poquillo; en fin, bien está contigo, y para mí como si no hubiera tal Carmen en el mundo: ella acabará de criarte y de hacerte hombre. Pero, otra cosa, ¿cómo andan los negocios, muchachos?

El gitano, que veía ya con cierto sobrecejo la estimación en que parecía tener á Oreja y Media, Caparrota, informó al marqués de todo lo que había referente á la Remedios, al alcalde mayor y á Carmen, y á Oreja y Media, y éste acabó de informarle.

—Perfectamente,—dijo Caparrota.—Yo me voy, porque estoy haciendo allí falta: á las doce tomais para allá, y al negocio; yo os diré lo que haya que decir.

Y el marqués salió tal como se encontraba, sin llevar más armas que las que acostumbraba á llevar; esto es, un par de pequeños pistoletes de Vizcaya, cargados hasta la boca; pistoletes tan pequeños, que no se notaban bajo la ropa, y una gruesa caña de Indias con largo puño de oro, dentro de la cual se ocultaba un fuerte y largo estoque de tres filos.

Caparrota no se disfrazaba; ¿y para qué? esto hubiera sido una imprudencia.

Si por un acaso le hubieran preso disfrazado en ciertos lugares, verbigracia, en aquellos en que hubiera acabado de cometerse un robo, su disfraz le hubiera comprometido.

El marquesito tomó hacia la calle de la Sierpe, llegó á ella, y se acercó á una de las rejas de la casa de la marquesa de Casariegos.

Remedios estaba ya esperando en la reja; tal era la im-

paciencia de su amor, de un amor que la había vuelto loca.

Miguelito la había puesto al reló: la trataba mal, la desesperaba, la aburría, la daba celos, la disputaba el amor, la irritaba, la trataba, en fin, á la alta escuela, como él sabía tratar á las mujeres, y Remedios estaba ciega por él y le adoraba.

El marqués no se había confiado á ella, ó por mejor decir, no había empezado á usar de ella para su negocio sino cuando había visto que la Remedios estaba ya en *punto de caramelo* y muerta y desoseida por sus pedazos.

En fin, en pocos días, y con una trastienda infernal, valiéndose de todas las artimañas, de todos los medios que pueden usarse para apoderarse del alma de una mujer de poca experiencia y de violentas pasiones, el marqués había invertido completamente la moralidad de Remeditos; es decir, la había *puesto al pelo*, y hablaba ya con ella, y con ella hacía planes ni más ni menos que si la Remeditos hubiera sido uno de sus muchachos.

Para la Pajarita de las Nieves no había más Dios ni más Santa María que su niño, su Miguelito; y para ella, todo el agradecimiento que debía haber sentido por la marquesa de Casariegos se había convertido en humo.

Esto era lo que daba su gran importancia para los negocios que explotaba á don Miguelito; su fuerza de seducción sobre la mujer, y la habilidad con que sabía pervertirla y hacer en poco tiempo de un ángel un demonio.

Todo lo que se dijese acerca del enloquecimiento, de la pasión, del entrañamiento con que la Remeditos quería á Caparrota y se moría por él, sería pálido: baste decir, que de tal modo era apasionada y frenética por él Remedios, que como la chica era preciosa, á veces, Caparrota, que era

el hombre de alma más fría cuando se trataba del negocio, se mareaba, se sentía acometido, por un breve espacio, por un vértigo semejante á aquel que se había apoderado de Remedios, y cada vez que el marqués se mareaba, Remedios se moría de amor, y era un milagro que, no pudiendo resistir á tanta pasión, no hubiese un día estallado.

La mujer ha sido siempre uno de los grandes elementos del bandido en poblado, y no se sabe hasta qué punto son imprudentes esas señoras que no se cuidan de otra cosa sino de que sus doncellas sean bonitas y elegantes, á fin de tener el lujo de la hermosura á su servicio; bien es verdad, que el mismo peligro se corre con las feas y con las ordinarias, y aún más, porque nada es comparable al trastorno, que causa el amor en una fea, á la que nadie se ha dignado mirar nunca; pero las doncellas deben estar vigiladas con una gran prudencia.

El marqués había adiestrado de tal manera á Remeditos, la había dado tales instrucciones, que nunca su señora había estado más contenta con ella, ni la había tratado con más cariño, ni con más confianza.

Remeditos lo había expiado todo, lo había observado todo, había sacado admirablemente el plano de la casa, instruída por Caparrota; sabía dónde estaban las alhajas, cuánto tiempo tardaba en dormirse la marquesa y cuánto era más ó menos ligero su sueño; había sacado en cera el molde de las llaves de las puertas por que había que pasar desde el jardín al dormitorio de la marquesa; lo había reparado, en fin, todo admirablemente, y había llegado el momento de dar el golpe.

A más de esto, como el alcalde mayor había ido alguna que otra vez, atraído por la Remeditos, á casa de la mar-

quesa, la niña había coqueteado de tal manera y tan encantadora y tan embriagadora había estado para con el buen señor, sin dejarle ver por esto esperanzas, que ya hemos visto hasta qué punto se le había ido el *pesqui* por ella.

Esta era la preparación de un nuevo golpe.

Y no lo había hecho todo esto Remeditos por avaricia, ni porque fuese inclinada al robo, sino por dar gusto á su niño, porque su niño no la abandonase, porque en fin, se había reblandecido y se había pegado á Caparrota de tal manera, que no parecía sino que Caparrota y ella eran una sola y única persona.

—¡Ay, chiquillo,—exclamó Remedios cuando sintió al marqués,—y qué ansia que he estado pasando, hijo mío, que me parecía que no iba á volverte á ver; que anoche soñé que te casabas con la vecina, con esa larguirucha, hija del coronel del provincial!

—Pues á fe á fe que es fea la Candelaria, y que no tiene ojos la niña, y con una garganta que le da á uno ganas de colgarse á ella y morirse allí colgado.

—Mira, Miguel, que te pego un tiro,—exclamó Remedito.

—¿Y con qué pistola, cariño?—dijo Caparrota.—¿Pues no sabe usted que usted no tiene licencia para tener celos, ni para meterse en nada de lo que yo haga, y que usted tiene que satisfacerse con que yo me digne mirarla á usted á la cara?

—¡Ay, Miguel, que me estás matando! No me digas eso, que todo eso es mentira y por hacerme rabiar; porque tú te estás mirando en mis ojos, porque yo te he comido el corazón y no te ha quedado ni una pizca para ninguna.

—Mejor es que lo creas así, porque cada cual vive de lo

que cree,—dijo Caparrota,—pero de veras que me gusta y me retegusta la Candelaria.

—Como la mires y ella te mire, la ahogo: yo no puedo sufrir esto. ¡Dios mío! yo me voy á morir.

—Bendita sea tu alma y tus entrañas, niña de mis ojos, —exclamó el marqués,—que yo todo esto te lo digo porque llores, porque cuando lloras por mí, veo toda la gloria con todos los angelitos, y todos los querubines, y todos los serafines y el Padre Eterno en lo alto.

—¡Ay, Miguelito,—exclamó Remedios,—que me abraso viva, yo no sé lo que va á ser de mí! Mátame, párteme el corazón y las entrañas, hazme pedazos. ¡Jesús, Dios mío, y que ahogo!

—Vaya, chiquilla, revívete y no te vuelvas del revés de esa manera; un día vas á dar un tronido y me haces muchísima falta; vamos á ver, capullito de rosa, ¿estás tú bien dispuesta para lo de esta noche?

—Vaya, hombre, pues si quisiera yo que todo lo que el mundo entero tiene fuera tuyo, aunque hubiera necesidad de quemar y de moler al mundo entero. Mira tú, pues ya puedes andar; pero oye tú, Miguelito mío, que no vaya á hacer una barbaridad el que entre, que yo no quiero morir mientras tú me quieras.

—El que entrará es todo un buen mozo, que sabe que tú estás bendita, porque te quiero yo; tú no tienes que hacer más que estarte quieta, que él te pondrá el *atraque* sin hacerte daño y sin que te fatigue, y te atará sin lastimarte. Oye, tú, ¿se ha acostado ya la marquesa?

—Sí, hijo mío; á la marquesa la tienes tú mareada, y yo creo que la pobre se acuesta temprano para quedarse sola y pensar en tí.

—Niña, ¿le has dado al perro el pan de sebo que yo te dí para que se lo echaras?

—¡Vaya! antes de que vinieras tú dí una vuelta por la perrera, y Mustafá estaba dormido como un tronco, y de tal modo, que aunque lo meneé muy fuerte no despertó.

—Has hecho mal en ir á enterarte de si el perro dormía ó no, que con saber que se había comido el pan bastaba; y han podido verte.

—¿Si creerás que yo soy tonta? En el jardín no hay nadie á estas horas; las cocheras están al otro lado, y los criados y las otras doncellas y el ama de gobierno y la cocinera duermen en el segundo piso, allá en los quintos infiernos, en el lado de la casa que da á la callejuela; cerca de la señora no duerme nadie más que yo, que soy la queridita, y eso por si á la señora se le ocurre algo de noche.

—¿Conque es decir que no puede sobrevenir nadie?—preguntó Caparrota.

—Nadie; pero Miguel de mi alma, yo me alegraría de que á la señora no se la hiciese nada más que sujetarla y taparla la boca.

—¿Y qué se le ha de hacer? nada, hija. Si yo estimo también mucho á la marquesa; lo uno no tiene que ver nada con lo otro, y el negocio se hará sin que la marquesa pase más que un susto, enseguida, tú te acomodas con el alcalde mayor, que la cosa va bien, le damos al alcalde mayor un picotazo y se acabó; porque con estos dos negocios me desempeño yo y me quito de estas cosas, y te llevo á mi casa de ama de gobierno, y tan contentos y tan felices. ¿Y qué? un par de millones menos á la marquesa y lo que sea de menos al alcalde mayor. Tú serás rica y tendrás

á tu Miguelito, que no mirará á los ojos ninguna más que á tí.

—En teniendo yo eso,—dijo la Remedios,—todo lo demás me importa lo que me encontré esta mañana.

—Pues mira, es menester que te vayas.

—Eso es, y son ahora las once y cuarto.

—Pues por eso, porque son las once y cuarto, porque á las doce hay que ponerse al trabajo, y es menester que la calle se quede sin bultos, porque apostaría cualquier cosa á que la Candelaria y la que no es Candelaria, están atisbando, y como mañana se ha de saber el negocio en Sevilla, es menester que nadie pueda decir que ya cerca de la hora del negocio estabas tú pelando la pava conmigo. Déjate tú, que mañana será otra cosa, que me parece á mí que mañana no duermes tú casa de la marquesa, sino en mi casa mientras se dispone que entres casa del alcalde mayor. Ea, conque quédate con Dios, boquita de mieles, rica, que yo me voy á tomar distancia.

—¡Ay! adios, Miguelito mio, que se me figura que no te voy á volver á ver.

—Que si quieres; hemos de andar con la barba por el suelo de viejos, y todavía nos hemos de estar viendo.

—Pues, adios, y acuérdate de mí, niño.

—Adios, chiquita mía, hasta mañana.

La Pajarita de las Nieves cerró la reja.

El marqués se alejó lentamente como un amante satisfecho, dobló la esquina y fué á llamar á la puerta de un montañés en lo último de la calle de las Sierpes.

La puerta se abrió al momento.

Estamos en otra sucursal de don Miguelito; pero allí no era un gitano el que campeaba, sino una hembra enor-

me, bigotuda, mofletuda, carnosa de tal manera, que al andar la temblaban las carnes, y á la que, por su humanidad lanzada, protuberante é inconcebible, no se conocía sino con el nombre de Osa Mayor, que la habían puesto los mocitos del barrio, y con cuyo apodo se había quedado, sin ofenderse por esto en lo más mínimo.

—Vaya, bien venido, don Miguelito,—dijo la Osa Mayor con una voz hombruna y aguardentosa que no había más que pedir.—A la fuerza hay tela entre manos, cuando usted me ha dicho que le esté esperando entre once y doce.

—De veras que sí, hermosa urca,—dijo don Miguelito;—y mañana ya sabrás tú, por el corte que verá todo el mundo, qué casta de tela es.

—Ya sabe usted, don Miguelito, que yo no me meto en averiguar lo que no me importa. Pero cállese usted, que han llamado á la puerta. ¿Abro?

—Deja que yo me meta dentro; y si no es el tío Gamboa, sino pesados que quieren que porque tú les des gusto te mames una multa y quince días de cárcel, por abrir á deshora, los echas con el diablo.

—¿Y si viene gente con el tío Gamboa?

—Que entre; de todas maneras, el tío Gamboa no ha de venir solo.

Caparrota se metió en la trastienda, y la Osa Mayor se fué á la puerta y abrió el ventanillo.

—¿Qué se ha perdido?—dijo.

—Un amigo que debe de estar ahí dentro, y sino está ahí dentro vendrá pronto,—contestó una voz muy conocida de la Osa Mayor.

Era la del tío Gamboa.

Como se ve, la Osa Mayor pertenecía á la cofradía.

Debemos añadir que era uno de sus miembros más importantes, porque por su mano pasaban para la venta todos los objetos preciosos que se robaban.

—¿Está la calle segura, buen mozo?—dijo la Osa Mayor.

—¡Vaya, ni gatos!—contestó el jitano.

La Osa Mayor abrió la puerta.

Inmediatamente entraron el tío Gamboa, Oreja y Media, Malamuerte y Carcañales.

La Osa Mayor cerró.

—Pues ahí está el amo,—dijo cuando hubieron entrado.

Y los llevó á la trastienda.

—¿Por qué tan pronto?—dijo don Miguelito.

—Porque allá se han metido dos sargentos de realistas con sus cuyas y yo no sé cuanta patulea, con intención de divertirse toda la noche, y nosotros nos hemos escurrido por el postigo, porque la prudencia nunca está de más, y no era menester que nadie nos viese allí juntos.

—Pues tenemos que esperar media hora,—dijo el marqués.

—Media hora se pasa mientras se echa un cigarro,—dijo el tío Gamboa.—¿Y está todo dispuesto?

—¡Vaya! al reló.

Y don Miguelito se apartó á un lado con el tío Gamboa, y se estuvo hablando con él en secreto, dándole instrucciones, hasta que sonaron las doce en la Giralda.

El tío Gamboa y el marqués volvieron del rincón á donde se habían ido, y el primero dijo al segundo señalando á Oreja y Media, que estaba dormido, echado sobre una mesa.

—Mire usted lo en cuidado que le pone al gachó el lance en que se va á ver.

—Es un buen chico,—exclamó el marqués,—y hay que alegrarse de que le hayan dado al Despabilador, porque se iba torciendo aquel tuno. Mira tú, Osa Mayor, hermanita, —añadió el marqués dirigiéndose á la dueña de la casa;—apaga la candileja de la tienda y abre quedito la puerta. Tú, Malamuerte, andando á ver cómo está la calle, y avisa enseguida.

Malamuerte se levantó, y salió.

A poco volvió.

—Nada,—dijo;—los otros se han llevado á los montañeses de la otra esquina, al sereno.

—Pues andando,—dijo el marqués.

Y despertó bruscamente á Oreja y Media, que, como había pasado ya su hora de recogerse, se había rendido al sueño.

—Despabílate, chiquillo, y vamos á ver si tenemos contigo al primer tapón zurraspas: para tí harás, porque si causas una alarma, allí te quedas tú también para que no hables.

—Descuide usted, señor marqués,—dijo Oreja y Media, —que ya estoy más despabilado que una ardilla, y me parece á mí que en toda mi vida no he hecho otra cosa sino lo que voy á hacer esta noche.

—Pues andando,—dijo el marqués.

Todos salieron, precedidos por la Osa Mayor, silenciosos ya y cautelosos, deslizándose más que andando.

A poco volvió la Osa Mayor.

—Vamos, Mariquita,—dijo el marqués;—tráete unas bocas y dos botellas de la fresquita del Puerto, y vente aquí á que nos las traguemos los dos juntitos en paz y en gracia de Dios, que en mirándote yo los cachetes, me dan mareos.

—Ya está usted bueno, don Miguelito. Como si no supiéramos aquí que anda usted desoseído y sin poder respirar por la doncellita de la señora marquesa de Casariegos.

Y la Osa Mayor salió de la tienda y volvió á poco con una bandeja llena de bocas, dos botellas y dos cañas, y fué á sentarse al lado del marqués.

Entre tanto los operarios avanzaban hacia la calle de las Sierpes, adonde correspondía el postigo del jardín de la casa de la marquesa.

Delante iba de explorador Carcañales.

Lo noche era oscura, y de tiempo en tiempo se dejaba sentir el profundo gemido de una ráfaga de aire.

Lloviznaba.

El tiempo estaba desapacible.

No pasaba un alma por las calles, ni se veía por aquellos sitios una sola luz de farol de sereno.

Carcañales llegó á la esquina de la calle de las Sierpes, y la encontró oscura y silenciosa.

Los otros tres avanzaron.

Carcañales se quedó en el sitio donde se había detenido.

Malamuerte adelantó hacia la esquina de la calle de las Sierpes.

Allí se detuvo.

Cuando llegaron á él, el tio Gamboa y Oreja y Media, avanzaron hacia el postigo del jardín.

El tio Gamboa sacó entonces de debajo de la capa un berbiquí, palpó el postigo, y encontrando los remaches de los clavos de las armellas del cerrojo, con una rapidez y un silencio increibles, hizo dos taladros, y al terminarse el segundo se sintió el ruido que por la parte de adentro había hecho el cerrojo al caer en tierra.

El tio Gamboa sacó entonces una llave del bolsillo, y abrió el postigo.

Entraron.

El tio Gamboa encajó el postigo.

—Dame la mano,—dijo en voz baja á Oreja y Media.

—¿Para qué quiere usted que yo le de la mano?—dijo éste;—¿para ver si tiemblo? Quíte usted, hombre, que estoy yo más sereno y más frio que una piedra, y si no, mire usted.

Y dió la mano al tio Gamboa.

—Bien, chico, bien,—dijo éste;—estamos en regla; eres un buén chaval; pero antes de entrar en la casa vamos á la perrera: las cosas hay que llevarlas por sus pasos contados.

—El tio Gamboa, seguido de Oreja y Media, atravesó el jardín, llegó á un ángulo, y dijo:

—Abre la linterna.

La opaca luz dejó ver la entrada de una perrera en forma de cabaña.

La puerta era muy baja.

El tio Gamboa metió los brazos dentro, encontró las patas de un perro, que debía ser enorme, le asió por ellas, y le arrastró fuera.

Era un gran mastín, y estaba, al parecer, aletargado.

El tio Gamboa sacó una navaja guifera, y dió tres puñaladas en el pecho al pobre animal, que ni aun se extremeció.

De tal manera habían sido dadas aquellas tres puñaladas, que el tío Gamboa no se manchó de sangre.

—Vaya,—dijo, limpiando la navaja en la yerba y cerrán-

dola,—esto ya está; vamos á ponerle otra nueva señal á la justicia; ven conmigo.

El tío Gamboa se fué á la puerta de la casa, que comunicaba con el jardín, y forzó su cerrojo de la misma manera que habia forzado el del postigo.

Este cerrojo, al caer, produjo un ruído algo más acentuado, pero no podía oirse absolutamente en el dormitorio de la marquesa.

Luego, el tío Gamboa abrió la puerta con llave.

—Ea, andando,—dijo á Oreja y Media;—yo me quedo aquí; tú sabes ya bien el camino; las otras puertas que encontrarás están abiertas. Conque alma, y prontitud; no te doy más que media hora para despachar.

Oreja y Media entró, y abrió la linterna.

Encontró una escalera, la subió sin hacer el menor ruído.

En lo alto de ella abrió silenciosamente una puerta, y avanzó por un corredor.

Llegó á otra puerta, que abrió con el mismo silencio, y se encontró en otra habitación bellamente amueblada y alfombrada.

Era un gabinete que daba sobre el jardín.

Frente á la puerta por donde había entrado Oreja y Media había otra puerta.

Oreja y Media se dirigió sin vacilar hácia ella, la abrió, y entró.

Se encontró un dormitorio.

Sentada sobre la cama había una mujer pálida y temblorosa.

—Vaya, hija, no se asuste usted,—la dijo Oreja y Media;—todos somos unos, y se le tratará á usted con mucho mimo.

—Sí, sí,—dijo la Pajarita de las Nieves, que temblaba como una azogada;—pero acabe usted pronto; tengo mucho miedo; cuando ha llegado el momento me he muerto.

Y se echó boca arriba en la cama.

—Vaya, pues abra usted la boca, hija,—exclamó Oreja y Media que había puesto sobre una cómoda la linterna.

—¡Ay!—exclamó la Pajarita de las Nieves.—Es menester estar loca por un hombre para pasar estos sustos por él. Ponga usted mucho cuidado, hombre, no vaya usted á equivocarse y me ahogue usted.

Oreja y Media sacó uno de los dos atraques que llevaba.

—¡Ay! ¡no! ¡no!...—exclamó aterrándose Remeditos.

—¿Cómo que no?—exclamó Oreja y Media, que veía que el terror sublevaba á la joven.

Y se arrojó sobre ella, y después de una breve lucha, la puso en forma, y á todo trance, el atraque.

La cosa se hacía de veras.

La Remedios se había arrepentido en el momento del crímen.

Se le había hecho éste demasiado duro, había sentido además un terror invencible.

El atraque había sido admirablemente puesto.

Luego, con una tranquilidad horrible, Oreja y Media ató á la Remeditos de manera que no podía moverse.

—¡Bah!—dijo;—el marqués confiaba demasiado en esta mujer. Casi, casi estoy por apretarla más el atraque; pero no sabemos cómo lo podría tomar el marqués: podría creer que ella había cumplido con su obligación, y que yo no había sabido atracarla.

De repente Oreja y Media se aterró.

Había oído cerca pasos; pasos leves, pero perfectamente determinados.

Aquellos pasos se dirigían al dormitorio de la Remedios.

Oreja y Media no tuvo tiempo más que para ocultarse rápidamente detrás de la mampara.

En el mismo punto, una señora, envuelta en un peinador, entró en el dormitorio.

Era la marquesa de Casariegos.

En cuanto entró, al apercibirse de la linterna, que no había podido quitar de sobre la cómoda Oreja y Media, dió un grito y se volvió.

Vió á éste, que avanzaba sobre ella terrible.

—¡Ah, por Dios, por Dios!—exclamó la marquesa extendiendo los brazos.—No me haga usted daño; no me mate usted; yo no gritaré; yo le daré á usted todo lo que quiera.

La marquesa había visto completamente la situación.

Su terror era espantoso, horrible de ver.

Tal vez un bandido avezado al crímen se hubiera conmovido.

Oreja y Media, por el contrario, acreció en ferocidad.

Se lanzó sobre la marquesa; pero ésta, por medio de uno de esos esfuerzos maravillosos del instinto de conservación, dió un salto, ganó la puerta, y escapó.

Oreja y Media se lanzó tras ella; sentía sus pisadas.

La marquesa no gritaba, porque sabía que los criados estaban muy lejos, y dado caso que la oyesen, tardarían mucho en venir en su socorro, y para que sus gritos no sirviesen de guía al asesino, huía en silencio.

Este la sintió deslizarse por las escaleras.

Se precipitó tras ella.

El tío Gamboa, que sintió el ruido, se preparó, y al pasar junto á él la marquesa, pretendió asirla; pero la marquesa escapaba tan violentamente, que el tío Gamboa se quedó con una manga del peinador en la mano.

La marquesa se había lanzado en el jardín, y tal rapidez la daba el terror, que ganó, antes de que pudiese alcanzarla Oreja y Media, el postigo, le abrió, y se lanzó á la calle.

Pero tiró en mal hora, aturdida y desalentada, por la izquierda en vez de tirar por la derecha.

Por la izquierda, la calle estaba obstruida por los escombros de la recomposición de una casa.

La marquesa tropezó en aquellos escombros, y cayó.

Entonces gritó con todas sus fuerzas:

—¡Asesinos! ¡ladrones! ¡socorro!

Era admirable el valor de la marquesa.

A pesar de su terror, había comprendido, había visto claro que los ladrones debían haber dejado franca la retirada, y que aquella retirada debía ser por el postigo del jardín.

Así era que había podido escapar, y se hubiera salvado definitivamente á no haber tropezado en los escombros.

Oreja y Media, que la seguía de cerca, la alcanzó, y la marquesa no pudo repetir sus gritos.

Oreja y Media se había arrojado sobre ella, y la había dado dos puñaladas.

Inmediatamente se vió obligado á abandonar su víctima.

Se oía por el otro lado de la calle la carrera de algunos hombres.

Oreja y Media saltó de sobre la marquesa, y emprendió la fuga, dejándose sobre el terreno la media capilla que llevaba.

Lo que acudía era una ronda, á cuyo frente venía no menos que el alcalde mayor.

Llegaron á los escombros, y encontraron, gimiendo y revolcándose sobre su sangre, y medio desnuda, á la marquesa de Casariegos.

—¡Señor, señor¡—exclamó el alcalde mayor al reconocerla.—¿Qué es esto, Dios mío? ¡Pobre señora!

Y allí el alcalde mayor, aturdido, se detuvo con su ronda, lo que dió tiempo á Oreja y Media, á Carcañales y á Malamuerte para escapar sin ser perseguidos, ganar la tienda de Montañeses de la Osa Mayor y zambullirse en ella.

Pero el tío Gamboa se había quedado dentro de la casa.

El tío Gamboa, como bandido sereno y de alma brava, valía de oro todo lo que pesaba.

—Es más seguro escapar por un balcón que por el postigo como están ya las cosas,—dijo;—y lo que es sin las alhajas no nos quedamos, ó me pasa á mí el gran trabajo.

Y con la rapidez del pensamiento, aunque á oscuras, ganó el dormitorio de la marquesa, tomó la mariposa que ardía sobre la mesa, un traje al paso, que estaba en un sillón junto á la cama, y ganó el cuarto donde estaba indicada la gaveta que contenía las alhajas.

Encontró en el bolsillo del traje la llave de la gaveta, la abrió, echó rápidamente en el mismo traje todos los estuches que en la gaveta encontró, hizo con ellos un envoltorio, le ató con una cuerda, y en seguida abrió el balcón.

Todo esto se había hecho en seis ú ocho minutos.

Cogió el envoltorio, se asomó al balcón, examinó la calle, vió que nadie había, echó el envoltorio á la calle, se descolgó por el balcón, cogió el lío, y escapó un momento después de haber escapado Oreja y Media, Carcañales y Malamuerte.

Como ellos, ganó la tienda de la Osa Mayor.

—Y bien,—exclamó don Miguelito, que estaba hecho una fiera,—nos está bien empleado, por habernos valido de un novato, un golpe en vago y un escándalo inútil.

—¿Y eso no vale nada?—exclamó el tio Gamboa, arrojando sobre la mesa el envoltorio que traía debajo del brazo.—A ver si aquí dentro vienen los treinta y tres estuches, hombre; pues si me ha faltado poco para traerme también la gaveta.

Y se puso á deshacer el envoltorio.

—Pero habrán conocido á este trasto,—exclamó don Miguelito.—Casi casi sería bueno cortarle el pescuezo y guardarlo bien.

—Yo he hecho lo que he podido,—exclamó Oreja y Media resuelto á vender cara su vida;—y si usted no me hubiera mandado tener consideraciones con la señorita Remedios, no hubiera pasado nada; pero á ella le entró el canguelo y chilló, y la oyó sin duda su ama, y se me echó encima; y aquello no era una mujer, aquello era un pájaro; y si no, ¿por qué se le escapó también al señor, que estaba en la puerta?

—El muchacho tiene razón,—exclamó el tio Gamboa;—á cada uno lo que es suyo; ha dicho mal cuando ha dicho que la marquesa era un pájaro cuando escapaba: era una bala, señor marqués; zumbando pasó por delante mí, y me dejó una manga en las manos.

—No sabía yo que tenía tanta alma la marquesa,—exclamó Caparrota, ya más tranquilo, porque estaba viendo allí los estuches.—Me gusta esa mujer; casi casi estoy por hacerla la córte de veras y casarme con ella.

—Pues encargue usted otra,—dijo Oreja y Media,—porque lo que es esa, como no vaya usted á casarse con ella al otro mundo...

—¡Hombre! ¿de veras?—exclamó el marqués.

—¿Pues y de que tengo yo las manos así?—dijo Oreja y Media extendiéndolas.

Estaban horriblemente ensangrentadas; la derecha infinitamente más que la izquierda.

—¿Y estás seguro?—dijo el marqués.

—Vaya si estoy seguro, como que he sentido que la navaja la entraba en el corazón.

—Vamos, bien, chiquillo,—dijo el marqués;—es menester perdonarte: no te doy la mano porque no quiero mancharme; te la daré cuanto te laves. Mariquita, hija mía, dále agua á éste y jabón, y si se le ha manchado la camisa, le buscas otra del difunto. Vamos á ver, Gamboa, si está bien la cuenta.

En efecto; entre grandes y pequeños, había treinta y tres estuches; los denuuciados por Remedios.

Estos estuches contenían dos aderezos completos de brillantes, otros dos de perlas, uno de rubíes, otro de esmeraldas, unas cuatro docenas de sortijas de mucho valor; medallones, brazaletes, broches; el guarda-joyas completo, en fin, de la marquesa de Casariegos.

Mientras se hacía esta inspección, Oreja y Media se había lavado las manos.

La camisa no se había manchado.

Los vestigios sobre la persona de Oreja y Media habían desaparecido, y aunque se había dejado la capilla en la calle, aquella capilla no era de su uso; se la habían dado con un sombrero, preveyendo que podían perderse, en casa del tio Carcañales.

No quedaba más recelo sino el de que la marquesa, que había dado muestras de una gran serenidad, conservase la fisonomía de Oreja y Media, que no se había tomado la precaución de que se enmascarase, creyendo el negocio completamente fácil á causa de la mediación de la Pajarita de las Nieves.

Pero Oreja y Media había asegurado la muerte de la marquesa.

No había, pues, que temer.

Oreja y Media por su parte había ganado más que perdido.

Explicó perfectamente en lo que había sucedido.

Se encontró esto de todo punto verosímil, y por otra parte, había dado grandes pruebas de ferocidad y de decisión para que se le estimase lo que valía.

Su bautismo de sangre por el crímen había sido completo.

Ni la juventud ni la hermosura de la marquesa de Casariegos le habían contenido.

No se le podía pedir más.

Era un buen mozo, á toda prueba.

—Pues al escondite,—dijo Caparrota,—y mañana será otro día.

La Osa Mayor los condujo á un aposento secreto perfectamente amueblado, que era lo que se llamaba el escondite.

En cuanto al marqués, salió llevándose las alhajas y se fué á su casa; en la que entró como de costumbre, sin que nadie le viese ni le sintiese, por un postigo.

Una vez en su cuarto, sacó una caja de herramientas de platero y se puso á desmontar la pedrería, á desengarzar y soltar las perlas.

Luego, cada uno de estos objetos preciosos, los fué clasificando y poniendo en bolsas de gamuza.

El marqués poseía en aquellas bolsas un tesoro.

No se comprendía continuase por necesidad en el robo, puesto que con la pedrería que poseía, estaba ya riquísimo.

En cuanto al oro en que habían estado montadas las piedras, el marqués sin levantar mano, se fué á un aposento inmediato, que era una antigua cocina, armó un hornillo portátil y se puso á fundir y á hacer pequeños lingotes el oro fundido.

Al amanecer, toda aquella operación estaba terminada, guardada la pedrería y los lingotes en el secreto de un mueble, y don Miguelito se acostaba tranquilo, porque era lo más natural del mundo que la Pajarita de las Nieves, al verse en el lance, se aterrase.

Pero una de dos, ó había muerto sofocada por el atraque, ó si escapaba, debía cubrir perfectamente el secreto por lo que la convenía.

Aqnel crímen, como otros tantos de don Miguelito, había caido en el misterio.

La justicia humana no tenía medios para descubrirle; pero lo había registrado en su terrible libro la eterna justicia.

CAPÍTULO XVII

De cómo el alcalde mayor en vez de ahorcar á Oreja y Media, le casó y le metió en su casa con su mujer.

El alcalde mayor, que como sabemos había tropezado con la marquesa, se había aturdido, no tanto por la marquesa misma, como por la ansiedad de lo que podía haber acontecido á la encantadora Remedios.

El alcalde mayor sabía que Remedios dormía muy cerca de su ama.

El corazón se le rompía y se le desalaba por salir de dudas acerca de su deliciosa Remeditos.

Y esto fué para ella una fortuna, porque apenas el alcalde mayor pudo ponerse sobre sí, que no fué sino después de algunos minutos, dió orden al cabo de su ronda para que con cuatro alguaciles reconociese el postigo y el jardín y la casa, si el postigo se encontraba abierto, de la marquesa de Casariegos.

Él no se podía mover de allí.

La marquesa necesitaba urgentísimos socorros.

Vivía, pero la sangre fluía horriblemente de su pecho, de dos anchas heridas.

Acudían algunos vecinos.

Llegó un barbero que puso al momento mano á la obra, y entretanto volvió el cabo de la ronda desolado, diciendo que dentro de la casa había una nueva víctima.

El alcalde mayor por acudir á aquella víctima, abandonó en manos de su escribano, de los vecinos y del facultativo que habían acudido, á la marquesa, á la que se había puesto sobre un colchón en el portal de una casa inmediata.

Media hora que hubiesen tardado los socorros para Remeditos, hubieran producido su muerte por sofocación.

Pero al fin se acudió tan á tiempo, por casualidad, que á las dos horas de ser socorrida la Remeditos no tenía otra cosa que los resultados del susto y los efectos de la sofocación, que no habían podido continuar.

Hablaba y recordaba.

En cuanto á la marquesa, estaba en un gravísimo estado; pero los médicos no desesperaban de salvarla.

Tan en silencio habían pasado estas cosas en un extremo de la casa, que la servidumbre, que estaba al otro extremo, no se apercibió de nada, y la justicia se vió obligada á buscarla.

Y esto á poco produce una desgracia, porque un lacayote, que era muy ligero de manos, sintió que andaba gente por la casa, y saltó de la cama y tomó una escopeta, y medio dormido se asomó á la puerta, y viendo que por un corredor avanzaba un hombre al que seguían otros, le descerrajó un tiro, que le llevó impíamente el borde de la oreja izquierda.

Y bien, aquel hombre era don Pánfilo Lesnafría, escri-

bano del alcalde mayor, que al sentir la rozadura, olvidándose de que era cristiano, soltó una blafemia y echó mano á la espada, que siempre llevaba en estos lances, y si no cierra la puerta el feroz lacayo, allí mismo lo atraviesa.

Explicóse al fin la cosa.

No hubo de que culpar al templado lacayo, y con pasar al escribano á la enfermería, quedó terminado aquel incidente.

El alcalde mayor resolló fuerte y se le dilató el alma cuando vió que su Dulcinea no corría absolutamente peligro.

Y habiéndose provisto de un nuevo escribano, cumpliendo con su obligación, empezó el sumario por el interrogatorio de la Pajarita de las Nieves, que, según la afirmación del facultativo, podía sin peligro declarar.

—¡Ay, señor alcalde mayor!—dijo la Remeditos,—yo no paro más en esta casa, porque sí yo me quedo en ella me voy á morir de miedo, porque voy á creer que todas las noches va á suceder lo que ha sucedido esta.

—Tranquilícese usted, señora, tranquilícese,—la dijo el alcalde mayor todo enternecido y comiéndosela con los ojos sin poder evitarlo,—que sino quiere usted estar en esta casa, no le ha de faltar á usted casa donde estar, y muy buena.

—¡Ay! Muchas gracias, señor alcalde mayor.

—Ni quien estime á usted mucho en ella.

—¡Ay, señor alcalde mayor, y qué bueno es usía!

—Ni quien la proteja á usted de manera que no tenga miedo.

El escribano entretanto se rascaba la ventanilla izquierda de la nariz.

El juez se olvidaba de que estaba delante de la fe pública, y poco, por poco no le suelta una declaración volcánica á la Pajarita de las Nieves, ni más ni ménos que si hubiera estado solo con ella.

Las pasiones ciegan, aturden, embriagan, y un borracho no sabe lo que se dice ni lo que se hace.

Los ojos de la Remeditos, toda su persona, en fin, se la habían subido á la cabeza al alcalde mayor, que, aunque la hubiera encontrado culpable, la hubiera creido inocente.

Pero, ¿cómo suponer culpable y cómplice de un crímen á una pobre criatura que había estado á punto de perecer por aquel crímen, lo que indudablemente hubiera acontecido si tardan más los socorros?

—Hija mía,—exclamó el alcalde mayor,—usted no se sofoque ni tenga cuidado alguno, que está usted bastantemente amparada; y diga usted lo que sabe acerca del horroroso crímen que ha tenido lugar.

—¡Ay, señor alcalde mayor, que yo no puedo decir nada, que yo estaba durmiendo, y de repente sentí que andaban en mí, y desperté y no vi nada, porque me metían un trapo en la boca, y toda la sangre se me subió á los ojos, y antes de que me soltaran me quedé sin sentido, y hasta que me han socorrido no he vuelto en mí!

La declaración de la Pajarita de las Nieves no podía ser más breve, más compendiosa, ni ménos ocasionada á complicaciones.

Y esta era toda la pieza de prueba de que por el momento podía disponerse.

El proceso empezaba con una declaración que podía llamarse fantástica, y para lo cual no tuvo que escribir más que cuatro líneas don Perfecto Aguas Perdidas, que así se

llamaba el segundo escribano, un par de dropes *entrambos á tres*, que no había más que pedir.

En cuanto al resto de la servidumbre, nada tenía que decir, porque de nada se había apercibido, más que de la justicia cuando fué á despertarla.

Los cuerpos del delito consistían, empezando por orden cronológico, en Mustafá, dado de puñaladas junto á su perrera; en el atraque y en la cuerda que se habían encontrado en el cuerpo de Remeditos; en una manga bordada de batista, que se había encontrado en la puerta de la casa correspondiente al jardín; en una gaveta abierta y vacía, y cuyos papeles estaban esparcidos por el suelo; en la marquesa herida; en una navaja *santo ólio*, cachicuerna, que se habían hallado junto á la marquesa, en una capilla agujereada, hallada en la calle, cerca del postigo del jardín.

Como indicios corroborantes del robo, la puerta del jardín forzada y el balcón del gabinete donde estaba la gaveta abierto.

El alcalde mayor expidió inmediatamente órdenes á todos los lugares de su jurisdicción para que se detuviese á toda persona sospechosa, y se remitiese con buen resguardo á la cárcel de Sevilla; y una orden á raja tabla al subdelegado de policía para que no perdonase medio alguno de capturar á los perpetradores del horroroso crimen que venía á aumentar el escándalo y el terror de Sevilla.

Amaneció entre tanto Dios, y con gran cuidado se trasladó á su casa á la marquesa, que ya había vuelto en sí, y empezó á cundir por Sevilla la noticia de aquel horrendo atentado.

Poco antes del amanecer, la Carmen, qne había estado esperando toda la noche el trancazo tranquilizador, es de-

cir, la señal sobre su puerta, que debía dar un transeunte, y de lo cual nadie se había acordado, sintió que llamaban quedito.

Abrió y entró Oreja y Media.

Carmen cerró la puerta.

—¿Y si ahora te diese yo una paliza como para tí sólo,—dijo;—no la tendrías bien merecida?

—Pues no sé sino que merezca yo los mayores elogios del mundo por la gran prueba que anoche les he dado al capitán y al teniente de lo que yo soy; en grande, chica, en grande.

—¿Con que se ha hecho el negocio?—dijo la Carmen.

—Y con pimienta,—dijo Oreja y Media aludiendo á la sangre que había hecho rojo el negocio.

—Pues mira,—dijo la Carmen,—lo siento, porque la marquesa era una buena hembra. Eñ fin, si no ha habido otro remedio, ¿qué se le había de hacer?

—Ya ves tú,—dijo Oreja y Media,—que con todo este belen se nos ha pasado el enviar á uno á *arriar* un trancazo á la puerta de tu casa para que tú supieras que no había cuidado; y yo siento mucho que tú hayas pasado mala noche.

—Ya ves tú, y con frío y cansada, chiquillo, porque primero bajé al pozo para sacar la vieja, y luego he echado más de una hora en taparla, y me he hecho pedazos las manos con el demonio de la herramienta, y me escuece que me rabia; pero, en fin, no se gana el dinero sin trabajar. Anda, chiquillo, acuéstate y descansa, pobre, que tú también has pasado mala noche, y desde aquí hasta las nueve, que irás á ver al alcalde mayor, todavía tienes tiempo. Trógate ese cortadillo de aguardiente, hijo, que te hará buen provecho.

—¿Y tú no descansas, Carmen?

—¡Cá! Ya está clareando, y es menester abrir la puerta, que los vecinos reparan en todo. Anda, que cuando yo esté de ama de gobierno y tú de ayuda de cámara del alcalde mayor, no trabajaremos tanto.

—Hombre ¿y no quieres tú saber cómo he pasado la noche?

—Sí, hombre, sí;—pero ya me la contarás; te estás cayendo de sueño. ¡Y que te tengo yo tan bien hecha la cama!

—¿Sí? pues hasta luego, diosa

—Que duermas mucho, real hembro. Mira que como vas medio dormido no te vayas á caer por la trampa.

Eran las cinco de la mañana.

Oreja y Media se acostó, y la impermeable Carmen abrió su bodegón, como de costumbre, y se puso á cuartear el aguardiente.

Poco después llegó el pillete esportillero que le traía todos los días el *recado* á la Cármen, esto es, la compra, que no era gran cosa, porque con callos de vaca, y caracoles, y patitas de carnero, y morcilla de lustre y legumbres secas para potaje armaba su figón la Carmen, y ganaba poco más ó menos que en una de las fondas, muchas de las cuales son bodegones.

A las nueve de la mañana se levantó Oreja y Media perfectamente dormido y descansado, y se asombró de ver que Carmen no mostraba señal alguna de haber pasado mala noche, y que, á pesar de que se había lastimado gravemente las manos usando el azadón con que había abierto la sepultura en que había enterrado á la vieja, atendía á sus quehaceres, sin condolerse absolutamente de las manos, como si nada hubiera tenido en ellas.

Esto demostraba que Carmen era extraordinariamente fuerte, y sobre todo, que podía sobreponerse al dolor.

Cuando salió al bodegón Oreja y Media, nadie había en él más que Carmen y su pequeño, que se arrastraba por el suelo.

—Vamos á ver,—dijo Oreja y Media,—al señor alcalde mayor.

—Cuidado, chiquillo,—dijo la Carmen,—que no te vaya á faltar la calma; mira que estos señores jueces tienen mucho ojo, y por nada se avispan.

—¿Y á mí qué?—dijo Oreja y Media.—A mí no me han visto más que dos personas: la Remeditos y la difunta: aunque quiera hablar, me hará el favor de callarse.

—¿Pero estás tú seguro, niño, de haberla despachado limpiamente?

—Hombre, á la segunda puñalada sentí que la cojía el corazón.

—Bueno; pero de esas cosas hay,—dijo la Carmen,—que parece que sí, y luego es que no; conque á ver si no damos un resbalón; tú ve prevenido.

—Descuida, mujer, descuida, que conmigo no puede el alcalde mayor; y luego, el alcalde mayor, en viéndome se acuerda de la Remeditos, se le enturbian los ojos y no ve á tres sobre un asno.

—Bueno, hombre, bueno; pero siempre conviene estar prevenido. ¿No almuerzas?

—No, mujer, no, que ya me estará esperando el señor alcalde mayor; ya almorzaré por ahí cualquier cosa. Ea, adios, hasta luego.

—Hasta luego, chiquillo, y vuelve cuanto antes puedas, que voy á estar con mucho cuidado. hijo mío.

Oreja y Media se fué á casa del alcalde mayor, que no se había acostado aún, y que se ocupaba, sin levantar mano, del sumario de aquel crímen, que había corrido ya por Sevilla, llevando el terror á todas partes.

Las circunstancias eran formidables.

Hasta entonces habían acontecido robos de consideración, pero no los había acompañado el asesinato.

La desgracia de la marquesa de Casariegos estaba acompañada de detalles conmovodores.

La noticia había ido en derechura á la Encarnación, esto es, al mercado y de allí, criadas y esportilleros la habían extendido por el vecindario.

Se hablaba con horror de aquella joven y hermosa marquesa, encontrada por la justicia fuera de su casa, en una callejuela, caída junto á unos escombros, cosida á puñaladas, y sin otras ropas más que las que tenía en el lecho, que un peinador.

A su doncella se la había encontrado atada, amordazada, y casi asfixiada.

Todas las alhajas de la marquesa habían desaparecido.

¿Qué seguridad, pues, había para nadie?

¿Quiénes eran aquellos bandidos invisibles con los cuales no podía dar la justicia?

El alcalde mayor oía desde su casa el grito de la opinión pública, y trabajaba din descanso.

Todos los alguaciles que tenía á su disposición andaban venteando por Sevilla, y cuando se le presentó Oreja y Media, lanzó una exclamación de alegría.

El amante loco de Remeditos no existía por el momento: en su lugar estaba el magistrado celoso por el cumplimiento de su deber.

—Me pesa,—le dijo,—de haberte dado licencia para no ir algunos días de ronda: he mandado que te busquen, y no han podido dar contigo.

—Es, señor alcalde mayor,—dijo Oreja y Media,—que yo vivo ya con la mujer con quien me voy á casar.

—Mal hecho, muy mal hecho,—exclamó el alcalde mayor:—tú no debes vivir con ella sino después de que con ella te hayas casado: no me gusta que los ministros de justicia tengan malas costumbres.

—Es que yo estoy de huesped, señor alcalde mayor, porque ¿quién me ha de cuidar con más mimo que la mujer con quien me voy á casar?

—Si solamente estás de huesped, eso es distinto. Pero vamos á lo que más importa. Tú eres un sabueso, hijo, un hurón; tú has descubierto madrigueras que nadie ha podido descubrir; tú has cojido criminales que nadie ha podido cojer, y es necesario que averigües quien ó quienes han sido los autores del horroroso crímen que se ha cometido esta noche.

—¿Qué crímen, señor alcalde mayor?—exclamó tranquilamente, con una serenidad pasmosa Oreja y Media.—¿Esos malditos, con los cuales no se puede dar, han cometido un nuevo robo?

—¡Si solamente hubiera sido robo!... Hay de por medio violencia y asesinato. Pero ¿dónde has estado que nada sabes, cuando el caso se ha hecho tan rápidamente público, que ya algunas de las principales personas de Sevilla han venido á verme, como si yo necesitara se me excitase para hacer justicia?

—Diré á usía,—exclamó Oreja y Media.—Como por la bondad de usía estoy de asueto, y mi futura esposa me hace

la cama tan blanda y tan rica, se me han pegado las sábanas; acabo de levantarme, y me he venido á escape á ponerme á las órdenes de usía, y no he hablado con nadie.

—¡Ah, hijo! que yo he visto á la marquesa de Casariegos cerca del postigo del jardín de su casa, medio desnuda, dada de puñaladas, y por milagro viva.

Aunque esta noticia era formidable para Oreja y Media, ni un solo músculo de su semblante se contrajo.

—¡Pobre señora!—exclamó.—Usía ha debido sufrir mucho, porque al fin, la señora marquesa era amiga de usía.

—Era y es,—dijo el alcalde mayor,—porque aunque el estado de la marquesa es muy grave, los médicos no desesperan de salvarla. Esto es una fortuna, primeramente por la vida de la señora marquesa, y después, cuando pueda declarar la señora marquesa, que indudablemente ha visto al asesino, nos dará las señas; y tú, en teniendo las señas de un criminal, le cojes, hijo. Así, pues, no te separes mucho de mí, porque de un momento á otro tal vez pueda declarar la señora marquesa; yo quiero tenerte á mano para que enseguida me busques al culpable. Te ofrezco, en nombre del rey nuestro señór, trescientos ducados. ¡Ay, si le cojes! Si le cojes, ¡vive Dios! que le ahorco antes de un mes, y pongo su cabeza en una jaula en el mismo sitio en donde encontré herida á la señora marquesa.

Se le encogió el corazón, como no podía menos de ser, á Oreja y Media, que sabia muy bien que si el alcalde mayor llegaba á poner en claro que él era el asesino, ni la bula de Meco le libraba de ser ahorcado y descuartizado: lo de descuartizado le importaba muy poco á Oreja y Media; lo de ahorcado era distinto.

Se asustó, y estuvo á pique de turbarse.

Pero no se turbó; por el contrario, dijo con una gran serenidad:

—Sin los trescientos ducados que usía me ofrece en nombre del rey nuestro señor, yo echaré mano á ese malvado, á esa fiera, en cuanto tenga sus señas; aunque se meta en las entrañas de la tiera, yo le cojo, señor alcalde mayor. ¡Infame! ¡judío! ¡hereje! ¡Tener valor de herir á un amor tan hermoso como la señora marquesa de Casariegos! Para eso se necesita tener las entrañas de piedra: el que hace eso es capaz de comerse los niños crudos. Nada, que de las señas la señora marquesa, y se le ahorca, señor alcalde mayor, se le ahorca.

—Con más rabia aún lo dirias,—exclamó el alcalde mayor,—si hubieras visto á aquella rosa temprana, á la encantadora Remedios, medio sofocada por el atraque, que había tenido puesto yo no sé cuanto tiempo: si se tarda un poco tiempo más en socorrerla se muere.

—Pues entonces, señor alcalde mayor, la señorita Remedios ha debido ver al asesino.

—Ha debido ver, sí,—dijo el alcalde mayor;—pero no ha visto, porque el terror la nubló los ojos, lo que no tiene nada de extraño: su declaración ha sido lo más breve del mundo: que estaba dormida, que se sintió asida, que la taparon la boca, que se fueron, y que no pudo conocer al ó á los que habían hecho esto.

—Pues es lástima que la señorita Remedios se haya asustado tanto,—dijo Oreja y Media,—porque sólo un vislumbre que yo tuviera del asesino, le encontraba.

—Esperemos á que la señora marquesa declare,—exclamó el alcalde mayor;—entre tanto, vete á husmear por ahí:

tú eres muy listo; pero vuelve de dos en dos horas á ver si ha podido ya declarar la marquesa.

—Muy bien, señor alcalde mayor,—contestó Oreja y Media;—desde ahora no paro hasta que descubra al criminal.

Y salió.

Cuando estuvo á alguna distancia de la casa del alcalde mayor, se echó á temblar.

—Si estoy dos minutos allí,—dijo,—me pierdo. ¡Ay, Jesús, que yo no sabía lo que era agonizar hasta ahora! ¿Y qué hago yo, señor, que hago yo? ¡Maldita sea mi mano! Y eso que la dí á machete, y bien á machete, y que dos veces la entró toda la hoja de la navaja. La Remedios se ha callado, porque la convenía callarse; pero la marquesa no se callará: me ha visto bien, muy bien; yo debía haberme puesto por lo ménos el pañuelo en la cara. Y la marquesa es valiente y serena; si no hubiera sido verdaderamente serena, no hubiera escapado como escapó; y volverá en sí, y declarará; y yo, que no tengo las señas muy marcadas que digamos: moreno, buen mozo, ojos negros y grandes, un lunar con pelo en la mejilla izquierda y patillas negras rizadas de boca de hacha, alto y gallardo. ¡Válgame Dios, que estamos bien!... Pues yo me escondo debajo de siete estados de tierra, y la hago á la Carmen que me compre una jaca con su aparejo con alamares, y la herramienta correspondiente, me salgo al camino, y me junto con otros cuatro ó cinco, y para que me prendan á mí, ya les mando trabajo. Vamos, vamos á aconsejarnos con la Carmen, y á ver lo que se hace.

Y se fué al bodegón.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó al verle la Carmen.—¿Qué es lo que te sucede á tí niño, que pareces un desenterrado.

—Nada, poquita cosa, mujer,—dijo Oreja y Media — Yo he almorzado ya lo bastante; ¿querrás tú creer que esa maldita marquesa está viva.

—¿Pues no has dicho tú que le diste bien, hombre?

—Si, mujer, sí; pero faltó la tercera; por algo dicen que á la tercera va la vencida; cuando la iba á dar oí á la ronda que se acercaba, y salí de piés, que me nacian alas.

—¡Torpe! una puñalada se da en el aire,—exclamó la Carmen.—Bien se conoce que eres novato; té apresuraste, y en vez de dar puñaladas, no has dado más que puntazos.

—Hasta la mano, mujer, hasta la mano; pero es que esa señora marquesa, tan delicada que parece que va á quebrarse, tiene por lo visto, siete vidas como los gatos.

—Bueno; pues te voy á dar una vinagrada para que te sosiegues, hombre; nada hay perdido todavía, no te sofoques; la marquesa te habrá conocido ó no.

—¡Vaya! la marquesa es más valiente que el Cid.

—¿Por qué huyó? ¿por qué á poco más te se escapa? El miedo, hijo, el miedo, que da alas; apostaría á que la marquesa no te ha conocido; pero si te ha conocido, no le hace.

—¡Zambomba!—exclamó Oreja y Media.—¿Pues no dice el alcalde mayor que en cuanto coja al criminal le ahorca y le descuartiza?

—Siempre pasarán ocho días antes de que te sentencien, digo yo, y viviendo la Carmen, y queriéndote como te quiere, no estás tú tres días en la cárcel, niño. Vamos, toma esa vinagrada, y ensancha el alma, y dejar venir las cosas, que así que vengan se verá lo que se hace.

—¿Con que es decir, que tú crees que yo debo seguir presentándome al alcalde mayor?

—Pues, por supuesto, hombre! como siempre, como si tal

cosa; todo esto pasará en nada; la marquesa no te ha conocido, se morirá ó se curará, nosotros nos casaremos dentro de ocho días, y será nuestro padrino el señor alcalde mayor; la Remeditos, como si lo viera, se pondrá de uñas, dirá que ella tiene miedo de estar en la casa de su ama, no sea vuelvan los ladrones, y se marchará á casa del alcalde mayor á ser su ama de gobierno; digo, á ser el ama de su casa; y tú y yo nos meteremos allí tambien: ya me estoy yo riendo del chasco que le vamos á dar al alcalde mayor; mira tú, que quitarle el talego al alcalde mayor es todo lo que se puede hacer; y no sospecharán de nosotros, yo te lo aseguro. En fin, á almorzar, chiquillo, y á vivir.

—Vaya, sí, mujer, dame de almorzar, que me has comunicado todo ese valor que te ha dado la Providencia, y me parece así como que ya no tengo miedo.

—Mira, así que almuerces, te largas casa del tio Gamboa, y le dices lo que pasa para que lo entienda Caparrota, que es bueno que el capitan lo sepa todo; y déjate de tonterías, chiquillo, mira tú que para ahorcar á un hombre hay que andar mucho y escribir mucho.

De tal manera había alentado la Carmen á Oreja y Media, que almorzó con muy buen apetito, y enseguida se fué á avisar al tio Gamboa para que á su vez avisase á don Miguelito.

Las cosas pasaron como la Carmen las había supuesto.

La marquesa de Casariegos no estuvo en disposición de declarar hasta ocho días después, cuando ya no estaba en su casa la Remeditos, que á pretexto de terror, y rompiendo por todo, fascinada por su Miguelito, se fué á servir de ama de gobierno al alcalde mayor.

La declaración de la marquesa no dió luz alguna.

—Señor alcalde mayor,—dijo,—yo no puedo decir á usted sino que oí ruido en el cuarto de Remedios, un ruido que me pareció muy extraño; francamente, creí que se trataba de un amante, porque la Remedios andaba muy triste y muy pensativa; me eché fuera de la cama, me puse un peinador, me fuí al cuarto de la Remedios, y yo no puedo decir á usted más; encontré allí un hombre, que se vino hácia mí como una fiera, me aterré y no recuerdo más. Usted dice que se me encontró en la calle herida; eso es que por instinto busqué mi salvación; pero desde que ví á aquel hombre yo no sé qué fué de mí.

Una hora después el alcalde mayor decía á Oreja y Media:

—La marquesa ha declarado, pero como si no hubiera declarado; un crímen más del cual no puedo descubrir los autores; un crímen más que queda impune para escándalo de las gentes honradas. ¡Y no haber tú olfateado siquiera á los criminales!

—¡Pues si yo los hubiera olfateado!—dijo Oreja y Media.

—Vamos, estoy viendo que un día me roban á mí,—dijo el alcalde mayor.

—¿Robar á usia estando en casa de usía mi mujer y yo? que será el domingo por la noche, porque como ya han corrido la amonestaciones, el domingo nos casamos. ¿Estando mi mujer y yo en casa de usia, robar á usía? No hay ladrón en el mundo que se acerque adonde esté Oreja y Media, como no hay ratón que se acerque adonde está el gato; conque si usia tiene escozor de que le roben, lo cual sería un desacato y una burla á la justicia, que no habría penas para castigarlos, bien cerca está ya el domingo, que es pasado

mañana, y ya casados y en gracia de Dios, dormiremos en casa de usía mi mujer y yo.

—¡Qué feliz eres, hombre!—dijo el alcalde mayor.

—Pues no, que usía que tiene en casa á la señorita Remedios y la ve á todas horas, se puede quejar.

—Es que la señorita Remedios quiere que yo me case con ella, y me amenaza con irse de mi casa si no me caso con ella pronto; y ya ves tú que eso no puede ser: la señorita Remedios es para mí más dura que una roca, y me tiene mala cara, y dice que su reputación padece.

—Deje usía que mi mujer venga, que ya pondrá á la señorita Remedios blanca como un guante, y no tendrá tenmala cara con usía.

—Nada, nada, arregla todo lo que haga falta, y el domingo por la noche, en la sala baja, la boda, que yo no tengo inconveniente en tener en mi casa la boda de dos criados míos.

—Pues no hay que arreglar más que el dotecillo que usía dijo que tenía que dar á Carmen, y las otras cosillas.

—Bien, recuérdamelo mañana cuando esté aquí el escribano, y se hará.

—Muchas gracias, señor.

En efecto, al día siguiente, el alcalde mayor dotó á la Carmen, como lo había ofrecido, y dos días después, el domingo, hubo en la casa del alcalde mayor, marqués de la Pampanera, una de esas fiestas de que daban ejemplo los antiguos señores, las de las bodas de criados suyos en su casa, á las que asistían por gracia, y como para divertirse, los nobles conocimientos del noble padrino.

Hubo gran refresco, y gran baile y gitanería, y se cantó y se bailó el ole, y aquello, en fin, dió ruido en Sevilla,

porque el alcalde mayor, para casar al cabo de su ronda, tiró la casa por la ventana.

Algunos que conocían á la Carmen, decían:

—A la fuerza el alcalde mayor no sabe que la bodegonera de la calle de las Sierpes era la viuda de Cachitos.

CAPITULO XVIII

De como una disciplina religiosa sirvió para cubrir los resultados de un mútuo vapuleo conyugal

No sabía el alcalde mayor ciertamente lo que guardaba aquel bodegón, que la Carmen se había empeñado en conservar, por más que le hubiese cerrado.

Esto se comprende: la Carmen no quería que un nuevo inquilino diese con aquella trampa que en el bodegón había, y que se había hecho en los tiempos de Cachitos y por medio de buena gente.

En primer lugar, el que allí fuese debía dar con la trampa y con el pozo, y extrañarle esto, y podía dar cuenta á la justicia, y la justicia examinar y rebuscar, y encontrar lo que no había necesidad que encontrase.

El bodegon era la planta baja de una pequeña casa que Chachitos había comprado á Carmen, y que aumentaba el dote de ésta.

La Carmen guardaba además aquella casa, no sin objeto: podía hacerle falta la trampa, aquella preciosa trampa.

Por lo pronto, la Carmen tenía entre ojos al tío Gamboa.

Este, hasta que se había casado, no había dejado la ida por la venida, y, aprovechando la pasión que la Carmen sentía por Oreja y Media, la amenazaba constantemente con echar á perder los negocios de aquél, respecto á don Miguelito.

El día antes de casarse la Carmen, el tío Gamboa se había presentado en el bodegón y la había dicho:

—¿Con que sí, con que es decir que mañana es el gran día? y se irá usted á casa del señor alcalde mayor, señora, y no se le verá á usted el pelo.

—¡Eh!... Quíte usted allá tío Gamboa,—dijo la Carmen que, por ser teniente el jitano, de don Miguelito, le trasteaba;—al revés; ahora si que tendremos más libertad que nunca, porque ahora está usted aquí de media anqueta y siempre receloso de que Oreja y Media venga y le vea á usted y se encele, porque sabe usted bien quién es Oreja y Media, y le tiene usted miedo.

—Yo no le temo á una legión de diablos *confiscados*,—dijo el jitano;—lo que es, es que como á usted, señora, le ha dado tan fuerte por ese mozo, yo no quiero que tenga usted disgustos con él: usted me ha estado meciendo y llenándome el cuerpo con que es usted muy honrada, y con que no quiere usted ser concubina de nadie, y con que le daría usted largas al negocio, y despenaría usted á Oreja y Media y se casaría usted conmigo, y ahora salimos con que se va usted á casar con él.

—Mire usted, tío Gamboa,—dijo la Carmen,—yo bien se que á mí me convendría más casarme con usted, aunque no fuese más que porque casándome con usted, no podría

tener celos, porque, ¿quién le ha de querer á usted, hermano, tan viejo y tan feo?

—Hombre,—dijo el tío Gamboa, jugando con la punta de la vara en el suelo,—es usted la primera hembra que me ha llamado á mí viejo y feo.

—Vaya, pues es porque no le han querido decir á usted la verdad; pero eso no le hace, á mí me gusta la gente formal, porque los viejos son los que quieren bien, ¿usted sabe? y á los viejos se les maneja mejor que á los jóvenes, y se están mirando en los ojos de una.

—No parece sino que ha querido usted á algún viejo, mujer.

—¡Toma! le quiero á usted.

—Pues maldito si se conoce, cariño.

—Calle usted, hombre, deje usted rodar la bola, que yo me tengo que casar con Oreja y Media, no puedo pasar por otro punto; pero mejor, porque en casa del amo tendremos más libertad, más tiempo que no aquí, que estoy siempre atada por el bodegón.

—Eso es seguir trasteándome á mí, buena hembra: lo que á usted le pasa es que está usted muerta por ese tunante, y que á mí me tiene usted miedo.

—Hombre no, no señor,—dijo la Carmen,—usted se equivoca, tio Gamboa, usted es muy celoso y en lo más claro ve usted bultos, ¿porqué le he de temer yo á usted, cuando usted sabe muy bien que Oreja y Media es un lobito, sin contar conque yo soy una loba que no le temo á nadie? Usted sabe quién era Cachitos, y le conocía; pues mire usted, á todo aquel pedazo de hombre le andaba yo en el bulto y le daba una vuelta que le ponía como nuevo siempre que era menester, y á poco que fuera, porque él se creía que yo

le quería mucho; pero yo le aborrecía con todos mis cinco sentidos; como al primer hombre que yo he querido en este mundo ha sido usted.

—¡Válgame Dios, y que paciencia es menester tener!—dijo el tio Gamboa.—¿Conque usted dice que no quiso á Cachitos?

—No señor, no.

—¡Hombre! ¿y ese *chorré* que está jugando con el gato y que se parece á Cachitos como si le hubieran quitado á Cachitos la cabeza para ponérsela á él?

—Hombre, la naturaleza que hace cosas muy *guasonas.*

—¿Y usted no quiere al *chorre*, Carmen.

—Hombre, ¿pues no lo he de querer y es el hijo de mis entrañas?

—Entonces quiere usted á Cachitos ó le ha querido usted.

—¿Y de dónde saca usted eso?

—De que el *chorré* es la viva imágen de Cachitos.

—¿Y usted cree que yo quiero á mi hijo por la cara? ¿Quería usted á su difunta hija porque era hermosa?

—¡Ay, señora, Carmen, que me ha tocado usted ahora mismo en la llaga viva que tengo abierta en el corazón!

—Usted perdone, tio Gamboa, que yo no creía que le iba á hacer á usted daño.

—Perdonada está usted, mujer; pero no me diga usted otra vez que no quiso usted á Cachitos, que no ha querido usted á nadie hasta que me ha querido á mí, porque esas cosas no se le dicen á un hombre como yo; y tanto más, cuanto que se va usted á casar mañana con otro.

—Ya le he dicho á usted, tio Gamboa, que no puedo pasar por otro punto.

—¿Y por qué no puede usted pasar por otro punto, mujer?

—Hombre, por nada, sino porque ya le he dicho á todo el mundo que me voy á casar con él, he salido con él á todas partes, y ha vivido algunos días en mi casa, y no tengo yo necesidad de que crean que soy una perdida, cuando no hay tal cosa, que estoy yo más limpia que mis cacerolas, y ya ve usted que en mis cacerolas se puede mirar cualquiera la cara.

—Lo primero que á mí me pasa con usted Carmen,—dijo el gitano, ya de mal humor,—es que no la entiendo á usted, y le digo á usted que yo no dejo que nadie se *buchíe* conmigo y que yo soy malo y aquí va á haber cuestión.

—¡Válgame Dios y que poca paciencia que tiene usted, tío Gamboa! Cuando yo le digo á usted que se aguante y me deje usted hacer á mí, yo sé bien lo que me hago.

—Pues, en resúmen, señora,—exclamó el jitano,—yo me voy y no la vuelvo á usted á ver sino después de casada, porque mañana se casa usted; usted vea cómo se gobierna para que nos veamos, y á ver si se deja usted de retrecherías conmigo, porque si sigue el mareo, le advierto á usted que yo hago que el señor alcalde mayor sepa que usted es la viuda de un ladrón, y la mujer de un asesino; del asesino de la señora marquesa de Casariegos, porque aunque la señora marquesa ha escapado, no ha consistido en Oreja y Media, sino en que á todo ese buen mozo le tembló la mano cuando le dió; y no basta que la señora marques haya dicho que no conoce al que la mataba, porque si se lo ponen delante le conocerá, ¿usted entiende? en fin, señora Carmen, yo estoy muerto por usted, despaletillao, y como usted no haga que yo reviva, me vengaré.

—Todo eso es hablar de más, tío Gamboa,—contestó, siempre modosa y siempre sonriendo, Carmen;—usted es muy súbito y es menester quererle á usted como yo le quiero, para tener paciencia con usted. Oiga usted, el jueves hay ejercicios en la Gaviria, ¿usted sabe? Yo iré solita, ó más bien, yo diré que voy á la disciplina del convento de la Gaviria, ¿usted sabe? lo que le parecerá muy bien al señor alcalde mayor, que es muy cristiano; pero en vez de irme á la Gaviria, me vendré aquí, ¿usted entiende? y me entraré sin que nadie me vea, y usted se viene así como á las ocho, sin hacer ruido, y yo abriré y hablaremos sin miedo de que parezca nadie, ni haya ningún compromiso.

—Bueno,—contestó el tío Gamboa,—de aquí al jueves no hay mucho tiempo.

—Pero tío Gamboa,—dijo la Carmen,—á ver si es usted hombre formal; que lo primero que estima una mujer es que no la comprometan; que no le diga usted ni á Dios Padre que yo le quiero á usted.

—¿Pues con quién cree usted que está usted tratando, Carmencita?—dijo el tío Gamboa.—Vaya, écheme usted un medio de aguardiente para que se me pase el susto que me ha entrado cuando he visto que usted me citaba; porque yo creo que usted será muy formal.

—Pues, por supuesto, tío Gamboa.

Y la Carmen se fué al mostrador, tomó la botella de los amigos y llenó de un riquísimo aguardiente un medio vaso.

El jitano se lo bebió, se limpió la boca con el revés de la mano, metió dos dedos en el bolsillo derecho de su chaleco, sacó una onza y la puso sobre el mostrador, diciendo:

—Por el aguardiente, salero.

—Vaya usted con Dios, hombre,—dijo la Carmen, poniéndose seria, levantando la mano y marcando un revés,—que á mí no me insulta nadie; dele usted eso á un pobre, que aquí hay para taparle á usted con onzas de oro.

—¿Pero es que usted se ha ofendido, Carmencita?—dijo el gitano volviendo á guardar la onza.

—No señor; pero es decir...

—¿Queda en pié lo del jueves?—exclamó receloso el gitano.

—Pues, por supuesto,—dijo la Carmen,—yo no tengo más que una palabra. Pero váyase usted, que lo poco agrada y lo mucho cansa; que estoy temblando no asome por ahí Oreja y Media, que está siempre yendo y viniendo.

—Pues, gloria, el jueves á las ocho de la noche vendré yo y llamaré quedito.

—Hasta el jueves, tio Gamboa.

Este se fué reventando de amor y creyendo de buena fé que la Carmen le quería; pero sin explicarse por qué, queriéndole, se casaba con otro.

—En fin,—dijo,—cosas de las mujeres; el diablo que las entienda; me va á parecer una eternidad lo que pase de aquí al jueves. ¡Vaya una hembra!

Al día siguiente de la boda, y cuando Oreja y Media no cabía en el mundo por la certeza que tenía de lo que le quería la Carmen, ésta le dijo:

—Muchacho, tenemos un negocillo que hacer, y tú me ayudarás, porque todavía me resiento de las manos de cuando enterré á la vieja.

—¡Calla! Pues qué, ¿hay pez?—dijo Oreja y Media.

—Sí, hombre, sí; como que es menester que no tomemos dos partes solas, sino la tercera parte, después de que sa-

que la mitad el capitán. Ya ves tú, si hubiera sido cuando el negocio de la marquesa, hubiéramos tomado la tercera parte de un millón, no así que hemos tomado miserables seis mil pesos cuando tú has sido el que has trabajado más, y el que más te has expuesto.

—¡Ya!—dijo Oreja y Media.—¿Se trata del tío Gamboa?

—Pues, por supuesto, hombre.—Cuando el tío Gamboa se pierda, tú serás el teniente de Caparrota trabajarás ménos y ganarás más; y luego, hijo mío el tio Gamboa se ha empeñado en que le quiera: mira tú, como si yo pudiera querer á nadie más que á tí, ni ofenderte á tí aunque no fuera más sino por que tú eres el único hombre á quien yo he querido.

—Vaya, pues bueno; ¿y cuando va á ser?

—El jueves por la noche. Yo le diré al amo que voy á los ejercicios del convento de la Gaviria, y el amo se alegrará, porque ya sabes tú que es muy religioso, y me marcho al bodegón: á las nueve te vas tú allí, que yo estaré con cuidado y abriré, y no hay que hablar más, que hay cosas que deben decirse lo ménos posible, no sea que las oigan las paredes.

Llegó el jueves.

La Carmen se fué al bodegón, y abrió silenciosamente, sin que nadie la viese entrar.

En seguida se puso en acecho detrás de la puerta.

Al dar las ocho, sintió que llamaban á la puerta muy quedo.

Abrió.

Se repetía la escena de aquel otro desdichado alguacil.

La Carmen llamó al tío Gamboa desde el fondo del corredor.

El tío Gamboa acudió.

La Carmen, sin hablar una palabra, le dió un empellón, y el tío Gamboa lanzó un berrido espantoso.

Había caido sobre la trampa, y aquella había cedido, precipitándole en el pozo.

Sonó sorda y lúgubremente el agua; se oyó un ruido semejante al de un pataleo, que duró algún tiempo.

Luego nada.

La Carmen esperó sentada en uno de los bancos del bodegón, perfectamente tranquila; más aún, contenta.

—Anda al diablo,—dijo;—ya no hay que tener cuidado, y cuando Caparrota vea que te pierdes, hará su teniente á mi Oreja y Media. ¡Ay, qué feliz soy! ¡Yo no sabía lo que era querer ni ser querida! ¡Válgame Dios, Dios mío, que yo no puedo hacer con éste lo que hacía con Cachitos, que no más que mi Oreja y Media me mira me derrito y no valgo para nada; y estoy con queja de que no me ha dado ya una paliza; porque me parece que no me quiere tanto como yo á él! ¡Ay qué fatiga! Y yo no me atrevo á darle celos para probarle, porque, hombre, no puede ser eso. Bendito sea Dios, que no sabemos lo que somos. Ese hombre me tiene á mí loca, y me va á matar. ¡Jesús! que yo no sabía lo que era vivir ni que se podía querer tanto. Y que él ciega por mí, y me parece á mí que no va á mirar á ninguna mujer á la cara mientras viva yo. ¡Y vava si es buen mozo! ¿Quién se le pone á él por delante? ¡Vaya un poder! ¡Y que no le conociera yo hace ya siete siglos! En fin, bueno, estoy deseando que venga. Yo creo que esto no será siempre así, porque si es siempre asi, ¿quién lo resiste? En estando dos minutos sin verle, no me puedo aguantar: mire usted que esto es grande; que si me lo hubieran

contado no lo hubiera creido: para mí no hay más Dios ni más Santa María que él; y hasta me parece que ahora quiero menos á mi chiquitín. ¡Bah! eso no ¡hijo mío! lo uno no quita lo otro; donde está el hijo, no cabe el marido, y donde está el marido no cabe el hijo; cada cual tiene lo suyo.

Y la Carmen continuó con sus pensamientos y con sus soliloquios, sin pensar siquiera en el tío Gamboa, que estaba bien fresco en el fondo del pozo.

Al dar las nueve, la Carmen se levantó, se fué á la puerta, y á poco, oyó que llamaban á ella.

Abrió.

—¿Eres tú?—dijo.

—Sí, yo soy,—contestó Oreja y Media.—¿Y estás á oscuras, mujer?—añadió entrando.

—Sí, hombre, todo ha pasado á oscuras; ¿para qué había necesidad de encender luz? Ahora la encenderé; pero adentro, que no se vea nada por las rendijas; entra y métete en mi cuarto, que allí tengo yo el farol y los avíos de encender; que no te vayas á ir más allá, niño, y te caigas al pozo; no faltaba más para que yo me tirase también.

—Descuida chica, que ya tengo yo buen cuidado por lo que me importa.

—¿Estás tú de mal humor, Curro?—dijo la Carmen.

—¿Por qué lo decías?—contestó Oreja y Media con extrañeza.

—Hombre, me pareció que me hablabas con retintín, y á mí no me gusta eso.

—De manera es,—dijo ya con cierto tonillo, Oreja y Media,—que si yo te hablara con retintín, sería porque me daría la gana.

La Carmen iba buscando la paliza; la necesitaba para

tener la seguridad completa de que su Oreja y Media la quería.

—¡Vaya, hijo,—contestó ya insolente Carmen;—¡pues no hablas tú muy gordo! Ni que fueras el arcipámpano.

—Vamos templando la cosa Carmen,—dijo Oreja y Media,—que no quiero cuestiones, ni ponerte la mano encima, porque no.

—Oiga usted, so pendón,—exclamó la Carmen llena de alegría, porque veía ya en el resbaladero á Oreja y Media;—¿á quién le va usted á poner la mano? Como no se la ponga usted á la mala de su abuela.

Sonó entre la oscuridad una bofetada impía.

—¡Ay, Curro!—exclamó la Carmen estallando de amor;—¡que me has pegado!

Y debía haber dicho: ¡que me pegas! porque, ciego de cólera á causa de que se le habían amontonado unos celos misteriosos en el corazón y en la cabeza á Oreja y Media, había arremetido entre la oscuridad á su mujer, y la estaba dando una vuelta de puntapiés horrible, incalculable, como para ella sola.

—¡Ay, que me matas! ¡ay Curro de mi alma y lo que te quiero! Perdóname, vida mía, que ya no volveré yo á decirte nada. Haz todo lo que tú quieras; yo soy tu esclava; yo me muero por tí. ¡Ay, Dios mío! ¡Y quién trajo este hombre á casa, que me ha comido el corazón!

—¿Y qué hago yo ahora?—exclamó Oreja y Media, á quien se le había pasado ya la furia.—Estaba por cortarme el pescuezo.

—¿Y tú por qué?—exclamó la Carmen abalanzándose á él y abrazándole;—¿porque le has pegado á la niña de tu alma? Pues aunque la mataras, hijo mío. ¿Para qué estoy



Lit. Felipe González Rojas - Editor

—Haz todo lo que tú quieras, yo soy tu esclava.

yo en el mundo sino para que tú hagas de mí lo que quieras? Tírame al suelo, patéame, aplástame, que yo no me quejaré. ¡Pero calla, muchacho! ¿estás tú llorando, hijo mío? No seas tú tonto; si era que yo tenía celos, corazón, porqúe ya te he tentado la paciencia dos ó tres veces desde que nos casamos, y tú no decías aquí estoy; si yo necesitaba que tú me rompieras la cabeza, entrañas mías.

—Vaya, pues muchas gracias, mujer; la paliza me la he pegado yo á mí mismo. Y que no vuelva á suceder ¿entiendes? y basta con lo que ha pasado, que yo no quiero que vuelva á pasar; y no se vaya usted á creer, señora, que yo soy Cachitos, aquel á quien usted sopeteaba, que quien manda aquí soy yo, solamente yo: desde el principio se hacen los panes tuertos ó derechos, y ya que usted ha querido la paliza, allá va otra, á ver si tiene usted bastante.

Y la emprendió de nuevo.

—¡Ay! no más por Dios, que ya no puedo más,—dijo la Carmen.

—Eso es para que no vuelva usted á chancearse otra vez, señora; ¿usted entiende?

—¡Ay, Curro, que lo que me duele no es lo que me pegas, sino lo que me hablas!

—Usted se calla y oye; ¿usted entiende? Yo la quiero á usted que me estoy despedazando por usted, y ya me dá rábia de tanto querer, porque me ahogo; y yo por usted soy capaz de lo no visto ni oído; y ya va usted á tener perlas y diamantes y blondas, y todo cuanto Dios crió, como si fuera usted una reina; y me la voy á comer á usted viva, ahora, y luego y siempre; ¿usted entiende? Y bendita sea la hora en que yo la conocí á usted, y no digo más; y venga usted y deme usted un abrazo, y esto se acabó; y si le

ha dolido á usted, mejor; con eso verá usted que cuando yo me encelo, ciego.

—¿Y de qué te tienes tú que encelar, niño? Pues ya podía bajar el *Sursuncordam* á decirme á mí que me quería, que de un gaznatón le enviaba á la otra banda. ¡Ay: Curro, y qué felicidad! ¡Jesús, que me parece que no te he querido hasta ahora!

—Pues mira, vámonos,—dijo Oreja y Media.—En primer lugar, que yo no quiero andar con muertos después de lo que ha pasado, que á mí también me parece qne hasta ahora no te he querido; vámonos á casa, que ya es hora, que yo le he dicho al amo que iba por tí á la Gaviria; y bueno se está el tío en el pozo; y mañana vendré yo solo y acabaré la cosa. Anda, chiquilla, anda, ojitos míos, hechicera, que me has robado el alma, bonita.

—Sí, vámonos, Curro, porque yo estoy muy mala, que tu no mirabas donde dabas, hijo.

—Mujer, si me volviste loco.

—Eso no le hace, niño mío,—dijo la Carmen;—si me hubieras matado, mejor; con encerrarme en el sótano, en paz.

—Eso no se dice,—exclamó Oreja y Media.

—No me vuelvas á pegar, por Dios,—dijo Carmen,—que ya no puedo más.

—Yo he acabado de pegarte ya para siempre,—dijo Oreja y Media,—porque tú andarás lista, y no más que con mirarme sabrás lo que yo quiero, y lo harás de cabeza; y si yo vuelvo á pegarte otra vez, será un tiro, y eso cuando seas una mala mujer.

—Lo que es por ahí puedes estar tú tranquilo, que ni siendo tu mujer ni antes de ser tu mujer, seré yo mala ni

lo he sido, y tú puedes hacer conmigo lo que te dé la gana, que yo confieso que para tí no tengo genio ni soy más que una tortolita; pero no quieras tú á otra, niño, porque entonces, ¡poder de Dios! Vamos, no lo quiero pensar, porque si lo pienso mucho, así, lastimada y todo como estoy, se me amontona el juicio, y te mato, porque eso no lo sufro yo. Y vamos claros, corazón mío, no te he estado queriendo yo tanto tiempo, y no me he casado yo contigo, y me he puesto humilde en tus manos, para que me ahogues queriendo á otra. En un día nos casamos, y tanto derecho tienes tú á que yo te sea fiel, como yo á que tú seas fiel á mí. y por los celos no paso, Curro, y no lo tomes á mal que yo te lo diga; el día en que tú mires á otra, me cambio, y la tórtola se vuelve una leona.

—Yo haré lo que me de la gana, contestó Oreja y Media.

No bien había dicho estas palabras, cuando Oreja y Media sintió sobre sí á la Carmen, que le tiró por tierra se le montó encima, y empezó á apretarle con las rodillas en el pecho.

—¡Quita, fiera, quita!—decía Oreja y Media.

Por un milagro volvió en sí la Carmen y dejó á Oreja y Media, que se levantó gruñendo y quejándose, y dijo:

—Si esto no es estar locos, venga Dios y véalo. ¿Quién le pega aquí á quien? ¡Qué mujer, Dios mío!

—Vuélvame usted á decir,—exclamó la Carmen con una voz ronca y amenazadora,—que querrá usted á la mujer que le dé la gana.

—¿Qué he de querer yo á nadie?—dijo Oreja y Media;—si contigo tengo que me sobra.

—Pues á mí no me sobra nada de usted, sino que me

falta,—dijo la Carmen;—y oiga usted, so trasto, yo conozco que me equivocado en echarme á los pies de usted como una paloma y de hoy en adelante, usted hará lo que yo le mande. ¡Jesús, Dios mío! este hombre me vuelve loca: yo no quiero eso tampoco; en fin, entiéndame usted; ni usted tiene que faltarme á mí, ni yo tengo que faltarle á usted; y usted me mata á mí el día que yo le falte, y de mi cuenta corre lo que yo tengo que hacer con usted el día que usted me falte á mí. Y vámonos, que ninguno de los dos estamos para bromas, que usted me ha lastimado á mi, y yo le he lastimado á usted, y que me parece que le he señalado á usted.

—Sí, mujer, sí, me ha tirado usted un bocado en el pescuezo, que escuece que rabia, y no puedo respirar, y me parece que me ha enfermado usted para siempre.

—Descuide usted, que yo le curaré á usted, hermoso; y ese bocado no es otra cosa que la marca de mi querer que le he puesto yo á usted en el pescuezo.

—¿Sabes, Carmen?—dijo Oreja y Media.

—¿Y el qué voy á saber yo?

—Una cosa que no te va á gustar, porque eres muy rara.

—Muchas gracias; pero ya me estás diciendo esa cosa.

—¿Pues sabes lo que es? que te he tomado más miedo que al fuego.

—¿Qué sí, hijo mío? Vuélvemelo á decir, que me gusta. ¿Y por qué has de tener tú miedo á una pobre que se está muriendo por tí? Anda, tonto, ¿pues no conoces tú que los dos somos de la cáscara amarga, y duros de pelar como un diablo, y que de lo que nos queremos por poco no nos hacemos pezados? No tengas tú miedo de mí, porque yo no quiero que lo tengas, y me va á dar vergüenza, y no voy á

atreverme á mirarte á la cara. Si yo dijera que te tengo miedo, pase: y mira, te lo tengo.

—Cuando te digo yo que estamos los dos locos,—exclamó Oreja y Media.

Y los dos se echaron al mismo tiempo á reir.

—No ha estado mala,—dijo Carmen;—y así que las palizas se nos enfrien, ya veras tú, hijo; en ocho días no nos levantamos de la cama, porque han sido de *mistó*: si tú aprietas un poquillo más, me matas, y si yo aprieto un poquillo más, la entregas. Conque vámonos, hijo, vámonos, que si estamos mucho tiempo aquí palabra va palabra viene, como las palabras se enredan como las cerezas, yo no sé lo va á pasar, y allí, casa del amo, es distinto.

—Sí, más vale que nos vayamos,—dijo Oreja y Media. —¿Pero estás tú ofendida conmigo, Carmen?

—Yo no, y tú, ¿estás ofendido conmigo, chiquillo?

—¡Qué he de estar yo ofendido contigo! ¿Me quieres?

—No me lo digas, que me ahogo: tú eres el que no me quieres como yo te quiero á tí. ¡Ay madrecita mía! yo voy á reventar de querer. Bendita sea la madre que te echó al mundo, corazón de mis entrañas,—exclamó Carmen.

—¿Pues y la tuya?—dijo Oreja y Media.

—Mira; chiquillo, vámonos, que nos vamos á morir, y á mí se me va enfriando esto.

—Y á mí también.

—Pues andando.

—¿Y qué haces tú que no has echado ya á andar? tú tienes la llave.

—También es verdad. ¡Qué hombre has echado á mi lado, Jesús mío!

—¡Ni el rey con su corona ni el preste Juan de las in-

dias con todos sus tesoros!—exclamó Oreja y Media.

La Carmen suspiró, y su suspiro pareció el aliento de un volcán.

Abrió la puerta y examinó la calle.

Estaba completamente solitaria.

No se vía luz en ninguna puerta ni ventana, y apenas si se distinguía alguna, agonizante, del alumbrado público, que era escaso.

A las diez, Sevilla había empezado á quedarse á oscuras.

Salieron.

La vecindad no se había apercibido ni de la entrada ni de la salida.

El tio Gamboa, que había ido allí hecho un volcán, se quedó bien fresco, y los otros dos salían bien calientes, á beneficio el uno de las obras del otro.

—Espérate chiquilla,—dijo Oreja y Media cuando llegaron debajo de uno de los faroles del alumbrado público,—que me parece á mí que no vas muy de recibo.

—Vaya, eso ya lo sabía yo; tengo hinchado el ojo derecho, y debe estar colorado como un tomate.

—¡Jesús, mujer! eso es que se me fué la mano.

—Pues mira, tú tienes rajada la boca por la izquierda, y un chichón en la frente, y te sale sangre del pescuezo.

—¿Y qué le vamos á decir al amo?

—Nada, diremos que se ha armado una culebra en la bóveda de la iglesia de la Gaviria. En fin, tú déjame á mí: lo que vamos á hacer es á presentarnos enseguida donde él nos vea. Y anda de prisa, que me voy poniendo mala.

En efecto, en cuanto los vió el alcalde mayor, que estaba de muy mal talante, porque la Remeditos le había di-

cho que si no disponía pronto casarse con ella se iba de su casa para que no padeciese su reputación, no pudo menos de asombrarse.

—¿Dónde diablos,—dijo,—os habeis metido, que viene usted, Carmen, con un ojo hinchado y la cara acardenalada, y tú con un porcino en la frente y con la camisa llena de sangre, y con sangre en la boca?

—Un escándalo, señor, un escándalo,—exclamó la Carmen.—No se debían apagar las luces en los ejercicios de la bóveda del convento de la Gaviria; porque figúrese usía que yo me estaba disciplinando con mucha devoción, y de repente me zurrean un disciplinazo que me hacen ver las estrellas, y yo me vuelvo, y me encuentro conque empiezan conmigo á sopapos, y yo grito, y grita todo el mundo. y salímos todos á trompatalega, y ya en la calle me encuentro á éste, que le había cogido el chubasco cuando bajaba á la bóveda. Mire usted, señor, no se puede ir á ninguna parte, ni á los ejercicios de la iglesia, que es una cosa tan santa; mire usía, señor, hay judíos sacrílegos que no creen en Dios ni temen perder el alma, y que se divierten en estas y en semejantes iniquidades. A mí me han dado dado una vuelta que me estoy muriendo, señor y á este pobrecillo le han dado un sobo que le han puesto blando como un guante, y con licencia de usía, vamos á meternos en la cama y á llamar al barbero para que nos bizme.

—¡Hombre, hombre, Carmen,—exclamó escandalizado el alcalde mayor;—usted no sabe lo que se dice! ¿Un barbero para que la bizme á usted?

—Calle usía, que con el barbero vendrá la barbera, y la barbera me bizmará á mí y el barbero á ese.

—¡Ah, ya!—dijo el alcalde mayor.—Por lo demás todos

los días estoy recibiendo quejas gravísimas de los gravísimos escándalos que se promueven en las disciplinas de los conventos, y de otras irreverencias que no son para dichas ni oídas; pero nunca había visto los resultados tan de cerca: será menester poner remedio en esto y excitar el celo de la autoridad eclesiástica; con lo eclesiástico nada tengo yo que ver; pero tampoco, como autoridad superior de Sevilla, puedo permitir unos tales atrevimientos contra la religión, y las buenas costumbres. Id, id á meteros en la cama, y se avisará al médico y al cirujano y al barbero y á la barbera para que os cure.

Y el alcalde mayor, que estaba irritado, se puso inmediatamente á extender una minuta de la comunicación que pensaba pasar al arzobispo.

Bien sabía la Carmen lo que había hecho tomando la disculpa de la disciplina.

Aquel era día de ejercicios en el convento de la Gaviria, y estos ejercicios seguían sin alterarse en lo más mínimo en su forma, á pesar de que había tenido lugar ya más de un escándalo.

Las disciplinas penitenciales que tenían lugar en las bóvedas de los conventos y de las iglesias, eran el objeto, desde hacía algún tiempo, de los desacatos de alguna gente alegre é inconsiderada, y sobre todo, impía.

Ectas disciplinas tenían lugar á oscuras, y sucedía que los que no bajaban á la bóveda á disciplinarse, sino á divertirse, se acercaban quedito allí á donde oían disciplinazos, y con unas crueles disciplinas de nudos con pinchos, valiéndose del tacto, apretaban unos disciplinazos, que no eran para sufridos, al penitente que tenían junto á sí, y que sabía bien templar, en relación con sus pecados la fuer-

za de la disciplina que se daba á sí mismo, pero que de ninguna manera esperaba disciplinazos á los cuales no alcanzaban los merecimientos de sus culpas.

Contestaba irritado, daba en el aire, le sacudían un puntapié ó un trancazo, y se armaba la gresca.

Entonces se encendían las luces; pero cuando las luces se encendían, ya los malvados agresores se habían salvado.

Y hé aquí que por uua casualidad, aquella noche había habido un descalzaperros de mil diablos en la bóveda de la Gaviria, y á tiempo que el alcalde mayor concluía su minuta, llegó el subdelegado de policía á darle parte de que, de resultas de un escándalo en la bóveda del convento de la Gaviria, se había preso á dos señoritos que habían ido á divertirse, aporreando á las personas piadosas que habían acudido á la disciplina.

—Pues nada, nada,—dijo el corregidor;—aunque sean hijos de la luna esos señoritos, á la cárcel con ellos; yo me entenderé con el arzobispo, y veremos si se acaban estos escándalos.

CAPITULO XIX

De qué manera puede poner á prueba una tentación el amor de una mujer.

A pesar de que no se encontraba muy bueno Oreja y Media, á la noche siguiente hizo, sin embargo, fuerzas de flaqueza, salió provisto de la llave del bodegón de su mujer; se fué allá, se metió dentro sin ser reparado de nadie, sacó al tío Gamboa del pozo, le enterró en el sótano, y á las diez de la noche volvió á darle parte á su mujer de que todo estaba concluido.

Ya no tenía objeto el mantener desalquilado el bodegón, y era un peligro, porque andando el tiempo, podía darse con la trampa y con el pozo y con el sótano y con los cadáveres que allí estaban enterrados.

Era, pues, necesario que aquello se cegase, á lo menos, la escalera por donde al sótano se bajaba.

La Carmen conocía bastante gente de confianza para hacer aquel trabajo; pero era necesario que entrasen una noche y no saliesen sino hasta otra noche en que todo estuviese concluido.

Oreja y Media calculaba que en dos noches, sacando la tierra del sótano y subiéndola, tapiando el descenso de las escaleras y rellenando encima de tierra, en dos días podía hacerse el negocio.

Prescindimos de detalles: cuatro pícaros de confianza hicieron la obra tan recatadamente, que nadie se apercibió de ello: la escalera se cegó, se pavimentó encima, y entonces, cuando ya no había cuidado, la Carmen puso en venta la casa, por la cual, algún tiempo después, la dieron diez mil reales.

El alguacil y la vieja mendiga y el tío Gamboa, habían quedado bien ocultos.

¿Quién sabe de qué género de crímenes provienen esos antiguos esqueletos que se encuentran alguna vez en las demoliciones de las casas viejas al abrir los cimientos de las nuevas construcciones?

Don Miguelito se volvía loco y estaba inquieto: el tío Gamboa no parecía. ¿Qué se había hecho, pues, el tío Gamboa? ¿A dónde había ido á parar? ¿Le habían preso y le mantenían incomunicado? Esto era lo más probable.

En aquellos tiempos, las incomunicaciones rigorosísimas eran ilimitadas; se usaban como una especie de tormento, para hacer confesar á un acusado rebelde.

Podia suceder muy bien que el tío Gamboa estuviese en un encierro incomunicado, á causa de mantenerse negativo, y hé aquí lo que inquietaba á don Miguelito.

Podía llegar un momento en que tratado demasiado duramente el tío Gamboa, declarase y le comprometiese.

De aquí nacía la terrible inquietud de Caparrota, que temía á cada momento ser preso, porque le hubiese comprometido una revelación del tío Gamboa.

Oreja y Media, que iba con mucha frecuencia casa del tío Carcañales el montañés, y que algunas veces se escapaba de casa del alcalde mayor sin ser sentido, en altas horas, conocía las inquietudes de su capitán, y en vez de tranquilizarle manifestándole la verdad, se mostraba él mismo gravemente inquieto.

Así se pasaba el tiempo.

La falta del tío Gamdoa hizo que en tres meses no se hablase de ningún nuevo robo en Sevilla, y don Miguelito estaba disgustado.

Se había desarrollado en él una terrible avaricia, y estaba ansioso por aumentar su tesoro.

Remedios estaba en inteligencia con él, ayudada por Oreja y Media, que todas las noches abría un postigo que daba á una callejuela, y por un patinillo, don Miguelito subía á la habitación de la joven.

Esta había hecho el plano, y por una confianza del alcalde mayor, que había procurado tentar su codicia, sabía donde había grandes cantidades en oro y grandes valores en alhajas.

Una tarde, después de comer, el alcalde mayor se había encontrado á solas con su joven ama de gobierno, y ésta le había dicho como siempre:

—Es inútil, señor marqués; yo soy una señorita, hija de buenos padres, y no puedo olvidarme de mi honra. Usía me dijo que me amaba; yo se lo agradecí á usía, y al fin le dije que el agradecimiento me había hecho amarle; usía me había recogido en su casa cuando me encontraba sola en el mundo, y sabe Dios á dónde hubiera ido á parar, porque yo, ni hecha pedazos, quería permanecer en una casa donde estuve á pique de ser asesinada. Usía me persigue y me

aflige; si usía me ama verdaderamente, cásese conmigo, que soy tan noble como el rey, aunque desgraciada. Y piense usía en lo que le digo; porque si dentro de algún tiempo usía no toma una determinación conveniente, yo salgo de su casa, donde mi reputación puede perder, porque al fin usía es un señor viudo, y yo demasiado joven para servirle de ama de gobierno.

—¿Usted cree que soy un hombre de honor, Remeditos? —dijo el alcalde mayor.

—Sí, sí señor,—dijo la Pajarita de las Nieves;—yo sé que usía es un cumplido caballero.

—¿De manera que no tendrá usted inconveniente en seguirme al aposento donde yo quiero que venga para que vea algo que pueda convencerla?

—No tengo inconveniente, señor marqués; pero dudo mucho de que usía me convenza, si no es por los buenos medios.

—Pues bien, venga usted conmigo,—dijo el alcalde mayor.

Y llevó á la Pajarita de las Nieves á su cuarto, y luego á un aposento muy pequeño, y sin más respiradero ni abertura que la puerta, donde había un fuerte armario de hierro.

A este aposento no podía entrarse sino pasando por el dormitorio del alcalde mayor.

La puerta era muy fuerte, y se cerraba con un candado, y en la antesala que precedía al dormitorio, tenía siempre de guardia el alcalde mayor, desde que se habían repetido los robos cuantiosos en Sevilla, dos feroces alguaciles, que se relevaban de doce en doce horas, reforzados por un enorme perro de presa.

El alcalde mayor, que temía que aquellos ladrones invisibles, que parecían tan astutos, se atreviesen á él mismo, había tomado todas estas precauciones.

Era pués, punto menos que imposible robar al alcalde mayor, y tanto más, cuanto que se ignoraba el lugar donde tenía encerrados sus caudales y sus alhajas, que eran famosas por lo mucho que las había dejado ver en las fiestas y saraos la difunta marquesa de la Pampanera, su mujer.

El alcalde mayor, una vez dentro de aquel pequeño aposento, dijo á Remedios:

—Voy á probar el último recurso que me queda, hermosa mía, para ablandar tu dureza, esa dureza que me mata y me vuelve loco,—dijo el alcalde mayor.

—Pues, bien, hijo mío,—dijo Remedios templándose al tono del alcalde mayor, que por la primera vez la hablaba de tú.—si mi hermosura te vuelve loco, cásate conmigo. ¿Y por qué no te has de casar conmigo? ¿Qué tengo yo para que no te cases conmigo? Yo soy noble, yo no servía á la marquesa de Casariegos, yo era una señorita de quien se había encargado caritativamente, es verdad, yo no lo olvidaré nunca; pero yo no era su doncella.

—Todo eso está muy bien, hija mía,—contestó el alcalde mayor;—pero todo el mundo cree que tú eras doncella de la marquesa, y ve á sacarle á todo el mundo del cuerpo su creencia.

—O se quiere ó no se quiere á una mujer,—exclamó la Pajarita de las Nieves, echándose á llorar.

—¿Por qué lloras, ídolo mío?—exclamó enternecido el alcalde mayor.

No hay cosa tan terrible como el enamoramiento de un viejo.

—¿Por qué he de llorar?—exclamó la Pajarita de las Nieves.—Porque yo no he podido ser indiferente al desesperado amor que usía me tiene, y yo también me abraso de amor por usía.

—¡Ay, ay, Dios mío, yo me pongo malo!—exclamó el alcalde mayor.—Nunca me has dicho tanto. Pero no me des tratamiento, luz de mis ojos. Si vieras qué placer siento cuando me hablas de tú.

—No, no,—dijo Remedios;—yo no volveré á hablarle á usía de tú, sino cuando usía sea mi marido.

—¿Pero no comprendes, hija de mi alma, que eso no puede ser; que la autoridad que ejerzo, la suprema autoridad, en una tal ciudad como la de Sevilla, no me lo permite?

—¿Y por qué?—exclamó la Pajarita de las Nieves, encarándose irritada con el alcalde mayor.

—No te irrites, hija mía, no te irrites.—dijo éste;—atiende á razones. Tú eres noble, tú eres honrada, tú eres, por tu educación, por tus maneras y por tu delicadeza, una señorita: todo es verdad, amor de mis entrañas; yo no podía haberme enamorado de este modo sino por un tesoro como tú. Si yo no fuera más que título de Castilla, me importaría muy poco dijesen que me había casado con una doncella de una de mis iguales; pero soy el alcalde mayor; nadie respetaría mi autoridad si yo me casase contigo: dirían que me había vuelto loco; no faltaría algún enemigo envidioso que fuese con el cuento al rey nuestro señor, con la malévola intención de que el rey me destituyese.

—Bien, bien; bueno,—dijo la Pajarita de las Nieves;—pues se deja el cargo de alcalde mayor, y asunto concluído.

—Todo lo haría con toda mi alma para poder casarme

contigo, porque estoy loco, Remedios, porque me muero por tí; pero en las presentes circunstancias, yo no puedo hacer dejación de mi autoridad: los robos escandalosos, cuyos autores no han podido descubrirse, son numerosos, escandalosos, y por último, ha venido ese terrible crímen, de que ha estado á punto de ser víctima la marquesa de Casa riegos, del cual ha escapado milagrosamente, y cuyas consecuencias sufre todavía. Yo no puedo dejar mi vara de alcalde mayor hasta que llegue á descubrir, que los descubriré y los castigaré severísimamente, á los autores de tales atentados. Ten compasión de mí, Remedios de mi alma: yo agonizo, yo no puedo romper por el círculo de hierro en que me encuentro preso; el alcalde mayor no puede casarse contigo por razones de conveniencia, á que no puede cerrar los ojos, y el marqués de la Pampanera, por razones poderosísimas, no puede dejar de ser alcalde mayor. No, no puede dejar de serlo mientras permanezcan impunes los tremendos crímenes que se han cometido bajo el imperio de su autoridad.

—¿Y por qué se ha enamorado usía de mí?—exclamó volviendo á echarse á llorar la Pajarita de las Nieves.—¿Por qué no me ha dejado usía tranquila con mi pobreza, y ya hubiera encontrado yo un hombre decente con quien casarme?

—No me rompas, por Dios, el corazón, Remedios,—exclamó el alcalde mayor;—yo no puedo verte llorar.

—Sí, pero da usía lugar á que llore; á mí me parece usía hermoso y joven, y me estoy muriendo por usía; pero yo no puedo olvidarme de mi virtud; yo no puedo ofender á Dios ni manchar la memoria de mis buenos padres; antes me moriré desesperada.

—¿Conque tú me amas? ¿conque tú me adoras? ¿conque yo te parezco hermoso y joven? Un imposible nos separa: el imposible de tu virtud, que te hace más adorable á mis ojos. ¡Oh, perdóname, perdóname, ángel de Dios, porque yo te había traído aquí para tentar tu vida con la vista del oro! ¡Perdóname, hija mía, luz de mis ojos! No, no me digas nada; no te ofendas; yo estoy loco, yo no sé qué hacer ni qué dejar de hacer; tú eres para mí todo cuanto hay en el mundo.

—Sí, pero hay otra cosa que es para tí más que yo, ¡desdichada de mí, que me voy á morir de pena! tu autoridad, tu soberbia.

—¿Que te vas tú á morir, arcangel mio? ¿Pero no es de veras que me amas tanto?

—Que no me asista á la hora de mi muerte mi santísima patrona la Virgen de los Remedios, si yo puedo vivir mucho tiempo sin ser tu alma y tu vida; y yo no puedo ser tu alma y tu vida sino siendo tu esposa.

Aquel audaz juramento acabó de trastornar al alcalde mayor.

La Pajarita de las Nieves era una alumna que honraba á Miguelíto Caparrota.

El alcalde mayor acabó de volverse loco.

Le pareció que su alto cargo, su título, sus riquezas, cuanto era, cuanto valía, eran nada en comparación con la felicidad de poseer aquella celestial criatura, cuya virtud le parecía extraordinariamente heróica.

Se le volvió completamente el seso, y dijo á la Pajarita de las Nieves.

—Dame tu mano.

—¿Y para qué?—exclamó haciendo un remilgo aquella bellísima bribona.

—Tu mano de esposa,—exclamó el alcalde mayor.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó la Pajarita de las Nieves.—¡Ay, vírgen mía! ¡ahora sí que te amo! Yo te adoro; tú eres mi Dios. Toma, toma mi mano y mi alma.

Y envolvió al alcalde mayor en una mirada tal, tan candente, que á poco más el alcalde mayor se congestiona.

—Yo te empeño mi palabra de honor,—dijo estrechando de una manera nerviosa la pequeña y mórbida mano de la muchacha,—de casarme contigo en el momento en que llegue la real licencia; yo justificaré este casamiento de la manera que me sea posible, y si el rey nuestro señor me destituye, sea en buen hora; yo no puedo renunciar á la inmensa felicidad de tenerte mía.

—¡Ay, niño, niño de mi alma, y qué feliz me haces!—exclamó la Pajarita de las Nieves.—Vamos, señor, si á cada momento que pasa me parece que te quiero doble. Pero mira, sé prudente, amor mío; trátame delante de todo el mundo como siempre, como si fuera tu ama de gobierno, y nada más, y no digas nada á nadie hasta que llegue la hora; y mira, si el rey te niega la licencia, envía en hora mala al rey, y cásate conmigo sin licencia. ¿Para qué quieres tú más reina que yo?

Y desasió su mano de la del alcalde mayor.

—Una vez decidido,—dijo éste,—adelante, y suceda lo que quiera.

—¡Ay! me matas, niño; pero mira, vámonos; yo no quiero que reparen que estoy á solas contigo tanto tiempo, y tú debes cuidar del honor de tu esposa.

—Espera, espera, corazón mío,—dijo el alcalde mayor;—ya que estamos aquí, ya que ante Dios eres mi esposa, por el solemne compromiso que he contraido, no puedes to-



Lit - Felipe Gonzalez Rojas - Editor

En uno de los huecos había varios pequeños cofres
de hierro.

mar por ofensa el que yo quiera verte un momento embellecida por algunas joyas. ¡Ay! tengo yo para tí un collar de gruesas perlas con relicario, que sentará de una manera embriagadora en tu deliciosa garganta. Espera, espera, hija mía, tú no sabes...

—No, no quiero ver nada,—dijo la Pajarita de las Nieves aumentando sus remilgos,—no quiero que creas que yo me caso contigo por tus riquezas, por tus alhajas.

—No me niegues este inocente placer que te suplico,—exclamó el alcalde mayor con un enternecimiento que, á sus años, merecía una paliza.

—Pues bien, si por una cosa tan sencilla has de sufrir, yo no quiero que sufras, bueno.

El alcalde mayor sacó de un bolsillo un aro de acero con algunas llaves, y abrió el armario con mano trémula.

La Pajarita de las Nieves se puso pálida de emoción.

Las planchas de hierro que se superponían de trecho en trecho en el armario, estaban llenas de talegos.

En uno de los huecos había varios pequeños cofres de hierro también.

El alcalde mayor los sacó y los fué poniendo en una mesa que en el aposentillo había, y en que daba la luz que penetraba por la puerta.

Abrió uno de aquellos cofres y sacó un collar de perlas admirable, y se lo puso á la Pajarita de las Nieves.

—Quítame, quítame pronto este maldito collar,—dijo ella con un acento extraño;—me abrasa la garganta, y el fuego me llega al corazón: tú pretendes engañarme; esta es una tentación del infierno; no, no, antes que todo mi virtud y mi honra.

Debía entenderse en vez de estas palabras: antes que todo mi Miguelito Caparrota.

Se desprendió por sí misma el collar y escapó, dejando al alcalde mayor de todo punto enamorado, de todo punto entregado.

—¡Oh!—dijo.—No puede dudarse de su virtud: una criatura así es un tesoro; venga lo que viniere, digan lo que dijeren, con ella me caso.

A la media noche, la Pajarita de las Nieves decía á don Miguelito arrojada en sus brazos:

—¡Ay, hijo de mi alma, cuánto he sufrido hoy! No sabía yo lo que quemaba un collar de perlas: cada perla era un ascua. ¡Ay, hijo mío! perlas como avellanas, y muchas, muchísimas, ¡Jesús! aquello debe valer un Potosí. Mira si te quiero, que conocí que se me iba la cabeza; que me agarraba el diablo con uñas de perlas por ese vejestorio. ¡Ay, Miguel, si me iba pareciendo hermoso el viejo! Hasta hoy no he conocido lo que yo te quiero.

—Déjate de tonterías, Remedios, y vamos al negocio,—dijo el marqués.—¿Sabes tú ya dónde tiene el viejo el escondite?

—Sí, hombre, sí, y yo no sé cómo vamos á gobernarnos: tú sabes la sala que dá al jardín, que tiene antesala, y al otro lado el gabinete del viejo; no se puede entrar más que por la puerta de la antesala; las rejas son muy fuertes, con cada barra de hierro que meten miedo; las paredes maestras, y en la antesala están siempre de guardia dos alguaciles, y en cuanto oscurece meten con los alguaciles un perro de presa.

—¿Y eso que le hace, chiquilla?

—¿Pues no le ha de hacer? Hay que quedarse con los al-

guaciles y con el perro, y esto no es fácil. Además, no se puede hacer sin ruido, y al ruido puede despertar el viejo, y es valiente, y tendrá armas, y en fin, la cosa es más áspera de lo que tú crees.

—Vaya, Remedios, la cosa no puede ser más fácil; confiados en las rejas del cuarto donde duerme el corregidor, quitan el perro del jardín y le llevan á la antesala donde están los alguaciles; nadie puede entrar allí, pero puedes entrar tú.

—Mira, Miguel,—dijo Remedias, hazme pedazos, pero yo no entro en el cuarto de ese tío, de noche; no me hagas aborrecerte, yo he llegado á todo por tí, pero si veo que eres un sinvergüenza que te vales de la mujer que quieres, para robar, en el mismo punto te dejo.

—Si yo te saltara ahora un ojo,—dijo Caparrota,—te lo habrías ganado por desvergonzada. ¡Sangre viva! que si el aire que pasa junto á tí me estorba. No te apresures, no digas tonterías y cuéntame lo que ha sucedido para que yo vea lo que hay que hacer.

La Pajarita de las Nieves contó punto por punto la escena que había tenido aquella tarde con el alcalde mayor á Caparrota, que aunque se reía rara vez, no pudo ménos de reirse.

Cuando su digna compañera hubo concluído, la dijo:

—Oye, chiquilla, mañana no te levantas tú.

—¿Y por qué? dijo la Pajarita de las Nieves.

—Mañana amaneces tú con un dolor de cabeza que te la parte, ¿sabes?

—Sí.

—Te haces la mortecina.

—Bueno.

—No te levantas más que un ratito por la tarde, y te pasas el día sin comer; yo te traré algo rico que tú te comas; te presentas muy triste al alcalde mayor, y cuando veas que no te ven, le miras á hurtadillas con los ojos de cabra mortecina.

—Bueno; al viejo le va á dar algo si yo hago eso.

—Pues eso es menester, que le dé, que acabe de cegar, que con esos tíos de justicia hay que andar muy listos, porque tienen siempre la sospecha en el entendimiento, y para engañarlos es menester no descuidarse. Procura no quedarte á solas con él, te recojes tempranito, y si quieren que alguien se quede contigo allí para cuidar de tí, por si te pones peor, dices que no, que quieres estar sola, porque si hay alguien, yo no puedo entrar.

—Bueno,—dijo Remedios,—lo que tú quieras.

—Pues no te digo más por ahora. Ea, y acuéstate, que yo me voy.

—¿Y á dónde vas tú? —dijo poniéndose pálida y mirando de una manera terrible á Caparrota.—Hombre, es una casualidad que de tres á tres noches tú te vayas antes de la una: tú tienes por ahí algunos amoríos que te citan de tres en tres noches y después de la una; á mí no me la das tú. Yo no te había dicho nada, porque eso no ha pasado más que dos noches, y podía ser una casualidad; pero á las tres va la vencida, y usted no se va, cariño, me voy yo con usted.

—Vamos, tú ya no te acuerdas, Remedios, y es menester que no te olvides de quién soy yo. Mira, lo que tengo que hacer podía dejarlo para otra noche, pero no más que porque me has hablado con fuero, me voy, y si hablas una palabra más, no me vuelves á ver, que para quedarme yo con lo del viejo no te necesito; con que tú escoje.

—Dime siquiera adonde vas: si me quiere sdebes estimar que yo sea celosa.

—Cuando las mujeres hablan con buenos modos y con amor, es distinto,—dijo Caparrota.—El tío Gamboa y yo vamos esta noche por unos cuartos.

—¿De veras, Miguel?

—De veritas, Remedillos.

—Pues anda con Dios, hijo; yo no sé qué tienes que con media palabra me convences. ¿Y cuándo se acabará esto, Miguel?

—En dándole este golpe al alcalde mayor, que lo hago más bien para que vea toda Sevilla que los invisibles se atreven con la justicia, enseguida se acabó, Remedios; ya no es menester más; estamos muy ricos, dejo pasar un poco tiempo y me caso contigo.

—¡Ay, Miguel! qué lástima que cuando yo sea marquesa de Casa-Vaquera no me pueda poner el collar de perlas que me ha puesto hoy ese vejestorio porque las conocerían.

—Públicamente te las compraré yo mejores. Adios, marquesita, hasta mañana á la noche; que hagas lo que te he dicho.

—Descuida, chiquillo, y adios y que no te pase nada.

Don Miguelito salió, bajó por unas escaleras al patinillo, llegó al postigo, le abrió con una ganzúa, salió y cerró.

Luego se alejó murmurando:

—Sí, si, el último golpe; después enmudezco á la Remedios y se acabó el negocio; soy ya rico, robo á Milagros y me caso con ella. Veremos de qué le vale á su padre su entereza en querer casarla con el otro.

Y don Miguelito avanzó rápidamente por las oscuras calles.

CAPÍTULO XX

De cómo las bromas se vuelven veras, y de cómo los tontos no juzgan más que por las apariencias.

Hacía ya algún tiempo que don Miguelito se había vuelto á enamorarar, pero de una manera mucho más grave que como se había enamorado de Aurorilla, su difunta mujer.

Hé aquí como don Miguelito contrajo aquellos terribles amores.

Caparrota era muy dado á los caballos, y le faltaba algo el día en que no daba á caballo un largo paseo.

Se le consideraba como uno de los mejores jinetes de Andalucía, donde hay tantos y tan admirables jinetes.

Dos meses antes del día en que se encuentra la marcha de nuestro relato, y uno después de la noche del robo de la marquesa de Casariegos, don Miguelito, que había salido por la puerta de la Barqueta, iba castigando un caballo rebelde por la arena de la ribera, corriente arriba del Guadalquivir.

Muy pronto reparó en una lancha en que se divertían

pescando algunas personas pertenecientes á un grupo que se había ido á aquel lugar de campo.

Las personas que iban en la lancha eran trés jóvenes de aspecto distinguido y tres señoritas.

De improviso la barca reviró por un movimiento impremeditado de los que iban dentro, y se volcó.

Don Miguelito había reparado en una joven rubia, alta y esbelta, de una hermosura maravillosa, y esta joven, que estaba de pié en el centro de la barca, al reparar en don Miguelito, avanzó y produjo el reviramiento de la barca y su vuelco.

Por aquélla parte el río era profundo.

Don Miguelito se despidió del caballo con una rapidez maravillosa, y se lanzó al agua en socorro de la joven, que luchaba por tenerse á flote y se ahogaba.

Llegó á ella, la levantó y la sacó á la ribera casi sin sentido.

Sin perder un instante. volvió á arrojarse al agua y salvó á otra de las jóvenes.

La tercera de las jóvenes la salvó uno de los señoritos que iban en la lancha, y los otros señoritos salieron al fin á tierra.

Todo aquello se había reducido á un susto y á un baño, pero estaba fuera de toda duda que si don Miguelito no hubiera sacado á la joven rubia, ésta se hubiera ahogado.

Las gentes de las familias que allí estaban de campo en un sotillo inmediato á la ribera, acudieron despavoridas, y entre ellas un anciano del aspecto más noble y más distintinguido, que apuró cuantos encarecimientos eran posibles para agradecer á don Miguelito el haber salvado á su hija, esto es, á las hermosa rubia que había vuelto completamen-

te en sí, y miraba á don Miguelito con asombro, lo cual pareció no sentar muy bien á otro joven que allí estaba.

Resultó que el anciano era el conde de los Cabrales, uno de los más ricos de Jerez, viudo, que con su hija única Milagros había venido á Sevilla á pasar una temporada al lado de unos parientes.

Se invitó, como era natural, á don Miguelito; pero como éste, así como los otros seis de ambos sexos, del chapuzón, estaban hechos unos chupones de agua, fué necesario apelasen á las casas de campo circunvecinas á pedir prestados vestidos que ponerse, á fin de que se secasen los que tenían puestos.

Esto se hizo en muy poco tiempo, y las tres jóvenes, y los otros tres, y don Miguelito aparecieron vestidos á lo campesino, porque no había podido ser de otra manera.

Con el sencillo traje de labradora, la rubia estaba irresistible, y don Miguelito se moría, enamorado ya de ella hasta las entrañas.

El conde de los Cabrales, le había ofrecido su amistad y su casa; pero la rubia no había podido ofrecerle nada de palabra, y aunque se lo había ofrecido todo con los ojos y á hurtadillas, porque había novio por medio, y compromiso formal, según pudo entender don Miguelito.

Fué prudente, y mantuvo la gran compostura que le hacía tan apreciable entre la buena sociedad de Sevilla.

Comprendió que no debía prolongar mucho su permanencia entre aquellas personas, y suponiendo ya secos sus vestidos, se despidió, montó á caballo, y se fué á buscarlos.

Al día siguiente, don Miguelito fué á hacer una visita de cumplido al marqués, que le recibió con su hija.

Tanto Milagros como don Miguelito estuvieron prudentísimos.

La visita fué muy corta, y al retirarse don Miguelito dijo á un criado que encontró en el portal:

—Echa á andar detrás de mí.

El criado le siguió.

Don Miguelito se metió en un portal y le dijo:

—Toma esta onza.

—Muchas gracias, señor,—contestó el criado.

—¿Puedes tú estar en la botillería del Romano dentro de una hora?—le dijo don Miguelito.

—Si señor,—contestó el criado.

—Pues allí, dentro de una hora; no faltes.

Don Miguelito se fué á su casa y escribió lo siguiente:

«Divina de mi alma: como ya nos hemos entendido con los ojos, es menester que nos entendamos con las palabras. Contéstame, alma mía; dime cuándo y cómo podemos nosotros dos hablar á solas.

MIGUEL.»

Don Miguelito las gastaba así: se iba á fondo en cuanto tenía el más leve motivo para ello, y Milagros se lo había comido con los ojos, y no había podido decirle más que lo que le había dicho, y esto de una manera involuntaria, con una gran pureza, dejando ver á don Miguelito una cara de ángel.

Con esta carta incendiaria don Miguelito se fué al café del Romano, donde no tardó en aparecer el criado.

—Le das inmediatamente esta carta á la señorita doña Milagros, la preguntas cuándo contestará, y te vienes aquí á decírmelo; y esto enseguida, y no me digas que es difícil, porque tú tienes cara de tunante.

—Vaya, señor,—dijo el criado,—si yo soy de la casa de la señorita, y como quien dice la he visto nacer; pero le advierto á usted...

—No tengo necesidad de que me adviertas nada,—dijo don Miguelito;—lo que me hace falta es que te vayas pronto para que más pronto vuelvas.

—Pues enseguida, señor.

En efecto, á la media hora el criado volvía con un pequeño billete perfumado, que contenía lo siguiente:

«No comprendo bien la manera y estilo de la carta que acabo de recibir; pero no puedo menos de contestar á usted. Por el momento, no sé de qué medio valerme para hablarle; pero antes de la noche lo sabré; le avisaré á usted; Pepe llevará á usted una segunda carta mía.»

—Toma para que te animes, y lárgate,—dijo don Miguelito al criado, dándole otra onza;—al oscurecer estaré aquí.

—Pues hasta el oscurecer, señor,—contestó de la manera más servicial Pepe.

Y se fué.

Don Miguelito se fué á su casa; se sentó á la mesa, pero apenas pudo comer.

—Esto es grave,—dijo;—á mí no me ha quitado nada el apetito hasta ahora.

Se vistió un traje de montar, y salió á caballo.

Media hora antes del oscurecer volvió á su casa, cambió de traje, y se fué al café del Romano.

Pepe le esperaba tomándose un vaso de helado.

Se levantó respetuosamente, dió una nueva carta al marqués, y permaneció de pie.

—Siéntate, hombre, siéntate, y acaba de refrescar,—dijo don Miguelito, sentándose al otro lado de la mesa.

—Dispénseme vuecencia,—dijo Pepe, que ya sabía que se trataba de un grande de España.

—Siéntate y refresca, y no me muelas,—contestó don Miguelito.

—Pepe se sentó y continuó tomando su helado, pero de una manera respetuosa.

Don Miguelito leyó lo siguiente:

«Mi prima Patrocinio nos protege; pero no puedo hablar con usted sino á la una de la noche. Venga usted, que mi prima y yo estaremos en la primera reja de la tapia del jardín.»

—¿Has acabado ya?—dijo don Miguelito á Pepe, que se había apresurado á tragar su refresco.—Pues vete y dile á tu señorita que sí, y que la adoro y me estoy muriendo por ella.

—Muy bien, excelentísimo señor; pero advierto á vuecencia...

—Ya no tienes que advertirme nada,—dijo don Miguelito;—lárgate.

Pepe se fué.

A la una de la noche don Miguelito llegó á la reja que se le había indicado.

Esto contrarió fuertemente á don Miguelito; pero como no quería asustar la caza, no hizo acerca de ello la menor observación.

—Su carta de usted,—dijo Milagros después de los saludos,—como no podía menos, me ha sorprendido, y he dudado sobre si debía ofenderme ó no.

—¡Ay, hija mía, que esa carta se me ha salido á mí del corazón!

—Convenido, amigo mío,—dijo Patrocinio, que rayaba

ya en sus veinticuatro años;—pero á una joven á quien apenas se conoce, no se la escribe de ese modo, y mucho menos cuando esa joven es casi todavía una niña sin experiencia y sin conocimiento de las cosas del amor.

—Yo me he vuelto loco, amiga mía,—dijo don Miguelito.

—No es lo malo que usted se haya vuelto loco,—dijo Patrocinio,—que á mí eso me importaría poco, dispénseme usted que se lo diga: lo malo es que esta chiquilla, que no sabe lo que se hace, se ha impresionado por usted. No importa que se lo diga á usted, porque en buenas manos está el pandero, señor mío: se vino á mí con la extraña carta que usted la escribió, y cuando yo la dije que la rompiera, se me puso pálida, y se echó á llorar.

—Patrocinito,—dijo el marqués:—si se ha propuesto usted matarme, hágalo usted con más misericordia, de un solo golpe, porque á la verdad, me da usted miedo. ¿Y usted no dice nada?

—Yo he bajado con ella,—dijo Patrocinio,—para que, no ella, sino yo, sea la que hable. Yo he extrañado mucho, Casa-Vaquera, que teniendo usted la reputación que tiene de joven morigerado, se haya usted dirigido de una manera tan inconveniente, tan incomprensible, á mi prima; pero basta de sermón: vengamos al asunto. Esto no me parece muy posible: mi tío tiene comprometida su palabra respecto á Milagros; pero no de una manera tan definitiva que no quede la esperanza de que este compromiso no se salve. Para decirle á usted esto solo hemos bajado: no volveremos á bajar; Pepe no recibirá más cartas de usted; pero, recibido usted en casa, puede usted venir todas las noches; tenemos tertulia. Confío en que usted será prudente; que meditará que no puede pensar en mi prima sino de una manera digna;

y digo esto, aunque no debería decirlo, porque habiendo usted llegado á sus veintiocho años sin casarse, ha dado usted bastantes señales de incasable, y yo no me fío de las apariencias: reputaciones tan perfectas como la de usted, hay que temer tengan en su fondo algo de hipocresía. Conque, vámonos, niña; ya hemos dicho á este caballerito todo lo que teníamos que decirle. Buenas noches, marqués.

Y se llevó á Milagros.

—¡Mal rayo te parta!—exclamó don Miguelito.—Si no anduvieras tú por medio... Bien es verdad, que si tú no anduvieras de por medio, tal vez la chiquilla no habría podido encontrar medio de hablar conmigo. Adelante, y paciencia: si la prima no quiere más que casaca para su primita, no quiere más que lo que yo quiero. ¡Bah! diez y seis años purísimos, y una hermosura ideal. Yo redondeo con lo del alcalde mayor mis negocios, arreglo á la Pajarita de las Nieves, y á ser feliz.

Don Miguelito se volvió á su casa, y la noche siguiente se presentó en la tertulia de don Francisco de Maldonado, que así se llamaba el cuñado del conde de los Cabrales en cuya casa paraba éste con su hija.

—Se le recibió admirablemente por todos, ménos por don Juanito de la Sala, que era el novio de Milagros, porque así lo quería el padre de ésta; un gaditano rico, que se había venido á Sevilla detrás de su novia, á pesar de que ésta, con su ingenuidad de niña, le hacía pasar el sino, porque no le queria.

Don Miguelito había sospechado, después de haber meditado sobre la situación, si Patrocinio habría tenido algún interés particular en inmiscuirse en aquel negocio; pero descubrió muy pronto que Patrocinio, que era una hermo-

sa muchacha, parecía enamorada de un primo suyo, con quien iba á casarse próximamente.

Al saber esto, don Miguelito se alegró; Patrocinio se iría á su casa, y Milagros sabía ya el camino de la reja del jardín.

Don Miguelito estuvo admirable; no dió motivo alguno para que nadie se apercibiese del interés que le llevaba á la tertulia de Maldonado, y en cuanto á Milagros, instruida por su prima y sostenida por ella, guardó también una gran reserva.

Tan segura estaba Patrocinio de que su primo no tendría celos, que sostuvo un combate de silla á silla con don Miguelito, que suplicaba con toda su alma se repitiese la entrevista de la reja.

—Nada, amigo mío,—dijo Patrocinio:—si se rompe el compromiso contraido con mi tio y se casa usted con ella, la tendrá usted toda entera; pero entretanto conténtese usted con verla desde lejos. El tal la Sala es un pesado, un ave fría, un *patoso*, pero, como todos los tontos, terco. Mi tio da largas al casamiento, porque ve que su hija no se interesa gran cosa por Juanito; pero Milagros es una niña que le teme á su padre como á una espada desnuda, y no se atreve á decirle, no quiero. Yo no puedo meterme en esto, ni me allano á esos oficios; usted búsqueselas, disimule usted mucho, hable usted siempre conmigo, que no importa, y esto acabará de confiarle; hágase usted su amigo y métale usted en danza, á ver si pesca por ahí un compromiso, que no le guste al viejo, que es muy severo, y le envía á paseo.

—¿Sabe usted que es usted mala, Patrocinio?

—Pues no que usted...—dijo Patrocinio.

—Yo soy un buen muchacho,—contestó el marqués,—de una conducta irreprensible.

—Un hipócrita que cuida mucho de las apariencias, y que á la sordina escribe á las niñas cartas como la que ha recibido mi prima.

—La locura de la pasión, Patrocinio.

—Una pasión contraída en veinticuatro horas.

—Yo he tenido en mis brazos, cuando la saqué del agua, á Milagros, y sé lo que pesa y lo que vale. ¡Ay, qué divina hermosura! ¡qué estatua de carne!

—¡Libertino!

—No, no señora; siempre la pasión; calcule usted cuál será la pasión que me inspira su prima de usted, cuando estoy al lado de usted perfectamente tranquilo.

—¿También para mí hay galanteo?

—¡Ay, no!-exclamó Caparrota.-Para usted no hay más que amistad, y amistad profunda: obro de buena fé, amiga mía; estoy verdaderamente enamorado, y mi único deseo no es otro sino que este casamiento se arregle; vivir en paz con ese ángel; su hermosura me embriaga, su alma me cautiva, su inocencia me deleita, su sér entero me enloquece.

—¡Ay, Casa-Vaquera! Usted debe haber tenido muchas aventuras; usted es muy peligroso.

—¡Ah! no absolutamente, Patrocinio: pregunte usted á todo el mundo; bien conocido soy; todo el mundo sabe que yo no he tenido amores.

—Dios nos libre de los remolinos que se ocultan bajo las aguas mansas: usted tiene una práctica que espanta; no se llega á esta práctica sin una gran experiencia; su palabra de usted seduce.

—Es que adivino.

—¡Pobrecito! Vea usted aquí dos inocentes que se han enamorado el uno del otro; pero el uno parece un culebrón de vallado, y la otra un pajarillo á quien el culebrón fascina. En fin, todo puede ser; mi prima vale mucho. Al tiempo, marqués; para mí será una satisfacción que Milagros se case enamorada con un hombre enamorado de ella, y que ambos sean ustedes eternamente felices. Pero empecemos la obra. Juanito la Sala atisba y alarga el oído; hágame usted el amor.

—¿Y qué dirá Perico de Maldonado?

—Yo se lo diré todo, y no habrá nada. A mi primo se lo lleva el diablo con ese proyectado casamiento de mi prima con Juanito la Sala, y cuando sepa que estas pequeñas apariencias que yo tomo son para hacer posible una intriga que salve el compromiso, nos ayudará.

—Pero, Patrocinio, tenga usted piedad de mí; no me ponga usted entre dos fuegos; no me mire usted de ese modo, que me va entrando el mareo. ¡Caramba, y qué bonita es usted cuando se la encandilan los ojos!

—¿Pues qué, se me encandilan los ojos por usted?—exclamó vivamente Patrocinio, poniéndose encendida como una cereza.

—Sí, vida mía; sí; y me parece que Perico de Maldonado va á tener celos de veras.

—Vaya, déjese usted de bromas,—exclamó Patrocinio.
—¡Pues no faltaba más! y se está esperando de un momento á otro la dispensa, y en cuanto la dispensa llegue, nos casamos.

—Bueno,—dijo don Miguelito;—estaría de Dios.

—No señor, no,—dijo Patrocinio;—no estaría de Dios ni del diablo: es que se le han puesto á usted los ojos de

una manera que yo me he turbado. ¡Qué diablo de hombre! Vamos, ¿se estará usted quieto? Déjese usted de bromas.

Lo que quería Patrocinio que don Miguelito mantuviese quieto eran los ojos, que vagaban recreándose de buena fé de una á otra de las bellezas de Patrocinio, que era una morena deliciosa, mórvida, exhuberante, con una gracia infinita.

—¿Pues no me ha dicho usted que la haga el amor, Patrocinio?.

—Sí, hombre, sí; pero no tan á lo vivo,—contestó ésta.

—No lo puedo remediar: desde el momento en que usted me ha dicho que la haga el amor, me ha dado no sé qué.

—¡Le parece á usted el inocente, el novato!—dijo Patrocinio, procurando sobreponerse á la situación.

—Soy el hombre más feliz de la tierra,—dijo don Miguelito, siempre audaz y siempre yéndose á fondo:—me quieren las dos niñas más hermosas de Sevilla.

—Vamos, esto se acabó,—dijo poniéndose seria Patrocinio.

—¡Que si quieres!—dijo Caparrota.—¿Que se acabó, eh? Pues si ahora empieza, alma mía.

—¿Pero está usted dejado de la mano de Dios, hombre? Mire usted que usted se equivoca, y que si yo continúo hablando con usted de estas cosas es porque me hace usted gracia.

—Pues por eso, porque le hago á usted gracia; en cuanto se acabe la tertulia, que será ya pronto, y en cuanto se recojan ustedes las dos, y en cuanto se duerma Milagros, baja usted á la reja.

—¡Pues, por supuesto, hijo mío,—dijo Patrocinio;—allí me va usted á encontrar puesta á enfriar!

—¿Pues no la he de encontrar yo á usted, gitana divina, graciosita, que con esa dentadura que me enseña usted cuando se sonríe, me está usted matando, fortuna? ¡Ay! ¡y para cuando espera reventar un hombre!

—Vamos,—dijo Patrocinio, procurando ponerse gravemente seria, sin conseguirlo.—Usted se figura que está usted hablando con una del Barrio de San Bernardo.

—Tormento mío, el amor tiene el mismo lenguaje en todas partes.

—Pero hombre de Dios, ¿no dice usted que usted no ha conocido nunca el amor?

—Es que usted me lo ha enseñado en dos minutos, gloria de Dios.

—Bueno, don Miguel; veo que usted desempeña admirablemente el papel que yo le he aconsejado haga.

—¿Papel? ¡papelillo! Y me está el corazón golpeteando que no lo puedo resistir, y á usted se le hincha y se le deshincha la garganta, prodigio, y de verla yo á usted así la divina garganta, empieza á darme vueltas el juicio, y usted no puede resollar y yo me estoy ahogando.

—¡Jesús, qué hombre, señor!—exclamó Patrocinio.—¿Y quién ha traido á este hombre?

Y sonrió con toda su alma, enseñando sus hermosísimos dientes y sus frescas encías, en una sonrisa irresistible, á don Miguelito.

—Las diez menos cinco minutos,—dijo éste, consultando su reloj.—A las diez en punto se pone á cantar el cuco del reloj de la sala y todo el mundo se levanta y se va; á las diez y media estará usted en la reja, y si no está usted á las diez y media estará usted á las once, ¿qué más dá? por una buena hembra todo lo que se espere es poco.

—Que no, que no, señor marqués,—dijo Patrocinio.—Usted se equivoca de medio á medio; es que yo soy muy impresionable, muy sensible; me pongo en la situación que me colocan, y engaño; pero yo adoro á mi Perico ¡vaya hombre! Sí señor, le adoro; y luego, que ¿cómo me había de enamorar yo así á trompa talega, y sobre todo, de un hombre que está enamorado de otra, y se quiere casar con ella?

—¡Fuego de Dios!—exclamó don Miguelito,—que usted ha tomado la cosa por lo serio, Patrocinio; ¡vaya! y yo no he hecho otra cosa más que seguir su consejo de usted, hija mía, y hacerla el amor de manera que se crean que se lo hago de verdad.

Patrocinio se puso pálida, y miró de una manera terrible á don Miguelito; pero no dijo una sola palabra.

Sin embargo, su semblante estaba contraído: se comprendía que hacía poderosos esfuerzos para contener las lágrimas que se la subían á los ojos.

—Muchas gracias, Patrocinio,—dijo con una gran naturalidad el marqués;—usted es muy amiga mía; por lo mismo yo suplico á usted baje á la reja cuando se haya dormido Milagros; acabaremos de concertar nuestro plan para hacer posible la ruptura del compromiso contraido por el conde de los Cabrales con Juanito la Sala.

—Yo no bajo,—dijo sériamente y con una gran secatura Patrocinio,—y nos hará usted gran favor, don Miguelito, con irse retirando poco á poco, y con dejar por fin de venir. ¡Qué libertinaje, señor! Vaya, buenas noches, beso á usted la mano.

Y se levantó con demasiada viveza del lado de don Miguelito.

Juanito la Sala sonreía de una manera estúpida.

Perico de Maldonado se atusaba el bigote.

Y don Miguelito decía para sí:

—Dos al saco.

En aquel momento se abrió el ventanillo de un reloj de pared que había en la sala, se asomó un cuco y marcó lenta y desapaciblemente las diez.

Todo el mundo se levantó.

Don Miguelito reparó que el saludo de despedida de Patrocinio y de Perico Maldonado había tenido cierta gravedad, y que Juanito la Sala se había apercibido de ello.

—Ni de encargo,—murmuró para sí Caparrota.

Cuando salieron, se encontró con que marchaba á su lado por la calle Juanito la Sala.

—Este tonto es malicioso,—dijo para sí Caparrota,—y es menester trastearle, servirme de él contra él. Y bien, amiguito,—le dijo, usted, á lo que parece, lleva la misma dirección que yo.

—Sí, señor, sí,—dijo con voz bonachona Juanito la Sala, —yo vivo en la calle de Castillejos.

—Y yo en la de Vizcainos, vea usted por donde hacemos casi todo el camino juntos.

—Sí, señor, sí, casi casi somos vecinos,—contestó la Sala; —pero yo vivo más allá.

—Eso no le hace, yo le acompañaré á usted hasta su casa.

—De ningún modo, señor mío,—dijo la Sala;—yo no quiero que usted se incomode.

—Yo no me incomodo, amiguito, usted me es muy simpático.

—¿Sí? pues vaya, gracias exclamó Juanito,—usted tam-

bién es muy simpático á todo el mundo, caramba, y eso que la Patrocinio se va á casar.

—¡Hombre! ¿pues usted qué se figura?—exclamó Caparrota.

—Vaya, si yo no se lo diré á Perico, ¿á mí qué me importa? pero á mí no me la da usted, Casa-Vaquera, yo soy muy pillo.

—Usted se equivoca, Juanito; por el amor de Dios, no vaya usted á mover un lío que la pobre Patrocinio pierda.

—¡Ah, picarón,—exclamó Juanito,—y que buen gusto tiene usted! á mí se me estaba haciendo la boca agua.

—Hombre, no diga usted eso, pues si estaba usted pegado á una real hembra.

—Calle usted, Casa-Vaquera, si es una chiquilla más sosa que todas las cosas del mundo; si eso no quiere; si cuando yo la digo que me estoy muriendo por ella se incomoda. Y me quiere, sí señor, me quiere; es que ella no lo conoce; que todavía le gustan las muñecas. Hace seis meses tenía un palmo menos de estatura, y era delgadita y no la habían puesto de largo, porque era completamente una niña; y mire usted, de la noche á la mañana dió un estirón y empezó á crecer y á echar carnes, y ahí tiene usted á toda esa buena moza con una garganta y unos hombros que meten miedo, y con un trapío tan dulce y tan querencioso y tan modestito y tan rico, que se lleva detrás las piedras. Mire usted, Casa-Vaquera, se la ha traído su padre de Jerez porque allí no había más que palos y disgustos por ella, y á mí, por celeras, me dieron un disgusto una noche que por poco me matan; yo estoy que me muero por ella; pero á ella no le ha dado todavía el alma el estirón, y me encuentro con una

chiquilla que no me entiende; vaya, yo la enseñaré, porque dentro de poco nos vamos á casar.

—¡Y todavía le gusta á usted la Patrocinio, libertino!

—Si me mirara á mí la Patrocinio como le mira á usted, ¡válgame Dios, Casa-Vaquera! nada, nadita, menudo negocio; ¡qué suerte tiene usted! aquello es una mujer, señor; debe tener la sangre más negra que la pez; ¡y cómo la trasteaba usted, pícaro! yo estaba mirando á Perico, y Perico sudaba y echaba humo por la tapa de los sesos; me parece á mí que cuando venga la dispensa se la guarda Perico para hacer papillotes. ¿Usted no sabe? Perico no tiene el pelo rizado, es que se pone papillotes cuando se acuesta.

—¡Vaya usted á ver el maricón!—dijo Caparrota.—¿Y una mujer que tiene puesta el alma en mitad de donde es menester, está enamorada de un hombre que se pone papillotes?

—Le diré á usted: Periquín es muy bonito y muy zalamero y muy rico; la Patrocinio que es muy voluntariosa y muy puesta sobre sí, hace de él lo que quiere, le tiene en un puño, y yo creo que por eso, más que por otra cosa, le quiere: pero barbas mayores quitan menores; en mi vida la he visto yo á Patrocinio los ojos como esta noche cuando le miraba á usted; ande usted con ella, Casa-Vaquera, arrincónela usted, usted verá qué buena maña se da ella para despenarle y para que se coma la dispensa cuando venga; y mire usted que la Patrocinio es una chica dura de pelar, que tiene fama; que no ha querido á nadie todavía, y que no ha habido nadie que la haga bajar á la reja, ni aun Perico, y eso que se va á casar con ella; que es muy elegante y muy señorita y muy rica; y si usted se casa con ella, se lleva usted una perla, hombre, ¡para morirse! Si á mí me

mirara Patrocinio como le mira á usted... ¡María Santísima! Más vale que no sea así, porque yo la entregaba; en fin, amigo mío, usted la ve, ¡qué frente! ¡qué ojos! ¡qué naríz! ¡qué boca! ¡qué garganta! ¡qué pelo! ¡y qué boca tan divina, que cuando se sonríe, á mí se me quita la vista! ¡qué labios! ¡qué dientes! ¡qué frescura! Ambrosía le debe salir por aquella boca á la Patrocinio. Pues mire usted, todo eso no es nada; mañana á la noche cojo un veladorcito que hay en un rincón de la sala, le pongo al lado una silla, y le pido á un criado la pandereta; en seguida, todos los tertuliantes piden á Patrocinio que baile el ole; y ella, que sabe lo que vale bailando el ole, hará cuatro monerías, y se subirá al velador, y en cuanto empiece, ¡ay qué pie y qué pierna! no más que con ver aquel pie y aquella pierna resucita un muerto, y aunque sea un santo se vuelve loco y se condena. ¡Vaya! si se casa usted con la Patrocinio, ¡pobre Perico!

—Todo puede ser, Juanito,—dijo Caparrota;—pero usted tampoco va mal.

—Por hermosa gano,—dijo Juanito,—porque ¡mire usted que es hermosa mi Milagros! parece que Dios ha dicho no hay más allá, y tiene el pie más chiquirritín y más mono que Patrocinio; pero es tan sosa...

—Eso es que no le ha dado todavía el alma el estiron, la Sala,—dijo Caparrota.—Eso es que no te quiere estúpido,—murmuró para sí.

Y se le abrasó el alma.

Al despedirse de ella, ella le había dejado ver una mirada de fuego y de cólera, un alma infinitamente más impresionable y más terrible que la de Patrocinio.

¡Qué tierra Andalucía! Estas mujeres, que alguno podrá creer soñamos nosotros, son una realidad, una realidad in-

describible; alma, cuerpo, vida, eternidad para el amor; amor infinito, pasiones salvajes, si se nos permite la frase. Allí todo es ardiente, la tierra y el cielo, las plantas y las criaturas.

Hablando hablando se pasaron de la casa de don Miguelito, y llegaron á la de la Sala.

—¡Calla, pues, distraido, he dejado que me acompañe usted,—exclamó Juanito.—Dispénseme usted, Casa-Vaquera, que ha sido sin pensar.

—Nada, nada,—dijo Caparrota;—buenas noches, y que usted descanse. Por supuesto, espero que usted será prudente.

—Pues por supuesto; usted descuide; pero lo dicho: arrincónela usted, cásese usted con ella; porque dice usted bien: un hombre que se riza el pelo con papillotes, no merece á Patrocinio. Conque buenas noches, y muchas gracias: hasta mañana.

Don Miguelito se volvió en paso natural hasta que dobló la esquina; luegó partió á la carrera.

Apenas si tenía tiempo para llegar á las diez y media á la reja, donde estaba seguro bajaría Patrocinio.

Don Miguelito se sentía trasportado; era la aventura más suculenta que se le venía á las manos.

En lo relativo á la hermosura, si le hubieran dado á escoger entre Milagros y Patrocinio, se hubiera quedado con las dos; en lo relativo al alma, á lo que verdadera y únicamente puede llamarse amor, Milagros no tenía rival; ejercía sobre don Miguelito esa influencia mágica que no puede explicarse y que es una gran belleza, una belleza incontrastable, aun en las feas; es, en fin, lo que vulgarmente y no sabemos con cuanta propiedad, se llama *ángel*.

No hay nada que más exprese que esta frase: *Tiene mucho ángel.*

Caparrota se embriagaba en su situación.

¿Qué iba á suceder allí? ¿En qué compromiso podía verse envuelto?

Esto importaba poco.

Don Miguelito se había resuelto, cediendo á la necesidad de su alma y de sus sentidos: Milagros su mujer; Patrocinio su querida.

CAPÍTULO XXI

Similia similibus.

Caparrota no podía menos de comprender que el telar estaba preparado, y que no había más que ponerle en movimiento para que resultase la tela.

Caparrota era un alma inmensa por lo múltiple de sus pasiones.

Era tan voraz para el crímen y para el robo como para la hermosura; pero no había sentido el amor en todo su explendor, en toda su fuerza, como entonces.

De tal manera influía en él aquel amor, que habría podido regenerarle, convertirle, salvarle de los sucesivos horrores de su vida.

Sentía por Milagros, á un tiempo, la voluptuosidad del alma y la voluptuosidad de la materia.

Milagros era para él la trasfiguración de la criatura en el ángel; pero por la múltiple actividad del sér de Caparrota, Patrocinio, que era una mujer extraordinariamente pe-

ligrosa, le atraía, le seducía, le irritaba, le adormecía en sueños candentes.

Llegó á la reja á punto que daban las diez y media, sin poder casi dominar el sobrealiento de la penosa carrera que había sostenido.

Y no hizo mal en correr, porque aún vibraba entre el silencio la última campanada de las diez y media, cuando se abrió la reja de una manera nerviosa, violenta, y apareció en ella Patrocinio, idealizada por la luz de la luna llena, que daba en la reja.

—Vaya,—dijo con la voz trémula de cólera,—se ha salido usted con la suya, caballero: aquí tiene usted en la reja, y sola, á la mujer más orgullosa que anda sobre la tierra. Pero es que vengo á verme la cara con usted, y á que esto se acabe. Usted es un insolente, que se ha creido usted que todo el monte es orégano, y allá se ha metido usted con botas y espuelas, y si no fuera porque yo tenía que decirle á usted cuantas son cinco, y porque no quiero volver á ver á usted más, no hubiera bajado. Esta es la segunda vez que yo bajo á una reja, la primera que bajo sola.

—Y esta es la primera vez que bajas; divina, diosa, gloria.

—¿Pero qué hay que hacer con este hombre, Dios mío? —exclamó Patrocinio;—este hombre está loco. Vamos, hijo, ó hay que pegarle á usted un tiro, ó dejarle. ¿O es que no entiende usted el castellano y será menester hablarle en griego?

—Lo que hay que decirte á tí, inmensidad que me matas, dijo Caparrota,—es que quitándote á tí del mundo, no hay mundo para mí; que yo me desespero, que yo me hago pedazos porque no me crees, porque te vas á casar con otro,

porque crees que yo estoy enamorado de tu prima. Levanta los ojos, lucero, y mírame. ¡Ay, no sabes tú que muerte se apodera de mí cuando tú me miras!

—¡Ah, traidor, ladrón!—exclamó Patrocinio.—¿Y quién te engaña á tí? ¡Cómo conoces la desdicha que me ha cogido de medio á medio! Vaya, señor, yo soy una mujer como no hay dos en el mundo, y digo todo cuanto tengo sobre el corazón. ¿Quiere usted hacerme un favor, Casa-Vaquera?

—No, porque sé el favor que vas á pedirme, y no te lo puedo hacer.

—¿De veras? ¿No puede usted hacerme á mí un favor?

—No, porque el favor que tú vas á pedirme es que no te quiera, y eso no puede ser, no está en mi mano.

—Me parece que usted se engaña,—dijo Patrocinio,—y que no conoce usted bien lo que á mí me sucede.

—Lo que te sucede es que revoloteas y te defiendes, niña.

—Pero, señor, este hombre es brujo,—exclamó Patrocinio.

—Hasta que anoche me dijiste tú que te hiciera el amor y yo empecé á hacértelo, tú estabas muy descuidada, Patrocinio.

—De verdad que sí.

—Pero hacerle el amor en chanza á un serafin, á un arcángel, á una diosa, á una imposible hermosura como tú, y á un alma de fuego como la tuya, es muy peligroso, sangre de mi sangre. ¡Qué, hombre, si yo no encuentro palabras bastantes para expresarte lo que tú eres para mí ¡Si esto es agonizar de placer en tus ojos, en tu boca, en todo tu ser! ¡Ay niña mía, á mí se me encandilaron los ojos en cuanto tú me dijiste que te hiciera el amor, y á tí te se encandilaron también en cuanto se me encandilaron á mí; y

como esto te pilló descuidada y de improviso, ve tú ahí que no sabes lo que te pasa.

—¡Qué hombre, Señor!—exclamó Patrocinio,—pues no me está leyendo en el corazón.

—Porque me leo el mío, y á mi corazon le pasa lo que le sucede al tuyo. ¿Qué más pruebas de que estaba de Dios que nos diéramos el encontrón, y cuando nos lo hemos dado no podemos separarnos? Oye, tú, compañerita mía, ni tú piensas ahora en nadie más que en mí, ni yo pienso ahora en nadie más que en tí, ¿no es verdad?

—Hombre, váyase usted y déjeme usted en paz, que esto es un desvarío.

—¡Para que yo me fuera! Como si yo pudiera irme, hombre, y parece que me han atado á esta reja. Pero eso no quita. ¿Conoces tú que yo te quiero?

—Que le digo á usted que esto es un desvarío.

—¿Conoces tú que yo te quiero, que me derrito y que me anulo, y que me vuelvo una cosa, que no sirve más que para quererte?

—¿Y usted es el mocito impecable, Casa-Vaquera? ¿Usted es el joven modoso y metido en sí, á quien en todas partes celebran y dicen que nunca ha roto un plato? ¿Y usted cree que yo soy tonta y que no le he conocido á usted ya hasta el fondo de las entrañas?

—Pero una niña tan bien educada como tú, Patrocinio, y tan buena, debe contestar á las preguntas que se le hacen.

—Cuando las preguntas son ociosas no hay para que contestar á ellas; usted se pierde de vista, es usted un pez de mar ancha, y para decirlo de una vez, un tunante que no cabe en Sevilla: está usted acostumbrado á que le quieran

las mujeres, esto se conoce á la legua; es usted un libertino incurable, y sabe usted demasiado á qué atenerse cuando se trata de una mujer: usted se ha ido con Juanito y le habrá usted sacado del cuerpo, así como quien no quiere la cosa, todos los informes que haya usted necesitado para que yo le guste más: Juanito, le habrá á usted dicho quién soy yo, y debe usted estar loco por mí. ¡Vaya si lo sé! Si no lo supiera, ¿cree usted que yo me dejaría hablar de tú por usted ni por nadie, ni consentiría esa manera que tiene usted de hacer el amor á lo jitano? ¿Por qué me pregunta usted entonces si se yo que usted me quiere? Vea usted por qué yo, que soy muy franca porque soy muy fuerte, le he dicho á usted que á las preguntas ociosas no se contesta.

—¡Hembra más de mi molde—dijo Caparrota;—ni la ha habido, ni la hay, ni la habrá!

—Diga usted á medio molde, porque si usted pudiera juntarnos á los dos...

—Eso era verdad hace dos horas; pero por la presente...

—Todo puede ser,—dijo Patrocinio;—los hombres han nacido para querer á las mujeres, y las mujeres para querer á los hombres; pero mire usted, yo soy buena, es menester que acabe usted de conocerme: mi prima es muy niña, no sabía lo que era el amor; no lo comprende aún; pero tiene el alma más violenta que usted y que yo, y el mal está ya hecho; Milagros no puede ya pensar en otro hombre que en usted, don Miguelito; aunque no lo conoce, es de usted, y cuando ella vaya cayendo en la cuenta y la vaya enseñando su propio corazón, le va á apretar á usted de manera que yo le voy á parecer á usted un trapo.

—¡Ay, hermana y qué *viaje* tan bien tirado! pero no me has agarrado el bulto, te has agarrado tú. ¿Con que celos, eh?

—¡Ay, Jesús mío, qué hombre! con este hombre no se puede: todo lo toma por donde le conviene; me parece á mí que usted no quiere venirse á razones, y que lo mejor será darle á usted un ventanazo.

—Capaz eres de hacerlo por probarme, Patrocinio; pero mira, no lo hagas, no lo hagas por amor de Dios; mira que la verdad es que á mí me va dando miedo, porque me parece que tienes mucho dominio sobre tí misma, y que me temes y que te quieres escapar; y mira que yo dudo, mira que si me das el ventanazo, voy á creer que te pierdo, y no te extrañes si oyes un tiro.

—Vamos, este hombre quiere hacerme infeliz á mí,—dijo Patrocinio;—¿quién le menea ya de aquí? Si usted es un loco, hombre, si usted es un loco, si se le están á usted saliendo los ojos del casco, si es usted capaz de todo.

—¿Y tienes todavía celos?

—No.

—¿Pero eso es decirme que me quieres?

—Hombre, por el amor de Dios, que esto es un desavío; pue yo soy buena y no le quiero hacer mal á nadie; mire usted: la chiquilla le quiere á usted, y como yo no puedo consentir que queriéndome usted á mí y queriéndole yo á usted, usted mire á ninguna, la pobre niña se aguantará; pero se le quitarán las ganas de comer, se pondrá triste, y sabe Dios si se morirá de tristeza; que las mujeres somos muy delicadas, Casa-Vaquera, y cuando nos apasionamos, cualquier cosa nos mata; pues lo mismo le puede suceder al pobre Perico que está ciego por mí; y mire usted qué cosas, yo creía que le adoraba y ahora me encuentro con que... en fin, bueno, lo mejor es no hablar más de esto; créame usted, Casa-Vaquera, nosotros no nos pertenecemos, nosotros

no podemos hacer infelices á dos criaturas, seríamos malos; yo no lo niego, si esto sigue, no habría mujer en el mundo que hubiera querido á un hombre como yo le querría á usted.

—Eso sí que me ha dado en medio del corazón,—dijo Caparrota;—vamos, está visto que cuando Dios no quiere que las cosas no tengan remedio, no lo tienen, gloria.

—Pues es verdad; yo me digo: este hombre me gusta, este hombre tiene para mí el diablo en el cuerpo; si él no quiere no me suelta, y por más que yo haga ne me suelto tampoco; en fin, bueno; pero esto es una desgracia.

Y se echó á llorar.

—¡Ay, déjame que beba tus lágrimas!—dijo don Miguelito.

—Que se le quite á usted eso de la cabeza,—contestó Patrocinio,—usted se ha empeñado en que á los dos nos lleve el diablo, y vamos á estallar los dos. Yo no veo salida: esto de que yo vuelva á bajar á la reja, que se le quite á usted de la cabeza; y si usted cree alcanzar favores de mí, desengáñese ustey; yo sé morir, Casa-Vaquera.

—Hembra más para mí, ni á propósito.

—Pero si es imposible, por Dios; esa dispensa que viene ya por el camino...

—Que se mueran, morena mía, ella y él.

—Pues que se mueran, Casa-Vaquera,—dijo Patrocinio,—yo no puedo más.

—¿De veras, niña?

—De veras, amor.

—Pero no vuelvas á hablarme de usted.

—Como tú quieras, hombre: perdida por uno, perdida por mil y quinientos; de tú, y á lo flamenco, y como te dé la gana. Yo estoy bien segura de que esto es un capricho.

Y te voy á decir una cosa que te va á espantar, Casa-Vaquera, porque tú no lo esperas.

—Lo veo todo,—exclamó don Miguelito trasfigurándose;—me conoces y eres mía.

Patrocinio sonrió.

—Ya ves tú que no me espanto,—le dijo:

Y asiendo una mano que don Miguelito tenía puesta en la reja le dijo:

—Tú eres un miserable, tú eres un malvado, tú eres capaz de todo, y yo, que no soy ni miserable ni malvada, eso es lo que amo en tí. Voy á explicarme. Es posible que aún no hayas ejercitado la ferocidad de tu carácter; esa ferocidad te da una fuerza de alma que es lo que me enamora. Yo amo el volcán; tú no me has amado hasta ahora, Miguel, hasta ahora que me vas conociendo: te parecía bella, voluptuosa, inapreciable, ¿no es verdad todo esto?

—Sí,—dijo don Miguelito.

—Pues bien, lo dicho: lo que Dios no quiere que tenga remedio, no lo tiene. Adelante, niño: ó tú te pierdes por mí, ó yo me pierdo por tí; pero que estas se acaben: vuelvo á decirte que yo sé morir, y no me vengas con tunanterías, ni con amenazas, ni con desesperaciones. Yo la armaré, y se acabará la boda con el primo; pero mi alma no se anegará en la tuya sino después de las bendiciones.

—Pues por supuesto, hija mía, por supuesto; quisiera que hubiera una cosa todavía más apretada que el matrimonio, para que nos apretáramos los dos más y más. En fin, que no fuéramos más que un cuerpo, y una vida, y una gloria. ¿Sabes que estoy rendido y fatigado, y que no sé qué pensar, Patrocinio?

—Lo mismo me pasa á mí; yo no entiendo esto.

—¿Cómo me quieres tú, niña?

—Otra pregunta ociosa: como no te ha querido ninguna mujer.

—Pero, chica, lo dices con una serenidad...

—Porque soy más valiente que tú; y como me he arrojado á todo, ¿á qué ya asustarse?

—¿Tú crees que eres más valiente que yo? ¡Bah! Eso no es verdad; haz la prueba. ¿A que no tienes valor para seguir queriéndome si yo te digo dos palabras?

—Eso ya está: cuando el lobo es grande, ha degollado ya muchas ovejas, Miguel.

—¡Poder de Dios, compañera, que me matas!—exclamó don Miguelito.

—De palabra en palabra te me has ido enseñando entero, Miguel; particularmente desde que estamos en la reja. ¿Por qué había yo de haber llorado? Pero se llora una vez, y adelante. Tú tienes algo en el alma que me hace pasar por todo, lo conozco. Y es más: que me haces pasar por cosas que me horrorizan. He visto á un tiempo la ferocidad en tus ojos y el delirio por mí, y junto á todo esto un alma de hiena. Es decir, que me he condenado, y como los condenados no me arrepiento.

—¿Pero sabes bien quien yo soy?

—Ya no hay crueldad en que me digas lo que quieras decirme, porque yo por tí paso por todo. Nada, Miguel, somos dos iguales, lo que basta para que nos amemos; lo comprendo perfectamente; á mí no me inquietaría otra cosa sino verte comprometido; me alegraría mucho de que tu pasión por mí llegase á ser tal que te sacase á tiempo de la situación desesperada en que te encuentras.

—Solamente una mujer que tuviese un alma como la mía

podría adivinarlo todo de tal manera,—dijo profundamente Caparrota.

—¿Ves? tú hablas ya tambien tranquilo: la unión de nuestras almas está hecha; comprendido, todo, todo afrontado; pero yo no puedo estar tranquila, verdaderamente tranquila, sino resignándome á una grande abnegación; enhorabuena: todo menos ser humillada. Yo puedo ser tu mártir; pero nunca tu querida, Miguel; confiesa que también en esta parte adivino.

Don Miguelito miró profundamente á Patrocinio.

—¿Quieres que deshagamos lo hecho, hija mía?—la dijo.

—Otra pregunta ociosa: eso no puede ser.

—¿Y por qué?

—Porque yo quiero y no puedo, y la cuestión soy yo: por más que yo haga, me he de sentir arrastrada hacia tí. Cuando más luche, seré vencida con más fuerza, y tú aunque no quieras, vendrás á mí como un pájaro. Yo no siento hoy toda esa pasión á que me refiero, ni tú tampoco, pero la veo empezar, Miguel, sé que no se detendrá; sé que llegará hasta lo infinito; sé cuantas contrariedades, cuantas desgracias, tal vez cuantos horrores nos esperan. No sé si ha sido una desgracia ó una felicidad el que nos encontrásemos; pero sé que no se puede luchar contra el destino, y que lo que ha de suceder, sucede. En mal hora se me ocurrió, ó en buena, decirte que me hicieras aparentemente el amor. Hijo mío, te se abrió el alma, te la ví y caí: tú has caído después: hemos caído los dos. ¿Bonita guasa, eh? ¡Ay, chico, chico! me parece que lo mejor era que me pegaras á mí un tiro y luego te pegaras tú otro. En fin, bueno; pero adios, que ya es tarde, y todo lo que teníamos que decirnos nos lo hemos dicho ya. En resúmen, dejaremos

que el compromiso de mi prima y de Juanito la Sala, continúe. Si la chiquilla se muere ¿qué le hemos de hacer? no lo podemos evitar. En cuanto á mí, ya tengo los celos encima. Mañana pretenderá quemarme la sangre mi primo; le corto los vuelos y si se me sube á mayores; le armo un escándalo delante de mi padre, y se acabó el negocio: se come la dispensa: si se muere que se muera; yo no lo puedo remediar. Esta es la cuestión. Cuando ya haya tronado con mi primo tú verás lo que tienes que hacer; eso no me toca á mí. Cuando usted extienda su blanca mano, se le recogerá con mucho gusto. Si usted no la extiende, no se le dirá á usted una palabra; y usted se quedará con sus honores y yo para vestir imágenes, que no he nacido yo para casarme con un hombre que no quiera, y ya he querido cuanto tengo que querer, ó querré, que es lo mismo; hacia allá voy. Con que, adiós, Miguel que estoy muy triste, y tengo sueño.

—¡Qué te has de ir tú! Aquí nos va á amanecer.

—Vaya si me voy, enseguida. Y mira, no vayas á tomarlo por ventanazo. En vez de desesperarte y de aburrirte, te marchas á tu casa muy contento á soñar conmigo, porquete se quiere.

—Vaya mujer, anda con Dios, y sueña tú también conmigo.

—De seguro. Oye, mañana no te andes con reserva ni con disimulos: te sientas á mi lado, me enamoras, porque sí. Vaya, y tú no has visto bailar el ole todavía, ni has visto piés. ¿Ves tú que andas loco por mí? En cuanto me veas tú los *pinreles* en el velador, la entregas. Yo me hago rogar mucho para bailar el ole, pero en cuanto tú me lo digas mañana, andando, á despejar la situación.

—Bueno, mujer, yo no deseo otra cosa. ¿Y no bajarás á la reja?

—Qué no, niño; en tu mano está el tenerme. Ea, y hasta mañana, buen mozo.

—Anda con Dios, tentación.

Patrocinio cerró la reja, y don Miguelito se alejó murmurando:

—Es menester que yo me saque del alma á Milagros y que me deshaga de Remedios. La mía, la que Dios ha hecho para mí es Patrocinio. Remedios me importa muy poco; pero Milagros, tengo desgracia; nunca encuentro el camino franco para nada.

Y don Miguelito, como ya era cerca de la media noche, fué á introducirse clandestinamente en casa del alcalde mayor, en el aposento de Remedios.

CAPÍTULO XXII

En que dos amores incontrastables embrollan á don Miguelito Caparrota.

A la noche siguiente, don Miguelito se presentó á las ocho casa de Maldonado.

La tertulia tenía el mismo aspecto.

Las señoras de edad, con sus niñas, alternaban con hombres serios y con jóvenes pretendientes ó novios de sus hijas.

Juanito la Sala estaba al lado de Milagros, que se mostraba con él mucho más amable que la noche anterior.

—Esto va bien,—dijo don Miguelito;—quiere darme celos.

Perico Maldonado hablaba con mucho interés con su tío, y Patrocinio jugaba al tresillo con tres viejos.

Otros dos ó tres estaban sentados al rededor de la mesa de tresillo.

A poco de haber entrado, Caparrota fué á saludar particularmente á Patrocinio.

Esta se levantó con una languidez y una naturalidad hechiceras, y dijo á uno de los viejos que miraban:

—Estoy cansada; hágame usted el favor de reemplazarme.

Y fué á sentarse á un canapé, donde la siguió Caparrota y se sentó á su lado.

—¡Magnífico, Miguel!—le dijo.—Estás pálido como un muerto: tú sufres; eso me gusta. ¿Cómo me encuentras á mí?

—Irresistible, Patrocinio, pálida también.

—El diablo va ganando terreno: he sufrido mucho.

—¡Bah! ¡sufrir! Yo sufro, pero es un sufrimiento delicioso; eres mi sueño; por tí me voy olvidando de todo. Me parece que tú me salvas, Patrocinio. ¡Ah! Escúchame, perdóname, anoche te hablé...

—Como estás acostumbrado á hablar á todos, Miguel, gracias. Comprendes que á mí me gusta más la buena manera. Es necesario irse olvidando de todas esas cosas.

—Tal vez sea muy tarde, Patrocinio,—dijo en voz muy baja don Miguelito.

—No me espantes, Miguel,—exclamó Patrocinio, en voz también muy baja.—¿Te han descubierto?

—No, angel mío; pero ¿es cierto que tú adivinas?...

—No hablemos de esto: yo he visto sangre en tus manos y esto me ha espantado por mí misma; no me has causado horror. ¿Seré yo como tú, Miguel?

Silencio: no hablemos más de eso; estamos rodeados de gente: se nos observa,—añadió Patrocinio.—Pero respecto á nuestros amores, no hay que guardar reserva; ya ha pasado el trueno gordo. ¡Bah, y magníficamente! Esta tarde vino Perico; se sentó junto á mí y empezó á hablarme: yo

estaba distraida y apenas le contestaba: Perico se fué cargando, y al fin estalló:—Pues,—dijo,—se conoce que los extraños privan.—Le contesté, gritó con la confianza de primo, grité yo, sobrevino mi padre, y saliste tú á relucir. —Pues sí señor,—dije á mi padre,—es verdad; yo me casaba con éste porque no me costaba ningún trabajo, por darle á usted gusto; pero anoche, Casa-Vaquera se me declaró; yo no lo puedo remediar: conozco que me es simpático, y de tal manera, que, yo no puedo engañar á Perico, ni puedo hacerme infeliz por consideraciones que realmente no son graves.—¿Y qué dices tú á esto, Perico?—le preguntó mi padre, que tiene una pasta de angel y que me adora.—Digo,—respondió Perico,—que esto me va á costar á mí la vida.—Vaya, chico,—dijo mi padre,—á rey muerto otro al puesto; si ella no te quiere, ¿cómo quieres tú que yo la obligue? Cúrate, para darla en los ojos. Mira, ahí está la marquesa de Casariegos, que es viuda y hermosísima, y que le gustas mucho, porque siempre que la visito me pregunta con interés por tí, y eso que la pobre está todavía muy débil de las dos puñaladas que la dieron hace un mes, cuando la robaron.—¡La marquesa de Casariegos! ¡la de las dos puñaladas!—dijo con acento incisivo Patrocinio, mirando de una manera profunda á Caparrota.

—Bueno, ¿qué?—dijo éste con impaciencia.

—Nada,—dijo Patrocinio,—que Perico cogió el sombrero y se fué, jurando que no volvería á poner los pies en casa, y sin embargo, ha venido esta noche, y desde que vino está hablando largo y tendido con mi padre. Todo el mundo sabe ya que hemos tronado y que quien priva conmigo eres tú.

—Mejor, mucho mejor,—dijo Caparrota;—esto se redu-

ce á que yo venga mañana á manifestar á tu padre que estamos en relaciones, y que cuando nos conozcamos mejor, se realizará nuestra alianza.

Aumentó la palidez de Patrocinio, pero su mirada permaneció inalterable.

—Me parece bien;—dijo,—cuando tú dispongas Miguel. ¿No te se ocurre preguntarme cómo ha tomado la noticia de que somos novios la Milagros, que estuvo presente á la reyerta que yo tuve con mi primo?

—¿Y qué me importa?—contestó Caparrota;—ayer no es hoy.

—Pues mira, la niña se va despavilando; nadie la ha aconsejado, y sin embargo, lucha: ni una palabra me ha dicho, ni una queja, ni se ha enojado conmigo; pero mírala está mareando á Juanito solo por darte celos.

—Me parece que quien tiene más celos eres tú, Patrocinio,—dijo Caparrota.

—Sí, los tengo, ¿para qué engañarte? y unos celos terribles.

—Que contienes á duras penas, disimulas, te quema la sangre la conversación que traen Juanito y Milagros. Delicioso, Patrocinio; si tú no tuvieras celos no me amarías.

—Me parece,—dijo Patrocinio,—que puede sobrevenir algo duro. En fin, pongámonos en contacto con los demás; ya basta: es necesario no salir de los límites de la conveniencia.

Don Miguelito se levantó naturalmente, y se fué á ver jugar al tresillo.

Patrocinio se fué al grupo donde había más señoras.

Poco después, Caparrota fué á aumentar aquel grupo, pero separado de Patrocinio.

Se entabló una conversación animada, y al fin, don Miguelito pidió á Patrocinio bailase el ole.

—Con mucho gusto; voy á pedir la pandereta,—dijo Patrocinio asombrando á todos, que sabían las penas que costaba hacer que Patrocinio bailase el ole.

¿Qué más pruebas de que estaba en relaciones con el marqués y enamorada de él?

Un criado trajo la pandereta y puso en medio de la sala un pequeño velador y una silla.

Esto de bailar el ole en Sevilla una señorita es la cosa más natural del mundo, y bailarle á la alta escuela, sobre un velador.

Caparrota pudo apreciar entonces lo que le había ponderado Juanito.

¡Qué pié y qué pierna los de Patrocinio! ¡Qué movimientos tan graciosos, tan insinuantes, tan voluptuosos, tan arrebatadores! ¡Qué brazos! ¡Qué manera de producir una armonía extraña é irresistible con ese ingrato instrumento que se llama la pandereta! ¡Qué precisión de compás junto al acompañamiento del piano!

—¡Ira de Dios!—dijo don Miguelito sin poderse contener.

Todos le miraron y vieron en él algo de incomprensible.

Todo el mundo comprendió que eran graves los amores entre el marqués y Patrocinio.

Perico no pudo resistir.

Apenas su prima saltó del velador y dejó la pandereta, se despidió y salió.

Y como si esto no fuese bastante, Caparrota fué á sentarse al lado del padre de Patrocinio, con el cual habló algunos minutos de una manera séria. ¿Qué más?

Las treinta ó cuarenta personas que allí estaban, debían extender al otro día por Sevilla que el enlace del marqués de Casa-Vaquera y Patrocinio de Maldonado, era una cosa próxima.

Todo el mundo extrañó que el marquesito de Casa-Vaquera se casase.

Hasta entonces no había mostrado predilección por ninguna de las muchas jóvenes hermosas, entre las que hubiera podido elejir ricas y de ilustres familias.

Se le creía incasable, misántropo, dado á meditaciones, y aun si se quiere, un poco maniático.

Su aspecto publico se había mantenido, como siempre, intachable: ni aun sus criados podían observarle, porque vivía en el mismo cuarto en que había vivido su madre, en el cual había una comunicación independiente con el jardín, y salía y entraba por un postigo que se había abierto en la tapia que daba á la calle de los Gimios, calle estrecha y solitaria.

Así, pues, las escursiones nocturnas de Caparrota no se conocían en el buen mundo que públicamente frecuentaba ni aun por el relato de sus criados, que nada tenían que relatar, sino que su amo volvía cuando más tarde á las doce de la noche, y se levantaba entre diez y once de la mañana.

La noticia del próximo enlace del marqués de Casa-Vaquera no había podido llegar á oídos de Remedios; quien hubiera podido decírselo, el alcalde mayor, no frecuentaba el alto círculo de Sevilla más que para hacer visitas breves y siempre de alto cumplido, en cuyas visitas no se hablaba una palabra de chismografía: no iba tampoco jamás á tertulias, ni tenía tiempo, porque los deberes de su alto cargo se lo ocupaban todo.

Por esta parte, Caparrota se veía libre de inconvenientes; pero su situación era de todo punto difícil.

Patrocinio se había enamorado de él de una manera peligrosa.

Era inteligente, y bajo su dulce y simpática apariencia, extraordinariamente brava.

Don Miguelito la creía capaz de todo.

Ella no le había exigido la pidiese en casamiento á su padre; pero había hecho lo bastante para que Caparrota se viese obligado á comprometerse sériamente hasta cierto punto.

Caparrota estaba cogido por Patrocinio.

De tal manera le habían impresionado la hermosura, los encantos y el alma de la joven, que había sido imprudente y se había descubierto.

No había comprendido hasta donde llegaban la inteligencia de Patrocinio, hasta que ya era tarde para retroceder.

Prefirió marchar adelante sin detenerse.

Para Patrocinio ya no había misterio en Caparrota; no ignoraba más que los detalles.

Para ella, Caparrota era el asesino de la marquesa de Casariegos.

Los autores de este crímen habían quedado tan envueltos en el misterio como los de los otros robos escandalosos que, desde hacía cierto tiempo, venían cometiéndose en Sevilla.

Caparrota sabía que Patrocinio no tenía duda de que él era el jefe de aquellos terribles bandidos urbanos de aquellos rateros de alto coturno, á los que se llamaba los invisibles.

El alma de Caparrota había enamorado, ó mejor dicho, había absorvido de tal manera la de Patrocinio, que lo candente lo inefable de su amor, no empalidecía en nada por la conciencia de la familia del marqués; por el contrario, y aunque esto deba concebirse como una aberración del sentimiento de Patrocinio, lo terrible del alma del marqués la enamoraba más y más.

Eran dos almas semejantes que se habían unido al sentirse, con la sola diferencia de la educación y de la costumbre.

Patrocinio se había resuelto á todo: había obligado al marqués á comprometerse, y le había dejado comprender que le tenía en las manos.

Si las aspiraciones de Caparrota hubieran podido llenarse con el sér de Patrocinio, Caparrota se hubiera sentido completamente feliz, y no hubiera considerado en manera alguna peligrosa á Patrocinio; pero no podía arrancarse del alma, por más que Patrocinio hubiese llegado al fin á embriagarle, aquel otro amor dulce, infinito, fresco, encantador, inmenso, que le inspiraba Milagros.

Podía decirse que en aquella situación Caparrota era un réprobo, del cual tiraba por una parte un hermoso y tentador demonio, y por otra un ángel de candor, sencillez y amor.

Había momentos en que Caparrota, desesperado al verse en una situación tal, y obligado á renunciar á los amores de Milagros pensaba en deshacerse á todo trance de Patrocinio, no importaba por qué medio; pero no podía, rechazaba con horror la idea.

Patrocinio era por lo ménos la mitad de su alma.

Podía decirse que estaba perfectamente garantizada, por el mismo Caparrota, de toda infamia suya.

Estas ideas trajeron algunos días de cabeza al marqués; pero al fin se decidió á tomar un partido, saliera por donde saliera.

Necesitaba primero deshacer el compromiso de casamiento entre Juanito la Sala y Milagros, y entenderse con ésta, y si era necesario, apoderarse de ella, robarla de una tal y tan ingeniosa manera, que Patrocinio no pudiese ni aun sospechar que él había sido el autor del robo.

Todo consistía en cambiar sus propósitos.

El se había propuesto, como sabemos, hacer su mujer á Milagros, y su querida á Patrocinio. Los sucesos habían hecho que Patrocinio debiese ser su mujer, y que él procurase que Milagros fuese su querida.

Caparrota no tenía duda que cuanto más tiempo pasaba, tanto más se formalizaba su compromiso respecto á Patrocinio, más y más crecía el amor de Milagros por él.

La niña se había encontrado de repente mujer, y mujer tenaz: se había propuesto vencer una doble cuestión de corazón y de amor propio: no había dejado oir ni una sola queja á su prima por la mala pasada que la había hecho, quitándola el novio; había seguido tratándola cariñosamente, como si la hubiera importado muy poco que el marqués hubiese prescindido de ella para consagrarse á Patrocinio; había puesto sus baterías en otro lugar.

Don Miguelito iba todas las noches á la tertulia de Maldonado, aparecía en ella como el futuro esposo de Patrocinio.

Juanito la Sala iba también todas las noches, y respecto á Milagros aparecía en una igual situación, Milagros, que

antes de conocer al marqués, había tratado con indiferencia y aun con repugnancia á Juanito, desde que se empeñó por el marqués, se trasformó respecto á Juanito.

Este llegó á creer que Milagros le adoraba; vió en sus ojos, en su sér entero, lo que no había visto hasta entonces: amor, y un amor vehemente.

La alta coqueta, la coqueta admirable, se había desarrollado de improviso en Milagros.

Representaba una comedia terrible, y tenía, estando, como lo estaba, loca de amor, de celos y desesperación por don Miguelito, fuerza de voluntad bastante para dominarse, para encubrirse, para tratarle de la manéra más fácil y desinteresada.

Patrocinio veía esta táctica, y comprendía con terror que Caparrota iba perdiendo el aplomo, que disimulaba mal, pue Milagros iba consiguiendo su objeto.

En efecto, Caparrota estaba para estallar.

Patrocinio le abrasaba el alma, le irritaba, era su déspota y no lograba bajase jamás un momento á la reja.

—Cásate,—le decía Patrocinio, sobrepuesta ya á su soberbia de mujer.

—He tomado por empeño rendirte,—decía Caparrota.

—Pues nos estaremos así hasta que nos muramos el uno ó el otro,—decía Patrocinio;—y yo muy á gusto: gozo viéndote sufrir por mi amor; así te fijarás, hijo mío.

—Yo voy á hacer algo atroz,—decía Caparrota.

—Ni tú ni yo podemos hacer nada atroz el uno contra el otro,—decía Patrocinio.

Caparrota se desesperaba; quería rebelarse contra Patrocinio y no podía, y otra desesperación le atormentaba por parte de Milagros.

—Pues, señor,—dijo á los quince días de sufrir esta lucha;—ni Cristo pasó de la cruz, ni yo paso de aquí: fuera de contemplaciones; á hacer lo que es menester hacer.

Y al salir una tarde de casa de Patrocinio, se llevó consigo á Pepe, á aquel criado de quien se había valido para escribir á Milagros; llegó con él á su casa y se encerró con él en su cuarto.

—¿Qué tal te va casa de tu amo?—le dijo.

—Bien,—contestó Pepe.

—¿Qué fortuna has hecho tú casa de tu amo?

—Yo no creo que con un salario se pueda hacer fortuna, señorito,—contestó Pepe.

—Tú tienes cara de muy hombre, y de no pararte en pelillos para hacer fortuna.

—Puede ser que tenga vuecencia razón.

—Pues, Pepe, tu señorita está loca por mí.

—Me parece que sí, señor marqués, aunque la pobrecilla lo disimula; pero algunas veces que ella se cree sola, la he sorprendido yo llorando á lágrima viva.

—¿Sí, hombre?

—Sí, señor. Ya se ve, como vuecencia se ha decidido por la señorita Patrocinio...

—No me he decidido; es que he cometido una imprudencia y me he visto comprometido.

—¿De manera que vuecencia tiene que casarse con la señorita Patrocinio?

—Cabalmente, Pepe; pero me sacrifico.

—Pues no se sacrifique vuecencia: á poco que vuecencia haga mi señorita envia á paseo á don Juanito. ¿Y á vuecencia qué? Mi amo adora á la señorita, y por no verla llorar...

—No puedo prescindir de casarme con la señorita Patrocinio, ni puedo renunciar á tu señorita.

—Pero, señor marqués, eso es una atrocidad. ¿Se ha propuesto vuecencia que mi señorita sea su querida?

—Tú lo has dicho, Pepe.

—¿Y vuecencia cree que esto es posible?

—Pepe, llévale una carta mía á tu señorita.

—Bueno; pero yo me lavo las manos, señor marqués; yo no tengo valor para decirle á vuecencia que no, y luego que la señorita no es tonta.

—Pepe, llévale este frasquito á tu señorita.

—Bueno, señor.

—Y esta carta. Y prudencia Pepe, prudencia: tu fortuna corre de mi cuenta: toma por lo pronto estas seis onzas.

—¿Y á mí qué?—dijo como hablando consigo mismo Pepe.—Ya es grande, y sabe más de lo que se creen; ¡vaya si tiene alma mi señorita!

—Pepe.

—Señor.

—Dale esta otra carta al novio de tu señorita.

—Bueno, señor.

—Y dásela con mucha reserva; y dile que es de una gran señora.

—Vaya, bueno, se le dará la carta al señorito Juan.

—Pues vete, que es menester que cuanto antes lleguen esas cartas á la señorita Milagros y al señorito Juan.

—Vaya, vuecencia está sofocado, señor, y no se le ocurre que tiene que decirme algo. ¿Qué cuento le cuento yo al señorito Juan antes de darle esta carta?

—Sí, es verdad, tienes razón; estoy que me busco la cabeza y no me la encuentro. Dile que una criada, morenita,

muy linda, se ha tropezado contigo esta mañana, cuando salías de casa, y te ha dado esa carta, y te ha dicho que una señorita que está enamorada del señorito Juan, quería que tú le dieras esa carta de su parte.

—Vaya, bueno, señor. ¿Y no puedo yo conocer á esa criadita, por lo que pueda suceder?

—¡Ah, pillo! Descuida, que ya la conocerás; que si no ha venido á buscarte hoy, vendrá á buscarte mañana. Vete.

—Oiga vuecencia: ¿le parece á vuecencia que vaya á llevarle esta carta á su casa al señorito Juan?

—No, hombre no; el señorito Juan vive con su padre; péscalo esta noche cuando vaya á la tertulia.

—Bueno, bien, quede vuecencia con Dios.

Pepe se fué casa de Maldonado, y decimos casa de Maldonado, porque Pepe era criado del conde de los Cabrales.

En cuanto llegó se puso á buscar un medio de entregar la carta y el botecito que le había dado Caparrota á Milagros.

Pepe sabía que Milagros había tomado predilección por un cenador del jardín, á donde se iba siempre que podía, y donde á solas se hartaba de llorar.

La pobre niña tenía el alma llena de Caparrota, y ya la iban faltando fuerzas para la lucha.

La idea de que pasase el tiempo, y llegase el día de su casamiento con Juanito la Sala, la aterraba.

Pepe la encontró en el cenador.

Tenía un libro cerrado sobre las rodillas y lloraba.

Al verse sorprendida por el importuno Pepe, se puso vivamente encendida y procuró ocultar sus lágrimas.

—Usted me perdonará, señorita,—la dijo Pepe;—pero

tengo que darla á usted un recado. Si usted hubiera visto lo desesperado que estaba el señor marqués.

—¿Qué es lo que dices, Pepe?—exclamó poniéndose letalmente pálida Milagros.

—El marqués me dijo que si no le juraba entregarle á usted una carta y un botecito de cristal, se pegaba un tiro. Vaya, señorita, tenga usted confianza en mí y tome usted la carta y haga usted después lo que quiera; pero mire usted que el señor marqués está muy malito.

Milagros tomó la carta y el bote y los guardó.

—¿Y qué le digo al señor marqués?—preguntó Pepe.

—Dile que bien, que sí; pero que se guarde ¿entiendes?

—Vaya, señorita, que parece que se han llevado una y han traído otra,—dijo Pepe, viendo la fiera expresión que había aparecido en los siempre dulces ojos de Milagros.

—A tí no te importa eso,—contestó la niña;—tú no tienes más que decirle al marqués lo que te he dicho: que bien, que sí; pero que se guarde.

Pepe se fué.

Se levantó y dió una vuelta por el jardín.

Temía ser observada.

Oyó cantar en su cuarto, que correspondía á la otra parte del jardín, á Patrocinio.

Entonces se entró en una sala baja, se encerró en ella, y abrió temblando la carta.

«Lo que sucede no puede menos de parecerte muy extraño,—decía la carta,—pero no ha estado en mi mano evitarlo. Me desespero, me muero, te adoro; comprendo que estés irritada conmigo; pero suspende tu juicio; escúchame. Esta noche entre doce y una estaré en la reja, á la que bajaste hace un mes con Patrocinio. Yo sé muy bien que sin

asegurarte de Patrocinio no podrás bajar; para ello te envío ese botecito; contiene extracto de adormideras y algunas otras cosas, que producirán á Patrocinio un sueño muy dulce y muy profundo. Yo sé que Patrocinio toma todas las noches antes de acostarse un vaso de leche; componte de modo que puedas echar en esa leche lo que contiene el botecito.

»Espero que harás eso para hablar conmigo. Ten compasión de mí; necesito que me oigas.»

Milagros rompió en pedazos muy menudos la carta, salió, arrojó aquellos pedazos al estanque, y se fué de nuevo al cenador.

Abrió el libro, y se puso á leer.

Aparecía tranquila, y una sombra de contento se revelaba en su semblante.

Al fin, cedía el marqués; esta era una primera victoria.

Milagros esperaba ganarlas todas.

Para ella, el paso que el marqués daba era gravísimo.

Aquel día estuvo para con Patrocinio mucho más afable que nunca.

—¡Ah, hipócrita!—dijo para sí Patrocinio.

Cuando por la noche fué á casa de Maldonado Juanito la Sala, Pepe le acometió á la subida de las escaleras.

—Señorito,—le dijo,—una criadita muy linda me ha atrapado hoy en la calle, y me ha dado para usted esta carta de parte de una señora muy hermosa.

—¡Hombre!—exclamó Juanito la Sala echándose á temblar, porque no estaba acostumbrado á aquellas aventuras. —¿Y no tienes tú un sitio donde yo me meta y lea esta carta? Voy á estar muy impaciente. ¿Una señora muy hermosa, eh?

—Sí, señor, sí; escúrrase usted detrás de mí por las escaleras arriba, y nos meteremos en mi cuarto,—dijo Pepe.

Poco después, Juanito se ponía malo.

Tenía en la mano un retrato de marfil de una mujer deliciosa.

Aquel retrato había venido dentro de la carta, que contenía lo siguiente.

«Caballero: he dudado mucho, he luchado mucho antes de aventurarme á escribir á usted; pero me es imposible dejar de decir á usted que mi corazón me arrastra. Mi retrato le demostrará á usted que yo no soy una cualquiera. Si usted quiere conocerme, esté usted esta noche á las once menos cuarto en Gradas, junto á la puerta del Perdón, de la catedral».

—Toma, Pepe, toma,—dijo Juanito sacando un duro y dándolo al criado.—Siento no darte más.

—Quite usted allá, señorito, que yo tengo muchísimo gusto en servir á usted; nada, de ninguna manera; ya sé yo que su padre de usted dice que á los jóvenes no se les debe dar dinero, porque el dinero les hace contraer vicios; guárdeselo usted para dárselo á la criadita morena, con la cual tendrá usted que entenderse.

—Gracias, Pepe, dices bien; sería una vergüenza que yo no le diese nada á la persona que me lleve á donde está esa señora. ¿Pero cómo me arreglo yo? Yo tengo que estar en casa á las once menos cuarto; papá sabe que la tertulia se acaba á las diez y media en punto, y se necesita un cuarto de hora largo para ir de aquí á casa.

—Escápese usted, señorito.

—Bueno, bien, hombre, pero para escaparme tengo que ir á casa y hacer que me acuesto, y esperar que se duer-

man, y salir por el postigo del jardín, y me citan en esta carta á las once menos cuarto en Gradas, y de aquí á Gradas se echa también un cuarto de hora.

—Pues, por una noche, señorito, ¿qué le hace? sermón más ó menos; por miedo de un sermón ¿va usted á desairar á esa gloria? ¡Cuidado si es hermosa! ¡Sin suerte que tiene usted, señorito!

—Pues, señor,—dijo la Sala,—suceda lo que quiera, yo voy á la cita; lo demás sería ridículo; ¡cuidado! ¡un hombre de veinticinco años sujeto todavía á la férula paterna, á la manera de un chiquillo! Además de lo que quiero á tu señorita, me alegro que se acerque el día del casamiento, porque así me quitarán los andadores. Pero por Dios, Pepe, que no vaya á saber por alguna imprudencia tuya la señorita Milagros que yo ando en estos pasos: esto no es más que un capricho, una tentación; porque para mí no hay más mujer en el mundo que tu señorita.

—Vaya, descuide usted, señorito Juan. ¡Pues no faltaba más sino que yo le comprometiera á usted y le diera á mi señorita un disgusto! ¡y que no está muerta que digamos por usted la señorita! Esté usted tranquilo, yo soy un pozo.

—Vaya, pues muchas gracias, Pepe; yo te haré un regalo.

—No se acuerde usted de eso señorito, que yo tengo bastante regalo con servir á usted. Y bájese usted abajo, que no reparen en que esta noche va usted más tarde.

Poco después, ya en la tertulia Juanito, Patrocinio notaba que él y Milagros no se trataban como otras noches.

La Sala estaba preocupado é inquieto, y Milagros aparecía alegre, ligera, contenta.

En aquello no había ficción; hablaba con todo el mundo y estaba encantadora.

Patrocinio se aturdía, no comprendía aquel cambio de Milagros.

Esto la preocupó de una manera grave, pero muy pronto el amor de Caparrota la curó de su preocupación.

A la hora de costumbre se fué todo el mundo.

Juanito la Sala se escurrió para no acompañar aquella noche á Caparrota. y casi á la carrera, se dirigió á Gradas, temiendo llegar tarde.

Se puso á pasear por delante de la Puerta del Perdón, de la catedral.

Tardaron lo ménos cinco minutos en dar las once ménos cuarto.

Poco después, Juanito vió que por el pie de la Giralda aparecían dos mujeres, la una más alta que la otra, pero las dos gallardas, que se dirigían á él.

Llegaron.

La más alta le dijo:

—Gracias, caballero; usted acabaría de ser amable dándome el brazo; es necesario que pasemos; yo no puedo detenerme en la calle, me comprometería.

La voz de la incógnita, y decimos incógnita porque llevaba echado sobre el semblante el tupido velo de la mantilla, era dulce, fresca, argentina, sonora, y había dicho aquellas palabras conmovida.

Cuando tomó el brazo de Juanito, Juanito notó que el brazo de la incógnita temblaba.

Hacía luna.

La luz de la luna brillaba á través del velo en los ojos

de aquella que parecia por su traje y por su ademán una alta dama.

—Dispénseme usted si no le hablo por la calle,—dijo;—pero andemos deprisa. Ve delante, niña, para tener la puerta abierta cuando lleguemos.

La criadita echó á andar rápidamente.

Muy pronto se perdió de vista.

La dama llevaba consigo, ó más bien, arrastraba consigo á Juanito, que estaba aturdido y no sabía lo que le pasaba.

El había soñado mucho en aventuras de aquel género; pero hasta entonces ninguna había sobrevenido para él.

La incógnita, cuando hubieron salido de Gradas, se entró por la calle del Carbón, y como á la mitad de ella empujó una puerta, y entró con Juanito en un portal oscuro.

—Deme usted la mano,—dijo la incógnita.

Juanito encontró una mano pequeña, mórbida, suave, temblorosa; sintió que se cerraba la puerta, y su aturdimiento creció.

La incógnita le llevó de la mano hasta una sala baja, que estaba muy bien puesta.

En el centro había una mesa redonda, cubierta y servida con fiambres.

La incógnita cerró la puerta de la sala, se quitó la mantilla y el pañolón, y Juanito se echó á temblar cuando la vió á la fuerte luz del candelabro que estaba sobre la mesa, en que ardían cinco bujías.

¡Qué mujer! Era verdaderamente el original del retrato; pero se cumplía aquel refrán que dice que va mucho de lo vivo á lo pintado.

El retrato no era más que un pálido reflejo de aquel

semblante, que, sin ser un prodigio de hermosura, tenía un atractivo irresistible, y los ojos más brillantes y más poderosos del mundo.

Aquella mujer sonreía como Juanito no había visto sonreir á una mujer, de una manera tal, que le daba miedo.

—Usted dirá lo que quiera de esto,—dijo aquella extraña criatura;—¿pero qué quiere usted, señor mío? el corazón es nuestro mayor tirano, y es en vano querer resistirle. Siéntese usted, tenemos tiempo; yo soy libre, completamente libre, viuda, la señora de Padilla. Aquí no me conocen, porque acabo de venir de América: yo soy americana, ya se lo dice á usted mi color moreno y el paso atrevido que he dado: las hijas de los trópicos somos muy impresionables y muy decididas cuando amamos; pero esto no quiere decir que nos olvidemos de nuestro decoro, señor mío; parecemos á primera vista escéntricas, pero después se comprende que no somos más que apasionadas, ¿usted comprende?

—Yo..., señora...,—exclamó Juanito.—Dispénseme usted... yo no sé lo que siento... pero estoy temblando, ya lo ve ested... yo soy un inocente... á pesar de que tengo ya veinticinco años...

Y Juanito no pudo continuar; se le acabó de entorpecer la lengua, y se calló, y se quedó mirando estático y pálido como un muerto á aquella mujer.

Aquella mujer tenía algo de satánico, y le devoraba con una mirada que fascinaba al pobre Juanito.

—¡Pobrecillo!—dijo ella.—¡Un tesoro! ¡Y dicen que este ángel ama! ¡Qué se va á casar! ¿No es verdad, hijo mío, que usted no sabía lo que era el amor?

Juanito quiso hablar, pero no pudo.

—Vamos, hijo,—exclamó ella;—será necesario darle á

á usted vino como á los loros, para que hable. Bebamos, hijo mío, á ver si se anima usted. ¡Qué candor, Dios mío, qué candor, qué mono!

Y llenó dos copas de rico jerezano.

—Vamos, beba usted. A la salud de usted.

Juanito, á cada momento más trémulo, tomó la copa, la chocó con la de aquel diablo, y bebió con ánsia; se le había puesto la boca seca.

—¡Ay, Dios mio!—exclamó ella que aún no había bebido;—tengo las manos de trapo; se me ha caído la copa.

En efecto había dejado caer la copa al hacer el ademán de beber.

—Vaya, pues beberemos otra,—dijo tomando una botellr distinta y llenando otras dos copas.

—¡Ay, qué feliz soy, señora!—dijo Juanito;—pero hágame usted el favor de no darme más vino, dispénseme usted, porque me voy á achispar, no estoy acostumbrado.

—¡Ay qué bonito, y qué gracioso!—dijo ella.

—Señora, señora,—exclamó Juanito,—yo no sé lo que siento; pero no he sido tan feliz en toda mi vida.

—¿De veras?—dijo ella acercándose á Juanito y mirándole á tres dedos del semblante.—¿Y estás enamorado todavía de la mujer con quien te vas á casar?

—No, no, no,—exclamó Juanito mirando con los ojos espantados á aquella hechicera.—Pero, señor, yo me duermo: el vino, preciso, el vino: he bebido mucho, y no estoy acostumbrado.

Juanito habló algunas palabras más, pero ya de una manera torpe, y al fin se durmió.

—¡Catalina!—dijo la mujer.

Apareció una preciosa criada, casi una niña.

—Ayúdame á poner á este tonto en el sofá,—la dijo,— que duerma hasta por la mañana.

Entre el ama y la criada cargaron con Juanito, le estendieron en uno de aquellos incomensurables sofás de aquel tiempo, le pusieron una almohada debajo de la cabeza y le taparon con un cobertor.

Juanito sonreía dormido, como quien goza de un ensueño delicioso.

—Vete á acostar, Catalina,—dijo aquella mujer.

La criada salió.

En aquel momento se oyó rechinar una puerta, y apareció Caparrota.

—Vaya, marquesito, estás servido, hijo mio; pero me fastidio, y luego, esto me va á dar ruidos con el alcalde mayor. Un año de recogidas por estravío de hijo de familia no me lo quita nadie.

—¿Y qué te se da, Andreilla, si te se paga bien? A ver si haces en adelante la gran señora, y me mareas á ese pipiolo.

—Bueno, bien, marquesito, lo que tú quieras, hijo. A la fuerza, tú se la armas á la novia de éste.

—¡Ay, Andrea! ¡una divinidad, hija!

—¡Hombre! ¿Te reblandeces, marqués? ¡No estaría feo!

—¡Bah! déjame en paz, y adios, que ya son más de las doce, y estoy haciendo falta en otra parte. Ven y abre.

Andrea alumbró al marqués hasta la puerta de la calle, abrió, y el marqués salió y se dirigió muy de prisa hácia la casa de Maldonado.

CAPITULO XXIII

De cómo el crimen puede proteger la inocencia.

Caparrota no tenía duda de que encontraría en la reja á Milagros, ó por lo menos de que no tardaría en bajar.

En efecto; apenas se había acercado á la reja Caparrota, cuando se abrió el postigo de ésta y apareció Milagros.

Caparrota estaba muy agitado.

Milagros no lo estaba menos.

Por algún tiempo ninguno de los dos dijo una sola palabra.

Al fin, ella dijo dulce y tímidamente:

—¿He tardado mucho?

—¿Pero qué es esto?—exclamó Caparrota.—¿En vez de increparme, en vez de mostrarte irritada, me hablas con una dulzura de ángel? ¿Mientes, Milagros?

—No,—respondió la niña;—es que no puedo más, es que soy muy desgraciada.

—¿Pero es que me amas con toda tu alma, hija mía?—exclamó el marqués.

—Sí,—contestó Milagros;—sí, yo no sé lo que me ha dado usted, yo no tengo alma más que para usted.

—¿Y si yo te dijera: Milagros, sígueme?

—Yo no tengo más voluntad que la de usted.

—¡Niña!—exclamó Caparrota.—¿Quién eres tú que me haces tu esclavo?

—Yo no lo sé.

Caparrota se espantó de sí mismo.

Un sentimiento que él no había experimentado nunca, le hacía inviolable aquella criatura: estaba dominado por un amor inmenso, por un amor del alma, infinito, desconocido, potente.

—¡Y ni una queja, Milagros!—exclamó Caparrota.

—Cuando usted me busca, usted me ama; si usted no me amara, ¿para qué me había de buscar? Y si usted me ama, ¿por qué he de sufrir yo? ¿Se puede amar más que á una mujer? Yo no amo ni puedo amar más que á un hombre. Oiga usted, cuando yo creía que usted me despreciaba, que me había usted dejado por Patrocio, ¡oh! entonces... Yo soy altiva; ha habido momentos en que he tenido que contenerme para no matarlos á ustedes á los dos. ¡Dios mío! no se puede sufrir más que lo que yo he sufrido. Pero ahora no, ahora no sufro; soy feliz, y al mismo tiempo la más desgraciada de la tierra.

—¿Pero por qué? ¿Por qué eres feliz y desgraciada?

—¡Ay! Soy feliz porque usted me ama, y desgraciada porque yo amo á mi padre; mi padre es muy bueno; no tiene más hija que yo, me adora; tiene empeño en que yo me case con ese hombre, y si yo me niego á casarme... papá está muy delicado de salud. ¡Oh, Dios mío! si un disgusto matara á papá... Ese estúpido es hijo de un antiguo amigo de

papá; todas las ilusiones de papá son que yo me case con él. ¿Y cómo, cómo, Dios mío?

Don Miguelito no supo qué decir.

Milagros era su alma, y no se atrevía á herir su alma.

Se le hacía imposible maltratarla, hacerla sentir la amargura de haber matado á su padre.

En efecto; el conde de los Cabrales estaba muy delicado de salud, y Caparrota había comprendido que, á pesar de su bondad, era nervioso y violento.

La situación se embrollaba más y más para Caparrota.

El amor de su alma, Milagros, le ponía en contradicción con el amor de sus sentido, Patrocinio: se sentía arrebatado al edén por el amor de Milagros, y no podía renunciar al infierno del amor de Patrocinio.

La situación se hacía irresoluble.

Caparrota no podía decir á Milagros: me uniré á tí; le tenía sujeto Patrocinio: Patrocinio le conocía, Patrocinio tenía en prenda sus crímenes.

Nunca un malvado ha sido castigado por una situación más contradictoria, más terrible, más dolorosa.

Toda la bárbara energía del alma de fiera de Caparrota desfallecía, se anulaba ante Milagros y Patrocinio.

Patrocinio se defendía de él de una manera tenaz; una fuerza misteriosa defendía de él á Milagros, que no se defendía.

Don Miguelito estaba desesperado, terrible, como un león enjaulado.

¿Qué hacer?

—Y bien,—dijo á Milagros;—si ese compromiso se deshiciera, ¿no serías tú completamente felíz?

—¡Oh! ¿Y cómo?—exclamó Milagros.—Yo no me atreve-

ré nunca. Tal vez sea el mío un temor exagerado; pero si yo causara la muerte de mi padre... ¡oh! ¡no, nunca, jamás! Seré mujer de ese hombre, sufriré mi martirio.

—Tu padre mismo deshará ese compromiso.

—¡Ah! No, mi padre no; está ciego.

—Pero ese hombre que te parece un estúpido, no lo es tanto como tú crees, Milagros,—dijo Caparrota;—es un hipócrita, que se hace el tonto para entregarse en secreto á un libertinaje asqueroso.

—¡Oh! ¿es libertino?—exclamó con alegría Milagros.—Pero si mi padre no le descubre á tiempo...—añadió volviendo á entristecerse.

—Lo descubrirá, hija mía,—respondió Caparrota.

—¡Oh, qué felicidad!—exclamó alegremente Milagros;—yo libre y usted libre también, porque cuando usted quiera puede romper el compromiso con mi prima: no es un compromiso definitivo.

—Por supuesto, adorada mía, tú no sabes, Patrocinio me ha comprometido.

—¡Oh! la conducta de Patrocinio es incalificable;—exclamó Milagros;—yo la aborrecía de muerte: ahora no la aborrezco, más bien la tengo compasión; usted no la ama, es que le había seducido á usted; es que usted ha creido que yo amaba á ese tonto porque yo se lo he hecho creer á usted: yo tenía duda, yo quería saber si usted me quería y le he dado celos.

—No se puede ser,—dijo Caparrota,—más inocente y más inteligente á la par. ¡Hola! ¿conque sí? ¿conque tú no te engañabas? ¿conque tú comprendías que yo te amaba y lo que sentía por la otra era una fascinación?

—Quería asegurarme de ello á lo menos,—dijo Milagros.

—Y dime, ¿por qué, si estás segura de que te amo, si esto te hace felíz, le has dicho á Pepe esta mañana que me diga que sí, que todo está bien, pero que me guardase?

—¡Ah! yo entonces no sabía á qué atenerme: la carta que usted me escribía podría ser el resultado de un empeño, una ofensa, en una palabra; y quien ofende á una mujer y la desprecia, no merece otra cosa sino que esa mujer le mate.

—¡Oh, cielo divino!—exclamó don Miguelito apoyando su cabeza en sus manos, que tenía asidas á un barrote de la reja.

Aquellas palabras no eran un requiebro á Milagros, Era una imprecación desesperada á los cielos.

Veía la felicidad, la tocaba, y un ser terrible, Patrocinio, se colocaba entre él y su felicidad.

Caparrota empezaba á ser castigado por la Providencia.

—¡Oh, y qué hermoso es el amor!—exclamó Milagros; —¡qué hermoso! ya no tengo que decir á usted que se guarde; yo no puedo dudar de que usted me ama; sus ojos de usted me han dejado ver la alegría de su alma, la felicidad de su alma cuando me ha visto usted; usted me ama como yo le amo; ¡pero, Dios mío, usted llora!

—Sí, Milagros, sí,—dijo don Miguelito levantando la cabeza,—yo no puedo hacerte felíz y tú eres mi Dios.

—Usted se engaña, usted me hace felíz; yo no necesito casarme con usted para ser felíz, con tal de que no me casé con otro.

—¡Poder de Dios!—exclamó Caparrota;—yo me voy á volver loco; ¿y por qué vacilar? ¿por qué detenerme en nada?

Y una idea de muerte contra Patrocinio cruzó el pensamiento del bandido; pero aquella idea se apagó.

¡Destruir á Patrocinio! ¡imposible!

—Olvídame, Milagros,—exclamó desesperado don Miguelito.

—¿Que olvide á usted?—dijo Milagros;—ni puedo ni quiero. ¿Y por qué he de olvidar á usted? ¿Es posible que amándome usted como me ama, no comprenda mi alma? ¿Tal vez le es á usted imposible romper su compromiso con Patrocinio? Y bien, cásese usted con ella.

—¡Cómo!—exclamó Caparrota.—¿Y no tendrías celos?

—¿Celos de qué, si usted no la ama?

—¿Y si te engañaras? ¿y si yo encontrara en Patrocinio algo terrible, algo que me envenenara el alma, algo que me da una sed rabiosa de su ser entero, no tendrías celos?

—No, porque yo no amo así.

—¡Dios mío,—exclamó Caparrota;—pero esto es formidable! ¡esto es un castigo horrible!

—¡Castigo! Yo no entiendo nada de esto que usted dice: ¡un amor que envenena, que da una sed rabiosa, un castigo!

—Tú eres un ángel, Milagros,—exclamó Caparrota;—tú no has tocado todavía la tierra. Díme, ¿si yo te dijera: sé mía?...

—Yo te diría: ¿lo quieres? sea; ¿quieres que yo mate á mi padre? sea; pero guárdate, Miguel.

—¡Ah! es que yo no quiero,—exclamó Caparrota;—es que yo te adoro como se ama á Dios.

—Así es mi amor,—dijo sonriendo Milagros,—así te quiero y así me amas tú; ¿y no es esto una felicidad de los cielos, dime? Cuando yo pienso en tí, mi ser entero se llena de una fruición deliciosa, inmensa, infinita, yo no sé, pero yo me sobrecogí la primera vez que pensé con el amor de mi alma en tí, me parecía que me habían arrebatado de la

tierra; después, tu pensamiento me irritaba: me habías ofendido, yo lo creía; yo creía que me habías ofendido; pero ahora, no se puede ser más feliz que lo que yo lo soy.

—¡Oh! ¡el amor y la inocencia!—exclamó don Miguelito;—¡el paraíso! si esa felicidad fuese durable... pero Satanás acecha á Eva.

—No, no seré yo, niña de mi corazón, el que evoque á Satanás para que te deje ver el fruto del árbol de la vida.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡lo incomprensible! Pero yo no entiendo, Miguel, tú sufres, tú te desesperas, tú agonizas, y esto me lastima, ¿por qué esto? Mira, ¿no será muy hermoso vernos aquí alguna noche? todas no, porque puede ser malo para la salud de Patrocinio darle todos los días lo que le he dado esta noche. ¡Oh! yo quería verte, salir de dudas, y si ella no se hubiera dormido, no hubiera podido bajar. Yo no sabía como hacerlo; la tengo miedo; parece que lee en mi alma; nuestros dos tazones de leche estaban sobre la mesa; Patrocinio hablaba y reía conmigo como si hubiera sido mi amiga; yo tenía en la mano el botecito, pero no había medio. Afortunadamente, Patrocinio salió del dormitorio yo no sé á qué, y yo me apresuré á verter el botecito en su leche; volvió y continuó hablando alegremente conmigo; tomamos la leche y luego nos acostamos. Patrocinio se durmió mucho más pronto que otras noches; yo me levanté silenciosamente, me acerqué á su cama; Patrocinio estaba dormida y sonreía, soñaba sin duda contigo; pero su sonrisa tenía no sé qué de amarga. La moví levemente y no despertó; luego con más fuerza, y no despertó tampoco; me convencí de que estaba aletargada, de que podía bajar. Pues bien, Miguel, ¿qué más felicidad para nosotros que de cuando en cuando de cuatro á cuatro días,

vernos aquí, querernos, decirnos yo te amo á cada momento?

—Es verdad,—dijo Caparrota,—eso será inmenso, sobre todo en las noches de luna. ¡Oh, que hermosura la tuya, Milagros! ¡qué trasfiguración á esta luz tan dulce y tan blanca! ¡qué ojos los tuyos! ¡Dios mío, qué pureza y qué amor!

—¡Ay Miguel! ¿Y qué ha de importarme á mí que te cases ó no con otra, si con tus ojos me estás dando tu alma entera? Tú también me pareces á mí muy hermoso, hermosísimo.

Y los dos amantes continuaron hablando de una manera que se haría fastidiosa para nuestros lectores, porque se repetía siempre la misma cosa.

Era el amor de la pureza, del alma, de la inocencia; y don Miguelito, por un exceso de amor, apuraba el martirio de aquella situación terrible.

Amaba de una manera tal á Milagros, que le aterraba la sola idea de enturviar la purísima felicidad de la joven; temía; una sola palabra de Caparrota hubiera hecho de Milagros un ángel caído.

Las consecuencias podían ser terribles.

Una lucha entre aquellas dos mujeres podía entregarle á la justicia por una venganza de Patrocinio, ú obligarle á huir.

Don Miguelito, pues, parte por un amor del alma que le sorprendía, parte por miedo, respetaba la inocencia de Milagros.

La situación era lógica.

Patrocinio, adivinando á Caparrota, se había apoderado de él y le sujetaba, le tenía á su merced.

Esto en gran parte defendía á Milagros.

¡Oh! El conocimiento de la vida hubiera creado en el corazón de Milagros los celos, y los celos de Milagros la venganza de Patrocinio.

Don Miguelito se retiró de la reja al amanecer, y Milagros, trasportada de felicidad, se retiró á su dormitorio.

CAPITULO XXIV

Lo que puede hacer una palabra en el alma de una mujer.

Patrocinió despertó con un fuerte dolor de cabeza y con un malestar, de cuya causa no podía darse cuenta.

Ella nunca se sentía mala; tenía una salud admirable.

Aquello la sorprendió.

Sin embargo, nada sospechó.

¡Es tan natural una ligera indisposición!...

A más, ella sufría; adoraba á Caparrota, tenía el alma llena de él.

Caparrota estaba gravemente comprometido si llegaban á descubrirse sus crímenes.

Una traición de uno de sus instrumentos podía perderle.

Patrocinio atribuyó á esto su malestar, que, á medida que avanzaba el día, iba pasando.

Nuestros lectores comprenden que, desvanecido el sopor que había causado á Patrocinio el licor que la había admi-

nistrado Milagros, que no era otra cosa que un narcótico producido por un extracto de adormideras, es decir, por ópio, debían quedar algunas consecuencias en el organismo de Patrocinio; pero fueron pasando, y al medio día Patrocinio se encontró en un estado perfectamente normal.

Por otra parte, Patrocinio, que era profundamente observadora, había advertido un cambio completo en la fisonomía, y en la expresión de Milagros.

La niña había dejado de aparecer melancólica para aparecer completamente felíz. Su sonrisa era franca y alegre y cantaba como un pájaro, corría en el jardín tras la mariposas; aquello, en fin, era una transformación.

¿Había visto á Miguel? ¿Había tenido ocasión de hablar con él?

Esto no podía ser; al menos así lo creía Patrocinio.

¿La había escrito Miguel?

Esto era más fácil.

¿Pero cómo Milagros, que confiaba completamente en ella, no la había mostrado la carta de Miguel, si éste, en efecto, la había escrito?

Patrocinio empezó á sentir en embrión unos celos espantosos.

No, no podía ser que su Miguelito, que tan apasionado estaba de ella, hubiese vuelto á pensar en Milagros.

Patrocinio se creía segura de poseer el alma entera de Caparrota, de haberle enloquecido, de haberle absorbido, y sin embargo, aquellos celos crueles se determinaban más y más.

¿Por qué aparecía tan alegre Milagros? ¿Por qué se sentía tan felíz, cuando el día antes lloraba?

—¡Bah; cosas de niña!—acabó por decir Patrocinio.

Y á pesar de los recelos que la habían asaltado, se mostró con su prima, dulce, cariñosa y alegre como siempre.

Pasearon aquella tarde.

Las acompañó don Miguelito que estuvo comunicativo con Milagros, pero de una manera tranquila, al par que mostró una gran pasión á Patrocinio.

A esta la pareció muy extraño no haber encontrado aquella tarde en el paseo á Juanito la Sala; pero esto podía ser una casualidad; tal vez Juanito estaba enfermo; de otro modo no se concebía no hubiese ido al paseo á encontrar á Milagros.

Llegó la noche, acudieron los contertulios, llegó don Miguelito; pero Juanito la Sala no se presentó.

Esto inquietó vivamente á Patrocinio, y comunicó sus temores á su padre.

Necesitaba saber por qué Juanito no había ido aquella noche á la tertulia.

El bueno de don Pedro de Maldonado se inquietó verdaderamente, y sirvió á su hija, haciendo que un criado fuese á preguntar casa de Juanito la Sala si estaba enfermo.

El criado volvió diciendo que en casa de don Juanito había una gran inquietud, porque don Juanito había pasado la noche fuera, contra su costumbre, no había vuelto aun, se ignoraba donde estaba, y se había dado parte á la justicia para que le buscasen.

Esto acabó de inquietar á Patrocinio, y embistió con Caparrota.

—Tú eres un traidor,—le dijo.

—¡Calla!—exclamó Caparrota.—Debía alegrarme de

que te enojases, porque cuando te enojas te pones divina.

—No, no te me escapas,—exclamó Patrocinio, que se había ido á un balcón con Caparrota á hablar con él con más libertad;—tú sabes donde está Juanito la Sala.

—¡Calla!—exclamó con una admirable naturalidad Caparrota.—Pues qué, ¿Juanito se ha perdido?

—No me desesperes, hijo mío,—exclamó Patrocinio,—habla claro; yo tengo el corazón grande, muy grande, y quiero saber á qué atenerme. ¿Es que tú te has arrepentido de tu compromiso conmigo y piensas todavía en la niña?

—¡Bah, bah!—exclamó Miguelito,—las mujeres no saben lo que enfada cuando caen en la ridiculez de los celos; hay cosas á que no se contesta, Patrocinio; porque pretender justificarse es casi confesarse culpable. Peor para tí si tienes celos, porque sufrirás; y mejor para mí, porque sufriendo me amarás más, y todo el amor que puedes darme no basta para satisfacer la sed de tu amor que yo tengo.

—Es que yo no puedo amarte más que lo que te amo, Miguel,—exclamó Patrocinio;—es que yo estoy loca.

—¡Alma mía!—exclamó don Miguelito, y de una manera tal, y tan del fondo del alma, que la Patrocinio se ensanchó.

Un hombre que se expresaba de tal manera, no podía ser traidor, no podía amar á otra.

Patrocinio no sabía hasta qué punto era impresionable y voraz el alma de Caparrota; no podía comprender que ella era una parte del sér entero que Caparrota amaba, y por unir el cual en un solo ser, hubiera llegado hasta lo imposible del sacrificio.

Milagros era el alma y el cuerpo de aquel sér, y Patrocinio también el alma y el cuerpo.

Para Miguelito, la una era el complemento de la otra. Ambas le enloquecían; pero la inocencia, el candor, un no se qué inexplicable, hacían infinitamente más preciosa á Milagros para él, sin que por esto dejara de serle también preciosa Patrocinio.

—Y bien,—dijo don Miguelito,—tú no tienes razón para dudar de mí.

—Perdóname, Miguel, perdóname,—dijo Patrocinio;—pero cuando se ama como yo amo, una sombra, un recelo, atormentan, desesperan. Habíamos convenido en otro tiempo, cuando aún no nos habíamos dicho que nos amábamos, en hacer imposible el casamiento de Milagros con Juanito, haciendo pasar á éste por libertino; Juanito no ha venido, y esto es muy extraño; porque Juanito está enamorado, no como un loco, sino como un tonto de Milagros, y sólo una imposibilidad absoluta podía hacer que él no viniese á verla; una enfermedad, por ejemplo; se ha enviado recado á su casa, y resulta que el niño ha pasado la noche fuera y que aún no ha vuelto. Perdóname, Miguel, yo he creido que le habías metido en alguna gazapera, y que habías hecho esto, para hacerle aparecer como un libertino á los ojos del padre de Milagros. Si tú hubieras hecho esto, no lo habrías hecho sino para deshacer el compromiso que el padre de Milagros tiene con la familia de Juanito. ¿Y para qué querías tú hacer eso si nada te importaba Milagros? Todo eso lo he supuesto yo en mis celos; si no hubiéramos hablado de armarle una intriga á Juanito, yo no hubiera sospechado esto.

—Coincidencias,—dijo Caparrota.—Tú crees que ese chiquillo es un inocente, un pobre diablo que no se atreve á nada, ni piensa en nada; espérate: la casta de los tontos

se ha acabado en este mundo; es un hipocritilla que oculta su libertinaje cuidadosamente porque su padre no le castigue y porque el padre de Milagros no se la quite; pero ¡anda, anda con el niño! Yo no te he hablado de esto porque nada nos importaba; pero si le oyeras cuando nos retiramos por la noche... ¡Ah, diablo, diablo! ¡los tontos! Está soñando en las aventuras, y me pregunta si nunca me ha buscado á mí misteriosamente una mujer, dándome una cita novelesca. Es como todos; quiere á una mujer para casarse con ella, pero no prescinde por esto de las demás. Puede haberle sucedido cualquier cosa, y tú, con esa imaginación que Dios te ha dado, no has encontrado nada mejor que echarme á mí la culpa de la desaparición de Juanito.

—Pues bien, no hablemos más de ello,—dijo tranquilamenle Patrocinio,—y vámonos á dentro, que estamos dando un poco de escándalo.

Se metieron, en efecto, dentro, y se sentaron en el lugar de costumbre; esto es, Patrocinio en el canapé, y junto á ella, en un sillón, Caparrota.

Allí pelaban largamente la pava, hasta que el cuco daba las diez y se levantaba la tertulia.

Caparrota había obtenido que Patrocinio cediese un tanto y consintiese bajar á la reja.

Quedaron citados para la una de la noche.

Caparrota salió y se encaminó en derechura casa de al Andreilla.

Se encontró dormido, como le había dejado, pero no sobre el canapé, sino en un lecho cómodo, á Juanito la Sala.

La Andreilla recibió con una carcajada á don Miguelito.

—¿Qué diablo de pájaro tonto me has traído ahí?—le dijo.—Es necesario que me libres cuanto antes de este tormento, hijo mío. Despertó por la mañana y me ha estado moliendo con un amor sentimental que me ha aplastado. ¡Y verme yo obligada á sufrir á un tonto tal! Le dí de almorzar y le metí en el almuerzo algunas gotas de esa cosa que tú me has dado; se estuvo durmiendo hasta la hora de comer, volvió á empalagarme, y yo volví á dormirle; despertó poco antes de la hora de cenar, cenó, y ahí le tienes otra vez.

—¿Y tanto trabajo te costaría, Andreilla, acabar de volverle loco?

—Pues mira, me parece que con tanto tomar eso que yo le echo en la comida, él, que no es muy avisado, se va á quedar que no va á servir sino para reventar una cámara de seda. Llévatele pronto, hijo mio, porque yo te declaro que mientras esté aquí no voy á hacer otra cosa que dormirle cuando despierte.

—Hazme el favor de no chancearte, chiquilla,—dijo don Miguelito,—que eso que le das es ópio, y si lo repites mucho, lo vas á matar.

—¿Y cómo se lo he de repetir,—contestó la Andreilla,—si ya se me ha acabado? Pues si cabalmente iba yo á decirte que me trajeras más de esa *melopia*.

—¡Al diablo! Quien sabe si ya le has vuelto loco.

—¿Y qué se pierde?

—Dejémonos de tonterías, Andreilla; hay que evitar meterse en compromisos.

—Pues, por supuesto,—dijo la Andreilla,—yo soy la primera que no quiero echarle más de eso; pero me da miedo solamente de pensar que no voy á poderle dormir cuan-

do quiera; porque, hijo mio, al niño le ha entrado de firme; tú no sabes como me mira, y qué cosas me dice, y qué desesperado se pone.

—Pues mujer, enamórate de él, atóntale, cógele, y á ver si con él te casas; tú tienes buena reputación, tu tia pasa por una señora,

—¡Hombre, y para qué ha guardado Dios las puñaladas! —dijo la Andreilla.—Ya se yo lo que te tenía que decir: pero no me atrevo, porque te temo más que á un rayo, ¿pero crees tú que habiéndote oido decir á tí que para tí no había más mujer en el mundo que yo, aunque luego te hayas portado como quien eres, le queda á una desesperada mujer tanto corazón como el que tiene un canario? Anda, hijo, anda, se tiene paciencia, porque no hay otro remedio; pero no se enamora una de otro; se tiene paciencia y se pasa una el tiempo en quitarse una de la cabeza las tentaciones que le dan á una de ahorcarse.

—Vaya; que eso no es verdad, que ya vendrá á tío Paco con la rebaja.

—Pues mira, Miguelito, si yo no te he dado á tí un jicarazo que te hubiera llevado el demonio, para vengarme de lo que has hecho conmigo, ha sido porque no puedo; porque, en fin, tú eres el amo y puedes hacer conmigo todo lo que quieras; hasta despreciarme, que es lo que haces.

—¿Si creerás tú,—dijo don Miguelito,—que yo no te quiero á tí, cordera? ¡Bah! una cosa es que no te quiera á tí sola, y otra cosa es que yo te desprecie.

—Vaya, venga,—dijo la Andreilla,—que la que ha cargado con tanto, bien puede sufrir otro poco más. ¡Y que haya hombres así en el mundo! ¡Y que habiéndolos haya mujeres tan sin vergüenza que se estén muriendo por ellos!

—Oyete tú, niña,—dijo don Miguelito,—ese que duerme podrá ser muy bien un *gila*; pero tú eres *gilaza* y media. ¿No oyes que yo siempre he de ser así? ¿que yo soy como el aire, que ha de andar por todas partes? Y mira que si das en la gracia de quemarme la sangre cada vez que venga á verte, no vuelvo á verte en todos los días de mi vida; porque no, porque un día me coges mal templado, y á la primera tontería que me digas, sucede lo que yo no quiero que suceda; conque andando ó toco el tambor y ni aun por la calle del Carbon vuelvo á pasar.

—¡Ay, que no, Mignel, por Dios!—dijo la Andreilla.—Y yo vivo con la esperanza de verte, y cuando te veo echo valor para aguantarme todo el tiempo que no te vuelvo á ver.

—Pues mira, la verdad es que si yo no vengo á verte con más frecuencia,—dijo don Miguelito,—no es porque no te quiera, que eso no es verdad, porque tú, morena, me tienes á mí comido el corazón.

—Hombre, vaya usted con Dios, y váyase usted,—dijo la Andreilla,—que esto pasa de escarnio.

—¿Quién te viste?—dijo don Miguelito.

—¡Toma! Tú.

—¿Y quién te calza?

—Tú.

—¿Y quién te regala?

—Tú.

—¿Y quién te da para que guardes?

—Tú.

—¿Y me puedo yo casar contigo?

—No.

—¿Y me puedo yo pasar sin casarme, á los veintiocho

años, cuando todo el mundo me cree un joven puesto en sus puntos?

—¡Vaya! Pues cásate, hombre, á ver si en casándote, no estás tan ocupado y tienes lugar para ver á los que te quieren.

—Pues para que yo me case es menester que tú des un escandalito con ese niño.

—¿Quieres explicarme tú eso, corazón?

—Pues ¡vaya si te lo quiero explicar! Calcula tú que ese apunte es el novio de la mujer con quien á mí me conviene casarme, y media un compromiso formal, y hay que deshacerlo.

—Miguel, tú estás loco por esa mujer,—dijo la Andreilla poniéndose pálida.

—¿Yo?

—¿Pues si no estuvieras loco, cómo habias de pensar en casarte?

—Cállate, chiquilla, que la cuestión no es la mujer, sino la dote. ¿Has estado tú en Jerez?

—Hombre, sí, allí estuve yo con un tío canónigo que tenía.

—Pues mira, la mitad de las viñas de Jerez son del conde de Cabrales, padre de la novia de ese. ¿Y no te gusta á tí el vino de Jerez, cariño?

—¡Vaya si me gusta!

—Pues yo te enviaré la mitad de la bodega del conde de Cabrales cuando me case con su hija.

—¡Como si te hiciera á tí falta casarte para ser rico!

—Te engañas, Andreilla,—dijo don Miguelito;—estoy apuradísimo, y dentro de poco me veré arruinado si no me caso con esa niña.

La Andreilla no conocía á don Miguelito más que como un enamorado á quien había encontrado en la calle, que la había seguido, que la había hablado, que se había introducido en su casa y que se había hecho cargo de sus gastos.

La Andreilla era una joven de historia, con una tía postiza; pero tenía buena reputación.

No sabía de Caparrota sino que era el marqués de Casa-Vaquera, y no había sabido lo que era el amor hasta que le había conocido.

Caparrota la había abandonado muy pronto, reduciéndose á hacerla una visita de siglo á siglo; pero gustaba de ella, y la conservaba un afecto bastante para continuar manteniéndola.

Al primer período de larga ausencia de Caparrota, la Andreilla intentó sujetarle; pero de tal manera la corrigió Caparrota, que tuvo paciencia, aguantando las desventuras de su amor, como ya nos lo ha dicho ella misma, y se resignó á la suerte á que la condenaba aquél á quien no podía dejar de amar.

—Vaya, pues bueno,—dijo la Andreilla;—tú haces de mí lo que quieres, Miguel. ¿Consiste en mí el que tú te arruines? No te arruinaré; daremos el escándalo del siglo con esa ave fría, y yo te aseguro que no se casará con esa niña si su padre tiene vergüenza. Veremos á ver como me agradeces lo que yo voy á hacer por tí.

—Te advierto, chiquilla, que á ese mocito le anda buscando la justicia,—repuso don Miguelito Caparrota.

—¿Y á mí qué?—dijo la Andreilla.—¿Qué tiene que ver la justicia con que yo tenga un novio, y ese novio se haya puesto malo estando en casa y se le haya cuidado?

—No es ese el camino,—dijo don Miguelito;—la cuestión

es otra: tú eres la señorita doña Andrea de Padilla, sobrina de tu tia doña Angeles de Padilla, tan respetable como otra cualquiera; tú te has visto sorprendida de repente por un hombre, con el cual te has encontrado en tu mismo cuarto en altas horas de la noche; un hombre introducido por la traición de una criada, y tú, que eres una fiera para defender tu honor, ¿estamos? has encontrado que ese hombre, solamente con introducirse como un ladrón en tu casa, debe darte una reparación, que no puede ser otra que la de casarse contigo. Maréalo, vida mía, maréalo; achíspalo con tus ojos, y yo te aseguro que él dirá que se quiere casar contigo.

—Todo menos eso,—exclamó la Andreilla,—que solamente de pensar que yo me había de casar con ese hombre ni con ninguno, me entran las ansias; lo que yo haré será preguntarle quién es y dónde vive, y cuando me lo diga, irme con mi tia á su padre y darle una jaqueca.

—Eso no me conviene; eso se quedaría tapado y no impediría el compromiso que el conde de los Cabrales tiene con don Diego la Sala, de casar á su hijo con su hija.

—Hombre, pues lo arrojaremos todo por la ventana, y á ver si conoces lo que te quiero. No me iré á ver al padre del mocito, sino á ese señor conde de los Cabrales, padre de tu novia; digo, de la que tú quieres que sea tu mujer. ¿Y te entiendes ya con la niña, pendón?

—¡Vaya! La chiquilla está muerta por mí.

—Pues andando; dime dónde vive ese señor, y mañana mi tia y yo vamos á verle, dejando encerrado bajo llave á ese alma mia.

—Pues me parece bien,—dijo don Miguelito,—y quédate con Dios, y cuenta para mañana en cuanto tú hagas esa visita con un aderezo de perlas.

—Eso es porque estás arruinado,—pobrecito,—dijo la Andreilla.

—No tanto, mujer, que uno no pueda recrearse con ver en tu hermosa garganta un collar de perlas. Conque adios chiquilla, hasta mañana á la noche.

—Anda con Dios, hombre; anda á ver si te encuentras por ahí un santo milagroso que te dé unas entrañas más blandas que las que tienes.

Don Miguelito se fué á la reja, donde ya le estaba esperando, trasportada de amor, Patrocinio.

—Vamos,—le dijo,—aquí me tiene usted, señor mio, ¿Qué es lo que á usted se le ocurre? ¿á qué viene esto? De veras que yo, hablando con usted de noche y en la reja, soy feliz cuanto puede serlo una mujer; pero mira, Miguel, que me tienes loca; mira, Miguel, que conozco que me estás haciendo traición, y que aunque me amas, porque no lo puedo dudar, porque estoy viendo el amor en tus ojos, no quieres casarte conmigo.

—¿Y si yo quisiera,—dijo don Miguelito,—me lo sacrificases todo? ¿Si yo te dijera que no encuentro el verdadero amor más que en el sacrificio?

—Mira, Miguel, no me aterres, no me hagas creer que tu amor es un amor miserable, indigno de mí; no te empeñes en que me persuada de que tú eres para mí el bandido, el asesino, el ladrón.

—¡Vuelta á la amenaza!—exclamó con voz ronca don Miguelito.—¿Será necesario que yo crea que te prevales de un secreto que has descubierto, por una debilidad mía, para obligarme por el terror á que me case contigo? Hé aquí lo que yo temo; hé ahí por qué yo quiero ponerte á prueba.

—No,—dijo Patrocinio,—yo no busco en tu desdicha,

en la horrible situación en que te encuentras, una garantía para mi amor; acabas de decirme una cosa terrible, Miguel. ¿Crees tú que yo me he propuesto imponerme á tí? ¿Qué me importa á mí que destruyas la humanidad entera si yo te amo, es más, si yo tengo el alma como tú? Dime, dímelo. ¿Temes que yo piense en obligarte?

—Tú rehusas el sacrificio, Patrocinio.

—Espera,—dijo Patrocinio;—no extrañes que yo tarde algunos minutos; voy á traerte la prueba de que te engañas.

Y cerró la ventana.

Don Miguelito se quedó perplejo.

Había visto un nuevo no sé qué de terrible en Patrocinio.

¿Cuál era la prueba que Patrocinio iba á buscar? Y Patrocinio le embriagaba, le enlanguidecia; Patrocinio se le hacía de momento en momento más voluptuosa, más irresistible, más terrible á la par.

Caparrota se desesperaba, porque absorbido por Milagros, se sentía también absorbido por Patrocinio.

Esperó anhelante.

La duda de cuál sería la prueba que había ido á buscar Patrocinio, le inquietaba.

Pasaron diez minutos.

Al cabo de ellos, Caparrota sintió el paso de una mujer en la calle.

Aquella mujer se acercó, y dijo á Caparrota:

—Dame tu brazo.

Era Patrocinio.

—¡Amor de mi alma!—exclamó Caparrota.

—La prueba es incontestable,—dijo Patrocinio;—y no me arrepiento; estoy serena; lo desafío todo. Vámonos,

Miguel; yo no volveré ya á esta casa; ninguna de las personas que me conocen volverá á verme, yo te lo aseguro; yo no me casaré contigo; el marqués de Casa-Vaquera, el noble y honrado marqués de Casa Vaquera, que todo el mundo conoce, no puede casarse con una joven loca y sin pudor que ha abandonado su familia por huir con él. Deprisa, Miguel, de prisa; salgamos de la calle; puede sobrevenir el sereno y conocerme; yo no quiero que sepan que he huido contigo; nadie lo creerá. Puedes seguir viniendo á mi casa, puedes amar cuanto quieras á Milagros, puedes considerarte libre. ¡Ay! y no me arrepiento, ni me considero desgraciada, yo soy tu amor, tú eres mi alma. ¡Ah! Sigue, sigue, llévame á tu casa; quiero hablarte de una vez y para siempre, lo que es necesario escuches. ¡Ay! Soy feliz, verdaderamente feliz, adorado mío. ¡Oh! y tú también lo eres, porque ninguna te ha amado como te amo yo, ni tú puedes creer puedan amarte jamás como te sientes amado; y que mi hermosura te aturde, y que mis ojos te fascinan, y que mi ser te abrasa. ¡Ah, Miguel, Miguel, eres mío! Y siendo tú mío ¿para qué quiero más? Pero de prisa, de prisa; temo que, á pesar de la hora, algún conocimiento nuestro nos encuentre y nos reconozca; me parece poco el espeso velo de la mantilla.

Miguel no contestó.

Lo que le sucedía le aturdía.

Aquello era formidable.

¿Qué espíritu infinito, poderoso, alentaba á Patrocinio? ¿Por qué á pesar de su energía, ardía en el alma de Caparrota el ser de Milagros?

Llegaron por fin al postigo, por donde entraba, sin que nadie le viese en su casa, Caparrota.

Muy pronto estuvieron en el cuarto de éste.

Patrocinio se levantó el velo de la gran mantilla que llevaba, y se la quitó.

—Pues nada,—dijo sentándose en un sillón;—yo agonizo de felicidad; yo sé qué quería decirte, pero debes adivinarlo, Miguel.

—Sí,—exclamó Caparrota;—veo que eres una mujer inmensa; veo que eres la mujer que Dios ha hecho para mí.

—No, Dios no, el infierno; Dios no puede haber hecho para tí una mujer que por tí lo abandona todo, lo rompe todo, olvida su honra, la de su padre, lo provoca todo, hasta la muerte por el dolor de ese pobre padre. Y esto no es estar loca, no, Miguel; es que somos iguales, y debes tú amarme á mí como yo te amo á tí. ¿Por qué he tenido yo celos? ¿Por qué los tengo? ¡Ah! Es natural; yo he sorprendido un terrible secreto tuyo, y tú me has dicho sin pensarlo, lo que me ha traído á tu casa, lo que me ha puesto en tu poder, lo que hace imposible nuestro casamiento. ¡Ah! Yo prefiero la deshonra, la muerte, todo cuanto hay de horrible en este mundo y en el otro, á la duda de que tú te habías casado conmigo, no por amor, sino por miedo.

Sintió un no sé qué terrible don Miguelito, y exclamó:

—Ponte otra vez la mantilla; volvámonos á tu casa; tú eres mi Dios. Mañana te pido á tu padre.

—He arrojado la llave del postigo por encima de la tapia; no puedo volver á entrar,—dijo tranquilameute y sonriendo Patrocinio.

—¡Arcángel!—exclamó don Miguelito.

—Una vez resuelta, yo no retrocedo, Miguel. Te adoro, y te adoro de tal manera, que no queda en mi corazón ni en mi conciencia nada para nadie; todo es tuyo. Si un día

mis celos se justifican con una prueba, yo no te denunciaré á la justicia, ¡ah! no, yo no puedo ni aun pensar en eso, te mataría; ¿qué es morir? Además que yo no puedo matarte; me destruiría yo mil veces primero. En fin, si tú no me amas un día, ni aun me mataré; yo no pienso en nada, yo no soy nada, yo soy tuya, y te lo repito: nada me importa, nada; tú eres mi destino y á tí me someto.

Don Miguelito se encontraba dominado.

—Te juro,—dijo,—no amar á ninguna otra mujer más que á tí.

Patrocinio se echó á llorar.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Caparrota asustado como un niño.

—No, no, Miguel, si lloro de felicidad,—dijo Patrocinio.

—¡Vida de mi vida!—exclamó don Migueli.o, arrojándose á sus piés y asiéndola las manos.—Oyeme: créeme; volvámonos á tu casa; no importa que tú hayas arrojado la llave por encima de la tapia del jardín; yo abriré el postigo.

—Inútilmente, Miguel,—dijo Patrocinio; —no volveré; no, no, no volveré; me quedaría siempre el temor de que creyeses que yo te conocía demasiado, que te había envuelto; no quiero tener duda acerca de tu amor, ni que tú la tengas acerca del mio. ¡La honra! Nosotros no podemos hablar de honra, ¿ni qué nos importa la honra? Yo he dejado de ser honrada cuando he continuado amándote después de haber sabido que eres asesino y ladrón: estos son dos nombres que en tu boca deben importarte muy poco, y que á mí me importan muy poco también. Qué, ¿no he robado yo y asesinado á esa maldita Milagros? sin tu amor, morirá. O ¿quién sabe? ¿No crees tú que cuando las perso-

nas se aman con un amor infinito, superior á todo es porque tienen el alma semejante? ¿Sabes tú lo quo Milagros será capaz de hacer por tí? ¿Sé yo qué género de enemigo puedo encontrar en Milagros? No, no, Miguel; entre nosotros tres existe algo misterioso é incontrastable. Si á mí me hubieran dicho que había de ser mala, que había de aborrecer á Milagros, que había de amar á un hombre que acomete á la humanidad y la saquea y la destruye, no me hubiera ofendido del que me lo hubiera dicho, porque le hubiera despreciado como se desprecia á un insensato; y sin embargo, he aborrecido, he asesinado, he visto sin horror el asesinato y el robo, he cerrado los ojos á todo, y no he visto más que mi amor. ¡Miguel, Miguel! tú tiemblas, tú eres feliz hasta morir de felicidad, ¿no es verdad? Mírame, mírame, yo soy digna de tí.

—Por el amor de Dios, Patrocinio, no me digas más, no me mires así, sino quieres que mi alma se rompa.

—¡Ah!—exclamó Patrocinio.—Si no sabemos donde está la felicidad. Pero oye, yo no puedo permanecer en tu casa; no podría evitarse que me vieran tus criados; no hay de quien fiarse: sácame de aquí, llévame á cualquier parte, que me pierda yo como se pierde una piedra en el fondo de un río.

—Ponte la mantilla,—dijo don Miguelito.

Y la tomó y la presentó á Patrocinio.

Esta se la puso, se echó el velo, y salió con Caparrota por el postigo que daba á la calle de los Gimios.

Nadie la había sentido.

Don Miguelito lo tenía todo bien preparado para que su servidumbre no pudiese apercibirse de sus entradas ni de sus salidas nocturnas.

La calle de la Mar estaba próxima, y en poco tiempo aquellas dos terribles criaturas llegaron á ella y á la puerta de la tienda del tío Carcañales.

Don Miguelito llamó de una manera particular.

A los tres minutos se abrió la puerta, entraron Caparrota y Patrocinio, y la puerta volvió á cerrarse.

CAPÍTULO XXV

De cómo se le iban arreglando sus negocios á Caparrota.

A la una en punto del día siguiente, la tía y la sobrina, muy empavesadas, y con el aspecto más honorable del mundo, ni más ni menos que si se hubiera tratado de dos señoras, se presentaron en la casa de don Pedro de Maldonado, y anunciaron que doña Angeles de Padilla y su sobrina, necesitaban hablar con el señor conde de los Cabrales para un asunto importantísimo.

Apenas dejó acabar á la tía el criado que había abierto la puerta.

—Señoras,—dijo,—los señores no están en casa.

—¿Que no están en casa?—exclamó la tía, que iba decidida á armar el escándalo;—lo que no están es dispuestos á oir á quien tiene derecho á que se le escuche.

—Suplico á usted, señora,—exclamó el criado, ya con acento agresivo,—que se retire, los señores no están en casa.

—Ven, hija mía, ven,—dijo la tía asiendo á Andreilla

de la mano, nosotras mismas vamos á ver si están los señores en casa ó no.

Y aquellas dos bribonas atropellaron al pobre doméstico, que no supo qué hacerse.

Cerró la puerta, corrió, las adelantó y se fué á dar parte á su amo de que la casa había sido invadida.

En otra ocasión, al anunciarse, hubieran sido recibidas sin dificultad; pero la casa de don Pedro de Maldonado estaba en una situación terrible.

Se había echado de menos á Patrocinio, se había encontrado la llave del postigo arrojada en el jardín, era, pues, indudable que Patrocinio se había fugado.

¿Pero con quién? ¿Con el marqués de Casa-Vaquera?

Imposible.

La reputación del marqués era intachable.

A más de esto, ¿para que necesitaba arrebatarla de su casa el marqués, cuando podía casarse con ella, cuando aquel casamiento se esperaba?

Y coincidia la desaparición de Patrocinio con la desaparición de Juanito la Sala.

¿Pero como pensar en que esta doble desaparición tenía entre sí nada de común?

Juanito la Sala estaba enamorado de Milagros, Patrocinio parecía amar decididamente al marqués.

Don Pedro de Maldonado, ya viejo, había sentido una tal emoción al apercibirse de Patrocinio, á quien adoraba, que se había accidentado.

El conde de los Cabrales, no mucho más joven ni mucho más fuerte, se había también indipuesto.

La casa era una confusión: no quedaba allí con presencia

de espíritu más que la persona que ménos se hubiera creido, Milagros.

Ni su padre, ni su tio .. estaban para nada; pero Milagros se mantenía firme apesar de que sentía el frío del terror y del dolor de los celos en el alma.

Para ella era indudable que Patrocinio se había fugado con don Miguelito, y aunque los celos la roían el corazón, y la embravecía un furor que, por la primera vez, se revelaba en ella, devoró su secreto, reunió á los criados y les dijo:

—Los señores no están para nada; es necesario que se guarde el más profundo secreto acerca de lo que ha sucedido, y cuando los señores puedan, determinen. Yo espero que vosotros sereis buenos y leales, y comprendereis cuanto importa al honor de vuestros amos vuestro silencio.

Los criados se sintieron dominados por la energía de Milagros; estaban al par impresionados por lo que había sucedido; no sabían como explicarse la desaparición de la señorita Patrocinio.

Nada había trasminado de esto al exterior.

La vecindad nada sabía; ni aun el tendero, apesar del privilegio que los tenderos tienen para saberlo todo, sabía una palabra.

Pero la situación en que la casa se encontraba no permitía recibir visitas; por lo que, según hemos visto, uno de los criados había pretendido, aunque en vano, contener á las dos invasoras.

Estas subieron descompuestas; pero el criado se había adelantado, había avisado á Milagros, que lo dominaba todo, y cuando desembocaban las dos asaltantes por lo alto de las escaleras, se las presentó de repente, saliendo por la puerta de la antesala.

Milagros era alta, esbelta y á la par fuerte.

Aparecía en su semblante una tranquila firmeza.

Era una preciosa criatura, triste y séria; pero extraordinariamente bella, con un lujo de cabellos, de forma, de color, de mágia, de vida, que las dos individuas no pudieron por menos de detenerse sobrecogidas de no sabemos qué género de respeto, ó por mejor decir, por qué género de miedo y de confusión.

—¿Qué quieren ustedes, señoras?—preguntó con voz firme, pero tranquila, Milagros.

—¡Ah! Es usted sin duda,—exclamó la Angeles reponiéndose un tanto.—Pues bien, señorita, es necesario que yo manifieste á usted el grave motivo que nos trae á mi sobrina y á mí; pero creo que este no es el lugar apropósito.

—¡Oh! señora,—contestó Milagros;—el que yo haya salido al encuentro de ustedes no quiere decir que yo las reciba á ustedes aquí; pasen ustedes.

Y atravesó la antesala, á cuya puerta había aparecido, abrió la puerta de la sala, y se quedó fuera esperando á que las dos incógnitas, que de tal manera habian profanado la inviolabilidad del domicilio, pasasen.

La Angeles se aturdió más y más.

Veía una firmeza que ella no había esperado en Milagros, casi en una niña; ella había creido que todo se reduciría á dar un escándalo digno del Rastro, de los Humeros ó de la Macarena; y para esto, hagámosla justicia, Dios la había criado como de encargo.

Pero aquella tranquila, sencilla y severa dignidad, la descomponían.

Pasó y cambió de manera.

Sentáronse las tres y doña Angeles dijo:

—¿Es usted, por ventura, señorita la apreciabilísima hija del señor conde de los Cabrales?

—Servidora de ustedes,—contestó Milagros.

—Muy señora nuestra,—dijo doña Angeles.—Usted habrá extrañado...

—Yo no extraño nada, señora,—contestó Milagros.

—Nosotras veníamos, por un asunto importantísimo, á hablar al señor conde de los Cabrales.

—Eso no es posible, desgraciadamente, señora,—dijo Milagros,—porque mi padre está enfermo, enfermo se encuentra también mi tío, y enferma está mi prima; de manera que yo soy la única que puedo recibir á ustedes.

—Y bien, señorita,—exclamó doña Angeles,—yo soy, para servir á usted, doña Angeles de Padilla.

Milagros saludó.

—Viuda de un comisario de Marina.

Volvió á saludar Milagros.

—Tia de doña Andrea de Padilla que tengo el honor de presentar á usted.

A cada uno de los *calmosos* y perfectos saludos de Milagros, la bribona de Angeles se aturdía más y más y decía para sí:

—Bien nos hace ganar lo que nos da Miguelito.

—Es el caso, señorita,—continuó la Angeles,—que un acontecimiento imprevisto, en el cual no tenemos parte alguna, pero que afecto á nuestro honor...

Milagros permanecía impasible y atenta, con una cortesanía perfecta, pero grave.

—Pues, nuestro honor,—continuó acentuando la frase doña Angeles. Figúrese usted que un libertino se enamora de mi sobrina, que mi sobrina le rechaza, que esta especie

de pícaro se vale de una criada venal, la seduce, la corrompe y esconde en alta hora en el cuarto de mi sobrina á ese hombre.

—Basta, basta, señora,—dijo Milagros poniéndose vivamente encendida;—supongo que usted comprenderá...

—Por eso quería yo hablar con el señor conde,—dijo sonriendo de una manera sutil, incisiva, la Angeles.

—Y por último, señora,—dijo Milagros,—no comprendo para que haya de contársenos á nosotros esa historia.

—Es, señorita, que ese mal caballero es don Juan la Sala, que para escusarse de satisfacer á mi sobrina, ha alegado por pretexto que entre usted y él existen graves compromisos.

—¡Ninguno!—exclamó con energía Milagros, levantándose.—Esto ya es demasiado; háganme ustedes el favor de salir.

—¡Ah, no, no señor!—dijo la Angeles,—no saldremos de aquí hasta que tengamos la seguridad de que usted rompe todo compromiso que haya podido existir entre usted y ese miserable.

—Salgan ustedes,—dijo Milagros con una firmeza tal, con una tal mirada, cen una tal energía, que la Angeles sintió miedo.

Sin embargo, pretendió luchar aún.

—No saldremos,—dijo sin ver al señor conde de los Cabrales.

—Me parece,—dijo Milagros, prescindiendo ya de todo respeto;—que ustedes se han equivocado de un modo grosero, y que van á salir de aquí con el cuerpo caliente. Salgan ustedes, digo, ó llamo á los criados.

—En hora buena; nos veremos,—dijo la Angeles.

Milagros palideció.

Ardió en sus ojos algo de terrible, en aquellos hermosos ojos azules que parecían creados solo para expresar el amor del alma; pero se contuvo; se volvió, ganó la puerta de un gabinete, y la cerró; y esto en paso natural y tranquilo.

—Me parece, niña,—dijo la Angeles,—que aquí estamos muy mal, muy mal, *reterematadamente*, y que si no nos largamos pronto, nos van á dar nn sobo que nos van á poner como nuevas.

—Vaya, tía, que se ahoga usted en muy poca agua,—dijo la Andreilla;—Miguelito tiene necesidad de un escándalo, y el escándalo se dará; y si no podemos salir de otra manera, saldremos á bofetada limpia.

Se abrió en aquel momento la puerta de la sala, y apareció Pepe con una escoba.

—Aquí me envían á barrer la porquería que hay en la sala.

Y cogiendo por junto á la escoba el mango de ésta, se fué hacia doña Angeles, que dió un salto atrás como un baratero, á pesar de la basquiña. Y en mal hora y para castigo de sus culpas había entrado en la sala Pepe, porque mientras su tía fingida evitaba el escobazo, Andreilla acometió de través á Pepe, le dió un puñetazo en un ojo, que le hizo ver estrellas. se le agarró al pescuezo, sobrevino la tía, y empezaron á darle en aquel rostro que Dios le dió, una cachetina como para él solo.

Gritaba Pepe, gritaban las dos arpías, acudieron otros tres ó cuatro criados, nuestras mujeres se ampararon de un balcón y se pusieron á dar gritos, se juntó gente en la calle; los criados, contenidos por el pueblo, no se atrevían

á hacer nada, gritaban ellas á más y mejor, se aumentaba en la calle la multitud, se oían silbidos y carcajadas, y sobrevino el alcalde de barrio que penetró en la casa, al mismo tiempo que el conde de los Cabrales, que había oído la batahola y que no estaba tan fuera de combate como el pobre don Pedro de Maldonado, acudía al lugar del escándalo.

Encontró la sala llena de criados que no sabían qué hacerse, y en un balcón á la tia y á la sobrina, gritando como energúmenas, manoteando, sosteniendo en fin, un escándalo de *órdago.*

—¿Qué es esto? ¿qué sucede aquí?—dijo el alcalde de barrio.

—Dispense usted, señor alcalde,—dijo el conde, reconociendo al funcionario por el distintivo de su autoridad;—yo estoy en mi casa, ó lo que es lo mismo, casa de mi cuñado, y yo pondré esto en orden; permanezca usted, sin embargo. Salid todos vosotros, y tú el primero, Pepe.

Salieron todos los criados.

—Veamos ahora si ustedes dejan el balcón y los gritos, añadió dirigiéndose á las dos mujeres.

—Yo estoy verdaderamente desesperada, señor conde, por lo que sucede,—exclamó la Angeles;—pero es necesario convenir en que cuando se recibe mal á dos señoras y se llama á los criados para que las echen á palos, esas dos señoras tienen el derecho de ampararse de un balcón y gritar para que las socorran.

—Bien, bien; pero sepamos,—dijo el conde.

—Me parece á mí que á estas dos señoras me las llevo yo desde aquí á la cárcel,—dijo el alcalde de barrio.

—Usted *no es quien* para prenderme á mí,—dijo doña Angeles, que como zamorana que era, usaba el modismo

provincial que hemos subrayado; y que ha sido vulgarizado por un prohombre político, también de aquellas partes, en más de un documento público y en más de un discurso parlamentario;—usted *no es quien* para prender á la viuda de un comisario de marina y á la hija de un intendente militar.

—Yo *soy quien*,—exclamó el alcalde,—si usted no se modera, para romperle el alma con esta vara de alcalde que me ha dado el rey nuestro señor, ¡bribona! y dejémonos de atrevimientos y de desvergüenzas, que usted *no es quien* para atreverse á ello sin que el gato se le suba á las barbas, y entonces veremos quien *es quien* y quien *no es quien* para hacerse respetar, ¡chaleco!

—Usted verá lo que le sucede, ¡insolente!—exclamó doña Angeles.

—Señor conde,—dijo el alcalde de barrio;—usía está enfermo, se le conoce; hágame usía el favor de retirarse para que yo me entienda con estas malas hembras y las ponga donde merecen.

—Suplico á usted, señor alcalde,—dijo el conde;—estas mujeres saldrán de mi casa libres como han entrado en ella, y desearé que no haya procedimientos ulteriores, sino por ellas, por nuestro decoro.

—Pero no se casará don Juan la Sala con esa niña,—dijo la Angeles;—no señor, no se casará, porque él ha comprometido la honra de mi sobrina, y tiene que casarse con ella.

—A mí eso no me importa nada,—dijo el conde;—salgan ustedes; si don Juanito la Sala ha cometido la bajeza de comprometerse con ustedes, para mí no existe don Juanito la Sala. Salgan ustedes cuanto antes.

—Perfectamente; no tenemos ya nada que hacer aquí;—

dijo la Angeles;—lo que necesitábamos era que usted, señor conde, supiese qué casta de pájaro es ese don Juanito la Sala, y ya lo sabe usted; si no se nos hubieran opuesto dificultades, la cosa hubiera pasado de otro modo; yo lo siento mucho, pero no lo he podido remediar. Quede usted con Dios. Vámonos, niña, veremos si hay quien para prender á la viuda de un comisario y á la hija de un intendente.

Y salieron.

El alcalde iba á irse detrás de ellas.

—Suplico á usted, señor alcalde...—dijo el conde.

—Pero, señor conde,—exclamó el alcalde;—si son dos...

—Bien, bien,—dijo el conde.

—Si son dos bribonas.

—Vayan en hora mala,—dijo el conde;—no movamos polvaredas, que las polvaredas siempre ensucian. Benditas de Dios vayan.

—Como usía quiera, señor conde; beso á usía la mano.

—Espero que ni aún siquiera dará usted parte de esto.

—Muy bien, señor conde, muy bien; servidor de usía.

—Yo lo soy de usted, señor alcalde.

El alcalde salió.

La Angeles y la Andreilla no parecían ya por el mundo.

Al salir, las había seguido una turba de pilletes y ociosos, silbándolas y jaleándolas; pero ellas habían apretado el paso, se habían escurrido; habían ganado la calle de Castillejos, y habían ido á llamar muy modosas á la puerta de don Diego la Sala, que las recibió sin dificultad.

—Yo siento infinito, señor don Diego,—le dijo la Angeles,—el motivo que nos trae á mi sobrina y á mí; mi pobre sobrina, una flor, como usted la ve, triste, desesperada, comprometida...

—Pero, señora,—exclamó don Diego,—aunque yo sienta mucho, porque yo siento siempre el mal que le sucede al prójimo, el mal que sufre esa señorita, no sé qué puedo yo hacer para remediarlo.

—Usted es honrado y bueno, señor don Diego,—dijo la Angeles;—tiene usted cara de ello, y él el joven que, enloquecido por el amor, ha comprometido á mi desgraciada sobrina, es su hijo de usted.

—¡Cómo, cómo, señora!—exclamó don Diego, que sintió se le atarugaba algo en la garganta.—¿Qué mi hijo ha hecho?...

—Sí, sí señor. Pero habla tú, niña, habla tú; no lo he de decir yo todo.

—¡Por Dios, tia!—exclamó la Andreilla;—¡Qué tribulación! ¡qué vergüenza! ¿Qué he hecho yo para que me suceda esto?

—Mi hijo está perdido desde hace cuarenta y ocho horas, —exclamó don Diego la Sala,—¿y ahora resulta esto?

—Es que, caballero,—contestó la tia,—yo he encerrado á su hijo de usted para que responda del atrevimiento de entrar subrepticiamente, no se sabe como, en las altas horas de la noche en el aposento de una joven honrada, de una señorita, de la hija de un intendente de ejército, sobrina de una comisaria de marina. Ese caballerito, al que ninguna de las dos conocíamos más que de vista, y por sus importunidades, cogido por mí en el garlito, no ha querido decir quién era, y yo para que lo digese, le he encerrado en un cuarto oscuro y le he tenido allí sin comer ni beber hasta que ha cantado.

—¿Conque mi hijo, señora, se ha metido en el cuarto de esta señorita á deshora, y usted le ha encerrado en un

cuarto oscuro y le ha tenido sin comer hasta que ha dicho quién es? Perfectamente; tengan ustedes la bondad de esperar un momento, que yo quiero ir con ustedes á sacar á ese caballero de su encierro.

—Muy bien, señor don Diego, muy bien,—dijo la Angeles.

Don Diego era coronel del batallón provincial de Chiclana, y no sabía salir á la calle sin el uniforme, los tres galones y la formidable caña de Indias, emblema de su mando: un bastón de cinco palmos de altura y del diámetro de un peso fuerte, con un regatón terrible y un puño de oro de media libra; en fin, un garrote aristocrático.

Si Vargas Machuca hubiera tenido en el cerco de Sevilla aquel bastón en vez de la rama de higuera, hubiera matado un veinticinco por ciento más de moros que los que mató.

Apareció muy pronto don Diego con su enorme casaca, en cuyo cuello se le embutía la cabeza, lo que es las orejas no se le veían al coronel, y con un sombrero de tres picos para el cual eran bajas todas las puertas; aquello era una pirámide.

Ceñia un sable corvo muy ancho, y empuñaba su formidable bastón de mando.

—Cuando ustedes gusten, señoras,—dijo don Diego;—me he tomado la libertad de mandar que pongan el coche.

—Usted es muy amable y muy bueno, señor don Diego, —dijo doña Angeles.

Y salieron.

Don Diego aunque era muy severo era muy bonachón, había creído de buena fe señoras á las dos bohemias.

La Andreilla le había entrado por el ojo, á pesar de todo, sin que él pudiese remediarlo, y decía para sí:

—Verdaderamente es disculpable el muchacho, porque esta niña es una admirable niña de obra prima. Hay un compromiso entre el conde de Cabrales y yo; pero si un *laxus* de mi hijo ha roto este compromiso, y esta es verdaderamente una señorita, ¿qué hemos de hacerle? antes que todo es necesario ser cristiano y caballero.

Llegaron á casa de las individuas, llevaron á la sala á don Diego, se quitaron las mantillas, y la Angeles, sacando una llave de su faltriquera, se fué á una puerta que en la misma sala había, la abrió y dijo:

—Vamos, salga usted, caballerito.

Juanito la Sala, que hacía poco acababa de volver de sus amadorramientos, aunque más lijero, porque la Andreilla se había encontrado en el bote algunas gotas de resíduo y las había utilizado, salió tambaleándose como un ébrio y sin reconocer á su padre, porque el estado de perturbación en que el ópio le había puesto no se lo permitía, se fué instintivamente hacia Andreilla con los brazos abiertos.

—Ven acá, hermosa mía,—la dijo,—ven acá, yo te adoro: tú eres una ingrata, una cruel: ¿no oyes que yo estoy dispuesto á casarme contigo aunque mi padre no quiera?

—¿Cómo, desvergonzado, delante de tu padre?

Y al mismo tiempo el formidable bastón de mando cayó sobre la rebadilla de Juanito, haciéndole dar un grito y enconvarse, pero en sentido inverso, avanzando el vientre á causa de la situación de la parte donde había recibido el impulso.

La Andreilla había extendido los brazos para rechazar, toda pudorosa, á Juanito, y la Angeles se había arrojado entre el coronel y su hijo, exclamando:

—Vamos, vamos, no hay que llegar hasta ese extremo,

señor don Diego; el amor no es un delito; el pobre chico está ébrio de amor y no ha reparado en usted.

—Pues yo le haré que repare á bastonazos, y á bastonazos le bajaré el amor á los talones,—exclamó don Diego que estaba furioso.

—Vamos, vamos,—dijo la Angeles;—aunque no sea más que porque está en mi casa, señor don Diego; yo he ido á buscarle á usted, y le he traído para que usted vea que su señor hijo está loco por mi niña; usted comprenderá que yo no he hecho ni hago más que lo que debía y debo hacer, porque el honor, señor don Diego, el honor...

—Pero por lo que yo veo,—exclamó don Diego,—aquí no hay honor comprometido

—Pues no faltaba más sino que la virtud de mi sobrina no rechazase una agresión injusta,—exclamó doña Angeles. —Pero, señor mío, su hijo de usted se ha introducido en mi casa á una hora intempestiva, han podido verle entrar, le han visto entrar sin duda, y es necesario que todos vean que mi sobrina se casa con el hombre que han visto entrar en nuestro domicilio, y que no saben si entraba como un ladrón ó si livianamente se le abría la puerta.

—Señora, señora,—exclamó don Diego,—yo me informaré y aseguro á usted por mi honor, nunca desmentido, que se hará lo que deba hacerse.

—Aquí no hay ni más ni menos,—dijo doña Angeles irguiéndose;—el casamiento ó pleito, porque usted no negará, don Diego, que ha encontrado usted á su hijo en mi casa, y que ha oído usted decir á su hijo que se quiere casar con mi sobrina.

—Es que yo no me quiero casar con él,—dijo la Andreilla, á quien no gustaba el giro que iban tomando las cosas;

—y Cristo llegó hasta la cruz, pero no pasó de allí; y yo no me caso con este niño porque me da tres pataditas en la boca del estómago. Lo que hay aquí, señor,—añadió creciendo en resolución y en descaro,—es que su hijo de usted es un tonto y se mete donde no puede salir, ¿estamos? pero eso no es una razón para que yo me sacrifique casándome con él.

—¿Y la carta que usted me ha escrito, nenita?—exclamó Juanito, á quien el estado de media embriaguez en que se encontraba causaba un absoluta falta de respeto y de amor á su padre.—¿No me escribió usted citándome?

—Yo no he escrito tal carta; esa es una calumnia,—exclamó la Andreilla.

—¿Conque usted no ha escrito esa carta?

—No, señor; yo no sé de qué carta me habla usted.

—¿Y no fué usted á buscarme á Gradas, yo no sé cuándo, porque yo no sé el tiempo que hace que estoy en esta casa, á las once de la noche y me trajo usted consigo?

—Eso es mentira,—exclamó la Andreilla.

—Pero ¿qué has hecho tú, Juanito,—exclamó el coronel, —que no sabes el tiempo que ha pasado desde que entraste aquí hasta ahora?

—¿Yo? ¿qué he hecho yo?—exclamó Juanito.

—Sí,—exclamó don Diego;—¿qué has hecho tú?

—Comer y dormir: comer siempre con luz artificial, y dormir siempre á oscuras.

—Lo mejor que puede usted hacer, señor don Diego,—dijo la Andreilla,—es llevarse á su niño, y enconfitarlo y rifarlo para ver si hay alguna que eche á la rifa del angelito.

—Pero ¿usted ve qué juventud esta, señor don Diego?—

exclamó la Angeles.—¡Cómo, bribona! ¿Tan en poco estimas tú tu honor y el de tu tía?

—¿Y qué tiene que ver mi honor con todo esto?—exclamó Andreilla.—¿Conque porque un animal se meta en mi cuarto, como hubiera podido meterse por una dehesa, me he de casar con él? ¡Que si quieres, hombre! ¡pues no faltaba más!

—Vámonos, señor mío, vámonos,—dijo don Diego agarrando violentamente á su hijo de un brazo;—vámonos á casa, que allí nos entenderemos los dos.

—Poco á poco,—dijo la Angeles;—que si su hijo de usted y mi sobrina están locos, yo no tengo nada que ver con ello; y de aquí no sale usted, señor don Diego, sin darme una indemnización, que ya que yo me quede puesta en ridículo, no está bien que esto sea de balde.

—Acabemos, señora; ponga usted el precio que quiera á este asunto escandaloso, y que cuanto antes pueda yo verme fuera de aquí.

—Mi sobrina es pobre, señor don Diego, pobre como un ratón,—dijo doña Angeles,—lo que no quita que sea muy noble, muy señora y muy honrada, porque eso que dice, señor don Diego, es su génio, la resolución que tiene, que yo no se de dónde la ha sacado. Las niñas del día no son lo que hemos sido nosotras, lo que fué indudablemente su señora de usted.

—Suplico á usted, señora, que concluyamos,—exclamó don Diego, llevado á la exasperación por aquella comparación irreverente y conteniéndose á duras penas.—Cada cual ha sido lo que Dios ha querido que sea, y no hay necesidad de sacar á cuento los difuntos.

—Pues me parece á mí,—dijo la Angeles,—y usted per-

done por lo demás; me parece á mí que aunque usted le hiciera á la niña una escriturita de diez mil pesos, no haría nada de más, porque mire usted, señor don Diego, que el escándalo ha sido de *miflor*, y esta pobre se va á quedar para vestir imágenes, como no sea que por el cebo del dotecillo pique algún pez.

—¡Diez mil pesos! ¡diez mil pesos!—exclamó don Diego, sintiéndose robado y de una manera insolente é insoportable.—Es decir, que ustedes han secuestrado á mi hijo, y me piden ustedes por su libertad lo que no valen ustedes ni toda su casta. ¡Señor, Señor, esta es una tierra de ladrones! Y como el rey y su justicia no pongan remedio, yo no sé á dónde vamos á ir á parar.

—Usted, señor don Diego, no está en sí,—dijo la Angeles, que era siempre amable con el dinero,—y es necesario considerar todo esto para no ofenderse.

—Pues tiene mucha razón este señor,—dijo la Andreilla, —porque ni en las ventas de Cárdenas.

—Usted se calla, señorita,—exclamó la Angeles,—que usted no sabe más que ser una loca.

—Se irá el huéspued y nos comeremos el gallo, tía.

—¡Una excelente criatura!—dijo para sí don Diego.—Violenta, porque la han educado muy mal, pero honrada. Vamos, vamos, hija mía, no se incomode usted,—añadió don Diego acercándose á Angeles, cogiéndola una mano y mirándola á despecho suyo de una manera que irritó á Juanito, porque veía que su padre se enamoraba sin poderlo remediar de Andreilla.

Esta sonrió al viejo, que acabó de impresionarse.

—Señor mío,—dijo don Diego dirigiéndose á Juanito,—busque usted su sombrero y márchese usted; yo creo que

nadie le impedirá á usted que se marche. Váyase usted á esperarme á casa. ¿No oye usted que vaya usted á esperarme á casa?—añadió el coronel más y más irritado.

Juanito estaba replegado en una silla, con la cabeza entre los dos puños cerrados y los codos en las rodillas, mirando todo aquello de una manera singular.

Se levantó lentamente.

—Repito que se vaya usted cuanto antes,—exclamó don Diego blandiendo su bastón de mando.

—Vamos, vamos, señor mío,—dijo la Angeles,—el pobre chico no tiene la culpa. Ande usted, Juanito, hijo, obedezca usted á su papá.

—Pues que me den mi sombrero,—dijo Juanito;—yo sé lo que tengo que hacer; aquí nadie mira más que lo que le conviene.

—Te deshéredo, insolente,—exclamó don Diego, que no estaba acostumbrado á que su hijo le replicase.

—Pues bien,—exclamó Juanito;—á mí no me hace falta su herencia de usted, guárdela usted para los hijos que tenga usted de esa señora.

Y sin esperar el sombrero quiso salir; pero estaba de tal manera dominado por el efecto de aquel ópio que se le había administrado tan sin reflexión, que antes de llegar á la puerta de la sala tropezó y cayó.

—Deje usted, deje usted, señor don Diego,—dijo la Angeles;—no hay necesidad de que usted se irrite de una manera tal con su hijo; el pobrecillo está malo y es necesario cuidar de él.

Y la Angeles ayudó á levantarse á Juanito, y le sacó fuera de la sala, dejando solos á Andreilla y á don Diego.

—Diez mil duros es poco, muy poco,—dijo don Diego

tomando de nuevo la mano de Andreilla,—usted es una niña muy buena y muy hermosa.

—¿De veras, le parezco á usted hermosa, don Diego?

—¡Ay, hija mia!—exclamó el coronel,—así le pareciera yo á usted menos viejo de lo que lo soy.

—El hombre nunca es viejo, señor,—exclamó la Andreilla, mirando de una manera traidora, infame, asesina, al pobre coronel, que en su vida había visto tanto y tan dulce fuego, en dos ojos negros.—Y además,—continuó ella, —usted es muy simpático, y tiene usted los ojos muy niños. Vaya, no me mire usted así, don Diego que me da vergüenza.

—¡Ay, qué perla de niña!—exclamó don Diego.—¿Quieres casarte conmigo, hermosa?

—¡Ay, don Diego! no me diga usted eso, que no se lo que me da, yo me pongo mala. ¡Jesús, Dios mío, qué sofocación! usted se aprovecha de que mi tía se ha ido: usted no es bueno, á una joven honrada no se la dicen esas cosas. ¡Jesús, Jesús, Dios mio! ¿quién ha traido á usted aquí? yo me voy, don Diego, yo me voy, yo voy á buscar á mi tia.

—Espérate, hija mia, espérate,—dijo don Diego,—déjame que ya me recree en tu hermosura. ¡Y qué candor, y qué inocencia, Dios mio! Si parece mentira que tú seas la misma que has hablado antes.

—Vaya, porque no me puedo contener cuando oigo cosas que no están en razón, porque yo tengo mi génio.

—Y así deben ser las personas, de carácter enérgico, yo también soy así; pero no te vayas, paloma mía, no te vayas.

Don Diego empezaba á encontrarse en la misma situación, respecto á Andreilla, que en la que se encontraba el

marqués de la Pampanera, alcalde mayor de Sevilla, respecto á Remeditos.

Empezaba á desarrollarse en él esa última pasión del hombre, que le vuelve loco y le convierte en un niño.

La Andreilla había echado sus cuentas.

A pesar de sus artimañas no había podido coger á Caparrota, y si había rechazado á Juanito era porque Juanito se le hacía terriblemente antipático; pero don Diego no le había parecido mal.

Era un hombre de setenta años, muy bien conservado, lleno de vida y de salud, y al reparar en la primera mirada de asombro que don Diego la había dirigido, había dicho para sí:

—Este hombre es capaz de ponerme á mí en una urna y estarse desde aquí á la eternidad de rodillas, adorándome; es muy rico, y hasta me parece que con el tiempo y una poquita de reflexión podría yo quererle: Miguel me gusta mucho, me tiene sin sentido; pero Miguel es un tuno que me trata muy mal y que me va á hacer reventar por un lado. ¿Y qué se le da á él de que yo me case con este viejo? Miguel no se corre mucho que digamos, y con darnos para el puchero y para la casa y para vestir y calzar, ya está todo; ¿qué necesidad tengo yo de andar así?

Y se decidió y empezó á coger con las garras de su mirada y de su sonrisa al pobre don Diego.

—Nada, nada,—dijo éste,—yo no tengo más que una palabra, decido, hija mía, y si tú quieres, empezaremos á tratarnos como una señorita y un caballero que deben unirse, y cuando te parezca nos uniremos; á mí me basta con saber que tú eres de buena familia y honrada, y no hablemos de diez mil, ni de veinte mil, ni de nada, hija mía.

—Sí, sí, señor, no hablemos de dinero, el dinero es lo de menos, lo primero es el corazón.

—¡Ay, qué mona!—exclamó reblandeciéndose don Diego;—¿á qué es hablar de dinero cuando todo lo que yo tengo es tuyo? todo, todo; y mi alma, sin quitar la parte que en ella tiene Dios.

—¡Ay, qué viejo tan malo!—exclamó Andreilla;—¡y qué labia tiene!

—No quieres ya irte, hija mía.

—¡Ay, don Diego, que me está usted matando! Mire usted, váyase usted, hágame usted el favor de irse, porque me va dando una cosa que me ahogo; ¡Jesús, qué hombre! ¿y quién me había de haber dicho á mí que me había de gustar tanto un viejo?

—Pues sí, pues sí, me voy; pero para volver enseguida, en cuanto deje encerrado y castigado á ese bribón, á ese hijo indigno.

—¡Ay, no, por Dios, don Diego!—dijo Andreilla;—¿qué culpa tiene el pobre chico de que yo le haya gustado tanto como le gusto á usted?

—También es verdad,—dijo don Diego;—pero después de lo que ha sucedido y de lo que sucede, yo no puedo tenerle á mi lado, y meñana mismo le meto en un coche y le envío á Madrid, á mi hermano, para que le meta en Guardias de Corps, á ver si allí con la disciplina le corrijen.

—Sí, sí, hará usted bien, don Diego; porque, mire usted, á mí me daría vergüenza de ser su mujer de usted teniendo al lado al niño.

—Pues, nada, nada, hija mía, me lo voy á llevar; pero no á mi casa, sino á casa de mi primo el conde de Sanjurjo.

—Ea, pues váyase usted, y le cojo á usted la palabra, vuelva usted pronto.

—¡Vaya! sí, y comeremos juntos, y luego os llevaré á paseo en coche á tu tía y á tí; pero anda, anda, tráeme á ese mocito.

Andreilla salió.

A poco volvió, trayendo con su tía á Juanito, que estaba feroz.

—Usted, caballerito,—le dijo la tía,—no tiene más que obedecer á su buen papá; y usted, don Diego, va á perdonar ahora mismo á su hijo. Venga usted, venga usted, señorito; hínquese usted de rodillas delante de su papá y bésele usted la mano.

—Bueno, bien,—dijo Juanito.

Y se acercó á su padre, se arrodilló y le besó la mano.

—Esto es otra cosa,—dijo don Diego;—yo perdonaré á usted, pero con la condición de que no volvamos á las andadas; importa poco que por su mala cabeza de usted se haya roto el compromiso que teníamos con el conde de los Cabrales, y que no sea posible el que te cases con la que Dios quiere sea tu madre; yo te buscaré una buena boda, y todos seremos felices. Vamos, levántate, y al coche; voy á llevarte á casa de tu tio Sanjurjo, porque no estoy tan desarmado como parece, y necesito ver tu conducta para volver á tenerte en casa. Bien que mañana tú saldrás para Madrid. Es necesario que acabes de educarte, que te hagas hombre. Vamos, vamos, hasta dentro de poco, señoras.

—Vaya usted con Dios, señor don Diego;—dijo la Angeles;—yo no sé cómo expresar á usted lo feliz que soy con su conocimiento.

—Después hablaremos, señora, después hablaremos,—dijo don Diego.

Y se llevó á su hijo, le metió en el coche, y se fué.

—Vamos, mujer, me parece que Dios nos da un respiro,—dijo la Angeles.—Vales lo que pesas de oro; pero es necesario asegurar al viejo: sobre todo, sacarle de Sevilla, echarle el lazo, apretárselo bien, y no volver por esta tierra.

—Vamos, tía, estará usted contenta, ¿eh? A las gentes hay que manejarlas según son ellas. Con don Diego había usted tomado por muy mal camino.

—Es verdad, hija. ¿Pero piensas tú de veras en casarte con ese vejestorio? ¿No conoces tú que con cuatro carantoñas le puedes sacar hasta la última pelucona?

—Mire usted, tia, yo estoy cansada, y para descansar me parece un buen parador don Diego.

—¿Y tu don Miguelito?

—¿Y eso qué le hace?

Don Diego volvió, comió con ellas, se paseó, sin temor á nada, públicamente con ellas por Sevilla en coche, las llevó á la botillería y al teatro, y cuando se volvió aquella noche á su casa, iba ya completamente *peneque* de amor.

¡Oh, el terrible amor de los viejos!

La Andreilla le había comprendido bien, y le explotaba.

Cuando don Miguelito supo esto, aunque se reía difícilmente, soltó una carcajada y dijo:

—Este es uno de los lances más divertidos de la historia de mis amores. Cásate, Andreilla, querida mía, seamos todos felices: yo me voy á casar también.

A las doce de la noche estaba don Miguelito en la reja hablando con Milagros.

Milagros no tenía duda de que don Miguelito era el autor del rapto de Patrocinio; sin embargo, ningún reproche le había hecho; se había limitado á quejarse con él de aquella desgracia. y á pretender averiguar con él quien podía haber sido el autor de aquel rapto, ó cual el motivo de la fuga de Patrocinio.

No había habido tertulia bajo el pretexto de la indisposición de los amos de la casa.

Por lo demás, habiendo avanzado el día sin que se tuviesen en manera alguna noticias de Patrocinio, don Pedro de Maldonado había escrito una atentísima carta al alcalde mayor, rogándole que para un asunto de altísima importancia, urgente y perentorio, y en vista de que él no podía ir á presentársele, tuviese la dignación de ir á su casa como amigo y alto ministro de justicia.

Mediaban unas grandes relaciones entre el alcalde mayor y don Pedro de Maldonado; así es que el alcalde mayor se presentó inmediatamente casa de este último, y supo con asombro envuelto en ira la desaparición de Patrocinio, y juró por su vara no reposar hasta que con la fugitiva diese.

Don Miguelito había sabido esto por Milagros, é hipócrita, porque Milagros perdiese el recelo, si lo había concebido, de que él hubiese sido el autor del rapto de Patrocinio, la juró también por su alma y por su amor no parar hasta que á Patrocinio encontrase.

Milagros vió entonces mejor que nunca la profundidad tenebrosa del alma de Caparrota; pero la pobre niña no podía arrancarse del corazón aquel amor maldito, y al mismo tiempo que su alma lloraba desolada, aterrada, desesperada, sonreía como deben sonreir los ángeles á aquel miserable.

Supo éste también por ella que el compromiso entre el

conde de los Cabrales y don Diego la Sala había sido roto.

Las cosas no podían marchar mejor por el momento para don Miguelito.

Patrocinio era ya su querida, una querida inmensa, un infierno de amor, y aquel ángel, Milagros, era ya casi su mujer; no faltaba más que terminar el negocio del alcalde mayor, desembarazarse de Remedios, imponerse á Patrocinio, casarse con Milagros, arrojar en el misterio de lo pasado una larga sucesión de crímenes secretos, y ser felíz.



CAPITULO XXVI

En que don Miguelito se ve libre de dos inconvenientes y amenazado por otros mayores.

En vano se había buscado á Patrocinio por cuantos medios tenía la justicia.

Patrocinio no había parecido.

Don Miguelito había sostenido su papel buscando también á Patrocinio de una manera aparente, pero con tales muestras de actividad y de desesperación, que engañó á todo el mundo.

Esto era fácil; nadie había podido suponer que don Miguelito robase á una mujer que era su novia.

Todos se explicaban aquella desaparición por una liviandad de Patrocinio.

¿Quién sabía si Patrocinio se había enamorado de algún tunante con el cual su casamiento hubiese sido imposible y no se había mostrado enamorada del marqués de Casa-Vaquera sino para disimular sus secretos amores?

Fué necesario renunciar á la esperanza de encontrar por

el momento á Patrocinio, y la memoria de esta quedó deshonrada entre sus conocimientos, y aun maldecida; porque acontecía una cosa terrible: su pobre padre, viejo ya, se había afectado de tal manera por el abandono de su hija única, que daba muy pocas esperanzas de vida.

Milagros era para él un angel de solicitud, de cuidados y de consuelo; pero Milagros no podía cerrar las heridas del corazón de don Pedro, que se agravaba más y más.

En cuanto al conde de los Cabrales, aunque le había afectado en gran manera el escándalo que le habían dado la Angeles y la Andreilla, salió del paso con algunos días de cama.

En cuanto á don Diego la Sala, se había apresurado á enviar su hijo á Madrid, rompiendo su compromiso con el conde de los Cabrales; vivía, por decirlo así, casa de Andrea, porque pasaba la mayor parte del tiempo en ella, gastaba sin duelo en joyas y en galas para la Andreilla, y ésta, que se había enamorado de él con el amor que en las mujeres venales producen las espléndidas y contínuas dádivas, le volvía loco y le ensoberbecía, haciéndole creer que se hallaba todavía en circunstancia de enamorar á una joven.

Se activaba lo necesario para el matrimonio, y toda Sevilla andaba escandalizada con los amores del coronel de milicias, y se burlaba de ellos.

En cuanto á Patrocinio, no se había tenido noticia alguna de ella.

¿Dónde estaba?

Nuestrós lectores recordarán aquella casa que el anterior marqués de Casa Vaquera, padre de don Miguelito, tenía junto á San Juan de Aznalfarache.

Don Miguolito despidió á los colonos que en aquella hacienda había, haciéndoles un buen partido para que no le pusiesen pleito sobre el cumplimiento del contrato de arrendamiento, y había dado la posesión á un matrimonio á propósito buscado por el tío Carcañales, y se había llevado al cortijo á Patrocinio, perfectamente disfrazada de hombre, para más seguridad.

Los mozos del cortijo habían sido renovados también con tunantes, con bandidos de la absoluta confianza de don Miguelito.

Era, pues, dificilísimo dar con Patrocinio, que durante el día permanecía recluida en su aposento, y sólo salía de él durante la noche.

Don Miguelito iba á verla todos los días, pero á distintas horas; tenía que combinarlo todo; atender á sus negocios, á Milagros, á Remedios; unas veces iba al cortijo por la mañana, otras por la tarde, otras en altas horas de la noche.

Con Patrocinio se disculpaba tomando por pretexto sus negocios, que la comunicaba francamente.

Patrocinio había transigido con todo, y temerosa de lo que sucedía, no le preguntaba jamás por su padre.

Don Miguelito vivía más que había vivido nunca, porque sentía mucho más que nunca había sentido.

La preparación de su último golpe, del golpe reservado del alcalde mayor, iba muy bien, como sabemos.

Patrocinio le aturdía, le enloquecía, le hacía gozar un amor inmenso, y combatiendo con este amor, el purísimo de Milagros le llenaba el alma de una fluición inefable.

Don Miguelito sabía que Milagros era tan suya como Patrocinio, y si no la hacía suya, era porque quería hacer-

la su mujer; pero todavía no era tiempo de pedir su mano al conde de los Cabrales; aún estaba reciente la pérdida de Patrocinio, y todo el mundo sabía que había existido un compromiso formal entre Patrocinio y don Miguelito.

Don Miguelito continuaba yendo, no á la tertulia de Maldonado, porque la grave enfermedad de éste y la pérdida de Patrocinio había suspendido aquella tertulia, pero sí á visitarle todos los días, dejándole ver las muestras de su amor completamente filial.

Veía allí á Milagros, pero la trataba como á una buena amiga, y nada más.

Por su parte, Milagros, puesta en la ocasión, daba á conocer una vez más que era reservada y serena, y que poseía el arte del disimulo.

A pesar de que tenía abrasada el alma por don Miguelito nadie podía ni aun adivinarlo; Milagros le trataba como á un amigo, y nada más.

La enamorada joven se indemnizaba largamente cada tres noches hablando y delirando hasta el amanecer con don Miguelito.

Antes había dormido en compañía de Patrocinio; después, el ama de llaves la había acompañado en su dormitorio; pero el ama de llaves era de manga ancha, la señorita había sabido obligarla, y continuaba durmiendo, aun cuando la sentía levantarse para ir á la reja.

El ama de llaves sabía que la señorita Milagros tenía novio, ingnorándolo su padre; pero ignoraba quien este novio fuese; la importaba muy poco.

Así es, pues, que á pesar de los peladeros de pava, los amores de don Miguelito y de Milagros continuaban secretos.

Pasó algún tiempo.

Sobrevinieron dos acontecimientos; el uno funesto, el otro risible.

El pobre Maldonado, no pudiendo soportar el agudísimo, el inmenso dolor que sólo puede comprender un padre por la pérdida de su hija, y con las terribles que la habían acompañado, sucumbió.

El bonachón y enamoradísimo coronel de milicias, don Diego la Sala, había obtenido la real licencia para casarse con la señorita doña Andrea de Padilla.

El casamiento se había hecho con grandes preparativos.

Y decimos con grandes preparativos, porque no podemos decir con gran pompa; ésta se habia preparado, pero no había podido tener lugar, por la sencilla razón de que, aunque don Diego la Sala había enviado esquelas de convite á todas las familias principales de Sevilla, nadie había acudido.

Se quedó, pues, todo pronto para aparecer, sin poder aparecer; el casamiento se hizo lo más solitariamente posible, con gran indignación de don Diego la Sala, que en su furor, quería desafiar á todo el mundo.

A Andreilla le importó de todo esto tres pitos, para ella, lo esencial era ser marquesa y coronela, y se dió tal maña, que apagó completamente el furor de don Diego contra aquellas groseras é inícuas gentes, que de una tal manera habían roto con él menospreciando á su esposa, y para darles á entender que le importaba muy poco el que con él hubiesen roto, y que para nada le hacían falta, al segundo día de la boda dió un baile convidando á todo vicho viviente, hasta á gitanos, y dando un baile que aturdió por su ruido á todo el barrio.

A Andreilla le parecía todo esto muy bien, y aún empezó á parecerle hermoso su marido.

Le impulsó, porque se perecía por la vida alegre, y se vió con disgusto y repugnancia, al hasta entonces delicado y severísimo don Diego la Sala, ir de montañés en montañés y de gitanería en gitanería con su carísima cónyuge, que con mucha frecuencia ostentaba un lujosísimo traje de gitana y hacía que su marido vistiese de corto, haciéndole contraer una facha que merecía un escopetazo.

No tardó mucho en dar escándalo don Diego, le prendieron, le entrecogió el alcalde mayor, le echó una peluca como para él solo, y lleno de indignación, usando de las omnímodas facultades inherentes á su alta investidura, le expulsó de Sevilla con su mujer y con su tía política, y dió cuenta al rey de esta determinación, manifestando que en nombre de su majestad había desterrado al coronel de milicias, por escandaloso y por indecente.

El amor es una locura, y cuando esta locura agarra á un viejo, es incomensurable, absurda, sorprendente é increible.

Don Miguelito se frotó las manos y dijo:

—Hé aquí que con Andreilla se me va un pequeño inconveniente; vaya en paz. El otro inconveniente que yo tenía para pedir la mano de Milagros era ese estúpido Maldonado que se ha ido á la otra banda; Dios le tenga en su santo reino. Amen.

Don Miguelito no llevó su perversidad hasta el punto de dar conocimiento á Patrocinio de la muerte de su padre, no podía ser tan perverso con ella.

Su doble amor continuaba, crecía.

Patrocinio le parecía una diosa, Milagros un cielo.

Con el luto, Milagros estaba arrebatadora, inmensa, irresistible.

Don Miguelito se abrasaba en su amor y no sabía explicarse como, aumentando su pasión por Milagros, aumentaba también la que sentía por Patrocinlo.

Y no era esto solo lo que no podía explicarse don Miguelito; Remedios continuaba siéndole extraordinariamente agradable.

Todo lo que hemos referido en algunos capítulos había pasado desde el día en que Remedios entró como ama de gobierno casa del alcalde mayor, enloqueciéndole punto menos que lo que la Andreilla había enloquecido al imbécil don Diego la Sala, hasta el momento en que todo estuvo preparado para dar el golpe al alcalde mayor.

Durante aquel tiempo, Patrocinio iba comprendiendo que había estado dominada por el delirio de la pasión, y que era un sueño la sumisión absoluta á la voluntad de don Miguelito.

El amor, en sus momentos de exasperación, cree posible hasta lo absurdo, es una embriaguez.

Patrocinio se había embriagado, y en los primeros momentos de la loca satisfacción de su amor, había creído que ella gozaba toda la felicidad posible; que aquella felicidad no podía ser amenguada por nada; había, en fin, pensado bajo la influencia de su luna de miel, porque toda unión de dos que se aman es una luna de miel; pero esta fué pasando rápidamente, porque la situación de Patrocinio era de todo punto excepcional.

Por más que su amor por Caparrota fuese inmenso, por más que este amor en su desbordamiento lo hubiese dominado todo, la conciencia, el corazón y el amor propio de Patrocinio, fueron ganando el terreno perdido.

Despertó al fin; es decir, al delirio sucedió la razón; se encontró enamorada de don Miguelito, y si cabía más enamorada que nunca; pero empezó á ver claro y su conciencia se alarmó.

Ella no había perdonado, más aún, admitido los crímenes de don Miguelito por amor, sino porque ella propendía á lo terrible; porque si hubiera nacido en una clase ínfima y hubiera crecido sin educación, hubiera sido una fiera.

Amaba lo terrible y lo lúgubre; la atraía la sangre; ¿á qué es cansarnos, en fin? tenía un alma semejante á la de don Miguelito, y cabalmente por esto su alma era suya, ó mejor dicho, el alma de don Miguelito se había unido de tal manera al alma de Patrocinio, que ambas se habían refundido en una sola alma terrible.

Pero la fiera humana se distingue de la racional porque siente con la inteligencia, con la conciencia.

Patrocinio podía ser todo lo terrible que se quisiese; pero á pesar de esto no podía dejar de responder á su educación, á sus costumbres, á su manera de ser y de sentir, esto es, á su conciencia.

A pesar de la fiereza de su alma, no podía dejar de amar á su padre, ni de oir la voz de su corazón y de su amor propio.

¿Qué era ella?

Una hija infame que había abandonado al dolor, á la desesperación, y tal vez á la muerte á un noble anciano, del cual era el único tesoro, el único amor inmenso; le había herido en el corazón y le había deshonrado.

¿Qué posición ocupaba, aun respecto al hombre de su amor?

La posición de una querida.

Su amor propio, al recobrar su imperio, la hizo sentir su humillación.

Don Miguelito debía haberlo pospuesto todo á ella, haber partido completamente su vida con ella, no debía separarse de ella; sin embargo, la conducta de don Miguelito era muy poco tranquilizadora; no había pretextos bastantes para disculparla.

Iba todos los días; pero á diferentes horas y muchas veces de prisa.

Don Miguelito alegaba sus negocios; ¿pero eran sus negocios los que determinaban su profunda tristeza y sus distracciones al lado de Patrocinio?

El corazón de esta, por mejor decir, su amor, sintió celos, y unos celos horribles, celos que fueron á fijarse en Milagros.

Patrocinio se había creído libre de celos, en tanto que la fascinó de una manera absoluta la pasión de Caparrota; pero la conducta de este empezó á disipar la fascinación de Patrocinio.

Don Miguelito no había vuelto á hablar de casamiento, y esto era incomprensible, suponiendo á don Miguelito exclusivamente enamorado de ella, teniendo en ella su universo.

Lo lógico era que don Miguelito hubiese procurado vencer la loca preocupación de Patrocinio, y haberla convencido de que lo conveniente, lo necesario, era su enlace con él.

Don Miguelito se había resignado sin trabajo, lo que demostraba que le venía muy bien para sus propósitos aquella situación.

La idea de que don Miguelito amaba á Milagros, de que pretendía casarse con ella, de que la prefería, creó lenta-

mente un infierno en el corazón de Patrocinio; pero este infierno permaneció completamente oculto en el fondo del alma de Patrocinio; don Miguelito no vió en ella ni el más ligero asomo de tristeza, de sufrimiento ó de duda.

Patrocinio era para él la amante siempre apasionada, siempre loca, siempre ébria de amor, siempre dulce, siempre sonriente, siempre trasportada de felicidad; y sin embargo, una insoportable agonía devoraba el alma de Patrocinio; pensaba en su padre, de quien no tenía noticias, y ni una sola pregunta acerca de él hacía á don Miguelito; suponía á éste empeñado en los amores de Milagros, ansiando hacerla su esposa, y una cólera mortal se revolvía en su alma contra Milagros, y continuaba disimulando siempre.

Pero necesitaba tener noticias, salir de dudas.

¿Cómo? Don Miguelito la tenía relegada en el cortijo; ella no podía, ni aun valiéndose de un medio ingenioso, que la permitiese burlar durante la noche la vigilancia de los que la servían, abandonar el cortijo.

Podría suceder que mientras ella estuviese fuera sobreviniese don Miguelito.

¿Qué hacer?

Muy pronto, como siempre encuentra el que busca bien, encontró un medio.

Entre los mozos del cortijo había uno que se llamaba Pizquierdo, un buen mozo muy lleno de si mismo, que de todo tenía menos de mozo de labor; así es que jamás hacía nada, y pasaba su tiempo tendido de día á la sombra, ó rasgando la guitarra desde la caída de la tarde hasta muy entrada la noche en la puerta del cortijo, cantando coplas sentimentales, que parecían no tener objeto, pero cuyo objeto comprendía bien Patrocinio.

El objeto de aquellas coplas era ella.

Pizquierdo era un mocito muy acostumbrado á hacerse querer de las mujeres: una especie de don Juan Tenorio vulgar, que había dejado una larga historia de amores y de riñas en el barrio de los Humeros, donde había sido mancebo de una barbería, ó más bien amo, porque habiéndose quedado viudo su maestro, Pizquierdo le procuró el *sí* deseado de la hermosa hija de un prendero, vecina suya.

La muchacha, que no tenía sobre qué caerse muerta, porque la prendería que tenía su padre era una cosa ruín que apenas bastaba para que el padre, que era viudo, y la hija comiesen mal, había hecho un brillante casamiento relativamente á ella, porque el tio Bernabé tenía un buen gato relleno de oro, algunas buenas tierrecitas, y se ganaba bien en su barbería.

La muchacha no podía ménos de agradecer al Pizquierdo la hubiese procurado aquella fortuna, hablando siempre de ella al tio Bernabé, ponderándola, y sacando en fin de sus casillas al pobre viejo; y tanto más eran de agradecer estos buenos servicios del Pizquierdo, cuanto que por sacar de miseria á Teresilla había hecho un inmenso sacrificio: el sacrificio de su amor á lo que ella creia, porque hay que advertir que desde tres años antes, desde que Teresilla había cumplido sus quince, él y ella andaban en tratos y se adoraban y si no se habían casado, era porque, según decía el Pizquierdo, si ella tenía poco, él tenía ménos, y casarse para ladrar de hambre no tenía cuenta; pero cuando Pizquierdo endosó al tio Bernabé esta alhaja, empezó á coger el fruto de su obra.

El tio Bernabé se había vuelto loco por Teresilla, y de avaro, se había convertido en pródigo.

Entonces Pizquierdo supo por primera vez lo que era poseer una onza de oro, y después dos, y luego diez y así sucesivamente.

La cosa iba teniendo visos de que el dinero del viejo se fuese trasegando del escondite donde le tenía, á otro escondite donde el Pizquierdo le iba guardando.

El proyecto de la enamorada Teresilla y de su no ménos enamorado Pizquierdo, era desplumar completamente al insentato barbero; hacerle vender hasta el último terrón, dejarle por puertas, y entonces escapar los dos amantes y largarse con el dinero del otro á Portugal.

El Pizquierdo había llegado ya á recrearse con cincuenta onzas, que miraba y remiraba, y sobaba, procurando por supuesto, que no causasen ruido cuando se recogía de noche en su desván.

Las formaba sobre la cama en batalla y en columna, hacía con ellas círculos y soles, combinaba su colocación de todas las maneras posibles, se creía el hombre más rico de la tierra, le parecía que aquel dinero no se iba á acabar nunca; pero el tesoro no pasó nunca de las veinticinco onzas.

Un día se entró por las puertas de la tienda, acompañado de su donado, un fraile capuchino, alto, robusto, fresco y colorado, cuya belleza dejaba muy atrás á todas las bellezas masculinas que hasta entonces habían visto Teresilla y Pizquierdo.

Tal fué la impresión repentina que el magnífico fraile causó en Teresilla, y tal es la influencia de lo prohibido en lo mujer, y tanto más cuando se trata del sacrilegio (hablamos de mujeres de cierto género), que Teresilla, se puso pálida y se quedó estática mirando á aquel prodigio de buen mozo con hábito.

—Dios quiera,—dijo para sí el Pizquierdo,—que este elefante pase de largo, sino voy yo á verme obligado á arrearle para que se vaya.

Pero la idea de ponerse frente á frente del fraile, incomodaba al Pizquierdo, que veía claro que aquel enorme y robustísimo varón no necesitaba para exterminarle más que dejar caer sobre él la mano.

Cabalmente el desarrollo muscular del capuchino, aquella firmeza de formas, su fecundidad, su robustez, era lo que causaba la fascinación de la muchacha.

—¿Y qué es lo que se le ocurre, padre?—dijo sin poderse contener el Pizquierdo.

—Cuando se le pregunte, hable en buen hora,—contestó secamente el capuchino,—que no vengo yo ciertamente á entenderme con él, sino con mi pariente el señor Bernabé Cascabano.

—¡Calla!—exclamó Teresilla con una suavidad tal que le valió una mirada colérica del Pizquierdo;—¿con que usted, padre, es pariente de mi marido?

Y á la muchacha se le encandilaban los ojos á pesar de las manifestaciones mal embozadas de disgusto del Pizquierdo.

—¿Con que tú,—hija mía,—dijo el capuchino,—eres la esposa de mi primo Cascabano? ¡y tan niña!

—Sí, señor, sí,—contestó Teresilla sonriendo con una complacencia que agravó el furor del Pizquierdo;—no tengo más que diecinueve años.

—Vaya, vaya, hija mía, que Dios bendiga tu unión con mi primo Bernabé; Dios le ha favorecido dándole á los setenta años una mujer tan sencilla tan buena y tan virtuosa como pareces tú.

—Muchas gracias, padre,—exclamó con cara de pascua y prescindiendo completamente del Pizquierdo, Teresilla.

—¿Y dónde está mi primo,—exclamó el fraile,—que no sale á ver á un pariente, al que no ha visto desde hace quince años que partí para las misiones del Perú?

—¡Ay, sí, sí, es verdad!—exclamó Teresilla más y más contenta;—Bernabé me ha dicho muchas veces que tenía un primo fraile, que estaba en las Américas. ¡Cuánto se va á alegrar! Mire usted, señor primo, se ha ido á la catedral á las cuarenta horas, porque Bernabé es muy cristiano.

—Y Dios le premia por su piedad,—dijo el capuchino.

—Vaya, hermano, vaya al momento á la catedral,—añadió volviéndose al Pizquierdo,—y dígale...

—Yo no tengo que ir á ninguna parte ni tengo que decirle á nadie nada,—dijo el Pizquierdo, agotada ya la paciencia y rabiando ya de celos;—yo no dejo sola á la maestra con un hombre que se la está comiendo con los ojos desde que entró, aunque sea más capuchino que San Capuchin; y ya se está usted largando por la sombra ó por el sol, que eso de primo es mentira, ó usted y el lego salen ustedes rodando de cabeza y no paran hasta Chiclana.

—Vaya enhoramala el sacrílego y el desvergonzado y salga de esta casa, de la que es indigno, ó yo le haré salir mal que le pese.

Y como al mismo tiempo Teresilla dijese al Pizquierdo se callase y obedeciese, fuera de sí el Pizquierdo, se arrojó al fraile, le asió por la barba con la una mano, y con la otra le arrimó un puñetazo en un ojo; pero le sobrevino lo mismo que le hubiera sobrevenido si se hubiera agarrado al morro de un toro.

El capuchino le cogió, le separó de sí sin que el Piz-



Lit. Felipe González Rojas - Editor

... le levantó en vilo y lo arrojó á la calle.

quierdo se llevase ni un solo pelo de la barba, le levantó en vilo, y le arrojó á la calle de tal manera, que el Pizquierdo fué dando traspieses hasta la pared de enfrente, chocó en ella con la cabeza, cayó y permaneció inmóvil.

Había perdido el sentido de la fuerza del golpe.

Acudió gente, sobrevino el alcalde de barrio, el capuchino no negó el hecho, pero alegó la causa, apoyaron su dicho la Teresilla y el lego, se horrorizó todo el mundo de que el Pizquierdo se hubiese atrevido á tocar sacrílegamentte á un ministro del Señor, y el resultado fué que antes de que el Pizquierdo volviese en sí, fué conducido al hospital en calidad de preso.

El lego se fué á la catedral á buscar al señor Bernabé por las señas que de él le dió la Teresilla, y ésta se fué á curar el ojo mal parado del capuchino á la trastienda.

Las consecuencias para el Pizquierdo fueron un año de cárcel, que duró la sustanciación del proceso, y la sentencia de cuatro años de presidio en los menores de Africa, condena que sufrió, y al volver de ella á Sevilla, atraido por la querencia á la tienda del barbero, se encontró con que la tienda había desaparecido, con que el señor Bernabé había muerto, con que la Teresilla mucho más desarrollada, y mucho más crecida, y mucho más hermosa, tenía una tienda de comestibles muy bien abastecida en el mismo barrio de los Humeros; con que tenía tres hijos, uno de ellos de pecho, y con que el precitado fraile capuchino era su padre espiritual y la dirigía los negocios.

El Pizquierdo era malo; esperó una ocasión propicia, y una madrugada, en el momento en que un hombre con sombrero y botines, envuelto en una manta jerezana, salía de la tienda de la Teresilla, el Pizquierdo se arrojó sobre él, y

le metió en el cuerpo, por un costado, un cuchillo de Albacete de pié y medio de largo y cuatro dedos de ancho.

El Pizquierdo siguió sobre su marcha, como si nada hubiera hecho, dobló una esquina, luego otra, se perdió al fin.

La Teresilla estaba en la puerta, aterrada, viendo á aquel hombre tendido á dos pasos de ella, sin atreverse á salir.

Al fin cerró la puerta silenciosamente.

Había oído ruido de pasos.

Era la ronda del alcalde de barrio, que se acercaba.

La ronda tropezó con el muerto.

Al reconocerle, se le encontró el horrendo cuchillo clavado hasta el puño, quedó descubierta una gran barba negra, y bajo el pañuelo un estrecho, negro y espeso cerquillo.

Se trataba, pues, de un fraile capuchino.

Aquello era enorme.

Resultaba que un santo varon había sido encontrado muerto de una puñalada en la calle y disfrazado de majo.

¿Qué se diría de esto? ¿qué escándalo iba á darse si esto se publicaba?

El alcalde pidió consejo á los vecinos honrados que hacían con él la ronda; y éstos, que eran gente sesuda y muy cristiana, dijeron que lo que había acontecido á aquel mal religioso, que hacía ya mucho tiempo, que con escándalo de los vecinos, entraba con demasiada frecuencia en la tienda de la Rubia, así se llamaba la Teresilla, era un castigo justísimo, evidente y palpable de Dios; pero que, teniendo en cuenta que si se publicaba aquella muerte podía padecer la buena reputación y fama de los padres capuchinos, debía

llevarse inmediatamente el cadáver al convento de la manera más reservada que se pudiese, y dar después parte al señor alcalde mayor para que su señoría determinase lo que se debía hacer.

Expidióse á uno de los vecinos que tenía una tartana, para que la tragese, y entre tanto, el alcalde y los de la ronda hicieron tapia para que si algun vecino madrugador, ó algún novio trasnochador pasasen, no viesen el cadáver, y venida que fué la tartana, colocaron en ella al asesinado, y emprendieron la marcha hácia el convento de capuchinos.

Llegaron, llamaron, anunció el alcalde al lego portero que tenía una urgente necesidad, en servicio de Dios, y después de la santa casa de capuchinos, de hablar con el guardián.

Alarmado el lego por el acento campanudo y grave del alcalde, avisó al guardián, que entró en cuidado al saber que un alcalde de barrio necesitaba hablarle á aquellas horas, y mandó se franquease al alcalde la puerta del convento, y se le condujese á su celda.

Abrióse la puerta, y el alcalde dijo:

—Por el servicio de Dios y de esta santa casa, es necesario que esta tartana entre en la portería y que se queden alrededor de ella guardándola los vecinos honrados que conmigo vienen de ronda.

No vió el portero inconveniente en que la tartana entrase y cuando hubo entrado, cerró la puerta y condujo al alcalde á la celda del guardián.

Quedaron solos.

—No sé con cuánto dolor de mi alma, respetable padre guardián, y padre mio,—dijo el alcalde después de haber besado respetuosa y devotamente la mano al religioso,—

vengo á traer á vuestra paternidad una noticia que debe contristar su alma.

—Hable sin temor, señor alcalde,—dijo el guardián,—que por dolorosa que esa noticia sea, yo confío en que Dios en su infinita misericordia, me prestará la resignación que sea necesaria.

El alcalde contó al guardián el encuentro que había tenido

—Satanás vela,—exclamó el guardían;—su perficia no deja de acechar á los fuertes varones de la iglesia militante, y alguna vez, doloroso es reconecerlo, las malas artes del maldito Satanás triunfan de la miseria humana de que no está libre ningún hombre, por fuerte que sea. Yo le doy las gracias en nombre de Dios, señor alcalde, por su buen aviso en mantener oculto lo que publicado podría dar lugar á que la maledicencia se cebase en la buena reputación, en la respetabilidad de los dignos religiosos de los cuales tengo la honra de ser el superior, y tal vez el que sobre esta casa venga el azote de la maledicencia. Satanás ha tentado á ese pecador, que ha sufrido el castigo de su culpa, muriendo en pecado mortal á mano airada é inconfeso. ¡Dios tenga piedad de su alma! Vamos, señor alcalde, vamos; es necesario que esa tartana donde viene ese desdichado cadáver, penetre hasta la sala de *Profundis*, donde se reunirá la comunidad, y se sabrá quién fué ese culpable.

Bajaron guardian y alcalde.

La tartana atravesó el claro del claustro, y tan grande era la puerta de la sala de *Profundis*, que la tartana pudo entrar cómodamente por ella.

—Veamos, veamos,—dijo el guardian.

Los de la ronda sacaron el cadáver y le pusieron en el suelo.

—¡Quién hubiera podido creerlo!—exclamó, levantando las manos al cielo el guardian;—¡el padre Llerena! ¡Oh, cuán incomprensibles y cuan adorables son los juicios del Señor! ¡Hé aquí al que todos creíamos un modelo de virtudes, una luz de la ciencia, una estrella del púlpito, reducido á la presa vil de un pecado horrendo! Señor alcalde, hermanos míos, ¿sabe alguno más que vosotros este suceso?

—No, no señor, padre guardian;—contestó el alcalde—el cadáver estaba todavía bien encubierto cuando le encontramos.

—Pues bien, hermanos míos,—exclamó el guardian;—yo os mando en nombre de Dios y bajo pena de excomunión mayor, guardeis en lo más cerrado de vuestro corazón el secreto de esta desgracia; es nécesario que Satanás, por vosotros, se vea chasqueado en sus perversos intentos; es necesario que nadie pueda tener el más leve motivo para murmurar de los virtuosos varones que habitan esta santa casa, y yo os pido juramento sobre vuestra alma de guardar el secreto.

—Padre guardian,—exclamó el alcalde,—¿no podría yo sin dar en la excomunión, dar parte al señor alcalde mayor de este delito?

—La primera justicia,—la más terrible es la justicia de Dios, alcalde de los alcaldes,—dijo el guardian con la voz terrible y dominadora.—Yo os conmino y os compelo á guardar el más profundo secreto bajo la pena de todas las iras del Señor, que caerán sobre vuestras cabezas si sois rebeldes á mi mandato.

—¡Callaremos, callaremos!—dijeron en coro todos, aterrados por las tremendas amenazas del guardian.

—No basta, no basta,—dijo éste;—venid conmigo.

Y se los llevó á la sacristía, y en el altar del *Sancta Sanctorum* les hizo jurar el secreto sobre los santos evangelios.

La extremada susceptibilidad del guardián de capuchinos libertó al Pizquierdo de investigaciones y persecuciones judiciales.

Nadie más que Teresilla, el alcalde, los vecinos que con él rondaban y los capuchinos de la comunidad á que había pertenecido el muerto, supieron su muerte; pero el Pizquierdo, que no estaba en autos y por consecuencia no tranquilo, se amparó del tío Carcañales, y conoció por esto á don Miguelito.

El Pizquierdo, que antes de su primer lance con el padre Llerena no había sido más que un galanteador de buenas mozas y un perdona vidas, en la cárcel y en el presidio se hizo un bandido de primer orden, ó por mejor decir, se pervirtió y aprendió más de lo que era necesario para ejercitar el bandidaje.

En la cuadrilla de Caparrota había hecho admirables servicios, y se le tenía en mucho.

Caparrota le estimaba en gran manera, y por esta razón le eligió para servir y guardar con los otros, también de la cuadrilla, á Patrocinio.

La hermosura de ésta había impresionado de una manera formidable al bandido, pero hasta tal punto era temible para su gente don Miguelito, que el Pizquierdo se tragó su amor, le ocultó y le reprimió con una fuerza de voluntad admirable.

No tenía más respiro que aquellas coplas amatorias, pero generales, conocidas de todo el mundo, que cantaba á la puerta del cortijo por la noche.

¿Pero qué mujer no conoce que es amada, y mucho más cuando es tan perspicaz y tan inteligente como Patrocinio?

Patrocinio vió de una manera clara y palpable que necesitaba muy poco para hacer su esclavo á el Pizquierdo, hasta el punto de que este se atreviese á todo por servirla; pero necesitaba saber hasta qué punto era bravo y audaz el Pizquierdo, del cual no sabía sino que estaba al servicio de don Miguelito, lo cual ya era bastante, porque don Miguelito no tenía á su lado gente que no fuese dura.

Oyendo á una persona se la estudia, cuando la persona que la habla es tal como Patrocinio.

Una noche, empezaba ya á dejarse sentir el calor, en tanto que el Pizquierdo rasgueaba su guitarra y cantaba, Patrocinio bajó á la puerta del cortijo, sacó una silla y se sentó cerca del Pizquierdo.

Este se extremeció, se le revolvió la sangre y se le nublaron los ojos.

Hacía una luna muy clara, y á su luz, Patrocinio aparecía divina.

Los otros se habían recogido.

—Tú has debido ser un buen mozo,—dijo Patrocinio,—cuando tanto te estima el marqués.

—Dios se lo pague á su merced,—dijo el Pizquierdo con la voz trémula, á pesar de sus esfuerzos por hacerla serena,—yo he hecho lo que he podido, y todo, señorita, nació de una mujer que me perdió.

—Cuéntame, cuéntame eso Pizquierdo,—dijo Patrocinio.

El Pizquierdo la contó su historia hasta la muerte del padre Llerena.

—¡Ah! ¿conque tú sabes lo que son celos?—dijo Patrocinio que había escuchado atentamente al Pizquierdo.

—¡Qué si lo sé, señorita!—exclamó el Pizquierdo.—¡Quisiera Dios que no lo supiese, porque los celos no se pueden resistir, le muerden á uno en el corazón!

—No parece sino que ahora mismo tienes celos,—dijo Patrocinio.

—Mire usted, señorita,—contestó el Pizquierdo,—yo no tengo la culpa y no hay valentía que valga cuando á un hombre le pasa lo que me está pasando á mí. Y haga usted lo que quiera; y máteme usted, ó cuénteselo al señor marqués para que me mate; pero yo no me puedo callar ya más; estoy desesperado, porque usted tiene la culpa, que ha venido usted á ponerse ahí. Ea, y sea lo que Dios quiera, allá vá: yo me muero por usted.

—Pues muérete,—dijo Patrocinio,—como me estoy muriendo yo; pero muriéndote sírveme.

—Pues usted mande, señorita.

—Mira, tú debes ser muy listo.

—Un poco, señorita, un poco; ya tengo lo que es menester para mi gasto.

—Yo tengo celos, Pizquierdo,—dijo Patrocinio.

—¿Celos del marqués?

—¿Pues, por quién habían de ser?—dijo Patrocinio con un acento y una expresión tales que hicieron temblar al bandido;—una mujer como yo no es de un hombre cuando no le quiere, y cuando quiere á un hombre no puede ser de otro.

—Pues, por supuesto, señorita, por supuesto,—dijo sin atreverse ni aun á suspirar el Pizquierdo;—pero vamos claros, señorita, usted ha conocido que yo por usted soy capaz

hasta de arrancarme el corazón y comérmelo, no se ha engañado usted, usted mande.

—Esta misma noche,—dijo Patrocinio,—te vas á ir á Sevilla, puedes llegar antes de que se cierren las puertas; entre once y doce de la noche, te vas á la calle de Francos, y observa sin que puedan verte, si por una reja de la tapia del jardín de la casa número 13, habla un hombre con una mujer, y procura distinguir si ese hombre es el marqués.

—Muy bien, señorita.

—Dime, ahora, ¿tú puedes andar libremente por Sevilla?

—¡Vaya! sí, señora; con la frente descubierta.

—Pues toma, para que te puedas meter en la tienda del montañés de la calle de Francos.

—Deje usted, señorita, yo no necesito dinero, lo tengo, y de usted, por servirla, no tomo yo nada ni aunque me hagan pedazos.

—Bien, tanto da,—dijo Patrocinio.

—¿Qué tengo yo que hacer en el montañés de la calle de Francos?

—Enterarte con habilidad lo que ha sido de don Pedro de Maldonado; por si te se olvida el nombre, lo que ha sido del amo de la casa número 13 de la calle de Francos.

—Muy bien, señorita, no tenga usted cuidado, que no se me olvidará, tengo yo muy buena memoria.

—Pues marchando, y en cuanto se abran las puertas ya estás aquí. Buenas noches.

Y sin decir ni una palabra más, segura de que el Pizquierdo la obedecería, se volvió á su aposento.

Aquella noche fué extraordinariamente agitada para Patrocinio, tenía fiebre.

Al amanecer dejó el lecho.

Poco después del amanecer se levantó y se puso al balcón.

A la media hora, vió venir al Pizquierdo liado en su manta y con el sombrero echado á los ojos.

Patrocinio le llamo cuando hubo entrado en el cortijo.

El Pizquierdo subió.

Parecía muy triste, y estaba pálido y agitado.

—Pues lo siento mucho, señorita,—dijo,—voy á darle á usted dos puñaladas en el corazón; quisiera mejor dármelas á mí mismo; pero usted me manda que se las dé y se las doy. Su padre de usted... ha muerto hace ocho días, y el señor marqués pela la pava con una mujer por una reja de la casa número 13 de la calle de Francos.

—Esta noche vuelves y mañana á la noche y todas las noches,—dijo Patrocinio con una tranquilidad horrible. —No tengo que decirte más, vete.

Patrocinio se encerró en su aposento, y no lloró, por más que tenia el corazón reventando de lágrimas.

El llanto deja huellas, y Patrocinio no quería quedasen señales de llanto en sus ojos; podría sobrevenir don Miguelito; cuya actividad era monstruosa.

Sin que don Miguelito sobreviniese, podían notar su conmoción las gentes del cortijo, y de todas aquellas gentes Patrocinio no tenía confianza más que en el Pizquierdo.

Era, pues, necesario devorar el dolor por una parte, la rabia, la agonía de los celos por otra.

El amor de Caparrota predominaba siempre en Patrocinio; era su alma, su vida, su actividad.

Patrocinio era inmensa: lo dominaba todo; todo menos aquel terrible amor que se había apbderado de su alma.

Don Miguelito llegó al mediodía, y Patrocinio apareció

para él tranquila, contenta, alegre, hechicera, seductora, como sino hubiera sabido, de una parte la muerte de su padre, asesinado por ella, de otra los amores de don Miguelito por Milagros,

En cambio Caparrota aparecía *tomado* y bien *tomado*, como se dice en Andalucía, cejijunto, triste, á causa de aquellos amores de Milagros que le traían loco y sobre todo contrariado é impaciente.

No encontraba el medio de pedir la mano de Milagros al conde de los Cabrales; era necesario esperar á que llegase un momento oportuno, captarse antes el afecto del conde, hacer la situación natural.

El conde de los Cabrales, enfermo aún, estaba en un estado de irritación inconcebible, porque tenía el carácter extraordinariamente enérgico; hubiera sido echarlo á perder todo yéndose á él con una petición prematura.

Don Miguelito no se tomaba el trabajo de ocultar su mal humor á Patrocinio. ¿Y para qué? Creía á Patrocinio completamente suya, y de todo punto confiada.

Patrocinio se esforzaba por alegrarle, por distraerle, y afectaba creer las disculpas que daba á su mal humor don Miguelito.

Era que sus negocios, sus últimos negocios, no marchaban tan rápidamente como él quería, en lo cual no mentía don Miguelito; pero afectaba que en aquellos negocios no tenía absolutamente parte ninguna mujer.

Don Miguelito se volvía á Sevilla tranquilo en cuanto á Patrocinio.

Esta se había mostrado con él como siempre; ni aun se le había ocurrido á don Miguelito hubiese sospechado nada.

Pasó así algún tiempo.

El Pizquierdo continuó faltando todas las noches, desde las ánimas hasta después del amanecer, del cortijo.

El tío Villita, que era el capataz, advirtió á don Miguelito estas escapatorias del Pizquierdo.

—¿Falta en alguna otra cosa á su obligación?—preguntó don Miguelito.

—No, señor,—contestó el tío Villita,—solamente que se pasa casi todo el día tendido á la larga, como que trasnocha.

—¡Qué diablos!—dijo don Miguelito;—Dios no nos ha hecho á ninguno para trabajar. Usted, tío Villita, ¿ha visto usted algo sospechoso en el Pizquierdo?

—No señor, es tan buen muchacho como siempre; lo que yo creo es que se ha echado un *encalomo* en Sevilla.

—Pues deje usted al hombre, tío Villita, que viva como pueda.

—Yo por mí...—dijo el tío Villita,—nada; yo se lo he dicho á su merced, porque su merced debe saber todo lo que pasa.

—Bien hecho, tío Villita; así está bien.

Ni aun se le ocurrió á don Miguelito que en aquellas escapatorias del Pizquierdo podía tener parte Patrocinio.

Esta y el Pizquierdo se entendían sin necesidad de causar sospechas.

El Pizquierdo continuaba con su aspecto de siempre; se había previsto el caso de que se sospechase de las salidas nocturnas del Pizquierdo, y éste se había procurado unos amores en Sevilla, lo cual le había sido muy fácil, para cubrir aquellas escapatorias.

Se había llevado la prudencia hasta el punto de que no era ya el Pizquierdo el que iba por sí mismo á observar

el número 13 de la calle de Francos, sino un amigo del hermano de la novia del Pizquierdo.

De manera que si se hubiera seguido á Pizquierdo, se hubiera visto irse en derechura á Sieterevueltas á hacer una seña, pegarse á una reja, á donde bajaba una mujer, y pasarse allí hasta el amanecer toda la noche.

El tio Villita había hecho se observase al Pizquierdo, y no había sacado en limpio sino que el Pizquierdo se había enredado con una hembra *barbi*, sobrina de un canónigo, que vivía en una casita de Sieterevueltas con su madre y con su hermano.

El Pizquierdo, á pesar de que era un *jaque,* había logrado interesar á aquella señorita, que hasta entonces había sido lo más remilgada del mundo, y en cuanto á hacerse amigo de su hermano, no le había costado absolutamente nada, porque el hermano era un sinvergüenza dispuesto á todo por una caña y una aceitunita, y la echaba también de *jaque.*

En fin, Patrocinio supo que todas las noches, después de las once, don Miguelito se metía por un postigo casa del alcalde mayor, y se pasaba la noche dentro hasta el amanecer, salvo de tres en tres noches, que don Miguelito salía de la casa del alcalde mayor entre doce y una, y se iba á pelar la pava á la calle de Francos, número 13.

El conocimiento de don Miguelito con la Remedios lo sabía Patrocinio, porque don Miguelito la había hablado de la Remedios cuando hablaban de la preparación del golpe al alcalde mayor.

Pero don Miguelito había alterado la verdad, diciendo á Patrocinio que sus relaciones con la Remedios no eran más que un noviajo de reja, por medio del cual la mareaba y la tenía dispuesta para servirse de ella.

Patrocinio tuvo ya á qué atenerse de una manera fija. Se sabía cual era el día en que indefectiblemente don Miguelito había de hablar desde las doce y media de la noche hasta el amanecer con Milagros.

Patrocinio entonces mandó al Pizquierdo hiciese de manera que el conde de los Cabrales supiese que su hija pelaba la pava cada tres noches con el marqués de Casa-Vaquera.

El Pizquierdo no necesitaba se le diesen más instrucciones para hacer que don Miguelito no pudiese averiguar de donde había partido el aviso al conde de los Cabrales de sus amores con Milagros.

El Pizquierdo tenía á su Curra, que así se llamaba la sobrina del canónigo, dando gritos de amor. ¡Era mucho el trasteo que el Pizquierdo empleaba con ella! Y este trasteo le servía á aquel pícaro para ir entreteniendo el sufrimiento que le causaban sus amores por Patrocinio.

La Curra era todo lo que se llama una buena hembra, y gitana y querenciosa que no había más que pedir: estaba desoseída y hecha un volcán por el Pizquierdo, y ciega y sin tino y capaz por él de saltar por encima del Giraldillo, si al Pizquierdo se le ponía en la cabeza que saltase.

El Pizquierdo la traba á la alta escuela.

Es decir, que su amor era para la pobre chica un tártago; la costaba más lágrimas que alegrías la daba.

El Pizquierdo, cuando recibió de Patrocinio la orden de que se pusiese en conocimiento del conde de los Cabrales el enredo de don Miguelito con Milagros, se fué á un montañés, se metió en la trastienda, pidió papel y tintero, y garrapateó la siguiente minuta de carta.

«Excelentísimo señor conde de los Cabrales: Su merced,

un alma caritativa dice á su merced, que su merced es un tonto, y que se la dan sin que su merced lo sienta, y que mientras que su merced duerme á pierna suelta, la señorita Milagros se pasa la noche de claro en claro queriendo á un hombre por la reja, y ha de saber su merced que este hombre no lleva buena intención, porque este hombre es el señor marqués de Casa-Vaquera, que hace cuatro días estaba tratado de casar con la hija de don Pedro de Maldonado; y ha de saber su merced que, además de esto, el señor marqués de Casa-Vaquera me trae á mí entretenida y engañada y comprometida y medio muerta y loca, y es menester que su merced me *esturree* á mí de la reja de su casa al señor marqués, ó si su merced no acaba con estos amores que á mí no me convienen, yo misma voy, y le doy un escándalo de *miflor* á la pavitonta de la hija de su merced. Conque, dele su merced unos azotitos á esa chiquilla, y que no tenga yo que cortarla la cara, que será lástima, porque no es feilla.

»Quede su merced con Dios, y gracias, porque estoy segura que su merced hará lo que debe hacer para que yo me quede algo más desahogada; y no firmo, porque no el menester.»

El Pizquierdo, después de escribir esta carta, se comió una ración de bogavante, se bebió una botella, pagó su gasto, se fué á Sieterevueltas, llegó delante de la casa de la hermana del canónigo, silbó, é inmediatamente estuvo en la reja de la Curra, aleteando de amor.

—Buenas noches, chiquilla. ¿Cómo te manifiestas, mujer?

—Vaya, cuando te veo, muy bien, niño,—contestó la Curra.

—Oyete tú, tormento,—dijo el Pizquierdo;—aquí te traigo

una libra de yemas carameladas para que te regales con ellas.

—Muy acaramelado vienes tú esta noche, hijo mío,—dijo la Curra;—más vale así. ¡Ay, Pizquierdo, que me estás matando!—Ni te quieres casar conmigo, ni me sacas de esta maldita casa.

—¡Ay, niña de mis ojos,—dijo el Pizquierdo,—que las cosas no están todavía en su punto!

—Pues me parece á mí,—dijo la Curra,—que ya se pasan las cosas de punto de caramelo. Yo me estoy ahogando.

—¿Le has metido ya mano al gato del canónigo?

—Hombre, no,—dijo la Curra;—todavía no he olido yo dónde está el gato, pero lo oleré pronto.

—Pues el gato es lo primero,—dijo el Pizquierdo,—porque sin alpiste no cantan los pájaros; y quiero yo saber que cara ibamos á echar con muchísimo amor y en ayunas.

—Pues mira,—dijo la Curra —lo que es yo, ó puedo poco, ó dentro de ocho días sé donde está el gato.

—Me alegro, mujer; verás tú entonces cómo nos lleva el demonio. Oyete tú, cachorra, que me tienes sin sentido; toma esta carta.

—¡Hombre! ¿qué carta es esa?—dijo la Curra.

—Nada, ahora mismo te vas á subir á tu cuarto, y vas á escribir en una carta lo que en ese papel va escrito, y en seguida cierras la carta y me la bajas; y no extrañes tú lo que en la carta dice, que yo no tengo nada que ver con esa mujer que reza en la carta; que la misma carta lo dice, que esa mujer pela la pava cada tres noches con un hombre, y yo hace más de un mes que me paso la noche en la reja contigo, y tú sabes que á gusto, alma mía; es un favor que á mí me pagan muy bien pagado, porque, hija, es menes-

ter buscárselas; y te voy yo á comprar una peineta y unas arracadas y un collar de corales que vas á dar el golpe, niña. ¡Y que no te van á sentar á tí bien los corales sobre ese pescuecito moreno, que me tiene á mí sin resuello!

—Vaya hombre, bueno; si yo no tengo celos, porque me daría vergüenza de tenerlos; si yo sé que donde yo estoy no cabe otra. Echa para acá eso, tunante. Y oye tú, niño, ¿te pagan bien el mandado?

—Pues oye, mujer, me van á dar cien dobloncejos; y con esto y con el gato de tu tío ¿quién nos tose á nosotros? ¡Ay, tabardillo, que me tienes con un dolor de cabeza que me muero! Pero anda, niña, anda, escribe la carta y traémela, y cuanto antes, que tengo yo mucho que hablar contigo.

La Currilla se quitó de la reja y volvió á los quince minutos y dió al Pizquierdo una carta cerrada.

—¿Y el papel que yo te di para que escribieras esto?—dijo el Pizquierdo.

—¡Ay, Colasito,—exclamó la Curra,—que yo no sabía que te hacía falta ese papel y lo he quemado, hijo mío!

—¡Currilla! ¿Con que has quemado tú el papel? ¿De veras que has quemado tú el papel?

—¡Pues vaya! ¡Para que me lo hubiera encontrado á mi mi madre y me hubiera dado un sobo!

—Vaya, pues bueno,—dijo el Pizquierdo, porque podía ser muy bien que la Curra hubiera quemado el papel, y podía ser muy bien que la Curra fuese más larga que lo que él creía, y se hubiera hecho prendas de un papel que servía para hacer una mala pasada al marqués de Casa-Vaquera.

—Y bueno,—dijo para sí el Pizquierdo;—de la señorita

Patrocinio ya he sacado yo todo lo que tenía que sacar: un dolor de muelas perpétuo; y por eso no se ha de meter uno fraile, y mejor que esta chiquilla, ni más firme ni más dura no se encuentra una moza detrás de cada esquina. Vamos andando.

—Conque al negocio, Colasito,—dijo la Curra.—¿Cuando te casas conmigo?

—Cuando tú me des una prueba de que me quieres.

—Ya sabe usted, compañerito, que yo no doy pruebas; cásese usted, que usted no tiene nada que probar, y vamos andando.

—Currilla, ¿y si yo te dijera á tí que me gusta á mí más una amistad que un casamiento? ¿no habíamos quedado en que yo te sacaría de tu casa?

—Pues ya lo creo, cristianito, ¿qué ha de hacer usted en casándose conmigo más que sacarme de mi casa para llevarme á la suya?

—¡Calla, hombre! pues usted no se había metido en esas explicaciones hasta ahora.

—Mira, Colás, lo que yo te he dicho es que no veo el día en que me saques de mi casa, y me afirmo en ello. ¿Pero qué has visto tú en mí para creer que yo me iba á salir de mi casa contigo sin que tú fueras mi marido? ¿Qué favor has alcanzado de mí para consentirte de esa manera? Hombre, pues si porque un día me pusiste una mano encima de la mía, que yo tenía en la reja, por poquito, por poquito se acaba el diablo de la amistad.

—Como tú quieras, mujer, que yo no quiero más que lo que tú quieras; y ya veo yo que lo que tú quieres es ponerme á mí la ley con el señor marqués de Casa-Vaquera, y te has guardado el papel que yo te dí; pues bueno, mujer, pón-

mela, porque me la pones á gusto mío; y que no haya por estos desazones entre nosotro.

—Si no he quemado yo ese papel,—dijo Curra,—que malos *mengues* me *tragelen*.

—Vaya, mujer, basta; y mira, averigua pronto dónde está el gato; yo no necesito más que saberlo; sin que tú te comprometas me lo *jamo*, adivina quién te dió, y enseguida te pido á tu madre, nos casamos, ponemos un tabanque de cualquier cosa, que ya pensaremos en ello, para ganarnos la vida, y tan anchos.

Cuando amanecía, el Pizquierdo se separó de la reja y se encaminó al cortijo algo pensativo y preocupado; había cometido una imprudencia poniendo un arma en las manos de Curra, á quien no había creido tan inteligente.

Curra había conservado indudablemente el borrador, y había que pedirle á Dios que el diablo de la codicia no pudiese en Curra más que el diablo del amor, é hiciese por conocer al marqués y le engatusase, que la Curra era una hembra como escogida por el Pizquierdo, y sobreviniesen cosas en las que ni siquiera quería pensar el Pizquierdo, porque don Miguelito le causaba pavor como á todos los que le conocían.

No había más que aguantar el palo y pagar la pena de una imprudencia; y sobre todo acabar de marear á la Curra á ver si se la podía pescar el papel, ó de no, encariñarla de tal manera, que por nada del mundo le hiciese traición.

A la noche siguiente el Curro estaba á las ánimas en Sevilla, en el arrabal de la Barqueta, y llamando á un casuco miserable.

Abrieron, y entre la oscuridad sonó una horrible voz de vieja, cascada y aguardentosa.

—Tia Longina,—dijo el Pizquierdo,—tome usted ese peso duro y esa carta.

—¿Y á qué alma mía hay que darle esta carta?—dijo.

—A un señor muy viejo y muy feo y muy triste y muy mal encarado, que no parece sino que se le enseña el pan y no se lo dan, que vive en la calle de Francos, número 13. Este señor va todos los días á misa á las ocho. Usted lo espera y se va usted detrás de él hasta Gradas, porque el tal señor, aunque es muy rico y tiene coche, va á misa á pié.

—¿Y me pegará algún palo?

—No, señora, no; por el contrario, el señor conde de los Cabrales le daría á usted una limosna si usted se esperara, pero usted no debe esperarse, sino salir cojitranqueando más lijera que un águila, en cuanto dé usted la carta.

—¿Es decir, que la cartita tiene malas entrañas?—dijo la tía Longina,—pues entonces no la doy, que yo no quiero meterme en ruidos.

—Tome usted otro peso duro,—tia Longina,—y sepa usted que si usted no entrega la carta no se verán los resultados; y si no se ven los resultados, los resultados que va usted á ver la van á dejar sin vista. Conque listo y andando, que ya sabe usted con quien trata: y aquí no hay más que cumplir cada uno como quien es, ó ver para que ha nacido.

—¡Ya, ya!—dijo la tia Longina,—¡si á los pobres les debía Dios de enviar un rayo para que acabaran de penar!

Pizquierdo se fué á hablar con su Curra, y por la mañana dió parte á Patrocinio de que el negocio iba por buen camino.

A las ocho de aquella misma mañana, una vieja horri-

ble, una especie de cadáver insepulto, viviente, un exabrupto de la naturaleza, estaba dejando ver sus movimientos perláticos, apoyada en dos muletas y echada contra la pared, en la calle de Francos, á poca distancia de la casa del difunto don Pedro de Maldonado.

El conde de los Cabrales continuaba en Sevilla, porque lo quebrantado de su salud no le permitía emprender un viaje, y principalmente, porque el sin ventura Maldonado había perdonado en sus últimos momentos á su hija, la había instituído su heredera universal, y había rogado con toda su alma á su cuñado no descansase hasta que encontrase á Patrocinio y la hiciese saber que él la había perdonado.

El conde de los Cabrales, como ya hemos dicho, permanecía principalmente por esto en Sevilla, y por sus excitaciones, la justicia no reposaba en sus investigaciones para encontrar á Patrocinio, que á pesar de todo no parecía.

El conde de los Cabrales salió de su casa á las ocho en punto de la mañana, y tomó el cambio de la catedral.

La tía Longina, que ella era la mendiga perlática de que hemos hablado, se puso en su seguimiento, no con gran fatiga, porque el conde de los Cabrales estaba todavía enfermo y avanzaba despacio.

La tía Longina le seguía haciendo la deshecha hasta que el conde llegó á Gradas, encaminándose á la puerta del Perdón de la catedral.

Entonces la tía Longina apresuró el paso, dando á conocer una gran destreza en el uso de las muletas, llegó al conde y se le puso delante.

El conde echó mano al bolsillo y la dió una peseta.

Le había conmovido el miserable estado de la horrible tía Longina.

—Dios se lo pague á usía,—dijo ésta,—y aquí tiene usía un memorial que usía se alegrará de ver, porque usía es muy caritativo y se le presenta la ocasión de hacer una buena obra.

El conde tomó la carta que la tía Longina le daba, y que no tenía sobre escrito, y la guardó.

En cuanto la hubo tomado, la tía Longina desplegó una tal agilidad y una tal fuerza, que no parecía sino que las muletas se la habían convertido en alas, y en pocos segundoc desapareció.

Causóle extrañeza al conde aquella fuga tan manifiesta, y como que el que huye teme, el conde de los Cabrales concibió la idea de que tal vez en aquella carta se le daban noticias de Patrocinio, y quien se las daba huía por no verse comprometido.

Sintió el conde una viva comezón por conocer el contenido de aquella carta.

Se metió por la puerta del Perdón en el claustro de la catedral, abrió la carta y la leyó.

Se sintió morir.

En vez del descubrimiento de Patrocinio, tenía el de los amores de su hija con el marqués de Casa-Vaquera.

El conde de los Cabrales se puso malo.

Guardó la carta, llamó al primer pobre que pasó junto á él, y apoyado en su brazo se volvió á su casa, y se metió en la cama pretextando que al entrar en la catedral le había acometido un vahido.

Esto nada tenía de extraño atendido lo quebrantado de la salud del conde.

Milagros acudió llena de solicitud, y su padre no la dijo una sola palabra, ni la dejó ver en manera alguna el más leve disgusto contra ella.

Aquella carta podía ser una calumnia, y el conde de los Cabrales necesitaba una prueba.

Don Miguelito fué á verle aquel día, y el conde, que tenía una gran fuerza de voluntad, se mostró con don Miguelito, como siempre, cortés y afectuoso.

Por la noche dijo á su ayuda de cámara Pepe:

—A las doce me avisas, porque tengo que tomar unas píldoras que me han dado, prometiéndome que recobraré la salud.

Pepe avisó á su amo á las doce.

—Vísteme,—dijo el conde;—para que las píldoras hagan provecho es necesario tomarlas al sereno, y he determinado ir á tomarlas al jardín. Bajaremos recatadamente, porque no hay necesidad de que se aperciban y crean otra cosa.

Pepe vistió á su amo, y cuando le hubo vestido, le dió el brazo, y silenciosamente bajaron al jardín.

Estamos en la noche en que don Miguelito causó los celos de Remedios al separarse de ella.

El conde, una vez en el jardín, mandó á Pepe se esperase, y adelantó recatadamente por entre los árboles sin causar el más leve ruído.

Se oía el murmullo de dos voces en la dirección de una de las rejas de las tapias del jardín.

Tan silenciosamente avanzaba el conde, y tan distraída y tan traspuesta estaba Milagros en su conversación con don Miguelito, que el conde pudo acercarse lo bastante para oir lo que los dos jóvenes hablaban.

La oscuridad de la noche le favorecía.

La conversación era grave en el momento en que el conde pudo oir.

—¡Ay, Miguel!—decía Milagros.—Tú has acabado por volverme loca; yo no pienso más que en tí, no vivo más que para tí, por tí soy capaz de todo.



—¡De todo! —exclamó Miguel.

—¡Oh, sí, de todo! —respondió Milagros.

El conde se puso de tal manera malo, que temía le diese un accidente que le denunciase.

El marqués de Casa-Vaquera le causaba miedo.

Le recibía y le trataba con cortesanía, y aun con solicitud, pero nunca le había pasado de los dientes adentro don Miguelito.

Por instinto le era antipático.

La sola idea de casar á su hija con el marqués aumentaba su malestar.

Por lo que había oído, había comprendido que nada grave que pudiese manchar su honor existía aún.

Hizo un esfuerzo, y se retiró tan silenciosamente como se había acercado.

Llegó á la puerta del jardín donde estaba Pepe, y le dijo:

—Subamos, subamos cuanto antes: un mal cristiano ha debido darme esas píldoras, porque la verdad es que en cuanto las he tomado me he puesto muy malo y me estoy muriendo.

En efecto, el pobre conde estaba que agonizaba.

Pepe se apresuró á conducirle, y tuvo que subirle casi en brazos por las escaleras.

Cuando estuvo en la cama el conde le dijo:

—Llama, llama al momento á la señorita, yo estoy muy malo.

—¡Malditas sean todas las píldoras del mundo!—dijo Pepe, que quería mucho á su amo.—Por eso dicen cuando ven á un hombre descoyuntado y reventando: «Vaya una píldora que le han dado á ese.»

Y Pepe se fué al cuarto de Milagros, y llamó á la puerta.

Acudió el ama de llaves y recibió el recado.

—Bueno, bueno,—dijo sofocada,—dígale usted al señor que la señorita va al momento.

Apenas se alejó Pepe, cuando el ama de llaves se puso rápidamente los zapatos, se envolvió en un pañolón y bajó desolada al jardín.

—Señorita,—dijo;—papá se ha puesto muy malo y llama á usted.

Don Miguelito se desesperó.

El ama de llaves había llegado en un momento en que perdida la paciencia, Caparrota, loco de amor por Milagros, estaba á punto de rendir la virtud de ésta y de obligarla á abrir el postigo.

Milagros, asustada, escapó con el ama de llaves.

—¡Ah!—exclamó don Miguelito.—Permita Dios que ese diablo de padre se muera.

Y se fué dado á los diablos.

Milagros había acudido al lado de su padre.

Este no la dijo una sola palabra.

Milagros se asustó verdaderamente porque su padre aparecía malo, y permaneció junto á él toda la noche.

Al amanecer, el conde, que parecía más tranquilo, la obligó á que se fuese á descansar.

Por la mañana, á pesar de su estado, que era todavía grave, el conde se fué á ver al arzobispo.

Le manifestó lo que le acontecía, y el prelado le dió una autorización para que se admitiese como educanda en el convento de las dueñas del Espíritu-Santo á Milagros.

El conde se volvió á su casa.

Hizo que llamasen á Milagros, que aún dormía, y cuando esta se presentó la dijo:

—Vístete, vamos á ver á tu tía Mónica á que me dé un escapulario bendito de nuestra Santísima Señora de los Desamparados, haber si esta bendita hace un milagro.

El conde temía una rebeldía, y para evitar una escena violenta se valía de un pretexto.

Nada sospechó Milagros.

Se vistió, sostuvo á su padre al bajar por las escaleras, y entró con él en un coche que los condujo al convento.

Doña Mónica acudió inmediatamente al recibimiento.

Las dueñas del Espíritu Santo eran señoras que, como las comendadoras de Santiago y de Calatrava, podían recibir hasta en sus celdas.

Pero generalmente los que la visitaban no pasaban del recibimiento general.

—Mi querida prima,—la dijo el conde después de los saludos,—yo estoy malo, muy malo, y temo que la muerte me sobrevenga de un momento á otro; probemos á ver si un escapulario de los de nuestra Señora de los Desamparados es más eficaz que todas las drogas con que me tienen perdido el estómago los médicos.

—¿Y quién lo duda, hijo?—exclamó la religiosa.—Yo te puedo contar uno tras otro más de cien milagros que yo he podido ver por mí misma, á causa de la virtud del santo escapulario de nuestra bendita madre de los Desamparados. Voy, voy á traértelo.

La religiosa se fué, y volvió á poco con un pequeño escapulario muy bordado de sedas de colores y lentejuelas, en el cual se veía una estampa de la Vírgen de los Desamparados.

—Te advierto,—dijo,—que este escapulario está bendito por su santidad, y que será bueno, muy bueno, que te prepares y hagas que te lo ponga un sacerdote. El padre Antequera, de los capuchinos, es muy á propósito para esto: es un santo varón que logra muchos favores del Señor; vete á visitarle de mi parte, y él te preparará para que te sea más provechoso este santo escapulario.

—Muchas gracias, Mónica,—dijo el conde, guardando cuidadosamente el escapulario en su cartera.—Vamos ahora á otra cosa. Si la voluntad del Señor es que yo fallezca de

esta enfermedad, inútil será todo lo que se haga, y como nosotros, míseros mortales, tenemos que contar con la instabilidad de nuestra vida, y yo me siento muy al cabo, te dejo aquí á Milagros temeroso de que me sobrevenga una muerte súbita y se quede sola y sin tener quien la consuele y la fortalezca.

Milagros se inmutó.

Su amor por don Miguelito se sublevó, y se resolvió á negarse con todas sus fuerzas á entrar en el convento.

—Todo eso está muy bien,—dijo doña Mónica;—pero nosotras no podemos recibir á Milagros sino mediante un mandato de su ilustrísima.

—Eso ya está andado,—dijo el conde, sacando de su cartera el mandamiento que le había dado el arzobispo.—Así, pues, contigo se queda Milagros; yo enviaré su equipaje y dinero para sus gastos.

—Es que yo no me separo de usted,—exclamó Milagros pronunciándose en su primera rebeldía;—yo no puedo apartarme de usted, papá, en el estado en que usted se halla.

—Por lo mismo, por la gravedad de mi estado, te quedas aquí,—dijo de una manera inalterable el conde.

—Pues no, no; yo no me quedo, yo no quiero.

—Niña, niña,—exclamó severamente doña Mónica,—en estas santas casas no se permiten rebeldías ni escándalos, y yo espero que no darás lugar á que se use de la severidad para contigo.

Milagros se encontró impotente, y se echó á llorar.

—Me adora la pobrecilla,—dijo el conde,—y no puede resignarse á separarse de mí en el estado en que me hallo. Pero consuélate, Milagros, nuestra santísima madre de los

Desamparados nos ayudará; yo espero sanar, hija mía, y en el momento en que sane volverás á casa.

Milagros comprendió que todo lo que dijese ó hiciese era inútil, y se entregó.

Cuando salió el conde se sintió muy mejorado.

Estaba tranquilo respecto á su hija.

La creía de todo punto segura en el convento.

Apenas llegó á su casa el conde, cuando entró Caparrota, que se mostraba muy solícito por el conde, y todos los dias iba á informarse del estado de su salud.

Al mismo tiempo veía á Milagros.

Pero aquel día no la vió.

—¿Y la señorita está enferma?—preguntó Caparrota no pudiendo ya contenerse.

—No, no señor,—contestó el conde de la manera más natural,—está muy buena, aunque no en casa, porque como me siento muy malo, temiendo un accidente que me prive de improviso de la vida, la he llevado al convento de las dueñas del Espíritu-Santo, donde yo no sé si usted sabe tenemos una parienta.

Don Miguelito encontró muy natural aquello; pero muy fastidioso para él, muy desesperante.

Veía verdaderamente enfermo al conde, y le dijo:

—Ha obrado usted con una gran prudencia tomando la precaución de llevar á esa señorita al lado de una parienta para que no pueda encontrarse sola si sobreviniese un acontecimiento funesto, que Dios no querrá sobrevenga; pero, ¿no habría un medio mucho mejor y que tranquilizaría á usted infinitamente más?

—No lo veo,—contestó el conde.

—Por ejemplo, si Milagros se casara.

—No he pensado en eso todavía, Casa-Vaquera,—dijo el conde.

—Y si yo dijese á usted que después del abandono de Patrocinio no he podido ser indiferente á las relevantes cualidades de Milagritos.

—Yo le daría á usted las gracias,—contestó el conde;—pero diría á usted que estoy resuelto mientras viva á no casar á mi hija sino después que haya cumplido sus veinticinco años; es muy niña: á su edad las mujeres no saben lo que se hacen: un casamiento debe meditarse mucho.

—¿De manera que usted rechaza mi petición?

—No, Casa-Vaquera, no, usted se equivoca: la acepto para de aquí á siete años: durante ese tiempo, Milagros permanecerá en el convento.

—Tenga usted en cuenta, señor don Leonardo, que yo tengo ya veintiocho años.

—Tendrá usted cuando se case treinta y cinco. Buena edad: el hombre debe llevar siempre cuando se case diez ó doce años á su mujer. Por lo demás, usted me causa un verdadero placer pidiéndome la mano de mi hija. Es usted un joven apreciabilísimo, morijerado, piadoso y buen caballero; puede usted considerarme desde ahora como á su padre.

—¡Oh, gracías, muchas gracias, señor don Leonardo!—dijo hipócritamente Caparrota, plegándose á las circunstancias, corriendo el tiempo y besando la mano conmovido al conde;—¿supongo que usted participará á su hija el compromiso que hemos contraído?

—No, no, Casa-Vaquera,—dijo el conde;—yo tengo mis ideas particulares: un padre no debe decirle á su hija acerca de estas cosas más que una sola palabra: «He dispuesto

que te cases;» y esto el día antes de la celebración del matrimonio.

—¡Oh, bien, muy bien!—exclamó Casa-Vaquera;—apruebo esa delicadeza. ¡Oh, y cuán largos me van á parecer esos siete años!

—Siempre es conveniente,—dijo el conde,—tomarse mucho tiempo para estas resoluciones que producen unos vínculos perpétuos. Así se probará usted á sí mismo mejor su amor. Ahora, vea usted lo que tiene que mandarme para Jerez: marcho hoy mismo.

Don Miguelito lo comprendió todo.

E conde debía haberse apercibido de sus amores con Milagros.

—Sin embargo, como no tenía seguridad de ello, no quiso aventurar nada.

—Pues cuente usted conmigo para acompañarle,—dijo;—se encuentra usted muy delicado, y yo no me quedaría tranquilo.

—Como usted quiera, Casa-Vaquera, como usted quiera; muchas gracias: esto aumenta mi satisfacción: es usted un joven inmejorable. Acepto. Prepare usted, pues, su equipaje para esta tarde.

Don Miguelito se despidió.

No podía sostener por más tiempo el violento papel que representaba.

La cólera, el despecho, el dolor le combatían.

Entonces comprendió que para él lo era todo, estaba sobre todo Milagros.

Necesitaba saber si el conde obraba de buena fe ó si había tomado una resolución enérgica á consecuencia de haber sabido sus amores con Milagros.

Si obraba de buena fe, don Miguelito esperaba seducirle, engañarle, reducir á un mes ó dos aquellos terribles siete años.

Don Miguelito sentía no solamente su dolor, sino el dolor de Milagros.

Sabía bien cuánto Milagros le amaba.

Debía haberse quedado desesperada en el convento.

Don Miguelito no se tomó ni aun el trabajo de ir á advertir á Patrocinio.

Milagros le absorbía completamente, le anulaba, y de tal manera estaba perturbado, aturdido por el tremendo golpe que acababa de recibir, que ni aun se le ocurrió informarse por medio de los criados acerca do si el conde sabía ó no de sus amores con Milagros.

El ama de llaves, con quien últimamente estaba en inteligencia don Miguelito, le hubiera podido informar.

Partió aquella tarde con el conde.

Al día siguiente tuvo noticias de la entrada de Milagros en el convento y de la partida de Miguelito acompañando al conde, Patrocinio.

Patrocinio se sintió humillada, ofendida, abandonada, y se decidió á todo.

Por su parte, la Remeditos que no había visto aparecer á su adorado, no sabía qué hacerse.

¿Qué le había sucedido?

Oreja y Media fué expedido á la casa del marqués.

Allí le dijeron que el marqués había ido á acompañar hasta Jerez á un amigo suyo, al señor conde de Cabrales.

—No hay que inquietarse,—dijo Oreja y Media;—cuando el señor Caparrota se ha ido con ese señor conde, es

que tiene entre manos algún buen negocio: él vendrá, que él no se pierde.

—Pues sería bueno saber,—dijo la Remedios,—si ese señor tiene mujer ó hijas de quien haya podido enamorarse mi Miguelito; conque anda, tú, Oreja y Media, y entérate.

Oreja y Media que en la casa del alcalde mayor era un zángano y tenía tiempo para todo, se fué á casa del marqués y pidió las señas de la casa donde había vivido en Sevilla el conde de los Cabrales.

Diéronselas.

Fuese allá y encontróse con que la casa estaba cerrada como sino hubiera habitado en ella nadie.

Pero no se deja una gran casa puesta y abandonada.

Alguien debía de haber dentro.

Oreja y Media llamó á la puerta, y al cabo de un siglo salió allá del interior una voz poco cortés preguntando qué era lo que se ofrecía.

Oreja y Media contestó:

—Un amigo.

Abrióse la puerta y apareció el portero, que extrañó no conocer á aquel amigo que se le presentaba de improviso.

—¡Como que usted no se va á tomar un cañaveral conmigo y una media docena de aceitunas y otra media docena de bocas!—le dijo en cuanto le vió.

—¿Y á qué santo todo eso?

—Al santo de que se necesitan algunas noticias; y ha de saber usted que esas noticias se pagan, porque aquí no queremos abusar de nadie.

—Hombre, pues vamos andando: échese usted fuera para

que yo cierre la puerta: me ha puesto usted en curiosidad. Veremos qué tripa se le ha roto á usted.

Y cambió la llave de adentro á fuera, cerró la puerta, y se fué con Oreja y Media, al montañés de la calle de Francos.

A poco que bebió y comió el portero, se le montó sobre su espíritu el otro espíritu de la manzanilla, y vomitó todo lo que sabía; esto es, que su amo había metido á la señorita Milagros en el convento de las dueñas del Espíritu-Santo, y que luego se había ido á Jerez acompañado del señor marqués de Casa-Vaquera, y llevándose toda la servidumbre sin dejar en la casa más que dos criados para la limpieza, y él, que era el portero, con su mujer.

—Y diga usted, compadre,—dijo Oreja y Media,—¿qué tales bigotes tiene la señorita?

—Eche usted, eche usted, eche usted,—dijo el portero,—que por mucho que usted eche se quedará usted corto. ¡Y con diez y seis años, que todavía no ha cumplido los diez y siete, y más alta que usted, y robusta! Vaya, llene usted esta cañita, que se me hace la boca agua.

Oreja y Media llenó la caña por tres veces al portero, y le excitó á que bebiese; le importaba que cantase de plano.

El no sabía una palabra acerca de los amores de don Miguelito, ni con Milagros ni con Patrocinio.

El secreto de la existencia de esta última en poder de don Miguelito, le conocía únicamente el tío Carcañales y la media docena de bandidos que hacían las veces de aperador y de mozos en el cortijo.

Estos bandidos no estaban absolutamente en comunicación con Oreja y Media.

Oreja y Media pertenecía, como sabemos, á la cuadrilla

inmediatísima y reducida de don Miguelito; pero la asociación era mayor.

Don Miguelito conocía las otras secciones, y los de las secciones conocían á don Miguelito; pero estas secciones no se conocían entre sí.

Aquella era de todo punto una asociación secreta.

Había en ella ladrones de todas las esferas, de todas las categorías, rateros de puerta de iglesia, estafadores, ganchos, etc., etc.

Pero el tío Carcañales, que era, por decirlo así, administrador general de don Miguelito respecto á esta gente, los conocía á todos, y todos le conocían á él.

Todos ellos eran criminales que burlaban la justicia, pertenecientes á lo último de la canalla.

Entre esta gente había elegido el tío Carcañales los que le habían parecido más á propósito para que entre ellos estuviese perfectamente oculta en el cortijo Patrocinio.

Por consecuencia, Oreja y Media no sabía nada acerca de esto.

Por lo mismo, y para saber lo más posible acerca de los amores que había tenido en la calle de Francos don Miguelito, y hacerse si podía con una prenda, excitaba al portero, que aprovechaba la ocasión y bebía á sus anchas.

—Por supuesto,—dijo Oreja y Media,—que siendo tan hermosa su señorita de usted, el señor marqués de Casa-Vaquera no podría estarse sin quererla.

—Calle usted, compadre,—dijo el portero,—que hay cosas que no deben decirse; pero á los amigos se les cuenta todo, y más cuando los amigos son tan completos como usted.

—Muchas gracias, compadre; pero suelte usted, hombre, suelte usted,—dijo Oreja y Media.

—Pues mire usted, amigo,—añadió el portero;—la señorita Milagros y el señor marqués se querían, pero el amo no sabía nada; el ama de llaves tapaba á la señorita, y la señorita bajaba cada tres noches á una de las rejas del jardín á pelar la pava con el señor marqués de Casa-Vaquera, y allí se estaban los dos como dos tórtolos hasta que amanecía. Esto lo sabíamos todos los criados; pero como el señor marqués *arriaba* la *mosca* en grande, y no tenía nada de particular que la señorita y el señor marqués se quisiesen y estuviesen enamorados como dos locos, los criados nos callábamos y el amo no sabía una palabra.

—Pero, diga usted, compadre; siendo el señor marqués y su amo de usted tan amigos, ¿á qué andaba el marqués con esos tapujos?

—En esto había su intríngulis,—dijo el portero;—porque ha de saber usted, compadre, que antes de querer el señor marqués de Casa-Vaquera á la señorita Milagros, había querido á otra señorita que había en casa, á la señorita Patrocinio.

—¿Por qué ha dicho usted, compadre, una señorita que había en casa? ¿Por ventura, esa señorita se ha muerto?

—No, hombre, no; pero esa señorita se ha escapado, y como gota de agua que cayó en la mar; por más que se ha hecho no se ha podido dar con ella, y tal sentimiento cogió por esto su padre, que era mi amo, que se murió; y á mí no hay quien me quite que quien se llevó á la señorita Patrocinio fué el señor marqués de Casa-Vaquera, que era su novio.

—Hombre, pues si era su novia, ¿para qué se la llevó?—dijo Oreja y Media.

—Le diré á usted, amigo; yo tengo para mí que siendo

novio de la señorita Patrocinio, el señor marqués se enamoró de la señorita Milagros, y como no se podía casar con las dos, se llevó á la señorita Patrocinio de una manera tan secreta y con tanto aquél, que nadie se ha atrevido ni aun á sospechar que el señor marqués de Casa-Vaquera ha sido quien se la ha llevado. El señor marqués se hizo tan de nuevas cuando se lo contaron como si se la hubiera llevado otro, y se sofocó, y se echó á buscar por su parte á la señorita Patrocicio, que no pareció; y desde entonces siguió pelando la pava cada tres noches con la señorita Milagros, que yo lo olía, porque á mí no se me escapa nada de lo que pasa en la casa. ¿Y cómo quiere usted que sabiendo el señor conde de los Cabrales que había habido un compromiso muy serio entre su sobrina la señorita Patrocinio y el marqués de Casa-Vaquera, le pidiese en casamiento á la señorita Milagros, cuando hacía cuatro días que la señorita Patrocinio se había perdido?

—¿Pues sabe usted que no es cosa de pillo que digamos ese señor de Casa-Vaquera? Ya se las ha compuesto él de manera que se ha quedado con las dos.

—¡Y si viera usted, compadrito,—dijo el portero,—qué buena fama tiene el señor marqués de Casa-Vaquera! Todos le creen un santo. Anda, anda; si nos preguntaran á los criados, ya diríamos otra cosa. ¡Quiá, hombre, si se pierde de vista el tal marquesito! Y luego es tan rumboso, que no había más que callar y servirle.

—¿Conque, es decir, que el señor marqués tenía en esa casa dos novias; que ha hecho noche á la una, y que si no se ha llevado á la otra es porque se ha metido en un convento?

—Sí, señor, sí,—dijo el portero;—yo tengo para mí que

si el señor conde de los Cabrales ha metido en el convento á la señorita Milagros, ha sido por que ha olido algo.

—Hombre, eso no puede ser,—dijo Oreja y Media,—porque si ese señor se hubiera enterado de que su hija tenía unos malos amores con el marqués de Casa-Vaquera, y por esto la hubiera metido á ella en un convento, no hubiera seguido siendo amigo del marqués, ni mucho menos hubiera consentido que éste le acompañase en el viaje.

—Calle usted, hombre, que usted no conoce á estas gentes de campanillas,—dijo el portero;—por no dar su brazo á torcer y por tapar lo que no quieren que se sepa, son capaces de estar fingiendo desde ahora hasta el siglo que viene. ¡Y buenas andan las señoritas! peor que las pobres; calle usted, hombre, esto es un escándalo.

—Como que están bien mantenidas, mano sobre mano, en algo han de entretenerse,—dijo Oreja y Media.—En fin, muchas gracias, compadre, por todo lo que usted me ha contado. ¿Quiere usted beber más?

—No, señor, basta ya, porque ya se me sale.

Y Oreja y Media se salió sin pagar.

El portero estaba pesado, había tardado en levantarse, y como el montañés había visto que se quedaba uno, no detuvo al que salía.

—Anda y componte allá como puedas,—dijo Oreja y Media apretando el paso,—que no tengo mi dinero para gastarlo por tontos.

Oreja y Media estaba en el lleno de sus funciones en aquel momento; había cometido el doble robo de una historia y aún el del valor de lo que había comido y bebido; y todo esto con la circunstancia agravante y fea de la premeditación.

El portero no tuvo más remedio que dejar en deuda el gasto, en lo cual no tuvo inconveniente el montañés, porque era un vecino.

—¡Juro á Dios,—exclamó cuando salía haciendo eses,—que como yo vuelva á echarle la vista encima á ese pillo, me cobro en sus orejas!

—En oreja y media, se cobrará usted, compadre,—dijo el montañés,—porque al *gachó* le han comido de un bocado media oreja.

—Pues como ha reparado usted en eso, compadre,—dijo el portero,—¿por qué no ha reparado usted que él era el que me convidaba, y le ha dejado usted salir sin que pague?

—Perdone usted, compadre, que esto ha sido una inadvertencia,—dijo el montañés;—ya tendré cuidado para otra vez. ¿Conque sabe usted? son cincuenta y tres reales y diez maravedís.

—¡Cincuenta y tres rayos y diez puñaladas en los bofes para usted y para él! Y oiga usted, compadre, cíteme usted á juicio, que yo le pongo á usted pleito.

—Bueno, vaya usted con Dios, compadre, que asi que duerma usted la mona entrará usted en razón. Conque hasta mañana. Pero oiga usted, venga usted acá, se me ocurre una cosa.

—¡Ah!—dijo el portero.—Ya sabía yo que se le había de ocurrir á usted que yo no tengo obligación de pagar un gasto que no he hecho.

—No señor, hombre, no es eso; es que, hablando formalmente, y no obstante que usted me tiene que pagar, pero arriba, esos cincuenta y tres reales y diez maravedís, me parece á mi que toda esa conversación que ha tenido con

usted ese gachó ha sido *paripe* para enterarse de que se ha quedado usted solo en la casa con dos criados.

—Hombre, calle usted,—dijo el portero;—que va usted á dar lugar á que yo no pueda ni dormir esta noche.

—Compadre; el mocito tiene cara de *afanaor*, y de los finos; y como en la casa se habrán quedado cosas de valor...

—¡Pues ahí es nada!—dijo el portero.—La bajilla de plata, los cubiertos, que son veinticuatro docenas, sin contar seis docenas que hay de oro con sus cuchillos, y las alhajas de oratorio.

—Pues, compadre, á velar, y créame usted, lo mejor que usted tiene que hacer es irse ahora mismito á casa del señor alcalde mayor, que es muy bueno y oye á todo el mundo que va á ampararse de él, y contarle lo que á usted le ha pasado, y dar las señas de que al tal le falta media oreja; los alguaciles darán con él.

—Venga la mano, compadre;—dijo el portero;—mire usted; se me ha quitado la chispa; y lo que es los cincuenta y tres reales y diez maravedís no los pago yo. Ea, y quede usted con Dios, que me voy ahora mismo á casa del señor alcalde mayor á pedirle una audiencia.

—Y enseguida se la da á usted, porque, se lo repito á usted, es muy bueno y muy justiciero.

El portero, á quien la sofocación de haberse empeñado en los cincuenta y tres reales y diez maravedís había neutralizado mucho los efectos de la chispa que había cogido, se fué á su casa, se puso su vestido más decente, es decir, su librea más nueva, y se fué casa del alcalde mayor.

Oreja y Media estaba en aquellos momentos encerrado con la Remedítos, asegurándola que el señor conde de los Cabrales, no tenía ni mujer, ni hija, ni nada que á hembra

pareciese, buena ni mala, y que si el marqués se había acompañando al señor conde de los Cabrales había sido duda á causa de un compromiso.

Se comprende esto. Oreja y Media era demasiado pillo a no evitar el verse metido en enredos con don Milito.

En esta conversación estaba con la Remedios, cuando de los alguaciles del alcalde mayor, fué á llamarle ur temente de parte de éste.

—¿Qué tripa se le habrá roto á su señoría?—dijo tranlamente Oreja y Media.

Y se fué al despacho de su amo; pero al entrar en él se dó hecho una estátua; á un lado, muy cuadrado y muy petuoso, estaba el portero y al otro el alcalde mayor con justicia en la mano; es decir, con la gruesa y larga caña Indias con puño de oro y borlas, que equivalía por su gnitud á una estaca.

—¿Es éste,—dijo el alcalde mayor al portero,—el homde oreja y media, con quien te ha pasado ese trabajo? ro no, no me respondas, harto claro me lo está diciendo confusión y el atortolamiento de ese pícaro. Venga usacá.

—Señor,—exclamó Oreja y Media reponiéndose,—si yo he aturdido es de cólera porque ese hombre es un crinal, á quien usía debe meter en la cárcel, formarle causa charle á presidio.

—¿A mí? ¿Y por qué? ¡Vaya una desvergüenza!—excla el portero.

—¡Silencio!—exclamó el alcalde mayor, encarándose él.—Me parece á mí que mi mayordomo tiene razón, rque es capaz de cualquier cosa y está dejado de la mano

usted ese gachó ha sido *paripe* para enterarse de que se quedado usted solo en la casa con dos criados.

—Hombre, calle usted,—dijo el portero;—que va us á dar lugar á que yo no pueda ni dormir esta noche.

—Compadre; el mocito tiene cara de *afanaor*, y de finos; y como en la casa se habrán quedado cosas de valor

—¡Pues ahí es nada!—dijo el portero.—La bajilla plata, los cubiertos, que son veinticuatro docenas, sin c tar seis docenas que hay de oro con sus cuchillos, y las hajas de oratorio.

—Pues, compadre, á velar, y créame usted, lo me que usted tiene que hacer es irse ahora mismito á casa señor alcalde mayor, que es muy bueno y oye á todo mundo que va á ampararse de él, y contarle lo que á us le ha pasado, y dar las señas de que al tal le falta me oreja; los alguaciles darán con él.

—Venga la mano, compadre;—dijo el portero;—m usted; se me ha quitado la chispa; y lo que es los cincue y tres reales y diez maravedís no los pago yo. Ea, y qu usted con Dios, que me voy ahora mismo á casa del se alcalde mayor á pedirle una audiencia.

—Y enseguida se la da á usted, porque, se lo repit usted, es muy bueno y muy justiciero.

El portero, á quien la sofocación de haberse empeñ en los cincuenta y tres reales y diez maravedís había n tralizado mucho los efectos de la chispa que había cogi se fué á su casa, se puso su vestido más decente, es de su librea más nueva, y se fué casa del alcalde mayor.

Oreja y Media estaba en aquellos momentos encerr con la Remedítos, asegurándola que el señor conde de Cabrales, no tenía ni mujer, ni hija, ni nada que á hem

se pareciese, buena ni mala, y que si el marqués se había ido acompañando al señor conde de los Cabrales había sido sin duda á causa de un compromiso.

Se comprende esto. Oreja y Media era demasiado pillo para no evitar el verse metido en enredos con don Miguelito.

En esta conversación estaba con la Remedios, cuando uno de los alguaciles del alcalde mayor, fué á llamarle urgentemente de parte de éste.

—¿Qué tripa se le habrá roto á su señoría?—dijo tranquilamente Oreja y Media.

Y se fué al despacho de su amo; pero al entrar en él se quedó hecho una estátua; á un lado, muy cuadrado y muy respetuoso, estaba el portero y al otro el alcalde mayor con la justicia en la mano; es decir, con la gruesa y larga caña de Indias con puño de oro y borlas, que equivalía por su magnitud á una estaca.

—¿Es éste,—dijo el alcalde mayor al portero,—el hombre de oreja y media, con quien te ha pasado ese trabajo? Pero no, no me respondas, harto claro me lo está diciendo la confusión y el atortolamiento de ese pícaro. Venga usted acá.

—Señor,—exclamó Oreja y Media reponiéndose,—si yo me he aturdido es de cólera porque ese hombre es un criminal, á quien usía debe meter en la cárcel, formarle causa y echarle á presidio.

—¿A mí? ¿Y por qué? ¡Vaya una desvergüenza!—exclamó el portero.

—¡Silencio!—exclamó el alcalde mayor, encarándose con él.—Me parece á mí que mi mayordomo tiene razón, porque es capaz de cualquier cosa y está dejado de la mano

de Dios el que se atreve á levantar la voz delante de mí.

Y como el alcalde mayor blandiese su bastón, el portero creyéndose perdido, fué á ganar la puerta; pero Oreja y Media le detuvo, y exclamó:

—¿Qué más pruebas de su maldad que el ponerse en fuga en cuanto le ha apercibido usía? Este hombre es un pícaro, este hombre ha querido sobornarme, este hombre se ha quedado solo en la casa de su amo, donde hay grandes riquezas...

—En efecto,—dijo el alcalde mayor;—él me ha hablado de un bajilla de plata, de no sé cuantas docenas de cubiertos, de alhajas de oratorio y de vasos sagradoa.

—Cabalmente, señor; este pícaro, sabiendo que yo estaba al servicio de usía, y que había sido alguacil, creyendo que yo era un ladrón como él, ha venido á buscarme para decirme que él iba á venir á decir á usía...

—Me parece que os voy á meter á los dos en la cárcel, —dijo el alcalde mayor.—porque tú estás aturdido Francisco, no sabes lo que te dices y no te se ocurre el cuento para disculparte.

—Yo suplico á usía,—exclamó el portero,—que mande venir al tio Sopas Crudas, montañés de la calle de Francos, que él ha oído toda la conversación, y no tiene usía más que preguntarle á solas ó delante de nosotros, y él dirá á usía; verá que yo no he mentido, y que este mal hombre ha ido por lo ménos á divertirse conmigo, y á comer y á beber á mi costa lo cual es un robo.

—¡Hola! Juan Capuchín,—dijo el alcalde mayor,—agárrame á estos dos, enciérralos en el sótano, y enseguida vete y tráete de orden mía, al momento, al tio Sopas Crudas, montañés de la calle de Francos.

Oreja y Media no se atrevió á replicar. El portero no ıía para que decir una palabra, puesto que se preparaba a información que debía manifestar su inocencia, y am-s siguieron á Juan Capuchín.

El alcalde mayor se quedó preocupado no le gustaba gran ;a haber cogido en un mal paso á Oreja y Media, en quien sta entonces había tenido una absoluta confianza.

A más de esto, Oreja y Media había sido y era su con-ente.

El alcalde mayor temía divulgase los manejos á que ha-ı sucumbido por la Remeditos; pero era necesario de todo nto hacer justicia.

Los magistrados no pueden tener debilidades, porque as debilidades pueden ponerlos en un conflicto.

Para entretener su inquietud el alcalde mayor, se puso ıojear unos autos, mientras llegaba el tio Sopas Cru-s.

Llegó al fin éste, y se presentó tranquilo al alcalde yor.

—Usted tiene, sin duda,—le dijo éste,—un nombre s decente que el de tío Sopas Crudas.

—Sí, señor, sí, para servir á usía,—contestó el tío Sopas udas;—yo me llamo Blas Ledesma, humildísimo servidor usía.

—Y antes de Dios,—dijo el alcalde mayor;—se van ol-lando las buenas palabras y la buena crianza; en otros mpos se decía: servidor de Dios y de usted. Pero vamos caso. ¿Qué edad tiene usted?

—Sesenta y dos años, señor, para servir á Dios y á usía.

—Así, así, eso es. ¿Su estado de usted?

—Casado, señor, para servir á Dios...

de Dios el que se atreve á levantar la voz delante de mi

Y como el alcalde mayor blandiese su bastón, el porter creyéndose perdido, fué á ganar la puerta; pero Oreja Media le detuvo, y exclamó:

—¿Qué más pruebas de su maldad que el ponerse en fug en cuanto le ha apercibido usía? Este hombre es un pícarc este hombre ha querido sobornarme, este hombre se ha que dado solo en la casa de su amo, donde hay grandes rique zas...

—En efecto,—dijo el alcalde mayor;—él me ha hablad de un bajilla de plata, de no sé cuantas docenas de cubiertos de alhajas de oratorio y de vasos sagradoa.

—Cabalmente, señor; este pícaro, sabiendo que yo estab al servicio de usía, y que había sido alguacil, creyendo qu yo era un ladrón como él, ha venido á buscarme para de cirme que él iba á venir á decir á usía...

—Me parece que os voy á meter á los dos en la cárce —dijo el alcalde mayor.—porque tú estás aturdido Fran cisco, no sabes lo que te dices y no te se ocurre el cuent para disculparte.

—Yo suplico á usía,—exclamó el portero,—que manc venir al tio Sopas Crudas, montañés de la calle de Francos que él ha oído toda la conversación, y no tiene usía mā que preguntarle á solas ó delante de nosotros, y él dirá usía; verá que yo no he mentido, y que este mal hombre h ido por lo ménos á divertirse conmigo, y á comer y á bebe á mi costa lo cual es un robo.

—¡Hola! Juan Capuchín,—dijo el alcalde mayor,—ag rrame á estos dos, enciérralos en el sótano, y enseguida ve y tráete de orden mía, al momento, al tio Sopas Cruda montañés de la calle de Francos.

Oreja y Media no se atrevió á replicar. El portero no tenía para que decir una palabra, puesto que se preparaba una información que debía manifestar su inocencia, y ambos siguieron á Juan Capuchín.

El alcalde mayor se quedó preocupado no le gustaba gran cosa haber cogido en un mal paso á Oreja y Media, en quien hasta entonces había tenido una absoluta confianza.

A más de esto, Oreja y Media había sido y era su confidente.

El alcalde mayor temía divulgase los manejos á que había sucumbido por la Remeditos; pero era necesario de todo punto hacer justicia.

Los magistrados no pueden tener debilidades, porque estas debilidades pueden ponerlos en un conflicto.

Para entretener su inquietud el alcalde mayor, se puso á hojear unos autos, mientras llegaba el tio Sopas Crudas.

Llegó al fin éste, y se presentó tranquilo al alcalde mayor.

—Usted tiene, sin duda,—le dijo éste,—un nombre más decente que el de tío Sopas Crudas.

—Sí, señor, sí, para servir á usía,—contestó el tío Sopas Crudas;—yo me llamo Blas Ledesma, humildísimo servidor de usía.

—Y antes de Dios,—dijo el alcalde mayor;—se van olvidando las buenas palabras y la buena crianza; en otros tiempos se decía: servidor de Dios y de usted. Pero vamos al caso. ¿Qué edad tiene usted?

—Sesenta y dos años, señor, para servir á Dios y á usía.

—Así, así, eso es. ¿Su estado de usted?

—Casado, señor, para servir á Dios...

—Basta, basta; no hay que decirlo tantas veces, que ya cansa. ¿Profesión ú oficio?

—Montañés en la calle de Francos, número 13, casa que ofrezco á usía; sobre todo tengo una magnífica manzanilla del Puerto siempre fresca, y si usía se proveyera de mi casa...

—La tengo propia, y además de eso no la bebo.

—Perdone usía.

—No hay de qué; pero en lo sucesivo absténgase de decir aquello que no tiene nada que ver con la pregunta que se le haga, que de otra manera no acabaremos nunca.

—Perdone, usía, señor.

—No hay de qué. ¿Pero por dónde íbamos? Con estas divagaciones se me han perdido las especies. ¡Ah! sí; estábamos en lo de profesión ú oficio. ¿Naturaleza?

—Estepona.

—¿Es usted católico apostólico romano?

—Sí, señor, y de los viejos.

—Muy bien. ¿Tiene usted carta de seguridad?

—Sí, señor.

—A verla.

El montañés sacó un papel muy ajado, y lo presentó al corregidor.

—Esto está indecente,—dijo el marqués de la Pampanera, que era muy limpio, sosteniendo con la extremidad de los dedos aquel grasiento papel.—Lo tendré presente para girar una visita á su tienda de usted, porque si tiene usted las cacerolas tan limpias como la carta de seguridad, son un peligro para la salud pública. Por lo pronto, dos ducados de multa por falta de limpieza. Tome usted esa pigricia.

Empezó á parecerle no tan bueno como antes el corregidor, al tío Sopas Crudas.

—Haga usted la cruz,—dijo el alcalde mayor.

Hizo la cruz el tío Sopas Crudas.

—¿Jura usted á Dios y á esa cruz,—dijo el alcalde mayor,—decir verdad en cuanto le fuere preguntado?

—Sí juro.

—Ahora bien,—dijo el alcalde mayor.—¿Han ido, como hace una hora, á comer y beber á su casa de usted Nicolás Pancorto, portero de la casa del difunto don Pedro de Maldonado, y un tal Curro Lascano?

—Sé quien es el primero de quien usía me habla; pero no sé el nombre de la persona que ha estado con él en mi casa comiendo y bebiendo como hace una hora.

—¿Usted ha reparado en un defecto de ese hombre, según me ha dicho Nicolás Pancorto?

—Sí, señor; á ese hombre le falta media oreja.

—Pues bien; ese hombre, á quien le falta media oreja, y á quien ha reconocido Nicolás Pancorto, se llama Curro Lascano.

—Un pillo, señor alcalde mayor, un ladrón,—dijo el montañés.

El alcalde mayor tomó nota.

No necesitaba se le pidiese escribiese aquellas palabras como hace un diputado cuando no le gusta lo que de él dice otro colega.

—Pillo, ladrón, ¿eh?—dijo el alcalde mayor.—Ya volveremos á eso.

—Sí, señor, sí,—dijo el tío Sopas Crudas:—para mí ese individuo no es otra cosa que un echadizo de ladrones.

Volvió á escribir el alcalde mayor.

—Echadizo de ladrones, ¿eh? Veamos ahora: ¿quién convidaba á quién?

—Por lo que yo entendí,—dijo el tío Sopas Crudas,—el que convidaba era el de la oreja y media.

—¿Y es cierto,—preguntó el alcalde mayor,—que cuando ambos individuos se cansaron de comer y beber, Curro Lascano se salió sin pagar?

—Sí señor.

—Pues usted es cómplice de una estafa, porque usted debió detener al convidante, puesto que le constaba que delinquía abusando de la buena fe del convidado.

—Yo no tenía necesidad, señor alcalde mayor, de meterme en contestaciones con un hombre de muy mala cara.

El alcalde mayor volvió á escribir.

—¿De muy mala cara, eh? ¿Y usted oyó lo que hablaron mientras comían y bebían esos individuos?

—Sí señor,—contestó el tio Sopas Crudas.

—Dígame usted lo más fielmente que pueda lo que recuerde de su conversación.

El tio Sopas Crudas, que debía tener muy buena memoria, repitió casi literalmente al alcalde mayor lo que habían hablado el portero y Oreja y Media.

—¿Y no hablaron ni más ni ménos?—dijo el alcalde mayor.

—No señor.

—¿Y es cierto que usted exigió á Nicólás Pancorto le pagase cincuenta y tres reales y diez maravedís que había importado el gasto?—dijo el alcalde mayor, consultando una nota.

—Considere usía, señor alcalde mayor,—dijo el tio So-

pas Crudas, ya medio mareado,—que alguien me había de pagar á mí.

—¿Es cierto,—dijo el alcalde mayor, consultando de nuevo la nota,—que usted indicó á Nicolás Pancorto, que el hombue que le había jugado aquella mala pasada, tenía media oreja de ménos?

—Sí señor.

—¿Y es cierto que usted inspiró á Nicolás Pancorto el temor de que Francisco Lascano le hubiese llevado á su casa de usted y convidado para informarse como un ladrón de si estaba bien ó mal guardada la casa?

—Sí señor, yo cumplía con mi obligación.

—¿Y qué indicios tenía usted, ó qué motivos para aventurar tales suposiciones?

—La media oreja que le falta á ese individuo.

—De manera, que si á mí,—dijo el alcalde mayor,—un perro se me lleva la punta de la naríz, solamente por esto, se creerá usted autorizado para suponerme facineroso.

—De ninguna manera, señor.

—¿Pues y qué diferencia hay? ¿Acaso los perros, ó los que muerden, respetan categorías ni cargos para morder?

—Señor alcalde mayor; yo puedo haberme equivocado, y la verdad sea dicha, yo no tuve otra intención que la de divertirme con Nicolás Pancorto.

—Eso es; después de hacerle pagar lo que no debía, lo cual es un delito, aun le quedaba á usted humor para divertirse con él. Y no solamente esto, sino que para divertirse, calumniaba usted á un prójimo que indudablemente había hecho muy mal en abusar de Nicolás Pancorto convidándole y haciéndole pagar el gasto; pero que no por esto podía considerársele como ladrón ó fautor de robos.

—Señor alcalde mayor, yo confieso que me he excedido.

—Visto,—dijo el alcalde mayor.—Ahora bien, usted pagará dos ducados de multa por puerco y por irreverente, porque solamente un puerco pone en tal estado su carta de seguridad, y es una gran irreverencia presentar una tal cosa asquerosa á una autoridad superior. Item,—añadió el alcalde mayor, consultando la nota.—Por haber dejado salir al Francisco Lascano sin pagar, cuando á usted le constaba que era él el que había convidado, una multa equivalente al cuádruplo del gasto; es decir, de doscientos trece reales y seis maravedís. Item. Por haber calumniado sin prueba alguna á un hombre de bien, salvo lo del abuso ejercido contra el portero, doscientos veinte reales, ó sean veinte ducados. Item. Por la burla hecha al portero y por haberle enviado con ella á mi autoridad, veinticinco ducados y quince días de cárcel. ¡Hola! Juan Capuchín.

Entró el alguacil de guardia.

Que se lleven á este hombre á la cárcel y le metan en un encierro.

El tio Sopas Crudas salió maldiciendo para sus adentros la hora en que se le ocurrió divertirse con Nicolás Pancorto.

—¡Juan Capuchín!—dijo el corregidor cuando hubo pasado algún tiempo.

Volvió á presentarse el alguacil.

—Tráeme al momento á los dos que están en el sótano.

Juan Capuchín volvió á poco trayendo á Oreja y Media y al portero.

—Tú,—dijo el corregidor que tuteaba á Nicolás Pancor-

to, porque pertenecía á la gente de librea,—eres un bribón, porque al primero que te convida le cuentas la historia de tus amos, echando por tierra la reputación de una ilustre familia; así, pues, y para que escarmientes, yo te impongo una multa de veinte ducados, que entregarás inmediatamente al alguacil que va á acompañarte, y de no entregárselos sufrirás veinte días de cárcel. Y no te encauso y te echo á presidio por calumniador infame, porque no quiero salgan en el proceso tus calumnias y queden escritas, que la mancha de la calumnia no se borra nunca. Juan Capuchín, que un alguacil acompañe á éste, y si éste no le entregare inmediatamente veinte ducados, que lo lleve á la cárcel.

Juan Capuchín se llevó á Nicolás Pancorto.

Se quedaron solos el alcalde mayor y Oreja y Media.

Llegaba lo duro para el alcalde mayor.

Su severidad se contenía ante Oreja y Media, porque le había metido demasiado en su confianza, y para asuntos no muy honestos.

—¿Sabes,—le dijo,—que ignoraba yo de todo punto la alhaja que tú eras?

—Aquí hay una equivocación, señor,—dijo Oreja y Media;—yo no he querido pegarle ninguna tostada al portero, sino que cuando fuí á pagar me encontré conque me había dejado el dinero en casa, y me salí para venir por el dinero y nada más.

—Bien puede ser eso verdad,—dijo el alcalde mayor, que se veía obligado á ser indulgente con Oreja y Media;—pero esas cosas se dicen, se advierten, se deja una prenda, ó se viene acompañado de una persona de la casa.

—Como está cerca, señor, se me ocurrió que era mejor que yo viniera sin dar mi brazo á torcer.

—¿Juras, Curro, que no fué tu intención abusar de Nicolás Pancorto?

—Lo juro á siete cruces, señor.

—Y vamos ahora á otra cosa. ¿Qué te importa á tí de las historias de nadie? ¿Qué tenías tú que averiguar si el marqués de Casa-Vaquera tenía ó no amores con esta ó con la otra?

—Le diré á usía, señor, esto ha sido una obra de caridad.

—¡Curro, Curro! No tan calvos que se nos vean los sesos. ¿Obra de caridad llamas tú el ir á enterarse de las vidas ajenas?

—¡Ay, señor alcalde mayor, que yo tengo las entrañas muy blandas, y hay una pobrecita criatura que se está muriendo á chorros por el señor marqués de Casa-Vaquera!

—¡Hombre, hombre! ¿Quién es esa desgraciada criatura?

—Una criatura muy hermosa, que usía conoce mucho y que estima mucho.

—¿Es verdad eso, Curro?

—Que Dios no me asista á la hora de mi muerte si no es verdad que usía conoce á la hermosa criatura que se está muriendo por el señor marqués.

—Vamos, vamos, no jures de una manera tan atroz, Curro, ¿Y quién es esa señora?

—A usía se le puede decir, porque usía guardará el secreto; esa señora es la marquesa de Casariegos.

—¡Hombre, hombre! es verdad, hubo un tiempo antes de la puñalada que la señora recibió, en que el marqués de Casa-Vaquera la visitaba asíduamente.

—Sí, señor, sí, y hubo amoríos largos, y yo creo que hasta compromisos. Lo digo, porque la señora marquesa está muy atosigada, y como la señora marquesa tenía celos y necesitaba saber si sus celos eran verdad, se informó de quien podría servirla para meterse en averiguaciones, y como yo tengo fama de listo y á mí me conoce todo el mundo en Sevilla, la hablaron de mí, y me llamó y me dijo lo que quería, y como yo la ví tan atosigada, se me ablandaron las entrañas; y vea usía por qué yo digo que al meterme á saber vidas ajenas lo he hecho por caridad.

—Vaya, bueno, Curro, no vuelvas á dar oidos á una caridad tan indiscreta, ni convides á nadie sin asegurarte antes de que llevas dinero. Que no vuelvan á repetirse estas cosas, porque mira que si hoy soy blando contigo, otra vez te meto en la cárel.

—Descuide usía, que no volveré yo á comprometerme por nadie.

—De todos modos,—dijo el alcalde mayor,—tu falta es perdonable; porque ha producido un bien; hemos descubierto que el señor marqués de Casa-Vaquera es un libertino, y aún más un criminal, porque hay una voz que dice que él ha sido el seductor, el raptor de una desgraciada criatura, á quien Dios perdone, porque ha causado la muerte de su padre. Curro, tu eres el mejor de mis alguaciles; á tí no te se escapa nada; cuando vuelva de Jerez el marqués de Casa-Vaquera, vigílale; cuenta con doscientos ducados de mi bolsillo, Curro, si observando al marqués de Casa-Vaquera logras descubrir el paradero de doña Patrocinio de Maldonado; yo no puedo olvidarme de que su pobre padre al morir me recomendó no reposase hasta encontrar á su hija. Vete.

Oreja y Media había salido mejor librado de lo que creía por el momento; pero se encontraba metido ya en los enredos que había querido cortar con don Miguelito.

La tunantada de Oreja y Media contra Nicolás Pancorto, podía producir funestos resultados.

El alcalde mayor sospechaba ya que don Miguelito hubiese sido el raptor de Patrocinio.

CAPITULO XXVII

De cómo Oreja y Media aprovechaba las ocasiones.

Y no era esto solo. Remedios era una especie de sombra en la casa del alcalde mayor, que entraba y salía por todas partes, silenciosa como un gato, y lo oía todo, lo atisbaba todo, lo sorprendía todo; así es que desde el momento en que el alcalde mayor llamó á Oreja y Media, Remedios se puso en acecho junto á una puerta de escape del despacho del alcalde mayor, y oyó todo lo que el alcalde mayor habló desde aquel momento con los tres indivíduos.

Resultaba, pues, que Oreja y Media la había engañado, diciéndola que el señor que vivía en la casa número 13 de la calle de Francos, no tenía ni mujer ni hija ni cosa que á hembra se pareciese, sino por el contrario, que tenía una hija hermosísima y una sobrina no menos hermosa, que querían á don Miguelito y de las cuales la una con don Miguelito se había ido, y la otra había sido metida por su padre en un convento.

No necesitaba más Remedios, que estaba enamorada hasta las entrañas de don Miguelito, y no podía vivir sin él, para ponerse terrible.

Oreja y Media había supuesto lo que había sucedido; esto es, que Remedios se había puesto á escuchar y lo sabía todo.

Vió, pues, que la tormenta se le venía encima, y huyó el bulto plantándose en lo ancho del rey, y echándose á vagar sin dirección, sin más objeto que no verse frente á frente de la celosa é irritada Remedios.

Pero no podía escusar la situación difícil en que se había colocado sino durante muy poco tiempo.

A las dos en punto se comía casa del alcalde mayor y no había medio de faltar; era necesario estar allí á la hora en que su señoría se sentaba á la mesa.

El alcalde mayor no sabía comer sin que mientras comía anduviesen á su lado la Remeditos, la Carmen y Oreja y Media.

Con gran dolor del alcalde mayor, la Remeditos no comía con él, porque esto hubiera sido muy mal visto, y la murmuración de los criados lo hubiera sacado á la calle; pero alguna que otra vez se desquitaba de esto el alcalde mayor cenando á solas con su Dulcinea algunos fiambres y algunas conservas que mandaba le dejasen preparados; pero esto no era con mucha frecuencia, por temor de que los criados no reparasen en que el alcalde mayor cenaba todas las noches solo, á deshora, fiambres.

Aquellas cenas eran deliciosas, porque para que los criados, al llevarse por la mañana el servicio, no reparasen en que había súcios un doble número de platos, en un mismo plato cenaban Remeditos y el alcalde mayor.

Esto era de buen agüero para el enamorado marqués de la Pampanera, porque él decía para sí:

—De la misma manera que ahora nos unimos en el plato, nos uniremos un día en todo y por todo.

Después de que el alcalde mayor comía y tomaba el café y se acostaba á dormir la siesta, en un comedor particular, y servidos convenientemente, comían el mayordomo y la primera y segunda ama de gobierno, al mismo tiempo que los otros criados se despachaban como querían allá en las profundidades de la cocina.

Oreja y Media había escapado de entre las manos del corregidor á la una, y tenía que volver á las dos; no era mucho el tiempo que le quedaba; pero en una hora un hombre de ingenio bien puede encontrar recursos para salir de un atolladero.

Oreja y Media puso en tortura su imaginación, y al fin, con un proyecto, si no completamente bueno, á lo menos aceptable, se volvió á casa de su amo, á la que llegó á punto de anunciar al alcalde mayor que la sopa estaba en la mesa.

Entró en el comedor el alcalde mayor con muy buen apetito, más que otros días, porque creía haber cogido la punta de un cabo que debía conducirle al descubrimiento del paradero de Patrocinio Maldonado, y cuando al alcalde mayor le salían bien los cosas, se le avivaban las ganas de comer; pero cuando entró en el comedor, su buen apetito cesó de repente.

Había visto á la Remeditos pálida como una muerta, y triste y con una venda que la cogía desde debajo de la barba hasta lo alto de la cabeza, pasándola por las mejillas, y ojerosa y lagrimosa.

Aquella venda era una mentira, una apariencia traidora, una cosa que servía para justificar la palidez, y las ojeras, y lo lloroso; Remeditos quería significar que tenía dolor de muelas, cuando lo que la dolía eran las entrañas, y de tal manera, que estaba poco menos que agonizando.

Carmen, que veía de esta manera á la Remeditos, y sobresaltado y metido en sí, por más que quería disimularlo, á Oreja y Media, estaba que la camisa no la llegaba al cuerpo; pero se tragaba la túrdiga, y aparecía serena y tranquila.

—¡Ay, señor!—exclamó la Remeditos con voz quejumbrosa y mezquina, como si no hubiera tenido aliento para echarla del cuerpo.—Usía me ha de disimular, pero yo estoy que rabio... de dolor de muelas.

Sintióse súbitamente retentado de dolor de muelas el alcalde mayor, que á tal punto llegan los fenómenos de la simpatía, y se apresuró á exclamar:

—Pues pronto, pronto, al momento, que venga un médico.

—¡Ay, señor,—exclamó la Remeditos,—que para estos casos desesperados no hay más médico que echar el hueso fuera, y si usía me lo permite, con Curro me voy á librarme de este hueso que me está matando!

—¡Que no te comiera un lobo, indina!—exclamó para sí Oreja y Media cubriéndose de sudor frío.

—Al momento, al momento,—dijo el alcalde mayor, que agonizaba,—que pongan el coche.

—¡Ay, no, no señor, que en el coche me mareo!—dijo la Remeditos;—mejor iré á pie, y ya que usía me lo permite, voy á cobijarme, vamos, Curro, acompáñeme usted.

—Sí, sí, anda, anda y acompaña á la señorita Remedios,

y mira no vayas á llevarla á un sacamuelas malo que detrás de la muela la saque la mandíbula y nos dé que sentir.

—Descuide usía,—contestó Curro,—que ya sé yo donde tengo que llevar á la señorita Remedios.

Y salieron.

El alcalde mayor se sentó á la mesa; pero había comido ya todo lo que tenía que comer.

En vano la Carmen, que era muy ladina y muy serena, se esforzaba por distraerle: el alcalde mayor estaba crispado; se figuraba á Remedios entre las manos de un saca muelas que la echaba el formidable hierro á una muela y hacía ver á la Remeditos estrellas; oía el grito de ésta, se horripilaba y tenía que hacer un esfuerzo para tragar cada cucharada.

Entre tanto, la Remeditos caminaba rápidamente con el velo de la mantilla echado á la cara y liada en un pañolón, al lado de Oreja y Media, y le decía:

—Anda, anda, pillo, canalla, ya te contaré yo si á mí se me puede engañar, asesino: la mala alma que Dios te ha dado la vas á echar por un ijar; anda casa del saca muelas; no es mala muela la que yo voy á arrancarte á tí; anda aprisa, que tengo ganas de llegar á un sitio donde nadie nos vea ni nos oiga.

—Aunque á Dios no se le hubiera ocurrido fabricar á nuestra madre Eva, no hubiéramos perdido nada,—dijo Oreja y Media;—por donde andan mujeres no suceden más que desgracias y compromisos y trabacuentas; aunque se me hubiera á mí roto una pierna antes de entrar en la alguacilería y casa del alcalde mayor, no le hubiese hecho nada, que las ridiculeces de ese viejo petate son las que me tienen á mí así.

—Anda, anda y calla, y no chilles tan pronto, que yo no sé lo que vas á guardar para cuando yo te apriete.

Y la Remeditos, que caminaba con una velocidad nerviosa, se salió por la puerta de Jerez, á lo que hoy se llama las Delicias, y que entonces era una espesa alameda, más allá de la Torre del Oro.

La Remeditos no se detuvo sino en un lugar intrincado, junto al río, y parándose allí de repente, dijo á Oreja y Media:

—Si te parece, agárrame, tírame al agua y ahógame, porque yo estoy desesperada.

—¡Vea usted aquí lo que es el agradecimiento de las mujeres!—dijo Oreja y Media meneando la cabeza.—Nada, con las mujeres una vara verde, y esto está probado; lo demás es andarse por las ramas y perder el sentido; venga usted acá, cristiana, venga usted acá, y tenga usted juicio. ¿Pues no conoce usted, mujer, que yo le hecho á usted una obra de caridad ocultándole las trabacuentas del marqués? Otra cualquiera se pondría en razón y lo agradecería; pero usted está loca, señora, y nos va usted á volver locos á todos.

—Mira, tú,—exclamó la Remedios;—que yo soy atroz, y que perdida por una perdida por mil y quinientas, y que tiro de la manta y se lo cuento todo al alcalde mayor, que Miguelito es un ladrón y un asesino, y que tú fuiste el que diste á la marquesa de Casariegos.

—Mire usted, señora Remedios, si usted está loca, todavía tengo yo las manos donde Dios me las puso para agarrarla á usted y tirarla al río para que no grite usted de esa manera, que no se sabe quien hay detrás de los árboles; y en fin, tengamos la fiesta en paz, que yo también digo que

perdido por una perdido por mil y quinientas; y á mí, con tirar de mi Carmen y echarle los calzones encima á una jaquita, en paz y completos.

—Pues andando,—dijo la Remedios,—ya me está usted echando al agua.

—¡Habrá desesperada de mujer!—dijo Oreja y Media.—Pues ha dicho usted mal diciendo que tenía dolor de muelas, porque lo que usted tiene es dolor de diablos. ¡Jesús, yo me ahogo! Que vengan aquí pintores. ¡Válgame Dios, y qué culpa tendré yo de todo eso.

—¿Quieres ser mi amigo, Curro?—dijo de repente cambiando de tono la Remeditos, y echándose á llorar.

—¡Vaya! ¡remonísima! ¡gloria de Dios!—exclamó Oreja y Media.—¡Pues no he de querer yo ser su amigo de usted, criatura! Eche usted por esa boca.

—Curro, cuando vuelva Miguelito dale una puñalada que no resuelle.

—¡Quite usted allá, señora!—exclamó Oreja y Media.—¡Pues buena se pondría usted si yo hiciera eso! Eso lo dice usted ahora porque está usted ardiendo en fuego vivo; pero quite usted allá, mujer, que todo se arreglará y no habrá motivo para tanta desazón.

—Pues mira, Curro, lo que es de que mates á esa señorita Patrocinio que se ha llevado Miguelito no bajo.

—Eso es distinto, señora, eso es distinto,—exclamó Oreja y Media.—Lo que es á esa señorita Patrocinio como yo le eche la vista encima la ahogo.

—Pues para eso es necesario,—dijo algo más serena la Remeditos y dejando de llorar, que cuando vuelva Miguel le sigas y le observes y averigües donde está esa maldita.

—Vaya, todo eso se hará señorita Remedios; usted des-

cuide, y no desconfie usted de mí, que yo la quiero á usted más de lo que usted cree, y soy capaz por usted hasta de sacar del fondo del rio con los dientes un peñasco; y si á usted le parece, vamos á casa del sacamuelas á que le saque á usted una cualquiera, porque de fijo, en cuanto usted llegue á casa, el alcalde mayor le dice á usted que abra la boca para saber si con la muela no le han sacado á usted las entrañas.

—Que se saque las pocas que le quedan ese tio,—dijo la Remedios,—que yo no tengo necesidad de eso.

—Mire usted, señorita Remedios,—dijo Oreja y Media, —¿quiere usted venirse aquí á la vuelta, que hay un merendero y se puede usted sosegar tomando unas cañitas?

—Pues anda, Curro, que lo que me voy á tomar es un cortadillo de aguardiente, á ver si con el humillo se me pone mejor el humor.

—Pues ande usted, reina, ¡juy que andar y que talle, y que *clisos,* María Santísima! y ¡qué *pinrelés*, Jesucristo! Ande usted, eche usted adelante, que yo le vea á usted el meneo, tormento.

A pesar de su situación, la Remeditos se sonrió.

Así son las mujerss.

—¡La mala que te echó al mundo!—dijo para sí Oreja y Media.—Pero aguárdate, moza, que no sabes la que te espera, y es lástima, porque bonita y retebonita, eche usted.

Oreja y Media llevó á la Pajarita de las Nieves á un merendero que estaba á la lengua del agua cerca de allí.

Cada uno de ellos tomó un cortadillo de aguardiente, y en seguida la Remeditos, ya mucho más serena y quitada la venda, se volvió con Oreja y Media á casa del alcalde mayor.

Este había comido muy poco á pesar de los esfuerzos de Carmen, y no se había echado á dormir la siesta.

En cuanto vió á Remedios sin venda, y no tan quebrada de color y mucho más tranquila, pareció como que se le quitaba del corazón y de la cabeza, un peso enorme.

—¿Ha sufrido usted mucho, Remeditos?—la preguntó con toda su alma el alcalde mayor.

—¡Ay, señor,—exclamó Remeditos,—que no me quiero acordar!

—¡Válgame Dios!—dijo el alcalde mayor.—¿Y qué muela ha sido, qué muela?

—Ninguna, señor, ninguna.

—¿Cómo que ninguna?—exclamó el alcalde mayor.

—¡Ay señor de mi alma!—exclamó la Remeditos,—que cuando yo ví que me iban á meter aquello en la boca, de miedo que me dió, en aquel punto y hora se me quitó el dolor de muelas como si no lo hubiera tenido nunca.

—¡Lástima de onza que ha costado el negocio!—exclamó Oreja y Media, que no perdía ripio.—Si yo hubiera sabido que con enseñarle á usted unas tenazas, ú otra cosa por el estilo se le quitaba á usted el dolor de muelas, me voy casa de un albeitar por un pujavante.

—Siempre has de ser tú atroz y bárbaro, Curro,—exclamó el alcalde mayor.—¿Lástima te da una onza, y no te hubiera dado lástima de la preciosa muela que la hubieran sacado á la señorita Remedios?

—Calle usted, señor; las muelas están tapadas y aunque falte alguna no se echa de menos, y doña Remeditos se ahoga en dos dedos de agua. Lo menos se le figuró que con aquel hierro le iba á sacar el barbero las pajarillas, cuando el tal barbero tiene unas manos de querubín. ¿Usía ve, se-

ñor?—añadió Oreja y Media metiéndose un dedo en la boca y tirado hasta dejar descubierta la mella de una muela.—¿Ve usía esta? quiero decir, ¿ve usía el sitio? Pues nada, como si se hubiera ido muy á su gusto á paseo, se fué sin decirme quédate con Dios. ¡Son muchas manos las de Berruguillo! Cuando usía cree que va á tirar, ya ha tirado y le da á usted la muela liada en un papel.

—Pues mira, llévale otra onza,—dijo el alcalde mayor,—que las grandes habilidades deben pagarse, toma tú otras dos para tí, por tu buena elección, y ponlas en cuenta. Ea, me alegro mucho, Remeditos; yo me voy á echar.

Al salir por la puerta del comedor, Carmen dió un pellizco en el brazo á Oreja y Media.

—¿Y por qué?—dijo éste.

—Esto es ya mucho abusar, indino; un día nos van á echar de aquí á palos.

—¿Y para qué son ricos, y sobre ricos tontos? Para tontos sobra con él. ¡De buen humor está la Remeditos para la conversación que la va á tener ahora! ¡Calla, mujer, que me he visto negro, y me han faltado dos dedos para meterla á rana ó trucha! ¡Jesús! ¡me ahogo! ¿Y querías tú que yo no me cobrara? ¡Cualquier día! Ya te contaré, y tú verás. Lo que yo te digo es que me estoy ya viendo sobre un aparejo por esos caminos de Dios, y lo que tarde, me enfada.

—Mira, mira, vamos á hacer como que nos encerramos á dormir la siesta,—dijo Carmen,—y tú me contarás; porque me está dando en la naríz que la cosa es negra.

—¿Que si es negra? Como una noche de truenos. Me parece que lo mejor sería contárselo todo á don Miguelito y romper por medio.

Los dos esposos se encerraron.

Cuando á las cinco de la tarde volvió á parecer Oreja y Media, salía alegre, tranquilo.

Remeditos, cuando la vieron, apareció también tranquila, aunque algo melancólica.

En cuanto al alcalde mayor, parecía acababa de salir de una enfermedad; tan desencajado y tan lívido estaba.

A quien le habían sacado verdaderamente la muela era á él.

CAPÍTULO XXVIII

En que los enredos aumentan de una manera incomensurable.

Volvió cuatro días después Caparrota, y su primera visita fué á Patrocinio.

Al estar separado de ella cuatro días, comprendió que si amaba hasta morir á Milagros, el no ver á Patrocinio era para él una agonía.

Patrocinio le recibió alegremente.

¿Qué la importaba ya Milagros? Ella había cortado el fuego; Milagros estaba en un convento.

Patrocinio se había decidido á casarse con el marqués.

Los sucesos la habian modificado; había dejado de soñar, necesitaba hacer suyo, completamente suyo ante las leyes y las costumbres á Miguelito; y no decimos que ante Dios, porque cuando Patrocinio pensaba en Dios se estremecía, se sentía maldita.

Ella veía, coexistiendo con todo, por todas partes, el espectro de su padre.

A pesar de esto, su amor se sobreponía á su conciencia.

La consolaba, la fortificaba, la mantenía en una vida poderosa.

Era cuanto se podía amar hasta el delirio del crimen.

Caparrota que no hubiera dado satisfacciones á ninguna otra mujer, empezó á disculparse de su ausencia con Patrocinio.

Y decimos que empezó, porque Patrocinio no le dejó continuar.

—Cuéntame únicamente si te ha ido bien,—le dijo.

—¿Cómo ha de haberme ido bien separado de tí?—dijo Caparrota;—pero desde hoy estaremos juntos mucho más tiempo, Patrocinio de mi alma; y en cuanto se acabe el negocio del alcalde mayor no estaremos separados ni un momento.

—¡Oh! me alegro,—dijo Patrocinio:—porque yo no vivo nunca mejor que cuando estoy á tu lado.

Caparrota se había resuelto á dar el golpe al marqués de la Pampanera, desembarazándose de Remedios y á consagrarse á Patrocinio.

No había olvidado por esto á Milagros.

Pero Milagros estaba encerrada en un convento.

La dificultad de arrancarla de allí era enorme, y no había que pensar en que cediese el conde de los Cabrales.

Caparrota no tenía ya duda de que el conde de los Cabrales lo sabía todo, y de que disimulaba por decoro.

¿Quién pudiera ser quien hubiera advertido al conde de los Cabrales?

Don Miguelito se volvía loco.

No había podido ni aún preguntar á los criados del conde.

Estos criados habían desaparecido al llegar el conde á Jerez.

Se cuidaba, pues, de ocultar la causa de la entrada de Milagros en el convento.

El conde de los Cabrales había enviado sin duda á la servidumbre que había tenido en Sevilla, á esta y á la otra de sus posesiones.

Pero habían quedado en Sevilla por necesidad tres criados, ó por mejor decir, cuatro, el portero, su mujer y dos mozos.

Pero cuando volvió á ver don Miguelito al portero se encontró con una persona nueva y con otros dos mozos nuevos.

Había llegado un propio de Jerez ganando horas, se había mandado á los criados antiguos se fuesen á Jerez, y se había puesto otros nuevos en su lugar.

¿Para qué tenía más que preguntar don Miguelito?

¿Cómo dudar que el conde de los Cabrales había sorprendido sus amores con Milagros?

¿Ni qué necesidad tenía de esforzarse para averiguar quién había puesto en conocimiento del conde aquellos amores.

Sin duda había sido uno de los criados.

Lo que le pareció á don Miguelito, más sereno ya, de todo punto extraño, fué que mucho antes aquellos amores no se hubieran descubierto.

Se resignó por el momento.

Buscó su consuelo en Patrocinio, sin prescindir por esto de Milagros, que estaba resuelto á sacar del convento cuando pudiese, y se consagró á activar el negocio del alcalde mayor.

Pero antes do ir por la noche por el postigo del jardín del alcalde mayor á ver á la Pajarita de de las Nieves, se fué á casa del tío Carcañales para que este avisase de su vuelta á don Miguelito.

Oreja y Media se presentó al momento.

—Capitan,—le dijo,—yo necesito hablar con usted donde nadie nos oiga.

—Pues me parece á mí,—dijo el tío Carcañales un poco ofendido,—que en mi casa se puede hablar todo.

—Pues échate fuera, Oreja y Media,—dijo Caparrota.

Eran entonces las diez de la noche.

Salieron, pero no juntos, como dos personas que nada tienen de común la una con la otra, y Oreja y Media delante, y muy detrás el marqués, tomaron hacia la puerta del Arenal.

Oreja y Media continuó todavía delante.

Llegó á la orilla del río, y continuó hasta más allá de la Torre del Oro, donde se detuvo.

Se reunió allí con él don Miguelito.

—Y bien, ¿qué es lo que tienes que decirme?—exclamó Caparrota.

—Mire usted, capitán,—contestó Oreja y Media,—hace cinco días un poquito más allá de los árboles, á la verita del agua, me decía á mí la Remeditos: tírame al río; pues lo mismo le digo yo á usted ahora, señor marqués, tíreme usted al río.

—¿Por qué te decía eso Remedios y por qué me lo dices tú?—preguntó Caparrota con aquel acento sereno y firme que tanto respeto imponía á su gente. Déjate de vueltas y revueltas, y vete derecho al asunto.

—Pues el asunto es, capitán, que yo he vendido á usted.

—Veamos cómo me has vendido, y luego veremos lo que hay que hacer.

—Pues mire usted, señor marqués, cuando un hombre se encuentra como me encuentro yo, no sabe si irse al vado ó irse á la puente, porque al fin la Remeditos sabe que yo fuí el que herí á la marquesa de Casariegos.

—Al negocio, al negocio, Curro,—dijo don Miguelito.

—El negocio es que como cada tres noches usted le hacía novillos á la señora Remedios, ya se ve, la señora Remedios empezó á picarse en celos; y ha de saber usted que hace cinco días me dijo muy seria: Curro, tú eres muy listo; si tú te pones á seguir á un hombre, le averiguas hasta los pensamientos; yo quiero saber por dónde anda mi Miguelito: mi Miguelito no me quiere, mi Miguelito se entretiene con otra. Mire usted, capitán, todos los negocios en que se meten las mujeres se los lleva el diablo.

—Anda, anda, y no te detengas en observaciones que no hacen falta.

—Como usted debe suponer, señor marqués,—dijo Oreja y Media,—yo procuré quitarle los celos de la cabeza á la señora Remedios. ¿Que si quieres? se fué hecha una furia y me dijo que si no la servía, le decía al señor alcalde mayor lo que usted era y lo que no era, y que yo había herido á la señora marquesa de Casariegos y que se lo llevará todo el demonio, y que nos ahorcarán á todos, y á ella también. En fin, vuelto el juicio, capitán, y entregado á los demonios del infierno y asustándome porque yo sudaba la gota tan gorda, no por mí, que yo con ponerme en franquía y echarle los calzones á un jaco y tirarme al camino, estaba del otro lado; sino por usted que no había necesidad de que usted perdiera el buen nombre que tiene.

—Anda, anda al negocio, Curro.

—Pues ha de saber usted, que yo para tranquilizarla, me fuí á su casa de usted, y pregunté por usted á los criados, y los criados me dijeron que usted se había ido á acompañar á Jerez al señor marqués de los Cabrales, su amigo de usted, que vive en la calle de Francos, número 13. Bueno, dije yo, con esto tenemos ya para entretener á la señora Remeditos.

—Al negocio, al negocio, Curro.

—Pues el negocio es, que la señora Remedios no se satisfizo, y me obligó á que fuese á enterarme de si el conde de los Cabrales tenía hija, hermana ó cosa á quien usted pudiese querer. ¡La mar, mi capitán, la mar! ¡Bendito sea Dios!

—Anda, hombre, anda, que no parece sino que te cuesta trabajo decir las cosas.

—Pues señor,—dijo Oreja y Media,—á mi me dió la mala tentación para ver lo que tenía que hacer, de ir á buscar al portero de la casa del difunto don Pedro Maldonado y me lo llevé á la tienda del tio Sopas-Crudas.

Desde aquí Oreja y Media contó con muchas ponderaciones á don Miguelito lo que había sucedido, desde que se metió con Nicolás Pancorto casa del tio Sopas-Crudas hasta el dolor de muelas de la Pajarita de las Nieves.

—¿Me has dicho ya todo lo que me tenías que decir?—dijo don Miguelito.

—Sí, señor, capitán,—contestó temblando Oreja y Media.

—No tiembles, porque una torpeza no merece que yo te mate, y no matándote no tengo nada que hacer más que tenerte sin tu parte un año; esa parte me la como yo: así

aprenderás, bruto: ¿qué tenías tú que preguntar acerca de mí á nadie, y en una casa pública?

—Córteme usted el pescuezo, capitán,—dijo Oreja y Media,—y no me trate usted de esa manera, que me duele, porque le quiero á usted. Y usted lo está viendo que yo no tenía necesidad de decirle á usted nada, y para salir del paso, con haberme echado al camino bastaba; pero yo he querido que esté usted sobre aviso para que vea usted lo que tiene que hacer.

—Bueno, pues ya te diré,—dijo don Miguelito;—ahora vete á decir á Remedios que he venido, que me espere esta noche á la hora de siempre.

—Bueno, capitán.

—Anda con Dios, y cuenta con que vuelvas á cometer ninguna imprudencia, porque entonces no me contentaré como ahora con llamarte bruto. Anda, hijo, anda.

—En fin, bueno,—dijo Oreja y Media.—Dios quiera que la señorita Remedios no nos comprometa.

—Descuida, que esto se acabará pronto,—dijo don Miguelito.

Oreja y Media tiró delante.

Don Miguelito detrás.

Entre doce y una de la noche entraba, como de costumbre, casa del alcalde mayor.

Don Miguelito se convenció de que la Pajarita de las Nieves era más peligrosa de lo que parecía.

La Pajarita de las Nieves no dió ni una sola queja á don Miguelito.

Parecía que nada babía sospechado, que nada sufría, y solamente que estaba ansiosa por los cinco días que había estado sin ver á don Miguelito.

—Será necesario,—pensó éste,—olvidarse de todas las consideraciones: Remedios puede perderme.

Y por la mañana se retiró profundamente pensativo á su casa.

Como á las once del día, recibió un recado del alcalde mayor, que le mandaba se le presentase al momento.

—Bien,—dijo don Miguelito,—ya tenemos aquí una de las consecuencias de la torpeza de ese canalla. Vamos á ver por dónde sale ese diablo de alcalde mayor.

Don Miguelito se vistió convenientemente, y fué á presentarse al marqués de la Pampanera, que se apresuró á recibirle, y se encerró con él en su gabinete.

—Duéleme mucho, señor marqués,—dijo el alcalde mayor,—haber perdido la fe en la bondad de usted: más claro, yo no hubiera creido nunca se hubiera usted atrevido á seducir hasta el punto de hacerla olvidarse de todos sus deberes y de llegar hasta la infamia, hasta la impiedad, hasta el horror de abandonar á su padre á una señorita tal como doña Patrocinio de Maldonado.

Caparrota comprendió lo desigual de la lucha.

El alcalde mayor estaba decidido á todo, y lo más prudente era transigir y evitar que, andando en aquel negocio el alcalde mayor, llegase á descubrir cosas más graves.

—Yo no me disculpo, señor alcalde mayor,—dijo don Miguelito;—yo me he vuelto loco, yo siento en el alma lo que ha acontecido, y sobre todo lo que ya no tiene remedio.

—Indudablemente, indudablemente la muerte del pobre don Pedro de Maldonado debe ser para usted un remordimiento horrible; en el alma de mi buen amigo, que murió recomendándome no descansase hasta encontrar á su hija, se regocijará en el cielo y los perdonará á ustedes cuando

se efectúe su casamiento. Nada, nada, señor don Miguel; hay que olvidarse de calaveradas, hay que poner fin al libertinaje, hay que reparar en lo que se pueda el mal que se ha hecho, y esto sobre la marcha, sin levantar mano, inmediatamente y de tal modo, que contando yo con que usted, en su lealtad y en su nobleza, no me ocultaría su falta cuando llamé á usted, mandé enganchasen el coche. Ahora mismo, pues, vamos á meternos en él y á que nos lleven donde usted diga.

—Y bien,—dijo don Miguelito;—¿qué me importa? ¿No adoro á Patrocinio? ¿No es para mí imposible Milagros? ¿En este momento no amo más á Patrocinio que á Milagros? ¿Quién me impide mañana arrebatar á Milagros del convento? En esto ha tomado parte la fatalidad, y pues que la fatalidad quiere, sea.

Don Miguelito, después de este razonamiento, que pasó por su imaginación en un segundo, siguió al corregidor, que había tomado su bastón y su sombrero, y se metió con él en el coche que los esperaba.

—A San Juan Aznalfarache,—dijo al cochero.

El carruaje se puso en marcha.

—¡Cómo! ¿en San Juan de Aznalfarache tiene usted á Patrocinio?—dijo el alcalde mayor.

—En San Juan de Aznalfarache, no,—contestó don Miguelito;—pero sí en mi cortijo de los Cañaverales, que está un paseo de San Juan de Aznalfarache; en este pueblo tengo yo una casa de campo, donde usted podrá esperar mientras que yo preparo para recibir á usted á Patrocinio.

—Muy bien, señor marqués, muy bien,—dijo el alcalde mayor;—afortunadamente, un gran obstáculo que usted había creado, olvidado de todo, dejado de la mano de Dios,

no existe ya, habiendo encerrado en un convento á su hija doña Milagros el conde de los Cabrales. ¡Qué costumbres, Señor, qué costumbres! ¿Adónde iremos á parar si esta corrupción que de nosotros se ha apoderado continúa?

—Vamos, señor don Bartolomé,—dijo don Miguelito,—cada cual tiene algo porque meterse para sus adentros y disculpar las faltas de los otros.

—¿Qué, qué?—dijo el alcalde.

—¿Qué tiene de extraño,—dijo don Miguelito,—que yo que soy un muchacho como quien dice, haya sucumbido á los encantos de las dos mujeres más hermosas de Sevilla, y haya concebido la loca idea de tenerlas á las dos, si un hombre tan sesudo como usted, y á más de esto, alto ministro de justicia, tiene en su casa, haciéndose reparar de todo el mundo, una joven soltera, de muy pocos años, muy hermosa, y á quien todo el mundo conoce por haber sido doncella de la marquesa de Casariegos?

—Pero yo, señor mío,—exclamó el alcalde mayor, un tanto picado,—no he atentado al honor de esa joven; y muy pronto, digan lo que dijeren me casaré con ella.

—Tú me casas y yo te caso,—exclamó don Miguelito,—y antes de casarte te robo.

Pero como si el alcalde mayor no hubiera querido dar su brazo á torcer, y excitado además por el paralelo que había establecido don Miguelito, apretó más en el sermón, que duraba aún cuando el coche se detuvo en San Juan de Aznalfarache, á la puerta de la quinta que allí tenía don Miguelito.

El alcalde se había puesto mohino y de mal aguaje.

Sus amores con la Remeditos estaban á punto de divulgarse y había que tener mucho cuidado con aquel calavera de marqués de Casa-Vaquera.

Este se fué al cortijo de los Cañaverales, y al verle de tiros largos, con guirindola y reloj con dijes, en fin, de etiqueta, Patrocinio se echó á reir.

—¿Viene vuecencia á pedirme formalmente la mano?—dijo haciendo una mamola cariñosísima al marqués.

—Vengo,—dijo éste,—á anunciar á la señorita doña Patrocinio de Maldonado la visita del marqués de la Pampanera, alcalde mayor de Sevilla y otras muchas cosas.

—¡Cómo, cómo!—exclamó alarmada Patrocinio.

—Nos casan, hija mía,—dijo el marqués,—no podemos pasar por otro punto: yo no sé como demonio de ese diablo del marqués de la Pampanera ha averiguado que estás en mi poder.

—¡Ah, traidor!—exclamó Patrocinio dando un inmenso grito de alegría,—tú me has vendido, tú me obligas; tú sabías que yo no había de consentir en casarme contigo por delicadeza de amor y me echas encima la justicia. ¡Oh, Dios mío, qué felicidad!

—Ya lo sabía yo,—dijo don Miguelito,—y tú debes saber cuanto te amo, Patrocinio, y no tener celos por nadie ni por nada.

—¡Celos! ¿y cuándo los he tenido yo? ¿los puedo tener acaso?

—El alcalde mayor me está esperando,—dijo don Miguelito;—á una persona de su respeto no se la debe hacer esperar. Si no recuerdo mal, Patrocinio, era negro el traje con que saliste de tu casa.

—Sí, era negro,—exclamó Patrocinio.

Y los ojos se la llenaron de lágrimas.

—Bien, bien, póntelo; que el corregidor te encuentre vestida de mujer, y con algo que se parezca á luto.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!—exclamó Patrocinio—tengo miedo, Miguel; por tu amor lo había olvidado todo, pero ahora que tengo todo tu amor, el remordimiento se apodera de mi alma: mi pobre padre...

—¿Y qué hacer?—dijo Caparrota fingiéndose conmovido; hemos estado locos. Pero adiós: procura estar vestida para cuando vengamos: el alcalde mayor está en mi quinta de Aznalfarache.

Don Miguelito salió.

Patrocinio buscó el traje con que había ido al cortijo, y se lo vistió llorando.

—¡Oh: Dios mío, Dios mío!—exclamó;—me parece que he estado sujeta á un sueño horrible y que ahora despierto: tal vez mi padre me ha perdonado, ha rogado por mí á Dios, y Dios me ha perdonado también. Pero ¿cómo puede perdonar Dios el asesinato, el robo? ¿Cómo puede dejarlos impunes?

Patrocinio estaba en un momento de reacción de la conciencia, y su conciencia, su educación, su costumbre, se sobreponía á sus terribles instintos.

Apenas había acabado de vestirse Patrocinio, llegó el alcalde mayor con don Miguelito.

Al alcalde mayor se le paró la sangre, y absolvió en su foro interno y cordialmente á don Miguelito,

Patrocinio era un encanto, una ilusión.

Tenía cortado el pelo en melenas, y naturalmente rizado.

Los espesos bucles que la caían hasta los hombros, ocultaban sus orejas y suplían la falta de sus pendientes.

El traje negro suplía en alguna manera el luto; y decimos que suplía, porque era de seda.

Pero como que se trataba de una basquiña corta, las traidoras medias de seda color de carne y los zapatitos bajos y con galgas hacían traición al luto, pero completaban la belleza arrebatadora de Patrocinio, dejando ver sus piés y parte de su pierna.

El alcalde mayor, mal repuesto de la congestión de hermosura que le había acometido, saludó con una perfecta cortesanía, á la alta escuela, como convenía á un tan gentil hombre, á Patrocinio, que le contestó con una perfecta reverencia.

Patrocinio estaba conmovida y llorosa:

—Nada, nada; no tenemos que hablar ni una sola palabra, mi señora doña Patrocinio,—dijo el alcalde mayor,—lo que hay que hacer al momento es salvar en lo que sea posible esta situación de todo punto inconveniente. Mi coche espera: póngase usted, la ruego, la mantilla, que yo voy á depositarla en una respetable casa, y mañana se efectuará el casamiento. No importa el luto: hay situaciones en que el luto no es en manera alguna impedimento para un enlace. Mañana tendrá usted dispuesta su casa para la ceremonia, señor marqués: yo me encargo de llenar todas las formalidades en el arzobispado. Concluyamos, concluyamos; yo tengo una satisfacción en que esto termine al fin como debía haber sido.

Mientras había hablado el alcalde, Patrocinio se había puesto la mantilla.

—Pues señor,—decía para sí don Miguelito,—anoche convinimos Remedios y yo en dar cuanto antes el golpe á este hombre. Según se preparan las cosas, hay una necesidad imprescindible de dar el golpe esta noche y de que yo me desembarace de Remedios: de otro modo, este estúpido


Lit. Felipe Gonzalez Rojas. Editor

Patrocinio estaba conmovida y llorosa.

de alcalde mayor será capaz de decir á Remedios que me he casado con Patrocinio, y entonces yo no sé hasta dónde podrían llegar las consecuencias. Adelante: en último caso, romperemos por todo. Pero mejor sería continuar prudentemente á la sordina y prepararlo todo para sepultar en un profundo secreto, en un secreto inviolable, mi historia.

A todo esto había entrado en el carruaje, y éste marchaba hácia Sevilla.

Una vez en la ciudad, el alcalde mayor llevó á Patrocinio casa de una prima suya, la baronesa de Pradonuevo, respetable señora que sentía una gran veneración por su primo, que no veía más que por sus ojos, y que se apresuró á recibir en depósito á Patrocinio.

El alcalde mayor salió con don Miguelito.

Este conocía demasiado á don Bartolomé, y le dijo:

—Cuento, señor don Bartolomé, con que usted me dará su palabra de no decir á persona viviente, ni aun á la más allegada, lo que ha hecho usted hoy.

—¡Oh! Por supuesto, por supuesto, señor don Miguel,—dijo el alcalde mayor;—yo no uso jamás de lo que puede comprometer en nada al honor de las personas: esté usted tranquilo; ya se cubrirá esto alegando una causa cualquiera para justificar en lo posible la fuga de Patrocinio con usted. Nada, nada: es necesario componer las cosas lo mejor posible: ni á mi sombra diré yo la verdad del caso.

—Pues me parece oportuno,—dijo don Miguelito,—que yo no llegue con usted á su casa, y por lo tanto, suplico á usted haga detenerse al carruaje.

El marqués tiró del cordón, y el carruaje se detuvo.

Don Miguelito salió, se despidió del alcalde mayor, y se fué tranquilo á su casa.

Creía que el alcalde mayor no diria ni una sola palabra de su casamiento, ni de Patrocinio, á Remedios.

Apenas el alcalde mayor llegó á su casa y entró en su despacho, se le presentó Remedios.

Era inútil el secreto.

Remedios lo había oido todo.

—¿Adónde has ido,—le dijo,—con el marqués de Casa-Vaquera?

—¡Bah, bah!—dijo el alcalde mayor,—¿pues no sabes tú que el marqués de Casa Vaquera es un grande amigo mío?

—¡Un libertino! ¡un pícaro!—exclamó Remedios, que no se atrevía á decir nada que se relacionase con el casamiento de don Miguelito, que no sabía que hacerse, y que estaba desesperada.—A alguna buena parte te ha llevado á tí ese desalmado. ¿Y luego quieres que yo te quiera?

—Pero tú estás pálida, temblorosa, hija mía.

—Tengo celos,—exclamó la Pajarita de las Nieves, con el acento palpitante de la verdad;—me estoy muriendo y no sé que hacerme.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!—exclamó el alcalde mayor, arrebatado por el frenesí que veía en la Pajarita de las Nieves, y que interpretaba en su favor.—Yo no puedo más: esto es hecho, yo me caso, digan lo que dijeren; renuncio á mi cargo y me consagro á ser feliz contigo mañana. Remedios.

—No, no, mañana no, es necesario disponer dentro de ocho días.

—Considérame como tu esposo, encanto de mi alma: déjame que yo te estreche entre mis brazos.

—Aparta, aparta,—dijo la Pajarita de las Nieves,—anda,

anda á rendirte á esa á quien te ha llevado á ver el marqués de Casa-Vaquera.

—Pues, sí, sí señor,—dijo don Bartolomé, olvidándose en su exacerbación de la palabra que había dado al marqués; —he ido á ver á una mujer, á una mujer admirable; pero esa mujer va á casarse mañana con el marqués de Casa-Vaquera.

—¿Es decir, que ha parecido la señorita Patrocinio?—dijo Remedios devorando su ansiedad.

—Sí, hija mía, sí,—contestó el alcalde mayor,—todo lo que yo busco parece: es necesario casar á esos dos locos. Pero Dios mío, yo he faltado á una palabra solemnemente empeñada; yo había prometido al marqués, por mi honor no revelar á nadie, ni aún á las personas de mi mayor confianza, el casamiento del marqués. Tú me haces faltar á todo, tú me haces olvidarme de todo, tú vas á ser mi perdición, Remedios.

Remedios agonizaba.

Llegaba el momento de la prueba, y no se atrevía á perder á Caparrota.

Pero necesitaba vengarse, impedir aquel casamiento.

¿Y cómo, cómo no denunciando los crímenes de don Miguelito?

¿Y cómo denunciarlos si le adoraba?

Era necesario meditar, buscar un medio.

Aún quedaba algún tiempo.

Ella disponía ó creía disponer de Oreja y Media.

—¡Jesús, Jesús,—dijo,—y qué mal rato me has dado! ya ves, ya ves, me has tranquilizado con esa explicación, y todavía tengo los nervios de punta, todavía me están temblando las manos. ¿Y adónde, adónde has llevado á la no-

via de tu amigo? porque tú la has llevado á alguna parte.

—Sí, sí,—dijo el alcalde mayor,—la he llevado á casa de mi prima la baronesa de Pradonuevo, donde estará depositada hasta mañana á la noche que se harán las bodas. Pero por Dios, hija mía, por Dios, no uses de este secreto: mira que me comprometes; mira que yo te he hablado de esto porque me has vuelto el juicio, porque no me acordaba. Ten compasión de mí, adorada mía; alma mía, niña de mis ojos: que nadie pueda decir por una indiscreción tuya que yo he faltado á mi palabra.

—¿Y cómo quieres tú que yo comprometa el honor de esposo de mi alma?—dijo la Pajarita de las Nieves.—¡Ah! no, no, eso es imposible: casados, casados: haces bien, ante todo la honra de esa joven, y dentro de ocho días nosotros. ¿Qué importa lo que de nosotros digan si somos felices? Créeme, adorado mío: yo no pienso más que en tí; yo no puedo ser feliz más que contigo. Pero déjame, déjame que me vaya á descansar; he sufrido demasiado con los celos que he cogido; es necesario que yo me tranquilize.

Y la Pajarita de las Nieves escapó.

CAPÍTULO XXIX

De como don Miguelito hizo un negocio y se desembarazó de un inconveniente.

Oreja y Media se encontró encima con Remedios.

—O haces una hombrada,—le dijo,—ó se lo lleva todo el demonio, aunque á mí me prendan y me ahorquen, no importa; yo no reparo en nada; yo no se lo que me pasa, á mí se me va la cabeza, yo me vuelvo loca; ese pícaro de Miguelito va á casarse con esa mujer, me desprecia; Oreja y Media, tú estas hace un siglo con ese vejestorio de alcalde mayor, y debes conocer á todos sus parientes; ¿sabes tú que el alcalde mayor tiene una prima que se llama la baronesa de Pradonuevo?

—¡Vaya!—dijo Oreja y Media,—una vieja que se parece á la imágen del pecado.

—Pues mira, en casa de esa vieja está depositada esa señorita, la que Miguelito quiere, y como el alcalde mayor tiene tanta mano con el arzobispo, lo va á disponer todo mañana para que esa mujer y Miguelito se casen.

—¿Qué es lo que está usted diciendo, señorita Remedios? —exclamó Oreja y Media.—Vaya, eso no puede ser, eso es mentira; don Miguelito no quiere á ninguna más que á usted; eso que tenía era un entretenimiento; don Miguelito me tiene los oídos podridos diciéndome que en cuanto se haga el negocio del alcalde mayor, él se casa con usted, porque él no puede vivir sin usted.

—Mentira, mentira,—dijo Remedios, que estaba pálida y convulsa, descompuesta, y de tal manera echando fuego por los ojos, que metía miedo,—yo no digo que Miguelito no me quiera, ni que Miguelito me deje; lo que Miguelito quiere es casarse con esa mujer y que yo sea su moza y que me conforme con ello, y si Miguelito me hace á mí la jarrita de plata, es porque quiere que yo le ayude á robar al alcalde mayor; á don Miguelito se le figura que todo el mundo hará lo que él quiera y se someterá á su voluntad, y eso no es verdad, porque de mí no ha de hacer lo que le dé la gana; y él me ha perdido y él me tiene á mí que ganar. Y óyete tú Oreja y Media, como tú no hagas lo que yo voy á decirte, me voy al alcalde mayor y le digo que tú fuiste el que le diste la puñalada á la marquesa de Casariegos, y que yo te ayudé para el robo, y nos meten á todos en la cárcel, y á Miguelito también, y se lo lleva todo el demonio.

Oreja y Media se echó á temblar.

Veía á la Pajarita de las Nieves enloquecida por los celos, y la creía capaz de todo.

—Pero, señorita Remedios,—dijo,—usted se atosiga por muy poca cosa. ¿Pues no sabe usted que Dios me ha hecho á mí para servirla á usted en todo lo que usted quiera, porque sí, ¿qué es lo que usted quiere que yo haga?

—Componte como puedas, Oreja y Media; pero es menester que tomes tus medidas y que procures introducirte esta noche en la casa de la baronesa de Pradonuevo. y en el cuarto en que esté esa hembra, y la ahogues; que así no se casará con ella Miguelito, y á Segura lo llevan preso; y como yo no sepa mañana que á esa mala mujer la han encontrado muerta en su cuarto, lo canto todo; con que mira como te gobiernas, Oreja y Media.

—¿Y no es más que eso lo que usted quiere?—dijo Oreja y Media;—pues mire usted, para eso no era menester que se hubiera usted desazonado tanto. Hombre, á palmos conozco yo la casa de la baronesa de Pradonuevo, y á fé á fé que la baronesa tiene una doncella de muy buenos bigotes que está muerta por mis pedazos la pobrecita, y no tengo yo más que pasarme por casa de la baronesa y decirle al oído á la Cecilia que baje esta noche á hablar á la reja, y baja, y cuando baje le digo que me meta en la casa: no le quiero decir á usted más; conque, sosiéguese usted, que es lástima que usted pille un berrinche y se ponga usted mala, y lo primero es la salud de usted; mire usted, ahora mismo voy casa de la baronesa á citar á la Cecilia; conque hasta después.

Y Oreja y Media, en vez de irse casa de la baronesa de Pradonuevo, donde no había tal Cecilia ni tal doncella, que todo esto era un embuste de que Oreja y Media se había valido para ganar tiempo, se fué á casa de don Miguelito, temblando de no encontrarle; pero le encontró y le puso en antecedentes de lo que sucedía.

—Ese alcalde mayor es un animal,—dijo don Miguelito,—y bien merecido tiene lo que le va á pasar esta noche; me dió su palabra de honor de no hablar ni una palabra

acerca de mi casamiento con Patrocinio; el boquirrubio se ha ido del seguro en cuanto la otra tunanta le ha hecho cuatro carantoñas, y la niña lo ha tomado por la tremenda; pues bueno, que no se queje á nadie de lo que la sucede. Mira, tú, Oreja y Media, ahora mismo vas á volverte casa del alcalde mayor y le vas á decir á Remedios que me has encontrado rondando la casa, y que yo te he dicho que necesito hablarla, que salga con Carmen esta tarde, diciendo que va al jubileo, y yo la estaré esperando casa del tío Carcañales. Anda, hombre, anda y vete preparando para esta noche, que ha de pasar algo.

—Pues por mí,—dijo Oreja y Media,—á ver como no pasa la fin del mundo.

Y salió casa del marqués, y se volvió casa de su amo.

—¿Lo ve usted, señora Remedios, lo ve usted?—la díjo Oreja y Media;—si yo le hubiera dicho á usted que no tenía usted razón, hubiera usted querido comerme; apenas salí, me encontré al marqués que estaba rondando la casa y me ha llevado al montañés de la esquina, y allí se ha estado quejando conmigo de lo que le sucede, y más enamorado de usted que nunca, y me ha dicho que quiere hablar con usted, y que salga usted esta tarde con mi mujer con el pretesto de ir al jubileo, y vaya usted casa del tio Carcañales, que allí la estará á usted esperando el marqués.

—Bueno; iré,—dijo Remedios,—y veremos por dónde sale Miguelito; con alguna de las suyas; pero á mí no me engaña, y me afirmo en lo dicho: Oreja y Media, sea lo que fuere, esta noche me quitas tú de enmedio á esa mujer.

—Pues, por supuesto; lo uno no quita lo otro,—dijo Oreja y Media;—pero váyase usted aviando, que mientras usted se peina y se viste, se pasará lo menos una hora, por-

que no querrá usted salir sino hecha una diosa, y dentro de una hora la estará á usted ya esperando don Miguelito.

A las tres y media de aquella tarde, apenas acabó de comer el alcalde mayor, y cuando se acostaba á dormir la siesta, Remedios y la Carmen, hechas dos brazos de mar, salieron y se fueron casa del tio Carcañales, recogiendo requiebros por el camino.

Encontraron allí á don Miguelito, que se encerró en un cuarto con Remedios.

Carmen se quedó sufriendo al tio Carcañales.

—Hija mía,—dijo don Miguelito á Remedios;—en tí consiste que yo no me desespere por tu culpa; por haberle tú dicho á Oreja y Media que me siguiese y averiguase lo que yo hacía, y si quería yo á alguna mujer, se han venido las cosas de una manera que el alcalde mayor se ha enterado de que yo había sacado de su casa á una joven.

—De manera,—dijo Remedios,—que si tú no hubieras sacado á esa joven de su casa, no hubiera tenido que saberlo el alcalde mayor.

—¿Qué se ha tratado entre nosotros?—dijo don Miguelito.

—¿Cómo que qué se ha tratado entre nosotros?—dijo Remedios.—Pues qué, querrás tú ahora hacerme creer á mí que hemos tratado que yo te deje tener cuantas mozas quieras?

—No es eso,—dijo don Miguelito;—lo que se ha tratado es que tú no te meterías en los medios de que yo me valiese para hacer un negocio; y has de saber tú, que muchas veces para hacer el negocio, es menester valerse de una mujer y volverla loca.

—Vaya, bueno,—dijo Remedios, hiriendo impaciente

con el pie el pavimento.—¿Y qué negocio has hecho tú con esa señorita?

—Pues, friolera,—dijo Caparrota;—esa niña, cuando se escapó para irse conmigo, se trajo más de medio millón en diamantes: yo me la llevé á mi cortijo de Aznalfarache, y tenía necesidad de ir á verla porque no se desesperase é hiciese una atrocidad; el alcalde mayor se ha enterado por Oreja y Media de que yo tenía en mi poder á esa señorita, y me ha llamado y me ha obligado á que me case con ella; yo he tenido que bajar la cabeza, porque el alcalde mayor es el alcalde mayor; pero ni por sueños he pensado casarme con ella, sino en escaparme donde el alcalde mayor no me pueda echar el guante. Y esto tenía que ser hoy mismo, porque si estoy aquí, mañana el alcalde mayor me casa; pero yo no quiero escaparme sin tí, ni quiero que nos escapemos sin hacer el negocio del alcalde mayor: ¡pues si estoy yo soñando en los talegos y en los diamantes que tú dices tiene en un armario en un cuartito al lado de su dormitorio! Mira, Remedios, ayúdame, esta noche le podemos dar el golpe al alcalde mayor, pero es menester que los alguaciles que se quedan en la antesala guardando el sueño al alcalde mayor no estén allí, que el alcalde mayor los eche. Ya sabes tú lo que tienes que hacer, Remedios.

—¡Ay, Miguelito de mi alma, que ese tio me da á mí miedo, que está loco!

—Toma,—la dijo don Miguelito dándola un puñal;—si el alcalde mayor se vuelve loco, le aseguras.

—No, no es menester,—dijo Remedios,—que ya se me ocurre á mí lo que tengo que hacer para que no se vuelva loco el alcalde mayor.

—¿Y tienes tú seguridad de que esta noche se puede dar el golpe?

—Vaya si la tengo. ¿Pero dónde nos iremos después?

—Tú no sabes, chiquilla; hay cosas que no se dicen, porque no hay para qué; pero llega el caso en que hay que decirlo todo. Yo tengo buena hacienda, pero lo que vale esa hacienda no es nada comparado con las barras de oro y los diamantes que tengo: un tesoro, hija mía. Pues bien, ese tesoro lo he ido yo llevando poco á poco á la sierra de Cazalla, y lo tengo enterrado en una cueva; porque yo decía: «Un día vienen las cosas de manera, Miguelito, que te venden, y te ves obligado á escapar sin poderte llevar lo que has ganado. Conque ponlo en seguridad.» Mira tú, niña de mis ojos, corazón mío, en cuanto le agarremos lo que tiene en el armario al alcalde mayor, lo dejamos aquí, en seguridad, casa del tio Carcañales, que es de fiar, y escapamos y nos metemos en la sierra, y allí que nos echen galgos; me caso contigo, y á las jaquitas, hija, que lo demás es una tontería; me está á mí llamando el camino, y no puedo resistir ya las ganas que tengo de verme al frente de ocho ó diez buenos mozos.

—Vaya, hombre, todo eso podrá ser mentira,—dijo Remedios;—pero lo dices de una manera que es menester creerte, ó es que te quiero yo tanto que todo te lo creo.

—Es que tú y yo no somos más que un alma,—dijo don Miguelito,—y lo que uno quiera tiene que quererlo el otro, y sabes tú demasiado que me muero por tí, y que para mí no hay más mujer que tú en el mundo.

—Mira, Miguel,—dijo Remedios;—si se ha de hacer esta noche lo del alcalde mayor, es menester que yo me vaya á trastear al viejo. Mira, á las doce de la noche te pasas tú

por el postigo del jardín, y Oreja y Media te estará esperando pero lleva algo en que se pueda cargar lo que hay en el armario, que hay mucho.

—Llevaré un coche de colleras, que ello no puede ser tanto que en un coche no quepa. En fin, lo que hay que hacer por la parte de afuera queda á mi cargo; mira tú de preparar bien lo que hay que hacer por la parte de adentro.

—Descuida, Miguelito, y adios,—dijo Remedios.—Por supuesto, que en cuanto se haga el negocio, yo me voy contigo.

—Pues por supuesto, mujer.

—Ea, adios, y hasta la noche.

—Hasta la noche, vida.

La Remedios salió, y se volvió con Carmen á casa del alcalde mayor.

Cuando éste despertó de su siesta se encontró junto á sí á Remedios.

—Buen agüero,—dijo el alcalde mayor:—cuando al despertar recibimos una alegría, nos va á suceder algo bueno. Válgame Dios, mujer, y qué bien te sienta ese collar de corales; estás irresistible, hija mía; vas á volverme loco; en cuanto case á ese tarambana de marqués de Casa-Vaquera, me caso contigo.

—¿De veras, Bartolomé mío?—exclamó la Pajarita de las Nieves.

—¿Pues y cómo puedes tú dudar, mujer? ¿no conoces el delirio en que estoy por tí? ¿no ves que me cuesta un trabajo inmenso el ocultar la pasión que me inspiras?

—Calla, calla Bartolomé, que me vas á volver loca,—exclamó la Pajarita de las Nieves, embriagando al ya harto enamorado alcalde mayor con una mirada apasionada, dia-

bólice. No me atrevo á creer que al fin vas á hacer el sacrificio de casarte conmigo.

—Déjame, déjame, voy á meterme en mi cuarto á llorar de alegría. ¡Qué felicidad, señor!

—¿Conque yo voy á ser tu mujer?

—Tú vas á ser mi angel.

—¿Pero dónde vas? ¡Jesús!—dijo la Pajarita de las Nievies.—Aunque yo te adoro, Bartolomé, yo no me olvido de mis deberes por que esté mucho tiempo á solas contigo.

—¡Dios mío, Dios mío,—exclamó el alcalde mayor,—y cuánto deseo tengo de hablar contigo largamente sin que tú tengas miedo de que nadie nos observe!

—¡Ay! yo también tengo gana de hartarme de hablar contigo, Bartolomé.

—¿Por qué no vienes esta noche cuando todos estén dormidos á mi cuarto?—dijo el alcalde mayor.—¿No confías en mi amor, en mi honor!

—Eso es,—dijo la Pajarita de la Nieves, sonriendo con una hechicera tunantería,—y para entrar á deshora en el cuarto de mi esposo y señor, tendré que pedir permiso á los dos alguacilotes que hay en la antesala.

—Es que los alguaciles no estarán, cordera.

—No, no,—dijo la Pajarita de las Nieves;—si despides á los alguaciles, como no tienes costumbre de eso, y son tan pillos, supondrán que tú los quitas de enmedio para algo, y como yo soy la más jóven que hay en la casa, pueden sospechar... no, no quiero.

—¿Crees tú que yo cometería esa torpeza, Remedios!—dijo el alcalde mayor.—Yo no les diré que se vayan, sino que me los llevaré.

—Pues si te los llevas, ¿con quién habré yo de hablar si vengo?

—Deja, deja, tonta: yo saldré á las doce de ronda y naturalmente me los llevaré conmigo; llevaré también un alcalde de barrio, y cuando llevemos una hora ó dos de rondar, mandaré al alcalde de barrio que siga rondando y me volveré solo.

—¿Y si te sucede alguna desgracia viniendo solo de noche sin un alma por las calles,

—Calla, tonta,—dijo el alcalde mayor,—la mala gente huele á la justicia y huye de ella.

—Bueno, Bartolomé, pues yo vendré á las dos; deja la puerta de la sala abierta.

—Por supuesto, mujer, á las dos en punto estaré yo aquí.

—Por supuesto,—dijo la Pajarita de las Nieves,—yo confío en tu honor.

—¿Quién ha de velar más por el tuyo,—dijo de buena fé el alcalde mayor,—sino quien te quiere para esposa?

—Adios, adios,—exclamó la Pajarita de las Nieves,—hasta la noche.

Y se fué.

Enseguida se encerró en su cuarto con Oreja y Media y con Carmen.

Era ya la caida de la tarde.

—De aquello que te dije, Oreja y Media que tenías que hacer casa de la marquesa de Pradonuevo,—dijo Remedios,—ya no hay nada, no es menester; las cosas se han arreglado de otro modo; pero Dios quiera ayudarnos, porque lo que vamos á hacer esta noche es verdaderamente un atrevimiento.

—¡Ah! ¿conque por fin?—exclamó Oreja y Media.—Esto es lo mejor. ¿Pero cómo vas á ser ello?

La Pajarita de las Nieves puso en conocimiento de Oreja y Media y de Carmen lo que ella había convenido con el alcalde mayor.

—Bueno,—dijo Oreja y Media,—el alcalde mayor saldrá á las doce, es la hora á que siempre sale, y rondará como siempre dos horas; en dos horas tenemos tiempo para todo; pero hay que tener una gran serenidad, señorita Remedios, porque puede ser impaciente el alcalde mayor y venir antes de las dos, tal vez en cuanto dé dos vueltas, y si eso sucede no hay medio de echarse atrás: si se presenta lo duro hay que tragárselo. Carmen, que tiene el alma puesta en su sitio, se estará con usted arriba, mientras el tío Carcañales y los otros y yo estamos en el jardín y hacemos el negocio. Que no le vayan á usted á dar vahidos y lo eche usted todo á perder, como lo echó usted á perder cuando la noche de la marquesa de Casariegos, que por un milagro no me llevó el diablo á mí.

—Descuida, Curro,—dijo Carmen,—que estando yo con ella, todo irá bien, y si el alcalde mayor vuelve antes de tiempo, ¿qué le hemos de hacer? se le asegura y andando.

Empezaba á oscurecer.

—Pues es menester,—dijo Oreja y Media,—que para mayor seguridad, yo vaya á entenderme con el marqués; á la fuerza el marqués está á estas horas casa del tío Carcañales planeando la cosa. Ea, salíos de aquí y dejaos ver, que no sospechen; yo me voy á buscar á don Miguelito.

En efecto, Oreja y Media encontró á don Miguelito casa del tío Carcañales.

Allí se pusieron perfectamente de acuerdo, y Oreja y

Media se volvió á las ánimas á casa del alcalde mayor.

A las diez se cenó, como de costumbre, y el alcalde mayor no pudo menos de ver que Remedios, que como siempre, le servía á la mesa acompañada de Carmen y de Oreja y Media, estaba agitada.

Remedios no tenía la costumbre del crimen, no había adquirido la horrible serenidad del bandido, obraba impulsada por la inmensa pasión que le inspiraba Caparrota; pero en vez de sospechar de esta agitación de la Pajarita de las Nieves, se le inundaba el alma de alegría al alcalde mayor.

Para él, aquella agitación de Remedios era amor y no más que amor, una lucha entre su corazón y su deber.

—¡Oh, qué niña, qué niña!—exclamaba para sí el alcalde mayor.—Su amor la arrastra, ¡qué felicidad! ¡alma mía!

Y el alcalde mayor cenaba con un apetito monstruoso.

Por su parte, Carmen y Oreja y Media dejaban ver la mayor naturalidad.

Se acabó la cena, el alcalde mayor se preparó para salir de ronda, y salió, en efecto, á las doce de la noche.

El aposento del alcalde mayor había quedado completamente libre.

Todo el mundo dormía en la casa.

Entonces Carmen, y Remedios extremecida toda, se fueron el cuarto del alcalde mayor y encontraron la puerta abierta; pero las dos fuertes hojas de hierro del armario estaban cerradas.

Hacía falta Oreja y Media para abrir el armario.

Oreja y Media había bajado sin ser sentido de nadie al jardín, provisto de una ganzúa, con la cual abrió el postigo.

Un bulto estaba pegado á él por la parte de afuera.

Aquel bulto era don Miguelito.

—¿Ha venido el coche?—dijo Oreja y Media.

—Sí, ahí está,—contestó don Miguelito.

—Pues que vayan entrando los muchachos, yo tengo que ir arriba á abrir el armario. ¿Y el sereno?

—Pimentilla lo ha engatusado y se lo ha llevado; en dos horas no parece el sereno por aquí.

—¿Y los otros están dispuestos?—preguntó Oreja y Media.

—Sí, no hay cuidado; en último caso podemos escapar; pero por si es necesario, diles que lo primero que deben echar son los cofres de las alhajas.

—Pues por supuesto; pero no perdamos el tiempo, señor marqués, que entren esos.

Don Miguelito se separó del postigo, y poco después entraron el tio Carcañales y otros seis hombres.

—Aquí los de la manta,—dijo en voz baja Oreja y Media.

Cuatro de aquellos hombres le siguieron.

Oreja y Media los colocó debajo de una de las rejas del cuarto del alcalde mayor.

—Extended la manta,—dijo Oreja y Media,—y tenedla firme cuando oigais un silbido de lechuza. Tio Carcañales, cuando caiga un bulto lo coje usted y se lo da usted á los otros. Ea, atención y buen ánimo.

Y Oreja y Media subió por una escalera de servicio al cuarto del alcalde mayor, entró en el aposentillo donde estaba el armario y le abrió con una pequeña ganzúa.

—¡Poder de Dios!—exclamó cuando vió lo que el armario contenía,—No creía yo que era tanto. Vamos, vamos, no os aturdais, niñas; yo me voy con los de abajo; yo creo que todo esto cabe por entre los hierros.

—¡Vaya si cabe!—dijo Carmen.—La lástima es que no haya diez veces más.

—No seas agoniosa, mujer, que con lo que hay aquí hay para hartarse. ¡Ah! mira la reja por donde habeis de echar los cofrecillos y los talegos es la de enmedio; echad primero los cofrecillos. Y oye tú, Carmen, si antes de tiempo viene el alcalde mayor, lo dicho. Siempre que vayas á echar algo, haz la lechuza, Carmen. Ea, ánimo y á no perder tiempo.

Oreja y Media bajó al jardín.

Inmediatamente se oyó en la reja un silbido como de lechuza.

Los cuatro de la manta tuvieron firme, y sobre la manta cayó un cofrecillo, que enseguida fué trasladado.

Poco después se volvió á escuchar de nuevo la lechuza y otro cofrecillo cayó.

El postigo estaba abierto.

La callejuela oscura y solitaria

Al entrar en la callejuela, cubriéndola casi, había un gran coche con seis mulas con colleras.

En el pescante estaban firmes el mayoral y el zagal.

Don Miguelito dentro del coche.

A medida que llegaban los cofrecillos los iba colocando.

Después de los cofrecillos vinieron los talegos.

—¡Ah! Ya debe quedar poco,—dijo don Miguelito.—Solo falta que la Carmen no vacile.

En el cuarto del alcalde mayor las dos habían trabajado con una gran rapidez.

—¡Oh, gracias á Dios!—dijo la Pajarita de las Nieves, tomando el último talego, y dándoselo á la Carmen.

—Sí; gracias á Dios,—dijo ésta.

Y tomó el talego y lo echó por la reja.

Inmediatamente se volvió.

La Pajarita de las Nieves estaba junto á ella.

Carmen la asió de improviso por la garganta y la derribó en tierra.

Ni aun hubo lucha.

La Carmen era una fiera, comparada con la Pajarita de las Nieves.

Se había puesto sobre ella, y la extrangulaba sin piedad.

La atenta calma del semblante de Carmen, mientras ejecutaba esta horrible operación, era espantosa.

Se veía á la miserable que no se conmovía, destruyendo á una criatura, sino que observaba, esperando á que su destrucción estuviera consumada.

Aquello era repugnante.

El bello semblante de la Pajarita de las Nieves, desfigurado por el terror, se había ido poniendo rojo, más rojo, hasta que se puso negro, lívido.

Sus ojos dilatados, en que aparecía una expresión imposible de describir, se habían inyectado de sangre y parecía iban á saltar de sus órbitas.

El extremecimiento poderoso, que durante algunos segundos sentía bajo sí Carmen, se fué amenguando hasta que cesó por completo.

La Pajarita de las Nieves no era más que un cadáver.

Carmen se alzó, apagó la luz, salió á tientas de la sala y de la antesala, buscó á tientas el corredor y la escalera de servicio y bajó al jardín.

Allí no había ya nadie más que Oreja y Media.

—¡Oh! cuanto has tardado, Carmen,—la dijo.

—Tenía dura la vida,—contestó Carmen.

—¿Estás segura de que ha muerto?

—¡Pues vaya!—contestó Carmen.

Y su acento era terrible por lo sereno, por lo tranquilo.

—Pues andando á casa del tío Carcañales,—dijo Oreja y Media,—los otros ya van delante.

Carmen salió.

Oreja y Media encajó el postigo del jardín.

Un cuarto de hora después llegaban á la calle de la Mar y entraban en la casa del tío Carcañales.

En un aposento interior se veían los talegos y los cofres de alhajas del alcalde mayor, y la gente de don Miguelito los bajaba al sótano y los ponía en un profundo hoyo que se había preparado.

—¿Y esa criatura?—dijo don Miguelito al ver á Carmen.

—Seguro está que nos comprometa,—dijo Carmen.

—Lo siento ¡pobrecilla!—exclamó don Miguelito, mostrándose por la primera vez conmovido después de un crímen;—pero ella ha tenido la culpa; no se podía pasar por otro punto. Echame á la calle, Carcañales.

Y don Miguelito se embozó y salió agobiado bajo el peso de aquel asesinato cometido en una mujer que, aunque ménos que Patrocinio y que Milagros, le enamoraba.

Se encaminó en paso lento á la calle de los Gimios, y entró en su casa por el postigo del jardín.

CAPITULO XXX

De lo que pasó por el alcalde mayor, marqués de la Pampanera, á consecuencia del asesinato de Remedios

Nunca han pasado por un hombre dos horas causándole una mayor impaciencia que las que pasaron por el alcalde mayor desde las doce hasta las dos de la mañana.

Para él era indudable que la Remeditos se había vuelto loca de amor.

¡Oh qué momento aquel cuando él volviese y pudiese decirla, sin testigos, sin temor de ser escuchado, todo lo que por ella sentía, todo lo que amaba, y largamente, sin que Remeditos pudiese decir que se iba para que no pensasen mal de ella!

Se abrasaba en su amor infinito el alma del alcalde mayor, que se sentía el hombre más feliz de la tierra.

Rondando, rondado, unió á su ronda dos rondas de alcalde de barrio, prendió á cuatro ó seis perdidos y cuando dieron las dos menos cuarto de la mañana, dijo al más

calificado de los alcaldes de barrio que le acompañaban:

—Quédese usted con la ronda de ese otro alcalde y con la mía, y no cese usted hasta el amanecer; yo voy solo á observar cierta cosa que importa mucho al servicio del rey nuestro señor.

Podría ser muy bien que el alcalde mayor necesitase ir completamente solo para servir mejor al rey.

Don Bartolomé tomó á buen paso el camino de su casa, tardándole el tiempo que llegaba á ella.

Llegó al fin, llamó, y uno de los alguaciles que abajo habían quedado de guardia, abrió.

El alcalde mayor extrañó que, como otra noches que había salido de ronda, Curro Lascano no le hubiese esperado para recibirle.

—Vaya, se habrá dormído,—dijo,—mejor, así no reparará en que yo he vuelto sin la ronda; es un pillo y pudiera sospechar.

El alcalde mayor subió solo á su cuarto.

Aquella antesala desierta le olió á gloria, porque la ausencia de los alguaciles de guardia le prometía una larga entrevista con la Pajarita de las Nieves.

Empujó la puerta y extrañó encontrarse con la sala completamente á oscuras.

—Vamos,—dijo,—no habrá venido todavía, y la mariposa se habrá apagado.

El corregidor tomó la luz que había en la antesala, que era un gran velón de Lucena, y entró.

Por el momento no reparó en el cadáver de la Remedios.

—Vamos,—dijo, consultando su reloj,—he venido muy deprisa, todavía no son las dos; ya se ve, mi impaciencia... ¡Ah! ¡cuánto me ama esa angelical criatura! ¡qué confianza

tiene en mi amor y en mi honor! ¡qué inocente es! ¡qué feliz va á hacerme!

El corregidor se quitó su sombrero y su capa, los puso en un sillón, y dejó en un rincón su bastón.

Aún no había visto el cadáver de Remedios.

Estaba éste extendido junto á la reja por donde se habían arrojado los cofres y los talegos.

El alcalde mayor se sentó delante de la mesa, de espaldas al cadáver, y esperó.

Un momento después, dieron de una manera pausada y sonora las dos de la mañana en el reloj de la Giralda.

—¡Ah!—dijo el alcalde mayor,—ella, que no dormirá habrá oído las dos y vendrá al momento.

Pero pasaron algunos minutos y Remedios no parecía.

—¡Oh! Se habrá dormido,—exclamó el alcalde mayor, —ó se habrá arrepentido tal vez, ¿habrá desconfiado de mí? esto me ofendería; yo no he dado motivo alguno para que ella desconfíe.

Y el alcalde mayor, incomodado por este pensamiento, se levantó y se puso á pasear por la sala, ó más bien por el salón, que era enorme.

A la primera vuelta, se detuvo, se asombró, pasó por él algo inexplicable.

Había descubierto un cuerpo tendido en tierra junto á la reja del centro.

Era el cadáver de Remedios, en que antes no había reparado, á causa de su distracción, de su excitación nerviosa.

Se quedó inmóvil, helado, mudo, fascinado por un terror espantoso; rechazaba instintivamente la idea de que aquel, que indudablemente era un cadáver, pudiera ser el cadáver de Remedios.

Pero esta duda no podía durar mucho tiempo.

Aquel cuerpo tendido inmóvil le atraía.

Se acercó á él, crispado, cubierto de sudor frío, y al fin no pudo dudar: reconoció á Remedios.



Se inclinó, la examinó, la tocó.

Remedios estaba inmóvil, helada, rígida, amoratada, muerta.

Pasó por el corregidor una agonía horrible.

Estuvo á punto de volverse loco.

Al fin se alzó, salió de su aposento y se lanzó en los corredores del patio llamando á grandes voces, desesperado, terrible.

Acudieron los alguaciles que estaban abajo de guardia; los criados, que dormían cerca, aparecieron medio desnudos, y se encontraron con el alcalde mayor espantado, con

los ojos extraviados, murmurando palabras ininteligibles, y vuelto el juicio en la apariencia.

De improviso dió á correr y se metió de nuevo en su aposento.

Los alguaciles y los criados, maravillados de lo que veían, le siguieron y se encontraron con el cadáver de Remedios.

El alcalde mayor daba vueltas como un loco, con las manos puestas en la cabeza.

—¿Quién ha podido hacer esto?—exclamaba.—¿Qué crímen es éste? ¡Qué horrible crímen este que ha caído sobre mí! ¡Mi vida, mi alma, mi encanto, muerta, asesinada!

De improviso el alcalde mayor se 'etuvo.

—¿Dónde está Curro Lascano?—dijo.—¿Por qué no ha venido Curro Lascano?

Algunos fueron á buscar á Oreja y Media, y volvieron á poco.

—Señor alcalde mayor,—dijo uno de los alguaciles,—el señor Curro Lascano no está en su cuarto, ni tampoco su mujer.

—¿Cómo que no está en su cuarto Curro Lascano?—exclamó el alcalde mayor;—¿habrá sido él acaso, auxiliado por su mujer, el autor de este horrible asesinato? Buscadlos, buscadlos por toda la casa.

Se hizo una minuciosa requisa, y no parecieron Oreja y Media y Carmen.

En aquellos momentos dormían tranquilamente en el aposento secreto que tenía en su casa el tio Carcañales.

—¡Oh! Ellos han sido, ellos han sido,—exclamó el alcalde mayor.—¡Infames! ella le ha impulsado, ella, ella; si, ella era al fin, la viuda de un bandolero, la viuda de Cachitos.

El alcalde mayor, en su desesperación, se olvidaba de todo y revelaba que sabía que la mujer de Oreja y Media era la viuda de un bandido terrible, á pesar de lo cual había sido padrino de la boda.

Algunos que sospechaban que aquel crimen no se había cometido solamente por matar á la señorita Remedios, inspeccionaron, y uno de ellos volvió y dijo:

—Señor alcalde mayor, el armario que hay en el cuarto adonde se entra por la alcoba de usía, está abierto y vacío.

—¡Ah!—exclamó el alcalde mayor, quedándose helado como una estátua.—Nadie, nadie sabía lo que había en ese armario; nadie más que ella; ella ha debido cometer una imprudencia, y su imprudencia la ha costado la vida. ¡Y yo, yo, el alcalde mayor, robado! ¡robado como otros tantos, y con la doble circunstancia del asesinato! ¡Ese infame Francisco Lascano debe pertenecer á esa cuadrilla de bandidos invisibles á los cuales yo no he podido descubrir! ¡Ah! ¡y á mí esto! ¡á mí! ¡el alcalde mayor robado! ¡Conmigo, conmigo!—exclamó cogiendo su capa, su sombrero y su bastón,—¡vamos á buscarlos; no he de parar hasta que dé con ellos!

Y el alcalde mayor se lanzó á la calle, seguido de los dos únicos alguaciles que se quedaban de guardia en el piso bajo de su casa, y empezó á dar vueltas, loco, fuera de sí por las oscuras calles de Sevilla, sin obtener otro resultado que el fresco de la mañana le volviese un tanto la razón.

El alcalde mayor, después de haber preso algunos desventurados trasnochadores, que llevó á la cárcel sin otro delito que el de haberse encontrado al alcalde mayor cuando se iban á su casa después de pelar la pava, se volvió á la suya, abatido, moribundo, por decirlo así.

El cadáver estaba en el mismo lugar; nadie se había atrevido á tocarle.

El alcalde mayor, ya reducido á tener paciencia y á componerse como pudiese con su desesperación, no pudo prescindir del cumplimiento de su deber.

Hizo llamasen á su escribano, se extendió la fé de libores y el testimonio del levantamiento del cadáver, y éste fué conducido al hospital con gran dolor del alcalde mayor, que no podía dispensar este procedimiento legal para que se hiciese la autopsia.

Los médicos declaráron que el cadáver que se había sometido á su examen había sido víctima de una extrangulación.

Cuando el escribano vino á dar parte de esto al alcalde mayor, que, haciendo de tripas corazón, se acupaba de las primeras actuaciones del proceso, le anunciaron el señor marqués de Casa-Vaquera.

El alcalde mayor no estaba para recibir á nadie; pero no pudo ni quiso dispensarse de recibir á don Miguelito.

Había pasado el primer paroxismo del dolor, ó mejor dicho, la reflexión se había abierto paso á través del dolor, y don Bartolomé había comprendido que debía ocultar su agonía y aparecer ante las gentes como un severo é imparcial ministro de justicia.

CAPITULO XXXI

De como el alcalde mayor continuó creyendo un buen joven á Caparrota y de como, á pesar de su valor, le casa con Patrocinio

—¡Qué es lo que acabo de saber, señor alcalde mayor!—exclamó don Miguelito estrechando fuertemente las dos manos de don Bartolomé;—¿qué en su casa de usted se ha cometido anoche un robo y un asesinato? No se habla de otra cosa y toda Sevilla está espantada. ¡Adónde vamos á parar! ¿quién puede creerse seguro, cuando el mismo alcalde mayor es robado? ¿Hasta dónde va llegar la audacia de esos misteriosos bandidos?

—Calle usted, calle usted, don Miguelito exclamó el alcalde mayor;—yo estoy desesperado; yo no sé lo que me sucede; esto es escandaloso, increible; yo estoy avergonzado; esto ya es insoportable; yo no siento lo que me han robado; lo que siento es lo que puede creerse en Sevilla, lo que puede creer el rey nuestro señor; esto es, que yo soy un imbécil, un torpe, un descuidado, un criminal, que

no sirvo para mi oficio de alcalde mayor; y esto no es cierto, usted no sabe los esfuerzos que yo he hecho, el dinero que he gastado, las recompensas que he prometido para descubrir á esos terribles, á esos infames malhechores; pero no hay medio, don Miguelito, no hay medio; los magistrados no tienen instrumentos leales y honrados para ejercitar la justicia; el hombre que, es indudable, ha cometido el robo y el asesinato que han tenido lugar en mi casa, ha sido cabo de mi ronda, un alguacil despierto, inteligente, activo; últimamente era mi mayordomo, yo tenía en él la mayor confianza.

—¡Ay, señor alcalde mayor!—exclamó don Miguelito.—Adán se perdió por Eva.

—¿Qué? ¿qué es lo que usted quiere decir?—exclamó avispado el alcalde mayor.

—Los amigos deben ser francos con los amigos señor don Bartolomé,—dijo don Miguelito,—y deben manifestarles la verdad por dura que esta sea. Por Sevilla se murmuraba hacía días que usted estaba enamorado, y á punto de casarse con una joven, á quien tenía usted en su casa como ama de gobierno.

El alcalde mayor se puso encendido hasta lo blanco de los ojos.

—Y bien, bien,—dijo:—dado caso que eso fuese, ¿qué tenía eso de extraño? Remedios era una señorita; su familia había venido á ménos; una huérfana, una admirable criatura la desventurada.

—Pues mire usted, don Bartolomé, por Sevilla se dice que ella ha sido la autora principal del robo.

—¿Cómo, cómo?—exclamó el alcalde mayor.—Esas son murmuraciones infames; ella ha sido la víctima.

—Recuerda todo el mundo,—dijo don Miguelito,—que la Remedios era doncella de la marquesa de Casariegos cuando esta señora fué robada y herida.

—Pero se encontró á Remedios atada en su lecho y con el atraque puesto.

—Yo debo decir á usted todo lo que se dice, don Bartolomé, por ver si eso que se llama voz de Dios por ser la voz del pueblo, puede iluminar á usted. Dicen que si se encontró á la Remedios atada y amordazada, fué para apartar de ella las sospechas.

—¿Y qué dirán ahora que se la ha encontrado extrangulada, muerta?—exclamó el alcalde mayor.

—Pues dicen que los invisibles, para estar seguros de que una indiscreción de la Remedios no los comprometiese, la han matado después de haber llevado á cabo por medio de ella el cuantioso robo de que usted ha sido víctima. Y desimpresiónese usted, don Bartolomé; repare usted en que el cadáver de la Remedios se ha encontrado en el mismo aposento de usted. ¿Qué hacía de noche en su aposento de usted la Remedios? Eso dice todo el mundo: ella aprovechó, para introducir á los bandidos, una noche en que usted salía de ronda, y en que, como de costumbre, debía usted estar fuera de su casa dos horas.

—Pues hé aquí, hé aquí lo que hay de verdadaro en eso que llaman voz de Dios,—dijo el alcalde mayor.—A un amigo como usted, á un hombre que sabe lo que es el amor porque le siente, que es un buen joven, aunque un tanto libertino, se le puede decir todo en confianza. Esa infeliz me amaba; si yo salí anoche de ronda, fué para hacer posible que ella viniese en altas horas para poder hablar con ella, sin que fuese murmurada, á mi aposento; lo habíamos con-

venido; y esté usted seguro que lo que ha sucedido ha sido que el infame Curro Lascano y su maldita mujer aprovecharon mi ausencia, se vinieron á mi aposento, se encontraron en él á la desventurada, y para sofocar su voz, para que no pudiese llamar, pedir auxilio, la extrangularon. Vea usted, vea usted, ya que yo le he puesto en antecedentes, lo que se puede fiar en lo acertado de la opinión pública.

—¡Ah! Eso es distinto,—exclamó don Miguelito;—lo que usted acaba de decirme me persuade. ¡Oh, qué desgracia, Señor, qué desgracia!

—Yo estoy que me ahogo, mi querido don Miguelito. Si se hubieran contentado solamente con robarme... ¡pero matármela! ¡mi felicidad! ¡mi gloria! ¡mi esperanza!

Y el alcalde mayor se echó á llorar.

—Vamos, vamos, consuélese usted, amigo mío,—dijo don Miguelito, afectándose, profundamente conmovido;—recurra usted á todo su valor, ¡qué se le ha de hacer! esto ya no tiene remedio.

—Si usted viera amoratada, inmóvil, muerta á su querida Patrocinio, á su esposa, ¿qué sentiría usted, don Miguelito?—exclamó el alcalde mayor.

—¡Ah! no me lo diga usted por Dios,—exclamo don Miguelito;—la sola suposición me pone malo, me vuelve loco.

—Pues vea usted lo que me sucede,—dijo el alcalde mayor;—yo estoy agonizando, muriéndome. ¡Pensar en que aquella garganta de tórtola ha sido hecha pedazos por los cirujanos en la inevitable disección legal! ¡No volverla á ver, recordar siempre la muerte horrenda que esa infeliz ha sufrido! Esto me va á quitar la vida, marqués. ¡Y tener que hacerse fuerte, tener que disimular! ¡Oh! las altas magistraturas se hacen á veces terribles; me sobra valor, pero

yo no sé si tendré fuerzas. Sea, en fin, lo que Dios quiera. Y ahora, marqués pensemos en usted, en doña Patrocinio; no nos hemos de olvidar de nuestros amigos y de nuestro deber, por grandes que sean las desgracias que nos sobrevengan.

—¡Oh! Señor don Bartolomé,—exclamó don Miguelito, —mi boda con Patrocinio puede dilatarse algunos días.

—No, no, ni un momento más,—dijo el alcalde mayor; —usted no es muy seguro, Casa-Vaquera, y por más que usted ame con toda su alma á Patrocinio, como lo prueba el paso arriesgadísimo que usted ha dado arrebatándola de su casa, puede usted escapárseme; yo estoy viendo la sombra de mi amigo don Pedro de Maldonado que me dice: «No porque tú sufras la amargura de las amarguras, te olvides de salvar, ya que puedes, el honor y el porvenir de mi hija; acuérdate de que en mis últimos momentos me prometiste hacer cuanto pudieses por ella.» Y lo haré, sí señor, lo haré; y luego, Casa-Vaquera, ocupándome de esto me distraeré de mis terribles pensamientos, si es que puedo distraerme; lo procuraré por lo menos. Dígame usted, ¿usted se ha preparado? ¿Ha pedido usted al cura párroco su certificación de haber confesado y comulgado y sufrido un exámen de doctrina cristiana?

—Sí, señor, sí,—dijo don Miguelito;—yo he hecho esto esta mañana muy temprano, ignorando lo que había sucedido y bien ageno de ello.

—Pues bien,—dijo el alcalde mayor,—mi prima la baronesa de Pradonuevo habrá llevado también hoy á la iglesia como yo se lo había encargado, á doña Patrocinio, que tendrá una certificación semejante; esto es de todo punto necesario para que el arzobispo se preste á librar el man-

damiento cerrado para que ustedes se casen esta noche. Su eminencia es muy escrupuloso, y de seguro pedirá la prueba de que ustedes dos se han preparado como dos buenos católicos apostólicos romanos, para recibir el sacramento del matrimonio. Dispénseme usted, Casa-Vaquera, voy á vestirme y á mandar que pongan el coche para ir primero á casa de mi prima que nos dé la certificación de haber confesado y comulgado y sufrido el exámen de doctrina cristiana doña Patrocinio; enseguida nos iremos al arzobispado y obtendremos el mandamiento, porque su eminencia es muy bueno y muy celoso, y en cuanto conozca la urgencia del casamiento, que yo se la indicaré, se apresurará á facilitarle para que dejen ustedes de estar en pecado mortal; antes de diez minutos estoy de vuelta, Casa-Vaquera.

Y el alcalde mayor salió.

¿Cómo había de sospechar ni remotamente el alcalde mayor, que un joven tal como lo parecía Miguelito Caparrota, aunque él hubiese descubierto que tenía sus puntas y ribetes de libertino, era el verdadero responsable del robo que había sufrido y de la incurable herida que le había causado en el corazón la muerte de su adorada Remeditos, ni cómo concebir que un bandido de tal especie se fuese á la iglesia, confesase, comulgase y sufriese un exámen de doctrina cristiana, y después de este sacrilegio se fuese tranquilo, dando muestras de una conmiseración profunda á consolar al alcalde mayor de la desgracia que había sufrido?

Lo que estaba más distante del pensamiento de don Bartolomé era que el principal fautor del horrendo crimen que le tenía casi aniquilada, fuese don Miguelito.

Para él no había más que un solo culpable; el infame

Oreja y Media; y el haber llegado Oreja y Media á este punto, lo atribuía el alcalde mayor á la influencia perniciosa y terrible de Carmen, que al fin era la viuda de un malhechor tan terrible como Cachitos.

El alcalde mayor se acusaba de su debilidad por no haber impedido aquel matrimonio, y creía que esta debilidad era la causa del horror que había acontecido.

Don Miguelito, al quedarse solo en el despacho del alalde mayor conservaba por precuación una excelente apariencia.

Aquello hubiera podido tenerse por admirable, á no conocer bien á don Miguelito.

¿Qué le importaba á él el exterminio de un ser?

Nadie como él había despreciado la vida humana.

El alcalde mayor volvió muy pronto, de tiros largos, de ceremonia, como que iba nada ménos que á presentarse al cardenal arzobispo de Sevilla.

Llevaba, en verdad, la cara lacia y descompuesta; estaba ojeroso, tristísimo; pero esto se justificaba por la impresión que había recibido á causa de la desgracia acontecida en su casa.

El coche esperaba ya.

De un tirón los llevó á la casa de la baronesa de Prado-nuevo, donde encontraron junto á esta señora á Patrocinio, ya verdaderamente de gran luto y hermosísima; el luto la sentaba muy bien.

Resplandecía su mirada.

Había en ella algo incomprensible, pero que seducía, que aturdía.

—¡Ah! Todos son más felices que yo,—murmuró para sí el pobre alcalde mayor.

Y á pesar del dolor agudísimo que le causaba la pérdida de su adorada Remeditos, miró con avaricia, sin apercibirse de ello, á Patrocinio.

Si Patrocinio ó una mujer como ella hubiese sonreido al alcalde mayor de una manera tal que él se hubiera creído amado, se hubiera sentido curado de improviso en cuanto á Remedios, por aquello de que un clavo saca otro clavo, y no le hubiera quedado otro sentimiento que el de sus talegos y sus diamantes.

El robo había sido enorme, enormísimo.

La visita fué muy corta, y el alcalde mayor, provisto de la certificación que le dió su prima la baronesa del cura de la parroquia, se despidió para ir con don Miguelito á ver al arzobispo.

Su eminencia estuvo cumplidísimo; libró inmediatamente el mandamiento cerrado para que se casasen el marqués y Patrocinio, y aun se ofreció á casarlos en su capilla arzobispal.

Disculpóse don Miguelito, alegando las circunstancias en que se hacía el matrimonio, y agradeciendo con toda su alma la buena voluntad del arzobispo.

Faltaba, en verdad, la real licencia, necesaria para el casamiento, por ser don Miguelito, no solo título de Castilla, sino también grande de España; pero el alcalde mayor se encargó de arreglar esto.

Salieron.

Se determinó que el casamiento se hiciese en la iglesia y á puerta cerrada, sin más personas que los testigos y los padrinos que debían serlo, de una parte la marquesa de Pradonuevo, de la otra el marqués de la Pampanera.

Después todos acompañarían á los novios al domicilio

conyugal, donde estaría preparado un ligero refresco; se inventaría una historia, como por ejemplo: que ya estaban casados de secreto Patrocinio y el marqués, y que si ella había huído de su casa, había sido la oposición tenaz que su padre había opuesto á este enlace.

Creyérase ó no se creyera esta historia, se habían cubierto las apariencias.

Todo sucedió como se había preparado.

Don Miguelito y Patrocinio se casaron en la iglesia del Sagrario, y el cura, los padrinos y los testigos, los acompañaron casa del marqués, donde se sirvió un refresco, y á las ánimas, padrinos y testigos dejaban solos á los novios.

El luto había impedido la fiesta de bodas; pero don Miguelito no había prescindido de ellas, y apenas habían salido los padrinos, los testigos y el cura por la puerta principal, cuando don Miguelito, que había mandado á sus criados se retirasen, y había cerrado las puertas de su aposento que comunicaban con la parte anterior de la casa, salía con Patrocinio del brazo, por el postigo del jardín, y se encaminaba con ella á casa del tio Carcañales

---

CAPÍTULO XXXII

Los presentimientos de Patrocinio

Había una gitanería completa preparada casa del tio Carcañales, pero muy en el interior de ella, en un salón, para llegar al cual había que pasar algunas habitaciones.

Para evitar la presencia de importunos, el tio Carcañales había dicho á los muchachos que servían en su casa:

—El que venga y quiera entrar, que llame con la cabeza y que siga llamando hasta que se le salten los sesos; aquí no se oye esta noche á nadie.

El jaleo fué terrible; podía decirse que no había allí ni una sola persona que no perteneciese al bandidaje.

Oreja y Media y la Carmen formaban parte de la reunión, y no era la Carmen la que ménos cantaba y la que ménos jaleaba.

El Pizquierdo se encontraba allí también.

El jaleo, sin que se apercibiese nadie de afuera, porque sucedía en lo más profundo de la casa y solo los vecinos po-

dían oirle y estaban acostumbrados á estos ruidos, duró hasta las doce de la noche.

A las doce, Caparrota dió á cada uno de los convidados un cartucho de dulces preparados por el tio Carcañales.

En cada cartucho iban seis onzas de oro.

Don Miguelito quería que se hablase de sus bodas entre su gente de una manera respetuosa.

Todos se fueron contentísimos y asombrados, y puestos en respeto por Patrocinio, que había estado á la altura de la situación.

Todos habían comprendido que ella era la digna, la dignísima esposa de Caparrota.

Cuando se quedaron solos con el tio Carcañales, Oreja y Media y la Carmen, el marqués dijo:

—Oreja y Media, tú eres un inconveniente, porque tú ni tu mujer os habeis de reducir á estar escondidos, y de tal manera está irritado y ansioso de venganza contra vosotros el alcalde mayor, que se hace indispensable huyais el bulto. Adonde quiera que fuérais, aunque marchárais á lo último de España, estaríais siempre asustados. A más de esto, yo estoy viendo que muy pronto va á llegar un día en que yo mismo me voy á ver comprometido; ha entrado demasiada gente en la compañía, y yo empiezo á no fiarme de nadie. Los alguaciles y la policía están bien advertidos, y Carcañales sabrá con mucho tiempo si hay otro peligro y si se debe saltar fuera ó no; pero bueno es tenerlo todo prevenido. Carmen, mañana al amanecer, bien disfrazados y bien desfigurados los dos, os salís y os vais á mi posesión de San Juan de Aznalfarache; allí está prevenido para que os tengan ocultos; á la noche, el Pizquierdo os acompañará hasta el

cortijo de los Olivares, y allí os encontrareis con ocho buenos mozos que conoce mucho tu mujer.

—Oiga usted, marqués,—dijo la Carmen.—¿Y quiénes son esos ocho buenos mozos que yo conozco tanto?

—Ya sabes tú quienes son solamente con que yo te haya dicho que son ocho y que tú los conoces mucho.

—¡Ah, ya!—dijo Carmen;—¿los de la partida del difunto?

—Pues por supuesto, mujer,—dijo el marqués.—Este es nuevo, y ni esos ni otros le respetarían lo que es menester que le respeten; pero el Bermejillo y los siete que con él estarán esperando, te conocen demasiado, Carmen, y te temen como á la ira de Dios, porque saben que tú eres peor, mucho peor que Cachitos. Tú enseñarás á Oreja y Media el oficio, que él es listo y lo aprenderá pronto; tú te vestirás de corto, y en tu jaquita, como una mujer, le acompañas á todas partes. No tengas tú cuidado por tu chiquillo, que se quedará en poder del tio Carcañales y bajo mi amparo.

—Pues me alegro,—dijo Carmen,—porque ya me pudría ya aquí. Algunas veces acompañaba yo á Cachitos, porque me gustaba á mí el aire de la sierra y el de la campiña, y andar á salto de mata.

—Pues te se cumple el deseo, Carmen. Oyete, tú, chiquilla, acuérdate de lo que te digo: es menester que el teniente lo sea el Bermejillo; me han dado muy buenos informes de él; dicen que es todo un mozo, y que conoce á palmos la campiña y la sierra, dicen que es un poco fachendón y un poco bruto; pero Oreja y Media por poder, y tú por poder y por saber, le pondreis al pelo. Mira tú, Carmen, es menester que se dé ruido; el alcalde mayor se vanagloria de que desde que se indultaron los Niños de Ecija, que fué el año

pasado, él ha hecho de manera que el pobre caballista que ha salido la ha pagado en la horca, y de que se puede ir por todos los caminos de la tierra baja y hasta por las trochas de la sierra con el dinero en la mano. Esto es verdad, el alcalde mayor, tan tonto como ha sido para enrocinarse por la Pajarita de las Nieves, tan duro es para perseguir á los pobres. Conque á ver si muy pronto se hace algo que resuene, porque interesa distraer al alcalde mayor del negocio de anoche, y aturdirle y volverle loco.

—Descuide usted, don Miguelito,—dijo Carmen,—que van á suceder cosas que no se han visto ni se han oído nunca. Por supuesto, que las jaquitas y las armas que nos tendrá usted preparadas en el cortijo de los Olivares, serán como de encargo.

—¡Vaya, mujer! como cosa mía primero, y después como preparada por el tío Carcañales.

—¡Pues no era nada lo que nos tenía usted preparado, señor Caparrota!—dijo Carmen.

—¿Y para qué dar á nadie satisfacción de las cosas hasta que las cosas van á hacerse? Con que no hay que hablar más; mi mujer y yo tenemos sueño; nos vamos á dormir, y no vamos á volver aquí en quince semanas; ahora más que nunca importa engañar á las gentes, y que todo el mundo vea en el marqués y en la marquesa de Casa-Vaquera dos personas inmejorables. Con que á ver cuando me alegro yo porque sepa, cuando lo sepa todo el mundo, una hazaña vuestra.

—Descuide usted, don Miguelito,—dijo Carmen,—que no ha de tardar; y muchas gracias, porque nos ha buscado usted una salida para que no andemos escondidos y asustados. ¡Jesús, qué fatiga! Yo sé bien lo que es el alcalde ma-

yor y lo que le ha dolido la cosa, y es capaz de gastarse el alma, porque lo que se le ha quitado es como si se le hubiera cortado una uña, y gastando mucho dinero podría dar con nosotros, que no hay de quien fiarse, y si nos cogiera... vamos, no lo quiero pensar.

—Ya veis si yo os estimo,—dijo don Miguelito;—con que á portarse bien.

—Descuide usted, señor marqués, que va usted á quedar más contento de nosotros que lo que usted piensa.

—Eso digo yo —exclamó Oreja y Media,—y estoy ya rabiando por verme á caballo por esos mundos de Dios.

—Pues hasta la vista. Vámonos, Patrocinio. Venga usted á echarnos á la calle, tío Carcañales.

Los recién casados salieron.

Patrocinio había escuchado toda aquella conversación como la cosa más natural del mundo, y aun podría decirse que con complacencia.

Aquello tenía para ella un no sé qué de terrible encanto.

—¿Sabes,—dijo Patrocinio,—que yo tengo que agradecerle mucho á ese Oreja y Media? Porque la verdad es que sin sus torpezas nada hubiera sabido el alcalde mayor acerca de nuestros amores, y tú te hubieras pasado muy gentilmente queriéndome mucho, pero sin casarte conmigo

—¿Crees, tú, Patrocinio,—dijo don Miguelito,—que yo no me he casado contigo con toda mi alma, con toda mi voluntad? ¿Crees tú, gloria mía, que yo no soy feliz teniéndote por mujer?

—Tú no sabes lo que quieres, Miguel,—dijo Patrocinio;—si á tí te hubieran dejado elegir libremente, me hubieras mantenido á mí en la posición de tu querida, y te hubieras casado con Milagros.

—¿Celos?—exclamó don Miguelito.

—Celos no, evidencias.

—Milagros me sedujo con su candor, con su pasión, te lo confieso; pero nunca pensé en anteponerla á tí, y ahora que está en un convento, que no la veo, que no puedo verla; ahora que te tengo á tí á mi lado, he llegado á olvidarme de ella completamente, y á parecerme un sueño que he podido ni aun pensar en ella queriéndome tú.

—Mientes, Miguel,—dijo Patrocinio;—á mí me tienes, y Milagros es tu empeño, tu imposible. Comprendo, sí, y confieso que Milagros vale lo bastante para ser mi rival; pero, oye, Miguel; tú que antes habías pensado hacer tu mujer á Milagros y continuar conmigo rebajándome á la posición de querida, ahora que eres mi marido, harás hasta lo imposible para apoderarte de Milagros, á pesar del convento, y hacerla tu querida; tú no dejarás de amarme nunca, tú no pretenderás libertarte de mí; pero tampoco dejarás de amar á Milagros; ella te seduce y te impresiona, por lo menos, tanto como yo; tú quisieras hacer de nosotras dos una sola.

—A tí hay que dejarte hablar, Patrocinio,—dijo don Miguelito,—y hay que alegrarse de que hables asi, porque esto prueba que lo mucho que me quieres te vuelve loca y te hace decir insensateces. ¿Cómo puedo yo amar nada teniéndote á tí? ¿Qué puedo yo desear si tú eres mia?

—La otra mitad de tu amor, Miguel.

—Como quieras, mujer, como quieras.

—No como yo quiera, sino como es. sin quererlo.—dijo Patrocinio;—tu idea fija ahora es apoderarte de Milagros. ¿Por qué, dime, vas tú á armar esa partida de caballistas?

—¿Creerás tú sin duda,—dijo don Miguelito,—que con

esa partida voy yo á meterme en Sevilla, á tomar por asalto el convento, á sacar de él á Milagros, y con mi partida llevármela por enmedio de Sevilla, á pesar de la guarnición, de los migueletes y de todo el mundo?

—Tú encontrarás un medio para sacar á Milagros del convento: tú la sacarás, y cuando la saques, como no te atreverás á tenerla escondida en Sevilla, quieres tener poderosos medios fuera de ella. Quien te va á echar á tí al camino no es el que te descubran; á tí no puede dscubrirte nadie; tú has redondeado una gran fortuna con esta última hazaña tuya contra el alcalde mayor; los que te han servido en estos negocios están ya ricos y se alegrarán de descausar; sobre tedo, contra tí no hay pruebas; tú has sido simplemente un director que no se ha comprometido nunca; si alguno de esos pícaros te denunciase, nada podría probar contra tí; ¿qué te importaba á tí, pues, que estuviesen expuestos ó no Oreja y Media y la Carmen? No, tú has dispuesto de ellos porque los necesitas; porque piensas en Milagros; por eso te he dicho que Milagros te va á echar al camino; tú lo sabes, lo provees, y para cuando llegue el caso, quieres no tener que hacer nada; sino fuera por Milagros, tu pasado quedaría oculto en el misterio, y con tu fortuna y con mi amor, serías el mismo hombre de reputación sin tacha que has sido hasta ahora.

Llegaron en este momento á la calle de los Gimios y al postigo del jardín.

Don Miguelito abrió y entraron.

En vez de seguir hacia la galería, Patrocinio se sentó en uno de los bancos de madera que había alrededor de la fuente.

—¡Cómo!—exclamó don Miguelito,—¿quieres que pasemos algún tiempo aquí Patrocinio?

—Sí,—dijo ésta;—la noche está serena y hermosa, y ese ruiseñor que canta entre los árboles y el ruido de la fuente, me encantan; sobre todo, estando á tu lado; siéntate Miguel.

Don Miguelito se sentó.

—De ahora para siempre,—dijo Patrocinio,—oye: tú eres mi señor y yo soy tu esclava; tú podrás hacer lo que quieras; yo no me quejaré jamás; sufriré todo lo que me hagas sufrir; no lo tomes á debilidad, y sobre todo, no lo creas un día desamor y desprecio. Cuando acepté tu amor te conocía, y entonces, que estaba á tiempo, no retrocedí. No quiero decirte más; no me espantas ni me espanta el crimen; yo tengo el alma terrible, tú me lo has hecho comprender; la vida de azares, de venturas y de peligros, me seduce; pero sobre todo esto está mi amor por tí; si tú fueras dócil á los consejos de una mujer que te adora, te habrías salvado, cortarías tu historia de bandidaje y me libertarías de un terror horrible que me hiela el alma.

—¡Terror! ¿y por qué?—exclamó don Miguelito.

—Oye, Miguel, te estoy viendo á esta vaga y opaca luz de la noche, y sufro, sufro horriblemente; ahora, en este mismo momento, me parece que veo tu semblante lívido, espantoso, horrible como el de un ahorcado.

—Sueños de espanto del amor,—exclamó don Miguelito.

—Vámonos, vámonos —dijo Patrocinio,—empiezo á tener miedo; no sé por qué se me hiela el alma: piensa en lo que te he dicho, Miguel, yo no volveré á hablarte más de esto.

Patrocinio se levantó y se encaminó en paso lento á la galería.

Don Miguelito la siguió profundamente pensativo.

CAPÍTULO XXXIII

De como entró en campaña Oreja y Media.

Aquel mismo amanecer salieron de casa del tío Carcañales una gitana montada en un burro, y un gitano que llevaba el burro del ronzal.

Este gitano y esta gitana no eran otros, como habrán adivinado nuestros lectores, que Oreja y Media y la Carmen; y de una manera tan admirable disfrazados, que era imposible reconocerlos.

La Carmen vestía pobremente; iba desgreñada y de tal manera pintada y adovada, que no parecía sino que tenía cuarenta y cinco años muy trabajados.

El burro era ruin, y su aparejo miserable.

Oreja y Media parecía un tanto derrengado, vestido muy pobremente á lo flamenco, con un sombrero sin copa, tuerto del ojo izquierdo, con un chirlo que le cogía la mitad de la mejilla derecha, fingido por un resalte de pasta, y con las patillas súcias, entre canas.

Cuando pasaron por la puerta del Arenal, los guardas no

creyeron otra cosa sino que eran un gitano y una gitana pobretones, que habían parado aquella noche en Sevilla y que seguían su camino.

Por lo que pudiera acontecer, el tio Carcañales los había provisto de un pasaporte para Santiponce.

Oreja y Media, tirando siempre del ronzal, y en paso lento, ganó el puente de Triana, le atravesó, como así mismo el barrio, y siguió hácia la posesión de don Miguelito, á la que llegó á la salida del sol.

Allí se les esperaba, y se les ocultó perfectamente durante el día.

Apenas había oscurecido, cuando se presentaron dos buenos mozos á caballo en el cortijo.

Nadie los hubiera tomado por otra cosa que por marchantes.

Echaron pié á tierra, entraron y preguntaron al capataz.

—¿Están aquí en el cortijo un buen mozo y una buena hembra que esperan á un buen mozo forastero?

—Si usted tiene la dignación, amigo, de decirme como es su gracia de usted, contestó el capataz, se lo agradeceré á usted mucho.

—Pues oiga usted amigo,—dijo el forastero,—yo me llamo el Bermejillo, y este que usted ve aquí es el insigne Zapatoviejo, que tiene lleno de su fama el mundo entero.

—Pues no hay más que hablar,—contestó el capataz,—aquí están esperando á usted desde esta mañana, señor Bermejillo, ese buen mozo y esa buena moza que usted dice.

—Vaya, dijo el Bermejillo,—pues mande usted que metan en la cuadra los caballos, y los piensen, y á ver si nos lleva usted enseguida donde estén esos dos amigos, que se me va haciendo la boca agua.

El capataz encomendó los caballos á uno de los mozos, y tomando por una escalera de madera que había en la cocina, llevó al Bermejillo y á Zapatoviejo al mismo aposento que había ocupado cuando había estado en el cortijo Patrocinio.

—Venga usted acá, comadre,—dijo el Bermejillo en cuanto vió á la Carmen, que había soltado su disfraz de gitana y estaba vestida de hombre, á lo jaque, á pesar de que al primer golpe de vista la había reconocido el Bermejillo. —Venga usted acá, y con licencia del compadre, deme usted un abrazo, que me parece á mí que hace ya cinco mil y quinientos años desde que no nos hemos visto.

—Vaya, pues venga, Bermejillo,—dijo Carmen —que el compadre no es celoso, ni tiene para qué serlo.

El Bermejillo y la Carmen se abrazaron, como suele decirse á cortijo hundido, y luego el Bermejillo se fué hacia Oreja y Media y le dijo:

—Venga esa mano, compadre, y con la mía tome usted toda mi amistad y todo mi respeto, porque ya se yo que usted es mi capitán y yo soy su teniente.

—Así parece, contestó de una manera admirable, como si le hubieran ensayado para ello, Oreja y Media; es decir, con cierta seriedad, cierta prosopopeya, cierto desmayo de ojos, y como mirando de alto á bajo, de mayor á menor al Bermejillo.

—Y usted perdone, señor Curro,—dijo éste, que ya sabía como se llamaba el que le destinaban como capitán; sí yo, sin su licencia de usted, me he atrevido á llamarle á usted compadre.

—Hombre, si no lo somos,—dijo Oreja y Media,—lo podemos ser cuando mi mujer eche algo al mundo, ó cuando lo

eche la de usted, ó cuando usted se case, sino es usted casado.

—Que se case el arzobispo,—dijo el Bermejillo,—que no tiene que verse metido eñ ningún *comprometimiento*, que la gente que anda al camino, cuanto más suelta y más libre más vale, y en los lances apretados no hay miedo de que le entre á uno la basca por la mujer y por los chiquillos. Y ha de saber usted que el señor Cachitos fué mi compadre, y es mi comadre la señora Carmen, porque yo les tuve en la pila su *chorré*; y como usted, al casarse con la señora Carmen, es usted el padre de esta criaturita, casi, casi es usted compadre mío.

—Pues para decir eso, compadre, y usted perdone, no era menester tanta conversación, á no ser que usted crea que yo necesito que me repitan las cosas y me las machaquen para entenderlas; y lo que á mí me importa no es que usted me llame ó no me llame usted compadre, sino que cumpla usted con su obligación, pueda yo descansar con usted y no tener nunca que ponerme serio con usted, que no lo espero. Con que, compadre, á vivir y vamos á cenar juntos por la buena vista y á largarnos enseguida y á ver si pronto hacemos algo que nos honre.

—Que sí;—dijo el Bermejillo mordiéndose el lábio inferior y aguantando el palo, no tanto por respeto á Oreja y Media, á quien no conocía, sino por miedo á su capitana, á quien conocía demasiado.

Zapatoviejo permanecía á un lado mirando de una manera profunda á Oreja y Media, repasándole con los ojos, como quien dice.

—Ustedes dos son gitanos,—dijo Oreja y Media.

—Sí, señor, compadre, para servir á Dios y á usted y á la comadre.

—La comadre, compadre, se sirve sola,—dijo Oreja y Media.—Y oiga usted, buen mozo,—añadió dirigiéndose á Zapatoviejo,—¿usted es mudo, cariño?

—No señor,—dijo Zapatoviejo,—que gracias á Dios, tengo yo la lengua muy sana y de legua y media de larga cuando llega el caso; pero yo sé que mi capitán es mi capitán, y no hablo sino cuando mi capitán me pregunta.

—Vaya, pues mire usted, si un día le coje á usted quien mal le quiera, para ahorcarle á usted no necesita más que sacarle á usted la lengua, y yo creo que todavía sobrará legua y cuarto y un pedacito. ¿Cómo se llama usted, cristiano?

—Zapatoviejo, para servir á usted, á la disposición de la comadre y del teniente.

—Vaya, pues ya hemos hablado bastante para conocernos,—dijo Oreja y Media,—y ahora como si toda la vida hubiéramos andado juntos. Oiga usted, tio Norberto, que suban aquí la cena, y se le convida á usted, que es usted un buen sujeto.

—Muchas gracias, señor Curro,—dijo el tio Norberto.

Y se fué.

—Ea, pues á sentarse, señores, que yo creo que aquí ninguno tiene que crecer.

Se sentaron todos alrededor de una mesa que había enmedio del cuarto.

—Diga usted, compadre,—preguntó Oreja y Media al Bermejillo,—¿dónde están los otros?

—En el cortijo de los Olivares, capitán,—contestó el Bermejillo.

—¿Y podremos llegar pronto á ese cortijo?

—A la media noche, si es que no nos entretenemos mucho en la cena.

—Pues mire usted, compadre, á mí no me gusta cenar atosigado, porque lo que se come no hace buen provecho.

—Me parece á mí,—dijo el Bermejillo,—que en una hora se puede comer cualquier buen mozo muy á su gusto la Giralda, y si no echamos más que una hora en cenar, á la media noche estamos de sobra en el cortijo de los Olivares.

—Me parece bien; y oiga usted, compadre, ¿usted no tiene preparado algo para que yo me bautize?

—Vaya, yo no había pensado en ello, pero si usted quiere, esta noche nos meteremos en un negocio que dé que decir; pero le advierto á usted que ese negocio es de los que convienen mucho, porque en cuanto lo hagamos, y se sepa nos van á soltar todos los lebreles que tiene á su disposición el alcalde mayor.

—Cuanto más gordo, mejor, compadre,—dijo la Carmen.

—Bueno; pero es muy posible, señora Carmen, que alguno de nosotros vaya, de resultas del lance, á verle las barbas al Padre Eterno.

—Yo creo,—dijo Oreja y Media,—que no me han hecho á mí capitán de mujeres; y digo mal de mujeres, porque mi mujer es mujer y me parece á mí que á ella se le da tanto por lo que va como por lo que viene; he querido decir de mandrias.

—Pues de mandrias tenemos nosotros menos que de santos,—dijo el Bermejillo,—y probado lo tenemos, y lo señora Carmen lo sabe y usted lo sabrá antes de lo que se piensa.

—Lo que yo me pienso,—dijo Oreja y Media,—es que

usted tiene una poquita de hincha porque le han hecho á usted teniente de un capitán que por la primera vez sale al camino, y le digo á usted esto en buena paz, para que se deje usted de ser *quedón,* porque yo bien sé lo que hubiera hecho sino fuera porque usted no me conoce, como que es la primera vez que usted me ve.

—Vaya,—dijo Carmen,—pues que no se hable más de esto; y usted, compadre, tenga entendido que si yo, casándome con este, no hubiera sabido que ganaba un marido mejor que aquel otro, á quien con mucho gusto mío, se lo llevó el diablo, no me hubiera casado con él. Y todo esto, compadre, sabe usted que está muy demás, y que cuanto menos se hable mejor, y que desde el principio se hacen los panes tuertos ó derechos, y si á usted no le gusta ser segundo, porque quisiera ser primero, habla usted claro, y desde aquí se va usted á donde quiera y en paz, y ya se yo que se está usted admirando de que yo gaste tanta conversación; pero qué quiere usted, hombre, no se ha de empezar haciendo castigos; con que adelante ó á irse ó á quedarse.

—Por quedado,—dijo el Bermejillo,—con tal de que no se desconfíe de mí ni se crea que yo no soy tan cabal como es menester.

—Eso es fuera aparte,—dijo Oreja y Media;—yo me alegro mucho de que usted se quede, porque me parece usted todo un buen mozo, y si tiene usted alguna falta eso cae por encima, y con no dejarle á usted que las tenga para nosotros, todo el mundo en paz. Ea, ya siento al tío Norberto que sube con la cena, y que tengo yo hambre, como si no hubiera comido en tres semanas.

Digamos que Oreja y Media se había lavado la cara, se

había despegado el párpado del ojo, que cerrado, le hacía parecer tuerto; había salido con el lavatorio el costurón postizo, y sus sedosas patillas habían recobrado su color negrísimo.

Vestía de corto con una gran riqueza, y tenía las mejores fachas de caballista que podían darse.

El tio Norberto, que habia sobrevenido con su mujer y con su hija, que traían parte de la cena, cubrió la mesa y lo primero que se puso en ella fué una gran cazuela de sopa de pavo con los menudillos y la sangre por encima.

Después de esto, como un convidado convida á ciento, y sobre todo porque estaban en su casa, la mujer y la hija del tio Norberto se sentaron junto á él á la mesa.

Empezó la cena alegremente.

En los cortijos la olla, esto es, la comida principal, se come por la noche cuando la gente vuelve del trabajo.

La olla que se sirvió hubiera satisfecho á la persona más delicada; y después de comer la olla, que tenía carne, morcilla, jamón y pavo, no quedó lugar para otra cosa más que para una grande ensalada de lechugas y para acabar con la bota del amontillado, que más que bota era un pellejo.

Acabada la cena bajaron todos, se sacaron de la cuadra, no solo los dos caballos de Bermejillo y de Zapatoviejo, sino otros dos que estaban preparados para Oreja y Media y su mujer; dos magníficas jacas de dos cuerpos, pia la una y torda la otra, con aparejos y cabezones con alamares de seda y con dos encaros en el aparejo. Montaron todos, se despidieron de la gente del cortijo y se echaron al camino en dirección al cortijo de los Olivares.

CAPITULO XXXIV

En que se relata la primera hazaña de la partida de Oreja y Media

Llegaron en efecto al cortijo poco antes de la media noche.

Dos tiros de escopeta antes de llegar al cortijo, el Bermejillo silbó de una manera poderosa, y al silbido salieron del cortijo algunos hombres á pie.

Eran ocho ó diez, pero los que pasaban de siete pertenecían á la gente del cortijo.

Carmen fué recibida con las mayores demostraciones de alegría por aquellos, que la conocían también y que la estimaban y á Oreja y Media se le hicieron cumplidamente los honores, bastando para esto el que fuese marido de su mujer.

Entraron en el cortijo, donde se les tenía preparada una cena que no aceptaron, porque humanamente no les cabía un bocado más en el cuerpo; pero anduvo la bota á la redonda, y mientras andaba, Oreja y Media se enteró de los

nombres de los otros siete que habían esperado en el cortijo.

Se llamaba el uno, hombre de cuarenta años, cejijunto, renegrido, y de mal visaje, como el pecado, Juan el Vizco, un buen mozo como de veinticuatro años, bonito como una mujer, pero con los ojos de lobo, se llamaba el Mironcillo; el tercero, hombre de treinta años, que á verlo en otro lugar y convenientemente vestido, se le hubiera podido tomar por sacristán, se llamaba Caracolejo; el cuarto, que tenía todas las fachas de un charrán de playa, y que no podía mirar sin que pareciese que se reía con los ojos, se llamaba Guindilla; el quinto, patán, redondo, pero con tufos de mostrenco y de solapado, se llamaba Esparraguitos; el sexto largo como un varal, ya de más de cuarenta años, con unas patillazas grises que le llegaban hasta la mitad del pecho, gitano legítimo y taciturno y receloso, se llamaba Espantaperros; el sétimo, en fin, parecía un señorito, tal vez lo era, y el Señorito le llamaban: toda gente dura, determinada y práctica; esto se comprendía sólo con verlos.

—Vaya, pues á caballo,—dijo Oreja y Media cuando hubo acabado su interrogatorio y la bota hubo dado tres vueltas.

Se sacaron fuera los caballos, montó la gente y tomaron una senda hacia el Madroño, para llegar al cual tuvieron que avanzar por la ribera de Sanlúcar.

Todo este camino, que no es menos que de diez leguas, se había hecho desde las ocho de la noche á las tres de la mañana.

El Madroño está entre Castillo de los Guardas y Algarrobo, como á una legua del primero de estos lugares, en un repecho de los montes que separan el reino de Sevilla de la provincia de Huelva.

Entre estos montes corre el valle de la ribera de Sanlúcar, que es muy pintoresco.

Allí se encuentra por todas partes la vegetación, la sombra y la frescura, y una multitud de haciendas bordan de blancas casitas esta bella ribera.

El Madroño es una aldea que no tiene más calle que la Real y algunas otras callejuelas.

Cuando entraron en ella Oreja y Media, Carmen y sus nueve satélites, iban seguros de que nadie podía resistirlos, y en la plaza, que no era otra cosa que un ensanchamiento de la calle Real, se fueron á la puerta de la posada, y llamaron á ella con el mismo fuero de quien ni teme ni debe.

El tío Picazo, dueño de la posada, que dormía junto al hogar en una cabecera, se levantó sobresaltado, porque los golpes que oyó le indicaron que se trataba de gente *non sancta.*

Sabía el tío Picazo que con esta clase de gente no había que andar con preguntas ni con réplicas, y abrió, sin preguntar, la puerta.

Arremetió la primera la Carmen, echó pie á tierra de la jaquita, y á pesar de que iba vestida de jaque, y ricamente vestida por cierto, el tío Picazo la reconoció.

La había visto de la misma manera algunas veces que la Carmen había acompañado á su primer marido.

—¡Válgame Dios,—dijo el tio Picazo,—y cómo se le echan á uno encima las alegrías cuando menos se las espera!

Aquello era mentir, porque la alegría del tio Picazo se parecía mucho á uno de esos desasosiegos que nos ponen frío el estómago.

Maldito si le gustaba al tio Picazo la presencia de aquella familia en su casa, porque se acordaba que siempre que

Cachitos había llegado á ella se había comido la mitad del gallinero y se había llevado los jamones y las longanizas.

Esto graciosamente, y como haciendo un favor al tio Picazo.

Pero para que ya que se le llevaban su hacienda, parte en el estómago, parte en las alforjas, no le dejasen algo en las espaldas ó le quemasen la casa, el tio Picazo hacía como que desfallecía de placer cuando se le presentaba un caballista.

A tal estado estaban reducidas, y están hoy, las habitaciones rurales de los ricas comarcas andaluzas.

—Buenas noches ó buenos días, tio Picazo,—dijo la Carmen;—aquí me tiene usted toda entera y con buena compañía.

—Pues mire usted,—dijo el tio Picazo,—no ha tardado en retoñar el señor Cachitos; y yo me alegro, porque aquí estábamos como tontos, no pasaba nada, no se veían un buen mozo ni para un remedio. Vaya, señores, los caballos á la cuadra, que yo voy á levantar las muchachas para que tomen ustedes una friolera.

—Gracias, tio Picazo,—dijo la Carmen,—nos lo tentamos.

—Vaya, pues entonces echaremos mano al aguardiente.

—La bebida se nos rebosa, tio Picazo.

—Pero por la madrugada, señora Carmen, siempre viene bien un traguillo de aguardiente.

—Vaya, pues venga el *peñascaró*,—dijo Carmen.

—Pero, caballeros, ¿por qué no llevan ustedes los caballos á la cuadra?—dijo el tio Picazo.

—Porque no se lo he mandado yo, que mando en ellos, ni este que manda en mí,—dijo la Carmen.

Y señaló á Oreja y Media.

—Bueno es saberlo,—dijo el tio Picazo.—¿Con que usted, señora Carmen, se ha vuelto á casar? Pues que sea por muchos años; y ha hecho usted bien, porque una mujer sola está mal; todo el mundo tiene que murmurar y que decir.

—Oiga usted, tio Picazo,—dijo el Bermejillo,—usted sabe que en el cortijo que hay á mitad de la vereda que va de aquí á castillo de los Guardas; pues, en el cortijo Hondo, vive don Julián del Soto, más conocido en esta tierra con el álias del Fraile Negro.

—Que sí,—dijo estremeciéndose el tio Picazo.

—Y me han dicho á mí,—dijo el Bermejillo;—que el malo del Fraile Negro se ha traído de Morón toda una divinidad y que la tiene escondida en su cortijo, ¿es esto verdad?

—Hombre,—dijo el tío Picazo,—en eso de escondites, lo sabe el que los tiene, porque, como usted puede hacerse cargo, si todo el mundo supiera el escondite, no sería escondite.

—¿Pero usted no ha oído decir nada, tío Picazo?

—Lo que resulta,—dijo el tío Picazo,—es que el Fraile Negro ha dejado de andar de noche como un alma en pena por valles y cerros cantando saetas del pecado mortal cuando pasaba por algún cortijo ó por alguna aldea, y que hace dos meses pasó por aquí á caballo, hecho todo un terne, y me dijo:

—Picazo, échame un vaso de aguardiente, que hace frío.

Se lo eché, le dió á mi chiquilla un duro, se fué camino de Sevilla y yo no le he vuelto á ver más; pero me han dicho que está en su cortijo y que ya no sale de noche.

—¿Y diga usted, tío Picazo, ¿cuántos mozos tiene el Fraile Negro?

—Diga usted cuántos frailes,—contestó el tío Picazo,—porque ha de saber usted que el Fraile Negro, cuando se iba de noche á corretear por esos vericuetos, llevaba detrás una cáfila de frailes negros como él, cada uno con un trabuco naranjero debajo de los hábitos, y yo no sé si esa gente estará con él ó no, porque hace dos meses nadie los ha visto ni los ha sentido.

—¿Y cuántos mozos tiene?

—Ocho ó diez, señor Bermejillo,—contestó el tío Picazo.

—Pues esos son los frailes,—dijo el Bermejillo.

—Pues mire usted que me parece que no, señor Bermejillo,—dijo el tío Picazo,—porque los mozos del cortijo Hondo están yendo y viniendo por aquí todos los días, y yo les he metido más de una vez los dedos para que vomitasen lo que supiesen, y no saben ni pizca; ¿y sabe usted lo que á mí me parece? que esos frailes negros que acompañaban al Fraile Negro le esperaban en lo alto de la ribera por la noche, y que los mozos nada tienen que ver con los frailes.

—Bueno, tío Picazo,—dijo el Bermejillo,—pero resulta que el Fraile Negro tiene en su cortijo ocho ó diez mozos crudos y de armas tomar.

—Yo no sé si son de armas tomar ó no son de armas tomar, porque no los he visto en ninguna ocasión; lo que sí sé es que son buenos gañanes y que sobre el surco no hay quien se les ponga delante.

—Vaya, pues tío Picazo, ya me ha dicho usted todo lo que tenía que decirme. Con que cuando á usted le parezca, capitán, podemos echar los calzones á las jaquitas y largarnos, que aquí no tenemos nada que hacer, si es que usted no dispone otra cosa.

—Pues andando, compadre,—dijo Oreja y Media.

Y todos montaron á caballo, y guiando el Bermejillo, siguieron por la ribera de Sanlúcar arriba en dirección al cortijo Hondo por la misma senda que conducía á castillo de los Guardas.

Cuando estuvieron á alguna distancia, el Bermejillo se volvió atrás, y poniéndose al lado de Oreja y Media, entre él y Carmen, dijo al primero:

—Usted quiere que en el momento de salir al camino hagamos una que sea sonada; pues mire usted, tan sonada va á ser, que lo van á oir hasta las piedras, y vamos á meterle mano al cortijo Hondo, que yo le aseguro á usted que es una hombrada, y el que se quede que se quede, aunque sea yo el primero.

—¿Y qué es lo que vamos á encontrar en el cortijo Hondo?—dijo Oreja y Media.

—Mucha honra y mucho dinero,—dijo el Bermejillo;—pero perdone usted, capitán, que ya queda poca noche y no podemos perder el tiempo en conversación, porque antes de que amanezca hemos de haber dado el asalto al cortijo y haberle pegado fuego. Cuando esto esté hecho yo le contaré á usted, y usted oirá cosas raras; mire usted desde aquí, de un repelón llegamos al cortijo; conque si á usted le parece, manos á la obra; yo voy á meter al trote el caballo, y que se vengan todos detrás de mí, y donde yo me pare, que allí se paren todos.

Después de estas palabras, el Bermejillo se lanzó por la ribera arriba al trote largo.

Le siguieron todos.

El Bermejillo cruzó el riachulo de Sanlúcar que se precipitaba por la ribera, y ganó una espesa arboleda que había á poca distancia.

Allí se reuieron todos.

—Mire usted, capitán,—dijo el Bermejillo;—esto de irnos á meter juntos mano al cortijo es una tontería, porque el cortijo Hondo parece un castillo; nos santiguarían desde las ventanas y nos matarían á todos, sin que nosotros pudiéramos hacerles ni una rozadura; cuando le digo á usted que el empeño en que le voy yo á meter á usted va á ser bueno... pero todavía es tiempo, y si es que á usted no le parece bien una cosa tan dura...

—A mí,—dijo Oreja y Media,—cuanto más duras son las cosas me gustan más.

—Que sí,—dijo la Carmen.

—¿Le parece á usted, comadre,—dijo el Bermejillo,—que sea yo quien ponga el plan?

—Hombre, compadre,—dijo la Carmen,—puesto que usted es el que ha escogido esta hazaña para la primera, á usted le toca poner los medios.

—Vaya, pues mándele usted á la gente, capitán, que vaya á dejarse los caballos más arriba, como á dos tiros de escopeta, que los aten á los árboles y que se vuelvan.

Oreja y Media dió esta orden, y los siete muchachos se fueron, llevándose los caballos de Carmen, de Oreja y Media y del Bermejillo.

Cada uno de estos se había armado con una escopeta que había tomado del aparejo.

Los siete volvieron á poco.

—Pues, señor,—dijo el Bermejillo,—siguiendo por una veredita que yo me sé, descubriremos dentro de poco, con esta media lunita que hace, el cortijo Hondo, que está en un vallecito, y entonces yo diré lo que se tiene que hacer.

—Pues, andando, compadre,—dijo Oreja y Media;—de usted es el negocio.

El Bermejillo echó á andar guiándolos á todos por un sendero que se perdía entre los árboles.

Cuando salieron de la espesura descubrieron como á dos tiros de escopeta una gran casa blanca y baja.

Aquel era el cortijo Hondo.

—A ver, tú, Guindilla, y tú, Vizco, y tú, Caracolejo, venid acá; con la luna que hace bien podeis ver cuando nosotros llegamos á las mismas tapias del cortijo; entonces empezais á disparar al aire; pero de tal manera que parezca que aquí se ha armado un tiroteo y que se está matando medio mundo.

—Bueno, teniente,—dijo Guindilla.

—Y luego,—continuó el Bermejillo,—cuando veais que nosotros la armamos con los del cortijo, acudís á ayudarnos.

—Bueno, teniente, vaya usted sin cuidado,—dijo el Vizco.

—Pues entonces, capitán, detrás de mí y silencio, que no nos sientan, que en esto consiste todo; lo que yo quiero es que se echen fuera, y se echarán; ¡vaya si se echarán! Mire usted si están descuidados en el cortijo; no se ve señal de luz ni por un resquicio; los mozos no se han levantado todavía á hacer las migas, y me parece á mí que hoy se levantan más temprano; ea, y perdone usted, pero ni una palabra más.

El Bermejillo continuó avanzando.

Cuando llegaron á las mismas paredes del cortijo, el Bermejillo fué poniendo uno por uno á los que le acompañaban pegados á la pared á uno y otro lado de la puerta.

El primer puesto de la derecha le dió á Oreja y Media, el segundo á Carmen, el tercero y el cuarto á dos de los muchachos; se reservó el primer puesto de la izquierda, y á alguna distancia cerca de sí, puso á los otros dos muchachos.

Habían quedado perfectamente pegados á la pared.

En aquel momento sonó un disparo, luego otro, después otro, y estos disparos siguieron alternados y vivos como en un combate.

Por el momento nadie se movió en el cortijo; pero á los cinco minutos del tiroteo, se abrió violentamente la puerta y salieron dos ó tes mozos armados de escopetas, tomando la dirección del lugar donde sonaba el fuego y se veían los fugitivos destellos de los disparos.

Apenas habían salido los mozos, cuando el Bermejillo disparó sobre uno de ellos, tendiéndole muerto, y dijo y Oreja y Media:

—Adentro, capitán; métales usted mano á los que encuentre, que yo voy á despachar á estos.

Oreja y Media, Carmen y los dos muchachos de la derecha se metieron con ímpetu en el cortijo.

Entre tanto, el Bermejillo con los otros dos muchachos ponían fuera de combate á los dos mozos que quedaban de pié de los tres que habían salido.

Dentro del cortijo Oreja y Media, Carmen y los dos que con ellos habían entrado, encontraron cinco hombres sorprendidos, les cogieron la acción, y como hubiesen acudido el Bermejillo, los dos que le acompañaban y los otros tres que habían simulado el combate, aquellos hombres se rindieron.

—A derecha é izquierda,—dijo de improviso el Berme-

jillo; —á los dos lados de la puerta de la escalera, que siento bajar al Fraile Negro.

En efecto, se habían oído por las escaleras, que eran de madera, pasos fuertes y precipitados.

Un candilón, pendiente de la campana de la chimenea alumbraba la gran cocina del cortijo y esparcía una luz turbia, impura, pero que bastaba para que se viesen perfectamente los objetos.

En la parte media de la pared que estaba al frente de la puerta de entrada, había una puerta, que era la de las escaleras.

Por aquella puerta debía asomar el hombre cuyas fuertes pisadas habían resonado en las escaleras.

A la voz del Bermejillo todos se habían hecho á la pared á un lado y al otro de aquella puerta, en tanto que dos de los bandidos acorralaban en un rincón á los mozos, que habían sido sorprendidos.

De tal manera estaban situados, que el que bajaba por las escaleras, cuyos pasos se habían detenido al oir la orden de Bermejillo, no podía apuntar á ninguno de los que estaban á derecha é izquierda de aquella puerta sin salir al descubierto, lo que era lo mismo que entregarse á una muerte segura; pero de improviso, y sin que nadie hubiera salido por la puerta, se oyó un tiro, y el candil, que estaba colgado de la campana de la chimenea, se apagó y cayó al suelo.

La intención era manifiesta: el que había disparado había querido ampararse de las tinieblas; y con una puntería admirable lo había conseguido; pero no había podido apagar del mismo modo la luz de la luna que daba en la gran puerta del cortijo, y cuyo reflejo alumbraba lo bastante para hacer inútil el haber apagado la luz del candil.

Sucedió un silencio profundo.

El que había disparado no apareció ni dijo una sola palabra.

—A ver,—dijo el Bermejillo sin abandonar la pared á que estaba pegado, y con la escopeta preparada, atento á la puerta de las escaleras,—tú, el que estás detrás de mí, la puerta que hay más allá es del corral; vete y pégale fuego á la leñera; veremos si ese deja arder lo que tiene en el cortijo.

Se oyó uno como rugido de fiera; pero no apareció nadie.

—Vaya, Fraile Negro,—dijo el Bermejillo,—entrégate y te se deja la vida; no queremos hacerte daño, sino que nos pagues unas cuantas taleguillas de pesos duros por tu rescate.

Sonó un rugido más poderoso.

—Sí, sí, bufa cuanto quieras,—dijo el Bermejillo;—pero cuando el cortijo arda y veas que está en peligro de quemarse la buena moza que te has traído de Morón y que tienes escondida, te nos entregarás con ella.

—¿Me puedo fiar de vosotros?—dijo una voz terrible que hacía temblar la cólera.

—Vaya, Fraile Negro,—dijo el Bermejillo,—nosotros somos unos caballeros, y palabra que damos, ni la del rey.

—Me habeis sorprendido,—dijo la misma voz,—me habeis inutilizado los mozos, no tengo por donde escapar ni quiero poner en peligro á la persona que está conmigo; pero entremos en tratos, tú, quien quiera que seas, que yo no te conozco: si no quereis más que dinero, yo os lo daré.

—¿Pues qué hemos de querer más que dinero?—dijo el Bermejillo.—Vamos, hombre, baja, preséntate; pero deja la escopeta, y que te se vean las manos libres, porque sino

estamos prevenidos, y al primer movimiento que hagas descerrajamos.

—Pues allá voy,—dijo aquel que respondía al nombre de Fraile Negro.

Poco después apareció un hombre atlético, vestido á la usanza del país, y completamente desarmado.

El Bermejillo se avanlanzó hacia él, le apuntó al pecho á cuatro pasos de distancia, y le dijo:

—En el momento en que te menees, mueres.

—Eso no es lo tratado,—exclamó aquel hombre con la voz más trémula y más terrible aún.

—Lo tratado es,—dijo el Bermejillo,—que yo te meto una bala en la cabeza y te salto los sesos si no te dejas atar y asegurar. Váyase por otros pobres, á los cuales tú has cogido y has entregado á la justicia. A ver, Esparraguitos y Espantaperros, metedle mano á ese y sujetadle bien.

Los dos bandidos nombrados por el Bermejillo se lanzaron sobre el Fraile Negro y le sujetaron sin que este se moviese.

No era solo el Bermejillo el que contenía al Fraile Negro apuntándole de frente; por la derecha y por la izquierda le cubrían con los cañones de sus escopetas la Carmen y Oreja y Media.

El Fraile Negro no se movió.

Los dos bandidos que de él se habían apoderado, le ataron los brazos con una faja.

—Ahora dinos dónde está esa señorita que tú te has traído de Morón,—dijo el Bermejillo.

—Yo no tengo aquí señorita alguna; aquí no hay más mujer que la del capataz, que está sin duda aterrada en su cuarto.

—Eso no es verdad,—dijo con la voz muy alterada una mujer en el descenso de las escaleras,—y porque usted, don Julián, quiera mejor que doña Carlota se queme que no entregarla, yo no lo he de consentir, porque eso sería una herejia; harto hemos hecho en callarnos mi marido y yo, porque le teníamos á usted miedo; pero ahora no tenemos que temer, y sobre todo, suceda lo que quiera, yo no dejo que se queme doña Carlota. ¿Ve usted? ya huele á chamusquina. ¡Y que no hay cosa de leña en la leñera! Esperen ustedes, señores, que yo voy á traer á la señorita.

Don Julián, desesperado, hizo terribles esfuerzos por soltarse, pero estaba bien sujeto.

—Vaya, pues por la primera,—decia lleno de vanidad el Bermejillo,—hemos salido sin que nos haya costado ni una gota de sangre. ¡Válgame Dios, y qué cara va á poner mañana el alcalde mayor cuando se lo cuenten!

—Yo os haré ricos á todos,—exclamó don Julián,—si me soltais, si dejais en mi poder á esa joven.

—¡Hola, hola! ¿Conque tan enamorado eres, Fraile Negro?—exclamó el Bermejillo.—El alcalde mayor, que es tan puesto en sus puntos, se va á escandalizar. ¿Qué le parece á usted de esto, comadre? ¿No es verdad que lo mejor que hay que hacer con este pícaro es ahorcarle?

—Pues por supuesto,—dijo la Carmen;—con tal de que eso suene...

—¿Pues no ha de sonar, comadre? Deje usted, deje usted, que cuando yo les cuente á ustedes ya verán ustedes lo que se ha hecho. Pero se me olvidaba; á ver, atad bien á esos cinco que están ahí acorralados y enseguida á ver si se puede impedir que arda el cortijo, echando fuera los haces de leña que se hayan encendido.

—¿Y qué le importa á usted que el cortijo arda ó no arda?—dijo la cortijera, apareciendo con una mujer vestida de blanco, alta, excesivamente esbelta, y que parecía aterrada.

—¿Pues no nos ha de importar?—dijo el Bermejillo.—Pues qué, ¿tenemos nosotros tiempo si el cortijo arde para buscar debajo de los escombros el dinero de este mozo?

—Es que el dinero no está aquí. Mi marido, que es de los que están atados en aquel rincón, y yo, sabemos donde está el dinero: y mire usted, capitán, si usted quiere, nos arreglaremos.

—Yo no soy el capitán,—dijo el Bermejillo.

—Hombre, como usted da todas las disposiciones, yo había creído que era usted el capitán.

Entre tanto, Carmen había acudido á la joven que había traido la cortijera.

Al reflejo de la luna se veía que era muy hermosa, que estaba muy triste, y parecía más excitada que aterrada.

Al tocarla la Carmen, hizo un movimiento como por efecto del pudor.

—¡Ah! no tenga usted cuidado, señorita; yo soy una mujer,—dijo Carmen.

—¡Ah!—exclamó la joven,—Dios los ha enviado á ustedes; sálvenme ustedes, entréguenme ustedes á mi padre, y él no sabrá como agradecérselo.

—Vaya, no tenga usted cuidado, señorita,—dijo la Carmen.—Si no tenía usted más penas que el verse en poder de este negro, sus penas de usted se han acabado.

—Lo que á mí me parece,—dijo la cortijera,—es que, cuanto antes nos echemos fuera del cortijo, porque el humo se espesa, el cortijo es viejo y va á acabar de arder antes

de tres minutos como si fuera un hacecillo. ¿Quién es aquí el capitán?

—Yo,—dijo Oreja y Media.

—Pues bueno, capitán,—dijo la cortijera,—mande usted que saquen á mi marido y los que con él están en aquel rincón, y salgámonos todos y sin perder tiempo. Mire usted ya más espeso el humo.

—Afuera con todos estos hombres,—dijo Oreja y Media.

Todos salieron.

El Fraile Negro era conducido á viva fuerza por dos de los bandidos.

Los tres mozos que habían salido armados, estaban tendidos en tierra é inmóviles, á alguna distancia el uno del otro.

—¡Pobres!—dijo la cortijera;—¡y con qué mal sino se han acostado esta noche!

—¿Y adónde vamos?—dijo Oreja y Media.

—Si á usted le parece, capitán,—dijo el Bermejillo,—á ninguna parte mejor que á la arboleda, porque dentro de poco nos hará falta un árbol.

—Pues á la arboleda,—dijo Oreja y Media siguiendo al Bermejillo.

La Carmen iba detrás, llevando de la mano á Carlota.

Dos bandidos conducían al Fraile Negro, y otros cinco rodeaban á los cinco hombres del cortijo, que iban atados por los brazos.

Cuando llegaron á la arboleda, y á poco que se internaron en ella, el Bermejillo se detuvo en un claro, sobre el cual caía en una grande extensión la luz de la luna.

De entre la yerba salían algunas peñas que parecían no estar allí para otra cosa que para servir de asiento.

La Carmen hizo sentar en una de aquellas peñas á Carlota y se sentó junto á ella.

—Vamos claros,—dijo la cortijera;—mi marido y los cuatro que están con él no tienen inconveniente en irse con ustedes; así serán ustedes más; y la gente es buena; que lo diga sino don Julián.

El Fraile Negro, siempre sujeto por los dos bandidos que se habían encargado de él, estaba inmóvil y fijaba una mirada intensa y terrible en Carlota.

—¿Y caballos y armas para esta gente?—dijo Oreja y Media.

—Mire usted,—dijo la Cortijera,—en el cortijo no hay más que dos caballos: el de don Julián y el de mi marido: una jaquita que mi marido tiene para cuando se le ocurre ir ó venir; pero hay seis mulas como seis castillos, y á falta de pan buenas son tortas, y mientras se tienen caballos, que puede ser pronto, bien puede servir una mula; se hará una obra de caridad con ir á desatar los bichos, que ninguna culpa tienen y es una heregía dejarlos que se quemen vivos, y que hay dos pares de bueyes que son una bendición.

—A ver, dos enseguida,—dijo Oreja y Media,—os traeis aparejados, si os da tiempo, los dos caballos y las tres mulas, y á los otros bichos los desatais y les abrís las puertas del corral, que á mí no me gustan las judiadas.

—Y de camino,—dijo el Bermejillo,—os traeis una cuerda si la encontrais, ó una soga, ó sino los ronzales de las bestias.

—Todo eso lo traerá mi marido si se le deja ir con esos, —dijo la cortijera.

—Pues que vaya,—dijo Oreja y Media.

El cortijero y dos de los bandidos marcharon.

—¿No le parece á usted, capitán,—dijo el Bermejillo,—que el día se va entrando á más andar, que no podemos entretenernos, porque en Castillo de los Guardas hay migueletes y tropa, y pueden acudir, y que sería bueno despachar nuestro negocio?

—Que sí, compadre,—dijo Oreja y Media.

—Pues lo que hay que hacer es colgar de un árbol al Fraile Negro por el pescuezo hasta que se muera.

—Pues me parece bien,—dijo Oreja y Media.—¿Y qué dices tú á esto, Carmen?

—Yo digo que si por mí no llueve, agua Dios. El otro quiere que se haga una que sea sonada, pues hacerla; sino ¿á qué hemos venido aquí?

Don Julián no dijo ni una sola palabra; ni aún se extremeció; continuaba mirando de una manera terrible á Carlota.

Esta había oído vivamente sobreescitada, espantada, aquel breve y terrible diálogo.

—¡Ah, no, no!—exclamó al fin,—¡él es un miserable, un infame, un asesino, yo le aborrezco! ¡pero no le mateis!

—Si usted le quisiera, señorita,—dijo la Carmen,—todavía puede ser que no le ahorcáramos; pero aborreciéndole usted y siendo un infame, ¿para qué ha hecho Dios las cuerdas? ¿Y tú no tienes nada que decir, buen mozo?—añadió la Carmen dirigiéndose á don Julián del Soto.

Don Julián del Soto no contestó.

Continuaba mirando siempre de una manera intensa á Carlota.

—Vamos,—dijo la Carmen;—tú conoces que si hablas te ahorcamos, y si callas te ahorcamos también, y ahorras palabras; eso más te llevas al otro mundo.

—Vamos, vamos, señorita, venga usted conmigo,—añadió Carmen;—nosotros no podemos dejar de hacer lo que hacemos, y usted no está aquí bien.

—¡Ah, no, no, por Dios!—exclamó Carlota,—¡no le mateis! ¡oidme! ¡concededme lo que os pido! ¡esto sería horrible!

—Vamos, señorita,—dijo la Carmen dejando de suplicar é imponiéndose,—para dejar vivo á ese hombre no hubiéramos venido aquí.

Y como la Carmen al decir estas palabras hubiese dejado ver á Carlota aquella terrible mirada que en otros tiempos había dominado á un bandido tal como Cachitos, la joven se estremeció, dejó ver una expresión de agonía y se desmayó.

—Mejor,—dijo la Carmen,—así nos quitamos de lloriqueos y de súplicas. A ver usted, cortijera, ayúdeme usted, la meteremos entre los árboles y nos estaremos allí con ella hasta que esto se acabe, que será pronto.

Solo al ver desmayarse á Carlota, el Fraile Negro hizo nuevos y desesperados esfuerzos para desasirse, para libertarse de las ligaduras que sujetaban sus brazos.

Pero estas ligaduras eran muy fuertes, y además los dos robustos bandidos que tenía á ambos lados le contenían.

La cortijera y Carmen se llevaron entre los árboles á Carlota desmayada.

—¡Bah!—dijo Oreja y Media,—pues si tienes algún santo ó algún diablo de tu devoción, rézale Fraile Negro, por-

que esos no tardarán en volver con la cuerda, y en cuanto lleguen despachamos.

El Fraile Negro no contestó tampoco.

—Vaya, pues tenemos aquí á todo un hombre,—dijo Oreja y Media;—á cada uno se le debe dar lo que es suyo.

—¿Qué si es hombre?—dijo el Bermejillo;—no lo sabe usted todavía bien, capitán; eso es largo; cuando yo se lo cuente á usted, usted verá entonces lo que hemos hecho. Pero, ¡calla! ya están ahí esos, y el día se viene encima; es menester despachar y poner mucha tierra entre Castillo de los Guardas y nosotros.

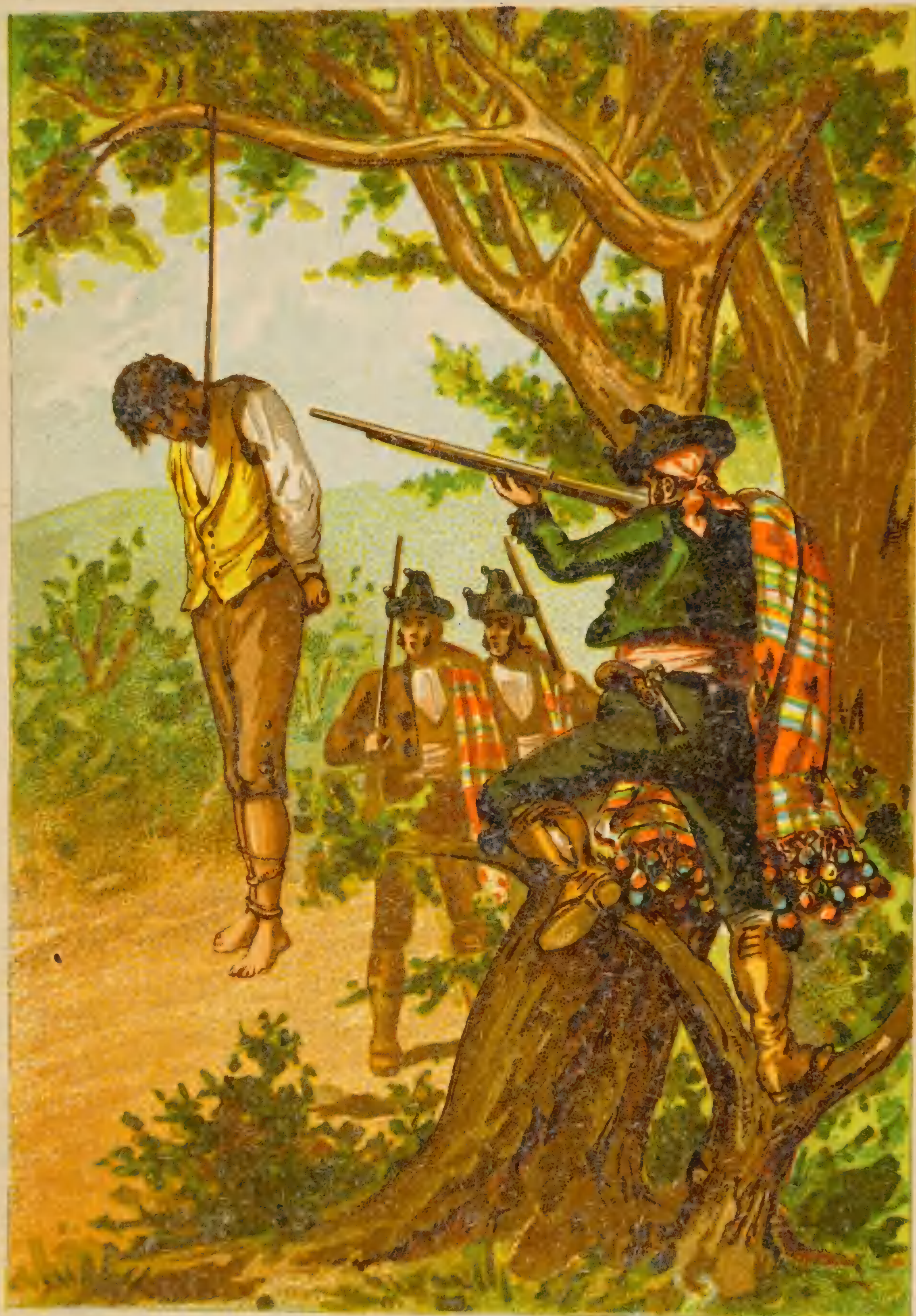
Acababan de entrar en el claro el cortijero y los dos bandidos, trayendo de la mano dos caballos y tres mulas todos aparejados.

Los bandidos, traían, además de las suyas, cinco escopetas, y sobre el aparejo de una de las mulas se veían algunas canana s.

—Aquí está la cuerda, capitán;—dijo el cortijero mostrando, una que, hecha una especie de madeja, traía al hombro; debía ser muy larga.

—¡Infame!—murmuró el Fraile Negro, rompiendo su silencio para pronunciar esta sola palabra.

—¿Infame, eh?—dijo el cortijero.—¿Pues no te acuerdas tú de aquel Bernabelillo, el de Estapa, á quien echaste mano y entregaste á la justicia, por más que yo te decía que era mi sobrino, auque fuese lejano, y que porque el pobre por hambre se hubiera echado al camino y hubiera hecho alguna haratadilla, no era cosa de entregarle á la justicia para que le ahorcarán? A cada puerco le llega su San Martín, hermano; tú tenías engañado al mundo, y ahora las vas á pagar todas juntas.



Lit - Felipe Gonzalez Rojas - Editor

—Por si acaso, á Segura le llevan preso.

—Pues, mira,—dijo Oreja y Media,—tú que tienes esos motivos de queja, súbete al árbol que más te guste, y pásale por la cruz la cuerda.

—Y que sí,—dijo el cortijero,—y con mucho gusto.

Y se fué á un viejo fresno, trepó por su nudoso tronco, y pasó la cuerda por su cruz, y bajó de nuevo.

—Llevad al pié de ese árbol á ese hombre,—dijo Oreja y Media.

El Fraile Negro se dejó conducir.

—Ahora, haz tú el lazo,—dijo Oreja y Media al cortijero.

Este hizo el nudo corredizo, y pasó el lazo por la cabeza del Fraile Negro.

—Ahora tirad tres de la cuerda por el otro lado,—dijo Oreja y Media.

Los tres que estuvieron más á mano se asieron al otro extremo de la cuerda, y con una sangre fría espantable, tiraron, izaron al Fraile Negro, que quedó suspendido, agitándose en unas convulsiones horribles.

—Asegurad la cuerda al tronco del árbol,—exclamó Oreja y Media, dejando percibir en su acento algo de la ferocidad del lobo que sastisface su apetito.

Las convulsiones del miserable ahorcado duraron algunos minutos y al fin quedó inmóvil.

—Ea,—dijo Oreja y Media,—pues vámonos con estos bichos adonde están los otros.

—Espere, usted, capitán,—dijo el Bermejillo;—por si acaso: á Segura le llevan preso.

Y se tiró la escopeta á la cara, y apuntó á la cabeza del ahorcado; que estaba inclinada de una manera horrible sobre su pecho.

Salió el tiró y se oyó el crujimiento del cráneo.

—Ahora que resucite si puede,—dijo el Bermejillo.

Y cargó de nuevo la escopeta, se la echó al hombro, con la culata para arriba, y siguió á la gente que iba ya metiéndose por la arboleda por el mismo lugar por donde habían desaparecido con Carlota, la Carmen y la cortijera.

CAPITULO XXXV

En que continúan las buenas hazañas de Oreja y Media y su gente

Carlota había vuelto en sí y estaba triste y aterrada. No se atrevía á preguntar lo que había acontecido.

Cuando todos estaban allí sin el Fraile Negro, lo que había sucedido se dejaba conocer.

—Adelante, adelante,—dijo Oreja y Media;—por los caballos.

Carmen condujo á Carlota ayudada de la cortijera.

Carlota apenas podía andar; parecía gravemente enferma.

Llegaron adonde estaban los caballos; una vez allí se reunieron en consejo Oreja y Media, la Carmen y el teniente.

—¿Les parece á ustedes que nos podemos fiar de esos que dicen que quieren venirse con nosotros? Del cortijero nos podemos fiar verdaderamente, porque después de lo que ha hecho ese hombre, ¿dónde se va á meter? ¿Pero y los

otros cuatro que no han dicho una palabra, y que son todos de la partida del Fraile Negro?

—Pues si son de la partida del Fraile Negro,—dijo Carmen,—deben ser buenos. En fin, á mí me parece que todo se reduce á tener cuidado con ellos.

—También es verdad,—dijo el Bermejillo,—y en fin, ustedes dispondrán.

—Nada, nada,—dijo Oreja y Media,—que se les den las armas y que monten á caballo, ó á mula, y vamos andando, que yo tengo gana de llegar á sitio seguro, donde usted, compadre, me cuente por qué hemos ahorcado á ese hombre y me diga qué misterios son estos.

—Pues es menester picar bien para llegar antes del día, que ya está encima, á un cortijo que yo conozco y que está cerca de Algarrobo; á una legua de aquí tomaremos un sendero y luego otro, por el que llegaremos al cortijo de los Peñascales; pero hay media legua lo menos de buena cuesta, y será menester apretar á los bichos para llegar al amanecer.

—Cuando usted, compadre, dice que vayamos ahí,—exclamó la Carmen,—es porque estaremos seguros.

—Mire usted, comadre,—díjo el Bermejillo;—seguro, seguro, en ninguna parte se está, porque á todas partes pueden ir los señores migueletes; pero el cortijo de los Peñascales está en alto, sobre la ribera de Sanlúcar; se ve desde él mucho terreno y no pueden dar con nosotros sin que los que estén de guardia los vean venir por cualquier parte que sea desde una legua, y en viéndolos que se les vea, se escapa; si vienen por la parte de la ribera de Sanlúcar por la de la Cala; y desde allí, andando bien, ganamos pronto la sierra, y dentro de la sierra que nos echen galgos.

—Ea, pues á no perder más tiempo,—dijo Oreja y Media,—que á mí me va entrando hambre, y sobre todo, tengo yo, hambre de que usted me cuente, compadre.

—Y diga usted, capitán, y usted, comadre, no están ustedes contentos de mí?

—¡Pues vaya!—exclamó Oreja y Media,—usted es todo un hombre. Eso lo sabía yo, Bermejillo, que usted es capaz de comer carne de cristiano, y por lo mismo no debió de venirse con pinturas que no le hacían falta, ni preguntar qué nos ha parecido ni qué no nos ha parecido, porque nos tenía que parecer bien.

—Vaya, compadre, que está usted conmigo ni blanco ni negro, ni arriba ni abajo; y vamos andando para llegar antes del día á los Peñascales.

—Pues llame usted á esos cinco, compadre,—dijo el Bermejillo, que usted es quien les tiene que hablar, porque usted es el capitán, y á usted le corresponde.

—Vaya, pues dígales usted que vengan, compadre.

—A ver,—dijo el Bermejillo,—aquí el cortijero y los otros cuatro.

Los cinco adelantaron.

—El capitán tiene que deciros dos palabritas,—dijo el Bermejillo.

—¿Os afirmais,—dijo Oreja y Media,—en veniros conmigo? Decidlo con franqueza y sin miedo; si no quereis venir, no se os hará daño; con dejaros atados á los árboles hemos concluído.

—Sí señor, si que queremos,—dijo el cortijero.

—Usted hable por sí,—dijo la Carmen,—pero deje usted que los demás hablen de por sí cada uno.

—Vaya, pues que sí,—dijo uno de los otros cuatro.

—Que sí,—dijeron todos.

—Compadre,—dijo Oreja y Media al Bermejillo,—déles usted á estos las escopetas y las cananas, y que cada uno se monte en un bicho; y tú, Carmen, toma á las ancas á esa señorita, y que el cortijero tome á su mujer, y vamos picando.

Así se hizo, bajaron todos por la izquierda del río de Sanlúcar hasta llegar como á una legua del Madroño, á un arroyo, que proviniendo de una pendiente rambla, venía á dar en el río.

Subieron por este arroyo hasta ganar un sendero por el cual subieron á la plataforma donde está Algarrobo, y por entre las tierras de sembradura se encaminaron al cortijo de Peñascales, desde el cual se descubría una grande extensión de terreno.

Aquel era un buen punto de atalaya.

El cortijo estaba en la situación más pintoresca del mundo, sobre las vertientes de la ribera de Sanlúcar, teniendo enfrente los montes que separan la provincia de Sevilla de la de Huelva.

Algunos frondosos álamos rodeaban la casa del cortijo que estaba situada sobre una pequeña pradera.

Allí había sombra, frescura, verdura.

El cortijo era de muy buena apariencia, y aun podía tomársele por una casa de campo.

Consistía esto, tal vez, en que solo había de allí á Sevilla tres leguas y en la hermosa situación del cortijo.

Parecía audaz hasta más no poder que, después de lo que los bandidos habían hecho, fuesen á parar á un lugar tan cerca de Sevilla; pero, lo hemos dicho ya, aquel lugar dominaba una grande extensión y los bandidos podian esca-

par, ya hácia la sierra de Huelva, ya hácia Sierra-Morena.

Esto es lo que hace terrible al bandido de Andalucía: la montaña.

De las grandes planicies de la tierra baja se le arroja con fatalidad: pero á poca distancia tiene por todas partes los montes, ya sean los de Sierra-Morena, ya los de Ronda, ya los de Huelva.

Por esto se sostiene tanto el bandidaje en Andalucia.

Acababa de amanecer cuando llegaron al cortijo de los Peñascales.

Hácia el este, y como á media legua, se veían las humildes casas y el blanco campanario de la aldea de Algarrobo.

En el cortijo se sorprendieron al ver una partida de dieciseis hombres montados; porque en aquella situación había que tomar á la Carmen, por su traje y por su brío, como hombre.

En el momento en que llegaron se les entregó el cortijo de los Peñascales.

El capataz era hombre de alientos; pero de una parte le gustaban los caballistas como á toda la gente de la tierra de María Santísima, y por otra no podía humanamente oponer resistencia.

La Carmen empezó por tomar la medida de precaución de poner un centinela á la puerta del cortijo, y otros dos vigilando las tapias del corral, para que ninguno de los del cortijo pudiese salir, alejarse y avisar.

Se establecieron, además, centinelas que dominaban, de una parte la ribera de Sanlúcar, de la otra la plataforma en toda su extensión.

Al ganado se le dejaron los aparejos y no se hizo otra cosa que aflojarle las cinchas.

Además de esto, como se encontrasen dos caballos en el cortijo, y dos buenos caballos, se les pusieron los aparejos de dos de las mulas; lo que quería decir que el cortijo perdía lo que había de diferencia entre el valor de los caballos, que eran magníficos, en cambio de las mulas, aunque éstas eran también muy buenas.

Después de esto, se mandó á la cortijera hiciese almuerzo para toda la gente, y cuando este almuerzo se hubo comido y bebido, los que no estaban de vigilancia se acostaron; lo necesitaban bien.

Se dejó para cuando hubiesen descansado la explicación que el Bermejillo tenía que dar acerca de lo que había acontecido.

Carmen se fué con Carlota á un aposento aparte.

La pobre niña apenas si podía tenerse de pie; necesitaba reposo y no estaba en situación de dar explicaciones.

Carmen cuidó de ella como hubiera podido cuidar una hermana, y cuando la hubo recogido, en vez de acostarse se quedó vigilándolo todo.

Carmen era formidable, incansable.

De tiempo en tiempo iba á observar sobre las vertientes que dan á la ribera de Sanlúcar, volvía al cortijo, se echaba un poco cerca de él, sobre la yerba, al pie de un árbol, volvía á levantarse y á vigilar por otra parte.

Podía decirse que ella era el capitán, el alma de la cuadrilla.

Los centinelas estaban, por la parte que miraba á la ribera, tendidos en tierra; por la parte que miraba á Algarrobo, entre los árboles.

Avanzó el día.

Como á eso de las diez, Carmen observó que por las ver-

tientes de la parte de Algarrobo bajaban cuatro migueletes.

Los atalayas se apercibieron también.

—Quietos,—dijo Carmen;—veamos por donde toman; puede ser que pasen de largo, y si no pasan son pocos y podemos aprovechar la ocasión de cogerlos, y con esto se hablará más de nosotros.

Los migueletes bajaron las pendientes de las colinas inmediatas, llegaron al arroyo que desemboca en el rio de Sanlúcar le vadearon y empezaron á trepar prescindiendo de buscar la senda, por las vertientes de la plataforma de Algarrobo.

Carmen entonces levantó á toda la gente, hizo que el Bermejillo con seis hombres se pusiese en marcha para tomar la retaguardia á los migueletes y cortar la retirada, y ella, con Oreja y Media y otros cuatro hombres, esperó á espaldas del cortijo á que los migueletes asomasen por la plataforma.

A la puerta del cortijo y en los corrales habían quedado centinelas para evitar que las gentes del cortijo saliesen.

Media hora después, los migueletes llegaron á la plataforma, é inmediatamente los bandidos, á cubierto de los árboles rompieron el fuego contra ellos.

Los migueletes, sorprendidos, contestaron mal; y de improviso fueron acometidos por el Bermejillo y los otros seis hombres que les habían tomado la espalda.

Conocieron la inutilidad de sus esfuerzos y se entregaron; fueron desarmados, conducidos al cortijo y encerrados.

Eran un cabo y cuatro hombres.

De el cortijo á Algarrobo había lo ménos media legua, y no podía suponerse se hubiesen oido los cuatro ó seis disparos que se habían hecho.

De todos modos, la aldea era pequeña y los bandidos se creían bastantes fuertes para defenderse.

Se permaneció, pues, en el cortijo de los Peñascales.

Oreja y Media, la Carmen y el Bermejillo se constituyeron en consejo, por decirlo así, en una sala baja del cortijo, y mandaron les llevasen el cabo de los migueletes.

Era éste un buen mozo, tirado para adelante, como de veintiocho á treinta años, con grandes patillas negras y vestido con lujo, en cuanto lo permitía la rigidez del uniforme; pero llevaba, pasándole el pañuelo del cuello, una cadena de oro, que parecía terminar en un reloj, y dos sortijas de precio, una en cada mano; por lo demás, el uniforme era exactamente igual al de los migueletes, en el córte y en la calidad del paño.

—¿Y cómo se llama usted, buen mozo?—preguntó Oreja y Media.

—Yo me llamo Agustinito Torralva,—exclamó el miguelete con cierto aire fanfarrón,—y estoy avergonzado de lo que me sucede; pero, amigo, los descuidos se pagan, y no hay más que tener paciencia ó reventar.

—Vamos, que no hay motivo para tanta desazón, cabo Torralva,—dijo Oreja y Media,—porque aquí no se le va á hacer á usted daño; pero empiece usted por poner ahí sobre la mesa las alhajas que usted lleva, y por soltar los morises que tenga, y hasta el tabaco.

—Vaya, bueno, otra vez será otra cosa,—dijo el cabo Torralva.

Y fué poniendo sobre la mesa la sortija del cuello, las de las manos, la cadena, que era de oro, el reloj, que era de plata, cinco duros, tres pesetas y cuatro cuartos y medio; como una cuarta de cuerda de tabaco negro, un pliego

de papel de fumar mal doblado, los avíos de encender y una navaja.

—Ahora, si quieren ustedes la ropa,—dijo con una gran calma,—me la quitaré, y si quieren ustedes más, me desuellan ustedes y se quedan con el pellejo.

—Hombre, no,—dijo Carmen,—porque nosotros no queremos ver visiones, ni somos del matadero.

—Vaya, pues muchas gracias,—dijo el cabo Torralva.

—No hay de qué, amigo,—contestó la Carmen.—Y diga usted, ¿usted de dónde venía?

—Pues yo venía de Castillo de los Guardas.

—Hombre, ¿y por qué se ha dejado usted caer hacia aquí viniendo de la parte del Madroño?

—Venía husmeando la pista de ciertos caballeros que han hecho una de las suyas en el cortijo Hondo.

—Hombre, bueno; ¿conque usted ha visto eso?—preguntó el Bermejillo.

—Sí señor que lo he visto,—contestó el miguelete.

—¿Y qué ha visto usted, hombre?

—Nada, amigo, sino que el cortijo Hondo ardía por los cuatro costados, y los bueyes y las cabras y todos los bichos, andaban espantados por el campo, y en la arboleda encontré ahorcado á don Julián del Soto, y con un tiro en la cabeza.

—Hombre, ¿y por qué no se ha vuelto usted con esas noticias á Castillo de los Guardas?—dijo Oreja y Media;—á mí no me importa eso nada; pero usted no ha cumplido con su obligación.

—Es que en Castillo de los Guardas no hay nadie que pudiera acudir, porque al amanecer, la media compañía de migueletes que hay en Castillo de los Guardas ha salido en

grupos de cinco hombres en todas direcciones á hacer su servicio, y si yo hubiera vuelto no hubiera podido hacer carrera del alcalde ni de los vecinos, y sabe Dios donde estarán á estas horas los otros grupos.

—Pues, amigo, lo dicho,—exclamó Oreja y Media:—á usted no le va á pasar nada ni á sus compañeros; pero con la condición de que lleven ustedes una carta al alcalde mayor de Sevilla.

—Que se la lleve la abuela del diablo,—dijo el cabo Torralva,—que lo que es yo no tengo gana de ir á presidio, ni ninguno de mis compañeros la tiene tampoco, que usted no sabe, capitán, las ordenanzas que nosotros tenemos, y por habernos dejado sorprender, si nos cogieran, ya tendríamos diez añitos y retención en Ceuta, y ya ve usted que solo pensar en eso descompone el cuerpo.

—Vaya,—dijo la Carmen,—recoge eso que has puesto sobre la mesa, buen mozo.

—Muchas gracias, señora,—dijo Torralva, que había conocido que la Carmen era una mujer y no un niño, porque la Carmen no se cuidaba de ocultar su sexo, y si se vestía de hombre era porque le hubieran embarazado demasiado la ropa de mujer para andar á caballo.—Eso quiere decir que yo y los otros cuatro nos quedamos con ustedes.

Y recogía al mismo tiempo lo suyo, que poco antes había puesto sobre la mesa.

—Ya lo creo, hombre,—dijo la Carmen,—como que tú querrás mejor echarte con nosotros á la buena vida que ir á tirar del grillete á Ceuta.

—Pues, por supuesto, nostrama,—dijo el cabo Torralva.
—¿Y qué voy yo á ser aquí?

—Hombre, mi marido es el capitán y yo la capitana,—

dijo la Carmen;—y nuestro compadre el teniente, vamos, á tí te haremos el cabo.

—Bueno, señora,—dijo el cabo Torralva.

—Pues andando, Bermejillo, que saquen á los otros y que los traigan también.

El Bermejillo volvió con los otros cuatro migueletes. Eran buena gente y se dejaban ver gravemente contrariados, aburridos y avergonzados.

—Compañeros,—dijo el cabo Torralva,—lo hecho tiene más fuerza que Dios, y no hay más que conformarse con ello; ya sabeis que según nuestras ordenanzas, por el delito de habernos dejado sorprender tenemos diez años y retención, sin que nos quite esa pena ni el lucero del alba si nos cogen, que no tardarían en cogernos si andábamos desperdigados; por lo mismo yo le he dicho á esta señora y á estos caballeros que yo me quedaría con ellos. Vosotros hareis lo que querais; ya sabeis que el alcalde mayor de Sanlúcar es un señor muy bragado, y en cuanto sepa lo que ha pasado en su jurisdicción, va á coger su mula y su vara, se va á echar por esos vericuetos y no va á parar hasta que haga una de las suyas. Si estuviéramos solos, nos cogían, hermanos, pero estando con estos caballeros, que parecen buena gente, somos muchos para que se nos coja así como se coge á un ratón; y luego que no será el primer miguelete que por trabajos como éste se halla metido á caballista; porque aquí no hay escape, ó nosotros se la hacemos á los caballistas, ó los caballistas nos la hacen á nosotros. Conque vosotros direis ahora lo que os parezca.

—¿Y qué hemos de hacer,—dijo uno de los migueletes, —sino tomar el tiempo como viene, y á lo hecho pecho y Dios dirá?

Por último, convinieron en quedarse en la cuadrilla.

Oreja y Media estaba orgulloso; aun no hacía veinticuatro horas que se había puesto en campaña y ya tenía una buena cuadrilla de veinte hombres.

A este paso, sabe Dios adonde podía llegar aquello

Pero la Carmen le conoció los pensamientos, y dijo, dirigiéndose á los migueletes:

—Pues habeis tenido suerte, amigos, de llegar á tiempo, que todavía cabeis entre nosotros, porque la mucha gente es buena para la guerra pero no para el caballeo, y aún siendo veinte, como ahora lo somos, somos demás, y á los que vengan nuevos no se les podrá admitir. Ea, Bermejillo, que les den de almorzar á estos y á buscarles caballos, y á estar dispuestos para lo que pueda sobrevenir.

Pero pasó el tiempo, llegó la tarde y no sobrevino ningún acontecimiento.

A la caída de la tarde, el cabo Torralva dijo á Oreja y Media:

—Capitán, si á usted le parece; vamos levantando el puesto y largándonos; le diré á usted por qué, porque los de Castillo de los Guardas han visto sin duda el fuego del cortijo Hondo, y cuando vuelvan los grupos de migueletes, que será al oscurecer, se dará la alarma, y como estamos cerca, esta noche los tendremos encima. A mí, con licencia de usted, me parece que haríamos muy bien en irnos por la ribera de la Cala á pasar la noche á Pozal de la Jara, que allí la sierra es ya áspera y nos podremos defender ó huir el bulto, y á Pozal de la Jara, si marchamos ahora, llegaremos á las nueve de la noche, y allí, cerca de Pozal de la Jara, hacia lo alto de la sierra, hay un buen cortijo, donde no nos faltará nada y donde descansaremos sin miedo, por-

que el cortijo está en unas peñas en la vertiente de la sierra y es muy fuerte.

—Me parece bien,—dijo Oreja y Media;—pero voy á consultarlo con mi mujer y con el teniente.

De la consulta resultó la decisión de la partida; pero la Carmen, dijo:

—¿No quiere el otro que sonemos? Pues vamos á sonar; yo conozco la tierra; podemos irnos á Algarrobo, sorprender el pueblo, sacarles dinero á los ricos y llevarnos las alhajas de la iglesia; luego tomaremos por el camino real hacia el Ronquillo, pasando por la ribera de Huelva: en el Ronquillo haremos lo que hayamos hecho en Algarrobo, y luego, por la ribera de Cala, nos iremos á Pozal de la Jara.

—Corriente,—dijo el Bermejillo;—pero lo que usted quiere comadre, es un poquillo difícil, porque la gente de Algarrobo es dura.

—Pues mejor,—dijo Carmen,—así sonará más.

—Pues sonemos, á ver si de tanto sonar se echa medio mundo sobre nosotros y acabamos como arpa vieja.

—¿Pues que creía usted, compadre?—dijo la Carmen.—Usted estaba muy soberbio por haber dirigido y porque ha creido usted que donde usted estaba, nosotros no servíamos para nada.

—Es que yo no he pensado en eso, comadre,—saltó el Bermejillo.

—Por si acaso, dijo la Carmen;—y ha de saber usted, compadre, que desde hoy en adelante; cada cual en su sitio; y ya oscurece y es hora; al avío y á acabar cuanto antes, que tengo yo gana de llegar á Pozal de la Jara para descansar una vez y que usted nos cuente lo que sabe del Fraile Negro, que no hemos podido hablar de eso en todo el día,

y que el cortijero del cortijo Hondo nos diga donde está el dinero del ahorcado, y nos cuente su historia esa pobre joven, que yo creo que de aquí va á salir algo, y bueno. Con que, la gente á caballo; y yo he visto ahí unas hamugas en el cortijo; que las pongan en un macho para que vaya en ellas esa pobre señorita, que no está buena. Y oiga usted, compadre, vea usted si hay algo que llevarnos en el cortijo; y luego deja usted á la gente del cortijo atada y encerrada en un cuarto, que aunque nos han tratado bien, no me fío mucho de ellos; y á no perder tiempo.

El Bermejillo desempeñó perfectamente su comisión.

Les quitó á los del cortijo unos tres mil reales en alhajas y dinero, los ató y los metió en un cuarto, y echó la llave.

Enseguida la cuadrilla se puso en marcha hacia Algarrobo.

El Bermejillo con cuatro hombres iba de descubierta; seguían después Oreja y Media y Carmen, y junto á ellos Carlota en un macho con hamugas, y en otro macho la cortijera del cortijo Hondo, á horcajadas, como si hubiera sido un hombre.

Detrás seguían otros trece.

A las siete y media llegaron á las tapias de Algarrobo.

Una vez allí, Oreja y Media dejó con el Señorito y Caracolejo á la cortijera y á Carlota entre unos árboles, y él con el resto de la gente se metió de repelón por la calle real del pueblo; llegó á la plaza, y Bermejillo, que conocía la salida, le llevó á la casa del alcalde.

Del pueblo se apoderó el pánico: era pequeño, y el pavor les hacía ver multiplicados á los bandidos.

Al alcalde le dieron una paliza como para él solo por-

que quiso echarla de valiente y le quitaron tres mil pesos; al cura le derrengaron porque salió también con una escopeta y soltó un tiro que no hirió á nadie, y le tomaron quince mil reales; al sacristán le doblaron de un estacazo en el momento en que iba á coger la cuerda de la campana para tocar á arrebato, y se llevaron las alhajas sagradas de la iglesia, que podrían valer otros mil quinientos pesos.

Después de esto soltaron en la plaza algunos tiros al aire, lo que bastó para que todos los vecinos se metiesen debajo de los colchones, y á seguida, recogiendo á Carlota y á la cortijera, se lanzaron á gran paso por la carretera hacia el Ronquillo.

—Mucho será,—decía para sí el cabo Torralva apretándole los talones, que no las espuelas, porque no las tenía á su caballo, que al pasar por la rambla de Huelva no tengamos que andar á tiros con los compañeros; pero bien es verdad que se habrán venido por la rambla de Sanlúcar, á no ser que hayan calculado que nosotros iríamos á ganar la sierra y hayan echado por la carretera de Castillo de los Guardas al Ronquillo. En fin, Dios dirá. Estaría de ver que por escapar de Ceuta fuéramos á dar en la horca. En fin, paciencia y barajar.

Pero se pasó la rambla de Huelva por la carretera sin que aconteciese nada, y cerca de las nueve de la noche empezaban á subir la vertiente que conduce al Ronquillo.

En el Ronquillo aconteció lo que en Algarrobo.

Sorprendido el pueblo, aterrado, fueron robados algunos de los vecinos ricos y saqueada la iglesia.

A las diez y media de la noche, en fin, habiendo dejado la carretera, los bandidos llegaban al cortijo de Peñas Du-

ras, donde debían de descansar, situado á media legua del pueblecillo de Pozal de la Jara.

Se cenó allí, se acostaron todos menos cuatro que quedaron de centinela, y Oreja y Media, Carmen y el Bermejillo, con una buena bota de vino, se encerraron en su cuarto.

CAPÍTULO XXXVI

De cómo por las vaguedades del aldalde mayor, pasaron un tremendo susto don Miguelito y su mujer.

Don Deodato de Mingranejo, que este raro nombre y este raro apellido tenía el viejo y noble alcalde mayor de la muy ilustre ciudad de Sanlúcar la Mayor, acababa de cenar suculentamente, como quien pedía darse buena vida, y como buen cristiano que era, se aprestaba á rezar el rosario con su familia y con sus criados á las diez de la misma noche en que habían sido saqueadas la villa de Algarrobo y la del Ronquillo.

Estas dos villas y la del Castillo de los Guardas correspondían á la jurisdicción de Sanlúcar la Mayor.

De improviso se presentaron en casa del alcalde mayor de Sanlúcar un síndico y el alguacil de Algarrobo, y un sargento de migueletes con cuatro hombres del mismo cuerpo, procedente de Castillo de los Guardas.

El síndico de Algarrobo había venido á caballo, y el

alguacil que le acompañaba á mula, desherrando ambos á las bestias; y aunque hay casi una doble distancia de Algarrobo á Sanlúcar que de Sanlúcar á Castillo de los Guardas, los migueletes, aunque habían venido á pie, habían llegado al mismo tiempo que los que habían llegado á caballo y en mula, porque estos últimos habían salido de Algarrobo á las ocho de la noche, y los migueletes habían salido á las cinco de la tarde.

Don Deodato se sintió poseído de un furor justiciero, cuya gravedad no podemos hacer concebir á nuestros lectores.

Se escandalizó, se puso pálido, tembló, amenazó, mandó se reuniese al momento el mayor número de gente que se pudiese, y pidió apresuradamente su mula ensillada, mandando se embargasen al momento mulas para su escribano y sus alguaciles.

Los pliegos que habían llevado el síndico y el sargento de migueletes eran terribles.

El que había llevado el síndico decía lo siguiente:

«Señor alcalde mayor de Sanlúcar la Mayor: Muy señor mío, muy señoría autoridad y amigo: Yo no escribo porque me coje un estacazo desde la paletilla izquierda hasta la rabadilla que no me deja el movimiento; pero mi mujer, que solo ha cogido un puntapié, me lleva la pluma y saluda respetuosamente á su señoría y le dice: que nos han robado y nos han apaleado y no hay más: aquí se nos han metido á las siete de la noche, sin saber cómo ni por dónde ni de qué manera, una cuadrilla de malhechores, y á mí se me han llevado tres mil pesos y me han dejado una paliza, y á mi mujer la han insultado y la han roto el vidriado, y la han soltado las espitas de la bodega, que estamos nadando

en vino, y al cura le han torcido y le han quitado quince mil reales, y al sacristán le han derrrengado, que todavía no ha dejado de dar gritos, y se han llevado los vasos sagrados y han roto las casullas, y después de esto se han ido sin decir queden ustedes con Dios; por no dar nada más que palos, ni siquiera las buenas noches.

»Mi mujer me dice que no puede escribir más, y saluda á su señoría, autoridad y amigo, y yo también lo saludo y lo dejo para que el barbero, que está aquí esperando, me ponga una bizma, y con esto, Dios guarde á usía, y le besa la mano su humilde criado y amigo,

LÚCAS TIRARRECIO.»

Esto era mayúsculo.

De esta carta-parte, que denunciaba por sí misma una sucesión de delitos contra el lenguaje, que merecían ser expiados en Ceuta, se desprendía que una cuadrilla de malhechores había saqueado la villa de Algarrobo y cometido excesos contra los vecinos.

Pero no era esto solo.

De dentro de la carta se escurrió un pedazo de papel, cortado de una manera particular con los dedos, en cuyo papel se leía, con una letra gorda y bárbara:

«El que ha hecho lo del cortijo Hondo y lo de Algarrobo, es Curro Lascano, álias, Oreja y Media, mayordomo que ha sido, y antes alguacil, del viejo petate alcalde mayor de Sevilla. Y lo firmo de mi puño y letra para que conste.—CURRO LASCANO, álias, OREJA Y MEDIA, y con él su mujer la CARMEN.»—El pésame por la Remeditos.»

Este papel se lo había dejado Oreja y Media al alcalde de Algarrobo, y la alcaldesa sin anunciar su remisión, lo

que era innecesario puesto que se lo remitían, lo metió en la carta.

El pliego proviniente del Castillo de los Guardas era doble, ó mejor dicho, se componía de un oficio de remisión, del parte original dado por el capitán de migueletes de paso en el Castillo de los Guardas al alcalde de la localidad.

El parte decía así:

«Señor alcalde de Castillo de los Guardas: Esta mañana, hallándome yo flanqueando las alturas de la ribera de Huelva en busca de algunos rateros, de los cuales sabía andaban por aquellos lugares, se me presentó un paisano todo demudado, que me dijo que al pasar por el cortijo Hondo, situado á una media legua de la villa del Madroño, había visto ardiendo el cortijo y escapados los bueyes, las vacas, las mulas y el ganado menor; que habiéndose acercado al pasar por el robledal, vió colgado de un roble con una cuerda á un hombre, á quien no pudo conocer porque á más de estar ahorcado le habían dado un tiro en la cabeca que le había deshecho la frente y estaba tan desfigurado que no había podido sacar quien era, pero que por el traje le parecía que era el llamado Fraile Negro, don Julián del Soto, dueño del cortijo Hondo. Este parte, como usted comprende, era muy grave, y detuve al paisano para ponerlo á disposición de usted, como lo he hecho; pero antes, pareciéndome inverosímil la existencia de una cuadrilla tan numerosa como era necesario para sorprender el cortijo Hondo sin que yo tuviese conocimiento de la tal partida, me dirigí por lo alto de la revuelta de Sanlúcar hácia el Madroño, y apenas entré en el lugar, comprendí que había algo de verdad en el parte, porque la gente estaba alborotada. Pasé al cortijo Hondo y le encontré reducido á un montón de

cenizas. En el robledal hallé el ahorcado sin que nadie le guardase, porque todos los que le hubieron visto huyeron espantados. Volví al Madroño, dí parte al alcalde, del cortijo quemado y del ahorcado, y habiendo ido el alcalde con el fiel de fechos y algunos vecinos al robledal conmigo, se descolgó el cadáver, se le llevó al pueblo, le reconoció el médico, y declaró: «Que había muerto por efecto de la extrangulación causada por la suspensión y por el lazo corredizo, y que el tiro que le deshacía la cabeza, le había recibido después de muerto.

»Se reconoció, en efecto, que era asimismo don Julián del Soto, conocido en la comarca con el nombre de Fraile Negro.

»El alcalde de Madroño se ha encargado de trasmitir el parte que yo le he dado al señor alcalde mayor de Sanlúcar la Mayor; pero sin embargo de esto, doy también parte á usted, dado caso de que yo con mi fuerza me encuentro transitoriamente estacionado en esta villa. Dios guarde á usted muchos años. Castillo de los Guardas, etc.—El capitán de migueletes, Julián Domínguez.

Aun no había acabado de leer este parte el alcalde mayor de Sanlúcar, cuando llegó el parte, escrito en bárbaro, del alcalde del pueblo del Madroño, del cual, difícilmente se hubiera podido sacar nada en claro si no le hubiera acompañado otro parte del capitán de migueletes.

El alcalde mayor de Sanlúcar montó al fin en su mula y con sus alguaciles y con los migueletes y algunos vecinos de la ciudad; tomó por la ribera de Sanlúcar arriba hacia el Madroño, y á buen paso, porque tenía que andar siete leguas largas para llegar á la villa del Madroño y evacuar las diligencias imprescindibles del levantamiento del cadáver.

Al mismo tiempo había enviado al pasante del escribano, acompañado de dos hombres á caballo, á Sevilla, con el objeto de anunciar oficiosamente al alcalde mayor, marqués de la Pampanera, de lo que sucedía, remitiéndole en calidad de devolución, los partes que había recibido y el papelito adjunto del alcalde de Algarrobo.

Y decimos oficiosamente, porque á pesar de que el alcalde mayor de Sevilla continuaba ejerciendo sobre todo aquel reino la jurisdicción que habían tenido los antiguos asistentes, el alcalde mayor de Sanlúcar tenía jurisdicción propia, de todo punto independiente del asistente de Sevilla, y dependiente solo de la chancillería de Granada.

Cuando el pasante de escribano llegó á Sevilla se encontró con una cosa que debía haber previsto el alcalde mayor de Sanlúcar, esto es, con las puertas cerradas; como que había llegado á las dos de la mañana.

Al alcalde mayor se le había olvidado también dar dinero al pasante, contentándose solo con entregarle una mula embargada; y los dos patanes que le acompañaban escoltándole con dos ruinosas escopetas, no tenían un cuarto ni aun tabaco.

La situación se presentaba, pues, enormemente aflictiva para estos tres individuos.

Las noches eran todavía muy frescas y no había que pensar en meterse en una posada de Triana, como no fuera dejando empeñada la mula, cosa en que se pensó; pero el amo de la mula que era uno de los de la escolta, se negó redondamente, diciendo que él no sabia si luego le abonarían el gasto para desembargar la mula, y además, los daños y los perjuicios, y que se exponía á perder la mula, que era su único consuelo, y que antes que esto, su mula y él ten-

drían paciencia y pasarían la noche al sereno y con hambre.

Pero habiendo empezado á apretar el frío, que por la mañana es intolerable en la tierra baja en verano, el amanuense de escriba se decidió á todo, y embistiendo bravamente por el Puente de Barcas, se fué á la puerta del Pópulo y llamó con una piedra.

Respondiéronle echándole con cajas destempladas; pero Onofre, que así se llamaba el amanuense, anunció acampanando la voz, que él era un ministro de justicia y que venía de Sanlúcar la Mayor, con un parte del alcalde mayor, en que se manifestaba que se había levantado una partida de malhechores tan grande, que había ya cortijos incendiados, villas saqueadas, y gentes muertas y apaleadas.

De tal volumen había sido el proyectil que había lanzado contra la puerta del Pópulo de Sevilla, Onofre, que la puerta se abrió, porque el cabo del resguardo de la real hacienda que allí estaba, no se atrevió á contraer la responsabilidad de retardar ni por un momento el que el alcalde mayor supiese aquellas enormidades que tenían lugar en el reino de Sevilla.

El pobre marqués de la Pampanera hubiera querido bien dormir; pero no dormía en aquellos momentos.

No hacía otra cosa que removerse en el lecho, y gemir, y suspirar, y estremecerse, y llorar á intervalos, con el alma llena del doloroso recuerdo de la encantadora y desventurada Remedios, cuyo inocente y virginal cadáver, á juicio del alcalde mayor, había sido sepultado aquel mismo día.

Al oir los grandes golpes que daban á la puerta de su casa, se incorporó rápidamente y exclamó:

—Me alegro: algo ha sucedido: tarea tenemos: esto me distraerá.

Y dió un campanillazo para que acudiesen á vestirle.

Poco después entró un alguacil de guardia, y le dijo:

—Señor alcalde mayor, ahí está uno que dice viene de Sanlúcar la Mayor con un pliego para usía del señor alcalde mayor de Sanlúcar, y cuenta grandes crímenes y grandes atrocidades de una gran partida que ha aparecido por el Madroño y Castillo de los Guardas.

—Que entre, que entre al momento ese que viene con el pliego,—dijo el alcalde mayor.

Se presentó enseguida Onofre con sus calzones rotos por la trasera, sus medias azules con puntos, sus zapatos viejos, cada uno de los cuales parecía una boca de merluza, su chaqueta con coderas, el pelo echado sobre la frente, blanquito como una morcilla, con un viejo sombrero en la mano y el pliego en la otra, y mirando de reojo y con miedo al alcalde mayor.

—Dame, dame ese pliego,—dijo don Bartolomé.

Onofrillo dió, temblando, el pliego á su señoría.

Este lo abrió, y á poco que leyó se puso de tal manera furioso, que Onofrillo ganó á escape la puerta de la sala, temeroso de que le pasase un trabajo.

—Ven, ven acá, muchacho,—le dijo don Bartolomé,—que contigo no va nada, y necesito que me expliques.

Onofre se acercó de nuevo algo más tranquilo.

Lo que había causado aquel acceso de furor en don Bartolomé, había sido el papel aparte escrito de puño y letra de Oreja y Media.

—Y bien,—dijo después de haber leído los partes que le remitía originales el alcalde mayor de Sanlúcar la Mayor,—¿tú has visto estos criminales, hijo?

—No, señor, no:—yo no he visto ninguno.

—¿Pues entonces por qué has dicho á mi alguacil que los facinerosos son innumerables?

—Toma,—exclamó Onofrillo,—porque para pegarle fuego á cortijos y robar villas tienen que ser más de mil; digo, creo yo.

—Tienes razón, muchacho, tienes razón,—dijo el alcalde mayor;—para que sucedan escándalos como estos, una de dos, ó tienen que ser innumerables los malhechores, ó ser vergonzosamente cobardes los alcaldes ó los vecinos de los pueblos. ¿Y no has oído tú si se ha cogido á alguno?

—¡Ca, no, señor!—¡si todo el mundo anda asustado que no le llega la camisa al cuerpo!

—¡Vergüenza! ¡descuido! ¡crimen!—exclamó el alcalde mayor;—¡yo arreglaré esto! ¡veremos si este pillo infame, inícuo y sacrilego de Oreja y Media se burla de mí! Anda, hijo, anda vete y descansa: yo devolveré estos partes á tu alcalde mayor.

—¿Y dónde voy á descansar, señor?—exclamó Onofrillo.

—¡Hombre, hombre!—exclamó el alcalde mayor,—¿es posible que te hayan enviado sin dinero?

—Si señor, sin un maravedí,—exclamó vivamente Onofre;—y con una mula y dos hombres que mantener.

—Muchacho, muchacho: otra vez pon la mula á la cola, aunque bien puede ser muy bien que los que vienen contigo sean más mulos que la mula.

—Eso de seguro, señor alcalde mayor,—dijo Onofrillo; —pero comen y yo como también.

—Toma estos tres duros, muchacho, y vete y descansa, y por la mañana vuélvete á Sanlúcar la Mayor y dile á don Deodato que yo le devolveré estos partes que me has traido.

—¡Que viva usía mil años!—exclamó Onofrillo, á quien enloquecía la posesión increible de tres duros.

—Anda, hijo, anda,—dijo el alcalde mayor.

Onofrillo se fué.

—Yo correría,—dijo el alcalde,—volaría, revolvería la tierra hasta encontrar á ese infame, y ahorcarle, descuartizarle, quemarle vivo allí donde le encontrase; pero yo no puedo dar ejemplo de un tal furor; harto se murmura ya de mí en Sevilla; ni aun puedo en este momento enviar fuerzas, entenderme con el capitán general, hacer nada hasta mañana. Se me diría que yo exajeraba, y que exajerando causaba la alarma de todo el mundo. ¡Ah! un magistrado no puede tener corazón; un magistrado está sujeto á las inexorables condiciones de la justicia. Yo tengo que sufrir, que desesperarme, que permanecer inerte, aprisionado en Sevilla, sin tener que ver ni aun con el proceso de esos crímenes. Pero no importa: es lo mismo: don Deodato es severo; inflexible, y yo le estimularé. ¡Dios mío, Dios mío! Yo no sé donde tengo la cabeza, ni el corazón, ni puedo creer, sino por un favor de Dios, el que ya no haya caído en el lecho para no salir de él sino cuando me levantasen para ponerme en el ataud... ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Mi Remedios, mi niña! Yo no puedo resistir mi desesperación; yo me voy á volver loco.

El alcalde mayor no pensó ni aun en volverse á acostar.

No había dormido.

Estaba rendido.

Había trabajado hasta muy tarde en el proceso instruido en averiguación de los autores del robo que se le había hecho, y del asesinato de Remeditos.

Pero al fin tenía una luz.

Aquel papel escrito de puño y letra de Oreja y Media, que contenía la confesión casi explícita, por aquella alusión á la Remeditos, de haber sido ellos los autores del robo y del asesinato.

Se puso, pues, á estudiar desde un nuevo punto de vista el proceso y á preparar el plan de una nueva inquisitoria por medio de nuevas declaraciones.

Así le encontró el día.

Así el sol, que vino á dar con su primer rayo á través del balcón en la calva de su señoría; y así le cogieron las ocho de la mañana, en cuya hora el alcalde pidió la gran jícara de soconusco, con bizcochos, que tomaba á la misma hora todos los días.

No era esto porque el alcalde tuviese apetito, sino porque comprendía que era necesario alimentarse para no decaer, enfermar, imposibilitarse y dar lugar á que el proceso pasase á otro alcalde que le instruyese con menos celo.

Don Bartolomé continuó trabajando hasta las nueve, en cuya hora llegó el escribano.

El alcalde mayor le mandó tomase copia de los partes que había recibido oficiosamente, y le dió una nueva nota de nombres de personas á quienes debía llamarse para declarar en el proceso sobre el robo y el asesinato.

A seguida mandó enganchar el coche, se vistió convenientemente, y á las diez entraba en el palacio del capitán general, que ya tenía conocimiento del suceso, puesto que le había dado parte de él el comandante de una partida de tropa que andaba en perssecución de malhechores.

Las dos autoridades se pusieron de acuerdo para iniciar una persecución eficacísima que diese por resultado el exterminio de aquella banda audaz.

El capitán general y el alcalde mayor estuvieron conferenciando, como ahora se dice, hasta las doce; en cuya hora el alcalde mayor se fué á cumplir con una necesidad imprescindible por ante la cortesía y el buen mundo; esto es, á hacer una visita de tornabodas á los recién casados.

Don Miguelito y Patrocinio recibieron admirablemente al alcalde mayor, como podían haber recibido á su padre, á concederles la cualidad de buenos hijos.

Después de los saludos, Patrocinio, en quien se fijaba con delicia, á pesar de su dolor, la mirada de don Bartolomé, le dijo:

—Pues ya no os soltamos hoy, don Bartolomé, sino que os embargamos y os llevamos con nosotros á la quinta que tenemos en los Prados. Allí nos habíamos propuesto comer solos debajo de los árboles, y la comida será mucho más grata para nosotros por la compañía de usted.

—Lo agradezco, lo agradezco en el alma, Patrocinito, —dijo el alcalde mayor;—pero ¡en qué día me proponen ustedes ese inapreciable obsequio! Los que hemos recibido del rey nuestro señor el duro y terrible encargo de hacer justicia, no tenemos ni un solo momento nuestro: nuestro tiempo es de los criminales.

—Pero don Bartolomé,—dijo Caparrota;—yo no sé que tenga usted ahora entre manos otro negocio que el deplorable del robo que usted ha sufrido y del asesinato de su pobre ama de gobierno. Y apropósito, señor don Bartolomé; yo no he querido hablar á usted de esto hasta ahora, ¿asciende á mucho el robo que le han hecho á usted?

—No lo se, señor don Miguel: yo no llevaba cuenta del dinero que metía en aquel armario, ni mis alhajas de familia, entre las que estaban las que yo compré para mi di-

funta esposa, habían sido tasadas; pero creo muy bien que el robo no bajará de ciento cincuenta á doscientos mil pesos: las alhajas eran de un gran valor, y había allí mucho dinero en oro: en fin, esto me importa muy poco: gracias á Dios, por este robo no me quedo pobre: lo que siento únicamente es la desgracia que en mi casa y con ocasión de mi dinero ha acontecido á esa desventurada Remedios.

—Resignación, resignación, don Bartolomé,—dijo Patrocinio,—está usted desencajado, sufre usted de una manera terrible. Dispénseme usted; pero creo que esa pobre que ha sido asesinada le interesaba á usted demasiado.

—¡Ah, señora! era una huérfana digna de todas las consideraciones del mundo, era una criatura encantadora, mucho más por su belleza, por su carácter y por sus virtudes. Yo la había comprendido: era una señorita, una hija de buena familia que había venido á menos, y francamente, yo tengo con ustedes confianza y puedo decírselo todo: cuando ha acontecido ese horrible delito, estaba ya decidido á hacer dejación del alto cargo que ha tenido á bien confiarme su majestad, y casarme con ella. Yo hubiera sido con ella feliz: me amaba la pobrecilla con toda su alma, mi señora doña Patrocinio.

—Lo comprendo,—dijo Patrocinio,—usted, señor don Bartolomé, tiene un alma hermosísima y de todo punto joven.

—Gracias, señora: sí ella me amaba, no tengo duda de ello; ella hubiera prolongado mi vida; ella me hubiera dado una felicidad incomparable. ¡Y pensar que un miserable asesino ha llenado mi alma de luto! Dispénseme ustedes, amigos míos, si yo abuso de ustedes ocupándolos demasiado de mis negocios particulares. Yo estoy loco.

—Vamos, vamos, don Bartolomé, hable usted todo lo que quiera de sus penas; cuando participamos nuestras penas á nuestras amigos, parece como que nos consolamos.

—¡Oh sí, señora, sí!—exclamó el alcalde mayor;—¡y qué penas tan terribles, tan extraordinarias las mías! á lo menos;—añadió animándose el alcalde mayor,—ya hoy puedo consolarme con la esperanza de vengar á mi desgraciada Remedios, porque ó mucho me engaño, ó estoy en el buen camino para encontrar á los infames que me han hecho el más desgraciado de los hombres matándomela. ¡Oh! ya he de ser inexorable, terrible: todo se descubre, todo: le Providencia no deja impune ningún crimen.

Otro menos sereno que Caparrota y Patrocinio, hubieran dado alguna muestra de alteración al oir aquellas graves palabras del alcalde mayor.

Les habían causado una viva ansiedad; pero sus semblantes habían permanecido impasibles.

Por muy interesados que estuviesen los cómplices de don Miguelito en guardar el secreto, no era, sin embargo, imposible el que alguna imprudencia revelase este secreto.

Caparrota y Patrocinio no sabían aún nada de lo que habían hecho Oreja y Media y la Carmen, con la partida que se había puesto á su disposición.

No había aún tiempo.

La noticia no había llegado aún al dominio del vulgo.

Por consecuencia, ni Miguelito ni Patrocinio podían suponer la razon de las palabras del alcalde mayor.

—¡Oh, infames, infames!—exclamó éste;—y ver que los autores de un tal horror me deban más que á su padre, que yo los he favorecido, que yo los he casado.

Esto era más grave aún.

Ellos estaban en la situación que acababa de decir el alcalde mayor, que no había podido favorecerlos más y que acababa de casarlos.

Se creyeron perdidos.

Supusieron que el alcalde mayor se valía de una artimaña de juez, representaba un papel y buscaba un indicio que aclarase sus sospechas en la turbación que les causara sus palabras.

Se mantuvieron, sin embargo, firmes, haciendo un poderoso esfuerzo.

En cuanto á don Miguelito, una intención terrible se había apoderado de él, la de inmolar al alcaldo mayor y escapar.

¿Pero y si el alcalde había sido previsor y había dejado vigilada y cercada la casa?

Estas mismas ideas le ocurrieron á Patrocinio.

Ambos devoraban en el interior de su alma una agonía indecible.

Sentían que se les iban las fuerzas.

Sin embargo, permanecían en la naturalidad más completa.

No sabemos lo que hubiera acontecido, porque el alcalde mayor no tenía nada de lerdo, si al fin no hubiese acabado sus ambajes.

—¡Oh! ¡ese infame Oreja y Media,—exclamó,—esa miserable María del Carmen! Yo los había recibido con toda mi alma en mi casa; yo los amaba como hijos; yo no podía creer que ellos hubiesen sido, á pesar de su desaparición: alentaba la esperanza de que se probase un día que ellos habían huido por temor de verse complicados. Pero no, no: miren ustedes este papel escriio de la mano de Curro, papel

que yo guardo sobre mí para que no se me extravíe, papel que es una confesión, que me servirá para llevarlos á la horca.

Miguelito y Patrocinio sintieron que el alma se les volvía al cuerpo.

Nada había más distante del alcalde mayor que una sosdecha de tal género respecto á don Miguelito.

—¿Y qué cosas son estas del Algorrobo y del Ronquillo y del cortijo Hondo?—dijo don Miguelito.

—¡Ah! crímenes enormes, crímenes á que no ha llegado todavía ningún caballista,—dijo el alcalde mayor,—porque ninguno de esos desesesperados han entrado todavía á mano armada en los pueblos á maltratar la justicia, ha robado á los vecinos, ni se ha llevado las albajas de las iglesias. Pues bien, todo esto lo han hecho Curro y su mujer no sabemos con cuanta gente, porque todavía no se tienen noticias exactas; pero han debido de ser muchos, porque de otra manera no hubieran podido sorprender y ahorcar á don Julián del Soto, á quien se conoce de fama pública con el nombre del Fraile Negro, un sujeto admirable, un servidor incomparable de Dios y del rey; un hombre que, cumpliendo un voto, perseguía de tal manera á los malhechores que entregaba á la justicia, que por el respeto que causaba, estaban completamente libres las cuencas de Sanlúcar, de Cala, de Huelva y de Viar, hasta la de Galapagar, desde Sevilla á Sierra-Morena. ¡Oh! la justicia ha perdido mucho, mucho.

—En verdad que yo había oído hablar de ese Fraile Negro,—dijo don Miguelito,—pero no sabía que era tan bravo, tan importante y sobre todo, tan original.

—¡Ah! todo un carácter, amigo mío, todo un carácter,—dijo el alcalde mayor;—si yo les contara á ustedes... don

Julián debía tener una historia; debió ser muy desgraciado en su juventud: la misantropía se había apoderado de él, y no descansaba ni un momento en la persecución de malhechores.

—Por qué no se viene usted con nosotros, don Bartolomé, á los Prados?—dijo Patrocinio,—se distraerá usted, y al mismo tiempo nos contará esa historia.

—No, no puede ser de ninguna manera, señora mía,—dijo el alcalde mayor,—no tengo un momento mío; yo venía únicamente á felicitar á ustedes, y me he detenido demasiado; ustedes, pues, me dispensarán.

Y el alcalde mayor se levantó y se despidió.

—¡Ay, Patrocinio,—exclamó don Miguelito, cuando volvió de despedir al alcalde mayor,—ha habido un momento en que he creído que estábamos perdidos.

—Y yo también; pero afortunadamente no ha pasado de un temor. ¡Que coincidencia, Señor!

—Esto demuestra,—dijo don Miguelito,—que no debemos descuidarnos, que una casualidad puede perdernos. Vámonos, vámonos á los Prados; allí meditaremos lo que debemos hacer.

CAPÍTULO XXXVII

De lo que hablaron Oreja y Media, su mujer y el teniente Bermejillo.

Volvamos al cortijo de las Peñas Duras, al momento en que todos descansaban mientras Oreja y Media, la Carmen y el Bermejillo, estaban reunidos y encerrados en una habitación.

—Bermejillo,—dijo Oreja y Media,—es menester ver cómo se le envía el parte de lo que hemos hecho á don Miguelito. ¿Sabe usted escribir?

—No, señor, compadre,—contestó el Bermejillo.—¿Y usted?

—Yo tampoco.

—¿Y la comadre?

—Mire usted, compadre, yo no lo sé, porque no hemos tenido necesidad de escribirnos, ni yo me he acordado de preguntárselo. ¿Sabes tú escribir, Carmen?

—Yo no, ni hace falta, porque quien escriba hay por todas partes.

—Calle usted, compadre,—dijo el Bermejillo,—que ya tenemos escribano, y en la partida.

—¿Pues á quién, compadre?—dijo Oreja y Media.

—El cabo Torralva, que no hubiera sido cabo de migueletes si no hubiera sabido escribir; ahora que puede ser muy bien que cuando diga que se le ponga blanco ponga negro, y el diablo que entienda la carta; en fin, ya veremos. ¿Quiere usted que vaya y lo levante y lo traiga?

—Hombre, no; dájele usted descansar, que el pobre está trabajando desde ayer por la mañana, y para que la gente sirva es menester que descanse; y luego, que don Miguelito ya sabrá á estas horas lo que ha sucedido.

—Ya lo creo que lo sabrá,—dijo el Bermejillo,—y apostaría que hoy en todo el día no se ha hablado de otra cosa en Sevilla, ni se hablará mañana.

—Oiga usted, compadre,—dijo la Carmen,—que no vaya usted á boquear que nuestro verdadero capitán es don Miguelito Caparrota.

—Pues, por supuesto, comadre, ¿yo, que he de decir á nadie eso; cuando don Miguelito es nuestros pies y nuestras manos, y si nos vemos en un apuro, con el poder que él tiene con la gente gorda de Sevilla y de Madrid, nos sacará para adelante, y si nos habían de ahorcar nos echarán á presidio, y si habían de echarnos á presidio por diez años y un día nos echarán por seis ú ocho?

—No diga usted eso, compadre,—exclamó la Carmen,—que al que es buen mozo no le ahorca nadie ni le echa á presidio.

—Eso es según y cómo, comadre, que al más guapo le sorprenden, le cogen la vez, y le hacen bajar la cabeza.

—No, señor, no,—dijo la Carmen,—porque el buen ca-

ballista muere antes que entregarse, y sino ahí está mi difunto Cachitos; ¿quién le ha dicho á usted que si él se hubiera entregado le hubieran matado? Como que aquel era una fiera, compadre.

—Aunque no te hubieras acordado de él,—dijo Oreja y Media,—no le hubiera hecho nada; porque tú debías figurarte que tal hombre no había nacido y que no lo habías conocido tú ni lo habías podido conocer.

—Ya metiste la pata, Curro,—dijo la Carmen;—¡pues no faltaba más sino que me vinieras ahora con celos! Quítate allá, hombre, que eso aburre y fastidia y da desgana, y yo no sé por qué no se ha de decir de las gentes lo que fueron ó lo que no fueron; sólo que tú te has creido que al decir yo que Cachitos era como Dios lo hizo, quería decir que Dios no había hecho otro hombre como él Pues lo mismo digo, Curro, de tí y de mí, ni á tí ni á mí, nos prende ni nos ahorca nadie, porque moriremos antes que dejarnos prender.

—Pues, muchas gracias,—dijo el Bermejillo,—de esto resulta que yo no valgo dos reales, y que no tengo valor para morir matando; y no ha sido esa mi intención, que yo no soy de los que se entregan, porque sin entregarse un hombre le pueden echar la mano. Suponga usted que está usted durmiendo y que un traicionero le vende, y que cuando usted despierta se encuentra usted atado de piés y manos.

—Eso no puede ser, compadre,—dijo la Carmen,—en primer lugar, porque el que es bueno para capitán de caballistas en la cara les lee á sus muchachos los pensamientos, y sabe de quién se debe fiar y de quién no; y después de esto, porque un buen capitán debe dormir con los ojos abiertos como las liebres, y ver hasta por el cogote, y sino es

hombre perdido; dejándonos de eso, ¿de quién se ha valido don Miguelito para avisarle á usted?

—Del tío Carcañales,—dijo el Bermejillo;—yo estaba en Lebrija, que es mi tierra, manejándomelas con una laborcilla que allí tengo, cuando me llegó una carta del tio Carcañales en que no me decía más que lo siguiente: «Chiquillo, vente por la calle de la Mar de Sevilla, porque tenemos que hablar cuatro palabras que te interesan.» El tío Carcañales no pone en una carta nada que le pueda comprometer, ni quiere que sepan que él me conoce á mí, porque al fin y al cabo todo el mundo sabe que yo fuí de la partida de Cachitos (usted perdone, compadre, que yo nombro á Cachitos porque es menester); y que me indultaron; y el tío Carcañales teme que la justicia ponga el ojo en él y le observe, si la justicia sabe que tiene tales amigos; y una carta puede perderse, y vea usted ahí. Yo entendí por lo de la calle de la Mar que quien me llamaba era el tío Carcañales, y como el tío Carcañales es un hombre muy formal, me monté en el jaco, me vine á Sevilla, dejé el jaco en el mesón y me fuí en casa del tío Carcañales, y él se metió conmigo en lo hondo de la casa, y me dijo:

—Oyete tú, chiquillo, sin réplica ninguna es menester que mañana á la noche ó pasado mañana á más tardar, estés tú con otros ocho á caballo y bien armados en el cortijo de los Olivares.

—¿Para qué?—dije yo.

—Para echaros al camino.

—¿Y por qué?—volví yo á decir.

—Porque así le conviene á don Miguelito el marqués.

—Pues basta,—repuse yo;—mañana á la noche ó pasado mañana á más tardar, estoy yo con ocho demonios

del infierno en ocho águilas en el cortijo de los Olivares.

—Pues quedamos de fijo en que esto sea para pasado mañana,—me dijo el tío Carcañales.

—Y oiga usted,—le dije yo,—¿va á ser el capitán el marqués?

—Sí y no,—me contestó el tío Carcañales;—el capitán que ha de andar siempre con vosotros se os enviará; pero el verdadero capitán será siempre don Miguelito Caparrota. Esto no tienes tú que decírselo á los otros; basta conque tú los sepas. Ahí tienes cincuenta onzas para que compres caballos y aparejos y armas, cuida de que la gente que escojas sea buena, porque hay que trabajar mucho.

—Corriente,—dije yo.

—Pues mira, chiquillo,—me dijo el tío Carcañales,—come y bebe todo lo que quieras, y descansa, y vete enseguida para que tengas tiempo, que no se levanta tan pronto una partida de ocho hombres si han de ser buenos.

—Esos los levanto yo en dos horas,—le respondí,—porque más de ocho conozco yo en Lebrija, tan buenos mozos como el que más, y capaces de hacer lo no visto ni oído.

—Pues andando,—me dijo el tío Carcañales.

Me obsequió, descansé, me fuí al mesón, cojí el caballo y me volví á Chiclana; y ya lo ha visto usted, comadre, yo he estado dispuesto á la hora que se me necesitaba, y si es buena la gente ó no, ya lo ha visto usted, porque si hubieran sido otros, solo con decirles que se le iba á hacer una mala partida al Fraile Negro, les entra el pasmo y no van.

—¿Pero quién es ese Fraile Negro,—dijo la Carmen,—que yo no le he oido nombrar hasta ahora?

—Pues mire usted, comadre, el señor Cachitos le conocía bien; perdone usted, compadre, que si yo nombro al se-

ñor Cachitos, es porque viene á pelo y no se puede pasar por otro punto.

—Hombre, déjese usted de calmas, compadre, que ya me voy yo cargando con sus perdones de usted.

—No la eche usted por ahí, compadre,—dijo el Bermejillo,—que en lo que menos pienso yo es en ofenderle á usted; y crea usted que lo digo de veras, porque me gusta usted.

—Vaya, hombre, bien, muchas gracias; pero ande usted con su cuento; diga usted, ¿por qué conociendo el señor Cachitos á ese Fraile Negro no le dijo á su mujer que le conocía?

—Porque solamente de acordarse del Fraile Negro le daba la basca al señor Cachitos; porque mire usted aunque perdone la comadre, el señor Cachitos era muy malo, pero no era valiente; se le guardaba respeto porque era muy madrugón y sabía mucho y adivinaba los pensamientos; y perdone usted, comadre, que usted está engañada y usted cree del señor Cachitos una cosa muy distinta de lo que era: la echaba de guapo y decía que él podía con todo el mundo, y la verdad, comadre, no fué que el señor Cachitos se dejó matar para que no le prendieran, sino que cuando le sorprendieron dió con gente que sin dejarle respirar le descerrajaron, porque le creían un demonio; le temían y creyeron que si no lo mataban pronto se los iba á comer con los ojos. Esta es la verdad, que la vida es amable y lo último que se pierde es la esperanza; y es una tontería dejarse matar cuando uno no se puede defender, que para los muertos se acaba todo en este mundo, y un preso, antes de ser sentenciado, se puede escapar de la cárcel. Mire usted, comadre, á mí me han cogido tres veces, usted lo sabe, y

tres veces me he escapado, y si no me hubiera escapado no lo contaría, porque de la primera me ahorcan; y ha de saber usted, comadre, que las tres veces me prendió á mí el Fraile Negro, y por eso le tenía yo mala voluntad; esta es la verdad, y si no cogió al señor Cachitos, fué porque el señor Cachitos escapaba por el filo de un cuchillo y saltaba como un cigarrón y parecía que le nacían alas; y esto no se le tomaba á cobardía, porque, en fin, ¿qué ha de hacer un caballista cuando se ve cercado? escapar por el boquete que encuentre, pidiéndole á Dios que no le alcance una bala. Lo dicho, el señor Cachitos le temía más que á la muerte al Fraile Negro, y porque le temía no le ha hablado á usted nunca de él.

—Vaya, hombre, usted exagera, compadre.

—¡Qué he de exagerar, comadre!—dijo el Bermejillo.—¡Qué me viene usted á contar á mí! Pues que, ¿no tenía usted metido en un puño á su marido?

—¿Y eso qué le hace? Metido en un puño tengo á éste, y si fuera posible que yo tuviera algo con usted, compadre, le tendría á usted entre el pie y el zapato, cabalito.

—También es eso verdad, comadre,—dijo el Bermejillo.—Pero volviendo al Fraile Negro, ha de saber usted que el Fraile Negro era un pícaro que se había metido á santo. A mí me han contado esa historia, yo no sé si será verdad ó mentira; pero como me la contaron, allá va. Pues, señor, ha de saber usted, que mucho tiempo antes de que vinieran aquí los franceses, don Julián del Soto, que éste era el nombre del Fraile Negro, vivía allá en el Madroño, y casi toda la ribera de Sanlúcar la Mayor era suya.

Tenia ya treinta y cinco años, vivía soltero y no le gustaba ninguna mujer.

El Fraile Negro ha vivido siempre en el cortijo Hondo, y de tiempo en tiempo montaba solo á caballo, tomaba el camino de la sierra, no volvía en un mes ó dos, y cuando volvía traía dos ó tres machos cargados, nadie sabe de qué, pero cargados con una cosa muy pesada.

Todo el mundo pensaba que aquella cosa pesada que traía en los machos, que nadie descargaba más que él, que se encerraba con los machos en una sala baja, era dinero; pero como todo el mundo sabía que no había un ladrón por la sierra ni se cometía ningún robo, todo el mundo creía que don Julián del Soto había encontrado una mina de oro en polvo; y yo no sé por qué creían que el oro era en polvo, porque nadie lo había visto; en fin, ello era que se tenía la creencia de que á más de las grandes haciendas que don Julián del Soto tenía, poseía un grandísimo tesoro.

Don Julián del Soto tenía un hermano que era cura de Cazalla de la Sierra, y cuando faltaba de su cortijo se iba á Cazalla con su hermano, aunque él no decía nunca, cuando montaba á caballo á dónde iba.

Pues han de saber ustedes, compadres, que yo he sabido esta historia por una vieja de Cazalla de la Sierra, que tenía una sobrina con la cual yo me encalomé, y me tomó tal cariño la vieja, que me contó toda su vida y milagros, y con su vida y milagros, los del Fraile Negro y los de su hermano el cura de Cazalla. Pero esta historia es muy larga, compadres, y me parece á mí que el señor Curro se está durmiendo, y que á usted, comadre, se la cierran los ojos; mañana por la mañana, al rayar el día, tenemos que tomar el camino de la sierra, porque por aquí no estamos bien, yo se lo digo á usted; el marqués ha querido que se haga una haratada gorda, se ha hecho; pero es menester

huir el bulto, porque todavía no tenemos relaciones en la sierra; es menester hacérselas, y esto no se consigue en dos días. En la sierra es distinto; allí no nos mete mano ni un ejército. Conque si les parece á ustedes, compadres, dejaremos la historia para mañana, y con ella entretendremos el camino. De veras, que yo también tengo sueño.

—Y yo,—dijo bostezando Oreja y Media,—y la verdad es que no me importa mucho la historia de ese fraile.

—Ni á mí,—dijo la Carmen,—y la podemos dejar para mañana; más importante era que el capataz del cortijo Hondo, que se ha venido con nosotros, nos dijese donde tenía enterrado su amo su dinero y todavía no se lo hemos preguntado.

—Y no le hace,—dijo el Bermejillo,—porque no nos podíamos entretener á desenterrar el tesoro, y tiempo hay para eso.

—Sí,—dijo la Carmen,—pero si tenemos un jaleo y le pegan un tiro al capataz y le dejan seco, nos quedaremos sin saber donde están las *jaras* del ahorcado.

—También es verdad,—dijo el Bermejillo;—pero á bien que vamos para la sierra, y allí no habrá lance ninguno y tendremos tiempo para todo. Con que buenas noches, compadres, que yo me voy á llevar de un tirón lo que falta desde ahora hasta el amanecer.

Y el Bermejillo se fué.

—¿Sabes, Carmen,—dijo Oreja y Media cuando se quedaron solos,—que me parece que voy yo á tener que sentarle la mano á este compadre que me ha salido sin saber cómo?

—Cállate, tonto, al Bermejillo le tenemos más blando que un guante para nosotros y metido en respeto; es que él

es así, un charlatan que habla por los codos; pero sabe manejar á la gente, tiene el alma en su sitio, y conoce á palmos toda la tierra de Andalucía. Vámonos, vámonos á dormir, Curro, que yo estoy rendida.

Poco después los dos esposos dormían.

CAPITULO XXXVIII

Del extraño incidente que sobrevino y de cómo lo arregló todo la Carmen

Apenas alboreaba, cuando el Bermejillo, que sabía cumplir con su obligación, se levantó, puso de punta á la gente, la mandó echar pienso y dijo á los del cortijo que hiciesen el almuerzo.

Solo cuando el almuerzo estuvo corriente, que fué muy pronto, el Bermejillo, llamó á la puerta del cuarto donde dormían el capitán y la capitana.

Cuando salieron, Carmen, extrañando no ver á la capataza del cortijo Hondo y á Carlota, se fué al cuarto donde éstas se habían aposentado, y se encontró con que Carlota tenía un calenturón terrible, y de tal manera, que había necesidad de dejarla en el cortijo ó de quedarse en el cortijo con ella, porque no era necesario ser médico para conocer que Carlota no podía ponerse en camino.

—¿Y por qué no la hemos de dejar aquí encargada á los



Lit. Felipe González Rojas Editor

y se encontró con que tenía un calenturón terrible...

aperadores?—dijo Oreja y Media.—Nosotros no la llevamos presa; más bien lo que hemos hecho ha sido libertarla de aquel pícaro; conque que se quede y escriba á Morón para que vengan por ella, y en paz.

—No, no, yo no quiero quedarme aquí,—exclamó Carlota;—yo no sé como lo tomará mi padre es menester tratar con mi padre, y si mi padre no me cree y no se viene á la razón, yo continuaré con ustedes, yo iré á caballo con ustedes y haré lo que ustedes me manden.

Aquel era otro misterio; se veía una gran resistencia en Carlota á quedarse en el cortijo.

Llevarla era imposible, dejarla... Esta era la cuestión.

Ya sabemos que la Carmen tenía tanto de mala como de buena, y que su corazón se abría fácilmento para las personas á quienes tomaba cariño, y Carlota desde el punto en que Carmen la había visto, se le había hecho excesivamente simpática.

Se encerraron en consulta el Bermejillo y los dos esposos.

—¿Le parece á usted, compadre,—dijo la Carmen,—que aquí estamos en peligro?

—En peligro no: todo lo que pudiera suceder era que nos tiroteáramos,—dijo el Bermejillo;—el cortijo está en alto, sobre unas peñas muy fuertes, y usted no lo ha visto todavía porque no ha salido; pero acuérdese usted de que cuando llegamos anoche, estuvimos subiendo media hora. Las peñas en que está el cortijo, son como si dijéramos el principio de una escalera; por la parte de arriba no nos pueden meter mano, porque con poner cuatro hombres en lo alto del monte, en las quebraduras, no pasa un ejército; y si nos acometen por abajo, á pedradas sólo podemos de-

fendernos: esto es un castillo; cuando yo los he traído á ustedes aquí ya he sabido lo que me he hecho; pueden ustedes contar con que están ya en la sierra, y con que el alcalde mayor de Sanlúcar, y el de Sevilla, y todos los alcaldes mayores del mundo, podrán agarrarse todo lo que quieran las orejas, pero no nos agarrarán á nosotros; y crea usted, comadre, que el caballeo en la tierra baja debe hacerse así, con buenos *soplos,* sabiendo adonde se va, y sin apartarse mucho de la sierra, para escapar y meterse en ella de un repelón cuando vengan mal dadas: Y ya que ustedes no quieren dejar sola á esa pobre niña, aquí nos podemos estar sin miedo un día ó dos, que todo será que el que venga la pague, y entre tanto, cuidándola bien, se le pasará la calentura, que lo que la pobre tiene es el susto que pasó anoche.

—Pues quedémonos,—dijo la Carmen;—me gusta esa chiquilla, y creo además que por ella nos va á venir algo. Eche usted para afuera, compadre, que quiero ver los alrededores del cortijo.

El Bermejillo, la Carmen y Oreja y Media, salieron.

—¿Ve usted, madrina?—dijo el Bermejillo;—aquí estamos como en un balcón; vea usted, desde aquí se descubre casi toda la ribera de Cala; mire usted el arroyo de Santa Olalla juntándose ahí más abajo con el rio de Cala á nuestros pies: allá en lo alto Santa Olalla, más acá el Real de la Jara; en frente en aquellos montes, Almadén de la Plata. Ya ve usted que aquí á pedradas nos podemos defender, y de aquí á Sevilla hay diez leguas, y desde aquí descubrimos por derecho más de cinco de la rambla de Cala, y por todos lados que vengan los tenemos que ver, y por todos lados que vengan tienen que subir, y si nos vemos apretados to-

mamos hacia Santa Olalla, nos metemos en lo más áspero de la sierra, hacia Puebla del Conde y Guadalcanal y Alanis y Cazalla, y el diablo que pueda con nosotros.

—Yo no había estado nunca por aquí.—dijo la Carmen; —y qué hermoso es esto; no se ven más que olivares y viñedos.

—¡Y qué veguitas en las riberas!—dijo el Bermejillo.—Mire usted, comadre, el día que yo me harte de dinero, compro este cortijo y aquí me muero de viejo; porque más hermosura que esta, ¿dónde se va á encontrar? á mí me gusta la sierra, qué quiere usted.

—Lo que yo quiero es que nos vayamos ahí abajo á ese olivar que está en ese repecho, y ahí nos sentaremos junto á ese arroyuelo que se derrumba hacia el río, y ahí hablaremos lo que tenemos que hablar. Pero dejen ustedes, que voy á tranquilizar á la Carlotita. Hombre, ¿y por qué la habré yo tomado tanto cariño en tan poco tiempo á esa criatura?

Y la Carmen volvió á entrar en el cortijo en el aposento donde Carlota estaba con la capataza del cortijo Hondo.

—Vaya, niña,—dijo la Carmen,—ni usted se queda aquí, ni nosotros nos vamos, porque nos iremos todos juntos cuando usted pueda montar en el machito; conque tranquilizarse y á cuidarse, hija mía, y no tenga usted cuidado, que estando con nosotros no le ha de suceder á usted nada.

—Muchas gracias,—dijo Carlota,—yo confío en usted, y estoy segura de que usted hará por mí todo lo que pueda.

—¡Pues vaya! hasta la pared de enfrente, hija mía,—dijo la Carmen.—Oiga usted, señora Margarita, cuídeme usted bien á la niña.

—¿Pues qué se ha creído usted, señora?—dijo la capataza del cortijo Hondo.—Pues qué, ¿no la estoy yo cuidando hace dos meses? ¿Pues qué hubiera sido de la pobrecita sin mí? Y aquel pícaro de don Julián del Soto... Vamos, en su vida han hecho ustedes una cosa mejor que la que han hecho ahorcándole. ¡Qué, si nos tenía á todos en un puño y estábamos deseando que se lo llevara el demonio! pero no nos atrevíamos con él, y del miedo que le teníamos, hacía de nosotros lo que le daba la gana.

—Pues hija, ya se les ha quitado á ustedes esa cosa de encima, y con nosotros verá usted qué bien va todo, porque estoy yo aquí, ¿usted entiende, señora Margarita? y donde yo estoy, las cosas andan derechas. Ea, y hasta luego, que yo no me estoy con usted niña, porque hay que tratar de cosas que interesan; tranquilícese usted le digo, y á ponerse buena.

Cuando salió la Carmen, el cortijero se acercó á ella y la dijo:

—Nostrama, el almuerzo está dispuesto, y bueno; cuando su merced quiera pueden ustedes almorzar.

—¡Calla!—dijo la Carmen.—¿Y dónde están las mujeres de esta casa?

—Mire usted, señora, las tengo encerradas en un cuarto porque esta canalla no las dejaba en paz, y yo no quiero que cuando ustedes se vayan me dejen la casa echada á perder, que yo no quiero ganancias.

—¿Cómo, cómo?—exclamó la Carmen, volviéndose á los bandidos, la mayor parte de los cuales estaban en la cocina.—¿Conque esas tenemos? ¿conque vosotros no os habeis figurado ni por asomo que donde yo estoy es menester que todos anden más derechos que un huso, y al que no ande

derecho le rompo yo, yo sola, sin necesidad de nadie, como quien rompe una cañaheja? A ver, aquí todos enseguida, que sois diez y nueve, y aquí no hay más que doce; á que se metan adentro los que no están y todo el mundo de pié, ¡tal de mi abuela (la Carmen había soltado un voto redondo), que cuando yo hablo nadie se está sentado y haciéndose el tonto como si no hablara nadie!

Todos se pusieron de pié.

—Ya he dicho que se llame á los que están fuera; anda, tú, mal engendro, que parece que te han hecho á puñetazos, —añadió la Carmen dirigiéndose á Sacristancillo;—que entren todos aquí; usted tío como se llame, saque usted aquí enseguida á las mujeres.

—Yo me llamo Cabezagorda,—contestó el capataz.

—Pues por muchos años, tio Cabezagorda; pero las mujeres aquí.

Entraron los cinco bandidos que faltaban.

Poco después el tio Cabezagorda presentó en escena cinco mujeres, todas de buen empaque, desde los cuarenta años á los quince.

La de los cuarenta, que era tal vez la mayor de todas por su magnífico desarrollo, que en nada había perjudicado á su hermosura, bravía un tanto; pero incitante, era la mujer del tio Cabezagorda; una morena pálida, un poco agitanada, lánguida, y con los ojos que la ardían, esbelta y cenceña, y mujer al parecer de pasiones violentas, pero buena en el fondo, era la hija mayor de otro matrimonio anterior del tio Cabezagorda, y se mantenía doncella. porque ninguno de los patanes de la sierra le había entrado por el ojo derecho.

Aquella, sin haber leído ninguna novela, por la sencilla

razón de que no sabía leer, y de que por allí podía muy bien aparecer un ladrón, un contrabandista, ó un lobo; pero nunca un libro, era una romántica al natural, hecha por la naturaleza y por el mágico sol de Andalucía, una criatura en fin *deplace*, como diría un francés, y como dicen los que no se creen ilustrados si no sueltan á cada paso un lugar común francés; esto es una criatura fuera de su lugar.

El sacristán y el beneficiado del Real de la Jara habían procurado apoderarse del corazón de Mariquita del Monte, que era una perla, y todo esto había concluido porque Mariquita del Monte, que era muy viva y muy inteligente y muy puesta en sus puntos, y muy orgullosa por su hermosura y porque era medio curandera, y muy sentenciosa y muy marisabidilla y pasaba por sábia, se ofendió porque una persona eclesiástica y otra semi-eclesiastica la hubieran considerado como cosa de diezmo y primicia, y con muy mala intención, coquetó con el uno y con el otro lo bastante para que se encelara, y el resultado fué que el sacristán y el beneficiado se dieron mútuamente una paliza, y no así como se quiera, sino de órdago, y con la circustancia agravante de que se administraron la sopapina en la propia sacristía de la iglesia del pueblo, y en acto del servicio, porque el sacristan estaba preparando las vinageras, y el beneficiado poniéndose la sobrepelliz, y acudió el cura, y recibió no sabemos de cual de los dos, si del beneficiado ó del sacristán, un puñetazo en la nariz de resultas del cual se le fueron lo ménos dos libras de sangre; y resultó además, que el ama del cura, que acudió cuidadosa, recibió, no se sabe tampoco de quién, si del cura ó del beneficiado ó del sacristán, un puntapié entre los dos hemisferios inferiores, de cuyas resultas anduvo torcida quince días; y re-

sultó además, que habiéndose puesto en fuga el sacristán á consecuencia de haber caído sobre él el cura, el ama del cura y el beneficiado, el beneficiado, todo trémulo de furor, sin quitarse la sobrepelliz, cogió la escopeta y se salió por aquellos montes en busca del sacristán fugitivo, y si coge al desdichado, allí donde le hubiera cogido le mete un tiro; pero no le cogió; intervino el alcalde, mediaron la médica y la fiela de fechos, se interesó en el negocio el vicario de las monjas, se arregló el negocio, se llamó por pregones al sacristán, que pareció á los ocho días estenuado y flaco y hosco como un garduño, y la cosa pasó, y Mariquita se rió mucho del lance, y ni el beneficiado ni el sacristán, escarmentados, volvieron á decir á Mariquita del Monte por ahí te pudras.

Al contrario, cuando iba á oir misa á la iglesia, ni el benefiado ni el sacristán se atrevían á mirarla, antes bien, la ponían la cruz como al diablo.

Y consistía esto en que, además de que habían conocido la entruchada de Mariquita del Monte, el tio Cabezagorda, que se había enterado del negocio, había entrecogido al uno después del otro al beneficiado y al sacristán, y á solas sin que nadie los pudiera socorrer, les había dado una vuelta de coces, y á cada coz les decía:

—¡Tomad, por golosos y por haber venido á golosinear á mi casa!

Otros lances que habían tenido lugar con seglares, habían hecho que la Mariquita del Monte fuese universalmente conocida y respetada en el distrito, ó mejor dicho, en la jurisdicción de la villa del Real de la Jara, y la pobre permanecía doncella y con el corazón lleno de un amor fantástico sin objeto, ideal, soñado, y que no sabía donde emplear;

es decir, que Mariquita del Monte era un pantano de amor que para reventar no necesitaba más que una mirada de un hombre que la llenase la medida.

Por eso estaba pálida y cenceña, y más interesante con su palidez y su esbeltez la bella Mariquita del Monte.

El número tres de las hembras del cortijo de las Peñas Duras, era una morena de ojos negros, cuyos ojos eran más grandes que su boca, y una garganta que metía miedo de incitante, y aunque también ruda como un jabalí, no podía darse mujer que más arrastrase y más empujase los corazones de los bravíos habitantes de aquella parte de la montaña; pero Mariquita del Socorro tenía el gusto muy difícil y á todos les encontraba peros.

Era la hija única del segundo matrimonio del tio Cabezagorda.

Rosarito era una niña de quince á diez y seis años, que gustaba á todos los hombres; pero á la cual los hombres no la gustaban todavía, y se entretenía, como en su infancia, en hacer altaritos, en enrabiar á los gatos, y en montarse á caballo sobre los grandes mastines del cortijo.

En fin, el número cinco era una rolliza hija de la montaña, como de diez y ocho á veinte años, con más fuerza que un buey, cachetuda por todas partes, oronda y recia, que tenía la costumbre de soltar una bofetada á todo el que la buscaba el bulto.

Eran, en fin, cinco virtudes bravías y había acontecido lo que era natural; esto es; que como la canalla que había entrado en el cortijo no se paraba en respetos, el tío Cabezagorda se apercibió muy pronto de que allí iba á suceder una *sanfrancia*, y encerró á las hembras y la emprendió él solo con la sartén, porque prefería esto á que se determi-

nase una colisión y no quedase fundamento, ni aun señal del cortijo.

El tío Cabezagorda se había arreglado como había podido con los gañanes para preparar aquel enorme almuerzo en que se habían empleado tres jamones, no sabemos cuantas varas de longaniza y todos los huevos que se habían encontrado en el corral.

Juntos, ó mejor dicho, frente á frente los dos bandos, y en presencia el uno del otro; por la intervención de Carmen á la puerta del cortijo, escuchando atentos y ladinos, y como regocijándose de antemano Oreja y Media y el Bermejillo, la Carmen empezó de esta manera:

—Se me antoja á mí, pícaros, que no habeis conocido todavía al ginete que os tiene las riendas en la mano y las espuelas vaqueras á los hijares, y aquí va á ver sudores y atragantamientos y apures. ¡Cómo se entiende! ¡Por vida!... (y Carmen le soltó en gordo); ¿conque es decir que este buen hombre, para que no le escandaliceis la casa, ha tenido que encerrar las mujeres? No hay que estarse así callados y poniendo los ojos de bobo, que esas no valen conmigo; y han de saber ustedes, caballeros, que yo consiento que nadie haga, viniendo conmigo, más que lo que yo le mande que haga. ¿Quién ha sido aquí el adelantado y el mal criado y el sin vergüenza? Vamos á ver si habla uno por todos. Dí, tú, sacristán, que tienes cara de no haber roto un plato en toda tu vida,—añadió Carmen dirigiéndose al Vizco.

—Pues aquí, señora capitana, nadie le ha faltado á nadie, créalo su merced; lo que tiene es que aqui se han sobrado dos: esa señora (y señaló á Mariquita del Monte), y el cabo Torralva; y no me mire usted, cabo Torralva á mí,

que aunque usted es nuestro cabo, barbas mayores quitan menores, y su merced la capitana me ha mandado á mí que yo informe y hable, y yo digo lo que sé y lo que he visto, porque á mí no me la dá nadie; y en fin, que con lo que yo voy á decir nadie pierde, porque no es ninguna cosa del otro jueves; y fué que cuando vinimos aquí de noche, el cabo Torralva, en cuanto vió á esa señora (y el Vizco señaló de nuevo á Mariquita del Monte), que tenía un candil en la mano, como el cabo Torralva acababa de hacer un cigarro, se acercó y la dijo guiñándola un ojo y sonriéndose á lo tunante:—Oiga usted, prenda buena, ¿quiere usted comunicarme sus ardores?—Y esa señora se puso muy amarilla, y luego muy colorada, y se le pusieron los ojos de cabra mortecina, y le arrimó el candil al cabo Torralva.

Carmen, que estaba atenta porque había olido que podía suceder algo, se puso de repente de un salto entre la Mariquita del Monte, que no parecía sino que el mundo entero se la había venido encima, y su padre, si tan pronto no se interpone la Carmen, de un gaznatazo el tío Cabezagorda aniquila á Mariquita del Monte.

La Carmen la cogió de la mano, se la llevó consigo y dijo al tío Cabezagorda:

—Oiga usted, donde yo estoy no le pega nadie á nadie más que yo, ni el marido á la mujer, ni el padre á la hija; y deje usted, que si usted tiene razón para matarla y para darse después cinco puñaladas con el cabo Torralva, yo se la entregaré á usted para que la mate, y le daré licencia al cabo Torralva para que se mate con usted; y entienda usted que quien le habla á usted es una mujer con más honra y más alma que desde aquí á Filipinas, y me quedo corta; y sobre todo, que lo que hasta ahora se sabe no tiene nada de

particular; porque todo ello ¿qué es? que el cabo Torralva, que es un buen mozo, en cuanto vió á su hija de usted, que es una buena hembra del todo, se quedó frito, y como él es un buen mozo, en cuanto él la soltó el acetrazo pidiéndola fuego para el cigarro, que ya sabe usted que esa es la costumbre en nuestra tierra y que tanto vale pedirle á una chica lumbre para el cigarro como pedirla el corazón, la mujer se turbó, y se la paró la sangre, y se puso amarilla, y luego la dió vergüenza; es decir, al reló, tío Cabezagorda, que el cabo Torralva ha encontrado á su hija de usted neta como deben encontrar todos los hombres á las mujeres para casarse con ellas, y sino que no se casen, porque un hombre, antes de casarse con una perdida, se debe ahorcar ó tirarse de un tajo, que le sale mejor la cuenta.

—¡Pues para que deje yo que mi hija se case con un...

—Pare usted la jaca,—dijo la Carmen cortando en seco la palabra al tio Cabezagorda,—porque si usted dice lo que usted iba á decir, mire usted tío Cabezagorda, que yo hago con usted un desavío; y aquí no hay que faltar á nadie, no sea que yo me sobre. Y vamos andando, y no hay que hablar más, que ya la información está hecha. En la cara la estoy yo conociendo á esta hermanita que ella es la misma que era, con la diferencia de que antes no estaba enamorada y ahora lo está; que yo se ya lo que ha pasado, y es que los dos han andado á la rebusca para hablarse cuatro palabras, y usted que es un tunante, tío Cabezagorda, se ha puesto usted al cabo de la calle, y para quitarse de ruídos ha encerrado usted á las hembras con el prosupuesto de no soltarlas hasta que nosotros nos fuéramos.

—Pues sí señor, que sí, que eso es,—dijo el Vizco;—que anoche esa señora y el cabo Torralva anduvieron arrimán-

dose todo lo que pudieron, y mirándose y hablándose, y esta mañana el tío Cabezagorda los cogió hablando en la puerta del corral, y ni ha pasado más ni ha pasado menos, y aquí no le ha faltado nadie á nadie, y por respetos á su merced, y al marido de su merced, todos nosotros nos hemos dado una ración de vista y hemos tenido paciencia y nos hemos aguantado, y su merced capitana, me ha mandado á mí que le diga la verdad, y yo se la he dicho: ahora mande su merced otra cosa.

—Vamos á ver,—dijo la Carmen,—yo espero, tío Cabezagorda, que usted tendrá juicio, porque ya tiene usted años para tenerlo.

—Bueno ¿y qué?

—¿Qué falta tiene para usted este buen mozo?—dijo la Carmen, señalando al cabo Torralva.

—A mí me parece bien ese hombre,—dijo el tío Cabezagorda,—y no le encuentro más que una falta.

—¿Y cuál, amigo, si usted gusta?

—Que anda al camino.

—Tio Cabezagorda,—dijo la Carmen,—yo no le conozco á usted, pero esta la pierdo yo, si usted toda su vida no ha gastado más de siete caballos.

—Pues por eso,—contestó el tio Cabezagorda,—y porque sé lo que son estos aperreos, no quiero yo que mi hija viva siempre en un grito, siempre esperando que vengan á decirla: á tu marido le han pegado un tiro, ó lo tienes en el *estaribel*, á la puerta del presidio ó al pie de la horca.

—A usted, hermanita, ¿se la dá algo de eso?—dijo la Carmen.

—Calle usted, señora, que yo no sé lo que á mí me pasa,—dijo Mariquita del Monte,—y más valía que ustedes no hu-

bieran venido, porque en cuanto ustedes se vayan, mi padre me va á matar.

—¿Eso es verdad, tio Cabezagorda?

—Mire usted, señora,—dijo el tio Cabezagorda,—yo no soy ningún judío, yo no me espanto de que Mariquita del Monte, que tiene ya treinta años, al fin y á la postre se haya enamorado de un hombre. Yo se bien que no ha pasado nada malo, ni podía pasar, porque mi hija está bien criada y tiene vergüenza y teme á Dios y á su padre, y el que se la lleve se lleva una manzanita sana, y tendrá que ser mucha cosa para merecerla ella. Y oiga usted, señora, yo no digo ni que sí ni que no; allá ella, con la cuchara que escoja con aquella comerá; la falta que yo tenía que poner á ese buen mozo ya se la he puesto; si para ella no es falta, que lo diga, y si dice que no y conmigo se queda, yo no la toco al pelo de la ropa; y si dice que sí, que se case y se quede conmigo, y que su marido venga á verla cuando pueda como yo iba á ver á su madre cuando podía, y vamos andando; y si un día el *buchí* la viste de luto, ó recibe las cartas de su marido de Ceuta, con su pan se lo coma, que yo con darle mientras viva pan á ella y á sus hijos, y con dejárselo cuando me muera, cumplo con mi obligación.

—Vaya, pues hable usted, hija,—exclamó la Carmen,—que ya ve usted que su padre de usted se pone en razón y no tiene usted que quejarse.

—Oiga usted, padre,—dijo Mariquita del Monte;—yo no lo puedo remediar, estas son cosas que Dios hace, este hombre ha tirado de mí y yo he tirado de él; y mire usted, padre, yo me acuerdo como lo que hice esta mañana, de cuando usted venía con las jaquitas y le traía usted á mi madre cada onza de oro que daba gloria, y se estaba usted

dos ó tres días, y luego se volvía usted á ir y mi madre se quedaba tan tranquila y deseando volver á oir el escopetazo que usted soltaba siempre que usted volvía allá abajo, en el barranco, para decir aquí estoy yo; y á usted no le pasó nada, y la pobrecita de mi madre se murió tranquila, sin que la horca la vistiese de luto y sin que usted la escribiese ninguna carta de Ceuta.

—Vaya,—dijo el tío Cabezagorda,—pues eso es que tú quieres; pues si tú quieres, yo también, y que Dios os bendiga, y venga esa mano, hijo.

—Y los brazos,—exclamó el cabo Torralva.

—Pero oiga usted, padre,—dijo Mariquita del Monte,—es que yo conozco que no tengo el alma de mi madre, y que yo con mi marido me voy adonde mi marido vaya, que ya sabe usted que yo también sé montar una jaquita.

—Vaya, hija, que has salido del todo,—dijo el tío Cabezagorda.

—Hombre, la crianza que usted la ha dado, amigo,—dijo la Carmen.—Apostaría á que ha llevado usted alguna vez á la muchacha á alguna andancia.

—Que sí,—dijo Mariquita del Monte, á la cual le ardían los ojos,—que desde que tenía quince años, hasta los diez y ocho, me ha llevado mi padre más de seis veces, y era cuando los franceses, señora; y que diga mi padre si cuando se armaba el jaleo me ponía ni blanca ni prieta; porque ha de saber usted, señora, que mi padre ha sido partidario, y se bajaba al camino real cuando sabía que iba á pasar alguna partida, y cuando pasaba les metía mano á los franceses, gritando: ¡Viva el rey! ¡viva la religión! ¡viva España! Y si viera usted cuantos franceses hemos matado. Vaya padre, ya sabe usted que yo sirvo para ir-

me con mi marido y seguirle aunque vaya á los infiernos.

—Pues basta; por mía la tomo, tío Cabezagorda,—dijo la Carmen,—ya tenemos una más; y si todavía conserva usted el vestido de hombre que la ponía usted en otro tiempo, ya lo está usted buscando, que hace falta.

—Que sí, que ahí lo tengo yo guardado en el arca como una reliquia,—dijo con tristeza el tío Cabezagorda.—Yo no esperaba quedarme sin mi Mariquita del Monte; pero en paz, bueno, ella lo quiere, andando.

—Es que no nos morimos, padre,—dijo María del Monte,—que ya vendremos por aquí, porque por este lado de la sierra será por donde más andarán estos caballeros.

—Pues por supuesto,—dijo Oreja y Media adelantando; —y que sea enhorabuena, niña, y que la rompas con otra de oro, Torralva, andando. Usted, tío Cabezagorda, la lleva usted al pueblo á que confiese y comulgue, que no nos hemos de olvidar de que somos cristianos, y el cabo Torralva que se despache por su parte, y luego, que venga aquí el cura y le eche las bendiciones, que con las bendiciones del cura ya están casados como el que más, y nosotros nos tenemos que contentar con esto, los que les coje el casamiento en la vida, porque estamos fuera de la ley. Ea, y no se hable más. Y ustedes familia,—añadió dirigiéndose á los bandidos,—cuidado con lo que se hace y lo que se dice, y á respetar como si estuvieran benditas á estas hembras que hay aquí y á todas las hembras del mundo, que no quiero yo que se diga que la partida de Oreja y Media es una partida de pillos y de canallas, y que se vaya el que no le convenga esto, y el que se quede que ande como Dios manda y como lo mando yo, si no quiere que le suceda lo que yo me sé. Ea, llévese usted con su madrastra, tío Cabezagorda, á Mariquita del

Monte á la iglesia, que luego almorzará; y tú vete también, Torralva, que ya almorzarás cuando hayas tomado á Dios; y digo que esto sea ahora mismo, porque yo quiero las cosas ejecutivas, sin dilación y sin necesidad de apremio; y además, que cuando dos se quieren, cuanto ántes mejor.

—Pero diga su merced, capitán,—dijo el tío Cabezagorda.—¿Qué cariño quiere usted que se tengan si apenas se conocen? ¿para qué son estas prisas?

—Oiga usted, tío Cabezagorda, vamos á ver si á usted le pasó cuando conoció usted á la madre de Mariquita del Monte, lo que á mí me pasó cuando conocí á mi tormento, digo, á mi mujer. Pues mire usted, lo que á mí me pasó fué, que cuando la ví la primera vez, sin saber yo por qué me entró así una alegría que me llenó todo el cuerpo y un poquito más, y ella me miró y yo la miré, y en cinco minutos nos comimos el uno al otro con los ojos, y ya no hubo más que hablar.

—Pues mire usted lo que á mí me pasó hace treinta y un años,—dijo el tío Cabezagorda;—que bajando yo por la rambla de Viar á ver á un ermitaño que tenía su ermita cerca de Cantillana, antes de llegar á la ermita, en una fuentecita que había, ví á mi mujer que estaba llenando el cántaro, y yo no tenía sed y me acerqué y la dije:—Oiga usted, criaturita de Dios, ¿quiere usted arrimarme el cántaro que estoy que me abraso?—Y mi mujer me arrimó el cántaro y se puso amarilla cuando me vió, y la verdad es que al otro día nos casó el ermitaño; y como yo no tenía ni casa ni hogar, me la traje aquí á este cortijo, donde estaba de capataz mi hermano.

—Pues ahí tiene usted, tío Cabezagorda. ¿Por qué no se ha de casar su hija de usted como usted y su madre se ca-

saron? Por la sangre le viene. ¡Ea! á ponerse la mantellina y á irse á la iglesia, y pillen ustedes tres jacos para ir, para llegar pronto y para que cuando nosotros acabemos de almorzar vengan ustedes despachados y con el cura, esto es, ejecutivamente, según auto de mi señoría, porque sí. Vamos, niñas, las que se van á quedar, venga el almuerzo, que con la alegría de esta boda en que nadie pensaba, se me ha abierto á mí el apetito de tal manera que me comería un buey.

El tío Cabezagorda, ya muy conforme con lo que sucedía, se puso su vestido de los días de fiesta, se vistieron su mujer y su hija como para ir á la iglesia en una ocasión tan solemne, y cada uno en un macho y Torralva á caballo, hecho todo un mozo, y con dos escopetas en el aparejo, se fueron al Real de la Jara, que distaba del cortijo como una legua.

Hubo antes un pequeño consejo sobre si convendría que el cabo Torralva entrase en el Real de la Jara con aquellas fachas de caballista; pero el tío Cabezagorda respondió de todo y no hubo más que decir.

—Con tal de que sea esta la única boda,—dijo á Carmen Oreja y Media,—no será malo.

—Cállate tú, tonto,—le dijo Carmen,—que aquí no quedan más que otros dos buenos mozos: primero tú, y luego el Bermejillo, y tú eres casado y no miras á ninguna, y el Bermejillo está ya enamorado hasta las cachas.

—¿Y de quién?—dijo con acento ambiguo y un poco escamado Oreja y Media.

—De mí no hay para qué ni por qué,—contestó con impaciencia Carmen;—y á tí te tengo yo que arreglar, Curro, que te vas haciendo muy *faltón*, hijo; de quien

está enamorado que se ahoga el Bermejillo es de Carlotita.

—Pues peor para él,—dijo Oreja y Media,—por que me me parece que la Carlotita ha querido ya todo lo que tiene que querer.

—Anda, allá se las gobiernen,—dijo la Carmen;—con atarle corto para que no encocore á la chica, en paz.

—Vaya, caballeros,—dijo Mariquita del Socorro,—á la mesa, que ya está el almuerzo.

Todos se sentaron y el almuerzo empezó alegremente.

CAPÍTULO XXXIX

De como se casó muy á su gusto y muy ejecutivamente el cabo Torralva

Aun se estaba bebiendo sobre el almuerzo, cuando sobrevinieron los que se habían ido; pero no sobrevenían solos.

Torralva traía á las ancas del caballo un individuo, y el tio Cabezagorda, á las ancas de su macho otro, los dos de sotana y bonete.

Decimos mal, el que venía á las ancas del macho del tio Cabezagorda, era el de la sotana y el bonete; bonete deformado, despuntado, desvencijado, trasformado, que obligaba á adivinar lo que había sido, y sotana raida, estrecha, grasienta, mezquina; medias negras, con puntos recosidos, y unos enormes zapatos de color terroso, con una suelas de medio dedo de gruesas, aumentadas por un cerco de clavos; en el conjunto, un individuo largo, nervioso, magro, avieso, mezquino, malévolo, truhan, hipócrita; todo esto á un tiempo.

El otro de sotana, llevaba manteo y sombrero de canal, y era gordo, mofletudo, morenote, con los ojos negros y penetrantes con unas manazas que metían miedo, porque se comprendía que de un puñetazo podía desnucar á un buey.

Estos dos eran el beneficiado y el sacristán del Real de la Jara, aquellos que por la misma Mariquita del Monte habían tenido una agarrada, de la que habían sacado una parte, y no pequeña el cura y el ama del cura.

La situación era cómica: aquellos dos antiguos enamorados de la Mariquita del Monte, se veían obligados á casarla, porque así se lo había mandado el cura, y por respeto al tio Cabezagorda, que era el gallito de la comarca, y de tal modo que en ella le temían hasta las piedras.

El sacristán traía debajo del brazo izquierdo un lío, y en la mano derecha una caldereta con un hisopo, es decir, los avios.

Echaron pie á tierra y entraron en el cortijo, donde fueron recibidos con una inmensa algazara.

Los dos hacían de tripas corazón y se mostraban contentos, y aun alegres, apesar de que no podían con el reconcomio que los martirizaba.

Su madrasta había sacado para Mariquita del Monte el fondo del arca, la había puesto una basquiña de seda, un pañuelo muy rico de la India, al cuello, medias de seda color de carne, caladas, zapatito bajo de color de rosa, una gargantilla de siete vueltas, dos arracadas que la llegaban á los hombros; una peineta de plata sobredorada con esmeraldas, una mantilla de blondas y las manos cuajadas de cintillos.

La Mariquita del Monte parecía otro tanto, y el beneficiado y el sacristán mugían; pero mugían por lo bajo.

En fin, como el que allí mandaba, que era Oreja y Media, quería las cosas ejecutivas, el sacristan desentrañó del lío un alba, y una estola, y un bonete y un libro que contenía la epístola de San Pablo, que se lee á los desposados: revistió al beneficiado, la ceremonia se hizo en cinco minutos de una manera solemne, enmedio de un recogimiento general, porque esta ceremonia es siempre augusta; desnudó es decir, quitó el alba, la estola y el bonete el sacristán al beneficiado, le repuso la sotana, el manteo y el sombrero, y Oreja y Media que con Carmen había sido el padrino, dijo:

—Ea, ahora á almorzar el señor cura y los novios y el sacristán, y nosotros á servirlos todos y á armar luego el baile, que me parece que nuestra enferma no está peor, porque si lo estuviera no se hubiera asomado á la puerta.

En efecto, Carlota, algo más aliviada de la calentura, por lo que la había tranquilizado Carmen, se había levantado y se había vestido, y apoyada en la señora Margarita, que la cuidaba como una madre, había asistido desde la puerta del aposento, triste y profundamente conmovida, á la ceremonia.

—Sí, sí,—dijo,—por mí no hay inconveniente para que se diviertan ustedes; no me duele la cabeza, estoy mejor.

—Vaya, pues me alegro mucho, niña,—dijo Oreja y Media,—y usted va á ser la reina de la fiesta, y venga aquí el sillón del amo para que se siente esta gloria, y vengan las guitarras que hubiere, y que canten los que no sean cantando un espantaperros; que el señor cura y los novios y el sacristán, van á almorzar con música.

No tenían mala música en el cuerpo el beneficiado y el sacristán.

Suplicamos al timorato en cuyas manos caiga este inocente libro, no se escandalice al llegar á este lugar y piense mal de nosotros ni nos tenga por poco piadosos é irreverentes; nosotros sabemos bien que aquel casamiento era irregular; pero así se han casado todos los ladrones cuando se han casado, porque un hombre puesto fuera de la ley, como había dicho muy bien Oreja y Media, no puede andarse con formalidades legales, y del mal el menos; más vale un casamiento irregular que un amancebamiento.

En fin, cuando lo irregular del casamiento es hijo de las circunstancias, se ha cumplido con Dios, y por lo menos con la honra de la mujer, y el sacramento existe siempre.

Los curas de los pueblos, particularmente los de los pueblos de la montaña, debieran negarse; pero todo el mundo sabe que los bandidos se imponen por el terror, y para resistir sus exigencias sería necesario muchas veces contar con mártires.

En cuanto á lo de un beneficiado que anda á sopapos por una mujer, podrá escandalizarse todo el que quiera; pero se escandaliza de muy poco; no es lo malo que se diga, sino que lo que se dice es con mucha frecuencia verdad; esto está en la conciencia de todos, y en la conciencia de todos está que urge de una manera grave reformar las costumbres del clero, como fué necesario reformarlas, y durísimamente, tantas y tantas veces, particularmente en los tiempos del cardenal don fray Francisco Jiménez de Cisneros y en los de Santa Teresa de Jesús.

El que ataca los vicios de una clase, por respetable que sea, sirve á aquella respetable clase, y cuanto más duro trate los tales vicios, la sirve mejor.

Gran parte del clero, no sabemos por qué abandono ó por qué error, escandaliza la vista de todo el mundo.

Por consecuencia, nosotros no decimos nada nuevo, sino lo que sucede todos los días.

Atacamos al hombre, respetando los grandes principios y defendiéndolos, al desenmascarar en letras de moldes á los miserables indignos del carácter de que están investidos.

Obrar de otra manera, es, ó ser ciegos, ó adular á una clase para obtener recomendaciones.

Y nosotros, ni somos ciegos, ni necesitamos, ni queremos recomendaciones de nadie, ni dejamos de buscar nunca bajo el pabellón neutral el contrabando de guerra.

Desenmascarar hipócritas y miserables, estereotipar con toda su punzante verdad, su época, trasmitirla en sus libros á las generaciones venideras, he aquí la tarea más moral y más provechosa de un novelista de costumbres.

La novela de costumbres debe ser el espejo en que se reflejen las costumbres, la vida completa de la sociedad.

Lo que entra en el objetivo, aquello debe aparecer en el espejo, tal como sea.

Lo demás, lo repetimos, es mentir ó no ver.

La moralidad no es decir que todo el mundo es bueno, que el mundo es un paraíso, no; la moralidad es presentar al descubierto, castigándolo, dándolo á conocer en todas sus consecuencias todo lo que es indigno, miserable é infame, y que puede decirse sin faltar á la decencia ni lastimar el pudor.

Pero pasemos adelante.

No queremos engolfarnos en consideraciones que por demasiado obvias están al alcance de todo el mundo.

Hoy, con un cinismo repugnante ó con una ignorancia

impía, se bautizan de morales, de moralísimos, libros que por su suciedad grosera, y por su vulgaridad estúpida, requieren si ha de tocárseles, unas tenazas para no mancharse los dedos.

¿Es que hay gentes que creen que la humanidad ha perdido la noción de las cosas, ó que los imbéciles que solo se atienen al rótulo que á las cosas se pone, son la humanidad? ¿Hay quién cree que se ha perdido el sentido común?

Lo decimos esto, porque las clases que abusan de todo y por todo, no encuentran para defenderse otro medio que acusar de inmorales, de impíos, de disolventes, á los escritores que bravamente los atacan y se les van al corazón.

Mejor, mucho mejor.

Así se goza del resultado de la lucha.

Cada alarido del enemigo es la consecuencia de un golpe.

Sí, en todas las clases, en todas las esferas sociales, hay buenos y malos, mejores y peores, dignos é infames.

La humanidad, inficionada por un virus deletéreo, necesita para purificarse, de grandes, de terribles correctivos.

Nosotros no tenemos más que la pluma, harto débil por desgracia, y usamos de ella.

Pintamos el crímen, la infamia, con los colores más vivos que podemos, á vuelta de la virtud, de lo bello, de lo dulce.

Pero obsérvese: nosotros llevamos á nuestros personajes constantemente á las consecuencias lógicas.

Por el mal no se va más que al mal.

Tras una vida de crímenes y de horrores no puede venir más que una expiación suprema.

Esta es la inflexible ley de la Providencia, la constante acción de la lógica.

Cuando nosotros establezcamos, ni por una sola frase, que por el crímen, que por la dignidad, por la infamia, puede llegarse á la felicidad, á la tranquilidad de la conciencia; cuando prediquemos el vicio, cuando escarnezcamos la virtud, entonces seremos, no solo inmortales, sino criminales é infames: pero mientras después de presentar todo lo infame y todo lo inmoral y todo lo criminal, presentemos las terribles consecuencias, el castigo, la enseñanza, estaremos completamente dentro de la religión, de las costumbres, de las leyes; habremos cumplido brevemente con nuestro deber, corrigiendo al malvado, al hipócrita, mejor dicho, castigándole, ya que no en su cuerpo ni en su alma, en su amor propio.

Se ha dicho que las historias de bandidos son inconvenientes, que estimulan al bandido.

Este es un error.

Un bandido no lée un libro nuestro.

Se encuentra en él despreciado, combatido.

El bandido ama los romances de Córdoba, y sobre todo esos libros absurdos escritos por el fanatismo, para llevar el fanatismo á su última expresión, en que se afirma que un bandido, por sanguinario, por cruel que sea, no debe tener cuidado acerca de su salvación, con tal de que sea devoto de San José ó de la vírgen del Carmen ó de cualquiera otra vírgen ó santo.

Y esto se ha tolerado por la inquisición, y esto se ha leído por un sacristán gangoso en las iglesias; y esto, sin embargo es de todo punto sacrílego, de todo punto impío, de todo punto inmoral.

Pero ¿qué importa? Fanatiza, ayuda á la preponderancia del clero, y el clero lo consiente, como se ha consentido la predicación de sermones súcios, asquerosos, que todo Madrid ha oido, y la publicación de libros obscenos, escritos y publicados por prelados.

Todo el mundo lo sabe. ¿Para qué esforzarnos? Los fariseos abundan, se multiplican y Jesuscristo, jefe eterno y cabeza eterna é invisible de la Iglesia, los arroja de nuevo del templo, permite todo los que ellos llaman su persecución.

No es que Jesucristo los aprueba, es que los castiga, es que los reforma de una manera terrible.

Tenemos enemigos, ya lo sabemos.

Si España llegase por un momento á una situación absurda, si por un período de mayor ó de menor duración, el clero recobrase su fuerza y estableciese la inquisición, como nada sucede sin que se le vea venir, antes de que el peligro llegase nos iríamos con la música á otra parte, á fin de que no nos quemasen vivos esos amables, humildes, caritativos y santos varones, que son una parte del clero.

Y decimos una parte del clero, porque conocemos muchos sacerdotes muy dignos, muchos, muchísimos, á los que respetamos, reverenciamos y amamos; sacerdotes ilustrados, verdaderos ministros del Evangelio, muchos de ellos perseguidos y anatematizados por sus mismos colegas.

Hace algunos años, un ilustrado prelado francés decía al clero de su diócesis:

«Vuestros enemigos más terribles no son aquellos escritores que presentan vuestros vicios, no; vuestros enemigos más terribles son los que describen y ponen en acción al verdadero sacerdote del Evangelio, con su caridad, con su

humildad, con sus relevantes virtudes, porque el pueblo compara y no encuentra en vosotros aquel sublime sacerdote del libro, que le persuade y le consuela.»

Tenía razón el prelado francés.

Un sacerdote de Jesucristo, representado tal como debe representársele, es un poema de caridad y de consuelo, de virtud, de enseñanza, de abnegación, de santidad.

Es monseñor Jeofroy, arzobispo de París, lanzado á las barricadas y afrontando el martirio y sucumbiendo á él con la cruz del Redentor en la mano, con la palabra de paz en los labios, pretendiendo evitar la efusión de sangre entre hermanos; es Mr. Darvoy diciendo á los sicarios de la *comune*, que su vida no valía tres millones, y bendiciendo al morir á sus verdugos; es, en fin, el representante del Espíritu divino, que desciende constantemente del Gólgota sobre la humanidad; es el consuelo, el amparo, la Providencia del desvalido; es la predicación eterna del deber; es la eterna palabra de la libertad del espíritu humano; es, el apóstol de Jesús; es el que da lo que le sobra todos los días al pobre que tiene menos que él; es San Vicente de Paul, que recoge los niños abandonados; es San Juan de Dios que lleva al hospital sobre sus espaldas á los enfermos.

Estos son los augustos sacerdotes del cristianismo; donde los encontreis, reverenciadlos y oidlos; buscadlos.

El que no sea tal como os digo, es un hombre que tiene un oficio como otro cualquiera y que medra cuanto puede con él.

Nosotros nos quemaríamos la lengua y nos cortaríamos la mano y nos creeríamos indignos del alma racional que Dios ha puesto en nosotros, si no amáramos, si no oyéramos, si no respetáramos y pusiéramos sobre nuestra cabeza

al venerable sacerdote de Cristo. Pero en cuanto á los falsarios, en nombre de Jesús, como cristianos, como católicos, cojemos las disciplinas y nos arrojamos sobre ellos.

Baste para que no se nos crea impíos, porque hemos presentado un beneficiado de aldea de la tierra de Andalucía.

Nuestros paisanos que nos lean, creerán de seguro que hemos vivido mucho tiempo tratando con esos tales individuos de bonete.

Ellos los conocen demasiado porque pelean con ellos.

Bien es verdad que lo mismo pasa en todas las aldeas de España, de Francia y de todas partes.

Los curas de aldea son algunas veces muy buenos, admirables, pero por lo general...

Adelante y en marcha.

Se armó una fiesta de aquellas de que queda memoria, y el cuento de la vida del Fraile Negro, quedó de nuevo en suspenso, así como el pedir noticias al tío Norverto el del cortijo Hondo acerca del lugar donde el Fraile Negro había escondido sus tesoros.

El cabo Torralva estaba que no cabía en el pellejo de satisfecho de sí mismo, y de enamorado y de amartelado, alegrándose de que los bandidos se hubieran apoderado de él, obligándole á seguir con ellos en vista del resultado.

Mariquita del Monte era una prenda de rey.

¡Y vaya si valía la niña!

Había aprovechado bien la crianza que le había dado su padre, y era una moza que hasta allí.

El tío Cabezagorda acabó, al fin, por alegrarse de lo que sucedía, porque decía ya peneque:

—Y bien mirado, ¿qué hacía yo con esta criatura que ya

se me iba pasando, porque no le gustaba nadie? Porque una mujer cuando llega á los treinta años sin casarse, toda es dolamas y mal genio, y el diablo que la aguante de ágria; nada, nada, bien hecho está lo hecho. Venga de ahí, señor beneficiado, un poquito por todo lo alto, que sino las corraleras no valen nada; ¡mucho, mucho que sí! baila usted mejor que dice misa: mira, tú, sacristancillo, echa para acá la bota y no tengas mala cara, no sea que yo te tire por lo alto de un tajo al río.

El tio Cabezagorda se acordaba de aquella zalagarda entre el sacristán y el beneficiado por la Mariquita del Monte.

En fin, la fiesta y el jaleo duraron hasta muy entrada la noche, sin que á Carlota se le resintiese la cabeza.

La calentura había desaparecido.

Al día siguiente muy de mañana, apenas esclarecia, toda la partida, aumentada por Mariquita del Monte, tomaba á buen paso hacia lo áspero de la sierra en dirección á la Puebla del Conde.

Allí, entre las ramblas de Trasierra, de la Cala y de Viar, en una extensión de más de tres leguas podían burlar, aun sin dejarse ver de ellos, á todos los ejércitos del mundo.

CAPITULO XXXX

De lo que pasó en el convento de las dueñas del Espiritu-Santo, y de como el alcalde mayor tuvo una vez más delante de sí al gran criminal que buscaba, sin conocerle

Entretanto, el alcalde mayor de Sanlúcar la Mayor, don Deodato, y don Bartolomé el de Sevilla, andaban locos expidiendo migueletes y tropas en persecución de aquellos terribles bandidos.

Pero aunque los migueletes y la tropa habían cumplido con su deber lanzándose como leones ála sierra, no habían logrado encontrar más que rastros.

Pero aquellos rastros se habían perdido completamente antes de llegar á la Puebla del Conde.

Los bandidos se habían internado indudablemente en una de las regiones más asperas de la sierra, y no había medio de perseguirlos.

Establecieron, pues, partidas en los pueblos circunvecinos, y aun en los caseríos, y se esperó á tener noticias ó á

que los bandidos, acorralados en el despoblado, faltos de recursos, abandonasen lo áspero de la sierra para ir á proveerse á los lugares habitados.

Lo que en la sierra apura al bandido sobre todo, es la falta de calzado para él, ó de herraduras para su caballo.

Mientras tenga lo uno ó lo otro, y la canana corrida llena de cartuchos, y la escopeta corriente no hay quien le meta mano.

Los desfiladeros, las gargantas, las rocas, los breñales le protejen; él puede á mansalva, y á tiro seguro, herir sin ser visto; él escapa por cualquier parte, se evapora, se pierde; se le cree huyendo por delante y de improviso se le siente por detrás; es la desesperación de las partidas, la impotencia de la sociedad.

A los bandidos no se les coge sino por la traición de alguno de sus agentes, ó por el resultado de algún lance empeñado cuando se les persigue á la ventura.

Se lucha en una relación de todo punto desigual; no hay medio; las partidas acaban por cansarse y por vigilar una extensión mayor ó menor en torno del lugar en que se encuentran.

Para extinguir los bandidos en Andalucía, no habría más que un medio: una guardia rural numerosa y una pequeña guarnición en cada cabeza de partido, una fuerza pública, en fin, que protegiera á los alcaldes.

De otra manera, la guardia civil es insuficiente; apenas basta para cubrir las carreteras principales; trabaja sin descanso, se bate heróicamente, sufre contínuas bajas, y el bandidaje no disminuye, y es que como aquí no se da publicidad á nada, la opinión pública no puede escandalizarse ni alarmarse; no se sabe lo que sucede en Andalucía; sucede

con ella lo que con la isla de Cuba: no hay nada, absolutamente nada; pero las partidas, esas insignificantes partidas no se acaban.

Cuestión no de ejército, sino de mucha guardia civil ó de mucha guardia rural, como queramos.

Una buena organización de esta guardia rural, acabaría en cuatro días con el bandidaje en Andalucía, con el filibusterismo en Cuba; pero ni parejas en los caminos, ni columnas volantes en contínuos operaciones bastan.

Las localidades se quedan indefensas, los alcaldes, bajo la influencia del bandidaje, que en una evolución rápida puede ejercitar una venganza terrible contra un alcalde celoso.

Así es que ahora y luego y siempre, y mientras no se organice bien la persecución del bandidaje, pastores y cortijeros, y localidades favorecerán al bandido por no provocar horribles venganzas, y darán noticias falsas y guías falsos, y extraviarán á la fuerza pública.

¿Qué importa?

Se roba un tren; pero se dice: «Este es un acontecimiento aislado, imprevisto».

Si se repitiese la cosa, se salvaría haciendo que el tren llevase guarnición, lo cual daría una buena idea de nosotros donde se supiese.

En aquellos tiempos la organización era también viciosa.

No había más que migueletes, y aún así, en número muy escaso, de modo que los bandidos hervían.

Si en tiempo del marqués de la Pampanera había habido algo de reposo, había sido porque los niños de Ecija, que después de ser indultados se habían puesto en persecución

de malhechores, tenían un gran prestigio en el país, eran de la misma madera y habían limpiado la tierra.

Pero retirado cada cual á su casa, Caparrota, que había tenido en cuenta todo esto, había hecho aparecer de nuevo el bandidaje, previendo un día en que él tuviese que batirse frente á frente con la ley.

Para este caso, quería tenerlo todo organizado y ya con prestigio su partida.

Sevilla estaba alborotada, y las gentes empezaban á cobrar miedo al camino; y como el vulgo supone con mucha facilidad lo más exajerado, había quien decía que por los alrededores de Santiponce, y aun por los de Castilleja de Guzman y Tomares, á dos pasos de Sevilla, se veían rondar caballistas por las noches, y la gente de los arrabales estaba inquieta temiendo por su seguridad.

Había que tranquilizarlos, haciendo que por los barrios extramuros rondasen contínuamente durante la noche patrullas.

Todo esto, y los partes que venían á Sevilla de nuevos excesos cometidos en la sierra, hacia la parte de la Puebla del Conde, de Guadalcanal y aún de Cazalla, distraían al alcalde mayor de su proceso en averiguación de los autores del asesinato de la Remeditos, y del robo que el mismo alcalde mayor había sufrido, cosa que había llevado al colmo el escándalo en Sevilla.

Todo el mundo creía, y acertaba, aunque no completamente al creerlo, que los bandidos invisibles, cansados de ejercitar sus fechorías dentro de los muros de Sevilla, se habían lanzado á la sierra para ejecutar más en grande sus robos.

Lo probaban los saqueos del Madroño y del Ronquillo,

y el incendio del cortijo Hondo y las cuatro muertes que en él se habían hecho.

Los invisibles asesinaban fuera como habían asesinado dentro.

El alcalde mayor había tomado declaración á la marquesa de Casariegos acerca de si se la había conocido novio á la Remeditos.

La de Casariegos había contestado que, en efecto, la Remeditos había tenido un novio; pero que ella no le conocía ni sabía quién este novio hubiese sido, ni aún de nombre.

Pero afirmaba, y esto le quemaba la sangre al alcalde mayor, que según la tristeza, los malos humores y demás síntomas que ella había observado en la Remeditos, ésta había adorado con toda su alma á aquel novio.

El alcalde mayor no lo podía creer.

Porque si la Remeditos había adorado á un hombre, ¿cómo había podido adorarle á él?

Y que á él le había adorado Remeditos, lo creía á piés juntillas el alcalde mayor.

De modo que la sola suposición de que la Remeditos hubiese querido con toda su alma á otro hombre, causaba al pobre don Bartolomé unos rabiosos celos de ultratumba; los peores celos que pueden sufrirse.

Así era que el alcalde mayor andaba atortolado y sin seso, con los ojos duros y sin vista, como los santos de Francia, y dado al diablo y enfermo, y sin servir para nada.

Con esto había contado don Miguelito y no se había engañado.

El alcalde mayor de Sevilla no servía para nada, sino para sufrir como un condenado.

Entre tanto don Miguelito lo preparaba todo para dar un golpe en el convento de las Dueñas del Espíritu Santo y apoderarse de Milagros.

Tenía satisfecho la mitad de su amor.

Patrocinio era la luz, el esplendor, la alegría de su casa.

Todo el mundo había acabado por olvidarse de que el amor de Patrocinio había causado la muerte de su padre.

Se cumplía el proverbio que dice: «El muerto al hoyo y el vivo al bollo».

Patrocinio había montado de una manera admirable su casa.

Había hecho gastar á su marido sumas enormes.

Se habían ensanchado los salones.

Eran frecuentes en ellos las fiestas magníficas.

Y no era esto solo.

La quinta de los Prados había sido convertida en un Paraíso, y allí eran frecuentes las giras campestres, á que asistía lo principal de Sevilla, lo más bello, lo más escogido, lo más elegante, lo más rico.

¿Cómo, pues, traer á cuento la locura de Patrocinio y la muerte de su padre?

La marquesa de Casa-Vaquera era encantadora, y hacía los honores de su casa con una gracia irresistible.

Lo dicho; el muerto al hoyo y el vivo al bollo.

Don Miguelito era tan hipócrita, tan embustero y tan buen cómico para Patrocinio como lo había sido para todo el mundo.

Patrocinio se había olvidado de una parte de sus celos por Milagros y de otra del remordimiento por la muerte de su padre.

Se creía exclusivamente adorada.

Había acabado por hacerse la ilusión, por adquirir la creencia de que de lo que menos se acordaba don Miguelito era de Milagros, y si no iba á verla al aconvento era porque temía que Milagros la recibiese mal.

Desde el momento en que no la consideraba como rival, la extraña Patrocinio, había vuelto á sentir cariño por su prima.

No sabía Patrocinio con cuanto afán, con cuanta insistencia buscaba don Miguelito los medios de acercarse á Milagros de la única manera que podía, esto es, poniéndose en correspondencia con ella.

Pero esto era impracticable.

Un día don Miguelito, que no quería encargar á nadie la gestión de este negocio, se disfrazó de capigorrón; es decir, tomó una apariencia entre sacristán y estudiante sopista, devoto y mogigato que vivía como Dios quería, dando lecciones de leer y escribir y de doctrina cristiana á niños pobres á domicilio, y pálido (es decir, pintado) y súcio, desarrapado, lacrimoso, asqueroso, como debía aparecer para su objeto, se presentó al andadero de las monjas del Espíritu-Santo, armado de una carta de un padre Peñaflor, capuchino del convento de Marchena, que era realmente tio de una doña María de la Purísima Concepción, religiosa en las dueñas del Espíritu Santo.

Para tener esta carta, ó mejor dicho, la falsificación de ella, una falsificación de la letra del padre Peñaflor, don Miguelito se valió del tio Carcañales.

Y una mañana, el tio Carcañales, á la hora en que se repartía el correo, fué á ponerse á la vista de la portería de las Dueñas del Espíritu Santo.

Cuando salió el cartero avanzó y le dijo:

—Pues vea usted aquí, buen mozo, que á mí se me ha puesto en la cabeza convidarlo á usted y gastarme con usted un peso.

Alarmóse el cartero, y le dijo lleno de sorpresa.

—¿Y usted á mí por qué, si usted no me conoce á mí?

—Hombre, porque á mí me da la gana,—dijo el tio Carcañales,—porque yo me he salido esta mañana á buscar un hombre que me guste para beber con él algunas cañitas, y hasta ahora no he encontrado á ninguno que me guste tanto como usted.

—Hombre, pues andando,—dijo el cartero,—que yo no merecería la buena crianza que me han dado mis padres si despreciara un convite que se me hace con tanta finura; pero es menester que usted se espere á que yo reparta esas cinco cartas que me quedan, que esto lo hago yo en tres minutos porque todas están á un andar.

—Pues mire usted, compadre,—dijo el tio Carcañales,—ahí en el montañés de la esquina le espero á usted, y no tarde usted, porque no tengo más que un duro, y si usted tarda, cuando usted llegue ya me he bebido yo la mitad.

—Quite usted, hombre, que por el aire estoy yo allí,—contestó el cartero, tratando ya al tio Carcañales como si le hubiera conocido toda su vida.

El tio Carcañales se metió en el montañés, y como todos los montañeses le conocían, le dijo:

—Oye tú, Patatilla, en seguida va á venir uno que yo conozco y que no quiero que sepa quien soy. Tú no me conoces, chiquillo, ¿no es verdad?

—¿Qué le he de conocer yo á usted, hombre, si yo no le he visto á usted en todos los días de mi vida?—dijo Patatilla.

—Pues corriente, dame una aceitunita y una caña.

Aún no había acabado de roer el hueso de la aceituna el tio Carcañales, cuando ya estaba allí el cartero.

—¿Ve usted lo que yo le decía, compadre?—dijo el tio Carcañales,—ya no me quedan más que dos pesetas.

—Pues hombre,—dijo el cartero,—ni que fuera usted un pavo.

—Calle usted hombre, que aquí me fiarán á mí, sino yo me dejaré una prenda. Que le echen á usted unas cañitas para el camino y enseguida vámonos para dentro que tenemos que hablar.

Se tomó la caña el cartero, se metieron en la trastienda, y allí Patatilla llevó un cañaveral, un plato de bocas de la Isla, otro de rceitunas, otro de salchichón y pan de flor de Alcalá.

Le entró de improviso una amistad y un cariño inconmensurable al cartero en favor del tio Carcañales.

¿Y cómo no?

En su vida el pobre cartero se había visto en otra.

El tio Carcañales le apretó la mano en la bebida, y cuando le tuvo bien templado le dijo.

—Oiga usted, compadre;—¿para quién ha traido usted carta al convento?

—¡Toma! para la madre Purísima Concepción,—dijo el cartero.

—Compadre, esa Purísima Concepción debe ser una buena hembra.

—Mire usted que no lo sé,—dijo el cartero,—porque yo no veo más que á la madre portera, que es una vieja que mete miedo, y que siempre me da el porte de las cartas en ochavos roñosos; no parece sino que pide limosna. Pero

puede que sí, que la madre Purisíma Concepción tenga buenos bigotes, porque dicen que en el Espíritu-Santo hay muchas reales hembras.

—Oiga usted compadre.—dijo el tio Carcañales,—¿usted se quiere ganar media onza y una convidada hasta que usted reviente.

—Pues sí señor que quiero, y siempre estoy queriendo yo esas cosas,—dijo el cartero.

En fin, el tio Carcañales encontró medio para interceptar una carta del padre Peñaflor á su sobrina la madre Purísima Concepción, y un pendolista bribón, valiéndose de aquella carta, falsificó admirablemente otra de recomendación del señor Lesmes Botijo, bachiller en sagrada teología y cánones, para su sobrina, á fin de que le procurase el medio de dar lecciones de música á las educandas del convento que su padre quisiese: teniendo en cuenta que el señor Lesmes Botijo era un hombre que á más de saber mucha música, brillaba por su virtud y por su ejemplaridad de costumbres.

Don Miguelito plagiaba al barbero de Sevilla de Beaumarchais sin conocerle, procurando meterse en el convento, á la manera que el conde de Almaviva se había aproximado á Rosina.

Así pues, armado con la carta en cuestión, disfrazado, como hemos dicho, don Miguelito se fué al tío Cancamusa, mandadero de las dueñas del Espíritu Santo, y le dijo con acento compungido:

—Yo espero, señor mío, que usted tendrá la bondad de entregar á la señora doña María de la Purísima Concepción esta carta que tengo el honor de traerle de parte de su respetable tío el padre Peñaflor.

Encantado el andadero por la facha de don Miguelito, no necesitó que éste le dijese una palabra más, sino que tomó la carta y se metió por la portería.

A poco volvió y mandó á don Miguelito que le siguiese.

Las dueñas del Espíritu-Santo eran, como ya hemos dicho señoras, y recibían dentro de clausura, aun en su misma celda, como reciben las señoras de Calatrava y de Santiago, y algunas otras religiosas.

El andadero condujo á don Miguelito á las celdas de la madre Purísima Concepción.

Y como estuviese allá en lo último del claustro la celda de la monja, don Miguelito fué aguñando los ojos por ver si se tropezaba por casualidad con Milagros.

Pero no la vió.

A Milagros se la tenía de todo punto recluída.

Don Miguelito se encontró con que la madre Purísima Concepción era una señora como de cuarenta años, muy agradable; pero altiva é infatuada con su nobleza.

Tenía visita.

Miró de una manera severa á Caparrota, y le dijo:

—Mi tio me recomienda á usted; pero yo no puedo decir á usted nada por ahora. Vuélvase usted de aquí á dos ó tres días, y veremos si tengo algo que decirle.

Don Miguelito saludó reverentemente á la madre Purísima Concepción, y se fué lleno de esperanza porque á pesar de su altivez había creido muy abordable á la monja.

Principio quieren las cosas, y la cuestión está en encontrar un terreno firme en que apoyar los piés, ó un lugar estratégico donde armar la batería.

La madre Purísima Concepción le había dicho volviese de allí á dos días, y don Miguelito, pasado que fué aquel

plazo, volvió á disfrazarse y se fué de nuevo al convento.

Le anunciaron, le introdujeron, y don Miguelito, al entaar en la celda puso muy mala cara.

Con la madre Purísima Concepción, había un fraile capuchino de los cenicientos, alto, robusto, fuerte, colorado, con una magnífica barba negra.

Aquel fraile se le hizo de muy mal agüero á don Miguelito sin saber por qué; porque él estaba muy lejos de creer que aquel enorme y fuertísimo capuchino era cabalmente el padre Peñaflor, tio de la monja; que por una coincidencia fatal había venido á asuntos de su orden á Sevilla.

Acababa de llegar, la madre Purísima Concepción aun no había tenido tiempo para preguntarle por la salud, cuando entró don Miguelito.

—A tiempo llega usted,—dijo la séria y altiva madre Purísima Concepción;—aquí tiene usted á su protector.

Don Miguelito se puso en guardia y se redujo á saludar humildemente al capuchino.

—¿Cómo, cómo?—dijo éste,—¿qué es lo que tú hablas de protección, hija mía?

—Pues qué, ¿no conoce usted, tio, á este hombre?

—De ninguna manera,—exclamó el capuchino,—y sepamos que es esto.

—¿Pues no me ha escrito usted recomendándome?...

—Yo no he escrito recomendándote á nadie,—contestó el capuchino, que á cada momento miraba de una manera más hosca á don Miguelito.

—Pero usted, tio,—insistió la monja,—debe estar trascordado; este sujeto me ha presentado una carta de usted, en que usted me lo recomendaba para que si podía ser diese

lecciones de música á las educandas, y me ha hablado usted de las buenas costumbres de su recomendado.

Si don Miguelito se descuida, el padre Peñaflor le atrapa; pero don Miguelito no se descuidó.

El capuchino habia visto allí una intriga, una mala intención, y se había apercibido, como hubiera podido apercibirse un hábil agente de policía del disfraz de don Miguelito; se había arrojado sobre él con la intención de cogerle, encerrarle y hacer se llamase á la justicia para que le llevase á la cárcel; pero como don Miguelito estaba prevenido y en guardia, saltó atrás y á seguida acometió al fraile, le dió un puñetazo tal bajo la papada, que le hizo caer en tierra, y sin detenerse, porque la monja gritaba á más y mejor, escapó por el claustro alto, bajó rápidamente las escaleras, aterró á la portera y á su criada, desechó el cerrojo de la puerta del recibimiento; ganó la salida, y muy pronto se perdió por las revueltas callejuelas de Sevilla.

En el convento había sobrevenido un escándalo enorme.

Lo que ménos importante había recibido el capuchino había sido el sopapo descomunal que le había metido don Miguelito; lo grave era que al caer, por la fuerza del formidable impulso, había dado contra un mueble con la cabeza, se la había abierto, le salía la sangre á borbotones y no se movía.

Pueden figurarse nuestros lectores la enorme sensación que esto causaría en un convento de monjas.

Acudieron toda la comunidad, todas las educandas, todas las señoras de piso, todas las doncellas, todas las criadas; nadie sabía que hacerse, y al fin sobrevino el andadero, que se fué á escape á buscar un cirujano que curase al padre Peñaflor, y á dar parte á la justicia.

Sobrevino al fin ésta, se registró el convento para buscar al *enemigo*, que según decían las monjas, se había quedado oculto en la casa, á pesar de que la portera y su criada declaraban que el malhechor había escapado; fué necesario registrar no se sabe cuantas veces, para que aquellas pobres mujeres quedasen tranquilas.

Dijeron los médicos que habían acudido, que la herida que el padre Peñaflor tenía en la cabeza era tan grave, que no se le podía trasladar sin peligro de su vida. Hubo necesidad de consultar al arzobispo.

Se pasó en todo esto no sabemos cuanto tiempo; pero lo bastante para que el parte de lo acontecido en el convento de las dueñas del Espíritu-Santo llegase á oidos del alcalde mayor, marqués de la Pampanera que inmediatamente, y como era de su obligación, se presentó en el convento.

Informóse de lo que había acontecido y dijo:

—Acabarán por volverme el juicio. Yo no puedo más. Fuera, bandidos incendiando cortijos y saqueando lugares: dentro los invisibles; no les faltaba á estos protervos haber cometido un sin número de crímenes, haber robado en mi misma casa, en la casa de la justicia, sino que han venido también á tentar el medio de profanar y robar la casa de las vírgenes del Señor.

—¡Cómo, cómo!—exclamó aterrada la superiora.—¿Pues usted cree, señor alcalde mayor, que ese sacrílego que ha osado causar un tan gran quebranto en nuestra casa, es uno de esos condenados que tienen aterrada á Sevilla?

—¿Pués qué otra cosa pudiera ser?—exclamó el alcalde mayor,—¿para qué ha podido introducirse aquí con un disfraz y mediante una carta falsificada un hombre, sino para intentar el ser recibido y continuar viniendo hasta que hu-

biese estudiado la mejor entrada y la mejor salida? Todo el mundo sabe, doña Angélica, que este convento es riquísimo, y los que no han temido nada, ni aun á la justicia, no se yo porqué habían de temer á una casa donde se quedan solas de noche señoras indefensas, sin que nada pueda defenderlas.

¡Quién tal oyó! Todas las monjas empezaron á dar gritos temiendo no estar seguras ni aun en aquel momento en que las acompañaba el alcalde mayor con su escribano y una fuerte ronda de alguaciles que estaba á la puerta.

Parecíalas que á cada momento iba á entrar una horda de asesinos, y el alcalde mayor hubo de arrepentirse de lo que había dicho.

Ninguna de las madres quería permanecer allí; el capellán y el vicario se volvían locos y perdían la paciencia procurando tranquilizarlas, y el alcalde mayor, espantado de aquel tumulto, escapó y se volvió á su casa, contrariado, meditabundo, desesperado.

Su autoridad estaba comprometida, desprestigiada, escarnecida; á pesar de ella, unos misteriosos bandidos, con los cuales no podía darse, continuaban atreviéndose á todo.

El alcalde mayor, que nada había podido descubrir acerca de los autores del robo y del asesinato cometidos en su casa, se encontraba con otro negocio encima que debía producir un enorme escándalo, con el de la tentativa de aquellos mismos bandidos misteriosos para introducirse en el rico y respetado convento de las dueñas del Espíritu-Santo, en cuyos cláustros vivían parientas de las personas más distinguidas de Sevilla y Andalucía.

La cosa debía producir una polvareda enorme; polvareda de que llegaría á apercibirse indudablemente su majestad, y

el alcalde mayor esperaba recibir un duro y humillante apercibimiento.

Esto era bastante para que el pobre marqués de la Pampanera se preocupase hasta el punto de perder la cabeza.

Cuando llegó á su casa, se encontró con que le esperaba en ella don Miguelito.

Se comprende porqué don Miguelito estaba en aquellos momentos casa del alcalde mayor: éste podía haber concebido sospechas.

¿Por qué había de ser un ladrón y no un enamorado loco, el que había pretendido introducirse en el convento de las dueñas del Espíritu Santo, con una carta de recomendación falsificada?

Si el alcalde mayor hubiera pensado en esto, con solo meditar en que el marqués de Casa-Vaquera había estado enamorado y á punto de casarse con Milagros, como lo sabía toda Sevilla, hubiera podido sospechar que aquel incógnito disfrazado fuese el marqués de Casa-Vaquera.

Don Miguelito supuso en el mismo momento en que se vió en la calle que el alcalde mayor iría al convento, y que enterado de lo que había sucedido, podría sospechar de él.

Esta sospecha hubiera sido funesta; hubiera llamado hacia él la atención del alcalde mayor, y solo Dios sabía las consecuencias que podrían sobrevenir.

Don Miguelito, pues, forzó su carrera llegó á la tienda de montañés del tio Carcañales, se metió de sopetón en ella, se apresuró á quitarse su disfraz y á recobrar su traje ordinario; se salió de casa del tio Carcañales por una puerta excusada, y se fué casa del alcalde mayor con el objeto de desvanecer con su presencia instantánea las sospechas que el alcalde mayor podía haber concebido.

Como sabemos, al alcalde mayor no se le había ocurrido que un amante desesperado podía haber sido el autor de aquella diablura.

La manera terrible con que el misterioso incógnito había vencido y estropeado al padre Peñaflor. que era un Hércules, le había dado lógicamente, respecto á su agresor, la idea de un formidable bandido.

—¿Pero qué es lo que á usted le sucede, don Bartolomé? —exclamó don Miguelito;—está usted desencajado, pálido.

—Perdone usted, perdone usted, señor don Miguel,—dijo el alcalde mayor;—yo no se lo que me sucede, yo estoy aturdido, yo no sé donde tengo la cabeza. Esto es demasiado; como si no fuera bastante el dolor agudo que siento por la pérdida de mi Remedios, me encuentro con otro asunto terrible. ¿Qué es lo que estará diciendo de mí á estas horas Sevilla entera? ¿Qué será lo que pensará de mí el rey nuestro señor cuando llegue á sus oidos este nuevo atentado? ¡Y siempre ellos, ellos, los invisibles, los malvados! ¡ellos que tuvieron la avilantez de meterse en mi casa, corrompiendo á ese infame Curro, que antes era para mí un modelo de lealtad y de afecto!

—¿Pero qué es lo que sucede, don Bartolomé?—dijo con un vivísimo interés don Miguelito,—usted me asusta.

—Mire usted, señor don Miguel,—dijo el alcalde mayor, —daría yo por cojer al capitán, al jefe de esos malhechores invisibles toda mi hacienda, diez años de mi vida y el sufrimiento de cien siglos de purgatorio. Esto es increible, espantoso. Asómbrese usted, estremézcase usted, señor don Miguel, esos inícuos, después de haber profanado y ensangrentado el templo de la justicia, porque bien puede llamarse templo de la justicia mi casa, han llevado sus sacrílegos

intentos á la casa de las vírgenes del Señor, y allí también ha habido sangre.

—¡Sangre, señor alcalde mayor! ¡sangre en un convento de monjas!

—Sí, sí señor, un crimen sacrílego que solo un condenado podría atreverse á cometer.

—Pero explíqueme usted, yo no acierto...

—Esa sangre vertida, esa preciosa y purísima sangre ha sido la de un sacerdote, la de un venerable religioso.

—¿Y en dónde?

—En la misma celda de una religiosa dignísima,—exclamó el alcalde mayor indignado.

—Permítame usted, don Bartolomé,—dijo don Miguelito;—yo creo que usted, á causa de la perturbación en que se encuentra, no dice lo que quiere decir sin duda. ¿Cómo un hombre ha podido verter la sangre de un religioso en la celda de una religiosa?

—La clausura de que se trata es la de las dueñas del Espíritu-Santo en cuya clausura pueden entrar seglares, ya sabe usted...

—Sí, sí, ya se,—dijo don Miguelito;—tratándose de las dueñas del Espíritu-Santo le comprendo; pero cuénteme usted, eso debe ser curioso.

—¡Curioso!—exclamó el alcalde mayor;—diga usted horrible, este suceso me compromete de una manera gravísima; yo mismo empiezo á creer que no sirvo para alcalde mayor, y casi casi me están dando tentaciones de coger la pluma y extender la dejación de mi cargo; pero no, no, eso sería confesar que yo me siento impotente; y no, no es eso, es que no puede cogerse al aire, es que el que dirige á esos bandidos debe ser un hechicero, un brujo.

—Pero, en fin, señor alcalde mayor,—dijo don Miguelito;—aún no sabemos lo que ha sucedido.

—Pues lo que ha sucedido es,—dijo el alcalde mayor,—que á la madre Purísima Concepción, se le presentó dias pasados un individuo con una carta del padre capuchino Peñaflor, tio de la susodicha madre Purísima Concepción, y en cuya carta se recomendaba á un bachiller, á un capigorrón, á un diablo, para que diese lecciones de música, si era posible, á algunas educandas. Cuando se presentó con la carta el tal, la madre Purísima Concepción tenía visitas y mandó al de la carta volviese, por hoy; volvió, pero en ocasión en que con la madre Purísima Concepción estaba su tio el padre Peñaflor, que acababa de llegar á Sevilla. El no había recomendado á nadie, la carta era falsa, el canalla se encontró al descubierto. El padre Peñaflor que es fuerte y terrible quiso echarle mano; pero el malvado dió un puñetazo formidable bajo la barba al padre Peñaflor, le hizo perder tierra, dióse el padre Peñaflor al caer un espantoso golpe, de cuyas resultas está en las últimas, y entretanto el sacrílego escapó. ¿De dónde vino? ¿quién es? ¿dónde está? Y esto que ha venido á caer sobre lo que ya tenía encima, me desconcierta, me aturde, me vuelve loco.

—Por lo mismo, señor alcalde mayor,—dijo don Miguelito,—véngase usted conmigo á casa, y desde casa nos iremos con Patrocinio á nuestra quinta de los Prados; así se distraerá usted, se serenará, podrá usted pensar con calma en los medios de coger á ese nuevo criminal.

—Pues sí, sí, señor don Miguel,—dijo el alcalde mayor,—acepto; me voy con usted.

Y el alcalde mayor y don Miguelito salieron.

CAPITULO XLI

De como don Miguelito ponía cuantos medios estaban en su mano para distraer al alcalde mayor.

Cuando llegaron á casa de Patrocinio, ya ésta sabía lo que había ocurrido en el convento de las Dueñas del Espíritu-Santo.

La noticia había corrido con la celeridad del rayo.

Toda Sevilla estaba alborotado; aquello era lo último que podía acontecer.

El ama de llaves de Patrocinio se había encontrado por casualidad en el momento del tumulto en el convento, en el mismo punto en que don Miguelito, disfrazado, salía á escape huyendo de la quema, después de haber estropeado al seráfico padre Peñaflor.

Doña Rufina, que así se llamaba la tal ama de llaves, tenía una sobrina muy linda sirviendo como doncella á una señora del Espíritu-Santo, y por esta razón había ido al convento.

—¡Pero esto es terrible, Señor!—había dicho al volver toda asustada casa del marqués.—No hay donde guardar á una joven: yo he metido á mi Sofía en un convento creyendo que allí estaría segura; porque no sabe vuecencia lo que me la rondaban y lo que me la sacaban de cascos cuando vivía con mi hermana, que es una pavitonta, que cree que todo está hecho con rezar mucho y con ir mucho á la iglesia; y lo que sucedía era que siempre que llevaba á la iglesia á su hija iban con escolta y no la dejaban vivir, y sino es porque yo conocía á doña Presentación, y la metí con ella, sabe Dios lo que sucede. Y vea vuecencia ahí: hasta en el convento se meten los desalmados, porque yo tengo para mí que ese bribón que quería engañar á doña Purísima Concepción, y que ha medio matado ó matado del todo á un respetable padre capuchino, no había procurado introducirse en el convento, sino por mi Sofía! Vamos, ni en el convento de las dueñas, ni en ningun convento del mundo hay una prenda como ella.

Doña Rufina se había puesto en el negocio, aunque equivocando el objeto, á causa de su disculpable vanidad de tía: doña Rufina había comprendido que no un ladrón, sino un enamorado era el que había pretendido introducirse en el convento de las dueñas del Espíritu-Santo.

Esto lo habia creido tambien mucha gente, casi toda Sevilla, y había causado más escándalo que si se hubiera tratado de ladrones, porque era mucho ménos grave el pecado de robar á las monjas, que el de introducir la impureza y el vicio entre las castas vírgenes del Señor.

¿Adónde se iba á parar? ¿En qué se podía tener ya confianza, si allí, donde por la santidad del lugar no puede penetrar el diablo, podía penetrar el libertinaje?

Tan perfecto había sido el disfraz de don Miguelito, que á pesar de que éste había pasado por la portería, tan cerca de doña Rufina que á poco más la atropella, doña Rufina no le conoció ni aun por el aire; pero sin haberle visto Patrocinio, reconoció perfectamente al terrible intruso del convento de las dueñas del Espíritu-Santo.

Aquella mañana había reparado en la grave preocupación de Caparrota, había salido más temprano que de costumbre, y durante el almuerzo había permanecido taciturno y meditabundo.

Patrocinio no le había hecho una sola pregunta, ni aun se había dado por entendida; pero había sentido celos.

La preocupación de Caparrota era una preocupación amorosa.

¿Y por quién había de ser esta preocupación sino por Milagros?

Hora y media después, doña Rufina se la había presentado toda descompuesta y asustada, y la había contado el lance.

En fin, cuando Caparrota se presentó con el alcalde mayor, Patrocinio notó un cierto desorden en el traje de su marido.

No necesitó saber más; indudablemente Caparrota se había propuesto continuar en sus amores con Milagros, y había hecho ya una tentativa decisiva.

Patrocinio comprendió asimismo que el alcalde mayor no desconfiaba en manera alguna de Caparrota.

Iba con la mayor confianza del mundo, aunque perturbado y trastornado.

Hizo á Patrocinio la misma relación que había hecho á don Miguelito, se perdió en las mismas exclamaciones, se

desesperó de una igual manera; pero la influencia de Patrocinio calmó algún tanto la excitación del pobre alcalde mayor.

Patrocinio le sonreía, Patrocinio le deslumbraba con su bellísima mirada, Patrocinio se le mostraba solícita como una hija: ella misma le sirvió un refresco de flor de azahar para que se tranquilizase, y logró ponerle al fin casi en un estado normal.

—Usted se impresiona demasiado, don Bartolomé,—le decía Patrocinio;—ni el rey ni nadie puede exigir de usted otra cosa sino que cumpla usted con su deber; usted persigue á los malhechores, usted los castiga, usted evita en gran manera que los crímenes se multipliquen. Cierto es que esos que llaman los invisibles han tenido y tienen aterrada á Sevilla; pero todo el mundo comprende que no se coge lo que no se ve; y además de esto, que si gobernando usted en Sevilla el mal es como diez, gobernando otro el mal sería como diez mil; y si usted persistiese en su empeño de dejar su cargo, el que le sucediese, levantaría á usted á los cuernos de la luna, porque de seguro con otro alcalde mayor sería ya de todo punto imposible vivir en Sevilla.

—¿Y cree usted, mi señora doña Patrocinio,—dijo el alcalde mayor,—que se puede vivir muy tranquilamente aquí? ¿Pues no ve usted que los crímenes de esos duendes infames van creciendo en enormidad de una manera espantosa? Antes del robo de la señora de Casariegos, no habían vertido sangre: la situación en que pusieron á esa pobre señora, que aun todavía no está bien restablecida, aterró y conmovió á todo el mundo; después de esto viene el robo ejecutado contra mí y el asesinato espantoso de mi pobre ama de gobierno.

—Pero eso, señor don Bartolomé,—dijo Patrocinio,—no puede ni debe atribuirse, á lo que yo creo, á esos invisibles malhechores: para usted y para todo el mundo está fuera de duda que los autores de ese crimen estaban en la misma casa de usted, puesto que después del crimen desaparecieron, y según se dice, no han vuelto á aparecer sino armados, á caballo, echados al camino, dándose á conocer por medio del robo, el asesinato y el incendio. Dicen que usted cometió la imprudencia, ó más bien la inadvertencia de apadrinar las bodas del mejor de sus alguaciles con la viuda de un terrible bandido, y de llevarse después á los recien casados á su casa, teniéndolos inmediamente junto á sí al frente de la servidumbre: hay quien dice que estos pícaros y la Remedios se entendían, y que si la Remedios sucumbió, fué porque ellos no quisieron darla parte en el robo, y que si la mataron fué para que no hablase. Esto se dice públicamente por todas partes; es la conversación de toda Sevilla.

—Pues, el estúpido proceso de la opinión pública, mi señora doña Patrocinio,—exclamó el alcalde mayor;—allá rompe el juicio del público por donde encuentra más obvia la salida ó mejor dicho, por donde le encamina la malicia. Ya sé, ya sé todo lo que se dice, y siento que me roen los huesos y que se atribuye el suceso á mi debilidad, y que se me llama viejo verde, y que se habla de que yo pretendía casarme con la asesinada, y que la asesinada encontró más cómodo apoderarse de lo que pudiese de mi hacienda robándome, que casándose conmigo; y sé que se añade que la Remedios era amante de uno de los invisibles y que ella favoreció el robo y la tentativa de asesinato de la señora de Casariegos, y se pretende ponerme en ridículo y traer sobre

mí una responsabilidad que no me alcanza; pero todo esto es absurdo, inconcebible, y solo la estúpidez y la maledicencia pueden llegar á tales suposiciones. Yo bien sé á lo que tengo que atenerme respecto á la pobre Remedios: no era, como se creía una muchachuela, sino una señorita perfectamente educada, cuya familia había venido á desgracia, y yo sé bien sin que me pueda quedar duda alguna, hasta qué punto llegaba la inmaculada virtud de esa desgraciada; y si los invisibles han tenido parte en esto, que puede suceder muy bien que no la hayan tenido y que todo haya sido obra de esa maldita Carmen, educada en el crímen por su primer marido, de ninguna manera ha tenido parte en ello esa desdichada criatura: me consta, mi señora doña Patrocinio, me consta, tengo pruebas indudables. De la misma manera, diga lo que quiera la opinión pública, es un absurdo creer que el atentado cometido esta mañana en el convento de las dueñas del Espíritu Santo, ha reconocido por causa el amor. No, no, señora; un enamorado hubiera intentado otro medio; lo que pretendía el que se había introducido audazmente en el convento, era tener su plano, preparar un robo: las señoras del Espíritu-Santo son riquísimas, tienen inmensas propiedades, no gastan ni la milésima parte de sus rentas, lo guardan todo, y estoy seguro de que en el convento hay un tesoro, cosa imprudente que debía evitar el arzobispo, porque esta acumulación de numerario en una casa en que solo se quedan de noche mujeres, es ocasionada á tentar la audacia, no ya de invisibles, que son gentes que han probado bien que se atreven á todo, sino la de otros ménos audaces, ¡Ah, la opinión pública, la opinión pública, mi señora doña Patrocinio! ¿Y quién hace caso de la opinión pública? Los jueces, los que estamos viendo todos los días que

las cosas no son como se supone, sino muy al contrario, y con pruebas irrecusables, sabemos á qué atenernos respecto á la opinión pública.

—En efecto,—dijo don Miguelito,—la opinión pública sentencia á ciegas; pero, llena de vanidad, pretende que su fallo sea inapelable; casi casi comprendo, señor don Bartolomé el que usted haya llegado á aburrirse con el cargo de juez, y en su lugar de usted yo no sé lo que haría.

—Usted se desesperaría como yo, mi querido don Miguelito, y encontrándose en mi caso no sabría usted qué hacer ni por donde tomar. ¡Oh! Si yo un día logro coger al jefe de esos invisibles....

—¡Oh!—exclamó don Miguelito.—Debe ser un mónstruo; espanta verdaderamente lo que sucede; y confieso á usted, señor don Bartolomé, que yo me he picado también de mirón, y he pensado mucho acerca de esto, porque, ¿quién no se indigna al ver que quedan impunes crímenes tan espantosos, protegidos por un profundo misterio? ¿Está usted seguro, señor alcalde mayor, de que no hay en Sevilla masones ni carbonarios? Ya sabe usted que estos tales tienen hecho pacto con Satanás, que Satanás los ayuda en sus horrendos fines, y los protege envolviéndolos en un misterio impenetrable; sabe usted también que por lo mismo la iglesia los excomulga.

—Me acaba usted de dar una idea, mi querido don Miguelito, en que yo ciertamente no había caido: ¡los masones! ¡los carbonarios! ¡Ah! sí, sí; sociedades horrendas presididas por Satanás. ¿Y que el rey nnestro señor al volver de su cautiverio á restablecer el buen orden de cosas antiguo, no haya restablecido también la inquisición! ¡Oh! la inquisición nos serviría de mucho, la inquisición pondría en

respeto á Satanás, y los invisibles no lo serían. Ello es verdad que tenemos grandes exorcisadores, grandes lanzadores de demonios; ahí está el reverendo padre maestro don Pancracio de los Cobos, al cual no hay demonio ni embrujo que se resista; pero para valerse de don Pancracio sería necesario tener en las manos alguno de los pertenecientes á esa sociedad maldita. Por eso yo he mandado se persiga con una incansable actividad, apurando todos los medios, á ese miserable Curro Lazcano, á esa infame Carmen. ¡Oh! si los cojo, si los coje! Ellos serán con el padre maestro don fray Pancracio; él hará que hable el demonio que indudablemente tiene cada uno de ellos metido en el cuerpo; porque sino les hubiera ayudado el demonio, ¿cómo hubieran podido vencer y asesinar al terrible Fraile Negro, al mejor servidor que el rey y la religión y la justicia tenían en las tierras de Andalucía?

—¡Ah! señor alcalde mayor,—dijo Patrocinio,—le invito á usted para que cuando estemos en la quinta, nos cuente usted la historia de ese Fraile Negro; pero por ahora pongámonos en marcha, el coche nos espera ya. Yo deseo que usted se distraiga, que se tranquilice, que usted cobre fuerzas para consagrarse al ejercicio de la justicia.

Y Patrocinio se asió indolentemente del brazo del alcalde mayor.

Al sentir la redondez de aquel precioso brazo, su frescura, que se notaba por el contacto, el viejo se extremeció, y pareció como que se atenuaba un tanto en él su agudo y persistente dolor por la pérdida de la Pajarita de las Nieves. ¡Y qué moreno tan incitador y tan divino el de Patrocinio! Uno de esos morenos encendidos, resplandeciente, que dan el resultado de una blancura deslumbrante, de una

blancura especial, que representa una vida poderosa, que es como una luz celeste de una hermosura ideal; moreno al cual es necesario estar acostumbrados para comprender que es moreno; el moreno, en fin, de ciertas sevillanas que parecen trasuntos de ángeles. ¡Y luego aquella garganta, resaltada por el collar de azabache, aquellos ojos de fuego, aquellos sedosos y rizados cabellos con tornasoles en fuerza de negros como las alas del cuervo, aquellos hombros, aquel talle, y el tremendo contraste del luto con tanta hermosura!

Si Patrocinio hubiera sido ménos digna, hubiera sido el alcalde mayor hombre al agua; su severidad se hubiera resentido y la pasión le hubiera hecho creer un pecado lógico é irresistible, el adulterio; pero Patrocinio se mantenía en los límites de las más extricta decencia; no tenía necesidad más que de esa amable y fácil coquetería, sin la cual está desarmada la mujer más hermosa, para que al alcalde mayor, sin que le creciesen alas respecto á Patrocinio, se le fuese un tanto la cabeza por ella y le acometiese una especie de tentación sin esperanza.

Había que trastear á aquel extraño magistrado, y Patrocinio le trasteaba admirablemente.

Don Miguelito se divertía, porque á don Miguelito le divertía el juego con lo terrible, y ayudaba á su mujer á trastear al alcalde mayor, que había acabado por apasionarse por ella.

Nunca el crímen había estado en un tan íntimo consorcio con la justicia.

Si al alcalde mayor le hubieran dicho que el marqués de Casa-Vaquera se llamaba Caparrota, y dirigía como jefe los actos de aquellos á quienes se llamaba los invisibles, en

el mismo momento hubiera reducido á prisión al que tal cosa se hubiera atrevido á decir, y sin reposar un momento en el proceso, le hubiera confinado brevemente en un presidio de Africa como calumniador infame, sobre todo si se le hubiese dicho que Patrocinio, aquel angel, conocía los crimenes de su marido, y era por lo tanto, cómplice de ellos.

Se contaba con esto: se había procurado hechizar al alcalde mayor, y se le había hechizado.

Don Miguelito y Patrocinio estaban de todo punto seguros.

En primer lugar, sus cómplices no tenían pruebas contra Caparrota; en segundo lugar, el alcalde mayor hubiera desestimado toda acusación por insensata y absurda.

Don Miguelito se hubiera divertido mucho aquel día, á no ser porque le preocupaba grandemente el resultado de su aventura con las dueñas del Espíritu-Santo.

Todo su trabajo se había venido á tierra, y era necesario empezar de nuevo.

Don Miguelito no prescindia de Milagros: tenia satisfecha su pasión por parte de Patrocinio, y por parte de Milagros su pasión se exacerbaba más y más con las dificultades. Sin embargo, á pesar del grave estado de su espíritu, tal era la sangre fría de don Miguelito y el dominio que tenía sobre sí mismo, que se mostraba completamente tranquilo, y aun satisfecho y alegre.

Para el alcalde mayor era simplemente un buen amigo que se interesaba por él y procuraba distraerle en momentos en que todo debía parecerle enojoso.

En cuanto el alcalde mayor se encontró en la preciosa quinta de los Prados, sentado á la mesa bajo una frondosa

enramada, á orillas de un pequeño lago que nacía en el Guadalquivir, entre don Miguelito y Patrocinio, que le trataban con una solicitud casi filial, el alcalde mayor se encontró tan á gusto, que se olvidó de todo, empezando por Remedios y concluyendo por la fastidiosa aventura del convento, que de tal manera comprometía su autoridad.

Verdad es que Patrocinio le había servido con una gracia inapreciable algunas copas de riquísimo pajarete, del mejor pajarete que se encontraba en las bodegas de Jerez, de una especie de néctar de los dioses, pero que se subía en seguida á la cabeza y predicaba más que un misionero: él era de color dorado, é inspiraba ideas doradas y rientes.

Esto, junto con el aroma del negro y magnífico veguero que don Miguelito había dado al alcalde mayor, con la luz de los ojos y la exuberancia de la hermosura de Patrocinio, con lo sombroso, bello y lánguido del paisaje, con aquella opulenta mesa servida sobre el césped, con el aleteo y el graznar de los cisnes que flotaban sobre el lago, con el fresco y perfumado ambiente que traía el múltiple perfume de los campos, habían determinado á pesar de su situación, en el alcalde mayor, una especie de embriaguez, de felicidad.

Don Miguelito había estado separado de ellos algún tiempo, y lo había aprovechado para lo siguiente:

—Anselmo,—dijo al mayordomo de la quinta, que era uno de sus más importantes satélites;—monta á caballo y vete á evacuar dos comisiones.

—¿Y cuáles, señor?—contestó Anselmo, que era un terne de primera tijera.

—Te largas de un repelón al cortijo de Aznalfarache; en cuanto cierre la noche es menester que se le pegue fuego al cortijo por los cuatro vientos, y que se sostenga un tiroteo

al aire que dure lo bastante para que acuda gente del pueblo.

—¿Y qué se dice, señor?—preguntó Anselmo.

—Poca cosa, que esos caballistas nuevos que han salido se han echado encima del cortijo; y para que se crea mejor en ello, que antes de pegarle fuego al cortijo le peguen un tiro que lo dejen seco al que les parezca mejor: por ejemplo á Mosquiteja, que es un tumbón y que no me inspira gran confianza.

—Bueno, señor marqués.

—Enseguida te vas al rancho de gitanos del Errumblar, y te traes á las ancas, vestida de día de fiesta y con todas las cadenas y todos los collares que tenga y la guitarra, á la Jacintilla; dile á su abuela que la llamo yo, y déjala un par de onzas para que deje venir á la muchacha; y adviertete bien, Anselmo, que la Jacintilla ha de estar aquí á los postres, y que yo quiero que entre bailando y tocando la guitarra y cantando por la galería de laureles; que se peine bien y con las trenzas sueltas, que las tiene muy hermosas. En fin, que venga al reló.

—Mire vuecencia, señor,—dijo Anselmo,—que la tía Pulpejo está escamada, que cree que vuecencia ha puesto los *crisos* en la muchacha, y puede ser que no la deje venir.

—Quien me parece á mí que ha puesto los ojos en la chiquilla,—dijo severamente Caparrota,—eres tú, Anselmo.

—Diga vuecencia que sí,—contestó Anselmo,—pero yo he tenido que volverme con el padre Quieto y todavía me está doliendo un *sosquin* que la Jacinta me metió aquí en esta mandíbula, que me saltó una muela. ¿A que vuecencia no creía que la Jacintilla tenia tanta fuerza?

—Te despropasarías con ella, tunante.

—Calle vuecencia, que todo fué porque quise hacerle una obra de caridad, porque yo quería quitarla una pulga que tenía en aquel pescuecito de gloria.

—Vaya, tú no sabías que la Jacintilla tenía malas pulgas, y que flores como ella no las ha criado Dios para que las huelan más que narices como las mías. Anda, anda, Anselmo, y si la tía Pulpejo se anda reacia, la arrimas otro par de onzas. Pero por el aire, Anselmo; primero al cortijo, en seguida al Errumblar. Ya sabes: cuando lleguemos á los postres, que será dentro de hora y media, que la Jacintilla esté aquí, y que no eche mucho tiempo en aviarse, que en cuanto la Jacintilla sepa que yo soy quien la llamo, no se va á creer nunca bastante bien peinada ni bastante bien puesta.

—¡Ay qué suerte tiene vuecencia, señor!—dijo suspirando Anselmo.—Como si vuecencia no tuviera bastante y sobrado con el cacho de cielo de la señora marquesa.

Don Miguelito dió un rodeón á Anselmo, haciendo le presentase la parte posterior, y le aplicó en ella un puntapié perfectamente acentuado.

—Yo no lo decía por tanto, señor,—respondió Anselmo.

—Esa ha sido una advertencia,—dijo Caparrota,—para que en adelante no levantes falsos testimonios á chicas honradas como la Jacintilla, y para que no compares con nadie á tu ama ni te metas á calificarla. Ea, á caballo, Anselmo, y cuando venga la Jacintilla me avisas: bastará con que te presentes con cualquier pretexto.

—Muy bien, señor.

Don Miguelito se volvió junto al alcalde mayor y su mujer, y Anselmo aparejó una jaca, montó en ella y partió

como un rehilete en dirección al cortijo. Había una legua larga; sin embargo, Anselmo hizo aquella legua en veinticinco minutos. Era como el viento la jaca que montaba.

—Aquí estamos todos,—capataz,—dijo al cortijero.

—¿Y qué se ocurre? ¿Con qué vienes tú?

—Compadre,—dijo Anselmo,—yo no entiendo al amo; el amo debe de haberse vuelto loco; en primer lugar, porque me ha arrimado un puntapié como suyo, y de tal manera, que ya lo ve usted, compadre, no puedo andar sino patiabierto.

Y Anselmo dió un paseo del uno al otro lado de la cocina.

—Por lo mismo me va usted á hacer el favor, compadre, de darme aquí un frotecito de aguardiente.

—Bueno, hombre, bien, te se frotará hasta que te se junten las piernas; pero venga otra de esas cosas por las que tú sacas que el capitán se ha vuelto loco.

—Pues oiga usted, compadre, el señor marqués me ha mandado que le diga á usted que así que cierre la noche le pegue usted un tiro á Mosquiteja que le deje usted seco.

—¡Hombre! ¿Y qué ha hecho Mosquiteja para que se le pegue un tiro?—dijo el capataz, tan tranquilamente como si en vez de decirle que le pegase un tiro á un hombre, le hubiese dicho que le diese una peseta.

—Yo no lo sé,—dijo Anselmo;—por lo mismo, yo creo que el amo está un poquito tocado de la cabeza. Pero aguárdese usted, que todavía queda: el amo me ha dicho que en seguida que le pegue usted ese tiro á Mosquiteja, le pegue usted fuego por las cuatro esquinas al cortijo, y que en seguida usted y los otros se pongan á soltar tiros al aire hasta que acuda gente del pueblo, y que cuando la gente acuda

diga usted y los otros también que los caballistas nuevos que han salido hace cuatro días se han echado sobre el cortijo y le han pegado fuego y han matado á Mosquiteja.

—¡Ya!—dijo el capataz, que era un bandido de colmilló retorcido.—¡Ya! Al capitán le anda á la cola la justicia, y para que no crean que es suya la partida del señor Curro, quiere que aparezca que el señor Curro no tiene nada que ver con él, porque si tuviera algo que ver con él, no le quemaría el cortijo ni le mataría los mozos. Bueno, bien, se hará al pelo, y en seguida nos largaremos á avisarle.

—Es que el amo no está en Sevilla, sino en los Prados, —dijo Anselmo.

—Ya lo sabía yo eso. ¡Bendito sea Dios que te ha criado, que eres agudo como punta de colchón! Si no estuviera el amo en los Prados, no serías tú el que hubieras venido á mandarme eso de parte suya. Pero eso no le hace; para hacer la cosa bien hecha, yo debo aparentar que no sabia que el señor marqués estaba en los Prados, y por lo mismo me había ido á buscarle á su casa de Sevilla. Allí me dirán que está en los Prados, y desde allí iremos á buscarle Hipólito el mayordomo de Sevilla y yo.

—Dice usted bien, compadre, usted está en todo.

—Y si tú estuvieras en todo, zopenco, no dirías que el capitán estaba loco.

—Calle usted, compadre, que yo todavía no he concluido: ahora mismo voy á echarle otra vez los calzones á la jaquita y me voy al Errumblar á tomar á la Jacintilla á las ancas, y á llevármela muy retecompuesta á los Prados.

—Y bien, ¿qué tiene eso de particular? A la Jacintilla no le disgusta el marqués, y el marqués no tendrá sino muy retebuén gusto si le gusta la Jacintilla; solo que la Jacinti-

lla es un fiera, que dice que el que no se case con ella, que se cuelgue de un pino si de ella se apasiona.

—Pero, hombre,—dijo Anselmo,—todo estaría bien si el amo estuviera solo en los Prados; pero no está solo, sino con la marquesa, y se han traido á comer al alcalde mayor.

—¡Atiza!—dijo el capataz,—pues ciertos son los toros: la justicia le anda á los alcances al amo; tú no tengas duda de ello, y el amo quiere engañarla con lo de la quema del cortijo, y marearla con la gitanilla. ¡Qué será ver al señor alcalde mayor papando moscas y bebiendo los vientos por la gachí! Y que ella no se dejará querer; pero lo que es sacar... ¡María Santísima! A mí me engatusó con dos sonrisas y dos desmayos de ojos, y si yo no vuelvo pronto á la razón, me saca dulcemente hasta la cerilla de los oidos. Anda, anda, hijo; por aquí quedamos enterados; conque á cumplir en seguida con lo que te falte que hacer, no sea que el capitán te arrime otra puntera.

—¿Y la unturilla, compadre? Mire usted que no me puedo tener bien sobre la jaca.

—Deja, hombre, deja, que ya se pasará ello solo, y creéme, no te chancees con el capitán, no vaya á decirle á alguien que haga contigo lo que tú me has dicho de su parte que yo haga con Mosquiteja.

—Ea, pues á la paz de Dios, compadre,—dijo Anselmo,—y hasta más ver.

Y montó de nuevo en la jaca y la lanzó al galope por la orilla izquierda del Guadalquivir.

Pasó como un rayo por San Juan de Aznalfarache, y en un soto un medio cuarto de legua más alla, encontró un rancho de gitanos, una de esas poblaciones nómadas, que

aparecen de repente acá ó allá, que duran más ó menos tiempo y que desaparecen de improviso.

El rancho al que llegó Anselmo hacía ya dos ó tres años se había establecido en aquel lugar y tenía visos de población; es decir, las cabañas se habían convertido en casucos, y abundaban las fraguas.

Conocida es la industria de los gitanos; las cestas de mimbre, los cordones para el pelo, y como herreros, las herraduras, los clavos para estas, las tenazas, las sartenes, los martillos, los cerrojos, todo, en fin, lo que corresponde á la herrería menuda.

Cuando Anselmo entró en el rancho podía decirse que allí no estaba más que la mitad ó la tercera parte del aduar; los demás andaban por Sevilla ganándose la vida vendiendo cestas ó cordones de pelo, ó libritos de los Santos Evangelios, ó cuernecitos de ciervo, ó herraje menudo.

—¿Por dónde diablos anda la tia Pulpejo?—preguntó Anselmo á un gitano que parecía la imagen de la herejía.

—¿Dónde ha de andar? en el palacio,—contestó el gitano.

—Oiga usted, compadre,—dijo Anselmo,—¿y dónde está aquí el palacio?

—Pues ello solo se dice,—contestó el gitano;—allí lo tiene usted.

Y señaló un casuco más grande y más alto que los demás, completamente blanqueado y con techo de tejas, al paso que los de las demás barracas eran de chamizo.

—Vaya, pues muchas gracias, compadre,—dijo Anselmo.

—Y oiga usted, buen mozo,—exclamó el gitano,—¿no hay siquiera un cigarrillo para el gitanito?

Anselmo dió al gitano algunos cuartos y le dejó deshaciéndose en zalamerías y exageraciones.

Cuando Anselmo llegó á la puerta del *palacio*, apareció en ella una figura que podríamos llamar ideal: era Jacintilla.

—¡Jesús!—dijo.—Ya pareció aquello; á la fuerza, porque cuando fuí á levantarme esta mañana fuí á ponerme los zapatos del revés; alguna cosa mala me había á mí de suceder.

—Pues ni que hubiera usted visto al mismísimo demonio, fortunita,—dijo Anselmo.

—Hombre, no sea usted *jartizo*,—contestó la Jacintilla.—Si sabe usted que no, y que no, y que no, ¿á qué machaca usted? Hombre, usted no tiene vergüenza.

—Pare usted la jaca, cristiana, que quien viene no soy yo.

—Pues si no es usted, ¿quién es?

—Quién ha de ser, pedacito de gloria, sino mi amo el señor marqués de Casa Vaquera?

La Jacintilla se puso pálida y cambió de expresión.

—Vaya, pues dígale usted al señor marqués que muchas gracias,—dijo después de algunos momentos la Jacintilla.

—Mire usted, niña de mis ojos,—contestó Anselmo,—si usted se viene conmigo á las ancas de la jaca á la quinta de los Prados, hágase usted cuenta que yo no vuelvo á presentarme en todos los días de mi vida delante del señor marqués: que no; porque es capaz el señor marqués de pegarme un tiro creyendo que no he cumplido bien con lo que me ha mandado.

—¿Pero qué es lo que quiere el señor marqués?—dijo la Jacintilla.

—Hombre, qué ha de querer; que ha ido hoy á comer á la quinta con la señora marquesa y con el señor alcalde ma-

yor de Sevilla, y para regalar á su mujer y al señor alcalde mayor, quiere que usted vaya con la guitarra para que la oigan cantar.

—Hombre,—dijo la Jacintilla,—aunque no sea más que por conocer á la señora marquesa, voy; digo, eso es si mi abuela me deja ir, que será lo que Dios quiera.

—Tome usted, prodigio, ese par de onzas, y déselas usted á su abuela de parte del marquesito.

La Jacintilla tomó las onzas, y se metió para adentro.

A poco salió.

—Mire usted,—dijo la Jacintilla,—dice mi abuela que dos onzas son muy poca cosa por oirme á mi cantar.

—Pues allá van esas otras dos, y á ver si es bastante.

La gitana volvió á meterse para adentro.

Volvió á poco.

—Vaya, pues mi abuela, que está acostada porque le duelen las muelas, dice que bueno; pero yo le digo á usted que si usted viene aquí con engaños no le va á salir á usted la cuenta; porque yo soy una garduña, ¿usted entiende? y si el señor marqués me llama con mala intención, que no se queje el señor marqués de lo que suceda.

—Por su salucita de usted, señora Jacinta,—dijo Anselmo,—aquí no hay más que lo que se dice; y maldita sea la mala intención que tengamos para usted ni el señor marqués ni yo, y que si otra cosa hay, que se nos vuelva veneno y reventemos como el lagarto de Jaen. Pero oiga usted, madrinita, el señor marqués me ha dicho que se ponga usted de tiros largos y con todos los collares que usted tenga, y painada y retepainada con las trenzas sueltas, que las tiene usted muy hermosas; y en fin, que ya que es usted un serafin, parezca usted un serafin, ¿usted entiende?

—Hombre, vaya, aunque no sea más que por la marquesa; que quiero yo que la marquesa vea una gitanilla rumbona.

—¡Que sí!—dijo Anselmo.

—Y oiga usted, amigo, ¿es verdad que la señora marquesa es una hembra del todo, un cariño que para la sangre?

—¿A que salimos ahora con que tiene usted celos, señora Jacinta?—exclamó Anselmo.—¿A que está usted dando las boqueadas por mi amo?

—Quite usted allá, hombre,—dijo la Jacintilla con desden,—que yo no he boqueado ni puedo boquear por nadie, sino por una persona muy de mi regusto y que está penando y muriéndose por mí; digo, á lo que á mí me parece, porque yo todavía no me he visto en el caso; pero hasta los santos se alegran de ver una cara buena, y á mí me han dicho que la marquesa es un cielo. Con que entreténgase usted por ahí y vuelva usted dentro de media hora, que ya estaré yo lista.

—Vaya, pues hasta la vuelta, tirana,—dijo Anselmo.

La Jacintilla se metió para adentro, y Anselmo, llevando la jaca de la mano, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y de mal humor porque la hermosa gitanilla le había tratado como siempre, con una dureza de pedernal se fué á la orilla del río, ató la jaca á un árbol y se tendió sobre la yerba.

Cuando creyó que había trascurrido la media hora volvió, y se encontró ya en la puerta esperándole, á Jacintilla, hecha una reina y con la guitarra en la mano.

—¡María Santísima!—exclamó Anselmo.—Yo me voy á ahorcar.

—Pues si lo deja usted porque le falta á usted cuerda,—

contestó la gitana,—yo se la daré á usted, y de balde. Vaya, deme usted el pie para que yo salte á las ancas; pero oiga usted, yo le he dicho á mi abuela que si no vuelvo esta noche, es porque de verdad está allí la señora marquesa y me quedo con ella, porque si esta es una haratada de usted, ó me encuentro con que el señor marqués está solo en la quinta, yo me vuelvo á pie, hombre, y porque yo no me de esa andancia, hable usted claro y vuélvase usted atrás que á los arrepentidos los quiere Dios.

—Que malos *mengues* me *tragelen* si no están en la quinta la señora marquesa y el señor alcalde mayor de Sevilla,—dijo Anselmo.

Este juramento que hemos subrayado y que quiere decir: que malos demonios me coman, tiene tal fuerza para los gitanos, que la Jacintilla no dudó, levantó uno de sus pequeños pies y le puso sobre otro de Anselmo, que ya estaba á caballo, y saltó á las ancas con una agilidad admirable.

Anselmo puso la jaca al galope, diciendo para sí:

—Si no fuera por el miedo que le tengo al amo, no paraba yo de correr con ésta hasta que llegáramos á Tetuan.

CAPITULO XLII

De cómo un hombre puede creerse aborrecido siendo adorado.

—Y oiga usted, madrina,—dijo Anselmo á poco rato de haberse puesto en marcha;—conforme me tiene usted agarrado por la cintura para no caerse, ¿por qué no me agarra usted con el corazón para que no me lleven los diablos?

—Hombre, porque no, y porque no, y porque no tengo que decirle á usted otra cosa sino porque no, porque nada me dice usted, aunque me diga usted todo lo que usted sepa y más que sepa; porque, en fin, usted para mí ni fa ni fo, como si fuera usted un marmolillo.

—¡Ay, tirana, tirana!—exclamó Anselmo.—Me va usted asesinando con ese brazo que me tiene usted rodeado á la cintura.

—Hombre, no me he de caer, y el aparejo es corto y la jaca tiene muy malos movimientos, y que cuando una mujer va de esta manera, tiene que agarrarse; pero lo dicho,

hombre; figúrese usted que lo que yo agarro es un marmolillo.

—Mire usted, criaturita, ¿le pasaría á usted lo mismo si yo fuera el señor marqués?

—¡Jesús qué fatiga!—exclamó la Jacintilla.—¡Y qué hombre tan pegajoso y tan *jartizo!* Bastante cosa le importará á usted.

—Pues mire usted, madrina, me parece á mí que usted le hace cosquillas en el corazón á mi amo, porque cuando me estaba hablando de usted, y cuando me decía que trajera usted las trenzas sueltas, porque las tiene usted muy hermosas, se le encandilaron á mi amo los ojos que parecían dos ascuas.

—¡Jesús qué tormento de hombre!—dijo la Jacintilla.—¿Y usted no ha quedado para otro oficio, hermanito?

—Hombre, si yo no lo hago más que por verla á usted enamorada, y desesperada, y vengarme,—exclamó Anselmo.

—¡Habrá pendón de hombre!—dijo la Jacintilla.—Sobre todo no mienta usted, porque eso de que yo me desespere por un hombre es mentira. Qué, ¿cree usted que me había yo de haber desesperado por ningún hombre que me gustara á mi? ¿Pues no sabe usted que yo soy hechicera?

—¿Dónde tiene usted los hechizos, madrinita?

—Vuelva usted la cabeza, hermano.

Anselmo volvió la cabeza, y se encontró con la resplandeciente mirada de la gitana, una mirada inmensa, lúcida, irresistible, que trasfiguraba la hermosura de la niña, que la hacía sobrenatural.

—¡Jesucristo!—exclamó Anselmo.—¡Ay madrina, usted me ha matado, usted me ha hecho mal de ojo! ¡Ay lucero de Dios, usted me quiere á mí!

—Vaya, hombre, no sea usted tonto,—dijo la Jacintilla; —¡qué he de quererlo yo á usted! Es que para que usted se convenza de que no hay quien me resista á mí, he asomado á los ojos un volcancito que yo tengo en el alma, ¿usted entiende?

—Yo no entiendo, ni veo, ni oigo,—dijo Anselmo;—yo soy hombre muerto.

—¿Usted cree,—dijo la Jacintilla oprimiendo dulcemente el talle de Anselmo,—que si yo estrechara así en un abrazo al marqués y le mirara á dos dedos de las narices como le he mirado á usted, el señor marqués no dejaría lo temporal y lo eterno por mí?

—¡Ay madrina, que yo creo que se deja el alma, la vida y el corazón por mucho menos de lo que usted vale!

—Pues, so trasto,—exclamó la Jacintilla;—si usted pasa todo eso por mí, ¿cómo sufre usted que otro me llame y otro piense en mí, y todavía me aconseja usted que le quiera?

—Por vengarme,—exclamó Anselmo.

—¡Hombre, por vengarse?

—Sí señora, sí, porque yo no sabía lo que usted valía, y yo decía: «Si á ésta que no me quiere y que me tiene á mí derretido el corazón, la engatuso yo y la enredo con el marqués, y ella se enamora de él, no tardará mucho tiempo en penar por mi amo como yo estoy penando por ella.» Hombre, cada uno tiene su manera de vengarse, y no le había yo de cortar á usted el pescuezo porque usted no me quisiera; pero desde que me ha mirado usted como me ha mirado, me vuelvo atrás, corazón mío, y le pido á Dios que usted no mire al marqués como me ha mirado usted á mí, porque si le mira usted de esa manera, se deja el marqués

á la marquesa, y hasta la Biblia, y se va con usted y no vive más que para usted. Bien es verdad que yo no lo veré eso, porque me ha matado usted, mujer.

—Oiga usted, hermanito, vuelva usted otra vez la cabeza.

—Déjeme usted en paz, mujer, que si le vuelvo á ver á usted los ojos de aquella manera, me voy á caer de la jaca.

—Vaya, hombre, hágame usted el favor, que se lo pido yo á usted.

Anselmo volvió la cabeza.

Encontró otra mirada más conmovida aún, más expansiva; una mirada indudable: se sintió adorado por la Jacinta.

—¡Bendita sea la madre que te echó al mundo, mujer!—exclamó Anselmo.—Ahora si que me voy á morir; pero va á ser... ¡que sé yo de qué va á ser! de una cosa que es más que la felicidad y más que la gloria y más que todo lo nacido.

—Vaya, hijo, que no eres tan torpe como yo creía,—contestó la Jacintilla.

—Pero óyete tú, niña,—dijo Anselmo,—¿en qué consiste esto? ¿por qué siempre me has quemado la sangre y me has tratado poco ménos que á puntapiés? y sobre todo, hombre, ¿por qué te pusiste amarilla cuando yo te dije que venia de parte del marqués?

—Hombre, de rabia, porque un hombre que quiere á una mujer, no debe venir á buscarla de parte de otro.

—Pero mujer, si yo no vengo de parte del marqués para ninguna cosa que te ofende á tí; si es de veras, hijita mía, que el marqués quiere que vayas para que cantes y bailes, tú sabes? ¿Y eso qué tiene de malo?

—Hombre; eso no,—dijo la Jacintilla.

—Si supieras qué dolor llevo yo en el cuerpo de resultas de haber creido yo que el marques te quería y de haberle dicho al marqués una cosa que el marqués la tomó á celos por tí que yo tenía de él. ¡Ay, tortolilla de mis ojos! me arrimó un puntapié que no me deja ir á gusto á caballo.

—¿Y usted, so sin vergüenza,—exclamó Jacintilla,—deja usted que le traten á puntapiés?

—Hombre, eso es porque hay dos cosas que yo quiero en este mundo y que pueden hacer todo lo que quieran conmigo, hasta desollarme vivo; esas dos cosas sois, la primera tú y la segunda el marqués.

—Pues mira, niño, quédate con la primera, y no quieras á nadie más, porque no sabes tú lo que son los celos de la Jacintilla.

—Pero criatura, yo no entiendo esto. ¿Con que ayer me tratabas como un trapo viejo y hoy me metes en el corazón?

—¿Y por qué es usted embustero y niega su casta, gachó? ¿Le da á usted vergüenza de ser gitano?

—¡Ay, madrecita mía! ¿Y quién le ha dicho á usted que yo soy gitano?

—Vaya, hombre, cuando le he rodeado á usted el brazo á la cintura, me he encontrado con que se le salía á usted esto de la faja,—dijo la Jacintilla.

Tenía en la mano un cuernecito de asta de ciervo, uno de esos amuletos que se pone en Andalucía á los niños para que no les hagan mal de ojo.

—Vaya, chiquilla, no seas embustera,—dijo Anselmo,—ni este cuernecito le llevan todos los gitanos, ni quiere decir que sea gitano el que lo lleva; eso va en la fé que cada

uno tiene en las cosas; á mí me parece que llevando esto no me va á pasar nada malo, y ve tú ahí.

—Pero, de veras,—dijo la Jacintilla,—¿eres tú gitano ó no? Porque sino eres gitano, no hay nada de lo dicho, aunque me muera.

—¿De veras, niña? ¿te morirías tú si yo no fuera *gachó*?

—¡Vaya, hombre! ¿Pues y quién crees tú que soy yo? ¿Cres tú que la Jacintilla es una mala hembra que se casaría con un castellano! Que te se quite eso de la cabeza, hermanito. Pero, vaya hombre, haz el favor de decirme si es verdad que eres un gitanillo como yo.

—Vaya, pues sí, mujer.

—¿Y por qué has renegado de la casta?

—Hombre, porque estimo al marqués; porque yo creo que el marqués es también gitano y me lo calla. ¿Has visto tú los ojos que el marqués tiene?

—Sí, hombre, sí, el marqués no es gitano; pondría cualquier cosa. Tiene así la mirada á lo *gachó*, y puede ser que no sea castellano; pero lo que es gitano no es.

Lo que tenía Caparrota era el sello de la raza india heredado de su madre.

—Y vaya, y bueno,—dijo la Jacintilla;—pero todavía no me has convencido de que has tenido razón para negar tu casta.

—Mira, cordera,—dijo Anselmo;—yo he conocido al marqués por ciertos asuntos; en fin, éstas son cosas hondas, que si un día veo yo que puedo tener confianza en tí te las diré. Aparte de que yo quiero mucho al marqués, me convenía servirle, yo se por qué, y tú lo sabrás también algún día. Al marqués le pareció bien ponerme de mayordomo de su quinta de los Prados, y le dije:

—«Oiga vuecencia, á los gitanos se les mira mal por los castellanos, y yo no quiero tener cuestiones con los otros mozos que estén en la quinta; si á vuecencia le parece, nos comeremos lo de gitano.

—»Como quieras, Anselmillo,—me contestó el marqués.

—Y ahí tienes tú, mujer. Un dia te encontré en el camino de Aznalfarache, que venías en un borriquillo, acompañada de otras dos gitanas, á pie, y me dió angustia, y se me enturbiaron los ojos, y yo no se cómo fué que te seguí á lo lejos, ¿te acuerdas?

—¡Vaya, que sí! ¿pues no me he de acordar, si á mí también me dió angustia cuando te ví?—dijo la gitana.

—¿Y por qué me echaste con quince mil de á caballo cuando te hablé?

—Porque creí que eras castellano, y yo decía: Madre mía, ¿á qué voy yo á querer á este hombre, si no me puedo casar con él? Lo mismo ha sucedido siempre que me has buscado y me has hablado, y te he tratado siempre mal para que te aburrieras y te fueras y no volvieras más. ¿Te acuerdas tú de la última vez que nos vimos, Anselmillo?

—Sí, mujer, fué en la Encarnación. Por cierto que me trataste como un trapo y me escupiste á la cara, que mira, por poco te mato, mujer; no porque me habías escupido, sino porque no me querías.

—Pues mira, apenas habías tu doblado la esquina, cuando el tio Ventarrones, que iba vendiendo tenazas y sartenes, y que nos había visto desdes lejos hablando, me dijo:

—«¡Calla, muchacha! ¿Conque Anselmo el Petaquero es tu novio?

—»Calle usted, tio Ventarrones,—le dije yo más ofen-

nida que si me hubiera llamado pringue de zorra,—¿usted cree que yo me peino para un castellano.

—«¡Castellano! ¡qué si quieres!—me dijo el tio Ventarrones;—como tú y como yo, y más ladrón que su padre, y á su padre le ahorcaron en Múrcia, porque le cogieron caballeando sin licencia de nadie. Y él es de los buenos, chiquilla, y tiene tres muertos y ha desnudado en este mundo hasta á San Antonio de Pádua.

—¡Ay, Anselmillo! Se me derritieron las entrañas; y en albricias le dí un peso al tío Ventarrones. ¡Jesús! De esto hace un mes, deseando verte con fatiga; vaya, hombre, y poniéndome flaca; ¡pues tú no has reparado en que yo no estoy tan gorda como la última vez que me ve viste?

—¡Qué había yo de reparar, mujer, si cuando te veo me deslumbro y toda la sangre se me revuelve y me entra la basca y me encomiendo á Dios, porque creo que me voy á morir!

—Mira, Anselmo, no seas *bulero*, que ya vendrá el tío Paco con la rebaja.

—¡Qué ha de venir, reina! si todo lo que yo te diga es poco. Pero si es verdad que te estabas muriendo por volverme á ver, ¿por qué cuando me has visto hoy me has puesto cara de herege?

—Hombre, porque se me figuró, y no me engañé, que te enviaba tu amor y has de saber tú que tu amo me ha quemado un poquito la sangre, y me dió rabia; pero ya ves, hombre, no he podido resistir y me he declarado. Y dí tú, tonto, ¿puede una mujer mirar á un hombre como yo te he mirado á tí sino queriéndole con sus entrañitas?

—De verdad que no.

—¿Y crees tú que si yo mirara así á tu amo?...

—No me lo digas, Jacinta, porque te corto el pescuezo, que éste es ya otro cantar; que después de haberme tú mirado como me has mirado, y después de haberme dicho lo que me has dicho, eres ya mi mujer, y á mi mujer no la consiento yo que gaste conmigo esas bromas.

—Y vaya, para que yo acabe de estar á gusto,—dijo la Jacintilla,—¿tu amo está solo, ó acompañado?

—Con su mujer y con el alcalde mayor.

—¿Y si estuviera solo tu amo?

—Mira, Jacinta, te lo digo con toda mi alma, y es de veras, el marqués me hubiera matado; pero yo no hubiera ido por tí.

—Hombre, quiero creerte aunque mientas,—dijo la Jacintilla,—y no hay más que hablar, tú mío, y yo tuya. Mi abuela y mi tío y toda mi parentela, no quieren más que lo que yo quiero; conque á casarnos y que tu amo nos apadrine y á vivir.

—¡María Santísima,—exclamó Anselmo,—y vaya si yo tengo resistencia!

—¿Por qué dices eso, chiquillo?

—¡Toma! Porque no me he muerto todavía: y la cosa no es para ménos; porque mira tú que si tú supieras...

—Que te calles, que ya lo sé,—dijo la Jacintilla,—y por aquí no nos quedamos cortos; pero todavía no estoy yo muy segura de si me quieres todo lo que yo quiero que me quieras.

—Pues á ver si es verdad,—dijo Anselmo.

—Oye, qué son las cosas hondas que hay entre tu amo y tú?

—¡Toma! Que mi amo es mi capitán.

—Pues cállate y no digas más, que basta. ¡Jesús qué cosa! ¡Todo un caballerote, y marqués!

—Y con excelencia, porque es grande de España.

—Vaya, pues me alegro,—dijo la Jacintilla.

—Bueno, pero á ver si tú eres honda como un pozo.

—Pues por supuesto, hombre.

—Oyete tú, niña; como hemos hablado á gusto hasta ahora, es menester que hablemos. Tú estás hecha una moza que mete miedo; pero tú eres muy niña, corazoncillo.

—Catorce añitos aún no cumplidos, buen mozo. Y dime tú ¿Cuantos años tienes tú?

—Veintitrés.

—Al reló.

—¿Cuántos me echabas tú?

—Yo ninguno, ni he pensado en eso; me gustabas y nada más. ¿Y ya has hecho tú tres muertes, chiquillo?—le preguntó Jacintilla.

—Tres empeños de honra.

—¿Y no te han metido en el *estaribel*?

—¡Quiá, mujer! Yo no hago esas cosas delante de gente, y los muertos no hablan.

—¿Y tienes mucho *parné*, muchacho? Yo por mí no lo digo, ya lo verás tú, yo tengo bastante con que me gustes; pero mi parentela no es lo mismo, y que yo tengo cinco mil ducados de dote y te van á pedir lo menos otro tanto, y yo quisiera que no hubiera disgustos.

—Pues lo que yo tengo dobla tres veces tu dote, rosita temprana.

—¡Ay qué bien! Pues nada, chiquillo, les cantaremos y les bailaremos á esa señorita y á esos señores, y andando.

—Oye tú, Jacintilla, ¿y por qué me preguntaste si era hermosa mi ama?

—Pues cualquiera lo entendería; porque tenía celos; por-

que á esas señoronas les gustan los buenos mozos, y como para mí tú eres el mejor mozo que hay en el mundo, y como creemos que lo que nosotros queremos todo el mundo lo va á querer, ve tú las cosas.

—Mira, chiquilla, ¿no has estado tú nunca en los Prados?

—Nunca.

—¿Ves tú aquella torrecita blanca que sale por encima de los árboles?

—Sí, que tiene una veletilla que parece un gallo.

—Sí, niña de mis ojos. Pues mira, esa es la quinta de mi amo, y dentro de cinco minutos estamos en ella. El amo me ha dicho que cuando leguemos le avise: el amo te va á ver á solas, á ver cómo tú arreglas la cosa de manera que el amo no tenga que consentirse en ninguna tontería.

—¿En qué quedamos? ¿Pues no dices que con el capitán están su mujer y el alcalde mayor?

—Sí, mujer, sí,—dijo Anselmo;—pero el amo tiene que decirte lo que tienes que hacer, y no estoy yo seguro si te dirá algo más, y eso más es lo que á mí me importa.

—Pues descuida, hijo mío, que yo haré que eso más sea lo de menos.

—Es que vienes tan hermosísima, mujer, que á mí se me abren las carnes.

—Pues mejor para tí; y no seas tonto, que te se quiere bien, muchacho, y ofendiéndote á tí, más que á tí me ofendería yo misma. Ni hecha tajadas, corazón, que Dios me ha criado á mi para tí, y no más que para tí. En fin, ¿á qué hablas, cuando tu sabes lo que es un corazón gitano? A no ser que tú tengas por ahí algunos otros quereres y creas tú que soy como tú.

—Qué he de querrer yo á nadie, si desde que te vi ni á mí mismo me quiero, mujer.

—Pues *sonsí*, y á verlas venir que ya hemos llegado.

En efecto, estaban al fin de una avenida de árboles en la cual se encontraba la puerta de la verja de la quinta.

Anselmo, habiendo saltado á tierra, desmontó á Jacintilla y llamó.

Poco después, Anselmo, que había dejado su jaca á un mozo, introdujo á Jacinta en una sala baja, y se fué al jardín, al fondo del cual estaban todavía á la mesa Patrocinio, don Miguelito y el alcalde mayor.

Anselmo no hizo otra cosa que dejarse ver, y desapareció.

Poco después, don Miguelito entraba en la sala baja, donde, sentada en un canapé, tan á gusto como si hubiera estado en su casa, encontró á la Jacintilla.

CAPÍTULO XLIII

De como don Miguelito se encontraba cada día más y más comprometido, y más y más empujado hacia el camino

—Ni hecha á pincel,—dijo don Miguelito sonriendo á Jacintilla,—se puede dar una cosa más bonita.

—¡Vaya!—contestó Jacinta sonriendo;—pero hágame vuecencia el favor de no seguir, no lo oiga mi marido y se encele, que no tengo yo necesidad de que me ande en el bulto.

—¡Calla, muchacha! ¿pues y cuándo te has casado tú?

—Mire vuecencia, como me voy á casar en seguida, ¿á qué es andar con miserias? me doy ya por casada.

—Eso es hablar mucho, mujer.

—No, señor marqués,—eso que vuecencia dice es entender las cosas de otra manera que como quieren decir.

—Perdona, mujer, que yo no he querido ofenderte.

—Calle vuecencia, que se me figura á mí que se me conoce la honra en la cara.

—Eso es curarse antes de que nos peguen el palo.

—Como que vuecencia va á ser nuestro padrino y la señora marquesa nuestra madrina.

—Vaya, mujer, con mucho gusto. ¿Y quién es el dichoso?

—Un hombre á quien vuecencia quiere muchísimo, un buen mozo del todo: el Petaquero.

—¿Sabes tú, muchacha, que Anselmo se llama el Petaquero?

—¿Y por qué sabe vuecencia que se llama el Petaquero Anselmo?

—Si yo le pegara ahora mismo un tiro á Anselmo y en seguida te ahogara á tí, no haría más que lo que debía.

—Y buena culpa tendría, el pobre,—dijo Jacintilla, que permanecía sentada, ni más ni ménos que si hubiera sido una dama que recibía una visita;—al Petaquero hay quien le conoce, porque en fin, hay gente para conocer á todo el mundo; y cuando vuecencia le conoce también, es que á vuecencia le gustan los buenos mozos, y que vuecencia es un buen mozo también.

—Me pareces tú una buena moza.

—Mire vuecencia, mi cuerpo y mi alma son del hombre á quien quiero, de mi marido; pero en las entrañitas de mi marido y las mías son para servir á vuecencia.

—¡Vaya una conversación que se ha armado entre nosotros!-dijo don Miguelito;-¡y vaya un atrevimiento el tuyo!

—¡Toma! Es que yo estaba rabiando por decir á vuecencia, aquí estamos todos; y sobre todo, para que vuecencia sepa que quien ha tenido valor para ponerse en peligro de que vuecencia la mate, lo tiene para guardar la honra de su marido. Y ahora, vuecencia haga lo que que quiera; pero

créame vuecencia, como él sirve á vuecencia, le serviré yo; yo valgo lo que vuecencia no sabe.

—Pues, chiquilla, vuélveme loco á la justicia, que está comiendo conmigo.

—¿Y cree vuecencia que el señor alcalde mayor se enamorará de mí?

—Hija, pues si me parece á mí que si no me tengo firme en los estribos soy hombre muerto. Ven acá, mujer, ven acá, que te dé de lleno la luz de esa ventana.

—Vaya, si es un antojo, ¿por qué no?

—¡Bonita y retebonita! ¡mucho! es cosa de tener envidia de esa diablo de Petaquero. En fin, salud y á ser felices, y á ser leales, y á servirme bien; vamos, me pareces una mujer muy veraz y muy valiente. Para que yo descanse, porque no me gustaría que el Petaquero hubiera sido un boquirrubio, ¿te ha dicho él lo que tú me has dado á entender, Jacinta?

—¡Que no! por la salucita de la señora marquesa,—dijo la Jacintilla;—quién me lo ha dicho ha sido vuecencia mismo cuando me ha dicho que sabía que Anselmo se llamaba el Petaquero: y esto, junto á que yo soy gitana, me lo ha dicho todo; porque, ¿cómo vuecencia sabía un álias que Anselmo oculta sin saber por qué oculta su álias Anselmo? Mire vuecencia, Anselmo ha caballeado en Múrcia, Anselmo está sentenciado á muerte en rebeldía; Anselmo tiene tres muertes, sin las que no se dicen; si vuecencia sabe esto, ¿por qué le tiene vuecencia en su casa? Y á más de eso, que á vuecencia le estoy yo viendo una nube en la frente.

—Déjate de agüeros chiquilla,—dijo don Miguelito sonriendo de una manera escéptica.

—Ya se yo,—dijo la Jacintilla,—que vuecencia no cree



Lit - Felipe Gonzalez Rojas - Editor

—¡Ven, ven acá, canalla!

ni en Dios ni en el diablo; pero créame vuecencia; vuecencia se va á perder por una mujer.

—¡Bah, bah! Eso se le dice á todos,—exclamó don Miguelito.—Déjame á mí de sinos ni de horóscopos, que no creo en ellos como no creo en que el Petaquero no te ha dicho nada de mí. Le perdono porque conozco que tú eres un diablillo tentador, que eres muy larga y que le has sacado del cuerpo sin que él lo pudiera remediar lo que tó querías saber. En fin, aunque yo no soy gitano, me parece que me puedo fiar de tí, Jacinta: la marquesa y yo os apadrinaremos; pero con una condición, que me has de volver loco al alcalde mayor.

—Pues con un poquito de yerbas machacadas basta, y de esas yerbas las hay por todas partes.

—Es que yo no quiero eso,—dijo don Miguelito,—porque si tú le vuelves el juicio con un brevaje al alcalde mayor, ponen á otro en su lugar que puede ser más lince que él. Entiende como yo quiero que le vuelvas loco: con una locura que no se la conozca nadie.

—Bueno; pues dígale vuecencia á Anselmo que no tenga celos.

—Me parece que no tengo que decírselo.

—¿Y por qué, señor marqués?

—Porque por celos está escuchando detrás de la puerta; y si no, mira.

Y don Miguelito se lanzó de una manera tan rápida á la puerta de la sala, que atrapó á Anselmo antes de que pudiera escurrirse por la puerta de la antesala.

—Ven, ven acá, canalla,—le dijo,—y agradece lo que yo estimo á tu mujer, que si no, había llegado ya tu última hora.

—Señor marqués, que yo no he vendido á vuecencia,—

exclamó temblando el Petaquero.—Mire vuecencia lo que le voy á decir: que Dios me la mate antes de que se case conmigo, si yo la he dicho una palabra.

—Vamos, será menester creerlo,—dijo don Miguelito.—¿Pero tú has oído?

—Sí señor, sí; ya puede ella hacerle cuantas carantoñas quiera al alcalde mayor, que yo la doy licencia.

—Pues no hay que hablar más de esto,—dijo don Miguelito.—Vamos á otra cosa. Llévala por la calle de árboles que está junto al lago, y que de improviso se presente cantando y bailando dentro de un rato, ¿entiendes?

—Si señor.

—Y tú, Jacintilla, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Descuide vuecencia.

—Pues hasta luego.

Y don Miguelito se volvió al jardín.

CAPITULO XLIV

De como Caparrota ayudó á la locura del alcalde mayor para hacerla de todo punto de remate

El alcalde mayor se había ido consolando y conformándose con la situación á medida que habían ido avanzando la comida y las libaciones.

A cada momento le iba pareciendo más digno de envidia don Miguelito.

El alcalde mayor se iba echando á perder, se iba corrompiendo; no era ya aquel severísimo y grave magistrado, aquel tieso caballero que á todos imponía un temeroso respeto antes de conocer á la Pajarita de las Nieves.

Hasta entonces, el alcalde mayor había parecido lo más razonable del mundo; había comprendido su verdadera situación, y había guardado una gran fidelidad á la memoria de la difunta marquesa de la Pampanera, que había sido una de las hembras de más campanillas, y más séria y más grave y más estirada que podía darse.

Si la ilustre doña Catalina hubiera levantado la cabeza y hubiera visto á su queridísimo esposo el señor don Bartolomé enrocinado á sus setenta años por una chicuela como la Pajarita de las Nieves, y sobre todo, si hubiera visto al susodicho señor don Bartolomé poniendo el mejor de los collares que ella había ostentado en la bonita garganta de Remedios, no sabemos adónde hubiera llegado el furor de ultratumba de la ilustrísima señora doña Catalina de los Campaniles, marquesa de la Pampanera y *alcaldesa mayor* de Sevilla.

En efecto, ese duende ó ese diablo que se llama amor, había, como hemos visto, desmoronado la firmeza, la severidad y la tiesura del señor marqués de la Pampanera, le había convertido en un chiquillo y le había cubierto de todas las ridiculeces que caen sobre los viejos enamorados, y la mayor de todas las ridiculeces había sido la de creer que era apto para el amor, y mucho más apreciable que un jovenzuelo que no sabe donde tiene el corazón ni lo que vale la mujer.

Esto había pervertido el juicio, antes recto y exacto, del señor marqués de la Pampanera, y era lo peor, que consentido don Bartolomé en que la edad del amor y de la juventud y de los placeres había vuelto para él en el ocaso de su vida, se había quedado *per istam* al perecer la Pajarita de la Nieves, aquella maga que de tal manera le había trasformado y trastrocado y trastornado y trasfigurado.

El alcalde mayor se había quedado sin saber adonde volverse, como un toro encarnizado en la lidia, al que hubiesen dejado de repente solo en el redondel.

Este era en gran parte el secreto del agudo dolor del señor don Bartolomé.

¿Dónde iría él á buscar otra Remeditos?

Por esto se avispaba cada vez que Patrocinio le sonreía y le hacía ver una mirada relampagueante que le enardecía la sangre y le hacía saltar sobre la silla.

Habían comprendido perfectamente Caparrota y Patrocinio que el alcalde mayor estaba picado de la mosca y en un perfecto estado de *cuca;* había que evitarle para evitar la cornada.

Por esto se había pensado en la Jacintilla.

El alcalde mayor no estaba aún bastante loco y había necesidad de acabar de enloquecerle.

Nada tan apropósito como la gitanilla. Era una morena mórbida, graciosa, viva, incitante, con una juventud poderosa con nn brillo de ojos irresistible, y con una sonrisa picaresca, intencionada, voluptuosa, espiritual, satánica; todo en ella era gracioso y bonito y turgente y puro y bello á la par: tenía sobre todo ese *quid* de las gitanas, y además, una cabellera admirable que marcaba en ébano, su semblante de un moreno dulce, de uno de esos morenos pálidos que representan el fuego de la pasión. Era alta, esbelta, llena, redondeada, con deliciosos contornos, ya se tratase de su garganta, de sus hombros, de su seno, de sus brazos, de sus piernas; el pié particularmente era una monería.

Se trataba, en fin, no menos que de la reina del Errumblar.

Don Miguelito al acordarse de ella había cometido la más inícua de las traiciones contra don Bartolomé; le había asestado un golpe á muerte.

Y no era que la Jacintilla fuese más bella que la Pajarita de las Nieves; pero la igualaba por lo ménos, la llevaba la ventaja de una mayer travesura, de lo incitador de su na-

turaleza de gitana, y sobre todo, de que aquello llovía sobre mojado, y de que el alma del alcalde mayor se había quedado sedienta, hambrienta, rabiosa.

El resultado debía ser magnífico.

Los vinos generosos, los manjares suculentos, las coqueterías; la belleza del paraje en que se encontraba, la luz ya lánguida y poética de la tarde, el ambiente embalsamado, esos ruidos campestres que tienen tal melancolía y tal encanto para el que vive continuamente en las poblaciones; todo, en fin, era voluptuoso, bello, enlanguidecedor, halagador, irresistible.

El alcalde mayor se sentía verdaderamente feliz; se le había colocado con una gran maestría en aquella situación; se le había tratado á la alta escuela, se le había preparado, en fin, admirablemente; se había excusado toda conversación que tuviese algo de triste, de sombrío ó de grave; por consecuencia, se había relegado la historia del Fraile Negro; aquella historia que estamos aún esperando y que los acontecimientos no nos han dejado conocer aun más que en su siniestro desenlace.

La conversación había sido de todo punto galante.

Don Miguelito había estado vivo y decidor. Patrocinio, picante, hechizera en cuanto le permitía la decencia; la comida había sido deliciosa.

Empezaba á caer la noche.

Las formas empezaban á indeterminarse.

Los cisnes, los patos, los ánades habían desaparecido del lago; en cambio le argentaba la luna llena, débil aún, porque su luz luchaba todavía con la de la tarde aspirante.

Alguno que otro ruiseñor cantaba entre las enramadas; acá y allá los grillos dejaban oir su canto áspero y monó-

tono; pero alegre y joven, por decirlo así como la primavera que los producía.

El espumoso champagne, herbía en las largas copas; y los ojos del desventurado alcalde mayor brillaban de una manera fosforescente, y en ellos se notaba ya algo del extravio de la insensatez.

De improviso el pobre anciano se irguió.

Sus ojos brillaban con más fuerza, y escuchó con una atención de niño, con una sonrisa entre candorosa y estúpida.

Frente á él se abría la entrada de una avenida oscura ya por lo espeso de su follaje, y del fondo de aquella avenida, surgía un leve puntear de guitarra dulce, cadencioso, lento, meláncolico, extenso, como el canto del árabe que atraviesa con la carabana el desierto.

Era en verdad una verdadera música árabe; esa música característico que ha quedado en Andalucía como una tradición de los hijos del profeta.

Aquella armonía se fué acercando, fué acentúandose más y más, fué acreciendo en encanto, en vigor.

Don Bartolomé continuaba escuchando con una atención febril, y á cada momento la espresión de beatitud, de delectación de su viejo y demacrado semblante aumentaba; cada momento se hacía más lúcida, más insensata su mirada.

Caparrota y Patrocinio le abarcaban con su profunda mirada, le observaban, y le comprendían suyo.

El alcalde mayor se inhabilitaba más y más.

Una nueva locura se iba apoderando de él.

La tentadora música avanzaba.

—¡Oh! Esto es admirable, esto es inmenso,—dijo el al-

calde mayor;—no sé como agradeceros amigos míos lo que por mí haceis: esto es un edén.

De improviso una forma extraña, pero con una bellísima extrañeza, salió de entre la oscura entrada de la avenida, se lanzó en el espacio que se extendía delante de la mesa, bailando, tocando la guitarra, cantando y dejando ver tentadoras inflexiones á cada movimiento, á cada giro, á cada avance, á cada retroceso.

Era Jacintilla que bailaba el ole acompañándoselo y cantándoselo.

Se agitaban sus collares y sus cadenas al compás de la danza, ondulaban sus pesadas trenzas, se acercaba, dejaba ver el fuego de sus ojos y la magia de su sonrisa al alcalde mayor, y de improviso retrocedía, se alejaba llevándose consigo el relámpago de sus ojos y la tentación de su sonrisa.

El alcalde mayor, olvidado de todo, llenó una copa, la tomó, se levantó y se fué al encuentro de Jacintilla.

—Que sí,—dijo ésta poniéndose la guitarra debajo del brazo y quedando inmóvil.—Que Dios se lo pague á usted señor. ¡Ay que señor tan bueno! Vaya, pues venga de ahí señor, que á mi me va á gustar más lo que usted deje, y que así sabré sus pensamientos.

—¡Vaya una criatura, señor!—Exclamó don Bartolomé, cuya mirada se encarnizaba en los encantos de aquella niña diabólica, que la luz de la luna, penetrando por una avertura de la arboleda iluminaba de lleno, prestando no sabemos qué de fantástico á su fuerte belleza.

El alcalde mayor viciado ya por todas aquella ilusiones que se había hecho respecto á la Remeditos, estaba cogido de nuevo.

La terrible Jacintilla se había apoderado de él de tal manera, que el pobre don Bartolomé de lo que menos se acordaba en aquellos momentos era de la Remedios.

Pero por mucha que fuese la locura del alcalde mayor, y por mucha confianza que tuviese con don Miguelito y con Patrocinio, comprendió que pasar más adelante era ponerse en ridículo. Se volvió pues, á su silla y dijo á Patrocinio:

—Verdaderamente que hay obras de Dios, que nos obligan á admirarlas; particularmente entre los gitanos se encuentran mujeres maravillosas, y esta pobre chica es una de ellas. ¡Lástima que con la licencia que tienen los gitanos se pierda!

—Pues en mano de usía está que yo me gane,—dijo Jacintilla.—¿Por qué no me pone usía en sitio donde yo esté bien guardada? Que mire usía, señor, que yo tengo una abuela capaz de venderme por dos reales el día que no tenga para aguardiente; y sabe Dios cómo estaría yo ya, tirada por esos suelos si no fuera porque... mire usía, señor, todo va bien mientras no se pierda la honra; y si yo tuviera la fortuna de que usía mirase por mi, y me pusiese en una casa de la confianza de usía ya sería gente cristiana y de honra, haría usía una obra de caridad.

—Vaya chiquilla,—dijo Patrocinio á Jacinta;—¿y qué necesidad tienes tú de incomodar al señor alcalde mayor estando ya en una casa tan buena como la mía, puesto que dices que tu abuela es una bribona?

—Mire vuecencia,—dijo la Jacintilla,—es para mí una bribona porque no es mi abuela.

—¿Cómo?—exclamó Patrocinio.

—Sí, sí señora, y yo tengo para mí que no soy gitana; porque yo no tengo ningún pariente, y mi abuela no es mi

abuela, y yo de alguna parte he venido, y dicen los gitanos viejos, que una noche, estando cerca de Ecija entró alguien en el rancho de los gitanos y me dejó á la puerta de la tía Pulpejo, que entonces acababa de quedarse sola, porque se le había muerto su última hija de una paliza que la había dado su marido. Pero, en fin, señores, esa es una historia muy larga, y ya que la señora marquesa tiene la caridad de decirme que me quede en su casa, ya habrá tiempo para que le cuente á usías esa historia.

La verdad del caso era que á la Jacintilla no se la ocurría por el momento el embuste que necesitaba para engañar al alcalde mayor y hacerle creer que ella no era gitana, sino una hija perdida y tal vez de muy buena familia.

—Tienes razón, Jacinta,—dijo Patrocinio;—en casa te quedas desde ahora, y como el señor alcalde mayor es nuestro amigo y vendrá aquí con frecuencia, habrá tiempo sobrado para que tú nos cuentes lo que sepas de tu historia, que debe ser muy corta.

—Pues se engaña vuecencia, señora marquesa,—dijo la Jacintilla,—porque así con los pocos años que tengo, mi historia es enrevesada: ¡y si viera vuecencia qué historia! ¡qué, ni las de Córdoba!

—Vaya, pues dejémosla para otra vez,—dijo don Miguelito,—y vamos á ver Jacintilla, si entonas la caña para que el señor alcalde mayor sepa hasta dónde puede llegar un ruiseñor gitano.

—No, no, hija mía,—dijo el alcalde mayor,—no te canses; tiempo habrá para todo, y á más de eso es ya tarde, y yo tengo que volverme á Sevilla.

—¡Bah! ¡y yo que le tenía dispuesto á usted lecho, don Bartolomé!—dijo don Miguelito,—¿á dónde va usted á es-

tas horas? ¿qué falta hace usted á estas horas en Sevilla?

—Mi querido don Miguel,—dijo el alcalde mayor,—yo me quedaría de muy buena gana; pero ¿y mis procesos, esos terribles procesos que pesan sobre mí?

—Mañana será otro día, señor don Bartolomé,—dijo Patrocinio; Jacinta, hija mía,—añadió, dirigiéndose á la gitanilla,—vete y dile á la Rosalía que estará en la cocina, te acomode en su cuarto, porque tú ya no sales de mi casa, hija mía; sería para mí un cargo de conciencia después de lo que nos has dicho.

—Vaya, pues Dios se lo pague á vuecencia, señora,—dijo Jacintilla,—y buenas noches.

Y se fué saltando y punteando al mismo tiempo su guitarra.

—Alegre y viva como una alondra,—dijo don Miguelito.

—Un prodigio,—exclamó con más vehemencia que lo que convenía á su gravedad el alcalde mayor;—y esa historia, esa historia...

—¿Quién sabe lo que puede ser la historia de Jacinta?—exclamó Caparrota; ya sabe usted, don Bartolomé, lo ladrones de niños que son los gitanos; y ya que Jacintilla nos ha hecho esta revelación, deduzcamos. ¿No le parece á usted demasiado delicada la belleza de esa niña para que pueda suponerse que no es gitana, sino proveniente de una buena raza? En verdad que hay gitanas muy hermosas; pero tienen siempre algo de bravío, algo de salvaje, y la de Jacinta es una belleza dulce, una belleza de otro género.

—¡Ay, amigo don Miguel,—exclamó el alcalde mayor lanzando un profundo suspiro, con el cual parecía haber salido parte de su alma;—yo debo estar empecatado; conmigo se ha hecho alguna herejía, á mí se me ha dado algún

bebedizo, no puede ser de otra manera; yo no me reconozco.

—En efecto,—dijo don Miguelito,—la Carmen, la mujer de Oreja y Media, á lo que yo he podido juzgar alguna vez que la he visto en su casa de usted, debe tener algo de hechicera; su mirada es irresistible y hace daño.

—En verdad que sí,—dijo el pobre marqués de la Pampanera;—yo me acuerdo de que muchas veces, mirándome la Carmen, me hacía bajar los ojos y yo sentía dentro de mí algo que me perturbaba.

—Vamos claros, señor don Bartolomé,—dijo don Miguelito,—¿se valió usted acaso de Oreja y Media para aproximarse á la Remedios?

—Oreja y Media tenía toda mi confianza,—dijo el alcalde mayor;—me engañaba el infame; yo no le hubiera creído capaz de hacerme traición; yo había conocido á la Remedios casa de la marquesa de Casariegos, y me había interesado por ella hasta el punto de sentir la tentación de solicitarla, ¿pero cómo hacía yo esto? ¿cómo, atendido lo grave de mi carácter podía irme yo con pretensiones en casa de una señora tan respetable y tan severa como la marquesa de Casariegos? Procuré rechazar la tentación; pero me había interesado demasiado la pobre Remeditos; me valí, pues, de Oreja y Media.

—¡Ay, don Bartolomé!—exclamó Caparrota;—esa fué una imprudencia imperdonable; desde este momento usted ha sido robado; es decir, desde el momento en que usted se confió á ese canalla, él pensó en utilizar la debilidad de usted para su negocio. Indudablemente, don Bartolomé, usted ha sido hechizado por la Carmen.

—¿Pero verdaderamente usted cree en los hechizos, amigo don Miguel?

—Como creo en Dios, don Bartolomé; porque creo en Dios, creo en el diablo, y el diablo es un perverso sujeto que no para nunca en su obra de perturbación del alma de las criaturas para hacerlas suyas. El diablo se vale de brujas y de hechiceras para llegar á sus fines, y las enseña su ciencia maldita. Es lástima que el rey nuestro señor, al volver á España, haya restaurado de una manera incompleta el sistema del gobierno absoluto; se dejó la inquisición en el tintero; la inquisición conocía, ó mejor dicho, olía á estas esclavas del diablo que trabajan para el diablo, con más fervor que un misionero para llevar el conocimiento de Dios á los idólatras. Yo no se cómo lo habrá hecho la Carmen; pero observando lo que á usted le pasa, estoy seguro de que la Carmen, valiéndose de algún medio maldito, le ha rejuvenecido á usted la sangre de tal manera, que á los setenta años se encuentra usted tal como si tuviera dieciocho, en cuanto al alma y á las aspiraciones.

—Pues es verdad,—exclamó con un acento singular y como espantado de si mismo el alcalde mayor,—ye siento en mi una sangre terrible, una sangre juvenil; yo había prescindido del amor sin violencia de ninguna especie, de una manera natural; veía tranquilamente á las jóvenes más hermosas; cuanto más, lo que sentía por ellas era un afecto paternal; ¡pero ahora, ahora, Dios mío! Indudablemente, Señor, indudablemente, yo debo estar hechizado; yo me escandalizo de mí mismo; yo me apasioné de la pobre Remedios, como hubiera podido apasionarse un muchacho de quince años; yo no pensaba más que en ella; yo había llegado hasta el punto, ya lo saben ustedes, de decidirme á casarme con ella, á pesar de todo. Yo decía para mi: esto es que nuestras almas simpatizan, esto es que hay algo mis-

terioso que nos une, que hace que la ame como si fuera un niño, y que ella me ame con toda su alma sin que pueda impedirlo el ser yo viejo. ¡Ah! yo me explicaba lo que sentía de esta manera, ¿pero cómo explicarme lo que ahora me sucede? Antes de ver á esa niña, yo agonizaba, yo no podía olvidarme de la desdichada Remedios, yo me desesperaba, yo lo creía todo acabado para mi, y ahora que trato á ustedes con una grande confianza, amigos míos; ahora veo que todo el amor que yo tenía á Remedios, y aun más, se cifra en otro objeto; en esa gitanilla. Sí, si, indudablemente, amigo mío; yo debo estar hechizado, yo debo estar perdido; pero yo pondré remedio á esto, yo me iré á buscar mañana mismo al padre maestro don fray Cenón de Villegas, de la orden de predicadores, gran exorcisador, al que no hay demonio que se resista, para que me saque los malos del cuerpo.

—Y hará usted muy bien, don Bartolomé, hará usted muy bien,—dijo Patrocinio,—porque la situación en que usted se encuentra es demasiado penosa. ¡Oh, á dónde vamos á parar! ¡Tener en el cuerpo un diablo enamoradizo que le hará á usted á cada momento hacer una locura! Pero quédese eso para mañana, y permítame usted vaya á acabar de disponer su aposento, porque yo no permito salga usted de aquí esta noche; está usted demasiado atribulado.

—Algo más que atribulado, mi señora doña Patrocinio, —exclamó el alcalde mayor;—me siento mal verdaderamente mal; hace ya un rato estoy luchando con un malestar que no me deja; es decir, siento náuseas.

La verdad era que el pobre alcalde mayor había cogido una doble chispa; se le habían subido á la cabeza los generosos vinos que había bebido, y las coqueterías de Patroci-

nio; por último, había acabado de embriagarle la terrible Jacintilla, y de tal manera, que apenas, había dicho sus última palabras, cuando sin poderse valer, empezó á arrojar todo lo que había comido y bebido.

Acudió don Miguelito, le puso la mano en la frente, llamó Patrocinio y mandó le trajesen té.

El alcalde mayor estaba en espectáculo delante de los criados, y cuando se hubo serenado un tanto, se le llevó en peso al cuarto que se le había destinado, se le desnudó y se le acostó.

A poco, el alcalde mayor se durmió de una manera profunda.

—No hay que tener ya miedo,—dijo don Miguelito á Patrocinio,—ese hombre es ya nuestro; completamente nuestro, y gracias á la Jacintilla que es una excelente chica, lo será más aún. Lástima que esté tan enamorada del Petaquero, que á no ser así, yo la casaba con don Bartolomé esto sería muy divertido: después del escándalo que ese hombre ha dado por la Remedios, casarle con una gitana.

—Pues dejémonos de diversiones, Miguel,—dijo Patrocinio,—que las cosas son demasiado sérias. Dios quiera que tus locuras no nos cuesten demasiado caras.

CAPITULO XLV

Lo que es un escribano

Mientras el alcalde mayor se entregaba plácidamente á un sueño gratísimo, inspirado por el vino, por la impresión de Patrocinio, y por la nueva y punzante impresión de la Jacintilla, acontecían cosas harto graves.

Como á las doce de la noche, un ginete llegó á la puerta del Arenal, y llamó á ella con unos fueros que no parecía sino que el que llamaba era el dueño de la ciudad.

Hubo agrias contestaciones entre él y los guardas, y al fin, en vista de la gravedad del negocio que el ginete traía, se abrió la puerta, y apenas el ginete hubo entrado y le examinó con su farol el cabo del resguardo de la Real Hacienda, cuando retrocedió espantado.

No era el ginete un hombre, sino una fiera que afectaba la forma humana; á nada se parecían sus rasgos fisonómicos más que á los del lobo, y tenía los ojos relucientes, rojos y encarnizados.

Vestía como la gente del campo.

Montaba un poderoso caballo.

En el aparejo llevaba dos escopetas.

Tenía las fachas más terribles de caballista que podía darse, y olía desde siete leguas á *requiem eternam*.

Inmediatamente después de haberle mirado había que encomendarse á Dios, porque de aquel bicho extraño no podía esperarse otra cosa más que una acometida horrible y á todo trance.

Nunca el cabo del resguardo, que era un buen mozo que no se ahogaba en dos dedos de agua, había visto nada que le impusiese más respeto.

De improviso, él, que se creía un gigante, se había encontrado tamañito como un piñón, y le había entrado un temblor que no tenía nada de decente.

Todo en el ginete embestía. La mirada siniestra, su nariz acaballada, aguda, cuyas ventanillas se dilataban y contraían como las de la fiera que olfatea su presa, su boca rasgada por cuyos extremos asomaban las puntas de los colmillos, su piel cetrina y vellosa, sus patillas crespas que parecían de alambre, su pescuezo largo y renegrido, con una nuez enorme, y sus formidables manos, cuyos dedos parecían garras.

Vestía de paño pardo de una manera muy ajustada; llevaba faja negra y botines negros, y á la grupa del caballo se veía arrollada una manta murciana.

—Enseguida y sin réplica alguna,-dijo aquel hombre,-á guiarme á casa del alcalde mayor, que yo no sé, que aunque yo he estado mucho en Sevilla, no he visitado jamás al alcalde mayor, y si vengo á verle es porque Dios lo quiere.

—Pues si señor que vamos á llevarlo á usted á casa del alcalde mayor,—dijo el cabo del resguardo,—pero preso, porque consiento en que Dios me confunda si usted no es un pícaro.

—Yo soy el alcalde de Guillena,—exclamó aquel hombre sacándose de la faja por la parte posterior de su cuerpo una cosa en que nadie había reparado, y que no era nada menos que un bastón ó vara de justicia con sus correspondientes borlas negras.

—Eso,—dijo el cabo del resguardo,—lo lleva todo el que le da la gana á su costa y riesgo, y yo no entiendo de chiquitas; á mí me parece usted una mala alimaña, y le echo á usted mano en nombre del rey nuestro señor, y muy pronto se verá si usted es como dice alcalde, ó ladrón.

—Mire lo que habla,—dijo el alcalde,—porque empezando porque yo solo te trago enseguida á tí y á todos los que ahí tienes, presidios tiene el rey nuestro señor para poner en ellos á los mal nacidos que se atreven á cometer desacato contra la justicia y más valía que todas esas bravuconadas las guardarais para ir á buscar y á castigar á la mala gente de que está infestado el reino de Sevilla, y haciendo atrocidades; con que preso ó no preso, que ya veremos después lo que sucede, á llevarme cuanto antes á casa del alcalde mayor.

Entró más en miedo el cabo del resguardo, porque con tal seguridad y tal fuero hablaba el terrible ginete, que no había que dudar de que era autoridad; aunque no se explicaba el como un hombre de tal facha, en vez de ahorcarle por el solo delito de la facha que tenía, le habían hecho alcalde; pero el cabo Pegajoso, que así se llamaba, y se le llamaba así desde que era muy joven, porque

cuando metía mano á la navaja se embraguetaba y se ceñía con su contrario de tal manera que no parecía sino que se pegaba á él para pegarle con más seguridad; el cabo Pegajoso, decimos además del respeto temeroso que le inspiraba el alcalde de Guillena, tuvo vergüenza de no mantener sus fueros, y auxiliado por los cuatros dependientes que tenía á sus órdenes, se apoderó de las armas del alcalde, á lo cual este no opuso resistencia, salvo que interpuso protexta para cuando él probase que efectivamente era una autoridad; y llevando uno de los guardas de la mano el caballo, y yendo otros dos con las escopetas preparadas para asegurarse del ginete á la primera señal sospechosa, se encaminaron casa del alcalde mayor, á la que llegaron algunos minutos después.

Llamóse á la puerta, y los alguaciles de guardia abrieron.

El ginete preguntó, siempre con su acento imperativo y hosco, por el alcalde mayor, á lo cual, los alguaciles, espantados por la facha del ginete, como se habían espantado los guardas, respondieron que su señoría había salido por la mañana de su casa, que no había vuelto, y que no se sabía donde estaba.

—Así anda ello,—dijo el alcalde, y yo no sé como el rey nuestro señor encomienda el desempeño de la justicia á tales y tan descuidados ministros.

¡Quién tal dijo!

El alguacil Pelotera, que era hombre que por cualquier cosa le pegaba una paliza á un prójimo y le metía preso, encontró no sabemos que gravísimo desacato en aquellas palabras del alcalde de Guillena, y arremetió á él apesar de su terrible facha, con la intención, como acostumbraba, de echarle la zancadilla, tirarle al suelo y darle una vuelta de

coces; pero apenas el desacordado Pelotera hizo el ademán de lanzarse sobre aquel alcalde loco, cuando recibió una bofetada que le hizo dar tres vueltas en el aire.

A seguida, el alcalde embistió con el otro alguacil, y le despampanó de un zarpazo.

Acudió á un guarda que se le echaba en cima, y de un puntapié en el vientre le derribó por tierra, é instantáneamente bajó la cabeza y se encogió para evitar la puntería de otro de los guardas, que todo apresurado descerrajó un tiro, que en vez de dar al alcalde terrible, dió en la misma luz de un farol que en el portal ardía colgado delante de un cuadro de la Vírgen del Tránsito, quien tenía una gran devoción el marqués de la Pampanera.

Viéndose á oscuras, los dos guardas y los dos alguaciles, ganaron á escape la calle y se pusieron á dar voces pidiendo socorro.

El alcalde se salió también á la calle, irritado por lo que con él se había hecho, y no bien le sintieron, cuando sin encomendarse á Dios ni al diablo, cogidos por el miedo echaron á correr y se desperdigaron dando voces.

Ahora bien, don Pánfilo Lesnafría se encontraba en aquellos momentos trabajando á más y mejor en uno de los muchos procesos que entonces el alcalde mayor tenía pendientes.

La escribanía de la alcaldía mayor estaba en el piso bajo de la casa, y como don Pánfilo Lesnafría era un solterón impenitente y recalcitrante que decía con un descaro no muy moral, que teniendo mujer el prójimo no había para qué él la tuviese; vivía por condescendencia del alcalde mayor en una pequeña habitación adherida á la escribanía.

La puerta de esta habitación estaba en el mismo zaguán,

y don Pánfilo no pudo menos de apercibirse de la pelotera que se había armado; sobre todo, le había alarmado el tiro.

Don Pánfilo era verdaderamente un escribano de alcalde mayor, y un escribano dignísimo, considerándole por la parte de la valentía.

El estaba acostumbrado á dares y tomares, cuando acompañaba de noche en sus rondaduras al alcalde mayor, lo que acontecía con bastante frecuencia, llevaba bajo la capa una espada de taza y de gavilanes, de cinco palmos, de las buenas de Toledo, y ya estaba aviado el pobre á quien don Pánfilo tendía el látigo.

Su tizona era su inseparable, excepto cuando salía de día, porque ya en los tiempos de nuestra historia se había perdido la costumbre de llevar espada; el traje no lo permitía; pero en cuanto cerraba la noche, don Pánfilo la llevaba debajo del brazo, ó sino salía la tenía junto á sí, y cuando dormía, á la cabecera de la cama.

Su espada era su garantía; porque don Pánfilo tenía un gran brazo, y allí donde caía un tajo ó un cintarazo suyo, había que hacerse cuenta de que había caido poco menos que un rayo.

Apoderóse, pues, al oir el tiro, de su tizona, y como oyese al alcalde de Guillena que daba voces llamando á la gente de la casa por haberle dejado solo los alguaciles y los del resguardo, se fué para él á tientas con la espada de punta, y le dijo:

—¡Dese quien sea, ó le paso de parte á parte como si fuera un papel!

—Tenga más respeto á la justicia,—exclamó el alcalde de Guillena con voz bronca y terrible.

—¿Y á qué justicia tiene que tenerse la justicia?—excla-

mó don Pánfilo, siempre con la espada de punta, en la actitud del diestro que se prepara á recibir al bicho y á darle una por todo lo alto hasta las uñas.



—¿De justicia es quien habla?—exclamó el alcalde de Guillena.

—Y tan de justicia que no paro hasta ajusticiarle si encuentro mérito para ello,—dijo don Pánfilo.—¿Quién es él?

—Yo soy don Timorato del Fresno,—dijo el alcalde,—alcalde por el rey nuestro señor, de la villa de Guillena.

—Pues, señor alcalde,—dijo don Pánfilo,—lo de timorato se lo han pegado con clavos, pero lo de fresno le coje de medio á medio; y basta ya, que por el génio que gasta y la voz que suelta, tengo la seguridad de que es en efecto el alcalde de Guillena, que aunque nunca le hemos visto

el pelo, ha echado fama, y su fama ha llegado hasta aquí.

—Si el señor alcalde mayor,—contestó don Timorato,—hiciera, como debe, á lo ménos una visita annua por todas las villas y lugares de su jurisdicción, me conocería; pero como al señor alcalde mayor se le figura que no hay más que estarse en Sevilla papando moscas, de Sevilla no sale, así es que no conoce á quien debiera conocer, y suceden cosas tales, y tales desacatos como el que acaba de tener lugar contra mí en la casa del señor alcalde mayor; y si el señor alcalde mayor no se anduviese á picos pardos, sin que nadie supiese donde, evitado se hubiera tal desafuero y la queja en derecho que yo interpondré por ante la real chancillería de Granada, á fin de que se me haga completa justicia y se me desagravie.

—Hay que oir á usted como quien oye llover, contestó don Pánfilo;—porque á la verdad, un hombre á quien acaban de darle una repasata y de zurrearle un tiro, precisa y naturalmente no sabe lo que se dice.

—Quien no sabe lo que se dice es usted,—contestó don Timorato,—que no ha nacido quien á mí me dé una repasata, ni el que tiene la intención de zurrearme un tiro me lo zurrea, sino que se lo zurrea al aire ó la mala de su abuela; y vamos templando la cosa, no sea que á mí se me acabe de *ajumar* el pescado, y le enseñe yo que á don Timorato del Fresno no se le atreve impunemente nadie.

No sabemos lo que hubiera acontecido, porque don Pánfilo no era hombre que sufría buenamente amenazas, si en aquel momento no hubiera venido de la calle un gran tumulto.

No parecía ni más ni ménos que una avenida que se acercaba.

Don Pánfilo se puso en lo que aquello era.

Los alguaciles y los guardas, habían ido recogiendo al paso y alarmando serenos, se había juntado mucha gente de vecinos que habían salido al estruendo, y todas aquellas gentes, aumentadas con dos rondas de alcalde de barrio que se habían encontrado, venían á la carrera determinando con sus voces el tumulto, cuyo ruido había penetrado en el zaguán de la casa del alcalde mayor.

—Venga acá, venga acá don Timorato,—dijo don Pánfilo;—y métase aquí en mi aposento mientras yo salgo á recibir esa *guasa* que se nos viene encima.

Y después de meter en su cuarto al alcalde de Guillena, cuyo caballo se quedó en el zaguán, don Pánfilo llegó á la puerta á punto que asomaban por ella cuatro serenos con los faroles levantados en las puntas de sus chuzos.

—Ténganse todos,—dijo don Pánfilo,—y guárdense de allanar el domicilio de la suprema autoridad de Sevilla.

El alguacil Pelotera, que vió su escribano, se acercó y le dijo:

—Pues ha de saber usted, señor don Pánfilo, que cuando un queso se empieza hay que comérselo, y ya empezó el crímen á atreverse á la casa de su señoría; y no ha parado en esto, sino que un malhechor, cuyo caballo que estoy viendo desde aquí no me dejará mentir, se ha atrevido á metérsenos aquí y á aporrearnos.

—¡Qué malhechor ni que calabaza, animal!—exclamó don Pánfilo.—Si el señor alcalde de Guillena, que es el que neciamente habeis tomado por un malhechor, os hubiera dejado en el sitio, hubiera hecho bien; porque los tontos y los torpes merecen todas las desgracias que les sucedan. ¡Ea! á irse todo el mundo, que aquí no hay tal malhechor ni tal

niño muerto; y vosotros los dos de guardia, á cerrar la puerta y que esto se acabe.

—Pues siendo esto así,—dijo uno de los del resguardo, —tome usted estas dos escopetas y estas dos pistolas y este cuchillo de monte que se le han ocupado á ese señor alcalde en la puerta del Arenal, porque nos había parecido sospechoso.

Comprendió entonces don Pánfilo que don Timorato había tenido razón bastante para subirse á las nubes.

Hizo que los alguaciles tomasen aquellas armas y que cerrasen la puerta.

Después de esto, con el alguacil Pelotera, que las armas tenía, se metió en su cuarto, donde seencontró paseándose nervioso y cólerico á don Timorato.

Sintió al verle, á pesar de su bravura, don Pánfilo, algo como espeluzno y calofrío; pero dominose y le dijo:

—Todas las equivocaciones están deshechas, señor don Timorato; aquí tiene usted sus armas y puede considerarse en su casa.

—Muchas gracias,—contestó don Timorato ya con acento y manera ménos bruscas.

—No hay de que, señor don Timorato,—dijo el escribano. —Deja ahí esas armas, Pelotera y lárgate.

El alguacil no se lo hizo decir dos veces; le pinchaba el encontrarse en presencia del formidable don Timorato, temiendo á cada momento ser embestido por él; y no era esto sin razón, porque Pelotera tenía levantado tres dedos el carrillo izquierdo, y escondido bajo la hinchazón el ojo de aquel lado á causa de la bofetada de don Timorato.

Escurrióse, y don Pánfilo cerró la puerta.

—Pues aquí donde usted me vé,—dijo don Timorato con

el acento revuelto aún por la cólera,—yo tengo el carácter naturalmente dulce; yo soy un buen hombre, ¿entiende usted? Yo soy un buen hombre; no permito que usted lo dude, porque si usted duda de lo bonancible y bonachón de mi carácter, le hundo á usted el cráneo.

—Basta, basta, señor don Timorato,—dijo don Pánfilo; —ya se conoce á primera vista que es usted muy amable; hay necesidad de ser ciego para no verlo.

—Sí señor, muy amable y aún muy mastín; de mí se hace lo que se quiere, no valgo para nada; pero que no me toquen á la punta de la nariz, porque ¡vive Dios! que entonces se me mete en el cuerpo toda una legión de demonios y me vuelvo una fiera y embisto y despedazo lo que encuentro por delante.

—Ya, ya se conoce,—dijo don Pánfilo;—pero tranquilícese usted, señor don Timorato; deje usted, deje usted; voy á mandarle á Pelotera le traiga á usted una buena vinagrada, porque, señor mio, está usted echando chispas, y es menester que usted se calme.

—Deje usted las vinagradas para las mujeres, señor escribano,—exclamó don Timorato,—que á mí eso no me sirve de nada.

—Dice usted bien, señor alcalde,—dijo don Pánfilo,— entonces voy á echar mano á mi botiquín; ¿qué medicina quiere usted, amontillado, manzanilla ó tintilla de Rota?

—Eso es otra cosa,—dijo don Timorato.—Venga manzanilla si está fresca y en disposición de que la beba una persona decente.

—De las viñas de su señoría, y de *mistó*, señor alcalde; usted va á ver.

Y el escribano tomó de un rincón un pequeño velador,

lo puso en medio del cuarto abrió un armario de pino blanco, que apareció lleno de botellas y de otras menudencias, puso sobre el velador una bandeja con media docena de cañas y das botellas: sirvió una silla á don Timorato, se sentó frente á él descorchó la botella y llenó las cañas.

Bebieron.

—Esto es distinto,—dijo don Timorato.—Antójaseme que los demonios se me van saliendo del cuerpo.

—Eso es lo que es menester,—dijo don Pánfilo;—porque los demonios han sido siempre una mala compañía.

—¿Y usted cree que no es para darse todos los diablos lo que á mí me ha sucedido hoy á la caida de la tarde, de resultas de lo cual me dejo en Guillena á un sobrino mío muy malito; y gracias á que lo he dejado entero; porque el pobre ha estado á punto de que lo hagan dos.

—¡Hombre, hombre!—exclamó el escribano,—¿Pues qué es lo que á usted le ha sucedido?

—Hombre, yo no me espanto de nada,—dijo don Timorato, que estaba ya completamente cambiado y hablaba de manera tranquila y expansiva, porque á la cuenta, ó se le habían salido todos los diablos del cuerpo, ó si le habían quedado algunos, eran diablos de buen carácter;—no señor, yo no me espanto de nada; si usted ha oído hablar del alcalde de Guillena, sabrá usted lo que el alcalde de Guillena ha sido.

—Perfectamente, don Timorato; pero como está usted cubierto por un indulto del rey nuestro señor, nada ha tenido ni tiene que hacer con usted la justicia.

—Allá por el año noventa y ocho,—dijo don Timorato chupándose otra caña,—el que entonces era alcalde de Guillena se empeñó en meterme á mí mano porque Carolina,

que ahora es mi mujer, me quería á mí y no quería á su sobrino; hubo dares y tomares y mares como montañas, y tanto me apretó don Tiburcio, que á pesar de lo dulce de mi carácter y de mi gran paciencia perdí los estribos, y una noche que estando yo pelando la pava con Carolina vino á prenderme con su sobrino, que era mi rival, y con otros seis vecinos, metí mano á la tizona y á este quiero, á este no quiero, los emparejé á todos de tal manera que el que ménos estuvo un mes en cama si se va si se viene; y yo, para que no me echasen mano por desacato á la autoridad y atropello y paliza, y no me enviasen por diez años á Ceuta, me despedí de Carolina, previniéndola que si durante mi ausencia se casaba con el otro, aunque fuese por miedo, volvía y la cortaba el pescuezo; me fuí á escape á mi casa, le eché los aparejos al jaco, cojí dos escopetas, la canana y una charpa de pistolas, y con los cuartos que tenía me tiré al camino. Al cruzar la ribera de la Cala se me echaron encima cinco buenos mozos que me dieron el alto. Yo me tiré la escopeta á la cara y le levanté la tapa de los sesos á uno de aquellos buenos mozos, que cabalmente era el capitán. Los otros se vinieron á buenas, y á rey muerto otro al puesto; me aclamaron su capitán. Quitéle yo al difunto las sortijas y la cadena y el reloj, como si dijéramos, las joyas de la corona y su real hacienda, esto es, unas doscientas onzas que en un cinto llevaba, y me fuí en seguida al Ronquillo y le metí mano alcalde y le robé, y á los primeros hacendados; pero eso sí, con mucha consideración y mucha cortesía, sin decir una mala palabra y sin meternos con las mujeres; y eso que la hija y la sobrina del alcalde eran dos mozas que si usted viera ahora de improviso otras tales, se moría usted de repente del susto.

—Poco á poco,—dijo don Pánfilo,—que de esa clase de sustos no me muero yo; y usted tiene la prueba, porque si puede uno morirse de susto de ver una mujer hermosa, también, por la ley de contraposición, puede uno morirse de susto de ver á un hombre feo, y le he visto á usted y no me he muerto.

—Pues mire usted, señor escribano, tanto mérito tiene ser muy feo como ser muy hermoso, porque el mérito de las cosas está en que sean raras, así como usted me ve, he sido el hombre de más suerte que ha habido en el mundo para las mujeres.

—Ya se yo por qué es eso,—dijo don Pánfilo,—porque en cuanto á usted le ven les entra la basca y se vuelven locas, y el que se vuelve loco no sabe lo que se hace ni lo que quiere; casi, casi me voy yo enamorando de usted; me están entrando ganas de meterle á usted en un escaparate y de enseñarle á usted por dos cuartos y ponerme rico, y cuando usted se muriera conservarlo en espíritu de vino; solo que entonces no llevaría más que un cuarto por la entrada, porque va mucha diferencia de un bicho vivo á un bicho muerto.

—Venga de ahí, guasoncito,—contestó el alcalde de Guillena.

—¿Pues sabe usted que me voy convenciendo de que es verdad que usted es un hombre muy completo y de muy buen génio, y con más correa que San Agustín, y de que no tiene perdón de Dios quien se meta con usted y le enfurruñe y le traiga los diablos al cuerpo?

—Que quiere usted, amigo, las gentes no saben lo que se hacen ni por donde se andan, y con mucha frecuencia ponen los piés en falso y cuando caen y se desnucan no saben

explicarse por qué les ha sucedido la cosa; en fin, si yo caballeé, fué porque me obligaron, y cuando á mí me obligan, todos los malos del mundo no tienen nada que ver comparados conmigo; por eso le digo yo á usted que no me espanto de nada, ni que un hombre haya hecho muertes; pero de las crueldades y de las canalladas me asombro y me indigno. Mire usted yo anduve seis meses arriba y abajo, y ganándome la vida y defendiéndome como podía hasta que al fin vinieron á sacarme del todo de mis casillas, como si ya no hubieran sacado bastante, y fué que prevaliéndose de mi ausencia, apretaron tanto á Carolina, y la dieron tantas palizas, y la tuvieron tantos días á pan y agua, y la acoquinaron de tal manera, que la pobre chica, porque no la martizaran más, dijo que sí, que ella consentía en casarse con Teodorito y que lo quería mucho, y que sino le había querido antes había sido porque yo la tenía embrujada; pero yo lo supe esto, que me lo contó en Almaden de la Plata un arriero de mi pueblo, y cuando me lo acabó de contar me dijo que aquella noche era la boda; y como no hay más que dos leguas desde Almaden de la Plata á Guillena, y eran ya las ocho de la noche, y era posible que para las diez se hubiera acabado la boda y mi mal no tuviera remedio y se desesperara Carolina, monté á caballo con los diez muchachos que yo entonces tenía, y de un galope me planté en Guillena; y mire usted, yo tengo un brazo, al que yo le santigüe un tajo lo hago dos; y dos hice á Teodorito, que cuando entré estaba bailando con mi Carolina, y á su tío lo pinché como se pincha una uva, y hubo tajos y reveses hasta para las vigas del techo; y sin saber como, me encontré poco después en el Real de la Jara con mi Carolina en los brazos, de resultas de lo cual. anduve á salto de mata

diez años, siendo Carolina mi querida, porque no había remedio, porque ningún cura nos quería casar, y siempre la pobrecilla junto á mí en una jaquita y con un chiquillo encima y otros dos chiquillos á las ancas de dos ladrones, hasta que vino la guerra con los franceses. Yo dije: aquí es la mía, y me hice partidario: primero porque era español y todos los españoles teníamos la obligación de meterle mano á los extranjeros que se nos habían metido en casa hasta perder la piel; y segundo, por hacer méritos para que me indultaran. ¡Ay, señor escribano, y á cuantos franceses hemos despenado, yo con mi partida por una parte, y los valientes de los niños de Ecija por otra, sin contar con que á la vuelta de cada cerro y á la revuelta de cada camino había un partidario! ¡Qué, si aquello era mucho, señor escribano! Y se vivía bien, porque á río revuelto, ya usted sabe, ganancia de pescadores. Los franceses nos tenían pregonadas las cabezas yo no se en cuanto dinero á los niños de Ecija y á nosotros; pero como si no nos hubieran pregonado, porque no había ni un solo español que nos vendiera; antes bien todos nos daban ayuda. Por entonces, y voy ya entrando en la historia de lo presente, que esta historia viene desde largo, allá por el año 12, un día en que yo andaba con mi partida por Villanueva de don Juan, en la sierra de Morón... miento, no fué un día, sino una noche, me encontré al volver por la rambla de Algamita, con que entre los robles se veía relucir una antorcha.

»Yo no sabía lo que podía ser aquello; pero le apreté las espuelas al jaco, me acerqué y ví entonces que los que se alumbraban con la antorcha eran una partida de dragones franceses que tenían cercados á ocho frailes negros y los iban á arcabucear.

»Me acuerdo que cuando yo me acerqué, un capitanazo con unos bigotes que le descansaban en los hombros, le estaba echando en gringo una perorata á los frailes negros; esto es, insultándolos antes de matarlos.

»Entretenidos en esto, no nos habían sentido llegar, y como estaban á tiro, yo desenganché una escopeta, me la eché á la cara, me llené el ojo de carne, le dí gusto al dedo, y el capitanazo hizo el favor de callarse; y como al mismo tiempo otros muchachos habían limpiado á otros cinco ó seis dragones, y los frailes negros, que no eran mancos, habían pillado los sables de los caídos y habían apretado por su parte, resultó que no quedó un francés para contarlo, y que nos dimos á conocer los frailes negros y nosotros, y armados los frailes negros con los fusiles y las pistolas y los sables de los dragones á falta de sus trabucos naranjeros que los dragones les habían quitado cuando les sorprendieron, nos fuimos en buen amor y compaña á San Martín de la Jara, que está en buen sitio, como usted sabe ó puede saber, para embreñarse en dos minutos en la sierra.

Entonces fué cuando yo conocí á don Julián del Soto, á quien llamaban el Fraile Negro, y á quien unos canallas han asesinado cobardemente días pasados.

—¡Hombre!—exclamó don Pánfilo,—¿conque usted era amigo de don Julián?

—Y amigo íntimo, casi su hermano, y los secretos de su vida nadie lo sabe más que yo; pero en fin andando, que esto es para más largo, y vamos al negocio.

»Desde el día en que nos conocimos don Julián y yo nos quisimos y anduvimos juntos; y tanto hicimos y tales certificaciones teníamos de las justicias de los pueblos, de grandes servicios hechos á Dios, á la patria y al rey, que

cuando se hizo la paz y volvió el rey nuestro señor don Fernando VII el *Deseado*, se nos indultó con nuestra gente de todos los delitos que pudiéramos haber cometido, á don Julián y á mí.

»Yo entré triunfante con mi Carolina, que ya era mi mujer, en Guillena, y don Julián se fué tres leguas más allá, al Madroyo, y compró el cortijo Hondo y allí se metió, y desde allí se puso en persecución de malhechores, y nadie mejor que usted sabe lo limpia que tenía toda la parte de allá del Guadalquivir hasta la sierra el Fraile Negro, particularmente desde que se fueron cada cual á su casa aquellos inolvidables niños de Ecija. Pues ha de saber usted que don Julián era muy rico, un potentado; ya le diré yo á usted de donde le venían sus riquezas á don Julián.

»Don Julián, porque era hombre de mundo, no se fiaba de nadie y sabía que el dinero era un peligro, y aunque no se hubiera fiado del bribón del aperador de su cortijo no le hubiera hecho nada, porque tal vez no le hubiera sucedido la mala aventura en que le han asesinado.

»Pues ha de saber usted que no pasaba un mes sin que don Julián me enviase al tío Norberto con un caballo y un machito; antes me avisaba, y yo esperaba al tío Norberto acompañado de mi sobrino, y cuando llegaba en una cueva del barranquillo en que yo tenía un escondite muy seguro, se guardaba el oro que el tío Norberto traía.

»Nadie sabía esto más que el tío Norberto y mi sobrino Isidoro, el pobre que está á estas horas en la cama, muy malito del susto que le han dado esos canallas. Y ya verá usted, señor escribano, si mi sobrino Isidoro ha tenido razón para asustarse cuando yo le cuente á usted lo que han hecho con él.

»Yo no lo he visto, porque yo no estaba en el pueblo; pero me lo han contado, y solamente de acordarme de ello se me vuelven á meter todos los diablos del infierno en el cuerpo, y me pongo de tal manera, que para que yo no me coma todo lo que encuentre por delante, tengo que acordarme de que nadie más que esos judíos tienen la culpa de lo que le ha pasado á mi sobrino.

»Vaya, vamos á echarnos otra caña al cuerpo, señor escribano, porque los malos tragos de alguna manera hay que pasarlos. Pues señor, ha de saber usted, que esta mañana cogí yo la escopeta y el perro, y me fuí á cazar hacia la rambla de Huelva, que hay muy buenos conejos, y cazando, cazando, me fuí lo menos á cuatro leguas.

»Como el único vicio y la única pasión que yo tengo es la caza, ni me acordé de que tenía que volverme hasta puestas del sol: entonces, con un borriquillo y un mozo que yo había tomado en el cortijo de los Perniles, y con cuatro docenas de conejos en el burro, me volví muy á mi reposo á Guillena, á donde no llegué hasta las once de la noche, porque el mozo y yo nos entretuvimos en algún ventorrillo remojando el gaznate.

»En fin, como quien no tiene nada que hacer, porque yo toda la justicia que había que hacer en el pueblo la había hecho ya por la mañana, y como quien no sabe que mientras está muy á su gusto le están quemando la casa.

»En fin, cuando bajaba yo por la cuesta de la punta de la ribera de la Cala, desde donde se ve Guillena, fué otra cosa, porque me dió un resplandor en los ojos, que no parecía sino que se habían propuesto iluminar la tierra: y el fuego era junto á la iglesia, en mi casa.

—Hombre,—dijo don Pánfilo,—cuando usted hablaba de fuego yo creí que hablaba usted en figura.

—¡Figura, sí, figurilla! ¡buena figura haría yo á estas horas ó harían ellos si yo hubiera estado en el pueblo cuando llegaron los ladrones!

Pues señor, ha de saber usted, que cuando yo ví la fogata que en el pueblo había, y que aquella fogata era en mi casa, tomé de pies para el pueblo que ni un gamo; y cuando llegué ví que dentro de las cuatro paredes de mi casa no había más que una hoguera y que los del pueblo estaban alrededor con la boca abierta, ni más ni menos que quien tiene frío y está alrededor del fuego calentándose.

—¿Y qué habían de hacer,—dijo don Pánfilo,—si el incendio era grande?

—Hombre, pues si cada uno de ellos cuando empezó el fuego hubiera ido con un puchero ó una taza de agua, que el río no está tan lejos, la cosa no hubiera pasado adelante. Pero, en fin, á lo sucedido, paciencia. Vamos *anduviendo*, y viendo si el rey nuestro señor se digna darme á mí una indemnización por las pérdidas que he sufrido, porque si yo he sufrido estas pérdidas ha sido porque la gente de mal vivir me tiene á mí enemiga y mala voluntad: primero por lo que yo soy, y segundo porque era amigo y como conjunto del Fraile Negro.

Pues ha de saber usted, que en cuanto entré en la plaza, mi mujer y mis niñas, todas desgreñadas, y tiznadas y asustadas, se me colgaron llorando á lágrima viva; porque mire usted, señor escribano, que si las pobrecitas no tienen las buenes piernas que Dios les ha dado, y no aprietan á correr hacia el Algarrobo, les sucede algo, y entonces sí que cojo yo el cielo y la tierra y la mar con las manos y hasta

á la Intemerata: pero gracias á Dios no les ha sucedido nada más que la carrera sin pelo que se han tomado para que no le suceda.

—Ya sé yo por qué no les ha sucedido nada á esas niñas,—dijo don Pánfilo,—que por piernas no se le escapa á un caballista ni varón ni hembra, porque con apretarle las piernas al caballo, ya ve usted.

—¿Y quiere usted decirme entonces por qué no les ha sucedido nada á las hijas de mi alma?—dijo don Timorato.

—Hombre, pues con verle á usted se sabe por qué no pueden ser víctimas de ningún desafuero, porque deben de ser de la pinta de usted, y usted calcule. Yo no sé para qué han corrido esas señoras, porque con irse ellas hacia los ladrones, los ladrones son los que corren y no paran hasta Mozambique.

—¡Válgame Dios y que guasoncito lo ha criado á usted la divina Providencia, señor escribano!—dijo don Timorato.—Y vea usted ahí lo que es juzgar por las apariencias, llevándose de lo que todo el mundo se lleva, porque ha de saber usted que si mi hija Rosario espanta, es de hermosa que Dios la ha hecho; ¡Pues no quiero decirle á usted nada de mi hija Francisca ni de la más pequeñita, que se llama Consolación! Y no vaya usted á dar lugar á que entre nosotros se acabe la porquería de la amistad, diciéndome que porque son hermosas no pueden ser mis hijas, porque es usted capaz de llevar la guasa hasta el insulto, y yo no consiento que á mi mujer, ni á mí, ni á mis hijas nos insulten nadie: y aunque usted no lo crea, ha de saber usted que solamente con ver á las chiquillas se me ve á mí pintiparado.

—Hombre eso no puede ser,—dijo don Pánfilo,—porque si sus hijas de usted son pintiparadas á usted me parece á mí que le dan un susto al miedo.

—Pues ahí verá usted, ellas tienen el encaje de las facciones lo mismísimo que yo, pero cada facción de por sí está tan arreglada y tan perfeccionada que conociéndose el molde de donde ha salido, son sin embargo otra cosa. ¡Pero, hombre, por Dios, si usted no ha visto nada! Mi Rosario es una morena que tiene la cara larga y la nariz larga como yo, y los ojos negros y grandes como yo, y la garganta torneada y los cabellos negros y rizados, y todo tan bien arreglado, que mire usted que yo me embobo mirándola y digo: ¡Bendito sea Dios que te ha hecho tan hermosa, hija mía! De las otras dos no hay que hablar. En fin, como usted tiene que venir con el señor alcalde mayor á las primeras diligencias del proceso, usted las verá y se convencerá de si son hermosas ó no, y entonces verá que, siendo yo feo y ellas hermosas, ellas se me parecen y yo me parezco á ellas; y ha de saber usted que si no las ha sucedido una desgracia ha sido porque escaparon á tiempo antes de que las vieran los ladrones, que si las ven, ¡María Santísima! ¡Jesús, no quiero pensar ello, qué agonía!

—Oiga usted, señor don Timorato, sin que usted se ofenda,—dijo don Pánfilo,—una preguntilla suelta, ¿es usted gitano?

—Hombre, yo no tengo noticia de ello; pero no diría que sí ni que no, como usted mismo no puede decir si alguno de sus abuelos ha sido judío ó perro chino, ó mono, porque me parece á mí que de todas esas cosas tiene usted un poquito.

—Vaya, compadre, que usted también las gasta,—dijo don Pánfilo.

—Y por lo mismo vamos á tirarnos al cuerpo otra cañita, —dijo don Timorato;—¡y vaya usted á ver de donde viene cada cristiano! ¡Hombre, la mar! ¡Jesús, me ahogo? ¿Ni qué nos importa á nosotros quién fué nuestro tatarabuelo ni el tatarabuelo de nuestro tatarabuelo? Lo que yo sé, porque me lo reza mi ejecutoria, es que desciendo del rey godo don Sisebuto, por línea recta y camino, que me llamo don Timorato del Fresno, y que en mis armas tengo un fresno verde en campo de oro, con cinco cabezas de moro colgadas de una rama, y un águila caudal en lo alto, y que soy regidor perpétuo de la villa de Villena por juro de heredad, y caballero de los de la real maestranza de Sevilla, con mi casaca que tengo yo con mis galones de plata, y en la casaca una cruz de Calatrava, que me crucé años pasados y una cruz de San Fernando que me la dió el rey por mis servicios en la guerra de la Independencia.

Pero yo no me pongo eso más que el día del Córpus cuando voy á la procesión, ó el jueves ó viernes santo, ó el día del rey, para hacer salvas con las escopetas en honor de su majestad, pero vamos andando, que me está usted haciendo decir cosas para las que no estoy de humor.

Ha de saber usted que cuando se agarraron á mí mis parientas dando gritos, me dijeron que al pueblo había llegado la ira de Dios, que nos habían robado, que habían pegado fuego á la casa, y eso ya lo estaba yo viendo, que habían robado al cura y al beneficiado y al médico y al síndico, que habían matado á don Policarpo Mancera, un viejo que se había casado con una chiquitilla muy retehermosa del Ronquillo, y que porque la agarraron los ladrones para llevársela fuera del pueblo, quiso hacer el valiente el pobre hombre, y de un zumbido le quitaron el habla y el resuello,

ínterin lo cual, la pobre Mariquita de la Piedad pudo poner pies en polvorosa y meterse en una casa y tirarse al pozo, de donde la sacaron poco después medio ahogada; pero contenta, porque sin pagar costas por su parte, los ladrones la habían dejado viuda, y ha de saber usted que la tal Mariquita de la Piedad andaba muy piadosa con el mancebo de la botica y muriéndose por él á chorros.

Esto ha sido una Providencia para Requilorios, que así se llama el tal mancebo porque yo estaba ojo avizor, temiéndome que Requilorios, desesperado de lo celoso que era el viejo, que no dejaba á sol ni á sombra á su mujer, le diese un día un jicarazo, como que tenía á su disposición la botica, y si á don Policarpo le da un día un dolor de cabeza, ó de rodillas, de codos, y del dolor se muere, yo doy parte y se registra el cadáver y se ahorca á Requilorios: de manera que en este estrupicio, los únicos que han ganado han sido Requilorios y Mariquita de la Piedad, que no llevará mucho tiempo el luto, yo se lo aseguro á usted; pero al pobre señor cura que la quiso echar de terne y cogió la escopeta y les azuzó el perro á los ladrones; ¡calle usted, señor escribano, qué barbaridad! le han dado una paliza tal que le han hinchado como una bota; y aquello no es cara, sino un mónstruo á fuerza de divinas bofetadas que le han dado al pobre señor; todo lo cual tiene que constar en el proceso, porque á más de los enormes crímenes que han cometido esos forajidos, han puesto las manos en la sagrada persona de un ministro del Señor; y aunque esto Dios lo castigará, es menester que también el rey lo castigue.

Ha de saber usted, señor escribano, que á mi sobrino Isidoro le encontré muy malito, recogido en casa del cura en una cama, al lado de la cama del cura; y mientras el

cura bufaba por un lado, mi sobrino gemía por otro; y yo al ver aquello tiraba los treinta dineros y me quería comer el mundo.

Por cierto que la pagó el galgo sin culpa, porque se me metía entre los pies cuando yo me acercaba á la cama de mi sobrino, y yo, como estaba ciego de cólera que no veía, le arrimé un puntapié: y ese es otro enfermo, y de mucho peligro, que tenemos en el pueblo: y ha de saber usted, señor escribano, que mi sobrino está muy malito, muy malito, y que todavía tengo yo metido en los tímpanos los alaridos de mi cuñada, de su madre, que se colgaba al pescuezo, pidiéndome á lágrima viva justicia.

—Pero hombre,—exclamó al fin don Timorato,—¿qué es lo que le han hecho á su sobrino de usted?

—No es lo que le han hecho, que no le han hecho nada, sino lo que le han querido hacer, y esta es la cuestión. Pues señor, ha de saber usted, señor escribano, que el pillo condenado del tío Norberto, que sabía donde estaba el oro de don Julián, del Fraile Negro, pero que no sabía dónde estaba la puerta secreta del escondrijo secreto que hay en la cueva del barranquillo, y que sabía que mi sobrino lo sabía, y venía con los ladrones, agarró á mi sobrino y le dijo: «Si usted no quiere que le pase un trabajo, va usted á entregarnos inmediatamente las barras de oro que tenía entregadas en depósito á su tío de usted, don Julián! Ya á este tiempo los ladrones le habían pegado fuego á mi casa, habían hecho todos los robos, contándose entre ellos el de los vasos sagrados de la iglesia, habían inflado al cura y habían despachado á don Policarpo, y con todo eso, mi sobrino Isidro tuvo el valor de decirle al mal hombre del tío Norberto, que aunque le hicieran tajadas, él no les entre-



... esperando sólo la señal para dar principio á aquel acto de barbárie.

garía el tesoro; entonces agarraron á mi sobrino, se lo llevaron al castañar, le ataron con las patas para arriba al tronco de un árbol caido, y le dijeron que si no les entregaba el tesoro, le iban á aserrar por la mitad como si fuera un castaño.

—Hombre, ¿y con qué sierra?—dijo el escribano.

—Con qué sierra había de ser; con un serrón de tres varas de largo, una cuarta de ancho, y cada diente como el pico de un grajo.

—Pues bueno es saberlo,—dijo don Pánfilo,—¿con que ahora los caballistas, á más del trabuco y de los encaros y de las pistolas, llevan serrones?

—Hombre, no sea usted material,—señor escribano,—dijo don Timorato;—ha de saber usted que yo tengo sierra de madera para tablazón de casas, ¿usted entiende? y cuando los malhechores se llevaren fuera del pueblo á mi sobrino, pasaron por el tinglado y vieron los serrones y se llevaron uno, porque le pareció muy bueno y muy divertido aserrar á un prójimo; y póngase usted en el caso de mi sobrino, señor escribano.

—Hombre, solamente de pensarlo me dan así como palpitaciones y estremecimientos en la punta del espinazo. Pero, en fin, á mí me parece que su sobrino de usted esta muy en peligro; si lo hubieran aserrado no habría cuestión; pero no habiéndole aserrado ni habiéndole hecho nada, el señor alcalde mayor, que es muy severo y se pone en todo, va á creer todo eso de la sierra es no es más que una *guasa* para salvarse su sobrino de usted de la responsabilidad en que ha incurrido. Apostaría la cabeza á que el alcalde mayor va á creer cómplice con los ladrones á su sobrino de usted, y le va á mandar por diez años y un día á Ceuta: á

no ser que por la circunstancia de haber habido un asesinato y un incendio, el señor alcalde mayor gradue la culpabilidad de su sobrino de usted al igual de la de los ladrones y le sentencie á horca.

—Pero, hombre, ¿qué es lo que está usted diciendo?—sxclamó asustado aquel terrible hombre que parecía no debía asustarse por nada.

—Lo que yo digo,—contestó el escribano,—es que creo que á su sobrino de usted le hubiera salido mucho mejor la cuenta dejándose aserrar; se hubiera perdido todo, ya lo considero, pero á lo ménos se hubiera salvado el honor.

—Hombre, déjese usted de bromas,—dijo don Timorato,—que esa *guasa* es ya de las negras.

—Vaya una cañita para pasar el susto, don Timorato,—dijo el escribano.

—Rejalgar tomaría yo,—exclamó el alcalde.

—Hombre, no, que eso descompone el cuerpo.

—Pero, hombre,—dígame usted que lo que usted acaba de decirme de que el alcalde mayor va á creer á mi sobrino cómplice de los ladrones, es una broma.

—¡Broma! ¡bromita! ¡aunque parece! Ya, ya verá usted; y fortuna que no está en casa el alcalde mayor y no es él á quien usted le hace esta relación, que si él fuera... En fin, para todo hay remedio en este mundo, don Timorato; ¡qué diablo! no hay que sofocarse: todo el mundo tiene sus debilidades, y cuando se conocen las debilidades de una persona, por sus debilidades se le agarra.

—Vamos. sí,—dijo don Timorato;—el señor alcalde mayor es aficionado al dinero.

—¿Qué es lo que usted dice, hombre?—exclamó todo escandalizado don Pánfilo.—¿Qué blasfemia acaba usted de

pronunciar? ¡Aficionado al dinero el señor marqués de la Pampanera! Si yo le dijese eso á su señoría, mañana á estas horas tenía usted al pie un grillete. ¡Jesús, Jesús, que atrocidad! Gracias á que yo soy prudente y no le diré una palabra de eso á su señoría.

—Pero, hombre, ¿y entonces qué debilidad es la que tiene ese buen señor?—exclamó sofocado don Timorato.

—Hombre, el señor marqués como es viudo, se ha dedicado á las beatas frescas y gordas, porque dice que son exquisitas como las ratas de agua, que quien las ha comido dice que son un gran bocado Figúrese usted que el señor alcalde mayor le pasa á doña Serafina la de las Siete Revueltas tres duros diarios solamente para que tome tres baños de leche al día, no la permite que tome más que pavos, y anguilas, y perdices, y jamón, y huevos, y rica manteca de Flandes y exquisito queso de Holanda, todo con el fin de mantenerla cebada.

—¡Por vida del alcalde mayor!—exclamó don Timoteo. —¡Pues ni que fuera su señoría de los Jerónimos!

—Qué quiere usted, don Timorato; las gentes ricas pueden permitirse estas gollerías que nos ponen á los pobres los dientes largos. Dios lo ha hecho todo para los ricos.

—Pero eso es un pecado mortal,—exclamó don Timorato;—lo menos le cuesta la tal cebona al alcalde mayor una onza diaria.

—¡Onza! ¡oncilla! ¡que si quieres! Si no la diera más de veinticinco duros todos los días que sale el sol su señoría á doña Serafina, no la vería la risa.

—¿Y por que no asierran por la mitad á ese saco de inmundicias, y por qué no echan á presidio al señor alcalde

mayor por su corrupción de costümbres y por el mal ejemplo que da?

—¡Pellejo de inmundicia!—exclamó picado el escribano.

—Gloria con aljófar y miel hiblea, que si usted la ve, en viéndola, allí mismo y en el mismo punto se cae usted muerto de repente.

Y babía algo de pasión propia en esta biliosa contestación de don Pánfilo.

—Bueno, bien,—dijo don Timorato;—¿y para qué me puede servir á mí esa señora?

—Si usted sabe obligarla, puede usted contar con que no le sucederá nada á su sobrino de usted.

—¡Ah, ya, sí! A esa buena hembra la gusta el dinero.

—Poco á poco: doña Serafina es muy fina, múy consentida, y muy reconsentida, y muy puesta en sus puntos, y muy señora; y si usted se va á ella con un talego de onzas en la mano, se ofende, y se lo cuenta al alcalde mayor, y el alcalde mayor se irrita y le levanta á usted una cantera, y le echa á usted á presidio por soborno.

—Pero, hombre, ¿cómo me voy yo á manejar, señor escribano? ¿quiere usted decirme?

—Deje usted, hombre, deje usted, que aquí estoy yo para darle á usted buenos consejos; déjese usted guiar y todo irá bien.

—Pues empiece usted á guiar, señor escribano.

—Mire usted, á doña Serafina le güstan mucho las cosas buenas, cuanto más buenas son mejor, por las alhajas, cuando son hermosa, se desvive.

—Pues calla,—dijo el alcalde;—el año pasado le compré yo á mi Rosarito una gargantilla de perlas que me costó seis mil reales.

—Quite usted allá, hombre, quite usted allá,—exclamó el escribano,—¿á dónde vamos á parar? Si á doña Serafina no la ve criatura alguna la garganta, ni aun el mismo alcalde mayor, ¿para qué quiere una gargantilla?

—¿Tiene la garganta hermosa esa señora?—preguntó don Timorato.

—¡Vaya!—dijo el escribano.—Digo, se me figura á mí, porque la que tiene aquellos ojos y aquella nariz y aquella boca, debe tenerlo todo hermoso.

—Pues hombre, una garganta hermosa como la de mi Rosarito parece mucho más hermosa con una gargantilla de perlas.

—Ya lo creo que sí, pero doña Serafina por sus votos y por su vocación y por sus sentimientos piadosos, no puede ponerse á la garganta nada más que un rosario.

—De suerte que si el rosario es de tres varas de largo y de perlas finas,—dijo el alcalde,—¿qué más gargantilla que el rosario? y luego si la cruz es de diamantes y tiene relicarios por medallas..

—Quite usted hombre: rosario de perlas y de corales y de esmeraldas y de amatistas y de toda casta, los tiene á docenas doña Serafina; pero no creo que tenga ninguno de brillantes: es lo que usted puede hacer: mañanita por la mañana muy temprano nos iremos á la calle de Francos casa de un platero amigo, que me enseñó el otro día un rosario de diamantes gordos, con una cruz de Caravaca que deslumbraba, y con dos medallones relicarios que quitaban la vista. En cuanto doña Serafina vea el rosario, aunque su sobrino de usted hubiera cometido más delitos que todos los malhechores juntos, haría que el alcalde mayor se volviese ciego y no los viese.

—Diga usted, señor escribano,—¿y cuanto cuesta esa alhaja?

—Hombre, no me acuerdo á punto fijo, pero creo que sea una cosa de mil doblones.

—¡Sacristía! —exclamó don Timorato,—¿con que es decir que los tales perdidos se han llevado de mi casa más de quinientas onzas que han arramblado con el tesoro del Fraile Negro y que á causa de ellos tengo yo que aflojar para que no le suceda nada á mi sobrino, tres mil duros?

—¿Y qué quiere usted que yo le haga, amigo mío?—contestó friamente don Pánfilo:—estas son las cosas del mundo y siempre ha sucedido así: unos pagan los que hacen otros; y en fin, si usted no quiere hacer ese sacrificio, déjelo usted: yo veré lo que puedo hacer de mi parte, que será muy poco, porque el alcalde mayor por lo mismo que me trata con una gran confianza no hace caso de mí.

—Nada, dada, hombre, ¿qué se ha de hacer?—exclamó resoplando don Timorato,—tendremos paciencia: usted me hará el favor de presentarme á esa señora de fiarme con el platero, porque como usted comprende, yo no tenía para qué traerme á Sevilla tres mil pesos; y la cosa urge, y ya que el señor alcalde mayor no está en su casa ni se sabe donde está, ni parecerá probablemente hasta mañana, aprovechemos la ocasión.

—Ya, ya: pues no ha tenido usted mala suerte en que el señor alcalde mayor no esté en su casa.

—Oiga usted, puede ser que esté rezando sus devociones con doña Serafina.

—Hombre,—exclamó el escribano poniéndose pálido,—no creo yo que á estas horas rece sus devociones con nadie.

—En fin, señor escribano, usted me hará el favor de decirle al señor alcalde mayor, que yo no me he descuidado en venir á darle personalmente parte de la grave cosa que ha sucedido en Guillena con escándalo del mundo, á tres leguas de Sevilla, y mañaníta por la mañana muy temprano, dentro de tres ó cuatro horas, le espero á usted en el meson de la Cabeza del rey don Pedro, donde yo paro cuando vengo á Sevilla.

—¿Y usted, por qué se levanta, don Timoteo?—dijo el escribano.

—Hombre, para irme al meson, que no nos hemos de estar aquí hablando toda la noche.

—Deje usted. hombre,—dijo don Pánfilo,—que aquí en la misma casa del alcalde mayor estará usted mejor. A ver, Pelotera, dijo, ven acá.

—Acudió Pelotera, que como sabemos estaba de guardia.

—¿Se ha llevado el caballo del señor alcalde á la cuadra?—dijo con Pánfilo.

—No señor,—contestó Pelotera,—le hemos atado ahí á una argolla del portal.

—Pues que lo lleven al instante á la cuadra, que lo desaparejen y le echen un buen pienso.

—Pero, hombre, ¿á qué esta incomodidad en la casa?—dijo don Timorato

—Calle usted, señor, calle usted,—respondió don Pánfilo,—que su señoría se enojaría conmigo si supiese que á estas horas había consentido se fuese usted á un meson. Déjese usted guiar: véngase usted conmigo.

—Como usted quiera,—dijo don Timorato, que veía con harto dolor de su corazon que aquel aristocrático hospedaje le costaba tres mil pesos.

Don Pánfilo despertó al mayordomo que había sucedido á Oreja y Media y le mandó acomodase en la excelente habitación que para los huéspedes había en la casa y cuando hubo acomodado á este se bajó á su cuarto, cogió su tizona, su sombrero y su capa y salió á la calle murmurando:

—¡Cuerno, cuerno! bien podría suceder que el alcalde mayor se hubiese perdido en casa de Serafina. Vamos allá; de una pedrada mataremos dos pájaros.

CAPITULO XLVI

De cómo hay arañas que se comen, como si fuera una mosca á un escribano

Don Pánfilo se fué á Siete Revueltas y llamó á una casa muy modesta, pero de muy buen aspecto.

Al segundo llamamiento se oyó abrirse una ventana alta, y luego la voz gruñona de una vieja, que decía:

—¿Quién diablo llama á estas horas?

—Abra usted, señora Petrola, que soy yo,—contestó el escribano.

—¡Ah! Usted perdone, don Pánfilo,—contestó la vieja;—pero como usted no tiene costumbre de venir á estas horas...

Poco después se abrió la puerta.

Don Pánfilo se tranquilizó.

Cuando se había abierto la puerta tan prontamente, no había moros en la costa.

—Vaya usted, vaya usted y despierte usted á la señora,

—dijo don Pánfilo;—no quiero que se asuste viéndome de repente; dígale usted que si vengo á estas horas, no es por nada sino porque hay un gran negocio entre manos; que se vista, que tenemos que hablar; y la esperaré en la sala.

A todo esto, habían llegado al primer piso.

La señora Petrola abrió una mampara y entro con don Pánfilo en una salita muy bien puesta, pero á la manera de las beatas.

Sobre la mesa y en las rinconeras había urnas con santos; colgados en las paredes blanqueadas cuadros místicos y estampas con imágenes de santos.

El mueblaje era de cerezo, y la estera blanca.

Don Pánfilo se sentó en un ancho canapé muy mullido y esperó.

La señora Petrola había dejado un pequeño velón de los de Lucena sobre la mesa.

Don Pánfilo tuvo que esperar un cuarto de hora largo, y esto volvió á inquietarle.

Se abrió, al fin, una puerta y apareció una mujer realmente hermosa y ya de treinta y cinco á cuarenta años; una de estas mujeres admirablemente conservadas y con toda la frescura de la juventud que tienen el incitante encanto, la magnífica morbidez de las matronas.

No traía toca, y sus cabellos, descompuestos por el sueño, aparecían recogidos en un hechicero desórden sobre la cabeza.

Traía puesta una basquiña, y se envolvia en un pañolon.

—Ay, madrecita mia de los Desamparados,—dijo don Pánfilo,—y quién me socorre á mí!

—Haga méritos, hermano,—dijo sentándose junto á él

doña Serafina, que ella era,—y no es buen modo de hacer méritos el venirse así á deshora de la noche á metérseme en casa; y si la señora Petrola ha recibido á usted, ha sido porque yo me sospechaba que alguna vez daría usted en esta impertinencia, y yo no quería pensase usted mal de mi.

—Sin embargo, Serafinita, usted ha tardado un cuarto de hora en salir después de que la ha avisado á usted la señora Petrola.

Y qué ¿se echa de menos en desperezarse, en rocogerse los cabellos y en vestirse, y más cuando se está tan gruesa como yo lo estoy? Pero, en fin, señor desconfiado, yo no debo darle á usted tales satisfacciones; usted sabe quien soy yo, y le advierto á usted que si me viene usted con celos que me ofenden, hemos concluído definitivamente.

—Me parece, señora mia, que no puede usted quejarse de mi conocimiento; creo que hemos hecho buenos negocios.

—Negocios que me cuestan el que las personas con quienes esos negocios se han hecho, crean lo que no existe; esto es, que yo soy amiga del alcalde mayor.

—Sí señora, amiga en el buen sentido de la palabra,—contestó don Pánfilo;— pues qué, ¿usted cree, mi bella ingrata, que yo estaría aleteando por hacerla á usted mi mujer si yo creyese que su reputación de usted no estaba sin tacha?

—Lo primero que á usted le sucede, don Pánfilo, es que se le da á usted tres pitos del qué dirán; y como le he entrado yo á usted por el ojo, de lo que me alegro mucho, y no he sido blanda con usted, de lo que me alegro mucho más, ha llegado usted á coger por mí, no solo amor, sino pasion de ánimo, lo cual sucede muy á regusto mio, porque sí, porque yo estoy también por usted que no me sufro.

—Pues entonces, hija de mis entrañas, ¿por qué no nos casamos?

—¡Ay! calle usted, que le temo á mi padre espiritual, don Pánfilo,—dijo con una grande uncion Serafina;—porque él dice que el estado de castidad es el más perfecto de los estados, y tanto más meritorio cuanto más se está en medio del mundo y de la tentacion. ¿Pero qué es lo que está usted mirando, don Pánfilo? No sea usted malo.

—¡Ay, Serafinita, que la veo á usted por la primera vez sin toca, y tiene usted unos cabellos... y sobre todo una garganta! ¡Ay, qué garganta! ¡qué tentacion, Dios mío, que mareo! Yo sentiria mucho que su padre espiritual de usted, la mirase á usted la garganta y el nacimiento de los hombros como se los estoy mirando yo.

—¿Quién, el padre Porciúncula? Si el padre Porciúncula me viera á mí sin tocas, me excomulgaba, me anatematizaba, se horrorizaba: lo mismo que si el padre Porciúncula supiera que éramos novios: me extremezco solo de pensarlo.

—Pero, Serafinita,—¿será posible que siendo usted de esta tierra donde hay tan buenos mozos no haya querido usted á ninguno?

—Y tan posible como es; mire usted, para mí no ha habido hombres en el mundo hasta que le he conocido á usted, diablillo del infierno, y eso que es usted raro y feo y viejo; pero que quiere usted, me mira usted de una manera, con una gatería, con una zalamería, que me ha cogido usted; pero en los buenos términos, amiguito, ¡Jesús! Todo consistió en la manera como me miró usted y me habló usted aquel día que salía yo de los oficios de la catedral por la puerta del Perdón. Yo no sé como esto ha sido: yo me espanto de mí misma. En fin, que no me puedo olvidar de usted, que

usted, sin quitarme mi piedad y mis devociones, me ha quitado usted mis beaterías y ha hecho usted que cada día se me haga más insoportable el padre Porciúncula.

—¿Sabe usted que cada día me va cargando á mí más ese santo varón?—exclamó don Pánfilo.

—Pues es verdaderamente un santo varón,—dijo con una gran sencillez y una gran seriedad Serafina,—un verdadero ministro del Señor, de tal manera, que si todos pensaran como él, ó todas mejor dicho, se acabaría el mundo, porque no se casaría ninguna; pero qué quiere usted, el amor es un diablillo que pronto ó tarde se nos mete á todas las mujeres en el cuerpo y que nos vuelve locas. En fin, ya sabe usted lo que hemos convenido, que cuando tengamos dinero bastante para irnos de esta tierra á otra donde el padre Porciúncula no lo sepa, y á usted le convenga dejar su escribanía nos casaremos.

—¿Y por qué ese miedo al padre Porciúncula?

—¡Ay! calle usted, por Dios, don Pánfilo, sería capaz de cualquier cosa: su horror al verme cambiar la castidad por el matrimonio le llevaría á la venganza.

—¡Cuando digo yo que me carga el padre Porciúncula, y que si no fuera por sus hábitos y porque yo, como escribano de un señor tal como el alcalde mayor, no puedo dar escándalos, le pegaba á ese santo varón una paliza que le volvía loco!

—Mire usted, no me venga usted con celos porque no los sufro, y me parece que si está usted aquí á estas horas ha sido porque ha tenido usted una mala sospecha de mí.

—No señora, es porque se presenta un negocio de tres mil pesos,—dijo el escribano.

—¿De tres mil pesos?—exclamó Serafina con una avidez

que le imprimió una expresión sórdida que perjudicaba á su hermosura.

Don Pánfilo la puso en antecedentes.

—¿Es decir, que una vez más,—dijo Serafina,—tengo que pasar por amiga del alcalde mayor, á quien ni siquiera conozco?

—Y que quiere usted, hija mía. Yo no le podía decir á ese hombre; deme usted tanto para que no se comprometa su sobrino de usted. Es necesario vivir, Serafinita de mis ojos; porque lo que hay de positívo en este mundo es el dinero. Con esos tres mil duros y con lo que me den á mí por mi escribanía, y con su hacienda de usted, nos iremos á Valencia ó á Murcia, á fin de que no le queme á usted la sangre el padre Porciúncula: nos casaremos, pondremos nuestro dinero á gabela, y criaremos en paz y en gracia de Dios nuestros hijos.

—Vaya, no me diga usted eso, que me avergüenzo, don Pánfilo,—exclamó con una encantadora gazmoñería Serafina.

—¡Ay corazoncillo!—exclamó don Pánfilo,—¿y á que son esas hipocresías si está usted deseando tanto como yo el que llegue el feliz momento? Pero concluyamos, que no quiero darla á usted un mal rato. Yo no he venido por otra cosa sino para que no la coja á usted de nuevas mi visita con el alcalde de Guillena; yo le he dicho que usted es muy séria y muy severa y muy señora, en lo que no le he dicho más que la verdad: él la regalará á usted un rosario de diamantes que no vale ni mil duros; pero por el cual soltará tres mil; es decir, se comprometerá á soltarlos con un recibo que dará á un amiao mío, platero de la calle de Francos, y al que voy á ver para prevenirle en cuanto salga de aquí. Los

negocios son los negocios, y hay que ha^erlos con una grande actividad. En cuanto se haya ido el alcalde de Guillena, yo volveré á llevarle á mi amigo el platero el rosario; y él cuando cobre los tres mil duros, que será mañana, me los dará, ménos dos ó tres mil reales que yo le dejaré por su complacencia en hacer este negocio. Pero, Serafinita de mi vida, es necesario que en seguida nos casemos, aunque sea de secreto.

—¿Y por qué de secreto? ¿Pues no es mejor que yo me vaya antes ó después que usted á la ciudad que convengamos para huir el bulto al padre Porciúncula, y que allí nos casemos pública y solemnemente?

—Hay negocios, Serafinita,—dijo don Pánfilo,—por los cuales no conviene que yo deje tan pronto mi escribanía; negocios que pueden aumentar nuestra hacienda.

—Pues nada, don Pánfilo, aunque se enoje el padre Porciúncula, vengan esos tres mil duros y nos largamos.

—Vaya, ya sabía yo que se había usted de poner en razón,—contestó don Pánfilo.—Y quédese usted con Dios, que ya viene el día á más andar y tengo que ir á prevenir á mi amigo el platero. ¡Ay, gloria, dentro de quince días no tendré que separarme yo de usted tan desesperado y tan loco!

—¡Ay esposo!—dijo Serafina,—que se encolerice dentro de quince días todo lo que quiera el padre Porciúncula. Señora Petrola, eche usted á la calle al amigo don Pánfilo.

Poco después, don Pánfilo se dirigía á la calle de Francos murmurando:

—Del hombre que diga que es un pillo y que con él no puede ninguna mujer, me río yo. Cuando una mujer es como esta Serafina... ¡Y el padre Porciúncula!... Vamos, puede ser que ella no mienta, y sea lo que fuere, yo no puedo pasar

sin ella, y para tenerla es menester casarse, porque sabe lo que vale y se hace pagar. ¡Cómo ha de ser! No hay tunante que sirva cuando se trata de unos ojos negros y una garganta como los de Serafina.

Y don Pánfilo llegó á casa de su amigo el platero, llamó, entró, se entendió con él y se volvió á casa del alcalde mayor, saboreándose con la idea de que iba á apoderarse de tres mil duros, y de que por aquellos tres mil duros la problemática Serafina, á pesar del padre Porciúncula, consentía en ser su mujer.

CAPITULO XLVII

De como la soberbia puede equivocarse con la locura, y de como no hay negocio, por bueno que sea, que no tenga espinas

Apenas entró don Pánfilo casa del alcalde mayor, cuando el alguacil Pelotera le dijo:

—Señor escribano, ahí está esperando á usted el alcalde de San Juan de Aznalfarache.

—¡Y va de alcaldes!—exclamó de mal humor don Pánfilo.—No me dejarán dormir ni dos horas. ¿Y cuándo ha venido ese otro alcalde?

—Apenas había usted salido, señor escribano.

—Vamos, vamos á ver con qué otra embajada se nos viene este otro alcalde,—dijo don Pánfilo.

Se metió en su cuarto.

Se encontró con un viejecillo muy bien cortado, con una pequeña figura, vestido á la usanza de los caballeros de aquel tiempo.

—Beso á usted la mano, señor mío,—le dijo haciendo una reverencia.

—Beso á usted la mano, señor alcalde,—contestó don Pánfilo poniéndose en armonía con el tono de su interlocutor.

Pero de improviso éste cambió de tono, se irguió, y exclamó con la voz acre y destemplada:

—¿Me querrá usted decir, señor mío, cuándo se van á acabar los escándalos?

—¿Cómo, cómo?—exclamó don Pánfilo asombrado por aquel cambio de tono tan inesperable atendida la finura del saludo.—Yo desearía, señor alcalde, me explicase usted sus palabras.

—El bandidaje formidable, terrible, inconcebible, se atreve á hacer de las suyas á las puertas mismas de Sevilla,—contestó el alcalde, cuya indignación crecía.—Ya el reflejo del incendio de las propiedades acometidas ilumina los muros de la reina del Guadalquivir, y á la luz siniestra de esos incendios aparecen, lívidos y siniestros, infelices asesinados; ¿y hay en Sevilla alcalde mayor? ¿Hay justicia? ¿Cómo pueden reposar tranquilas las gentes honradas, si los bandidos tienen tan en desprecio la autoridad suprema, que la arrojan á la cara sin temor las brasas de los cortijos devorados por el fuego y la sangre de miserables víctimas?

—Permítame usted, señor alcalde, que le diga que, aunque quiero, no puedo explicarme el extraño lenguaje que me deja usted oir tan sin ton ni son.

—Yo soy el que no puedo explicarme,—contestó creciendo en acritud el alcalde;—cuando, cansado de inútiles esfuerzos por sofocar un desolador incendio causado en mi propiedad por el crímen, vengo por mí mismo, en vista de la

gravedad del caso, á dar cuenta de ello al señor alcalde mayor, el no encontrar á su señoría en su casa, ni siquiera á su escribano.

—Señor alcalde,—exclamó, perdiendo ya la paciencia don Pánfilo,—dejémonos de declamaciones inútiles y vengamos á la cuestión.—Yo suplico á usted que se siente, que se tranquilice y que modere su celo, que por mucho que le honre le compromete, haciéndole incurrir en desacato contra una autoridad tal y tan respetable como su señoría el señor marqués de la Pampanera, alcalde mayor de Sevilla.

—¿Habremos de temer,—exclamó el alcalde,—que se acabe por amenazarnos con la cárcel y tal vez con el grillete? ¿Qué escándalos son éstos? ¿Adónde vamos á parar? ¿Cree usted, señor escribano que está usted hablando con una personilla cualquiera? ¿Cree usted acaso que el conde Cartaenblanco puede sufrir se le haga estar esperando, como á un quidan cualquiera, una hora larga en este zaquizamí?

—Acabáramos, señor conde,—dijo don Pánfilo, haciendo de tripas corazón y conteniéndose.—Yo estoy verdaderamente desesperado al ver que una persona tan ilustre como usía, cuyo título conozco, pero á quien no tenía el honor de conocer personalmente, haya venido á honrar la modesta habitación que tengo casa del señor marqués de la Pampanera, en ocasión en que su señoría y yo nos encontrábamos fuera en servicio de la justicia.

—Bien, bien; concluyamos, señor mío,—dijo algo más apaciguado el conde Cartaenblanco;—en verdad en verdad, que estas son cosas muy fastidiosas; pero nos vemos obligados á sufrirlas nosotros los que tenemos, primero de Dios, y luego del rey nuestro señor, el grave encargo de velar por la salud pública.

Y el conde de Cartaenblanco se sentó.

—¿Tendrá usía la bondad de decirme lo que ha econtecido en su jurisdicción?

—Una enormidad, una cosa increible: el cortijo del señor marqués de Casa-Vaquera apareció incendiado como á las nueve de la noche: en su dirección se habían oido algunos disparos. Acudí con una ronda de vecinos honrados, y me encontré con que el aperador y los mozos se esforzaban en vano por sofocar el incendio, que había adquirido grandes proporciones. Supe por aquellas gentes que, como á las ocho de la noche, el cortijo había sido acometido por multitud de malhechores á caballo; que según lo que pudo juzgar el aperador, no bajarían de cincuenta. ¡Cincuenta malhechores á caballo á las puertas de Sevilla! ¿Y quiere usted que no me escandalice y que no diga que se desprecia la autoridad del señor marqués de la Pampanera? ¡Cincuenta! ¿Conoce usted la denigrante y aterradora elocuencia de esta cifra? ¡Cincuenta! ¡Cómo estamos gobernados cuando tales cosas suceden! Pues bien, estoy dipuesto, dispuestísimo, á quejarme de este al rey nuestro señor de la manera más apremiante posible.

—Yo suplicaría á usía una cosa, señor conde,—dijo don Pánfilo con un acento entre ágrio y dulce.

—Yo no necesito consejos de nadie; yo no acepto consejos de nadie; yo sé bien lo que debo hacer, y lo que debo hacer lo hago siempre. No hace dos días llegaron noticias de que malhechores en un número considerable habían incendiado, robado y asesinado en la ribera de Sanlúcar, ¡y un exceso semejante se comete á las inmediaciones de Sevilla! ¡Ah! Yo no puedo olvidarme del miserable semblante de aquel joven cubierto de sangre, con el cráneo levantado por una bala. ¡Qué horror!

—Pues bien,—dijo don Pánfilo,—yo no me entrometeré á dar consejos á una persona que me manifiesta qüe no los necesita; pero no puedo ménos de dejar de advertir á usía que si usía habla de esa manera cuando le vea al señor alcalde mayor...

—Me meterá en la cárcel ¿no es esto?—contestó con una expresiva ironía el conde de Cartaenblanco.

—Indudablemente, señor conde,—dijo ya de todo punto amcstazado don Pánfilo, que tenía muy mal génio,—y con la circunstancia agravante de que antes de meterle á usía en la cárcel, á pesar de ser alcalde y título, le arrima á usía una paliza.

¡Poder de Dios y quién podrá describir el füror que se apoderó al escüchar estas palabras, del ilustrísimo y altivo conde de Cartaenblanco!

—Quién eres tú, miserable criatura, insecto brotado del fango, larva inmunda,—exclamó trémulo de coraje.

—¡Pelotera!—dijo don Pánfilo.

Entró en el momento el alguacil.

—¿Cómo, cómo es esto?—exclamó el conde de Cartaenblanco poniéndose hosco como un garduño,—¿qué nueva indignidad se apareja?

—Pelotera,—dijo don Pánfilo,—este buen señor se ha vuelto loco, y nosotros como cristianos no podemos dejar de socorrerle: sujétale, hijo, sujétale, átale, échale en mi cama y vete á llamar al médico; pero cuidado como te arrimas, hijo, que á mí me parece que muerde.

Si el noble conde no había interrumpido á don Pánfilo consistía en que había llegado á tal punto su furor que había enmudecido; ó mejor dicho, que aunque quería no podía producir palabras.

Pelotera empezó por sacar del bolsillo la cuerda que llevaban todos los alguaciles á prevención, y luego, preparándose para que no le alcanzara el bastón que blandía el iracundo alcalde, se encogió, se avalanzó de improviso á él, le agarró el bastón, se lo quitó, y con una agilidad inesplicable y sin saber cómo, le ató, le asió y dió con él en el lecho del escribano.

El conde rugía, apostrofaba á don Pánfilo, se atrevía al cielo y á la tierra, y pronunciaba tales dicterios contra el alcalde mayor, que no había medio. Era necesario convenir en que se había vuelto loco.

¿Y qué es la cólera en su exasperación más que un acceso de locura?

El otro alguacil de guardia, que se llamaba Curcusita, acudió, sujetó al pequeño y soberbio alcalde, y entre tanto Pelotera escapó para ir á buscar al médico de la casa.

—¡Mentira!—decía don Pánfilo, paseándose, sin hacer caso de los improperios del alcalde de Aznalfarache;—¡mentira; el diablo no está en Cantillana: se ha metido en casa y no hace más que traernos complicaciones! ¿Y dónde diablos estará ese insensato de don Bartolomé? ¿Apostamos á que esos malditos invisibles le han engañado y se han apoderado de él? Y esto me contraría. ¿Cómo dejo yo solo á ese estrafalario de conde? Y es el caso que ya está clareando, y es menester ir á buscar al otro alcalde y á despertarle para irse con él á casa del platero. Bueno, bueno, bueno; y si á este desesperado alcalde se le pudiera meter miedo y sacarle astilla; ¿pero quién se entiende con este loco? Si señor, sí, loco. ¡Válgame Dios, Señor! Como yo llegue á atrapar al *tuautem* de los invisibles, mucho dinero ha de tener para que yo no le ahorque. En fin, espere-

mos á que venga el médico que á la fuerza tiene que declarar loco á éste ¡Jesús, Jesús! Yo no se donde tengo la cabeza. ¡Y aquella divina garganta de mi Serafina que no se me quita del sentido!

Vino el médico, y tal estaba de furioso y de maldiciente el conde de Cartaenblanco, alcalde de San Juan de Aznalfarache, y tal era su excitación y de tal manera se encontraba desarreglado su pulso, y tales cosas y tan enormes decía, que el médico le declaró loco de remate.

—Pues nada, nada,—dijo el escribano,—yo no puedo cargar con la responsabilidad de tener aquí á un loco: que vayan, que vayan á avisar al hospital; que traigan una angarilla y se lo lleven; allí verán lo que tienen que hacer con él.

Esto aumentó el furor del conde de Cartaenblanco; pero como uno de los alguaciles se había disparado al hospital y volvió pronto con una angarilla ó camilla ó especie de ataúd cubierto, se le apretaron las ligaduras al señor conde para conducirle mejor, se le puso en la camilla, se le llevó al hospital, y en cuanto llegó, como su furor crecía de momento en momento, como estaba gravemente congestionado, como presentaba síntomas alarmantes, reunidos los médicos del hospital, determinaron sangrarle, aplicarle ventosas, vejigatorios y sinapismos, y ponerle en la cabeza un casquete de nieve.

Entre tanto, el escribano decía á don Timorato, á quien había ido á despertar:

—Todas las legiones del infierno se han soltado; esto es horrible, don Timorato; yo no entiendo lo que sucede. No ha sido solo en Guillena donde se han cometido excesos, sino aquí, á las puertas de Sevilla; en San Juan de Aznal-

farache han incendiado, y han matado, y ha acontecido una gran desgracia: el gran conde de Cartaenblanco, alcalde de San Juan de Aznalfarache, se ha vuelto loco.

—¿Pues qué le han hecho á ese señor?—preguntó don Timorato bostezando.

—¿Pues no lo oye usted? Han quemado en su jurisdicción un cortijo y han matado á un hombre.

—¿El cortijo era suyo?—preguntó don Timorato.

—¿No señor, el cortijo era del señor marqués de Casa-Vaquera.

—¿Le toca algo el señor marqués á ese alcalde?

—Como no le toque la guitarra,—dijo don Pánfilo,—no sé que le toque nada.

—¿Era pariente el señor conde del difunto?

—Como no sea por parte de Adán, yo no lo creo.

—Pues entonces, don Pánfilo, ese señor es de vidrio ó se parece al corregidor de Almagro. Si le hubiese pasado lo que á mí; si le hubiesen corrido los caballistas, su mujer y sus hijas, y le hubieran quitado quinientas onzas, y le hubieran quemado la casa, y le hubieran descompuesto á su sobrino, y le hubieran llevado un tesoro que hubiera tenido á su cargo, ¿qué le hubiera pasado á ese buen señor?

—Que quiere usted, don Timorato; eso va en encarnaduras. Pero acabe usted de vestirse pronto, que ya es bien de día; tenemos que ir por el rosario, y luego á ver á doña Serafina.

—¿Estará ya levantada esa señora?—dijo don Timorato.

—Hombre, pues por supuesto; esa señora no pasaría el día tranquila sino fuese á oir la misa de alba; porque ella dice que se debe cumplir con Dios desde muy temprano, á

fin de que el diablo no tenga ocasión de atreverse á malas tentaciones.

—Hombre, ¿y á qué se espanta esa señora de las tentaciones siendo tan amiga del señor alcalde mayor?—dijo don Timorato acabando de atacarse los botines, ó más bien las botas.

—Usted lo ha dicho; amiga, y no más que amiga. No torzamos el sentido de las palabras: muy amiga, eso sí; pero dentro de la más rigorosa castidad. ¡Pues buena es doña Serafina para pensar en nada pecaminoso; y bueno es el padre Porciúncula, su director espiritual, para dejarla caer en el pecado.

—Hombre, y entonces ¿por qué esa señora recibe costosos regalos del señor alcalde mayor, y sobre todo, por qué el alcalde mayor la regala siendo tan virtuosa?

—Por aquella creencia de que dádivas ablandan peñas,—dijo el escribano;—pero esto proverbio resulta nulo cuando se trata de doña Serafina.

—Hombre, pues lo mejor sería,—dijo don Timorato apretándose la faja,—que esa señora no recibiera esos medios de ablandarla.

—¿Y qué sería de los pobres, señor don Timorato? Ella vende esas dádivas, esos regalos, y emplea lo que producen en obras de caridad. Esté usted seguro de que los tres mil pesos que usted la dará en ese rosario van á gastarse en los pobres, en los hospitales y en objetos piadosos.

—Todo sea por Dios,—dijo el alcalde estirándose la chaqueta.

—Cuando usted la vea, don Timorato, va usted á ver una santa, y la santa más hermosa que usted se puede figurar.

—Don Pánfilo, don Pánfilo, á usted le han puesto muy mal el nombre,—dijo el alcalde;—porque lo que usted tiene de pánfilo me lo como yo, y que se me vuelva veneno.

—Pues no, que lo que usted tiene de timorato...

—También es verdad, tiene usted mucha razón con los elojios que me está usted haciendo de esa serafina en carne humana, me parece á mí que lo poco que yo pudiera tener de timorato, se va ir á pique.

—¿Cómo, cómo, amigo mío? ¿y la señora alcaldesa?

—Eso cae por encima,—dijo el alcalde terciándose al hombro la manta.—Conque cuando usted quiera, don Pánfilo.

—Vamos, vamos allá, don Timorato,—dijo don Pánfilo con la voz no muy segura porque se había alarmado.

Era posible, muy posible que aquel feo tan subido produjese en Serafina, por la ley de las contraposiciones. el mismo efecto que una grande hermosura; pero, ¿qué había que hacer? arrostrar el peligro y estar atento para conjurarle si sobrevenía; pero la verdad era que don Pánfilo no se podía sufrir.

Salieron, y poco después entraron casa del platero.

CAPITULO XLVIII

De como don Pánfilo vió que no siempre se ganaban á gusto tres mil duros

El platero estuvo admirable.

Engañó con un rosario, que en verdad era bueno, pero que apenas si valía mil duros, al terrible don Timorato.

Verdad era que el bravo alcalde entendía muy poco de alhajas; sobre todo, se le robaba á causa del amor que tenía á su sobrino, que estaba verdaderamente comprometido y ¿á qué pararse ya en pequeñeces?

La verdad era que se le sacaban tres mil duros.

El platero se contentó con un recibo, cuyo vencimiento estaba señalado para el día siguiente.

Don Timorato debía entregar en aquel plazo tres mil pesos á don Pánfilo, que se encargaría de retirar el recibo.

Don Pánfilo y don Timorato, llevando este último en

un precioso estuche de terciopelo el rico rosario, se encaminaron á Siete Revueltas.

En el balcón de la casa de Serafina, regando las macetas (aún no había salido el sol), había una mujer con hábito y toca.

Afiló los ojos el alcalde, ansioso de recibir la primera impresión de hermosura de Serafina, que por tal tuvo á la que regaba, y al volverse casualmente la susodicha dejando ver su semblante, el alcalde dió un respingo.

—¿Y es esa la grande hermosura de que usted me hablaba, don Pánfilo?—dijo.—Pues si es más fea que yo.

—Calle usted, hombre,—dijo don Pánfilo,—qun esa es la señora Petrola, la criada.

—¡Ah! Eso es otra cosa,—dijo tranquilizándose don Timorato.

La vehemencia con que éste había hecho su exclamación había aturdido á don Pánfilo.

Se conocía que don Timorato estaba ya jaleado, antes de haberla visto, por Serafina.

—A ver si tengo que armarle yo á éste una zancadilla,—dijo don Pánfilo.

Y como la tía Petrola hubiese reparado en ellos, se abalanzó al balcón y les dijo:

—Voy, voy á abrir, aunque la señora no esta en casa; pero no importa, porque no tardará en venir.

Poco después se abría la puerta y se dejaba ver esa cancela de hierro que tienen todos los portales de Sevilla, á fin de que al través de ella se vea el patio con sus tiestos de flores, y su fuente, y su toldo en el verano.

—Pues sabe usted,—dijo don Timorato al entrar,—que esta señora tiene muy bien arreglada su casa, y que viviendo con ella se estaría en la gloria?

—Como que aquí todo es santo,—dijo don Pánfilo tragándose su cólera.

—¿Qué es lo que dice este señor?—exclamó la señora Petrola.—¡Vivir aquí en casa, hombre, cuando aquí ni aun el gato es varón!

—Usted perdone, señora,—dijo don Timorato;—pero yo lo decía porque aquí huele á ángeles y serafines.

—Como que esta casa está llena por la gracia de Dios,—dijo la señora Petrola.

—¡Caramba!—dijo para sí don Pánfilo.—Pues si este buen mozo empioza á requebrarla delante de la criada, ¿qué va á sor cuando la vea?

—Vaya, suban ustedes, señores,—dijo la señora Petrola,—que aquí no están ustedes bien, que todavía hace fresco por la mañana en el patio.

—Aunque yo no hubiera pensado en traer aquí á este mozo...—dijo subiendo por las escaleras don Pánfilo.—En fin, ya veremos; no hay que ahogarse en dos dedos de agua. Tres mil duros son tres mil duros; y luego que ¿como ha de gustar á ella este jabalí? Pero son tan raras las mujeres... En fin, veremos; pero que no me tiente mucho la paciencia este individuo, porque puede ser que yo le envíe como al otro á un hospital de locos.

Entraron en la sala.

Olia allí materialmente á incienso, y todo aparecía pulcro y cuidadosamente arreglado.

—Vaya,—dijo la señora Petrola,—voy á avisar á mi ama para que venga más pronto.

—No, no, dijo don Pánfilo;—deje usted estar, señora Petrola, que no tenemos prisa; que acabe de rezar á gusto sus devociones doña Serafina.

—¡Qué! quite usted allá don Pánfilo,—dijo la señora Petrola,—que luego el ama me regañaría porque les había hecho esperar á ustedes. Vaya, se quedan ustedes amos de casa; la señora y yo estamos aquí al momento.

Don Pánfilo no se atrevió á insistir; pero le inquietaba la aproximación del momento en que don Timorato viese á Serafina.

Se encontraba esta en una pequeña capilla que había en aquellos tiempos en la misma calle de Francos.

Cuando entró la señora Petrola, Serafina estaba arrodillada con un gran recogimiento.

La tía Petrola al tomar agua bendita tosió de una manera significativa.

Serafina la vió, se persignó, se levantó y salió con ella.

Se detuvo en el vestíbulo de la capilla.

—¿Han venido ya?—la preguntó.

—Sí señora, ya han venido.

—¿Y qué tal persona es el otro?

—¡Ay señora! feo como una tormenta de relámpagos y truenos; pero tiene unos ojos que no se le puede mirar á derechas; penetran y clavan, y que se me figura á mí que don Pánfilo tiene celos.

—Cállese usted, Petrola, que don Pánfilo no tiene porqué tenerlos, y es menester castigarle porque se atreve á dudar de mí. ¿Ha visto usted en mí algo que pueda reprobarse?

—Sí señora, el que se haya usted enamorado de un tunante tal como don Pánfilo.

—Y qué quiere usted, á mí me gustan los tunantes así como don Pánfilo; estos son los mejores. En fin, para mí los hombres han sido como sacos de paja hasta que he conocido á ese hombre.

—¿Y qué tal persona es el otro?

—¡Ay señora! feo como una tormenta de relámpagos y truenos; pero tiene unos ojos que no se le puede mirar á derechas; penetran y clavan, y que se me figura á mí que don Pánfilo tiene celos.

—Cállese usted, Petrola, que don Pánfilo no tiene por qué tenerlos, y es menester castigarle porque se atreve á dudar de mí. ¿Ha visto usted en mí algo que pueda reprobarse?

—Si señora, el que se haya usted enamorado de un tunante tal como don Pánfilo.

—Y qué quiere usted, á mí me gustan los tunantes así como don Pánfilo; estos son los mejores. En fin, que para mí los hombres han sido como sacos de paja hasta que he conocido á ese hombre.

—La tendremos con el padre Porciúncula.

—El padre Porciúncula no tiene derecho á que yo me quede para vestir imágenes: mire usted que tengo ya treinta y cinco años, y el alma en mi armario, y si el padre Porciúncula cree que Dios me ha hecho á mí para que se esté mirándome embobado las horas muertas, se engaña de medio en medio; que ya me voy yo cargando de estos amores tontos á lo seráfico, y no me peino yo para frailes.

—¡Vaya! el padre Porciúncula es un bendito.

—No digo que no; pero se le bailan las ojos cuando me mira sin que él lo conozca; te lo concedo, y sin saberlo, es un celoso que no se le puede resistir.

—Vamos, señora, que la verdad es, que no nos faltan ni los buenos jamones, ni las ricas conservas ni nada de lo que Dios crió, porque al padre Porciúncula todo le parece poco para enviárselo á usted.

—Más he medrado yo sin condiciones de ninguna especie desde que conozco á don Pánfilo, que hace cuatro días, como quien dice, que en todo el tiempo que conozco al padre Porciúncula, que es desde que tenía quince años; y él fué el que me metió en estas beaterías y él es el que me ha tenido veinte años hecha una monja sin clausura, y es menester que esto se acabe, y se va á acabar muy pronto; porque le advierto á usted que don Pánfilo y yo nos casamos.

A Serafina la acontecía lo que les sucede á muchas beatas, que están aborreciendo á los hombres hasta que son viejas, ó por lo menos maduras, y cuando se enamoran son capaces de saltar por encima de una montaña.

—Pero vámonos, señora,—dijo la señora Petrola.

—Calle usted, mujer,—contestó Serafina,—que estoy tardándome de intento, porque quiero quemar la sangre á don Pánfilo, que cuanto más duro se trata á esos tunantes, se les asegura más.

—¿Pero quién le ha enseñado á usted estas cosas, señora, usted que siempre ha sido una palomita sin hiel y más asustadiza que una liebre?

—¡Calle usted señora Petrola!—dijo suspirando la hermosa Serafina;—que todas las mujeres tenemos un diablillo en el corazón, y cuando este diablillo se suelta, se nos va el sentido. ¡Ay! no sabe usted lo que yo adoro á mi Pánfilo, y lo sin vida que estoy por llamarme su mujer.

—¡Y tan feo y tan pícaro y tan viejo!—exclamó la Petrola.

—Pues mire usted, á mí me parece muy hermoso y muy joven.

—¡Ay señora, que si á usted de puro feo le parece hermoso don Pánfilo, cuando vea usted al que ha venido con él, le va á parecer á usted un Dios!

—Quite usted allá, mujer, que yo no puedo querer más que al mío; pero vamos andando, que las cosas están bien en su punto, y no hay que irse más allá ni quedarse más acá. Veremos á ver.

Y las dos echaron á andar hácia la casa.

Don Pánfilo estaba ya que estallaba.

Don Timorato, que ni temía ni debía, no hablaba más que de Serafina, y estaba ya cansado, repitiendo que una mujer que tan arreglada, tan limpia y tan bonita tenía su casa, debía ser un prodigio.

Don Pánfilo, á pesar de su avaricia, perdonaba ya los tres mil duros, y se hubiera vuelto atrás si le hubiera sido posible; pero había que aguantar el palo.

A más de esto, don Timorato le causaba un miedo cerval.

¡Era mucho hombre aquel!

A don Pánfilo se le heló la sangre cuando sintió los fuertes pasos de buena moza de Serafina.

Don Timorato estuvo atroz y descomedido, porque en el momento en que sintió aquellos pasos se abalanzó á la puerta, sin reflexionar lo extraño de esta conducta.

A poco no se da un pechugón con Serafina á la puerta de la sala.

—¡Jesús!—dijo ésta retrocediondo al ver á don Timorato.

—¡Diosa!—exclamó con Timorato;—¿ha visto usted al diablo?

—¡Vaya un hombre!—dijo Serafina sin dejar de mirar frente á frente á don Timorato.

—¿Y que hace ahora un hombre?—murmuró don Pánfilo, mordiéndose hasta hacerse sangre en el labio inferior.

—Hija mía,—dijo don Timorato,—me alegro de haber

nacido, porque si no hubiera nacido no la estaría viendo á usted.

—Oiga usted, don Pánfilo,—dijo Serafina soltando la carcajada,—¿qué diablo de hombre es este que ha traído usted á mi casa?

Don Pánfilo se atragantó, tragó tres ó cuatro veces saliva, y al fin dijo mascullando las palabras:

—Pues si señor, este señor es don Timorato del Fresno.

—¿Qué este señor se llama don Timorato?—dijo Serafina que parecía que estaba en sus glorias.—Pues, amiguito, le han puesto á usted el nombre de un trabucazo, y no le cae á usted bien, porque tiene usted tanto de timorato como don Pánfilo de santo. Pero hablemos formalmente,—añadió, tomando de improviso una seriedad que desconcertó á don Timorato, y que volvió el alma al cuerpo á don Pánfilo.—Veamos de lo que se trata.

Y se sentó en el sofá.

Don Timorato continuó mirando embobado á Serafina.

—De lo que se trata, señora, es de que, según dice el señor don Pánfilo, mi amigo, usted tiene vara alta con el señor alcalde mayor de Sevilla.

—Ni vara alta ni vara baja,—dijo Serafina,—ni vara de ninguna especie; todo consiste en que el señor alcalde mayor me honra con su amistad.

—Ser amigo de usted, señora,—contestó don Timorato á cada momento más impertinente,—es ser un poco menos que bienaventurado, porque verla á usted todos los días y á todas horas, debe ser una bienaventuranza.

Don Pánfilo bufaba, pero bufaba interiormente.

No se atrevía á llamar la atención del tremendo don Timorato.



Lit - Felipe Gonzalez Rojas - Editor

—Si usted da un solo paso hacia mí, le rompo á usted un tiesto en la cabeza.

—Todos los días no,—dijo Serafina,—y á todas las horas mucho menos; el señor alcalde mayor es un caballero muy puesto en sus puntos, y no tiene visitas más que de cumplimiento; y visitas muy breves, porque cuando una visita suya dura cinco minutos es ya mucho.

—Pues señora, yo no sabría cómo levantarme para irme, -dijo don Timorato, acercando su silla á la de Serafina y comiéndola más y más con los ojos, lo cual exacerbaba de una manera incomensurable y creciente á don Pánfilo.

—Quien me visita á mí con más frecuencia y á horas tan intempestivas como ésta,—dijo Serafina,—es don Pánfilo, y esto se explica, porque don Pánfilo es mi hombre de negócios.

—¿Y cuáles son los negocios de usted, señora?—preguntó algo amostazado don Timorato, mirando al mismo tiem po de reojo á don Pánfilo.

Serafina se convenció de que se trataba de un jabalí, y lo temió todo por don Pánfilo.

Era necesario obrar con una gran prudencia y vadear la situación.

Don Timorato tenía los ojos encarnizados, y los fijaba de una manera inequívoca en Serafina.

—Pues,—dijo ésta,—don Pánfilo cuida de mi hacienda, es mi administrador.

—Yo no entiendo,—dijo don Timorato;—lo que sí veo claro es que usted, señora, no se atreve á hablar claro delante de don Pánfilo; así, pues, don Pánfilo, yo procedo á encerrarlo á usted.

—Hombre, pues me gusta,—exclamó don Pánfilo chillando como una corneja y poniéndose de pie todo bilioso.

—Que le guste á usted, que no le guste,—contestó don

Timorato, cerrando con él y levantándole en peso como si hubiera sido una pluma,—yo lo encierro á usted. Señoras hágame usted el favor de que encerremos á este individuo.

—¿Sabe usted que es usted muy gracioso, don Timorato? —exclamó pretendiendo echarlo á broma don Pánfilo, que por más que pataleaba no lograba tocar al suelo.—Vamos, déjeme usted, que esta señora hablará todo lo claro que usted quiera.

—No, no señor,—dijo Serafina;—me conviene á mí que encerremos á don Pánfilo. Venga usted conmigo.

Don Pánfilo estuvo á punto de desmayarse.

Se le puso el estómago frío.

Le subió una oleada de sangre á la cabeza, rodaron sus ojos en sus órbitas, pero no se atrevió á protestar ni á resistir.

Temió que aquel hombre de carácter naturalmente dulce, le levantase en alto y le estrellase de un solo golpe, dejándole caer sobre el suelo con la violencia de una catapulta.

El mísero don Pánfilo ganaba bien los tres mil duros que había robado á don Timorato.

—Vamos, vamos, venga usted conmigo,—dijo,—tranquilamente Serafina,—repito que me conviene encerremos á don Pánfilo.

Don Pánfilo se sintió morir.

Serafina salió de la sala, y en el corredor abrió un cuarto.

Don Timorato metió en él á don Pánfilo, y Serafina echó la llave, la guardó y rápidamente entró en la sala y ganó el balcón que estaba abierto.

—¿Qué significa esto?—dijo don Timorato,—¿porqué huye usted de mí como se huye de un indio bravo ó de una bestia feroz?

—Si usted da un solo paso hacia mí,—dijo Serafina,—le rompo á usted un tiesto en la cabeza, y enseguida me descuelgo por el balcón á la calle. Con que vamos á hablar en plata: á mí me estorbaba don Pánfilo, porque yo tengo que decirle á usted las cuatro verdades del barquero, y no me gusta comprometer á nadie.

—¿Es decir, qué usted quiere á ese sin vergüenza de escribano?—exclamo don Timorato.

—Sí señor, sí, le quiero: ¿y qué? le quiero como una mujer debe querer á un hombre con quien va á casarse,—dijo Serafina.

—Cuando yo digo que el tal escribano es un sin vergüenza,—exclamó don Timorato.

Si don Pánfilo hubiera oido la conversación, se hubiera tranquilizado.

Muy al contrario: don Pánfilo creía que ternezas y más ternezas eran la conversación de Serafina y de don Timorato.

—¡Infame, infame,—decía,—mala mujer: cuanto más feo es un hombre le gusta más! ¿A qué habré traido yo aquí á este bárbaro, ni á que hombre le sucede lo que me pasa á mí?

Y á impulsos de este pensamiento empezaba á golpear la puerta, olvidado de todo y arrostrando por todo.

—¿Usted ve el lío en que nos ha metido?—dijo Serafina. —Vamos, diga usted pronto lo que tenga que decir, que con el escándalo que el otro está moviendo va á acudir gente, y yo no quiero que nadie tenga que decir de mí.

—Tome usted, señora, tome usted,—dijo don Timorato sacando de debajo de su faja, el estuche,—esto se ha comprado para usted.

Serafina tomó el estuche, le abrió, y se le ardieron los ojos.

Se puso pálida al ver el fulgor de los diamantes; pero se rehizo inmediatamente.

—Y bien, esto qué significa,—dijo.

—Señora mía, esto significa simplemente,—dijo don Timorato,—que, hablando en plata, yo sé el poder que usted tiene con el alcalde mayor, y quiero demostrarla de antemano mi agradecimiento por el favor que espero de usted.

—Siempre que usted no incurra en equivocaciones, convenido,—dijo Serafina.

—Vamos, que sé yo que usted hace del alcalde mayor lo que le da la gana.

—Pues mire usted, mi honra antes que todo,—dijo Serafina;—yo no sé cómo Dios ha hecho al alcalde mayor, ni él sabe como Él me ha hecho á mí, porque no nos hemos visto en toda la vida.

—Pues entonces, ¿qué significa esto?—exclamó don Timorato;—¿por qué me ha dicho ese escriba, ese fariseo?

—Mire usted,—dijo Serafina;—¡si usted tiene algún asunto de justicia que tenga usted que tapar, con pagar el tapujo hemos concluido; si usted lo quiere pagar lo paga, y si no lo deja, y con tomar esto ó dejarlo, hemos concluido.

—¿Es decir, que usted tiene cosida la hebra con don Pánfilo, y le ayuda usted para que sea un pícaro?

—Como que me voy á casar con él, amiguito.

Ardió no sabemos qué cosa en los ojos de don Timorato.

Por la primera vez de su vida había tenido la sensación de faltar á sus deberes de esposo.

Serafina le había vuelto loco.

Había concebido esperanzas por la manera que Serafina había tenido de recibirle, cosa que Serafina había hecho por quemarle la sangre á don Pánfilo, y se encontraba con que se burlaban de él; ¿pero qué hacer? Su sobrino estaba comprometido, en don Pánfilo consistía hacer parecer cómplice de los ladrones ó no, á su sobrino.

Don Timorato, pues, estaba cogido, y en esto consistía el que hubiese bajado de tono en el momento en que Serafina le había dejado ver que no podía contar con ella amparándose del balcón.

Don Pánfilo, entre tanto, que no oía lo que Serafina y el alcalde de Guillena hablaban, seguía golpeando la puerta y causando un estrépito de mil diablos.

—Pues bien, señora,—dijo don Timorato, dominándose y doblegándose á las circunstancias,—todo esto no ha sido más que una broma, y como esta broma va siendo ya larga, es necesario que esto se acabe; á don Pánfilo no le llega la camisa al cuerpo, y está armando un escándalo de dos mil diablos; así, pues, quédese usted con ese rosario, y con mucho gusto mío, porque para tanta hermosura me parece muy poca cosa; y yo me voy, porque mientras no me vaya no se va usted á fiar de mí, y no va usted á querer sacar de su encierro á don Pánfilo. Con que quede usted con Dios, y dígale usted á ese caballero que yo me voy á esperarle casa del alcalde mayor.

—Vaya usted con Dios, amigo,—contestó Serafina;—y cuando usted guste esta casa es muy suya.

—Sí, para darme con la puerta en la narices cuando venga,—contestó don Timorato;—descuide usted, señora, que la obligaré á usted á que me haga ese desaire.

Conque hasta el valle de Josafá, que yo no pienso volver á verla á usted hasta el día del juicio final por la tarde.

Don Timorato salió.

Cuando poco después, Serafina le vió tomar por la calle abajo, exclamó:

—¡Gracias á Dios! Muy cogido debe estar ese feo por la justicia cuando se ha domesticado, ¡vaya un lobo!

Y se fué á poner en libertad á don Pánfilo.

Este se tranquilizó en cuanto vió á Serafina.

Un poderoso instinto le decía que no debía temer por su amor.

—¡Ni en mi vida ni en mi alma,—dijo don Pánfilo,— olvidaré lo que he pasado hoy!

Y se limpiaba el sudor que corría en abundancia por su rostro.

—Yo debería echarle á usted á la calle, señor mío,— dijo Serafina,—porque usted es un mal pensado, un mónstruo, un hombre que no merece que se le mire á la cara; pero, en fin, las mujeres cuando nos volvemos locas estamos á prueba de todo. Tome usted, llévele usted esto á su amigo el platero, y recoja usted sus tres mil duros. Le advierto á usted que con estos tres mil duros ya tenemos doce mil; estoy resuelta á que se acaben estas cosas; en viniendo hoy el padre Porciúncula le doy la puntilla; es decir, le digo que me caso. Y ha de saber usted, señor mío, que como yo no quiero que nadie crea que se casa usted con una bribona, le he dicho á ese don Timorato ó á ese don diablo la verdad; esto es, que yo no conozco ni quiero conocer al alcalde mayor, y que estos tres mil duros son asunto de usted; con que vaya usted á entenderse con don Timorato.

—¡Dios nos acompañe!—dijo el escribano.—Ese hombre se callará hasta que esté hecho el negocio de su sobrino, pero después, ya veremos lo que sucede; me parece que ese lobo no dejará de volver á parecer por aquí. En fin, paciencia, que no todo ha de ser rosas y claveles, y hasta más ver.

Don Pánfilo salió murmurando:

—Lo mejor que háy que hacer aquí es cubrir como se pueda al sobrino de don Timorato, casarse con Serafina, vender la escribanía y largarse de Sevilla con Serafina. ¿Pero donde diablos estará el alcalde mayor?

CAPITULO XLIX

De como no es loco el que es, sino el que se quiere que lo sea

Don Miguelito había logrado su objeto.

El alcalde mayor volvió á su casa aquel día enloquecido, trastornado por el recuerdo de Jacintilla.

Se encontró cuando entró en su casa con que el alcalde Guillena le dió parte de lo que había acontecido en su jurisdicción, y con que á causa de lo que había sucedido en la suya el alcalde de San Juan de Aznalfarache se había vuelto loco.

No había que dudar de esto; los médicos del hospital lo aseguraban, y los repetidos accesos de furor del atrabiliario conde de Cartaenblanco al verse tratado como loco lo confirmaban.

Aunque el alcalde mayor hubiera podido concebir alguna sospecha acerca de don Miguelito, esta sospecha se hubiera desvanecido al saber el alcalde mayor que una propiedad del marqués de Casa Vaquera había sido incendiada,

y muerto uno de sus mozos por aquellos terribles caballistas.

El pobre marqués de la Pampanera se embrollaba más y más.

Llovían malhechores. ¿Cómo una misma partida había cometido en el mismo día y casi á una misma hora el crimen de Guillena y el de San Juan de Aznalfarache? ¿Y cómo, al mismo tiempo intentaba por medio de sus ajentes cometer un robo en el convento de las dueñas del Espíritu-Santo? Porque para el alcalde mayor, no había duda, existían ramificaciones entre los invisibles, que hacía tanto tiempo le estaban desesperando, y aquellos malhechores habían aparecido en un número espantable y cometiendo crímenes horribles tan de improviso; Oreja y Media dependía sin duda del jefe de los invisibles de Sevilla.

¿Y quién era este jefe?

Por la primera vez de su vida pensó en apelar á malos medios el cristianísimo marqués de la Pampanera; porque un cristiano, cuando no puede descubrir buenamente la verdad, comete un gravísimo pecado apelando á las malas artes del diablo para descubrirla.

—Esa muchacha, decía el pobre alcalde mayor refiriéndose á la Jacintilla,—debe tener hecho pacto con Satanás; yo no puedo olvidarla, yo reconozco, espantándome, que el recuerdo de mi pobre Remedios se me borra, que el dolor que sentía por ella se me extingue; tengo en mis ojos los terribles ojos de esa niña, estoy hechizado; sí, señor, sí, estoy hechizado, no pienso más que en ella. Y ella es gitana; dicen que todos los gitanos son hechiceros; vista la imposibilidad que yo tengo de descubrir al jefe de esos malditos invisibles; visto el compromiso en que yo me hallo por

ante la opinión pública, escandalizada de tanto crimen, y por ante el rey nuestro señor, que no puede murmurar sin enojo lo que pasa en su reino de Sevilla, sin que hasta ahora se haya hecho el menor castigo; teniendo en cuenta que se ha divulgado que el capitán de esos terribles malhechores es Oreja y Media, un hombre que ha estado en mi casa gozando de toda mi confianza, yo me veo obligado á hacer un escarmiento, y para hacerlo, á valerme del diablo. Sí, porque no hay quien me quite á mí que esa seductora, esa irresistible Jacinta tiene el diablo en el cuerpo. ¡Dios mío, Dios mío! El büeno de don Miguelito no ha sabido lo que se ha hecho: él ha querido distraerme, divertirme y con esa gitana me ha traído mi perdición. ¡Oh, qué noche, señor, qué noche!

En efecto, el pobre alcalde mayor había pasado muy mala noche.

Los vinos generosos y los licores que había bebido con exceso, sobre todo el champagne, en vez de producir en él un efecto soporífero, habían producido una violenta excitación nerviosa; le habían envuelto en un insomnio terrible, y en medio de aquel insomnio y durante algún tiempo, ilusión ó realidad, había oido una voz dulcísima y melancólica, que había cantado en el jardín á donde caían las ventanas del aposento que se había destinado al alcalde mayor.

Aquella voz, ó había sido la voz de Jacintilla, ó el alcalde mayor lo había delirado.

La letra de sus coplas, que había percibido claramente el alcalde mayor, había sido encaminada á él manifestándole un amor que había aumentado la locura del pobre don Bartolomé.

Solamente allá al amanecer, fatigado, rendido, había logrado dormirse; pero no descansar.

Habían llenado su imaginación extraviada sueños candentes, que al despertar, muy entrado el día, le habían dejado un violento dolor de cabeza.

Los efectos de la embriaguez física habían pasado, pero la embriaguez del espíritu del alcalde mayor había crecido.

En el almuerzo que le obligaron á aceptar don Miguelito y Patrocinio antes que se volviese á Sevilla, se había presentado la gitana.

El alcalde mayor había creído ver una divinidad fantástica, imponderable, terrible.

Si el alcalde mayor hubiera podido enamorarse más, no sabemos hasta qué punto inverosimil hubiera llegado.

Al fin, aturdido, atortolado, infeliz, arrancándose violentamente de la quinta de los Prados por la tiránica exigencia de su deber, se había vuelto á Sevilla en un coche de sus amigos, y acompañado por éstos, que lo dejaron en su casa.

Entonces fué cuando se encontró con don Timorato que, como hemos dicho; le soltó la relación de lo acontecido en Guillena, y con el parte que le dió don Pánfilo de lo que había tenido lugar en la hacienda que el marqués de Casa-Vaquera tenía junto á Aznalfarache, y de como á consecuencia de esto; el extraño alcalde de Aznalfarache, conde de Cartaenblanco, se había vuelto loco y estaba en el hospital.

—Nada, nada,—exclamó el alcalde mayor,—hay que apelar á medios extraordiuarios, y perdóneme Dios; pero yo en la situación en que me encuentro, no puedo reparar

en los medios. Vamos, don Pánfilo, ya hemos oido al alcalde de Guillena, y es necesario vayamos al hospital á oir, si es posible, al alcalde de Aznalfarache, y si no lo es, á evacuar la diligencia necesaria para que conste legalmente que ese pobre conde de Cartaenblanco se ha vuelto loco. Vamos pues, don Pánfilo.

—¡Cómo!—exclamó el escribano.—¿No vá á tomar algunas horas de reposo vuestra señoría?

—Pues qué, don Pánfilo. ¿En qué conoce usted que yo no he reposado y dormido perfectamente en la quinta de mi amigo el señor marqués de Casa-Vaquera?

—¡Ay señor alcalde mayor, que vuestra señoría está desencajado, y verde, y lívido, y con las señales de haber pasado la peor noche del mundo!

—Es verdad, don Pánfilo, es verdad, —dijo el pobre alcalde mayor,—he pasado la noche más terrible de toda mi vida, mucho peor, infinitamente peor que la primera que pasé inmediatamente después del asesinato de aquella pobrecita Remedios. ¡Ah! esto es natural, muy natural, don Pánfilo; los crímenes me agobian, me aturden, después de lo acontecido en el convento de las dueñas del Espíritu-Santo, sentí que mis fuerzas flaqueaban, y aproveché el ofrecimiento que me hizo mi amigo el marqués de Casa-Vaquera, á quien encontré en mi casa, de llevarme para distrarme á su quinta de los Prados. ¡Ay don Pánfilo! En vez de distraerme he sufrido allí un verdadero tormento.

—Pues aquella quinta es un paraíso, señor alcalde mayor,—dijo don Pánfilo.

—Demasiado paraíso por desgracia,—contestó suspirando el alcalde mayor.—Dígame usted, don Panfilo, ¿usted cree que los gitanos tienen don de adivinación?

—¡Oh, indudablemente, señor alcalde mayor! Siempre que me han echado á mí las cartas han acertado. Ya sabe vuestra señoría que yo era incansable.

—En verdad, en verdad que sí,—dijo don Bartolomé,—y esto me desagrada, don Pánfilo,—porque, salvas excepciones, un hombre que no ama y que no desea la familia, no es un hombre honrado. Esto no quiere decir que usted no lo sea; yo conozco bien la probidad de usted; pero los que nos ocupamos de la justicia, no estamos bien solterones; parece como que el que no tiene familia, no puede estimar ni comprender verdaderamente los derechos y los intereses de la familia. Yo, por esto mismo había pensado en casarme.

—Pues, vea usía, que yo, abundando en las ideas en que usía abunda, he pensado en casarme también. ¿Y desde cuando cree usía que yo he pensado en eso? Desde un día en que me encontré una gitana que me dijo:

«—Señorito, le estoy leyendo á usted en la cara que le va á suceder á usted algo que usted creía que no le iba á suceder núnca.

»—¿Y qué es lo qüe me va á suceder que yo no espero?—la respondí.

»—Para decírselo á usted, hermoso,—me contestó la gitanilla,—me hace falta una barajita.»

Nos metimos en un montañés, pedí yo una baraja, la gitana me echó las cartas, y me dijo:

«—Usted no le ha tenido nunca horror á las mujeres, galán; pero le ha tenido usted horror al matrimonio, y se le tiene. Pues, mire usted, va usted á casarse pronto con una mujer blanca y pelinegra, con los ojos como la endrina y la boquita de claveles, y es más, que esa señora, aunque ya no es una niña, ha tenido hasta ahora aborrecidos

á los hombres y va á dejar de aborrecerlos en cuanto le vea á usted.»

Yo me eché á reir, le dí una peseta á la gitana, me salí del montañés y seguí mi camino, cuando he aquí, que al pasar por la Puerta del Perdón de la catedral, me tropiezo con una mujer, con una beata.

—¿No menos que con una beata, don Pánfilo?—exclamó el alcalde mayor.—¿Y es esa la presunta persona con quien va usted á partir su vida, poniéndose bajo el yugo matrimonial?

—Sí, señor alcalde mayor,—una beata que me ha vuelto loco, y con la cual anuncio á usía mi próximo casamiento. Más aún, mi futura le tiene horror á la gente de justicia, y me ha exigido que antes de casarme con ella me quite del oficio, vendiendo mi oficio de escribano.

Alarmóse el alcalde mayor.

—¿Y qué me voy á hacer sin usted, don Pánfilo?—exclamó.

—Eso digo yo,—dijo el escribano,—¿qüé vas tú á hacerte, Pánfilo, sin tu alcalde mayor?

—Usted lo mirará don Pánfilo,—exclamó el alcalde mayor con una gran vehemencia;—usted meditará que en usted tengo mis pies y mis manos; y que es muy difícil que yo encuentre otro escribano tan honrado, tan experimentado, tan instruído y tan inteligente como usted. Esto sería el colmo de mi desventura, porque me vería sentenciado á hacérmelo todo, cuando apenas puedo hacer algo. Es necesario, don Pánfilo, que usted convenza á esa señora, que la haga usted perder su horror por los hombres de justicia; horror que no comprendo, porque no hay nada tan beneficioso y tan tranquilizador como la justicia.

—Serafina dice que los escribanos preparamos á los ahorcados, y que esto es de muy mal agüero; en fin, señor alcalde mayor, yo he agotado todos los argumentos posibles, y Serafina me ha respondido siempre: «Para ser mi marido no ser escribano, para ser escribano no ser mi marido.»

—Con que es decir que usted me abandona en medio de mis tribulaciones?—exclamó compungido el alcalde mayor.

—Yo lo siento mucho; pero no puedo pasar por otro punto, porque si no me caso con mi Serafina, señor alcalde mayor, ó me vuelvo loco ó me muero.

—Es decir que la gitana acertó al echarle á usted las cartas.

—De medio á medio, señor alcalde mayor; como si hubiera hablado con el diablo.

—Será necesario recurrir á Jacinta,—dijo para sí el alcalde mayor,—porque si hay alguna criatura que sea amiga del diablo, es ella; para creer esto no tengo más que ver lo que ha hecho conmigo.

—Pero de todos modos, señor alcalde mayor,—dijo don Pánfilo,—mientras se vende la escribanía y mientras viene la aprobación del rey nuestro señor ya se pasará algún tiempo, y en ese tiempo, yo confío en Dios que un poco con lo que yo entiendo y otro poco con la ayuda del diablo, mucho será que en la madeja que tenemos entre manos, y aunque está muy enredada, no encuentre yo un hilo, por el cual podamos llegar hasta el conocimiento del autor de estos horrorosos crímenes. Por lo mismo, y ya que usía no quiere tomar descanso, nos iremos, si á usía le parece, al hospital, para que conste el estado de locura de ese señor conde de Cartaenblanco, después nos pasaremos con el alcalde de Guillena por el cortijo incendiado del señor mar-

qués de Casa-Vaquera, haremos las diligencias necesarias, y luego pasaremos á Guillena para evacuar las que también son necesarias allí.

—Será menester,—dijo el alcalde mayor,—que nos acompañen algunos alguaciles, porque á pesar de lo atribulado que estoy por el relato que me ha hecho el alcalde de Guillena, he sospechado que ese su sobrino, á quien pretende él hacer pasar por una víctima, no es otra cosa que un cómplice de los malhechores. Tenga usted en cuenta, don Pánfilo, que cuando esos malhechores se arrojan á cometer esas iniquidades en Guillena, el alcalde que parece un alcalde terrible, se encuentra fuera del pueblo á caza.

—Ya lo sabía yo,—dijo como hablando consigo mismo don Pánfilo.

—¿Y qué era lo que usted sabía?

—Que usía, que es muy perspicaz y muy práctico, había de sospechar la complicidad del sobrino del alcalde de Guillena con los ladrones; pero, con perdón de usía, yo no he creído lo mismo.

—¿Y qué razones ha tenido usted para no creer cómplice del crimen cometido en Guillena al sobrino del alcalde?

—Lo menos tres mil razones,—contestó el escribano.

Y el mostrenco tenía razón.

Pero todas las apariencias estaban en contra del sobrino de don Timorato.

Por eso éste no había vacilado en comprar á don Pánfilo.

—Pues no hacen falta tres mil razones,—dijo el bueno del alcalde mayor;—con una sola buena que usted tenga basta.

—Pues la primer razón que yo tengo,—dijo don Pánfilo,—es este exquisito instinto que Dios me ha dado, y que



— ¡Infame, prevaricador! —exclamó don Perfecto

no me ha engañado nunca: á mi modo de ver, el sobrino del alcalde es de todo punto inocente. En fin, ya veremos.

Por lo pronto, don Pánfilo había parado el golpe, había predispuesto como necesitaba predisponerle al alcalde mayor.

Este mandó le pusiesen un coche, y cuando estuvo dispuesto, entró en él acompañado de don Pánfilo, y se trasladó al hospital.

A la zaga del coche, que era enorme, iban, en vez de los lacayos, cuatro alguaciles.

Al conde de Cartaenblanco, en consideración á su rango, y á más de esto, por lo que escandalizaba, porque desde que entró en el hospital y aun antes de entrar, no había cerrado el pico ni cesado en todo género de improperios, se le había puesto en una de las habitaciones aparte de las que había para los que no siendo pobres y careciendo de familia, se iban al hospital para estar mejor cuidados.

En cuanto el conde de Cartaenblanco vió al alcalde mayor, su furor se sublimó de tal manera, que empezó á dar aullidos horribles y á hacer esfuerzos para romper sus ligaduras.

Aquellos aullidos, semejaban rujidos de dolor, porque de tal manera habían cubierto de sinapismos, vejigatorios y revulsivos al pobre alcalde, que á cada movimiento que hacía, á cada esfuerzo para romper las correas que le sujetaban, sentía un dolor agudísimo.

—¡Oh, señor, señor, qué desventura!—exclamó lleno de conmiseración el alcalde mayor, ya lo tenía yo dicho: este don Severo es demasiado vehemente y acabará en loco.

—El loco y el hijo de mala madre y el canalla y el ladrón y el asesino, eres tu, infame prevaricador, —exclamó

don Perfecto.—¡Protervo! que te haces servir de un mónstruo, y para encubrir tus crímenes y tu complicidad con los malhechores, pretendes hacer pasar por loco al que tiene más razón, más rectitud y más temor de Dios que tú, racimo de horca.

—¿Está verdaderamente loco ese hombre?—exclamó sulfurado el alcalde mayor.

—¡Ah, señor!—dijo uno de los médicos que habian acudido,—loco de remate el infeliz.

—Cállate tú ladrón infame, verdugo; ¿cuánto dinero te da ese galopo é infame alcalde mayor para que le ayudes en sus picardías?

—Es inútil,—dijo uno de los médicos al alcalde mayor,—que usía se contriste más oyendo á este desventurarado caballero. Nosotros estamos dispuestos á certificar su enajenación mental.

—Bien, bien,—dijo, trémulo aún de cólera don Bartolomé, que ni aún sabiendo que se trataba de un loco podía sufrir aquellos requiebros que le echaba el su antes amigo conde de Cartaenblanco;—evacuemos esta diligencia, escribano, y dictemos el auto por el cual se lo lleven inmediamente, si se lo permite su estado, al hospital de locos.

El conde Cartaenblanco quiso hablar; pero solo produjo un berrido espantoso.

Acababa de oir una sentencia más terrible que la de muerte civil.



CAPITULO L

De como don Timorato demostró dolorosamente á don Pánfilo que le habian puesto bien el nombre

Más loco, mucho más loco que el conde de Cartaenblanco salió el alcalde mayor del hospital.

Aquello era insoportable; para sufrirlo se necesitaba mucha más vida que la que tenía el pobre don Bartolomé, que rápidamente iba anulándose.

Tras un golpe sufría otro golpe, y todo aquello era obra del endiablado Caparrota. Sin Caparrota, podía decirse que la vida tranquila y metódica del buen marqués viudo de la Pampanera, no se hubiera alterado.

Antes de la aparición de don Miguelito, ó mejor, dicho, antes de las fechorías de don Miguelito, don Bartolomé gobernaba bien, sin trabajo, muy á su gusto á Sevilla.

Verdad es que de tiempo en tiempo, cuando salía de ronda, tenía un lance más ó menos agrio con algunos tunantes ó algunos malhechores que hacían resistencia á la

justicia; pero esto era una especie de salsilla para el alcalde mayor que le hacía más apetitoso su oficio.

Un lance de cuchilladas ó de palos, ó de puñaladas, algún alguacil muerto, algún otro estropeado, venía bien de tiempo en tiempo; el alcalde mayor ahorcaba ó echaba á presidio á los delincuentes, y se quedaba tan satisfecho y tan completo, encaramado y terrible en todo lo alto de su autoridad; pero don Miguelito le había desencuadernado, empezando por desprestigiarle.

El no había podido hacer nada contra aquellos que los sevillanos llamaban los invisibles; su autoridad se había quebrantado, se había desprestigiado; todos se atrevían contra aquel alcalde mayor impotente, y lo que era peor aún, las artimañas de don Miguelito le habían cogido el corazón y le habían hecho infeliz, haciéndole viejo verde.

Si don Miguelito no hubiera aleccionado á la Pajarita de las Nieves, el alcalde mayor no hubiera dado en la debilidad de haber creido que á sus setenta años, flaco y feo como un diablo, estaba todavía en estado de merecer, y que había amores del alma que se sobreponían á todo; y como nos aferramos en creer aquello que nos halaga y no hay frailes franciscos que nos persuadan de lo contrario, el alcalde mayor se había viciado, se había pervertido, y después de haberse resignado buenamente á las condiciones naturales de la vejez, había empezado en el ocaso de su vida una vida de tristes y dolorosas aventuras.

El no había amado á Remedios, se había engañado; había amado en ella la sensualidad, la juventud, la hermosura; se había despertado en su corazón una sed rabiosa de voluptuosidad, y aquella hambre desesperada, después de la muerte de la Pajarita de las Nieves, había tomado por

objeto de voracidad é infinitamente con mayor rabia á la Jacintilla.

A más de esto, una vez viciado el alcalde mayor, se cimbreaba, por decirlo así, al primer choque de la mirada de una mujer hermosa, y si no se había enamorado frenéticamente de Patrocinio había sido porque conservaba su educación y sus severos principios y porque Patrocinio era una señora casada, y casada además de esto, con un amigo respetable, á juicio del alcalde mayor; pero el recuerdo de la incitante hermosura de Patrocinio, coexistía en él con la impresión infinitamente más fuerte de la hermosura satánica de la Jacintilla.

Con todo esto había bastante para volver loco, no á un alcalde mayor, sino á todos los alcaldes mayores habidos y por haber, y aun á los que no lo eran.

El pobre don Bartolomé aparecía fosco, asustado, inqüieto, flaco, verdinegro, sacado de quicio; no le faltaba más que dar gritos para dar lugar á que otro alcalde le sentenciase á ser encerrado en una casa de locos, como él había sentenciado al conde de Cartaenblanco, que no estaba loco, sino furioso.

Don Bartolomé se volvió á su casa, mandó al alcalde de Guillena le siguiese, metióse en su coche, montó en su jamelgo don Timorato y se fueron al cortijo de don Miguelito.

No quedaban más que escombros humeantes.

Hasta los árboles que estaban delante de la puerta se habían quemado.

El aperador, el mozo muerto y los mozos vivos estaban á poca distancia de allí, en la casilla de un guarda de campo, situada á orillas del río entre el cortijo y San Juan de Aznalfarache.

El alcalde mayor empezó su inquisitoria.

Según la declaración del capataz y de los demás mozos, resultaba que como á las nueve de la noche anterior se habían echado sobre el cortijo unos cincuenta hombres á caballo, le habían acometido, matando en la refriega á aquel desventurado que estaba tendido fuera de la casilla, y despidiendo ya de sí un olor poco agradable.

Mosquiteja se había quedado espantosamente feo y con una expresión con que parecía querer protestar de la mala pasada que se le había hecho.

El alcalde mayor estaba indignado.

Aquellos cincuenta hombres le parecían demasiados; aquello amenazaba con una insurrección de bandidaje en Andalucía.

¿Cómo se había reunido una tan gran partida despreciando su autoridad y provocándola con un terrible acto á las puertas mismas de Sevilla?

La declaración de los guardas complicaba el asunto.

Ellos decían que no habían visto ni una sombra de caballistas, y acababa de enredar el negocio el alcalde de Guillena que afirmaba, refiriéndose á la relación que en su pueblo se le había hecho, que los bandidos no pasaban de veinte, y que aquellos veinte bandidos llevándose cargados todos los machos que habían robado en el pueblo con el tesoro de que se habían apoderado, habían tomado por la ribera de la Cala arriba en dirección á la Sierra.

La faena que habían tenido los ladrones en Guillena, los había ocupado hasta bien dado las nueve de la noche. ¿Cómo, pues, habían podido ser ellos los incendiarios del cortijo de don Miguelito?

Resultaban setenta malhechores, y esto era muy enorme.

Los guardas afirmaban y juraban, disputando ágriamente con el capataz y los mozos del cortijo, que no habían visto ni vestigip de caballistas.

El alcalde mayor se desesperaba. Don Pánfilo oía y callaba; empezaba á vislumbrar algo de la verdad.

Don Miguelito había pretendido extraviar la opinión de la justicia, y se había comprometido más y más.

El alcalde de Guillena pasaba su mirada de los guardas á los mozos, de los mozos á los guardas, y al fin, sin poderse contener, dijo:

—Pues si yo tuviera aquí jurisdicción, ya sabía lo que tenía que hacer.

—Pues figúrese usted que la tiene, don Timorato,—dijo don Bartolomé,—y diga y haga lo que diría y haría en Guillena.

—Pues venga acá usía, señor alcalde mayor,—dijo don Timorato.—Y usted también don Pánfilo.

Y se metió con ellos en la casilla de los guardas.

—Que se ponga un alguacil de centinela,—dijo don Timorato,—para que nadie pueda acercarse ni oir.

Se establació un centinela.

—Pues señor,—dijo el alcalde de Guillena,—visiblemente mienten ese capataz y esos mozos, y en cuanto á los guardas, yo creo que dicen la verdad; esto es, que no han aparecido por aquí tales caballistas ni tal niño muerto; y esto se explica bien, porque si tales caballistas por aquí hubieran parecido, estando esto á tres leguas cortas de Guillena, debían ser necesariamente una misma partida; y ¿cómo se entiende que hayan sido menos en Guillena, donde había mucho más que hacer, y mucho más del doble aquí donde había que hacer muy poco? Sobre todo, ¿que in-

terés tenía en asaltar y quemar este cortijo, cuando no consta que en él hayan robado nada? Se está viendo bien claramente el embuste. Aquí hay algún embuchado que el tiempo y las declaraciones pueden descubrir; y, una de dos: ó es verdad ó es mentira; si los guardas no mienten, resulta que el capataz y los otros mozos han puesto fuego al cortijo, y para que se crea más en la violencia, han asesinado á uno de sus compañeros; y si no mienten los del cortijo, si en efecto los han acometido cincuenta hombres á caballo, esos guardas no tienen perdón de Dios; porque, ó son unos descuidados que no saben cumplir con su obligación, ó son cómplices ó encubridores de los ladrones; pero según la cara que tiene puesta don Pánfilo que es un *roa* de primera clase, un pez de mar ancha, él ha dado en el item de la cosa, y sería de agradecer nos iluminase con el aviso de su experiencia.

—Tan gorda es la cosa que yo veo,—dijo don Pánfilo,—que de miedo de armar un cisco, no me atrevo á decir lo que pienso, y suplico al señor alcalde mayor respete mi conciencia y me permita guardar silencio hasta que con mayores indicios pueda yo decir lo que de esto me parece.

—¿Y por qué no habla usted don Pánfilo, seguro de que nosotros le guardaremos el secreto?

—Porque ni aun con sospechas quiero yo calumniar á nadie,—dijo el escribano.—Y hagamos aquí punto redondo, porque aunque reservándome el satisfacer á la justicia, como es mi obligación, yo no quiero sin fundado motivo, injuriar ni comprometer á nadie.

—Líbreme Dios,—exclamó el alcalde mayor,—de violentar la conciencia de nadie; tanto más, cuanto que yo creo

que si don Pánfilo no habla es porque tiene la seguridad de que la justicia no puede ser burlada.

—De ninguna manera, señor alcalde mayor,—dijo don Pánfilo;—la justicia quedará completamente satisfecha.

El alcalde de Guillena sonreía para sus adentros.

—Y viniendo á lo de ahora,—dijo el alcalde mayor,—¿qué es lo que ustedes creen debe hacerse?

—Que hable el señor don Timorato,—dijo el escribano.

—Pues esto poco tiene que decir,—contestó el alcalde de Guillena;—todo se reduce á prender á ese capataz y á esos mozos y á que esos cuatro guardas los conduzcan en seguida con el muerto á Sevilla, y á la cárcel; pero los guardas deben llevar consigo un auto cerrado en que se mande, no solamente la encarcelación de los que conduzcan presos, sino la de ellos mismos, porque, ó mienten los del cortijo, ó mienten los guardas, y estos ó los del cortijo deben ser castigados. Por consecuencia, hasta que la verdad se ponga en claro, todos ellos deben ser presos.

—Extended, pues, el auto de prisión, y cerradlo,—dijo el alcalde mayor dirigiéndose á don Pánfilo.

Este, que pensaba ya con inquietud en lo que podía pensar el alcalde ee Guillena, extendió el auto, lo firmó por orden de su señoría y le cerró.

—Ejecútese,—dijo el alcalde mayor.

Don Pánfilo llamó á los cuatro guardas y les dió orden de parte del alcalde mayor de que prendiesen al capataz y á los mozos, los atasen codo con codo, atravesasen al muerto en un burro y se fuesen á entregar los presos y el muerto al alcaide de la cárcel de Sevilla, al cual debían entregar el pliego cerrado que se les daba.

Los cuatro debían formar la escolta.

Ejecutóse esto al momento.

El alcalde mayor y don Pánfilo entraron en el coche.

Don Timorato montó en su jamelgo, y partieron hacia Guillena.

Uno de los guardas cerró la puerta de la casilla, se guardó la llave, é inmediatamente embargándole á un gitano que pasaba por el camino, el burro, se pusieron en marcha muy tranquilos y muy confiados con los presos y el muerto hacia Sevilla.

Como á las tres de la tarde llegó á Guillena el alcalde mayor, y desde el momento se empeñó la larga inquisitoria de los sucesos del día anterior.

En tal estado estaba el pobre Isidro, el sobrino de don Timorato, con el recuerdo de la sierra y de los ladrones, y de tal manera trabajó por él, como estaba obligado don Pánfilo, que el alcalde mayor le declaró de todo punto inocente.

En el pueblo no se encontraba una sola persona á quien hacer cargo alguno; pero como había tanta materia de que ocuparse, la inquisitoria no llegaba ni aun á la mitad á las diez de la noche.

Don Bartolomé estaba enfermo y necesitaba descansar, ni era de tal manera urgentísimo el asunto que no se pudiese hacer en él un alto.

El alcalde mayor se acostó en la casa del síndico, donde se le había hospedado, y el alcalde de Guillena se llevó á don Pánfilo en casa del médico que había dado hospedaje á la familia del alcalde, puesto que á este se le había quemado la casa.

Cenaron opíparamente, porque ni el alcalde de Guillena ni don Pánfilo tenían motivo para haber perdido el ape-

tito como el pobre alcalde mayor, á quien el síndico no había logrado hacer que cenase, y de sobrecena don Timorato dijo á don Pánfilo:

—¿Tiene usted sueño amigo mío?

—Maldito aquel,—contestó don Pánfilo;—estoy más despabilado que una liebre.

—Y yo también,—dijo don Timorato,—conque si á usted le parece, y á fin de que nadie nos oiga, nos saldremos del pueblo, nos iremos á las eras y allí, sin que nadie nos escuche, hablaremos de cosas que son muy importantes.

—Pues mire usted,—dijo don Pánfilo,—yo también quería decirle á usted lo mismo.

—Entonces vámonos,—dijo don Timorato.

Y se salieron de la casa y del pueblo.

—Pues señor,—dijo don Timorato en cuanto estuvieron en las eras,—usted me va á traer mañana ó me va á enviar ese recibo de tres mil pesos que yo le he dejado al platero.

—Hombre,—exclamó don Pánfilo, poniéndose hosco, por más que la salida de don Timorato no le sorprendiese,—yo le creía á usted un hombre de bien.

—Pues no creía usted ni cree más que lo que debe,—dijo don Timorato; pero usted se ha creído que yo soy un hombre de bien del todo, esto es, con una buena añadidura de tonto, y en eso se ha llevado usted chasco. Pero, entrando en materia, ¿á usted que le importa? esos tres mil duros los puede usted convertir en treinta mil, en todo lo que usted quiera, para usted es el negocio, porque se trata ahora de cubrir, no á un inocente como mi sobrino, sino á un pícaro como el señor marqués de Casa-Vaquera.

—Oiga usted, don Timorato,—exclamó don Pánfilo,—

si usted no quiere que le suceda una desgracia. hágase usted el favor asimismo de no volver á decir esas palabras, no sea que le oiga á usted el aire y vaya y se lo cuente á don Miguelito, que hace ya tiempo, particularmente desde la puñalada de la señora marquesa de Casarriegos y desde los amores del alcalde mayor con una tal doña Remeditos, que á mí me está rodando por la imaginación el tal marqués ó el tal demonio; y con lo del asesinato y del robo del señor alcalde mayor, con lo de haberse echado á caballista uno de los alguaciles más estimados de nuestra ronda, con lo que sucedió ayer mañana en el convento de las dueñas del Espíritu Santo y con lo que anoche acaeció en Guillena y en el cortijo de San Juan de Aznalfarache, no me rueda ya, sino que me estropea el tal marqués de Satanás. Pero, ¿á dónde vamos á parar, cristiano? No debe hacerse, ni aun pensar en hacer lo que no puede ni debe hacerse. En primer lugar, que el solo recelo de don Miguelito nos enviaría á la eternidad á usted y á mí y á ciento como nosotros; y en segundo lugar, que si le dijéramos al alcalde mayor que don Miguelito es el autor de esas fechorías y tal vez el capitán, el cabeza de los invisibles era capaz de ahorcarnos por calumniadores; con que *sonsí* que el *gachó diquela*, y punto en boca; y no sea usted bárbaro, don Timorato, sino quiere usted aflojar los tres mil del pico, aunque sería muy justo, porque yo, con razón ó sin ella, he podido comprometer á su querido sobrino de usted y le he sacado en palmas, no los afloje usted, hombre, no los afloje usted, aunque está muy mal hecho.

—El mal hecho es un corcovado,—dijo don Timorato,—y le advierto á usted que no me vuelva á llamar bárbaro, porque aunque yo tengo el génio naturalmente dulce, le

agarro á usted por el pescuezo y le sacudo á usted contra la era como si fuera un látigo, y ahí mismito lo dejo á usted reventado, que aquí no nos ve nadie y á mansalva le puedo á usted trillar sin que nadie me haga cargos.

—Hombre, no hay motivo para que usted se ponga de esa manera,—dijo el escribano,—porque si yo le he llamado á usted bárbaro, ha sido en confianza y en muestra de cariño.

—Pues de esa manera,—dijo don Timorato,—si á cariño ha de tomarse, puede usted llamarme pringue de zorra, que yo no me ofenderé; pero vamos al negocio: que yo no tengo que darle á usted esos tres mil duros y que usted me enviará mañana, hasta sahumado, ese recibo que yo firmé esta mañana por sorpresa, ya me lo sabía yo; pero no es esto solo, señor don Pánfilo.

—Hombre, me llama usted Pánfilo de una manera cargante,—dijo el escribano,—y si yo tengo algo de pánfilo, que me lo claven en la frente, sino que cuando los negocios se atraviesan, el diablo que pueda con ellos.

—Hombre, yo le he dicho á usted pánfilo,—dijo don Timorato,—primero porque usted lo es; quiero decir, porque usted se llama Pánfilo.

—Pero me llamo también Leznafría,—contestó don Pánfilo.

—Pues eso se lo cuenta usted á un zapatero, que á mí que sea usted lezna ó que sea usted almarada de las de enjalmar, me importa tres pitos. Pero no he concluído aún; yo le he llamado á usted pánfilo por cariño.

—¡Ah!—exclamó don Pánfilo.—Pues si por cariño ha sido, aunque usted me llame rinoceronte, no le hace, me conformo.

—Oiga usted, don Pánfilo,—dijo siempre con un retintín cargante don Timorato,—yo he descubierto dos cosas que me han gustado mucho.

—Hombre, veamos esas dos cosas gustosas, á ver si me gustan á mi también,—dijo don Pánfilo.

—En primer lugar he descubierto la hermosura de Serafina, y en segundo lugar, que usted es su primer novio, y que todo lo que entre ustedes media es casto y honesto.

—¡Hombre! ¿sí? Pues no ha descubierto ustsd más que la verdad.

—Por lo mismo,—dijo don Timorato,—prohibo á usted que se case con esa serafina.

Saltó de encima de la piedra donde estaba sentado don Pánfilo y dijo:

—¿Y con qué derecho me prohibe usted que yo me case con esa señora?

—Con el derecho de mi voluntad y de mi fuerza,—contestó todo hosco y en uno de los accesos de su dulzura don Timorato

—¡Pero hombre, hombre!—exclamó don Pánfilo conteniéndose de nuevo á causa del miedo que le daba don Timorato.—¿Usted ha pensado lo que ha dicho? Un hombre casado con una bendita señora y con dos hijas como dos soles, que tenía usted muchísima razón don Timorato, que siendo usted tan feo, y pareciéndosele á usted sus tres niñas que no le quitan la pinta, son hermosas como tres ángeles, ¿por qué ha de faltarle usted á la una y ha de escandalizar y dar mal ejemplo á las otras?

—Porque yo estoy loco,—exclamó don Timorato en un nuevo acceso de dulzura,—y nada veo, ni nada oigo, ni nada entiendo, porque ese paraiso con quien usted quiere

casarse me ha robado la voluntad y me ha suspendido la razón, y antes de permitir que ella se case, ni con usted, ni con nadie, soy capaz de armar una de que se asuste hasta el quinto cielo, y si usted le teme al marqués de Casa-Vaquera, hágase usted cuenta de que yo cuando viene á mano soy diez veces, mil veces más malo que ese señor marqués. Con que mucho ojo, hermano escriba, mucho ojo; y mire usted, para que usted lo tenga presente, desde hoy mismo voy á comisionar y pagar cuatro pillos de mala intención, mucho ojo y puños duros, para que le arrimen á usted una paliza que se deje atrás á la que los caballistas del señor marqués de Casa Vaquera han aplicado al cura de Guillena, en el momento en que se atreva usted á volver á la casa de doña Serafina y presentarse donde ella esté.

—Pero hombre,—exclamó den Pánfilo gravemente asustado porque creía muy capáz á don Timorato de hacer lo que tan dulcemento decía,—permítame usted que al ménos vuelva á recojer ese rosario de diamantes para devolvérselo al platero.

—¿Devolvérselo? Ese rosario y más que fuera lo merece y lo remerece doña Serafina, y le advierto á usted que ese rosario es poca cosa; porque todavia me quedan á mí algunos miles de *jaras* para cubrir de pedrería y de todo cuanto Dios crió á esa señora.

Púsosele el estómago frío y la cabeza vaga al mísero escribano.

—En fin,—dijo don Timorato,—creo que estamos entendidos, y que no tenemos necesidad de hablar más. Para usted como si la hubieran enterrado á doña Serafina, y créame usted, y no se meta usted á sacar en claro si lo que yo le digo es verdad ó mentira, porque podria suceder

muy bien le pusieran á usted los ojos turbios; y no piense usted tampoco en valerse contra mí del alcalde mayor, porque podría suceder muy bien que yo pensara en valerme contra usted de don Miguelito, y vamos andando, y tenga usted presente que no con todos los hombres se pueden hacer charranadas, y basta ya y vámonos, porque tengo sueño.

Y sin decir más, el alcalde se levantó y se puso en marcha.

CAPITULO LI

De como por las consecuencias se ve que hay criminales con los cuales no se atreve la justicia, y que hay pícaros que encuentran su castigo en sus mismas picardías.

No sabemos quién pasó peor noche, si el alcalde mayor, que no se olvidaba ni un momento de la Jacintilla y que á cada momento consideraba más grave la situación en que se encontraba, ó don Pánfilo.

La justicia se encontraba asendereada, atribulada, loca, sin saber qué hacer ni á qué atenerse, y era que la justicia á que nos referimos, esto es, el alcalde mayor de Sevilla, el escribano y aun el alcalde de Guillena, estaban dominados por sus vicios, y los vicios son incompatibles con la justicia.

El alcalde mayor, en cuanto Dios echó sus luces, se levantó y dijo á don Pánfilo, que se había levantado antes que él.

—Nuestra atención se divide; no debemos ni podemos

dejar reposar ninguno de estos negocios, y es necesario de todo punto tomar declaración á los presos que están en Sevilla para seguir la inquisitoria en Guillena, porque podrá muy bien suceder que las declaraciones de aquellos se presten á ampliar la requisitoria respecto á éstos; vámonos, pues, á Sevilla, don Pánfilo.

—¿Y para qué tiene que molestarse usía?—contestó el escribano.—Basta con que yo vaya é interrogue á los presos.

—No, no señor,—dijo don Bartolomé;—bueno será que los interrogue yo; no por desconfianza, don Pánfilo, que yo no puedo tenerla de usted, sino porque como usted nos abandona, y tal vez el escribano que le suceda no me inspirará ni podrá inspirarme la misma confianza que usted me inspira, bueno será que yo conozca bien desde los principios todos los elementos de este proceso, que á mí me parece nos va á dar un buen resultado.

—Es que ya no abandono yo á usía, señor alcalde mayor,—dijo suspirando don Pánfilo.

—¡Cómo, hombre! ¿Ha comprendido usted al fin que yo no merezco que se me abandone?

—Es que ya no me caso, señor alcalde mayor.

—¡Cómo, hombre! ¿Pues y por qué? ¿ha descubierto usted algo?

—Y más que algo, porque he descubierto mucho, señor alcalde mayor, no embargante, que todo lo que he descubierto nada tiene que ver con la buena reputación y fama de la buena y hermosa señora con quien yo había pensado casarme inmediatamente; pero las circunstancias no lo permiten, y es forzoso aplazar indefinidamente este matrimonio.

—Lo siento mucho por lo que usted puede sentirlo,—dijo don Bartolomé; pero en lo que esta resolución de usted favorece á la justicia, me alegro, don Pánfilo, porque usted para la justicia era una pérdida enorme. Ahora veo que usted pudiera ir solo á tomar declaración á esos que se han enviado á la cárcel; pero de todos modos, yo necesito dar una vuelta por Sevilla; francamente, cuando ayer me vine de la quinta de los Prados, se quedaba un tanto indispuesto mi amigo, el señor marqués de Casa-Vaquera, á quien yo amo como si fuera mi hijo, y estoy inquieto, muy inquieto; quiero dar una vuelta por la quinta de los Prados.

—Pues voy á mandar enganchen el coche, señor alcalde mayor,—dijo don Pánfilo.

Y salió murmurando.

—¿Qué diablos tendrá en la quinta de los Prados el alcalde mayor? ¿Si se nos habrá enamorado su señoría de la encantadora marquesa de Casa-Vaquera? Es necesario averiguarlo. Me parece que el tal don Miguelito tiene bien tendida la red á la justicia. ¿Y quién se mete con él? Yo no me atrevo; no en mis días.

Poco después el alcalde mayor y el escribano abandonaban por el momento el pueblo de Guillena, donde no habían podido meter en la cárcel á nadie; pero se llevaban ya un mamotreto judicial de más de doscientas fojas.

Apenas habían avanzado algo por el camino de Sevilla, cüando sintieron el galope de un caballo, que su ginete refrenó al llegar al coche del alcalde mayor.

Este vió por la vidriera que aquel ginete era el alcalde de Guillena.

Venía mucho mejor vestido, mucho mejor cuidado y mucho menos feo que como había ido á Sevilla.

Esto quemó extraordinariamente la sangre á don Pánfilo, que no podía tener duda de la causa de aquel mayor cuidado de su persona del alcalde.

El alcalde mayor bajó el cristal y dijo con cuidado:

—¿Qué es esto, señor don Timorato? ¿se ocurre algo? ¿hay alguna novedad?

—No señor,—dijo don Timorato saludando al alcalde mayor,—novedades como las de ayer no se repiten todos los días; pero yo no tendría perdón de Dios si no cuidara de usía, á quien pudiera sucederle algo en el camino, y me he tomado la libertad de venir á escoltarle, porque ya sabe don Pánfilo que yo, aunque me llamo Timorato y tengo el carácter naturalmente dulce, soy un hombre á quien se le puede temblar.

—Mucho que sí,—dijo el escribano;—y por nada del mundo quisiera yo tener un disgusto con usted, señor don Timorato.

—Entre nosotros, señor don Pánfilo,—dijo don Timorato acentuando levemente el nombre del escribano,—no hay disgusto posible, porque usted y yo nos entenderemos siempre perfectamente; por lo demás, ya he enviado yo delante cuatro *gachones* que lo asegurarán todo de tal manera que no habrá cuidado.

Don Pánfilo sintió una especie de vértigo.

—Pues muchas gracias, señor don Timorato,—dijo el alcalde mayor,—yo tendré muy en cuenta recomendar á su majestad el rey nuestro señor, el extraordinario celo y los buenos servicios de usted.

—Muchas gracias,—señor alcalde mayor,—dijo don Timorato,—yo no hago más que lo que debo y lo que puedo; y esto lo sabe bien don Pánfilo que me conoce sobradamente.

—Mucho que sí que lo sé, y hasta la saciedad,—dijo don Pánfilo, que estaba de tal manera que se le podía ahogar con un cabello, y se desesperaba pensando en Serafina y en aquellos cuatro *gachones* que el *quedon* de don Timorato decía había enviado delante para asegurarlo todo.

Esto era mentira; don Timorato no había enviado á nadie, porque sabía bien que el miedo guardaría la viña.

Nada se oculta mejor que aquello que no existe.

Don Timorato estaba seguro de que don Pánfilo procuraría informarse indirectamente de si había gentes rondando la casa de Serafina, y que se asustaría más y más cuando viese que nada se encontraba, porque supondría que se trataba de cuatro pícaros que no se dejaban reparar.

Esto debía aumentar el terror del escribano.

Cuando llegaron á Sevilla, y á la casa del alcalde mayor, éste manifestó que tenía un asunto urgente á que acudir, y se fué en su coche.

Se iba á la quinta de los Prados, ansioso de volver á ver á la Jacintilla, y había dejado á don Pánfilo el encargo de tomar declaración á los presos.

Don Pánfilo y don Timorato se quedaron al fin solos.

—Pues ya me está á mi haciendo falta,—dijo don Timorato, que había tomado la cuesta arriba á don Pánfilo,—el recibo que yo dejé ayer casa del platero. Si dentro de una hora ese recibo no está aquí, yo tomaré la determinación que me parezca conveniente.

—Pues por supuesto,—dijo don Pánfilo, que comprendía que no le quedaba medio alguno de acción,—dentro de una hora tiene usted aquí su recibo, señor don Timorato.

Y se fué echando demonios.

Su primer impulso fué dirigirse casa de Serafina, decir-

la lo que le sucedía, pedirla consejo; pero á mitad de camino se detuvo.

Un *jastialón* que había pasado junto á él, le había mirado mal, por la sencilla razón de que no sabía ni podía mirar bien; era bizco y tenía además cara de muy pocos amigos.

—¿Será éste,—dijo don Pánfilo,—uno de los cuatro *gachones* de ese condenado alcalde?

Y torció su rumbo.

Don Timorato habia sabido bien lo que se había hecho.

Toda persona que don Pánfilo se encontrase á los alrededores de la casa de Serafina ó de los lugares á donde Serafina fuese, debía parecerle sospechosa y terrible.

Alrededor de Serafina había establecido el alcalde de Guillena, aterrando á don Pánfilo, un muro de diamante.

Don Pánfilo acometió por otro lado el camino de la casa de Serafina; pero de repente se tropezó con una vieja que le miró de una manera malévola.

—¡Cuerno! —exclamó don Pánfilo.—Será un espolique de los cuatro *gachones* de ese mala alma del señor alcalde? así le coma un lobo las entrañas.

Y se volvió y desistió por entonces de ver á Serafina.

Se fué dado á los diablos á casa de un comerciante de la calle de Francos, donde tenía sus dineros.

—Buenos días don Procopio,—le dijo.

—Buenos días don Pánfilo,—contestó don Procopio.—¿Pero qué le sucede á usted, que está usted tembloroso y amarillo como un muerto, y con los ojos espantados?

—Calle usted, calle usted, don Procopio,—dijo el escribano,—que yo me siento muy mal. Cosas del mundo, don Procopio, cosas del mundo; cuando uno está más contento

y cuando uno cree que redondea sus negocios, el diablo, que es un *guasón* mete la pata y se lo lleva todo. Hágame usted el favor de contarme mil pesos en onzas de oro, y vamos andando, y paciencia ó reventar.

—¿Pero qué es lo que le sucede á usted, don Pánfilo?—exclamó don Procopio.

—Cosas que no son ni para contadas ni para oidas; la verdad es que yo estoy muy malo y necesito ir á meterme en la cama á que llamen al médico; y Dios quiera que de esto no me resulte á mí un causón.

—Vaya, vaya, pues á echar valor y á cuidarse,—dijo don Procopio,—que ya no está usted en edad de andarse con bromas, don Pánfilo.

—El indino que á mí me puso don Pánfilo,—exclamó el escribano,—fué un profeta del diablo, ¡y yo que me creía un tunante que me perdía de vista! Vaya, don Procopio, deme usted esos mil pesos de mis pecados, que los voy á tirar por una alcantarilla. Vamos, esto es una vergüenza. ¡Y qué me pase á mí esto!

Don Procopio no volvió á preguntar á don Pánfilo qué era lo que le sucedía, porque veía que no se lo había de decir.

Se metió adentro y salió á poco con un taleguillo lleno de oro.

Don Pánfilo le dió un documento de descargo y se fué casa del platero que vivía en la misma calle de Francos.

—Tome usted, don Indalecio,—le dijo don Pánfilo.—mire usted si hay los mil duros que vale el rosario de diamantes, que aunque á usted se lo hubieran llevado los diablos del infierno antes de venderme ese rosario, no se hubiera perdido nada.

—¿Qué está usted diciendo, hombre de Dios?—exclamó don Indalecio,—pues si yo le he dado á usted en los mil duros ese rosario, ha sido porque se podía dar, y para salir de él; pero vale mucho más, porque la montadura de los diamantes...

—No es mala montadura la que yo siento;—dijo don Pánfilo,—en fin, ¿ha visto usted ya si hay ahí mil duros?

—Sí señor, completos, sin que falte un ochavo,—dijo don Indalecio.

—Pues entonces, deme usted ese condenado recibo de tres mil duros que le dejaron á usted ayer.

—Poco á poco,—dijo don Indalecio,—que yo he de cobrar algo por el corretaje; ¿ó es decir, que usted quiere ganarse de una mano á otra dos mil duros sin darle á uno parte y que uno le ayude á usted y se aguante?

—Mire usted, don Indalecio, tengamos la fiesta en paz, ó de una mascada acaba usted de ser platero. Hombre, pues me gusta; con que le vende usted á uno en lo que le da la gana un rosario que debe ser robado, y todavía quiere usted que se le paguen alcabalas; hombre, esto es abusar; y bonito tengo yo el cuerpo para que me vengan con abusos.

—Vaya, hombre, no teme usted á mal una broma,—dijo don Indalecio, que tenía motivos para temerle más que á una espada desnuda al escribano;—voy por el recibo.

A poco volvió trayendo al escribano el recibo que el día anterior habio dado don Timorato.

—Quede üsted con Dios,—exclamó don Pánfilo, que no podía parecer más disgustado, ni más asustado, ni más dado al diablo.

—Vaya üsted con Dios, don Pánfilo, y que usted se alivie,—dijo el platero.

—¡La mala de tu abuela, ladrón!—murmuró don Pánfilo saliendo de casa del platero.

—Pues vuelve usted más pronto de lo que yo creia, don Pánfilo,—le dijo al verle entrar el alcalde de Guillena;—aun no han pasado tres cuartos de hora desde que usted se fué.

—Eso le demostrará á usted, don Timorato,—dijo el escribano,—que yo me esfuerzo por servirle; aquí tiene usted el recibo de los tres mil duros, y creo que estamos en paz. Vea usted de qué manera le he hecho yo un regalo á doña Serafina.

—El regalo no se lo ha hecho usted,—dijo don Timorato,—que el que se lo ha hecho he sido yo; y no va á parar ahí, porque la voy á engarzar en oro y en perlas.

—Hombre, tenga usted por lo menos alguna consideración,—dijo don Pánfilo,—¿no basta que ũno se quede sin ella, y desesperado, y muerto, y que por respeto á don Miguelito que de una manera bien extraña anda mezclado en todo esto, le deje usted á uno en paz, sino que todavía se regodea usted con las desventuras que á mí me suceden; pues no vaya usted á apretar tanto la clavija que salte la cuerda, y le dé á usted en un ojo; que mire usted que cuando á un hombre la desesperación le vuelve loco, no repara en nada.

—Castigo de Dios, don Pánfilo,—exclamó don Timorato;—usted le ha levantado un falso testimonio de locura al pobre conde de Cartaenblanco, y sin apelación, y sin que le valga la bula de Meco, se lo llevan al infeliz á una casa de orates; conque aunque usted se vuelva loco de veras, ¿qué le hace? Y vamos á ver, don Pánfilo, nosotros no hemos concluido todavía.

—Hombre, ¿pues no le basta á usted con haberme prohibido que ni siquiera pase por la calle de doña Serafina?

—No, señor, es necesario que usted rompa de todo punto con esa señora, que dé usted motivo para que esa señora le desprecie á usted, y se arrepienta hasta de haberle mirado á usted á la cara.

—Pero esto es inmoral, señor, esto es inmoral,—exclamó el escribano.

—No me vuelva usted á salir á mí con lo de que un hombre casado no debe enamorarse, que lo que es en esto no hay deber ni no deber, sino aguantar el palo cuando así caen las tornas; y lo que yo tengo que hacer para no faltar á mi obligación, no me lo tiene usted que decir; pero una cosa es que yo no falte á mi obligación, y otra cosa es que yo consienta que un hombre tan indigno como usted sea querido por una mujer tan divina como doña Serafina, la engañe y la encasulle para sacrificarla: y eso yo no lo consiento.

—¿Y no sabe usted que cuando una mujer quiere á un hombre aunque la sacrifiquen no deja de quererle? Y mire usted qué mozo le va usted á ofrecer en cambio de mí, cuando si se acabara la simiente de los feos en el mundo, podía usted ponerse rico aunque fuera usted más pobre que una rata vendiendo fealdad.

—Usted está loco, hombre,—dijo don Timorato,—que maldito si yo he tenido intenciones de faltarle ni por un momento á mi mujer, ni de dar mal ejemplo á mis hijas: pero, qué quiere usted, en cuanto yo he visto á ese prodigio, se me han abierto las entrañas: la quiero como á la gloria, y no he de parar hasta que la haga feliz.

—Pues bueno, bien, me alegro,—exclamó fuera de sí don Pánfilo;—en el pecado lleva usted la penitencia: pues qué, ¿usted se cree que Serafina se va á olvidar ni por usted ni por nadie de su honra? Que se le quite á usted eso,

hombre, que Serafina es un castillito fuerte, y con ella no valen ni seducciones ni dádivas: y usted se convencerá de que no la ha conocido más que para reventar por ella de desesperado, y sacará usted de esto lo que el negro del sermón, los pies fríos y la cabeza caliente: eso si usted no se ahorca á los tres días, que me alegraría.

—Pues cuanto más honrada mejor,—dijo don Timorato —¡Miere usted qué falta le puso! Pues si estoy yo sin casar á mi sobrino, á quien quiero lo mismo que quiero ya á Serafina, porque no he encontrado una mujer que me contente para casarle con ella.

—Pero usted es un mónstruo, hombre, usted es un mónstruo,—exclamó don Pánfilo ya traspueste de cólera y de desesperación.—¿Con que es decir que usted pretende engañar á Dios, y á los hombres, y á su sobrino?

—Déjeme usted, hombre, déjeme usted, que me está usted causando horror.

—Usted está condenado miserablemente; usted tiene los demonios en el cuerpo.

Quien tenía los demonios en el cuerpo era don Pánfilo.

El no confiaba mucho en la virtud de Serafina, porque ningún pícaro confía en la virtud de nadie; pero quería tener un preservativo para sus celos en el feo subido del alcalde.

No le parecía cosa fácil que Serafina pudiese vencer la repugnancia que don Timorato debía inspirarla.

Pero tratándose de Isidro el sobrino del alcalde, la cuestión era de todo punto distinta.

Don Pánfilo le había conocido, y había visto que era uno de esos buenos mozos á que difícilmente resiste una mujer.

Sucedía, en fin, que todos los parientes del alcalde, empezando por su mujer, tenían de hermoso todo lo que alcalde tenía de feo.

El escribano se acordó de que cuando vió á Isidro para tomarle declaración, le había causado Isidro un terror instintivo.

¿Era esto que su instinto le había dicho que si en circunstancias dadas Serafina conocía al muchacho, y el muchacho la decía «ojos negros tienes», se enamoraría de él Serafina.

Don Pánfilo se ahogaba.

Esta idea acababa de volverle loco.

Estaba tan apasionado por Serafina como el alcalde mayor lo había estado por la Pajarita de las Nieves y lo estaba por la Jacintilla.

Don Pánfilo tenía fiebre, y apenas si podía mantenerse de pie.

—Lo que usted tiene que hacer, don Pánfilo,—dijo don Timorato,—es escribir una carta que yo llevaré á Serafinita.

—¿Quién? ¿yo?—exclamó don Pánfilo.—Imposible: yo no sé escribir.

—Mire usted, don Pánfilo, que me voy á buscar al marqués de Casa-Vaquera, y á decirle que usted está al cabo de todo; que usted sabe quién es, y que se lo va usted á decir al alcalde mayor para que el alcalde mayor le prenda, le forme causa y le ahorque.

—Pues bueno, ¿y qué?—dijo don Pánfilo,—con prender al marqués de Casa-Vaquera está todo concluido.

—Me gustaría á mí ver eso,—dijo don Timorato.—¿Con que sí, con que usted se atreve á prender al marqués?

Hombre, cuénteselo usted á su abuelita: ¿con que á usted se le oculta que el marqués tendrá tomadas muy bien sus medidas para que le saquen de la cárcel si le prenden, y le metan una puñalada trapera que no se sepa de dónde viene al que tenga la culpa de que le hubiesen preso?

Esto era verdad.

Aunque el escribano hubiese tenido la prueba completa de todos los crímenes de Caparrota, no se hubiera atrevido á nada contra él por temor á las consecuencias.

—Pues me gustaría á mí,—dijo don Pánfilo,—ver que usted se atrevía á decir á don Miguelito que se le conocía.

—¿Y por qué no? yo me haría uno de los suyos,—dijo tranquilamente don Timorato.

—¡Señor!—exclamó don Pánfilo, ya en el colmo de la desesperación,—este hombre ha salido de los quintos infiernos para perderme á mí. En fin, ¿usted qué quiere?

El escribano se entregaba á discreción.

—Que se siente usted ahí en esa mesa y escriba usted lo que yo le diga.

—Pues que se lo lleve todo el demonio,—exclamó el escribano que á cada momento sentía más miedo,—ya puede usted empezar á decir.

—Pues oiga usted «Serafinita, hija mía, has de saber...

—Es que yo no la hablo á doña Serafina de tú, que ella no permite que le hable de tú nadie más que el padre Porciúncula.

—Alto y parada,—dijo don Timorato,—¿quién es el padre Porciúncula?

—El padre Porciúncula,—dijo con una delectación de demonio el escribano,—es un santo varón muy buen mozo, de los capuchinos, que tienemucha mano con doña Serafina.

—Vamos, vamos por partes,—dijo don Timorato,—¿la Serafinita quiere al padre Porciúncula?

—Pues hombre, ¿á quién han de querer las beatas más que á los frailes? ¿á que usted se ha comido un pedacito de la torta de Belen?

—Pero hombre, entonces es usted un sin vergüenza,—exclamó don Timorato.

—Hombre, ¿y á mí qué me importa?—dijo don Pánfilo.—Yo voy á mi negocio.

—Bueno,—dijo don Timorato.—Escriba usted pero ésta va á ser una carta muy distinta: yo me las entenderé luego con el padre Porciúncula.—«Señora doña Serafina: tengo la obligación de decir á usted que ya las cosas van siendo demasiado negras para que yo pase por ellas. ¿No le bastaba á usted el escándalo que está usted dando por sus sacrílegos amores con el padre Porciúncula, sino que ahora hace usted también carantoñas al feo del alcalde de Guillena? Yo no la escribo á usted, señora, más que para decirla que la desprecio, y para advertirla que si me encuentra por la calle, eche por otro lado.»—Ahora firme usted.

—Bueno, bien, corriente, me alegro,—dijo don Pánfilo firmando de una manera verviosa;—tal vez esta carta es la que yo le deba escribir. Corriente: yo estaba loco; y debo agradecerle á usted que me haya vuelto la razón. Compóngase usted ahora como pueda; tráguese usted á lo pavo esos celos frailunos, y así le meta á usted los puños como á mí el padre Porciúncula. Cuando digo que me alegro...

—Ya nos veremos el padre Porciúncula y yo,—dijo don Timorato,—porque un hombre que pone el cariño en una mujer y se olvida de que es también religioso, debe también olvidarse de que lo es para andar á testarazos con un hombre.

—¡Buenos son los capuchinos para pararse en pelillos!—dijo el escribano,—y más el padre Porciúncula, que aún no hace cuatro años andaba por esas breñas con el Cristo en la mano y el trabuco colgado del cordón de San Francisco. ¿Si se creerá usted que ellos no son hombres como todos los demás, tan dispuestos para un fregado como para un barrido?

—Mire usted, á usted no le importa nada ni doña Serafina, ni el padre Porciúncula, ni yo, y si le importa á usted algo, peor para usted: ha dado usted con la horma de su zapato, amiguito; á mi sobrinito lo ha sacado usted ya para adelante, que es lo que á mí me importaba, y Dios le libre á usted de descomponer lo que ha hecho. La *quedada* que usted se había propuesto hacerme sufrir se le ha venido á usted encima, y se ha agarrado á los morros y le ha costado á usted el dinero: he conocido á la Serafina, y me ha parecido la cosa mejor del mundo para mi sobrino. A mí se me figura que todo lo que usted ha dicho sobre los amoríos de la Serafinita y el fraile es una calumnia para hacerme rabiar, y si yo desahogo esa calumnia, que sí la desharé, antes de quince días es mi sobrina esa gloria. Vamos, pícaro más castigado que usted, ni que lo pinten. Ea, y quede usted con Dios, que lo que yo tenía que hacer en Sevilla con usted lo he hecho ya, y ahora me voy á hacer lo que me hace falta.

Y don Timorato salió, dejando convertido á don Pánfilo en un cuerpo sin alma.

CAPITULO LII

De cómo don Tímorato le vió los orejas al gato encerrado que había entre Serafina y el padre Porciúncula.

El alcalde de Guillena se fué á Siete Revueltas; y no lejos de la casa de Serafina, habiendo reparado en un zapatero de viejo que había en un portal, se agarró á él.

Sabido es que los zapateros de viejo sirven para todo.

—¿Quiere usted ganarse un peso duro?—le dijo don Timorato.

—¿Pues á qué estamos, señor mío?—contestó avispado el zapatero.

—Usted debe conocer á toda la vecindad,—dijo el alcalde.

—Sí, señor, á los vivos y á los muertos y á los que están por nacer;—¿qué tiene usted con la vecindad, señor mío?

—¿Usted conoce á una doña Serafina que es beata?—preguntó el alcalde.

—Con esa no hay emboque,—dijo el zapatero, entriste-

ciéndose porque creía que se le hacía difícil ganar el peso duro que se le había ofrecido.

—Oiga usted,—dijo don Timorato,—y usted conoce á un padre capuchino que se llama el padre Porciúncula?

—¡Vaya! un santo varón, y muy caritativo y muy bueno,—dijo el zapatero,—si así fueran todos los frailes, ¿para qué queríamos más los pobres?

—Pues, hombre, si dicen que el padre Porciúncula está encalomado con doña Serafina.

—¿Y quién ha sido el dejado de la mano de Dios,—dijo el zapatero,—que ha dicho esa calumnia, cuando yo sé muy bien que el padre Porciúncula es verdaderamente el padre de doña Serafina, que se quedó huérfana y muy niña? Esto lo sé porque la señora Petrola que sirve á doña Serafina es muy amiga mía.

—Hombre, ¿conque usted es muy amigo de la señora Petrola, que sirve á doña Serafina?

—Sí, señor, que lo soy.

—Pues oiga usted, ahora mismito voy á darle á usted una carta para que se la dé usted á la señora Petrola, para que ella se la dé á su ama, y se gana usted dos duros.

—Señor,—dijo el zapatero,—yo no quiero engañar á usted, la señora Petrola no va á atreverse á darle la carta á doña Serafina.

—Sí que se atreverá cuando usted le diga que quien le ha dado á usted esa carta para que se la entregue á su ama ha sido el escribano don Pánfilo Lesnafría.

—¡Ah! entonces sí,—dijo el zapatero,—porque don Pánfilo es muy amigo de doña Serafina, como que corre con sus negocios.

—Hombre, ¿y qué negocios tiene doña Serafina?

—Toma, doña Serafina está muy bien: tiene muy buena hacienda, y alguien había de ser su administrador.

—Corriente: pues usted no tiene más que decirle á la señora Petrola, sino que don Pánfilo Lesnafría le ha dado á usted esta carta, y que se espera la contestación.

El zapatero se quitó el mandil, lo metió debajo de la silla, tomó la carta y se fué.

El alcalde se sentó en un poyo que había en el portal.

Un cuarto de hora después, llegó el zapatero con otra carta.

Don Timorato la abrió.

Decia así:

«Lo que acabo de leer es indigno; pero nunca llegan tarde los desengaños; yo me alegro mucho de haber conocido á tiempo al mal hombre por el cual había pensado sacrificarlo todo. Puede usted estar seguro de que si yo le veo alguna vez, apartaré los ojos por no verle: haga usted lo mismo cuando me vea, y hasta la eternidad.

Serafina Rosablanca».

P. D. Puede usted decirme á dónde he de enviarle el rosario que ayer dejó usted en mi poder. Espero la contestación».

—¿Dónde puede yo escribir una carta?—dijo el alcalde de Guillena al zapatero.

—Pues en ninguna parte mejor que en el montañés de ahí al lado,—contestó el remendón.

—Hombre, pues vamos andando, y al mismo tiempo nos beberemos unas cañas y nos chuparemos unas bocas y unos camaroncitos.

No era otra cosa lo que el zapatero deseaba.

A poco estaban instalados en la trastienda del montañés, y el zapatero se atracaba de manzanilla y de camarones, mientras el alcalde escribía lo siguiente:

«Señora: Me dirijo á usted con todo el respeto, con toda la consideración y con toda la admiración que su hermosura y su virtud merecen. Estando en la habitación que en casa del señor alcalde mayor tiene el indigno don Pánfilo Leznafría, á quien usted, tan inmerecidamente, ha favorecido con su cariño, este pícaro recibió una carta, en la cual, por lo que se vió, usted le ponía en un compromiso respecto al consabido rosario, porque con ese rosario no tiene nada que ver don Pánfilo; ese rosario es mío, y yo me atrevo á ofrecérselo á usted, no en mi nombre, sino en el de mi sobrino don Isidoro del Fresno, que es todo un buen muchacho, todo un buen mozo con quien yo tendría un placer en casarla á usted. Pero no adelantemos el discurso, que esto lo arreglará el muy respetable padre Porciúncula, con quien paso á verme para pedirle la mano de usted para mi sobrino, puesto que el dicho padre Porciúncula hace las veces de padre respecto á usted. Sin más por hoy, que ya nos veremos muy pronto, porque yo espero ir acompañado del padre Porciúncula, le ofrezco á usted cuanto puedo y valgo, y la beso los pies,

TIMORATO DEL FRESNO.»

Cerró el alcalde esta carta, poniendo en el sobre *A doña Serafina Rosablanca*, y dijo al zapatero:

—Coma usted y beba todo lo que quiera, porque hace falta dejar pasar á lo menos media hora para llevar esta

carta á la señora Petrola, á fin de que la entregue á su ama.

—Vaya, pues, muchas gracias, señor,—dijo el zapatero;—que ya hacía tiempo que yo no me daba tan buen rato.

Y siguió embistiendo con la manzanilla y con las bocas.

Media hora después partía el zapatero lo más diligente del mundo con la segunda carta, para buscar á la señora Petrola.

Volvió á poco trayendo otra carta.

Aquella carta decía:

«Señor don Timorato del Fresno: Contando con que será usted consecuente con su nombre de bautismo, le espero; tenemos que hablar.»

Don Timorato, se regocijó hasta el fondo de su alma, dió, no ya dos, sino cuatro duros al remendón, pagó la cuenta y escapó hacia la casa de Serafina.

Parecía que se le esperaba, porque en cuanto llegó á la cancela del portal, la cancela se abrió.

La señora Petrola le condujo á la sala.

—¡Gracias á Dios,—dijo don Timorato,—que vuelvo á ver á ese pedazo de gloria! No se asuste usted, por Dios, señora, que yo no quiero esa gloria sino para mi sobrino Isidro.

—Siéntese usted,—dijo Serafina que estaba pálida y conmovida,—y hablemos formalmente. Yo no le he llamado á usted para otra cosa sino para devolverle á usted ese rosario, porque yo no recibo regalos de nadie.

—¡Válgame Dios, señora; y lo recibía usted de ese pillo!

—Mire usted, yo le quería,—dijo Serafina,—esa es la

verdad; yo sabía que era un hombre de trastienda y capaz de hacer negocios con el mismísimo demonio; pero le creía leal y bueno para mí; yo me había enamorado de él, á pesar de que es viejo y feo, porque para mí tenía ángel. En fin, porque me engatusó con sus tunanterías; como que yo era una inocente y él un *púa* que se pierde de vista; pero lo que ha hecho conmigo me ha indignado; y como con la mano, don Timorato, se me ha quitado el cariño que le tenía, y como si no lo hubiera visto nunca. Usted no sabe lo que me ha escrito ese canalla. ¡Vamos, hombre, es para ahogarse! ¡Decirme á mí que yo tengo amores sacrílegos con mi padre espiritual!

—Decididamente, señora, —dijo don Timorato, —ese hombre no le convenía á usted; ese hombre la hubiera hecho á usted infeliz; y luego, que ese hombre es un cobarde, y á una hembra como usted deben apestarle los hombres cobardes. Si usted supiera... Esa carta que usted ha recibido se la he dictado yo, y él la ha escrito de miedo.

—Hombre, no me diga sted ueso,—exclamó Serafina,—que solo de pensar que yo he querido á un hombre semejante, me va á dar un mal.

—Pues, hija mía, no es más que la purita de la verdad.

—¿Y ha sido usted quien ha puesto lo del padre Porciúncula?—dijo Serafina.

—¡Vaya si tiene usted alma, criatura!—exclamó don Timorato;—me está usted mirando que me quiere usted comer, y eso es para mí la prueba de lo honrada que usted es. ¡Qué le había yo de haber dicho á ese hombre lo del padre Porciúncula, ni qué sabía yo si usted conocía al tal padre ó no le conocía, ni si el tal padre andaba por el mundo! Eso lo ha puesto él, el mal hombre, y por lo mismo,

usted no debe acordarse de él, ni estar triste, sino alegrarse mucho. Mire usted, desde que yo la ví á usted la quiero á usted como una cosa propia, porque se me ha metido usted en mitad del corazón; pero no hay que asustarse, que yo la quiero á usted como si fuera usted mi hija. ¡Y adónde íbamos á parar! ¡Usted se equivocó esta mañana, señora! ¡Pues á fe que quiero yo poco á mi mujer! En fin, no hay que hablar de eso; yo la quiero á usted para mi sobrino.

—Vamos, usted está loco, don Timorato,—dijo Serafina,—porque si no, no diria usted lo que dice. ¡Pues buena he quedado yo con este desengaño para querer á ningún hombre! El diablo me ha tentado una vez y ya que he escapado sin perjuicio de la tentación, no quiero que el diablo vuelva á cojerme.

—¡Pero, gitana de mi vida,—exclamó don Timorato, —si usted no sabe quién es mi sobrino! ¡si es muy posible que cuando usted vea á mi sobrino, que le verá, se quede usted frita y se le pare á usted la sangre y se clave usted! Figúrese usted un hombre rubio, con unos rizos que dan las todas, y con unas patillas rubias que le llegan á los hombros, y blanco como la leche y colorado como una rosa, y con las facciones que parecen hechas á pincel. Pero no vaya usted á creer que es una señorita, moza buena, que es muy varonil, y lo hombre que es se le conoce á tres leguas de distancia, y si él se ha asustado con lo que le pasó ayer y está malo del susto, hágase usted cuenta que un leon se hubiera asustado del mismo modo; porque esto de aserrar á un hombre por la mitad y á lo largo, es cosa que espanta á una fiera y la descompone el cuerpo de tal modo que es menester llamar al médico.

—¿Pero qué es lo que usted dice,—exclamó Serafina, —de que han querido aserrar á su sobrino de usted? ¿Quién podido pensar esa judiada? ¡Pobre muchacho!

—Calle usted, señora, que ayer ha pasado en mi pueblo un tiberio que no hay palabras con que contarlo. A mí me han quemado la casa, me han corrido á mi mujer y á mis niñas, que cuando usted las conozca será usted muy amiga suya, y ellas muy amigas de usted; se me han llevado quinientas onzas y un tesoro que yo tenía en depósito, y para que mi sobrino, que conocía el lugar, lo cantara, se lo llevaron al campo y quisieron aserrarlo; y vea usted porqué he conocido yo á usted, porque vine á darle cuenta al alcalde mayor de Sevilla de lo que había sucedido y no le encontré en casa, sino á su escribano, el pillo de don Pánfilo, y cuando le conté á don Pánfilo el sucedido, me metió miedo con que el alcalde mayor iba á creer que mi sobrino era cómplice de los ladrones, y para sacarle adelante, me habló de usted, dándome á entender que usted era la querida del alcalde mayor. ¡Qué, si ese hombre es un canalla que no tiene vergüenza! y me dijo que para que á mi sobrino no le pasara nada, era menester comprarla á usted; y por eso he conocido yo á usted, porque quisieron aserrar á mi sobrino; y vea usted que casi casi está de Dios que usted y mi sobrino se casen, porque sin lo que le ha pasado á mi sobrino yo no la conocería á usted.

—Pues mire usted, don Timorato, para que vea usted que no está de Dios que yo me case con su sobrino de usted ni con nadie, sepa usted que para quitarme el peligro de una nueva tentación, me voy á meter monja.

—¿Monja usted? ¿usted monja con esos ojos que echan fuego y esa boca que está pidiendo amor? ¡Quite usted allá,

hija! eso podía ser muy bien antes; pero usted ha pensado ya en el matrimonio, y cuando una mujer piensa en el matrimonio, ni el diablo que se lo saque de la cabeza. Tenga usted un poco de paciencia, cristianita y deje usted que mi sobrino se ponga bueno y usted le vea, que en viéndole usted ya sé yo que no querrá usted meterse monja, ¡que si quieres! Cuando vea usted á mi Isidro, entonces va á saber usted lo que es querer; pondría la cabeza á que se muere usted por él.

—Y á todo esto,—dijo sonriendo Serafina,—el pobre chico, ni me conoce ni siquiera ha oido hablar de mí.

—Mire usted, corazoncito, ha dicho usted ya una vez pobre muchacho, y otra vez pobre chico de tal manera, que se me figura á mí que solo por lo que me ha oido usted á mí decir de mi sobrino, mi sobrino le escarabajea á usted en el corazón.

—¡Vamos, qué hombre éste!—exclamó Serafina;—todo lo convierte usted en sustancia; ¿pues no conoce usted que yo tengo buen corazón, hombre, y que sólo de oir que han estado á punto de aserrar á su sobrino de usted me ha dado lástima?

—La verdad del caso, señora,—dijo don Timorato,—es que usted ha nacido para querer y para que la quieran; que por un milagro de Dios se ha estado usted sin querer á nadie hasta ahora, que el canalla de don Pánfilo, que es un tunante muy largo, la pilló á usted cuando estaba madura, y deseando tener un cariño sin saberlo; que cuando ha conocido usted lo que era ese pícaro, como usted es una buena mujer le ha aborrecido, se le ha quedado á usted el corazón con hambre, y de desesperada quiere usted meterse monja, porque cree usted que todos los hombres son como

ese tunante; pero á bien que estoy yo aquí, y ahora mismo me voy á ir á buscar al padre Porciúncula y á pedirle la mano de usted, para mi sobrino, se entiende, que lo que es yo ya no sirvo, y aunque sirviera, Dios no la ha criado á usted para un hombre tan feo como yo; con que quede usted con Dios, que á mí me gustan las cosas por la posta, y me voy ahora mismo al convento.

—¡Ay, no, por Dios!—exclamó Serafina poniéndose pálida como una muerta,—no le diga usted ni una palabra de esto al padre Porciúncula; no me pierda usted; todo lo que usted quiera menos eso, bueno, bien, yo consiento en conocer á su sobrino de usted; pero sin que lo sepa el padre Porciúncula, porque si ese pillo de don Pánfilo entraba aquí, era porque engañábamos al padre Porciúncula, y él creía que era mi administrador.

Al ver la vehemencia con que Serafina había dicho estas palabras, se le nubló el semblante á don Timorato, y otra vez le entró la sospecha de si la Serafina sería un bribona hipócrita.

—Bueno, bien, muy bien, señora,—dijo,—no se sofoque usted, que yo no le diré ni una palabra al padre Porciúncula, ni siquiera procuraré conocerle.

—Sí, si señor, eso es lo mejor, —dijo Serafina, todavía sobresaltada,—cuando su sobrino de usted se ponga bueno, me escribe usted, y yo le diré á usted cuándo pueden ustedes venir y dónde nos podemos ver. ¡Jesús, Dios mío, qué trabacuentas y qué compromisos! ¡Esto no es vivir! ¡Esto es un martirio!

—Nada, señora; tranquilícese usted,—dijo don Timorato,—que yo me retiro, y yo volveré con mi sobrino cuando mi sobrino esté bueno, y le escribiré á usted, y nos veremos,

y usted determinará. Conque para servir á usted, señora.

—Espérese usted don Timorato; llévese usted ese rosario,—dijo Serafina.

—Ni á tiros señora,—contestó don Timorato.—Yo no tengo nada que ver con ese rosario. Quede usted con Dios.

Y escapó.

Cuando se encontró en la calle murmuró:

—¿Será esta una bribona á lo divino? ¿Por qué le temerá de tal manera al padre Porciúncula? ¿Tendrá razón don Pánfilo? El que se fía de los frailes es capaz de fiarse de todo el mundo, lo mismo que el que se fía de las beatas. ¡Pero, señor, si es menester estar tonto y ciego para no conocer lo limpia que tiene el alma esa mujer en los ojos! ¡si eso es una flor que todavía ningún mal aliento ha marchitado! Vamos despacio, Timorato. Aquí puede haber gato encerrado muy distinto del que tú crees, y es necesario que tú veas ese gato para saber de qué color es. Pero, y bien, ¿qué te importa á tí de todo esto, Timorato, ni qué te se da de esa mujer, ni de que sea buena ó mala ó de que reviente por un hijar? Haz examen de conciencia, Timorato. Sí, eso es; es que tú te has vuelto chivo por ella, que te has enamorado de ella como un tonto, y como eres hombre de bien, y cristiano, y quieres mucho á tu mujercita, quieres meter á esa diosa en tu familia y contentarte con verla todos los días y á todas horas. Vamos, lo que nunca nos engaña es nuestra conciencia; si todos los hombres, cuando lo necesitan, preguntaran á su conciencia y siguieran su consejo, mejor andaría el mundo. Bien es verdad que no todos los hombres tienen conciencia. ¡Buena conciencia les dé Dios á los que ayer me quemaron la casa y quisieron asesinar á mi sobrino! Y luego ¿qué es la concien-

cia cuando nos aprieta la tentación? Que lo diga yo, que conozco que si el cielo me mirara dos veces con los ojos amartelados, echaría á la calle la conciencia y no repararía en nada. ¡Señor, Señor! yo no sé dónde tengo la cabeza. Si á mí no me importa nada esa mujer, ¿por qué se me van los pies hacia el convento de capuchinos? Vaya, pues, sí señor, eso es, porque tengo celos, porque me está quemando la sangre y revolviéndome la cólera el solo pensamiento de que esa divinidad quiera á un fraile; bien es verdad que lo mismo me sucedería si quisiera á otro. ¡Jesús, Jesús! El demonio se me ha metido en el cuerpo, y no sé á dónde voy á parar. Vamos, Timorato, acuérdate de tu mujer y de tus hijas, y ya que está arreglado el negocio de tu sobrino, pásate la mano por la frente, no vuelvas á acordarte de esa mujer, y vuélvete á tu pueblo.

En efecto; don Timorato, que iba camino del convento de capuchinos, se volvió; pero apenas hubo andado veinte pasos, cuando exclamó, volviendo á tomar la dirección del convento:

—No, no; sea lo que fuere, yo no me quedo sin saber el gato encerrado que hay entre la Serafinita y el padre Porciúncula.

Y apretando el paso, continuó rápidamente su marcha don Timorato.

Llegó al convento, preguntó por el padre Porciúncula, y le llevaron á su celda.

El padre Porciúncula era un hombre como de cincuenta y cinco á sesenta años, alto, bien conservado, hasta el punto de parecer infinitamente más joven, con una magnífica barba negra, con una gran regularidad de facciones; en una palabra, todo un buen mozo.

Se revelaba además en él á primera vista el hombre fino, bien educado y de mundo. Don Timorato, al verle, se puso más feo que de ordinario, porque comprendió que era lo más natural del mundo que úna buena hembra estuviese enamorada hasta el alma de aquel buen mozo con hábito ceniciento.

Por su parte el padre Porciúncula, al ver á don Timorato, aunque iba vestido de corto y á lo jaque, y á pesar de su enérgica fealdad, comprendió que se trataba de un caballero de pueblo, y á más de esto de un hombre honrado.

—Para servir á usted, padre Porciúncula,—dijo don Timorato quitándose el sombrero.

—A Dios sirva, hermano mío,—contestó el padre Porciúncula,—Siéntese y dígame para que me necesita ó en que puedo complacerle.

—Pues la verdad,—dijo sentándose don Timorato en el humilde sitial que le había señalado el capuchino,—yo no sé por donde empezar.

—Deje, deje el sombrero, señor mío,—dijo el padre Porciúncula con una gran distinción tomando el sombrero de don Timorato y poniéndolo encima de la mesa.

—Pues á la verdad,—añadió don Timorato,—yo vengo cargado con el peso de una gran culpa, y necesito los sabios consejos de un varón tan docto y tan virtuoso como usted.

—La sabiduría está en Dios,—dijo el padre Porciúncula;—pero ya que de una grave culpa se trata, lo mejor sería me la revelase en el tribunal de la penitencia.

—No tanto, no tanto, padre Porciúncula,—dijo don Timorato,—porque no se trata más que de una tentación que

nace, á lo que yo creo, de habérseme metido los malos en el cuerpo.

—Pues entonces, el exorcismo,—dijo el padre Porciúncula.

—Yo quisiera antes decir á usted, padre, cual es la tentación que me anda rondando á mí, y de tal manera que es muy posible me la esté usted conociendo en los ojos.

El padre Porciúncula sostuvo con úna serenidad perfecta la mirada hostil y amenazadora que desplomaba sobre él don Timorato.

—Hable, hable, hermano,—le dijo.

—Pues bien, padre Porciúncula,—dijo don Timorato. ¿Con qué derecho ejerce usted una tiranía, incomprensible en quien como usted es un varon de Dios, sobre una pobre mujer?

—¿Se trata sin duda de Serafina?—dijo sin perder nada de su serenidad el padre Porciúncula.

—Sí, sí señor, de Serafina se trata.

—¿Y con qué derecho, hermano; ó más bien, porqué causa me hace esa pregunta?

—¿Usted quiere ó no quiere á Serafina? Esta es la cuestión,—exclamó con aquella dulzura de que hlasonaba don Timorato, con una dulzura que se parecía á la brusca y feróz acometida de un leon.

—Cierto que sí, que la quiero,—exclamó el padre Porciúncula,—la quiero con toda mi alma; pero con el amor de un padre.

—¿Y no ha tenido usted nunca malas tentaciones, padre Porciúncula?

—El enemigo del género humano nunca duerme,—dijo el padre Porciúncula; pero cuando se tiene fe en Dios se recu-

rre á la penitencia y á la eucaristía y la gracia nos fortalece.

—Y dígame usted, padre, ¿porqué Serafina se pone mala de miedo cuando se la dice que se va á pedir á usted su mano para un hombre?

—Serafina está bien criada,—dijo el padre Porciúncula siempre tranquilo;—Serafina es piadosa; Serafina comprende que no hay amor como el amor divino; Serafina es casta y pura y sabe cuánto más vale la castidad que el amor perecedero de la carne.

—Pues, señor mío, Serafina ha estado á punto de casarse con un don Pánfilo que tiene de Pánfilo lo que yo de fraile, y á quien usted conoce demasiado.

—¿Que ha estado á punto de casarse Serafina con don Pánfilo, con su administrador? Los malos indudablemente le hacen á usted ver esas enormidades.

—¿Y esta carta que he recibido de esa señorita, padre Porciúncula,—dijo don Timorato,—y este rosario de que aquí habla?

Y enseñó al padre Porciúncula la carta que Serafina había escrito creyendo contestar á don Pánfilo.

Por aquella vez el padre Porciúncula, á pesar de su fuerza de voluntad, se puso mortalmente pálido, con la palidez de la pasión y del despecho.

—Me parece que todos tenemos tentaciones, los de Dios y los del diablo,—dijo don Timorato.

—No lo hubiera creido nunca,—exclamó el padre Porciúncula,—no, nunca lo hubiera creido. Y esta es su letra; sí, indudablemente, su letra. Ahora bien,—añadió el padre Porciúncula recobrando su serenidad,—¿por qué se ha referido usted de una manera incisiva á este rosario de que se habla en esta carta?

—Porque ese rosario es de diamantes, una verdadera alhaja de reina que debía hacer resaltar de una manera admirable la blancura de la hermosa garganta de Serafina; un rosario que ha costado tres mil pesos.

—¿Y el escribano don Pánfilo hace regalos de tres mil pesos á Serafina?

—No es tal regalo; ese rosario es un *intríngulis.*

—Explíquese usted, dijo el padre Porciúncula;—este asunto es más grave de lo que parece.

Don Timorato relató *cé* por *be* sin perdonar detalle, todo lo que había acontecido desde que conoció á don Pánfilo, hasta aquel momento que hablaba con el padre Porciúncula, y de una manera clara, desembozada, sin ambaje alguno.

El padre Porciúncula escuchó sin pestañear sin dar la más leve señal de conmoción á don Timorato.

Cuando este hubo concluido le dijo:

—Usted ha juzgado de todo esto como hubiera podido juzgar un hombre de mundo: usted me ha dejado conocer á Serafina, no como yo creía que era, sino como es, y hay que dar gracias á Dios de que habiéndose olvidado de su castidad por el amor mundano, haya conservado su virtud. Yo hubiera preferido su consagración á Dios; pero el estado del matrimonio es también un estado perfecto. Tiene usted razón, cuando una mujer ha conocido el amor, aunque su primer amor, como sucede siempre la haya desengañado, ha contraido ya la necesidad del amor; pertenece al mundo y está en un probable camino de perdición. Puesto que usted cree que cuando su sobrino conozca á mi pobre hija, la amará, y que su sobrino de usted es tal, que ella necesitada de amor, no podrá ménos de amarle, si eso sucede, yo no

tengo inconveniente en que mi hija se case con su sobrino de usted.

—Pero ni á mi sobrino ni á mí nos gustaría gran cosa que Serafina continuase siendo hija espiritual de usted.

—Serafina es mi hija,—contestó con acento solemne el padre Porciúncula;—la situación es grave; yo creo á usted un hombre honrado, y no puedo permitir que usted, por mi causa, engañado por las apariencias dude de la honra de mi pobre hija.

—El diablo que entienda esto,—exclamó don Timorato. —¿No es hija esa señora de legítimo matrimonio?

—Así parece,—contestó el padre Porciúncula,—y así consta legalmente.

—Y sin embargo...—exclamó don Timorato.

—Serafina es mi hija, el fruto infeliz de un gran pecado que estoy penando desde hace quince años con la humildad, la penitencia y el remordimiento.

—¿Y por qué decía usted, padre, que el eterno enemigo del género humano no reposa y nos inspira á todos la tentación?

—Porque el hombre se inclina al pecado, porque le arrastran la sensualidad y la miseria, porque el que ha cometido un gran crímen está maldito de Dios.

—Basta, padre, basta,—exclamó don Timorato.—Todo en usted hace sentir la verdad, no puede dudarse; usted me perdonará mis sospechas, y comprenderá usted el gran interés que yo he tenido en declararlas. Yo me retiro; pero no sin dar á usted las gracias de la concesión que usted me ha hecho de la mano de esa señora para en el caso de que se conozcan ella y mi sobrino y se quieran.

—No basta, no basta,—dijo el padre Porciúncula;—es

necesario que no le quede á usted duda alguna. Venga usted conmigo; saldremos, daremos un largo paseo, porque yo no quiero hablar de ciertas cosas en esta santa casa y usted oirá la triste historia que ha dado por resultado el nacimiento de Serafina.

Después de estas palabras, el padre Porciúncula abrió una papelera, sacó de ella unos papeles, que guardó en su manga, llamó á su donado, y salió con don Timorato.

CAPITULO LIII

En que se da cuenta de la trágica historia de los amores pecaminosos y horrendos del padre Porciúncula

Tomaron hacia la salida de Sevilla en silencio, y salieron al fin á la ribera del Guadalquivir por la parte de la Barqueta.

El donado iba muy detrás; sabía demasiado que debía ponerse á una distancia mediante la cual, no pudiese oir lo que su padre hablase.

En ninguna parte se ha observado de una manera más rígida la disciplina que en las órdenes monásticas.

—Yo he nacido,—dijo el padre Porciúncula,—en los últimos años del reinado de Felipe V.

He pasado los primeross años de mi infancia bajo el reinado de Fernando VI y he conocido á más, tres reyes: Carlos III, Carlos IV y Fernando VII; he adquirido, pues, una larga y dolorosa experiencia.

Cuando tuvieron lugar los sucesos que al fin, andando

el tiempo, me trajeron al claustro reinaba Carlos III.

Era en 1782 y contaba yo veinticinco años.

Yo me llamo, ó me he llamado, don Pedro de las Bárcenas, y he sido marqués de Casa-Bárcenas.

Yo servía como capitán en el primer regimiento de la guardia walona, y estaba siempre en Madrid, á donde había ido muy joven como paje del rey.

La mayor parte de mis estados estaban en la Alcarria, cerca de Guadalajara.

De todos mis parientes no me quedaba más que mi abuela materna.

Púsose ésta, ya muy anciana, en trance de muerte, quiso verme, y yo, obtenida una real licencia, me trasladé á Guadalajara, en donde encontré á mi abuela ya expirante y asistida, entre otras personas, por una joven que se llamaba doña Maria de Salces, mujer de uno de nuestros administradores y recién casada con él.

Se llamabn su marido, que era ya hombre de edad provecta, don Luis Rosablanca.

Yo estaba entonces entregado á Satanás; no había mujer, por poco que me agradase, por la que no me pusiese en pretensiones, ni mujer que yo pretendiese que no se rindiese ó por medio de la seducción ó por medio del dinero.

Yo no respetaba nada; la doncella, la viuda, la casada, la desvalida y la pudiente, todas cuantas me agradaban, eran el abjeto de mi asqueroso libertinaje; pero no había amado nunca; tan fácil había encontrado á la mujer que la había despreciado, y el desprecio que yo sentía por ella no dejaba lugar al amor. Para mí, la mujer era un entretenimiento como otro cualquiera, y al que más me entregaba, sin decir por esto qne yo no me diese al lujo, á la vanidad,

á las disipaciones, á cuanto puede darse un hombre olvidado de Dios; y no digo abandonado por El, porque Dios en su infinita misericordia, no abandona nunca á sus criaturas.

No había yo, pues, amado ni sentido por la mujer más que una grosera lascivia; pero cuando conocí á doña María de Salces fué completamente distinto; me turbé, y por la primera vez miré con respeto á una mujer.

La tentación me envolvió entonces de una manera terrible, y contraje con doña María un amor idólatra, ofensivo á Dios, y para sentir el cual era necesario haber perdido la fe, haber renegado de Dios.

Doña María tenía diez y ocho años, y no tengo que entretenerme en la vana descripción de su persona; baste con que le diga, hermano mío, que ver á Serafina es sin quitar ni poner ver á su madre, como era cuando yo la conocí.

—Pues entonces,—dijo el alcalde de Guillena,—puede usted estar seguro, padre, de que Dios le ha perdonado á usted su tentación y el haber caído en ella, y el haber arrastrado en su caída á aquella señora.

—No diga eso, hermano, que me aflige,—respondió el padre Porciúncula,—porque me parece encontrarle tibio en la fe, y muy en peligro de caer en el insondable y negro abismo del pecado.

—No, padre, no,—contestó el alcalde de Guillena,—una cosa es conocer el peligro, sentir la tentación, y otra cosa caer en ella; verdaderamente que yo al ver á la señora doña Serafina he creido ver el cielo; pero he dicho al verla: ¡Bendito sea el Señor que la ha criado, y mil veces dichoso el hombre que tenga esta divina criatura!

—No hay criatura alguna divina,—exclamó severa-

mente el padre Porciúncula,—más que la sacratísima virgen María.

—Es un decir, padre, que ya sabemos que lo humano no es divino; pero hay humanidades que parecen divinidades, y uua de ellas es doña Serafina; y ha de saber usted que si yo caí en la tentación fué por dos minutos, asombrado y asustado de tanta hermosura y tanta gracia y tanta decencia; pero enseguida dije para mí: Yo, que despues de mi mujer y de mis hijas, lo que más quiero es mi sobrino, con ella le caso si ellos se quieren, y me meto en mi casa esta gloria.

—Corrija, corrija, hermano, la libertad de su lenguaje, y no se valga de palabras santas para las cosas vanas.

—Es un decir, padre, que Dios sabe que esto no pasa de palabra, y que llamar gloria y divina á esa criatura, es ponderar su belleza y no encontrar palabras para ponderarla alabar á Dios que la ha criado

—*Morte morieris*,—dijo roncamente el capuchino.

—Yo no entiendo de latines, padre,—dijo el alcalde de Guillena;—pero me parece á mí que es usted desconfiado, y que en ese latín ha dicho usted que yo me estoy muriendo á chorros por doña Serafina, y esto es verdad, y si lo fuera, sería en nombre de mi sobrino.

—En mi latín he hablado de la muerte eterna, de la condenación,—dijo el capuchino.

—Pues no pienso yo condenarme; digo, porque me parece á mí que yo no soy bastante pecador para condenarme; porque yo le he oido decir á un predicador muy grave de los dominicos, que es tan difícil condenarse como salvarse, y bien mirado, yo no soy malo; porque mire usted, padre, á cualquiera se le hace la boca agua cuando ve un

terroncito de azúcar; pero cuando el terroncito de azúcar no se puede comer sin causar un grande perjuicio y un grande escándalo y un desavío de mil demonios, el que es bueno y prudente traga saliva y se vuelve atrás, que es lo que yo he hecho; y de los arrepentidos quiere Dios, que los que no han pecado porque son unos almas de cántaro, unos pedazos de carne con ojos, y no se les ocurre hacer nada, ni bueno ni malo, y por eso mismo no hacen ninguna acción reprobada ni meritoria, no valen, y yo no creo que Dios quiera á esos para nada, más que para echarlos en un rincon del limbo, donde se pasen allí la eternidad sin pena ni gloria, como se han pasado por acá la vida que Dios les ha dado.

—Me parece muy en peligro, hermano mío,—dijo el padre Porciúncula,—y en caridad será necesario trabajarle y componerle, y aún no estaría de más se le exorcisara, porque ó mucho me engaño, ó tiene algo de diablo metido en el cuerpo.

—Pues yo digo que de santo, porque cuando yo no he despedazado hoy á doña Serafina, de loco, de atortolado por ella, tengo más dominio sobre la tentación, ó por lo ménos, tanto como San Antonio el del Yermo.

—Más vale así, dijo el padre Porciúncula, - y Dios le conserve en su fortaleza. Además de esto, al primer indicio de peligro, ya acudiremos con todos los auxilios de que nos ha provisto la iglesia; pero continúo mi historia.

—Sí, padre, sí; pero cuéntela usted con todos sus pelos y señales, y como si no fuera usted fraile, porque así las historias son más entretenidas y se pegan más.

—Líbreme Dios de la delectación morosa de lo sensual y de lo reprobado,—dijo el religioso,—baste con decir que

yo, ciego por aquella tentación maldita, solicité torpemente á doña María, ella resistió y apuró todos los medios de su virtud, y yo llegué hasta el punto de valerme de hechicerías y de malas artes, y de buscar un saludador infernal, un brujo, un esclavo del eterno enemigo de Dios, que tuvo medio de dar á doña María, yo no sé qué filtros malditos que la trocaron de tal manera, que ella me excedió á mí en la liviandad de la pasión y conmigo se anegó en un amor de condenacion.

—¡Ay padre!—exclamó suspirando el alcalde de Guillena,—que eso de los filtros y de los bebedizos me parecen á mí las coplas de Calainos y disculpas y pretextos de las mujeres para decir luego que ellas no han sido las malas, sino que las han hechizado y las han puesto los diablos en el cuerpo.

—Las determinaciones y las sentencias del Santo Oficio de la Inquisición, forman una jurisprudencia teológica; y patentes están las sentencias de aquel santo tribunal contra ensalmadores endemoniadores, hechiceros y dadores de filtros y bebedizos y no hay que dudar de la sabiduría de la Inquisición.

—Pues que la Inquisición perdone,—dijo el alcalde de Guillena,—que yo no digo que la Inquisición no haya tenido muy buena fe cuando ha sentenciado á hechiceros y fabricantes de bebedizos; pero á mí me parece que con esas cosas lo que se hace es embrutecer á las gentes sencillas, y hacerlas ver visiones y volverlas tontas y producir males y aún muertes, porque creyendo los simples en todas esas cosas solamente porque la Inqüisición las reconoce, caen en la pasión y en el deseo desordenado y sucumben á él, y yo le puedo contar á usted un lance negro y otro lance tonto;

el uno que le sucedió á la tia Dedales, que era una bruja á la que se ahorcó por envenenamiento mediante parte que yo dí de ella; y fué que el tío Gorgojito estaba enamorado de una muchacha de trece á catorce años, que tenía los ojos muy vivos y era muy diableja y muy salida de quicio; como que había que tenerla la mitad del tiempo en la cárcel para que no diera escándalo; pero se le atravesó de tal manera el tío Gorgojito á la Tereseta, que no hubo medio de qüe le quisiese. El tío Gorgojito se fué á la tía Dedales y la tía Dedales le dió á la muchacha yo no sé qùe diablo de cosa con la cual, en vez de querer al tío Gorgojito se murió; y vea ùsted ahí; y como el tío Gorgojito, que era un sinvergüenza, había dicho en la taberna que la Tereseta le quería porque la tía Dedales le había dado ún bebedizo, para que le quisiese, y al otro día se murió la pobrecilla de la Tereseta, yo tomé la cosa á pechos y se envió el cuerpo difunto á Sevilla y los médicos dijeron que la Tereseta había muerto envenenada, por resultas de lo qué, sè prendió al tío Gorgojito y á la tía Dedales, y á ella, por bruja mala, que había matado con una pócima á la niña, la ahorcaron, y al tío Gorgojito que había sido la causa eficiente de aquella desgracia, le echaron á presidio para toda su vida, lo que fué matarle, porque estaba ya viejo y no pudo resistir la buena vida del presidio y reventó al año. Es verdad que el pueblo ganó, porque se quedó sin una bruja que parecía la imagen de Satanás, sin una chiquilla que era una piedra perpétua de escándalo y sin un licencioso á lo bruto que daba asco. Y el otro lance tonto fué, que el sacristán se enamoró de la mujer del pregonero. La mujer del pregonero no lo quería y el sacristan buscó una gitana para que le diese bebedizos á la pregonera; y la gitana que era medio

parienta de la pregonera, aunque el sacristán no lo sabía, le armó al sacristán con su prima y el marido de su prima una conspiración, y una noche que el sacristán saltó las bardas del corral de la casa del pregonero, consentido, porque la guasona de la gitana se lo había dicho, en que á las once en punto de la noche la pregonera le estaría esperando, se encontró con que le soltaron el perro que le atarazó una pierna cogiéndole un tendón, de resulta de lo cual, se quedó cojo y cojo anda, y entre el marido y la mujer le pegaron una paliza que le pusieron azul, y luego le sacaron y dejaron medio muerto en la calle; y todo esto por haber creído en bebedizos y diablerías; y porque uno ha visto esto, aunque perdone la señora inquisición y usted se enoje padre, no cree uno en esas patrañas, y lo que á mí me parece, no es que le hechizaron á usted la doña María, sino que usted se empeñó en que ella le quisiera, y como usted era joven y buen mozo la mujer dió en pensar y en revinar, y acabó por enamorarse y por hechizarse á sí misma y más si su marido era tan viejo y tan feo como yo, que todo podía ser.

—En verdad,—dijo el fraile,—que habían sacrificado á doña María casándola con un hombre que podía ser su abuelo, y que nada tenía que pudiera hacer amable su vulgaridad y lo ingrata que con él había sido la naturaleza. Y no entrando en cuestiones, porque usted es incrédulo y eso se quedará para otra ocasión y lugar, continúo. Con que de tal manera nos olvidamos el uno y el otro de todo cuanto debe tener presente toda persona que á lo menos estima su honra, que no pudo menos de apercibirse don Luis y de tener la seguridad de que su mujer le engañaba por amor mio. Pero don Luis, que era un pecador mal intenciona-

do y vengativo, hizo como que nada veia, porque yo le causaba espanto, y esperó á que, terminada la real licencia que yo disfrutaba, tuviese que volverme á Madrid.

Mi abuela había muerto, y si antes era yo rico como diez, llegué á ser rico como treinta.

Nuestros amores, sin embargo, se habían hecho amargos.

Doña María estaba en cinta, y aseguraba que en manera alguna don Luis podia creer fuese suyo lo que al mundo viniese, porque en el momento en que don Luis se había apercibido de que su mujer le engañaba, se había retraido de su intimidad, y de una manera tal, que no habia medio de hacerle creer que lo que naciese era hijo suyo.

Señor alcalde, mi buen hermano,—añadió el padre Porciúncula.—Cuando viciamos nuestra alma, cuando la pervertimos, cuando renegamos de Dios, el primer crímen no es más que el primer escalón de una sucesion espantosa de crímenes: hemos manchado la nítida blancura de nuestra alma, y el baho del vicio y de la impiedad la van ennegreciendo hasta ponerla como un tizon.

Yo, á medida que pasaba el tiempo, sentía crecer la pasion satánica que gozaba en doña María.

Aquello era ir de mal á peor.

El exceso de mi pasión maldita, el peligro en que doña María se veía, la terminación de mi licencia, la necesidad que yo tenía de volverme á Madrid, todo esto junto, hicieron que yo concibiese la idea horrible que Cain concibió un dia contra Abel: pensé en el asesinato, en el fratricidio, porque todos los hombres somos hermanos en Dios, padre universal de cuanto existe.

Pero don Luis era un hombre experimentado, y comprendió mis intentos y los previno, diciéndome de su motupropio:

—Señor don Pedro, yo estaba en Guadalajara á causa de la señora; pero habiendo la señora muerto, ya no tengo que estar en Guadalajara, donde nada me llama, porque mi patria es Madrid y allí tengo todos mis parientes. Yo vine á Guadalajara hace dos años, llamado por la señora Ildegunda, su abuela de usted, y habiendo venido, conocí á mi mujer, que es, como usted sabe, hija de un antiguo arrendatario de la casa; la señora hizo este casamiento, del cual estoy muy satisfecho, porque me ha hecho completamente feliz; pero Mariquita va contenta á donde yo vaya por el mucho amor que me tiene, y á mí Madrid me tira tanto más cuanto que á la iglesia de San Andrés de la corte, donde tiene su enterramiento la familia de usted, han sido trasladados los restos de doña Ildegunda. Tan administrador de usted puedo ser en Madrid como en Guadalajara, y si á usted le parece, y puesto que ya se termina la real licencia que usted trajo, nos volveremos á Madrid y cuidaremos de usted, que mejor cuidado estará usted á nuestro lado que solo y como mozo.

El demonio me tenía puesta una venda sobre los ojos, y no comprendí que don Luis no era un marido ciego y confiado y despreciable como yo creía, sino un hombre de mundo que se defendía de un peligro, y un ser terrible que buscaba una venganza.

Al poco tiempo de nuestra vuelta á Madrid, doña María dió á luz á mi hija, á esa desdichada Serafina.

Poco tiempo después, una mañana al levantarme encontré alborotada la casa.

María había muerto.

Los médicos decían que á consecuencia de su alumbrabramiento; yo lo creí, don Luis se había encubierto de tal

manera, que no era posible sospechar de él; y además, lloraba desconsoladamente y parecía desesperado.

Algunos días después me dijo.

—Señor don Pedro, yo no puede sufrir mi existencia en esta casa donde la alegría de mí vida ha muerto, y aún el mismo Madrid se me hace insoportable. Así, pues, si usted me lo permite, yo me voy con mi hija á Guadalajara.

En efecto, don Luis partió con Serafina, y yo para consolarme del dolor desesperado que experimentaba por la muerte de doña María, me entregué desenfrenadamente á todo género de excesos y de disipaciones.

Tomé parte en todas las guerras que por aquel tiempo tuvo España; estuve en América, ayudé á la sumisión de los rebeldes del Cuzco, y ya general, volví á España nombrado coronel del primer regimiento de guardias walonas.

Habían pasado quince años desde el día en que había muerto doña María.

Asistía yo una tarde al coliseo de los Caños del Peral, y en uno de los palcos primeros ví una joven de tal manera hermosa, que me embargó los sentidos y determinó en mí una pasión infinitamente mayor que las que había experimentado hasta entonces.

Yo decía para mí: En alguna parte he conocido yo á esta criatura; pero mis recuerdos no se determinaban.

Aquella niña, que apenas tenía quince años, estaba en compañía de dos señoras ancianas.

Yo las esperé á la salida del teatro, y como las esperase un coche, pretendí dar la mano á la joven para que subiese; pero la joven me miró con extrañeza, me rechazó y pronunció no sé que palabra dura.

Indudablemente aquella niña no conocía aún la necesidad

del amor, y aquel desden suyo me empeñó de manera, que seguí á pié el carruaje, que no paró hasta la calle de las Infantas, metiéndose en una gran casa contigua á la llamada de las siete chimeneas, donde vivió el marqués de Esquilache.

Aquella casa, que yo reconocí inmediatamente, tenía un jardín que daba á la calle del Soldado.

La tapia no era muy alta y podía escalarse con facilidad.

Después de hecho este reconocimiento, yo me retiré, emponzoñada ya el alma por los amores más violentos que he experimentado en toda mi vida, y luchando con mi memoria, procurando recordar dónde había yo visto aquella criatura ó á la persona á quien se parecía; pero no lograba llegar á un recuerdo.

Al día siguiente envié á una infame mujer que yo pagaba para que me sirviese en mis desórdenes, á informarse de quién vivía en la calle de las Infantas, hasta donde yo había seguido aquella joven que de tal manera me enloquecía.

Dijéronla que allí vivían dos hermanas solteras, pero ya ancianas, que se llamaban: la una doña Petra y la otra doña Inés de Fuensalida, y que la joven que con ellas vivía se llamaba doña Serafina.

—¿Había muerto su padre?—preguntó el alcalde de Guillena.

—No, no había muerto; continuaba siendo mi administrador y vivía en la calle de la Reina.

Yo le había preguntado, como no podía menos de hacerlo, por su hija, y me había respondido que su hija estaba en un convento de Guadalajara.

Me acuerdo de que tres días después de mi llegada, estando en mi casa don Luis, mandé á mi ayuda de cámara fuese á buscarme un palco primero al coliseo de los Caños del Peral, donde se cantaba una ópera nueva.

Pues bien, aquella noche fué cuando yo conocí en un palco primero situado frente al mío á Serafina, en la que, sin duda por la ceguedad que había puesto en mis ojos el demonio, no reconocí el gran parecido que tenía con su madre.

—Eso fué, padre Porciúncula, que usted se deslumbró, se atosigó y se le entorpecieron los sentidos, y no vió usted más que la hermosura de Serafina.

—No,—dijo el padre Porciúncula,—aquello fué que Dios me puso en el terrible camino de mi conversión.

En vano pretendí yo hacer llegase una carta mía á la hermosa Serafina; en vano la seguí á todas partes y empleé para con ella todos los medios de seducción que yo usaba; me desesperé, al fin, de tal manera, á tal punto llegó lo rabioso de mi pasión, que me decidí á lo que siempre había repugnado, á casarme; y un día me fuí á casa de doña Petra de Fuensalida, que era la mayor de las hermanas, y la anuncié mi visita.

Doña Petra me recibió con una gran cortesía, y cuando la dije mi nombre y á seguida la pedí la mano de Serafina, doña Petra me dijo sonriendo:

«—Me parece cosa hecha, puesto que para su padre será una felicidad el saber que usted quiere casarse con la niña.

»—¿Y quién es su padre, señora?

»—No conoce usted más otra persona,—dijo doña Petra,—porque su padre es su administrador de usted, don Luis Rosablanda.»

Yo no sé lo que pasó por mí.

Entonces, y solo entonces, acerté con la persona á quien se parecía Serafina; entonces, en un sólo relámpago de la cólera de Dios, ví claramente mi horror y mi desdicha: me había enamorado de mi hija.

Serafina había sido entregada, para que cuidasen de ella y la guardasen, á doña Petra y á doña Inés por su padre, que era primo de ellas, y que no se había creido bastante para guardar viudo solo á una hija tan hermosa.

Al tener esta revelación sentí una agonía espantosa, se me agolpó la sangre á la cabeza, perdí los sentidos, y cuando volví en mí me encontré en mi lecho, y mirándome encarnizado, con una expresión de demonio, á don Luis Rosablanca.

»—*No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague*,—exclamó aquel gran pecador, sonriendo de una manera horrible.—Te has apasionado de tu hija mortalmente, y tu hija será la desgracia de tu vida.

Yo me hubiera lanzado si hubiera podido sobre aquel hombre, y dominado como estaba por Satanás, le hubiera hecho pedazos; pero afortunadamente, el estado de debilidad en que me encontraba no me lo permitió.

Aquel hombre me dijo:

—»Yo no me opongo en manera alguna á tu casamiento con Serafina. ¿Qué importa añadir el incesto al adulterio? ¿Qué importa que desafíes á Dios y provoques su ira, si logras la pasión más grande de tu alma; si en Serafina tienes una continuación de María, y en mí un padre tan paciente como fué paciente el marido?

—Pues dígole á usted,—exclamó don Timorato,—que ya era un bribón de primera tijera el tal indivíduo.

—Le poseía el demonio de la venganza, como á mí me poseía el demonio de la lascivia y del incesto.

Pero Dios tuvo compasión de mí; Dios me tocó el corazon. Dios me hizo conocer el horror y la maldición de mi pecado, y apenas me restablecí del grave accidente que me había causado el conocimiento de que Serafina era mi hija, me presenté al rey, le dije que, desengañado del mundo, había pensado en volverme á Dios y pasar los días que me quedasen de vida en el claustro, para lo cual pedí á su majestad licencia para renunciar á mi grado militar y á todos mis honores, preeminencias y exenciones.

Esta determinación mía, y mi entrada en esta santa casa, porque yo quise que mi retiro fuese muy lejos de Madrid, desesperaron de tal manera á don Luis Rosablanca, que ya muy viejo sucumbió á su rabia.

Yo tuve la noticia de su muerte un día en que me llamó el guardian.

Yo era todavía novicio.

—Nuestro hijo,—me dijo el guardian,—acaba de presentárseme un escribano apoderado de los albaceas y testamentarios de un don Luis Rosablanca, cuyo escribano me ha dicho que habiendo otorgado testamento el tal don Luis, y habiendo fallecido, y abierto que ha sido el testamento, se ha visto por él que el difunto le ha nombrado, nuestro hijo, tutor de su hija única, doncella de pocos años; nuestro hijo, él no puede ejercitar ninguna acción civil por su voto de humildad y de pobreza y de obediencia sino con bula de nuestro santísimo padre, ó cuando ménos autorización de nuestro prelado; pero respetando la voluntad siempre sagrada de un moribundo, las razones que haya tenido para confiarle la tutela de su hija, si él acepta esta tutoría, se

pedirán las licencias que fueren necesarias, y esta santa casa le ayudará lo que pudiere en la tutela de esa señora.

Yo no podía menos de aceptar, y acepté.

La rebelde tentación, el horrendo pecado me acosaban todavía.

Por consecuencia de mi asentimiento, el guardián pidió las autorizaciones, que fueron concedidas, y yo luché terriblemente con la tentación.

¿Quién me impedía dejar el convento, cuando aún era libre?

Quien vivía al lado de Serafina ignoraba que yo era su padre. Momentos había en que Satanás me apretaba de tal manera, que me decidía á abandonar el refugio de la religión, perder mi alma, valerme de los medios que me daba mi calidad de tutor de Serafina y casarme con ella.

Pero la misericordia de Dios no me abandonaba y mantenía en mí un resto de fe.

Triunfó, en fin, aunque débilmente, mi conciencia; pero lo bastante para que llegado el término de mi noviciado me hiciese religioso: y todavía la tentación me acosaba cada día más terrible, cada día más mortal.

Para poder cuidar de ella como su tutor que era, hice venir á Serafina á la casa que tiene en Siete Revueltas, y que yo compré para ella.

La había acompañado su tía doña Inés, prima de su padre aparente.

Doña Petra había muerto, y providencialmente, doña Inés vivió dos años al lado de Serafina, dos de rudas batallas entre el angel de mi güarda y mi demonio tentador.

—Me parece,—dijo el alcalde de Guillena,—que todavía

la batalla sigue, padre Porciúncula, y que si usted ha demostrado tanto horror á que doña Serafina se case, ha sido por miedo de los celos que le causaría á usted el verla enamorada de otro hombre.

—No,—dijo el padre Porciúncula;—antes de que muriese doña Inés, ya me encontraba yo curado y asegurado por la misericordia de Dios; ya no miraba en Serafina más que á la pobre hija de mis culpas, ya el fuego impuro de mi pasión diabólica se había apagado. Si yo la he inspirado las ideas de la más rígida castidad, no ha sido ciertamente por evitarme celos, sino porque conocía sobradamente el mundo, y creía que de ninguna manera podía ser más feliz que renunciando al amor.

Si hubiera tenido vocación al claustro yo hubiera sido feliz cuanto puede serlo un pecador á quien recome su conciencia, pero si bien Serafina se mostraba dada á la devoción y enemiga de los hombres, no tenía absolutamente vocación al claustro; hubiera sido un error obligarla, hubiera sido exponerla á perder su alma por la desesperación. He aquí todo, hermano mío, pero aún me queda algo que deciros. Cuando se me encargó la tutela de Serafina y tomé posesión por medio del apoderado de sus bienes, que si no son cuantiosos, son lo bastante para permitirla vivir con decencia, se me entregó también un pliego cerrado y sellado con lacre negro; el cual pliego, por una cláusula expresa en el testamento, no podía yo abrir sino cuatro años después de la muerte de don Luis Rosablanca. No tengo necesidad de decir á usted lo que ese pliego contenía, porque tengo esos papeles conmigo, tómelos usted y examínelos.

Y el padre Porciúncula sacó los papeles que llevaba en la manga, y los entregó á don Timorato que los examinó.

Estaban por su orden.

El primero era una declaración de doña María, madre de Serafina, escrita con mano trémula, como en los momentos de la agonía, en que hacía constar que Serafina era hija de don Pedro de las Bárcenas, (el padre Porciúncula), que su marido la había matado por medio de un veneno, y que él mismo había ejercitado su venganza revelándoselo.

Doña María concluía su declaración maldiciendo á su seductor.

Otro papel era una releción de don Luis Rosablanca.

«Yo me apercibí muy pronto, decía aquel papel de que don Pedro de las Bárcenas se había enamorado de una manera violenta de mi mujer. Esto no era extraño.

Mi mujer había sido dotada por la naturaleza de una hermosura extraordinaria y de un grande atractivo.

Pero yo tenía una gran confianza en ella.

Había sido educada de tal manera, que debía confiarse en la fuerza de su virtud y en la grande repugnancia que la causaba todo lo que era indigno.

A más de esto me profesaba un grande amor.

Se había casado sin violencia, conmigo, cuando todavía era una niña, y se había encariñado por mí de tal manera, que me hacía feliz.

Pero algún tiempo después de la llegada á Guadalajara de don Pedro, noté con extrañeza y con espanto que mi mujer se entristecía, empalidecía, daba grandes señales de qüe a preocupaba algún grave cuidado,

Esto hizo que yo observase, y descubrí muy pronto que entre mi mujer y don Pedro existían relaciones criminales, y no tardé en convencerme con una desesperación inexplicable de que María era madre.

Llegó un momento en que no pudo ménos de sobrevenir una repugnante explicación entre nosotros.

Yo me había propuesto vengarme, y para llegar á mí venganza, desempeñé el miserable papel de un marido que todo lo sufre atendiendo á su provecho.

Yo hubiera exterminado inmediatamente á aquella infame adúltera, pero mi conciencia me decía: «La criatura que esa miserable tiene en sus entrañas, es inocente: tú tienes derecho á vengar tu honor con la muerte de la adúltera, pero no puedes destruir á un inocente.»

Yo esperé.

Cuando María dió á luz á su hija yo no dí muestras de contrariedad alguna.

Me interesaba dejar encubierta mi deshonra, y dí mi nombre á la hija del adulterio.

Pero la criminal sucumbió á mi venganza.

Un veneno, administrado por mí, la mató.

La acción del veneno fué rápida.

Era de noche.

«—Perdóname, —exclamaba María, retorciéndose, martirizada por los dolores que la causaba el veneno:—tú tienes derecho á matarme, porque yo te he deshonrado; pero ya que lavas tu deshonra con mi muerte, no me niegues tu perdón.

Yo la ofrecí perdonarla, pero á cambio de la declaración escrita que acompaña.

María escribió esa declaración poco antes de morir.

Yo me había valido del arsénico, y nadie sospechó que mi mujer hubiese muerto envenenada.

Se atribuyó su muerte á un accidente de su sobreparto.

¿Por qué no maté también á don Pedro?

La muerte de éste, coincidiendo con la de mi mujer, hubiera excitado sospechas, hubiera publicado tal vez mi deshonra.

A más de esto, yo estaba completamente vengado con la desesperación que se apoderó de don Pedro por la muerte de María.

Pasó mucho tiempo.

Pasaron años.

Don Pedro había ido á América y había hecho educar á Serafina con un gran cuidado,

Yo había contraído hacia ella un odio horrible.

Serafina se parecía extraordinariamente á su madre, y tenía mucho de la virilidad y de la energía de su padre.

¿Quién sabía hasta qué punto podía servirme en lo porvenir Serafina para mi venganza?

Un secreto instinto me hacía pensar en que esta venganza se cumpliría.

Cuando Serafina llegó á los diez años, no pudiendo yo guardarla ya como era necesario, porque á los diez años estaba extraordinariamente desarrollada la confié á mis primas Petra é Inés.

Apenas tenía catorce años Serafina, cuando don Pedro de las Bárcenas, de quien yo continuaba siendo administrador, volvió de América, ya general, destinado al mando del primer regimiento de la guardia walona.

Estando con él un día, poco después de su llegada, le oí decir á Ignacio, su ayuda de cámara:

—Vete y búscame un palco primero para el coliseo de los Caños del Peral.

Cuando volvió Ignacio todavía estaba yo allí.

El palco era el número seis.

Concebí entonces una idea que podía llevarme al logro de mi venganza.

Me fuí al coliseo, busqué un palco situado enfrente del que se había tomado para don Pedro, y lo llevé á mi prima Petra, diciéndola que tanto se aplaudía la ópera que entonces se celebraba en los Caños del Peral, que había querido que ella y mi hija la viesen.

Mi proyecto tuvo un admirable resultado.

Don Pedro, sin reconocer á su hija, á pesar del gran parecido que tenía con su madre, se enamoró de ella de una manera tal, que yo dí por asegurada mi venganza.

Don Pedro se conservaba hermosísimo, y aunque tenía cuarenta y cinco años, apenas si representaba treinta.

Era un seductor terrible, y no había duda de que Serafina, en la primavera de su vida, en la edad más peligrosa para la mujer, se enamoraría de él.

Pero yo no creí nunca que la pasión que sentía don Pedro por Serafina llegaría hasta el punto de dominar la repugnancia que él había mostrado siempre al matrimonio.

No habiendo podido acercarse á Serafina, ni aun lograr que los criados de mi prima consintiesen en darla una sola carta, don Pedro se arrojó á pedir la mano de Serafina á mi prima Petra, y entonces supo naturalmente, que Serafina era hija suya, porque mi prima Petra le manifestó que era yo su padre.

Don Pedro cayó como herido de un rayo, y estuvo algunos días en peligro de muerte.

Yo creí que no se salvaba, y cuando volvió en su acuerdo, me presenté á él para hacerle sentir mi venganza.

Yo creía desesperarle, exacerbarle, hacerle arrostrar por todo.

Pero Dios tocó en el corazón á aquel malvado, que dejó el mundo y se metió capuchino en la casa de Sevilla.

¿Estaba completamente curado de su pasión por la terrible revelación de que Serafina era su hija?

Dios lo sabía.

Yo, viejo ya, achacoso, gastado por mi dolor y por mi desesperación, siento que la muerte se va apoderando de mí.

¿Podré yo dejar preparada mi venganza?

¿Por qué no prepararla?

Es necesario que yo haga mi testamento, que yo legue mis bienes á la hija de la infamia y del crimen.

Y no basta esto.

Es necesario dejarla bajo la inmediata tutela de ese hombre.

¡Oh, si un día mi venganza se cumple por el incesto y el sacrilegio, yo la sentiría en el fondo de mi tumba!»

Aquí terminaba este terrible escrito.

Los otros papeles eran la partida de bautismo de Serafina, en que esta aparecía como hija legítima de don Luis Rosablanca y de doña María de Falces, y la copia del testamento de don Pedro en favor de su aparente hija Serafina.

—¡Vaya una historia!—dijo don Timorato del Fresno devolviendo aquellos papeles al padre Porciúncula.

—Después de esto,—dijo el religioso guardando de nuevo los papeles en su manga,—y de haber yo consentido en el casamiento de mi hija con su sobrino, hermano mío, si cuando se conozcan se quieren, usted comprenderá, que yo me he visto obligado á confiar á su honor y á su conciencia este doloroso secreto para que no pueda dudar de la honra y de la virtud de Serafina; y visto que esta propende al amor, y que ha estado á punto de casarse, sin anuencia mía y ocul-

tándome sü intento, con ese mal hombre de don Pánfilo, casémosla cuanto antes nos sea posible, evitemos desdichas mayores, que yo aseguro á usted que Serafina está bastante bien educada para que pueda hacer feliz á sü sobrino.

—Pues ahora solo falta, padre mío,—dijo don Timorato —que usted me perdone por los malos pensamientos que he tenido de usted, y que nos metamos en cualquier parte, á fin de que escriba usted una carta para doña Serafina, en que la diga que no tiene inconveniente en que ella se case con mi sobrino, dado caso de que cuando se conozcan se quieran, que si no se quieren no se casarán.

Metiéronse en una casilla de labor inmediata, escribió el padre Porciúncula la carta, la entregó al alcalde, y desde allí se separaron, el uno para volverse á su convento, y el otro para correr á casa de Serafina.

CAPITULO LIV

—

Lo que podía confiar el alcalde mayor en su escribano

Entre tanto, el alcalde mayor se encontraba muy á su gusto en la quinta de los Prados, al lado de don Miguelito, de Patrocinio, y sobre todo, de Jacintilla.

A esta se la había quitado su bello traje de gitana, y se la había puesto uno de señorita, que la sentaba á las mil maravillas.

—Vamos,—decía el alcalde mayor,—es imposible que esta niña no sea hija de una gran familia.

Pero aunque había hecho algunas indicaciones á Jacintilla se disculpaba con que la dolía la cabeza, y guardaba su historia para mejor ocasión.

Consistía esto en que Jacintilla no había encontrado todavía una historia que la satisfaciese, y se esperaba á redondearla aconsejándose con Patrocinio, á fin de que la historia fuese mejor y produjese mejor efecto.

Se esperaba entre tanto que el pobre don Bartolomé acabase de volverse loco, y se pusiese completamente á disposición de don Miguelito, que había acabado por concebir el proyecto más audaz qúe ha concebido jamás un ladrón; esto, es, el de hacer sn cómplice, su asociado y su coadjutor á la justicia.

Puede ser que esto haya sucedido alguna vez, pero la moralidad lo ha ocultado, puesto que no se tiene ejemplo de ello, si ello ha tenido lugar; consta, ha constado y constará en uno y otro proceso que los escribanos y los dependientes inferiores de justicia han sido cómplices de ladrones y aún de asesinos; pero no se tiene noticias de que un juez, un alcalde mayor haya llegado hasta tal crímen.

Si ha sucedido alguna vez, porque todo puede suceder en el mundo, nosotros no lo sabemos.

Por lo tanto, no podía ser más audaz el pensamiento de don Miguelito.

Pero en las circunstancias lanzadas y comprometidas en que se encontraba, no se detenía en barras.

Aquella locura amorosa que se había apoderado á sus setenta años del pobre marqués de la Pampanera, podía llevarle á su propósito, y la Jacintilla parecía ser bastante para que don Bartolomé llegase á aquella locura.

Era, pues, necesario inventar una historia conmovedora que llevase al alcalde mayor hasta el paroxismo de la pasión; y como lo Jacintilla había declarado formalmente que todo iría bien hasta el punto que se pretendiese casarla ó hacerla manceba de aquel vejestorio, don Miguelito contaba con esto para hacerle impulsar al alcalde mayor al crimen.

Todo puede suponerse en un loco; y si una vez don Mi-

guelito cogía por un crimen al alcalde mayor, podía considerarse seguro.

Paseándose estaba por el jardín dando vueltas á su proyecto, cuando le avisaron de que con gran premura le buscaba don Pánfilo Leznafría, escribano del señor alcalde mayor de Sevilla.

Sobresaltóse don Miguelito al oir este recado, y mucho más con la adición que don Pánfilo había dicho de que quería hablarle en secreto.

Este recado se lo habia dado Anselmillo el Petaquero.

—¿Y dónde está ese maldito escribano?—dijo don Miguelito.

—En la verja.

—¿Y se ha apercibido el alcalde mayor?

—No, señor, porque el alcalde mayor está muy entretenido en la sala baja con la señora y con la Jacintilla.

—Pues mira, dile que se vaya por fuera de la quinta y me espere al otro lado, hacia el río.

El petaquero se fué y don Miguelito adelantó hacia un postigo de la quinta; enseguida le abrió y salió.

Á poco que anduvo por una vereda que se prolongaba á lo largo del rio, encontró al escribano que estaba hosco como un gato garduño, echando fuego por los ojos y espumarajos por la boca.

Parecía un toro agarrochado.

—Y bien,—dijo don Miguelito,—¿qué tripa se le ha roto á usted, don Pánfilo?

—Lo que á mí se me ha roto,—exclamó don Pánfilo,—es el alma, y aquí vamos á soltar las entrañas ó usted ó yo, ó hemos de salir amigos.

—Usted está malo, don Pánfilo,—exclamó don Migue-

lito,—y lo mejor que podía usted hacer era irse á acostar.

—Yo no digo las cosas en balde,—contestó don Pánfilo, —y estoy desesperado y juego el todo por el todo; vamos á ver, ¿qué trabajo le costaría á usted matar á un hombre, ó mejor dicho, á dos hombres?

—Cuando le digo á usted que está usted malo, don Pánfilo...—contestó don Miguelito, tratando al escribano como si hubiera estado loco.

—Pues mire usted, á mí que se me caiga el cielo encima ó se me abra la tierra bajo los piés, tanto me dá,—dijo don Pánfilo;—y si usted no quiere servirme, con decirle yo al alcalde mayor que usted le ha mandado al tío Norverto, su cortijero que mate á Mosquiteja y le pegue fuego al cortijo para evitar las sospechas que pudiera haber de que Oreja y Media y su gente son cosa de usted, y que usted es el autor de todos los robos que se han hecho en Sevilla de algunos años á esta parte, y de la puñalada de la señora marquesa de Casariegos, y de la muerte de Remeditos y del robo del alcalde mayor, he concluído.

—Y usted no ha tenido en cuenta que todas esas noticias no son más que calumnias, ó mejor dicho, lo que usted tiene en cuenta es comprometerme á mí en un lío, á fin de que yo, por no verme envuelto en un escándalo, le haga á usted rico: pues, hijo mío, eso es robar sin trabuco; pero, ¿qué se le ha de hacer? Antes de comprometer el nombre, un nombre ilustre y honrado, á que la maledicencia se encarnice en él, es necesario tener paciencia y dejarse robar. Ponga usted precio á su calumnia.

—La vida de un hombre,—dijo don Pánfilo.

—Pues maldito si entiendo á usted,—dijo Caparrota, poniéndose mucho más en cuidado.

—Es que á usted le interesa más que á mí matar á ese hombre, don Miguelito,—dijo don Pánfilo,—porque ese hombre sabe lo mismo que sé yo, y lo que yo me callaba aunque no lo había yo descubierto, que no soy yo tantos años escribano para que se me escapen así cosas tan grandes: y los pobres que están presos, los del cortijo, y á los que acabo de tomar declaración. mueren por Dios y no dicen una palabra, sino que permanecen negativos, y son capaces de ir á la horca sin hablar. Calcule usted como estaré yo de desesperado, cuando sabiendo á lo que me expongo vengo á usted con este mensaje; pero usted no tiene que tener cuidado, señor marqués, porque si usted me sirve, yo le serviré á usted y seré uno de tantos, y tal vez el más sútil, que cuando se anda en estos negocios, tener de su parte al escribano del alcalde mayor es tenerlo todo.

—¿Y urge la cosa?—dijo don Miguelito dejando ya e sistema de la negativa.

—Tan urge como que si esta noche no muere el alcalde de Guillena, don Timorato, yo arrostro por todo, tiro de la manta y prendo á usted, y usted me mata para que eso no suceda; y le advierto que eso de matarme á mí estando yo prevenido no es cosa fácil; y puede usted calcular si yo estaré desesperado cuando me atrevo á tanto, porque meterse con usted es lo mismo que meterse con Satanás.

—A mí me gusta enterarme bien de las cosas.

—Pues sentémonos aquí en este tronco de árbol,—dijo don Pánfilo,—y escúcheme usted.

Y ambos se sentaron.

Don Pánfilo refirió todas sus cuitas á Caparrota, punto por punto y sin olvidar lo más mínimo.

—¡Pues sabe usted que no ha andado pesado ese diablo

de alcalde, don Pánfilo,—dijo don Miguelito,— y que es una vergüenza que á un hombre como usted se la hayan dado por boca de títere? Pero viniendo al caso, aun suponiendo que fuese cierto todo lo que de mí se dice, ¿cree usted que se me puede probar nada?

—De menos nos hizo Dios,—dijo el escribano,—y ya puede usted figurarse que en los largos años que llevo de oficio, ya habré tenido que habérmelas con gente dura y mala; y por temible que usted sea, no lo es usted tanto como aquellos famosos niños de Écija; y mire usted que yo he ahorcado algunos. A más de eso, que ellos se callan como muertos y lo aguantan todo cuando tienen el respeto de su capitán; pero cuando su capitán cae preso, por aquel punto se va toda la media, y se descubren cosas que de otra manera no se descubrirían.

—Dígame usted, don Pánfilo, si yo hago que se apoderen de esa señora y se la entreguen á usted, porque este es el único medio de que usted se tranquilice, y si además de eso, se despacha lindamente á ese señor alcalde de Guillena, ¿se podrá contar con usted?

—Hasta las entrañas.

—¿Y qué seguridades puedo yo tener de que eso es verdad?

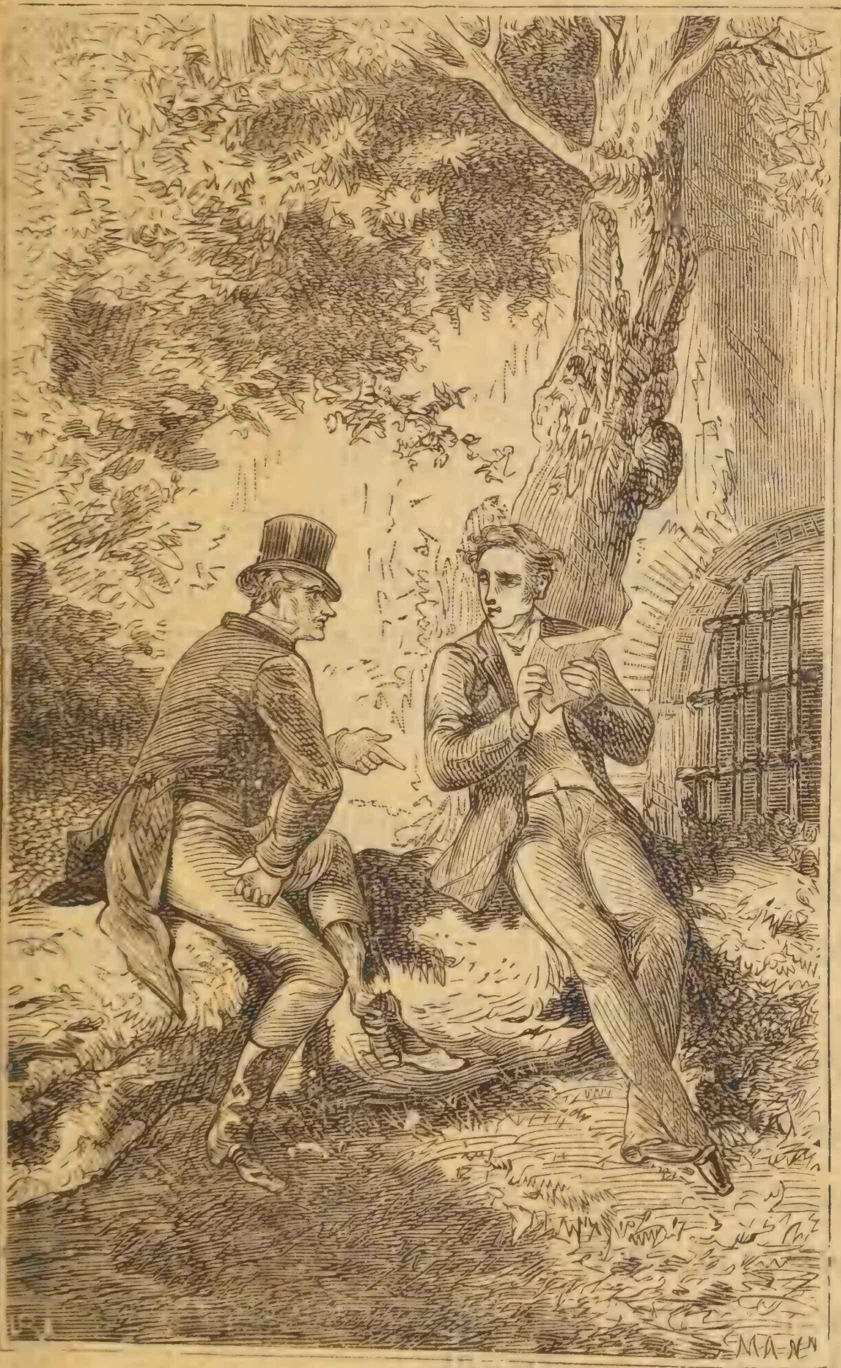
—¿Cuáles? Mire usted.

El escribano sacó papel, de que venía provisto, y un tintero de cuerno, y escribió lo siguiente:

«Señor marqués de Casa-Vaquera: No teuga usted cuidado porque hayan sido presos los mozos del cortijo, ni porque los guardas del campo hayan dicho que no han visto caballistas por San Juan de Aznalfarache, porque yo le taparé los ojos al señor alcalde mayor, y lo pagarán los guardas y todo se arreglará. Ya sabe usted lo muy agrade-

cido que yo le estoy, y que mientras yo sea escribano del alcalde mayor, no tiene usted que tener cuidado de nada. Esté usted, pues, tranquilo, y mande como siempre á este su humilde criado,

PÁNFILO LEZNAFRÍA.»



Leyó atentamente Caparrota esta carta, y dijo á don Pánfilo:

— Convenido: me alegro; todos somos unos: tranquilízate y cuenta con que esta noche cae el alcalde, y con que dentro de muy poco tiempo tienes en tu poder á esa hembra.

Don Miguelito trataba ya á don Pánfilo de tú por tú, como á cualquiera otro de los suyos; y se alegraba, porque habiéndose propuesto apoderarse de la justicia de Sevilla, tenía la mitad de ella y

la más importante y estaba en camino de apoderarse de la otra mitad.

—Ahora,—dijo Caparrota á don Pánfilo,—vete y descuida.

—Sí señor,—dijo don Pánfilo;—pero ya qüe he venido y que está ahí el alcalde mayor, voy á probarle á usted lo bien qüe empiezo á servirle. Con que yo doy ahora la vuelta, llamo como si viniera ahora mismo de Sevilla, veo al alcalde mayor, y delante de usted le doy cuenta de lo que resulta de las declaraciones que he tomado á los presos, que ya las traigo aquí aliñadas en este rollo de papel sellado.

—Pues andando,—dijo don Miguelito.

Y se separó don Pánfilo encaminándose al postigo de la quinta, entrando por él, atravesando el jardín, y yendo á meterse en la sala baja donde estaban Patrocinio, el alcalde mayor y la Jacintilla, muy á disgusto el Petaquero, que veía con inquietüd que usaban demasiado á Jacintilla para los asuntos de su amo.

Don Pánfilo dió la vuelta, llamó, apareciendo con su jaca del diestro, y se hio anunciar al alcalde mayor.

—¿A qué diablos vendrá aquí mi escribano?—dijo don Bartolomé.—¿Será posible que en ninguna parte me dejen libre los negocios? Con permiso de usted voy á ver qué me quiere ese don Pánfilo.

—No se incomode usía, señor alcalde mayor,—dijo apareciendo en la puerta el escribano,—que lo que yo tengo que decirle, lo puedo decir á usía delante de sus amigos.

—Pues despache usted, don Pánfilo.

—Pues señor, resulta que la gente del cortijo jura y perjura que han sido acometidos, y todos, aunque se les ha in-

comunicado aparte, están contestes hasta en las cosas más mínimas, en sus declaraciones; al paso que cada uno de los guardas dice su cosa, y todos están turbados y temerosos; y yo tengo para mí, sin duda alguna, que verdaderamente el cortijo ha sido acometido, y que los guardas encubren á los caballistas por interés ó por miedo.

—Nada,—dijo don Bartolomé,—pues á ampliar la indagatoria cuanto antes, y si por ella se confirma la inocencia de los de la quinta, á soltarlos y á seguirle bien la vareta á esos pillos de guardas; vamos, no se acabará nunca con el bandidaje en esta tierra: los que debían ayudar á perseguirle se venden á él. ¿Cree usted, don Pánfilo, que yo hago falta en Sevilla?

—¿Quiá, no señor, señor alcalde mayor; y si quiere usía pasar aquí la noche con sus amigos, no tenga usía inconveniente; que si ocurre algo dentro ó fuera, yo vendré á avisar á usía.

—Muchas gracias, don Pánfilo; sin usted, yo no sabria qué hacerme. Ea, vaya usted con Dios, y á trabajar lo que se pueda, que hay mucho que hacer.

—Descuide usía, señor alcalde mayor,—dijo don Pánfilo;—beso á usted los piés, señora; beso á usted la mano, señor marqués.

Y don Pánfilo salió.

—¡Ah!—exclamó el alcalde mayor,—este don Pánfilo vale un tesoro.

CAPITULO LV

De como se iban enredadando los sucesos de esta verídica historia.

—Ven acá, Petaquero,—decía don Miguelito á Anselmillo á solas con él en una habitación retirada de la quinta,—tú sabes á Siete Revueltas, ¿no es verdad?

—Vaya si sé,—dijo el Petaquero.

—Pues mira, hijo, te vas á ir por el aire á Siete Revueltas á observar la casa número siete, y á informarte como puedas de si está en ella un hombre muy feo, así de unos setenta años, que tiene las patillas erizadas como el cerro de un jabalí, y que se llama don Timorato.

—¿Y qué hago?—preguntó el Petaquero.

—Le despachas.

—¿Y si no hay ocasión?

—La buscas; pero ya sabes, con prudencia, Anselmillo.

—Y dígame vuecencia, ¿qué génio gasta ese mozo? porque es bueno saberlo todo.

—Cuando se le asegura á un hombre y se le sabe asegurar bien, importa poco que tenga buen ó mal génio.

—Bueno, ¿y cuándo ha de ser eso, señor?

—Esta misma noche.

—Se hará lo posible.

—Lo posible no, más de lo posible; en fin, yo he de saber mañana que esta noche, don Timorato, el alcalde de Guillena, se ha ido al otro barrio.

—Pero ya ve vuecencia, señor, que yo solo, podré ó no podré tener ocasión.

—Busca los medios, ayúdate.

—Para eso sería menester que vuecencia me diera algunas mejicanas.

—¿No tienes dinero en tu poder?—dijo don Miguelito.

—Si señor que tengo; pero yo no sabía si podía disponer ó no.

—Claro está que cuando se manda hacer una faena se paga la cuenta; conque á caballo, Anselmillo, y á Sevilla, al mesón con el jaco, y luego á Siete Revueltas.

Anselmillo no se había puesto amarillo ni colorado, durante esta conversación con su amo. Aparejó una jaca, se fué á Sevilla y se metió en el mesón de la Cabeza del rey don Pedro; dejó la jaca en el mesón, se fué á Siete Revueltas y se metió en el primer montañés que encontró á mano.

En Sevilla hay por todas partes montañeses.

El Petaquero era muy práctico, y á primera vista se apercibió de que el muchacho que le servía era de la cáscara amarga.

—¿Te quieres tú ganar un peso duro?—le preguntó Anselmillo.

—¿Pues y por qué no?—contestó el muchacho,—¿qué hay que hacer?

—Dime tú ¿en el número 7 vive una beata muy buena moza?

Dejó ver una picaresca sonrisa de lástima el muchacho.

—Pues mire usted,—dijo,—que no es usted el primero que me viene á mí con esas; pero la tal moza está en las nubes; por más que yo he hecho no he podido nunca darla una carta, y más de cuatro señorones se han quedado por ella con un palmo de narices.

—Á mí me importa muy poco esa mujer,—dijo el Petaquero;—pero puede ser que esté en su casa una persona á quien yo tenga necesidad de hablar esta misma noche, y yo no puedo ir á preguntar por esa persona á casa de la beata, ¿entiendes tú? y yo quisiera que te escurrieras y fueras á decir á esa persona que yo la espero en la esquina.

—¿Y si no está?—preguntó el muchacho.

—Entonces vas y me lo dices. Toma dos duros, cóbrate el gasto y guárdate lo demás; yo me voy delante, luego te escurres tú y vas y me avisas con lo que haya.

—¿Pero por quién he de preguntar yo, señor?

—Pregunta por don Timorato, el alcalde de Guillena, y si está, le dices que uno de su pueblo le espera en la esquina, y vas y me avisas.

—Pues corriente; cuanto más antes se vaya usted, más antes llevo el recado yo.

El Petaquero salió y fué á colocarse en la esquina inmediata al montañés.

Poco después vió que el muchacho salía y se dirigía al número 7, que no estaba muy lejos de allí.

La puerta de afuera estaba cerrada, porque había ya oscurecido.

El muchacho llamó con el mayor desenfado del mundo, y á poco, la tía Petrola se asomó á un ventanillo.

—¿Quién es?—preguntó,—¿que se ocurre?

—Oiga usted, tía Petrola,—dijo el muchacho, que conocía demasiado á la vieja,—¿está ahí don Timorato el alcalde de Guillena?

—Aquí no hay nadie,—dijo de mal humor la tía Petrola,—ni tenemos nada que ver aquí con alcaldes. Anda y lárgate, tunante.

El muchacho se fué, y la tía Petrola, que permaneció en la ventana sin que se pudiese reparar en ella porque el fondo de la habitación estaba oscuro, vió que el muchacho llegaba á la esquina inmediata y hablaba con un bulto que había en ella, que la conversación duraba algunos segundos, y que luego el bulto desaparecía de la esquina y el muchacho se volvía al montañés.

—No, pues esto es algo,—dijo la tía Petrola;—bueno será avisar.

Y se metió para adentro, y se fué al gabinete de su señora.

Allí estaba con Serafina don Timorato muy contento y muy en confianza, como que consideraba ya casi de su familia á Serafina.

La había llevado la carta que el padre Porciúncula había escrito para ella, y la había sorprendido el que su padre espiritual la permitiese casarse; no se lo explicaba.

El padre Porciúncula se había mostrado siempre terriblemente opuesto á que ella se casase.

Serafina se había indignado de tal manera contra don Pánfilo; hasta tal punto se había desencantado, y tan cierto era que la había quedado en el corazón el vacío del

amor, que la idea de aquel sobrino del alcalde de Guillena, joven, buen mozo y rico, no se la quitaba de la cabeza.

—¿Quién sabe,—decía para sí Serafina,—si todas estas vueltas y rodeos las habrá permitido Dios para que yo encuentre el hombre que me haga feliz? No hay que volver á pensar en ese pillo de don Pánfilo, ¡canalla! ¡cobarde! ¡indigno! El no venia más que por mi hacienda, ni quería otra cosa sino usar de mí para sus negocios; no tiene vergüenza, es un bandolero; y luego que ¿qué mujer y con alguna gracia había de querer á ese vejestorio más que una inocente como yo? Ya se ve, yo no conocía á los hombres, y él ha sabido engatusarme. Y luego, que yo no sirvo para ningún cobarde, y de miedo me ha abandonado y ha dicho de mí perrerías. ¡Y la carta que se ha atrevido á escribirme! ¡Pues era menester que me desollaran viva si yo volviera á pensar más en él! ¡Pero es tan hermoso el amor, Dios mío!... Y si todos los hombres son tan canallas como don Pánfilo... Nada, nada, me meto monja.

Pero la idea de Isidro, de quien con tantos encomios la había hablado don Timorato, la escarabajeaba en el alma y no la dejaba reposar. Se había fingido un ser ideal, ateniéndose á la descripción que la había hecho de Isidro al alcalde, y podía decirse que cuando tuvo la autorización para amar y para casarse del padre Porciúncula, Serafina se sintió tan consolada y acabó de olvidarse de don Pánfilo hasta el punto de que éste se le hizo de todo punto indiferente y empezó á enamorarse de Isidro, que en aquellos momentos, aunque muy mejorado, estaba todavía peleando con las consecuencias del susto que le había dado Oreja y Media y su gente.

Don Timorato estaba muy contento: veía que no solo

aflojaba en sus resistencias Serafina, sino que estaba ya impaciente por conocer á aquel esposo, al que de una manera condicional, la había concedido el padre Porciúncula.

Habían tomado juntos en buen amor y compañía, Serafina y don Timorato, un riquísimo chocolate con bizcochos en aquellos enormes cuencos que servían para dar chocolate á los frailes; porque darles menos de un cuarterón era no conocerlos y exponerse á disgustarlos, y aun á que se vengasen.

Había sobrevenido así, en una cariñosa conversación, la noche, y Serafina pugnaba porque don Timorato se quedase en la casa.

—En la posada va usted á estar muy mal,—le decía,—y yo tengo sobrados colchones y demasiada ropa blanca para que usted pueda dormir tan cómodamente como un rey. Mire usted, don Timorato, rezaremos el rosario, porque yo creo qüe usted rezará el rosario todas las noches.

—Pues por supuesto, hija mía, no dormiría yo bien y temería me sucediese una desgracia ó me llevasen los demonios si no rezase antes de acostarme.

—Pues bueno, después de esto cenaremos; en casa la comida se pone abundante, de manera que puede satisfacerse una persona más; á las diez nos recogeremos, y mañanita por la mañana se volverá usted á su pueblo, que estará usted haciendo falta allí para todo, y á más de eso para cuidar de su sobrino.

—No, hija de mi alma, no,—respondió don Timorato;—que los vecinos son curiosos y pueden estar observando por ver si yo salgo ó me quedo, y si ven que me quedo, padecerá tu reputación, porque á nadie le consta la limpieza con que nosotros nos tratamos.

Dan Timorato consideraba ya como de su familia á Serafina, y la hablaba de tú sin que Serafina lo llevase á mal.

—Deje usted que piensen lo que quieran,—dijo Serafina;—cuanto más, que de ser murmurado no se escapa ninguna persona.

En aquel momento se oyeron tres golpes dados con fuerza en la puerta de la calle.

Era el muchacho del montañés que cumplía el encargo del Petaquero.

Á don Timorato y á doña Serafina se les ocurrió la misma idea; es decir, que quien llamaba era don Pánfilo.

—Á ese canalla le voy á romper el espinazo,—dijo don Timorato, dando por seguro que quien llamaba era don Pánfilo.

—¿Y para qué comprometerse?—dijo con un desprecio á don Pánfilo, gratísimo á don Timorato, Serafina.—Ya he dado yo orden á la señora Petrola para que si ese pícaro se atreve á venir le dé con la puerta en las narices.

—Sí, pero si mueve escándalo,—dijo don Timorato,—yo salgo y lo extermino.

En aquel momento se presentó la señora Petrola.

—Por lo que pueda convenir,—dijo,—yo vengo á avisar...

—¿Quién era?—preguntó con viveza Serafina.

—El muchacho del montañés de al lado, que es un pillete, y me ha dicho que uno del pueblo del señor alcalde que tiene necesidad de hablarle, le está esperando en la esquina; yo he dicho á Tomasín que el señor alcalde no estaba en casa, y Tomasín se ha ido á la esquina, ha hablado algún tiempo con un bulto que en la esquina había, el bulto se ha ido, y Tomasín se ha metido en casa de su amo. Esto es lo que ha pasado.

—Bueno, bueno. váyase üsted, señora Petrola,—dijo Serafina.

La señora Petrola, salió murmurando:

—Me parece á mí que te reblandeces tú con ese feo de alcalde.

—¿Y qué dices tú á esto, niña de mis ojos?—preguntó don Timorato.

—Digo que se guarde usted,—contestó Serafina;—porqüe ese hombre es muy malo, y ahora ménos que nunca sale usted de mi casa hasta que Dios amanezca, que con el día los traicioneros y los asesinos se esconden.

—¿Con que tú crees lo mismo que he creido yo, hija mía? —preguntó don Timorato.

—Pues por supuesto, no se puede creer otra cosa.

—Pues mira, ahora sí que salgo yo, que quiero ver quien es el valiente qúe quiere asesinarme á mí.

—Bueno, pues para salir tendrá usted que violentarme, —dijo Serafina.

—Yo saldré sin necesidad de hacerte violencia alguna, pichona,—dijo el alcalde.—¡Hola, señora Petrola! Venga usted acá.

La senora Petrola que se había quedado acechando junto á la puerta para ver si se pescaba algo de la conversación, tosió, tal vez para que creyesen que venía de más lejos, y se presentó.

—Diga usted, señora Petrola, ¿en cuál esquina estaba el bulto con quien estuvo hablando el muchacho?—dijo don Timorato.

—Usted no tiene que decir nada, señora Petrola,—dijo Serafina,—porque si dice usted algo la despido.

—Y si no la despide á usted ahora porque usted se calle,

—dijo don Timorato,—la despidirá á usted muy pronto, porque yo, que tengo aquí vara alta, haré que la despida á usted.

—Pues hombre,—dijo la señora Petrola,—desde aquí no se ve más que una esquina; la del otro lado no se ve.

—Esta noche duerme usted en mi casa, señora Petrola,—dijo Serafina;—pero mañana dormirá usted donde Dios la dé á entender.

—Vaya usted, vaya usted con Dios, señora Petrola,—dijo don Timorato,—que usted dormirá mañana á la noche en esta casa tranquila como ha dormido usted esta noche. Váyase usted, y gracias.

La señora Petrola salió murmurando:

—Pues no hay que preguntar; se entienden. ¡Quién lo había de creer! ¡Un hombre tan feo!

—Conque, hija mía,—dijo don Timorato;—yo no me había de haber quedado de ninguna manera en tu casa, porque no estaba bien, y ahora mucho ménos.

—Usted no me conoce á mí,—dijo Serafina;—ahora se queda usted mucho más.

—¿Sí? ¿te parece á tí que sí?

—¡Pues vaya! A no ser que abuse usted de la debilidad de dos mujeres para apoderarse de la llave.

—¡Qué, corazón mío, yo salgo por cualquier parte! y si no, mira.

Don Timorato se levantó rápidamente, cogió al vuelo su calañés y su manta, que estaban sobre una silla, se fué al balcón del gabinete, que estaba entreabierto, porque ya hacía algún calor, y antes de que Serafina pudiese impedírselo, se descolgó por el balcón á la calle.

—Hasta mañana, hija mía, hasta mañana, que vendré á

verte sano y salvo,—dijo don Timorato á Serafina, que se había asomado al balcón.

—¡Oh, Dios mío, Dios quiera que no le pase nada!—dijo Serafina,—este hombre es muy bueno; ¡y ese infame de Pánfilo! ¡Para que yo no le aborrezca! A pesar de todo, yo no lo creía capaz de tanto. ¡Y quedarnos solas, cuando tal vez la intención de ese infame no haya sido la de matar á don Timorato, sino la de sacarle de aquí para que yo no tenga quien me defienda! No, no, pues conmigo no va esto; yo no me fío; ese pícaro escribano puede tener llaves ganzúas, encontrar un medio para entrar en la casa. Casa de la vecina de enfrente me voy; todo lo que puede ser es que, como es pobre, la tenga que hacer luego algún regalillo; pero viven con ella su marido y sus dos hijos, que son hombres de alma. ¡Señora Petrola, señora Petrola!

Se presentó la vieja.

—Vamos, no vaya usted á decirme ahora, señora, que me plante en la calle,—exclamó la Petrola, que sabía que su ama tenía el genio fuerte.

—¡Vaya si se va usted á plantar! pero conmigo.

—¿Y adónde vamos, señora?

—Casa de la vecina de enfrente.

—¿Y por qué eso?

—Porque vamos á pasar allí la noche.

—Pues no lo entiendo.

—Sí señora, sí; me temo que esta noche vengan ladrones á casa.

—Pues entonces mejor sería decirle al sereno que no se moviese de la puerta, y que busque dos ó tres hombres y un perro, y meterlos aquí.

—Eso sería dar más escándalo. Yo le diré á la señora

Ruperta que no diga nada, y nada dirá; vamos, vamos, señora Petrola.

—Bueno,—dijo la vieja,—no me parsce mal. Vámonos casa de la vecina, y para que no nos roben, porque con salir sólo nos libramos del susto, pero no del robo, yo iré á buscar al alcalde de Guillena, si usted sabe en donde para.

—¿Pues no lo he de saber?—dijo Serafina.—Para en el mesón de la *Cabeza del rey don Pedro.*

—Bueno, bien, me parece bien,—dijo Serafina,—y ya tiene que tener uñas el ladrón que robe en casa estando en ella don Timorato; pero que se venga bien armado, usted le entrega las llaves, ¿entiende usted? El señor Tadeo, el marido de doña Ruperta, la acompañará á usted; pero que no sepa lo que usted habla con don Timorato, ni sepa que va usted á buscarle, que puede no convenir. Mire usted, lo mejor será que vaya usted sola, que todavía es temprano, y con usted no se ha de meter nadie.

—Y si alguno se mete,—dijo la señora Petrola,—no le arriendo la ganancia, porque esta *fila* que me ha quedado no es para que me salgan á mí compromisos.

—Vamos, señora Petrola, coja usted las llaves y andando.

—Pues andando, señora.

Serafina cerró el balcón, salieron, cerraron la cancela y la puerta de afuera, y en la acera de enfrente llamaron á una puerta que se abrió al momento.

—Vaya, señora Petrola,—dijo Serafina,—ande usted á donde la he dicho, y vuelva usted enseguida.

La señora Petrola se fué, y Serafina entró en la casa, muy cumplimentada por una mujer como de cuarenta y cinco años; pero todavía muy agradable.

Era la señora Ruperta.

La puerta se cerró.

La señora Petrola tomó resueltamente hácia la calle de la Cabeza del rey don Pedro, donde estaba el meson de este nombre.

La noche estaba oscura.

Todas las tiendas se habían cerrado, porque en aquellos tiempos se cerraban al oscurecer, y transitaba alguna que otra persona.

—¿Qué será esto?—iba diciendo la señora Petrola;—maldito si lo entiendo; no faltaba más ahora sino que me encontrase algún *guason* y me diese un palo; vamos andando.



CAPÍTULO LVI

De cómo el alcalde de Guillena hizo en el espacio de algunas horas, dos cosas terribles.

El Petaquero, aburrido, porque no había encontrado casa de la beata al alcalde de Guillena, se volvió al meson de la Cabeza del rey don Pedro para meditar allí un plan de campaña y esperar á que fuese hora de encontrar en ciertos lugares á cierta gente *non sancta* que él conocía muy bien.

—Tiene cosas el amo,—decía por el camino,—que son para desesperar á una piedra. Despache usted esta noche á un hombre y para despacharle búsquelo usted en Sevilla. En fin, ya veremos; la gente me ayudará. ¿Y qué más policía que ella? En fin, paciencia. ¡Y ese maldito de alcalde mayor que me está *jonjovando* á mí, á la Jacintilla, y que se queda allí esta noche! Esta cosa dificultosa que me ha encargado el amo será un pretexto para echarme fuera de la quinta y que yo no esté en observación. ¡Cáscaras! ¡me

dan vahídos! El amo se empeña en que se vuelva loco el alcalde mayor, y me parece á mí que á la Jacintilla le gusta quitarle al alcalde mayor el sentido ¡Válgame Dios, que yo no sé qué hacer! Casi casi que estoy por volverme otra vez á la quinta; pero si es verdad que el amo quiere que se despache á ese hombre... Ni me veo ni me entiendo; la verdad es que me dan mareos en la cabeza.

Y yendo y viniendo en estos pensamientos, el Petaquero llegó al meson de la cabeza del Rey don Pedro, y como todo el que es buen ginete tiene la costumbre de cuidar bien á su caballo, instintivamente el Petaquero se metió en la cuadra.

Se encontró con que su jaca no estaba en el pesebre donde la había dejado.

—¿Dónde diablos está mi jaca? - preguntó al mozo.

—Usted perdone, amigo,—contestó éste;—pero mientras usted estaba fuera, ha llegado un arriero con una récua, y para que toda la récua esté junta, se ha llevado la jaca allá abajo, y está más abrigada y mejor junto al caballo del señor alcalde de Guillena, que sabe buscar buen pesebre á su bestia siempre que viene.

—¡Hombre! Pues me alegro de saberlo,—dijo el Petaquero,—porque tenía yo gana de conocer á ese señor alcalde de Guillena, porque en otro tiempo dicen fué caballista.

—Mire usted, -dijo el mozo,—yo nada sé pero todo puede ser, ¿porque si viera usted qué agallas tiene el señor alcalde y qué feo que es?

—¿Y está ahora en la posada?

—No señor, salió despues que comió, y en toda la tarde ha vuelto.

—Pues mire usted,—dijo el Petaquero, —cuando vuelva

avíseme usted, que quiero hablarle; ya sabe usted que estoy en el número 3 del primer corredor.

—Pues el señor alcalde está en el número 1.

—Ea, bueno, bien; cuide usted bien de mi jaca, que es una perla, y hasta después.

Y el Petaquero le pidió al mozo de paja y cebada una luz y se subió á su cuarto.

Poco despuás oyó andar por el corredor, y ruido en la cerradura del cuarto número 1.

Asomó la cabeza y vió de perfil, á la luz de la candileja que había al fondo del corredor, al alcalde.

Le reconoció por su fealdad extraordinaria.

—Vaya, bueno,—dijo retirando rápidamente la cabeza. —Pues no eres tú el que despiertas mañana.

Algún tiempo después, el Petaquero, que estaba atento, oyó que abajo preguntaba una mujer con la voz ya cansada, por el alcalde de Guillena.

Poco después aquella mujer subió, llamó á la puerta del cuarto del alcalde, abrieron y entró.

Apoco volvió á salir la mujer; cinco minutos después don Timorato salió.

Tras él se escurrió el Petaquero.

El alcalde iba muy prevenido; pero no tanto que llevase el cuchillo ó una pistola en la mano; esto no lo hacen más que los cobardes madrugones; un hombre de alma necesita muy poco tiempo para armarse.

El recado que le habia llevado la señora Petrola le había puesto muy en cuidado: él había sospechado lo mismo que había sospechado Serafina: había muy poco que fiar en don Pánfilo, mucho más sabiendo que por el amor de Serafina estaba desesperado.

A poco que anduvo por las solitarias y sombrías calles, el alcalde notó un leve ruido de pisadas furtivas.

Aquellas pisadas le seguían, y eran tales, que á no haber tenido el alcalde oídos de culebra, no hubiera podido apercibirse de ellas.

La noche además era bastante oscura para impedir que á alguna distancia se viesen los bultos.

El alumbrado público era escaso y de muy poca fuerza, y había largos trozos de callejuela pefectamente en la sombra.

Todo era á propósito para encubrir á un ladrón ó á un asesino.

El alcalde redobló su atención y sintió que los pasos se acercaban más y más á él.

Apercibió al fin ya muy cerca aquellos pasos, y de improviso se volvió y vió un hombre; mejor dicho, un bulto que como si hubiese comprendido el movimiento del alcalde se le venía encima.

El alcalde no encontró otro medio de defensa que sacudir un puntapié, y tal fué éste, y tan formidable, que el Petaquero, que él era á quien había alcanzado el puntapié en el estómago en el momento en que se inclinaba y se recogía para herir al alcalde, no pudo valerse, lanzó un grito horrible y cayó por tierra.

El alcalde, seguro que el hombre que había puesto fuera de combate no podía seguirle, redobló el paso hacia Siete Revueltas y se perdió muy pronto entre la oscuridad.

El Petaquero gritaba y pedía socorro; pero rápidamente su voz iba siendo más débil.

Luego se oyó un ruido sordo, semejante al de un vómito.

Después nada.

Acertó á pasar un sereno.

—¡Por vida de los borrachos!—dijo al ver aquel bulto en tierra; pero muy pronto se convenció de que no se trataba de un borracho, sino de un cadáver.

Estaba sobre un charco de sangre.

Aquella sangre provenía de un vómito; se veía esto claramente.

El terrible alcalde de Guillena no había necesitado más que de un puntapié para librarse de su asesino.

El sereno dió la alarma: sucedía un caso grave; esto es, el de un hombre muerto, y como era natural, el primer alcalde de barrio que sobrevino fué á dar parte al alcalde mayor; pero los alguaciles de guardia dijeron que el señor alcalde mayor no estaba en casa, ni aun para suplirle, como otras veces había sucedido, estaba tampoco en la casa don Pánfilo Leznafría.

Los alguaciles ignoraban donde podían estar el uno y el otro.

El muerto, pues, tuvo que esperarse, y como en España desde tiempo inmemorial, hay la costumbre de no tocar un cadáver hecho violentamente hasta que sobreviene el juez y se hace la fe de livores, y el levantamiento del cadáver, el alcalde de barrio, no habiendo encontrado á la autoridad competente se redujo á poner una guardia de vecinos por uno y otro lado de la calleja, á fin de que nadie llegase al cadáver.

De cuarto en cuarto de hora el alcalde de barrio enviaba un emisario para ver si había parecido el alcalde mayor, ó por lo ménos su escribano; pero ni el uno ni el otro parecían.

Se había reunido una multitud de curiosos, y empezó á circular la voz de que el alcalde mayor se había perdido.

Se buscó al teniente alcalde, que era un caballero meticuloso, que en todo encontraba inconvenientes, y que se negó de todo punto á tomar cartas en el negocio, diciendo que el alcalde mayor no tardaría en parecer, y que por algunas horas más ó ménos, él no se metía á invadir las atribuciones del alcalde mayor.

Llegó á noticia del capitán general lo que sucedía; pero aquello nada tenía que ver con la jurisdicción militar.

El capitán general se redujo á enviar un piquete para guardar el muerto.

Entre tanto, el teniente alcalde mayor y el capitán general hacían buscar por todas partes al señor marqués de la Pampanera; pero no se le podía encontrar, porque á nadie se le ocurría que el alcalde mayor pudiese estar fuera de Sevilla, á media legua de ella, en la quinta de los Prados, entretenido con los cantares y la hermosura y las zalamerías de la Jacintilla.

A Caparrota parecía que le protegía un espíritu familiar.

El á la sordina traía revuelta á Sevilla, y todo se le cortaba bien.

El Petaquero se había hecho algo peligroso, y tal vez Caparrota no había enviado al Petaquero á matar al alcalde de Guillena, sino para que éste le desembarazase del Petaquero, que por sus amoros con la Jacintilla y por ser uno de los de la compañía, se iba convirtiendo en un inconveniente.

No parecía sino que el alcalde de Guillena se había hecho cargo de servir á Caparrota, y le había servido rudamente de un fiero puntapié.

La Jacintilla, á pesar de que le gustaba mucho el Petaquero, y de que estaba enamorada de él, como hemos visto, había empezado á marearse por la pasión insensata de que veía poseído por ella al desventurado don Bartolomé.

El interés ha sido, es y será siempre uno de los grandes modificadores del amor, salvas raras excepciones; que lo digan si no ellas, que no nos dejarán mentir.

Un hombre que puede procurar á una mujer todo el lujo y toda la vanidad á que la mujer propende, puede contar con encontrar en la mujer el amor de lo positivo, de lo exacto, de lo que nada tiene que ver con el sueño.

Este es el corazón humano; nos aficionamos á aquello que más puede satisfacer nuestras pasiones, y como no podemos obtenerlo todo completo, transigimos con los inconvenientes, con tal de que los inconvenientes sean menores que las ventajas.

Ser marquesa, andar en coche, vestir sedas, usar joyas, ser halagada y mimada; esto halagaba extraordinariamente á Jacintillla, y aunque el corazón, el gusto y el deseo tiraban de ella en favor del Petaquero, tiraban mucho más de ella en favor del alcalde mayor el lujo y la vanidad, y el hacer gran figura, y el levantarse á señora de campanillas y con excelencia; después se podía engañar al alcalde mayor y satisfacer el amor en secreto con el Petaquero.

Pero Jacintilla había visto al Petaquero celoso de Caparrota, medio loco ó loco del todo por ella, y capaz por ella hasta de lo imposible, y á pesar de todos los pesares, el Petaquero espantaba á Jacintilla como espanta un gran inconveniente que puede desvanecer los ensueños de una ambición halagada por todas las probabilidades del logro.

De manera que don Timorato, defendiéndose á sí mis-

mo, había hecho una gran servicio, sin saberlo, á Caparrota y á la Jacintilla, y tal vez en lo porvenir al alcalde mayor, porque sabe Dios adónde hubiera llegado el Petaquero en el momento en que se hubiera convencido en que don Bartolomé le hacía mal tercio y hubiera visto que mediaba algo grave entre él y la gitana.

Quedaba el inconveniente para Caparrota del desesperado don Pánfilo, si el Petaquero no daba cuenta de don Timorato; pero Caparrota se había prevenido, había avisado á Sevilla, y su policía particular andaba lista y despierta para obrar en armonía con las circunstancias, y según las órdenes de Caparrota.

Á los tres cuartos de hora de la muerte del Petaquero, ya había recibido en secreto la noticia Caparrota; pero esta noticia la habían recibido sus agentes de fama pública; nadie había visto el lance, sino el principal autor de él y Dios que lo ve todo.

Caparrota se guardó la noticia y continuó excitando á la Jacintilla para que enloqueciese más y más al alcalde mayor.

El tío Carcañales, que había puesto en movimiento á toda la canalla de que se servía Caparrota, no había podido enviar á éste noticia alguna acerca de don Pánfilo Leznafría.

Había comunicado á don Miguelito, que don Pánfilo había desaparecido de la casa del alcalde mayor; pero no había podido avisarle del lugar donde se encontraba.

Don Pánfilo había salido de la casa del alcalde mayor casi en los mismos momentos en que don Timorato administraba el puntapié mortal al Petaquero.

Antes de salir había abierto uno de los armarios que

había en la escribanía y que eran una especie de museo del crímen, porqne allí se guardaban numerados y con sus correspondientes etiquetas, selladas con su inscripción, armas y todo género de utensilios del crímen.

Don Pánfilo se fué decididamente á la sección de las ganzúas y llaves maestras, eligió tres ó cuatro y se las metió en el bolsillo.

En seguida se fué á rondar la casa de Serafina.

La encontró silenciosa y oscura.

Como sabemos, ya no estaba en ella Serafina.

Don Pánfilo estuvo reconociendo el terreno y vió que todo estaba en silencio, cerrados los balcones y las ventanas de todas las casas, y la tortuosa calle de Siete Revueltas, que se llamaba así porque vuelve y revuelve siete veces, solitaria y oscura.

Don Pánfilo se metió en el callejón sin salida que está al mediar de la calle.

Al fin de este callejon había un trozo de tapia que correspondía al jardín de la casa de Serafina.

Por la parte de Siete Revueltas, la casa estaba cerca de una de las esquinas correspondiente á la irregular plazuela del Pan.

Desde ella se veía el frontispicio de la iglesia del Salvador, y la entrada de la calle de Francos.

Apenas si dos ó tres faroles agonizantes alumbraban todo este espacio.

En cuanto al callejon sin salida, estaba completamente en la sombra, y apenas si se distinguía la altura de la tapia.

Don Pánfilo dió aun algunas vueltas observando.

Ni aun siquiera parecía el sereno.

Estaba tal vez durmiendo en el hueco de alguna puerta, en alguna de las revueltas.

Aun no era la hora á propósito para llevar á cabo los proyectos de don Pánfilo.

Serafina se recogía á las diez, y era necesario esperar á que pasase esta hora.

Don Pánfilo se sentó en el mismo umbral del postigo, cuyo umbral era un escalon bastante alto para servir cómodamente de asiento.

En el fondo del callejón no había puerta alguna; por consecuencia, don Pánfilo no podía ser sorprendido.

Allí debían encontrarle, replegado, atento al reloj de la catedral, combatido por cien pasiones distintas, irritado y terrible, las diez de la noche.

Era necesario decidir la situación, obligar, comprometer á Serafina sin reparar en ningún peligro absolutamente.

¿Y qué peligro podía arrostrar don Pánfilo en una casa donde se quedaban solas dos mujeres? ¿Qué defensa podía oponerle la virtud de Serafina?

Y una vez comprometida esta virtud, ¿cómo no habia de casarse Serafina con él?

Esto, junto con la muerte del alcalde de Guillena, con la cual contaba seguramente don Pánfilo, redondeaba sus negocios, y aun los mejoraba, porque la fuerza de las circunstancias le había llevado desesperado á hacer lo que nunca se había atrevido á hacer; esto es, ponerse en inteligencia con don Miguelito, á quien el práctico y sutil escribano había entrevisto, y al cual había servido no comprometiéndole, por miedo de lo que don Miguelito hubiera podido hacer.

Pero, puesto en la necesidad, había dado aquel paso audaz y le había salido bien.

Don Pánfilo pertenecía ya á la tenebrosa asociación de la cual don Miguelito era el jefe, y podía esperar grandes beneficios.

Todas estas ideas, abultadas por la imaginación, excitaban á don Pánfilo y le tenían en un estado de exasperación inconcebible, y al mismo tiempo algo que pudiera llamarse un presentimiento siniestro, pesaba sobre él y le ennegrecía el alma de una manera terrible.

Estaba muy distante don Pánfilo de creer que el hombre destinado á desembarazarle del terrible alcalde de Guillena, había perecido, y que las autoridades de Sevilla buscaban inútilmente al alcalde mayor y á él mismo para que se hiciese justicia.

Sonaron al fin graves y pausadas las diez en el reloj de la Giralda.

Según don Pánfilo, Serafina debía en aquel momento irse á su alcoba y recogerse.

Serafina era muy metódica, y lo sabía bien don Pánfilo.

Había que esperar un cuarto de hora, á fin de que Serafina se durmiese.

En la casa no había perro que pudiese dar la alarma.

Don Pánfilo conocía perfectamente el plano de la casa.

Las ganzúas y los paletines de que se había provisto en su arsenal de justicia, manejados por una mano práctica, como la del escribano, debían abrir sin ruído.

Á medida que se acercaba el momento de obrar, don Pánfilo se excitaba más y más.

Se iba poniendo malo.

Había algo de embriagador en los resultados que él se metía.

Aquel cuarto de hora fué para don Pánfilo una eterad.

Cuando sonó, se levantó, tanteó el postigo y el fiador la cerradura se descorrió sin ruído.

Pero el postigo no cedió.

Estaba sin duda asegurado por el cerrojo.

Don Pánfilo se había olvidado de esto, que de otro do, se hubiera provisto de un berbiquí de los muchos había en la escribanía, procedentes de ladrones.

Pero no había medio de prolongar mas la situación.

Don Pánfilo no quería ni podía prolongarla.

Estaba malo de impaciencia.

Su sobrexcitación crecia de momento en momento.

Era, aunque difícil, más pronto escalar la tapia, antigua orroida, que ofrecía por todas partes huecos y asperezas; o tenía, por lo ménos, cnatro varas de altura, y el acce- podía sor peligroso.

Don Pánfilo probó á encaramarse; pero se desmorona- los pedazos de ladrillo á que se asía.

Una y otra vez ensayó la subida, y una y otra vez le ó el punto de apoyo.

Al fin, como la fuerza de voluntad hace milagros, ró alcanzar con la mano derecha un mechinal, uno de agujeros que quedan en el lugar donde ha estado puesto palo para el andamio.

Don Pánfilo se izó, se engarabitó, logró poner un pié un agujero, se estiró y se quedó en una posición difícil, na altura bastante para matarse, si caía mal.

Hizo un nuevo esfuerzo cuando ya tenía terriblemente

Pero, puesto en la necesidad, había dado aquel pa
audaz y le había salido bien.

Don Pánfilo pertenecía ya á la tenebrosa asociación
la cual don Miguelito era el jefe, y podía esperar granc
beneficios.

Todas estas ideas, abultadas por la imaginación, ex
taban á don Pánfilo y le tenían en un estado de exaspe
ción inconcebible, y al mismo tiempo algo que pudiera ll
marse un presentimiento siniestro, pesaba sobre él y le e
negrecía el alma de una manera terrible.

Estaba muy distante don Pánfilo de creer que el ho
bre destinado á desembarazarle del terrible alcalde de G
llena, había perecido, y que las autoridades de Sevilla bu
caban inútilmente al alcalde mayor y á él mismo para q
se hiciese justicia.

Sonaron al fin graves y pausadas las diez en el reloj
la Giralda.

Según don Pánfilo, Serafina debía en aquel mome
irse á su alcoba y recogerse.

Serafina era muy metódica, y lo sabía bien don Pánfi

Había que esperar un cuarto de hora, á fin de que S
rafina se durmiese.

En la casa no había perro que pudiese dar la alarm

Don Pánfilo conocía perfectamente el plano de
casa.

Las ganzúas y los paletines de que se había provisto
su arsenal de justicia, manejados por una mano prácti
como la del escribano, debían abrir sin ruído.

Á medida que se acercaba el momento de obrar,
Pánfilo se excitaba más y más.

Se iba poniendo malo.

Había algo de embriagador en los resultados que él se prometía.

Aquel cuarto de hora fué para don Pánfilo una eternidad.

Cuando sonó, se levantó, tanteó el postigo y el fiador de la cerradura se descorrió sin ruído.

Pero el postigo no cedió.

Estaba sin duda asegurado por el cerrojo.

Don Pánfilo se había olvidado de esto, que de otro modo, se hubiera provisto de un berbiquí de los muchos que había en la escribanía, procedentes de ladrones.

Pero no había medio de prolongar mas la situación.

Don Pánfilo no quería ni podía prolongarla.

Estaba malo de impaciencia.

Su sobrexcitación crecia de momento en momento.

Era, aunque difícil, más pronto escalar la tapia, antigua y corroida, que ofrecía por todas partes huecos y asperezas; pero tenía, por lo ménos, cnatro varas de altura, y el acceso podía sor peligroso.

Don Pánfilo probó á encaramarse; pero se desmoronaban los pedazos de ladrillo á que se asía.

Una y otra vez ensayó la subida, y una y otra vez le faltó el punto de apoyo.

Al fin, como la fuerza de voluntad hace milagros, logró alcanzar con la mano derecha un mechinal, uno de esos agujeros que quedan en el lugar donde ha estado puesto un palo para el andamio.

Don Pánfilo se izó, se engarabitó, logró poner un pié en un agujero, se estiró y se quedó en una posición difícil, á una altura bastante para matarse, si caía mal.

Hizo un nuevo esfuerzo cuando ya tenía terriblemente

doloridas las manos, las rodillas y las puntas de los piés.

Asió al fin una teja del caballete.

La teja parecía bien sujeta en su alvéolo; pero podía faltar rompiéndose.

Don Pánfilo estaba ya en un estado muy semejante al de la locura, y por un esfuerzo nervioso, desarrollando todas sus fuerzas, logró al fin asirse al caballete, y acabando de destrozarse, se puso sobre la tapia.

El descenso era una nueva dificultad.

Don Pánfilo sabía que por la parte de adentro la tapia era una mitad más alta, es decir, que tenía unas seis varas, y esta tapia estaba revestida por una espaldera de jazmines y zarzas rosas.

¿Cómo apoyarse en la especie de enrejado de cañas viejas y podridas que formaba la vieja espaldera?

A más de esto, las espinas de las zarzas rosas, eran una contra.

Después había que contar conque las puertas que comunicaban con el jardin debían estar por dentro con cerrojos, como lo estaba el postigo.

Había que seguir á lo largo de la tapia para ganar el corral y los demás sotechados del gallinero y de la leñera, que iban á dar á una galería correspondiente al corredor.

—Hé aquí,—dijo don Pánfilo,—que por casüalidad, por necesidad me encuentro en el verdadero camino que debía seguir: ello es peligroso; tengo que avanzar á horcajadas hasta ganar el primer tejado; se me puede ir la cabeza y caer, y en ese caso no escapo sin romperme á lo menos algo; pero adelante: no podemos retroceder, sea lo que quiera y aunque me lleve el diablo.

Don Pánfilo avanzó, en efecto, á horcajadas, pero lentamente, y cuando llegaba al ángulo que formaba sobre el jardín con la tapia exterior la tapia del corral y al tejado del gallinero, dieron las doce de la noche.

Don Pánfilo ganó el tejado y marchó sobre él creyendo ya vencidas todas las dificultades.

Pero se encontró con que el tejado de la leñera y de la cüadra, que se apoyaba por el otro extremo en la galería del comedor, estaba vara y media más alto que aquel en que se encontraba.

Don Pánfilo tanteó, buscó, se esforzó, acabó por desencajar, valiéndose de un puñal que llevaba consigo, uno de los ladrillos del tabique que cerraba el desvan para que le sirviese de estribo, y metió en el hueco el pie, se levantó y se agarró á la primera hilada de tejas.

Pero le faltaron á un mismo tiempo el viejo tabique y la hilada.

Cayó de espaldas sobre el tejado inferior, resbaló en el verdin y fué á dar en un parral que estaba bajo el tejado delante de la puerta del gallinero.

Esto le sirvió para no matarse á pesar de estar espuesto.

Pero faltaron las latas al impulso del choque, los brazos de la parra cedieron á toda su elasticidad, y don Pánfilo se encontró suspendido y asustado, como en una hamaca, á dos varas del suelo.

Se rehizo, cortó con su cuchillo algunos sarmientos, y al fin, asido á los brazos de la parra, se dejó caer y tocó el suelo; pero se encontró en un estado lamentable, magullado, dolorido, desgarrado.

Serafina le costaba demasiado cara.

Á más de esto, si Serafina conservaba alguna serenidad, podía fácilmente defenderse de él y doblegarle, á causa del enervamiento absoluto en que se encontraba.

Sin embargo, no se desanimó.

Perfectamente conocedor de la casa, se encaminó á un ángulo del corral, y á su fin, junto á la puerta de la cuadra, encontró una puertecilla que estaba franca.

No se temía por allí acometida alguna de ladrones.

Las gallinas entre tanto, despertadas por el ruido que había causado al caer sobre el tejado don Pánfilo, se habían asustado y cacareaban de una manera infernal.

—Esas malditas van á despertarla,— exclamó don Pánfilo.

Y se lanzó por la puertecilla, y subió por una estrecha escalera á la galería del comedor.

Aquella galería tenía una puerta de cristales, sin más defensa que un pestillo.

Del comedor, por un pasadizo, se llegaba precisamente á la alcoba de Serafina, correspondiente á uno de los gabinetes de la sala.

Antes de abrir la puerta de cristales, don Pánfilo, para hacer el menor ruido posible, se quitó las botas, aquellas botas de caña que le llegaban hasta las rodillas, que ya apenas se usan, y las dejó derechas y separadas al lado de la puerta de cristales.

Abrió luego recatadamente, y adelantó sin hacer ruido, y llegó á la puerta del corredor que comunicaba con la puerta de Serafina.

Como Serafina no cerraba nunca aquella puerta sino cuando se iba á acostar, aquellas puertas habían quedado abiertas.

Don Pánfilo las franqueó sin que produjesen el ruido más leve.

Al fin se encontró en la alcoba, que estaba oscura, lo que le extrañó en gran manera, porque sabía que Serafina dejaba una luz encendida sobre la cómoda delante de una urna que encerraba una virgen del Carmen, de talla.

El lecho que era grande y con colgaduras, estaba á la izquierda.

Don Pánfilo adelantó á tientas y encontró corridas las colgaduras del lecho.

Las abrió y tendió una mano.

Al estenderla tropezó con una cosa áspera y cerdosa, una cosa incomprensible en aquel lugar, que obligó al escribano á retirar la mano vivamente.

Había tropezado con una de las patillas del alcalde de Guillena, y no había podido retirar la mano completamente, porque otra mano, fuerte y rígida, y terrible como unas tenazas de hierro, le había asido el brazo.

La sorpresa, el espanto de aquella transformación inesperada, coartaron de tal manera á don Pánfilo, que le anularon, le pusieron en una situación poco menos que la de un alma en el otro mundo.

Y si hubiera sido esto solo, hubiera podido darse por muy contento.

Pero de improviso se sintió levantado é inmediatamente arrojado contra el suelo, y experimentando una tal y tan terrible conmoción que perdió el conocimiento.

Podia decirse que una fiera se había apoderado de él.

Se oyó un ruido extraño, inexplicable, durante algunos segundos, más que nada, semejante á pisadas formidables sobre un cuerpo blando.

A la cuenta el alcalde había pateado sobre el escribano, con la intención, no muy benévola, de hacerle echar el alma por la boca.

Después de un ligero intervalo, se oyó el golpe de un eslabón sobre un pedernal, y algunas ligeras chispas lucieron fugitivamente entre la oscuridad.

Luego se sintió un olor acre y se vió una luz lívida que reflejando en el rostro del alcalde, le daba un aspecto sobrenaiural, espantoso.

Era una pajuela de azufre que el alcalde había dejado á prevención sobre la cómoda, y que acababa de encender.

CAPITULO LVII

—

Embrollo sobre embrollo.

Don Timorato, irritado ya y puesto en las peores condiciones del mundo por el saborete que se había dado reventando de un puntapié en el estómago al Petaquero; y decimos saborete porque el alcalde, á pesar de su carácter dulce, guardaba en el fondo de él una fiereza ingénita; después de su tremenda coz, se fué como si tal cosa á Siete Revueltas, abrió con las llaves de que le había provisto la señora Petrola la puerta de la calle y la cancela del patio, y se encontró con que la previsora señora Petrola había dejado una lamparilla encendida, en el suelo, en el primer descanso de las escaleras.

El alcalde tomó la lamparilla, subió, y por la sala, y por el gabinete, fué á dar en la alcoba de Serafina.

El lecho era blanco, con las colgaduras de seda blanca, un bello lecho virginal.

—¿Quién me había de decir á mí,—exclamó el alcalde, —que había de acostarme por necesidad, y para castigar una infamia, donde ha reposado, sabe Dios cuantos años, esa perla que va ser la mujer de mi sobrino? En fin, bueno: esto no es más que una emboscada; veremos cómo sale de ella ese ladrón de honras. ¡Por vida del escribano del demonio! Pues me parece á mí que como él se atreva, esta noche se van á acabar todas sus picardías. Pero es necesario prevenirse: debo quedarme á oscuras; pero en disposición de encender la luz cuando sea necesario. Vamos á buscar una pajuela á la cocina.

Don Pánfilo volvió á poco provisto de la pajuela.

La puso con un pedernal, yesca y eslabón, sobre la cómoda junto á la lamparilla, apagó ésta, y sin quitarse ni aun la faja, ni aun el pañuelo de la cabeza, dejando únicamente su sombrero y su manta al pié de la cama, se acostó en el virginal lecho de Serafina, después de haber corrido las colgaduras.

La emboscada estaba armada.

Don Pánfilo si se atrevía como se atrevió, debía encontrarse como se encontró, en vez de la tórtola el lobo.

El alcalde de Guillena no se andaba en bromas.

Pero sucedió que dale que dale á su imaginación, pasando el tiempo, y como estuviese terriblemente cansado, don Timorato se durmió, y si no le despierta el cacareo de las gallinas, sabe Dios lo que hubiera acontecido; porque al encontrar aquel bicho extraño don Pánfilo donde esperaba encontrar un cielo, hubiera caido en una equivocación grosera, y ciego por los celos hubiera despertado, tal vez dormido definitivamente al alcalde, de una puñalada.



—Nada,—dijo,—como el otro; se fué, buen viaje.

Los celos, horribles é instantáneos, los sintió don Pánfilo, al tocar la erizada patilla del alcalde.

Pero desgraciadamente la situación era terrible para él, porque como hemos visto, el alcalde estaba despierto, prevenido y con las intenciones más siniestras del mundo, como lo probó inmediatamente.

Ya sabemos lo que sucedió.

El alcalde encendió la lamparilla, la tomó y se inclinó para examinar á don Pánfilo.

—Nada,—dijo,—como el otro; se fué: buen viaje; nos quedamos muy á gusto.

Después de esto, el alcalde se apretó la faja, se puso su sombrero, se envolvió en la manta, tomó la lamparilla, salió, bajó las escaleras, dejó á sus pies la lamparilla, abrió la cancela, cerró, hizo la misma operación respecto á la puerta de la calle, y se fué tranquilamente al mesón de la Cabeza del rey don Pedro.

Al entrar dijo con la misma serenidad de un hombre que no hubiese hecho nada.

—Echale un pienso al caballo porque dentro de dos horas me voy; tenlo aparejado y listo.

—Descuide usted, don Timorato,—dijo el mozo,—¿Se viene de correrla, no es verdad?

—Sí, hombre, sí; ahí hemos estado unos amigos y yo entretenidos con una gitanada.

Y el alcalde tomó una luz y se metió en su cuarto.

Como una hora antes del amanecer, media hora antes de que se abriesen las puertas principales de Sevilla, en vez de llamar el mozo al alcalde, el alcalde le llamó á él, pagó su gasto, montó á caballo y se fué á Siete Revueltas.

La calle continuaba solitaria y oscura.

El alcalde abrió la puerta y metió dentro el caballo.

Enseguida abrió la cancela.

Entró, tomó la luz que dejó al pie de las escaleras, y subió otra vez á la alcoba de Serafina.

Junto á la puerta estaba atravesado el sin ventura don Pánfilo.

Le había literalmente reventado con la pateadura que le había dado el tremendo alcalde, el del carácter naturalmente dulce, y cuya cólera, cuando raras veces se presentaba, era tan terrible.

Don Pánfilo no había soltado ni una sola gota de sangre.

Había muerto de una congestión y de una asfixia, todo á un tiempo.

Don Timorato cogió el cadáver y se lo cargó.

Pero se olvidó de recoger el sombrero que había caído por tierra á la brusca acometida del alcalde.

Don Timorato, con el cadáver sobre el hombro derecho y la lamparilla en la mano izquierda, bajó hasta el portal, donde había dejado el caballo, atravesó en él el cadáver, y luego, abriendo la puerta, se fué á la casa de enfrente y llamó.

La señora Petrola que tenía el sueño muy lijero y que estaba alerta, suponiendo lo que era en efecto verdad, que siendo ya cerca del amanecer y habiendo pasado el peligro, el alcalde iba á llevarla la llave, abrió.

El alcalde había puesto el caballo á un lado de la puerta donde había llamado, de manera que no podía verle la señora Petrola, ni reparar en la fúnebre carga que el caballo tenía.

—Vaya, tome usted, señora Petrola,—dijo en voz baja

don Timorato;—cuando en toda la noche no han venido ladrones, no es de esperar que vengan cuando ya asoma el día. Dígale usted á su señora que se quede con Dios, hasta que yo vuelva con le personita que ella sabe.

—Vaya usted con Dios, señor alcalde, y gracias,—dijo la tía Petrola.

Y cerró la puerta.

El alcalde montó en su caballo llevando atravesado por delante el muerto, y tomó hacia la calle de Francos, que era más ancha y más á propósito para escapar, resuelto á dejar caer en tierra el cadáver y meter espuelas al caballo en el momento en que se encontrase á alguien.

Pero ni en la calle de Francos ni en la de Placentines, ni en Gradas, encontró una sola persona, ni aun los serenos.

Torció, siguiendo Gradas, hacia la calle del Arenal, y al llegar á la de Castillejos se metió por ella, rodeó por la de Bayona, soltó el cadáver en el recodo que esta calle hace para salir á la puerta del Arenal, y llegó en el momento en que los guardas acababan de abrirla.

Don Timorato iba embozado en su manta, y nadie le dijo ni una palabra, ni aun se reparó en él.

Ganó el barrio de la Carretería, y por junto á la plaza de toros metió su caballo al trote largo hacia el puente de Triana; le atravesó, y dijo al verse sobre el camino:

—Adivina quien te dió: quiero ver yo quien me pide á mí cuenta de esos dos pícaros, á quienes he hecho hombres de bien de la única manera que podía hacérselos. A buen seguro que ahora se metan con nadie: lo que es menester es que mi sobrino esté dentro de dos ó tres días en disposición de montar á caballo y venir á ver á su novia.

Y siguió tranquilamente su camino.

Amaneció entre tanto Dios, y las primeras criadas madrugadoras de la calle de Bayona, que salían á la compra, tropezaron con el cadáver de don Pánfilo, y dieron inmediatamente la alarma.

Acudió el alcalde de barrio, se juntó gente, y á poco se vino á sacar en claro que el muerto era don Pánfilo Leznafría, escribano del alcalde mayor.

Entre tanto, el otro muerto, esto es, el Petaquero, estaba en la calle de Confiterías, en la parte más estrecha, guardado por centinelas del ejército, asistiendo allí el alcalde de barrio y algunos vecinos, sin que nadie hubiese tocado al cadáver, á causa de no haber parecido el alcalde mayor.

Llegó entonces la noticia al alcalde de barrio por un esportillero de la Encarnación de que al fin se había encontrado al escribano.

—¡Ah! pues esto es ya algo,—dijo el alcalde,—habiendo parecido el escribano, él sabrá dónde está el señor alcalde mayor.

—Sí,—dijo el muchacho;—lo que es el escribano ha aparecido, pero ríome yo de lo que hable su merced, porque se lo han encontrado en la calle de Bayona muerto y desgualdrajado, y con toda la ropa rasgada y más feo que un voto á Dios.

—Hombre, pues esto es grande,— dijo el alcalde de barrio;—el diablo anda suelto por Sevilla. ¿Si habrán matado tambien al señor alcalde mayor?

A la justicia se le iban cortando los hilos.

El amo del mesón de la Cabeza del rey don Pedro, que era más ladron que Caco, y al que ayudaban los mozos,

sobre poco más ó ménos tan honrados como él, en cuanto supo que habían matado á uno en la calle de Confiterías, y como hubiese vuelto Anselmillo, sospechó que él fuese el muerto, y sin pérdida de tiempo, y aún de noche, se personó en el lugar de la catástrofe, se cercioró de que en efecto Anselmillo era el muerto, se volvió al mesón, previno á los mozos para que guardasen silencio para que se evitasen molestias y tal vez persecuciones, y llamó á un pariente suyo que hizo noche la jaca, para irla á vender allá á los quintos infiernos.

Se hacía imposible ponerse en el rastro del crimen.

Ya mucho después de la salida del sol, Serafina se levantó, se vistió, dió las gracias á la señora Ruperta por su hospitalidad durante aquella noche, y con la señora Petrola se fué á su casa.

Al entrar en su alcoba, se encontró el sombrero de don Pánfilo.

Se sobresaltó toda.

—¡Señora Petrola! ¡señora Petrola!—dijo llamando á su criada.

Esta apareció trayendo cogidas por lo tirantes dos enormes botas.

—Este sombrero es de don Pánfilo,—dijo Serafina.

—Y á mí me parece que tambien son suyas estas botas, —dijo la señora Petrola.

—¡Ay, Petrola!—exclamó Serafina.—¿Si estará escondido este mal nacido debajo de la cama?

—¿Cómo?—exclamó la señora Petrola.—Si don Timorato me ha dicho cuando me entregó las llaves que no había habido ladrones.

—¡Ay, Petrola! que yo tengo mucho miedo,—exclamó

Serafina,—qué ese pícaro habrá olido la tostada, no se habrá dejado sentir de don Timorato, y estará por ahí escondido en alguna parte.

—Deje usted, señora, deje usted,—exclamó reponiéndose la señora Petrola, que era mujer de mucho espíritu,—que como ese bribon se nos presente, de un botazo le pongo yo en orden.

Y la tía Petrola, con un valor digno de todo elogio y de haber pasado á la historia, levantó por un lado las faldas de la cama, y miró debajo, pero prevenida con una bota para usar de ella si era necesario.

Nada había debajo de la cama más que lo indispensable.

—Deje usted, deje usted, señora, que yo voy á registrar la casa: enciérrese usted aquí, y si siente usted algo, asómese usted al balcón y grite usted ladrones; pero por lo que pueda suceder, deme usted este sombrero.

La señora Petrola salió, y Serafina se encerró.

—En la casa no hay nadie: pero quedan las señales del sitio por donde debe haber entrado don Pánfilo: esto ha sido por la tapia y por el tejado del corral, y don Pánfilo se ha caído, porque está la parra desvencijada, y sus botas las he encontrado yo en la galería del comedor.

—Pues entonces,—dijo Serafina,—¿cómo don Pánfilo se ha ido sin sombrero y sin botas? Puede ser que le haya espantado don Timorato.

—Vamos, eso será,—dijo la señora Petrola;—no había yo caído en ello: sin duda por no asustarnos don Timorato, cuando se fué y me dió las llaves me dijo que no habían parecido los ladrones.

—Vamos, eso será,—dijo Serafina;—pero yo tengo miedo, yo no me quedo esta noche aquí: esta noche no tendre-

mos á don Timorato para que se quede guardando la casa.

—Ya veremos de aquí allá, señora; lo que yo voy á hacer, por si acaso, es quemar estas botas y este sombrero en el corral.

En efecto, quemó las botas y el sombrero la señora Petrola, y de esta manera desapareció también aquel indicio.

Los dos cadáveres debían atribuirse también á los invisibles.

Todo el mundo andaba vuelto el juicio.

Como al medio día, habiendo corrido la voz, llegó la noticia de la muerte de Anselmillo y del escribano, por una parte á Serafina, por otra á don Bartolomé, que había pasado una admirable noche, gozando de la proximidad de Jacintilla hasta las diez, durmiendo admirablemente, halagado por sus ensueños de amor, y encontrándose al otro día algo reacio para volver á Sevilla.

Serafina se puso pálida como una muerta, y mala, al saber la catástrofe del escribano, no por amor, que se lo había perdido, sino de miedo, porque de seguro quien había matado al escribano había sido don Timorato.

¿Y donde le había matado?

Si esto había acontecido en la calle de Bayona, ¿cómo había dejado don Pánfilo sus botas en la galería, y su sombrero en la alcoba?

Bien es verdad, que se decía que se había encontrado el cadáver sin sombrero y sin botas.

Serafina no podía dar en el quid.

En cuanto al alcalde mayor, se desesperaba.

Llovían sobre él compromisos y complicaciones, y le olía á cuerno quemado, el que no se le hubiese encontrado

en Sevilla cuando se le había buscado para aquellos sucesos.

Jacintilla no tomaba las cosas tan á pecho como hubiera sido de esperar.

Estaba ya mareada con la esperanza de un próximo engrandecimiento.

En cuanto á don Miguelito, que se había puesto en el item, había dicho para sí:

—Ese alcalde de Guillena es todo un mozo y hay que entenderse con él.

CAPITULO LVIII

De como el alcalde mayor abandonó el oficio porque vió que no servía para el caso.

Al alcalde mayor se le cayó el alma á los pies cuando habiéndose trasladado á Sevilla, y primeramente á la calle de Bayona, donde permanecía aún sin que nadie le hubiese tocado, el cadáver de don Pánfilo, vió á éste con la boca abierta, descompaginado el rostro, en los ojos, vidriosos ya, apareciendo aún una expresión de rabia, con los pantalones y la levita desgarrados en más de una parte, sin botas y sin sombrero.

Don Bartolomé se había provisto de un nuevo escribano.

Este escribano se llamaba don Pantaleón Repulgo, que era alto y gordo, cejijunto y grave, y hombre de muy pocas palabras.

Hecha que fué la fe de livores, don Bartolomé, que estaba avergonzado por el escándalo que había causado su

ausencia y el tiempo que los cadáveres habían estado en el sitio en que habían caído, mandó conducir el de don Pánfilo al hospital para que le hiciesen la autopsia, se metió en su coche con su nuevo escribano, y se encaminó á la calle de las Confiterías para despachar al otro muerto.

Se hizo asimismo la fe de livores, el Petaquero fué enviado al hospital, y don Bartolomé se volvió á su casa con don Pantaleón.

Don Bartolomé estaba verdaderamente desesperado.

La muerte de don Pánfilo, á quien había estimado mucho, le lastimaba profundamente, y por otra parte se encontraba como huérfano, porque ya sabemos que don Pánfilo había sido los pies y las manos de don Bartolomé, y sobre todo, su descanso y su confianza.

—¿Qué voy yo á hacer sin él?—decía el alcalde mayor. —¿Cómo voy yo á salir adelante con este zopenco, de quien he tenido que echar mano?

Por supuesto que esto lo decía para sí don Bartolomé paseándose por su despacho en presencia de don Pantaleón, que estaba en pie á un lado en actitud respetuosa, cejijunto y grave.

—¿Y qué le parece á usted de esto?—dijo don Bartolomé dirigiéndose de mal humor á su nuevo escribano como quien no espera sacar nada en limpio de la persona á quien pregunta.

—Me parece, señor,—dijo el escribano,— que hemos encontrado los cadáveres de dos hombres muertos violentamente, que en el uno ha reconocido usía á su escribano don Pánfilo Leznafría y en el otro al mayordomo de la quinta de los Prados del señor marqués de Casa-Vaquera.

—Eso ya me lo sabía yo,—contestó de mal talante el alcalde mayor.

—Permítame usía,—dijo don Pantaleón;—usía ha tenido la bondad de pedirme mi parecer, y yo, otra vez con perdón de usia, no he concluído.

—Continúe usted, pues,—dijo don Bartolome sin dejar de pasear con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos juntas á la espalda, y con las muestras del peor humor posible.

—Don Pánfilo,—continuó don Pantaleón,—no tenía muestra alguna de haber sido muerto por género alguno de herida, y en cuanto al otro, parecía haber sucumbido á un vómito de sangre. ¿No le parece á usía que en la manera de hacer estas muertes, si es que se han hecho violentamente, se ve una semejanza, una pariedad en que es necesario fijar mucho la atención?

—Me parece que sí,—dijo don Bartolomé deteniéndose y mirando fijamente al escribano.—Continúe usted.

—Después de esta observación, y suponiendo que esas dos muertes han sido violentas, detengámonos en la circunstancia de que el cadáver de don Pánfilo aparecía sin botas, sin sombrero y con los vestidos desgarrados; don Pánfilo no ha sido muerto donde se le ha encontrado, don Pánfilo ha sido muerto en otra parte muy distinta de allí, don Pánfilo ha sido allí conducido; por consecuencia, hay que averiguar cuales eran las costumbres de don Pánfilo, si tenía moza ó no la tenía, en qué lugar, en fin, ha podido pasar la noche, porque consta que salió ya tarde de la casa de usía. En cuanto al segundo cadáver, observe usía que conservaba un cuchillo de Albacete en la mano, indicio claro de que su muerte ha sido en riña. ¿A qué había veni-

do á Sevilla el mayordomo de la quinta del marqués de Casa-Vaquera? Necesario es, pues, tomar declaración al señor marqués para procurarnos algún indicio, para saber algo acerca de las costumbres de su difunto mayordomo. Por supuesto que, ante todo, es necesario esperar á que conste legalmente por la declaración de los médicos producida por la autopsia, si esos dos cadáveres lo han sido por resultado de muerte violenta.

—Pues bien, don Pantaleón, vaya usted al hospital á activar la autopsia, y vuelva usted cuanto antes con el dictamen de los facultativos.

Don Pantaleón salió.

—Pues no, no,—dijo;—no me parece tan torpe; puede ser que no hayamos perdido nada. Pero sí, hombre torpe, torpísimo, ó más bien, desmemoriado, yo lo estoy también medianamente; tanto ese alcornoque, que ha reparado en que don Pánfilo estaba sin botas y sin sombrero y con el traje desgarrado, como yo, nos hemos olvidado de que al registrar á don Pánfilo le hemos encontrado cuatro llaves ganzúas de diferentes tamaños, un pistolete de dos cañones, cargados estos hasta la boca, y un cuchillo cachicuerno, de los que usan los matadores de cerdos, y eso que todos esos objetos están ahí sobre mi mesa. Vamos, este descuido no es extraño en mí, que estoy aturdido, desposeido, moribundo, abrumado con lo que me pasa, y mucho más loco por esa encantadora niña que lo que estuve por la desgraciada Remedios. ¡Válgame Dios, Señor! ¡Válgame Dios, qué cosas y qué desengaños! Yo creía que no podía haber más que un amor, y cuando se murió la noble marquesa, mi esposa, me dí por inútil, por concluído para el amor. Mentira, amé á la pobre Remedios; al amarla creí que mi alma, triste y

solitaria, buscaba un consuelo, y me entregué confiado á aquel amor que me hacía feliz y que yo creía mi última pasión. Mentira también; cuando me sentía ahogado por el dolor de la pérdida de la pobre Remedios, conozco á esa joven misteriosa, á esa encantadora criatura robada por gitanos, cuya historia ansío conocer, y olvido de improviso mi amor por Remedios, mi dolor por su muerte, y me encuentro dominado por una pasión incondicional, terrible, mortal. No basta eso aún; yo creía á don Pánfilo un hombre honrado, un hombre incapaz de la menor falta, y hé aquí que esas armas y esos objetos criminales que tengo á mi vista sobre la mesa, me demuestran que don Pánfilo era un pícaro, un criminal hipócrita, porque ¿adónde, adónde ha ido esta pasada noche don Pánfilo con esas llaves maestras, esos pistoletes y esas cuatro ganzúas? Ganzúas escogidas, á lo que se ve, para que sirviesen para diferentes puertas. Don Pánfilo, pues, ha ido á cometer un robo, esto es claro, clarísimo; por esto mismo sin duda, se ha despojado de sus botas para no ser sentido. Ladrón, ladrón legítimo; no le bastaba con ser escribano, ha descendido hasta el robo vulgar; esto es claro. Y á más este, cuchillo,—añadió el alcalde mayor, tomando el que estaba sobre la mesa,—tiene manchas de sangre seca. Don Pánfilo ha cometido un crimen; existe ó un herido ó un cadáver de que no se nos ha dado parte. Esto es para desesperarse, para volverse loco.

En efecto, el cuchillo tenía manchas negras, manchas semejantes á las que produce la sangre cuando se seca; pero aquellas manchas eran demasiado negras para representar una sangre vertida hacía pocas horas; aquellas manchas tenían ya tres años de fecha: aquel cuchillo era el que se ha-

bía cogido ensangrentado á un asesino, al que se había ahorcado dos años antes.

Si don Bartolomé hubiera visto que hacia la punta aparecia brillante y limpia, al parecer, por una frotación reciente.

Recordarán nuestros lectores que don Pánfilo se había valido de aquella arma para desencajar un ladrillo del tabique del desván de la leñera de la casa de Serafina; pero el alcalde mayor no había reparado en nada de esto.

—¡Oh! Todo, todo es mentira,—exclamó:—no podemos fiar ni aun en nuestra propia existencia. ¿Se sabe acaso si existimos? ¿No dijo, yo no se quién, que la vida es un sueño? Yo creo que este es el título de una comedia que yo ví en mis mocedades. ¡Oh! Sí, sí, la vida es un sueño, ó más bien una pesadilla. Yo confiaba ciegamente en don Pánfilo, ¡ilusión funesta! ¿Quién sabe si yo no he podido dar con los invisibles, si yo no he podido castigar sus crímenes, porque don Pánfilo era cómplice de ellos? ¡Oh, quién lo hubiera creído! ¡Qué despertar tan terrible! Esas ganzúas, ese cuchillo cachicuerno, esos pirtoletes, lo dicen. Indudablemente, á don Pánfilo le han salido al fin mal las cosas, le han matado, y para desorientar á la justicia, le han traído á la calle de Bayona. Su estado, el no tener botas, esas armas, todo, todo indica su crimen. Si le hubieran dejado siquiera un soplo de vida, si yo pudiera interrogarle... Tinieblas, siempre tinieblas. ¡Oh! Oreja y Media y don Pánfilo se entendían indudablemente; tal vez don Pánfilo fué el miserable cómplice del robo de que fuí víctima, y del asesinato de la pobre Remedios. Don Pánfilo me acompañaba aquella noche y procuraba alejarme de mi casa; sí, sí, él sin duda había garantizado á los miserables asesinos que yo

no volvería en mucho tiempo y que le tendrían para cometer con toda seguridad y toda comodidad su crimen. ¡Oh, miserable condición humana! Siempre perdida en el error y el engaño; siempre juzgando bueno lo malo; siempre dejándose extraviar por las apariencias.

El alcalde mayor volvió á su paseo.

Su semblante estaba desencajado, sus ojos extraviados, perenne en su pensamiento ardia el recuerdo de la Jacintilla que coexistía con todas sus otras ideas.

Al fin volvió don Pantaleon con el dictamen legal de los médicos.

Según este dictámen, don Pánfilo había sucumbido á tratamientos violentísimos que le habían roto las costillas y hundido el esternon; la muerte se había efectuado por asfixia.

En cuanto á Anselmillo, un golpe formidable en el estómago habia causado por una conmoción violenta la ruptura de vasos importantes, y había sucumbido á consecuencia de una terrible hemorragia.

De manera que aquellas dos muertes se habían hecho á todas luces, no con las manos, sino con los piés.

—Y dígame usted, don Pantaleón,—dijo el alcalde mayor.—¿Para qué servimos, yo como juez y usted como escribano, cuando nos hemos olvidado de tener en cuenta que á don Pánfilo le hemos encontrado encima esos objetos que se ven sobre lo mesa?

—Yo no lo he olvidado, señor alcalde mayor,—dijo el escribano;—pero no se trataba de los crímenes que él pudiera haber cometido, sino del crímen cometido contra él.

—Es usted demasiado analizador, don Pantaleón, y propenso á la vaguedad. ¿Pues no comprende usted que en la

muerte de don Pánfilo ha podido haber muy bien, no crímen sino legítima defensa?

—Eso ya lo veía yo, señor,—dijo el escribano.

—Hombre, usted lo vé todo después que se lo hacen ver, —dijo el alcalde mayor.

—Hay que tener en cuenta,—dijo don Pantaleón,—que el estado de irritación en que usía se encuentra, me perturba, me cohibe y no me permite expresarme bien.

—Veamos, hombre, tranquilícese usted y veamos si podemos hacer algo de provecho. ¿Qué le parece á usted que debemos hacer ahora?

—Tomar declaraciones á los vecinos de la calle de Bayona y de la calle de Confiterías, á fin de que digan si han oido ó visto algo.

—Hombre, ¿ha sido usted alguna vez escribano criminalista?

—No, señor alcalde mayor, no; yo he sido siempre escribano de número, escribano civil.

—¡Ah! pues entonces comprendido: si usted hubiera hojeado muchas causas criminales y hubiera tomado muchas declaraciones, sabria que es inútil meterse en indagatarias respecto á los habitantes inmediatos al lugar donde se ha cometido un crímen; nunca han visto ni oido nada, interrogándolos se pierde el tiempo y la paciencia. Hará tres años, se armó una noche una pelotera en la calle de Cantarranas, y hubo tiros y entre los tiros trabucazos, cada uno de los cuales retumbó como el estampido de un cañon de á cuatro. Quedaron en el lugar de la pelea tres cadáveres; los restantes de la zalagarda habían huido á la aproximación mía y de mi ronda, se preguntó á los vecinos y tuvieron valor de decir que no habían oido nada, y lo mismo hubiesen decla-

rado si se les hubiese probado que en la calle de Cantarranas había habido un estruendo durante más de diez minutos, semejante al del combate de Trafalgar. Todos juraban y perjuraban que tenían el sueño pesado, y fué necesario pasarse sin la declaración de los vecinos; nada, nada, esto es inútil, ni usted sirve para el caso ni yo tampoco por lo que veo, por consecuencia, hágame usted el favor de ir á decir al teniente alcalde mayor, que yo le suplico venga de oficio y para un asunto importantísimo.

—Muy bien, señor alcalde mayor, voy al momento.

Mientras acudía el teniente alcalde mayor, don Bartolomé se sentó en su mesa de despacho, tomó un papel sellado y extendió en él la súplica al rey, para que en vista de su edad avanzada, que ya no le permitía desempeñar como era necesario y conveniente el alto y delicadísimo en cargo de alcalde mayor de Sevilla, suplicaba á su majestad le permitiese retirarse, á fin de que otro más en actitud que él, desempeñase aquel alto cargo.

—Esto debía yo haberlo hecho hace mucho tiempo,—dijo tristemente el pobre don Bartolomé;—así me hubiera excusado muchos disgustos y muchos compromisos; pero ya se ve, yo de buena fe, me había obstinado en coger á esos malditos invisibles y hacer justicia en ellos. Nada, nada, los invisibles pueden más que yo, y es necesario reconocerlo y dejar el campo á otra autoridad que tenga la razón más clara que yo. Esta juventud mía en la vejez me pone fuera de combate. Hace pocos días yo no vivía más que para Remedios, y ahora no vivo más que para Jacinta, para esa misteriosa y encantadora niña. Pues bien, retirémonos, descansemos. En cuanto resigne mi autoridad en manos del teniente alcalde mayor, me voy á la quinta de los Prados;

estoy enfermo, muy enfermo, y necesito que se me cuide bien. ¿Quién ha de cuidarme mejor que mi buena amiga la marquesa de Casa-Vaquera y mi encantadora Jacinta, mi niña misteriosa?

El alcalde mayor desertaba de las filas de la justicia, en las cuales había sido un adalid terrible durante tantos años; no vivía más que para el amor, para aquel amor de viejo, obstinado, ciego é insensato.

Esperó á que viniese el teniente alcalde mayor, que no tardó en aparecer acompañado de don Pantaleón.

—Amigo mío,—le dijo don Bartolomé,—usted ve lo que me sucede; soy verdaderamente desgraciado; me siento enfermo y triste, y confiando en que nada sucedería, me fuí á pasar el día con nuestro común amigo Casa Vaquera, y convidado por la belleza del sitio, por la amabilidad de la marquesa y por la buena amistad de don Miguelito, me resolví á pasar allí la noche; y vea usted, vea usted lo que ha sucedido, ¡dos crímenes nada ménos! y dos crímenes misteriosos, el uno de los cuales me priva de un escribano que supla la debilidad en que yo he caido por los años y por los disgustos; eché mano de otro y me encuentro con que ese otro y yo no servimos para el caso, que no vemos ni lo más obvio, que en fin, cuanto más trabajáramos, más nos embrolleríamos y nos desesperaríamos. Yo me siento enfermo, muy enfermo, amigo mío; vea usted aquí la solicitud que hago á su majestad, pidiéndole me alivie de una carga ya harto pesada para mí. El estado de mi salud me obliga á resignar en usted mi autoridad y á suplicar le eleve á su majestad esta solicitud.

El grave y sério teniente alcalde mayor se dolió mucho de la desgracia de su jefe; se llenaron las formalidades le-

gales, se encargó del mando de Sevilla el teniente alcalde, se retiró con don Pantaleón, é inmediatamente don Bartolomé se metió en su coche, y contento como si se hubiera sentido aliviado de un gran peso, se fué á la quinta de los Prados; pero no encontró en ella á don Miguelito había salido á caballo acompañado de un criado y sin decir adonde había ido.

En cambio Patrocinio recibió admirablemente á don Bartolomé.



CAPÍTULO LIX

De como el alcalde de Gullena se convenció de que don Miguelito era de buena madera

Dejemos al nuevo alcalde mayor desenmarañando la madeja endiablada que don Bartolomé le había dejado, y digamos de paso que por más que hizo con toda su severidad y toda su práctica, y auxiliado por un excelente escribano, ni logró descubrir quién había puesto en conmoción el convento de las dueñas del Espíritu-Santo, ni quien ó quienes los que habían matado á don Pánfilo Leznafría y á Anselmillo, el Petaquero.

En cuanto á los caballistas que habían, según se decía, incendiado el cortijo del marqués de Casa-Vaquera, y matado á Mosquiteja, de tal manera había dejado el negocio don Pánfilo, que se sobreseyó respecto al capataz y á los mozos presos, ladrones todos de la compañía de Caparrota, y se les puso en libertad y se les siguió todo por derecho y á hocico de cochino, como suele decirse, la causa contra los

cuatro pobres guardas de campo, convictos, aunque no confesos del delito de connivencia con los supuestos caballistas, autores del incendio y del asesinato.

Dejemos asímismo al ex alcalde mayor, marqués viudo de la Pampanera entre las delicias de Cápua, es decir, en la bella quinta de los Prados, cuidado y mimado por la marquesa de Casa-Vaquera, y entontecido y embriagado por la ladina Jacintilla, que aun no había inventado la historia que debía hacerla pasar por una hija perdida de buena casa, robada en su infancia por gitanos.

Digamos, tambien de paso, que el demonio de la avaricia y del lujo y de la soberbia se había apoderado de tal manera de Jacintilla, suponiéndose ya esposa de un gran señor, qüe había acabado por consolarse de la muerte de Anselmillo, y aun por olvidarse de él, como si nunca le hubiera conocido, que tal es la condición humana; tres pasiones luchando contra una sola la vencen, y la embriaguez de la vanidad basta, y aun sobra, para desvanecer la embriaguez del amo.

Casi casi le parecía ya hermoso y adorable el alcalde mayor á la Jacintilla, muy inferior en cuanto al alma á Remedios.

Bien es verdad que las circunstancias no eran iguales, porque entre Casa-Vaquera y Pampanera no había que dudar: el uno era marqués propietario, el otro marqués viudo; el uno joven y seductor, el otro viejo y ridículo; y en cuanto á riquezas, no podían comparse las del marqués de la Pampanera con las de Caparrota.

Anselmillo no podía luchar por ningún concepto con el marqués de la Pampanera sino como jóven y buen mozo; por lo demás, era un pobre diablo, uniéndose al cual no

podría ganar gran cosa la Jacintilla, que por su extraordinaria belleza podía elegir lo que quisiese entre los buenos mozos si es que, embriagada por el fausto y por el respeto de todo el mundo, no se satisfacía con el amor idólatra del viejo.

La mujer es el sér más oscuro y más contradictorio que puede darse..

Jacintilla se había crecido; había echado barbada como suele decirse; le costaba ya trabajo cantar la caña y bailar el ole, y abandonado el traje de gitana y peinada, prendida y vestida á lo señora, por la pureza y la distinción de su hermosura, y por la prosopopeya de que se había armado, parecía una señorita, aunque demasiado enérgica, lo que hacía más sabrosa con una salsa picante su hermosura. De lo fingido á lo verdadero hay una diferencia enorme.

Jacintilla estaba borracha por su don Bartolomé, y había que tener lástima del pobre viejo; porque por más que Patrocinio cuidaba para que una exageración de la gitana no echase á perder los proyectos de Caparrota, la Jacintilla le buscaba las vueltas á Patrocinio, y hacía experimentar á don Bartolomé sensaciones que éste no había experimentado nunca.

Don Bartolomé se impacientaba y tenía que contenerle Patrocinio, que ya le era inútil el alcade mayor, y tenía tanto de buena como de mala, para que no hiciese sacar sus papeles y los de Jacintilla y se casase con ella.

Había que entretener al alcalde mayor no fuese que se le pusiese en la cabeza volver á tomar su vara y obligase á Caparrota á nuevas intrigas.

La Jacintilla que estaba ya en el secreto de Caparrota abusaba y decía á Patrocinio:

—Mi Bartolomé se muere el pobrecito por mí, y yo me estoy muriendo por él, porque es un viejo aseado y ninguna mujer va á estar más querida y más regodeada que yo; y vuecencia, señora, le está dando largas al negocio y mi Bartolomé se vuelve loco y yo me voy poniendo flaca, y es menester que esto se acabe, señora, que cada una tiene sus negocios, y no hay para qué nadie haga daño á nadie.

—¡Pero simple que tu eres!—decía Patrocinio á Jacintilla.—¿No conoces tú que por loco que esté por tí don Bartolomé, y por mucho que yo desee favorecerte, don Bartolomé ha de encontrar siempre un grandísimo inconveniente en casarse con una gitana, y tú no puedes probar que no lo eres? ¿No ves tú que si don Bartolomé está tan levantado de cascos por tí, es porque se le ha hecho creer que tú eres una señorita robada á su familia, y que se le está entreteniendo diciéndole que se buscan las pruebas, y que no se le puede contar la historia hasta que las pruebas parezcan, y que lo que hay que hacer es soltarle cuerda al *gachó* hasta que ya no pueda más con su alma, y aunque se le diga que no se encuentran las pruebas de tu nacimiento, y que tienes que pasar por gitana aunque no lo eres, el hombre cierre los ojos y embista por todo y te de su blanca mano?

—Calle vuecencia, señora,—decía Jacintilla,—que está mi Bartolomé, que aunque yo fuera el mismísimo demonio, hija de una perra y de un mono, y nieta de un verdugo y de un sepulturero, se casaba conmigo, que el pobre está que dá gritos. ¡Ay señora! y yo también estoy que me ahogo, y me parece mentira que voy á ser su mujer.

—¡Pues no te dá á tí muy fuerte, muchacha!—exclamó Patrocinio.—Aún no hace tres días que mataron á ese desventurado de Petaquero, que parecía que te morías por él,

y ya te desesperas porque no te has casado con ese vejestorio... ¡Pues hija, ni que fueras de pólvora y alquitrán!

—¡Ay señora, que mire usted que tiene mala sangrecita don Bartolomé!... ¡Válgame Dios! Bien se conoce que usted no le ve cuando estamos solos, porque delante de gentes el pobre se contiene; pero ¡ay Dios mío, señora, y que ojos se le ponen! Si parece un chiquillo. Y tiembla de los pies á la cabeza.

—Vamos, inocente,—dijo Patrocinio,—como se conoce que tú no has querido nunca; lo mismo les pasa á todos los hombres cuando están enamorados, con la diferencia de que á igualdad de circunstancias, el joven siempre es joven, y el viejo siempre es viejo. En fin, yo no me opongo ni quiero estropearte tu negocio; pero no te confíes demasiado, porque mira que á pesar de salírsele el alma por los ojos y de temblarle hasta las entrañas por tí á don Bartolomé, no está todavía en punta ni pasa todavía por lo de gitana. Con que ten paciencia, y prudencia, y no nos comprometas, porque te vas á fastidiar tú y nos puedes fastidiar á nosotros; debes tú figurarte lo que nosotros podemos hacer con los que se empeñen en comprometernos.

A tal situación había llegado Patrocinio por sus funestos amores por Caparrota; amores que cada día eran más violentos, porque estaban excitados por los celos.

Patrocinio no podía dudar de que el hombre que había dado el escándalo en el convento de las dueñas del Espíritu Santo, era su marido; su marido, pues, no prescindía de Milagros.

El alma de Patrocinio era un infierno; se veía obligada á ayudar á Caparrota en sus intrigas para encubrir sus crímenes, á rebajarse, á degradarse, á tener con una mucha-

chuela gitana conversaciones como la que hemos transcrito anteriormente.

Patrocinio, que procuraba apartar todos los peligros de su adorado Caparrota, era tal vez el peligro mayor de éste.

Caparrota no había comprendido ni podido comprender que un hombre que se coloca fuera de la ley, en las condiciones que él se había colocado, encuentra obstáculos terribles en toda otra pasión que no sea la pasión del crimen.

La mujer ha sido siempre uno de los resortes más poderosos en el corazón del hombre. A veces, grandes catástrofes de naciones, inmensos cataclismos sociales, han tenido su origen en la pasión por una mujer de uno de esos hombres que Dios ha permitido existan para influir en los destinos de la humanidad.

Patrocinio, pues, era el mayor inconveniente de don Miguelito sin que ella lo supiese; sin que don Miguelito lo sospechase.

La fatalidad ciega y misteriosa envuelve al hombre y le arrastra, y esta lucha en la sombra, este infierno ignorado de todos, coexistía con el profundo respeto que el buen mundo de Sevilla sentía por el noble y decoroso marqués de Casa-Vaquera, por su digna y decorosa esposa.

La necia opinión pública había acabado por considerar como una novela romántica é interesante la fuga de Patrocinio con don Miguelito, y había atribuído la muerte del padre á un resultado de su tiranía y de su despecho por aquella fuga provocada por él.

No se hacía, pues, cargo por nadie á Patrocinio del asesinato moral de su pobre padre; todos encontraban la culpa en aquel desdichado; nadie veía el misterio siniestro de aquel drama espantoso, y en silencio, Patrocinio, castiga-

da por la Providencia, inexorable, se contrariaba terriblemente de una manera espantosa, rebajándose por aquel amor maldito á todas las bajezas, á todas las infamias, á todos los crímenes.

Busquemos á don Miguelito.

Este, que no perdía nunca su serenidad, había visto que aunque por el momento no amenazaba ningún peligro, las circustancias para él iban haciéndose de día en día más graves.

Cuando recibió la noticia simultánea de la muerte de don Pánfilo, y del Petaquero, en vista de los antecedentes que tenía, no pudo dudar de que el autor de aquellas dos muertes lo era aquel terrible alcalde de Guillena, del que había oido hablar como de un hombre de pró; pero al cual no conocía.

¿Había sorprendido algo el alcalde? ¿Era el alcalde peligroso?

Había que averiguarlo.

Así es que don Miguelito, poco después de haber partido para Sevilla alarmado por las noticias que había recibido el alcalde mayor, montó á caballo, y acompañado de uno de los mozos de la quinta, que era todo un buen mozo, y que se llamaba Piruétano, montó á caballo, y despidiéndose de una manera indeterminada de Patrocinio, que se quedó inquieta, se encaminó á Guillena.

Los jacos que Caparrota y Piruétano llevaban eran admirables, y en hora y media pusieron á sus ginetes en Guillena.

El aspecto de don Miguelito y de Piruétano eran inmejorables.

Las monturas de los caballos eran sillas francesas, con pistoleras.

Solo Piruétano llevaba una escopeta al arzón.

El traje don Miguelito era de montar, á la inglesa, elegante y rico. El de Piruétano, la librea de la casa.

Era un gran señor, que con un criado daba un paseo, y si llevaban armas, lo justificaba la inseguridad de la tierra por la reciente presentación de los caballistas.

Caparrota dejó á Piruétano, y á los caballos en la posada, se fué á la plaza y encontró al períniclito don Timorato, tan tranquilo, como si nada hubiera hecho, preparando el desembarazamiento de los escombros de su casa incendiada, porque como era rico, se había propuesto reconstruirla inmediatamente.

Había un gran trabajo; todos los peones del pueblo estaban ocupados, y don Timorato iba de acá para allá, dando órdenes, acompañado de su mujer y de su hija mayor, Rosarito, que le ayudaban.

Caparrota no conocía al alcalde, y como estaban en la plaza con don Timorato todos los caciques del pueblo, y la persona que encontró más próxima don Miguelito fué la Rosario, se dirigió á ella para preguntarla por el alcalde.

La Rosario, que estaba distraida dando órdenes á unos peones, volvió la cabeza, y vió á don Miguelito, y se puso pálida.

Don Miguelito era muy impresionable, y aún que fuese pasajeramente, una mujer hermosa le impresionaba á primera vista de una manera extraordinaria.

Don Timorato había dicho bien, su hija Rosario era muy hermosa, excesivamente esbelta, de tal manera, que todas sus formas eran un tanto prolongadas; pero con una fuerza tal de pureza y de armonía, que constituían una gran belleza de una gran juventud.

Don Timorato era la caricatura de su hija Rosario, y Rosario se le parecía como el natural se perece á su caricatura de una manera indudable.

Al volver la cabeza Rosario, había visto la terrible, la candente mirada de don Miguelito excitado por su belleza, y la pobre niña sintió como un golpe en el corazón, y se puso pálida y se estremeció.

Había recibido la primera é inesperada acometida del amor.

—¿Me decía usted algo, caballero?—dijo con voz dulec, argentina, encantadora; pero á la par opaca y trémula.

—Sí, diosa de las diosas,—contestó don Miguelito, que era extraordinariamente audaz,—prodigio, necesitaba saber donde está el alcalde.

—El alcalde, caballero, es mi padre,—contestó Rosario toda aturdida por aquella andanada de requiebros que la había soltado don Miguelito.

—Me alegro mucho, señora mía,—dijo don Miguelito, porque espero que papá y yo, aunque no nos conocemos, llegaremos á ser grandes amigos, y siendo yo amigo de papá, naturalmente tendré la felicidad de ser amigo de usted.

—¿Qué le hace falta á ese caballero, Rosarito?—dijo acercándose el alcalde de Guillena, que había visto que su hija mayor hablaba con un forastero.

—Yo soy el marqués de Casa-Vaquera,—contestó don Miguelito, avanzando hacia don Timorato y quitándose momentáneamente el sombrero.

—Muy señor mío y de toda mi consideración,—dijo don Timorato con acento ambíguo y saludando cortesmente á Caparrota,—de veras, de veras, que yo tenía gana de echar un párrafo con usted.

—Ya lo creo,—dijo don Miguelito,—á usted le han alborotado el pueblo, le han quemado la casa y le han robado, y á mí me han quemado un cortijo y me han matado un mozo. Naturalmente, yo vengo á ver á usted y á informarme si ha averiguado usted algo acerca de los autores de esos delitos.

—¡Que si he averiguado, señor marqués!—dijo sonriendo de una manera sosegada el alcalde.

—Yo tambien he averiguado algo importante,—dijo sonriendo de una manera incisiva don Miguelito.

—Tenemos, pues, que hablar largamente, á lo que me parece, señor marqués,—dijo don Timorato cambiando de tono y dejando ver algo de amistoso.—Supongo que usted no se habrá aposentado en la posada, sabiendo que aunque me han quemado la casa, á mí no podía faltarme casa en el pueblo. Vámonos casa del médico, donde tomará usted un refresco y descansará. Anda, anda, Rosarito, hija mía, díle á la señora Canuta que haga una sangría con agua fresca del pozo.

Rosarito se encaminó á una casa que había en la misma plaza.

Tras ella se fueron su padre y Caparrota.

La pobre niña iba profundamente preocupada; á más de la impresión desconocida y violenta que la habían hecho sentir la mirada y los requiebros de Caparrota, la había impresionado no ménos el saber que se trataba de un marqués.

Además de esto, Caparrota le había parecido bonito, y aun retebonito.

La gente del pueblo que estaba en la plaza, se había avispado con la llegada del forastero.

¿Qué podía ser aquello?

En los pueblos, cualquier cosa basta para excitar una gran curiosidad.

Don Timorato, por su parte, al mismo tiempo que había sostenido su corto diálogo intencionado con Caparrota, había reparado, inquietándose, en la turbación característica de que veía poseída á su hija mayor.

Ya en la casa del médico, vió que Rosarito andaba instintivamente al rededor de ellos, y que sus miradas furtivas y tímidas se fijaban en Caparrota.

—¡Bah!—dijo,—procuremos curarla, y si no se cura peor para la otra.

Esta otra á que se refería sin conocerla don Timorato, era Patrocinio.

Don Timorato sabía que el marqués de Casa-Vaquera era casado.

En don Timorato revivía, después de algunos años de honradez, el antiguo bandido.

Estaban frente á frente dos hombres de una misma madera, y terribles.

Tomaron su sangría, hablando de generalidades acerca de los dos incendios, y don Timorato, aunque era hombre de mal genio y adoraba á su hija, sufrió, haciéndose el tonto, que don Miguelito ofreciese su vaso á Rosario, y luego bebiese en el mismo vaso.

No podía presentarse más francamente Caparrota á don Timorato.

Se estaba de poder á poder.

Acabada la sangría, don Timorato, dijo á don Miguelito.

—Vamos, señor marqués, voy á enseñarle á usted las

fechorías que esos canallas han hecho en el pueblo. Rosarito, hija, que añadan lo que sea menester á la comida, lo que á tí te parezca, cachorra; el señor marqués de Casa-Vaquera se queda con nosotros.

—Bueno, descuide usted, papá,—dijo Rosarito, que se había puesto ya sobre sí;—á las dos estará la comida.

—Vámonos por el postigo,—dijo don Timorato,—saldremos al campo, y por entre los olivares nos iremos hácia el río, que hay buena arboleda, y allí no nos verá ni nos oirá nadie.

Salieron, en efecto, por el postigo de la casa del médico, que daba á una callejuela, recorrieron otras dos ó tres callejas, salieron al campo pasando sobre una acequia entre una ermita y un molino, se metieron por entre un hermoso olivar y se encaminaron á la orilla del río de Cala.

—¿Con que es decir, señor marqués,—exclamó el alcalde,—que usted se cree en posición de no tenerle consideraciones á nadie, y envía usted á su gente á apoderarse de un tesoro que yo he respetado, á pesar de que me gusta tanto como á cualquiera otro el dinero; y no contento con esto, su gente de usted me quema la casa, me corren la familia y se me llevan quinientas onzas?

—Esas han sido, don Timorato,—dijo don Miguelito,—consecuencias en las que no había pensado: necesitaba yo distraer la atención del alcalde mayor, aburrirle y volverle loco; me valí de los medios que tenía, y apareció una brava partida de caballistas: había un mal enemigo á quien quitar de enmedio, el Fraile Negro, y se le quitó. Esto hizo que se supiese que el Fraile Negro tenía grandes tesoros, y que estos tesoros estaban confiados á usted. Ya ve usted que lo que ha sucedido es lo más natural del mundo:

una vez echados al camino, ¿á qué andarse con escrúpulos? Eso sería lastimoso, como usted conoce muy bien; por consecuencia se ha hecho lo que se ha hecho: se han excedido, porque como usted conoce, ni usted pudo disponer de santos cuando andaba al camino, ni yo tampoco. Lo siento: y si le hubiera pasado una desgracia á esa niña, hija de usted, que yo he visto, mire usted que usted no sabe lo que yo hubiera hecho.

—Dejemos á un lado á mi hija,—dijo don Timorato,—que no hay aquí para qué traerla á cuento.

—Yo traigo á cuento todo lo que es menester, y todo lo que me parece,—contestó el audaz don Miguelito,—y tanto más, cuanto que nosotros debemos considerarnos como si fuéramos una familia.

—¿Pero usted no considera, señor marqués,—dijo don Timorato,—que yo le tengo á usted cogido?

—Eso se le figura á usted,—dijo Caparrota,—porque si usted cree tenerme cogido por lo que con usted sin duda se ha *berreado* ese bien muerto de canalla de don Pánfilo, yo que no le he dicho á usted que le tengo cogido, le tengo á usted atenazado por el pescuezo que no se puede usted menear. En primer lugar, suponiendo que usted pretendiese matarme y me matara, lo cual no es fácil, porque si nos pusiéramos el uno frente al otro, sería lo que Dios quisiera, mi gente le haría á usted arrepentirse de haber nacido.

—Es que de tantos á tantos,—dijo don Timorato,—no va nada, y con sólo montar yo á caballo con los mozos de mi hacienda, demostraría que se ha hecho muy poco con matar al Fraile Negro, porque soy yo peor que él.

—Pues al camino, don Timorato; pero le advierto á usted que si se echa usted al camino, no va á ser para perse-

guir mi gente, como lo hubiera hecho el Fraile Negro, sino para librarse de que le ahorquen, porque no faltaría quien dijese á la justicia y lo probase, que usted era el matador de don Pánfilo Leznafría y de Anselmillo Petaquero.

—¡Ah! ¿con que sabe usted eso, buen mozo?—contestó don Timorato, —pues mire usted, no he podido pasar por otro punto: usted había enviado por servir á don Pánfilo, apostaría la cabeza á que no me equivoco, á ese que usted llama el Petaquero para que me despachara; yo despachándole á él no he hecho otra cosa que cumplir con mi propia defensa. Después de esto, maté á don Pánfilo porque don Pánfilo quería comprometer á cierta señora que yo quiero mucho; y vea usted ahí.

—De lo que resulta,—dijo don Miguelito,—que ni usted puede entregarme á mí ni yo puedo entregarle á usted, ni esto nos hace falta á ninguno de los dos.

—También es verdad, don Miguelito,—interrumpió el alcalde.

—A usted,—añadió Caparrota,—le han quemado la casa; pues con hacerla mucho mejor y más grande, asunto concluido: le han quitado á usted quinientas onzas. ¿Y qué le hace? yo le dejo á usted la mitad del tesoro del Fraile Negro; y usted dirá que el tesoro se lo tenía usted entero, y á más su casa y á más sus quinientas onzas; pero usted no hubiera podido contar como suyo ese tesoro si los míos no hubieran matado al Fraile Negro, porque de seguro que á usted se le pasó alguna vez por la cabeza quedarse con el tesoro del Fraile Negro, y si no se quedó usted con él, fué sin duda porque para ello tenía usted que matar al Fraile Negro, y le dió á usted miedo hasta de pensarlo. No me diga

usted que no, que esta es la fija. Conque si se ha matado al Fraile Negro y se le deja á usted la mitad del tesoro, usted va ganando, porque de la otra mitad hay que hacer partes, y calcule usted que somos ciento y la madre, y lo que yo tendré que hacer, que usted lo verá, para que se le entregue á usted la mitad del tesoro: conque convénzase usted de que yo soy un amigo y que esto no lo hago porque yo le tema á usted, que yo no le temo á nadie, porque si escapó usted del Petaquero, si yo quisiera no escaparía usted del otro. Yo me vengo á buenas con usted y le doy la mano y considero su familia de usted como mi familia, porque usted es un hombre que vale mucho, y porque juntos dos hombres que saben tanto como usted y yo, no hay quien pueda con ellos. Conque, compadre, venga esa mano y que no haya disgustos entre nosotros; y en cuanto á la chavala, descuide usted, don Timorato, que á mí me tienen las mujeres hasta el gollete y comprometido y loco y no estoy para meterme en más locuras ni en más compromisos.

—Pues cuenta con las mujeres,—dijo con voz opaca y concentrada don Timorato,—porque por las mujeres suelen venir grandes desavíos.

—Quite usted allá, hombre,—dijo don Miguelito,—que hoy estoy yo aquí, y mañana me voy y no vuelvo á aparecer en todos los días de mi vida por Guillena.

—Volvamos la hoja,—dijo don Timorato,—porque de estas cosas no se habla con la sangre tranquila, y yo no he hecho más que una advertencia, y vamos andando, y no quiero hablar más de esto; en cuanto á lo otro, corriente; ¿qué diablos le vamos á hacer? Yo tenía bastante con lo que tenía, vivía en paz y por nada del mundo me hubiera metido en nuevas honduras, pero usted me ha cogido en un

compromiso, usted sabe lo que se hace partiendo la capa conmigo: han caído así las pesas y adelante.

—Pues no hay más que hablar, don Timorato. Oiga usted, según los avisos que tengo, mi gente está en la sierra de Guadalcanal: mañanita por la mañana antes de que amanezca, montamos en los jacos y nos vamos para allá, y por muchas partidas de migueletes ó de tropa que nos encontremos no hay que tener cuidado, porque usted es alcalde y ha sufrido usted pérdidas por los caballistas, y yo puedo decir que las he sufrido también, y creerán que no vamos más que á tomar lenguas acerca del sitio en que la cuadrilla se encuentra. Si le parece á usted, nos volveremos para que no sospechen, que esta gente de los pueblos es muy maliciosa.

—Dice usted bien; por aquí hay un atajillo para volver al pueblo.

Y retrocediendo el alcalde, tomó con don Miguelito por el atajo.

Don Miguelito se sentía preocupado por Rosario.

En último resultado se trataba de tener una mujer más.

Pero se andaba con tiento, porque comprendía que don Timorato era duro de roer.

Era necesario madurar la cosa y estar á lo que saliese.

Llegaron al pueblo y entraron por otro lugar distinto de aquel por donde habían salido.

Al pasar por la calle Real, ya cerca de la plaza, don Timorato dijo á Caparrota señalándole con los ojos una puerta inmediata.

—Sí, hombre: veo una rubia que vale más oro que pesa perdiendo el tiempo con un mozagón: vea usted ahí lo que son los caprichos de las mujeres: esa hembra podría esco-

ger el buen mozo que quisiera, y por lo que se ve, parece que está en ansia por ese alma de cántaro.

—Eso es que ni doña Mariquita tiene vergüenza, ni Requilorios tampoco,—dijo don Timorato, —y si no fuera mirando á Dios, de un puntapié le ponía donde he puesto á los otros, y á ella le daba una paliza que la volvía del revés. Aún no hace cuarenta y ocho horas que se ha quedado viuda, y ya está hablando sin que se le den tres pitos de lo que digan los vecinos con el querendón.

—Deje usted á todo el mundo que vaya á su negocio, don Timorato, y usted váyase al suyo, que lo de los demás no le importa á usted nada.

—Tiene usted razón: allá ellos, que la Magdalena los guíe. Vamos, venga usted Casa Vaquera, y conocerá usted á mi sobrino, que es un buen mozo, todo un buen mozo, y que cuando llegue el caso ya se verá lo que vale.

Se metieron en la casa del cura, que estaba en la plaza, cerca de la iglesia.

Isidro estaba ya casi restablecido del principio de congestión cerebral que le había causado el susto de creerse aserrado.

Era un muchacho como de veinticuatro á veinticinco años, alto, robusto, blanco, rubio y hermoso, y con cara al mismo tiempo de ser muy hombre.

—Vaya, Isidrillo,—le dijo don Timorato,—aquí tienes al señor marqués de Casa Vaquera, nuestro amigo.

—Por muchos años, señor,—dijo Isidro sonriendo de una manera franca y tendiendo espontáneamente la mano á don Miguelito, que la estrechó.

—¿Y cómo va ese valor, buen mozo?—dijo don Miguelito.—A lo que parece le han querido á usted aserrar.

—Calle usted, señor marqués,—dijo Isidro,—que aunque yo no me espanto de nada, me da dentera y se me despega la carne de los huesos y me repeluzno, y hasta los tuétanos se me ponen fríos.

—Vamos, eso ya pasó: ¿y cómo se manifiesta el señor cura?

—¡Ay! mal, muy mal,—eaclamó una voz quejumbrosa desde el fondo de una alcoba.

Entraron en ella don Timorato, Caparrota é Isidro.

En una cama muy ancha que parecía de matrimonio, hundido entre los colchones, sin dejar ver más que un semblante flaco y mezquino, envainadas las orejas en un gorro de seda negro, estaba el cura.

—Yo creo,—exclamó el cura con la voz cobarde y débil,—que de la paliza me han despegado alguna entraña, y que esto no tiene remedio; ya ve usted, don Timorato, apenas puedo echar el habla del cuerpo.

—Vamos, no sea usted así, señor cura, que los médicos no dicen eso, sino que va bien, muy bien, porque no han roto hueso, ni ha habido ninguna conmoción grave, la debilidad de la dieta, porque está usted acostumbrado á tragarse todos los días arroba y media de comida; pero eso pasará pronto; dentro de quince días está usted más listo que Cardona, y cazando por esa ribera como si tal cosa le hubiera sucedido á usted.

—¿Y las alhajas de la iglesia?—exclamó el cura;—¿y lo que me han quitado á mí?

—Calle usted, hombre,—dijo don Timorato,—que ya echaremos por ahí un guante y se subsanará todo.

—No hay que echar guante,—dijo don Miguelito,—que yo volveré á comprar para la iglesia alhajas mejores que

las qúe tenía: y esto enseguida; y en cuanto á lo del señor cura, adonde va el mar vayan las arenas; que ponga la cuenta el señor cura y todo se arreglará.

—¿Usted ve, señor cura, como Dios no duerme?—dijo don Timorato.—Conque á tranquilizarse y á desmotar la paliza y andando, y á otra, que por la presente ya estamos fuera del paso.

—Dios se lo pague á usted, señor marqués,—dijo el cura,—que mire usted, que el mejor remedio que podían darme es lo que usted me ha dicho, porque lo que á mí más me apuraba era el compromiso en que me veía por lo de las alhajas, y luego que ¿qué le iba yo á dejar á mi sobrinita, si todos mis ahorros se los han llevado esos pillos?

—Nada, nada,—dijo don Miguelito,—yo doto á su sobrina de usted; y no hay que darme las gracias, porque á mí me sobra el dinero, y no sé qué hacer con él.

—Dichoso usted,—exclamó el cura,—y quién pudiera decir otro tanto.

—Ea, pues quede usted con Dios, señor cura,—dijo don Timorato,—que ya se va acercando la hora de comer.

—Vaya usted con Dios, y muchas gracias, don Timorato, por el consuelo que usted me ha traido.

—Adios, Isidrillo,—dijo don Timorato,—esta noche vendremos á pasar un rato contigo.

—Vayan ustedes con Dios, y hasta la noche; espresiones á mis primas.

—De tu parte, Isidrillo.

El alcalde y don Miguelito se fueron á la casa del médico.

Estaban ya esperando la alcaldesa, Rosario y sus hermanas.

Don Miguelito fué prudente á pesar de que le interesaba extraordinariamente Rosario, y esta por su parte, repuesta de su sorpresa, aparecía impasible de la manera más natural del mundo, como si nada le hubiera importado don Miguelito y, sin embargo, en el fondo de su alma, estaba vivamente impresionada.

Pero tal era el dominio que tenía sobre si misma, que no dió la menor señal de conmoción cuando en la mesa y en el curso de la conversación, el alcalde dijo de una manera intencionada:

—Me han hecho grandes elogios en todos conceptos de su señora esposa de usted.

Rosario, que no había pensado en que podía ser casado don Miguelito, sintió un dolor agudo, una desesperación incomprensible para ella, instintiva; pero se mantuvo firme.

En los pueblos no hay distracción de ninguna especie.

Sin embargo, el alcalde hizo cuanto pudo por distraer á don Miguelito.

Aquella noche estuvo toda la familia del alcalde casa del cura.

Se tocó la guitarra y se bailó y se hicieron juegos de prendas.

En este juego de prendas don Miguelito tuvo ocasión de hablar más de una vez al oido de Rosario.

Cada vez que sucedió esto, las palabras de Caparrota penetraron como fuego en el alma de Rosario.

—Peor para la otra,—decía el terrible don Timorato á cada vez que don Miguelito se acercaba al oído de su hija mayor.

Se retiró al fin toda la familia á casa del médico.

A don Miguelito se le había preparado el mejor aposento, y se había desplegado todo el lujo de que se podía disponer en el pueblo.

A pesar de Patrocinio y de Milagros, Caparrota soñó con Rosario.

El alcalde había pasado también la noche inquieto.

Pero á cada vuelta que daba en la cama, pensando en su hija y en don Míguelito, decía:

—Peor para la otra.

A don Timorato le había lanzado en su antigua vida de malhechor Caparrota, y no sabía lo que se había hecho.

La fatalidad continuaba su obra.

Al día siguiente, por la mañana, una hora antes de amanecer, el alcalde llamó al cuarto de don Miguelito, y le dijo:

—Vaya, señor marqués, ya nos esperan el desayuno y los bichos.

Don Miguelito se levantó.

En la sala, donde habían preparado el almuerzo de la partida, estaban ya la alcaldesa y su hija mayor.

Rosario aparecía tranquila.

Don Miguelito disimulaba.

A pesar de esto, don Timorato estaba sobre ascuas, y repetía para sus adentros.

—Peor para la otra.

Al rayar el día, el alcalde, don Miguelito y Piruétano, montaban á caballo y salían del pueblo por la ribera de la Cala arriba.

Aquella tarle llegaron á un lugar extraordinariamente agreste, en lo alto de la ribera de Viar, entre la Puebla del Conde y Guadalcanal.

Estaban junto á un molino, en unos breñales por donde cerca de su nacimiento se despeñaba el río Viar haciendo andar á un molino.

El molinero había dado franca hospitalidad á los caminantes.

Don Miguelito escribió en su cartera, en una hoja las siguientes palabras:

«Carmen, estoy esperando en el molino del Derrumbadero. Envíe usted quien nos guie al lugar en donde están.»

—Toma esta hoja, Piruétano,—dijo don Miguelito al ladrón que le acompañaba con librea de lacayo,—tú conoces el terreno, hijo; á ver si das con ellos.

—¿Vé vuecencia,—dijo Piruétano,—la vertiente de ese monte?

—¡Vaya!

—Por ahí pasa la carretera de Guadalcanal á Sevilla; entre la carretera y la vuelta del monte, en la dehesa de la tía Rojana. están á la fuerza, y de aquí allá, no echo yo en ir y venir más que una hora.

—Anda, anda, búscalos y vuelve.

Piruétano montó á caballo, atravesó el Viar, que por aquella parte apenas si llegaba al caballo á los corvejones, ganó la ladera de una de las primeras estriberas de la sierra de Guadalcanal, se metió por un terreno asperísimo y cuesta arriba, entre los madroñeros y los zarzales, entre los cuales apenas podía andar el caballo, y de improviso se vió cercado y acometido.

—¡Calla!—dijo,—pues no os creía yo tan cerca.

—¡Ah! que eres tú,—exclamó el Sacristancillo, que era uno de los que se habían lanzado á la brida del caballo de Piruétano.—Cabo Torralva, aquí hay uno de los nuestros,

á quien usted no conoce, uno de los que están con el capitán.

Adelantó el cabo.

—¿Para qué te envía el capitán, muchacho?—preguntó á Piruétano.

—El capitán está ahí á dos pasos en el molino del Derrumbadero,—contestó Piruétano,—y me ha dado este papel para la señora Carmen.

—Vaya, pues ven conmigo; pero déjate ahí el caballo, porque de aquí en adelante el caballo no puede dar un paso: los nuestros han entrado por el otro lado.

Piruétano echó pie á tierra y siguió al cabo Torralva, al que con cuatro hombres habían puesto de guardia por aquella parte.

Después de un cuarto de hora de marcha penosa por un desfiladero erizado y sombrío, llegaron á una especie de hoyo entre dos cerros, y á una gran cueva.

En la puerta de la cueva algunos bandidos comían en una gran caldera la comida, que era odorífera.

Piruétano entró en la cueva.

Empezaba á oscurecer, y dentro de la cueva había encendidas y metidas entre las grietas de las rocas algunas teas, cuyo humo producía en la cueva una especie de neblina.

Acá y allá se veían, ó tendidos ó jugando á las cartas, en grupos, algunos bandidos.

Al fondo de la cueva, sentada sobre una manta y un fardo, vestida de hombre, estaba Carmen.

A su lado, sobre unas enjalmas, dormía tranquilamente Oreja y Media.

El Bermejillo picaba un cigarro.

Cerca de ellos había un montón de pequeños fardos de arpillera.

—Señora Carmen,—dije el cabo Torralva,—aquí está éste, que dice que es de los nuestros, que trae para usted un papel del capitán.

—¡Ah! sí, es verdad: Piruétano, hombre,—dijo Carmen, —dame acá.

Piruétano la dió el papel.

—¿Con que el capitán está allí?—dijo Carmen.—¡Eh! tú, Curro, despierta.

Oreja y Media hizo un movimiento brusco, bostezó y dijo incorporándoso:

—¿Qué se ocurre?

—Nada, hombre, nada,—dijo Carmen,—que ahí está el marqués, que me dice en este papel que le envíe alguien que le guíe hasta nosotros; con que anda tú.

—¿Y dónde está el capitán?—dijo Oreja y Media, arreglándose la faja y tomando su manta y su sombrero.

—Ahí á un paso,—dijo Piruétano,—en el molino del Derrumbadero.

—Pues vamos andando, que el capitán tiene poca paciencia,—dijo Oreja y Media.

Y siguió á Piruétano y al cabo.

—¿Y á qué vendrá el capitán?—dijo Carmen al Bermejillo.—¿Si le habrá sucedido algo y tendrá que echarse también al camino? Me alegraría, así nos quitaríamos el trabajo de enviarle todos los días el parte de lo que sucede.

—¡Qué diablo se ha de echar al camino, comadre!—dijo el Bermejille,—para eso no vendría el Piruétano con librea de lacayo: á lo que viene el marqués es á hacer las particiones de lo que hemos cogido en Guillena, que cuando se

trata de tanto es muy posible que el marqués no se fíe de nadie.

—No lo crea usted eso,—dijo la Carmen,—el marqués podrá no fiarse de nadie; pero se fía de mí hasta la pared de enfrente; y hace bien, porque yo soy incapaz de engañarle. Al marqués le ha sucedido algo: ya verá usted.

—Pues mire usted, comadre, que con lo antojadizo que es don Miguelito y lo apasionado de las mujeres, vamos á tener aquí mares como montañas, y á alguien le va á salir la cosa cara, porque mire usted, comadre, que estando mucho tiempo á su lado de usted y de la Mariquita del Monte, don Miguelito no va á poder tenerse firme, y no sé yo lo que van á decir el teniente y el cabo.

—Por mí estamos seguros,—dijo la Carmen,—que don Miguelito y yo nos conocemos hace tiempo, y la cosa no ha sido nunca de cuidado; y por la Mariquita del Monte, descuide usted, que está ciega por su marido, y ya sabe usted lo que es la niña, que mire usted que lo que hizo en Guillena el otro día no lo hacen muchos hombres.

—¿Para qué se me mienta á mí?—dijo acercándose Mariquita del Monte, que parecía el joven más hermoso del mundo con su traje corto de hombre.

Nada, niña,—contestó la Carmen,—que dentro de un rato vas á conocer al marquesito de Casa-Vaquera y el teniente dice, que así que el marquesito te vea se va á enamorar de ti, y que sabe Dios lo que va á suceder.

—El teniente es un bocarón sin vergüenza,—contestó Mariquita del Monte,—y como él es capaz de cualquier indecencia, cree que todo el mundo es como él. Vaya, hombre, siéntese usted y no se ponga usted de pie para amenazar á nadie,—añadió Mariquita del Monte,—que usted es

un pendón; y no crea usted que todos somos aquí como la Carlota, que la tiene usted metida en un puño, ¿usted entiende? y no se ponga usted amarillo porque todo eso es pintura; y aunque mi marido no está aquí, me basto y me sobro yo.

—¿Ha acabado usted ya, moza?—dijo el Bermejillo.—Pues vaya, tome usted, para que otra vez no sea usted desvergonzada.

Y levantó la mano en un marcado ademán de dar una bofetada á la Mariquita del Monte.

Pero, como por arte de mágia, ésta dejó ver en su mano el ancho cuchillo bayoneta que llevaba al cinto, paró con el brazo izquierdo el golpe del Bermejillo, metió el brazo derecho, y el Bermejillo se encogió, dió un grito, vaciló y cayó exclamando:

—¡Ah, María Santísima!—esta mala mujer me ha matado.

—Si yo estaba viendo esto,—exclamó Carmen.

Este incidente causó cierto tumulto entre los bandidos.

—¡Eh, quieto todo el mundo!—exclamó Carmen, avanzando hacia la gente, que no vayan ustedes á creerse, caballeros, que porque no están aquí ni el capitán, ni el cabo Torralva, pueden ustedes hacer lo que quieran.

Resplandecía en los ojos de Carmen aquella mirada suya, incontrastable y terrible.

—Me parece á mí, señora Carmen,—dijo el tío Norberto,—que nadie ha pensado aquí en faltarla á usted al respeto; y si hubiera algún desgraciado que hubiera pensado en eso, los demás no lo consentiríamos: todo esto no es más sino que cuando un hombre cae muerto, naturalmente, todo el mundo acude.

—Pues mire usted, tío Noberto,—dijo Carmen,—cuando se muere un fraile, dicen los demás: un enemigo ménos y una ración más; á mas tocaremos.

—¡Si ese buen mozo estaba picado,—dijo Mariquita del Monte, — y él traía picada la gente! porque sí, porque la gente está revuelta; y más pronto, ó más tarde, hubiera sido necesario hacer con él lo que yo he hecho. Ea, y sobre todo, al que le duela, que lo diga, y alzando, que para todos hay.



—A lo que va ir todo el mundo es, los unos á llevar el muerto y los otros á enterrarle, — dijo Carmen;—y andando y vivo, que no lo diga yo dos veces; usted, tío Norberto, es el primero que carga con el difunto, y no hay que decir más.

En la cueva solo había diez bandidos, porque el resto estaba de guardia.

El tio Norberto y otros tres cargaron con el Bermejillo.

—Alto y parada,—dijo la Carmen:—á ver lo que el Bermejillo tiene en el cinto; venga el cinto acá.

Le quitaron el cinto al muerto, y se encontró que el cinto era muy pesado.

Carmen le arrojó sobre los bultos que estaban junto á ella.

—A ver, las alhajas que tenga, á dármelas.

Se le quitaron al Bermejillo dos relojes de oro con dos cadenas largas y pesadas, la sortija que tenía en el pañuelo del cuello y dos de la mano, todas con diamantes gruesos, y los botones de la chupa y de los calzones, que eran de muletillas y respectivamente, de monedas de ochenta reales y de veintiuno y cuartillo.

Todo esto se lo guardó Carmen.

—A ver,—dijo,—que se quede uno para que eche tierra sobre esta sangre, que á mí de la sangre me dá asco.

Había quedado un lago de sangre en el lugar donde había caido el Bermejillo.

La puñalada le había alcanzado en medio del corazón, y la hemorragia había sido horrible.

Todos los demás partieron con el muerto, ménos el que debía quedarse para cubrir la sangre.

Este último salió afuera para traer lleno de tierra un sombrero, á falta de espuerta.

—Desengáñese usted, María del Cármen,—dijo María del Monte,—esta gentuza está toda avispada con ese montón de oro que nos tragimos de Guillena, y va á ser menester hacer castigos; y me alegro de que venga el marqués, porque

si es como dicen, él los arreglará. No siento más sino que la pobrecita de la Carlota está allí encogida y temblando con lo que ha visto.

Y se fué á un rincón, donde envuelta en una manta estaba Carlota, triste, pálida y asustada.

La señora Margarita, la mujer del tío Norberto, que cuidaba inmediatamente de ella, y que cuando sucedió el lance estaba fuera cuidando la comida, había entrado y había acudido á la pobre Carlota.

—Vaya, hija mía,—dijo Mariquita del Monte,—no se asuste usted, que de estas cosas, antes que la podamos dejar á usted en casa de su padre, porque el aire nos eche hacia la parte de Moron, ya verá usted algunas.

—¡Oh, esto es horrible!—exclamó Carlota que temblaba como una azogada.

—Á bien que la hemos quitado á usted un disgusto contínuo,—dijo Mariquita del Monte,—porque ese tuno no la dejaba á usted á sol ni á sombra.

—Sí, pero esto es horrible,—repitió Carlota.

Entretanto los que se habían llevado al muerto á un barranquillo inmediato y empezaban á enterrarle como podían, esto es, cubriéndole de piedras porque no tenían azadón, murmuraban ya en abierta rebeldía:

—Pues no parece,—decía el Señorito,—sino que somos perros sarnosos, y que todo el mundo nos puede matar santiguándonos cuando estamos desprevenidos; porque lo que es el Bermejillo maldito si él se creía que iba á recibir el aguijonazo, y es que la Mariquita del Monte es una brava hembra, muy mal criada por su padre, y que se cree que siempre ha de haber quien la guarde las espaldas, y dá de firme.

—No,—dijo el Sacristancillo,—no digas eso; que mira tú que en Guillena, era ella la que se metía delante en todas partes, y parecía un demonio.

—Sea lo que quiera,—dijo el tío Norberto,—todavía no se han hecho las particiones del tesoro, y lo que á mí se me figura es que lo que se quiere es ir dando fin de nosotros para quedarse ellos solos, los mandones, con esa bendición de Dios; y si yo lo hubiera sabido, á buen seguro que yo no hubiera dicho dónde estaba el tesoro.

—Pues hay más,—dijo el Señorito,—que ir allá y acabar con esas dos hembras, y cuando vengan los otros meterles mano parapetados en la cueva.

—¿Y entonces, á qué seguimos echando piedras sobre ese pobre?—dijo el tío Norberto,—esto es perder el tiempo.

—Mirad lo que decís muchachos,—dijo el Sacristancillo,—que nos puede salir la moza respondona, que don Miguelito está ahí á dos pasos, y no sabéis quien es don Miguelito; y como le ayudarán Oreja y Media y el cabo Torralva y Piruétano, ellos solos pueden con todos nosotros, eso lo digo yo.

—Hombre, ¿con que cuatro hombres van á poder con quince ó diez y seis?—exclamó el tío Norberto.

—Ustedes harán lo que quieran,—dijo el Sacristancillo,—que yo no diré esta boca es mia, y venga lo que viniere.

La seguridad con que hablaba el Sacristancillo impresionó á todos los otros.

—Pues bueno,—dijo el tío Norberto,—quiera Dios que ustedes no se arrepientan de no haber madrugado: con que á seguir echando piedra sobre el pobre Bermejillo.

Y continuaron cubriendo el cadáver, al que habian desnudado.

A un lado estaban las ropas ensangrentadas.

Aquella insubordinación consistía en que realmente, ni Oreja y Media ni Carmen eran verdaderos capitanes de caballistas.

Andaban con vacilaciones, los bandidos sentían cierta debilidad, y solamente el Bermejillo, que tenía una gran costumbre, había sostenido aquel tabanque.

Sabían bien lo que se habían hecho al elegirle para reunir una partida don Miguelito á el tío Carcañales.

Pero no habían contado con el despecho que había causado en el Bermejillo el que no le hubieran hecho capitán.

Junto esto con lo que había picado la avaricia de los ladrones, el gran robo verificado en Guillena había dado lugar al lance que acababa de suceder y á la insubordinación de que daban muestras los bandidos.

Acabaron de cubrir con un montón de piedras al Bermejillo, cogieron su ropa y se retiraron con paso tardío á la cueva.

Al llegar á ella llegaban también don Miguelito, don Timorato, Oreja y Media, el cabo Torralva y Piruétano.

—Vaya, muchachos, buenas noches,—dijo don Miguelito,—aquí estamos todos.

—¿Viene usted á quedarse entre nosotros, marqués?—exclamó Carmen, lanzándose á la puerta con un vivo interés.—¿Le ha sucedido á usted algún trabajo?

—A mí no puede sucederme ningún trabajo, Carmen,—dijo don Miguelito;—yo vengo aquí porque es menester que venga á hacer las particiones de eso que se ha encontrado en Guillena.

—Pero hombre,—exclamó don Timorato, que había pa-

sea lo una mirada por los bandidos que allí estaban:—¿qué partida es esta que tiene usted aquí?

Don Timorato era muy práctico y se había hecho cargo de la situación solo con ver á los bandidoa.

—¡Vaya!—dijo Caparrota sonriendo;—un puñado de buenos mozos que no pueden ser mejores.

—Tal vez,—dijo el alcalde de Guillena;—pero vamos andando.

—Anda tú, Oreja y Media,—dijo don Miguelito,—que vengan aquí los que están de guardia, quiero verlos yo á todos juntos.

Y después de esto, sin decir una palabra más don Miguelito, se puso á pasear por la cueva.

Todos los bandidos estaban á un lado; al otro Carmen, Mariquita del Monte, el alcalde, el cabo Torralva y Piruétano, que así como el marqués, con su traje de ciudad el uno y de lacayo el otro, parecían dos figuras completamente fuera de aquel cuadro.

Carlota, extremecida, estrechándose contra la señora Margarita, fijaba una mirada atónita en don Miguelito.

Al fin estuvieron presentes todos los bandidos.

Entonces don Miguelito llegó sucesivamente al tío Norberto, al Sacristancillo, al Vizco y al Señorito, echó á cada uno de ellos de un rodeón al centro, y dijo á Oreja y Media:

—Llévate á esos afuera, y estos de esta punta que salgan y los arcabuceen.

Carlota dió un grito.

El tío Norberto y los tres sentenciados quisieron resistir, pero al primer movimiento que hicieron se encontraron rodeados y sujetos.

Caparrota se había hecho sentir desde el momento.

Era lo legítimo, lo neto, y no había medio de desobedecerle.

Los bandidos sentían á su capitán.

Los sentenciados fueron sacados fuera.

Poco después se oyó una descarga alternada que duró algunos segundos, y se oyó otro agudo grito de Carlota.

—¿Qué mujer es esa que grita y que se espanta?—exclamó Caparrota.

—Es una pobre niña que encontramos en poder del Fraile Negro, y que nos hemos traido con nosotros,—dijo Carmen.

Caparrota no dijo ni una palabra más; ni aun miró al lugar donde Carlota estaba.

—¡Buen muchacho!—decía para sí el alcalde de Guillena, en quien se había despertado de nuevo la afición al bandidaje;—me alegraría que fuera avisado. En fin, ya veremos.

Los que habían hecho la ejecución, volvieron.

—Caballeros,—dijo Caparrota,—hay algo que repartir, y á eso vengo yo; lo mitad de eso no es nuestro, sino del señor alcalde de Guillena, que desde ahora, y aunque yo no esté con vosotros, es conmigo el capitán de la gente. Después de eso, como capitanes, la tercera parte es nuestra; después de esto, como teniente, la quinta parte es del señor Curro; después, la décima parte es del cabo. Conque vamos á ver: á ir deshaciendo los bultos y á hacer el reparto para que se sepa lo que cada uno tiene; porque todo eso se depositará luego, que yo no quiero gente rica en mi compañía; y el que se porte mal, pierde lo que tenga en depósito, si no es que pierde también algo más. Conque andando.

Se empezó el despaquetamiento.

—¡Calla! ¿qué mujer es esa que gimotea?—dijo Oreja y Media.

—Es la mujer del tío Norberto,—contestó Cármen.

—Sí, sí,—dijo la cortijera entre sus sollozos;—para eso mi marido ha dicho dónde estaba el tesoro de don Julian, para que le maten.

—Esa mujer fuera,—dijo Capa-Rota.

—¡No, no! —exclamó Carlota, abrazándose á ella;—¡esto es horrible!

—¡Pues si es una buena moza!—dijo don Miguelito reparando en la señora Margarita,—vaya, cállese usted, mujer, que se le dará á usted la parte que correspondía á su marido, y todavía tiene usted bastantes buenos bigotes para encontrar un buen mozo con quien casarse.

La señora Margarita se calló de miedo, y los bandidos continuaron deshaciendo los fardos, que eran no ménos que de pequeños lingotes de oro.

CAPITULO LX

De cómo don Miguelito consoló á una viuda y arregló las cuentas de su gente.

No eran solos los lingotes de oro del Fraile Negro, las quinientas onzas del alcalde, las alhajas de la iglesia de Guillena y los demás dineros y alhajas que se habían quitado á algunos otro vecinos de aquel pueblo lo que constituía el botín que los ladrones guardaban en la cueva: se habían dado otros asaltos, tambien muy fecundos, en algunos pueblos de la sierra, sorprendidos por el número de los caballistas.

Ls presa era inmensa; ella sola hubiera bastado para hacer riquísimo á un hombre.

Cada uno de aquellos lingotes pesaba media libra, y había más de mil lingotes.

¿De dónde había podido sacar tanto oro el Fraile Negro, del cual no se tenía noticia hübiese robado después, á lo ménos, de conocérsele como partidario en la guerra de la Independendia? ¿Había encontrado tal vez en la sierra el

Fraile Negro alguna mina de oro, y no lo había dicho por temor de que la Real Hacienda se apoderase de ella?

Entonces el rey se apoderaba de todo.

Pero si el Fraile Negro había encontrado una tal mina, parecía muy poca cosa aquel oro allí reunido, y que se había encontrado en el escondrijo de Guillena.

¿Habría tenido el Fraile negro otros escondrijos?

Esto era lo probable.

¿Habría enterrado grandes valores en el cortijo Hondo? Y en ese caso, ¿cómo no había enterrado allí todo su oro?

La sed del oro es inextinguible; tal vez el tío Norberto no había declarado más que parte de lo que sabía, y don Miguelito, irritado por su sed de oro, se arrepintió de haber fusilado al tío Norberto, aunque este fusilamiento y el de los otros había sido de todo punto necesario para establecer una disciplina fuerte entre los ladrones.

No hay nada que tanto sirva para restablecer la disciplina, particularmente entre gentes que están fuera de la ley, como un fusilamiento á tiempo.

Don Miguelito se sentía excitado por la idea de que el Fraile Negro debía haber poseído infinitamente más que aquello que allí se tenía.

El tío Norberto no podía hablar, porque no se ha encontrado aún el medio de hacer hablar á los cadáveres, con perdón sea dicho de los espiritistas y de los nigrománticos; pero allí estaba rebosando salud y vida, aunque llorando á lágrima viva, la reciente viuda, que probablemente debía de conocer los secretos de su marido.

Don Miguelito se propuso una de las empresas más árduas que puede concebir un don Juan Tenorio; esto es, la de que la señora Margarita se olvidase rápidamente de su

marido en el espacio de algunas horas, y se enamorase de él.

Don Miguelito tenía una idea exagerada de sí mismo.

—Y á fe á fe,—dijo para sí,—que es una mujer fresca y apetitosa, y que á otras que no valían mucho más, ni tanto, he consagrado yo algunos momentos de atención.

Esto lo pensaba don Miguelito paseándose, mientras Oreja y Media y el cabo Torralva contaban la presa y la clasificaban.

La señora Margarita estaba sentada sobre unas enjalmas, formando un grupo con Carlota, que la abrazaba y lloraba poco menos que ella.

La pobre niña estaba horrorizada.

Don Miguelito fué á sentarse junto á la señora Margarita.

—Si hay alguna cosa que á mí me haga pedazos el corazón,—dijo,—es ver llorar á una mujer, y más cuando es una buena mujer que cree que para ella se ha acabado el mundo.

—No lloro yo por eso,—exclamó la señora Margarita,—que Dios no se acaba para nadie; á rey muerto otro al puesto.

Don Miguelito se asombró y aun se mortificó.

A lo que parecía, no necesitaba de seducción alguna para consolar á la señora Margarita.

—Pues entonces, ¿por qué llora usted, moza buena?—exclamó don Miguelito.

—¿Qué va á ser de mí,—dijo gimoteando la señora Margarita,—sin tener nadie que me defienda. En seguida, con cuatro cuartos que se me darán, y estos como de limosna, se me echará á un lado, y yo no sabré á donde irme, por-

que lo que mi marido y yo hemos hecho, es para que me metan en la cárcel y me encierren para toda mi vida, si no me llevan al palo.

—¡Ah, ya!—dijo don Miguelito;— ¿conque es decir que usted no llora por lo que le ha sucedido al otro, sino por lo que le puede suceder á usted?

—Mire usted, el otro era un perdido, y ya se ve bien que lo era en lo que ha hecho con su amo, y á mí me daba cada paliza que me ponia azul. A mí me casaron con él á disgusto mío porque tenía cuatro cuartos, y me ha dado la vida más perra que se le dá á una mujer: porque era un bribón, y como conocía que era viejo y feo y que yo no podía quererle, tenía celos hasta del aire y yo los pagaba con mis espaldas.

—Vamos, soy un tonto,—dijo don Miguelito viendo cuán de medio á medio se había equivocado acerca del dolor de la señora Margarita.

Carlota oía, callaba y se extremecía más y más.

Todo aquello le repugnaba horriblemente, cuando no la horrorizaba.

—¿Y luego, ¡pensar,—añadió la señora Margarita,— que ese hombre se ha llevado consigo el secreto de otros tesoros! porque él me decía; Oye tú Margarita, yo le he dicho á esta gente lo del tesoro de Guillena porque yo no podía apoderarme solo de él; pero por pequeña que sea la parte que me den, ya podré juntar gente que me conozca por su capitán, y con ella ir á dondo yo me sé.

—¿Y usted no sabe, hermanita,—dijo Caparrota,—qué era lo que se sabía del difunto?

—Mire usted, conmigo el difunto no tenía confianza, porque le había sorbido el seso una mala hembra del Ronqui-

llo con la que se pasaba las semanas enteras; pero yo tengo la seguridad de que esa mujer lo sabe. Mire usted, ¡para que yo sienta á ese hombre! El se casó conmigo, primero, por un empeño, porque yo dije que no y que no siempre, y era muy soberbio; y luego porque se empeñó el amo.

—¡Hola!—exclamó don Miguelito,—¿con que usted, buena moza, interesaba hasta ese punto al Fraile Negro?

—El Fraile Negro era un pillo muy largo,—dijo la señora Margarita;—se había enamorado de mí y yo le he enviado con quince mil de á caballo, y él dijo: tengamos en el cortijo Hondo á la Margarita y después Dios dirá.

—Pero vamos claros,—dijo don Miguelito.—¿Cuántas mujeres quería el Fraile Negro? Porque según me han dicho, esa niña que está abrazada á usted era su pasión.

—¿Y eso qué le hace?—dijo la señora Margarita, cuyas lágrimas se habían enjugado, y hablando ya tan tranquilamente como si no acabara de quedarse viuda.—Los hombres se enamoran de un ciento y por un ciento se mueren; quieren á la una porque tiene los ojos negros, y á la otra porque tiene los ojos azules. A más de esto, que cuando se enamoró de doña Carlotita ya hacía un siglo que yo le había desengañado.

—Vamos al negocio puesto que ya, según lo que usted dice, veo que no necesita usted que se la consuele.

—¿Y quién le ha dicho á usted que yo necesite consuelo?—dijo la señora Margarita.—Pues qué, ¿sé yo acaso si mañana me dejarán en medio del camino sin saber á donde ir y expuesta á que me prendan los migueletes y me encuentren con el dinero que me hayan dado y me lleven á la cárcel?

—¿Quién manda aquí?—dijo don Miguelito.

—¿Quién ha de mandar, á lo que se vé, señor marqués? —dijo la señora Margarita.

—Pues y mandando yo aquí, ¿cómo había de dejar que abandonaran y pusieran en un trabajo á una hembra tan rica como usted y que tanta gracia me hace, morena?

—Pues mire usted, —dijo la señora Margarita.—no sería usted el primer señor jóven y buen mozo que se hubiera muerto por mis pedazos, y si no, ahí está el hijo del alcalde mayor de Cazalla, que andaba y anda muerto por mis pedazos, que si yo le pidiera las entrañas me las daría.

—Usted no necesita, teniendo mis entrañitas, hermana, que nadie le dé las suyas. Oiga usted, cariño, ¿quiere usted ser la capitana de la compañía?

—¡Jesús! No diga usted esas cosas, señor, que me las puedo creer y luego cuando no salgan verdad, puede darme algo.

Carlota, que había ido aflojando el brazo con que estrechaba á la señora Margarita, acabó de separarse de ella.

No comprendía, no podía comprender á una mujer semejante y, sin embargo, era lo más natural del mundo; una mujer ruda, sin educación, criada en la montaña, mal casada, y que cuando más, cuando más, era honrada por costumbre, por vergüenza, por el ejemplo de su madre y por el temor de Dios; pero había tenido en su marido un tirano, y cuando veía que lo que únicamente había sentido al perderle lo encontraba en otra parte, había acabado por alegrarse.

La vanidad es el defecto más dañoso para la mujer, y la señora Margarita creyó que por sus ojos negros, su frescura, su buen pelo y sus buenas carnes, aquel terrible capitán de ladrones se había enamorado de ella.

Digamos de paso que á don Miguelito, al libertino incurable y viciado hasta el último extremo, no le desagradaba aquella aventura.

La señora Margarita tenía mucho de voluptuosa, considerada desde el punto de vista del materialismo. Era una de esas cortijeras que pueden considerarse como un género fuerte, puramente incitante.

Al mismo tiempo que don Miguelito mareaba tan fácilmente á la señora Margarita, se sentía un tanto inclinado á su vez por Carlota, que sin hablar, tenía la elocuencia de las involuntarias manifestaciones de la delicadeza de su alma.

Era espiritualmente hermosa, y el estado de enfermedad en que se encontraba y su dulce palidez la hacían más interesante.

—Vamos andando,—dijo paro sí don Miguelito;—mi vida se va haciendo cada momento más candente, más endiablada;—parece que una mano incontrastable me impulsa. Sea lo que quiera, adelante.

—¿Y cómo se llama usted, paraíso?—preguntó á la capataza.

—Margarita Perea,—dijo ésta,—para servir á usted, señor marqués.

—No, para servirme no, para quererme, —dijo el marqués.

—Vamos, déjese usted de bromas,—dijo la señora Margarita.—¿Pues no ve usted que yo no puedo creer eso? y sobre todo, que yo no lo puedo oir, porque el otro está ahí á dos pasos todavía caliente.

Y había algo de impío, de repulsivo, de repugnante en estas palabras.

Era una burla, un sarcasmo á la muerte.

—Tiene usted el alma en su sitio, prenda;—dijo don Miguelito,—y mejor encalomo para un capitán como yo, ni hecho de encargo.

—Mire usted, señor marqués,—exclamó la señora Margarita con algo de acritud mal encubierta,—¿quiere usted que dejemos la conversación para otro día? porque á esta señorita la estamos haciendo daño.

En efecto, Carlota no podía contener, la contrariedad que experimentaba viéndose obligada á escuchar aquella conversación extraña.

Esto aumentaba el interés de don Miguelito por Carlota, un interés que no era ni enamoramiento ni amor; algo que, si no hablaba á su alma, hablaba á su educación.

Se trataba de una joven digna, y sobre todo, extraordinariamente impresionable, puesto que no podía disimular su agitación.

—¡Valiente aventura!—murmuró para sí don Miguelito.—Yo creía que me iba á fastidiar, y me encuentro con una sucesión de impresiones como para mí solo.

—Ya está contado todo y hechas las partes,—dijo Oreja y media, acercándose á don Miguelito.

—Pues demos punto por ahora, moza buena,—dijo éste á la señora Margarita;—que ya tendremos tiempo largo para hablar y para querernos.

Y se levantó.

En efecto, había una multitud de montones de lingotes, de alhajas y de dinero los unos mayores que los otros.

Se conocía bien cuáles eran las partes del capitán, del teniente y del cabo, por su mayor bulto.

Las de los bandidos eran infinitamente más pequeñas.

A más de eso había una gran parte exclusivamente de lingotes.

Era la parte del alcalde de Guillena.

—Vamos, don Timorato; Carmen, ¿están bien hechas las partes?

—Perfectamente hechas,—dijo don Timorato, cuyos ojos no habían perdido todavía el entumecimiento de la avaricia.

Allí, en aquel montón que se le destinaba, había doscientas cincuenta libras de oro, lo cual constituía una bonita cantidad.

—Pues bueno,—dijo don Miguelito;—con que yo dé algunas órdenes hemos concluído. Supongo que se habrá contado con una parte para mi lacayo.

—Por supuesto, señor marqués,—dijo Oreja y Media;—aquí se han contado todas las personas vivas; hasta la señorita Carlota.

—¡Yo no, yo no!—exclamó ésta de una manera vehemente;—á mí me va á matar tanta infamia, tanto horror, yo no sé cómo no he sucumbido ya.

—Tranquilícese usted, hija mía,—dijo don Miguelito,—que no ha de tardar usted mucho en verse en medio de su familia.

—Yo no quiero ir con mi familia,—exclamó Carlota;—me creerán deshonrada, y seré el escándalo de Morón. No, no; yo quiero que me lleven á un convento para acabar allí oculta el poco tiempo que me dejará vivir mi desgracia.

—Yo la amparo á usted,—dijo don Miguelito,—y se hará lo que usted quiera, hija mía; usted no puede continuar en esta vida, andando de cerro en cerro, y viendo cosas que le duelen demasiado. Oiga usted, don Timorato, usted me va

á hacer el favor de llevar á las ancas de su caballo esta niña.

—Con mil amores,—dijo el alcalde;—y si esa niña quiere tener una familia, ya inventaremos una historia, y no me faltará á mí una buena familia donde acomodarla en Guillena.

—Ya veremos después lo que hay que hacer,—dijo don Miguelito.

La señora Margarita miraba de reojo el interés que don Miguelito se tomaba por Carlota.

—Ahora,—dijo don Miguelito,—á darle á cada uno un resguardo de la cantidad que tenemos suya depositada en nuestro poder. Tú, Oreja y Media, quédate con quinientas onzas y hazte cargo de ellas y lleva la cuenta de los gastos, que las cosas han de hacerse con formalidad, y cuanto más amigos más claros; que á nadie le falte dinero para divertirse cuando se pueda, pero cada uno su cuenta.

—Muy bien, señor marqués,—dijo Oreja y Media,—usted descuide.

—Oye tú, Oreja y Media,—dijo don Miguelito;—mañana al amanecer, entiende bien, no vayas á entender el amanecer de esta misma noche; yo llamo mañana porque ya cuento otro día.

—Bueno, entendido, señor marqués; pasado mañana al amanecer.

—Eso es, dos horas antes de que amanezca. Todo eso con una relación circunstanciada de los lingotes, de las alhajas y del dinero, sin que nadie pueda apercibirse, en la cueva de donde sacaron los lingotes.

—Estará, señor marqués.

—Pues no hay que hablar más. Vámonos, don Timorato.

Anda á preparar los caballos, Piruétano. Echen ustedes á andar, Margarita y Carlota, ustedes se vienen con nosotros; adiós, Carmen, adiós, valiente hembra,—añadió don Miguelito, dando sucesivamente la mano á la Carmen y á Mariquita del Monte.—Adiós, muchachos todos, hasta la vista.

Se contestó por todos al saludo de Caparrota, y don Timorato y él salieron, llevando el primero del brazo á Carlota que estaba débil; el segundo, junto á sí, á la señora Margarita que iba al parecer muy contenta.

Siguieron á pié hasta el lugar, donde siendo ya practicable para los caballos el terreno, estaban preparados por Piruétano.

—Pues ya tenemos que apretar para llegar antes del día á Guillena,—dijo don Timorato;—y con doble carga á los caballos, y buena, porque se trata de dos reales hembras.

—Puede usted adelantar el discurso, don Timorato,—dijo don Miguellto;—porque apenas son las nueve de la noche, y para llegar al cortijo de los Siete Quejigos, donde nos aposentaremos, apenas si necesitamos una hora; descansaremos allí y mañana á todo nuestro despacio y cuando ya esté bien salido el sol, tomaremos tranquilamente el camino de Guillena.

—Ya, ¿pero qué disculpa vamos á inventar por haber tardado tanto?

—Cualquiera,—dijo don Miguelito;—un buen embuste en que todo el mundo crea no nos ha de faltar.

—Pues adelante,—dijo don Timorato.

En efecto, una hora después llegaron en la ribera de Viar al cortijo de los Siete Quejigos.

Don Miguelito miró su reloj.

Eran las diez de la noche.

CAPITULO LXI

De la importante conversación que pasó de lecho á lecho entre don Miguelito y el alcalde de Guillena, ó de cómo dos lobos no se muerden.

El cortijo de los Siete Quejigos era de la propiedad de don Miguelito, y este había puesto en él como capataz, por premio á sus servicios, uno de sus ladrones de Sevilla; un gitano medio pariente, medio compadre del tío Carcañales.

Al ver entrar á su amo, á quien había abierto la puerta uno de los mozos, el tío Carcomilla hizo una pirueta y un trenzado, chascó los dedos y empezó á alborotar el cortijo llamando á su mujer y á sus hijas para que acudieran á saludar al amo.

—Vamos, Carcomilla, no vayas á volverte loco, animal,—dijo don Miguelito.—El señor alcalde de Guillena y yo hemos ido á ver el cortijo de las Tres Palomas, que es de mis bienes libres, y lo puedo vender y me lo quiere comprar el señor alcalde, y á mí se me puso dar la vuelta por Trasierra para venir por aquí á ver cómo os manifes-

tábais, y nos hemos encontrado con estas dos buenas hembras que se habían escapado milagrosamente de unos perdidos que las habían robado. Con que, Carcomilla, á ver si nos llevas arriba á la sala grande, que en la una alcoba se acomodarán estas dos prendas, y en la otra el señor alcalde y yo.

—¿Pero cómo quiere vuecencia,—dijo Carcomilla,—que yo no llame á las mías para que le hagan á vuecencia y á la compañía una cena como es debido? Ya sabe vuecencia que mi mujer y mis hijas tienen unas manecitas de plata para todo lo tocante á guisos y para otras muchas cosas.

—Bueno, eso no quita; acomódanos, que ya tendremos ocasión de vernos, y á ver si acomodas á Piruétano y haces que se eche un buen pienso á los caballos.

El tío Carcomilla tomó el candilón que estaba colgado en la campana de la chimenea, y dijo:

—Como el velón grande no se avía más que cuando vuecencia viene, para que vuecencia y la compañía no esperen, yo me tomo el permiso de tomar el candil; pero enseguida subiré el velón.

—Echa á andar y déjate de cumplientos, que todas las luces son buenas cuando está oscuro.

—Pues andando,—dijo el tío Carcomilla, que estaba verdaderamente satisfecho por tener á su amo en su casa. Subió delante de ellos y los introdujo en una gran sala puesta con riqueza, como no podía esperarse en el campo.

Esto se explicaba, porque cuando don Miguelito iba á cazar por aquella parte con algunos de sus amigos del buen mundo de Sevilla, su cortijo de los Siete Quejidos le servía de apeadero.

A un extremo y otro de la sala, que á la vez servía de

comedor, atendido á que en el centro de él había una gran mesa, había dos grandes gabinetes dormitorios, con algúnas camas, como que don Miguelito nunca iba allí solo.

El tío Carcomilla colgó el candil de una falleba del balcón, y salió escapado para que el gran velón no tardase.

Carlota iba desfallecida.

Don Timorato que era excesivamente galante á su manera, y que tenía buen corazón cuando no había necesidad de tenerlo malo, la acomodó en un sillón.

La señora Margarita, que no estaba desfallecida ni aun fatigada, andaba de acá para allá, examinando el salón con tal desparpajo como si se hubiera encontrado en terreno propio, y una tal satisfacción, que no sólo no parecía una reciente viuda, sino una mujer que jamás había tenido penas; tenía muy buen cuerpo, circunstancia en la que no dejó de reparar el perdido Caparrota.

Le iba pareciendo un buen entretenimiento la ex-capataza del cortijo Hondo, y sobre todo, un entretenimiento que representaba tal vez algunos escondrijos llenos de oro como el de Guillena.

Apareció el velón y con él una persona que no era el tío Carcomilla, sino una gitana como de diez y siete á diez y ocho años, con los ojos más hermosos y más negros, y el moreno más subido que Dios ha podido dar á una criatura.

Esta gitana traía cola; detrás de ella venía su madre, huesuda, alta, agria, de formas protuberantes y acentuadas; la imagen de bruja más perfecta que podía darse, y, sin embargo, aquellas formas tan fuertemente pronunciadas, habían determinado sin duda en la juventud de aquella mujer una hermosura extraordinaria.

Detrás venían otras dos gitanillas, entre los trece y los catorce años.

Todas ellas saludaron con gran encarecimiento y grandes exajeraciones á su amo, y éste se vió negro para desembarazarse de ellas.

Las gitanas demostraron que el tío Carcomilla había dicho bien cuando había dicho que tenían las manecitas de plata para guisar.

Los dos ó tres platos en sí mismo rudos que prepararon eran exquisitos; hubieran podido satisfacer á la persona más delicada.

Acabada la cena, en la que no se pudo hablar nada importante, porque aquella gitanería, por obsequiar á su amo, estaba presente sirviendo la mesa; se levantaron los manteles y la señora Margarita se llevó á su alcoba á Carlota, que bien lo había menester.

Las fuertes emociones que desde hacía algunos días había sufrido casi sin descanso la pobre niña, la habían puesto verdaderamente enferma.

La señora Margarita se había recogido muy á su disgusto, porque no estaba en manera alguna cansada y la había avispado don Miguelito.

A más de esto, Caparrota había sido para ella lo que para todas, un tunantuelo insinuante y sagaz; la había acribillado á miradas, la había trabajado, por decirlo así, con los ojos, la había sacado de quicio.

Los ojos son el medio más poderoso y más elocuente del ser humano; son los que más distinguen al ser racional del irracional; la mirada sirve al alma, ó mejor dicho, el alma se sirve de la mirada para todas sus manifestaciones.

En las grandes situaciones de sentimiento, allí donde la

palabra es imponente, la mirada amenaza, impone, aterra, acaricia, alaga, seduce; la mirada escudriña, toca, revuelve, besa, muerde, ó corta, ó punza, lo hace todo.

De ninguna manera se declara mejor el amor ó el odio, ó la compasión ó el despecho, todas las pasiones en fin, todos los deseos, toda la múltiple é inacabable actividad humana, que con la mirada.

Y don Miguelito había tocado, acariciado, devorado, besado, enlanguecido, sacado de quicio, perturvado y trastrocado á la señora Margarita.

¡Diablo de ojos, y diablo de acento, y diablo de sonrisa!

A la señora Margarita, que no estaba acostumbrada á ver tanto en tan poco tiempo, se le salían del fondo del alma unos suspirazos capaces de hacer mover las aspas de un molino de viento.

Los que se asombran de esos amores violentos, determinantes, que deciden en muy poco tiempo, tal vez en el espacio de algunos minutos, del destino de una criatura, son gentes sencillas, sin experiencia, de pasiones apagadas, poco ó nada observadoras, que ignoran el poder mágico del alma humana, sobre el alma humana ejercido por medio de los ojos, de la sonrisa, de la entonación, de la expresión; es el fuego que acomete al edificio y en pocos instantes le incendia completamente; es el volcán que une al volcán, es el espíritu uniéndose al espíritu, duplicándose, ó mejor dicho, refundiéndose, entregándole á otro espíritu y haciéndose suyo.

Hay séres de una movilidad tal de expresión y de una tal fuerza de voluntad, de una tal y tan potente impresionabilidad, que se hacen sentir gravemente por todos los otros séres con quienes se ponen en contacto.

Generalmente, estas almas poderosas se hacen respetar del hombre y atraen á la mujer. De aquí fenómenos que el sentimiento vulgar no puede explicar; de aquí cosas que se creen imposibles, y que sin embargo, se ven realizadas, de aquí los errores de apreciación; porqúe lo imposible no se realiza jamás; de aquí el amor insensato de una mujer hermosísima por un hombre feo ó repugnante, ó vice-versa; de aquí ese caso que se repite de un hombre joven, bello, inteligente, en buena posición, enamorado de una vieja grosera, malévola, repugnante, insoportable, y además pobre.

Cuando no se encuentra ninguna razón, ningún egoísmo, ningún interés que pueda justificar esto que el juicio vulgar cree monstruoso, se coloca esta pasión en la esfera de las aberraciones.

La aberración no existe tampoco; todo lo que sucede es lógico, natural y sencillo; más aun, necesario; porque no sucede nada que no pueda suceder, ni nada que debe suceder deja de suceder irremisiblemente.

Esta es la perfección de la obra del Todopoderoso.

Maravillarse de los fenómenos del sentimiento es una prueba de ignorancia del hombre acerca de su propio espíritu, de falta de observación y de profundidad y exactitud de juicio.

El verdadero progreso es el que el hombre hace en el conocimiento de su propio espíritu, sustituyendo lentamente la apreciación de la verdad á la apreciación del error.

Don Miguelito por lo mismo que lo impresionaba todo, era impresionable por todo; así se comprende que fluctuase entre Patrocinio y Milagros, que una y otra mujer hubiesen absorbido por más ó menos tiempo la actividad de su alma; que al ver á la bellísima Rosario, hija de don Timo-

rato, hubiese visto aparecer en medio del infierno de su alma un nuevo sér tentador, y por último, la incitante frescura de la señora Margarita le hubiese hecho hasta cierto punto agradable su encuentro con ella y le hubiera entretenido ligeramente por el momento.

Don Miguelito, como todos los séres dotados de una gran movilidad de espíritu, entraba con suma facilidad en la situación del momento; era, además, hombre de imaginación, y lo embellecía, lo idealizaba todo. Bastaba con que una mujer tuviese bonitos ojos, ó bonita garganta, ó buen pelo; don Miguelito la idealizaba y acababa por ver en ella el fantasma más ó menos completo de su deseo, su alma se inflamaba y se revelaba en su mirada, en su acento, en todo su sér, se hacía peligrosa para la pobre mujer, que era el objeto de la fantasía irritada, exasperada, de don Miguelito.

La señora Margarita se había visto combatida de la manera más dulce, más insinuante, y más enloquecedora del mundo.

Era, por decirlo así, un manjar vulgar; pero salpimentado y sabroso, como si dijéramos, un plato de callos bien condimentado y odorífero que, dada la situación, puede satisfacer grandemente el gusto y el apetito, aun de la persona más acostumbrada á los manjares más delicados.

A más de esto, don Miguelito tenía un gran interés en seducir, en enloquecer á la señora Margarita, puesto que suponía que ella podía revelarle la existencia de tesoros, tal vez mayores que aquel que su marido había denunciado.

La señora Margarita era para don Miguelito un medio importante, y había procurado apoderarse con todos sus elementos de fuerza de aquel medio.

El resultado había sido preciso é inmediato.

Los hondos suspiros que se escapaban del alma bravía de la capataza, lo demostraban.

Don Miguelito había puesto en revolución un alma primitiva, virgen, semi-salvaje, enérgica, violenta.

De aquí que la señora Margarita se hubiese metido en la alcoba con Carlota muy á su despecho; ella hubiera preferido mucho mejor haber pasado charlando con don Miguelito, siendo el objeto de sus miradas y de sus truhanerías, toda la noche, y no sólo toda la noche, hasta la eternidad.

A don Miguelito le había agarrado un tanto con su grande impresionabilidad la energía del alma de aquella belleza montaráz, y le había contrariado también un tanto, aunque no gran cosa, la necesidad en que se había visto de respetar las conveniencias.

Se metió con el alcalde de Güillena en el dormitorio opuesto á aquel en que se habían metido Carlota y la señora Margarita.

Como hemos dicho, en cada uno de aquellos dormitorios, que eran muy grandes, había cinco ó seis camas, porque como hemos dicho también, el cortijo de los Siete Quejidos servía de apeadero á don Miguelito y á los que le acompañaban cuando iba por aquella parte á caza, y estaba preparado para que fuese cómodo.

El alcalde y don Miguelito se acostaron en dos lechos que estaban inmediatos.

—¿Tiene usted sueño, don Timorato?—dijo don Miguelito.

—Maldito aquel,—contestó el alcalde;—lo que tengo es la cabeza á pájaros, aturdida y embrollada, y con el vinillo

que hemos bebido cenando, se ha acabado de hacer la operación, y si viera usted don Miguelito. Me parece así como que soy feliz.

—Es mucho cuento lo que hace el oro,—dijo don Miguelito.

—Hombre, el oro... y lo que no es el oro,—dijo el alcalde;—porque si queremos el oro, no es por el oro mismo, sino por lo que con el oro se tiene. Calle usted hombro, que es menester á veces ser de piedra. ¡Por vida de san Peco Belillo! Y usted me va á perder á mí; por su culpa de usted, porque sin usted no hubieran ido á Guillena esos buenos mozos; he conocido yo á la Serafina de mis pecados, que me hizo pensar en lo que no he pensado yo desde que me casé; esto es, en pegársela á mi Mariquita Antonia, á mi mujer. Usted no sabe lo que yo he peleado para quitarme de la cabeza la tontería que se me ha metido en ella. ¡Vaya una hembra *barbi* y rica! Yo no sé para qué ha hecho Dios esos quebrantamientos de cabeza, que mire usted que yo no sé como los hombres no somos peores de lo que somos. Pues para alivio de mis penas, añada usted lo que había en la maldita cueva donde hemos estado: todas las tentaciones del demonio; oro, alhajas y dinero á montones; gente cruda de la cáscara amarga, que no le teme á un rayo; y su picantillo, el ajusticiamiento de aquellos, porque desengáñese usted, aunque parece que no, el hombre es una fiera, y se recrea y se saborea con la sangre; y aquella que usted la llamaba Carmen, vestida de hombre, que se le había aflojado el pañuelo del cuello y se le había entreabierto la camisa, y se le veía el hoyuelo de la garganta... ¡Válgame Dios! ¿Y aquella Mariquita del Monte? ¡Vaya una hembra buena! ¡Y qué poder que aquello tiene! Y para alivio

de sus penas, póngale usted á un hombre ya tan trabajado y tan salido de quicio, á las ancas del caballo, y agarrada á su cintura una niña que es una azucenita y á azucenita huele. Lo dicho, don Miguelito, yo estaba con el padre quieto y muy contento y metido á hombre de bien, y usted me va á perder á mí, ó me ha perdido ya.

—¡Ay, papá,—dijo don Miguelito,—qué bueno es que conozcamos nuestros trabajos para que no extrañemos los de los demás!

—Mire usted,—dijo don Timorato,—tunante que usted es, don Miguelito; para llamarme á mí papá, le corta usted el pescuezo primero á su mujer, de manera que se quede apto y limpio para casarse, ó de lo contrario, si se mete usted á trastearle el alma á mi Rosarito, que es una inocente, y con toda la sangre buena de su padre, y me la hace usted infeliz, mire usted que quien le corta el pescuezo á su mujer de usted soy yo, y á usted tambien, si no hace usted feliz enseguida á mi niña.

—Mire usted, don Timorato, que no valemos nada los hombres ni las mujeres, y que allá vamos adonde nos lleva una cosa que no está en nosotros ni es nuestra, sino que nos empuja y hace de nosotros lo que quiere, y será lo que Dios ó el demonio quieran, porque si usted está mareado, yo estoy ya mortecino y no sé lo que me pasa ni lo que quiero, ni adónde voy ni de dónde vengo, y estoy ya como una bomba que se le va acabando la mecha, y á punto de dar un estallido que haga pedazos á todo lo que tenga alrededor.

—Don Miguelito,—dijo don Timorato,—á usted le van á perder las mujeres.

—¡Pues no, que á usted!...

—Mire usted, don Miguelito, yo soy más fuerte que lo

que usted cree, y lo que á mí me hace tan fuerte es el amor que le tengo á mi mujer y á mis niñas; amor de dentro del alma que nada puede vencer; y lo que yo hago cuando me viene una mala tentación, como me ha sucedido por aquella gloria de Serafina, es pasarme la mano por la frente y enviar al demonio lo que no conviene y tener paciencia, que al fin y al cabo la tentación pasa, y se queda uno tan completo y tan satisfecho porque ha obrado bien.

—Mentira, compadre,—dijo don Miguelito.—Yo no digo que usted mienta, lo que digo es que lo que le parece á usted verdad es mentira; que hay tentaciones de tentaciones, y usted ha podido vencer la tentación de los ojos de esa mujer y lo que le han inquietado á usted las otras; pero no ha podido usted vencer la tentación del dinero, y le está á usted tardando que llegue la hora de que usted le eche los garfios á esos lingotes para llevarlos á la casa de la moneda de Sevilla y que los acuñen, y comprar con ellos una docena de cortijos que añadir á los que ya tiene usted, y por eso se ha hecho usted mi compañero y ha cosido usted la capa conmigo y se ha echado usted otra vez á ladrón.

—Compadre, por mis chiquillas; y vendremos siempre á parar á lo mismo, y porque usted me ha trincado por los dos atunes que dejé en Sevilla; y porque mire usted, cuando un hombre se pone á comer, ó comer de veras ó no comer, y sobre todo, que á usted y á mí juntos no hay quien nos tosa, y así á la sordina y sin que lo sienta la tierra, y haciendo que otros trabajen por nosotros, sabe Dios á donde vamos á llegar. Y á propósito, usted, compadre, debe ser muy rico.

—No gran cosa,—dijo Caparrota;—unos treinta millones.

—Vaya, hombre, pues ya tiene usted para echar un pedacito de longaniza en el puchero. Yo no tengo tanto, porque gracias si yo alcanzo á cuatro milloncejos, quitando esto último; y estaba contento, porque yo no tengo más que tres muchachas, y un dote de millón y pico á cada una ya es un buen dote. Usted tiene la culpa de que se me hayan abierto á mí las ganas de comer.

—Ande usted, hombre, ande usted y trague usted, y deje usted correr la bola, que todo irá bien.

—Con tal de que yo no tenga que hacer con usted lo que hice con don Pánfilo y con el otro á causa de mi niña...

—Hombre,—dijo don Miguelito,—le juro á usted no meterme en nada, porque yo respeto á los amigos, tengo eso de bueno; pero si la chiquilla me enseña á mí los dientecitos aquellos que tiene tan ricos...

—Don Miguelito, que salto de mi cama á la de usted y se acaba esto.

—Eso no lo dice usted de veras, ya sabe usted que no; porque nadie que sabe lo que se hace, se echa en la cama de un tigre.

—Compadrito, que nos va á llevar el demonio,—dijo don Timorato;—que yo no he visto un hombre más atrevido y más desvergonzado que usted, y me está usted metiendo en una conversación que ningún padre puede sufrir, y es que usted se propone sobreponerse á todo, y lo repito, eso le va á costar á usted caro; porque donde yeguas hay potros nacen, y usted no es el único hombre que hay en el mundo, y si usted solo se atreve con tres, ya es mucho, pero atreverse con cuatro, es más, y atreverse con cinco, un disparate; y en fin, que todos pueden más que uno; y usted va á dar lugar á lo que yo me sé; y mire usted que ellas son ma-

las, y que puede uno fiarse más de cien mil hombres que sepan un mal secreto que uno tiene, que de una sola mujer. Con que mucho ojo don Miguelito; y le digo á usted esto porque le aprecio, que lo que es yo nací ayer y ya sé lo que tengo que hacerme.

—Yo lo lío á usted,—dijo don Miguelito,—y hago de usted lo que me dé la gana; déjese usted de tonterías, hombre; ni por corazón, ni por puños, ni por tunanterías me gana usted á mí, ¿usted cree que á humo de pajas y simplemente por entretenerme, ó por merodear por esos caminos, he juntado ya una partida? ¿usted cree que á humo de pajas he arcabuceado yo á esos que he arcabuceado esta noche?

Hombre no, no sea usted *gila*, don Timorato, yo he levantado esa partida y la he puesto en respeto con esas muertes, porque estoy viendo que el día ménos pensado tira el diablo de la manta y me veo comprometido y descubierto, y obligado á saltar en la jaquita y tirarme al camino; y el hombre que no mira para adelante, atrás se queda, y cuando se acuerda y quiere librarse del peligro, se encuentra con que no puede hacer en el momento lo que necesitaría tener preparado para no caer en el peligro. Hay que prevenirlo con tiempo todo, don Timorato, y eso es lo que yo he hecho.

Tengo una buena partida que da ya que hacer por la sierra más de lo que dió que hacer Barceló por la mar; y lo bonito es que estoy viendo á usted hecho mi teniente, y siendo más malo que la quina; y mire usted que no tendría nada de particular que la Rosario fuera su capitana de usted, porque me ha hecho hoyo, esa es la verdad, y sabe Dios por dónde saldrán las cosas.

—Pero hombre,—exclamó don Timorato,—¿usted á cuántas mujeres quiere? Si hasta se reblandece usted por ese diablo de cortijera, que es un pedazo de carne con ojos; usted está loco, don Miguelito.

—Lo que usted hace es callarse, don Timorato, y hablar de otra cosa,—exclamó Caparrota,—porque la verdad es que desde que me ha visto usted pajear y se ha enterado usted del estómago que yo tengo para quitarle las ganas de mascar al prójimo y el alma con que meto en un puño á perdidos que no tienen ni rey ni ley, le ha entrado á usted la basca y me ha cogido usted miedo, tan jabalí como usted es, porque si donde yeguas hay potros nacen, sabe usted demasiado que yo soy un potro con el cual no puede el mismísimo demonio.

—Hasta que lo ahorquen á usted, compadre, y pueda más que usted el verdugo,—dijo don Timorato.

—Eso está por ver,—dijo don Miguelito;—pero lo que está visto es que usted está metido en un puño como los otros.

—No se fie usted de eso, marquesito,—dijo don Timorato,—que yo soy un puerco espin, y cuando me herizo, el que se acerca á mí se pincha. Lo que es, que á mí me gustan los mozos buenos, y como yo he sido loco en otro tiempo, le llevo la corriente á los locos, y aunque yo sé bien lo que va á pasar aquí, me importa tres pitos; y voy á decirle á usted lo que va á pasar, y va usted á ver que le estoy leyendo en el pensamiento y que conozco todo cuanto hay que conocer. Mire usted, usted se cree que mi chiquilla no se ha quedado con usted, sino que usted se ha quedado con ella; mire usted, mi chiquilla está en el estado de inocencia, con los ojos cerrados la pobrecita; pero tiene más alma que

usted y que yo. La pobre es muy niña y no ha visto hasta ahora un hombre que se le haya metido en el alma; pero en cuanto yo ví que al hablarla usted se puso pálida, dije para mí: ya tenemos danza; Dios quiera que no suceda algo gordo, porque este hombre no sabe el terreno que pisa, y ya se ve, como mi Rosarito quita los rayos al sol, de hermosa, y luego tiene de fuego el corazón y se le sale por los ojos, usted ha dicho: aquí tenemos un entretenimiento más. Y ese entretenimiennto es mentira, porque sin saber cómo, se ha encontrado usted con la mujer que ha de ser su salvación ó su perdición. Ya me lo contará usted; usted con toda su charla tiene usted conmigo bueua intención, porque sabe usted que yo le puedo servir de mucho, y que conmigo no se puede jugar, y usted se pasará la mano por la frente y procurará usted olvidarse de Rosarito; y ahí está el quid; usted no conoce ahora lo que pasa; pero ya lo verá usted, mocito.

Se atreverá usted á todo, porque usted está loco, y se encontrarán los guardas con los metedores, porque si á usted le faltara atrevimiento, que no le falta, se lo comunicaría á usted mi chica; y en fin, á vivir para ver; lo que es yo le estoy á usted viendo casado con mi hija, y no tengo que decirle á usted más; y eso de que yo sea su teniente de usted, allá veremos; será como caigan las pesas, y aunque yo sea su teniente de usted, seré siempre su capitán, ¿Y sabe usted porque no le he agarrado á usted ya por las patitas y no le he rajado como si fuera un papel, en dos? Hombre, pues es porque le quiero á usted, porque me gusta usted, porque se ha quedado usted conmigo, porque le gusta usted á mi niña hasta el alma; eso ya lo he visto yo, porque aunque ella no conoce todavía lo que pasa, yo lo veo y la cosa no

tiene remedio, y aunque hay inconvenientes, me importan á mí muy poco, porque cuando sea menester, y antes de que sea menester, esos inconvenientes los quito yo como con la mano; y por eso yo consiento que me hable usted de mi hija; y puede usted hablarme todo lo que quiera, que como yo tengo la seguridad de cobrarme, estoy muy tranquilo y muy descuidado.

—Entre nosotros, compadre, hay algo que no entendemos ninguno de los dos,—dijo don Miguelito,—porque la verdad es, que á ningún hombre le consiento yo que me diga lo que usted me ha dicho; y vamos andando; si usted me respeta porque me quiere, yo le respeto á usted porque le quiero, y no sucederá nada de lo que usted dice, porque le juro á usted por mi sangre, que yo me quitaré la fatiga que me ha entrado por su hija de usted, y su hija de usted cuando no me vea, ni me oiga, ni me entienda, como yo no la he dicho una palabra, se la pasará la fatiga que haya cojido por mí, y en paz todo el mundo, y amigos hasta la eternidad, y corriente. Y mire usted, compadre, cuanto más amigos más claros: no tengo gana de conversación, que me va entrando el sueño; conque á dormir y buenas noches.

—Pues buenas noches marqués; yo también estoy así como mareado.

Y los dos se arrebujaron.

La verdad era que el uno y el otro se tenían en tanto, que se respetaban mútuamente.

Don Miguelito había intentado imponerse al alcalde, y el alcalde, sin irritarse, había dicho todo lo que tenía que decir y no se había dejado imponer.

Ninguno de los dos se ahogaba en dos dedos de agua;

estaban dispuestos á aprontar lo que viniese, y á poco que se recogieron, se durmieron como gente que no tenía cuidados.

Todo lo que pasaba estaba muy en el temperamento de los dos.

El lobo viejo y el lobo joven se habían encontrado y se unian.

CAPITULO LXII

De cómo don Miguelito, tratándose de mujeres, no podía irse á la mano.

Al día siguiente por la mañana, antes de la salida del sol, el tío Carcomilla, según se lo había mandado su amo, fué á despertarle.

Pero estaban ya despiertos el alcalde y don Miguelito, vestidos y pensando en lo que habían de decir para justificar la ida con ellos de la señora Margarita y Carlota á Guillena.

—Pues compadre,—dijo el alcalde á don Miguelito,—no hay más que decir en parte la verdad y en parte la mentira; y con ponernos de acuerdo con esas dos hembras, estamos á la vereda. Conque á ver si las llaman y las levantan, y podemos hablar con ellas y convenir en lo que hay que convenir.

Cuando salieron á la sala se encontraron con el almuerzo preparado.

La gitanería del cortijo no había dormido en toda la noche, porque la había pasado cocineando.

Y como había habido más tiempo para preparar el almuerzo que el que hubo para preparar la cena, el almuerzo era más variado y más glotón.

Aparecieron por fin la señora Margarita y Carlota.

Entrambas venían pálidas y con ojeras, y con señales de haber pasado mala noche.

La niña no había dormido, sobreexcitada por el horror de lo que había visto.

A la señora Margarita no la habían dejado dormir el recuerdo de don Miguelito y sus imaginaciones acerca de lo que la pasaba; porque había levantado tantos castillos en el aire, había formado tantos proyectos sobre don Miguelito, que la balumba de sus embrolladas imaginaciones la había causado jaqueca.

Acabó el almuerzo, y cuando se quedaron solos, preguntó á la señora Margarita:

—Diga usted, mujer, ¿usted tiene hijos?

—No señor, ¿y por qué?—contestó la señora Margarita.

—Por nada, ¿y tiene usted familia?

—Mire usted que yo no lo sé muy bien,—dijo la señora Margarita;—pero á mi padre le mataron hace dos años en el Real de la Jara, sobre si el tabernero había puesto más cuenta de la que era menester ó no había puesto, se agarraron de palabra, se armó un belén, y mi padre palmó: á mi madre la dió de resultas un soponcio y murió, y unos primos que yo tenía, no sé por donde andan.

—¿Conque es decir, hija, que despues de haberse muerto su marido de usted, se ha quedado usted sola como un espárrago?

—Sí, señor, solita y no de Dios, y á veces el que parece solo está más acompañado.

Y la rolliza capataza miró de una manera significativa á don Miguelito, que se la sonrió.

Le convenía tener engañada á la señora Margarita.

—Pero hija,—exclamó el alcalde,—á usted la falta una cosa.

—¿Y qué es lo que á mí me falta?—preguntó con extrañeza la señora Margarita, que creía que no la faltaba nada.

—Pues la falta á usted un pañuelo negro al pecho y otro pañuelo negro á la cabeza, porque al fin es usted viuda y la falta á usted hacer el *mondiu*; porque al fin y al cabo, aunque el muerto fuera un pícaro y usted no lo haya sentido, es necesario cumplir con el mundo.

—Bueno, yo sentiré todo lo que usted quiera; pero lo que es los pañuelos negros, ¿de dónde los había yo de sacar?

—Aquí habrá algo de eso,—dijo el alcalde.

En efecto; se preguntó y salieron, no ya dos pañuelos negros, sino hasta ocho.

Porque el año anterior, la familia había tenido luto por un hermano del tío Carcomilla.

La señora Margarita se enlutó.

—Bueno,—dijo el alcalde,—pues ha de tener usted entendído, prenda, que el señor marqués y yo salimos ayer por la mañanita de Guillena para tomar lenguas y saber donde andaban esos canallas de caballistas, ¿usted entiende? y usted no tiene más que decir, y usted lo mismo señorita, sino la verdad, hasta cierto punto; es decir, que usted es la capataza del cortijo Hondo, señora Margarita, que en el cortijo Hondo estaba don Julián del Soto, llamado el Fraile

Negro, y que había llevado allí á esta señorita, diciendo que era su sobrina; que cuando los caballistas dieron el asalto al cortijo Hondo y mataron á don Julián, se las llevaron á ustedes y al tío Norberto, y que al fin y al cabo han matado al tío Norberto y ustedes se escaparon, y que yendo nosotros por la ribera de la Cala, una media legua más abajo del Pozal de la Jara, se encontraron ustedes con nosotros.

—Pero don Julián no era mi tío, —exclamó Carlota,— don Julián me había robado en Morón después de haber cometido el asesinato de un hombre á quien yo amaba y con quien huía, porque mis padres se oponían á que yo me casase con él: habíamos tomado en una jaquita el camino del Arahal, donde mi Pablo tenía un tío cura, y donde pensábamos casarnos.

Al subir por la cuesta que hay de Morón al Arahal, nos salieron de repente al camino ocho frailes negros.

Era más de la media noche, y hacía luna, una luna muy clara.

Los frailes negros rodearon la jaca y la detuvieron por el freno.

Entonces Pablo quiso resistir, pero le tiraron muerto de la jaca al suelo de un tiro que le dieron en la cabeza.

Cuando volví en mí, me encontré sobre la jaca en los brazos de uno de los frailes negros, y caminando muy de prisa.

Ibamos fuera de camino por sendas y trochas descansando muy poco.

Al fin á las veinticuatro horas del asesinato entrábamos en el cortijo Hondo, y mi raptor, don Julián, me encerraba en una habitación de la que no he salido hasta que los caballistas me libraron.

Dios ha salvado milagrosamente mi honra, porque don Julián que tan feroz era para todo, se sentía cobarde delante de mi, y mis lágrimas, y mis gritos y mis protestas le vencían.

Y este don Julián era el hombre con quien mis padres habían querido casarme, y por el que no habían querido me casase con mi Pablo.

—Hija,—exclamó el alcalde,—y entonces teniéndola á usted ese hombre en su poder, ¿por qué no la llevó á usted á su casa?

—Yo no sé,—contestó Carlota;—pero fué sin duda porque sabía que no había fuerzas que me obligasen á casarme con él, y quiso además sin duda procurar martirizarme para que cediera mi resistencia. Además de esto debió temer que yo le acusara del asesinato de Pablo.

—He ahí el hombre que tanto estimaba como defensor de la justicia el alcalde mayor de Sevilla.

—Así es todo el mundo, marqués,—dijo el alcalde;—hipocresía; hipocresía y no más que hipocresía: el que parece un santo, en cuanto se le quita el hábito de embustero con que se disfraza, aparece un demonio. Y así se engaña al mundo, y así viven los pícaros á costa de los tontos. Y oíga usted, señorita, ¿por qué tenía tanto empeño su padre de usted en casarla con don Julián?

—Porque eran amigos de toda la vida, y porque don Julián, que era muy rico, había sacado de grandes apuros á mi padre.

—Hombre, yo era muy amigo del don Julián,—dijo el alcalde de Guillena,—y me confiaba todas sus cosas; pero á mi no me había dicho nunca que se había enamorado ni que se iba á casar.

—¿Cuanto tiempo hace?—preguntó Carlota.—¿Desde la última vez que vió usted á ese hombre?

—Más de seis meses,—contestó el alcalde de Guillena.

—Pues vea usted ahí,—contestó Carlota;—por eso no sabía usted nada, porque sólo hace cuatro meses que don Julián me conoció.

—Hombre, ¿y cómo puede ser eso,—dijo el alcalde,—siendo don Julián tan amigo de su padre de usted?

—Porque yo he estado desde niña hasta hace cuatro meses educándome en el convento de las dueñas del Espíritu Santo.

Se conmovió cogido de improviso don Miguelito, y estuvo á punto de cometer una imprudencia preguntando á Carlota por Milagros.

Pero recordó que por el tiempo en que Carlota había salido de las dueñas del Espíritu Santo, no había entrado aún en el convento Milagros.

Al largo del alcalde de Guillena no se le pasó desapercibida la conmoción de don Miguelito.

—Aquí hay gato encerrado,—dijo para sí;—algún belén tiene este indino en ese convento; ya lo averiguaremos. Y diga usted, niña,—añadió en voz alta:—¿cómo se llama su padre de usted? Porque habiendo sido don Julián tan amigo suyo y tan amigo mío, alguna vez ha debido hablarme de su padre de usted.

—Mi padre es mayorazgo,—dijo Carlota,—y se llama don Vicente Puertoblanco.

—¡Anda, anda!—dijo de una manera harto significativa el alcalde de Guillena, y dándose un golpe en la frente como quien recuerda.—¡Torpe de mí; pues si Puertoblanco, don Julián y yo éramos tres y uno, y uno y tres! Ya caigo.

Podridos tengo yo los oídos de oirle decir á mi amigo don Vicente que tenía una hija criándose en un convento de Sevilla; pero yo no me acordaba del nombre del convento. Pues, hija mía, hágase usted cuenta que está usted con su padre, porque es lo mismo: y yo arreglaré esto, y no hay más que hablar. Pero lo repito, en Guillena diga usted, que ustedes se han escapado de los caballistas, y que nosotros nos las hemos encontrado media legua antes del Pozal de la Jara. Y por lo demás, bueno, cuente usted la historia del asesinato de su novio y del robo que de usted hizo don Julián, que esta es la verdad; pero para no compromoter á la señora Margarita, diga usted que de miedo que á usted la causaba el don Julián, decía usted que era usted su sobrina en el cortijo, porque él le había mandado á usted que así lo dijera.

—¡Y buena honra creerán que tengo yo,—exclamó llorando Carlota,—sabiendo que he estado ya dos meses en poder de ese hombre!

—Esa es una desgracia, hija, que no se puede remediar; pero mi familia que es á la que se tiene que dar satisfacción, creerá lo que es verdad; y con su padre de usted yo lo compondré.

—¿Y adónde voy yo á ir á parar?—dijo la señora Margarita;—porque todo se arregla ménos lo mío.

—Vaya, pues arreglado,—dijo Caparrota;—se está usted unos días en Guillena, casa de don Timorato; y entre tanto yo le compraré á usted en Sevilla un mesón para que se maneje con él, porque me parece usted la mujer más apropósito del mundo para mesonera.

—Bueno, pues no hay más que hablar,—dijo la señora Margarita.

—Entonces vámonos,—dijo don Miguelito;—que ya está bien salido el sol y muy de prisa hemos de andar si hemos de llegar á Guillena á las tres de la tarde.

Partieron.

En efecto, entre tres y media y cuatro de la tarde entraban en Guillena.

Los del pueblo se encandalizaron un tanto al ver que un alcalde que había estado fuera dos días, sin que nadie supiese donde había ido, volvía trayéndose á las ancas una señorita tan hermosa Carlota, y que el señor marqués de Casa-Vaquera traía asimismo á las ancas una rolliza buena moza.

Sobre todo, donde esto causó mayor impresión á primera vista, fué en la familia del alcalde.

Ni la alcaldesa ni Rosarito podían sufrir, la una que su marido y la otra que su casi novio, ó mejor dicho, el hombre en quien no había cesado de pensar desde el momento en que le vió, se viniesen al pueblo, después de haber salido sin decir adonde iban, cada cual con su cada cual.

Pero en fin, cuando se llegó á las explicaciones y se contó la historia que se había amañado, las dos hembras se tranquilizaron y toda la famiila se consagró á cuidar de aquellas dos desgraciadas, viuda la una, hija de unos antiguos amigos de la casa otra, y robada á su familia.

Como el alcalde había estado algún tiempo fuera del pueblo, se vió obligado á hacer justicia en cuanto llegó á oir algunos querellosos, á poner en orden algunas cosas, y para esto, á trasladarse á la casa del ayuntamiento.

Como las dos recien llevadas al pueblo, habían pasado malísima noche, y á más de eso tenían que hacer una farsa, se recogieron en el cuarto que se las destinó.

La alcaldesa no estaba prevenida como el alcalde acerca de la afición que se habían demostrado don Miguelito y Rosario.

La mujer del médico, en cuya casa estaban, era una bendita de Dios, y las niñas de don Timorato andaban por la casa como por la suya propia.

Don Miguelito se había salido al huerto, que era grande y frondoso, y se había sentado al pié de un nogal en un sillar que allí servía de asiento, capaz apenas para dos personas, y estaba embebido en sus cavilaciones.

Sus negccios se complicaban, se ponían á punto de un rompimiento, y empezaba á sentirse inquieto.

Se había asegurado por el momento poniendo fuera de combate al alcalde mayor de Sevilla, llevándoselo á su casa, y apoderándose, en fin, de él.

El alcalde de Guillena le había removido dos inconvenientes; don Pánfilo y el Petaquero.

El teniente alcalde que había sustituído interinamente al alcalde mayor, no era absolutamente terrible.

Todo en él era una fachada y poco fondo, gran serenidad y muy pocas palabras; pero también muy poca cabeza, y su escribano no era ni con mucho lo que había sido don Pánfilo.

Don Miguelito vacilaba.

Lo había cubierto todo, y decía para sí:

—Yo tengo una fortuna inmensa, una reputación sin tacha, amo á Patrocinio y Patrocinio me adora; si yo cortara mis aventuras, me quedaría redondeado; nadie podría probarme nada, y sobre todo, mi seguridad sería completa si fuese á establecerme en Madrid: mi vida anterior quedaría sepultada en un misterio profundo; pero sería nece-

sario renunciar á Milagros. ¡Oh, no! Yo no puedo renunciar á ella, y mucho más ahora que descubro que esa Carlotita ha pasado la mayor parte de su vida en el convento de las dueñas del Espíritu-Santo. Carlota podría servirme de mucho; su situación es difícil y probablemente su padre la enviará de nuevo al convento. El padre de esa criatura debe ser, cuando tan amigo es de don Timorato y lo fué del Fraile Negro, un buen peine. Yo tengo buena imaginación: ¿por qué no buscar un medio para apoderarme de Milagros? Difícilmente puede descubrírseme: ¿por qué, pues, esta inquietud que se ha apoderado de mí? Una vez fuera del convento Milagros, como me adora, como es mi esclava, se someterá á los hechos consumados. ¡Qué felicidad la mía entonces! Entonces, puedo retirarme, completamente satisfecha mi alma.

El recuerdo punzante de Rosario pasó entonces por la imaginación de don Miguelito y se extremeció.

Se acordó de lo que la noche anterior le había dicho el alcalde de Guillena; esto es, que su hija, aunque él no lo comprendiese aún, era la mujer que había de volverle loco, definitivamente loco.

—¡Bah!—dijo don Miguelito,—de esa chiquilla me olvido yo en cuanto quiera. No me conviene indisponerme con su padre, sería una locura: ni él puede conmigo ni yo puedo con él. No sabía yo que andaba por el mundo un tal mozo. Los dos juntos lo podemos todo: enemigos, nos destruiríamos el uno al otro. ¡Bah! Es necesario que yo me quite esta tentación de la cabeza; es una maldición para mí esta locura por las mujeres y este empeño que tomo por todas: es necesario empezar á tener juicio. Nada, nada, olvidémonos de esto.

En aquel momento don Miguelito oyó á su espalda un ligero roce entre la espesura.

Volvió la cabeza y vió á la morena y admirable Rosario, mirándole de hito en hito, con sus magníficos ojos negros, y con la expresión más enamorada del mundo.

Se extremeció hasta las fibras más íntimas de su corazón don Miguelito.

Y de sus ojos partió, sin que él pudiera impedirlo, una mirada encendida para Rosario.

El semblante de Rosario se nubló, y sus ojos miraron de una manera terrible á Caparrota.

—¡Ah! ¡No por Dios! Que me hace usted daño, hija, corazón mío,—dijo don Miguelito, refiriéndose á la terrible mirada en que acababa de envolverle Rosario.

Esta dió vueltas á la espesura, vino junto á don Miguelito y se sentó en el poyo, donde, como era muy estrecho, quedaron demasiado próximos.

—Usted es un mal hombre,—dijo con desprecio Rosario, dando á conocer á Caparrota que su padre no había mentido cuando le habia dicho que su hija Rosario tenía la sangre más enérgica y más negra que ellos dos juntos.

—Es para mí una desgracia horrible,—dijo don Miguelito,—que la hija de un hombre que es tan mi amigo, piense de una manera tan desfavorable de mí.

—¡Ah!—exclamó Rosario,—sí, lo repito, es usted un mal hombre: usted me ha mirado de una manera, y me ha dicho palabras, aunque breves, que hacen que el hombre casado que mira y habla de tal manera á una mujer honrada, sea un bribón.

—Expliquémonos, expliquémonos, Rosario,—dijo don Miguelito;—pero, sobre todo, no me mire usted así, que

me mata usted: está usted tan divina con su enojo, y yo no tengo fuerzas para resistir.

—Usted ha debido dejarme en paz,—dijo Rosario con una candorosa y enérgica franqueza.

—Yo no he podido resistir á tanta hermosura y á tanta alma,—dijo don Miguelito,—he sido imprudente, es cierto; pero me había propuesto alejarme y no pensar más en usted.

—Eso no lo dice más que un hombre cruel y mal criado, —contestó Rosario, poniéndose pálida de cólera y saltándosela las lágrimas.

—Yo creía que usted aprovecharía este propósito mío, porque es una señal de respeto, Rosario,—dijo don Miguelito.

—A buena hora,—dijo Rosario, rompiendo á llorar y mirando de una manera ansiosa á través de sus lágrimas, á don Miguelito.

—Pues que se lo lleve todo el demonio,—exclamó don Miguelito, con la voz apasionada, asiendo por la cintura á Rosario y estrechándola entre los brazos;—que nos mate tu padre á tí y á mí.

Sucedió lo de siempre.

Aquella especie de don Juan Tenorio de nuevo género, no podía resistir á la múltiple tentación de la hermosura, del amor y de la pureza.

Rosario se puso vivamente encendida.

Había visto muy cerca la mirada de fiera hambrienta, pero enamorada, invencible, de don Miguelito.

Un vértigo desconocido había pasado por ella.

Rechazó, sin embargo, de una manera instintiva, enérgica á Caparrota, y le dijo:

—Pues usted vea lo que ha de ser, porque yo no deshonro á mi familia, ni yo me conformo con ser infeliz; usted es casado: ¿cómo vamos á salir de esto? Yo he hecho esfuerzos por olvidarme de usted y no he podido; yo no sé lo que me pasó en el momento en que vi á usted; usted me consintió con sus miradas, con sus requiebros, con su palabras de amor; yo no podía creer que un hombre que parecía un caballero se atreviese á mirar á una señorita pura y honrada como si fuera una mujer cualquiera á quien importasen muy poco su honor y su familia. Esto ya no tiene remedio: es usted, pues, mi enemigo; porque, lo repito, yo no me resigno á ser infeliz, como tampoco me resigno á deshonrarme.

—¿Y por qué no hemos de amarnos de la manera más pura del mundo,—dijo don Miguelito, —como si fuéramos hermanos?

—Vamos, yo no entiendo eso,—dijo Rosario;—ustedes creen que las señoritas de los pueblos somos tontas, estúpidas, y esto es un error; yo no comprendo que cuando se ama á un hombre pueda amársele como yo amo á mis hermanas: cuando una mujer que no ha amado nunca, consagra su alma á un hombre, necesita para ser feliz que aquel hombre la consagre su alma entera: yo no tengo la culpa de lo que me sucede; yo me he convencido de que cuanto más luche con esta afición que se me ha entrado en el alma por usted, mi afición será más grande. Basta con los días que han pasado; y yo no sé á qué digo á usted nada de esto, á qúé hablo á usted de una cosa que no tiene remedio: es que estoy humillada y desesperada, porque al ver lo que me sucede, yo no debía hacer otra cosa que lo que había pensado hacer: en cuanto le viese á usted en una ocasión, matarle.

Y con un movimiento tan rápido que por poco agarra á Caparrota con una pequeña navaja que tenía en la mano, oculta por el pañuelo, le tiró un viaje tal, que si don Miguelito no salta atrás le agarra.



—¡Por vida de la sangre de don Timorato! —exclamó don Miguelito.

Y luego acercándose sin miedo, aunque estaba todavía airada Rosario, la dijo:

—Supongamos que me hubieras matado, mujer; yo no he huido el bulto sino porque luego no te desesperases; pero si despues defigurarte que me has dado una puñalada en el corazón, no te arrepientes, mátame; que yo no me moveré.

—Este hombre es el demonio, señor,—exclamó Rosario tirando la navaja por encima de la espesura.

Luego se sentó de nuevo y se echó á llorar.

—Te estás comprometiendo y me estás comprometiendo á mí y comprometiendo á tu padre. Si sobreviniere alguno de la casa y te viera llorando á lágrima viva, ya la teníamos armada: domínate, serénate, y si quieres que hablemos sin cuidado de que nadie nos sorprenda, dime si tú puedes bajar esta noche al huerto.

—Sí,—dijo Rosario,—bajaré.

—Pues entonces yo, en cuanto venga tu padre de la casa consistorial, me despido de él como para irme á Sevilla y vuelvo, y por las tapias del huerto te hablo.

—¿A qué hora?—dijo de una manera profunda Rosario.

—A la media noche,—contestó don Miguelito.

—Pues bien, mire usted, á la media noche acérquese usted á la tapia del huerto, por aquel lado donde está aquella higuera; á la media noche no hay en el pueblo un alma. Sí, yo necesito hablar con usted.

—Bien, pues hasta la media noche,—dijo don Miguelito,—yo me voy: ocúltate tú hasta que pase la conmoción de que estás dominada.

Don Miguelito se fué.

Nadie había sorprendido la entrevista de los dos amantes.

Pero Caparrota la había cortado á tiempo.

Apenas había salido á la plaza, cuando salió de las casas consistoriales, después de haber despachado los negocios pendientes de la villa, don Timorato.

—Dispénseme usted, marqués,—le dijo éste,—pero he tenido que cumplir con mi obligación.

—Tan dispensado,—dijo don Miguelito,—que yo me despido de usted para ir á cumplir con la mía.

—¿Cómo? ¿Cómo es eso?—exclamó don Timorato, mirando de una manera singular á Caparrota.—¿Tan pronto deja usted á sus buenos amigos, sin haber descansado?

—Quiero llegar antes de que oscurezca á Sevilla, ó, mejor dicho, á mi quinta de los Prados; y como los caballos están fatigados, no necesitaré menos tiempo que desde ahora hasta el oscurecer para llegar.

—Es que yo quería hablar con usted, don Miguelito,—dijo don Timorato.

—Lugar tendremos de hablar, me parece,—dijo Caparrota;—mi mujer debe estar impaciente y cuidadosa; como que me vine sin despedirme y ya hace dos días que falto.

—Pues vaya usted con Dios, señor Marqués,—dijo don Timorato.—¿Cuándo nos volveremos á ver?

—Me parece prudente,—dijo don Miguelito,—que nos veamos en Sevilla en mi quinta. No lo olvide usted, en los Prados; en este pueblo todo el mundo le dará á usted razón.

—Me parece bien,—dijo don Timorato.—Así como así mi sobrino está ya bueno, y tengo que llevarle á Sevilla. Espéreme usted mañana.

—¿Supongo que usted no irá á parar á ninguna casa más que á la mía?

—Por supuesto, don Miguelito. Así tendremos más libertad para hablar; tenemos que convenir en lo que se hace con esa Carlota. Con que hasta mañana, compadre.

—Hasta mañana, don Timorato.

Y don Miguelito montó en su caballo, que por una orden suya al salir de la casa, había ensillado y el suyo Piruétano.

Amo y criado tomaron ostensiblemente el camino de

Sevilla; pero apenas habían andado media legua, cuando don Miguelito metió su caballo por un sendero que se perdía entre un olivar.

Piruétano se fué detrás.

Don Miguelito puso su caballo al trote y no paró hasta unos espesos árboles que había en una riberilla.

Se metió entre ellos y desmontó.

Arrojó las riendas á Piruétano.

—Ata los caballos á un árbol.

Don Miguelito fué á echarse al pié de otro.

—Tú conoces este terreno, Piruétano, ¿no es verdad?—le preguntó.

—Sí señor, á palmos,—contestó Piruétano.

—¿Y hay alguna trocha ó sendero por donde se pueda llegar sin ser notados al pueblo de Guillena?

—Sí señor,—dijo Piruétano;—pero como vuecencia ha sesgado mucho, de aquí á Guillena hay más de una legua.

—No importa; échate por ahí y abúrrete todo lo que quieras como me aburro yo, hasta que lleguen las diez de la noche.

Fuése al pié de otro árbol Piruétano, se sentó, y se puso á picar un cigarro.

CAPITULO LXIII

—

Los extraños amores de una mujer fuerte

Todo el tiempo que pasó desde la seis de la tarde, hora en que llegó don Miguelito á la arboleda, hasta las diez de la noche, que le anunció su reloj de repetición, lo pasó con la cabeza revuelta por una confusión de ideas, de pensamientos, de sensaciones.

Comprendía bien que su pasión por la mujer había de acabar por perderle, y estaba irritado contra sí mismo, porque á despecho suyo, no podía vencer la inclinación que sentía por Rosario.

A más de esto, Rosario, que no cedía en hermosura ni á Patrocinio ni á Milagros, tenía para él algo que no teníaan las otras de una manera tan decidida; esto, es, la bravura.

La cita que había empeñado con él Rosario, podía considerarse como un duelo.

A don Miguelito le trastornaba la cabeza el recuerdo de aquella acometida imprevista que le había obligado á saltar atrás para evitar una puñalada.

¡Era mucha hembra aquella! Hija, en fin, de su padre.

Tal vez si Patrocinio ó Milagros se hubieran educado en un pueblo, y teniendo al lado un padre tal, hubieran sido la misma cosa; pero aunque bravas de espíritu no eran bravas de acción.

Además de esto, ambas se habían rendido como corderas á Caparrota, en tanto que Rosario le había acometido con intención de matarle.

Esta tentativa de Rosario había sido más elocuente para Caparrota que hubieran podido serlo las más vehementes manifestaciones de amor.

Porque en verdad, él no había comprometido en manera alguna el honor de Rosario.

Rosario, sin embargo, había necesitado vengarse del mal que le había hecho don Miguelito.

—¿Qué mayor demostración de que ella no podía ser feliz sin su amor, y que viéndose empeñada por el amor de un hombre casado, su cólera y sus celos, la idea de que don Miguelito continuase perteneciendo á otra mujer, la hubiesen inspirado el pensamiento de exterminarle?

Aquel era un amor más allá de toda ponderación un amor voluntarioso y terrible, y sobre todo, digno.

Todas estas deducciones y muchas más que don Miguelito sacaba de aquel hecho, le aturdían, le mareaban, hacían que por el momento, Rosario, aquella niña que hacía tan poco tiempo que la conocía, fuese la señora de su alma.

Pero por más que en aquella situación, la idea dominante de Caparrota fuese Rosario, no podía apartar de su

imaginación el peligro en que la cita empeñada pon él con Rosario, podía traer un peligro sobre Patrocinio.

¿Quién sabía los resultados que aquella cita podía tener?

Más de una vez don Miguelito había hecho un movimiento para levantarse, montar á caballo é irse á su casa, faltando á la cita de Rosario; pero aquella hermosura y aquella pureza tentadoras, aquella alma brava y extraordinaria, le retenían allí, esperando el momento de ir á la cita convenida.

—¡Pero, señor, esto es terrible!—exclamó Caparrota después de uno de estos momentos de lucha.—Yo debo tener mi organización viciada. Sí, sí, indudablemente yo estoy loco: yo me creo valiente y soy lo más cobarde del mundo; no puedo vencerme á mí mismo. Esa chiquilla es peligrosa; se ha vuelto loca por mí, de una manera que comprendo bien: dando y viniendo en su imaginación conmigo, irritándose porque un hombre casado se ha atrevido á requebrarla y á enamorarla, pretendiendo arrojar de sí mi recuerdo, y haciéndole con la lucha más tenaz. ¿Y qué hago yo si sobreviene un compromiso? ¡Bah! Y bien, suceda lo que quiera, con quitar de enmedio á ese don Timorato del diablo; estamos del otro lado. Y sin embargo, ¿cómo puede ella amar al matador de su padre? Pero, Señor, ¿por qué cuento yo con el amor de Rosario, si estoy que no me veo de amores? Un hombre como yo no debía considerar á las mujeres más que como un entretenimiento. Antes, las mujeres para mí no eran más que una aventura; pero desde que me enseñó á amar aquella pobre Aurora, aquella mujer mía que nadie conoció como mi mujer, se me quedó el vicio, ó más bien, la tontería del amor. Un hombre de acción, y tanto más cuando como yo se compromete en asun-

tos negros, debe evitar todo lo que pueda preocuparle ó enervarle. La verdad es que el amor me ha traído gravísimos inconvenientes, que sabe Dios hasta qué punto será grave este nuevo amor mío. ¿Y por qué, señor, por qué? Amo sin saber á cual de las dos más, á Patrocinio y á Milagros, y todavía me queda corazón para amar á otra. No lo entiendo; en fin, ¿qué se le ha de hacer? es inútil qúe luche; conozco que no puedo moverme de aquí sino para ir en busca de Rosario.

Y así en estas maquinaciones pasó don Miguelito el tiempo, hasta que, consultando su repetición, esta marcó las diez de la noche.

—¡Eh! Piruétano, Piruétano,—dijo don Miguelito á su lacayo-bandido, que dormía á poca distancia de él,—despierta y á caballo.

Piruétano se levantó, se desperezó, desató los caballos y tuvo el estribo á su amo.

Montó enseguida.

—A ver si me llevas á Guillena,—dijo don Miguelito,—por lugares tales que se nos vea. En estando allí dentro de hora y media, llegamos á tiempo. Ten presente que yo quisiera que los caballos se quedasen cerca, en alguna arboleda escondidos.

—Descuide vuecencia, que nadie nos verá por el camino, y mientras vuecencia esté en el pueblo, verá nadie los caballos.

—Ea, pues, echar á andar.

Se emprendió la marcha.

Ni el amo ni el criado hablaron durante una hora y cuarto ni una sola palabra.

Al fin al llegar junto á una espesura, Piruétano se detuvo, y dijo:

—¿Ve vuecencia esa torre que se distingue á poca distancia entre lo oscuro? Pues esa es la torre de la iglesia de Guillena.

—Espérame aquí, dentro de la espesura,—dijo don Miguelito desmontando.

Y adelantó hacia Guillena, absolutamente sin armas.

Había dejado las pistolas en las pistoleras.

Hubiera tenido vergüenza de sí mismo llevando armas á una cita de amor, y por otra parte, para el caso extremo de que le sorprendiese don Timorato, no quería encontrarse con armas.

A don Miguelito todo el mundo le parecía suyo, y no tenía miedo en ninguna parte.

En diez minutos llegó al pueblo, y se metió resueltamente por él.

No encontó un alma viviente.

Salió á la plaza y se orientó.

La noche era oscura.

Reconoció la casa del médico; esto es, la casa donde se aposentaba don Timorato con su familia.

Estaba profundamente silenciosa.

Ningún resquicio de sus ventanas dejaba ver una luz.

Don Miguelito ganó una callejuela á que hacía esquina la casa, y muy pronto encontró la tapia del huerto.

Siguió por ella, la rodeó y vió al fin la sombra de la higuera que le había indicado Rosario.

Don Miguelito oprimió el resorte de su repetición.

Eran las doce menos cuarto.

Inmediatamente don Miguelito tanteó la tapia, que era baja, escabrosa, y de un facilísimo acceso.

Don Miguelito la salvó con suma facilidad.

Se deslizó por el tronco de la higuera al huerto, y avanzó, como él sabia avanzar, sin causar más ruido que el que hubiera causado un gato, hacia el lugar donde por la tarde habia tenido su entrevista con Rosario.

Pero don Miguelito no pudo ménos de sorprenderse al encontrar á Rosario sentada en la piedra.

Había tropezado materialmente con ella; no había podido verla.

Rosario tenía un traje oscuro, á causa del cual estaba confundida en la enramada que se levantaba inmediatamente detrás del tosco sillar que le servía de asiento.

—Gracias,—dijo Rosario con la voz incisiva, como irritada contra sí misma, como despechada.

—¿Por qué esperabas aquí?

—Porque me parecía conocerle á usted, y no me había engañado; yo estaba segura, una de dos, ó de que usted, por miedo á mi padre y por evitar historias no vendría, ó de que si venía usted llegaría antes de la hora y se metería usted en el huerto. Le he dado á usted las gracias porque ha venido.

—Y yo te doy las gracias,—dijo don Miguelito,—porque me has esperado.

Si mi padre por casualidad nos sorprende nos mata á los dos,—dijo Rosario.—¡Y mire usted que mi padre está receloso; mire usted que yo le conozco, y que no me ha mirado nunca como me ha mirado esta tarde después que usted se ha ido. Déjeme usted la mano, esta mano no puede ser de usted.

—¿Y por qué no, si tú me amas, si estás loca por mí?

—¿Y eso qué le hace?

—¿Cómo que qué le hace eso?—exclamó don Miguelito.

—Mire usted, yo he pensado mucho después de que usted se ha ido, y he visto una cosa recordándole á usted, más serena que cuando le veía á usted, señor despenador de mujeres; si yo estoy loca por usted, usted está condenado por mí. Puede ser que usted no lo conozca todavía, pero usted no puede olvidar á Rosarito, y Rosarito va á ser su desesperación de usted. Esta va á ser mi felicidad y mi venganza, hasta que un día, porque usted vendrá á verme mientras que yo consienta en que nos veamos, mi padre nos coja y haga yo no sé qué.

—¿Tú piensas bien lo que dices, Rosario?

—¡Vaya si lo pienso y si lo sé! A usted cuando me vió se le ardieron los ojos y se puso usted pálido, y cuando yo le ví á usted, me dió así como una congoja, que todavía me dura. Vamos, sí señor, sí, ¿por qué no he de decirlo? Yo estaba ya enamorada de algo que no encontraba, yo estaba triste, yo estaba desesperada; á mi alma la faltaba la mitad de su alma; yo no sabía lo que me faltaba; pero cuando le vi á usted, encontré lo que me hacía falta, lo que nos hacía falta á los dos. Desengáñese usted, el sino, y ni que tiremos por arriba, ni que tiremos por abajo, nuestro sino se cumplirá.

—El sino tuyo,—exclamó don Miguelito,—es hacerme el más feliz de los hombres.

—Yo siento no poderle á usted hacer feliz,—dijo Rosario,—porque no lo será usted, usted tiene ya una mujer; y yo no la deseo á esa mujer ningún mal. Y mire usted, si fuera al revés, si yo fuera ya su mujer de usted, y otra, sabiendo que usted estaba casado conmigo le quisiera á usted, mire usted Miguel, yo la mataba.

—No me desesperes, Rosario.

—Sentiré que usted se desespere; pero qué quiere usted, hijo mío, nos hemos conocido tarde. Si yo no fuera una buena muchacha, una muchacha honrada, usted no debería quererme; y aunque no sea más que porque usted no tenga derecho á despreciarme, encontrará usted siempre en mí un imposible

—Pero el amor no es lo materia, Rosario, sobre lo que puede manchar la honra esta el amor del alma.

—Si su mujer de usted fuera su alma, no lo sería yo,—exclamó Rosario;—porque yo no creo que un alma se pueda partir. Puede usted estar seguro de que mientras usted viva, y aún si muere usted antes que yo, después de su muerte, no tendré corazón más que para usted, yo no viviré más que para usted, yo no me casaré nunca, Vamos, ¿y á qué me había yo de casar, con un hombre á quien no quisiese? Todo lo que podía querer lo he querido ya.

—¿Y si yo me desesperase? ¿Si yo arrostrase por todo?—exclamó don Miguelito en un acceso de pasión, trasportado por las palabras de Rosario.

—Me defendería,—contestó la joven.

—¿Y si yo prefiriese mil veces la muerte, al tormento de amarte sin esperanza?

—Yo no puedo matarle á usted. Cuando esta tarde irritada, lo pretendí, me horroricé; pero me mataría.

—Tú vas á volverme loco ó me has vuelto loco ya,—exclamó don Miguelito;—tú vas á hacer que yo aborrezca á mi mujer, á todo lo que me impida unirme á tí.

—Me causaría usted un horror mortal si usted hiciese algo contra su mujer por quedarse libre. Entonces, ni aún le vería á usted.

En vano puso en juego don Miguelito todos sus medios

de seducción: se encontraba siempre con una firmeza incontrastable; se irritaba creyendo que la terrible hija de don Timorato se vengaba de él desesperándole, y llegó á lo que que no había llegado por ninguna mujer, á llorar como una mujer.

Al fin Rosario le obligó á retirarse.

Habían pasado dos horas.

—No tentemos á Dios,—le dijo;—mi padre, se lo repito á usted, está receloso; harto imprudente he sido dejando dure tanto tiempo nuestra conversación. Váyase usted.

—¿Y cuando nos volveremos á ver?—dijo don Miguelito.

—Muy de tarde en tarde.

—¡Oh, no, no, esto sería horrible!

—Será todo lo horrible que usted quiera,—contestó Rosario;—pero es forzoso.

—Cada tres días,—exclamó don Miguelito.—Tres días que serán para mí tres eternidades.

—¡Ah, no, imposible!—exclamó Rosario.

—Cada ocho días,—dijo don Miguelito.

—No; cada quince,—dijo Rosario.

—Si paso quince días sin verte, me muero.

—Bueno, si yo no me voy detrás,—contestó Rosario con una sangre fría que desesperó á Caparrota,—rezaré por su alma de usted todos los días.

—¡Yo voy á dar un estallido!—exclamó don Miguelito. —En fin, dentro de ocho días, el domingo que viene estaré aquí; si tú no acudes...

—Se habrá usted paseado.

—Parece que me desprecias y te complaces en irritarme.

—No, no es eso; es que me he consentido ya á mi mala

suerte y lo tomo con calma. Pero váyase usted porque sino me voy yo.

—Me voy,—dijo don Miguelito;—pero acuérdate; el domingo que viene á las doce de la noche estoy aquí.

Don Miguelito cogió de improviso una mano á Rosario, y antes de que pudiera esta retirarla, se la besó.

Luego, escapó hacia la tapia, trepó por el tortuoso tronco de la higuera, y saltó al otro lado.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó Rosario.—¡Yo estoy loca, yo no sé lo que vá á ser de mí!

Y lenta, silenciosa, andando furtivamente, sin producir el más leve ruido, se metió en la casa.

Entre tanto don Miguelito decía, ganando la espesura donde había dejado á Piruétano con los caballos:

—Esa mujer me va á perder.

Don Miguelito entró al amanecer en su quinta.

CAPITULO LXIV

De como fué el prólogo de las bodas de Serafina y del sobrino del alcalde

Como á las doce del día siguiente, el alcalde de Guillena, muy puesto de tiros largos, pero de corto, á lo jaque, y su sobrino Isidro, á lo jaque también y con no ménos lujo, llegaron á la quinta de los Prados en dos potros cartujeños que daban envidia.

—Aquí tienes, Patrocinio,—dijo don Miguelito,—al señor alcalde de Guillena, mi amigo, con el que he ido á tomar lenguas para ver por donde andaban esos canallas de caballistas, (hay que advertir, que el alcalde mayor, que al parecer había trasladado su domicilio á la quinta de don Miguelito estaba delante); y aquí tienes también al buen mozo á quien quisieron aserrar esos bribones.

Isidro saludó á Patrocinio, en la que desde el punto en que la había visto fijaba una mirada atónita.

—¿Y es esta la señora marquesa?—dijo don Timorato,—

que miraba con no ménos asombro que su sobrino á Patrocinio.

—Sí, sí señor,—dijo esta,—y me alegro mucho de conocer á usted, don Timorato, porque Miguel me ha dicho de usted muy buenas cosas.

—Gracias, señora,—dijo don Timorato.

Y añadió, volviéndose á don Bortolomé.

—Perdone usted, señor alcalde mayor, si no le he saludado hasta ahora; pero ante todo las damas,

—Indudablemente,—dijo el alcalde mayor.—Y tanto más, cuando se trata de damas tales como la señora doña Patrocinio, mi amiga. ¿Y qué tal, qué tal, don Timorato, ha logrado usted dar con la pista de esos bribones?

—No, no señor, y lo siento, porque no he podido ahorrar á usted el trabajo de dar con ellos.

—No, no, ese trabajo ya no es mío,—dijo don Bartolomé; he dejado el oficio: la carga de alcalde mayor de una ciudad tal como Sevilla, era ya demasiado pesada para mis años. No veo bien, no tengo la cabeza tan firme como otras veces, y á esto atribuyo el no haber podido dar con esos invisibles de Sevilla, de quienes usted habrá oido hablar. Otro se hubiera obstinado por vanidad en conservar su cargo; pero yo no he querido perjudicar á la justicia, y lo he dejado.

—Ha hecho usted bien, señor alcalde mayor,—dijo don Timorato,—así estará usted descansado y sin compromisos; y sino fuera porque en los pueblos es menester ser alcalde, aunque no sea más que por no sufrir á otro alcalde, yo también dejaría la alcaldía de Guillena. Mire usted, no he faltado más que dos días del pueblo, y no completos, yendo con el marqués por esos andurriales á tomar lenguas, y

cuando volví ayer, me encontré con que había habido riñas y garrotazos, y borracheras, y escándalos, y he tenido que meter en la cárcel á cinco vecinos; y cuando me vuelva mañana, después de haber evacuado el negocio que me trae á Sevilla, estoy seguro que tengo que meter en la cárcel á otros tres ó cuatro. En esta tierra no se puede ser alcalde, porque aquí todo el mundo tiene la sangre caliente y son provocativos y se burlan hasta de su sombra, y por cualquier cosa se meten mano. No pasan quince días sin que, ya en el pueblo, ya en su jurisdicción, suceda una muerte, eso sin contar las puñaladillas y las cosas menudas, que se pierde la cuenta. En fin, á todo se acostumbra uno. Y mire usted, el día que no pasa algo, y no tengo que acudir con la vara enarbolada, no estoy á gusto; porque me parece que me falta alguna cosa: la costumbre.

Isidro oía y callaba, y al fin se había dominado, y á tiempo, porque don Miguelito, distraído, no había reparado en la atónita y expresiva mirada que Isidro había fijado en Patrocinio.

—¿Y á qué viene usted; don Timorato,—dijo Caparrota. —Es á alguna cosa en que se le pueda servir á usted?

—No señor, no, es un negocio de mi sobrino, en que no le puede servir nadie más que la persona á quien vamos á ver. Y no digo quién esa persona porque esto es todavía un secretillo. En fin,—añadió el alcalde levantándose, en cuyo movimiento le siguió su sobrino,—hemos tenido ya el honor y el gusto de saludar á ustedes, particularmente á la señora marquesa, y nos vamos, ustedes nos dispensarán, porque el asunto que traemos urge; pero volveremos esta tarde, porque yo he prometido al señor marqués que no tendré más posada que su casa.

—Sí, sí, ya me lo ha dicho y todo está dispuesto.—dijo Patrocinio.

—Pues á los pies de usted, señora, y hasta la tarde,—dijo don Timorato.—Beso á usted la mano, señor alcalde mayor.

Y salió con su sobrino, que saludó torpemente, no porque fuese tímido, que se pasaba gran parte de su tiempo en Sevilla y era un poco de la cáscara amarga, ó más bien un mucho, sino porque estaba coartado.

Don Miguelito se fué acompañándolos.

—Hasta ahora no he visto un hombre tan hermoso como ese joven,—dijo don Bartolomé.

—Verdaderamente que es muy hermoso,—dijo Patrocinio,—y será lástima le suceda un trabajo.

—Sí; podrá tener algún lance con algún envidioso, con algún celoso,—dijo el alcalde mayor;—pero me parece bravo y capaz de cualquier empeño.

—Pues por eso digo que será lástima,—contestó Patrocinio; porque los valientes y el buen vino duran poco.

Patrocinio había comprendido la grave impresión que había causado en Isidro, había recibido de él una mirada que podía llamarse de inteligencia, y se había irritado.

Entonces entró Caparrota.

—¿Saben ustedes á que va el bueno del alcalde de Guillena?—dijo. Pues va á que su sobrino se enamore de una mujer con quien le quiere casar. No conozco hombre más original que ese don Timorato.

—Pero Señor,—dijo para sí Patrocinio,—¿estará de Dios que los maridos, por tunantes que sean, sean todos ciegos?

—¿Qué te parece, Patrocinio, del sobrino del alcalde?—dijo con la mayor naturalidad Caparrota.

—¡Ah! Un buen chico,—dijo Patrocinio,—pero tiene mala cara.

—Cara de valiente,—contestó don Miguelito.

—Sí, de valiente de cierto género,—dijo Patrocinio; y yo no extrañaría que en efecto él hubiera sido cómplice de los caballistas en lo de Guillena, y que lo de la sierra haya sido una farsa.

—¿Usted lo cree así, mi señora doña Patrocinio?—exclamó avispado el alcalde mayor. A mí también se me había figurado; pero aquel pobre diablo de don Pánfilo, me lo quitó de la cabeza.

—¡Cá, mujer!—exclamó don Miguelito.—Tú eres demasiado recelosa. Si cuando yo fuí á Guillena me lo encontré en la cama, malo del susto.

—En efecto,—dijo el alcalde mayor;—malo y muy malo; y parece increible que estando como yo le ví cuando fuí á hacer la indagatoria, se haya restablecido completamente.

Patrocinio no insistió.

Don Miguelito necesitaba poco para avisparse.

Sin embargo, había tirado la piedra y había dado en el blanco.

El alcalde mayor tenía ya en qué pensar; y aunque había dejado la vara, sin duda debía creer de su deber avisar al que le había sustituido.

Entre tanto, Isidro, trotando al lado de don Timorato, que iba impaciente le decía:

—Me parece á mí, tío, que aunque esa mujer que usted va á enseñarme sea la diosa Vénus, me va á mí á parecer ménos que un trapo, porque ya me ha llegado á mí la hora de caer y he caído. ¡Vaya una mujer que tiene su amigo de usted!

—¡A que te pego un tiro Isidro!—exclamó el alcalde.—¿Con que te he traido yo á casa de un amigo, ¡pícaro! para que te enamores de esa manera de su mujer?

—Pues aunque me pegue usted dos, tío, lo que yo digo es verdad, y sin poderlo remediar estoy que no sé lo que me pasa.

—Cuando tú veas á Serafina, la adoras,—dijo el alcalde—y sino la adoras te mato.

—¿Apostamos, tío,—dijo Isidro,—á que usted se ha enamorado de esa señora y no pudiendo usted casarse con ella quiere usted casarla conmigo?

—¡Que hago una barbaridad, Isidro!

—Vaya, bueno, tío, no se incomode usted, que ya sabe usted lo que yo le quiero; y por darle á usted gusto, si puedo y me casaré.

—No, no, no es á mí á quien le tienes tú que dar gusto; en fin, tú cállate, que no sabes de la misa la mitad; ¡habrá pillo! ¡Hombre si no sé como no te deslomo! Y cuidado como te presentas á esa gloria de Dios, y por lo mismo que te tuerces, para enderezarte, antes de ocho días te caso.

—Bueno, tío, yo haré todo lo que pueda.

Tú harás todo lo que quieras, porque en viendo tú esa moza no vas tú á querer más que lo que ella quiera, y ella no va á querer más que lo quieras tú; ¡hombre, pues no faltaba más! Y que no vayas á creerte que es así una cualquier cosa, una mujer de poco más ó ménos como las que tú estás acostumbrado á tratar, pillo, cuando te me escapas del pueblo y tengo yo que venir á sacarte con garabatos, de Sevilla; tú hazte cuenta que es una señora y que es menester hablarla con mucho aquel y mucho miramiento; porque además de que es muy fina, es muy niña y muy vergonzosa,

y por nada se pone colorada como un tomate. ¿Qué sabes tú lo que eso es? Pues si eso no fuera lo que es, ¿lo querría yo para tí?

—¿Y dice usted que es una niña, tío?

—Tan inocente como si tuviera tres años,—dijo don Timorato.

—¡Pero si usted dice que tiene treinta y cinco!

—¿Y eso qué le hace? Parece más joven que la marquesa y no tiene el desparpajo de la marquesa y aquel mirar por derecho; mira que á mí no me ha gustado ni una *miaja*, porque la marquesa es la mujer de su marido; quiero decir, que Dios los cría y ellos se juntan, y que la marquesa es como el marqués y el marqués como la marquesa; y no te andes tú en bromas con la marquesa, chiquillo, porque mira tú que te se puede venir el gato á las barbas: no te hagas tú ilusiones, que la marquesa está enamorada de su marido, y tan enamorada que está celosa; eso se la conoce á la legua, aunque lo quiere disimular, y ya le has llenado tú el gorro de guijas á la marquesa solo con mirarla como la miraste cuando la viste, bobalicón, que no parecía sino que era la primera vez que veías á una mujer. Y gracias á que el marqués estaba distraído y no reparó, que sino ya la tenemos.

—Pues, mejor,—dijo Isidro,—eso me mete más en ganas.

—Que te tiendo la mano. Isidrillo.

—Bueno. tío, lo que usted quiera, no se disguste usted. En fin; lo que fuere sonará.

—Lo que tú tienes que hacer es arrimarle los talones al bicho, que ya me está tardando á mí el que la veas, porque en viéndola, yo sé lo que te va á pasar.

Los caballos trotaban que volaban: ellos eran buenos, y sus ginetes inmejorables.

En fin, desde la quinta de los Prados á Siete Revueltas, y contando con que por las calles no pudieron ir tan de prisa, solo invirtieron una media hora.

—¡Ay señora!—exclamó la señora Petrola, que estaba al balcón podando ccon unas tijeras un rosal;—¡Qué ahí viene don Timorato, y con un mozo que da gloria verle!

—¡Ay Petrola, que ese será el sobrino con quien me quiere casar don Timorato!

—¿Y qué ha hecho usted, que no se ha asomado?

—Quita mujer, que eso estaría mal visto; yo no debo hacer eso.

—Pero se ha puesto usted amarilla, señora; se le ha parado la sangre.

—Calla, Petrola, que tanto me ha hablado de su sobrino don Timorato, y con tales ponderaciones, que sin poderlo yo remediar no he dejado de pensar en él.

—Mire usted señora, que ya están ahí.

—Bueno, pues bajas y les abres y les traes á la sala, y vas á buscarme á mi cuarto.

Y Serafina escapó tan encendida y tan sobrexcitada como pálida se había puesto cuando la señora Petrola la dijo que se acercaba el alcalde y su sobrino.

—¡Tío!—exclamó Isidro con el acento más profundo de desaliento mezclado de admiración y de escándalo al ver á la señora Petrola.—¿A que es ese pecado con faldas, el prodigio que usted me decía?

—Cállate, animal, que esa es la criada.

—¡Ah, vamos!—exclamó respirando Isidro, porque le tenía tal miedo á su tío, que no se hubiera atrevido á ne-

garse si su tío le hubiera mandado casarse con la señora Petrola.

Echaron pie á tierra, y entraron con los caballos en el portal á tiempo que la señora Petrola abría la cancela.

Se metieron en el patio y ataron cada uno á una columna los caballos.

La señora Petrola se deshizo en cumplimientos y en demostraciones de alegría, y condujo al alcalde y á su sobrino á la sala.

—Hagan ustedes el favor de sentarse y esperar,—dijo la señora Petrola,—que voy á avisar á mi ama.

Y se fué.

—¿Sabe usted tío, -dijo Isidro,—que todo esto está muy apañadito y muy limpio, y que huele aquí muy bien.

—¡Si esto es el paraíso, hombre!—dijo don Timorato.—Ya, ya verás tú, tonto: en la postura en que te pille ese serafín cuando le veas, te vas á quedar tres horas sin resuello, sin oídos y sin vista, medio muerto, exánime y sin saber lo que te pasa.

—Vaya, tío, que si llega usted á ser viudo...

—Que te abro en canal, Isidro. Cuando tú la veas verás que Dios no ha hecho ese puñadito de azúcar para un hombre tan feo como yo, sino para un realísimo hembro como tú.

—Don Timorato,—dijo asomando la cabeza á una puerta la señora Petrola,—mi ama dice que la dispensen ustedes porque se está peinando.

—Dispensada está, señora Petrola,—dijo don Timorato;—que no se dé prisa por nosotros.

Petrola retiró la cabeza.

—¡Válgate Dios por peinados!—dijo don Timorato.—

Pero esta es una buena señal, chiquillo; tanto y tan bueno le he dicho yo de tí, que ella se ha enamorado sin duda, y está haciendo todos sus posibles para parecer más bonita; y eso que mira, que ni la luna, ni las estrellas, ni el sol. Ya verás tú. Y no sé á qué estás tan pensativo. ¿Apostamos á que no te se va de la cabeza doña Patrocinio?

—Déjeme usted en paz, tío,—exclamó con impaciencia Isidro.

—¡Cómo se entiende, desvergonzado!—exclamó saliendo de tono de una manera violenta don Timorato, y dando rienda á la ingénita dulzura de su carácter.—¿Así le respondes á tu tío? ¿Es esa la crianza que yo te he dado?

Y levantando á su sobrino por un brazo, le plantó una bofetada que la oyeron los campaneros de la Giralda, y mucho más Serafina, que se estaba peinando en un gabinete inmediato.

—¡Ay, tío, que me ha roto usted el alma!—exclamó Isidro.

Tales tenía las manos don Timorato, que á una piedra que él sacudiese una bofetada la deshacía.

Isidro no tenía ciertamente la cara de mármol, y empezó á salirle la sangre de la boca y de las narices.

Serafina en un momento impremeditado se lanzó en la sala, con el peinador, con los cabellos sueltos, descubierta la garganta, los hombros y el nacimiento del seno.

—Vamos, don Timorato,—dijo Serafina,—no sea usted bárbaro, mire usted que está usted en mi casa. ¡Pobre criatura, y cómo le ha puesto usted! Venga usted acá, hijo, venga usted.

—¡María Santísima!—exclamó Isidro mirando conmovido á Serafina y quedándose medio muerto.

—Más merecía,—dijo don Timorato;—pero me alegro porque ha salido usted así, mejor que si la hubieran á usted peinado los ángeles.

—¡Pronto, Petrola, pronto, la palangana con agua!—dijo Serafina sofocada, porque Isidro se había quedado con ella, como ella se había quedado con Isidro, y sin cuidarse de arreglar lo descompuesto de sus ropas, como que estaba muy descuidada peinándose.

—Nada, hija mía, nada, esto no es nada; esto no es más que una muela que me ha arrancado mi tío de un sopapo, y que debe de andar rodando por ahí, porque yo me acuerdo de que la he escupido.

El originalísimo don Timorato se echó á buscar la muela.

—Vamos, aquí está; ¡y qué sana y qué hermosa! Pues mira me alegro; esta muela la va á engarzar un platero en una sortija y la va á rodear de diamantes, y será la sortija de los desposorios; y así ella y tú os acordaréis de lo que hizo contigo vuestro tío, y de lo que es capaz de hacer con los dos, si no os lleváis como dos ángeles.

La bofetada de don Timorato lo había abreviado todo.

La presentación de Serafina, y la exposición y la conclusión del negocio.

A más de esto, y por la rapidez forzada de la presentación, Serafina se había presentado con muchas más ventajas que Patrocinio á Isidro.

Una vez repuesta Serafina, se cruzó rápidamente el peinador y se puso encendida como una amapola; pero los cabellos se la quedaron sueltos, admirables, magníficos.

—¡Vaya, don Timorato,—dijo toda confusa Serafina,—que da usted lugar á unas cosas!...

—¡No, que las cosas á que da usted lugar, señora!...—dijo don Timorato.

—Yo creí que mataba usted á su sobrino.

—No se hubiera perdido nada.

—¡Vaya! Se hubiera perdido mucho,—dijo Serafina.

Entró en aquel momento la señora Petrola con una limpísima jofaina, de loza inglesa, llena de agua.

—Ajofífate, Isidro, que eso no es nada, hombre, y lo debes dar por bien empleado, ya lo creo. Tome usted, señora Petrola, esa muela, lávela usted y tráigamela usted envueltita en un papel que tiene que servir.

Serafina servía de palancanero, el palancanero más hermoso que podía darse, y se sujetaba con la barba sobre el pecho el peinador.

Estaba confusa, cuidadosa, sobrexcitada, ruborosa, divina, y por sus mejillas se deslizaba una lágrima, la dolía la bofetada de Isidro, mejor dicho, la bofetada de don Timorato.

Isidro, mientras se lavaba, la miraba con los ojos entumecidos.

—Vaya, muchas gracias, gloria,—dijo cuando se hubo lavado.

Y tomó la blanca y finísima toalla que la señora Petrola había dejado sobre la silla.

Apareció entonces la señora Petrola con un papelito en la mano.

Era la müela, que entregó á don Timorato.

Tomó la palangana y se la llevó.

Se restableció la calma.

—Vaya, - dijo Serafina, alentando con trabajo,—pues ahora déjenme ustedes que siquiera vaya á recogerme el

pelo; pero que no vuelva usted á hacer otra barbaridad, don Timorato.

—Descuide usted, hija, que yo arreglo los negocios de una vez, y en éste no hay ya nada que hacer.

—Pues cuidado,—dijo Serafina.

Y se fué sin poder contener una mirada de Isidro.

—Oiga usted, tio, dentro de tres minutos empiece usted á voces como si me fuera usted á matar.

—¡Anda pillo!—exclamó don Timorato.—¡Bofetada con más provecho!... En fin, todo se ha hecho de una vez; ¿pero te duele, chiquillo?

—Calle usted, tío, que lo que á mí me duele ahora es el corazón.

—Vamos, ya ves si tu tío tiene buen gusto. Mira: el cortijo de la Peña Honda se lo doy yo de dote.

—Aunque no tuviera dote; aunque fuera menester comprarla la camisa,—exclamó Isidro.

—Vaya, hombre, pues me alegro, más vale así; ¿y cuál es la muela que te he sacado, hijo?

—Calle usted, tío, que yo ya no me acuerdo de la muela, y que no se verá la mella, porque es la segunda por arriba del lado izquierdo.

—Vaya, pues, corriente; me alegro por los buenos resultados; mira, chiquillo, yo me voy.

—Pero tío, ¿está usted loco?

—Sí, hombre, sí; me voy porque me corre prisa, y si no le llevo pronto la muela á un platero, va á tardar un siglo en hacer la sortija, y la sortija está haciendo falta.

—Mire usted, tío, hablando formalmente, usted no se va, porque eso es tener en menos á mi mujer, y usted puede

matarme y hacer conmigo lo que quiera; pero en lo tocante á mi mujer la tiene usted que respetar.

—Mira, Isidro, que sobre poco más ó menos habrán pasado los tres minutos que tú decías, y que no doy voces como que te mato, sino que te mato para que no te me subas á la parra; ¡pues nos enmendamos! Y vaya, bien, me estoy, tienes razón, que la Serafinita podía extrañarlo y ofenderse. Yo lo he dicho de buena fe, porque me impaciento, porque quisiera tenerlo ya todo dispuesto. ¡Y que el bodorrio va á ser menudo! Y en la quinta de los Prados; y siendo madrina la marquesa para que acabes de convencerte; para que veas que tu Serafina vale más que todas las marquesas habidas y por haber.

—Deje usted en paz á la marquesa, tío,—dijo Isidro,—que ese es otro cantar.

—¡Pero habrá desesperado de hombre!—exclamó don Timorato.—¿A qué las quieres á las dos?

—Yo no digo eso,—contestó Isidro; pero en fin, cuando le dan á uno un empellón por un lado y luego le dan á uno otro empellón por otro, cae uno como puede. En fin, yo le dare á usted gusto, y cumpliré con mi obligación, tío.

—Pues mira, peor para tí si andas con locuras. En fin, ya veremos: tú te me has descompuesto un poquillo; pero yo te arroglaré, porque estoy yo acostumbrado á arreglar cosas más difíciles en este mundo.

Apareció entonces Serafina vestida de una manera extraña, porque ella no usaba más que el hábito carmelita, pero había suprimido la toca, se había peinado con el pelo arriba y un gran rodete, que de pesado y de voluminoso, la caía sobre la espalda.

Tenía en algunas vueltas, á la garganta, el rosario de

diamantes que la había regalado don Timorato, ó mejor dicho, que poseía á causa de don Timorato.

Se había puesto sobre los hombros un pañuelo blanco de batista, liso, y este pañuelo trasparentaba sus mórbidos hombros, sobre el descote del hábito.

—¡Del todo, tío!—dijo Isidro.

—¿Del todo, del todo, chiquillo?—dijo don Timorato.

—Del todo, del todo y del todo; yo me voy á morir.

—¡Vaya un tío y un sobrino!—exclamó Serafina.

—Vamos, hija mía, ven acá,—dijo conmovido don Timorato;—dame tu mano; dame tu mano, Isidro, hijo mío.

Y juntó las manos de los dos.

— Que os vea yo siempre así, que no haya para vosotros nada en el mundo, más que vosotros mismos, Dios y vuestra familia; que Dios os haga, hijos, bien casados.

—¡Jesús, don Timorato!—exclamó Serafina,—usted es atroz.—¿Y usted qué sabe si su sobrino se arrepentirá?

—Como usted no se arrepienta diosa,—dijo Isidro,—yo no puedo más que arrepentirme de haber nacido, si usted no me quiere.

—Hombre, yo no he querido á nadie,—dijo Serafina;—y usted no me parece mal.

—¡Lo que mienten las mujeres, señor!—exclamó don Timorato. Pero no tienen ellas la culpa, sino las que las enseñan á mentir. ¡Y estás tú, niña, que un color te se va y otro te se viene, y te tragas los suspiros, y dices que mi sobrino no te parece mal!

—¿Pero qué quiere usted que diga, don Timorato?

—Vaya, bueno, mujer, tienes razón. ¡Si sabría yo que en cuanto este te viera, y tú vieras á este, os ibais á clavar! Pero, mira, mujer, yo creo que ya nos lo tenemos ha-

blado todo, y que si nos estamos aquí, no vamos á saber qué decir, y vamos á estar mirándonos como bobos. Nada hombre, nada, para mí los desposorios ya están hechos, salvo el sacramento, que vendrá en seguida; y lo que Dios manda, quiero decir, que ya este es un compromiso formal, y por lo mismo, yo quisiera que celebráramos la buena vista y el buen resultado de este negocio. Tú no has estado nunca en un montañés, Serafina, y te vas á casar con uno que te va á tener siempre de los toros al montañés, y del montañés á la comedia, y de la comedia á la gitanería; en fin, que te va á tener siempre divertida y sin tiempo bastante para ser feliz. Con que vamos, niña, échate un mantón y la mantilla, y á la calle con nosotros dos, que yendo yo con vosotros, tú no tienes nada que repugnar.

—Vaya, pues lo que usted quiera, don Timorato, voy á cobijarme.

Se quedaron de nuevo solos el tío y el sobrino.

Don Timorato se sacó de la faja la justicia, esto es, su bastón de alcalde, y empezó á desceñirse la faja.

—¿Qué hace usted, tío?—exclamó Isidro.

—Calla, hombre, me voy á quitar el cinto; me he traído para acá unas doscientas onzas por cuenta tuya, porque esta mujer era beata y no tenía alhajas, y es menester que nos vayamos con ella á la calle de Francos, y que ella escoja gargantillas y peinetas, y arracadas, y sortijas, y relicarios; en fin, á todo lo que alcancen las doscientas onzas. Esto por lo pronto, que luego ya se andará el camino hasta que tenga tantas alhajas como las que tiene su tía.

—Que sí,—dijo Isidro, y junte usted á eso las alhajas de mi madre.

—Aunque la cubrieras de diamantes y te arrancaras el

corazón para que se lo colgara á esa garganta de nieve que Dios le ha dado, no la pagabas lo feliz que va á hacerte; te llevas una manzanita del paraíso, que te ha traído tu tío á que la cojas del mismo árbol.

—Calle usted, tío, que me sofoco.

—¿Y la marquesa?

—¡Jesús, que me ahogo! No me hable usted de la marquesa, ni de nadie.

—¿Si lo sabría yo? Pues mira, hijo, no habíamos visto nada.

Acaba de presentarse Serafina con una basquiña de alepin, con un pañuelo de la India al cuello, con una mantilla de blonda, y su semblante escuadrado en rica blonda, y su garganta con un collar de coral rosa, parecían más hermosos aún.

Se la veían además los pies y parte de la pierna, que eran deliciosos.

Aquellas prendas, que no las tenía Serafina porque no las había usado nunca, las había prestado por la galería interior la vecina de al lado, que era una buena moza del mismo empaque que Serafina; así lo manifestó ésta.

—Pues espérate ahora un poquito, hija mía,—dijo el alcalde,—que le saque las tripas al cinto.

Y le vació sobre el sofá.

Al ver caer Serafina tanta onza, exclamó:

—¿Y para qué es eso, don Timorato?

—Yo no me llamo don Timorato,—dijo éste, esquivando la pregunta de Serafina;—para tí yo me llamo tío.

—Pues bien: ¿para qué es eso, tio?

—Tú no tienes más que ver, oir y callar.

—Bueno, tío.

Don Timorato metió en un largo bolsillo de seda verde con pasadores de oro las doscientas onzas que había traído en el cinto por compartir el peso; se ciñó luego el cinto, sobre él la faja, se metió por delante en la faja el bolsillo, se atravesó el bastón de justicia entre la faja y los riñones, se echó al hombro la rica manta jerezana, se puso el sombrero de catite, y dijo á Serafina:

—Vamos andando.

Al llegar á las escaleras, don Timorato la dijo:

—Vamos, agárrate, chiquilla, no te vayas á caer por las escaleras.

Y á seguida, mientras la bajaba, la dijo en voz recatada:

—Mira tú, niña, lo del rosario de diamantes que sacaste, pase, que ya lo arreglaré yo; pero todos los otros rosarios que tienes de rubíes y esmeraldas, los tiras al albañal, porque tu marido querrá saber de dónde han venido.

—¡Pero tío, si yo no tengo más alhaja que ese rosario!

—¡Calla! Pues me alegro. ¡Pues no mentía mucho aquel pillo de don Pánfilo! ¡Ay, niña, lo que te quiero! Me estoy muriendo por tí, pero limpiamente.

—Yo también le quiero á usted mucho, tío; es usted muy bueno. ¡Jesús! Y qué dos bichos tan hermosos.

—Tu marido te enseñará á montar, porque tú has de ser una señorita,—dijo don Timorato;—y entonces yo te compraré un caballo tan bueno como el de tu prima Rosario, que es el mejor bicho que piafa en Andalucía. Y ya verás tú, tu prima Rosario y las otras dos nenas, mejorando lo presente. Pero vamos, anda, anda tú, Isidro, que te quedas ahí embobado mirando á tu mujer; vámonos á la calle de Francos.

Salieron.

En la calle de Francos, en una de las mejores joyerías, se dejó el alcalde las doscientas onzas, menos un par de ellas, que guardó para lo que hubiera que gastar.

Isidro le llevaba á Serafina un paquete de estuches bastante rico, porque con sesenta y cuatro mil reales, cuando se sabe comprar como sabía don Timorato, se obtiene un bonito surtido de alhajas.

Después de esto se metieron en un montañés.

Serafina se metía en un mundo nuevo; Serafina gozaba y era feliz; se le había olvidado todo; no veía más que á Isidro, que era realmente un admirable mozo, y como le conmovía la hermosura de Serafina, parecía mejor.

—No se sabia cual requebraba más á Serafina, si el tío ó el sobrino, con la diferencia de que los requiebros de don Timorato eran de todo punto paternales, y los de Isidro de todo punto candentes y picantes, por su práctica de tuno.

No se comprendía que siendo un tan excelente hombre don Timorato, tuviese tan horrible reverso de fiera y de bandido, como ya hemos visto.

Era un tipo puramente de la tierra baja; admirable en la familia, terrible en el camino; viejo caballista indultado, venido á alcalde y á hombre honrado y pacífico en la apariencia; pero conservando enteros sus instintos de bandidaje; un ser excepcional que hace decir á los extranjeros cuando se les habla de él, que esos son bandidos de ópera cómica; es decir, de fantasía.

Pero existen, porque todo lo que se puede imaginar dentro de la lógica, existe; y nada más lógico que un bandido de ese género, dada la manera de ser y de sentir de una gran parte de los habitantes de la tierra baja.

No queremos repetirnos; ya hemos explanado esto bastantemente en algunas de nuestras historias de bandidos andaluces, especialmente en José María.

Eran las cinco de la tarde, cuando llenos de amor, de comida y de bebida, pero pudiéndose tener de pié, se volvieron á casa de Serafina.

Don Timorato y su sobrino se despidieron de ella hasta el día siguiente, en que debía empezarse á arreglar el casamiento, y montaron á caballo para volverse á la quinta de los Prados, dejando á Serafina aturdida, embriagada, preocupada, asustada por lo que la acontecía, y sobre todo, feliz.

CAPÍTULO LXV

De cómo un alcalde mayor puede verse convertido en polizonte.

Tomaban chocolate en un cenador del jardin, cuando llegaron don Timorato é Isidro, Patrocinio, don Miguelito. don Bartolomé y Jacintilla, la que se consideraba ya como una señorita casa de Caparrota.

Convenía así; era necesario casar al alcalde mayor para acabar de desazonarle; había que cortar todo lo relativo á la justicia anterior: la justicia nueva no era responsable de lo pasado, y no podía tener un gran empeño en descubrirlo, en tanto que los invisibles eran siempre la pesadilla de don Bartolomé.

A primera vista Patrocinio se convenció de que se había operado una gran transformación en Isidro, y que la preocupación de que Isidro daba muestras, no era por ella.

Lo comprendió todo, y se arrepintió de aquella grave insinuación que había hecho el alcalde mayor queriendo

prevenir con la prisión de Isidro, desgracias probables que le había hecho temer la ruda impresión que había causado en el sobrino del alcalde.

¿Pero sería ya tiempo de evitar las consecuencias de aquella insinuación intencionada?

Era necesario esperar para salir de esta duda.

Patrocinio no se atrevía á deshacer su insinuación, y su insinuación había producido más efecto que el que ella había creido.

Don Bartolomé con todas sus rarezas, con todas sus debilidades, era fanático por la justicia, severísimo, terrible, tenía además, su larga práctica de magistrado, y si no había dado con los invisibles, había sido á causa del bribón de don Pánfilo.

Para don Bartolomé era indudable que entre los caballistas que habían incendiado el cortijo del marqués y habían cometido los crímenes de Guillena, había una relación íntima, directa.

Si, en efecto, el sobrino del alcalde de Guillena había sido cómplice de los tales caballistas, se tenía en él un hilo por el que podría llegarse al descubierto de la verdad.

Don Bartolomé, sin embargo, era prudente y no dió á su sustituto un aviso que era en sí muy grave, esperando á confirmar por sus propias observaciones lo atendible de los indicios.

Cuanto más se estudiase el asunto, más seguro debía ser el golpe.

Isidro no podía escapar; le aseguraba su confianza.

Era el osurecer cuando llegaron el alcalde y su sobrino.

Se les sirvió el chocolate, y mientras le tomaban tuvo lugar la conversación siguiente:

—Conque vamos, ¿qué tal les ha ido á ústedes por Sevilla, amigos míos?—dijo Patrocinio.

—Que lo diga Isidro,—contestó el alcalde,—que es la parte más interesada.

—Nada, señora,—contestó naturalísimamente Isidro,—que hemos ido al asunto de mi boda.

—¡Cómo! ¿Se casa usted?

—Sí señora, y muy á gusto,—contestó Isidro;—y cuando usted conozca á mi mujer creo que usted aprobará mi elección.

—¿Y nos había usted guardado todo eso, don Timorato? —dijo Patrocinio con una adorable y facil franqueza.

—Yo, señora,—contestó el alcalde,—no hablo de las cosas hasta que están hechas: pero como esa cosa está hecha ya, me va usted á permitir le haga una súplica.

—Cuantas usted quiera, don Timorato.

—Pues mi súplica es, señora marquesa, que el señor marqués y usted apadrinen la boda; y que la boda se haga aquí Esto es muy hermoso.

—Pues por supuesto, don Timorato, por supuesto,—dijo Patrocinio,—¿y cómo no?

Al oir hablar de boda, el alcalde mayor suspiró y la Jacintilla, que estaba junto é él, le dejó ver una mirada lánguida.

—¿Y quién es la novia?—preguntó Patrocinio.

—Una señora que yo he conocido por una casualidad, una perla. Si yo no hubiera sufrido las picardías de esos caballistas no hubiera conocido á esa señora, porque la conocí viniendo á Sevilla á dar parte de lo que había ocurrial señor alcalde mayor, al que no encontré en su casa, sino al escribano... En fin, aventuras.

El alcalde mayor estaba con tanto oído.

Don Tímorato acababa de cometer una imprudencia.

Podía suceder muy bien que habiendo ido á asuntos de justicia á Sevilla don Timorato, hubiese tenido una aventura.

Don Bartolomé tenía el instinto de los curiales, que muchas veces, por una inducción lejana, los conduce á la verdad.

¿No podía haber tenido aquella aventura á causa de don Pánfilo, don Timorato?

La muerte de don Páufilo, ¿no podía tener alguna relación con aquella aventura?

El alcalde mayor había reparado en que don Timorato había citado á don Pánfilo con un acento singular.

Continuó escuchando con suma atención; pero sin dar muestras de ello.

—En cuanto yo ví aquella perla,—dijo don Timorato,—dije, para mí: ya he encontrado yo lo que le hacía falta á mi sobrino. En cuanto mi sobrino cure de la enfermedad que le ha causado el susto de haber querido aserrarle, le traigo á Sevilla para que la vea.—Y vamos, como los hombres valientes se curan pronto de los sustos, cuando volví, le encontré en disposición de venir á ver á su novia, la ha visto y ha sucedido lo que yo esperaba, que él y ella y ella y él se han enamorado como dos tórtolos, y que desde mañana empiezo yo á hacer las diligencias para que se casen, y la primera es ir á ver al padre espiritual y tutor á un tiempo de Serafina, al padre Porciúncula, de los capuchinos de Sevilla.

Este era un dato más para el alcalde mayor, que no aventuró una sola pregunta.

Patrocinio tampoco preguntó: veía al descuidado don Timorato en un terreno falso.

Se pasó bien la velada.

Jacinta tocó la guitarra y cantó.

El alcalde mayor estaba sobre aviso, y le desvelaban las sospechas que tenía.

Ya como á las doce de la noche, se le figuró que sentía un leve ruido en el jardín á donde daban las ventanas de su cuarto.

En efecto, en el jardín había dos hombres, y entre el profundo silencio de la noche se percibía perfectamente el murmullo de sus voces, aunque estaban lejos.

Había, pues, un misterio

¿Qué hacían dos personas velando á aquella hora en el jardín de la quinta?

El alcalde mayor para abrir la ventana había apagado la luz.

Permaneció en ella.

Su amor á la justicia se había revelado más y más desde el momento en que, libre de toda ocupación se encontraba en aquella especie de eden que Caparrota tenía en su quinta de los Prados, y sobre todo la gachonería, la tunantería, el efecto como pudiéramos decir, el amor con que le trataba Jacintilla, le tenían tranquilo.

Jacintilla para él era una señorita robada por gitanos.

Se le había contado una historia, y el alcalde mayor que necesitaba creerla, la había creído.

Caparrota había contado con falsificar papeles y hacer un estado civil falso á Jacintilla, comprando el silencio y la coadyuvación de los gitanos, parientes de la muchacha.

Se le había dicho que se esperaban estas pruebas, y en

cuanto estas pruebas estuviesen, más para satisfacer el juicio públlco, que para satisfacer á don Bartolomé, á quien bastaba cumplidamente con la posesión de Jacintilla, debía celebrarse las bodas.

Jacintilla, por otra parte, como había anegado su amor por el Petaquero en el oro del alcalde mayor, y no tenía otro amor, no impacientaba á don Bartolomé como le había impacientado la Pajarita de las Nieves.

Podía decirse que el alcalde mayor era feliz.

La diabólica gitana le embriagaba, más aun, su alma excesiva sentía una especie de embriaguez por el amor idólatra de don Bartolomé.

Los gitanos forman un mundo aparte que es necesario conocer para poder apreciar sus pasiones.

A veces se ve una gitanilla de doce á trece años con un muchacho sobre la cadera, una canasta á la espalda y cordones de pelo en la mano, acompañada de un gitano viejo, raro, desvencijado, imposible, cargado de tenazas y badilas, y que cualquiera creería el abuelo de la gitanilla y el tatarabuelo del *chorré*.

Pues nada de esto, es el marido de la *gachí*.

Dirase á esto que la *gachí* aborrece cordialmente á la estantigua del marido; pero esto no es verdad.

La *gachí* se muere por el viejo *gachó*, se derrite por él, es feliz por él.

No conocemos naturaleza tan primitiva como la naturaleza de los gitanos.

Parece que son una viejísima raza, una raza contemporánea del diluvio, que apenas ha progresado.

Sus caracteres distintivos, son únicos antiguos, pudiéramos decir, que monumentales, en cuanto al tipo.

Colocados en la esfera inferior de la sociedad, están rodeados por todas partes de misterios.

Aman lo maravilloso como los hombres primitivos.

Son como ellos supersticiosos y tienen algo de fantásticos.

Son, en fin, el cadáver viviente y degenerado de una civilización muerta hace miles de años, una momia india ó egipcia en acción.

Y luego se dirá que la Naturaleza no es conservadora, cuando si se busca bien se encuentra existente todo lo que ha existido, salvas necesarias modificaciones.

Comparad á un gitano de raza pura con la cabeza humana de una esfinge asiria, y encontraréis exactamente el mismo tipo, la misma grandilocuencia, la misma fuerza de expresión, y en la mirada algo evidentemente extranjero á los otros.

En los gitanos impera más la naturaleza pura que la fantasía, aunque la tengan extraordinaria.

La hembra ama al varón y el varón á la hembra.

Enérgicos y terribles se adhieren de una manera tenaz.

Importan poco la edad y figura.

Parece que como conservan su viejo tipo, conservan también sus viejas costumbres, su vieja manera de ver y de sentir.

Usan un lenguaje que no es otra cosa que un sanscrito corrompido, y observan en sus bautizos, formas secretas y misteriosas.

Viven aislados y nómadas.

No toman jamás parte en el movimiento social.

Los que entablan relaciones de cierto género con los que no son de su raza, son inmediatamente excluídos.

Ejercitan una altivez extraordinaria, aunque no la manifiestan; y astutos y arteros se someten á todo para sacar provecho de todo.

Adulan, fascinan, seducen, sus conceptos son hiperbólicos y exagerados.

Acusan por todas sus partes una raza oriental, legendaria, perdida en los tiempos.

Por eso hemos dicho que son un mundo aparte.

Y como Jacintilla era gitana, no le importaba gran cosa la juventud ó la vejez del hombre, objeto de su amor.

Su primer sentimiento amoroso había sido el Petaquero.

Pero había pasado sin consecúencia; habían sido demasiado rápidos aquellos amores.

La seducción del oro la había inclinado á don Bartolomé haciéndola transigir con la diferencia de raza, y su primer paso grave en amor la había colocado completamente en el terreno de don Bartolomé, dentro de su jurisdicción.

Calcúlese cómo se encontraría don Bartolomé siendo el objeto de los amores de una gitana, de sus sonrisas, de sus zalamerías, de la mirada de fuego de sus ojos, y de la lánguida mortal y característica belleza de sus formas.

Don Bartolomé, pues, estaba satisfecho; se adormecía en las delicias de un edén, y como no luchaba, como no se desesperaba, como había llegado á una situación normal y definida, á la que sólo faltaba la consagración religiosa del matrimonio, tenía la razón despejada, era más que nunca capaz para sus funciones de juez, y había vuelto á imperar en él su amor, su idolatría por la justicia.

Así, pues, observando lo que pasaba á su alrededor, que podía tener relación con la justicia, cumplía con su deber, con su vocación y con sus hábitos.

En efecto, en el jardín había dos hombres.

Aquellos dos hombres eran don Timorato y don Miguelito.

Cuando todos se hubieran recogido, allá sobre las once de la noche, Caparrota dijo á Patrocinio:

—Tengo que ir á entenderme con don Timorato.

—Yo no sé qué cosas traes tú entre manos con ese hombre; en fin, Dios quiera que no tengamos un trabajo.

Se trata de cubrir todas las apariencias como sabes, mujer, y es necesario que estemos perfectamente de acuerdo don Timorato y yo.

Caparrota se fué al cuarto que habían destinado en la quinta al tío y al sobrino.

La embriaguez causa sueño, y la embriaguez del amor dominaba á Isidro.

Se había dormido.

Soñaba de una manera terrible con Serafina, y á veces cruzaba por sus sueños Patrocinio.

Los sueños no son otra cosa que la repercusión fantástica de las impresiones que hemos experimentado durante la vigilia, modificada por una multilud de combinaciones extrañas, que muchas veces se presentan fuera de toda relación reconocida.

Parece que en los sueños se nos revela otro orden de seres y de cosas.

La manera de los sueños, es un misterio y grave, puesto que soñando sentimos, y sentimos á veces de una manera, completamente distinta de como sentimos en la vida real.

Luego existe mi duda, otro orden de cosas que no están en relación con nosotros, sino durante el sueño.

Don Timorato no dormía.

Ni aún se había desnudado, por que don Miguelito le había prevenido le esperase.

Bajaron silenciosamente al jardín y se internaron en él, yendo á aquel mismo cenador de jazmines donde habían pasado la velada.

—Tenemos que hablar mucho,—dijo don Miguelito;—porque la verdad, la verdad es qüe estamos en una posición muy falsa, que las cosas no se hacen sin que produzcan consecuencias. En fin, compadre, que no se cojen truchas á bragas enjutas. Esas dos mujeres que nos hemos traido son dos inconvenientes que hay que arreglar.

—¡Y bonita se ha dejado usted á la capataza!—dijo don Timorato;—usted ha consentido á esa mujer, se ha venido usted sin despedirse de ella, y esa mujer está furiosa, y he tenido yo que verme y desearme para contenerla y que no dé un escándalo en mi casa, diciendo cosas que no tienen necesidad de oir mis niñas, ni mi mujer: la otra está, la Carlotita, que la ahogan con un cabello, piando porque no se la lleve á su padre, que dice que la va á matar, y que se haga la caridad de meterla en un convento. ¿Qué le parece á usted que hagamos, señor marqués? ¡Apropósito le doy á usted las gracias porque no me ha inquietado usted más á mi Rosario; y lo digo porque á mi Rosario se le ha pasado yo la tontería, y está tan tranquila como si tal cosa.

—Pues preciso,—dijo don Miguelito;—yo jamás tuve intención de ninguna especie respecto de su hija de usted, compadre; la dije cuatro cosas por costumbre, pero cuando hemos vuelto, he usado de la mayor circunspección. No podía ser de otra manera.

Y al mismo tiempo á don Miguelito se le alegraba el corazón, y se le agrandaba Rosario, porque veía que la fure-

za de voluntad de ésta y su sangre fría, llegaban hasta el punto de engañar á su padre, que era un pez de mar ancha.

—Pues mire usted, don Miguelito,—dijo don Timorato, —usted disponga mañana lo necesario, porque á mí no me parece oportuno que aquellas dos mozas permanezcan más tiempo en el pueblo. La señora Margarita está que no se la puede resistir, y aunque yo la he recomendado á la otra que se calle, no me fío mucho, porque la pobre me parece algo tocada de la cabeza. Usted conocerá, á la fuerza, á alguien que se encargue de esas dos mozas, y las tenga tan guardadas como sea menester, sin que nadie pueda hablar con ellas.

—Pues ya lo creo: ahí tenemos al valiente tío Carcañales, á quien no estará demás que usted conozca: con el tiempo estará usted en relaciones con él: es mi agente, mi intermediario: ¿usted entiende?

—Sí, señor; pues con enviar mañana una carta mía á ese tío Carcañales, se trae á las dos mozas y en paz.

—El tío Carcañales no irá porque no conviene,—dijo don Miguelito;—pero irá otra persona apropósito y es lo mismo.

—Pues bueno,—dijo don Timorato;—por esa parte estamos al corriente: luego ya veremos si conviene ir á ver al padre de Carlota ó mantenerla oculta y colocarla de la manera que se pueda, porque la chica dice bien: su padre tiene muy mal genio, y en cuanto á las cosas de la familia es muy delicado y es capaz de matarla.

—Pero es un buen mozo, ¿no es verdad?—dijo don Miguelito.

—Vaya, hombre, de lo poco que hay hoy: á caballo él, solo ó acompañado, ya le pueden echar migueletes al mozo: él se retiró con el riñón cubierto, le indultaron porque com-

pró el indulto; y si luego vino á menos, es porque su mujer es gastadora como el fuego; pero nuestro amigo don Julián, el Fraile Negro, estaba al reparo, y para vivir no necesitaba echarse al camino. De todas esas cosas hablaremos después, porque es necesario que nos conozcamos bien; vamos á otra cosa, compadre, ¿usted es muy rico?

—Sí, hombre sí; ¿pero á qué viene esa pregunta, si es usted tan rico como yo?

—Mire usted: yo casi todas mis propiedades las tengo en el campo,—dijo don Timorato;—pero las casas de campo son muy incómodas, y además se vive solo, en su solo cabo, allá donde Cristo dió las tres voces: Serafina se moriría en el cortijo, y ni aun en el pueblo viviría bien, porque está acostumbrada á Sevilla. Además de eso, compadre, hablando en plata, yo no quiero tenerla cerca, porque no, yo sé lo que me digo, porque me ha hecho hoyo, y que podría el diablo meter la pata. Vamos, ¡qué barbaridad! la mujer de mi sobrino: nada, lejitos, lejitos. Si usted tuviera una buena casa yo se la compraría á usted.

—Mire usted, compadre, todas las casas que yo tengo en Sevilla son buenas, muy buenas, grandes, espaciosas.

—Eso no le hace; cuanto más buena, mejor; ni á mi sobrino ni á mí nos duelen prendas.

—No es eso, compadre,—dijo don Miguelito;—es que todas las casas que yo tengo en Sevilla están vinculadas, son de mayorazgo. Pero no le hace; una tengo, y cabalmente desocupada, en la calle de Placentines, número 7, tiene un ciento de habitaciones, y cada salón que se pueden correr caballos, y un jardín que parece una huerta.

—Pues no hay más que hablar: allí se meten mis pimpollos, y usted ponga el alquiler que quiera.



—Sobre todo, mucho cuidado, compadre, que estamos muy comprometidos.

—Esa no es cuestión, compadre, mañana muy temprano llamo á mi administrador y le mando haga los reparos que sean menester á escape, y que amueble de lujo la casa como para dos recién casados, ricos y personas decentes. Después ajustaremos cuentras si es que usted quiere ajustarlas.

—Pues por supuesto, hombre; cada palo aguanta su vela, y eso está muy puesto en razón. Además, que mi sobrino es muy quisquilloso en ese punto, y no querrá que nadie le regale nada.

—De los padrinos se acepta siempre un regalo de boda, —dijo don Miguelito.

—Sí; y luego se corresponde con otro, que para eso no faltan ocasiones. No hay que hablar más de esto. Vamos á otra cosa: usted, como es un gran señor, tendrá usted vara alta con el arzobispo.

—Hombre, mucho; y si no ahí tenemos á mi amigo el marqués de la Pampanera, alcalde mayor de Sevilla, que es uña y carne de su ilustrísima, y su ilustrísima hará todo lo que don Bartolomé quiera.

—Lo que se quiere no es más sino que se active la boda cuanto antes mejor, porque no me llega á mí la camisa al cuerpo; aunque parece que han pegado bien, sin embargo, pueden suceder cosas... y, en fin, que no descanso hasta que los vea casados.

—¿Le parece á usted mucho tres días?

—Tanto como eso, no.

—Pues bien; en esos tres días se arreglará todo, la canastilla, el ajuar de la casa, el traje de boda y el de tornaboda; en fin, eso lo arreglará Patrocinio; y dentro de tres días al arzobispo, á quien le echaremos por empeño á don

Bartolomé, nos dará un mandamiento cerrado como lo dió no hace mucho para nuestro casamiento.

—Pues, compadre, yo creo que todo lo que teníamos que hablar lo hemos hablado ya,—dijo don Timorato,—y á mí me va cargando el sueño.

—Pues vámonos á acostar, compadre.

Y echó á andar para la casa.

Al entrar por la galería que daba al jardín, don Miguelito dijo descuidadamente:

—Sobre todo, mucho cuidado, compadre, que estamos muy comprometidos.

Estas palabras las oyó perfectamente el alcalde mayor que estaba en acecho.

Las ventanas de su aposento daban cabalmente sobre la galería por donde habían entrado don Miguelito y el alcalde de Guillena.

Muy pronto se perdió el ruído de los pasos, y todo quedó en silencio.

El alcalde mayor, más y más puesto en cuidado, cerró la ventana y se acostó.

¿Qué era, en fin, aquello? ¿Dónde estaba? ¿Había dado con el terrible jefe de los invisibles?

Todo lo que se hacía con él, ¿habría tenido por objeto embriagarle, cegarle, volverle loco?

Bien podía ser.

—Prudencia,—dijo el alcalde mayor rebujándose en el lecho;—ahora es cuando se necesita más calma que nunca: atención y confianza: la Providencia ayuda á la justicia, y tal vez la Providencia ha permitido estas pasiones y estas perturbaciones mías, para que al fin resplandezca la justicia.

CAPITULO LXVI

De como don Miguelito arregló á dos mujeres.

Amaneció al día siguiente, y empezaron todas las operaciones que habían determinado don Miguelito y el alcalde de Guillena.

Se dió orden al administrador general de Caparrota para que habilitase é hiciese amueblar de una manera lujosa y elegante, la casa de la calle de Placentines.

Patrocinio se encargó de todo lo necesario para la boda en lo tocante á Serafina.

Caparrota y don Timorato se fueron á almozar á la calle de la Mar, casa del tío Carcañales.

Le dieron dos cartas, una de don Miguelito y otra de don Timorato para que las llevase la persona que fuese al pueblo por la señora Margarita y por Carlota, y don Miguelito encargó al tío Carcañales metiese á aquellas dos hembras en el escondite cuando llegasen por la noche.

Después de esto, se volvieron á la quinta, y don Timo-

rato se volvió con su sobrino á Sevilla, y se fueron al convento de Capuchinos á pedir en forma al padre Porciúncula la mano de Serafina.

El padre Porciúncula la concedió, y todos juntos se fueron á ver á la novia.

Por supuesto que era y debía ser un secreto para Isidro el que su mujer fuese hija natural del padre Porciúncula.

Esto no venía á cuento ni hacía falta para nada.

La misma Serafina lo ignoraba.

Al padre Porciúncula le descontestó mucho el ver á su hija vestida de una manera mundana, porque las tocas y el hábito se habían acabado ya para Serafina.

Estaba tan engalanada como puede estarlo una señora en su casa.

Aunque al padre Porciúncula no le agradaba que Serafina tuviese la garganta tan descubierta y que se la transparentasen los hombros, no dijo una sola palabra.

Se conformó con la situación.

En cambio su hija se casaba bien, y ya no se conformaba con el estado honesto, á lo menos, tenía el padre Porciúncula el consuelo de que Serafina iba bien acomodada.

Lo que únicamente la dijo cuando supo que se trataba de que el casamiento fuese al tercer día, fué que debía empezar á prepararse, y continuar preparándose el día siguiente, para ir, en cuanto pudiese, asistida de la gracia á recibir el sacramento del matrimonio.

Después de esto, y para que Serafina pudiese consagrarse á su preparación, se fueron todos.

El padre Porciúncula que había contraido ya el compromiso de desposar á los novios, se fué á su convento; y el tío y el sobrino que estaban contentísimos, á divertirse

por Sevilla, hasta que al oscurecer se volvieron á la quinta de los Prados.

Aquella noche, antes de las diez, para llegar á tiempo y encontrar las puertas abiertas, don Miguelito montó á caballo, se metió en Sevilla, dejó el caballo en su casa y se fué á casa del tío Carcañales.

—Oiga usted, capitán,—dijo el tío Carcañales en cuanto le vió,—¿qué diablo de fiera es esa que nos han traido de Guillena, que dice que usted es un pícaro, y que ella va á hablar, y que se va usted á acordar de ella y la va usted á soñar?

—Ese es un belen mío, tío Carcañales: pero deje usted que ya arreglaré yo á esa moza.

—Ya me alegraría yo arreglarla,—dijo el tío Carcañales,—porque tiene unos bigotes, y unas anchuras que es mucho, señor; ¡y sin ojos! lástima que sea tan basta; pero al fin basta y todo si usted quiere que yo me encargue de arreglarla, con mucho gusto en cinco mil domingos no sale del sótano.

—Para usted, como si estuviera bendita, tío Carcañales, ¿usted entiende?

—Vaya, pues usted perdone, capitán,—dijo el tío Carcañales,—que yo creí que por quien usted pensaba era por por la niña. ¡Vaya una niña! Si no fuera porque está flaquita y amarilla... pero en pasándosele eso, y en despelotándose que se despelote, que vengan pintores.

—¿Tío Carcañales, usted no las pondría juntas?

—No señor, no: cuando llegaron las engañé, las bajé abajo y las encerré á cada una en un cuarto como usted me había dicho.

—Por supuesto, tío Carcañales, que usted no habrá gastado conversación con ninguna de ellas.

—Ni una palabra señor marqués, yo sé cual es mi obligación.

—¿Cuando has venido?

—Todavía no hace media hora.

—¿Y les ha dicho usted que yo no tardaría en venir á la niña y á la otra?

—Sí señor.

—Pues vamos á sacar á la joven, tío Carcañales.

Don Miguelito y el gitano bajaron al sótano donde se entraba por una compuerta secreta, y sacaron á Carlota, que estaba aterrada y asombrada.

—Vamos, Carlotita, tranquilícese usted,—dijo don Miguelito,—suba usted conmigo. que tenemos que hablar.

Carlota se asió ya con alguna confianza al brazo que le presentaba Caparrota.

Subieron á una de las habitaciones interiores de la tienda donde había una mesa servida.

—Esto es absolutamente inútil para mí,—dijo Carlota,—no tengo apetito: estoy enferma.

—No, dijo don Miguelito,—lo que está usted es muy sobreescitada, pero todo esto se arreglará. Sirva usted de una vez la cena, tío Carcañales, y lárguese usted para adentro, á fin de que yo encierre á usted, que lo que tenemos que hablar esta noche Carlota y yo, es muy reservado.

—Como usted quiera, señor marqués.

El tío Carcañales trajo una excelente cena y algunas botellas.

Después de esto, don Miguelito se lo llevó, y una habitación más allá, le empujó por una puerta y echó la llave.

Se volvió al lado de Carlota.

Nadie podía oirlo.

Hacía ya muchísimo tiempo que la tienda se había cerrado.

Como que en aquellos tiempos, esta clase de establecimientos se cerraban el que más tarde á las ánimas.

—Me parece,—dijo don Miguelito,—que la encuentro á usted en una disposición muy diferente que antes, Carlota; á pesar de todo, está usted más animada.

Carlota bajó los ojos.

—Hable usted, hable usted con confianza conmigo, Carlota,—dijo don Miguelito.

—Pues bien,—dijo Carlota;—el hijo del médico...

Y se detuvo.

—¡Ah! ¿Del médico aquel de Guillena?

—Sí, señor, sí,—dijo Carlota, más y más confusa.

—¿Es decir que se nos ha olvidado el difunto?

Carlota no contestó.

—Esto es lo más natural del mundo,—dijo don Miguelito;—lo comprendo muy bien, y tanto más si el que ha reemplazado al muerto, en su corazón de usted, es un buen mozo que yo ví en la casa del médico, un chico de veintitres á veinticuatro años, blanco, con los ojos azules y las patillas doradas, que tiene mucha gracia cuando sonríe.

—Sí, sí señor,—dijo Carlota.

—Vaya, pues me alegro,—dijo don Miguelito;—y más, que me parece que, á pesar de que se escapó usted con el otro, no tiene por qué tener celos, aunque lo supiera el sobrino del médico.

—Pues ya lo creo que no,—dijo Carlota,—que á mí mi Pablito me llevaba muy limpiamente á depositarme.

—Y diga usted, Carlota,—¿el sobrino del médico la ha dicho á usted algo?

—Pues si no me hubiera dicho algo, ¿cómo había yo de haber hecho caso de él? Yo no sé cómo fué; pero estuvimos pelando la pava toda la noche por una reja que da á la plaza.

—¿Y cuando fué eso?

—Antes de anoche.

—¡Diablo!—dijo para sí don Miguelito.—Para que se hubiera apercibido el diablo de don Timorato; hubiera creido que su hija era la que pelaba la pava, se hubiera levantado y nos hubiera cogido. El diablo son las mujeres. ¿Y cómo se llama ese buen mozo?—añadió en voz alta.

—Paco,—contestó Carlota.

—¿Y el señor Paco está muy enamorado de usted?

—¡Ay! sí, señor; dice que si no se casa conmigo se ahorca.

—Y usted no querrá que se ahorque, ¿no es verdad?

—¿Por qué le he de tener yo tan mala voluntad?—contestó Carlota, bajando los ojos y poniéndosn encendida.

—Vamos, me parece á mí que si el señor Paco se ha enamorado de usted, usted también se ha enamorado de él; eso está muy en el orden hija mía.

—Mire usted,—dijo Carlota,—yo no quiero volver á Morón, ni que mi padre me vuelva á ver, porque mi padre es muy severo y me mataría, y por eso quiero meterme en un convento ó casarme con Paquito, lo que son dos cosas muy distintas.

—Pero podemos unirlas las dos; quiero decir, puede usted estar algún tiempo en el convento de las dueñas del Espíritu-Santo, donde ha estado usted tantos años; esperar á que su padre de usted se calme; ver si el sobrino del médico la quiere á usted verdaderamente, y luego salir del convento para casarse con él.

—Y entonces, ¿para qué me ha traido usted á Sevilla y no me ha dejado usted en la casa del médico de Gaillena? —dijo Carlota con una ingénua franqueza.

—Vamos claros, Carlota, ¿quiere usted casarse con ese buen mozo? Dígame usted la verdad.

—Sí señor, sí; porque él lo sabe ya todo, me ha creido, y tengo necesidad de avergonzarme con otro que tal vez no me creería.

—Pues bien, Carlota, bien; el alcalde de Guillena es muy amigo de su padre de usted, y yo soy muy amigo del alcaldd de Guillena; nosotros dos arreglaremos esto, se lo explicaremos todo á su padre de usted, haremos que su padre de usted venga por usted á Sevilla y la perdone, y la lleve al convento de las dueñas del Espíritu Santo.

—¿Y para qué quiero yo ir á las dueñas del Espíritu-Santo,—dijo Carlota,—perdonándome mi padre y pudiendo casarme con Paquito?

—Voy á hablar á usted con franqueza, hija mía. Si yo la favorezco á usted, es necesario que usted me favorezca á mí.

—Mire usted que yo no entiendo á usted.

—Pues voy á explicarme,—contestó don Miguelito.—Usted sabe ya lo que es querer y lo que es ser desgraciado en amores. Si yo tuviera en el convento de las dueñas del Espíritu-Santo unos desgraciados, ¿no querría usted favorecerme en esos amores, sabiendo que yo estoy dispuesto á ayudarla á usted para que usted se case con ese joven?

—¿Pero usted no es casado, señor marqués?—dijo con asombro Carlota.

—Sí,—dijo don Miguelito,—soy casado; pero no me he casado con la mujer á quien amaba; me la encerraron en

las dueñas del Espíritu-Santo y me vi obligado á casarme con otra á quien no amaba.

—¡Oh, qué desdicha!—exclamó la sencilla Carlota.

—Por lo mismo, estoy seguro que usted que tiene buen corazón me compadecerá.

—¿Y es monja esa señora?

—Monja no, educanda; pero la guardan de tal manera, que me ha sido imposible verla. Ella sufre por mí y yo sufro por ella. Usted sería un angel para los dos.

—Bueno, bien, sí,—dijo Carlota;—pero si cuando esté dentro del convento, mi padre no me saca...

—Su padre de usted hará lo que le digamos don Timorato y yo.

—¿Y si mientras estoy en el convento, Paquito ve á otra y se enamora de ella y me olvida á mí?

—Paquito no puede olvidarse de una joven tan hermosa como usted. A más de eso, que el médico de Guillena no me parece rico, ni creo que Paquito lo sea.

—Eso á mí me importa muy poco,—exclamó con viveza Carlota.

—No, no es que á usted la importe,—dijo don Miguelito;—es que además de que usted es muy hermosa y muy inocente y muy pura, estimulará á Paquito el buen dote que le dará á usted su padre.

—Mi padre no tiene sobre qué caerse muerto,—dijo Carlota;—tiene su mayorazgo empeñado, y si vivíamos bien, era por el dinero que le daba don Julián.

—Es que entre don Timorato, que es muy buen sujeto, y yo, la formaremos á usted un dote bastante para que no quiera perderlo Paquito.

—Bueno, bien,—dijo Carlota;—pero, ¿dónde voy yo á

estar hasta que se arregle este negocio con mi padre?

—Depositada en una casa excelente, hija mía; esta noche la pasará usted aquí; pero mañana al medio día, vendremos por usted don Timorato y yo, y la llevaremos á esa casa. Creo que estamos convenidos.

—Sí, señor, convencidos,—dijo Carlota.

—Por supuesto que usted no dirá á persona viviente que ha estado en mi compañía, ni lo que ha visto en la sierra; supongo que tampoco se lo habría usted dicho á Paquito.

—¡Ay, no señor! Yo le he dicho únicamente lo que ustedes nos dijeron que dijésemos; que nos habíamos escapado de los ladrones, y que cuando andábamos huídas por la sierra, nos encontramos á ustedes.

—Pues bien, es necesario que eso lo diga usted siempre: más aún, que usted misma crea que no es verdad. En fin, ya hablaremos más despacio; me están esperando, voy á llamar al tío Carcañales para que la acomode á usted bien.

Don Miguelito fué á buscar al tío Carcañales, le trajo y dijo:

—Oiga usted, viejo, lleve usted á esa señorita, á fin de que la acomode, como ella se merece, su mujer de usted, y vuelva usted que le tengo que decir dos palabras.

Carlota se fué con el tío Carcañales, que volvió á poco.

—Tío Carcañales,—dijo don Miguelito,—á ver si me sube usted á esa fiera que está encerrada abajo.

Poco después la señora Margarita se encaraba irritada con don Miguelito.

El tío Carcañales se fué.

—Me parece que los procederes que tú tienes conmigo, —dijo la señora Margarita,—no son los que yo merezco.

—¿Has esperado mucho, mujer?—contestó don Miguelito.

—De manera que cuando una mujer quiere á uno y no está muy segura de él, —dijo la señora Margaríta,—las horas le parecen siglos, y luego, ¡encerrarla á una como si la hubieran metido en la carcel!

—¿Te ha faltado algo, mujer?

—No; allí había una cama y sillas, no está aquello del todo mal; pero ¿por qué encerrarme? ¿Por qué separarme de la niña? ¡Ah! pero yo no había reparado; tú has cenado aquí con alguien; aquí hay dos cubiertos. ¡Ah! por eso me han encerrado, por eso me han separado de ella.

Y la señora Margarita echaba fuego por los ojos.

—Mira que á mí no me gustan las mujeres celosas, chiquilla, —dijo don Miguelito con cierto acento extraño que hizo temblar á la señora Margarita.—Yo he cenado aquí con Carlota, porque necesitaba obligarla á que guardara silencio acerca de lo que sabe.

—Sí, eso es; la has engatusado á ella y ahora quieres engatusarme á mí; pues no, pues no, pues no; porque yo hablaré, y aunque nos perdamos los dos.

—Mujer, si yo no hubiera querido que supieses que había cenado con Carlota, no lo hubieras sabido, porque no te hubiera traído aquí. Voy á decirte lo que he hablado con ella.

Y don Miguelito la dijo lo del casamiento de Carlota con el sobrino del médico de Guillena.

—Verdad es, —dijo la señora Margarita,—que la niña ha estado tonteando el tiempo que hemos pasado casa del médico de Guillena, con ese mocito; poro ese mocito es un tunante que me miraba á mí también y se me venía al bulto. Me parece á mí que tanto se casa con la Carlotita como yo.

—Sí, se casará, porque yo daré un buen dote á esa pobrecilla.

—¿Y por qué tienes tú que darla un dote?—dijo volviendo á sus celos la señora Margarita.

—Porque calle lo que ha visto,—contestó Caparrota;—¿Qué vamos á hacer con ella? ¿La hemos de matar?

—Eso no,—dijo la señora Margarita;—pero á mí, ¿qué vas tú á hacer de mí?

—Yo voy á acomodarte, chiquilla; á ponerte en sitio donde pueda verte todos los días, á todas horas, cuando quiera, sin inconveniente ninguno; te voy á comprar el mesón que más te guste en Sevilla, pidan lo que pidieren.

—¿Sí? pues el mesón de la *Cabeza del rey don Pedro*, que allí íbamos á parar el otro y yo, y algunas veces don Julián, cuando veníamos á Sevilla la semana santa ó por la feria. y me gusta mucho y es muy bueno.

—Pues no hay que hablar más, mujer; mañana te compro ese mesón aunque me pidan un ojo de la cara.

—Deja, hombre, deja, quiéreme tú á mí,—dijo con vehemencia la señora Margarita,—que yo te daré más que todo lo que tú tienes; pero eso será cuando yo vea que tú me quieres.

—¿Pues no me estoy múriendo por tí, mujer?—exclamó don Miguelito.

—Ea, pues, bueno; acaba tú de cenar conmigo, que aquí hay todavía que echar á perder, y como se me han quitado los celos y me has contentado con lo del mesón, se me ha abierto de repente el apetito. ¡Qué, si me voy á beber la mitad de la manzanilla que hay en el montañés! ¡Ay, cuanto te quiero niño! Yo no sé lo que tú me has dado.

Y don Miguelito y la señora Margarita se pusieron á cenar en buen amor y compañía.

CAPITULO LXVII

Preparativos.

Al día siguiente don Miguelito volvió á su quinta de los Prados.

A Patrocinio la inquietaban estas idas y venidas; este pasarse las noches fuera Caparrota; pero sufría y callaba.

Caparrota se anticipaba á sus quejas, y la decía:

—Lo exige nuestra seguridad.

Aquel día fueron á Sevilla, no solamente don Timorato, Isidro y Caparrota, sino también el marqués viudo de la Pampanera, que estaba en observación, alarmado y plegándose á todo por descubrir mejor el terreno.

El pobre viejo empezaba á volver á la razón; pero empezaba también á ser feliz y de una manera dolorosa.

A cada momento veía más claro que se había usado de la Jacintilla para cegarle, para envolverle, para seducirle.

La Jacintilla debía estar de acuerdo con ellos. Sin embargo, la apasionada conducta que con él usaba la Jacintilla embrollaba á don Bartolomé, le aturdía.

—Veremos, veremos,—dijo;—lo que es indudable es que ella me ama, é indudable también, que yo soy el primer hombre á quien ama. ¿Y cómo comprender esto? Un destello de luz me ha curado de mi locura. No, no, una mujer tan hermosa y tan niña no ama de una manera tan apasionada á un viejo. Sin embargo, los ojos no mienten; yo veo el alma enamorada de Jacinta; me adora como si yo fuera un hermosísimo joven de veinticinco años; lo parece á lo ménos; la mirada con que me abrasa el alma es ingénua y franca, arde en ella la pasión. ¿Quién sabe? Tal vez un fenómeno. Esperemos, observemos, calma, paciencia, el tiempo nos dirá lo que debemos hacer; por el momento es necesario retirar nuestra solicitud en dejación de mi cargo, y cambiarla en una solicitud de seis meses de sustitución por el teniente alcalde mayor á causa de enfermedad. Indudablemente el teniente alcalde aún no ha enviado mi solicitud; arreglaremos esto en secreto. El teniente alcalde callará cuando yo le diga que conviene grandemente á la justicia que me sustituya; en seis meses se puede observar mucho pero es necesario confiar á esta gente, ver si lo que he sospechado es cierto, ó si me he equivocado.

A don Bartolomé le vino muy bien para su negocio el que el alcalde de Guillena le rogase le acompañase á Sevilla á fin de obtener del arzobispo su amigo un mandamiento cerrado para que Isidro y Serafina pudiesen casarse el día siguiente por la noche.

Patrocinio había declarado que para el día siguiente todo estaría dispuesto: casa, canastilla, joyas.

Don Bartolomé no pudo ménos de asombrarse cuando conoció á Serafina.

Le pareció verdaderamente digno de envidia el hombre

que debía casarse con ella. ¿Pero cómo don Timorato había conocido á aquella señora?

Esto se presentaba siempre turbio á la inteligencia de don Bartolomé, y volvía á sospechar que don Pánfilo hubiese conocido á Serafina, y don Timorato hubiese conocido á Serafina por don Pánfilo.

Sin embargo, no aventuró ni una sola palabra imprudente, y estuvo tan amable como sabía estarlo, y más aún, hasta tal punto que Serafina se contentó grandemente de él.

Al fin don Bartolomé, que tenía la costumbre de hacer las visitas cortas, se levantó y dijo:

—Permítame usted, señora, me retire; voy á dar una vuelta por mi casa, á cambiar de traje é ir á ver al arzobispo para lo del mandamiento cerrado; puede usted contar con él. Beso á usted los pies; hasta mañana en la boda, á que me convido.

Serafina contestó de la manera más expresiva del mundo al saludo del alcalde mayor, y este se fué acompañado hasta la puerta por don Timorato, por su sobrino y por Caparrota.

Cuando el alcalde mayor entró en su coche, y éste partió, los tres volvieron á la sala, donde habían dejado á Serafina.

—Sobrinita de mi alma,—dijo don Timorato,—tu tío tiene que pedirte un favor.

—¿Y qué favor puede usted pedirme que yo no le haga, tío?—contestó Serafina, que trataba con toda la confianza del mundo á don Timorato.

Este la refirió el cuento consabido del encuentro de la señora Margarita y Carlota cuando, según el cuento, él iba

con don Miguelito á buscar el maestro de los caballistas.

Y refirió además brevemente la historia de Carlota.

—¡Pobre niña!—exclamó Serafina que era muy compasiva.

—¡Sí, pobrecilla!—dijo el alcalde.—Hay que arreglar este asunto con su padre; pero entretanto, necesita estar en una casa honrada, y he pensado en tí, Serafina.

—Pues por supuesto,—contestó Serafina;—tráigala usted cuanto antes.

—Pbes entonces nos vamos; así como así, ayer, cuando fuimos á comprar las alhajas, se me olvidó la muela.

—¡Diablo!—exclamó don Miguelito.—¿Qué muela es esa que se le olvidó á usted? ¿Alguna muela de molino?

—¡Quiá, no señor, señor marqués! ¿Pues no le he contado á usted lo de la muela? Ya se ve, con tanta cosa como á uno le sucede, no tiene cabeza para nada. Es una muela que yo le saqué ayer á mi sobrino.

—Calle usted, hombre, que no sabía yo que era usted sacamuelas,—dijo Caparrota;—vaya, si se queda usted pobre, ya tiene usted un oficio con que ayudarse.

—Calle usted, señor marqués, que á veces se le va á uno la mano, y aunque yo tengo el genio naturalmente dulce, cuando me incomodo echo unas fuerzas...

—Que me lo cuenten á mí, tío,—dijo Isidro.

—¡Ya, ya!—dijo Serafina;—todavía no se me ha pasado á mí el susto.

—¡Ah!—exclamó Caparrota riendo;—pues ahora recuerdo que reparé ayer en que tenía usted algo hinchado y un poco amoratado el carrillo izquierdo, amigo Isidro.

—Sí, sí señor, la muela,—dijo don Timorato;—pues bien esta mañana me la encontré en el bolsillo del chaleco,

liadita en el papel como me la dió la señora Petrola. Mírela usted, don Miguelito.

Y sacó del bolsillo del chaleco el papel que contenía la muela, le desenvolvió y mostró aquel blanco despojo á Caparrota.

—Voy á llevársela al platero donde compré ayer las alhajas, para que mañana por la mañana me la entregue engarzada en una sortija y rodeada de diamantes. Ha de ser la sortija de desposada de mi sobrina. Esta muela tiene historia, y es bueno que ella y él la tengan siempre presente: una historia muy compendiosa.

—Pues, por supuesto,—dijo suspirando Isidro.

—Ya se ve que sí,—dijo poniéndose muy encendida Serafina.

—Pues mira, hija mía, adiós y hasta luego. Vendremos á la hora de comer, y cuando vengamos traeremos á esa niña; conque adiós.

—Vayan ustedes con Dios, y que no les pase á ustedes nada; que no se me vayan ustedes á perder.

—Descuida, hija, que no hay quien nos pierda á nosotros.

Los tres se fueron en derechura casa del platero, que prometió tener la sortija concluída el día siguiente, y que prevaliéndose de la ocasión puso el precio que quiso.

Después fueron á la calle de Placentines, á la casa que debía ser el domicilio conyugal de Serafina y de Isidro.

Se adelantaban los trabajos, el administrador general de don Miguelito no se separaba de allí, se pintaban puertas, se traían muebles, se entapizaba, se preparaba todo con gran lujo; aquello era un tráfago.

Isidro miraba todo aquello con la boca abierta, y sentía

que su felicidad se duplicaba al pensar que iba á gozarla allí en aquel palacio.

En el jardín, que era extenso y bellísimo, trabajaban también dos jardineros y diez ó doce peones.

No había nada que desear.

Don Timorato estaba encantado, é involuntariamente y de una manera instintiva, repetía á cada momento para sí:

—¡Qué lástima que no sea viudo!

De allí se fueron á casa del tío Carcañales.

La mujer de éste buscó un traje conveniente para Carlota.

En cuanto á la señora Margarita, ya no estaba allí; se encontraba en el mesón de la Cabeza del rey don Pedro, concluyendo el traspaso que había arreglado de órden de don Miguelito, y sin reparar en el precio, el tío Carcañales.

Carlota fué llevada en un coche á casa de Serafina, y ambas en cuanto se vieron simpatizaron.

Carlota parecía otra; se había animado, estaba alegre y parecía más hermosa.

Sobre todo, no pudo disimular su contento cuando supo que al día siguiente vendría, como uno de los convidados á la boda de Isidro, el sobrino del médico.

A la boda debían asistir también, como era natural, la mujer de don Timorato y sus tres hijas; en fin medio Guillena, menos el cura, que no se había restablecido aún de la paliza.

El marqués viudo de la Pampanera, se había convidado á sí mismo, y como habían de ser padrinos don Miguelito y Patrocinio y no podían dejarse en la quinta de los Prados á Jacintilla, ésta, con cuyo atavío necesario ha-

bía contado Patrocinio, debía asistir también á la boda.

La suculenta é inacabable comida que, ayudada de dos vecinas, había confeccionado la señora Petrola, verdadera comida de víspera de bodas, fué muy alegre.

Cuando se concluyó era cabalmente la hora de volverse á la quinta de los Prados.

Los tres se fueron á casa del alcalde mayor, en cuyo coche debian volverse con él como habían venido.

—Que se dispongan mañana los novios,—dijo el alcalde mayor;—y usted, don Timorato, pásese usted mañana temprano por el arzobispado con los papeles necesarios, y se le entregará á usted el mandamiento cerrado para el cura de la parroquia del Salvador. No tiene usted que pagar nada.

—¿Cómo es eso, señor don Barlolomé?—exclamó don Timorato.

—Sí; ese mandamiento cerrado es una pequeña parte de mi regalo de boda á la bella Serafina.

—Dale las gracias al señor marqués, Isidro, que estás que pareces alelado, infame, y es que te pasa como á los gatos, que se sofocan solameate con oler la tajada que van á llevarse.

—Vaya, vaya, deje usted al muchacho, don Timorato,—dijo el alcalde mayor,—que á mí me sucedería lo mismo si estuviese en su lugar, y á usted no le sucedería ménos.

—Mi tío,—dijo Isidro;—por encima de la Giralda saltaba.

—¡Hombre! Para eso no has estado mudo,—dijo don Timorato.—A ver si te saco otra muela, bribón. ¡Pues no hace muchos años que estoy yo acomodado, y bien á gusto! ¡Pues no, que usted, señor alcalde mayor, con la señorita Jacinta ¿Y cuándo es la boda? Cuando llegue, yo tomaré el desquite de lo que usted ha hecho.

—Pues me parece que va á ser pronto,—dijo Caparrota.

—Pero yo lo tomo con más calma que este amiguito,—dijo don Bartolomé.—Ya se ve, los años... Vamos, vamos, señores; el coche nos está esperando.

Una hora después de oscurecido llegaron á la quinta, y dos horas después todos dormían.

Aquella noche, á lo ménos, no la pasaba fuera de su casa don Miguelito.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

DE LOS

CAPÍTULOS QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO

Páginas.

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

CAPÍTULO XXI

CAPÍTULO XXII

CAPÍTULO XXIII

CAPÍTULO XXIV

Páginas.

CAPÍTULO XXV

CAPÍTULO XXVI

CAPÍTULO XXVII

CAPÍTULO XXVIII

CAPÍTULO XXIX

CAPÍTULO XXX

CAPÍTULO XXXI

CAPÍTULO XXXII

CAPÍTULO XXXIII

CAPÍTULO XXXIV

Páginas.

CAPÍTULO XLIII

CAPÍTULO XLIV

CAPÍTULO XLV

CAPÍTULO XLVI

CAPÍTULO XLVII

CAPÍTULO XLVIII

CAPÍTULO XLIX

CAPÍTULO L

CAPÍTULO LI

Páginas.

ADVERTENCIA

La plantilla para la colocación de las láminas, se publicará al final de la obra.